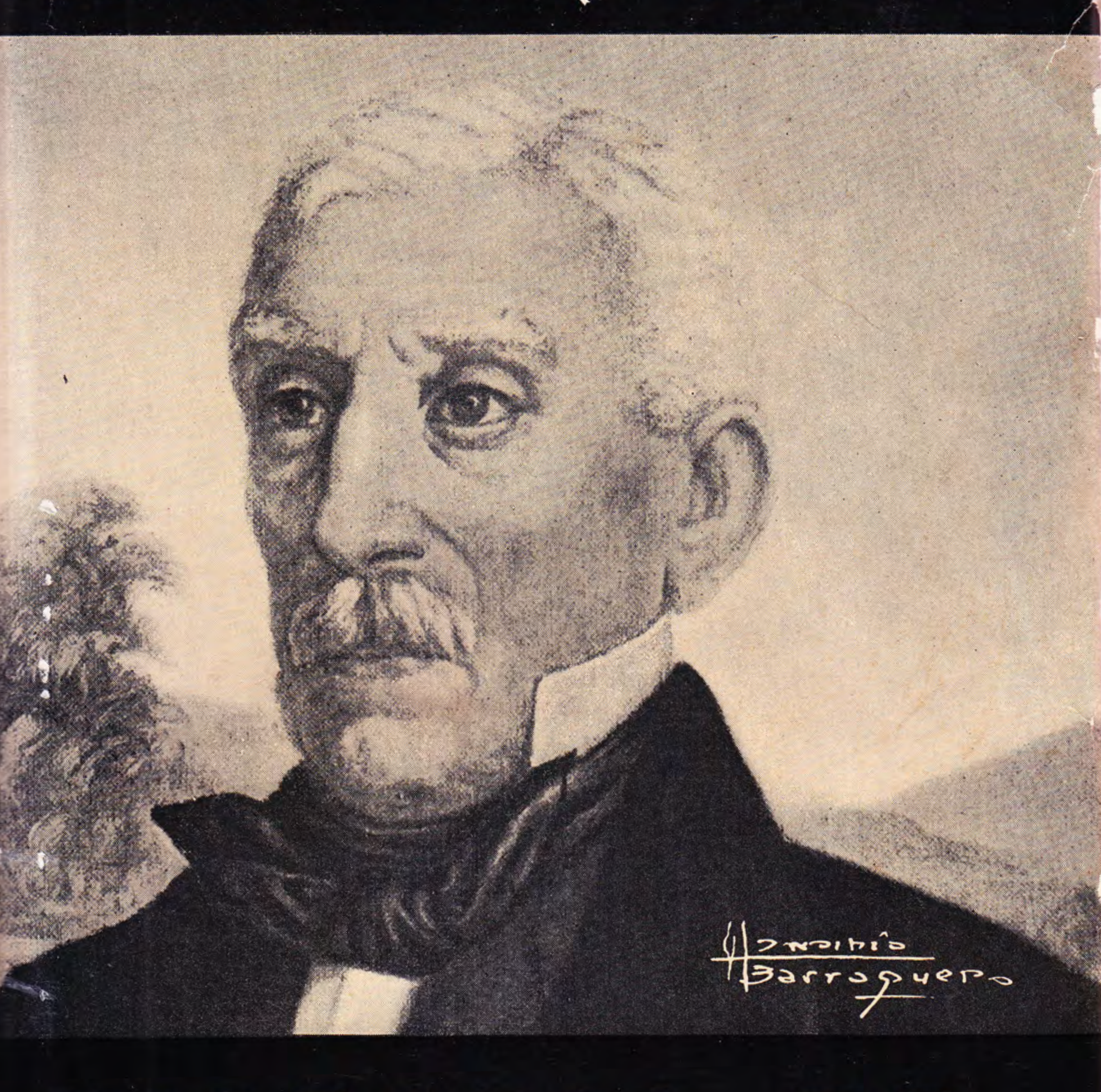
BARTOLOME MITRE

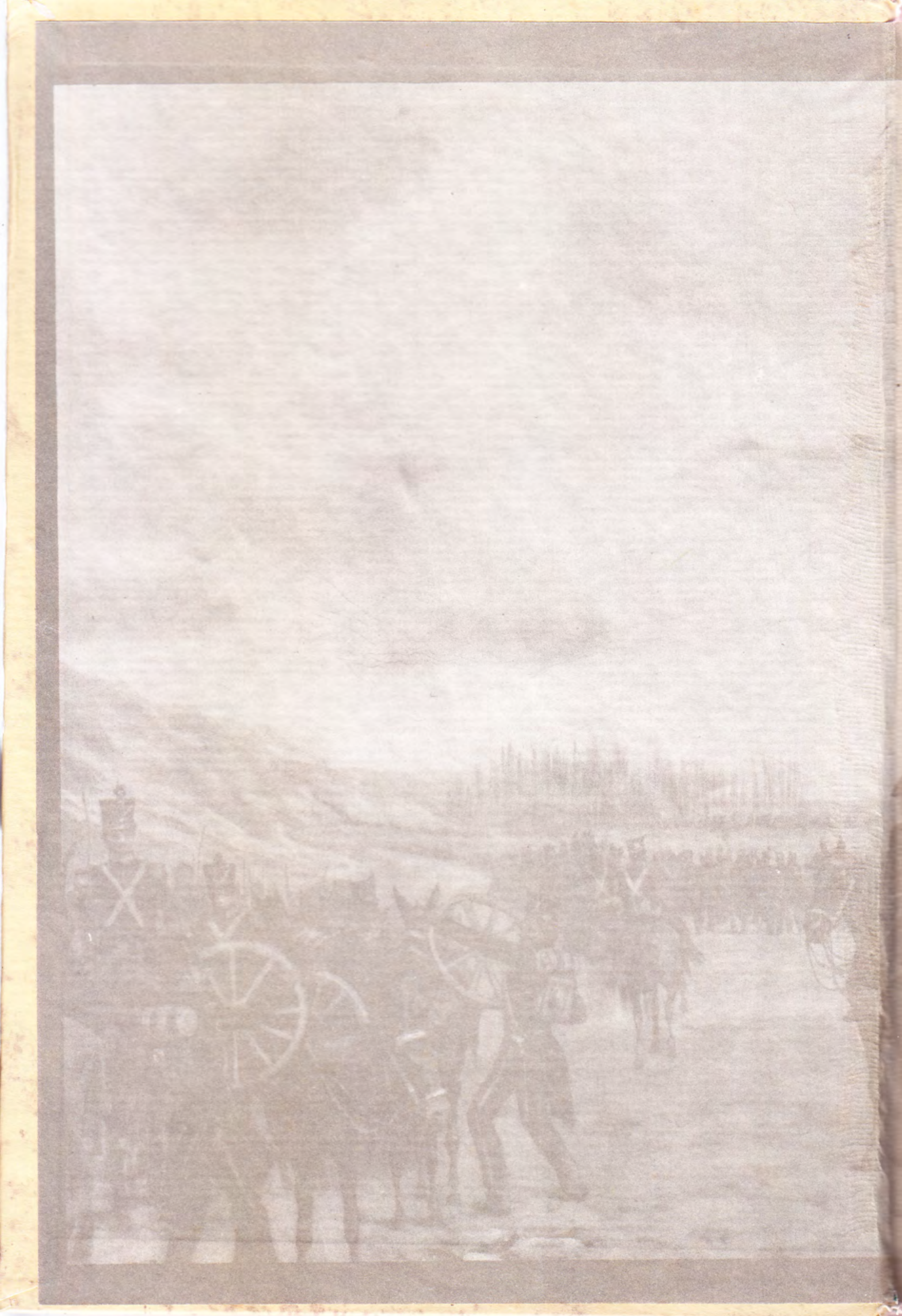


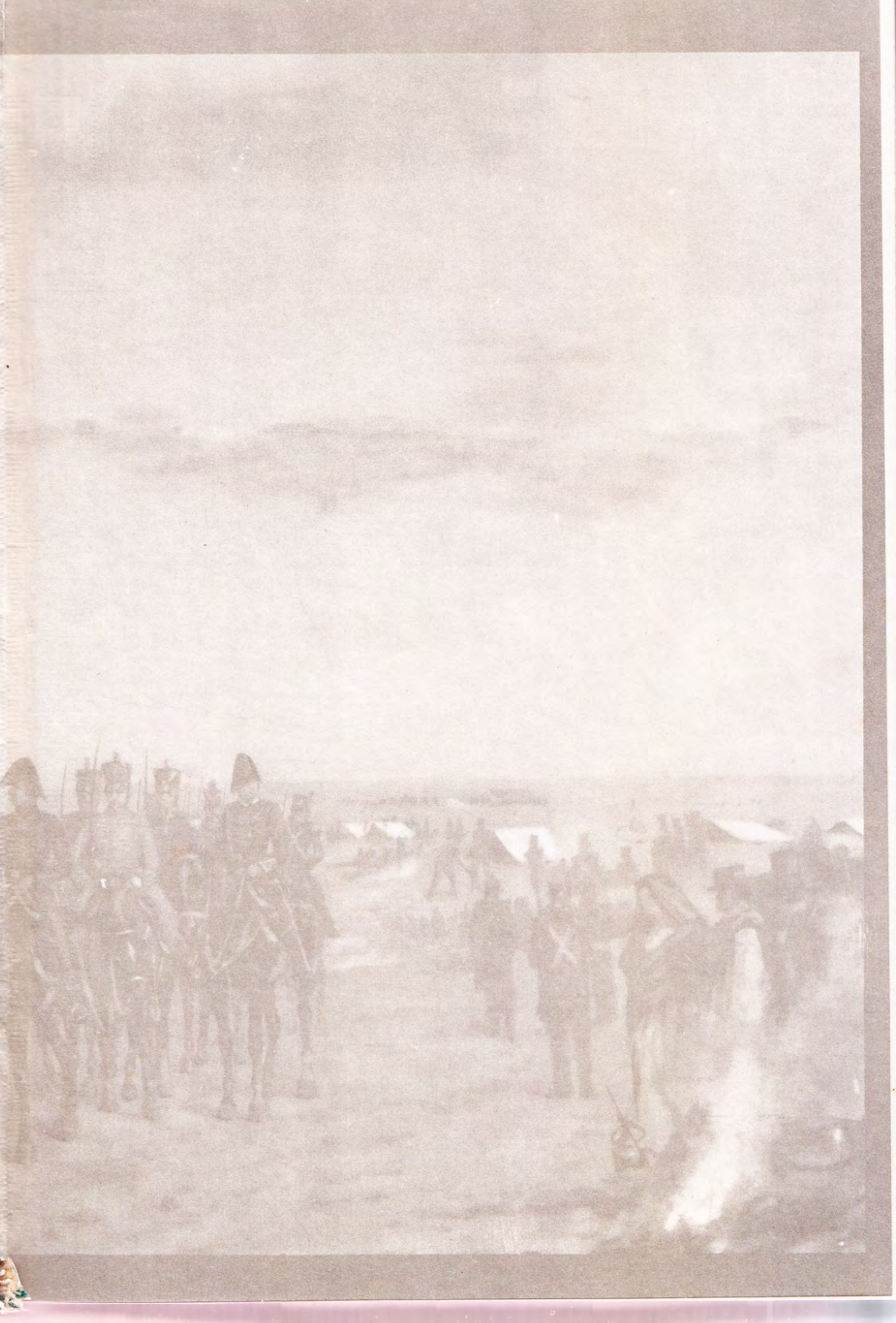
HISTORIA DE SAN MARTIN

y de la emancipación sudamericana

EDICIONES PEUSER


José de S.n Martin





HISTORIA DE SAN MARTIN
Y DE LA EMANCIPACION SUDAMERICANA

1ª edición: junio de 1950
2ª edición: abril de 1952
3ª edición: noviembre de 1952

Impreso en la Argentina



José de S. Martín

BARTOLOME MITRE

HISTORIA DE SAN MARTIN

Y DE LA

EMANCIPACION SUDAMERICANA

4ª EDICION



EDICIONES PEUSER

SERAS LO QUE DEBES SER, Y SI NO, NO SERAS NADA

José de S.n Martín

Capítulo I

INTRODUCCION HISTORICA

LA EMANCIPACION SUDAMERICANA

I. Argumento del libro y unidad del asunto. — II. Sinopsis de la revolución sudamericana. — III. Acción de la América sobre la Europa. — IV. La colonización hispanoamericana. — V. La colonización norteamericana. — VI. Política colonial en ambas Américas. — VII. La emancipación norteamericana. — VIII. Filiación de la revolución sudamericana. — IX. Revolución moral de Sud América. — X. El precursor sudamericano. — XI. Las razas sudamericanas. Los criollos. — XII. Pródromos de la revolución sudamericana. — XIII. Desarrollo revolucionario. — XIV. Tentativas monárquicas en Sud América. — XV. Retrospecto y prospecto sudamericano.

I

El argumento del libro. — La unidad del asunto

El argumento de este libro es la historia de un libertador en sus enlaces y relaciones con la emancipación de las colonias hispanoamericanas, que completa el trilogio de los grandes libertadores republicanos del Nuevo Mundo: Wáshington, la más elevada potencia de su democracia genial, Bolívar y San Martín, que constituyen el binomio de la emancipación sudamericana. Su acción se desenvuelve en vastísimo teatro, desde la extremidad austral del continente hasta el trópico de Cáncer, en el espacio de dos décadas de lucha. Su punto de partida es la revolución argentina americanizada; su hilo conductor, la acción política y militar del protagonista en sus movimientos excéntricos y concéntricos; su objetivo, la coordinación de las leyes normales que presidieron la fundación de las repúblicas sudamericanas, exponiendo en concreto los principios fundamentales que dieron razón de ser y potencia irradiadora a la revolución por su independencia, cuya síntesis es la libertad de un nuevo mundo republicano según ley natural y según su genialidad. Este punto de vista histórico da su unidad al asunto, su significa-

ción al relato y de él fluye lógicamente su filosofía y su moral política. Es la idea que se convierte en acción, como el calórico en fuerza, cuya resultante es la creación de un grupo de naciones nuevas, emancipadas por las armas propagadoras de los principios orgánicos que les inocularon vida fecunda, trazándole grandes rumbos. Es la justificación de una victoria humana, como condición necesaria de existencia progresiva para fundar un orden de cosas en que el predominio regulador de una sola ley gobernase a vencidos y vencedores contemporáneos, y fuese la norma del porvenir, enseñando que sólo son legítimas las victorias benéficas para todos, por cuanto, fuera del círculo vital de las acciones y reacciones naturales y de las condiciones normales de la igualdad de derechos y de las garantías recíprocas, todo es hecho brutal y todo fuerza perdida.

Este argumento es duplo y complejo, como lo es la revolución y la evolución colectiva que comprende, y se combina con la acción del genio individual animado por la fuerza viva que le comunica la suma de las voluntades espontáneas que representa, armónica en su dualismo necesario. Es en el orden nacional y de un punto de vista restringido, que el desarrollo militar y político de la revolución argentina toma la ofensiva y la exterioriza, propagando su acción y sus principios, y en el orden internacional es la gestación de nuevas naciones independientes y soberanas que nacen bajo esos auspicios con formas y tendencias democráticas a imagen y semejanza suya. Abrazando el movimiento colectivo, orgánico y multiforme, en su acción compleja y en diferentes teatros, es el advenimiento de un nuevo mundo republicano sin precedentes, que fluye como de fuente nativa, con la originalidad de sus antecedentes espontáneos, destacándose las agrupaciones políticas de la gran masa, con su autonomía y su integridad territorial, y también con sus vicios ingénitos. Con relación al derecho universal, es por una parte, la proclamación de una nueva regla internacional, que sólo admite por excepción las alianzas y las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones, y como consecuencia de esto, la formación del mapa político de la América Meridional con sus fronteras definidas por un principio histórico de hecho y de derecho, sin violentar los particularismos. Por otra parte, y en este mismo orden de cosas, es la tentativa de la revolución colombiana dilatada, de unificar artificialmente las colonias emancipadas, según otro plan absorbente y monocrático en oposición a sus leyes naturales, y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la revolución argentina americanizada. Estas dos tendencias, concurrentes en un punto —la emancipación general—, representadas por dos hegemonías políticas y militares —la argentina y la colombiana—, constituyen el último nudo de la revolución sudamericana. De aquí proviene la condensación de las dos fuerzas emancipadoras y la con-

junción de los dos grandes libertadores que la dirigen —San Martín y Bolívar—, que operan por instinto de consuno, y se encuentran, siguiendo opuestos caminos, después de cruzar uno y otro, desde el Atlántico al Pacífico, redimiendo pueblos esclavizados, fundando naciones nuevas y circunscribiendo el campo de la lucha para concluir con el sistema colonial en su último baluarte. De aquí también el choque de las dos políticas continentales de esas hegemonías encontradas, hasta que al fin prevalece por sí mismo el principio superior a que obedecen los acontecimientos por su gravitación natural.

Considerada desde este punto de vista, la historia de la emancipación sudamericana presenta un carácter homogéneo, con unidad de acción y con una idea dominante que da su nota tónica en el concierto general, en medio de aparentes disonancias. Y si se considera simplemente del punto de vista de la condensación de las fuerzas y de su dirección constante y de sus conjunciones, en medio de sus desviaciones accidentales, esa unidad se manifiesta más de bulto y revela la existencia de una ley que gobierna los hechos consumados, dándoles un significado concordante. En efecto, si se estudia el teatro de la guerra de la independencia sudamericana, desde el Río de la Plata hasta el Mar Caribe —haciendo abstracción de Méjico, que no se liga al sistema militar continental—, vese que su movimiento general se condensa en dos grandes focos revolucionarios en los extremos del continente: uno al sur, que comprende las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y el Alto Perú; otro que comprende Venezuela, Nueva Granada y Quito al norte. Ambos tienen sus campos de movimiento trazados por la espada libertadora, y dentro de ellos se desenvuelve su acción política y militar. Simultáneamente luchan y triunfan en los dos extremos, y resueltos los dos problemas parciales del sur y del norte, las dos revoluciones, como dos masas que obedecen a una atracción recíproca, convergen militarmente hacia el centro, siguiendo en sentido opuesto un doble plan de campaña continental. Este plan, concebido y ejecutado por los dos grandes libertadores ya señalados, da por resultado preciso el triunfo final de la emancipación americana por la acción militar combinada de todas las colonias insurreccionadas. Esta acción compacta y uniforme que se dilata en la extensión de la cuarta parte del globo, obedeciendo a las influencias morales de las almas y a la afinidad de las fuerzas, tiene la unidad ideal de un poema y la precisión de una solución mecánica.

La unidad de esta acción compacta, persistente, intensa, sin desperdicio de fuerzas, se dibuja netamente en las líneas generales de la vida de San Martín, el libertador del sur, dando a su figura histórica proporciones continentales, no obstante que sus acciones son más trascendentales que su genio y sus resultados más latos que sus previsiones. Es una fuerza histórica, que como las fuerzas de la

naturaleza, obra por sí, obedeciendo a un impulso fatal. Nace en un pueblo oscuro de la América, que desaparece cuando él empieza a figurar en su gran escenario al bosquejar su mapa político, y por eso no tiene más patria que la América toda. Fórmase como soldado en el viejo mundo, combatiendo por mar y tierra, con los primeros soldados del siglo, lo que le prepara al desempeño de su futura misión batalladora, aunque sin tener la intuición de su destino, y su carácter se templa en un medio que debía inocularle la pasión absorbente que él convertiría a su tiempo en fuerza eficiente. En los comienzos de su carrera en el Nuevo Mundo, establece metódicamente por la táctica y la disciplina, su base de operaciones; forja su arma de combate; monta su máquina de guerra, producto de la combinación de dos fuerzas concurrentes; consolida la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, su punto militar de partida, y conquista después la de la América austral en una zona de 50 grados geográficos. En su mando del ejército argentino del norte, su nombre y sus trabajos se vinculan con la revolución del Alto Perú, cuya marcha excéntrica prevé por sus desviaciones, y a cuyo triunfo debía concurrir por otro camino estratégico descubierto por su genio observador, teniendo allí la primera visión de esa nueva ruta salvadora. Al trasponer los Andes, en prosecución del plan de campaña continental por él concebido, se identifica con la revolución de Chile, y después de fundar y consolidar por siempre su independencia, inicia la primera liga guerrera y la primera alianza internacional en América. Domina el mar Pacífico según sus claras previsiones, sin lo cual la independencia americana era absolutamente imposible por entonces, y ejecuta por este nuevo camino la tercera gran etapa de su itinerario, libertando el Bajo Perú, cuya independencia funda y cuya constitución bosqueja. Concurre a la independencia de Colombia, lleva hasta al pie de Pichincha la bandera de la revolución argentinochilenoperuana, saludada por los libertadores colombianos, que realizan un plan de campaña análogo, no menos gigantesco que el suyo. Bajo la línea equinoccial, que divide los dos grandes teatros de la guerra continental, se da la mano con Bolívar, el libertador que viene del norte, por opuesto camino, obedeciendo al mismo impulso, dando grandes batallas americanas como él, redimiendo pueblos y fundando naciones. Así termina su gran campaña emancipadora del sur. Por último, abdica en medio de su poderío, cuando comprende que su misión ha terminado, que sus fuerzas eficientes están agotadas, y se condena deliberadamente al ostracismo por necesidad y por virtud, fiel a la máxima proverbial que regló su vida: "Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada".

Como complemento de esta vida y de esta misión histórica, puede contemplar su obra desde el ostracismo, al ver que en definitiva la América Meridional se organiza autonómicamente según la

constitución geográfica de que derivaba su plan de división política, formando una nueva constelación de estados independientes, tal como él la concibió por instinto en observancia de sus leyes naturales. A la vez, mira sin envidia, que Bolívar, con quien comparte la gloria de la revolución de medio mundo, alcanza y merece la corona del triunfo final de la independencia, reconociéndose modestamente inferior a él en esfuerzos y en hazañas, aun cuando sea moral y militarmente más grande, y por eso el triunfo en el orden definitivo de las cosas es suyo. Mientras se disipa el sueño delirante de la ambición de Bolívar, al pretender fundar un imperio de repúblicas independientes, con una constitución monocrática bajo los auspicios militares de la hegemonía colombiana, y su fundador cae repudiado políticamente por ellas, aunque glorificado más tarde como libertador, prevalece el plan de la hegemonía argentina, de que San Martín fué el heraldo, como fundador de repúblicas independientes, según sus tendencias espontáneas. Y de este modo, la unidad de argumento y de acción de esta historia, que liga sus partes componentes subordinándolas a un principio dominante, se continúa hasta el retiro de los dos libertadores, representantes de las dos hegemonías redentoras de la América del Sur, y se prolonga hasta en su posteridad con la melancólica fatalidad del drama antiguo y la exactitud de la ecuación matemática.

II

Sinopsis de la revolución sudamericana

Se ha dicho que cuando la posteridad vuelva sus ojos hacia nosotros, juzgará que la emancipación de la América Meridional es el fenómeno político más considerable del siglo XIX, así por su magnitud y originalidad como por la extensión probable de sus consecuencias futuras. En efecto: la aparición de un grupo de naciones independientes, surgidas de un embrión colonial que yacía en la inercia, y que con elementos nuevos suministran nuevas individualidades a la historia, interviniendo desde luego en la dinámica del mundo: la unificación política de todo un continente, que ocupa la mitad del orbe, proclamando por instinto genial los principios lógicos de la democracia como ley natural y regla universal del porvenir; la consagración de un nuevo derecho de gentes y un nuevo derecho constitucional, en oposición abierta al derecho de conquista y servidumbre y al tradicional dogma monárquico del absolutismo triunfante en el antiguo continente; la división del mundo en dos porciones ponderadas, que establece en las balanzas del destino el equilibrio humano; la inauguración de sociedades orgánicas, con

igualdad nativa, emancipadas de todo privilegio, con una fórmula comprensiva y con tendencias cosmopolitas; la apertura de un nuevo campo de experimentación libre de todo obstáculo al desenvolvimiento de las facultades físicas y morales del hombre; por último, la amplitud de sus movimientos y sus largas proyecciones en el espacio y el tiempo constituyen, sin duda, uno de los más fundamentales cambios que en la condición del género humano se haya operado jamás.

Los primeros estremecimientos de esta revolución empezaron a sentirse sincrónicamente en las dos extremidades y en el centro de la América Meridional en el año de 1809, con idénticas formas, iguales propósitos inmediatos y análogos objetivos, acusando desde muy temprano una predisposición innata y una solidaridad orgánica de la masa viva. Simultáneamente, sin acuerdo entre las partes, y como obedeciendo a un impulso ingénito, todas las colonias hispanoamericanas se insurreccionan en 1810, y proclaman el principio del propio gobierno, germen de su independencia y de su libertad. Seis años más tarde, todas las insurrecciones de la América del Sur eran sofocadas (1814-1816) y sólo quedaban en pie las Provincias Unidas del Río de la Plata, las que, después de expulsar de su suelo a todos sus antiguos dominadores, declaraban su independencia a la faz del mundo y daban de nuevo a las colonias vencidas la señal del grande y último combate haciendo causa común con ellas. En 1817, la revolución argentina americanizada se traza un plan de campaña, de política y de emancipación continental; toma la ofensiva y cambia los destinos de la lucha empeñada; atraviesa los Andes y redime a Chile, y unida con Chile, domina el mar Pacífico, liberta al Perú, y lleva sus armas redentoras hasta la línea del Ecuador, concurriendo al triunfo de la revolución colombiana. Este vigoroso movimiento de impulsión se hace sentir en la extremidad norte del continente meridional, que a su vez vence y expulsa a los defensores de la metrópoli de su territorio, ejecuta la misma evolución que la revolución argentina, toma la ofensiva, atraviesa los Andes, se americaniza y converge hacia el centro donde las dos fuerzas emancipadoras efectúan su conjunción, según queda dicho. La lucha quedó circunscrita a las montañas del Perú, último refugio de la dominación española, herida ya de muerte en las batallas de Chacabuco y Maipú, Carabobo y Boyacá. Desde entonces la independencia sudamericana dejó de ser un problema militar y político, y fue simplemente cuestión de tiempo y de un esfuerzo más. Las colonias hispanoamericanas eran libres de hecho y de derecho por su propio esfuerzo, sin auxilio extraño, luchando solas contra los poderes absolutos de la tierra coaligados en su contra, y del caos colonial surge un nuevo mundo ordenado, coronado por las dobles luces polares y ecuatoriales de su cielo. Pocas veces el mundo

presenció una génesis política semejante, ni una epopeya histórica más heroica.

Mientras estos grandes acontecimientos se producían en la América Meridional, en vísperas del combate final, los Estados Unidos del Norte, que abrieron la nueva era republicana dando la señal de la emancipación a las colonias del sur del continente, y que durante la lucha se mantuvieron neutrales, aunque no indiferentes, reconocen la independencia de las nuevas repúblicas (1822), como "un hecho expresión de la simple verdad" y declaran, que "es un derecho de los pueblos sudamericanos romper los vínculos que los ataban a su metrópoli, asumir el carácter de naciones entre las naciones soberanas de la tierra, y darse sus instituciones con arreglo a las leyes de la naturaleza dictadas por Dios mismo." Como una consecuencia del reconocimiento solemne de este hecho y de este derecho, los Estados Unidos promulgan la memorable doctrina de Monroe (1823), que en oposición a la famosa bula de Alejandro VI que repartió el mundo entre dos coronas, divide el mundo entre dos sistemas de gobierno, consagrando un nuevo principio de derecho internacional para ambos mundos, encerrado en la fórmula: "La América es de los americanos" *(America for the Americans)*. Jefferson, trazando los primeros lineamientos de esta política (en 1808), había dicho "La América tiene principios distintos de los de la Europa, y debe tener un sistema suyo que la separe del antiguo continente, guarida del despotismo, para ser lo que debe ser, la morada de la libertad." Y Monroe, siguiendo estos valientes consejos, púsose en 1823 frente a frente de la Santa Alianza de los reyes coaligados contra la libertad del mundo, y declaró: "Que toda tentativa de las potencias europeas para extender su sistema a cualquier punto del hemisferio americano, con el fin de oprimir a sus pueblos emancipados, según principios de justicia o contrariar sus destinos, sería contraria a la felicidad y a la seguridad del nuevo continente, bajo cualquier forma que se produjera." Las nuevas repúblicas americanas dieron su sanción a esta declaratoria, erigiéndola en regla internacional, y la Santa Alianza de los reyes absolutos de la Europa retrocedió ante esta actitud, que debía reaccionar sobre la misma Europa sojuzgada.

La libre Inglaterra, que en un principio fue favorable a la revolución sudamericana, empezó a ponerse del lado de la España en 1818 y de la Santa Alianza en la cuestión colonial, en el sentido de buscar un arreglo que diera por resultado una simple "emancipación comercial" de las colonias, precisamente en el momento en que los Estados Unidos empezaron a diseñar su política en el sentido de la balanza diplomática en su favor en 1823. La opinión del pueblo inglés le era propicia y las simpatías de Inglaterra, que "las miras del gobierno norteamericano eran que las colonias de la América Meridional se emancipasen completamente de la madre

patria, y que la lucha no podía terminarse de otro modo". En 1819, reiteró formalmente esta declaración con motivo de la reunión del Congreso de Aix-la-Chapelle, en que se trató de una mediación de las potencias entre la metrópoli y sus colonias insurreccionadas. Lafayette, afirmando esta declaración ante el gobierno francés, decía al mismo tiempo: "Toda oposición que se haga a la independencia del Nuevo Mundo podrá afligir a la humanidad, pero no ponerla en peligro."

Así, mucho antes que la batalla final asegurase por siempre la emancipación del nuevo continente (1819-1822), ya era un hecho que estaba en la conciencia universal y la actitud de los Estados Unidos, sostenida por Inglaterra, hizo inclinar la balanza diplomática en su favor. La opinión del pueblo inglés le era propicia y las simpatías de todos los liberales de Europa le acompañaban. En el parlamento británico se levantaron voces elocuentes en su favor y el marqués de Landsdowne se hizo el órgano de estos sentimientos presentando una moción a fin de que Inglaterra reconociese la independencia de la colonias hispanoamericanas. "La grandeza e importancia del asunto de que voy a ocuparme, dijo el orador, es tal, que rara vez se habrá presentado mayor ni igual a la consideración de un cuerpo político. Los resultados se extienden a un territorio cuya magnitud y capacidad de progreso casi abisma la imaginación que trata de abarcarlos: extiéndense a regiones que llegan hasta los 37 grados de latitud norte a los 41 grados de latitud meridional, es decir, una línea no menor que la de toda Africa, en la misma dirección, y mayor anchura que todos los dominios rusos de Europa y Asia. Estas regiones están cruzadas por ríos majestuosos, con tal variedad de climas y con tan templados efectos de los calores ecuatoriales, gracias a las cadenas de montañas que las atraviesan, que la naturaleza se ve allí dispuesta a producir, como en compendio, cuanto hay de más apetecible en el mundo. Hállanse habitadas estas regiones por veinticuatro millones de almas de diversas razas, que saben vivir en paz y armonía, y que, bajo circunstancias más favorables que las que las han rodeado hasta ahora, pronto llenarían los grandes vacíos de terreno inculto, cuya feracidad las haría prosperar hasta que aquel vasto continente se viese poblado de naciones poderosas y felices. Sus habitantes han llevado la copa de la libertad a los labios, y nadie puede atajar el rumbo de la civilización ni de cuantos sentimientos nobles y grandiosos nacen en su carrera. La regeneración de esos países irá adelante."

La reunión del Congreso de soberanos en Verona (1823), y su decisión de intervenir en la Península para sofocar el liberalismo español, apoyando al rey absoluto, unida al proyecto de monarquizar la América del Sur, según las incipientes ideas reaccionarias de Chateaubriand, determinaron la actitud de la Inglaterra bajo el ministerio de Canning, que uniformó su política con la de los Estados

Unidos. Partiendo de la base de que "la independencia de las colonias españolas pobladas por la raza latina, era un hecho consumado, y un nuevo elemento político de la época que en adelante debía dominar las relaciones entre ambos mundos", el gran ministro se decidió a reconocer ese hecho, y pronunció en tal ocasión las memorables palabras que resonaron en los dos hemisferios: "La batalla ha sido recia, pero está ganada. El clavo está remachado. La América española es libre: *Novus soeculorum nascitur ordo!*"

La batalla de Ayacucho ganada ocho días antes de pronunciadas estas palabras en el opuesto hemisferio, respondió a ellas, coronando el doble triunfo de la independencia sudamericana. Canning pudo entonces exclamar: "He llamado a la vida a un nuevo mundo para restablecer el equilibrio del antiguo."

El mundo nuevo reaccionaba por la tercera vez sobre el viejo con su masa y con su espíritu, y por la tercera restablecía su equilibrio perdido.

III

Acción inicial de la América sobre Europa

La tierra descubierta por Cristóbal Colón que complementó el mundo físico, estaba destinada a restablecer su equilibrio general en el momento mismo en que vacilaba sobre sus cimientos.

Antes de finalizar el siglo XV, la Europa había perdido su equilibrio moral, político y mecánico. Después de la invasión de los bárbaros del norte, que le inocularon un nuevo principio de vida, sin extirpar el germen de la decadencia heredado del antiguo imperio romano destruido, su civilización estaba a punto de desmoronarse otra vez. No existía en ella una sola nación coherente, y sus agrupaciones inorgánicas eran compuestos heterogéneos de razas y particularismos antagónicos, basados en la conquista y la servidumbre, que la fuerza ataba y desataba. Sus fuentes productivas estaban casi agotadas y su porvenir era un problema sombrío. La libertad de los hombres esclavizados era apenas una esperanza latente que ardía como luz moribunda en el fondo de algunas conciencias. El privilegio de unos pocos era la regla dominante y la ley niveladora que pesaba sobre las cabezas de la gran comunidad avasallada. La moral política de los pueblos y de sus pensadores era la del principio de Maquiavelo, que anteponía la razón de estado a todos los derechos humanos, justificando todos los medios por los resultados, y esto era un adelanto relativo. Toda evolución sana en el sentido de progreso era imposible dentro de sus elementos caducos, y así la

Europa marchaba fatalmente a la disolución social por falta de un principio vital y regenerador.

La caída del antiguo imperio grecorromano había derribado el último antemural de la Europa contra la nueva irrupción de los bárbaros de Oriente, que avanzaba compacta y fanatizada desde el fondo del Asia bajo el pendón de la media luna, oponiendo el Corán al Evangelio. Dueños los musulmanes de Constantinopla, de la Grecia antigua y parte de la Italia en Europa, y de las llaves de la navegación del Mediterráneo, el despotismo oriental, precedido por sus armas triunfantes, había invadido todo el occidente, convirtiéndose en institución permanente, divinizada, y este poder absoluto y absorbente de la sociedad y del individuo era la última esperanza de los pueblos contra los males de la época y la tiranía de los privilegiados. Para colmo de infortunios, los antiguos caminos del comercio de Oriente, en que se dilataba la actividad universal, estaban clausurados por efecto de las conquistas de los árabes, dominadores de las tres cuartas partes del mundo conocido. La Europa encerrada en el estrecho recinto de la línea del Danubio y la puerta de las columnas de Hércules, aislada, empobrecida, esclavizada, debilitada y amenazada de ser expulsada hasta del Mediterráneo — cuyas costas dominaban los turcos y los moros en Africa, Asia y parte de Europa —, parecía perdida, y sólo el descubrimiento de un nuevo mundo podía salvarla. "El descubrimiento de un nuevo continente más allá de los mares tenebrosos, tuvo por efecto no solamente abrir al comercio otros caminos, sino hacerle experimentar una transformación que ha influido más que ningún otro acontecimiento político sobre la civilización del género humano, por cuanto afectó, como continúa afectando más fuertemente cada día, todas las partes del globo y la humanidad entera". Este descubrimiento — verdadero punto de partida de la era moderna —, al restablecer el equilibrio dinámico remontando a las causas del movimiento y efectos de las fuerzas, hizo que las cosas girasen armónicamente en su esfera de atracciones recíprocas, y sus hombres en el círculo vital de sus aspiraciones innatas. Así se operó el gran fenómeno social que renovó la civilización cristiana y salvó la libertad humana. El gran movimiento de la Reforma, que vino inmediatamente después, al emancipar la razón y dar vuelo a las almas, depositó en las conciencias el germen de los principios democráticos que entraña la Biblia — que era su código —, y que, transportado a un mundo nuevo debía regenerar la civilización europea degenerada y atrofiada, y difundirla vivificada en el orden político por toda la tierra, como la semilla fecunda de Triptólemo.

No en vano la imaginación popular, anticipándose a los tiempos, supuso que la fuente de Juvencio soñada por los antiguos, que comunicaba en sus ondas la inmortalidad y la eterna juventud, se encontraba en el nuevo continente descubierto por Colón. Trasplan-

tada al suelo virgen de la América, la civilización decrépita de la Europa, con sus gérmenes vivaces de progreso, se rejuveneció y se aclimató en él, en condiciones de igualdad, sin poderes monárquicos ni teocráticos, sin privilegios ni aristocracia, y desarrollóse libremente en su atmósfera propicia. Abierto este nuevo e inmenso campo a la actividad humana, operóse una evolución superorgánica, "en que los hechos revelan la educación del vástago y la cooperación de los antecesores muestra el germen de un nuevo orden de fenómenos". Fue una verdadera renovación del orden social en la materia viva con arreglo a la ley de la naturaleza. El resultado fue la organización de una democracia de hecho, y una sociedad nueva, hija del trabajo. Para el efecto bastó que el hombre dejara en Europa su carga de servidumbre secular, se transportase a otro continente vacante, y entregado a su espontaneidad rehiciese su propio destino, prevaleciendo sus instintos sanos y conservadores en la lucha por la vida.

IV

La colonización hispanoamericana

En la repartición del nuevo continente, tocóle a la América del Sur el peor lote. La España y el Portugal, transportaron a sus nuevas colonias su absolutismo feudal y sus servidumbres; pero no pudieron implantar en ellas sus privilegios, su aristocracia ni sus desigualdades sociales. El poder eficiente de bien fue más poderoso. La buena y la mala semilla cultivadas en el nuevo suelo se modificaron, se vivificaron y regeneraron, dando por producto una democracia genial, cuyo germen estaba en la naturaleza del hombre trasplantado a un nuevo medio ambiente. Contribuyó a este resultado el modo cómo se colonizó la América Meridional. El más sesudo cronista de Indias reconoce que la conquista se hizo a costa de los conquistadores, sin gastos de la real hacienda. Y un juicioso historiador sudamericano, comentando este hecho, deduce de él la lección de política práctica que encierra. "Los aventureros españoles del siglo XVI pudieron ejecutar la hazaña portentosa de conquistar la América, porque nadie puso trabas a su espontaneidad, ni sometió a reglas su inspiración personal. Esta fue la ley general de la conquista de América, y lo que produjo un resultado tan maravilloso y rápido fue el haberse dejado su libre desenvolvimiento a la inspiración personal. Cada conquistador fue una fuerza que dio de sí, sin limitación, todo lo que podía dar." De aquí el espíritu de individualismo que legaron a sus descendientes, en su sangre, con sus instintos de independencia, y con ellos las tendencias orgánicas que desde su origen manifestaron las nuevas colonias. Era

un mundo rebelde que nacía bajo los auspicios del absolutismo, que al dar vuelo al individualismo se encontró en pugna con el mismo feudalismo de que derivaba.

Conspiraba fatalmente a este resultado más o menos lejano, la constitución colonial calculada para el despotismo personal, que excluía la idea de una patria común, y que lo mismo de ser absoluta en teoría era orgánicamente débil. La colonia y la metrópoli no constituían una sustancia homogénea. La América española, en que algunos han creído ver una especie de imperio independiente, era considerada como un feudo personal del monarca español, más que por razón del descubrimiento, por la población y la posesión, por razón de la bula de Alejandro VI que la constituyó en tal "en virtud de la jurisdicción que como cabeza del linaje humano tenía el Papa sobre el mundo", según la doctrina del más profundo comentador de la constitución colonial. Por eso la América española no formaba cuerpo de nación con la Península, ni estaba ligada a ella sino por el vínculo de la corona, y así el juramento de fidelidad que le prestaban sus vasallos de ultramar era el juramento feudal que ata a un hombre a otro hombre, más que por razón de la tierra por razón de la persona, como lo explica el mismo comentador. Y de aquí que el rey pudiese legislar y dictar impuestos sin intervención de las Cortes españolas, que sólo funcionaban para la Península. De este orden de cosas debía surgir una teoría revolucionaria, cuando desapareciendo el monarca y desatados de hecho los vínculos personales, la soberanía absoluta de los reyes retrovertiese por acefalía a sus vasallos, y convertida en soberanía popular, el divorcio entre las colonias y la madre patria se produjese lógica y legalmente.

Este feudo colonial tenía su gobierno superior en el Consejo de Indias, que se distribuía en lo político representado por un virrey, y en lo judicial por una Audiencia, autoridades que se fiscalizaban y contrapesaban en representación de la autoridad absoluta de la corona, gastando en este roce estéril más fuerza que la que utilizaban. En el orden municipal los Cabildos, sombra de las antiguas comunidades libres de la Madre Patria, representaban nominalmente al común del pueblo. Tal es el bosquejo de la constitución colonial. Ella contenía empero un principio democrático, aunque en esfera limitada, desde que se atribuía teóricamente a los Cabildos la representación popular, se les reconocía el derecho de convocar al vecindario y reunirlo en Cabildo abierto o Congreso municipal, para deliberar sobre los propios intereses y decidir de ellos por el voto directo como en las democracias de la antigüedad. Esta ficción se convertiría en realidad el día en que las fuerzas populares le comunicasen vida. De los Cabildos así constituidos debía brotar a su tiempo la chispa revolucionaria, y en su fuero municipal haría el pueblo sus primeros ensayos parlamentarios.

Esta sociabilidad rudimental con instintos de independencia y gérmenes nativos de democracia, entrañaba — como lo hemos dicho en otro libro histórico —, todos los vicios esenciales y de conformación de la materia originaria y del grosero molde colonial en que se había vaciado, a la par de los que provenían de su estado embrionario, de su propia naturaleza y de su medio. Los desiertos, el aislamiento, la despoblación, la carencia de cohesión moral, la bastardía de las razas, la corrupción de las costumbres en la masa general, la ausencia de todo ideal, la falta de actividad política e industrial, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos que, produciendo una semibarbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían a viciar el organismo de la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar. Sin embargo, de este embrión debía brotar un nuevo mundo republicano con su constitución genial, producto de los gérmenes nativos que encerraba en su seno.

V

La colonización norteamericana

Más feliz, la América del Norte fue colonizada por una nación que tenía nociones prácticas de libertad y por una raza viril mejor preparada para el gobierno de lo propio, impregnada de un fuerte espíritu moral, que le dio su temple y su carácter. Emprendida un siglo más tarde que la española, se aclimató en una región análoga a la de la madre patria, como la española y la portuguesa al mediodía de la América, y fundaron allí una verdadera patria nueva, a la que se vincularon por instituciones libres. Bien que en su origen las colonias inglesas fuesen consideradas como provincias de la corona, administradas por compañías privilegiadas y por un consejo de gobierno a la manera del de Indias, y que el monarca se reservó, como el de España la suprema autoridad legislativa y la facultad de proveer todos los empleos, sin concederles la menor franquicia electoral, los colonos de la Virginia, por su propia energía no tardaron en conquistar algunos derechos políticos, luego asegurados por cartas reales, que fueron el origen de sus futuras constituciones republicanas. En 1619 se reunió en Jamestown la primera asamblea nacional elegida popularmente por los hombres libres de la comunidad, que con razón se ha llamado "la feliz aurora de la libertad legislativa de América", siendo "la Virginia el primer estado del mundo, compuesto de burgos separados y dispersos en un inmenso territorio, donde el gobierno se organizó según los principios

del sufragio universal". A la Virginia siguió Maryland, cuya carta fundamental otorgada en 1632, diole una participación independiente en su legislación y la sanción de los estatutos por el consentimiento de la mayoría de sus habitantes y diputados, ligando así el gobierno representativo indisolublemente a su existencia. Estas primeras asambleas coloniales acabaron con las compañías y privilegios y fundaron el gobierno de lo propio *(self-government)*.

A los plantadores de la Virginia y de Mariland siguieron los "Peregrinos" de la Nueva Inglaterra (los puritanos), que huyendo de las persecuciones en la Europa, buscaron la libertad de conciencia en el Nuevo Mundo para fundar en él una nueva patria, según la ley de su Evangelio. Fuertemente impregnados del espíritu republicano de la madre patria, de cuya gran revolución fueron autores, y de los principios democráticos de las repúblicas de Suiza y Neerlandia que les dieron asilo, llevaron de esta última el tipo ideal del gobernante de un pueblo libre en la figura austera de Guillermo de Orange, que presagiaba a Wáshington. Fuertes en la conciencia de sus derechos innatos, se transportaron sin garantía alguna a su nuevo teatro de acción, declarando que "si más tarde se pretendiese oprimirles, aun cuando se ordenase con un sello real tan grande como una casa, ellos encontrarían medios eficaces para unificarlos." Y así fue. Apenas pisaron el suelo de su nueva patria electiva, declararon en presencia de Dios que "fundaban su primera colonia en la región septentrional de la América, y se asociaban en cuerpo civil y político para su mejor organización y conservación, y que en virtud de tal compromiso decretarían, establecerían y formarían las leyes y ordenanzas y constituciones justas y equitativas que juzgasen "más convenientes al bien general". Cien hombres firmaron este documento, que según un historiador norteamericano, fue "el origen de la verdadera democracia y la libertad constitucional del pueblo, por el cual la humanidad recobró sus derechos y estableció un gobierno basado en "leyes equitativas" y en vista del bien general, reaccionando contra las constituciones de la Edad Media, derivadas de los privilegios municipales". Vinieron por último los cuákeros, que proclamaron en absoluto la libertad intelectual del pueblo como un derecho innato e inalienable, y emancipando la conciencia humana según el método filosófico de Descartes, formularon su constitución, anticipándose a las constituciones modernas, en que se consiguió por la primera vez de una manera absoluta y universal el principio de la igualdad democrática. Y con Guillermo Penn a su cabeza fundaron la colonia representativa de Pensylvania, núcleo y tipo de la gran república de los Estados Unidos.

Esta fue la eficiente acción del Nuevo Mundo sobre la Europa en la primera época de su descubrimiento y población. Sus inmigrantes al pisar el suelo en que recuperaban su equilibrio, libres

de las pesadumbres que los agobiaban en el viejo mundo, formaron un nuevo estado político, y se dieron según sus tendencias individuales una constitución democrática apropiada a sus necesidades físicas y morales, que encerraba en sí los gérmenes de su organización futura y el tipo fundamental de otras sociabilidades análogas.

Tal fue la génesis de la libertad democrática, destinada a universalizarse.

VI

Política colonial de ambas Américas

Se ha creído por algunos encontrar la explicación de aptitudes políticas entre la América del Sur y la del Norte en los antecedentes económicos de sus leyes coloniales. Empero fue tan restrictiva y tan bárbara como egoísta la política comercial de la Inglaterra con respecto a sus colonias, como lo fue la de España y Portugal, y es de notar que más atrasada que la de Francia como metrópoli en muchos puntos. Como lo observa Adam Smith, cuyo testimonio como inglés es decisivo: "Toda la diferencia entre la política colonial seguida por las diferentes naciones no ha sido sino de más o de menos y han tenido el mismo objeto. La de los ingleses, siendo la mejor, ha sido menos opresiva y tenido un poco más de generosidad."

El monopolio comercial que la España adoptó como sistema de explotación respecto de la América, inmediatamente después de su descubrimiento, fue tan funesto a la metrópoli como a sus colonias. Calculando erradamente para que las riquezas del Nuevo Mundo pasaran a España y que ésta fuese la única que lo proveyese de artefactos europeos, acaparando sus productos naturales, toda su legislación tendió exclusivamente a este objeto en los primeros tiempos, y por esto se prohibieron en América toda las industrias y cultivos similares que pudieran hacer competencia a la Península. Para centralizar el monopolio, declaróse que el puerto de Sevilla (y después el de Cádiz) sería la única puerta por donde pudiesen expedirse buques con mercaderías y entrar los productos coloniales de retorno. Para asegurar la exclusiva, hasta del tráfico intermediario, prohibióse toda comunicación comercial con las colonias entre sí, de manera que todas ellas convergiesen a un punto único. El sistema restrictivo se complementó con la organización de las flotas y galeones, reuniendo en un solo convoy anual o bienal todas las naves de comercio custodiadas por buques de guerra, y fijóse en Portobelo y Panamá la única puerta de entrada y salida de la América. Las mercaderías así introducidas atravesaban el Istmo y se derramaban por la vía del Pacífico, penetrando por tierra hasta

Potosí, donde debían acudir a proveerse y hacer los cambios las provincias mediterráneas del sur y las situadas sobre las costas del Atlántico con un recargo de 500 a 600 % sobre el costo primitivo. Este absurdo itinerario, violador de las leyes de la naturaleza y de las reglas del buen gobierno, y el sistema del monopolio colonial por medio de las flotas y galeones, sólo pudo ser concebido por la demencia de un poder absoluto y soportado por la inercia de un pueblo esclavizado. Las víctimas de tal sistema fueron la metrópoli y sus colonias.

Antes de transcurrir un siglo, la población de España estaba reducida a la mitad, sus fábricas estaban arruinadas, su marina mercante no existía sino en el nombre, su capital había disminuido, su comercio lo hacían los extranjeros por medio del contrabando, y todo el oro y la plata del Nuevo Mundo iba a todas partes menos a España. La ruina de la marina y de las fábricas, y la miseria consiguiente de la metrópoli y sus colonias, acabaron por destruir totalmente el comercio oficial. Cuando España, aleccionada por la experiencia quiso reaccionar contra su desastroso sistema de explotación, y aun lo hizo con bastante inteligencia y generosidad, ya era tarde; estaba irremisiblemente perdida como metrópoli, y la América Meridional para ella como colonia. Ni el vínculo de la fuerza, ni el del amor, ni el del interés siquiera, ligaba la tierra ni los hijos desheredados a la madre patria: la separación era un hecho y la independencia de las colonias sudamericanas una cuestión de tiempo y de oportunidad.

Como lo hemos hecho notar en otro libro, exponiendo estos mismos hechos en términos más amplios, el error fundamental del sistema colonial de España no era una invención, aun cuando lo exagerase, sino una tradición antigua y la teoría económica de la época reducida a la práctica. La Inglaterra, en la explotación de sus colonias del norte de América, propendió igualmente por medio de leyes coercitivas a que la metrópoli fuese la única que las proveyese de mercaderías europeas, la única de donde partiesen y adonde retornasen los buques destinados al tráfico, cometiendo mayores errores teóricos aun en un principio, en la institución de compañías privilegiadas como la de la India oriental, a las cuales entregaba el territorio como propiedad feudal a título de conquista, reservándose el monarca la absoluta potestad de reglamentar su comercio. Adam Smith, al juzgar con benevolencia la política comercial de su patria, la condena empero severamente.

"La libertad de la Inglaterra —dice— con respecto al comercio de sus colonias, se ha reducido al expendio de sus producciones en estado bruto, y a lo más, después de recibir su primera modificación, reservando el provecho para los fabricantes de la Gran Bretaña. La legislación impedía el establecimiento de manufacturas en las colonias, recargaba sus artefactos con altos derechos y hasta les

cerraba el acceso a la metrópoli. Impedir de este modo el uso más ventajoso de los productos, es una violación de las leyes más sagradas de la humanidad. La Inglaterra sacrificó en interés de sus mercaderes el de sus colonias. El gobierno inglés ha contribuido muy poco a fundar las más importantes de sus colonias, y cuando han crecido considerablemente, sus primeros reglamentos con relación a ellas, no han tenido más objeto que asegurarse el monopolio de su comercio, limitando a un solo país el expendio de los artículos de sus colonias, y por consecuencia a detener su actividad y hacer retroceder el progreso, en vez de acelerar su prosperidad." Bancroft, norteamericano y descendiente de inglés, después de enumerar todas las restricciones impuestas al comercio del tabaco, que era una fuente de riqueza colonial, establece: "Fue prohibido a todo buque, cargado de productos de la colonia, dirigirse por agua a las costas de Virginia desde otros puertos que no fuesen los de Inglaterra. Todo comercio con buques extranjeros fue prohibido en caso de necesidad. Los extranjeros fueron rigurosamente excluidos."

En la práctica, todos estos errores tuvieron su correctivo. Los reglamentos tiránicos cayeron de suyo en desuso por la resistencia de los colonos armados de sus franquicias municipales, y merced a esto, los resultados que buscaba Inglaterra se realizaron sin gran violencia, con ventajas para la madre patria y sus colonias. Las leyes de navegación (1650-1666), dieron a la marina inglesa la supremacía y a sus puertos la exclusiva, al desterrar de sus mercados la competencia extranjera, quedando en mejor condición sus fabricantes y negociantes, y así quedó monopolizado de hecho y de derecho el comercio colonial, ampliando la mutua tolerancia lo que tal sistema tenía de limitado. Este monopolio, juiciosamente explotado por un pueblo apto para el tráfico mercantil, con población superabundante, marina mercante libre en su esfera, con fábricas suficientes para abastecer sus colonias, con instintos de conservación para acrecentar sus capitales sin segar la fuente de la riqueza misma, como tradiciones de propio gobierno que trasplantaba a sus colonias, sin que un absolutismo como el de Carlos V o el de Felipe II las sofocase, y con una energía individual, no cortada por la tiranía fiscal, este monopolio, decíamos, en manos hábiles, fundó la colonización norteamericana y corrigió sus errores, sin incurrir en abusos. En 1652, cuando se estableció la república de Inglaterra bajo Cromwell, pactóse entre la colonia y la metrópoli la libertad de comercio, con la prerrogativa para los colonos de votar sus impuestos por medio de sus representantes y establecer sus derechos aduaneros. Era casi la independencia, como lo observa un historiador norteamericano. Los colonos incorporaron a su derecho público estos antecedentes históricos, que llegaron a formar un cuerpo de doctrina legal, decretando en 1692 y 1704: "Ningún impuesto puede ser establecido en las colonias sin el consentimiento del gobernador,

del Consejo y de sus representantes reunidos en asamblea." Mutiladas o abrogadas sus cartas fundamentales bajo la restauración despótica de los Estuardos, y sistemado el monopolio comercial de la metrópoli, aun después de consolidado en Inglaterra el gobierno representativo, la doctrina fue mantenida y respetada por acuerdo tácito. El día que la Inglaterra pretendió desconocer esta doctrina, la revolución norteamericana estalló en nombre del derecho.

VII

La emancipación norteamericana

Una cuestión particular de legalidad constitucional, motivada por un impuesto y una tarifa de aduana, fue la causa determinante de la revolución norteamericana, a la inversa de lo que sucedió en Sud América, que tuvo por origen una cuestión general de principios fundamentales, que era a la vez cuestión de vida o muerte para las colonias hispanoamericanas. En este punto es moralmente superior la revolución de Sud América a la del Norte.

La Inglaterra decretó el impuesto del papel sellado en sus colonias, y éstas respondieron declarando: "Hay ciertos derechos primitivos, esenciales, que pertenecen al pueblo, y de que ningún parlamento puede despojarlo, y entre ellos figura estar representado en la corporación que tiene el derecho de imponerles cargas. Es de toda necesidad que la América ejerza este poder en su casa, porque no está representada en el parlamento, y en realidad pensamos que esto es impracticable" (1765). La ley de papel sellado fue derogada como impuesto "interior", pero el parlamento mantuvo en teoría la prerrogativa absoluta de dictar la ley suprema del imperio británico, y sancionó en consecuencia, como derecho "exterior", que no había sido expresamente contestado, una tarifa aduanera para la importación de sus colonias, poniendo su producto a disposición del rey, lo que importaba substraerlo al control de las autoridades coloniales (1767). Los colonos protestaron negándose patrióticamente a consumir las mercaderías tarifadas, resistieron legalmente después, y dando lógicamente un paso más, declararon que la ley inglesa sobre motines (*Mutiny Act*) era nula para ellos, por cuanto había sido sancionada por un parlamento en que ellos no estaban representados. Para sostener sus derechos, convocaron su milicia municipal, y atacados con las armas en su terreno, contestaron con ellas en Lexington: se sublevaron en masa. Así comenzó en 1774 la gran lucha por la emancipación americana.

Durante diez años de resistencia, mantuviéronse las colonias inglesas en el terreno del derecho positivo, invocando sus franquicias

especiales, como propiedad particular suya; pero desde este momento, lo abandonaron resueltamente, y se colocaron en el sólido y ancho terreno teórico del derecho natural y del ideal, independiente de la ley positiva y de la tradición. Aun antes que el programa revolucionario revistiese esta forma universal y humana, ya uno de sus precursores lo había formulado en 1765: "El pueblo, el populacho como se le llama, tiene derechos anteriores a todo gobierno terrestre, derechos que las leyes humanas no pueden ni revocar ni restringir, porque derivan del gran legislador del universo. No son derechos otorgados por príncipes o parlamentos, sino derechos primitivos, iguales a la prerrogativa real y contemporáneos del gobierno, que son inherentes y esenciales al hombre que tienen su base en la constitución del mundo intelectual, en la verdad, en la justicia y en la benevolencia."

Al declarar su independencia a la faz del mundo el 4 de julio de 1776, las colonias norteamericanas emancipadas proclamaron un derecho innato, universal y humano, una teoría nueva del gobierno con abstracción de todo precedente de hecho, como principio general de legislación, inspirándose en la ley natural, en la filosofía y en la ciencia política derivada de los dictados de la conciencia cosmopolita. Díjose entonces por la primera vez en un documento político: "Tenemos por verdades evidentes, que todos los hombres fueron creados iguales, y que al nacer recibieron de su creador ciertos derechos inalienables que nadie puede arrebatarles, entre éstos el de vivir, ser libres y buscar la felicidad; que los gobiernos no han sido instituidos sino para garantizar el ejercicio de estos derechos, y que su poder sólo emana de la voluntad de sus gobernados; que, desde el momento que un gobierno es destructor del objeto para el cual fue establecido, es derecho del pueblo modificarlo o destruirlo y darse uno propio para labrar su felicidad y darse seguridad." Esta declaración de los derechos del hombre, incorporada a las constituciones del nuevo estado, fue desde entonces, como se ha dicho, "la profesión de fe política de todos los liberales del mundo" y despertó la conciencia universal aletargada.

La repercusión de estas teorías racionales que respondían a una tendencia de la naturaleza moral del hombre en el mundo y a una necesidad de los pueblos en Europa, se sintió inmediatamente en Francia, que se hizo el vehículo para transmitirlas a las naciones latinas del nuevo y del viejo mundo. Lafayette llevó a Francia esa declaración de derechos, y los hombres y los pueblos la acogieron con entusiasmo como un nuevo decálogo político. Hasta entonces dos escuelas políticas se dividían el imperio de las conciencias libres. Montesquieu, que fue el primero que señaló al mundo en las colonias inglesas la presencia "de grandes pueblos libres y felices en las selvas americanas", buscó en la herencia del pasado la reforma y mejora del régimen político y llegó lógicamente, según su teoría, a

considerar la constitución inglesa como el último resultado de la experiencia y la lógica humana, presentándola como modelo acabado. Esta es la escuela histórica. Rousseau, negando el valor de la experiencia, rompiendo con los antecedentes históricos, atacando las constituciones existentes, toma por punto de partida y por objetivo la libertad natural y la soberanía del pueblo, buscando "la mejor forma de asociación que defienda y proteja contra la fuerza común a cada asociado, de manera que, al unirse cada uno a todos, no obedezca sin embargo sino a sí mismo, y quede tan libre como antes". Esta es la escuela filosófica, cuya doctrina formulada en la constitución de los Estados Unidos de América, y cuya teoría consensual, desacreditada por mucho tiempo, ha sido jurídicamente rehabilitada por el más profundo publicista moderno, convirtiéndose en hecho consumado y en principio racional y científico de un nuevo derecho público. En esta forma popular y al alcance de todos, debía generalizarse la nueva doctrina en las colonias sudamericanas, mientras remontaban a su fuente originaria hasta encontrarla en la población libre del Nuevo Mundo.

Lo más grande y más trascendental de la revolución norteamericana, no es su independencia nacional, sino su emancipación política, intelectual y moral en nombre de los derechos humanos, y la fórmula constitucional, o más bien constitutiva, que los sintetiza. Como lo observa un historiador alemán: "El encanto de esta constitución está en su gran liberalidad, en su carácter simple, racional y natural, en su consecuencia lógica, en su fidelidad a los principios, en fin, porque podía ser aplicable a todos los pueblos en desacuerdo con el régimen imperante; en que establecía un derecho igual a todos, no como derecho positivo y adquirido, sino como innato, natural e independiente de la ley de la tradición; no como un hecho histórico, sino como una idea; en que señalaba un cierto espíritu de libertad y de humanidad, que hacía abstracción de toda condición especial y debía servir de principio general a toda legislación particular, determinando de antemano su carácter y su espíritu, que debía ser "una ley para los legisladores", como Talleyrand lo hacía decir en 1790 a la Asamblea de Francia. Son estas dos cualidades del idealismo y del universalismo, esta conciencia del pensamiento político, lo que ha operado la transformación completa en el estado político y en la cultura intelectual y moral del mundo, emancipando políticamente a los pueblos. Desde entonces, el constitucionalismo inglés dejó de ser un modelo, y la constitución inglesa dejó de ser un ideal, aun para los mismos ingleses, que han tenido que reconocer a sus descendientes y discípulos políticos como a sus maestros en el presente y en el futuro.

El espíritu de la libre Inglaterra se anticipó en su tiempo al juicio de la posteridad, dando la razón a la América insurreccionada en sus controversias constitucionales. Sus grandes hombres de

estado y sus más señalados pensadores, empezando por Chatham en su primera época y Burke a la cabeza de ellos, simpatizaron con la resistencia de sus colonias y aun hicieron votos por su triunfo, al declarar que "los principios no podían monopolizarse". Y uno de los más profundos historiadores de la civilización de Inglaterra, que antepone la fatalidad de las leyes físicas en el destino de las naciones a las influencias morales, sobreponiéndose a todo espíritu de estrecho nacionalismo, ha declarado: "La guerra con la América fue una gran crisis en la historia de Inglaterra, y la derrota de los colonos hubiera comprometido considerablemente nuestras libertades. Los americanos fueron nuestros salvadores, los americanos que, llenos de heroísmo, hicieron frente a los ejércitos del rey, los batieron en todas partes, y desligándose por último de la madre patria, comenzaron a seguir esa carrera maravillosa, que enseña lo que puede realizar un pueblo libre entregado a sus propios recursos." Su acción sobre la revolución francesa fue más marcada, combinándose con la teoría filosófica de sus publicistas.

Fue así como la América reaccionó saludablemente por segunda vez sobre la Europa, salvándola en sus dos grandes conflictos. En la tercera vez, el gran papel histórico corresponde a la América del Sur, como se ha visto y como se demostrará más adelante.

VIII

Filiación de la revolución sudamericana

La historia se modela sobre la vida, y como las acciones humanas son fuerzas vivas incorporadas a las cosas, sus elementos se desarrollan bajo la influencia de su medio, y como el bronce en fusión o la arcilla, toman las formas que su molde les imprime. Así vemos, que la colonización hispanoamericana desde sus orígenes entrañaba el principio del individualismo y el instinto de la independencia, que debían necesariamente dar por resultado la emancipación y la democracia. Vese, así, que apenas conquistado y poblado el Perú por la raza española fue teatro de continuas guerras civiles y revoluciones, y que sus conquistadores, encabezados por Gonzalo Pizarro, enarbolan el pendón de la rebelión contra su rey, en nombre de sus derechos de tales, obedeciendo a un instinto nuevo de independencia, y que cortaron la cabeza al representante del monarca, que lo era a la vez de la monarquía, de la aristocracia feudal y de la dominación española (1540). Un cronista contemporáneo, impregnado de las pasiones de la época, cuyo libro fue mandado quemar por los reyes de España porque las reflejaba, haciendo hablar a un jurisconsulto español, que era consejero del primer re-

belde americano, pone en su boca estas palabras: "Argüía Zepeda, que de su principio y origen todos los reyes descienden de tiranos, y que de aquí la nobleza tenía principio de Caín, y la gente plebeya del justo Abel. Y que esto claro se mostraba por los blasones e insignias de las armas: por los dragones, sierpes, fuegos, espadas, cabezas cortadas y otras crueles insignias, que en las armas de los nobles figuraban." El famoso Carvajal, nervio militar de la rebelión de Pizarro, tipo de los crueles caudillos sudamericanos que vendrían después a imagen y semejanza suya, aconsejaba a su jefe hacerse independiente, y uniendo el ejemplo a la acción, quemó en un brasero el estandarte real con las armas de Castilla y de León e inventó la primera bandera revolucionaria que se enarboló en el Nuevo Mundo. Bien dice, pues, un moderno crítico español: "La guerra de Quito fue la primera y más seria de las tentativas de independencia a que se atrevieron los españoles americanos." Cuando apenas una nueva generación europea había nacido en América, vese a un hijo de Hernán Cortés, que llevaba en sus venas la sangre americana de la célebre india doña Marina, fraguar una conspiración para independizar a Méjico de su metrópoli, en nombre del derecho territorial invocado por Pizarro.

La pobre y oscura colonia del Paraguay fue desde sus primeros tiempos una turbulenta república municipal, emancipada de hecho, que se gobernó a sí misma, y se dictó sus propias leyes. Los colonos depusieron gobernadores con provisión real al grito de "¡mueran los tiranos!", eligieron mandatarios por el sufragio de la mayoría y mantuvieron sus fueros por el espacio de más de veinticinco años (1535-1560), bastándose a sí mismos. Cuando hubo nacido allí una nueva raza criolla, producto del consorcio de indígenas y europeos, un nuevo elemento se introdujo en la colonia. Un contemporáneo español testigo presencial de esta gestación, decía en 1579 hablando de estos "hijos de la tierra", que "de las cinco partes de la gente española, las cuatro son de ellos, y cada día va en aumento, teniendo muy poco respeto a la justicia, a sus padres y mayores, muy curiosos en las armas, diestros a pie y a caballo, fuertes en los trabajos, amigos de la guerra y muy amigos de novedades".

Bastan estos ejemplos remotos para comprobar que la colonización hispanoamericana entrañaba el germen del individualismo y de la independencia, aun haciendo caso omiso del levantamiento de los hermanos Contreras en Nicaragua (1542), que presentaron batalla campal a las tropas del rey en Panamá; de la revolución de Gonzalo Oyón (1560), en Popayán; de la sublevación de Aguirre en el Amazonas (1580), que llevó la sedición hasta el centro de Nueva Granada, y de otros muchos alborotos del mismo género hasta fines del siglo XVII, por cuanto estas insurrecciones iniciales fueron resabios del revuelto espíritu castellano más bien que productos de la tierra, aunque presagiasen ya la índole de la insurrec-

ción futura. Así, la España, fundó con su colonización americana un mundo rebelde y una democracia genial, mientras la Inglaterra fundaba en la suya un mundo libre y una democracia orgánica.

La insurrección verdaderamente criolla se inicia a principios del siglo XVIII, en que se oye por primera vez en Potosí el grito de "Libertad", y los criollos dejan de considerarse españoles para apellidarse con orgullo americanos. Es el asomo de un nuevo espíritu nacional. Los sabios viajeros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, comisionados para medir un grado terrestre sobre el Ecuador (1735), trazaron la línea divisoria entre ambas razas: "No deja de parecer cosa impropia, que entre gentes de una misma nación y aun de una misma sangre, haya tanta enemistad, encono y odio, y que las ciudades y poblaciones grandes sean un teatro de discordias y de continua oposición entre españoles y criollos. Basta ser europeo, o chapetón, como le llaman, para declararse contrario a los criollos, y es suficiente el haber nacido en Indias para aborrecer a los españoles. Desde que los hijos de europeos nacen, y sienten las luces aunque endebles de la razón, o desde que la racionalidad empieza a descorrer los velos de la inocencia, principia en ellos la oposición a los europeos. Es cosa muy común el oír repetir a algunos, que si pudieran sacarse la sangre de españoles que tienen de sus padres, lo harían, porque no estuviese mezclada con la que adquirieron de sus madres." Los mestizos daban pábulo a este incendio latente de odios étnicos.

En 1711, los mestizos proclamaron rey de Venezuela a un mulato, y en 1733 los criollos se levantaron en armas contra los privilegios de la "Compañía Guipuzcoana de Caracas", organizada para monopolizar el comercio de los productos de la tierra, y dieron batallas campales en favor de la libertad de los cambios, obligando a la metrópoli a prometer su extinción. Por el mismo tiempo (1730), dieron los mestizos el grito de insurrección "en número de 2.000 hombres en Cochabamba (Alto Perú), y se juntaron con el nombre de ejército con armas y bandera desplegada, en odio de los españoles europeos para protestar contra el impuesto personal", conquistando la franquicia de elegir alcalde y corregidores criollos, con exclusión de los españoles. En 1765, en el mismo año en que los americanos del norte protestaban contra los impuestos con que los gravaba el parlamento de la madre patria, los criollos de Quito se insurreccionaron contra el impuesto de las alcabalas —como en tiempo de Carlos V lo habían hecho ya—, murieron más de 400 hombres y vencieron al fin a los españoles, hasta obtener una amnistía. Pero estos estallidos precursores de la revolución que estaba en las cosas y se operaba en los espíritus, no tenían sino por accidente un carácter político, y carecieron de formas definidas y de propósitos deliberados de libertad e independencia.

Estaba reservado a la embrionaria república municipal del Paraguay dar el primer ejemplo de un movimiento revolucionario con una doctrina política, que envolvía al principio de soberanía popular superior a la de los reyes. Con motivo de un conflicto entre el gobernador nombrado por el rey y el Cabildo de la Asunción que invocaba los antiguos fueros municipales de los colonos, el Paraguay levantó el pendón de Padilla caído en Villalar. Entonces apareció en la escena el famoso José Antequera, americano de nacimiento y educado en España, que aclamado gobernador por el voto del común, declaró ante el pueblo: que los pueblos no abdican, que "el derecho natural enseña la conservación de la vida, sin distinguir estado alguno que sea más privilegiado que otro, como a todos enseña e instruye aún sin maestros, a huir lo que es contra él, como servidumbre tiránica y sevicia de un injusto gobernador." Con esta bandera y este programa, se hizo él caudillo del pueblo contra la supremacía teocrática de los jesuitas del Paraguay, que lo barbarizaban y explotaban; levantó ejércitos, dio batallas contra las tropas del rey; derribó cabezas y fue bendecido como un salvador (1724-1725). Como Padilla, expió su crimen en un cadalso, como reo de lesa majestad (1731), juntamente con su alguacil mayor, Juan de Mena. En presencia de la muerte, renovó su profesión de fe, y en la prisión formó un discípulo que continuase su obra. Fue éste un tal Fernando Mompox, americano como él, que huyó de la cárcel de Lima, se trasladó al Paraguay, y avivó "el fuego tapado con cenizas", según la expresión del virrey del Perú. A la noticia de la ejecución de Antequera, la hija de Juan de Mena, que a la sazón llevaba luto por su esposo, se despojó de él y reveló por la primera vez la pasión femenil por la libertad de América, vistiendo sus más ricas galas: "No debe llorarse, dijo, una muerte tan gloriosamente sufrida en servicio de la patria." Mompox organizó bajo la denominación de Comuneros, el partido de Antequera y del Cabildo, y se hizo tribuno, deponiendo a otro gobernador e instituyó una Junta de gobierno, elegida popularmente con esta fórmula política: "La autoridad del común es superior a la del mismo rey. Opongámonos a la recepción del nuevo gobernador en nombre del pueblo, asumiendo una responsabilidad colectiva que escude a los individuos." Después de estas palabras, que lo han hecho revivir en la posteridad (1732), Mompox desaparece envuelto en la derrota de su causa.

La semilla comunal sembrada por Antequera y Mompox, retoñó en otra forma en la Nueva Granada, medio siglo después (1781). Con motivo de establecerse nuevos impuestos, que gravaban la producción del país, una mujer del pueblo arrancó en la ciudad del Socorro el edicto en que se promulgaban. El país se levantó en masa bajo la dirección de sus municipalidades, y con la denominación de comuneros levantó un ejército de 20.000 hombres, a las órdenes de su capitán general Juan Francisco Berbeo, popularmente elegido,

que batió a las tropas reales e impuso las capitulaciones llamadas de Zipaquirá, en que se pactó la abolición perpetua de los estancos y se moderaron los derechos de alcoholes, papel sellado y otros impuestos; que se suprimiesen los jueces de residencia, y los empleos se diesen a los americanos y sólo por su falta a los españoles europeos; confirmándose los nombramientos populares de los capitanes elegidos por el común, con la facultad de instruir a sus compañías en los días de fiesta en ejercicios militares, todo bajo la garantía de una amnistía que se juró por los Santos Evangelios. La capitulación fue violada por los españoles, bajo el pretexto de que "lo que se exige con violencia de las autoridades trae consigo nulidad perpetua y es una traición declarada". Un caudillo más animoso, llamado José Antonio Galán, volvió a levantar la bandera de los Comuneros, pero vencido otra vez, fue condenado a ser suspendido en la horca como reo de alta traición, a ser quemado su tronco delante del patíbulo y sus miembros colgados en escarpias en el teatro de la insurrección, confiscando sus bienes, demoliendo sus casas, sembrándolas de sal, y su descendencia se declaró infame. Berbeo vivió en la obscuridad, y es acaso, observa un historiador, el único ejemplar en las colonias españolas, de un jefe que después de haber hecho la guerra al soberano, hubiese existido en sus dominios sin morir en un patíbulo.

Pero estos movimientos concéntricos y otros muchos del mismo género, dentro de los elementos del sistema colonial, son agitaciones sin trascendencia, que sólo tienen valor como antecedentes históricos, por cuanto no señalan una verdadera revolución. Empero, esto prueba, que durante dos siglos, la América del Sur tuvo una vida trágica y tormentosa, y que así en los primeros tiempos de la conquista como durante la colonización, los españoles americanos y los nativos protestaron siempre contra la dominación absoluta de la madre patria, y que ella era odiada por los americanos, síntomas que presagiaban una crisis fatal.

IX

Revolución moral de la América del Sur

Las revoluciones no se consuman sino cuando las ideas, los sentimientos, las predisposiciones morales e intelectuales del hombre se convierten en conciencia individual de la gran masa y sus pasiones en fuerzas absorbentes, porque, como se ha dicho con verdad, "es el hombre y no los acontecimientos externos el que hace el mundo, y de su estado interior depende el estado visible de la sociedad". Esta revolución habíase operado en el hombre sudamericano antes

de finalizar el siglo XVIII, marcando su crecimiento y su nivel moral, la escala invisible que llevaba en su alma. Desde entonces, todas sus acciones tienen un objetivo, una lógica, un significado; sus trabajos revolucionarios acusan un deliberado propósito con planes más o menos definidos de organización, y una aspiración hacia un orden mejor de cosas. La emancipación era un hecho que estaba en el orden natural de las cosas, una ley que tenía que cumplirse, y en ese rumbo iban los espíritus. Cuándo y cómo, eran cuestiones de mera oportunidad y de forma, y de afocamiento de voluntades predispuestas. La revolución estaba en la atmósfera, estaba en las almas, y era ya no un solo instinto y una gravitación mecánica, sino una pasión y una idea.

En tal sentido, el acontecimiento extraordinario que más contribuyó a formar esta conciencia y abrir los ojos a los mismos gobernantes, fue la emancipación de la América del Norte, que dio el golpe de muerte al antiguo sistema colonial. Su organización republicana, armónica con el modo de ser de la América del Sur por la influencia del medio, le dio su fórmula. En un principio, esta acción no se hizo sentir directamente por el estado de marasmo social y político en que yacían las colonias hispanoamericanas, pero no por eso dejó de ser eficiente. Una combinación de circunstancias concurrentes que alteró el equilibrio instable existente, puso en conmoción el organismo sudamericano hasta entonces inerte, y dio a la misma metrópoli la evidencia de que sus colonias estaban por siempre perdidas en un plazo más o menos largo. Fue la misma España la que, bajo el reinado de Carlos III, dio la primera señal de la emancipación de sus colonias, en el hecho de unir ciegamente sus armas a las de la Francia para sostener la insurrección de los norteamericanos en odio a la Inglaterra, y reconocer después la independencia de la nueva república, lo que importaba una verdadera abdicación y un reconocimiento de principios destructores de su poder moral y material. El conde de Aranda, uno de los primeros hombres de estado de España en su tiempo, previó estas consecuencias, y aconsejó a su soberano en 1783 que se anticipase a sancionar un hecho que no estaba en su mano evitar, "deshaciéndose espontáneamente del dominio de todas sus posesiones en el continente de ambas Américas, y establecer en ellas tres infantes, uno como rey de Méjico, otro como rey del Perú, y otro como rey de Costa Firme, tomando el monarca el título de emperador." Este plan que con razón califica su autor de "gran pensamiento", se fundaba en que: "jamás han podido conservarse posesiones tan vastas, colocadas a tan grandes distancias de la metrópoli, sin acción eficaz sobre ellas, lo que la imposibilitaba de hacer el bien en favor de sus desgraciados habitantes, sujetos a vejaciones, sin poder obtener desagravio de sus ofensas y expuestos a vejámenes de sus autoridades locales, circunstancias que reunidas todas, no podían menos de descontentar

a los americanos, moviéndolos a hacer esfuerzos a fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les fuese propicia." Y descorriendo el velo del porvenir, profetizaba lo que necesariamente iba a suceder: "acabamos de reconocer una nueva potencia en un país en que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta república federal nació pigmea. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso en aquellas regiones. Dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia de este coloso. Su primer paso, cuando haya logrado su engrandecimiento, será apoderarse de La Florida y dominar el golfo de Méjico. Estos temores son muy fundados, y deben realizarse dentro de breves años si no presenciamos otras conmociones más funestas en nuestras Américas."

El monarca español cerró por el momento sus ojos a la luz de estos consejos, pero antes que hubiesen transcurrido seis años, el rayo de la revolución francesa en 1789, que iluminó con súbitos resplandores la conciencia humana, le hizo entrever el abismo que había cavado al pie de su trono. La revolución norteamericana mostró entonces su carácter universal, así que se propagó en Europa y conquistó a sus principios hasta las mismas naciones latinas, como se explicó antes. Los reyes absolutos del viejo mundo, y aun la misma libre Inglaterra por razón de su régimen monárquico, comprendieron su alcance político y sintieron conmoverse los cimientos de su poderío. Alarmados, formaron ligas liberticidas contra los nuevos principios en Europa y América, y la reacción se hizo sentir en ambos mundos.

La España, asustada de las consecuencias de su propia obra, persiguió desde entonces hasta la introducción de los símbolos de la libertad norteamericana en sus colonias. Con motivo de tenerse noticia de que los criollos sudamericanos guardaban secretamente medallas conmemorativas de la independencia de los Estados Unidos, con el lema de "Libertad Americana", dispúsose por real orden que "se celase con la mayor vigilancia no se introdujese en Indias ninguna especie de medallas que tengan alusión a la libertad de las colonias angloamericanas; haciendo recoger con prudencia, sin dar a entender el motivo, las que se hallasen esparcidas." Con las medallas circulaban las ideas que no podían ser recogidas.

La revolución francesa de 1789 fue consecuencia inmediata de la revolución norteamericana, cuyos principios universalizó y los hizo penetrar en la América del Sur por el vehículo de los grandes publicistas franceses del siglo XVIII, que eran conocidos y estudiados por los criollos ilustrados de las colonias o que viajaban por Europa, y cuyas máximas revoluciones circulaban secretamente en las cabezas como en las medallas conmemorativas de la libertad, de mano en mano. Al ver realizadas sus teorías por la revolución del 89, y al leerlas consignadas bajo la forma de preceptos constitucionales en la "Declaración de los Derechos del Hombre", importados

de América a Europa y que la Francia propagó por el mundo, la revolución se consumó en las conciencias y la idea de la independencia se hizo carne. Muy luego, remontando a la fuente beberían en ella los principios originarios y encontrarían el tipo de la república verdadera. Mientras tanto, su actividad moral se alimentaba recibiendo la comunión de las ideas por esa vía. Antonio Nariño, destinado a representar un papel espectable en la futura revolución colombiana, tradujo e hizo imprimir secretamente los Derechos del Hombre en Nueva Granada, al mismo tiempo que se fijaban pasquines contra el gobierno español, indicantes de una fermentación sorda (1794). Perseguido por esta causa, no pudo comprobarse el cuerpo del delito, pues no se encontró un solo ejemplar de la edición ni hubo quien depusiese en contra, aun bajo la angustia de los tormentos que impusieron los jueces inquisitoriales, tal fue la fidelidad con que los conspiradores guardaron el secreto. Nariño hizo valientemente su defensa ante la Audiencia, sosteniendo que la publicación no era un crimen, pues los mismos principios corrían impresos en libros españoles, y que considerado el escrito a la luz de la razón y dándole su verdadero sentido, él no era pernicioso ni podía ser perjudicial. El propagador de los nuevos principios fué condenado a presidio en Africa, confiscación de todos sus bienes, extrañamiento perpetuo de América, y a presenciar la quema del libro original que le sirvió de texto para su traducción, por mano del verdugo.

Por aisladas que parezcan estas manifestaciones, ellas eran síntomas de los tiempos. No hay hechos fortuitos en la historia: todos ellos tienen su coordinación lógica, y se explican por las leyes regulares que presiden el crecimiento y la decadencia de las naciones en lo que se ha llamado la dinámica social en contraposición de la teología histórica. Las ideas no son aerolitos caídos de otros mundos; tienen su origen en la naturaleza moral del hombre del planeta. Así como la aparición de una planta en un terreno inculto, señala intervención de acciones físicoquímicas, climatológicas y orgánicas, que se combinan, la aparición de una idea en una cabeza indica una elaboración intelectual que se opera simultáneamente en los cerebros. Como lo ha dicho Emerson, filósofo americano, que ha experimentado el fenómeno en sí, las ideas reformadoras tienen una puerta secreta por donde penetran en el corazón de todos los legisladores y de cada habitante de todas las ciudades: el hecho de que un nuevo pensamiento y una nueva esperanza han entrado en un corazón, es anuncio de que una nueva luz acaba de encenderse en el corazón de millares de personas. La prueba de ello es que, después de la emancipación de las colonias norteamericanas, y de la revolución francesa, lo mismo pensaba respecto de la independencia sudamericana. Jefferson en Estados Unidos, Burke y Pitt en Inglaterra, el rey de España en Madrid, su ministro Aranda en Pa-

rís, Tallien y Lafayette en Francia, y los criollos sudamericanos de las colonias en América y en Europa. El criterio político se formaba por el ejemplo de lo que pasaba en ambos continentes; las nuevas ideas penetraban primero en las cabezas ilustradas y se infiltraban en la masa por el vehículo del instinto y de la pasión, que transformaba las almas por la creación de un ideal que cada cual interpretaba según sus alcances o según sus intereses o tendencias, teniendo evidencia de este fenómeno hasta los mismos poderes absolutos que experimentaban su influencia. Así es como se iba preparando la revolución moral en la América del Sur, una vez que la idea nueva prendió en los espíritus.

X

El precursor de la emancipación sudamericana

Por este mismo tiempo hacía algunos años recorría el mundo un ardiente apóstol de la libertad humana, precursor de la emancipación sudamericana. Era un soñador con ideas confusas y conocimientos variados e inconexos; un guerrero animado de una pasión generosa, y sobre todo un gran carácter. Soldado de Wáshington en la guerra norteamericana, camarada de Lafayette, general con Dumouriez en las primeras campañas de la revolución francesa, compañero de prisión de madame Roland, confidente de Pitt en su plan de insurrección de las colonias hispanoamericanas, distinguido por Catalina II de Rusia a cuyos favores antepuso la austera misión que se impuso, considerado por Napoleón como un loco animado de una chispa del fuego sagrado, el caraqueño Francisco Miranda tuvo la primera visión de los grandes destinos de la América republicana, y fue el primero que enarboló la bandera redentora por él inventada en las mismas playas descubiertas por el genio de Colón. Fue él quien centralizó y dio objetivo a los trabajos revolucionarios de los sudamericanos dispersos en Europa, entablando relaciones sistemadas con los criollos de las colonias, y el que fundó en Londres a fines del siglo XVIII la primera asociación política a que se afiliaron todos ellos, con el objeto de preparar la empresa de la emancipación sobre la base del dogma republicano con la denominación de "Gran Reunión Americana". En ella fueron iniciados en los misterios de la libertad futura, O'Higgins, de Chile; Nariño, de Nueva Granada; Montufar y Rocafuerte, de Quito; Caro, de Cuba y representante de los patriotas del Perú; Alvear, argentino, y otros que debían ilustrarse más tarde confesando su credo o muriendo por él. Ante ella prestaron juramento de hacer triunfar la causa de la emancipación de la América Meridional, los dos grandes libertadores, Bolívar y San Martín.

Esta asociación iniciadora de la revolución de Sud América fue el tipo de las sociedades secretas del mismo género, que trasplantadas al terreno de la acción, imprimieron su sello a los caracteres de los que después fueron llamados a dirigirla y decidir de sus destinos. Ellas le inocularon el sentimiento genialmente americano, que sin determinar fronteras ni darse cuenta de los obstáculos, confundía colectivamente a todas las colonias esclavizadas en una entidad, en una aspiración idéntica, en un amor único, y hasta en un odio solidario contra sus amos. Este resorte moral dio a la revolución americana su cohesión continental por la solidaridad de causa, su unidad por la propaganda recíproca y simultánea, y aseguró el triunfo por la comunidad de esfuerzos. Este era el gran punto de contacto entre los criollos que habitaban las colonias hispanoamericanas, y de los que lejos de ellas, en otro medio y bajo otras impresiones, trabajaban por su independencia y por su libertad. Esto explica también el sincronismo de sus primeros estremecimientos a pesar del aislamiento de las colonias, en que las mismas causas morales producían idénticos efectos por misteriosas afinidades electivas.

Miranda, como Prócida, buscó el apoyo del mundo entero para interesarlo en la causa de la independencia hispanoamericana, y principalmente el de la Inglaterra, con la cual llegó a formalizar pactos en tal sentido, obteniendo por tres veces consecutivas (1790-1801) del ministro Pitt, la promesa de ser apoyado en su empresa moral y materialmente con la cooperación de los Estados Unidos. Complicaciones de la política europea y vacilaciones del gobierno de Wáshington obstaron a esta combinación. Fue entonces cuando, por vía de manifiesto y declaración de derechos de la América del Sur, hizo redactar en 1791 una carta a los americanos, en que se hacía el proceso del sistema colonial de la España, estableciendo que, "la naturaleza había separado por los mares a la América de la España, emancipando de hecho a sus hijos de la madre patria, y que ellos eran libres por derecho natural, recibido del Creador, inalienable por su naturaleza, y no podía ser arrebatado sin cometer delito; que sería una blasfemia suponer, que Supremo benefactor hubiese permitido el descubrimiento del Nuevo Mundo solamente para que un pequeño número de imbéciles explotadores tuviesen la libertad de asolarlo y disponer a su antojo de la suerte de millones de hombres; concluyendo, que el coraje de las colonias inglesas en América, que debía avergonzar a los sudamericanos, había coronado de palmas la frente del Nuevo Mundo, al proclamar y hacer triunfar su libertad, su independencia y su soberanía; que no podía prolongarse la cobarde resignación, y había llegado el momento de abrir una nueva era de prosperidad exterminando la tiranía, animados por los eternos principios de orden y justicia, y con el auxilio de la Providencia formar de la América unida por

comunes intereses una grande familia de hermanos." Pero desahuciado Miranda por la Inglaterra y los Estados Unidos, tentó por sí solo la empresa, y en 1806 se lanzó en dos ocasiones —con 200 hombres la primera y con 500 la segunda—, sobre Costa Firme, y en ambas fue rechazado en Ocumare y Vela de Coro, sin que nadie respondiese a su grito de insurrección. Pero el gran grito estaba dado, y encontraría ecos en ambos mundos.

La Inglaterra, mientras tanto, abandonando con la muerte de Pitt sus proyectos de emancipación de las colonias españolas, emprendió por su cuenta la conquista de la América del Sur, y fue derrotada por dos veces en Buenos Aires en 1806 y 1807, como lo había sido en 1740 en Cartagena de Indias. Miranda se complació de esta derrota y escribió al Cabildo de Buenos Aires (1808), felicitándolo: "He tenido la doble satisfacción de ver que mis amonestaciones al gobierno inglés, en cuanto a la imposibilidad de conquistar o subyugar a nuestra América, fueron bien fundadas, al ver repelida con heroico esfuerzo tan odiosa tentativa." Al mismo tiempo se dirigía al Cabildo de Caracas, noticiándole la acefalía de la España por efecto de la invasión napoleónica y le aconsejaba que "reuniéndose en un cuerpo municipal representativo tomara a su cargo del gobierno, y enviara diputados a Londres, con el objeto de ver lo que conviniera para la suerte futura del Nuevo Mundo". A la vez hizo imprimir en Londres un libro inspirado por él, escrito por un inglés y en inglés, en que señalaba la derrota de los ingleses como una lección que debía aprovecharse. Uno de los generales ingleses, vencidos en esta empresa —norteamericano de origen—, había escrito a su gobierno: "La opresión de la madre patria ha hecho más ansioso en los nativos el anhelo de sacudir el yugo de España, y quisieran seguir los pasos de los norteamericanos erigiendo un estado independiente. Si les prometiésemos la independencia, se levantarían inmediatamente contra su gobierno, y la gran masa de sus habitantes se nos uniría. Ninguna otra cosa que no sea la independencia puede satisfacerlos." Partiendo de esta base, el panfletista abogaba por la inmediata emancipación de la América española bajo los auspicios de la Gran Bretaña. Miranda, al extraer en lengua castellana el texto de este libro, lo acompañaba de un bosquejo de constitución, obra suya y mezcla de reminiscencias vetustas, tradiciones coloniales, invenciones peregrinas y adaptaciones de la Constitución de los Estados Unidos, cuya idea dominante era la república federal sobre la base representativa de los Cabildos. Como la gran victoria de Buenos Aires tuvo resonancia en el mundo, y sobre todo en el corazón de los americanos, a quienes dio la conciencia de una fuerza que ellos mismos ignoraban, esta propaganda respondía a un nuevo sentimiento de nacionalidad que empezaba a formarse, como lo prueban las arrogantes palabras pronunciadas con tal motivo por un criollo del Río de la Plata en medio de los aplau-

sos de la América: "Los nacidos en Indias, cuyos espíritus no tienen hermandad con el abatimiento, no son inferiores a los españoles europeos, y a nadie ceden en valor". Desde ese momento, la independencia convirtióse en ideal, la pasión en fuerza y las aspiraciones vagas y las tendencias en objetivo real. La revolución estaba consumada en los ánimos y estaba en las cosas mismas; para que estallase sólo faltaba la ocasión propicia profetizada por el conde de Aranda. Era además cuestión de raza y cuestión de vida.

XI

Las razas sudamericanas. — Los criollos

No se comprenderían bien los pródromos y el desarrollo de la revolución sudamericana sin el conocimiento de sus razas, y especialmente de la raza criolla, factor principal en ella, en la que se acumulaba la fuerza, residía la pasión y germinaba la idea revolucionaria como una semilla nativa en el suelo.

Cinco razas, que para los efectos de la síntesis histórica pueden reducirse a tres, poblaban le América Meridional al tiempo de estallar la revolución de la independencia: los españoles europeos, los criollos hispanoamericanos y los mestizos, y los indios indígenas y los negros procedentes de Africa. Los españoles constituían la raza conquistadora, privilegiada, que por la simple razón de su origen, tenían la preeminencia política y social. Los indios y los negros formaban la raza servil bajo el régimen de la esclavitud, y eran elemento inerte. Los mestizos eran razas intermediarias entre los españoles, los indios y los africanos, que en algunas partes componían la gran mayoría. Los criollos, los descendientes directos de españoles, de sangre pura, pero modificados por el medio y por sus enlaces con los mestizos que se asimilaban, eran los verdaderos hijos de la tierra colonizada y constituían el nervio social. Representaban el mayor número, y cuando no, la potencia civilizadora de la colonia: eran los más enérgicos, los más inteligentes e imaginativos, y con todos sus vicios heredados y su falta de preparación para la vida libre, los únicos animados de un sentimiento de patriotismo innato, que desenvuelto se convertiría en elemento de revolución y de organización espontánea, y después en principio de cohesión nacional.

Los nativos de Sud América, sometidos al bastardo régimen colonial de la explotación en favor de la metrópoli y de la exclusión en favor de los españoles privilegiados, formaban así una raza aparte y una raza oprimida, que no podían ver en sus antecesores y semejantes, padres ni hermanos, sino amos. Estas eran las consecuen-

cias fatales del modo cómo se organizó la conquista de la América por la España, y de la teoría que hacía derivar de ese hecho el título y el derecho para gobernarla en beneficio de la nación y de la raza conquistadora. Esta era la base del sistema colonial que convertía a los naturales del suelo en cosas y los asimilaba en cierto modo a los indígenas conquistados, determinando de antemano el divorcio etnológico y social de los colonos hispanoamericanos con la madre patria. La España, que en verdad concedió a la América todo lo que ella tenía, y dio a sus colonos, por efecto de la lejanía tal vez, más libertad y más franquicias municipales que las que gozaban sus propios hijos en su territorio, jamás adoptó ni pensó adoptar una política que refundiese a las colonias en la comunidad nacional, y precisamente porque tenía un gobierno absoluto, no podía hacerlo aun cuando lo hubiese querido o hubiese sido capaz de pensarlo. De aquí provenían los monopolios, las exclusiones y los privilegios, que haciendo más pesado y menos justificado su dominio, hacía más profunda la división de intereses, de aspiraciones y de sentimientos. Los españoles, por su parte, exaltaban este estado de exacerbación de los ánimos predispuestos. Persuadidos de que el territorio y los naturales de América eran el feudo y los feudatarios de la metrópoli y de todos y de cada uno de los que habían nacido en la Península Ibérica, se consideraban como señores naturales, a título de seres privilegiados de una raza superior, y pensaban que mientras existiese en la Mancha un zapatero de Castilla con un mulo, ese zapatero con su mulo, tenía el derecho de gobernar toda la América.

La aspiración natural de los esclavos es la libertad, y la de las razas oprimidas que se sienten con fuerzas propias, reasumir su personalidad ante la familia humana. Esta doble aspiración llevaba el germen de la revolución americana, que una mala política fomentó y que circunstancias propicias o aciagas aceleraron. La raza indígena, de cuyas sublevaciones parciales hemos hecho caso omiso como elemento revolucionario, hizo su grande explosión en 1780, levantándose en masa en el Perú contra los conquistadores, con Tupac-Amarú, descendiente de los Incas, a su cabeza. Reunieron grandes ejércitos y pelearon; pero fueron lógicamente vencidos, ahogados para siempre en su propia sangre, porque no eran dueños de las fuerzas vivas de la sociedad, y porque no representaban la causa de la América civilizada. Debía llegar su turno a los nativos, hijos de los conquistadores, de quienes las leyes y las costumbres habían hecho una raza aparte. Ellos, dueños de la tierra, con aspiraciones ingénitas de independencia, con propósitos patrióticos, la llegarían a amar con la pasión que se convierte en acción y se transforma en libertad, obedeciendo a la ley de la sucesión de las fuerzas morales.

Los miembros de esta raza desheredada, tan inteligente como enérgica, debían experimentar un nuevo sacudimiento en presencia

del espectáculo de la España, que sólo tenía el prestigio de lo lejano y lo desconocido. Viéndola tan despotizada como ellos, no encontrando allí nada de admirar, amar o respetar en común, se sentían extranjeros en la metrópoli los que la veían de cerca, y sin vínculos morales, políticos o sociales, los que vegetaban lejos de ella. Un rey absoluto, y por lo común imbécil, era el único punto de contacto más bien que de unión, entre el mundo explotado y la nación explotadora. El divorcio era un hecho que estaba en las leyes y en las prácticas, y penetraba espontáneamente en las conciencias. La madre patria no era ni podía ser para los americanos ni una patria ni una madre: era una madrastra. Entonces sus instintos de independencia tomaban forma, se convertían en pasión y se transformaban en idea, síntomas de los tiempos que atravesaban y pressagio de los tiempos que venían. De este modo la rebelión moral se operó en las conciencias antes de ser un poder tangible, como se ha visto. Su fermento concentrado debía producir ese estallido de nobles iras; esas aspiraciones intensas, esa exaltación de sentimientos de confraternidad, de que los sudamericanos residentes en la metrópoli participaban con más vehemencia que los mismos criollos que nunca habían perdido de vista el humo de sus hogares. Revolucionarios de raza, odiaban tanto como amaban. Es así como se explica que todos los caudillos de la revolución americana que vinieron de España, aun aquellos que recibieron más distinciones en ella, fueron los que con más pasión y más genio la combatieron, convirtiendo sus odios en fuerza eficiente de la revolución que inocularon en las masas.

Empeñada la lucha por la independencia, las razas intervinieron en ella obedeciendo a sus afinidades. Los criollos tomaron la dirección política y la vanguardia en el combate entre las colonias insurreccionadas y su metrópoli. Los indígenas emancipados por la revolución de las servidumbres que sobre ellos pesaban, se decidieron por ella, como auxiliares, aun cuando nunca fueron contados como fuerza militar, a excepción de Méjico, donde este elemento figuró en primera línea. En el resto de la América, los mestizos constituyeron la carne de cañón y el nervio de sus ejércitos. El gaucho argentino, especie de árabe y cosaco modificado por el clima y poseído del mismo fatalismo del uno y de la fortaleza del otro, dio su tipo a la caballería revolucionaria que debía llevar su gran carga a fondo desde el Plata hasta el Chimborazo. En el extremo opuesto, los llaneros de Venezuela, raza mestiza de indígenas, españoles y negros en que empezaba a predominar el carácter criollo, formaron los famosos escuadrones colombianos acaudillados por héroes de su estirpe que en sus campañas desde el Orinoco hasta Potosí por sus proezas eclipsarían a los de Homero. Los rotos de Chile, en que prevalecía la sangre indígena, formarían con los argentinos los sólidos batallones para medirse con los regimientos es-

pañoles, vencedores de los soldados de Napoleón en la guerra de la Península. Los negros, emancipados de la esclavitud, dieron su contingente a la infantería americana, revelando cualidades guerreras propias de su raza. Los indígenas del Alto Perú mantuvieron viva por más de diez años la insurrección en su territorio, a pesar de la derrota de las armas de la revolución, contribuyendo con sus reveses al éxito final, tanto como las victorias. Los cholos de la parte montañosa del Perú, se decidieron por la causa del rey, y según el testimonio de los generales españoles que los mandaron, como infantes podían equipararse a los primeros del mundo, excediéndolos en el sufrimiento de las fatigas y en la celeridad de las marchas extraordinarias al través del continente. Los criollos formaban el núcleo de estos elementos de fuerza en el combate de las razas y de los principios.

La raza criolla en la América del Sur, elástica, asimilable y asimiladora, era un vástago robusto del tronco de la raza civilizadora índicoeuropea a que está reservado el gobierno del mundo. Nuevo eslabón agregado a la cadena etnológica con su originalidad, sus tendencias nativas y su resorte moral propio, es una raza superior y progresiva a la que ha tocado desempeñar una misión en el gobierno humano en el hecho de completar la democratización del continente americano y fundar un orden de cosas nuevo destinado a vivir y progresar. Ellas inventaron la independencia sudamericana y fundaron la república por sí solos, y solos la hicieron triunfar, imprimiendo a las nuevas naciones que de ellas surgieron su carácter típico. Por eso la revolución de su independencia fue genuinamente criolla. Cuando estalló en 1810 con sorpresa y admiración del mundo, se dijo que la América del Sur sería inglesa o francesa, y después de su triunfo presagióse que sería indígena y bárbara. Por la voluntad y la obra de los criollos, fue americana, republicana y civilizada.

XII

Pródromos de la revolución sudamericana

Según queda dicho (párrafo segundo), en el año de 1809 empezaron a sentirse sincrónicamente en ambos extremos y en el centro del continente los primeros estremecimientos de la revolución sudamericana, con idénticas formas, iguales propósitos y análogos objetivos, acusando desde entonces, a pesar de las largas distancias y del aislamiento de las poblaciones en medio de los desiertos, una predisposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas que sin previo concierto producían los mismos efectos. Es de observarse, que este movimiento inicial tuvo en al-

gunas partes un carácter más radical que el que le siguió inmediatamente un año después, en que la insurrección tomó formas definidas y se enarboló resueltamente la bandera de la rebelión americana con su primera fórmula política, que sólo implicaba una independencia relativa y provisional y un compromiso entre la democracia y la monarquía sobre la base de la autonomía.

Los primeros movimientos que se hicieron sentir en Méjico, tuvieron un carácter confuso, pero en ellos se diseñó desde entonces la fórmula legal que debía aceptar la revolución al dar sus primeros pasos. La doctrina de que la soberanía del monarca retrovertía a los pueblos por el hecho de la desaparición de aquél, apareció por la primera vez netamente declarada, y de aquí dedujeron el derecho de instituir juntas de gobiernos propias para su seguridad, negando obediencia a las que sin su representación, con el mismo derecho se habían formado en la Península al tiempo de la invasión de los franceses. Siguióse a esto un choque entre los criollos y los españoles, que rompió los vínculos que los unían artificialmente y un antagonismo entre la Audiencia y el virrey que quebró el resorte de gobierno, de manera que al terminar el año 1809, en Méjico se conspiraba en favor de la independencia. En Quito, la conmoción asumió formas más definidas. Fueron derribadas las autoridades coloniales, y establecióse una junta de gobierno que se atribuyó el dictado de "soberana", levantando tropas para sostener sus derechos (agosto de 1809). En una proclama dirigida a los pueblos de América, los exhortaba a imitar su ejemplo con el anuncio de que "las leyes habían reasumido su imperio bajo el Ecuador, afianzando las razas su dignidad, y que los augustos derechos del hombre no quedaban ya expuestos al poder arbitrario con la desaparición del despotismo, bajando de los cielos la justicia a ocupar su lugar". Los autores de esta revolución incruenta, vencidos, fueron asesinados en su prisión.

Otra revolución que estalló casi simultáneamente en el extremo opuesto, en una población mediterránea como Quito, revistió un carácter más radical y tuvo un desenlace más trágico. En el Alto Perú estallaron sucesivamente dos movimientos subversivos, que presagiaban la descomposición del poder colonial y la aparición de una nueva entidad popular. La docta ciudad de Chuquisaca fue la primera en dar la señal, aunque sin proclamar la rebelión, al deponer tumultuosamente los criollos a su primera autoridad instigados por la Audiencia, constituyendo un gobierno independiente bajo la presidencia de ésta (mayo de 1809). Dos meses después (julio de 1809), la populosa ciudad de La Paz alzaba resueltamente el pendón de la emancipación de los criollos, a los gritos de "¡Mueran los chapetones!" (los españoles). Bajo la denominación de Junta Tuitiva organizaron un gobierno independiente, compuesto exclusivamente de americanos, levantaron un ejército para sostener-

lo y colgaron de la horca a los que se atrevieron a desconocerlo. A la vez proclamaban a los americanos a los gritos de "¡Viva la América! ¡Viva la libertad!" diciéndoles: "Hemos tolerado una especie de destierro en el seno de nuestra propia patria, sometida a la libertad, al despotismo y la tiranía, que degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos. Ya es tiempo de organizar un nuevo sistema de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, conservadas con la mayor injusticia." Oprimidas ambas revoluciones por las armas combinadas de los virreinatos limítrofes del Perú y Río de la Plata, fueron sofocadas. La de La Paz cayó combatiendo con las armas en la mano, y sus principales caudillos fueron degollados en el campo de batalla o perecieron en el patíbulo: uno de ellos al ser suspendido en la horca, exclamó: "¡El fuego que he encendido no se apagará jamás!" Sus cabezas y sus miembros fueron clavadas de firme en las columnas miliarias que en aquel país sirven de guía al caminante. Un año después, antes de que se hubieran podrido los despojos sangrientos de los revolucionarios de La Paz, estas proféticas palabras eran repetidas por uno de los más grandes repúblicos de la revolución argentina, educado en la docta universidad de Chuquisaca, y sublevaban otra vez al Alto Perú.

Sofocadas las conspiraciones de Méjico, el alzamiento de Quito y de los revolucionarios de Chuquisaca y La Paz, creyóse dominado el incendio que amenazaba extenderse por toda la América del Sur. Como lo había dicho el virrey del Perú medio siglo antes, con motivo de la primera sublevación de los Comuneros del Paraguay, estos escarmientos no eran sino "cenizas que cubrían el fuego".

XIII

Desarrollo revolucionario

En el año de 1810, el drama de la revolución se desarrolla en un vasto escenario continental, con una unidad de acción que llama la atención del mundo desde el primer momento. Todas las colonias hispanoamericanas —con excepción del Bajo Perú comprimido—, se insurreccionan simultáneamente como movidas por un mismo resorte, y proclaman uniformemente la misma doctrina política. Un viajero inglés, que a la sazón recorría la América, publicó sus observaciones en el mismo año, al señalar su carácter homogéneo, desentraña con rara penetración el principio que le daba su unidad: "Este extraordinario acontecimiento revela una firme y madura determinación de formar un gobierno propio sobre la base de

los principios de la soberanía feudal que consideraba las colonias como posesiones *in partibus exteris*, pertenecientes a la corona y no como partes integrantes del reino, y así sus habitantes se consideraban súbditos del rey fuera de sus dominios y no del estado." Empero, algunos historiadores han pensado que este hecho obedeció únicamente a una impulsión mecánica externa, ajena al organismo revolucionario, y que la separación consiguiente fue como la caída de un fruto inmaduro. Otros, con mejor conocimiento de sus causas complejas —y entre ellos un español—, reconocen ser la separación una necesidad, por cuanto "la unidad de España con los reinos de América, posible bajo el absolutismo, era incompatible con el régimen representativo y la igualdad completa de los ciudadanos en la vida política". La verdad es, que la revolución sudamericana fue inspirada por un nativo sentimiento de patriotismo que obró como un agente moral, obedeciendo a un instinto de conservación, y tuvo propósitos deliberados de independencia que estaban en la esencia de las cosas y en la corriente de las voluntades. Por eso hemos dicho, que era una cuestión de vida, que envolvía una renovación salvadora y una evolución lógica. El divorcio entre las colonias y la madre patria se efectuó en el momento crítico en que el abrazo que las unía, las sofocaba recíprocamente, y separándose se salvaron. Si por efecto de ese mismo sistema la América no estaba preparada para gobernarse, y sus ensayos del gobierno de lo suyo fueron tan dolorosos, que casi aniquilaron las fuerzas vitales, después de las gastadas en la lucha, peor habría sido su condición y su porvenir, gobernada como lo estaba por leyes contrarias a la naturaleza, que la condenaban a una muerte lenta hasta descomponerse en la podredumbre de los vicios propios y ajenos que incubaba.

No puede desconocerse, que sin la invasión napoleónica a España en 1808 y la desaparición accidental de la dinastía española, la revolución se hubiera retardado, pero esto no implica que la América no estuviese madura para la emancipación, como lo probó en el hecho de intentarla sistemáticamente en su momento y conquistarla por sí sola con su acción solidaria y sus esfuerzos comunes. Como ha podido verse por el cuadro que de sus antecedentes hemos trazado, ella reconocía causas lejanas, tenía hondas raíces en los hombres y en las cosas, obedecía a una impulsión propia irresistible, que desde tres siglos atrás se hacía sentir no obstante los obstáculos amontonados contra su dilatación. El momento psicológico lo señaló el conde de Aranda, ministro español, dándole "un plazo breve", cuando anunció a su propio soberano "que los habitantes de la América harían esfuerzos para conseguir su independencia, tan luego cuando la ocasión les fuese propicia". La ocasión no fue sino la chispa que determinó el incendio: una circunstancia concurrente. Bien que las combinaciones a que un hecho modifi-

cado puede dar origen sean más difíciles de determinar que las de un ángulo de incidencia en la difusión de la luz, hay que reconocer con la filosofía de la historia, que "los hechos sociales implican siempre la intervención de las determinaciones mentales voluntarias de que ellos derivan, no obstante las circunstancias que concurren a que una de ellas sea predominante". Tal es el fenómeno históricomoral que se produjo en la América española en 1810.

Son los mismos escritores españoles contemporáneos y actores en los sucesos, los que confirman la exactitud de este punto de vista histórico. Uno de ellos, que reconoce como un hecho fatal la independencia sudamericana, contesta a la teoría de la ocasión: "Se dice: el continente americano del Sur habría subsistido unido a la metrópoli si no hubiese sido por la revolución de España en 1808, lo que no está muy conforme con el estado en que por los mismos sucesos experimentados y por los mismos avisos de los virreyes se hallaba ese continente desde la guerra para la independencia norteamericana; pero aun concediéndolo así, y prescindiendo de lo problemático que fuese el plazo de la ulterior duración de la unión, es preciso indagar quién trajo la revolución, porque los autores y causantes de los males de las revoluciones no son los materiales instrumentos sino los que dan ocasión a ellas." Otro español remontando a las causas lejanas del acontecimiento, al señalar la decadencia del gobierno colonial por efecto de su debilidad orgánica y su corrupción, establece: "Desde el momento en que la Corte de Madrid reconoció en 1778 la emancipación de las colonias de Inglaterra en Norte América, adquirió dos enemigos poderosos, que movidos por distintas causas no han dejado de emplear todos los medios a su alcance para llegar a los fines que ambos se proponían." Por último, otro español que escribía un año después de producida la catástrofe (1811), decía a los mismos españoles: "El germen de los males producidos por la impolítica e injusticia de nuestro antecesor gobierno, y por la iniquidad de los empleados en general, por desgracia fomentada en todos los rincones de la América, no habiéndose tomado medidas después de la revolución de la Península para cortar esas causas, cuyas consecuencias debían ser funestísimas, hizo explosión en un momento y casi simultáneamente. Apenas se vio aparecer el primer fuego de la división, cuando corrió rápidamente de provincia en provincia, de pueblo en pueblo. Si en un principio esas alteraciones no presentaban más que la apariencia de reformas, por las que clamaba la justicia y el interés bien entendido del Estado, inmediatamente tomaron el rumbo de una revolución de independencia. Si la América unida a la España debiese en lo sucesivo ser tan infeliz como lo fue desde su descubrimiento, sería de apetecer que jamás lo hubiese estado, y si la España no hubiese de sacar más ventajas de la pose-

sión de América que las que sacó hasta aquí, sería un bien para ésta perder su posesión."

El mismo gobierno provisional de la metrópoli, establecido a consecuencia de la acefalía, se anticipaba a las quejas de los colonos, y reconocía por el hecho la justicia de su causa, fomentando su resistencia, así por las concesiones a medias que hacía como por las que negaba. Adueñados los franceses de casi toda España, disuelta la Junta Central que hasta entonces había mantenido artificialmente la unidad del imperio español, la regencia de Cádiz que le sucedió, llamó a los americanos a concurrir a un Congreso Nacional de Cortes, elevándolos a la "categoría de hombres libres". Pero a la vez de hacer esta declaración, daba a la América una representación inferior y nominal, asignándole un diputado por cada millón de sus habitantes, encargándose ella misma de nombrarlos, mientras a los peninsulares, sometidos en su gran mayoría al enemigo extranjero, se les adjudicaba un diputado por cada cien mil almas. Este fue un nuevo agravio agregado a los anteriores. Pero la disidencia esencial estaba en la doctrina política que unos y otros profesaban. La metrópoli, por el órgano de la regencia sostenía: "Los dominios de América son parte integrante de la patria española" y de aquí deducía el derecho de que la España mandase a la América, en representación del soberano en su ausencia, y siguiese en todo evento la suerte de la Península. Los americanos, como se ha visto (párrafos tercero y duodécimo) sostenían la doctrina jurídica apoyada por los comentadores de la constitución colonial, según la cual, si la América formaba cuerpo de nación con la Península, sólo estaba ligada a ella por el vínculo de la corona, y que en ausencia del monarca la soberanía retrovertía a los pueblos. De este fundamento deducían tener derecho a recobrar su autonomía, a darse su propio gobierno, y negar obediencia a los que ilegítimamente se atribuían la representación soberana del monarca a título de dependencia territorial o de comunidad política. Elimínese este elemento de disidencia fundamental, y la razón revolucionaria desaparece, la insurrección pierde su bandera legal y la cuestión se reduce a un incidente en la representación nacional, cuya solución no envolvía ni la independencia, ni la autonomía siquiera, de manera que, aceptada la comunidad proclamada por la regencia, la América seguía la suerte de la Península como accesorio de ella. En el fondo de esta teoría estaba la independencia, no confesada aún, pues al considerar perdida a la España, se preparaba a recoger la herencia del rey destronado, y proveer a su seguridad, estableciendo sus gobiernos propios como lo habían hecho los españoles, al invocar la misma fórmula de la reasunción de la soberanía por los pueblos y constituir las juntas provinciales y aun soberanas de la Península.

Con arreglo a este plan político y con esta bandera termidoriana se desenvolvió pacíficamente la revolución sudamericana, como una ley normal que se cumplía. Las autoridades coloniales fueron depuestas sin resistencias por la acción de la opinión, consultada por el órgano de las municipalidades como representantes del pueblo, e instituidos los nuevos poderes en nombre de la autonomía reasumida, sin romper desde luego, los vínculos con la madre patria, aun cuando todos alcanzasen que ésa sería la consecuencia definitiva. Respondiendo a esta actitud prudente y moderada, que revestía formas legales, la regencia negó a las colonias hasta la libertad de comercio que en un principio pensó acordarles; esquivó una mediación por parte de la Inglaterra, solicitada por ella, y sin tentar ninguna vía pacífica, calificó de súbditos rebeldes a los americanos y les declaró la guerra, incurriendo en la contradicción de castigar como crimen de lesa majestad lo que los mismos españoles habían ejecutado en España al aprovecharse de las circunstancias para reconquistar su libertad arrebatada por los reyes absolutos. Fue entonces cuando Venezuela formuló categóricamente la teoría revolucionaria antes expuesta y sacando de ellas sus consecuencias lógicas, declaró su independencia (1811), y se dio una constitución bajo la forma federal republicana en uso de su soberanía originaria, bajo la advocación de los derechos del hombre que incorporó en su ley fundamental. La gran catástrofe vino y la escisión entre la Europa y la América se produjo con caracteres radicales. El manifiesto de esta guerra fue escrito por parte de España con palabras irreparables que la convirtió en guerra de razas, al calificar a los insurgentes, en contraposición al derecho natural que ellos invocaban, de "hombres destinados por la naturaleza a vegetar sólo en la oscuridad y abatimiento".

No son los sudamericanos los que lo han dicho sino los ingleses, que han reconocido que la guerra de la independencia de las colonias españolas, por esta causa declarada, fue más gloriosa que la de los americanos del Norte, y los mismos americanos del Norte han confesado que ella fue más sólida y más legal que la suya en sus puntos de partida y en sus formas. Los historiadores más acreditados del viejo mundo han afirmado que jamás lucha alguna con objeto tan grande se empeñó con recursos tan pobres y tan pocas probabilidades de éxito. La América del Sur estaba inerme y aislada, y no tenía hombres probados ni en la guerra ni en la política; todo tenía que crearlo, improvisándolo. La España, aliada a la poderosa Inglaterra, con el apoyo de las primeras naciones del mundo, era dueña de los mares; sus armas en Europa estaban triunfantes, y muy pronto contaría con mayores fuerzas que antes de la invasión francesa en 1808, para sojuzgar a las colonias insurreccionadas. Sin embargo, la América del Sur se lanzó sola a la lucha contra el mundo coaligado en su contra, y triunfó sola, y mereció

la admiración del mundo "por virtudes de que la historia presenta raros ejemplos; por su perseverancia en la adversidad, la abnegación y la fortaleza para soportar trabajos indecibles, sacrificando su reposo, sus propiedades, su salud y su vida, con una unión y una fuerza llena de elasticidad y perseverancia no interrumpida durante el gran trabajo de su emancipación".

La reunión de las Cortes españolas con una sombra de representación americana, y la proclamación de la constitución liberal de 1812, en vez de reconciliar a la madre patria con las colonias, dieron mayor vuelo a la insurrección, pues en razón de las mismas concesiones el espíritu de independencia se avivaba, y los americanos volvían contra la metrópoli las mismas armas que ella había forjado contra el poder del absolutismo. Restituido en 1814 el rey a su trono, la América no había aún declarado su independencia y se gobernaba en nombre del monarca ausente y habiendo sido sofocado el movimiento de Venezuela, la revolución quedó colocada en una posición falsa. La América buscó la paz sobre la base de su independencia; pero, cuando restaurado el poder absoluto del rey, se ofrecía a la América en vez de la Constitución de 1812 un desarme sin condiciones, y ante su resistencia se proclamó la reconquista a sangre y fuego, como en los tiempos de Pizarro y de Cortés, la guerra de exterminio quedó declarada y todo avenimiento se hizo imposible. La batalla fue recia, según la expresión de Canning, pero al fin de quince años de batallar, el clavo de la independencia sudamericana se remachó y la libertad del mundo quedó sancionada.

En 1820 la llama revolucionaria de la libertad estaba extinguida en el mundo, con excepción de la América del Sur, donde ardía hacía diez años. En esa época, el despotismo triunfaba en Europa bajo las banderas de los reyes absolutos coaligados contra la libertad de los pueblos, mientras en la América del Sur triunfaba la causa de la independencia, que era la última esperanza de la libertad humana, alentada por el ejemplo y la influencia poderosa de los Estados Unidos. Desde esta época, la acción revolucionaria y liberal de la América sobre la Europa empieza a hacerse sentir en el parlamento inglés, único órgano de manifestaciones libres en el viejo mundo, y el reconocimiento de la independencia sudamericana como hecho y como derecho se pone a la orden del día. La revolución sudamericana reacciona sobre la España misma, que a su ejemplo vuelve contra el rey absoluto las armas destinadas a domarla, y restablece su régimen constitucional. Es el momento solemne de la expectativa histórica. Del triunfo o de la derrota de la revolución sudamericana dependen los destinos revolucionarios de ambos mundos. Cinco años después la victoria corona sus armas redentoras; la América es republicana, independiente y libre, y se impone como hecho y como derecho. La Inglaterra, enrolada bajo

las banderas de la Santa Alianza de los reyes, reacciona contra su política continental y colonial de concierto con los Estados Unidos con motivo de la cuestión sudamericana, y declara que un nuevo mundo político, que restablece el equilibrio del antiguo, ha nacido, y que en adelante un elemento nuevo entra a intervenir en los destinos humanos. Desde ese momento la corriente histórica que de tres siglos atrás traía el despotismo de oriente a occidente, cambia de rumbo, y la acción de los principios de la regeneración americana va de occidente a oriente y se propaga en la Europa, hasta encontrarse con su antiguo punto de conjunción en los límites del cristianismo y del islamismo. La Grecia lanza en el opuesto hemisferio su heroico grito de emancipación y la Europa, en vez de coaligarse para sofocarla como el de la América del Sur, acude en su auxilio. El Portugal se liberta por el ejemplo y la influencia de sus colonias americanas, que le devuelve hasta sus reyes absolutos convertidos en gobernantes constitucionales con una carta de manumisión en sus manos. En Francia revivirá la revolución del 89 con formas de compromiso entre la monarquía y la república, y son sus protagonistas un compañero de Wáshington y un príncipe emigrado que había contemplado de cerca la democracia norteamericana. Suprímase la revolución sudamericana del año 10, supóngase vencida en 1820, o elimínese su triunfo final en 1825, y sólo queda la república de los Estados Unidos para representar la libertad, pero la república de los Estados Unidos aislada, y el mundo esclavizado por el absolutismo, hasta con el apoyo de la libre Inglaterra. Tal es el cuadro histórico y sincrónico de la revolución sudamericana en sus relaciones con el movimiento liberal del mundo moderno de 1810 a 1825.

XIV

Tentativas monárquicas en Sud América

La revolución sudamericana fue esencialmente republicana, y las tentativas monárquicas frustradas en el largo curso de su desarrollo demuestran históricamente que era refractaria a la monarquía.

A haberse realizado en 1783 la idea previsora del conde de Aranda, es probable que una monarquía bastarda se hubiese establecido en América, imprimiéndole el nuevo medio su sello de legitimidad democrática con el tiempo. Si como lo pensó Godoy más tarde, aconsejado por miras puramente egoístas, el monarca español traslada a América la sede de su trono, en 1808, como lo hizo el de Portugal, es posible que la revolución sudamericana, desviada de su curso, se hubiera resuelto pacíficamente bajo los auspicios

dinásticos, como sucedió en el Brasil, retardando la república y anticipando quizá la estabilidad constitucional. Malogradas estas dos oportunidades de una combinación de instituciones y tendencias entre el Viejo y el Nuevo Mundo, la revolución sudamericana tenía que desarrollarse según su naturaleza y ser esencialmente republicana con arreglo a su organismo constitutivo, anterior y superior a toda constitución artificial o de circunstancias.

Los peregrinos de la Nueva Inglaterra y los cuákeros de Pensylvania, llevaban en su ser moral la semilla republicana, fecundada por la lectura de la Biblia, que trasplantada a un suelo virgen y en un mundo libre, debía aclimatarse en su atmósfera propicia. Los mismos caballeros monarquistas de la Inglaterra, trasladados a la Virginia, convirtiéronse en republicanos al fundar una nueva patria según otro tipo, y de esa raza salió Wáshington, el tipo republicano por excelencia, que dio nueva medida al gobierno de los hombres libres. Los colonos españoles no importaron a la América del Sur sentimientos morales de igualdad y justicia ni reglas de gobierno como los del Norte, pero trajeron ciertos gérmenes de individualismo y una tendencia rebelde, que con el tiempo debía convertirse en anhelo de independencia y de igualdad. Los indígenas conquistados, toda vez que se sublevaban contra los conquistadores, no tenían otro tipo sino el de la monarquía precolombiana, cuyas formas estaban cristalizadas por atavismo. Los criollos, por un fenómeno físicomoral de selección, nacieron republicanos, y por evoluciones sucesivas cuya marcha puede seguirse con más seguridad que la de la variación de las especies a través del tiempo; su ideal y su necesidad innata llegó a ser la república así que sus ideas de emancipación empezaron a alborear en sus mentes oscuras, que la revolución de los Estados Unidos y la de Francia iluminó con sus resplandores. El germen nativo de la república estaba en la América colonizada, y ellos no eran sino sus vehículos animados. Por eso jamás surgió de la fuente nativa la idea de la monarquía, y toda vez que apareció como una combinación de circunstancias, fue un mero artificio, un compromiso, o menos que eso, una ocurrencia aislada y pasajera, cuando no el delirio de una ambición enfermiza.

La primera vez que la idea de la institución monárquica apareció en Sud América fue bajo los auspicios de la idea de independencia, que era verdaderamente la que le daba por el momento una significación armónica con las tendencias nativas. Cuando todavía no se habían vulgarizado los principios de la democracia norteamericana, ni las ideas de los precursores de la emancipación argentina tomado vuelo, imaginaron éstos en 1808 fundar una monarquía constitucional y una nueva dinastía en el Río de la Plata, a imagen y semejanza de la de Inglaterra, cuya Constitución era el ideal que Montesquieu había puesto a sus alcances intelectuales y que las recientes invasiones de la Gran Bretaña pusieron ante sus

ojos como un modelo. Todo ello no pasó de un conato, que sin embargo acusaba una predisposición hacia la nacionalidad. Dos años después, apenas consumada la revolución inicial de 1810, el contrato social de Rousseau es su evangelio, y obedeciendo a sus instintos se acercan a la fuente de la soberanía nativa de que mana la república; pero sólo alcanzan su noción teórica.

Los primeros estremecimientos que preceden al gran movimiento inicial acusan desde luego una tendencia democrática. La revolución de 1810 asume espontáneamente, desde el primer día, formas populares. La primera manifestación constitucional es la de Venezuela, que reviste caracteres genuinamente republicanos. Por el hecho de insurreccionarse y darse un gobierno propio se convierten todas las colonias hispanoamericanas en repúblicas municipales, porque en realidad esta organización preexistía en ellas como precursora de la república definitiva. La soberanía absoluta y personal, convertida en atributo de soberanía colectiva por el solo hecho de la desaparición del monarca que la encarnaba, y su reasunción por el pueblo, según se explicó antes, señala el momento de la transformación de un principio despótico en principio de libertad republicana, fenómeno tal vez único en la historia y rasgo original de la revolución sudamericana. Desde ese momento el rumbo democrático queda invariablemente fijado y la opinión no vacila en su marcha progresiva.

Cuando con los primeros contrastes y el desarrollo espontáneo de la anarquía, los políticos que dirigían la revolución argentina empezaron a perder la esperanza de constituir sólidamente la república, pensaron en la monarquía sostenida por las grandes potencias europeas como medio de darle punto de apoyo y estabilidad y propiciarla ante el mundo, persiguiendo siempre la idea de la independencia y de la libertad constitucional. Tal era la opinión de los hombres más ilustrados y respetables, en circunstancias en que las Provincias Unidas del Río de la Plata eran las únicas que mantenían alzados los pendones de la insurrección americana en toda la extensión del continente, y cuando aún no había declarado su forma de gobierno (1814-1816). La primera tentativa en tal sentido fue un proyecto inconsistente para coronar como rey del Río de la Plata a un infante de España en 1814, con el apoyo de la Inglaterra y con el asentimiento del monarca español. De él sólo han quedado rastros en los papeles secretos de sus promotores desautorizados. El sentimiento general del pueblo era democrático, y revelaba su energía hasta en los mismos excesos que alarmaban a los conservadores, que formaban una especie de oligarquía oficial. Empero, por una aberración, que se explica por el desequilibrio de las fuerzas políticas, el Congreso que en 1816 declaró la independencia de las provincias argentinas, y por el hecho fundó una república, era en su gran mayoría monarquista de oportunismo, y

lo primero en que pensó fue en fundar una monarquía inverosímil, sobre la base de un descendiente del Inca, que vinculase al Río de la Plata y al Perú, dándole el Cuzco por capital. La razón pública dio cuenta de este quimérico proyecto en medio de una rechifla general, porque estaba en la conciencia de todos que la idea innata de la república residía en las cosas mismas, como que había nacido con la revolución y era inseparable de la idea de la independencia.

Desde 1816 a 1819 la política de los monarquistas argentinos se agita en el vacío buscando en la diplomacia universal combinaciones que amalgamasen los intereses de los dos mundos por la uniformidad de principios antagónicos que se excluían. Partiendo de esta base errada, el mismo Congreso que declaró en 1816 la independencia argentina, sancionó en secreto en 1819 la forma monárquica inmediatamente después de jurar y promulgar la constitución republicana dictada por él, y buscó en Europa otro rey imaginario con el apoyo de la Francia. Estas maniobras tenebrosas, que revestían ante el país los caracteres de la traición y lo consideraban ante el mundo, sublevaron la opinión republicana de las clases ilustradas y embravecieron las pasiones populares, produciendo el efecto opuesto que sus autores buscaban. Así terminaron las dinastías abortadas del Río de la Plata, sin alcanzar siquiera los honores de la publicidad contemporánea.

Esta reacción en el espíritu de los autores de la revolución que la representaban, y que capitulaban con el hecho brutal y lejano y con la propia conciencia, se producía precisamente en los momentos en que la perseverancia de los republicanos de Sud América les granjeaba la admiración y las simpatías universales: cuando los Estados Unidos se ponían frente a frente de la Santa Alianza de los reyes y escudaban a los nuevos republicanos contra toda intervención monárquica; cuando la Inglaterra, después de haber declarado por la boca de Castlereagh ante los Congresos europeos que no "reconocería los gobiernos revolucionarios de la América", se convencía de que la república era un hecho indiscutible que estaba en su naturaleza, inseparable de su independencia, que se imponía como tal, y en vísperas de que, por la fuerza de las cosas, se proclamase ante el mundo, ¡que un nuevo mundo republicano, de que políticamente no podía prescindirse, había nacido en el orden de los siglos!

Eran, empero, agentes de esta política reaccionaria hombres como Rivadavia, destinados a fundar la verdadera república representativa en su país, y que después de Wáshington es el único gobernante que en América haya marcado el más alto nivel del hombre de gobierno de un pueblo libre; tipos de virtud republicana como Belgrano, que se ofuscaba candorosamente por su anhelo del bien público, y héroes de la talla del mismo San Martín, que con-

fesando su fe republicana, consideraba difícil, si no imposible, un orden democrático, y sin embargo, fundó repúblicas, dejando que el hecho se produjese espontáneamente al no contrariar las tendencias naturales de los pueblos que libertaba. Cuando San Martín desconoció esta ley de la historia, cayó como libertador. Así cayó más tarde Bolívar, cuando reaccionando contra los principios de la revolución que tan gloriosamente hizo triunfar, pretendió convertir la democracia en monocracia y renegó de los destinos de la república por él coronada con su triunfo final, buscando en las monarquías un falso punto de apoyo para ella. El único libertador americano que en su delirio se coronó como emperador —Iturbide en Méjico—, murió en un patíbulo, presagiando el desastroso fin de otro emperador, cuyo cadáver fue devuelto a Europa como protesta contra la imposición de la monarquía.

Como si esta fórmula estuviera destinada a no salir de los dominios de la ficción, cuando no revestía caracteres trágicos, fue un poeta disfrazado de político el que imaginó oponer a un nuevo mundo republicano "un nuevo mundo de legitimidad, fundando en él monarquías borbónicas". Chateaubriand, ministro de la restauración en Francia, dirigiéndose a la república de Colombia, decía en 1823, con tanta superficialidad como ignorancia de la constitución orgánica de la América: "El régimen monárquico es el que conviene a vuestro clima, a vuestras costumbres y a vuestras poblaciones diseminadas en una inmensa extensión de país. No os dejéis alucinar por teorías." El mismo hacía la crítica de su plan al agregar: "Cuando uno se forja una utopía, no consulta ni lo pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres." El príncipe de Polignac se hizo el órgano de estas ideas ante la dipolomacia europea. "Es interés de la humanidad —dijo— y de las mismas colonias españolas, que los gobiernos europeos concierten en común los medios de pacificar las distintas y escasamente civilizadas naciones sudamericanas, y traer a los principios de unión de un gobierno monárquico o aristocrático a esos pueblos, en quienes absurdas y peligrosas teorías mantienen la agitación y la discordia." La aristocrática Inglaterra contestó por boca de Canning, que "no entraba en la discusión de principios abstractos, y que por deseable que fuera el establecimiento de la forma monárquica en alguna de las provincias de Sud de América, el gobierno de la Gran Bretaña no estaba dispuesto a ponerla como condición de su independencia". Así quedó enterrado para siempre el último plan monarquista imaginado por un poeta para aplicarlo a la América Meridional.

El único hecho que parecería indicar que la monarquía era una planta que pudo haberse aclimatado en América, es la fundación del imperio del Brasil, y es precisamente el que por antítesis prueba lo contrario. El Brasil, como colonia, participó de las influencias del nuevo medio, aunque no en el grado de las demás secciones

sudamericanas. La conjuración de Minas a fines del siglo XVIII (1789), conocida en la historia con el nombre de su mártir Tiradentes, reveló que existía allí un fermento republicano y un espíritu de independencia, que respondía al ejemplo de la emancipación norteamericana y a la impulsión inmediata de la revolución francesa, bajo la advocación de la libertad. Penetrada la colonia de un enérgico patriotismo propio y de un espíritu democrático, absorbió a sus mismos reyes absolutos, cuando éstos trasladaron el trono a su territorio. Un príncipe de la sangre real de la casa reinante se puso al frente de la revolución de su independencia, la cual se operó pacíficamente como una transacción entre el antiguo y el nuevo régimen. Cuando el nuevo soberano así proclamado por los ex colonos no respondió al espíritu nacional que la había elevado, se divorció de sus nuevos súbditos, que lo despidieron para ir a llevar a la madre patria los principios constitucionales que le inocularon. Fundóse entonces sobre la base de la soberanía del pueblo un imperio democrático, sin privilegios y sin nobleza hereditaria, que no tenía de monárquico sino el nombre y que subsistió como un hecho consentido y un compromiso, pero no como un principio fundamental. Así, el imperio del Brasil no es en realidad sino una democracia con corona. Hemos admitido como posible que otro tanto hubiese sucedido en la América española, de haberse Carlos IV trasladado a sus colonias en 1808 al mismo tiempo que don Juan VI de Portugal; pero tomando los hechos tal como se han producido, resulta históricamente demostrada la proposición de que la América era nativamente republicana, y que hasta su única excepción aparente lo prueba.

XV

Retrospecto y prospecto sudamericano

Terminada la gran guerra hispanoamericana y pacificado el continente, el libertador Bolívar exclamaba: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás." Aun a este precio la independencia era ganancia. La independencia era el bien de los bienes, porque era la vida, pues la continuación del sistema colonial era la muerte lenta por la descomposición, y valía más alcanzarla con gloria en la lucha por la existencia antes que merecerla oprobiosa y estérilmente. La independencia era además el establecimiento de la república democrática, y esta sola conquista valía todos los sacrificios hechos en su honor. Con la independencia y la república reconquistaría la América del Sur todos los bienes perdidos, y alcanzaría otros que la engrandecerían en los tiempos. Aun cuando por una injusticia

del destino, la posteridad de sus fundadores hubiese de ser defraudada de su legítima herencia, aun así, ese movimiento regenerador quedará en la historia como uno de los más grandes pasos que haya dado la humanidad jamás. La América del Sur no tiene por qué quejarse de la tarea que le ha cabido en la común fatiga de la elaboración de los destinos humanos, y cuan grandes sean sus trabajos, sus sacrificios y desgracias por cumplirla, tiene derecho a alimentar la esperanza de alcanzar el éxito y el premio. En todo caso, puede considerarse feliz, "si después de sobrellevar generosamente su carga, entrega su rota espada al destino vencedor con varonil serenidad".

La republicanización de todo un mundo, impuesta como un derecho al absolutismo triunfante, la constancia para alimentar la llama revolucionaria de la libertad cuando estaba apagada en toda la tierra, su acción directa para restablecer el equilibrio del mundo, son hechos en que la América del Sur ha representado el primer papel, y que sin su concurso eficiente no se habrían verificado.

Cuando en la primera década del siglo XIX la América del Sur empezó a intervenir en la dinámica política del Nuevo Mundo por la gravitación de su masa, la República de los Estados Unidos era un sol sin satélites, que únicamente alumbraba su propia esfera.

La aparición de un grupo de naciones nuevas, que a la manera de astros surgieron de las nebulosas colonias del sur, formó por la primera vez en el mundo un sistema planetario en el orden político, con leyes naturales, atracciones universales y armonía democrática. Un continente entero, con veinticinco millones de almas, fue conquistado para la república, y este continente, casi igual en extensión a la mitad del orbe, articulado por gigantescas montañas y ríos inmensos que lo penetraban, extendíase de polo a polo, estaba bañado al oriente y al occidente por los más grandes mares del planeta, poseía todas las riquezas naturales y en sus variadas zonas podían aclimatarse todas las razas de la tierra como si hubiese sido formado en el plan de la creación para un nuevo y grandioso experimento de la sociabilidad humana, con unidad geográfica y potencia física. La república aclimatada en él, lo predestinó desde temprano a esta renovación del gobierno, y su unificación republicana por el hecho de la revolución de Sud América, dio su grande y verdadera importancia a su constitución geográfica y a su constitución política.

En aquella época no existían sino dos repúblicas en el mundo: la Suiza en Europa y Estados Unidos en América; la una consentida, la otra aceptada. Los Estados Unidos tenían en 1810 poco más de siete millones de habitantes y su influencia no se había hecho sentir aún: la fundación de las nuevas repúblicas sudamericanas, constituyéndolas en centros de atracción y alma de un nuevo mundo republicano, las elevó de 1810 a 1820 a la categoría de primera poten-

cia cuando aún no contaban con nueve y medio millón de habitantes, cuando las instituciones democráticas estaban desacreditadas y el absolutismo monárquico triunfaba en toda la línea. La influencia preponderante de la América en esta gran evolución fue reconocida por Inglaterra cuando declaró, como se ha establecido antes, que "las colonias hispanoamericanas, pobladas por la raza latina e independizadas bajo la forma republicana, eran un nuevo elemento que restablecía el equilibrio del mundo, y que en lo sucesivo debía dominar las relaciones de ambos mundos".

Las repúblicas sudamericanas se lanzaron a la lucha con suficientes fuerzas para conquistar su independencia, como lo demostraron triunfando solas; pero sin elementos de gobierno. Pasaron sin transición de la esclavitud a la libertad, después de remover los obstáculos amontonados a su paso en el espacio de tres siglos, y al proclamar su triunfo, encontrábanse en su punto de partida con las formas elementales de una democracia genial, con la lepra de los antiguos vicios que no podían extirparse en una generación, y los males que la guerra había producido. La guerra las había empobrecido física y moralmente, gastando en ella no sólo su sangre, sus tesoros y su energía vital, sino también sus más ricas fuerzas intelectuales. Todo tenían que improvisarlo para el presente y crearlo para el futuro: hombres de estado, espíritu civil, gobiernos, constituciones, costumbres, política, población y riqueza. La riqueza vino con la independencia; pero su insuficiencia gubernamental, su carencia de órganos apropiados para la vida libre, las entregaron fatalmente a la anarquía y al despotismo, oscilando por largos años entre dos extremos sin poder encontrar su equilibrio. Fue ésta la época de transición del primer ensayo democrático, y fue entonces cuando uno de sus más grandes libertadores exclamó con desaliento que todo se había perdido, menos la independencia ganada y la forma republicana imperante. Con este capital y sus réditos compuestos, todo podía rehacerse, y se rehizo cuanto era humanamente posible. El instinto de conservación prevaleció y su equilibrio relativo se estableció en las nuevas repúblicas dentro de sus elementos orgánicos. Lo único que no pudo normalizarse fue el funcionamiento de su máquina política, bien combinada en su mecanismo en lo escrito, pero falseada prácticamente en sus resortes por falta de buenos directores que le imprimiesen movimiento regular y por falta también de pueblo apto para el ejercicio de sus derechos. Esto ha dado motivo para que se establezca como un axioma de política experimental, que la América del Sur es incapaz de gobernarse, y que su revolución ha sido un naufragio de las instituciones republicanas. Hay en el fondo de esto alguna verdad; pero la conclusión que se formula en consecuencia es injusta, y nada está perdido mientras la institución republicana, que es la grande obra de la revolución, no desaparezca.

Ningún pueblo se hubiese gobernado mejor a sí mismo, en las condiciones en que se encontraron las colonias hispanoamericanas al emanciparse y fundar la república, que estaba en su genialidad, pero no en sus antecedentes y costumbres. Los mismos Estados Unidos, con elementos poderosos de gobierno, pasaron por un período crítico de transición, que hubo de poner en peligro hasta su existencia como nación bien organizada. Asimismo, con todas sus deficias y extravíos, todas sus vergüenzas y sus brutales abusos de fuerza en pueblos y gobiernos, las nuevas repúblicas del sur mostraron tener la conciencia de su ser político, un sentido moral colectivo, el anhelo de la libertad y el instinto sano de la conservación. Lo prueba el hecho de haber constituido sus nacionalidades según su espontaneidad, bastándose a sí mismas. No puede decirse de ellas que merecieron los perversos gobiernos que las han afligido, por cuanto, sus pueblos siempre protestaron contra ellos hasta derribarlos. La razón pública siempre estuvo más arriba de los malos gobiernos. Cuando los gobiernos, inspirándose en el bien público, se han puesto a su nivel, tan bajo como era, han tenido autoridad moral, mientras eran condenados al desprecio o al olvido los mandones que sólo buscaron en el poder la satisfacción de sus apetitos sensuales. Esto revela la existencia de una idea dominante, superior a los malos gobiernos que han deshonrado a las repúblicas sudamericanas, haciéndolas el ludibrio del mundo por muchos años.

Se ha tratado muchas veces de rehacer sincrónicamente la historia de las colonias hispanoamericanas, en el supuesto de que se hubieran mantenido bajo la dominación de la madre patria, o lo que es más probable, sido conquistadas por alguna gran potencia europea. En el primer caso, hubieran muerto de inanición, o continuarían vegetando miserablemente bajo el imperio de leyes contrarias a la naturaleza, peor que Cuba y Puerto Rico. Si la Inglaterra hubiese conseguido apoderarse de Cartagena de Indias en 1740 o del Río de la Plata en 1806 y 1807, la América Meridional sería inglesa. Algunos han pensado que éste habría sido un acontecimiento feliz, que al anticipar su progreso, preparase más seguramente su emancipación y libertad. Es posible que las colonias hispanoamericanas serían en tal hipótesis lo que son hoy Australia y el Canadá. Las colonias recolonizadas a la inglesa poseerían más fábricas y más industrias; más puertos, diques y canales, y quién sabe si más riqueza, bajo la protección de una nueva madre patria más poderosa que la antigua; pero no serían naciones independientes y democráticas, que en la medida de sus fuerzas han concurrido y concurren al progreso humano, llenando una misión al anticipar el progreso político en otro sentido, y creando nuevos elementos para la vida futura. Inmovilizados sus destinos bajo el régimen colonial de la Gran Bretaña, dominadora en el Atlántico y el Pacífico, yacerían

aún en la época de su crecimiento vegetativo, con más instrumentos de trabajo, pero con menos elementos orgánicos de reconstrucción vital. Serían a lo sumo el pálido reflejo de una luz lejana; un tipo repetido vaciado en viejo molde; pero no serían entidades que han intervenido por otros medios en los destinos humanos, que han provocado acciones y reacciones que concurren al progreso universal, ni agentes activos del intercambio de los productos morales y materiales que son atributos de las razas destinadas a vivir en los tiempos complementándose. Apenas si en el mundo existirían dos repúblicas, y la república matriz de los Estados Unidos, aislada, circundada por el sur, el norte y el occidente por la restauración del antiguo sistema colonial, se habría inmovilizado también dentro de sus primitivas fronteras, si es que la renovación de la guerra con la madre patria a principios del siglo no hubiese tenido otro desenlace. La América del Sur sería un apéndice de la Europa monárquica, y la Europa habría sido dominada por la Santa Alianza de los reyes absolutos, hasta con el concurso de la Inglaterra, única monarquía constitucional en el mundo. Tal es el prospecto de la ucronía que pretendería rehacer la historia sudamericana.

Si la América del Sur no ha realizado todas las esperanzas que en un principio despertó su revolución, no puede decirse que haya quedado atrás en el camino de sus evoluciones necesarias en su lucha contra la naturaleza y con los hombres, en medio de un vasto territorio despoblado y de razas diversas mal preparadas para la vida civil. Está en la república posible, en marcha hacia la república verdadera, con una constitución política que se adapta a su sociabilidad, mientras que las más antiguas naciones no han encontrado su equilibrio constitucional. Ha encarado de hito en hito los más pavorosos problemas de la vida y resuéltolos por sí misma, educándose en la dura escuela de la experiencia y purificándose de sus vicios por el dolor. Obedeciendo a su espontaneidad, ha constituido sus respectivas nacionalidades, animadas de un patriotismo coherente que les garantiza vida duradera. Desmintiendo los siniestros presagios que la condenaban a la absorción por las razas inferiores que formaban parte de su masa social, la raza criolla, enérgica, elástica, asimilable y asimiladora, las ha refundido en sí, emancipándolas y dignificándolas, y cuando ha sido necesario, suprimiéndolas, y así ha hecho prevalecer el dominio del tipo superior con el auxilio de todas las razas superiores del mundo, aclimatadas en su suelo hospitalario, y de este modo el gobierno de la sociedad le pertenece exclusivamente. Sobre esta base y con este concurso civilizador, su población regenerada se duplica cada veinte o treinta años, y antes de terminar el próximo siglo, la América del Sur contará con 400 millones de hombres libres y la del Norte con 500 millones, y toda la América será republicana. En su molde se

habrá vaciado la estatua de la república democrática, última forma racional y última palabra de la lógica humana, que responde a la realidad y al ideal en materia de gobierno libre.

A estos grandes resultados habrá concurrido en la medida de su genio concreto, siguiendo el alto ejemplo de Wáshington y a la par del libertador Bolívar, el fundador de tres repúblicas y emancipador de la mitad de la América del Sur, cuya historia va a leerse y cuya síntesis queda hecha.

Capítulo II

SAN MARTIN EN EUROPA Y AMERICA

1778-1812

La *George Canning.* — Aparición de San Martín en la escena sudamericana. — Contingente que trae a su revolución. — Su influencia en su tiempo y en su posteridad. — Su genio concreto. — La unidad de su vida. — Antecedentes biográficos. — Noticias sobre la familia de San Martín. — Las misiones jesuíticas secularizadas. — Yapeyú. — Educación de San Martín. — Moros y cristianos. — La campaña del Rosellón. — Guerra marítima. — La campaña de las naranjas. — El alcalde de Móstoles. — Muerte del general Solano. — El general Miranda. — Las sociedades secretas. — El levantamiento de España contra Napoleón. — Arjonilla y Bailén. — San Martín y Beresford. — Lord Macduff. — La Logia americana de Londres. — Viaje a Buenos Aires. — Estado de la revolución americana a la llegada de San Martín. — Sinopsis de la revolución argentina.

I

El 9 de marzo de 1812 llegaba al puerto de Buenos Aires procedente de Londres, la fragata inglesa *George Canning,* nombre bajo cuyos auspicios debía imponerse más tarde al viejo mundo el reconocimiento de la independencia sudamericana, que uno de los oscuros pasajeros que conducía aquella nave estaba llamado a hacer triunfar por la fuerza de su genio. Era éste el entonces teniente coronel José de San Martín, "el más grande de los criollos del Nuevo Mundo", como con verdad y con justicia póstuma ha sido apellidado.

Hacía veintiséis años que, niño aún, se había separado de la tierra natal, y regresaba a la sazón a ella en toda la fuerza de la virilidad, poseído de una idea y animado de una pasión, con el propósito de ofrecer su espada a la revolución sudamericana, que contaba ya dos años de existencia, y que en aquellos momentos pasaba por una dura prueba. Templado en las luchas de la vida, amaestrado en el arte militar, iniciado en los misterios de las sociedades secretas propagadoras de las nuevas ideas de libertad, for-

mado su carácter y madurada su razón en la austera escuela de la experiencia y el trabajo, el nuevo campeón traía por contingente a la causa americana, la táctica y la disciplina aplicadas a la política y a la guerra, y en germen, un vasto plan de campaña continental, que abrazando en sus lineamientos la mitad de un mundo, debía dar por resultado preciso el triunfo de su independencia.

Se ha dicho que San Martín no fue un hombre sino una misión. Sin exagerar su severa figura histórica ni dar a su genio concreto un carácter místico, puede decirse con la verdad de los hechos comprobados, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos fue más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de sus consecuencias.

Dar expansión a la revolución de su patria, que entrañaba los destinos de la América, salvándola y americanizándola, y ser a la vez el brazo y la cabeza de la hegemonía argentina en el período de su emancipación; combinar estratégica y tácticamente, en el más vasto teatro de operaciones del orbe, el movimiento alternativo o simultáneo y las evoluciones combinadas de ejércitos o naciones, marcando cada evolución con un triunfo matemático o la creación de una nueva república; obtener resultados fecundos con la menor suma de elementos posibles y sin ningún desperdicio de fuerza, y por último, legar a su posteridad el ejemplo de redimir pueblos sin fatigarlos con su ambición o su orgullo, tal fue la múltiple tarea que llevó a cabo en el espacio de un decenio y la lección que dio este genio positivo, cuya magnitud circunscripta puede medirse con el compás del geómetra dentro de los límites de la moral humana.

De aquí, la unidad de su vida y lo compacto de su acción en el tiempo y en el espacio en que se desarrolla la una y se ejercita la otra. Toda su juventud es un duro aprendizaje de combate. Su primera creación es una escuela de táctica y disciplina. Su carrera pública es la ejecución lenta, gradual y metódica de un gran plan de campaña, que tarda diez años en desenvolverse desde las márgenes del Plata hasta el pie del Chimborazo. Su ostracismo y su apoteosis es la consagración de esta grandeza austera, sin recompensas en la vida, que desciende con serenidad, se eclipsa silenciosamente en el olvido, y renace a la inmortalidad, no como un mito, sino como la encarnación de una idea que obra y vive dilatándose en los tiempos.

II

Esta figura de contornos tan correctos es empero todavía un enigma histórico por descifrar. ¿Qué fue San Martín? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios? Estas preguntas

que los contemporáneos se hicieron en presencia del héroe en su grandeza, del hombre en el ostracismo y de su cadáver mudo como su destino, son las mismas que se hacen aún los que contemplan las estatuas que su posteridad le ha erigido, cual si fueran otras tantas esfinges de bronce que guardasen el secreto de su vida.

San Martín no fue ni un mesías ni un profeta. Fue simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales, teniendo la visión clara de un objetivo real. Su objetivo fué la independencia sudamericana, y a él subordinó pueblos, individuos, cosas, formas, ideas, principios y moral política, subordinándose él mismo a su regla displinaria. Tal es la síntesis de su genio concreto. De aquí el contraste entre su acción contemporánea y su carácter póstumo, y de aquí también esa especie de misterio que envuelve sus acciones y designios, aun en presencia de su obra y de sus resultados.

La historia en posesión de esta síntesis delineará su verdadera grandeza, reduciéndola a sus proporciones naturales, y explicará la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios en medio de la lucha, por la lógica inflexible del hombre de acción, colocando su figura histórica en el pasado y el presente bajo la luz en que la contemplarán los venideros. La grandeza de los que alcanzan la inmortalidad no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar simpáticamente de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea o de un resultado trascendental. La de San Martín pertenece a este número. Es una acción y un resultado, que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que la simboliza, más por la fuerza de las cosas, que por la potencia del genio individual.

No es el precursor de los hechos fatales a que sirve; pero es el que mejor los discierne, y el que en definitiva los hace triunfar. Sus craciones no nacen súbitamente de su cerebro, armadas de pies a cabeza como la divinidad fabulosa: son el simple resultado de sus acciones que se suceden, produciendo resultados espontáneos. Más soldado que hombre especulativo, resuelve arduos y complicados problemas, concibiendo estratégicamente planes militares. Conjura peligros dando la fórmula práctica de una situación. Da formas tangibles a una revolución, organizando ejércitos regulares. Liberta pueblos, ganando tácitamente sus batallas. Emancipa esclavos, sin confesar un credo político. Crea nuevas asociaciones, sin perseguir un ideal social. Bosqueja con su espada las grandes líneas de la geografía política de Sud América, y las fija para siempre, obedeciendo por instinto a la índole de los pueblos. Funda empíricamente repúblicas democráticas, por el solo hecho de no contrariar

las tendencias nativas de los pueblos que emancipa, abrigando empero en su mente otro plan teórico de organización política. Era un libertador en acción que obedecía a su propia impulsión. Por eso sus acciones son más trascendentales que su genio, y los resultados de ellas más altos que sus previsiones. Y sin embargo, no puede concebirse ni aun hipotéticamente quién pudo haberlo reemplazado en la tarea contemporánea, ni quién llenaría el vacío que resultaría en la conciencia de su posteridad si su espíritu no la impregnase.

Inteligencia común de concepciones concretas: general más metódico que inspirado; político por necesidad y por instinto más que por vocación, su grandeza moral consiste en que, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas en la vida, no se le conocen otras que las de sus designios históricos; en que tuvo la fortaleza del desinterés, de que es el más noble y varonil modelo; en que supo tener moderación para mantenerse en los límites de su genio y de su misión; en que habló sólo dos veces en la vida —una para exhalar una débil queja al despedirse por siempre de su patria, dándole sus consejos, y otra para abdicar el poder sin enojo y despedirse por siempre de la América, apelando al fallo de la posteridad—; y en que murió en silencio después de treinta años de olvido, sin debilidad, sin orgullo y sin amargura, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria.

La posteridad agradecida lo ha aclamado grande, la América del Sur lo reconoce como a uno de sus dos grandes libertadores, y tres repúblicas lo llaman padre de la patria y fundador de la independencia.

III

A esta fisonomía histórica correspondía una figura varonil, un rostro reflejo de sus cualidades y un alma ardiente de pasión concentrada con manifestaciones frías y reservadas que a veces hacían explosión.

En los heroicos días de su edad viril, San Martín como la estatua viva de las fuerzas equilibradas, era alto, robusto y bien distribuido en sus miembros, ligados por una poderosa musculatura. Llevaba siempre erguida la cabeza, que era mediana y de una estructura sólida sin pesadez, poblada de una cabellera lacia, espesa y renegrida que usaba siempre corta, dando relieve a sus líneas simétricas sin ocultarlas. El desarrollo uniforme del contorno craneano, la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimidos sobre las sienes, la serenidad enigmática de la frente, la ausencia de proyecciones hacia el idealismo, si no caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerra-

ba una mente robusta y sana, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darles formas tangibles. Sus facciones vigorosamente modeladas en una carnadura musculosa y enjuta, revestida de una tez morena y tostada por la intemperie, eran interesantes en su conjunto y cautivaban fuertemente la atención. Sus grandes ojos, negros y rasgados, incrustados en órbitas dilatadas, y sombreadas por largas pestañas y por anchas cejas —que se juntaban en medio de la frente al encontrarse hacia arriba, formando un doble arco tangente—, miraban hondamente, dejando escapar en su brillo normal el fuego de la pasión condensada, al mismo tiempo que guardaban su secreto. Este era el rasgo característico de su fisonomía, que según la expresión de un contemporáneo que le observó de cerca, simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza. La nariz pronunciada y larga, aguileña y bien perfilada, se proyectaba atrevidamente en líneas regulares, a la manera de un contrafuerte que sustentase el peso de la bóveda saliente del cráneo. Su boca, pequeña, circunspecta y franca, con labios acarminados, firmes, carnosos y bien cortados, se animaba a veces con una sonrisa simpática y seria, que dejaba entrever una rica dentadura verticalmente clavada. Los planos de la parte inferior del rostro eran casi verticales, destacándose de ellos horizontalmente la barba que cerraba el óvalo, y lo acentuaba como un signo de la voluntad persistente, sin acusar ningún apetito sensual, rasgo que la edad avanzada puso más de relieve. La oreja, era regularmente grande, sin carácter determinado, pero asentada, mansa y llena de atención, como la de un caballo veterano avezado al fuego de las batallas. Su voz era ronca; a su talante marcial unía un porte modesto y grave; eran sus ademanes sencillos, dignos y deliberados, y todo en su persona, desnuda de aparato teatral, inspiraba naturalmente el respeto sin exluir la simpatía.

San Martín hablaba con sencillez, daba sus órdenes verbales con precisión, y tenía chiste espontáneo en su conversación. Escribía lacónicamente con estilo y pensamiento propio. Poseía el francés, leía con frecuencia, y según se colige de sus cartas, sus autores predilectos eran Guibert y Epicteto, cuyas máximas observaba, o procuraba observar como militar y como filósofo práctico. Profundamente reservado y caluroso en sus afecciones, era observador sagaz y penetrante de los hombres, a los que hacía servir a sus designios según sus aptitudes. Altivo por carácter y modesto por temperamento y por sistema más que por virtud, era sensible a las ofensas, a las que oponía por la fuerza de la voluntad un estoicismo que llegó a formar en él una segunda naturaleza. Moderado por cálculo y humano por temperamento; paciente en la elaboración de sus planes, austero en el deber sin dejar de ser tolerante con las debilidades humanas; severo hasta la dureza a veces, pero sólo cuan-

do lo consideraba necesario; reservado hasta tocar el disimulo; prevalecía sobre sus calidades adquiridas su naturaleza apasionada de criollo americano que reflejaba inconscientemente las ideas caducas del orden de cosas que odiaba y combatía. Hombre de acción por sus cualidades nativas, cuando fue llamado a dirigir los hombres por móviles morales, mostró pertenecer a la raza de aquellos descendientes de Hércules de que habla Lisandro, que sabían coser la piel del zorro a la del león.

IV

Al emprender su viaje desde Inglaterra, San Martín iba a cumplir los treinta y cuatro años de edad. Había nacido el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, uno de los treinta pueblos de las antiguas misiones guaraníticas, situadas sobre las márgenes del Alto Uruguay y Alto Paraná, pertenecientes entonces al gobierno de Buenos Aires.

Después de la expulsión de los famosos fundadores de las misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay (1768), fueron secularizadas y sometidas a un régimen de explotación comunista calcado sobre el tipo primitivo, sin la disciplina monástica a que debieron su cohesión artificial y su ficticia prosperidad. Divididas al principio en dos gobernaciones, se reconcentró más tarde su dirección en un solo gobernador en lo político y militar, y un administrador general en lo económico, con tres tenientes gobernadores auxiliares de uno y otro, cada uno de los cuales tenía a su cargo un departamento. El tercero de estos departamentos se componía de los pueblos de La Cruz, Santo Tomé, San Borja y Yapeyú, del cual el último era la capital y le daba su nombre.

En 1778 hacía tres años que el capitán don Juan de San Martín desempeñaba el puesto de teniente gobernador del departamento de Yapeyú, siendo a la sazón gobernador de toda la provincia de Misiones el capitán don Francisco Bruno de Zabala. Soldado obscuro y valiente, de cortos alcances, aunque de noble alcurnia, probo como administrador y generoso como hombre, era natural de la villa de Cervatos en el reino de León. En 1770, siendo ayudante mayor de la asamblea de la infantería de Buenos Aires, recibió repentinamente orden para embarcarse en una expedición militar, y en tal ocasión otorgó poder a tres de sus compañeros de armas para que alguno de ellos, en cumplimiento de la palabra empeñada, se desposare con doña Gregoria Matorras — "doncella noble", dice el documento, y sobrina del famoso conquistador del Chaco, del mismo apellido —: la misma que en aquella época acompañándole en su modesto gobierno le daba el cuarto hijo, que fué bautizado con el nombre de José Francisco. Hace su elogio, que como jefe de una

de las administraciones más ricas de las Misiones, montada sobre el monopolio y la explotación más absoluta, contrajese su actividad a cumplir con su deber haciendo el bien posible, y se retirara de su puesto con escasos bienes de fortuna cuando se pasaban años enteros sin ser abonados los sueldos de su empleo.

V

Yapeyú, situado a los 29 grados 31 minutos 47 segundos de latitud austral, marca la transición entre dos climas. Su naturaleza participa de las gracias de la región templada a que se liga por sus producciones, y del esplendor de la no lejana zona intertropical de cuyas galas está revestida. Fundado sobre una ligera eminencia ondulada, a orillas de uno de los más caudalosos y pintorescos ríos del orbe que baña sus pies, desde la meseta que domina aquel agreste escenario, la vista puede dilatarse en vastos horizontes y en anchas planicies siempre verdes, o concentrarse en risueños paisajes que limitan bosques floridos y variados accidentes del terreno de líneas armoniosas.

En la época de los jesuitas era Yapeyú una de las poblaciones más florecientes de su imperio teocrático. Al tiempo del nacimiento de San Martín, bien que decaída, era todavía una de las más ricas en hombres y ganados. Levantábase todavía erguido en uno de los frentes de la plaza el campanario de la iglesia de la poderosa Compañía, coronado por el doble símbolo de la redención y de la orden. El antiguo colegio y la huerta adyacente eran la mansión del teniente gobernador y su familia. A su lado estaban los vastos almacenes en que se continuaba por cuenta del Rey la explotación mercantil planteada por la famosa Sociedad de Jesús, que había realizado en aquellas regiones la centralización de gobierno en lo temporal, lo espiritual y lo económico, especulando con los cuerpos, las conciencias y el trabajo de la comunidad. Tres frentes de la plaza estaban rodeados por una doble galería sustentada por altos pilares de urundey reposando en cubos de asperón rojo, y en su centro se levantaban magníficos árboles, entre los que sobresalían gallardamente gigantescos palmeros, que cuentan hoy más de un siglo de existencia.

El niño criollo nacido a la sombra de palmas indigentes, borró tal vez de su memoria estos espectáculos de la primera edad; pero no olvidó jamás que había nacido en tierra americana y que a ella se debía. Contribuyeron sin duda a fijar indeleblemente este recuerdo, las impresiones que recibió al abrir sus ojos a la luz de la razón. Oía con frecuencia contar a sus padres las historias de las pasadas guerras de la frontera con los portugueses, que debían ser los que más tarde redujesen a cenizas el pueblo de su nacimiento. Su

sueño infantil era con frecuencia turbado por las alarmas de los indios salvajes que asolaban las cercanías. Sus compañeros de infancia fueron los pequeños indios y mestizos a cuyo lado empezó a descifrar el alfabeto en la escuela democrática del pueblo de Yapeyú, fundada por el legislador laico de las misiones secularizadas. Pocos años después, Yapeyú era un montón de ruinas; San Martín no tenía cuna; pero en el mismo día y hora en que esto sucedía, la América era independiente y libre por los esfuerzos del más grande de sus hijos, y aún viven las palmas a cuya sombra nació y creció.

VI

A la edad de ocho años, después de una corta permanencia en una escuela de primeras letras en Buenos Aires, pasó San Martín a España en compañía de sus padres, ingresando poco después como alumno en el Seminario de Nobles de Madrid. Este colegio como su nombre lo indica, era una institución esencialmente aristocrática. Tenía por objeto declarado "la educación de la nobleza del reino", no siendo en realidad sino un liceo privilegiado a imitación de los de Luis XIV, que su nieto Felipe V importó a España en 1727, y cuyas constituciones fueron reformadas por Carlos IV en 1799. Según su plan de estudios, se enseñaba en él: la lengua francesa, latina y castellana, el baile (para lo cual había por excepción dos profesores en honor de Luis XIV), el violín y el pianoforte, el dibujo natural, la poética y la retórica, la esgrima, la equitación, algo de historia natural y geografía, nociones de física experimental y matemáticas puras, teniendo adscripta una clase de primeras letras, hallándose casi siempre vacantes las asignaturas de filosofía moral y metafísica, que por adorno tal vez figuraban en el programa. Como se ve, en el Seminario se enseñaban habilidades solamente y algunas tinturas de ciencias. No fue ciertamente en esta escuela donde se formó San Martín, en la que por otra parte sólo permaneció dos años, adquiriendo únicamente en ella algunos rudimentos de matemáticas y principios de dibujo.

No había cumplido aún los doce años de edad (julio de 1789), cuando colgando de su hombro los cordones de cadete del regimiento Murcia, dio comienzo a su verdadera educación, y desde ese día se bastó a sí mismo. El uniforme del Murcia era celeste y blanco, y el joven aspirante vistió con él los colores que treinta años después debía pasear en triunfo por la mitad de un continente.

Su primera campaña fue en Africa, y recibió el bautismo del fuego y de la sangre combatiendo contra los moros al lado de los descendientes del Cid y de Pelayo. Primero estuvo en Melilla y posteriormente pasó con su batallón a reforzar la guarnición de Orán en 1791. Allí, en medio de un terremoto que destruyó la ciudad en

aquel año, sufrió por espacio de treinta y tres días el fuego del enemigo, el hambre y el insomnio, manteniéndose "la plaza hasta hallarse convertida en un montón de ruinas". Mandaba la artillería española en esta ocasión un joven teniente que se llamaba Luis Daoiz, cuya gloriosa muerte debía más adelante vincularse a los destinos de San Martín. En la misma clase pasó al ejército de Aragón en 1793, y en seguida al del Rosellón, que bajo las órdenes del general Ricardos combatía gloriosamente contra la República francesa en su propio territorio. Era Ricardos el más táctico y el más inspirado de los generales españoles de aquella época, y el que con más heroicidad sostuvo por algún tiempo el honor de las armas españolas contra los más hábiles y valerosos generales franceses. En esta escuela aprendió el joven cadete muchas de las lecciones que debía poner en práctica después.

Ricardos, tomando la iniciativa de la campaña cuando su patria estaba amenazada por la invasión, atravesó los Pirineos orientales, donde el arte ayudado por la naturaleza presentaba mayores obstáculos, y penetró en el Rosellón cuando menos esperado era allí, venciendo en las batallas de Masdeu y Truilles por movimientos atrevidos y bien combinados, que traen a la memoria algunas de las hazañas posteriores de su discípulo, el cual más feliz que su maestro debía llevarlas a buen término. No obstante estas primeras ventajas, Ricardos tuvo que replegarse muy luego al campo atrincherado de Boulou sobre la línea del Tech al pie de los Pirineos orientales, abandonando la línea del Tet que sólo llegó a amenazar. En esta ocasión desplegó nuevamente las dotes de un buen general, así en la resistencia como en la retirada que se siguió más tarde. Estrechado por espacio de veinte días en su nueva posición, rechazó triunfante tres ataques generales que le trajo el ejército enemigo, y once combates parciales a que lo provocó el célebre general Dagobert. En la mayor parte de estos combates se halló y distinguió San Martín, especialmente en la defensa de Torre Batera, de Creu del Ferro, ataque a las alturas de San Marsal, y baterías de Villalonga (octubre de 1793), así como la salida de la Ermita de San Lluc y acometida al reducto artillado de los franceses en Banyuls del Mar (noviembre de 1793), siendo ascendido por su comportación en estas acciones a la clase de subteniente. El general español reaccionando, tomó de nuevo la ofensiva, y en diciembre del mismo año se apoderó del castillo de San Telmo, de Port Vendres y Collioure, batiendo una división del enemigo — al que arrojó del otro lado del Tet, llegado hasta las puertas de Perpiñán —, jornadas en que se halló presente San Martín.

Muerto el general Ricardos mientras concertaba en la corte nuevos planes, forzada por Dugommier la línea del Tech, y abandonado el campo de Boulou en medio de una derrota, las conquistas de los españoles sobre el golfo de Lyon quedaron comprometidas y

entregadas a los esfuerzos de sus guarniciones. El Murcia, que formaba parte de ellas, rechazó en Port Vendres dos ataques sucesivos que le trajo el enemigo el 16 y 17 de mayo, concurriendo a una vigorosa salida que se hizo para proteger el castillo de San Telmo, llave de la posición; la guarnición se replegó sobre Collioure el 25 de mayo, para ponerse en comunicación con la escuadra de Gravina que debía protegerla, la que no pudo acudir a tiempo. Abandonada por el ejército y por la escuadra, la guarnición de Collioure tuvo al fin que capitular después de tres días de resistencia, obteniendo los honores de la guerra con la condición de retirarse por tierra a España y no tomar las armas durante la guerra. San Martín estuvo presente en todas estas funciones de guerra y fue ascendido a teniente segundo en medio de los combates.

Fue entonces, cuando vencida la España y aterrorizada la casta reinante de los Borbones, pensó seriamente en trasladar su trono a las colonias americanas, como lo efectuó más tarde el Portugal. Si este plan se hubiese realizado, la revolución sudamericana se habría retardado quizá, y la historia contaría un héroe menos, que átomo perdido a la sazón en medio de aquellos grandes acontecimientos que agitaban a la Europa entera, observaba, estudiaba y aprendía en la escuela de amigos y enemigos, preparándose para redimir aquellas lejanas comarcas esclavizadas, hacia las cuales los soberanos absolutos volvían sus ojos atribulados en los días de conflicto.

VII

La paz de Basilea (1795), restituyó al joven teniente su libertad de acción. El tratado de San Ildefonso (1796), lanzóle en nuevos combates, casi al mismo tiempo que perdía a su padre, lo trasladó a otro elemento en que la España, humilde aliada de la república francesa y en guerra con la Gran Bretaña, iba a medirse en los mares con la primera potencia marítima del mundo.

Por este tiempo, San Martín había llegado a los diecisiete años, edad en que la conciencia empieza a formarse, y el hombre a ser responsable de sus acciones y pensamientos. Faltaban documentos para estimar su estado moral en ese momento crítico, en que las nueva ideas de la revolución francesa cundían en España, iluminando las almas con súbditos resplandores. De estas influencias participó Belgrano, que se hallaba por el mismo tiempo en la Península, y debemos creer que San Martín no fué insensible a ellas; pero prudente y reservado desde muy temprano, pasaron, todavía algunos años antes de revelarnos su secreto. Mientras tanto, embarcado el Murcia a bordo de la escuadra española del Mediterráneo, se halló presente en el ignominioso a la vez que parcialmente glorioso

combate naval del Cabo de San Vicente (1797), que los españoles por pudor han denominado simplemente "del 14 de febrero". En él se ensayó Nelson presagiando a Trafalgar. La Inglaterra al destruir los últimos restos del poder marítimo de España, preparaba el advenimiento de la próxima revolución americana, y el que debía hacerla triunfar en lo futuro, combatía entonces entre marineros y soldados contra la nación que había de ser la que la reconociese más tarde a la faz del mundo a despecho de los reyes coaligados.

El 15 de agosto de 1798, fue atacada en los mismos mares la fragata *Santa Dorotea*, de la armada española, que tripulaba San Martín, por el navío inglés *León*, de 64 cañones. Siguióse un reñido y desigual combate en que la fragata tuvo al fin que rendirse, después de agotar los más heroicos esfuerzos. El mismo vencedor, lleno de admiración, lo comunicó así por medio de un parlamentario al almirante español Mazarredo, diciéndole: "serle imposible explicar con palabras el valor atrevido y destreza desplegada por el comandante de la *Dorotea* durante la acción en que tan vigorosamente se vio estrechado", honor que el rey hizo extensivo a toda la tripulación, y de que participó el obscuro oficial que en su tercera campaña volvía a ser desarmado por el destino, después de trece meses de trabajos marítimos.

En este segundo eclipse de su carrera, San Martín se dedicó al estudio de las matemáticas y del dibujo, conservándose de él dos marinas a la aguada, que atestiguan su inclinación, y llenan, como dos páginas pintorescas, este período silencioso de su vida.

VIII

En la guerra joco-seria de 1801 entre el Portugal y la España, que se llamó "de las naranjas" por el trofeo al natural que la coronó en cabeza de una reina vieja, enamorada de un favorito que remedaba las operaciones militares, vemos reaparecer al teniente San Martín a la edad de 23 años. Al frente de una compañía de su antiguo regimiento, pasa la frontera por los Algarves, y asiste al incruento sitio de Olivenza, que fue la mejor conquista de la campaña, y que más tarde debía ser la manzana de la discordia entre españoles y portugueses cuya influencia se haría sentir en los destinos de la América Meridional.

La paz de Amiens (1802), que sobrevino, llevó su regimiento al bloqueo de Gibraltar y a Ceuta, y últimamente en 1804 le encontramos de guarnición en la plaza de Cádiz con el título de capitán segundo de infantería ligera de Voluntarios de Campo Mayor, luchando valientemente con la peste que asolaba aquella ciudad, campaña que por meritoria fue consignada en su foja de servicios a la par de las acciones de guerra.

El tratado de Fontainebleau (1807), por el cual se repartía el Portugal y sus colonias entre España y Francia, asegurando al favorito Godoy una soberanía y a Carlos IV la corona de emperador de ambas Américas, vino a sacar a la guarnición de Cádiz de su inacción, llevándola a los campamentos ya que no a las batallas. Con arreglo al tratado, una división de 6.000 españoles debía penetrar en combinación con los franceses por Alentejos y Algarves. El mando de esta expedición de mero aparato fue confiado al general Solano, marqués del Socorro, a la sazón capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz, que había militado honrosamente en el ejército del Rosellón y en la campaña de Baviera con Moreau. El regimiento de Voluntarios de Campo Mayor a que pertenecía San Martín, formó parte de esta expedición, que se posesionó de Yelves sin resistencia, y sin que se presentara después la ocasión de disparar un solo tiro en toda la campaña.

Las guerras entre españoles y portugueses — tan valientes como son — siempre tuvieron algo de cómico, desde la famosa batalla de la guerra de sucesión en que, en los bagajes de un ejército de 9.000 hombres se tomaron 15.000 guitarras, hasta la ridícula campaña de las naranjas de que hemos hecho mención. En esta última decía el general portugués al español: "¿A qué batirnos? Brinquemos y toquemos en buena hora las campanillas; pero cuidemos de no hacernos daño". Solano completó este grotesco cuadro, al tomar a lo serio su papel de conquistador, y adjudicarse el de gran reformador, pretendiendo hacer de Setúbal, donde estableció su cuartel general, una nueva Salento, donde ostentó más bien su buen deseo que sus conocimientos administrativos, según la expresión de Toreno.

IX

Dominada la España por la espada de Napoleón, cautivos sus monarcas, y fermentando en secreto el odio al extranjero, el estallido no se hizo esperar. El alzamiento del 2 de mayo en Madrid fue la señal, y la heroica muerte de Daoiz y Velarde y las bárbaras ejecuciones del Prado que se siguieron, dieron a la revolución española su enseña y su carácter popular.

Los fugitivos de aquella sangrienta jornada llegaron en la misma noche a la pequeña villa de Móstoles, que situada a 16 kilómetros de la capital sobre el camino de Extremadura, vegetaba en la obscuridad, sin historia hasta entonces. El alcalde, pobre rústico, inspirado por el patriotismo, sin nociones siquiera de ortografía, trazó en pocos renglones inmortales la circular del alzamiento general de España, que resonó como trueno en toda la Europa, y fue la señal de la caída del coloso del siglo. Decía así: "La patria es-

tá en peligro, Madrid perece víctima de la perfidia francesa: Españoles acudid a salvarla. —Mayo 2 de 1808.— El alcalde de Móstoles."

Dos días después, este elocuente y lacónico parte anónimo que ha pasado a la historia de la humanidad, transmitido de alcalde a alcalde como un toque de alarma, llegaba con rapidez prodigiosa a las últimas provincias del mediodía sobre la frontera de Portugal. Hallábase allí el general Solano, nombrado nuevamente capitán general de Andalucía de regreso de su expedición con las tropas de su mando. Su primer impulso fué marchar sobre Madrid, pero sofocado el pronunciamiento del 2 de mayo y confirmado su mando por los franceses, volvió sobre sus pasos, y se situó en Cádiz, sede de su gobierno.

Instalada la Junta de Sevilla en nombre de la Nación y del Rey, instó a Solano para que se pronunciara apoyando la insurrección general. Hombre de luces y de cualidades morales, amado del pueblo, empero se le tachase con razón de afrancesado, impresionable e irresoluto en la acción, aunque valiente, Solano vaciló, asumió una actitud equívoca, y acabó de promulgar a la luz de hachas encendidas, en la noche del 28 de mayo, un bando por el cual condenaba la insurrección, no obstante adherirse a un alistamiento nacional.

El pueblo pidió a grandes gritos el ataque inmediato de la escuadra francesa, surta hacía años en Cádiz, juntamente con la escuadra española después de la derrota de Trafalgar. Retardada esta exigencia popular, no obstante haber obtemperado al principio a ella el capitán general, la muchedumbre excitada se dirigió al día siguiente a su palacio, apersonándosele una diputación a increparle su traición o su flaqueza. Uno de los diputados salió al balcón a hablar al pueblo para tranquilizarle con las promesas del ataque inmediato a la escuadra francesa; pero confundido a la distancia con Solano y tomándose sus ademanes por negativa, disparáronse sobre él algunos tiros, a lo que siguió un tumulto con el intento de asaltar la casa.

En este momento crítico se presentó sereno y resuelto el ayudante a la vez que el oficial de guardia, que lo era el capitán don José de San Martín: hizo replegar la tropa de su mando, cerró la puerta, se atrincheró y dispúsose a la defensa. Los amotinados derribaron la puerta a cañonazos y penetraron al interior; pero ya Solano había tenido tiempo de fugar y refugiarse por la azotea en una casa vecina, donde fue descubierto y bárbaramente inmolado.

Esta tragedia sangrienta, en que el mismo San Martín fué actor y hubo de ser víctima, no se borró jamás de su memoria. Ella determinó, sin duda, muchas de sus resoluciones políticas en lo sucesivo. Desde entonces, no obstante su sincero amor por la libertad humana, miró con horror profundo los movimientos desordenados de las multitudes y los gobiernos que se apoyaban en ellos. Pensan-

do que el gobierno de este mundo pertenece a la inteligencia apoyada en la fuerza morigerada, formó parte de su credo político la máxima de que todo debe hacerse por el pueblo; pero subordinándolo a la disciplina.

Empero, su razón y su corazón debieron decirle en aquel momento que si bien de parte del populacho estaba el exceso, de parte de la España estaba la justicia; y que, ejecuciones por ejecuciones, las del Prado de Madrid el 2 de mayo, ordenadas por un exceso de autoridad, eran más bárbaras y menos justificadas que la del general Solano. La heroica muerte de Daoiz, su antiguo compañero en el sitio de Orán, debió haber hecho vibrar en él esta cuerda simpática, y la decisión con que tomó inmediatamente su partido y su conducta posterior, así lo demuestra.

X

Fue por este tiempo que el general Francisco Miranda, cuya figura hemos bosquejado antes, reunía en un pensamiento a todos los americanos dispersos en Europa, y les daba por objetivo la independencia de la América y la fundación de la república, infundiéndoles su pasión. Este precursor de la América del Sur, que tuvo la primera visión de sus destinos, estaba destinado a ser entregado por uno de sus adeptos a sus verdugos y morir solo, desnudo y cargado de cadenas en un miserable calabozo. En 1813 llegó cautivo a Cádiz en el mismo año en que San Martín inauguraba su gloriosa carrera en el opuesto hemisferio, y murió en la mazmorra de las Cuatro Torres de la Carraca, siete días después de declarada la independencia argentina bajo el auspicio de sus inspiraciones.

Se ha dicho (creemos que sin fundamento), que Miranda se introdujo por entonces (1808-1809) de incógnito en Cádiz, con el objeto de concertar con los sudamericanos que allí se hallaban, un plan de insurrección de las colonias españolas. Lo que es indudable que estuvo allí presente y sin disfraz, fue su noble espíritu. Creador del tipo de las sociedades secretas en que se afiliaron los sudamericanos dispersos en Europa, para preparar la empresa de la redención de América, él fue quien dio organización, objetivo y credo a las sociedades de este género, y que con esta tendencia se fundaron después en España. Cádiz, la puerta precisa de los americanos para entrar a la Península o salir de ella, era el punto forzoso de reunión de todos y el centro en aquella época de una activa elaboración revolucionaria, que una sociedad misteriosa se había encargado de propagar. Como lo hemos dicho en otro libro histórico, las sociedades secretas compuestas de sudamericanos, con tendencias a la emancipación de la América del Sur sobre la base del dogma republicano, se asemejaban mucho por su organización y por sus

propósitos políticos a las ventas carbonarias calcadas sobre los ritos de la masonería, de las que no tenían sino sus formas y sus símbolos. En los primeros años del siglo XIX habíase generalizado en España una vasta asociación secreta, con la denominación de Sociedad de Lautaro o Caballeros Racionales, vinculada con la sociedad matriz de Londres denominada Gran Reunión Americana, fundada por el general Miranda, de la que se dio noticia antes. En sólo Cádiz, donde residía el núcleo, llegó a contar en 1808 con más de cuarenta afiliados, entre ellos algunos grandes de España, como el conde de Puño-en-Rostro, amigo y corresponsal de Miranda. Su primer grado de iniciación era trabajar por la independencia americana, y el segundo la profesión de fe democrática, jurando, "no reconocer por gobierno legítimo de las Américas sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y de trabajar por la fundación del sistema republicano".

En esta asociación estaba afiliado San Martín. Desde su fondo tenebroso se proyecta por primera vez sobre su figura, hasta entonces enigmática, un rayo de luz que nos inicia en los misterios de su alma, revelándonos las creencias que lo trabajaban y los propósitos que abrigaba. San Martín era un americano de raza, un revolucionario por instinto, un republicano por convicción; era, tal vez sin él saberlo, un adepto de Miranda, que debía realizar el ensueño del maestro cuando éste descansase para siempre en el fango de uno de los islotes de la Carraca, que en aquellos momentos él contemplaba desde la playa gaditana cuando la marea los abandonaba o los cubría.

A la vez que San Martín, se habían afiliado a la Logia: Alvear, que sería su confidente primero, y su émulo después; José Miguel Carrera, que moriría maldiciéndole, y el más modesto de todos, el teniente de marina Matías Zapiola, que sería uno de sus brazos fuertes en los futuros combates. San Martín, el menos brillante y el más pobre de todos, reservado, reflexivo como de costumbre, era el vaso opaco que encerraba el fuego oculto en el interior del alma. Sus compañeros, que conocían su temple moral y la superioridad de sus dotes militares, no se engañaban con estas apariencias, y decían de él, que pensaba por todos ellos; pero al distribuirse sus papeles en el gran drama revolucionario que entreveían, ninguno le asignaba otro puesto que el de batallador fuerte. Sus héroes en perspectiva eran Alvear y Carrera, los más arrogantes y los más ambiciosos.

Estas sociedades secretas, precursoras del gran movimiento revolucionario de Sud América, que determinó sus primeros rumbos, imprimieron su sello a muchos de los caracteres de los que después fueron llamados a dirigirlo, decidiendo en varios casos de sus destinos. Este sello fue el sentimiento genialmente americano, que las naturalezas móviles perdieron en el roce de los sucesos, pero que San Martín guardó indeleble como el bronce.

XI

Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria, como lo demostraron en Cartagena de Indias en 1740, en Buenos Aires 1806 y 1807, y por último en la gloriosa guerra de la Península en 1808.

El alzamiento general de España, precedido por la heroica muerte de Daoiz, su antiguo compañero, y de que fue la última señal la trágica muerte de Solano, su general querido, encontró a San Martín en su puesto de honor, formando siempre en las filas de Voluntarios de Campo Mayor, mandado por el valiente coronel Menacho, que pronto debía encontrar también una gloriosa muerte. Ascendido a ayudante primero del mismo regimiento por la Junta de Sevilla, fue destinado al ejército de Andalucía que a la sazón se organizaba bajo la dirección del general Castaños, incorporándose a la segunda división que mandaba el general marqués de Coupigní.

Abiertas las operaciones contra el ejército francés mandado por Dupont, que tomó la iniciativa franqueando la Sierra Morena por Despeñaperros, se le confió el mando de las guerrillas sobre la línea del Guadalquivir. En estas márgenes resonó por primera vez el nombre de San Martín lanzado a publicidad con el dictado de "valeroso", a consecuencia de una señalada proeza que ejecutó en tal ocasión.

El 28 de junio movióse sobre las primeras avanzadas del enemigo una columna de vanguardia española. Mandábala el teniente coronel Cruz Murgeon, que más tarde debía distinguirse como general peleando contra los independientes de América. Llevaba la cabeza de la columna su compañero y amigo el capitán San Martín, que más tarde también, y en filas opuestas, debía inmortalizarse haciendo triunfar la independencia americana. A la altura de Arjonilla avistóse un grueso destacamento de caballería francesa, que recibió orden de cargar, pero que al primer amago esquivó el combate. Entonces, por inspiración propia se pone al frente de 21 jinetes, haciéndose apoyar por una guerrilla de infantería, y se lanza a escape por una estrecha vereda lateral, consiguiendo por esta maniobra alcanzar a los enemigos, que superiores en número y no creyendo que con tan cortas fuerzas los acometiera, le esperaron en formación. Sobre la marcha despliega en batalla, carga sable en mano, mata diecisiete hombres, toma cuatro prisioneros heridos, se apodera de todos sus caballos, comprométese personalmente, y en circunstancias de ir a ser muerto por un dragón enemigo, es salvado por uno de sus soldados, oyéndose en ese momento el toque de retirada que le obliga a replegarse en triunfo, pero con todos sus tro-

feos. Tal fue la primera hazaña y el primer ensayo de mando en jefe del más grande general del Nuevo Mundo.

La acción fue declarada distinguida con aplauso de todo el ejército, y concedióse un escudo de honor a todos los que le habían acompañado, siendo él ascendido a capitán del regimiento de Borbón, "en razón (decía el oficio de la Junta de Sevilla) del distinguido mérito que había contraído en la acción de Arjonilla".

Este pequeño triunfo fue precursor de una de las más grandes victorias de la época. Antes de transcurrir un mes, las águilas imperiales de Napoleón que habían humillado a toda la Europa, se inclinaban vencidas ante un ejército bisoño alentado por el patriotismo, y el capitán San Martín era mencionado con distinción en la orden del día de la batalla de Bailén, de que había sido el precursor en Arjonilla.

Abierto por la victoria el camino de Madrid, el ejército de Andalucía entró triunfante en la capital de las Españas, y allí recibió San Martín con los despachos de teniente coronel la medalla de oro que por su comportación en aquella batalla le correspondía.

El joven comandante siguió las vicisitudes del ejército de Andalucía, debiendo encontrarse en la desgraciada batalla de Tudela y susecivo repliegue de las tropas españolas sobre Cádiz, y fue nombrado en 1810 ayudante de campo del marqués de Coupigní.

En 1811 encontróse en la sangrienta batalla de Albuera, celebrada por la musa de lord Byron, en que españoles, ingleses y portugueses batieron a los franceses. Mandaba el ejército aliado en esta jornada el general Beresford, que cinco años antes había rendido su espada y las banderas británicas en Buenos Aires.

En el mismo año pasó a formar parte de las reliquias del regimiento de Sagunto, escapadas del sitio de Badajoz, en el que su antiguo jefe, el coronel Menacho, acababa de rendir la vida. El emblema de este cuerpo era un sol, cuyos rayos disipaban nubes, con esta leyenda: *Hoe nubila tolunt obstantia solvens* ("¡Disipa nubes y remueve obstáculos!"). Este fue el último estandarte español a cuya sombra combatió San Martín. Por una rara coincidencia llevaba por emblema el mismo símbolo de las banderas que debía pasear en triunfo por la América, y cuyos colores había vestido en su primer uniforme del Murcia. ¡La leyenda parece profética!

La profecía de Pitt, al tiempo de morir, se realizaba. Napoleón había levantado contra sí una guerra nacional y estaba irremediablemente perdido. La España, provocándola heroicamente, según la previsión del gran estadista, iba a salvarse, salvando a la Europa de su brutal dominación en alianza con la Gran Bretaña.

El criollo americano había pagado con usura su deuda a la madre patria, acompañándola en sus días de conflicto, y podía a la sazón desligarse decorosamente de ella sin desertar la causa de la desgracia, al dejarla cubierta con la poderosa égida de la Gran Bretaña,

que le aseguraba el triunfo definitivo, bajo la dirección del futuro vencedor de Waterloo.

Veintidós años hacía que San Martín acompañaba a la madre patria en sus triunfos y reveses, sin desampararla un solo día. En este lapso había combatido bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, a pie y a caballo, en campo abierto y dentro de murallas. Conocía prácticamente la estrategia de los grandes generales, el modo de combatir de todas las naciones de Europa, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales y los elementos de que podía disponer la España en una insurrección de sus colonias: el discípulo era un maestro en estado de dar lecciones. Entonces volvió los ojos hacia la América del Sur, cuya independencia había presagiado y cuya revolución seguía con interés, y comprendiendo que aún tendría muchos esfuerzos que hacer para triunfar definitivamente, se decidió a regresar a la lejana patria, a la que siempre amó como a la verdadera madre, para ofrecerle su espada y consagrarle su vida.

XII

El confidente de sus proyectos y sentimientos en esta ocasión fue un personaje singular, con quien conservó amistad por el resto de sus días, quizá en memoria de este momento solemne y de esta resolución, que al decidir de su destino, debía influir en los de un mundo.

Lord Macduff, después conde de Fife, era un noble escocés descendiente de aquel héroe de Shakespeare que mató con sus propias manos del asesino Macbeth. El gran poeta pone en boca de su antecesor estas palabras: "Empuñemos más bien con mano firme la espada matadora, y como hombres buenos defendamos resueltamente nuestros nativos derechos desconocidos." Estas palabras que resonaban en sus oídos al través de los siglos, parecían dirigir su conducta inspirada por tan varoniles consejos. Hallábase en Viena cuando recibió en 1808 la noticia de la insurrección española. Inmediatamente se dirigió a la Península y se alistó como simple voluntario. En esta clase se halló presente en la mayor de las batallas que tuvieron lugar allí, siendo gravemente herido en una de ellas, por cuyos servicios llegó a ser nombrado general español. Entonces se conocieron San Martín y lord Macduff. Estas dos naturalezas generosas simpatizaron profundamente, estrechándose su amistad en medio de los peligros comunes. Por su intermedio y por la interposición de Sir Charles Stuart, agente diplomático de España, pudo obtener un pasaporte para pasar subrepticiamente a Londres,

recibiendo de su amigo cartas de recomendación y letras de cambio a su favor, de las que no hizo uso.

En Londres se reunió con sus compañeros Alvear y Zapiola, poniéndose en contacto con otros sudamericanos que a la sazón se hallaban allí. Contábanse entre ellos el venezolano don Andrés Bello, el mejicano Servando Teresa Mier —célebres ambos por sus escritos—, el argentino don Manuel Moreno, que acababa de dejar sepultado a su ilustre hermano en la profundidad del mar, don Tomás Guido, que iniciaba su carrera diplomática y militante, y algunos menos conocidos. Todos pertenecían a la asociación secreta fundada en Londres por Miranda, que era matriz de la de Cádiz, como queda dicho, y en la cual Bolívar acababa de prestar su juramento en manos del mismo Miranda antes de regresar a Venezuela en compañía del ilustre maestro; San Martín y sus dos compañeros fueron iniciados en el 5º y último grado. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo el gran precursor y los dos más grandes fundadores de la independencia del Nuevo Mundo. Siendo el objeto de la asociación cooperar por todos los medios a la insurrección sudamericana, los miembros de ella trabajaban activamente en conquistarle prosélitos y en predisponer a la Europa en su favor por medio de publicaciones por la prensa, mientras llegaba el momento de prestarle servicios más eficaces.

Pocos meses después (enero de 1812), San Martín, Alvear y Zapiola se embarcaron en la *George Canning* con destino al Río de la Plata, y llegaban a Buenos Aires en compañía de varios oficiales, que como ellos venían a sentar plaza en las filas de los libertadores del viejo y Nuevo Mundo.

XIII

Hemos dicho antes, que a la época de la llegada de San Martín a Buenos Aires, la revolución americana pasaba por una dura prueba. Si no había sido de los primeros en acudir a su llamada, no esperó por cierto para hacerlo el momento más propicio. El período de la primera efervescencia había pasado: el trabajo serio de todos los días iba a comenzar. La verdadera lucha entre independientes y realistas no estaba trabada aún, y el combate entre los elementos sociales se iniciaba.

La revolución argentina iniciada el 25 de Mayo de 1810, fue el verdadero punto de partida de la insurrección sudamericana. Antes de ella produjéronse movimientos parciales que fueron sofocados en su cuna, y los que con posterioridad o simultáneamente estallaron desde Chile hasta Méjico, carecieron de constancia para luchar y vencer, aun dentro de sus límites territoriales.

Expansiva y propagandista desde el primer día, la revolución argentina promovió la insurrección de Chile por la diplomacia y el ejemplo, formando estrecha alianza con ella. Con su primer ejército improvisado de voluntarios, avanzó hasta el Perú a fin de herir al enemigo en el centro de su poder, obteniendo en su camino la primera victoria en Suipacha (1811). Por el oriente marchó resueltamente con el objeto de dominar ambas orillas del Plata, batiendo al enemigo en Las Piedras (1811), y armó de prisa algunos buques para disputar a los marinos españoles el dominio del río. Pero destrozada su primera flotilla en el Paraná, dueño absoluto el enemigo de las aguas e inexpugnable dentro de las murallas de Montevideo, antes de concluir el año XI la revolución había retrocedido a sus primeras posiciones por la parte del oriente; al mismo tiempo que un ejército portugués de 4.000 hombres salvaba las fronteras del Brasil y se establecía sobre la línea del Uruguay en actitud hostil. El Paraguay por su parte iniciaba su sistema de aislamiento y casi de hostilidad, después de rechazar la expedición enviada allí para incorporarlo al movimiento. Por el Norte, y casi simultáneamente con estos sucesos, su ejército era completamente derrotado en Huaqui (1811) sobre el Desaguadero, abandonando en consecuencia el Alto Perú en su movimiento retrógrado por esa parte. Las reliquias de este ejército, replegado en aquel momento sobre Tucumán (marzo de 1811), esperaban que el general Belgrano fuese a tomar su mando y que el enemigo avanzara sobre ellas con dobles fuerzas, sin más esperanza que continuar su retirada hasta Córdoba, según las órdenes terminantes del gobierno.

Chile, que en sus primeros pasos parecía haber consolidado su movimiento oligárquico-legal, estaba amenazado ese mismo año (1812) por una expedición dirigida desde el Perú, estando encomendada su salvación al que fatalmente debía perderlo. Era éste aquel mismo José Miguel Carrera, que en la Logia de Cádiz sus compañeros señalaban como un héroe en perspectiva. Ambicioso y osado tenía algunas de esas cualidades que remedan el genio revolucionario, y que contribuyeron en parte a precipitar y democratizar la revolución chilena en el hecho, aunque sin inocularle ninguna nueva fuerza. Pero sin verdaderos talentos políticos ni militares, sin virtudes cívicas y sin el juicio siquiera, que supliendo las cualidades prevé y evita los errores, Chile debía perderse en sus manos, como se perdió después.

Por un encadenamiento de circunstancias nefastas, en ese mismo mes de marzo de 1812, un terremoto derribaba la ciudad de Caracas, al mismo tiempo que la reacción española avanzaba osada reconquistando el terreno perdido, teniendo por principal auxiliar la desmoralización del espíritu público. En tal situación no era difícil prever que antes de terminar el año XII, el mismo general Miranda, que a la sazón acaudillaba la revolución de Venezuela,

tendría que capitular como lo hizo, desesperando por el momento de la fortaleza de su pueblo. Empero, nadie pudo imaginar siquiera que ese mismo Miranda, gran precursor de la independencia americana, ¡había de ser entregado por los suyos a la saña de sus enemigos como víctima propiciatoria, y que Simón Bolívar sería uno de los que concurriesen a ello! Sólo la Nueva Granada continuó por algún tiempo manteniendo el fuego de la insurrección en la extensión de lo que después se llamó Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Quito); pero debía extinguirse pronto, como se extinguieron todas las insurrecciones sudamericanas desde un extremo a otro del continente entre 1814 y 1815, con excepción de la revolución argentina, la única que no fue dominada jamás.

Mientras tanto, el virreinato del Perú, interpuesto entre los revolucionarios del Sur y del Norte, inexpugnable por su posición por el dominio absoluto de los mares y por el fuerte ejército que lo defendía, era el centro que irradiaba la reacción, desprendiendo a la vez expediciones sobre Quito y Chile, y amenazando a las Provincias Argentinas después de batir su ejército en el Desaguadero.

Estos peligros inminentes que anublaban el horizonte, y que burlaban tantas esperanzas de los primeros momentos en que todo se presentaba fácil, haciendo comprender a todos lo arduo de la empresa y la medida de los nuevos y grandes sacrificios que habría que hacer, había producido en el espíritu público un gran decaimiento, cuando todavía las poblaciones no estaban comprometidas en masa en la lucha ni la decisión popular manifestada con energía.

Tal era en marzo de 1812 el estado de la revolución americana, considerado por la faz externa de su poder militar y de sus relaciones recíprocas.

XIV

La revolución argentina, estudiada en su organismo propio, era un hecho múltiple y complejo, que entrañando grandes peligros y grandes fuerzas latentes, marchaba hasta entonces sin plan fijo, aunque visiblemente una ley superior presidiese su desarrollo. Esta revolución, además de los peligros externos que la amenazaban militarmente, entrañaba en su organismo propio peligros mayores, que provenían del desequilibrio de una sociedad rudimental entre las fuerzas que ostensiblemente le imprimían su movimiento y las fuerzas latentes en que residía la potencia, bien que un principio vital dominase la acción recíproca de unas y otras.

No repetiremos aquí la sinopsis que con relación al año XII hemos hecho de este acontecimiento en otros libros históricos al condensar los sucesos para deducir de ellos el progreso de las ideas y el desarrollo de los instintos populares. No se comprendería em-

pero la acción, ni la trascendencia de los planes políticos ni militares de San Martín en el nuevo medio en que va a obrar, si no estudiáramos esa revolución bajo un nuevo punto de vista, bosquejando a grandes rasgos su naturaleza múltiple y compleja, a fin de darnos cuenta exacta de la situación en el momento en que aquél va a hacer su aparición en la escena revolucionaria.

La revolución argentina, cuyas causas lejanas hemos señalado ya, aplicándolas a las colonias americanas en general, tuvo causas inmediatas que le imprimieron un carácter peculiar. Fue la principal de ellas la preponderancia de los nativos en las armas, que los triunfos en 1806 y 1807 sobre las invasiones inglesas al Río de la Plata habían puesto en sus manos dándoles la conciencia de su poder y despertando en ellos un espíritu de personalidad viril y arrogante. La superioridad de su fuerza moral, que tenía por manifestación la inteligencia criolla, y se verificaba en las grandes corrientes de la opinión pública, fue otra de esas causas eficientes. De aquí provino que la revolución fue simplemente una transición pacífica. de un estado en cierto modo artificial a un estado normal, operándose el cambio de situación sin convulsiones, como una ley natural que se cumplía, y esto sin violar ni aun las leyes españolas que regían los municipios, teatro de acción de la política de los nativos. De esas mismas leyes deducían ellos lógicamente nuevas teorías revolucionarias, que legalizando el hecho con textos viejos del derecho positivo daban vuelo a los espíritus en el sentido de reformas trascendentales.

El plan de ejecución de la revolución de Mayo fue, pues, rigurosamente legal, con propósitos deliberados de independencia, pero con vagas ideas políticas en las esferas superiores y con instintos confusos en la masa social. Todos perseguían, sin embargo, un ideal, que cada uno percibía según su grado de inteligencia o de instrucción, y que procuraba hacer prevalecer por medios análogos a sus fines. De aquí provenía el desequilibrio que hemos señalado antes, y que constituye el nudo histórico de la revolución argentina.

La revolución argentina presentaba desde entonces en bosquejo las dos fases características que la distingue: la una clásica, culta, cosmopolita, que miraba al exterior; la otra genial y plebeya, y por lo tanto más radicalmente democrática, que presentaba una fisonomía original y móvil en la política interna, o más bien dicho, en el movimiento social. La última, apenas diseñaba algunos de sus rasgos en las tendencias embrionarias de descentralización y en las fuerzas indisciplinadas de carácter selvático, que acusando el desequilibrio presagiaba la escisión anárquica. La primera reasumía en sí hacía dos años todo el movimiento de la vida política y civil, con sus ensayos de gobierno, sus tanteos en el sentido del parlamentarismo, su legislación, sus ejércitos, su diplomacia, su prensa, en que figuraban los hombres más prominentes del país.

Ya desde entonces también se dibujaban en los partidos que agitaban la superficie social las dos tendencias que el roce de las pasiones y de los intereses, más bien que la divergencia de principios, debía poner en pugna, trabajando y atormentando la revolución, impulsada por cada uno de ellos en un sentido o contrariada en otro; arrastrándola a veces al borde del abismo, haciéndola triunfar en el exterior por esfuerzos supremos, a la par que se aniquilaban casi las fuerzas sociales en el interior, hasta que del choque de las fuerzas conservadoras y de las fuerzas explosivas que entrañaba, naciese el equilibrio y brotara de su seno dolorido la sociedad nueva, producto de estos grandes sacudimientos en la batalla de la vida.

Contener estas fuerzas dentro de sus límites, hacerlas servir contra el enemigo común y mantener el gobierno en manos de la inteligencia para hacerlo más eficaz en la acción, tal era el arduo problema que se proponían resolver los hombres superiores que habían iniciado la revolución y que hasta entonces la dirigían. Pero antes de que este resultado se alcanzara, el choque debía producirse. Para los unos, la centralización vigorosa, con su punto de apoyo en la capital de Buenos Aires, era la condición del triunfo de la revolución. Para los otros, la descentralización era una tendencia innata y una condición de vida futura, así como la indisciplina era una consecuencia necesaria de su modo de ser. Estas tendencias ya se habían diseñado en los partidos políticos militantes, aun antes que interviniese en los acontecimientos la masa social; pero sin acentuarse ni ejercer una grande influencia en ellos.

XV

La revolución, mientras tanto, legal y pacífica en su iniciativa, trascendental en sus propósitos y vigorosamente centralizada en sus medios de acción, se desenvolvía orgánicamente, sin un plan preconcebido en lo político como en lo militar. Nacida en las ciudades, y propagada en nombre de la ley de municipio en municipio hasta la última frontera de las provincias, este primer movimiento vibratorio había revelado una cohesión nacional, indicando allí donde se detuvo el punto en que debía encontrarse la resistencia que había de vencer. Revolución civil, que tenía por foro las plazas urbanas, por tribuna la de los antiguos Cabildos, por constitución el vetusto derecho municipal, llegaría un momento en que no cabría en los moldes en que primitivamente se fundió la masa candente; en que esos moldes estallarían; en que el movimiento se dilataría en las campañas, y que en medio de la lucha por la vida se produjesen tumultuosamente los fenómenos orgánicos que entrañaba su naturaleza, a la par de los esfuerzos del patriotismo ilustrado que

propendía a dominar el desorden interno con una mano, mientras con la otra combatía y vencía al enemigo común.

La revolución argentina había llegado en el año XII a uno de esos períodos de transformación en que los hechos, las teorías, las necesidades fatales, las gravitaciones naturales envueltas en una sola corriente la arrastraban irresistiblemente a ejecutar sobre la marcha una de sus más peligrosas evoluciones al frente del enemigo. Triunfante en el hecho dentro de sus fronteras, con una organización indefinida todavía después de dos años de luchas y trabajos, había necesidad de popularizarla, de vivificarla, dándole por base la soberanía del pueblo, y por credo un derecho nuevo que respondiese a las necesidades del presente, satisfaciendo las aspiraciones en lo futuro.

Por fortuna, piloteaban aquella nave en medio de la tempestad los hombres más inteligentes, más enérgicos y más próvidos que se hayan presentado jamás reunidos a la vez en el gran drama de la revolución sudamericana. Muerto Moreno, que había sido el numen de la revolución de Mayo en sus primeros días, y cuya influencia moral vivía aún, la revolución argentina presentaba en primera línea pensadores profundos, generales improvisados, escritores notabilísimos, políticos convencidos, patriotas abnegados, caracteres virilmente templados, que, apoderados con mano firme del timón del Estado, constituían un poderoso partido gubernamental con tendencias democráticas y principios confesados de libertad.

Merced a esa falange de hombres de acción y de pensamiento, la revolución se había extendido y consolidado, constituyendo un núcleo indisoluble; las nociones de un derecho nuevo se habían generalizado; las ideas abstractas de la soberanía del pueblo, división de poderes, juego armónico de las instituciones libres, derechos naturales y derechos del hombre en sociedad, habían hecho progresos en la conciencia pública, traduciéndose en hechos prácticos, aunque todo se resintiera todavía de lo indefinido y de lo incompleto de la organización política.

Desde el primer momento —lo mismo que por entonces—, todas las fuerzas políticas se habían concentrado en la organización del gobierno ejecutivo, que respondía a las supremas exigencias de la situación y constituía el gran resorte de la máquina revolucionaria.

El primer gobierno ejecutivo instalado por un plebiscito el 25 de Mayo de 1810 fue una Junta gubernativa, a imitación de las que en España se inauguraron por la misma época en su alzamiento contra los franceses. Modificada y desnaturalizada un año después por la incorporación de los diputados de las provincias en ella, se malogró así la primera tentativa de un Congreso Nacional, abortando un monstruo de muchas cabezas, sin iniciativa en la idea y sin vigor en la ejecución que tuvo que decretar su propia caída

y ceder por impotencia el puesto ante las exigencias de la opinión y el instinto de la propia conservación. La Junta fue substituida por un Triunvirato, en el que, dándose nueva forma a la potestad gubernativa, se vigorizaba su acción, bosquejando a la vez la división de los poderes públicos.

El Triunvirato, bajo la denominación de Gobierno Ejecutivo, había empuñado con mano firme el timón de la nave del Estado, que parecía próxima a naufragar, trazando nuevos rumbos a la revolución, ayudado por la falange política de que venimos hablando, y que constituía el nervio de la situación.

Tal era el estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata al pisar San Martín las playas argentinas y hacer su aparición en la grande escena de la revolución sudamericana.

Capítulo III

LA LOGIA DE LAUTARO

1812-1813

El primer Triunvirato y su filiación histórica. — Estado de los partidos políticos en 1812. — San Martín y Alvear. — Los Granaderos a caballo. — Escuela de táctica, disciplina y moral militar. — Vistas políticas y militares. — La Logia de Lautaro y su influencia. — La batalla de Tucumán y sus consecuencias políticas. — Revolución del 8 de octubre, su objeto y trascendencia. — Parte que toma en ella San Martín. — Influencia de la Logia en este acontecimiento. — El segundo Triunvirato. — La situación militar. — Planes militares sobre Montevideo y el Perú. — Nuevo prospecto.

I

El Triunvirato que en 1812 regía los destinos de las Provincias Unidas, representaba la tercera constitución del poder público en el transcurso de dos años de revolución.

El primer gobierno nacional, inaugurado el 25 de mayo de 1810, bajo la denominación de Junta Provisional gubernativa, aunque nombrado por el voto público, fue un simple derivado del derecho histórico y municipal. Legitimada por la adhesión de las provincias como poder general, se legalizó como poder político por la elección de diputados, efectuada por los Cabildos para constituir un Congreso sobre la base municipal. La refundición de los diputados de la Junta gubernativa, y la subsiguiente creación de Juntas Provinciales en representación de las localidades, fue una evolución retrógrada del gobierno, que tuvo su origen en la tendencia descentralizadora que llevaba en germen la federación del porvenir. Abdicando los diputados la potestad deliberativa, desvirtuaron con su incorporación la constitución del ejecutivo, y retardaron indefinidamente la organización política sobre sus verdaderas bases. El Triunvirato, expresión del centralismo gubernamental que tenía su razón de ser, era el producto de las necesidades de la época, y res-

pondía por el momento a las exigencias de organización, de propaganda y de lucha de la revolución.

Las tres evoluciones que hemos bosquejado —una de las cuales marcaba el punto de partida, y las otras dos las tendencias opuestas de los partidos de la revolución—, fueron, más bien que el resultado de divergencias teóricas, productos espontáneos del organismo social por una parte, y exigencias de la situación por otra, que se traducían en anarquía gubernamental, entrando por algo la inexperiencia y las rivalidades domésticas.

Los dos primeros partidos embrionarios con raíces en la sociedad, que se encontraron frente a frente en el terreno de la Junta gubernativa, representaban las tendencias que caracterizan los comienzos de toda revolución: el elemento conservador, aunque patriota por una parte, y el elemento esencialmente revolucionario por la otra, personalizados por el presidente Saavedra y el secretario Moreno. En el choque de estas dos tendencias el elemento conservador prevaleció, y dueño absoluto del poder, le sucedió lo que a todos los poderes negativos, que no teniendo nada que conservar sino lo malo, y no teniendo iniciativa para crear, abdicó al fin por impotencia y por esterilidad. El elemento revolucionario con su primitivo credo democrático y con más sentido político, una vez dueño del campo en la tercera evolución que hemos señalado, se organizó vigorosamente en partido gubernamental y centralista, y rodeó al Triunvirato, que siendo su obra, era hasta cierto punto la expresión de sus ideas.

El Triunvirato que se había impuesto con la autoridad de una necesidad imperiosa por todos sentida, se mantenía entre los partidos, sin perseguir a los vencidos y sin ceder a todas las exigencias de los vencedores. De aquí provenía que, después de apartar los peligros de la difícil situación que le tocara, y satisfacer alguna de las exigencias de la opinión en el sentido de las reformas democráticas, el Triunvirato sólo representaba la autoridad material, sin el poder moral que dan los organismos políticos bien definidos. El Poder Ejecutivo, único en el estado, era una dictadura anónima contrapesada por los partidos. La revolución carecía de una constitución, que definiendo la situación, diese base sólida a la acción y al desarrollo orgánico de la sociedad democrática.

Al constituir el nuevo gobierno, los diputados de las provincias reasumieron la potestad legislativa que antes habían abdicado, y bosquejaron así, aunque vagamente, la división de los poderes. Yendo más allá, pretendieron reaccionar al atribuirse la supremacía, y dictaron en consecuencia una constitución que desvirtuaba la del Poder Ejecutivo, perpetuando así el de los representantes de los Cabildos sin mejorar las condiciones del poder público. La disolución de la Asamblea resolvió el conflicto con aplauso de la opinión; pero hirió un principio fundamental de gobierno.

Para regularizar hasta cierto punto su situación, el Triunvirato se dictó entonces a sí mismo su ley orgánica, siendo ésta la primera carta constitucional que se puso en práctica en las Provincias Unidas. Por ella se establecía la amovilidad periódica de los gobernantes y su elección por una asamblea eventual de corporaciones, compuesta de un número de notables de la capital que constituían la gran mayoría, y de los apoderados nominales de los pueblos, la que debía ser presidida por los Cabildos de Buenos Aires. Esta Asamblea debía tener el voto deliberativo en los casos en que fuese consultada, hasta que se reuniera un Congreso Nacional que se prometía convocar, garantizándose mientras tanto por reglas expresas, los derechos individuales y la libertad de escribir.

Estas medidas y reformas truncas, dictadas como expedientes según las exigencias del momento, que no ajustándose a un principio ni a un plan general, mantenía la revolución entre lo eventual y lo arbitrario, no satisfacían las exigencias del partido demócrata aunque les prestase su apoyo. Su programa era no sólo constituir el Poder Ejecutivo provisional, sino constituir definitivamente la revolución, y darle por base la soberanía popular por medio del sufragio directo, convocando inmediatamente un Congreso Nacional que diese forma, vida y fuerza expansiva a la república que estaba en las conciencias, aun cuando todavía no se comprendiese bien el sistema y se gobernase en nombre del rey de España.

Los hombres superiores que componían el Triunvirato, participando de estas aspiraciones del patriotismo, eran ante todo gubernamentales. Opuestos a la reunión inmediata de una asamblea constituyente, por considerarla prematura y peligrosa, estaban en este punto en pugna con el partido que representaban. De aquí debía nacer una oposición radical que determinaría una cuarta evolución política, la más peligrosa y la más trascendental de cuantas se habían realizado hasta entonces.

Estos antecedentes son indispensables para comprender y juzgar la actitud política que San Martín y Alvear tomaron en medio de los partidos en que se hallaba dividida la revolución cuando pisaron las playas argentinas.

II

San Martín, al regresar a su patria, era un hombre oscuro y desvalido, que no tenía más fortuna que su espada, ni más reputación que la de un valiente soldado y un buen táctico. Su compañero Alvear por el contrario, rico y precedido de la fama de generoso, llevaba un apellido que se había ilustrado en el Río de la Plata, encontraba una familia hecha y en valimiento, y con las brillantes exterioridades que le adornaban, las simpatías debían brotar

a su paso. Poseído de una ambición sensual de gloria y de poder, improvisador en acciones y palabras que se dejaba gobernar por su imaginación fogosa, talento de reflejo que no emitía la luz propia, sin el resorte de la voluntad perseverante. Alvear formaba contraste con San Martín, en quien la reflexión y la preparación de los medios precedían a la acción y cuyo conjunto de pasión concentrada, cálculo, paciencia, sagacidad y fortaleza de alma constituían un carácter original que sólo se parecía a sí mismo como todo lo que es nativo. Bajo estos auspicios, Alvear asumió respecto de San Martín la actitud de un protector, exagerándose su propia importancia, y lo recomendó al gobierno de las Provincias Unidas como un buen militar, pero cuidó de colocarse él en primer término.

A los ocho días de su llegada fue reconocido en su grado de teniente coronel, y se le encomendó la organización de un escuadrón de caballería de línea, de que entraron a formar parte sus compañeros de viaje, siendo nombrado Alvear sargento mayor del nuevo cuerpo y Zapiola capitán. Tal fue el origen del famoso regimiento de Granaderos a caballo que concurrió a todas las grandes batallas de la independencia, dio a la América diecinueve generales, más de doscientos jefes y oficiales en el transcurso de la revolución, y que después de derramar su sangre y sembrar sus huesos desde el Plata hasta el Pichincha, regresó en esqueleto a sus hogares, trayendo su viejo estandarte bajo el mando de uno de sus últimos soldados ascendido a coronel en el espacio de trece años de campañas.

San Martín no sólo traía por contingente a la revolución su competencia militar: le traía además la experiencia de una grande insurrección, en la que había sido autor. El espectáculo del alzamiento de la España le había revelado el poder de las fuerzas populares en una guerra nacional, como los continuos reveses de las armas españolas en medio de algunos triunfos más gloriosos que fecundos, le enseñaron que en una larga guerra no se triunfa en definitiva sin una sólida organización militar. Había visto a esos mismos ejércitos españoles, siempre derrotados a pesar de su heroísmo, retemplarse en la disciplina inglesa y triunfar con esta nueva fuerza de los primeros soldados de la Europa. Comprendía que la España, una vez desembarazada de la guerra peninsular, enviaría a América sus mejores tropas y sus mejores generales para sojuzgar sus colonias insurrectas.

Con esta experiencia y estas previsiones estudió fríamente la situación militar, y se penetró de que la guerra que para algunos debía concluir en la primera batalla ganada, apenas empezaba, y que habría que combatir mucho y por muchos años al través de toda la América. Examinando con cuidado el temple de las armas de combate, pudo cerciorarse que la revolución estaba militarmente mal organizada, que los ejércitos carecían de consistencia, que las operaciones no obedecían a ningún plan, y que no se preparaban los

elementos para las grandes empresas que necesariamente habría que acometer; en una palabra, que no existía una organización ni una política militar. Al asumir modestamente el cargo de reformador militar en su esfera, no se constituyó empero en censor, ni se presentó como un proyectista. Sistemáticamente cuidó de no ingerirse en la dirección de la guerra ni apuntar planes de campaña, contrayéndose seriamente a la tarea que se había impuesto, que era fundar una nueva escuela de táctica, de disciplina y de moral militar.

III

El primer escuadrón de Granaderos a caballo fue la escuela rudimental en que se educó una generación de héroes. En este molde se vació un nuevo tipo de soldado animado de un nuevo espíritu, como hizo Cromvell en la revolución de Inglaterra, empezando por un regimiento para crear el tipo de un ejército y el nervio de una situación. Bajo una disciplina austera que no anonadaba la energía individual, y más bien la retemplaba, formó San Martín soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el deber y les inoculó el fanatismo frío del coraje que se considera invencible, y es el secreto de vencer. Los medios sencillos y originales de que se valió para alcanzar este resultado, muestran que sabía gobernar con igual pulso y maestría espadas y voluntades.

Su primer conato se dirigió a la formación de oficiales, que debían ser los monitores de la escuela bajo la dirección del maestro. Al núcleo de sus compañeros de viaje fue agregando hombres probados en las guerras de la revolución, prefiriendo los que se habían elevado por su valor desde la clase de tropa; pero cuidó que no pasaran de tenientes. Al lado de ellos creó un plantel de cadetes, que tomó del seno de las familias espectables de Buenos Aires, arrancándolos casi niños de brazos de sus madres. Era la amalgama del cobre y del estaño que daba por resultado el bronce de los héroes.

Con estos elementos organizó una academia de instrucción práctica que él personalmente dirigía, iniciando a sus oficiales y cadetes en los secretos de la táctica, a la vez que les enseñaba el manejo de las armas en que era destrísimo, obligándolos a estudiar y a tener siempre erguida la cabeza ante sus severas lecciones una línea más arriba del horizonte, mientras llegaba el momento de presentarla impávida a las balas enemigas. Para experimentar el temple de nervios de sus oficiales, les tendía con frecuencia acechanzas y sorpresas nocturnas, y los que no resistían a la prueba eran inmediatamente separados del cuerpo, porque "sólo quería tener leones en su regimiento".

Pero no basta fundir en bronce a sus oficiales, modelarlos correctamente con arreglo a la ordenanza haciéndoles pasar por la prueba del miedo. Para completar su obra, necesitaba inocularles un nuevo espíritu, templarlos moralmente, exaltando en ellos el sentimiento de la responsabilidad y de la dignidad humana, que como un centinela de vista debía velar día y noche sobre sus acciones. Esto es lo que consiguió por medio de una institución secreta, que bien que peligrosa en condiciones normales o en manos infieles, produjo sus efectos en aquella ocasión.

Evitando los inconvenientes del espionaje que degrada y los clubes militares que acaban por relajar la disciplina, planteó algo más eficaz y más sencillo. Instituyó una especie de tribunal de vigilancia compuesto de los mismos oficiales, en que ellos mismos debían ser los celadores, los fiscales y los jueces, pronunciar las sentencias y hacerlas efectivas por la espada, autorizando por excepción el duelo para hacerse justicia en los casos de honor.

En el primer domingo de cada mes se reunía en sesión secreta el consejo de oficiales bajo su presidencia, dirigiéndoles un discurso sobre la importancia de la institución y la obligación en que todos estaban de no permitir en su seno a ningún miembro indigno de la corporación. En una pieza inmediata y sola estaban preparadas sobre una mesa tarjetas en blanco, en que cada oficial escribía lo que hubiese notado respecto de la mala comportación de algún compañero. En seguida, el sargento mayor recibía las cédulas dobladas en su sombrero, que eran escrutadas por el jefe. Si entre ellas se encontraba alguna acusación, se hacía salir al acusado y se exhibía la papeleta, sobre la cual se abría discusión. Nombrábase acto continuo una comisión investigadora, que daba cuenta del resultado en una próxima sesión extraordinaria. Abierta nuevamente la discusión, cada oficial daba su dictamen por escrito, y la votación secreta decidía si el acusado era o no digno de pertenecer al cuerpo. En el primer caso, el cuerpo de oficiales, por el órgano de su presidente le daba en presencia de todos una satisfacción cumplida. En el segundo, se nombraba una comisión de oficiales para intimarle pidiese su separación absoluta; prohibiéndole usar en público el uniforme del regimiento, bajo la amenaza que si contrariase esta orden le sería arrancado a estocadas por el primer oficial que le encontrara.

Este tribunal tenía un código conciso y severo, que determinaba los delitos punibles, desde el hecho de agachar la cabeza en acción de guerra y no aceptar un duelo justo o injusto, hasta el de poner las manos a una mujer aun siendo insultado por ella, y comprendía todos los casos de mala conducta personal.

En cuanto a los soldados, los elegía vigorosos, excluyendo todo hombre de baja talla. Los sujetaba con energía paternal a una disciplina minuciosa, que los convertía en máquinas de obediencia. Los

armaba con el sable largo de los coraceros franceses de Napoleón, cuyo filo había probado en sí, y que él mismo les enseñaba a manejar, haciéndoles entender que con esa arma en la mano partirían como una sandía la cabeza del primer "godo" que se les pusiera por delante, lección que practicaron al pie de la letra en el primer combate en que la ensayaron. Por último, daba a cada soldado un nombre de guerra, por el cual únicamente debía responder y así les daba el ser, les inoculaba su espíritu y los bautizaba.

Sucesivamente fueron creándose otros escuadrones según este modelo, y el día que formaron un regimiento, el gobierno envió a San Martín el despacho de coronel con estas palabras: "Acompaña a V. S. el gobierno el despacho de coronel del regimiento de Granaderos a caballo. La superioridad espera que continuando V. S. con el mismo celo y dedicación que hasta aquí, presentará a la patria un cuerpo capaz por sí solo de asegurar la libertad de sus conciudadanos."

En este intervalo, había tomado por esposa a doña María de los Remedios Escalada, joven bella, perteneciente a una de las más distinguidas familias del país, en señal de que constituía para siempre su hogar en la tierra de su nacimiento. ¡Pero él no debía tener en adelante más hogar que la tienda del soldado, ni más familia que la militar, ni más compañera que la soledad, hasta que el único fruto de esa unión le cerrase por siempre los ojos en remotas playas!

IV

Al mismo tiempo que el coronel de Granaderos aplicaba la táctica y la disciplina a la milicia, se ocupaba en hacerla extensiva a la política, para dar organización en uno y otro terreno a las fuerzas morales y materiales con que se debía combatir y vencer, teniendo en ambos por objetivo la independencia americana.

No era San Martín un político en el sentido técnico de la palabra, ni pretendió nunca serlo. Como hombre de acción con propósitos fijos, con vistas claras y con voluntad deliberada, sus medios se adaptaban siempre a un fin tangible, y sus principios políticos, sus ideas propias y hasta su criterio moral se subordinaban al éxito inmediato, que era la independencia, sin dejar por esto de tener presente un ideal más lejano, que era por entonces la libertad en la república.

Con su natural perspicacia y su natural buen sentido, había visto claramente que la revolución estaba tan mal organizada en lo militar como en lo político, que carecía de plan, de medios eficaces de acción y hasta de propósitos netamente formulados. Así es que, guardando una prudente reserva sobre los asuntos de gobierno, no

excusaba expresarse con franqueza sobre aquel punto en las tertulias políticas de la época, diciendo: "Hasta hoy, las Provincias Unidas han combatido por una causa que nadie conoce, sin bandera y sin principios declarados que expliquen el origen y tendencias de la insurrección: preciso es que nos llamemos independientes para que nos conozcan y respeten."

Con estas ideas y propósitos no había vacilado en decidirse desde luego, por los que reclamaban las medidas más adelantadas en el sentido de la independencia y de la libertad, aceptando de lleno la convocatoria de un Congreso Constituyente. Consideraba, sin embargo, imprudente, fiar al acaso de las fluctuaciones populares deliberaciones que debían decidir de los destinos, no sólo del país sino también de la América en general. Aun sin sospechar las fuerzas explosivas que la revolución encerraba en su seno, pensaba que era necesario organizar los partidos militantes y disciplinar las fuerzas políticas para dar unidad y dirección al movimiento revolucionario. Un núcleo poderoso de voluntades, una organización metódica de todas las fuerzas políticas, que obedeciese a un mecanismo y una dirección inteligente y superior, que dominase colectivamente las evoluciones populares y las grandes medidas de los gobiernos, preparando sucesivamente entre pocos lo que debía aparecer en público como el resultado de la voluntad de todos, tal fue el plan que San Martín concibió y llevó a cabo por medio de la organización de una institución secreta, ayudado eficazmente por su compañero Alvear, que tomó en esta obra la parte más activa.

De esta concepción sencilla deducida de la táctica y de la disciplina, y calcada sobre el plan de las sociedades secretas de Cádiz y de Londres de que ya hemos hablado, nació la organización de la célebre asociación, conocida en la historia bajo la denominación de Logia de Lautaro, que tan misteriosa influencia ha ejercido en los destinos de la revolución.

La Logia de Lautaro se estableció en Buenos Aires a mediados de 1812, sobre la base ostensible de las logias masónicas reorganizadas, reclutándose en todos los partidos políticos, y principalmente en el que dominaba la situación. La asociación tenía varios grados de iniciación y dos mecanismos excéntricos que se correspondían. En el primero, los neófitos eran iniciados bajo el ritual de las logias masónicas que desde antes de la revolución se habían introducido en Buenos Aires y que existían desorganizadas a la llegada de San Martín y de Alvear. Los grados siguientes eran de iniciación política en los propósitos generales. Detrás de esta decoración que velaba el gran motor oculto, estaba la Logia matriz, desconocida aún para los iniciados en los primeros grados y en la cual residía la potestad suprema.

El objeto declarado de la Logia era "trabajar con sistema y plan en la independencia de la América y su felicidad, obrando

con honor y procediendo con justicia". Sus miembros debían necesariamente ser americanos "distinguidos por la liberalidad de las ideas y por el fervor de su celo patriótico". Según su constitución cuando alguno de los hermanos fuese elegido para el supremo gobierno del Estado, no podría tomar por sí resoluciones graves sin consulta de la Logia, salvo las deliberaciones del despacho ordinario. Con sujeción a esta regla, el gobierno desempeñado por un hermano, no podía nombrar por sí enviados diplomáticos, generales en jefe, gobernadores de provincia, jueces superiores, altos funcionarios eclesiásticos, ni jefes de cuerpos militares, ni castigar por su sola autoridad a ningún hermano. Como comentario de esta disposición, se establecía la siguiente regla de moral pública: "Partiendo del principio que la Logia, para consultar los primeros empleos, ha de pasar y estimar la opinión pública, los hermanos como que están próximos a ocuparlos, deberán trabajar en adquirirla." Era ley de la asociación auxiliarse mutuamente en todos los conflictos de la vida civil, sostener a riesgo de la vida las determinaciones de la Logia, y darle cuenta de todo lo que pudiera influir en la opinión o seguridad pública. La revelación del secreto "de la existencia de la Logia por palabras o por señales" tenía "pena de muerte por los medios en que se hallase por conveniente". Esta conminación, reminiscencia de los misterios del templo de Isis y copiada de las constituciones de la Logia matriz de Miranda, sólo tenía un alcance moral. Por una adición a la Constitución se disponía, que cuando alguno de los hermanos de la Logia matriz fuese nombrado general del ejército o gobernador de provincia, tuviese facultad para crear una sociedad dependiente de ella compuesta de menor número de miembros.

Los logistas no consiguieron desde luego refundir en su seno el personal del gobierno, que era una de las condiciones indispensables para extender su influencia y establecer su predominio. El Triunvirato no podía hacerlo sin abdicar, y el genio sistemático de don Bernardino Rivadavia que le daba nervio, fue el obstáculo con que tropezó en este sentido. No obstante esto, su influencia se ramificó en toda la sociedad, y los hombres más conspicuos de la revolución por su talento, por sus servicios o su carácter se afiliaron a ella. Los clubes y las tertulias políticas donde hasta entonces se había elaborado la opinión por la discusión pública o las influencias de círculo, se refundieron en su seno por una atracción poderosa. Uno de los más ardientes promotores de las asociaciones públicas, el doctor Bernardo Monteagudo, tribuno inteligente, de pluma y de palabra, se constituyó en activo agente de la Logia, llevándole el concurso de la juventud que acaudillaba.

San Martín, en vista de este resultado, creyó haber encontrado el punto de apoyo que necesitaba la política. Alvear, con su talento

de intriga y su ambición impaciente, se lisonjeó con la esperanza de tener bajo su mano el instrumento poderoso que necesitaba para elevarse con rapidez. Desde entonces la influencia misteriosa de la Logia empezó a extenderse por todo el país, haciendo presentir un cambio inmediato en su situación política.

V

Se ha exagerado mucho en bien y en mal la influencia latente de la Logia lautarina en los destinos de la revolución. Se ha supuesto una acción continua y eficiente sobre los acontecimientos contemporáneos que carece de fundamento histórico, y que las intermitencias de la revolución contradicen. En un sentido o en otro, se le ha atribuido la maternidad de hechos que estaban en el orden natural de las cosas, y que con ella o sin ella se habrían producido igualmente. Se la ha hecho responsable de ejecuciones sangrientas o de crímenes aislados, que tienen su explicación y aun su justificación en otros móviles y otras necesidades, convirtiéndola así en un conciliábulo tenebroso de asesinos políticos. Acusada de abrigar planes liberticidas y reaccionarios, se la ha cargado como al cabro emisario con todos los horrores y extravíos de su época, que no tuvieron ni pudieron tener su origen en la institución misma. Juzgada, por último, desde un punto de vista distinto de aquel en que sus autores se colocaron y sus contemporáneos la vieron, ha sido condenada sin equidad, y aun sin compulsar las piezas del proceso. La historia ha empezado a descorrer el velo oscuro de los tiempos que por tantos años la ha ocultado a los ojos de la posteridad, y su fallo definitivo y justiciero aun no ha sido pronunciado con perfecto conocimiento de causa.

La Logia de Lautaro no fue (como su mismo nombre lo indica) una máquina de gobierno ni de propaganda especulativa: fue una máquina de revolución y de guerra indígena contra el enemigo común, a la vez que de defensa contra los peligros interiores. En este sentido contribuyó eficazmente a dar tono y rumbo fijo a la revolución; a centralizar y dirigir las fuerzas gubernamentales, dando unidad y regularidad a las evoluciones políticas que promovió y presidió, y vigoroso impulso a las operaciones militares con sujeción a un plan preconcebido, para imprimir mayor energía en los conflictos, para suplir en muchos casos la deficiencia de los hombres y corregir hasta cierto punto los extravíos de una opinión fluctuante, inspirando en momentos supremos medidas salvadoras, que la revolución ha reivindicado como glorias suyas.

Mala en sí misma como mecanismo gubernativo, corruptora como influencia administrativa, contraria al individualismo huma-

no que anonadaba por una disciplina ciega, inadecuada y aun contraria al desarrollo libre y espontáneo de una revolución social, no puede desconocerse, empero, que fue concebida bajo la inspiración del interés general, que no contrarió las tendencias de la revolución, que aceleró muchas de sus grandes reformas democráticas y que bajo sus auspicios se inauguró la primera Asamblea que proclamó la soberanía popular dándole forma visible. En la política exterior, a ella se debe el espíritu de propaganda americana de que se penetró la revolución, y en especial el mantenimiento de la gran alianza argentinochilena que dió la independencia a medio continente, unificando la política y mancomunando los esfuerzos y sacrificios de ambos pueblos en la magnánima empresa.

Institución peligrosa en el orden político por el sigilo de sus deliberaciones, por lo irresponsable de su poder colectivo, por la solidaridad que establecía entre sus miembros así para lo bueno como para lo malo en los actos de la vida pública, los vicios y deficiencias de su organización se pusieron de manifiesto cuando la ambición personal quiso hacerla servir de instrumento a sus fines rompiéndose en sus manos, o cuando los que con más fidelidad observaron su regla fueron víctimas de ella, para disolverse en uno y otro caso, ya con la caída del ambicioso, ya con el sacrificio del adepto.

Juzgando imparcialmente a la Logia de Lautaro, puede decirse: — que condenable en tesis general aun como institución revolucionaria en un pueblo democrático —, produjo en su origen bastantes bienes y algunos males, que inclinan la balanza en su favor. Como motor político no desvió la revolución de su curso natural, y como poder colectivo sólo sirvió por accidente a ambiciones bastardas, que tuvieron su correctivo en la opinión. Como núcleo de voluntades unidas por un propósito, fue el invisible punto de apoyo de las fuerzas salvadoras de la sociedad en momentos de desquicio. Ni histórica ni racionalmente puede hacérsela responsable de hechos que reconocen otras causas visibles, y que se desenvolvieron lógicamente bajo otros auspicios. Y en cuanto al uso que hizo de su poder, debe agregarse, que a pesar de ser irresponsable, sin el control siquiera de la publicidad, no se deshonró con los excesos a que con frecuencia se entregan los partidos militantes cuando imperan en el gobierno. Puede decirse, en fin, que tal como fue, con todo el poder que tuvo y toda la influencia que ejercía en momentos dados, la acción limitada de la Logia de Lautaro es una prueba irrefutable de que la revolución argentina fue impulsada por otras fuerzas más eficientes, y que obedeció a las leyes generales que no estaban en manos de sus directores ni servir en todo, ni contrariar en parte.

La ambición egoísta de Alvear pretendiendo hacer servir la institución a su engrandecimiento personal, y San Martín estoicamente fiel a su propia regla disciplinaria (como se verá después), quedará como una doble lección, a que la historia pondrá su severo comentario.

VI

Mientras San Martín preparaba la victoria disciplinando sus Granaderos a caballo, y la Logia disciplinaba a los políticos para preparar un cambio de situación, las nubes amenazadoras que oscurecían el horizonte de la revolución se habían disipado por una parte, y se condensaban precisamente allí donde el peligro era más inminente.

El ejército portugués acordonado sobre la margen izquierda del Uruguay, había convenido en retirarse a sus fronteras a consecuencia de un armisticio celebrado (el 26 de mayo de 1812), por la interposición de la diplomacia inglesa entre las Provincias Unidas y la Corte de Río de Janeiro. La bandera española aún flameaba sobre los muros de Montevideo; pero el camino para atacarlo estaba franqueado, y un fuerte ejército patriota reconcentrado sobre la margen derecha del Uruguay esperaba la ocasión.

La situación interior se había consolidado, retemplándose el espíritu público por el descubrimiento de una vasta conjuración de españoles europeos conocida con el nombre histórico de Alzaga, que hubo de estallar el 5 de julio de acuerdo con la plaza de Montevideo y la escuadra española surta en su puerto, debiendo ser apoyada por el ejército portugués (que aún no se había retirado a la espera de este suceso). Su objeto era restaurar el poder español sofocando la revolución en el centro mismo de su poder. El Triunvirato fue implacable en el castigo ejemplar de los conjurados, y la base de operaciones de la revolución quedó sólidamente asegurada.

Por el Norte la situación era otra. Sojuzgado completamente el Alto Perú, el ejército realista en combinación con el ejército portugués del Uruguay, avanzaba fuerte y triunfante al corazón de las Provincias Unidas, habiendo penetrado ya hasta el Tucumán. Las miserables reliquias del ejército argentino escapadas al desastre del Desaguadero, retrocedían bajo las órdenes del general Belgrano, sin la esperanza siquiera de combatir. En tal situación se esperaba de un momento a otro o bien la completa derrota de los patriotas o bien su retirada hasta Córdoba, si es que ésta era posible. En ambos casos la revolución argentina o quedaba herida de muerte en una batalla, o se circunscribía a los estrechos límites de una provincia para sucumbir más tarde por inanición.

En este momento supremo, el general Belgrano, aconsejándose únicamente de su grande corazón, resolvióse a hacer pie firme en

las inmediaciones de la ciudad de Tucumán, después de una gloriosa retirada de ochenta leguas. Desobedeciendo las repetidas y terminantes órdenes del gobierno que le prevenían retirarse a todo trance hasta Córdoba, esperó al enemigo con la mitad menos de fuerza, y lo batió completamente el 24 de setiembre de 1812, quitándole banderas y cañones, y salvó así la situación más angustiosa por que haya pasado jamás la revolución argentina. Este grande e inesperado acontecimiento tuvo su repercusión inmediata en la política interna, según se verá después.

VII

Simultáneamente con el desarrollo de estos sucesos, el círculo de acción del Triunvirato se estrechaba gradualmente. Poder nacido de una delegación de delegados que habían desconocido su mandato, y cuyo primer acto fue la disolución de la Asamblea que le dio vida, el Triunvirato, en virtud de la regla que se había dado a sí mismo, convocó en la época debida a la Asamblea eventual y supletoria de que se ha hecho mención, determinando a la vez un método de elección circunscripto en realidad al recinto de la capital. Esta Asamblea enfermiza, sin raíces ni autoridad moral, después de llenar el cometido de designar el sucesor de uno de los triunviros que debía cesar, renovó el escándalo de atribuirse a sí misma la alta representación de las Provincias Unidas, y como la anterior, se declaró suprema. El gobierno la disolvió del mismo modo, destruyendo así la propia base que se diera y despojóse en el hecho de su razón de ser legal.

Pero no eran estas consideraciones principalmente teóricas las que minaban el poder del Triunvirato. La razón pública se había adelantado al gobierno, y no podía satisfacerse con vanos simulacros del sistema representativo, que en definitiva no producían sino conflictos. El espíritu nacional había hecho progresos y no cabía ya en los estrechos límites del municipio. Los poderes públicos vaciados en moldes viejos y viciados, no respondían ya ni en sus formas a las necesidades de la vida nueva. La revolución había llegado a uno de esos períodos de transformación en que el gobierno no era sino la forma externa de un organismo en vía de crecimiento, de que debía despojarse como de una envoltura inerte. La revolución, obedeciendo a su ley de desarrollo y guiada por el instinto de conservación, aspiraba a inocularse las fuerzas vivas de la sociedad, que yacían en inacción. La fórmula práctica de esta aspiración era la reunión inmediata de un Congreso Nacional popularmente elegido, que definiese la situación, constituyera por decirlo así la revolución, diese ser a la nación y razón de ser al gobierno,

satisfaciendo el anhelo de independencia y libertad que estaba en todas las conciencias.

El gobierno compuesto de nobles caracteres y de inteligencias de primer orden, estaba empero más abajo del nivel de la opinión ilustrada. Poseído de esa ilusión, que es tan común a los poderes que identifican su existencia y sus planes a la existencia misma de la sociedad o a la muerte de una causa, contrariaba de buena fe y con sana intención patriótica este movimiento democrático. Sin darse cuenta de que era una dictadura sin dictador, sin más ley que el arbitrario, sin más fuerza moral ni material que la que le daba una opinión local, el gobierno, a la vez que contrariaba las fuerzas en que debía buscar su apoyo, exponía al partido que representaba a caer envuelto en sus ruinas, como se vio muy luego.

Agréguese a todo esto, que la desconfianza había penetrado al seno del mismo Triunvirato, como sucede a todo gobierno colegiado que vive fuera de la atmósfera sana de la opinión. Había sido nombrado vocal y ejercía la presidencia en turno del Triunvirato don Juan Martín Pueyrredón, personaje de ambición flotante, a quien veremos aparecer después en escena más vasta, y será entonces la ocasión de diseñar. Aunque perteneciera al partido en que se apoyaba el gobierno, manifestó muy luego tendencias a inclinarse a la facción caída y coincidió su presidencia con la reunión de una nueva Asamblea convocada por el Triunvirato sobre base un poco más popular que las anteriores. Dando al fin satisfacción a la opinión, el gobierno había declarado que el objeto de esta nueva Asamblea eventual (basada siempre en la preponderancia comunal de Buenos Aires) tenía por objeto "un plan de elección bajo los principios de una perfecta igualdad, a fin de acelerar la reunión del Congreso General de las Provincias Unidas, para que formada y sancionada la Constitución del Estado, señalase la ley al gobierno los límites de su poder, a los magistrados la regla de su autoridad, a los funcionarios públicos las barreras de sus facultades, y al pueblo americano la extensión de sus derechos y la naturaleza de sus obligaciones". No se podía formular con más claridad las necesidades de la época, a la vez que se retardaba indefinidamente su satisfacción, prolongando un provisoriato indefinido.

La nueva Asamblea se presentó con un carácter reaccionario. Reunida en los primeros días de octubre, sancionó y decidió la exclusión de tres diputados de las provincias, con el objeto de crear una mayoría que diese preponderancia en ella a la facción caída, y preparóse así a nombrar un triunviro que unido a Pueyrredón le aseguraba la mayoría de las dos grandes ramas del gobierno. Desde este momento la evolución política que venía preparándose pacíficamente en el orden natural de las cosas, se convirtió en una necesidad imperiosa del partido dominante, que tenía de su parte la fuerza y la opinión.

VIII

La noticia de la batalla de Tucumán llegó a Buenos Aires el 5 de octubre. Esta fue la ocasión que determinó el estallido. El día 6 reunióse la Asamblea y procedió a nombrar el triunviro que debía reemplazar a uno de los miembros salientes del gobierno que con arreglo al estatuto se renovaban parcialmente cada seis meses. La elección recayó en una persona conocidamente adherida al partido caído, atribuyéndose a la recomendación del mismo gobierno este resultado. El descontento general se manifestó públicamente contra la Asamblea y el Triunvirato, envolviendo a ambos en una común condenación. Se acusaba a la primera de ser viciosa en su origen y organización, y de obedecer a las gestiones de un complot reaccionario. Considerábase el segundo como rémora de una situación que era impotente para regularizar y aun para mantener con firmeza. Al mismo tiempo se explotaba el abandono del ejército del general Belgrano, que a pesar de todo había triunfado contrariando las órdenes del gobierno. No contando la Asamblea con fuerza moral ni material para sostener su imprudente reto a la opinión, y divorciado el Poder Ejecutivo del poderoso partido político que le daba tono, el cambio de situación era un hecho, aun antes de que se consumara.

La Logia de Lautaro, que era en aquellos momentos el verdadero gobierno y el árbitro de la situación, no hizo sino dar forma y dirección al movimiento. Contando con el apoyo de la opinión y con el concurso de la fuerza armada, en su seno se tomaron todas las resoluciones que debían preceder a la acción. El alma de estos trabajos preparatorios era Monteagudo; San Martín con sus Granaderos a caballo el punto de apoyo; Alvear era el intermediario entre los hombres de pensamiento y los hombres de acción.

Hasta entonces el tipo clásico de toda revolución era el de la del 25 de mayo de 1810: el pueblo peticionando ante el Cabildo en la plaza pública, foro del municipio de Buenos Aires, y las tropas en los cuarteles apoyando el movimiento. La revolución —que tal puede llamarse— de la incorporación de los diputados de las provincias al Poder Ejecutivo, se consumó con una intriga oscura en el secreto mismo del gobierno, sin ningún aparato escénico. La revolución anónima conocida en la historia con las fechas nefastas del 5 y 6 de abril (1811) hizo intervenir el elemento popular de los suburbios —el agro del municipio—, como vanguardia de las tropas que se presentaron armadas en la plaza pública a imponer sus voluntades. Estos movimientos facciosos sin plan político y sin alcance, tuvieron de singular que fueron renegados y condenados por sus mismos autores. Tal fue su esterilidad.

El movimiento que se preparaba tenía un carácter más definido y propósitos más fundamentales: era una verdadera evolución deliberada, en el sentido de dar impulso y desarrollo a la revolución de Mayo, inoculándole las fuerzas vivas de la sociedad, para cerrar el período de lo provisional y lo arbitrario. Convencidos los hombres que lo dirigían que nada debía dejarse al acaso y que todo debía subordinarse a una vigorosa disciplina, trazaron un plan de operaciones, se distribuyeron los papeles que debían representar el pueblo, las corporaciones y las tropas; se designaron las personas que compondrían el nuevo gobierno, y hasta se bosquejó con precisión el programa de la futura política, así como las peticiones y manifiestos que se redactaron de antemano por la acelerada pluma de Monteagudo.

El 7, a las once y media de la noche, empezaron a entrar las tropas de la guarnición a la plaza de la Victoria y a tomar posiciones frente a la casa del Cabildo, con el objeto de apoyar la actitud del pueblo que había sido convocado para deliberar sobre sus destinos. A la cabeza del regimiento de Granaderos a caballo con sus sables envainados, estaban San Martín y Alvear, siguiéndole el coronel Ortiz Ocampo con el regimiento Nº 2 y el comandante Finto con la artillería. Su actitud fue pasiva. Al rayar el día 8 de octubre empezó a congregarse el pueblo al llamado de la campana municipal. Pocos momentos después, más de trescientas personas, entre las cuales se notaban a los principales miembros de las órdenes religiosas, ocuparon las galerías de la Casa Consistorial, y elevaron al Cabildo una petición revestida con más de 300 firmas de notables, solicitando "bajo la protección de las legiones armadas, la suspensión de la Asamblea, y la cesación de los miembros del Triunvirato, para que, reasumiendo el Cabildo la autoridad que el pueblo le había delegado el 22 de mayo de 1810, se crease inmediatamente un nuevo Poder Ejecutivo, con la precisa condición de convocar una Asamblea verdaderamente nacional, que fijase la suerte de las Provincias Unidas, jurando no abandonar su puesto hasta ver cumplidos sus votos". El Cabildo accedió a todo, declarando por bando: Que la asamblea que se convocase sería suprema, con toda la extensión de poderes que los pueblos le confirieran, a fin de dictar una Constitución, y nombró para ejercer el Poder Ejecutivo a don Juan José Paso, don Nicolás Rodríguez Peña y don Antonio Alvarez Jonte, dándose por regla el estatuto provisional, todo lo cual fue sometido a la sanción popular, que le prestó su aquiescencia por aclamación.

Esta revolución, municipal en su forma, fue como la del 25 de Mayo esencialmente nacional y democrática en su tendencia. En ella se formuló prácticamente el principio de la soberanía del pueblo en la exigencia de la convocatoria de un Congreso general; se rompió con las tradiciones del viejo derecho municipal que daba la

supremacía a la capital, estableciendo así la perfecta igualdad de representación y derechos, y se dio el primer paso atrevido en el sentido de preparar la independencia y de formular la Constitución de las Provincias Unidas. Los resultados correspondieron en gran parte a las esperanzas.

Esta fue la primera vez que se vio a San Martín tomar parte directa en un movimiento revolucionario, y sólo por accidente otra vez más tomó parte indirecta en la caída de un gobierno. Encaminada la revolución y establecida la disciplina de la logia creada por él, se alejó para siempre de los partidos militantes en la política doméstica, consagrándose exclusivamente a la realización de sus planes militares contra el enemigo común.

IX

El nuevo Triunvirato inauguró sus tareas señalando con fijeza los rumbos políticos de la revolución y dio un vigoroso impulso a la organización militar. En un manifiesto dirigido inmediatamente al pueblo, explicando los motivos y los objetos del cambio, le decía: que lo indefinido del sistema que regía a las Provincias Unidas no podía justificarse absolutamente ni por las dificultades de la empresa ni por los peligros de la situación, y que era necesario fijarlo. Quince días después de la instalación, expedía un reglamento de elecciones ampliando la base del sufragio libre, "para que el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata (son sus palabras), abriendo el libro de sus eternos derechos por medio de libres y legítimos representantes, vote y decrete la figura con que debe aparecer en el gran teatro de las naciones".

Bajo los auspicios de esta declaración solemne, manifestábase que el prolongado cautiverio del monarca español había hecho desaparecer sus últimos derechos con los postreros deberes; que era indispensable iniciar una reforma general para mejorar el antiguo régimen, que no debía temerse interrogar por primera vez la voluntad de todos los pueblos, y condenando a todas las anteriores Asambleas como la "emanación de elecciones viciosas, exclusiones violentas y suplencias ilegales", convocó solemnemente la anhelada Asamblea Nacional, reconociendo de antemano en ella al representante de la soberanía popular, y le asignó el carácter de constituyente. El resorte militar se retempló. El ejército vencedor en Tucumán fue reforzado en su personal y provisto de los elementos necesarios para emprender operaciones ofensivas. El ejército destinado a la Banda Oriental marchó decididamente a poner sitio a Montevideo.

Así, en el espacio de los siete meses transcurridos después de la llegada de San Martín a Buenos Aires, todo había cambiado. El gobierno consolidado, la política definida, el espíritu público levan-

tado, y la revolución desplegando la bandera de la independencia que tomaba atrevidamente la ofensiva con dos ejércitos poderosos: tal era el cuadro general de la situación antes de terminar el año XII.

X

No obstante las ventajas, la situación militar era precaria y peligrosa. Todo dependía del éxito de una batalla o de una expedición mal combinada. Las Provincias Unidas tenían metidas dentro de sus propias carnes dos cuñas de acero: Montevideo sobre la margen oriental del Río de la Plata, a un día de camino de Buenos Aires, y Salta en su frontera del norte.

Montevideo, plaza fuerte de segundo orden, coronada por 175 cañones en batería —contando con un total de 335 piezas—, guarnecida por más de 3.000 hombres de tropas veteranas y con 2.000 de milicias, contaba con elementos poderosos de resistencia. Punto sólido de apoyo para una reacción y base natural de toda expedición que pudiese venir de la Península, Montevideo era además un peligro para las relaciones con la Corte del Brasil, que de un momento a otro podía intervenir en la contienda del Río de la Plata, como ya lo había hecho anteriormente. Agréguese a esto, que la plaza de Montevideo inexpugnable militarmente para el ejército que la sitiaba, tenía el apoyo de una escuadra poderosa de 14 buques de guerra con 210 piezas de artillería y una escuadrilla sutil, mandada por marinos valientes y experimentados, que le aseguraban el dominio de las aguas del Plata y de los ríos superiores, mientras las Provincias Unidas no tenían ni un solo lanchón armado.

El ejército realista vencido en Tucumán, se había atrincherado en Salta. Contando con el apoyo de otro ejército en el Alto Perú y con los recursos del Bajo Perú, era reforzado en la misma proporción del ejército de Belgrano, de manera que ambos se halagaban a la vez con la idea de tomar la ofensiva, debiendo ser los resultados de una derrota más desastrosa para los patriotas que para los realistas.

En tal situación, los objetivos inmediatos eran Montevideo y Salta. Era necesario tomar a Montevideo a todo trance; desalojar al enemigo de Salta venciéndolo. Los planes militares y las disposiciones gubernativas tenían en vista estos dos grandes resultados, y los ejércitos de que hemos hecho mención antes, respondían a ellos. En consecuencia, todos los esfuerzos y todos los recursos se concentraron sobre estos dos puntos. La posición de Montevideo era la consolidación de la base política y militar de la revolución y la expulsión de los enemigos de Salta era la expansión de ella hasta

el Desaguadero, buscando el camino para herir el poder español en su propio centro que era Lima.

Sea con el objeto de transmitir esta conciencia al pueblo a fin de comprometerlo en los grandes esfuerzos, sea que tal modo de proceder fuese un rasgo característico de la época, el gobierno convocó una junta de militares —entre ellos San Martín—, y de vecinos notables, para que, asociada al Cabildo le aconsejasen el plan de campaña que debía seguir. La Junta fue de opinión que el general Belgrano, con la fuerza que reuniese después de ser reforzado, atacara al enemigo en Salta y lo venciese, marchando en seguida hasta el Desaguadero, y que el sitio de Montevideo se estrechase hasta rendirlo a todo trance. Esta resolución, aunque aconsejada por quien no tenía competencia, era digna de un pueblo viril, y los encargados de ejecutarla mostraron que estaban a la altura de la situación.

CAPÍTULO IV

SAN LORENZO

1813- 1814

Dos victorias. — Batalla del Cerrito. — Reunión de la Asamblea Constituyente. — Sus grandes reformas. — Nueva situación militar. — Los marinos de Montevideo. — La guerra fluvial. — Preludios desconocidos del combate de San Lorenzo. — San Lorenzo según nuevos documentos. — El paraguayo Bogado. — Batalla de Salta. — La Logia y los progresos de la revolución. — Situación respectiva de San Martín y Alvear. — Derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. — Reseña de los generales argentinos en 1813. — Marcha de San Martín en auxilio de Belgrano. — El abrazo de Yatasto. — Correspondencia entre San Martín y Belgrano. — San Martín toma el mando del ejército del Norte. — Estimación recíproca de dos grandes hombres. — Concentración del Poder Ejecutivo Nacional. — Una cruz y un ejército caído.

I

El último día del año XII y los primeros días del año XIII fueron señalados por dos victorias memorables, la una militar y la otra política.

El 31 de diciembre de 1812, la vanguardia del ejército sitiador de Montevideo, a las órdenes del coronel don José Rondeau, batió completamente al frente de sus murallas a una columna española que había salido de la plaza con el objeto de hacer levantar el sitio, quedando éste sólidamente establecido bajo los auspicios de la victoria. El 31 de enero de 1813 se reunió en Buenos Aires la Asamblea General Constituyente, convocada por el nuevo gobierno, reasumiendo en sí "la representación y el ejercicio de la soberanía popular". Esta Asamblea, aunque libremente elegida, componíase en su mayor parte de miembros de la Logia de Lautaro, que obedecían a un sistema y a una consigna. Con este núcleo de voluntades disciplinadas, no era de temerse la anarquía de opiniones que había esterilizado las anteriores asambleas, aunque podía preverse que degeneraría más tarde en una camarilla. Por el momento la

idea revolucionaria era la que prevalecía en ella, sin ninguna mezcla de ambición bastarda.

La Asamblea, como un cuerpo homogéneo, maniobrando con regularidad bajo una dirección invisible y penetrada del espíritu público que daba vida a sus leyes, formuló las voluntades y las aspiraciones de la universalidad del pueblo, cuya soberanía representaba y ejercía. Ante ella se eclipsó la soberanía del rey de España, cuyo nombre desapareció por siempre de los documentos públicos. Los escudos de armas españoles fueron derribados, abolidos los títulos de nobleza, la inquisición y el tormento. La efigie de los antiguos monarcas fue borrada en la manera circulante y substituida por el sello de las Provincias Unidas, con el sol flamígero por símbolo y el gorro frigio de los libertos, orlado por el laurel de los vencedores. Los colores de la bandera española fueron reemplazados por los de la escarapela patriota inventada por los revolucionarios de Mayo, y se rompió el último vínculo con la metrópoli declarando soberana la justicia nacional. Todo fue reformado, hasta las preces del sacerdote al pie de los altares, hasta los cantos populares que en estrofas inspiradas saludaban la aparición de "una nueva y gloriosa nación, con un león rendido a sus plantas". Así se inauguró la soberanía del pueblo argentino, estableciendo de hecho y de derecho la independencia y la república, a la que sólo faltó por entonces la solemne declaratoria ante el mundo.

Los ejércitos en campaña juraron obediencia a la nueva Asamblea y desplegaron por inspiración propia una nueva bandera, marchando resueltamente en busca de los ejércitos españoles fortificados en Montevideo y atrincherados en Salta. La revolución tomaba de nuevo la ofensiva: un soplo poderoso de popularidad agitaba sus flamantes banderas. Todo presagiaba que la situación militar del año XII iba a cambiar, como había cambiado su situación política.

II

Sólo en las aguas no se dilataba el espíritu de la revolución. El poder marítimo de la España en América parecía invencible. Sus naves de guerra desmanteladas en Europa, dominaban ambos mares desde las Californias en el Pacífico hasta el golfo de México en el Atlántico. El Río de la Plata y sus afluentes reconocían por únicos señores a los marinos de Montevideo, que mantenían en jaque perpetuo todo el litoral argentino. Un día bombardeaban la capital de Buenos Aires, otro día derramaban el espanto en todo el río Uruguay, o asolaban las poblaciones indefensas del Paraná, practicando frecuentes desembarcos en las costas de que se enseñoreaban, aunque momentáneamente. El gobierno de la revolución,

para contrarrestar estas hostilidades, había levantado baterías frente al Rosario y en Punta Gorda; pero mientras los marinos españoles se preparaban a derribar estos obstáculos, el río Paraná en el espacio de 400 kilómetros continuaba siendo el teatro de sus continuas depredaciones.

En octubre de 1812 fueron cañoneados, asaltados y saqueados por los marinos de Montevideo, los pueblos de San Nicolás y San Pedro, sobre la margen occidental del Paraná. Alentados por el éxito de estas empresas, resolvieron darles extensión, sistematizándolas como medio de hostilidad permanente, con lo cual se proponían llamar la atención de los patriotas para que no reforzasen el sitio de Montevideo, a la vez que proveer de víveres frescos a la plaza que ya empezaba a carecer de ellos. Al efecto, organizóse sigilosamente una escuadrilla sutil compuesta en su mayor parte de corsarios, tripulada por gente de desembarco, con el plan de remontar aquel río, destruir las mal guardadas baterías del Rosario y Punta Gorda (hoy punta del Diamante), y subir en seguida hasta el Paraguay, apresando en su trayecto los buques de cabotaje que se ocupaban en el tráfico comercial con aquella provincia. Confióse la dirección del convoy al corsista don Rafael Ruiz, y el mando de la tropa de desembarco al capitán don Juan Antonio Zabala, vizcaíno testarudo de rubia cabellera, que a una estatura colosal reunía un valor probado.

En enero llegaron estas noticias a conocimiento del gobierno de Buenos Aires. En consecuencia de ellas, mandó desarmar las baterías del Rosario por consejo de su Junta de guerra, con aprobación del mismo ingeniero que las había levantado, por no considerar conveniente su defensa. Al mismo tiempo dispuso se reforzasen las baterías de Punta Gorda, artilladas con 15 bocas de fuego y guarnecidas por más de 480 hombres. Como complemento de estas medidas ordenó al coronel de Granaderos a caballo (previo acuerdo con él), que con una parte de su regimiento protegiese las costas occidentales del Paraná desde Zárate hasta Santa Fe.

La alarma cundía mientras tanto a lo largo del litoral de los ríos superiores, y sus despavoridos habitantes esperaban de un momento a otro ver reducidos a cenizas sus indefensos hogares.

III

La expedición naval montivedeana, convoyada por tres buques de guerra de la escuadrilla sutil de los realistas, penetró por las bocas del Guazú a mediados del mes de enero. Componíase de 11 embarcaciones armadas en guerra, entre grandes y pequeñas, tripuladas por más de 300 hombres de combate entre soldados y marineros. Aunque retrasada la expedición por los vientos del norte

que reinan en esta estación del año, el coronel San Martín apenas tuvo tiempo de salirle a su encuentro a la cabeza de 125 granaderos escogidos, y destacó algunas partidas para vigilar la costa más arriba de las bocas del río.

San Martín, mientras tanto, con el grueso de su fuerza oculta, y disfrazado con un poncho y un sombrero de campesino, seguía personalmente desde la orilla la marcha de la expedición, en acecho del momento de escarmentarla, caminando sólo de noche para precaverse de los espías. La flotilla enemiga seguía tranquilamente su derrotero, sin sospechar que paralela a ella y envuelta en las sombras de la noche, marchaba a trote y galope a su perdición. El 28 de enero pasaron los buques por San Nicolás navegando en conserva. El 30 subieron más arriba del Rosario, izando al tope de la capitana, que era una sumaca, la bandera española de guerra, sin hacer ninguna hostilidad, y fondearon a la vista en la punta superior de la isla fronteriza.

El comandante militar del Rosario, que lo era un paisano llamado don Celedonio Escalada, natural de la Banda Oriental, reunió la milicia del punto para oponerse al desembarco que se temía. Consistía toda su fuerza en 22 hombres armados de fusiles, 30 de caballería con chuzos, sables y pistolas, y un cañoncito de montaña manejado por media docena de artilleros que protegía el resto de su gente armada de cuchillos.

En la noche levaron anclas los buques españoles, y el día 30 amanecieron frente a San Lorenzo, veintiséis kilómetros al norte del Rosario. Allí dieron fondo como a 200 metros de la orilla. Este es el punto en que el río Paraná mide su mayor anchura. Sus altas barrancas por la parte del oeste, escarpadas como una muralla cuya apariencia presentan, sólo son accesibles por los puntos en que la mano del hombre ha abierto sendas practicando cortaduras. Frente al lugar ocupado por la escuadrilla se divisaba uno de estos estrechos caminos inclinados en forma de escalera. Más arriba, sobre la alta planicie que coronaba la barranca, festoneada de arbustos, levantábase solitario y majestuoso el monasterio de San Carlos con sus grandes claustros de sencilla arquitectura y el humilde campanario que entonces lo coronaba.

Un destacamento como de 100 hombres de infantería fue echado a tierra, y sólo encontraron a los pacíficos frailes de San Francisco de "Propaganda Fidae", habitadores del convento, que les permitieron tomar algunas gallinas y melones, únicos víveres que pudieron proporcionarse, pues todos los ganados habían sido retirados de la costa con anticipación. Formados los expedicionarios frente a la portería del convento, vieron a la distancia una ligera nube de polvo que se levantaba en el camino del Rosario. Era Escalada, que noticioso del desembarco, acudía al encuentro con su cañón de montaña y con sus 50 hombres medio armados. La campana del

claustro daba en aquel momento las siete y media de la mañana. Cuando Escalada llegó al borde de la barranca, los españoles se replegaban sobre la ribera a son de caja en disposición de reembarcarse. Rompió sobre ellos el fuego con su cañón; pero los buques con sus piezas de mayor alcance le obligaron a desistir de su hostilidad.

Tal fue el preludio del combate de San Lorenzo que bien merecía ser salvado del olvido, siquiera sea para adjudicar a cada cual el mérito que le corresponde en la preparación del suceso que ha ilustrado aquel sitio.

IV

En la noche del 31 fugó de la escuadrilla un paraguayo que tenían preso en ella. Apoyándose en unos palos flotantes, llegó a la playa, donde los patriotas lo recibieron. Por él se supo que toda la fuerza de la expedición no pasaba de 350 hombres, que a la sazón se ocupaban de montar dos pequeños cañones para desembarcar al día siguiente con mayor fuerza, con el objeto de registrar el monasterio, donde se suponían ocultos los caudales de la localidad, y que su intento era remontar en seguida el río a fin de pasar de noche las baterías de Punta Gorda, si es que no podían destruirlas, interrumpiendo así el comercio del Paraguay.

Inmediatamente circuló Escalada esta noticia, y uno de sus avisos encontró al coronel San Martín al frente de 120 granaderos divididos en dos escuadrones, cuya marcha se había retrasado en dos jornadas respecto de la expedición naval. El viento que en los días anteriores había sido favorable para los buques expedicionarios, empezó a soplar de nuevo del norte en la mañana del 2, impidiéndoles continuar su viaje. El día pasó sin que se verificase el desembarco anunciado. Sin estas circunstancias casuales, que dieron tiempo para que todo se preparase convenientemente, el combate de San Lorenzo no habría tenido lugar.

Mientras tanto, San Martín con su pequeña columna seguía a marchas forzadas, rescatando a trote y galope las jornadas perdidas. El aviso de Escalada era la espuela que lo aguijoneaba. En la noche del mismo día, que fue muy obscura, llegó a la posta de San Lorenzo, distante como 5 kilómetros del monasterio. Allí encontró los caballos que Escalada había hecho prevenir para reemplazar a los cansados.

Al frente de la posta estaba estacionado un carruaje de viaje, desenganchado. Dos granaderos se acercaron a él y preguntaron en tono amenazador: —"¿Quién está ahí?" —Un viajero, contestó la voz de un hombre que parecía despertar de profundo sueño—. En aquel instante se aproximó otro jinete, y se oyó otra voz ronca

con acento de mando tranquilo: —"No falten ustedes, que no es un enemigo, sino un caballero inglés que va al Paraguay". —El viajero, asomando la cabeza por una de las ventanillas del coche, y combinando los contornos esculturales del bulto con la voz que creía reconocer exclamó: —"¿Seguramente, Ud. es el coronel San Martín?" —"Y si fuese así", contestó el interpelado, "aquí tiene Ud. a su amigo Mr. Robertson". —Era en efecto, el conocido viajero británico, Guillermo Parish Robertson, que por una circunstancia no menos casual que las anteriores, estaba destinado a presenciar los memorables sucesos del día siguiente, y a dar testimonio de ellos ante la historia.

Los dos amigos se reconocieron, riendo de su caprichoso encuentro en medio de las tinieblas: San Martín habló de su proyecto: —"El enemigo tiene doble número de gente que la nuestra; pero dudo mucho le toque la mejor parte". —"Estoy en la misma persuasión", contestó flemáticamente el inglés, brindando a sus huéspedes con una copa de vino en honor del futuro triunfo, y solicitó el de acompañarles. —"Convenido", prorrumpió San Martín; "pero cuide Ud. que su deber no es pelear. Yo le daré un buen caballo, y si ve que la jornada nos es adversa, póngase en salvo. Sabe Ud., agregó epigramáticamente, que los marinos son maturrangos". — Acto continuo dio la voz de ¡a caballo! y acompañado del viajero tomó la cabeza de su taciturna tropa, que poco después de media noche llegaba al monasterio, penetrando a él cautelosamente por el portón del campo, abierto a espaldas del edificio.

Todas las celdas estaban desiertas y ningún rumor se oía en los claustros. Cerrado el portón los escuadrones echaron pie a tierra en el gran patio del convento, prohibiendo el coronel que se encendiese fuego ni se hablara en voz alta. "Hacían recordar", dice el viajero inglés ya citado, "a la hueste griega que entrañara el caballo de madera tan fatal a Troya". San Martín, provisto de un anteojo de noche, subió a la torre de la iglesia, y se cercioró de que el enemigo estaba allí, por las señales que hacía por medio de fanales. En seguida reconoció personalmente el terreno circunvecino y tomando en cuenta las noticias suministradas por Escalada, formó inmediatamente su plan.

V

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una alta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, a cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más a 300 metros, lo suficiente para dar una carga a fondo. Dos sendas sinuosas, una sola de las cuales era practicable para infantería

formada, establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior. Con estos conocimientos recogidos a la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los Granaderos saliesen del patio y se emboscaran formados con el caballo de la brida tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar a Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior del edificio, a fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su anteojo militar. A las cinco de la mañana (3 de febrero), empezó a iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel grandioso paisaje de agua y de resplandeciente verdura, velado de nieblas transparentes, en medio del cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. A las cinco y media de la mañana, subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate.

San Martín, al bajar precipitadamente de su observatorio, encontró al pie de la escalera a Robertson, a quien dirigió esta frase: "Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre ellos espada en mano." Un arrogante caballo bayo de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía a pocos pasos teniéndolo de las bridas su asistente Gatica. Montó en él apoyando apenas el pie en el estribo y corrió a ponerse al frente de sus Granaderos. Desenvainando su sable corvo y de forma morisca, arengó en breves y enérgicas palabras a los soldados a quienes por primera vez iba a conducir a la pelea, recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y sobre todo, que no disparasen ningún tiro, fiando solamente en su lanza y en sus largos sables. Después de esto tomó en persona el mando del segundo escuadrón y dio el del primero al capitán Justo Bermúdez, con prevención de flanquear y cortar la retirada a los invasores: "En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré a Ud. mis órdenes."

Los enemigos habían avanzado, mientras tanto, unos 200 metros, en número como de 250 hombres. Venían formados en dos columnas paralelas de compañías por mitades, con la bandera desplegada, y traían dos piezas de artillería de a 4 al centro y un poco a vanguardia de las columnas, marchando a paso redoblado a son de pífanos y tambores. En aquel instante resonó por la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos a caballo, que debía hacerse oír más tarde por todos los ámbitos de la América. Instantáneamente salieron por derecha e izquierda de las alas del monasterio los dos escuadrones sable en mano, y en aire de carga, tocando a degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermú-

dez por la derecha. San Martín, que era el que tenía que recorrer la menor distancia, fue el primero que chocó con el enemigo.

El combate de San Lorenzo tiene de singular que ha sido narrado con encomio por el mismo enemigo vencido. El jefe de la expedición española dice en su parte oficial: "Por derecha e izquierda del monasterio salieron dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que a todo galope, sable en mano, cargaban despreciando los fuegos de los cañoncitos que principiaron a hacer estragos en los enemigos desde el momento que los divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de las que les causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, atacando a nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar a formar cuadro. Ordenó Zabala a su gente ganar la barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vio al enemigo cargar por segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó, aunque imperfectamente, un cuadro por no haber dado lugar a hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo."

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas en la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo a varios de ellos en la punta de sus bayonetas. San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, jefe de toda la fuerza del desembarco. Al llegar a la línea recibió a quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo a metralla, que matando su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída. Trabóse a su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya a atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pie a tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza a su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancias que los enemigos reanimados por Zabala a los gritos de "¡Viva el rey!", se disponían a reaccionar, y recibe en aquel acto dos heridas mortales gritando con entereza: "¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!". Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila: era natural de Corrientes, y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras. Casi al mismo tiempo el alférez Hipólito Bouchard, arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba, habiendo el capitán Bermúdez, a la cabeza del escuadrón de la de-

recha, hecho retroceder la columna que encontró a su frente, aun cuando su carga no fue precisamente simultánea con la que llevó en persona San Martín. La victoria que apenas había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, abandonaron en el campo su artillería, sus muertos y heridos, y se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, donde intentaron formar cuadro. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez en el momento en que llevaba la segunda carga y había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín, a consecuencia de su caída. El teniente Manuel Díaz Vélez que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en su caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos no pudieron mantener la posición y se lanzaron en fuga a la playa baja, precipitándose muchos de ellos al despeñadero por no acertar a encontrar las sendas de comunicación. Una vez reunidos en la playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los Granaderos consiguieron reembarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos su propio comandante Zabala, cuyo bizarro comportamiento no había podido impedir la derrota.

Los granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo de estos últimos: 1 correntino, 2 porteños, 3 puntanos, 2 riojanos, 2 cordobeses, 1 oriental, y 1 santiagueño, estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte. El teniente Díaz Vélez que había caído en manos del enemigo, fue canjeado juntamente con otros tres presos que se hallaban a bordo por los prisioneros españoles del día, bajando a tierra cubierto con la bandera de parlamento para morir poco después en brazos de sus compañeros de armas.

San Martín suministró generosamente víveres frescos para los heridos enemigos, a petición del jefe español, bajo palabra de honor de que no se aplicaría a otro objeto, y el viajero inglés Robertson se asoció a este acto en nombre de la humanidad. A la sombra de un pino añoso, que todavía se conserva, en el huerto de San Lorenzo, firmó en seguida el parte de la victoria, cubierto aún con su propia sangre y con el polvo y el sudor del combate. Los moribundos recibieron sobre el mismo campo de batalla la bendición del párroco del Rosario don Julián Navarro, que durante el combate los


PRESENCIO
LA DECLARACION
DE INDEPENDENCIA DE
CHILE Y PERU, Y FUE
EL TERMINO DE SUS
ASPIRACIONES
El Excmo. Sr. D. José de San Martín
del Perú. Entró en Lima el 2 de Julio de 1821 y se embarcó pª Chile el 20 de Setᵉ de 1822.



COMBATE
Oleo existente en



LORENZO
Histórico Nacional


Dn. Jose de S. Martin

había exhortado con la voz y el ejemplo. Y para que ningún accidente dramático faltase a este pequeño aunque memorable combate, uno de los presos canjeados con el enemigo fue un lanchero paraguayo llamado José Félix Bogado, que en ese día se alistó voluntariamente en el regimiento. Este fue el mismo que trece años después, elevado al rango de coronel, regresó a la patria con los siete últimos granaderos fundadores del cuerpo que sobrevivieron a las guerras de la revolución desde San Lorenzo hasta Ayacucho.

VI

El combate de San Lorenzo, aunque de poca importancia militar, fue de gran trascendencia para la revolución. Pacificó el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad a sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con el Entre Ríos, que era la base del ejército sitiador de Montevideo; privó a esta plaza de auxilio de víveres frescos con que contaba para prolongar su resistencia; conservó franco el comercio con el Paraguay, que era una fuente de recursos, y sobre todo, dio un nuevo general a sus ejércitos y a sus armas un nuevo temple. Tres días después del suceso, la escuadrilla española, escarmentada para siempre, descendía el Paraná cargada de heridos en vez de riquezas y trofeos, llevando a Montevideo la triste nueva. Al mismo tiempo San Martín regresaba a Buenos Aires. El entusiasmo con que fue festejado su triunfo en la capital lo vengó de las calumnias que ya comenzaban a amargar su vida, presentándole como un espía de los españoles que tuviese el propósito secreto de volver contra los patriotas las armas que se le habían confiado.

El primer experimento estaba hecho. Los sables de los Granaderos estaban bien afilados: no sólo podían dividir la cabeza de un enemigo sino también decidir del éxito de una batalla. El instructor había probado que tenía brazo, cabeza y corazón, y que era capaz de hacer prácticas sus lecciones en el campo de batalla. Su nombre se inscribía por la primera vez en el catálogo de los guerreros argentinos, y su primer laurel simbolizaba no sólo una hazaña militar sino también un gran servicio prestado a la tranquilidad pública, a la par que una muestra de poder de la táctica y de la disciplina dirigida por el valor y la inteligencia.

Casi simultáneamente (el 20 de febrero), el ejército español atrincherado en Salta era completamente derrotado por el general Belgrano, entregándose por capitulación desde el primer general hasta el último tambor con armas y banderas. En menos de tres meses la revolución había obtenido un triple triunfo militar y un gran triunfo político, debido al esfuerzo de sus armas y a las fuerzas morales de la opinión. La revolución de 8 de octubre y la in-

fluencia de la Logia de Lautaro estaban justificadas por estos resultados. Pero estos resultados no podían salvar a la Logia de la descomposición a que fatalmente estaban condenadas las sociedades secretas en una sociedad libre o en vía de serlo.

El vencedor de San Lorenzo, al trasladarse del campo de batalla al de la política, sintió que el terreno se movía bajo sus plantas, y que su base de operaciones se había alterado notablemente. Los partidos políticos, en el estrecho recinto de la capital, empequeñecidos y debilitados después por los antagonismos locales, y encerrados por último entre las cuatro paredes de la Logia, habían degenerado en círculos, que sólo obedecían a influencias personales. La fuerza de la opinión cívica que hasta entonces le diera impulso, se gastaba sin renovarse. Las fuerzas populares que debían retemplar y dilatar la opinión, permanecían en estado latente sin ser utilizadas. Las ideas y los hechos marchaban por distintos caminos. Los pensadores se inspiraban en el ejemplo de la Europa en cuyos libros habían aprendido a pensar, sin acertar a leer en el libro de la revolución cuya primera página tenían abierta ante sus ojos. La masa, guiada por el instinto más que por la razón, se precipitaba por su pendiente en obediencia a la ley de la gravitación.

Sin darse cuenta clara de estos fenómenos sociales, San Martín participaba de su doble influencia. En consecuencia, sus ideas políticas empezaron a modificarse, no precisamente en su fondo sino en su aplicación. La independencia continuaba siendo siempre su objetivo: las formas republicanas o monárquicas se le presentaban por el momento como simples medios de alcanzar un fin inmediato. Bien que profesara en el fondo principios republicanos, los que, como él mismo decía, posponía al bien público, llegó a persuadirse que el país no tenía elementos de propio gobierno para consolidar su orden interno, y se inclinaba a pensar que el establecimiento de una monarquía constitucional apoyada por la Europa monárquica podría ser la solución del problema político, idea de que a la sazón participaban la mayor parte de sus contemporáneos con influencia en los negocios públicos. Poseído de una pasión y encerrado en un círculo sin más horizontes que los de sus designios militares, no alcanzaba que el pueblo era orgánicamente republicano, que no podía ser otra cosa, y juzgaba la situación con el criterio de lo que había visto en Europa bajo las formas tradicionales consagradas, y como lo veían casi todos los hombres ilustrados de su tiempo.

La Logia, aislando a los pensadores de las corrientes de la opinión viva, y a los hombres de acción del contacto con la masa popular, daba su primer resultado negativo. Las inteligencias se obliteraban, las conciencias se hacían sordas y las fuerzas no se vivificaban. En tan estrecho teatro no sabían ya sino los comediantes políticos, que creían más en la eficacia de las tramoyas del escenario en que brillaban, que en los resultados del trabajo perseverante,

subordinado a un plan serio. El hombre de acción no podía ya aceptar tal instrumento, sino como auxiliar en lo presente y lo futuro. El verdadero genio y el verdadero patriotismo necesitaban campo, aire y luz en qué dilatarse, y obedeciendo a su tendencia expansiva, debían convertirse en fuerza y acción en medio más propicio.

VII

Las sociedades secretas con tendencias políticas se comprenden y tienen su razón de ser en un pueblo esclavizado; son el único medio con que cuentan los oprimidos para reunirse, organizarse y propagar sus ideas y trabajar con seguridad. Como elemento de acción, algunas veces han precedido a las revoluciones: pero jamás han podido acompañarlas en su desarrollo. Por lo general, ellas no han dado origen sino a conjuraciones abortadas. En los pueblos con vida pública, en que se producen en la masa movimientos orgánicos que obedecen a las leyes del desarrollo social, las asociaciones secretas son impotentes para acelerarlos o contenerlos. En momentos determinados pueden ejercer una influencia eficaz, ya sea para condensar y dar forma a una idea flotante en una revolución, ya para dar un punto de apoyo a las fuerzas conservadoras en los períodos transitorios de anarquía o descomposición por que pasan las sociedades agitadas; pero es a condición de dilatarse en las vibraciones del aire y de la luz que penetra todos los cuerpos, vivificando las fuerzas y las ideas. Fuera de estos momentos, o de estas condiciones, las sociedades secretas con tendencias políticas, degeneran al fin en camarillas obscuras, y se extinguen por sí mismas en el vacío. Si su acción se prolonga artificialmente como rueda principal de la máquina gubernativa, o bien desaparece por algún tiempo el verdadero gobierno activo y responsable, o bien produce un gobierno que las reduce a la condición de meros instrumentos negativos.

San Martín y Alvear, al salir de la Logia de Cádiz, y pasar por la de Londres, venían bajo la impresión de los oprimidos que sólo pueden conspirar en las sombras del misterio. Al llegar a Buenos Aires, se encontraron con una revolución sin pueblo profundamente revolucionado, cuya vida estaba centralizada en la capital, y con partidos embrionarios que sólo agitaban la superficie social. Por espíritu de disciplina el uno, como medio de elevación y de influencia el otro, concibieron la sencillísima idea de trasladar al terreno de la acción las asociaciones secretas en que políticamente se habían educado. Con esta palanca imprimieron desde luego un impulso gradual y metódico al movimiento revolucionario; pero satisfechas

sus más premiosas exigencias, ya no obraron sino sobre sí mismas, y empezaron a descomponerse dentro de su propio organismo.

Convocada bajo sus auspicios la Asamblea General Constituyente, formuladas en leyes memorables las grandes aspiraciones de la época, y robustecido el gobierno por este nuevo contingente de fuerzas morales derivadas de una opinión activa, la prolongación de la influencia irresponsable y secreta de la Logia no podía menos que debilitar las fuerzas de las instituciones, conspirando contra su propia obra. Agréguese a esto, que su composición no era homogénea, que en ella entraban dos elementos repulsivos, y se comprenderá que su descomposición debía necesariamente producirse así que se debilitara la primera impulsión colectiva que la había puesto en movimiento.

Desde muy temprano empezaron a diseñarse en la Logia las dos tendencias que debían trabajarla. En la primera época prevaleció en toda su pureza la idea revolucionaria, con tendencias declaradas hacia la independencia y la democracia. En la segunda, se destacó de relieve en ella un partido personal que germinó en su seno como un parásito, y que al fin la absorbió por entero. Era el partido que se llamó más tarde alvearista, el mismo que secretamente preparó la elevación de su jefe, lo exaltó al poder y cayó con él, disolviéndose al mismo tiempo como partido y como sociedad secreta. Este partido no volvió a levantarse jamás, porque no entrañaba en su seno ningún principio político ni social. La Logia volvió a renacer más tarde bajo forma más compacta y con otras tendencias menos egoístas, según se verá después.

El sueño de Alvear era la gloria militar y la dictadura. La revolución era para él una aventura brillante que halagaba su juvenil ambición. Al cambiar sus adioses en Europa, Alvear y Carrera se habían prometido ser árbitros de sus respectivos países. Carrera en aquel momento (mayo de 1813) era el dictador de un pueblo, el general que mandaba ejércitos y daba batallas. Este era por el momento su ideal y su modelo. Tenía, sin embargo, bastante sentido práctico para comprender que el teatro de operaciones de uno y otro era distinto. En Chile, un motín militar encabezado por un hombre audaz, podía improvisar un dictador, apoyado en un ejército revolucionario. Era que allí faltaba el contrapeso de un poderoso partido político con fuerzas morales y materiales, o de un pueblo verdaderamente revolucionario, que fuesen condiciones indispensables de gobierno, aun para una dictadura de hecho. En las Provincias Unidas, donde las fuerzas morales y materiales del país concurrían a la revolución —activas las unas y latentes las otras—, la dictadura colectiva de un gobierno, el dominio absoluto de una asamblea política, y aun el predominio de una camarilla, era posible, pero no la improvisación de una dictadura personal. La Logia gobernaba al gobierno, y con mayoría inconmovible en la Asam-

blea, aspiraba a centralizar en sus manos todo el poder militar de la revolución. Belgrano, coronado de los laureles de Tucumán y Salta se había afiliado en ella. San Martín y Alvear eran sus generales en perspectiva.

Todo hace creer que San Martín no abrigaba entonces ninguna ambición política, aun cuando contara con un verdadero partido en la Logia, y tuviese en el Triunvirato mayor influencia que Alvear. Sus actos posteriores y su vida entera prueban que sólo tuvo la ambición de sus grandes designios militares, que por otra parte fueron siempre impersonales. Quería campo en qué combatir, y quería a todo trance desligarse de las intrigas de las partidos domésticos, de los que nada esperaba ya para la causa general, y eran antipáticos a su carácter. Aun conociendo su modo de pensar, de que no hacía misterio, la Logia se había fijado en él al principio para darle el mando del ejército sitiador de Montevideo; pero desistióse de ello por consideraciones políticas. En cuanto a Alvear, fluctuaba antes de decidirse. Con mayoría en la Logia, presidente de la Asamblea, jefe del batallón más numeroso de la guarnición, celoso de San Martín (de quien empero no se había separado ostensiblemente), la gloria militar le sonreía de lejos; pero la influencia inmediata le atraía irresistiblemente, y se dejaba arrastrar por su corriente. Grandes desastres para la causa de la revolución vinieron a definir la situación respectiva de estos dos personajes, y a determinar los rumbos históricos de cada uno de ellos.

VIII

El ejército del Norte, vencedor en Tucumán y Salta, había invadido por segunda vez el Alto Perú (junio de 1813), bajo las órdenes del general Belgrano. Seis meses después retrocedía por segunda vez a sus antiguas posiciones. Completamente derrotada en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma (1º de octubre y 14 de noviembre de 1813), la revolución volvía a ponerse a la defensiva, con su tesoro agotado, y todos sus esfuerzos concentrados sobre Montevideo, cuya posesión era cuestión de vida o muerte. La noticia del último de estos desastres llegó a Buenos Aires en los últimos días del mes de noviembre. El general Belgrano, en retirada con las reliquias de su ejército, llegaba a Jujuy al terminar el año XIII, comenzado bajo tan gloriosos auspicios. Pocos días después, se hallaba al frente de una fuerza colecticia de 1.800 hombres suficientes para atestiguar el espíritu patriótico de las poblaciones; pero impotente para contener los progresos del enemigo triunfante. Belgrano, enfermo de cuerpo y espíritu, pedía ser relevado en su mando.

Las Provincias Unidas no contaban por entonces con ningún general que descollase por su genio militar. Don Antonio González Balcarse, noble carácter y buen soldado práctico, que había dado a la revolución su primera victoria en Suipacha, estaba oscurecido por la derrota del Desaguadero, cuya responsabilidad pesaba militarmente sobre él. Su hermano don Marcos Balcarce, jefe entendido, militaba a la sazón en Chile al frente de los Auxiliares Argentinos, y sólo por accidente figuró más tarde en primera línea en medio de la guerra civil. Don José Rondeau, ilustrado por su reciente victoria del Cerrito (primera y última de su carrera), aunque oficial de buena escuela, no tenía las cualidades del mando en jefe. Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, bien que dotado de altas cualidades, carecía de los conocimientos técnicos y de la inspiración de la guerra, como lo había mostrado en su última campaña pero era el mejor de los generales probados. Entre los jefes de división que figuraban en segunda línea, aun cuando los hubiese de gran mérito, no se diseñaba ninguno todavía a quien pudiera confiarse el mando de un ejército.

La revolución, que hasta entonces había luchado con mediocres generales enemigos y con tropas mal organizadas, empezaba a encontrar frente a sí jefes entendidos y ejércitos disciplinados, que no podían contrarrestarse en una campaña regular sino con mejores generales y mejores soldados. El éxito de las batallas ya no estaba librado al acaso, ni podía depender del entusiasmo. La disciplina, la táctica, la estrategia, la calidad de las armas, y la inteligencia superior del general, serían en adelante condiciones indispensables de todo triunfo militar de la revolución en toda campaña ofensiva en que sus ejércitos tuviesen que alejarse de su base de operaciones. Estas condiciones faltaban, y el general predestinado de la revolución aun no había aparecido. En tal situación el gobierno volvió sus ojos a los dos generales de la Logia.

Alvear, que no tenía por entonces ninguna idea fija en el orden militar, se presentó desde luego como candidato para mandar el ejército del Norte, al cual había sido destinado anteriormente en rango inferior. San Martín, que consideraba de mayor importancia la empresa sobre Montevideo, y que comprendía que nada decisivo podría intentarse mientras ella no se llevara a buen término, le cedió de buen grado la precedencia y el honor, y en tal sentido escribió a Belgrano recomendándolo. Pero Alvear, fluctuante siempre y temeroso de abandonar el teatro de la política, en que brillaba como protagonista, volvió sobre sus pasos indicando a San Martín para ocupar su puesto.

San Martín estaba decidido a abandonar para siempre el terreno de la política en que sólo por accidente había entrado. Mejor encaminada ya la revolución en el sentido de las operaciones militares que meditaba, aceptó después de alguna vacilación el mando

con que se le brindaba, y cedió por entero a su competidor el campo de la Logia. En consecuencia, fue nombrado jefe de una expedición que debía marchar en auxilio del jefe del ejército del Norte, con instrucciones para asumir el mando en jefe cuando lo creyese conveniente. La expedición se compuso del modo siguiente: el batallón número 7 de infantería, fuerte de 700 plazas, al mando del teniente coronel don Toribio Luzuriaga; dos escuadrones de granaderos a caballo con 250 plazas, y 100 artilleros. Esta pequeña columna llegó a Tucumán antes de terminar el año XIII, y poco después San Martín y Belgrano se encontraban y se abrazaban en Yatasto (camino de Salta a Tucumán), jurándose una amistad que no se desmintió jamás.

IX

Hemos hecho en otra ocasión el paralelo entre San Martín y Belgrano, al estudiar sus relaciones recíprocas en presencia de documentos desconocidos y establecer los contrastes y analogías de estos dos grandes hombres de la revolución argentina, fundadores de las dos grandes escuelas militares cuya influencia se ha prolongado en sus discípulos por más de dos generaciones. No volveremos sobre este punto. Nos limitaremos por ahora a complementar este cuadro con nuevos detalles, que consideramos dignos de la historia, para tomar después el hilo de la narración.

San Martín y Belgrano no se conocían personalmente antes de encontrarse en Yatasto. Desde algún tiempo atrás se había establecido entre ellos una correspondencia epistolar, por intermedio del español liberal don José Milá de la Roca, amigo de uno y de otro y secretario de Belgrano en la expedición al Paraguay. Ambos se habían abierto su alma en esta correspondencia, y simpatizaron antes de verse por la primera vez. Al abrir Belgrano su campaña sobre el Alto Perú, San Martín redactó para él unos cuadernos sobre materia militar, extractando las opiniones de los maestros de la guerra, y dióle sus consejos sobre las mejoras que convenía introducir en la organización de las diversas armas, especialmente en la caballería, condenando el uso de los fuegos en ella, según los preceptos de la escuela moderna. Belgrano, en marcha para el campo de Vilcapugio, y cuando se lisonjeaba con una victoria inmediata, le contestaba modestamente: "¡Ay! amigo mío, ¿y qué concepto se ha formado Ud. de mí? Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo de general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido ésta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme, y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación." Refiriéndose a sus consejos, agregaba: "Creo a Guibert el maestro único de la táctica, y sin embargo, convengo con Ud. en

cuanto a la caballería, respecto de la espada y lanza." Y con relación al trabajo de San Martín, terminaba diciendo: "Me privo del segundo cuaderno, de que Ud. me habla: la abeja que pica en buenas flores proporciona una rica miel: ojalá que nuestros paisanos se dedicasen a otro tanto y nos diesen un producto tan excelente como el que me prometo del trabajo de Ud., pues el principio que vi en el correo anterior, relativo a la caballería, me llenó."

Después de Ayohuma, San Martín le escribía confortándole en su infortunio y anunciándole el próximo refuerzo que, según lo acordado, debía conducir Alvear, y él contestaba: "He sido completamente batido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria; pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes, y nada me arredrará para servir, aunque sea en clase de soldado por la libertad e independencia de la patria. Somos todos militares nuevos con los resabios de la fatuidad española, y todo se encuentra, menos la aplicación y constancia para saberse desempeñar. Puede que estos golpes nos hagan abrir los ojos, y viendo los peligros más de cerca, tratemos de hacer otros esfuerzos que son dados a hombres que pueden y deben llamarse tales."

Al saber que era el mismo San Martín el que marchaba en su auxilio, le escribió lleno de efusión: "No sé decir a Ud. cuánto me alegro de la disposición del gobierno para que venga de jefe del auxilio con que se trata de rehacer este ejército; ¡ojalá que haga otra cosa más que le pido, para que mi gusto sea mayor, si puede serlo! Vuele, si es posible: la patria necesita que se hagan esfuerzos singulares, y no dudo que Ud. los ejecute según mis deseos, y yo pueda respirar con alguna confianza, y salir de los graves cuidados que me agitan incesantemente. No tendré satisfacción mayor que el día que logre estrecharlo entre mis brazos, y hacerle ver lo que aprecio el mérito y la honradez de los buenos patriotas como Ud." Cuando San Martín se acercaba, le escribe su última carta desde Jujuy, diciéndole: "Mi corazón toma aliento cada instante que pienso que Ud. se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con Ud. se salvará la patria, y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Empéñese Ud. en volar si le es posible, con el auxilio, y en venir no sólo como amigo, sino como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, persuadido de que le hablo con mi corazón, como lo comprobará la experiencia."

Animados de estos generosos sentimientos, se dieron por la primera vez en Yatasto el abrazo histórico de hermanos de armas, el vencedor de Tucumán y Salta, recientemente derrotado en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, y el futuro vencedor de Chacabuco y Maipú, libertador de Chile y el Perú, que por entonces sólo podía ostentar el modesto laurel de San Lorenzo.

San Martín se presentó a Belgrano pidiéndole órdenes como su subordinado. Belgrano le recibió como al salvador, al maestro, y debió ver en él a su sucesor. Empero, a aquél le repugnaba asumir el mando en jefe, humillando a un general ilustre en la desgracia y ni aun quiso ocupar el puesto de mayor general para que había sido nombrado ostensiblemente, lastimando a los jefes fundadores de aquel glorioso y desgraciado ejército, y así lo manifestó al gobierno. El gobierno, empero, que consideraba una necesidad militar la remoción de Belgrano, y el mando en jefe de San Martín una conveniencia pública, significó a éste por el órgano de uno de sus miembros: "No estoy por la opinión que manifiesta en su carta del 22 (de diciembre), en orden al disgusto que ocasionaría en el esqueleto del ejército del Perú su nombramiento de mayor general. Tenemos el mayor disgusto por el empeño de Ud. en no tomar el mando en jefe, y crea que nos compromete mucho la conservación de Belgrano."

San Martín asumió al fin el mando en jefe del ejército por orden expresa del gobierno. Belgrano se puso a sus órdenes en calidad de simple jefe de regimiento, y dio él primero el ejemplo de ir a recibir humildemente las lecciones de táctica y disciplina que dictaba el nuevo general. Desde este día, estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sur. San Martín en todos los tiempos, y hasta sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del Nuevo Mundo.

X

Casi al mismo tiempo (el 22 de enero de 1814), tenía lugar en la capital una innovación de gran trascendencia. El Poder Ejecutivo había sido reconcentrado en una sola persona con el título de Director Supremo, y recayó el nombramiento en don Gervasio Antonio Posadas. Esta reforma, que acababa con los gobiernos colectivos y provisorios, y modificaba esencialmente la constitución de la autoridad ejecutiva dándole un carácter verdaderamente nacional, fue acordada en los conceptos secretos de la Logia y sancionada en forma de ley por la Asamblea general. Por lo tanto, la innovación no importaba una alteración en la influencia política, y por el contrario, venía a radicar y dar más unidad de acción a la omnipotencia de la Logia.

El nuevo Director no era, sin embargo, una entidad política, bien que no careciese de antecedentes y servicios, y de cierta inteligencia epigramática y maleable, así es que su elevación a nadie

sorprendió más que a él mismo, que ni siquiera la ambicionaba. Tío de Alvear y empeñado en levantarlo, su elección era un triunfo del partido alvearista, que en la imposibilidad de llevar a su héroe al poder supremo, le preparaba por este medio el camino, y al llenar el interregno con una entidad negativa, lo hacía en hecho árbitro del gobierno. Alvear fue nombrado en seguida general en jefe del ejército de la capital y se arregló todo de manera que en su oportunidad pasara a tomar el mando del ejército sitiador de Montevideo, para conquistar allí la gloria militar que tanto ambicionaba, y que le daría los títulos que le faltaban para elevarse sobre todos los demás. En este sentido, la innovación era una derrota de la influencia política de San Martín, bien que ella no modificase sus afinidades con el nuevo gobierno, que además de ser una creación de la asociación a que pertenecía, era una emergencia de la revolución del 8 de octubre a que él había contribuido.

El director Posadas, que conocía la repugnancia de San Martín para recibirse del mando del ejército, se dirigió a él diciéndole: "Me he resuelto a escribirle para rogarle encarecidamente tenga a bien recibirse del mando de ese ejército, que indispensablemente le ha de confiar este gobierno. Excelente será el desgraciado Belgrano — acreedor a la gratitud eterna de sus compatriotas —; pero sobre todo entra en nuestros intereses y lo exige el bien del país, que por ahora cargue Ud. con esa cruz." La contestación oficial de San Martín fué noble y digna: "Me encargo de un ejército que ha apurado sus sacrificios en el espacio de cuatro años, que ha perdido su fuerza física y sólo conserva la moral; de una masa disponible a quien la memoria de sus desgracias irrita y electriza, y que debe moverse por los estímulos poderosos del honor, del ejemplo, de la ambición y del noble interés. Que la bondad de V. E. hacia este ejército desgraciado se haga sentir para levantarlo de su caída."

Era en verdad un ejército caído como él lo decía, y una cruz como decía el Director Supremo, lo que San Martín recibía. Su proclama al recibirse del mando, escrita con la pluma tosca del soldado, tiene la severa sencillez del que así lo comprendía. "Hijos valientes de la patria — decía en ella —, el gobierno acaba de confiarme el mando en jefe del ejército: él se digna imponer sobre mis hombros el peso augusto de su defensa. ¡Soldados, confianza! Yo admiro vuestros esfuerzos, quiero acompañaros en vuestros trabajos, para tomar parte en vuestras glorias. Voy a hacer cuanto esté a mis alcances para que os sean menos sensibles los males. Vencedores en Tupiza, Piedras, Tucumán y Salta: renovemos tan heroicos días. ¿La patria no está en peligro inminente de sucumbir? Vamos, pues, soldados, a salvarla."

Para dar un poco de aceite a la máquina enmohecida y establecer una severa disciplina sobre la base equitativa del premio y del castigo, su primer acto administrativo, fue establecer la regu-

laridad en el pago de los socorros pecuniarios al ejército, incurriendo para el efecto en una desobediencia. Existían en la comisaría del ejército, treinta y seis mil pesos en plata y oro sellado, provenientes de los caudales del Alto Perú, que el gobierno había mandado ingresar en la tesorería general. San Martín ordenó que volviesen a la caja militar. Esta medida fue desaprobada por la superioridad. Con tal motivo representó al gobierno: "Acostumbrado a prestar la más ciega obediencia a las órdenes superiores, y empeñado en el difícil cargo de reorganizar este ejército, fluctué mucho en el conflicto de conciliar lo uno con lo otro. Yo no había encontrado más que unos tristes fragmentos de un ejército derrotado. Un hospital sin medicinas, sin instrumentos, sin ropas, que presenta el espectáculo de hombres tirados en el suelo que no pueden ser atendidos del modo que reclama la humanidad y sus propios méritos. Unas tropas desnudas con traje de pordioseros. Una oficialidad que no tiene cómo presentarse en público. Mil clamores por sueldos devengados. Gastos urgentes en la maestranza, sin los que no es posible habilitar nuestro armamento para contener los progresos del enemigo. Estos son los motivos que me han obligado a obedecer y no cumplir la superior orden, y representar la absoluta necesidad de aquel dinero para la conservación del ejército. Si contra toda esperanza, no mereciese esta resolución la superior aprobación, despacharé el resto del dinero, quedando con el desconsuelo de no poder llenar el primero de mis encargos." El gobierno aprobó la desobediencia como justificada por la imperiosa ley de la necesidad, que evitaba la disolución del ejército y consiguiente ruina del Estado. El Director Supremo, escribiéndole con tal motivo, le decía confidencialmente: "Si se dio orden para la devolución de los caudales, fue porque se contaba aquí con ellos para pagar cuatro meses que se debían a la tropa. Pase por ahora el obedecer y no cumplir, porque si con el obedecimiento se exponía Ud. a quedar en apuros, con el no cumplimiento he quedado yo aquí como un cochino." Esta desobediencia que perfila el carácter del hombre, fue precursora de otra gran desobediencia igualmente justificada por el bien público, que en la mitad de su carrera decidirá de su destino y del de la América en un momento supremo.

Capítulo V

EL ALTO PERU

1814

El problema de la revolución argentina. — Las tres tendencias iniciales de la revolución. — La segregación del Paraguay. — Causas de la anarquía de la Banda Oriental. — Etnología y geografía del Alto Perú. — Primera campaña de la independencia en el Alto Perú. — Cotagaita y Suipacha. — La derrota del Desaguadero. — Carácter de la insurrección altoperuana. — La ley de las derrotas y victorias de la revolución. — Las fronteras de la revolución argentina. — Composición del ejército realista. — Debilidad moral del ejército argentino. — Planes de Pezuela. — Los realistas ocupan a Jujuy y Salta. — El ejército del Norte se reconcentra en Tucumán. — La guerra de partidarios en el Alto Perú. — Aparición de Arenales. — Atrocidades de Goyeneche y Landivar. — Represalias. — Descripción del Alto Perú. — Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. — Batalla de La Florida. — Importancia de estas operaciones.

I

Al recibirse San Martín de los restos del ejército del Norte, se encontró frente a frente del más arduo y complicado problema de la revolución argentina. Aunque su solución envolvía la unidad política de las Provincias Unidas del Río de la Plata y los destinos de la revolución americana, no había sido hasta entonces señalado siquiera a la observación. Este problema era el desenvolvimiento de su acción militar.

La revolución argentina vaciada en los moldes de las antiguas divisiones administrativas de la colonia, había surgido con una constitución territorial que le daba una personalidad nacional bien definida; pero dentro de sus lineamientos tenía ya las proyecciones de una revolución más lata y compleja. Tres tendencias marcadas caracterizaron, en consecuencia, su política militante desde sus primeros pasos. Constituir una nueva nacionalidad dentro de los límites geográficos del virreinato del Río de la Plata, fue la primera. Dilatar su acción, promoviendo la erección de nuevas nacionalida-

des sudamericanas, y buscar en ellas aliados naturales, era la segunda. La tercera era llevar sus armas más allá de sus fronteras, extendiendo la insurrección y remover los obstáculos que se opusiesen a su expansión. A la tendencia nacional de integrar para la revolución todo el antiguo virreinato, respondían las expediciones militares sobre el Paraguay y Montevideo. Al propósito de constituir una nación aliada, respondían los trabajos diplomáticos y los auxilios bélicos que habían dado por resultado la insurrección de Chile y su alianza ofensiva y defensiva con las Provincias Unidas. A la idea de la propaganda revolucionaria por las armas, respondía la guerra declarada al virreinato del Perú, el cual, en sostén de los fueros soberanos, de la metrópoli, negaba a las colonias hispanoamericanas el derecho de darse gobiernos propios, y había substraído las Provincias de Alto Perú al dominio legal del gobierno del Río de la Plata. El ejército del Norte, bajo la denominación significativa de Auxiliador del Perú, respondía a la vez a esta triple exigencia. Su misión había sido y era incorporar las provincias del Alto Perú al sistema político y militar de las del Plata, como parte integrante del virreinato; llevar por este camino las armas triunfantes de la revolución hasta Lima, centro del poder español en Sud América, y por último, convertir al Bajo Perú, como ya lo era Chile, en aliado de la revolución argentina.

Este vasto programa, que diseña claramente desde los primeros días, y que el tiempo ha puesto de relieve, entraña el arduo problema social, político y militar que sólo el tiempo debía resolver, pero que San Martín tenía que encarar por la primera vez al tomar en cuenta los antecedentes y los medios.

La expedición militar sobre el Paraguay bajo la bandera redentora fue recibida por su población con las armas en la mano, y aunque aceptó más tarde la insurrección por su propia cuenta, rechazó la unión nacional. El Paraguay obraba lógicamente, y obedecía por instinto a su naturaleza. Miembro atrofiado del virreinato, aunque ligado geográficamente a él por el gran estuario del Plata; producto de una civilización embrionaria injertado en el tronco de una raza indígena, apenas modificada por el espíritu jesuítico, el Paraguay no tenía puntos de contacto con la sociabilidad argentina bosquejada en la cuenca del Río de la Plata. No formaba, por lo tanto, parte de su organismo rudimentario. Su resistencia, que revelaba una solución de continuidad política, determinó en el hecho una nueva nacionalidad por generación seccional. Obedeciendo siempre a la ley de la inercia, se aisló dentro de sus bosques y pantanos, se sustrajo al movimiento general y a los sacrificios comunes, y segregóse de hecho, sin encontrar dentro de sí mismo los gérmenes fecundos de la vida orgánica.

La Banda Oriental del Río de la Plata, es decir, la ciudad de Montevideo y su campaña, formaba social, política y geográfica-

mente un nudo con la comunidad argentina. Las expediciones militares dirigidas por esta parte fueron siempre precedidas por el alzamiento espontáneo de las poblaciones, que al enrolarse en la revolución proclamaban la unión nacional. Pero prevaleciendo en la ciudad de Montevideo el elemento español, afirmó sobre sus muros erizados de cañones la bandera del Rey, y se hizo el centro y el baluarte de la reacción. Esta resistencia, al decapitar el movimiento oriental, lo despojó de su carácter civil, privándole de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, hasta entregarlo desorganizado a los instintos selváticos de las multitudes desagregadas de la campaña, emancipadas de toda ley y refractarias a toda regla. Tal fue el origen de la anarquía oriental, que exagerando el espíritu de independencia local, hizo política y militarmente ingobernable su revolución. Determinada así esta nueva solución de continuidad, la acción combinada de estas causas y las complicaciones de la política exterior debían dar con el tiempo el mismo resultado de desagregación que en el Paraguay. Mientras tanto, el asedio de Montevideo se continuaba vigorosamente, con la ciudad defendida por un ejército y una escuadra realistas, y con la campaña oriental sublevada por su caudillo José Artigas a la espalda de los sitiadores, contra la revolución argentina y contra el rey al mismo tiempo, iniciándose así la doble guerra por la independencia y contra la anarquía interna que entrañaba la revolución en sus elementos políticos y sociales.

La propaganda revolucionaria, rechazada en el Paraguay y hostilizada en la Banda Oriental bajo la bandera unificadora del virreinato, triunfaba en Chile bajo los auspicios del derecho internacional, promoviendo allí una revolución que daba origen a una nueva nacionalidad bien diseñada. Empero, este triunfo sólo podía ser fecundo a condición de que Chile concurriese con sus nuevos elementos contra el enemigo común, o por lo menos, que encontrase en sí mismo suficientes fuerzas para consolidar su movimiento. Todo presagiaba, sin embargo, que Chile sería vencido en su propio territorio.

En cuanto a las expediciones dirigidas sobre el Alto Perú, habían sido desastrosas, como ya se ha dicho. Por el espacio de cuatro años, el territorio de las cuatro provincias disputadas fue el palenque en que simultáneamente batallaron y alternativamente dominaron insurgentes y realistas. Los unos buscaban al través de ellas el camino de Lima y los otros el de Buenos Aires, para herirse mortalmente en el corazón de su poder. Al fin los españoles habían quedado dueños del campo, y hacían pesar sobre el país conquistado la dura ley del vencedor.

Las provincias conocidas bajo la denominación genérica de Alto Perú constituían un mundo, una raza y un organismo aparte. Enclavado dentro del doble nudo que forma la cordillera de las Andes

en la parte más culminante y céntrica de la América Meridional, y sin comunicaciones fluviales con ninguno de los dos océanos, es un país perfectamente mediterráneo. Sus altiplanicies y sus valles comprendidos dentro de la zona intertropical, ofrecen, en razón de su elevación sobre el nivel del mar, los contrastes simultáneos del invierno perpetuo y de la primavera eterna, y en consecuencia todas las producciones del orbe para alimentar su vida interna en el orden material.

La colonización del Alto Perú era una mera continuación del sistema de la época de los Incas, complicado con el antagonismo de las razas. La raza europea se había afincado en seis ciudades fundadas en sitios privilegiados, dando por mansión a los vencidos las punas heladas o los valles ardientes, en que reducidos a la condición de siervos de la gleba, trabajaban para sus señores en la agricultura o en las minas. La plebe de las seis ciudades —que representaba la mayoría de la población—, se componía de la raza mezclada, raza enérgica, que era el eslabón intermediario de la cadena étnica entre conquistadores y conquistados. Todo el resto del país estaba exclusivamente poblado por la raza indígena, sometida más bien que asimilada a la ley común; sujeta a pagar tributo de capitación, y despojada de todo derecho civil y hasta de toda personalidad social. Dos lenguas indígenas tradicionalmente enemigas se dividían el país, sin confundirse. El idioma de los conquistadores era ininteligible para la masa del pueblo: sólo se hablaba por la aristocracia de las ciudades. Era, por consecuencia, un organismo aparte, que si bien podía dentro de sí mismo operar su evolución por la fusión de las razas y el equilibrio de sus elementos constitutivos, apenas tenía punto de contacto con el mundo exterior.

Geográficamente, el Alto Perú era por su estructura la continuación de la región montañosa del Bajo Perú, y etnográficamente una parte integrante de ella por la preponderancia del elemento indígena. Empero, ningún vínculo moral existía entre uno y otro. Por el contrario, físicamente desligado del sistema territorial del Río de la Plata, el Alto Perú estaba moralmente identificado con las Provincias Argentinas, a cuya impulsión y atracción obedecía, aun contrariando a veces las tendencias de su organismo propio. Esto explicará algunas aberraciones aparentes en la recíproca acción histórica de ambos países.

II

Así como en la gran sublevación indígena de Tupac-Amaru, el primer grito fue dado en el Alto Perú, la primera señal del alzamiento de los criollos americanos fue dada por él en 1809 en Chuquisaca y La Paz, un año antes que en Buenos Aires, según antes se

apuntó. En ambas ocasiones concurrieron fuerzas del virreinato del Río de la Pata y del Bajo Perú a sofocar estos movimientos. En el de La Paz, hechos con tendencias declaradas de independencia, uno de sus autores, hombre del pueblo, había exclamado al subir al cadalso, que el fuego que había encendido no se apagaría jamás, y estas palabras repercutían un año después en el Alto Perú como un grito de redención.

Apenas apagadas aquellas chispas precursoras del gran incendio, estalló en Buenos Aires la revolución del 25 de Mayo de 1810. Su primer objetivo militar fue el Alto Perú, término septentrional del virreinato del Río de la Plata, a fin de establecer allí la nueva autoridad, a la vez de rescatarlo del dominio del virrey de Lima, que lo había declarado anexado a su gobernación para contener el contagio revolucionario. Al efecto, organizó una expedición (junio de 1810), que fuese a llevar su mandato en la punta de sus bayonetas. Habiendo el ex virrey Liniers levantado en Córdoba el estandarte de la reacción, fue atacado y vencido allí por ella, quedando así pacificado todo el territorio que se extiende desde el Uruguay, el Paraná y el Plata hasta la cordillera de los Andes y sus últimos contrafuertes por el norte. Conforme a la teoría que declaraba rebeldes a los que hicieran resistencia a la nueva autoridad nacional dentro de los límites juridiccionales trazados por el rey de España, en cuyo nombre gobernaba, Liniers y las cabezas de esta reacción fueron ejecutados como tales. Precedidas por el terror que esparcieron por todo el continente estas ejecuciones, las armas de la revolución avanzaron en son de guerra a reconquistar las provincias del Alto Perú, política y militarmente ocupadas por el virrey del Bajo Perú.

Al tiempo de estallar la revolución de mayo, gobernaba las provincias del Alto Perú el mariscal Nieto, anciano pusilánime que tenía por inspirador al intendente de Potosí, don Francisco de Paula Sanz, de carácter enérgico, y con brazo armado al capitán de fragata don José de Córdoba, contando con 2.000 hombres de tropas regulares para sostener su actitud de resistencia contra la Junta de Buenos Aires. En su apoyo se formó por orden del virrey del Perú un ejército de 4.000 hombres a las órdenes del general Goyeneche, sobre la línea del Desaguadero, linde de los dos virreinatos. Tales eran las fuerzas que se concentraban en la altiplanicie andina para ahogar a la revolución argentina en su cuna.

Dominada la reacción de Córdoba encabezada por Liniers, una división de 500 hombres, a las órdenes del general Antonio González Balcarce, se desprendió de la expedición, con orden de cubrir la frontera de Salta y penetrar al Alto Perú (4 de septiembre de 1810). Este fue el primer núcleo de lo que después se denominó Ejército Auxiliador del Perú. El jefe destinado a mandarlo era un veterano de la escuela rutinaria, que desde los primeros años había militado contra los indios, figurando posteriormente en las

guerras contra las invasiones inglesas en 1806 y 1807 y en la de la Península contra las armas napoleónicas. Aunque carecía de la inspiración guerrera, tenía la experiencia que la suplía, y sobre todo un carácter austero y viril que se imponía. Al frente de su pequeña división, con sólo dos piezas de artillería, que apenas alcanzaba a la cuarta parte de la fuerza de la vanguardia enemiga, invadió resueltamente al Alto Perú por la Quebrada de Humahuaca y se internó en sus ásperos desfiladeros.

Así que las armas de la revolución se hicieron sentir en la frontera, todo el país de la altiplanicie andina se puso en conmoción. La provincia de Cochabamba fue la primera en levantarse proclamando su obediencia a la Junta popular de Buenos Aires (14 de septiembre de 1810). Su ejemplo fue seguido por la provincia de Oruro. Armados de hondas, macanas y toscos arcabuces de estaño improvisados, los revolucionarios de Cochabamba se pusieron valientemente en campaña, interceptando las comunicaciones entre la línea del Desaguadero y de la frontera argentina. Esta insurrección desconcertó los planes del virrey del Perú y obligó a Goyeneche a mantenerse a la expectativa, sin poder llevar sus auxilios a Nieto y a Córdoba que ocupaban la primera línea amenazada por Balcarce. La vanguardia de Goyeneche, que ocupaba la ciudad de La Paz, destacó una división de 450 fusileros y 150 Dragones, a órdenes del coronel Piérola, que fue completamente derrotado por 1.000 cochabambinos en el campo de Aroma (el 14 de octubre de 1810), armados en su mayor parte de garrotes, lo que dio origen a la famosa proclama: "¡Valerosos cochabambinos! Ante vuestras macanas el enemigo tiembla."

Bajo estos auspicios abrió Balcarce su campaña. Córdoba, que con la vanguardia se había situado en Tupiza, fue sorprendido por su aproximación, y se replegó a las líneas fortificadas de Cotagaita, veintiséis kilómetros a su retaguardia, de antemano preparadas para hacer frente a la invasión. Esta posición, que obstruye el camino que conduce a las cuatro provincias altoperuanas, tiene a su frente por el sur el río de Santiago a Cotagaita, a su espalda una áspera serranía y está dominada en su centro por cuatro cerros que forman un sistema defensivo, la que los realistas coronaron con diez piezas de artillería de pequeño calibre, dificultando sus aproches con trincheras. Es sin embargo accesible por su espalda por donde se abre una ancha senda, y una marcha de flanco habría bastado para desalojar a sus defensores o estrecharlos sobre el río; pero el general argentino no iba preparado para esta operación complicada, y además carecía de la fuerza suficiente para llevarla a cabo contra fuerzas muy superiores en número y calidad. El avance había sido una imprudencia; pero una vez empeñado el lance, decidióse a atacarla por el frente con poco más de 400 hombres, un cañón de a 8 y un obús de a 24. Situado a tiro de cañón de las fortificaciones,

río de por medio, rompió el fuego de artillería, destacando algunas guerrillas laterales, pero sin la resolución de llevar un asalto. Los realistas se sostuvieron con firmeza en sus líneas, y después de cuatro horas de fuego, los argentinos fueron rechazados, y viéronse obligados a replegarse, sin más municiones que las que los soldados llevaban en las cartucheras (27 de octubre de 1810). Si en aquel momento hubiesen sido perseguidos, su destrucción era segura. Pero los enemigos intimidados, creyeron que la retirada era un ardid de guerra, y permanecieron en la inacción a la espera de un segundo ataque. Pasaron algunos días antes que el irresoluto mariscal Nieto permitiese a su segundo el coronel Córdoba, salir con una división de 800 a 1.000 hombres de las mejores tropas con 4 piezas de artillería en persecución de los argentinos, y esto mismo, cuando tuvo la certidumbre de que iban absolutamente desprovistos de municiones.

Balcarce retrocedió en orden hasta Tupiza. Noticiado allí de que le venían refuerzos, continuó su retirada costeando la margen izquierda del río Suipacha, y al llegar a la población de este nombre, la atravesó, situándose en el pueblo fronterizo de la margen sur, denominado Nazareno. Allí se le incorporaron 140 hombres con dos piezas de artillería, con suficiente provisión de municiones, y decidióse a hacer frente al enemigo a la cabeza de poco más de 600 hombres. Al día siguiente (7 de noviembre de 1810), apareció la división de Córdoba, sobre las alturas del Norte, que coronó con sus columnas, limitándose a desprender por su frente algunas guerrillas protegidas por las acequias del río. El general argentino, que había ocultado el grueso de su fuerza, lo provocó sobre el vado con dos piezas de artillería sostenidas por 200 cazadores. Empeñado el combate de vanguardia, con calculada debilidad por parte de los patriotas, para mantener la ilusión de que carecían de municiones, Balcarce simuló una retirada. Los contrarios, envalentonados, se empeñaron en su persecución, comprometiendo la reserva, y cayeron en una verdadera emboscada, que una sola carga decidió la acción en menos de media hora. Una bandera, 150 prisioneros, 40 muertos y toda la artillería realista fueron los trofeos de esta victoria, la primera y la última de la revolución argentina en el Alto Perú.

III

El triunfo de Suipacha fue la señal de la insurrección general del Alto Perú. La Paz siguió el movimiento de Oruro y Cochabamba, y las fuerzas de estas provincias avanzaron sobre Chuquisaca y Potosí, cuyo pronunciamiento determinaron. El ejército de la revolución remontado por el entusiasmo de las poblaciones, obligó a los realistas a evacuar las cuatro provincias y a retirarse al nor-

te del Desaguadero. Los indígenas, bendiciendo a los redentores que abolían el tributo, la mita y el servicio personal, se alistaron bajo sus banderas, y desde entonces fueron los más decididos sostenedores de la revolución. Al frente de este movimiento púsose el doctor Juan José Castelli, como representante político y militar de la Junta de Buenos Aires, a ejemplo de los delegados de la revolución francesa, de cuyas máximas terroristas estaba imbuido, y que acababa de presidir en este carácter la trágica ejecución de Liniers y sus compañeros de infortunio. Aplicando en cumplimiento de sus terribles instrucciones la doctrina revolucionaria que declaraba reos de alta traición a los que levantaran armas dentro de su territorio contra la nueva autoridad, hizo ejecutar en la plaza de Potosí a Nieto, Sanz y Córdoba. La guerra a muerte quedó así declarada entre la revolución argentina y la reacción española.

Antes de cumplirse un año de la revolución de mayo, el ejército triunfante en Suipacha, fuerte de 6.000 hombres, acampaba a la margen sur del Desaguadero, sobre las ruinas del antiguo templo del Sol en Tiahuanaco, se extendía por los contornos del gran lago de Chucuito y amagaba el puente del Inca, que defendía el ejército del Bajo Perú mandado por Goyeneche. A la espalda de los realistas, los pueblos impacientes por seguir el ejemplo de Buenos Aires esperaban el momento más propicio para insurreccionarse como el Alto Perú, y más allá, en todos los dominios de las colonias hispanoamericanas, desde el Ecuador hasta Méjico, la revolución, señora de las costas del Atlántico y del Pacífico, levantaba ejércitos, reunía congresos y daba batallas, proclamando los mismos principios de independencia que la revolución argentina había inscrito en sus banderas. Neutralizada la acción del Paraguay, sólo quedaba el virreynato del Perú y la plaza fuerte de Montevideo, como únicos focos de la reacción. Una segunda victoria en tales circunstancias habría decidido irrevocablemente la suerte de la revolución sudamericana, como lo han confesado sus mismos enemigos; pero contenida en su avance y perdido su primer ímpetu tendría necesariamente que retrogradar a su punto de partida, para no volver a encontrar sino desastres por el camino militar, que por entonces recorría en triunfo.

Castelli, en observancia de sus instrucciones, despachó emisarios secretos al interior del Bajo Perú, a fin de preparar su insurrección, encontrando todo el país bien dispuesto. A la vez, abrió negociaciones confidenciales con Goyeneche, quien a la espera de los refuerzos que le venían de Lima, procuró ganar tiempo, haciendo proposiciones inaceptables de transacción. Convencido el representante de la Junta, según sus propias palabras, "que no quedaba más esperanza de conciliación que la que depende de las armas", en vez de dar impulso a las operaciones, siquiera para ocupar posiciones más ventajosas, prestó oídos a unas vagas proposiciones de

arreglo hechas por intermedio del Cabildo de Lima, y reabrió una negociación pública con Goyeneche, que dio por resultado el ajuste de un armisticio por el término de cuarenta días, que ha pasado a la historia con el nombre del Desaguadero. El documento de compromiso fue insidiosamente redactado por el general realista (14 de mayo) y ratificado por Castelli y Balcarce con aclaraciones de mera forma (16 de mayo de 1811) que acusan tanta imprevisión en el representante como olvido de los preceptos más elementales de la seguridad en la guerra por parte del general.

El armisticio beneficiaba considerablemente a los realistas, pues importaba entregarles el dominio de la línea del Desaguadero en ambas márgenes, y debía ser, como fue, el presagio de la derrota de los patriotas.

IV

El río Desaguadero, como su nombre lo indica, es un derrame del gran lago Chucuito o Titicaca, que corre de este o sudoeste, y ésta era la barrera interpuesta entre los dos ejércitos beligerantes. Los realistas sólidamente establecidos sobre su margen del norte, se habían apoderado del puente flotante del Inca, formado de balsas de paja, que se halla situado a poca distancia del desagüe, y era por entonces el único medio de comunicación entre las dos orillas. Para asegurar este dominio, habían establecido su vanguardia y baterías en las alturas del sur que lo dominan inmediatamente, que se llaman de Vila-Vila, y se prolongan de norte a sur como un eje, cortando el llano que se extiende por esa parte en dos valles, limitado el uno por la laguna al este, y el otro por el Desaguadero al oeste. El que llamaremos valle del Este, lleva en su comienzo el nombre de Azafranal, y en su boca de salida y a los treinta y siete kilómetros, se encuentra al sur del pueblo de Huaqui, donde el ejército patriota se concentró después del armisticio. El del Oeste, lleva el nombre de Jesús de Machaca, que es el mismo de la población que en él se encuentra, y en su origen lleva el de Pampa de Chibiraya, por la parte del Norte sobre el río. Las alturas de Vila-Vila, bastante empinadas y ásperas, sólo permiten la fácil comunicación entre los dos valles por una abra de 2.500 metros de extensión, situada a diez kilómetros a vanguardia de Huaqui, que se denomina Quebrada de Yauricoragua.

Con esta descripción se comprenderá fácilmente que, situado el ejército patriota en Huaqui en el punto más abierto del llano, entregaba el dominio de ambas márgenes del Desaguadero al enemigo, el cual dueño de las alturas de Vila-Vila, tenía en ellos una especie de cabeza de puente, y por sus crestas podía correrse resguardado, ya para dominar ambos valles, ya para interceptar su

comunicación por la Quebrada de Yauricoragua, o bien para atacar a los patriotas por su flanco caso de estar reunidos, y aisladamente, divididos en dos campos. Por uno de los artículos del armisticio, se había convenido que los realistas conservarían sus posiciones en Vila-Vila, dando por única razón el ser penosa su traslación. Castelli y Balcarce convinieron en ello, con la salvedad de mera forma, que tal ocupación no se entendiese por nueva demarcación de límites entre los dos virreinatos. Como se ve, generales y políticos no conocían el terreno que pisaban ni lo tenían entre manos. Muy luego empezaron a comprender lo falso de su posición, y al procurar la enmienda del error, comprometióse más su situación por el modo cómo se verificó.

Mal observado por una y otra parte el armisticio, como que la buena fe no había presidido a su ajuste ni por una ni por otra parte, a los pocos días de firmado, estaba desvirtuado de hecho como preliminar de paz y hasta como compromiso de guerra. Debe decirse en honor de la verdad histórica, que los primeros que la violaron fueron los patriotas, extendiendo sus correrías hasta San Andrés de Machaca al norte del Desaguadero (17 de mayo), y atacando en Pisacoma un destacamento realista que observaba pacíficamente los caminos de la costa. Goyeneche por su parte, adelantó entonces sus reconocimientos hasta el terreno intermedio, y trató de sorprender en dos ocasiones los puestos avanzados de los patriotas. Para cubrir su flanco izquierdo, Castelli, de acuerdo con Balcarce, había situado una división de cochabambinos de caballería con artillería, en la pampa o valle de Jesús de Machaca, y hecho construir un puente como diez kilómetros más abajo al del Inca, a la altura de San Andrés de Machaca, lo que le daba el dominio de la margen norte sobre el flanco derecho y la retaguardia del enemigo. Todos estos preparativos revelaban un plan de ataque, que en efecto había sido acordado en junta de guerra de los argentinos, diez días antes de expirar el armisticio, y debía verificarse a su término o antes para ganar de mano al enemigo, que por su parte se preparaba a hacer lo mismo. Pero por una aberración, que no tiene mejor explicación que las cláusulas imprevisoras del armisticio, el plan se limitaba a ocupar las alturas de Vila-Vila sobre el puente del Inca, tan llanamente cedidas, cuyo desalojo costaría tanto como una batalla, haciendo mientras tanto una mera diversión por el puente nuevo con la columna cochabambina. Con esta resolución y este objetivo, se dictaron en consecuencia las medidas preventivas, tan desacertadamente como el armisticio y el plan de ataque.

V

El ejército argentino, fuerte como de 5.000 hombres, se componía de cinco divisiones. Mandaba la llamada de la derecha el general Juan José Viamonte, y la de la izquierda el coronel Eustaquio Díaz Velez, compuestas de las mejores tropas de Buenos Aires, y que unidas formaban un total como de 2.500 hombres de las tres armas, predominando la infantería. El centro y la reserva constaba de 2.200 hombres de tropas colecticias, mal armadas y sin espíritu. La división de cochabambinos, de 1.000 a 1.200 hombres de caballería irregular, era una tropa de poca consistencia aunque de bastante brío. Esta masa informe tenía que medirse con un ejército más numeroso, mejor organizado y mejor mandado, y en las posiciones abiertas que ocupaba, su seguridad dependía de su concentración. Fue todo lo contrario lo que hizo, y esto acarreó su pérdida. Ocho días antes de fenecer el armisticio (en la noche del 18 y mañana del 19 de junio de 1811), las divisiones derecha e izquierda, con una batería de artillería a las órdenes de Viamonte y Díaz Vélez, bajo el mando superior del primero, acamparon en la Quebrada de Yauricoragua, con prevención de esperar en ese punto la incorporación del centro y reserva, que según el plan acordado debían marchar reunidas al ataque de la posición Vila-Vila. El enemigo, que mientras tanto se había reforzado y contaba con 6.500 combatientes, apercibido de los movimientos de los patriotas se disponía por su lado a traerles un ataque más vigoroso y mejor combinado, aprovechándose de sus faltas.

Al amanecer del día 20 de junio, asomaron simultáneamente por las pampas del Azafranal y de Chiriraya, dos fuertes columnas de ataque realistas, mientras que por las alturas intermedias de Vila-Vila, avanzaba una columna ligera que ligaba sus movimientos, teniendo por objetivo las tres la Quebrada de Yauricoragua. La ocupación de este último punto era la victoria: interceptados los dos cuerpos de ejército de los patriotas, quedaban cortados y dominados, reducidos a batirse aisladamente y en la llanura. Mandaba la columna de la derecha Goyeneche en persona, y la de la izquierda su segundo, el general Ramírez. Su punto de partida había sido el puente del Inca, y al atravesar el río se apartaron y emprendieron una marcha paralela, con el macizo de Vila-Vila, por medio, siguiendo la una por entre la costa de la laguna y la serranía (Azafranal), en dirección a Huaqui, y la otra por entre la misma y el Desaguadero (Chibiraya), en dirección a Jesús de Machaca, convergiendo ambas hacia el punto estratégico de Yauricoragua. La operación era bien concebida y fue hábilmente ejecutada.

La columna ligera del centro realista, a órdenes del coronel Pío Tristán, que marchaba por encima de la sierra, desalojó fácilmente de ella y de su falda occidental a las débiles avanzadas que los patriotas tenían a su frente, hasta dominar con sus fuegos la Quebrada de Yauricoragua, mientras que la de la derecha caía sobre Jesús de Machaca, y la de la izquierda se posesionaba de la boca occidental de la ya mencionada quebrada, por donde únicamente podían comunicarse los dos cuerpos de ejército divididos, y atacaba la posición de Huaqui. Las divisiones de Viamonte y Díaz Vélez que se hallaban acampadas en el fondo de la quebrada, sin haber tenido la precaución de guarnecer convenientemente las alturas que la dominaban, intentaron sostenerse en ella, pero viéronse obligadas a salir a la inmediata pampa de Jesús de Machaca donde formaron su línea de batalla. Por segunda vez intentó Viamonte franquear la quebrada para abrirse comunicación con el cuartel general, pero fue rechazado con pérdida de un batallón y dos piezas de artillería. Mientras tanto, la división de Díaz Vélez con dos piezas, sostenida en segunda línea por la de Viamonte, hacía frente a la división de Ramírez, quien no se mostró en esta jornada a la altura de su merecida fama de buen militar, pues no supo aprovechar el efecto de la sorpresa. Perdió tiempo en inútiles guerrillas, que fueron rechazadas; desplegó su línea bajo el fuego de las dos piezas de artillería de la primera línea patriota, que le causaron bastante daño y lo hicieron vacilar, a punto que, según declaración de los mismos historiadores realistas, su ataque habría tal vez fracasado sin la oportuna aparición de las guerrillas de la columna de Goyeneche que amagaron el flanco derecho de sus contrarios. Estos, cargados entonces con más firmeza, se vieron obligados a replegarse en desorden con pérdida de parte de su artillería, 2.500 metros a retaguardia, donde formaron segunda línea de batalla. Eran las 11 de la mañana y hacía cuatro horas que duraba el fuego. Los patriotas, aunque quebrantados y reducidos a 1.600 hombres, mantuviéronse en su nueva posición, muy débilmente hostilizados. Contribuyó a esto la aparición de la fuerte columna cochabambina, que destacada sobre el puente nuevo, para hacer su diversión a espaldas del enemigo, no había acudido al cañoneo, cuando su presencia pudo ser decisiva. Así permanecieron hasta el anochecer, en que las tres divisiones emprendieron una retirada desordenada en dirección a Oruro, dispersándose en gran parte. La división de Cochabamba salvó al menos algunos de los cañones.

La suerte que cupo al cuerpo de ejército bajo las órdenes del representante y del general en jefe, fue más desastrosa y menos gloriosa aun que el de Jesús de Machaca. Situado en Huaqui, con su reserva escalonada a retaguardia a distancia de más de diez kilómetros de la boca oriental de la Quebrada de Yauricoragua, acudió desordenadamente a defender el punto estratégico amenazado para

buscar su incorporación con las divisiones destacadas, que en aquel momento se batían en la pampa opuesta; pero encontró ya ocupada la quebrada de comunicación por la columna de Goyeneche, bien establecida en las alturas dominantes. Desde ese momento, y antes también, la batalla estaba del todo perdida. Balcarce, sin embargo, después de una fatigosa marcha de más de una hora, procuró organizar la resistencia en una estrechura del terreno, apoyando su derecha en la laguna y su izquierda en un morro que ocupó con guerrillas, situando su reserva a retaguardia de su flanco izquierdo. Apenas tuvo tiempo de formar en batalla y cambiar algunos cañonazos. La primera línea, al amago de una carga de flanco, se desorganizó, arrojando sus armas o pasándose al enemigo, y los dispersos envolvieron en su fuga a la reserva, armada en su mayor parte de chuzos.

VI

La derrota del Desaguadero, que decidió la suerte de la primera campaña de la revolución, y obligó al ejército argentino a evacuar el Alto Perú, no quebrantó la energía de la provincia de Cochabamba. Los restos de sus tropas, remontadas con nuevos voluntarios, se hicieron fuertes en su territorio y dieron todavía una nueva batalla en el campo de Sipe-Sipe (agosto 13 de 1811), en que fueron derrotadas. El país quedó dominado por las armas del Rey, pero no domado. Dos nuevas derrotas en una segunda invasión, en los campos de Vilcapugio y Ayohuma (1813), no pudieron extinguir el fuego que alimentaba en las clases ilustradas el sentimiento de confraternidad americana, y en las clases populares, especialmente entre los indígenas, el odio contra sus antiguos opresores. Así es que, tanto en 1811 como en 1813, al evacuar el país las tropas derrotadas de la revolución a las órdenes de Belgrano, mientras una parte de la población los acompañaba en su retirada, la otra se mantenía en armas a espaldas del enemigo triunfante, esterilizando sus victorias y paralizando su avance.

La opinión pública siempre estuvo de parte de la revolución, así en la victoria como en la derrota. Pero el movimiento de opinión del Alto Perú era orgánicamente débil como idea y como acción. Sin los elementos necesarios para darle forma y cohesión política, la insurrección de las masas carecía de unidad, de plan y por consecuencia de eficacia militar. Con fortaleza para resistir y morir estoicamente en los campos de batalla y en los suplicios, y aun para triunfar algunas veces casi inermes, las muchedumbres insurreccionales del Alto Perú ofrecen uno de los espectáculos más heroicos de la revolución sudamericana. A pesar de tantos y tan

severos contrastes, no se pasó un sólo día sin que se pelease y se muriese en aquella alta región mediterránea.

Los desastres sucesivos de las armas argentinas en el Alto Perú, si bien no destruyeron la solidaridad de causa, aflojaron los vínculos morales que unían sus provincias a las del Río de la Plata, contribuyendo, además de las causas que hemos señalado, los acontecimientos que sobrevinieron más tarde. En 1814 aun perseveraban las provincias del Alto Perú en su unión política con Buenos Aires, y mantenían en alto los pendones de la insurrección en su propio territorio, a la espera del regreso de sus libertadores. Del éxito de esta nueva campaña iba a depender la unidad política del antiguo virreinato. Una nueva derrota debía producir una nueva solución de continuidad como en el Paraguay y la Banda Oriental, y determinar la creación de una nueva nacionalidad. San Martín la presentía por este camino, o por lo menos consideraba la victoria difícil y muy costosa para los objetos inmediatos de establecerse sólidamente en ese terreno, sacando de él recursos para ir adelante, y estéril para el objetivo final, por cuanto, según él, "la separación de las Provincias Altas y de las Provincias Bajas, era un «hecho demostrable», y sus intereses no tenían la menor relación." Esta fue su primera intuición del plan de campaña continental que descubrió por otro camino diametralmente opuesto en su punto de partida, aunque paralelo en su trayecto.

En los cuatro años que iban corridos de la revolución, se había repetido (y debía repetirse constantemente) un hecho que no podía escapar al ojo observador de San Martín.

El movimiento revolucionario iniciado en Buenos Aires el 25 de Mayo, se había propagado sin violencia por las vastas llanuras de la cuenca del Plata que se desenvuelve entre el Atlántico y los Andes. En el punto en que empiezan a levantarse por el norte las montañas que la limitan del Alto Perú, el movimiento se había detenido como la onda que tropieza con un obstáculo, conservando su impulso inicial. Hasta allí la revolución argentina era una ley normal que se cumplía por su propia virtud. Más adelante tenía que atravesar desfiladeros, trepar alturas y penetrar a otra zona; tenía que avanzar en son de guerra, imponerse por las armas y mantenerse combatiendo, a condición de triunfar siempre, porque hasta allí únicamente alcanzaba la acción eficiente de las fuerzas vivas de su organismo político y social. Así, desde los primeros días de la revolución, las fronteras de la nacionalidad argentina empiezan a diseñarse geográfica, política y socialmente, por la naturaleza del suelo, por la homogeneidad de la raza, y la atracción o repulsión latente de los elementos constitutivos de la colectividad, que se agrupan según sus afinidades. El mapa administrativo del antiguo virreinato no coincidía ya con el de la revolución social de las Provincias Unidas, y ni aun siquiera con el de la dominación de sus armas.

Por dos veces los ejércitos argentinos habían penetrado triunfantes al Perú, y por dos veces retrocedieron despedazados hasta el límite en que la oleada revolucionaria de Mayo se detuvo, recobrando nuevas fuerzas al retroceder. A su turno, toda vez que los españoles vencedores traspasaron ese límite, fueron completamente vencidos, viéndose obligados a retroceder a sus antiguas posesiones para rehacerse. Este hecho sincrónico, que se había repetido tres veces (y que se repetiría normalmente por nueve veces consecutivas), parecía en efecto obedecer a una ley fatal, y debía necesariamente reconocer una causa y tener su razón de ser.

Estudiando militarmente estos antecedentes históricos, para deducir de ellos una regla y trazar un plan de campaña a la revolución armada, el nuevo general del ejército del Norte tenía que resolver ante todo: si era posible, y dado que fuese posible, si era militarmente aceptado llevar por tercera vez la ofensiva al territorio del Alto Perú, para convertirlo de nuevo en teatro de la guerra sudamericana, y si el camino del Alto Perú era el itinerario estratégico indicado para llevar ventajosamente las armas de la revolución hasta Lima, objetivo de las operaciones. Estas cuestiones, al parecer puramente técnicas, envolvían el arduo y complicado problema social, político y militar que hemos señalado antes. De su solución dependían los destinos de la América del Sur, y sólo un genio observador, paciente y metódico podía preverla, prepararla y realizarla. Este genio fue el de San Martín.

San Martín comprendió que la revolución estaba militarmente mal organizada, que sus ejércitos carecían de solidez, que las operaciones no eran el resultado de un plan preconcebido, y que la guerra, que para algunos debía terminar en la primera batalla ganada, recién empezaba. Las últimas derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, atribuidas por la generalidad a circunstancias casuales, así lo demostraban. El había aprendido en un largo aprendizaje en la escuela de la experiencia que no es la fortuna ciega la que decide del éxito de las batallas. Al comparar las fuerzas respectivas de los ejércitos beligerantes con esta base de criterio, las victorias y las derrotas de la revolución tenían una explicación natural. Toda vez que las fuerzas materiales se habían chocado, el triunfo fue de la inteligencia y de la sólida organización. Toda vez que intervinieron dos fuerzas morales sometidas a la disciplina, la revolución había triunfado.

El ejército que por dos ocasiones había derrotado a los ejércitos argentinos, primeramente a las órdenes de Goyeneche, últimamente a las de Pezuela, y subyugado en ambas las provincias del Alto Perú, estaba organizado con elementos puramente americanos, que tenían espíritu y cohesión. Componíanlos en su mayor parte naturales de la sierra del Bajo Perú. Sus soldados eran frugales, infatigables en las marchas, fieles a su bandera, subordinados a sus jefes

y siempre compactos en el fuego. Hablaban la misma lengua, eran de la misma raza mezclada del país en que combatían, cuyo clima es una continuación del suyo, y las asperezas y privaciones de las montañas les eran familiares. Todas estas circunstancias daban a las tropas españolas una gran superioridad sobre las argentinas en aquel terreno.

La organización militar, la inteligencia de los generales y la implacable energía del conquistador, siempre estuvo de parte de los realistas en las campañas del Alto Perú. Por el contrario, la inteligencia, el vigor de la iniciativa y la victoria siempre estuvo de parte de los argentinos cuando combatieron en su propio territorio, dentro del perímetro de las fronteras que la revolución había trazado. Huaqui, Vilcapugio y Ayohuma habían sido simplemente el choque de las fuerzas morales y materiales de la revolución combinadas. De aquí provenía que cada uno de los ejércitos se considerase de antemano vencido allí donde había sido tantas veces derrotado, o que se aventurase con zozobras en el territorio dominado por su enemigo. El recuerdo de sus recientes contrastes los perseguía como un fantasma aterrador.

La revolución vencida por las armas, triunfaba por la opinión en uno y otro teatro. Los ejércitos del Rey habían derrotado a los ejércitos patriotas en el Alto Perú, pero no habían conseguido domar el espíritu público. Dueños del campo de batalla, los realistas se sentían paralizados en medio de un país enemigo, en que, hasta la sumisión pasiva y el silencio mismo de los vencidos, era para ellos una amenaza muda que los alarmaba. En vano ensayaron el rigor más despiadado para vencer esta resistencia que estaba en la atmósfera. Los suplicios se levantaron en todo el territorio dominado por las armas del Rey, clavándose cabezas de insurgentes a lo largo de los caminos; los bienes de los emigrados fueron confiscados y vendidos en pública subasta; las poblaciones fueron saqueadas; se crearon comisiones militares que bajo el título de tribunales de purificación eran agentes de venganzas, y hasta se vendieron como esclavos a los dueños de viñas y cañaverales de la costa del Perú, los prisioneros de guerra de las últimas jornadas. No por esto desmayó el espíritu varonil de los pueblos del Alto Perú. La resistencia pasiva era indomable, la insurrección cundía a la menor señal, y hasta los toscos indios armados de macanas, de hondas y de flechas se lanzaban estoicamente a una muerte casi segura con la esperanza de que pronto serían vengados.

En tal situación, el general español sin poder retroceder ni atreverse a avanzar, se limitó a mantenerse con un pie en la frontera del Alto Perú y otro en la de Salta. Distribuyó convenientemente una parte de su ejército para asegurar las comunicaciones por su retaguardia, situó su cuartel general en Tupiza, y avanzó su vanguardia hasta Salta, a la espera de refuerzos del Bajo Perú para empren-

der operaciones decisivas. Esto no hizo sino empeorar la situación. Mientras el país que quedaba a sus espaldas se insurreccionaba de nuevo y atacaba su retaguardia, otro país animado de decisión no menos indomable se levantaba en masa a su frente, resuelto a disputarle el terreno, y atacaba su vanguardia en Salta.

Bajo la protección de estos dos levantamientos populares, el ejército patriota reconcentrado en Tucumán se reorganizaba y se reforzaba, sirviendo de reserva a las guerrillas de Salta, e impedía que el enemigo acudiese con todo su poder a sofocar las insurrecciones del Alto Perú. Sin estas diversiones el ejército derrotado en Vilcapugio y Ayohuma habría sido batido nuevamente o tenido que retroceder ante la vanguardia triunfante del enemigo, aun con San Martín a su cabeza y el refuerzo que éste trajo de Buenos Aires (700 hombres). Así lo comprendió el mismo San Martín, y por eso desde el primer momento (bien aconsejado por Belgrano en esto), todo su plan de campaña se redujo a fomentar la insurrección del Alto Perú y a dar organización y consistencia a la guerra de partidarios por la parte de Salta.

Después nos ocuparemos detenidamente de la guerra de partidarios en Salta. Por ahora nos contraeremos a las insurrecciones del Alto Perú en 1814 a espaldas del enemigo, una de las páginas más brillantes y menos conocidas de la revolución argentina.

VII

El general Belgrano, después de la derrota de Ayohuma, y al tiempo de evacuar el territorio del Alto Perú (diciembre de 1813), había dejado como gobernador de Cochabamba y comandante general de las armas patriotas a retaguardia del enemigo, al coronel don Juan Antonio Álvarez de Arenales. Al mismo tiempo, nombró gobernador de Santa Cruz de la Sierra al coronel Ignacio Warnes, subordinándolo en lo militar a Arenales. Sólo dos hombres del temple de Arenales y Warnes podían encargarse de la desesperada empresa de mantener vivo el fuego de la insurrección en las montañas del Alto Perú, después de tan grandes desastres, completamente abandonados en medio de un ejército fuerte y victorioso, y sin contar con más recursos que la decisión de poblaciones inermes y campos devastados por la guerra.

Arenales es, por sus antecedentes, por su carácter típico y por la originalidad de sus hazañas, uno de los hombres más extraordinarios de la revolución argentina. Aunque nacido en España, habíase educado en Buenos Aires, y se decidió con ardor por la causa americana desde el 25 de Mayo de 1810. En esta época, tomó parte en la revolución que estalló en Chuquisaca, de la que fue nombrado comandante de armas. Perseguido a consecuencia de este suceso,

permaneció prisionero en las casamatas del Callao hasta que en 1812 las cortes de Cádiz abrieron las puertas de su prisión. Al tiempo de la batalla de Tucumán hallábase en la ciudad de Salta, donde encabezó un pronunciamiento patriota, que inmediatamente sofocado, fue, para él, origen de nuevas persecuciones. Incorporado al ejército del general Belgrano en 1812, antes de la batalla de Salta, le acompañó en su expedición al Alto Perú, manteniéndose durante toda la campaña sobre el flanco del enemigo en Cochabamba, y cooperó con inteligencia y energía al éxito de las operaciones. Era Arenales un estoico por temperamento, que se trataba a sí mismo con más dureza que a los demás. Austero en sus costumbres, tenaz en sus propósitos y de una actividad infatigable, reunía a las virtudes civiles del ciudadano, los talentos del administrador, y a una voluntad inflexible en el mando, una cabeza fértil en expedientes en medio de las circunstancias más difíciles de la guerra. En su rostro adusto jamás se reflejó la sonrisa, ni las expresiones de dolor físico. Sus ademanes severos y bruscos, su mirada siempre seria, su cabeza casi cuadrada como la de un león domesticado y sus facciones, incorrectas que se destacaban enérgicamente en un óvalo prolongado, daban autoridad a su persona y a sus mandatos imperativos, no obstante cierto aire cómico y vulgar que contrastaba con su habitual gravedad. Bajo esta rústica corteza se escondía un alma ardiente, llena de bondad nativa, más apasionada por el deber que por la gloria, y que parecía buscar sus acres goces y encontrar su equilibrio en medio de los peligros y trabajos. Tal era el gobernador de Cochabamba, destinado a insurreccionar el Alto Perú a retaguardia del enemigo victorioso, cuyas cualidades, aunque notables, no prometían ciertamente al precursor y al maestro de una escuela de partidarios en Sud América.

San Martín, informado por Belgrano de estos antecedentes y del carácter de Arenales, se puso en comunicación con él, y despachó sucesivamente dos expediciones en su auxilio, remitiéndole armas y municiones al cargo de oficiales destinados a ayudarle en sus operaciones. Al mismo tiempo escribía al gobierno: "Mi objeto es promover la insurrección de los naturales del Perú y hacer al enemigo la guerra de partidarios, a cuyo efecto le he dado (a Arenales) instrucciones sobre el modo cómo debe hostilizar al enemigo."

Casi al mismo tiempo que San Martín promovía la guerra de partidarios por el frente y la retaguardia del enemigo, y expedía a Arenales las instrucciones de que se ha hecho mención, firmaba con mano firme una sentencia de muerte que se liga naturalmente con los sucesos del Alto Perú de que venimos ocupándonos.

Durante la permanencia de Belgrano en el Alto Perú, tomóse prisionero en Santa Cruz de la Sierra al coronel español Antonio Landivar. Había sido éste uno de los agentes más despiadados de las venganzas de Goyeneche, y en consecuencia el general le mandó for-

mar causa "no por haber militado con el enemigo en contra de nuestro sistema (dice en su auto), sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos que hubiese cometido contra el derecho de la guerra." Reconocidos los sitios en que se cometieron los excesos y levantaron los cadalsos por orden de Landivar, se comprobó la ejecución de 54 prisioneros de guerra, cuyas cabezas y brazos habían sido cortados y clavados en las columnas miliarias de los caminos. El acusado declaró que sólo había ajusticiado 33 individuos contra todo derecho, alegando en sus descargos haber procedido así por órdenes terminantes de Goyeneche, las que exhibió originales.

He aquí en extracto algunas de las órdenes de Goyeneche: "Potosí, diciembre 11 de 1812. Marche Ud. sobre Chilón rápidamente y obre con energía en la persecución y castigo de todos los que hayan tomado parte en la conspiración de Valle Grande, «sin más figura de juicio» que sabida la verdad militarmente." Otra: "Potosí, diciembre 26 de 1812. Tomará las nociones al intento de saber los generales caudillos y los que les han seguido de pura voluntad, «aplicando la pena de muerte a verdad sabida sin otra figura de juicio». Difiero a Ud. todos los medios de purgar ese partido de los restos de la insurrección que «si es posible no quede ninguno»." El 5 de diciembre de 1813 se reitera la misma orden, y a 11 del mismo mes y año, contestando a Landivar, le dice Goyeneche: "Apruebo a Ud. la energía y fortaleza con que ha aplicado la pena ordinaria a unos y la de azotes a otros, le prevengo que a cuantos aprehenda con las armas en la mano, que hayan hecho oposición de cualquier modo a los que mandan, convocado y acaudillado gente para la revolución, sin más figura de juicio que sabida la verdad de sus hechos y convictos de ellos, los pase por las armas. Apruebo la contribución que acordaba imponer a todos los habitantes que han tomado parte en la conspiración, o la han mirado con apatía o indiferencia." Por último, en varios otros oficios tanto Goyeneche como su segundo el general Ramírez escriben a Landivar: "Sólo creo prevenirle que no deje un delincuente sin castigo a fin de fijar el escarmiento en los ánimos de esos habitantes."

En vista de esos descargos, la defensa fue hecha con toda libertad y energía por un oficial de Granaderos a caballo, quien refutó con argumentos vigorosos las conclusiones del fiscal de la causa, invocando el principio de fidelidad que debía a sus banderas aun cuando fuesen enemigas, y la inviolable obediencia que debía a sus jefes, tratando de ponerlo bajo la salvaguardia de los prisioneros de guerra. Tal es la causa que con sentencia de muerte fue elevada a San Martín el 15 de enero de 1813, y que él con la misma fecha mandó ejecutar, escribiendo de su puño y letra "cúmplase", sin previa consulta al gobierno, como era de regla.

Al justificar la necesidad y urgencia de este proceder, San Martín escribía al gobierno: "Aseguro a V. E. que a pesar del horror que tengo a derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es absoluta necesidad el hacer un ejemplar de esta clase. Los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios, sin otro crimen que reclamar éstos los derechos que ellos les tienen usurpados. Nos hacen la guerra sin respetar en nosotros el sagrado derecho de las gentes y no se embarazan en derramar a torrentes la sangre de los infelices americanos. Al ver que nosotros tratábamos con indulgencia a un hombre tan criminal como Landivar, que después de los asesinatos cometidos aún gozaba de impunidad bajo las armas de la patria, y en fin, que sorprendido en un transfugato y habiendo hecho resistencia, volvía a ser confinado a otro punto en que pudiese fomentar como lo hacen sus paisanos, el espíritu de oposición al sistema de nuestra libertad, creerían, como creen, que esto más que moderación era debilidad, y que aún tenemos el azote de nuestros antiguos amos."

Este grito vibrante del criollo americano debía resonar por largos años en los campos de Salta y repercutir en las montañas del Alto Perú, obligando a los antiguos amos a reconocer a los partidarios como a soldados regulares y a tratar a los revolucionarios como a individuos amparados por el derecho de gentes.

El proceso Landivar da una idea del modo cómo se hacía en aquella época la guerra en el Alto Perú. Verdad es que las guerrillas sueltas, que por la independencia con que obraban unas de otras se denominaban republiquetas, respondían a su vez con tremendas represalias, y marcaban su trayecto con cabezas cortadas que colocaban clavadas en altas picas a la orilla del camino que debían recorrer los realistas. Según la expresión de un historiador contemporáneo del mismo país, "la guerra tomaba cada día un aspecto más horrible; pero las escenas de sangre a nadie aterrorizaban. Cinco años de combates y suplicios acostumbraron a los habitantes del país a ver con serenidad las calamidades de una lucha encarnizada; nadie temía verter su sangre, y todos deseaban derramar la de sus contrarios." Tal era la guerra en que iba a tomar parte Arenales, acaudillando la quinta insurrección de la heroica Cochabamba.

No se comprenderían bien las operaciones militares que van a seguirse, respecto de las cuales nada se ha escrito hasta hoy, sin echar antes una ojeada sobre el terreno en que van a desenvolverse.

El Alto Perú se divide en tres regiones, comprendidas entre dos cadenas de montañas, que forman el doble nudo de la cordillera de los Andes, de que hemos hablado antes. Entre ambas cordilleras se desenvuelven horizontalmente, a 4.000 y 4.400 metros sobre el nivel del mar, las grandes mesetas conocidas en la geografía con la denominación de llano boliviano. La cordillera occidental corre pa-

ralela al mar Pacífico dominando terrenos áridos y despoblados, desde el desierto de Atacama (que es una altiplanicie) hasta los primeros valles de la costa del Bajo Perú. El llano central, región poblada aunque inclemente, es el camino natural entre la República Argentina y el Bajo Perú, y había sido el teatro de las operaciones de los ejercicios en las dos anteriores campañas. La cordillera oriental, dominada por los más altos picos de los Andes cubiertos de nieves perpetuas, es, por el contrario, un verdadero paraíso intertropical. A su pie, por la parte del poniente, se extiende el risueño valle de Clisa, donde se asienta la ciudad de Cochabamba, que comunica con el llano central por cuestas de fácil acceso, y con Chuquisaca por los valles que se suceden en la misma dirección hacia el sudeste. Al naciente de esta cordillera y a espaldas de Cochabamba, se encuentra el Valle Grande, situado entre los últimos contrafuertes de los Andes por esta parte, que determinan el sentido hidrográfico que va a derramar sus caudales en el Amazonas. Más al nordeste está situada Santa Cruz de la Sierra, en medio de una vasta llanura cubierta de selvas vírgenes. Los confines de esta región son los territorios de Mojos y Chiquitos que se inclinan gradualmente hasta el nivel de las aguas del Océano Atlántico, lindando con el Brasil, el Paraguay y el Gran Chaco Argentino.

Con esta explicación se comprenderá bien que dominando el ejército realista el llano central y los valles circunvecinos al poniente de la cordillera oriental, la posición de Arenales en Cochabamba era insostenible con los escasos elementos de que podía disponer, y que sólo le quedaba franco el camino del Valle Grande a su espalda. Por este camino podía ponerse en contacto con Santa Cruz de la Sierra, a cuyo frente se hallaba Warnes y abrir comunicaciones con las Provincias Argentinas por la parte del Chaco. A la vez podía tomar por la espalda a Chuquisaca o a Cinti, con sólo faldear los contrafuertes de los Andes al naciente, dejando a Santa Cruz a su espalda, y marchar siempre por llanuras al abrigo de bosques y desfiladeros.

VIII

En la imposibilidad de sostenerse en Cochabamba, Arenales emprendió su retirada a los 15 días de la batalla de Ayohuma (29 de noviembre), al frente de 60 fusileros, cuatro cañones de pequeño calibre, algunos pocos jinetes y una inmensa muchedumbre armada de hondas y macanas que cubría la retaguardia y los flancos. Al principio trató de sostenerse en el inmediato valle de Mizque; pero, vivamente perseguido, tuvo que trasponer la cumbre de la cordillera oriental y situarse en las vertientes del naciente. Alcanzado en el pueblo de Chilón, consiguió rechazar a sus perseguidores, y conti-

nuó su marcha al Valle Grande con el objeto de hacerse fuerte allí, abriendo sus comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra.

En Valle Grande, Arenales aumentó sus fuerzas, formando un batallón de infantería con 165 fusiles y dos escuadrones de caballería, y se le incorporaron algunos caudillos con sus partidas sueltas. La insurrección se propagó por todos los valles inmediatos de la cordillera oriental. Alarmado Pezuela con este movimiento que se producía a retaguardia, desprendió una columna de 600 veteranos con tres piezas de montaña al mando del activo coronel Blanco, comandante militar de Oruro; dándole orden de pacificar el país, batir a Arenales, subyugar a Santa Cruz y ocupar por el Rey los territorios de Mojos y Chiquitos. En su marcha, encontró Blanco seis cabezas clavadas en señal de desafío por las guerrillas francas que dominaban los valles inmediatos.

El día 4 de febrero se encontraron en San Pedrillo, Blanco y Arenales. Después de tres horas de reñido combate, en que la victoria hubo de declararse por los patriotas, una parte de la tropa bisoña de Arenales huyó poseída de un pánico súbito, quedando los realistas dueños del campo y de la artillería cochabambina, sin que la mortandad por una ni otra parte fuese considerable. Blanco mandó pasar por las armas a los prisioneros, y en señal de triunfo cortó la cabeza de tres jefes insurrectos tomados con las armas en la mano. La guerra a muerte continuaba.

Blanco que sólo había avanzado con una parte de sus fuerzas (300 hombres) se replegó a Chilón (70 kilómetros), para reforzar y volver a tomar de nuevo la ofensiva. El infatigable Arenales (como le llaman los historiadores españoles), se replegó a su vez hacia la frontera de Santa Cruz de la Sierra con los restos de sus fuerzas llevando en cargueros su armamento y municiones de reserva. Allí se puso en comunicación con Warnes, y auxiliado por él, se rehizo prontamente en el pueblo de Abapó, sobre el Río Grande o Guapoy, sin abandonar del todo los desfiladeros de la cordillera. En todo el mes de marzo tuvo reunidos bajo su bandera 204 infantes armados de fusil y carabina, logrando montar con gran trabajo cuatro piezas de artillería del calibre de 1 y 2, con lo cual se dispuso a disputar al enemigo la entrada a Santa Cruz.

Warnes, aunque había auxiliado a Arenales desconoció su autoridad militar, y separando de él sus fuerzas, formó una división como de 1.000 hombres de las tres armas. Situóse con el grueso de ella en Horcas (a 90 kilómetros de la capital), adelantando su vanguardia a los pasos de la Herradura y Petacas en la cordillera, que se consideraban inexpugnables, en razón de ser dos escaleras talladas en la montaña, por donde no sin peligro puede descender un hombre a pie, especialmente por el de Petacas.

Al mismo tiempo que estas operaciones preparatorias tenían lugar, se sublevaban en favor de los patriotas los indios del Chaco a

lo largo del Pilcomayo; los caudillos Cárdenas, Padilla y Umaña insurreccionaban al partido de la Laguna en la provincia de La Plata, y se conmovían de nuevo las poblaciones a espaldas de Blanco. Este, aunque vencedor en San Pedrillo, no se atrevía a atacar a Arenales con sus 600 veteranos, limitándose a guardar el Valle Grande y a mantener en Jaque a Santa Cruz. Para contrarrestar esta nueva insurrección, Pezuela se vio obligado a desprender otra columna de más de 500 hombres al mando del coronel Benavente, a efecto de obrar en combinación con la de Blanco, para operar en el distrito contiguo de Tomina, a fin de tomar entre dos fuegos a los insurrectos de la Laguna. No obstante las ventajas parciales que obtuvieron ambas columnas en Pomabamba (19 de marzo), cuya población fue reducida a cenizas; en Tarabita (el 11 de abril), en Molle-Molle (el 13 del mismo mes), y en Campo Grande (21 del mismo), Benavente quedó tan debilitado, que se vio forzado a mantenerse a la expectativa; mientras que Blanco, diezmado por las fiebres intermitentes, tuvo que evacuar el Valle Grande, y a principios de abril replegarse a Mizque, cuyas poblaciones se habían insurreccionado de nuevo, cortando sus comunicaciones.

Como se ve, no habían transcurrido aún tres meses después de la derrota de Ayohuma, y ya la obscura insurrección de Cochabamba y Santa Cruz se convertía en una verdadera guerra, que ocupaba la cuarta parte del ejército enemigo, amenazaba su retaguardia y paralizaba, en consecuencia, sus movimientos. Luego se verá la influencia decisiva que ella tuvo en el éxito final de la campaña.

Al sentirse en Tomina la aproximación de la columna de Benavente que obraba en combinación con la de Blanco, Arenales acudió en auxilio de Umaña, sobre cuyo campamento se reconcentraban las fuerzas enemigas. Hallándose en los Sauces (Tomina), tuvo parte que blanco tomaba de nuevo la ofensiva y corriéndose por uno de sus flancos, había forzado los ásperos pasos de Herradura y Petacas, y desalojado la vanguardia de Warnes de estos puntos (11 de abril). A consecuencia de este contraste, la división de Warnes se dispersó en gran parte, y sus restos se pusieron en retirada buscando la incorporación de Arenales. Sabedor éste de lo ocurrido, marchó personalmente a proteger el movimiento retrógrado de Warnes, a quien encontró a los 45 kilómetros acompañado de dos compañías de pardos y morenos, una compañía de naturales montados y un piquete de fusileros mestizos, en todo como 300 hombres.

Reunidas las fuerzas de Arenales y Warnes componían un número casi igual al del enemigo. En consecuencia, resolvieron tomar la ofensiva y atacar a Blanco, que se había posesionado de la ciudad de Santa Cruz, después de sostener un combate en la Angostura. Blanco, por su parte, alucinado por su triunfo, destacó 200 hombres en persecución de los dispersos, destinó 80 hombres a la custodia de la ciudad, y con el resto que alcanzaría a cerca de 600 hombres,

de los cuales 300 eran de infantería de línea, marchó en busca de Warnes y Arenales. Aleccionado Warnes con sus recientes reveses, se había subordinado por el momento a la autoridad de Arenales, reconociendo la superioridad de sus talentos militares. En consecuencia, Arenales dispuso, de acuerdo con él, atraer a Blanco a un sitio reconocido de antemano, donde debía ser necesariamente batido.

La posición que ocupaban los patriotas les permitía maniobrar con ventaja y libertad. Hallábanse en el punto preciso en que se dividen los dos grandes sistemas hidrográficos del Amazonas y del Pilcomayo; tenían sobre uno de sus flancos los últimos contrafuertes de la cordillera; marchaban por el llano y al abrigo de selvas espesísimas que eran sólo transitables por angostos desfiladeros, de manera que podían cubrir sus movimientos, prever de antemano el camino preciso que traería el enemigo, y esperarlo o detenerlo donde mejor les conviniese. Sobre estas bases Arenales arregló su plan.

El 24 de mayo se descubrieron por la primera vez las fuerzas realistas, en Pozuelos. Los patriotas ocupaban la boca de un desfiladero de bosque, por el cual continuaron su retirada con toda seguridad ocultando su fuerza, y dejaron a su entrada una partida de observación para cubrir la retaguardia y atraer al enemigo a la emboscada. El 25 al amanecer, llegaron al lugar denominado La Florida, en el Río Piray.

El río Piray (que no debe confundirse con el del mismo nombre perteneciente al sistema del Amazonas), tiene su origen en la cordillera de Tomina: corre del oeste al este y es de poco caudal. En el punto elegido por Arenales se levantaba sobre su margen derecha una barranca como de dos metros de elevación; a su pie corría el río dilatándose en una playa; a su frente se extendía una ancha planicie; a derecha e izquierda dos cejas de un bosque coronaban la barranca; al centro un descampado, y a retaguardia, hacia el sur, el pueblo de La Florida, que debía dar su nombre al memorable combate de ese día. Arenales situó su artillería en el descampado. A uno y a otro costado emboscó su caballería, tomando Warnes el mando de la derecha con la división de Santa Cruz y el comandante Diego de la Riva el de la izquierda, con la de Cochabamba. Al pie de la barranca y bajo los fuegos de la artillería, abrió una trinchera, que disimuló con ramas y arena; allí emboscó su infantería formada en ala y rodilla en tierra. Su fuerza total alcanzaría a 800 hombres. En esta disposición esperó el ataque.

A las once y media del mismo día 25 de mayo, se sintió un tiroteo en el desfiladero del bosque fronterizo por donde debía desembocar el enemigo: era la avanzada patriota que se replegaba disputando el terreno. Un cuarto de hora después, asomó la cabeza de la columna realista en actitud de combate y precedida de guerrillas. Esta columna la componían 300 hombres de infantería de lí-

nea y como otros tantos de caballería, bien armados de carabina, lanza y sable y dos piezas de artillería.

Al desembocar al llano, Blanco desplegó en batalla y adelantó sus guerrillas por los costados, apoyándolas con fuertes reservas de caballería, con el objeto de tomar a los patriotas por la espalda, y rompió el fuego con sus piezas de a 4. En seguida hizo avanzar su infantería con fuegos sobre toda la línea. En este momento, abrió su fuego la artillería patriota por encima de su infantería atrincherada, que permanecía oculta según las órdenes de Arenales: Blanco siguió impávido su carga. Al entrar el enemigo a la playa del Norte y vadear sus primeras guerrillas el río, la infantería emboscada hizo una descarga general, y puesta súbitamente de pie avanzó sobre el humo a paso de ataque, suspendiéndose los fuegos de la artillería para no ofenderla. El avance fue tan gallardo y la evolución se ejecutó con tal rapidez, y fue tan oportunamente apoyado por un destacamento de flanqueadores que Arenales desprendió por la izquierda, que el enemigo, completamente envuelto, se puso en derrota, quedando en poder de los patriotas su artillería y muerto en el campo el coronel Blanco.

Lanzado Arenales en persecución de los fugitivos, se adelantó imprudentemente del grueso de sus fuerzas. Un grupo que huía volvió caras, cargó sobre él y le postró en tierra, dejándole allí por muerto, traspasado de catorce heridas, de las que tres le cruzaban el rostro. Conducido en hombros de sus soldados al campo de la victoria, sin proferir una queja, pudo consolarse de sus heridas al contar los trofeos. Dos banderas, dos cañones, 200 fusiles, 100 muertos, 99 prisioneros estaban en poder de los patriotas, con sólo la pérdida de un muerto y 21 heridos, incluso el mismo Arenales.

Esta fue la jornada de La Florida, que salvó a Santa Cruz de la Sierra y determinó la retirada del ejército realista en Salta, según se verá a su tiempo. Sus partes no han sido publicados jamás y el nombre dado a una de las principales calles de Buenos Aires en conmemoración de ella, es todavía un enigma para muchos. Por esta hazaña, Arenales fue elevado al rango de general y se decretó un escudo de honor con esta inscripción: "La Patria a los vencedores de La Florida."

IX

No caben en nuestro cuadro histórico las operaciones y combates posteriores. Empero, consignaremos brevemente sus principales sucesos para volver a tomar el hilo de nuestra narración.

Apenas restablecido Arenales de sus heridas marchó con su división a posesionarse nuevamente del Valle Grande. Encontrándose con una división enemiga de 200 hombres, la derrotó en Postrer Va-

lle (el 4 de julio), causándole grandes pérdidas y tomó 30 prisioneros. Hostilizado por dos divisiones y habiéndole negado Warnes los auxilios que le pidió para atacarlas, tuvo que comprometer el combate con una de ellas, fuerte de 400 hombres, para impedir la reunión de ambas. La acción tuvo lugar en Sumapaita (el 5 de agosto), donde fue batido Arenales con pérdida de la artillería; pero quedó fuera de combate la mitad de la columna enemiga, que se vio en la imposibilidad de penetrar al territorio de Santa Cruz.

Con los restos de su división se concentró en los Sauces, reuniéndose en la laguna el comandante Manuel Asencio Padilla (que tan famoso debía hacerse en esta guerra) a la cabeza de una columna de indios honderos, y obligó a la fuerza realista al mando de Benavente que operaba en Tomina, a replegarse a Yamparáez, amagando la comunicación entre Chuquisaca y Cochabamba. Rehecho un tanto, volvió a posesionarse del Valle Grande, y mantuvo viva la insurrección en todos los valles desde allí hasta Chuquisaca.

Dieciocho meses sostuvo esta guerra extraordinaria y dio cuatro combates que costaron al enemigo 1.300 hombres entre muertos, heridos y dispersos. Al cabo de este tiempo entró triunfante en Cochabamba, rindió su guarnición, y se posesionó de Chuquisaca, incorporándose con 1.200 hombres al ejército argentino, que en 1815 efectuó más tarde la última gran campaña del Alto Perú, que debía terminar desastrosamente en Sipe-Sipe.

Volvamos ahora a Tucumán y Salta.

Capítulo VI

LA GUERRA DEL NORTE

1814

Año de transición y soluciones. — Los ejércitos beligerantes del Norte. — Planes de San Martín. — Nueva escuela militar. — La guerra y la opinión. — Insurrección popular de Salta. — Teatro de la guerra de partidarios. — Guerra de recursos. — Vanguardia del ejército patriota del Norte. — Dorrego y Güemes. — Hazañas de los salteños. — Castro y Marquiegui. — Operaciones del ejército realista del Norte en Salta. — Toma de Montevideo. — Retirada de la invasión española. — Revolución del Cuzco. — Enfermedad de San Martín. — Deja el mando del ejército del Norte. — El criollo americano. — San Martín intendente de Cuyo. — Rasgos fundamentales de su carácter.

I

El año XIV fue de transición y de soluciones del complicado problema de la revolución argentina dentro de sus líneas generatrices con proyecciones sudamericanas. Las fronteras naturales de la nacionalidad que encerraban esas líneas, diseñáronse por la agrupación de sus elementos orgánicos; la guerra intestina recrudeció con el carácter de descomposición del orden colonial, inoculándole el germen de una democracia genial; el último baluarte y el último ejército que mantenían enarbolados los pendones del rey de España dentro de su territorio fueron rendidos: adquirió definitivamente la preponderancia naval en las aguas fluviales y marítimas de sus dominios, venciendo y aprisionando la última escuadra realista del Río de la Plata; desenvolvió una nueva fuerza que yacía latente, por la intervención espontánea del pueblo en la lucha armada; expulsó la segunda invasión que intentó atacarla en su terreno, que desde entonces fue inmune; se inició un nuevo sistema de guerra, que debía ser decisivo para la defensa, y por último, comenzó a incubarse el plan de campaña continental de la ofensiva revolucionaria contra la metrópoli en sus colonias, que aseguraría la emancipación de la América del Sur, perfilándose el genio que después de concebir-

lo había de ejecutarlo matemáticamente. Los pródromos del año no prometían, empero, estos resultados.

Como se ha visto en el capítulo anterior, la situación militar de que se recibió San Martín comportaba el doble y arduo problema de dar nuevo nervio a la revolución armada, reaccionando contra la derrota y contra las corrientes militares establecidas, a fin de propagarla por todo el continente sudamericano, y esto, sobre la base de un ejército en esqueleto, sin fuerza moral. El ejército del Norte, a principios del año, apenas alcanzaba al número de 600 hombres, y aun después de reforzado, no pasaba de 2.000 soldados bisoños trabajados por la deserción. Desorganizado, decapitado de sus mejores jefes y oficiales, desnudo, era una masa informe e inerte, incapaz de hacer frente al enemigo. Las armas españolas, vencedoras en dos sucesivas batallas campales, ocupaban la jurisdicción de Jujuy y Salta, y amenazaban ocupar toda la frontera del norte del país argentino, con el ánimo de abrirse los caminos de la pampa que conducen al litoral del Plata y de operar en combinación con Montevideo.

El nuevo general en jefe, al examinar la tensión de los resortes que estaba encargado de remontar, decía con referencia a los oficiales: "La experiencia me ha convencido que el mal que ha tenido y tiene este ejército es la mala clase de sus oficiales, aunque los hay sobresalientes." Con relación a la carencia de jefes, se expresaba así: "A pesar de los desvelos y fatigas que empleo constantemente para adelantar la organización de este ejército y la disciplina de las tropas, si en el día tuviese que batirme con el enemigo, temería mucho que fuese aventurada cualquier acción, no tanto por la falta de aquéllas, cuanto por la de jefes que me ayuden a desempeñarla. En vano combinará un general los mejores planes, si le faltan jefes que sepan ejecutarlos." Insistiendo sobre el primer tópico, elevábase a severas consideraciones, en otra ocasión: "La subordinación y la ciega obediencia es el alma del sistema militar. Yo tengo la desgracia de haber tomado el mando de un ejército derrotado, cuyo oficiales parece no han escapado de las manos del enemigo sino para prepararle la conquista del resto de las provincias. Nuestras circunstancias exigen imperiosamente medidas imponentes. Las armas de la patria cuyo mando se me ha confiado en este ejército, no podrán prosperar de aquí en adelante hasta que el ejemplo del escarmiento contenga a unos y despierte en otros la noble pasión de la gloria, que es la que hace obrar prodigios de valor y fortaleza."

En tal situación y con tales elementos, el general San Martín tenía que hacer frente a la invasión realista, que engreída por sus recientes triunfos, amenazaba avanzar sobre Tucumán con el objeto inmediato de ocupar toda la frontera del norte argentino y el propósito ulterior de combinar operaciones con el ejército español que sostenía la plaza fuerte de Montevideo, apoyado en una fuerte es-

cuadra dominadora del Río de la Plata. Con arreglo a este plan, el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio y Ayohuma, había establecido su cuartel general en Tupiza, a inmediaciones de la línea divisoria del Alto Perú, haciendo adelantar su vanguardia hasta Jujuy, al mando del general Ramírez, el más hábil y resuelto de sus tenientes. Al mismo tiempo ordenó una recluta de dos o tres mil hombres en la sierra del Bajo Perú, formando dos nuevos batallones con los contingentes de los valles inmediatos de Chichas y Cinti, por conceptuar insuficientes sus fuerzas para emprender un movimiento ofensivo. A su retaguardia, escalonó convenientemente una parte de un ejército para mantener libres sus comunicaciones, y sujetar las poblaciones del Alto Perú, dispuestas a sublevarse nuevamente sobre la base de las bandas armadas que aún se mantenían en las provincias de Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, alimentando el fuego de la insurrección.

El ejército de Pezuela se componía de 4.500 a 5.000 hombres de tropas regulares, que a consecuencia de la deserción, quedaron reducidos a 4.000. La vanguardia compuesta de tres batallones y cuatro escuadrones con ocho piezas de artillería (de 1.500 a 2.000 hombres), se posesionó sin resistencia de Jujuy, avanzando su caballería hasta la ciudad de Salta, y extendió sus avanzadas hasta el arruinado fuerte de Cobos.

El ejército del Norte, cediendo al enemigo el terreno que no podía disputarle, se replegó sobre Tucumán, y estableció su línea de puestos avanzados sobre Guachipas, en protección de los valles del sur de Salta, y la extendió por la margen del Pasaje, límite entre las dos jurisdicciones. Al mismo tiempo la población de Salta se insurreccionaba en masa y se ponía en campaña por movimiento propio, cubriendo así al ejército regular con una improvisada vanguardia popular.

El general patriota, en la imposibilidad de rechazar militarmente la invasión, se convirtió en maestro de escuela y en jefe de partidarios, apelando a las estratagemas y a la diplomacia militar en que era maestro eximio. Por estos medios, supliendo la fuerza con la perseverancia y la sagacidad, hizo evacuar al enemigo el territorio invadido, antes de cumplirse los siete meses, sin necesidad de empeñar una batalla, como va a verse.

II

Al encargarse San Martín del Ejército Auxiliar del Perú, no traía ningún plan preconcebido. Sin conocimiento de los hombres o del terreno en que debía operar, ni del género de guerra que debía emprender; ignoraba los recursos de que podía disponer el enemigo, cuyos planes sólo llegó a penetrar más tarde. Así es que, guiado

únicamente por informes incompletos, y aconsejado por su experiencia exótica y por ideas teóricas de la guerra, sus primeros pasos se resienten de cierta vacilación, hasta que, dominando la situación, se le ve obrar resueltamente como si una inspiración súbita lo hubiese iluminado.

De una idea fija se le ve, sin embargo, preocupado desde el primer momento, y es reconcentrar el ejército en Tucumán, para reorganizarlo bajo un nuevo plan, instruirlo y disciplinarlo en una nueva escuela militar, teniendo bajo su mano una masa disponible para obrar según las circunstancias. Con esta idea consultó al coronel Dorrego, jefe de la vanguardia sobre la línea del río Guachipas, si era necesaria y conveniente su permanencia en esa posición y si podría encomendarse este servicio a la milicia del país. Dorrego era un oficial valiente, de talento natural, con instrucción y buenas ideas militares, que a la sazón hostilizaba a la vanguardia enemiga, aunque con escasos elementos; así es que su informe escrito, previo un reconocimiento prolijo, habilitó al general en jefe para adoptar una resolución acertada sobre este punto.

Reconcentrado todo el ejército regular de Tucumán, San Martín que había pedido contingentes de reclutas a las jurisdicciones de su dependencia, llegó a tener bajo sus banderas una fuerza de como de 3.000 hombres, medianamente organizada, aunque poco consistente todavía para medirse con un enemigo disciplinado y victorioso. Con estos elementos bajo su inmediata dirección, con el país insurreccionado al frente y a retaguardia del enemigo, y habiendo al fin penetrado los planes y estimado los recursos del ejército realista, el general del Norte se mantuvo en actitud defensiva, confiado en ella y resuelto a mantenerla. En este sentido escribía al gobierno diciéndole: "El enemigo ha sido reforzado. Hasta la fecha se ha limitado a correrías en busca de subsistencias. A pesar de que lo anuncian, no bajarán hasta Tucumán, porque no tienen fuerza para ello, y aunque las aumenten, no tengo temor, porque hay tiempo para prepararse."

El enemigo no llegó a penetrar los planes de San Martín, sino muy tarde, ni a conocer con exactitud el número de sus fuerzas, tal fue el misterio de que se rodeó, y tal la decisión del país que sólo podían cruzar impunemente las partidas y los espías patriotas. Para aumentar este prestigio y darse un punto de apoyo, hiriendo a la vez la imaginación de amigos y enemigos, dispuso a inmediaciones de la ciudad de Tucumán la construcción de un campo atrincherado, que con el nombre de Ciudadela se ha hecho célebre en los fastos argentinos, y que por mucho tiempo ha sido un problema histórico. Así mostraba que estaba decidido a sostener su posición a todo trance, infundiendo confianza a unos e imponiendo respeto a otros; evitaba la deserción que lo devoraba; secuestraba su ejército del contacto de las poblaciones, y envuelto en el misterio, abultaba

el número de sus tropas, preparándose igualmente a la defensiva o a la ofensiva, caso de ser atacado. Nadie vio nunca salir fuerzas de aquel recinto inviolable, y con frecuencia entraban a él gruesos destacamentos que acudían de diversos puntos, y que se computaban como otros tantos refuerzos. Eran los mismos soldados que salían durante la noche, se engrosaban con algunos reclutas, y al cabo de varios días regresaban al campo atrincherado figurando un nuevo contingente. Con esta fantasmagoría nadie dudaba que el ejército del Norte contaba dentro de aquellos muros con más de 4.000 hombres.

En esta actitud contenía por la acción moral la anunciada invasión del ejército sobre Tucumán, a la vez que lo combatía por la guerra de partidarios al frente y a la espalda, mientras él maduraba sus planes y aumentaba sus fuerzas para desalojar a los realistas del territorio que ocupaban, o los obligaba a evacuar a Salta y Jujuy, sin combatir —como sucedió—, por la acción combinada de todos estos medios, cuya eficacia se apreciará mejor más adelante.

Bien se alcanza que, mientras Montevideo estuviese dominada por la España, y la revolución de Chile no diese sólidas garantías de cubrir a las Provincias Unidas por uno de sus flancos vulnerables, era imposible pensar en ningún movimiento ofensivo sobre el Alto Perú. Por esto, los planes del general del Norte no iban más allá de Jujuy, y se limitaba entretanto a una rigurosa defensiva militar, haciendo servir a su ejército de punto de apoyo de la resistencia popular, que en Salta, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, hostigaba al enemigo, lo debilitaba, y paralizaba sus movimientos, ganando y perdiendo batallas.

III

Al mismo tiempo que reorganizaba su ejército y remontaba su fuerza, en previsión del ataque y la defensa, San Martín se constituía en maestro de una escuela militar, teniendo que educar discípulos indóciles y desaplicados, como él mismo decía: "En vez de aplicarse con más empeño que nunca a la propia instrucción y disciplina de la tropa, he tenido el desconsuelo de verlos abandonados, distraídos y negligentes, dando (los oficiales) más trabajo que los mismos soldados." En su severa escuela se iniciaron en los rudimentos del arte de la guerra que ignoraban, se retemplaron los resortes relajados de la disciplina, y se educaron oficiales y soldados aprendiendo a mandar y obedecer. Sobre la base del regimiento de Granaderos a caballo que presentaba como modelo digno de copiarse, introdujo en la caballería los adelantos de la táctica moderna, reformó la del arma de infantería y estableció al efecto una academia que él presidía en persona. Otra de las reformas que introdujo fue

abolir las exhibiciones de mero aparato en la milicia, de que tanto se había abusado en los primeros años de la revolución, contrayéndose a hacer del soldado una verdadera máquina de guerra, sin descuidar por esto los móviles que podían estimular el patriotismo, pero con seriedad, de modo de infundirle una conciencia más austera del deber militar.

El general Belgrano, reducido a la condición de simple jefe de regimiento, recibía modestamente las lecciones del nuevo general. En una ocasión, al repetir la voz de mando que daba el general en jefe, el coronel Dorrego pretendió hacer mofa de Belgrano. Era Dorrego el jefe más altivo y prestigioso del ejército, con defectos de carácter que deslucían sus bellas cualidades. San Martín (que lo distinguía especialmente y aun lo había propuesto para mayor general de su ejército), le llamó al orden, y al reincidir en la misma falta, empuñó un candelero de bronce, con que dio un vigoroso golpe sobre la mesa que tenía por delante, y le dijo mirándole con sequedad: "He dicho, señor coronel, que hemos venido a uniformar las voces de mando." Dorrego, dominado por aquella voz y aquel gesto, no volvió a reírse, y nadie volvió a reírse ya en presencia de San Martín. Pocas horas después, Dorrego era confinado a Santiago del Estero en castigo de su innoble ligereza.

En otra ocasión, habiendo ordenado que cada cuerpo presentase a una hora determinada un piquete de 25 hombres a fin de entresacar los más aptos para remontar el regimiento de Granaderos a caballo, el comandante La Madrid, uno de los jefes más valerosos y mimados del ejército, se le presentó con el objeto de hacerle algunas observaciones. Apenas se le presentó, San Martín sacó el reloj, y le dijo: "Han pasado ya dos minutos de la hora en que deben estar en formación los piquetes que se han pedido." Desde ese día nadie le hizo observaciones.

Para completar su plan de educación militar, fundó una academia de matemáticas, organizando con sus alumnos un plantel de ingenieros, y trazó con ellos el pentágono y los bastiones del campo atrincherado, inculcándoles al fijar los jalones y al tender las cuerdas sobre el terreno, que "ejército sin matemáticos, no puede existir." Intentó generalizar en los cuerpos del ejército la institución secreta de los Granaderos a caballo. Como encontrara resistencias para su adopción, se limitó a permitir el duelo, lo que modificó el espíritu del ejército, y produjo mayores inconvenientes que ventajas.

Por este tiempo, se separó de su lado el más ilustre de sus discípulos, y su maestro en abnegación, virtud y patriotismo. El general Belgrano, arrebatado a su amistad, al amor de las poblaciones y a las simpatías del ejército, por las exigencias del gobierno que se empeñaba en someterlo a juicio por sus últimas derrotas, era este discípulo y este maestro. Un nuevo rasgo acentuará la fisono-

mía de estos fundadores de las dos grandes escuelas militares de la revolución, cuya influencia se ha prolongado en sus discípulos por más de dos generaciones. Dejaremos que uno de ellos establezca el contraste con sus propias palabras, dando a la vez una alta lección moral. Al pasar Belgrano por Santiago del Estero, postrado por la enfermedad y entristecido por la desgracia, encontróse con el coronel Dorrego. Este aprovechó la oportunidad para vengarse del general que lo había confinado allí, haciendo que un loco pasease las calles de la ciudad, ridículamente ataviado con un remedo del uniforme del vencedor de Tucumán y Salta, recientemente derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, y mostró así que no sabía ni agradecer, ni perdonar, ni respetar siquiera el infortunio.

Mientras su caricatura era el ludibrio de la ciudad, Belgrano con alma serena escribía a San Martín una carta criticando su sistema disciplinario, especialmente en lo relativo al duelo, y le daba amistosos y patrióticos consejos dignos de consignarse en las páginas de la historia. Decíale: "La guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino con la opinión, apoyada en las virtudes morales. Conserve la bandera que le dejé. Acuérdese que es un general cristiano: tenga presente no sólo a los generales de Israel, sino a los de sus gentiles y al gran Julio César que jamás dejó de invocar a los dioses inmortales, y por sus victorias se decretaban rogativas en Roma."

El general que con esta libertad de espíritu y prescindencia de formas externas evocaba al Dios bíblico de Israel y a los dioses mitológicos de la antigua Roma bajo la advocación de Cristo, era un verdadero creyente, un patriota y un político que perseguía un propósito, al poner en juego los resortes morales que mueven al hombre al sacrificio. Era el inventor de la bandera argentina como símbolo de independencia. Había nombrado por generala de su ejército a la Virgen de Mercedes y depuesto a sus pies las banderas conquistadas al enemigo con soldados que llevaban sobre sus uniformes los escapularios que él mismo distribuyó antes de la batalla, como talismanes de la victoria. A la sazón, enseñaba a San Martín que la guerra no sólo había de hacerse con las armas, sino también con las fuerzas morales. Era un maestro en su género, que daba lecciones a otro maestro más grande que él como genio militar, el cual, creyendo también en la fuerza de la opinión de los pueblos civiles, creía más en la disciplina y la estrategia que en la eficacia de los escapularios y en la intervención de las divinidades antiguas y modernas.

Los dos grandes maestros no volvieron a verse en el mundo; pero fueron eternamente fieles el uno al otro.

IV

"La guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino también con la opinión", decía Belgrano a San Martín, en momentos en que esta gran verdad se comprobaba por hechos memorables, que eran la consecuencia de la fiel observancia de esa máxima. La revolución, vencida por las armas, triunfaba por la fuerza de la opinión en el Alto Perú y en la línea de las operaciones militares. Los ejércitos realistas, al derrotar a los ejércitos patriotas, no habían podido quebrar el espíritu público, y dueños del campo de batalla o del terreno que ocupaban con sus armas, se sentían paralizados en sus operaciones y dominados por las poblaciones insurreccionadas a su frente y a su retaguardia. La provincia de Salta fue una de las que se señaló en este nuevo género de hostilidades, iniciando un nuevo sistema de guerra defensivo-ofensiva, que contribuyó eficazmente al triunfo de la independencia argentina.

Situada la provincia de Salta en la extremidad septentrional del territorio argentino y en contacto con el Alto Perú, fue una de las primeras que respondió al movimiento inicial de Buenos Aires en mayo de 1810, cerrando el circuito revolucionario, que revelaba en su órbita el movimiento circulatorio de los elementos coherentes que debían constituir una nueva nacionalidad, cuya ley geográfica en el orden político y militar hemos estudiado en el capítulo anterior. Desde entonces, Salta fue el palenque cerrado de las invasiones realistas al territorio argentino, como el Alto Perú fue de las invasiones argentinas el territorio del Perú. En uno y otro teatro, fue donde se desenvolvió esa fuerza latente de la revolución a que nos hemos referido; pero en Salta, más sistemáticamente y con más eficacia.

La primera manifestación popular de la población de Salta, que acusó desde un principio una predisposición nativa, fue la organización de su milicia cívica con caracteres espontáneos y originales, obrando con independencia y por inspiración propia en sus medios de ataques y defensa. Organizada en 1810 la guardia urbana de infantería por alistamientos voluntarios de jóvenes, llamados entonces "nobles", o decentes, surgió de improviso del pueblo una partida de caballería de campesinos, con instintos de cosacos y cualidades de mamelucos, pero con tendencias y formas nuevas, acaudillada por un oficial destinado a ilustrarse por hechos memorables. Era éste el teniente Martín Güemes, natural de Salta, que había hecho sus primeras armas contra los ingleses en las jornadas de la reconquista y de la defensa de Buenos Aires en 1806 y 1807, y que a la sazón se constituía en vanguardia del primer ejército patrio que marchaba invadir el Alto Perú. Al frente de su improvisada partida, en-

sanchó la zona avanzada de vigilancia de la revolución hasta Tupiza, interceptó los caminos, hostilizó al enemigo, hizo penetrar sus espías hasta Potosí a retaguardia de sus posiciones y los aisló en un círculo que les impedía tener noticias de los movimientos de los patriotas. Destacado luego en Tarija, concurrió oportunamente con un refuerzo de hombres y municiones a la batalla de Suipacha en el mismo año de 1810, primera y última victoria de la revolución argentina en el Alto Perú. En 1811 pasó a Buenos Aires, conduciendo los prisioneros del Alto Perú, y fue agregado en clase de capitán, como comandante de milicias, al estado mayor general. Asistió hasta 1813 al segundo sitio de Montevideo, y estuvo ausente de su provincia natal durante las campañas de Tucumán y Salta; pero en 1814 encontrábase de regreso en Santiago del Estero, casi al mismo tiempo que el general San Martín se recibía del mando del ejército del Norte y la insurrección de Salta contra el invasor tomaba formas populares, con una organización militar apropiada a sus medios y fines, que él perfeccionaría más adelante, dándole mayor consistencia. Muy pronto le veremos hacer su aparición histórica.

La insurrección salteña en presencia del invasor triunfante, fue tan deliberada como valerosa. La población emigró en masa por movimiento propio, refugiándose en los bosques y las montañas los hombres de armas, resueltos a combatir por su cuenta. Los ranchos de los campos quedaron abandonados y las ciudades casi yermas. En la capital de la Provincia se sacaron hasta los badajos de las campanas para que el enemigo no pudiese ni aun celebrar sus triunfos con ellas, permaneciendo en sus conventos tan sólo dos frailes valetudinarios para administrar los sacramentos a los enfermos y a los ancianos que no podían moverse. Un testigo presencial de alta autoridad, que da fe de este movimiento unánime y espontáneo, dice refiriéndose a él: "Estas disposiciones del paisanaje prepararon esa resistencia heroica que la provincia de Salta sola opuso a los ejércitos españoles. De entonces principia ese desenvolvimiento de fuerza que hizo otros tantos soldados valientes de cuantos habitantes tenía aquel suelo fecundo. Las partidas enemigas que salían de la ciudad se veían siempre aisladas, marchando siempre por un desierto y entre bosques, en que cada árbol ocultaba un enemigo. Oficial español hubo que atravesaba uno de ellos a la cabeza de su numerosa partida, con la pierna puesta sobre el pescuezo del caballo, silbando una contradanza, cuando una mano invisible, de lo más espeso del bosque le disparó un tiro que le dejó cadáver en el acto y sobre el mismo sitio."

Hechos más determinados y característicos darán idea de la espontaneidad y vigor de este movimiento insurreccional. Posesionada de Salta la vanguardia realista, destacó al frente de una partida de 30 hombres armados de tercerolas y sables, a un teniente llamado Ezenarro, natural del Cuzco, con el fin de ocupar el distrito

de Chicona, a 52 kilómetros al sur de la ciudad de Salta, en el valle de Lerma, el cual, como americano renegado, exageraba la crueldad contra los de su raza. Sus exacciones exasperaban al paisanaje, predispuesto a la rebelión. En el primer domingo de su llegada, después de oír misa los del pueblo, dijo uno de ellos: —"¡No hay más que alzarnos contra esa canalla!" —"¿Y con qué armas?", preguntó uno. —"Con las que les quitemos", repuso otro. —Un propietario de la localidad llamado Luis Burela, se puso al frente de sus paisanos, sorprendió la guardia, desarmó a Ezenarro y su partida y los remitió prisioneros a Tucumán. Armado con las armas del Rey, salió a campaña y se aproximó a los Cerrillos a 15 kilómetros de Salta. Los españoles desprendieron contra él una compañía de línea, la que atacada inmediatamente por los insurrectos fue tomada en su mayor parte prisionera junto con su jefe y remitido como trofeo popular a Tucumán. Otro propietario, llamado don Pedro Zabala, hombre de edad madura, imitando el ejemplo de Burela, formó en los mismos días otra partida con sus peones y algunos voluntarios, y se puso también en campaña entre San Agustín y los Cerrillos. Estas dos partidas iniciaron la resistencia y mantuvieron el terreno en que se alzaron inermes al frente del enemigo.

Generalizado y sistemado el movimiento insurreccional, todas las voluntades de hombres, niños y mujeres concurrieron a la resistencia: el enemigo se sintió vencido por ella. El general español Valdez, en una invasión posterior, al llegar con su tropa a la inmediación de un pobre rancho, y ver a un muchacho de cuatro años que montaba a caballo a la voz de su madre, y partía a todo escape para llevar a su padre la voz de alarma contra el invasor, exclamó: "¡A este pueblo no lo conquistaremos jamás!" Y así fue, pues, desde entonces Salta fué el invencible antemural delante del cual retrocedieron anonadados los más numerosos y aguerridos ejércitos realistas, rechazados por la sola fuerza de la opinión pública en acción.

V

No se comprendería bien el carácter original de la insurrección popular de Salta ni el papel militar que desempeñó en la guerra ofensivo-defensiva que inició, sin el conocimiento del teatro de sus operaciones, por lo cual se hace necesario echar una ojeada sobre él.

La provincia de Salta, que desde entonces formaba parte integrante la jurisdicción de Jujuy, está enclavada entre los primeros contrafuertes de los Andes que se desprenden del último nudo meridional que forman sus dos cadenas, dentro de las cuales está encerrado el Alto Perú, y ligan la región de la Pampa del Plata a la región montañosa con que linda, participando su naturaleza y su fisonomía

del triple carácter de las llanuras y las montañas y de la intermedia zona tropical a cuya inmediación se encuentra en el extremo norte de la República Argentina. Era por lo tanto la puerta y la barrera de las invasiones que descendían del Alto Perú, y su conservación o su pérdida debía dar por resultado, o bien el rechazo de ellas o bien entregarles la llave del territorio. Jujuy era la primera etapa de las invasiones descendiendo por la quebrada de Humahuaca, y dominada ésta, los caminos que conducen a los valles y llanuras subsiguientes les quedaban abiertos; pero esto no les daba su dominio, y la ocupación misma de la ciudad de Salta tampoco resolvía este problema a menos de no ocupar militarmente todo el país y contar con las simpatías de su población.

Lo que propiamente se llama provincia de Salta, es un macizo de serranías en que se suceden valles abiertos, planicies y desfiladeros, con bosques y corrientes de agua que la hacen muy apropiada para un guerra irregular defensivo-ofensiva, y fueron estas ventajas las que supieron aprovechar los partidarios, adaptando su táctica elemental al terreno en que operaban. Agréguese a esto que los valles de Lerma y de Calchaquí, San Carlos y Guachipas, que se extienden al sur de Salta, constituyen su granero y el centro de sus recursos en hombres y ganados, de manera que, sin su posesión la conquista de su capital no da la de su territorio, ni habilita al invasor para proseguir sus marchas al interior del país. Por lo tanto, substraer esta parte del territorio del dominio de las armas realistas, importaba contener desde luego la invasión y privarla de los medios de adelantar sus operaciones. Esta era la misión encomendada a los partidarios, o más bien, la que ellos mismos se habían impuesto por instinto patriótico.

Los realistas, dueños de la ciudad de Jujuy a la salida de los desfiladeros del Alto Perú, y la de Salta a la entrada superior del valle de Lerma por el norte, dominaban los dos caminos que desde ellos conducen a Tucumán por el este, y adelantaban sus avanzadas hasta la salida de las quebradas que dan acceso a la llanura, que es la parte más árida y menos poblada. Por el contrario, la simple posesión de la ciudad de Salta a la cabeza del camino de los valles del Sur, no les daba el de esta comarca, por cuanto allí el país se presta mejor a la defensa, con comunicaciones seguras con Tucumán por la quebrada de Guachipas, que contorneando por el sur y por el este el macizo inaccesible de la sierra oriental, pone en contacto por retaguardia a la región montañosa con la llanura donde comienza la jurisdicción de Tucumán, a la sazón ocupada por el ejército patriota del Norte. Por la quebrada de Guachipas corre el río del mismo nombre, que al descender al primer plano inclinado del llano, toma el de Pasaje (hoy Juramento), formando en este punto el límite natural entre las provincias de Salta y Tucumán. Así, para comunicarse una con otra por el camino carretero que faldea la sie-

rra, se hace necesario atravesar el Pasaje e internarse en los desfiladeros que ocupaban los españoles, dueños de Salta y de Jujuy, mientras que, para efectuarlo por el de herradura de los valles (llamado de las cuestas, por ir entre montañas), basta remontar o descender la corriente del Guachipas que conduce a los valles y a las inmediaciones de las planicies australes de Salta.

La comarca que hemos descrito estaba poblada por "hombres extraordinarios, diestros, altivos e incansables", según los honrosos calificativos dados por los mismos enemigos a quienes vencieron con su táctica original. Laboriosos, fuertes, ágiles y avezados a las fatigas de la intemperie; con un instinto bélico que les sugería combinaciones nuevas en el arte de la guerra elemental; individualmente valientes, que obraban aisladamente con inteligencia por inspiración propia, y con una coherencia que los hacía buscar el concurso de la colectividad; aptos para el manejo de las armas blancas y de fuego, a las cuales agregaban las indígenas del garrote, el lazo y las bolas, que por su novedad producían el terror en las filas enemigas; jinetes, que así atravesaban a gran galope un bosque espinoso protegidos por guardamontes de cuero, como trepaban y descendían a toda carrera una cuesta empinada; buenos tiradores trepados en los árboles o montados en sus caballos, que convertían en trincheras al echar pie a tierra y sostener un fuego como la mejor infantería, y sobre todo, con el conocimiento perfecto del terreno y de todos sus escondrijos, y un espíritu patriotico de resistencia, los gauchos de Salta reunían todas las cualidades necesarias para sostener una guerra irregular de incursiones, escaramuzas y sorpresas y aun combates formales como lo demostraron en el curso de esta campaña de ensayo, nueva en su género, y de las que sucesivamente sostuvieron con honor y con éxito.

En vista de esta descripción y con estos antecedentes se comprenderá, cómo, cubierta por las avanzadas del ejército de Tucumán la línea del Pasaje y situada su vanguardia destacada en la boca superior de la quebrada de Guachispas, las primeras proveían a la seguridad y vigilancia inmediata, mientras la otra, dueña del terreno, cubría el valle de Calchaquí que quedaba a su espalda, y con sus comunicaciones francas por el flanco y por la retaguardia, a la vez que libre su retirada, amagaba por su frente todo el valle de Lerma dominado por la insurrección, podía extender sus correrías hasta la misma ciudad de Salta, y estrechar allí a los invasores privándolos de recursos. Este plan de vigilancia y de hostilidades irrefulares fue el que adoptó el general Belgrano, aconsejado por la configuración del terreno y el instinto popular, cuando después de la derrota de Ayohuma y consecuente invasión del ejército realista a Salta, se vio obligado a evacuar esta provincia. Al emprender la retirada al frente del enemigo, confió el mando de su retaguardia al coronel Dorrego, quien la sostuvo con inteligencia militar y bi-

zarría, haciendo pie firme en la línea de Guachipas y del Pasaje y dominó los valles del Sur a favor de la insurrección popular que los defendía con sus partidas volantes, desde las cuestas occidentales de la sierra hasta los suburbios de la misma ciudad de Salta, ocupada por la vanguardia realista, que se apoyaba en sus reservas escalonadas en Jujuy y en la frontera del Alto Perú. El mando general de la línea avanzada fue encomendado a Dorrego, y el particular de Guachipas, al coronel Pedro José Saravia, uno de los promotores de la insurrección salteña, que servía de vínculo entre el ejército regular y la vanguardia irregular, cubriendo a ésta y apoyando a aquélla.

El general San Martín, al recibirse del mando del ejército del Norte, aprobó el plan de vigilancia y de hostilidades destacadas establecido por su antecesor, pero cuando pensó en reconcentrar todas sus fuerzas regulares en Tucumán, su genio observador y penetrante le sugirió la idea de utilizar el elemento popular, dándole una organización adecuada, y desenvolver un género de guerra irregulor más eficaz. Fue entonces cuando hizo al coronel Dorrego, jefe de la vanguardia, la consulta de que se ha hecho mención antes, sobre si era de utilidad o no para los efectos de las hostilidades establecidas, la permanencia de la división de vanguardia regular sobre la línea de Guachipas y valles adyacentes, y si no podría dejarse a cargo de las milicias del país evitar que el enemigo se proveyese en ellos de víveres y cabalgaduras, estrechando al mismo tiempo la vigilancia y adelantar sus excursiones. Dorrego, con la experiencia adquirida en esta clase de guerra y pulsando más de cerca las palpitaciones del movimiento salteño, demostró no sólo lo inútil sino lo peligroso de la posición de la vanguardia, por cuanto sus hostilidades eran ineficaces a causa de su poca fuerza y de sus movimientos metódicos, y que para serlo en su medida, debería situarse en Chicoana, casi sobre los suburbios de Salta, lo que la exponía a ser cortada por una marcha forzada del enemigo, que a la sazón se había provisto de cabalgaduras recogidas en el río del Valle, sobre la frontera. En consecuencia aconsejó, de conformidad con el interrogatorio, un plan de hostilidades y de vigilancia sobre la línea del Pasaje y Guachipas, utilizando al efecto la decisión de los voluntarios, prácticos del terreno, que con la denominación de "gauchos" y "partidarios" asediaban constantemente a los realistas en sus posiciones. Así se hizo, y desde entonces la zona de vigilancia entre los ejércitos beligerantes fue encomendada a la insurrección salteña, sistemada militarmente, dándole una organización apropiada.

Todo esto era una novedad, no sólo en la manera de dirigir las campañas en América sino en el arte hasta entonces no escrito de la guerra irregular, que tiene el sentimiento nacional por nervio, y sólo puede parangonarse por su espontaneidad con la de Vendée, y con la de partidarios de España en la misma época, por su con-

sistencia y persistencia. Lo que constituye su originalidad y le da un carácter sistemático y regular, en medio de un ingénito desorden popular es que, con un campo circunscripto a mantener y un objetivo fijo que atacar, tuvo una base, una zona y una línea de operaciones dentro del perímetro de los mencionados valles, con proyecciones metódicas y atrevidas fuera de su radio: con comunicaciones estratégicas para el ataque y para la defensa; que tuvo un plan, que estaba en la mente de cada uno de los combatientes, a que obedecía por instinto la masa; que suplió con ventaja la deficiencia de los ejércitos regulares vencidos, asegurando para siempre una frontera militar hasta entonces vulnerable, a lo que se agrega la novedad de la táctica inventada por inspiración, y el hecho sin precedentes, que debía repetirse en el mismo teatro en escala mayor, de medirse guerrillas aisladas de caballería sin núcleos consistentes de fuerza, con ejércitos regulares de las tres armas, para disputar el terreno y obligarlos a evacuarlo. Era, pues, la iniciación de un nuevo sistema de hostilidades mixtas, con caracteres originales y medios propios, que después ha recibido la denominación de guerra de recursos, y ha producido en su género una campaña modelo, única en la historia militar. Así lo han reconocido los mismos militares europeos que entonces y más adelante fueron vencidos por ella. Es circunstancia digna de notarse que un general de la escuela clásica de la milicia europea, como San Martín, que había podido estimar en España la eficacia y de debilidad de este género de hostilidades, y que sobre todo fiaba el éxito a los ejércitos regulares a que debía dar su organización y su temple, fuera quien presidiera esta iniciación genial, y cooperase a él con su experienia y su ingenio, procurando sistemarlo con su táctica, a la vez de dejarle la espontaneidad y la libertad de sus movimientos.

VI

El general San Martín, que tenía el raro don de adivinar los hombres entre las multitudes y aplicar sus cualidades especiales, encontró el hombre que necesitaba para la guerra de partidarios en el comandante Martín Güemes, iniciador de este género de hostilidades, cuya biografía hemos bosquejado, y le confió el mando de la línea de avanzada del Pasaje, quedando siempre el coronel Pedro José Saravia con el de Guachipas, ambos a órdenes de Dorrego. Desde entonces las hostilidades parciales tomaron nuevo impulso y la guerra de partidarios asumió un carácter verdaderamente militar, tomando con resolución la ofensiva.

Las avanzadas de Guachipas fueron las primeras en abrir la nueva campaña de la vanguardia irregular. A mediados de marzo (del 11 al 14), la vanguardia realista de Salta hizo una salida general

con el objeto de proporcionarse los víveres y cabalgaduras de que carecía y avanzó hasta cerca del fondo del valle de Lerma. Mandábala el coronel Saturnino Castro, natural de Salta, que era reputado como la primera espada de caballería del ejército español del Perú, y que con un escuadrón había decidido del éxito de la batalla de Vilcapugio. Las partidas de gauchos del valle hostilizaron vivamente la columna expedicionaria, obligándola a marchar reconcentrada, y esparcidas por entre los bosques, ahuyentaron y persiguieron a los destacamentos volantes desprendidos de ella, hasta obligarlos a retrogradar. San Martín, al dar cuenta de este hecho, decía: "Los gauchos de Salta solos, están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible, que lo han obligado a desprender una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado." El gobierno, al reconocer la prudente perspicacia de San Martín, que promovía estas hostilidades, le encargaba felicitar en su nombre a los "bizarros patriotas campesinos", evitando por un circunloquio darles el glorioso nombre de "Gauchos" con que han pasado a la historia. Pocos días después (24 de marzo), las descubiertas de Guachipas observaban que una compañía enemiga en número de 56 hombres, al mando del capitán José Lucas Fajardo, se dirigía al paso del río del mismo nombre que ellas ocupaban. El capitán José Apolinario Saravia, que asistía a su padre el coronel Saravia, y mandaba las avanzadas, las concentró en número de 30 hombres armados de fusiles recortados, y un grupo de paisanos con chuzas y garrotes, sobre el punto del Sauce Redondo, y rompió el fuego sobre ella. Arrolló su primera guerrilla y cargó sobre su reserva, "a sable, garrote y chuza en mano", según sus propias palabras, derrotándola completamente, con muerte de 11 hombres, entre ellos el mismo capitán Fajardo, y le tomó 27 prisioneros con sólo la pérdida de tres muertos y un herido. El capitán Saravia, justamente orgulloso con esta proeza decía en su parte: "Los tiranos quedarán asombrados al ver que sólo 30 hombres de fusil, ayudados de inerme paisanaje, atropellando por sobre un fuego vivo, hubiesen completamente derrotado una doble fuerza; pero si advierten que los hombres que los han atacado desean ser libres de corazón, nada tendrán que extrañar."

Güemes por su lado, bandeó casi simultáneamente la línea del Pasaje y penetró a la sierra del este de Salta. El 9 y el 19 de marzo, dos de sus partidas de gauchos sorprendieron dos destacamentos enemigos en las cercanías de la misma ciudad de Salta, matándoles 10 hombres y tomándoles 16 prisioneros con algún armamento. Este triunfo fue precursor de otro tan importante como el de Sauce Redondo. El 29 de marzo se adelantó Güemes con alguna gente de armas y un grupo de paisanos, hasta la cuesta de la Pedrera, y a su pie chocó con la primera guardia de observación, cuyos dispersos llevaron la alarma a Salta. Castro en persona, al frente de un escuadrón de 80 hombres, salió a su encuentro a cinco kilómetros de la

ciudad. Güemes procuró atraerlo a una emboscada que le había preparado; pero viendo que no atacaba, le dio una carga a la brusca y lo derrotó y persiguió hasta el norte del río Arias, causándole una pérdida de 40 hombres entre muertos y prisioneros y tomóle parte de su armamento y caballadas. Fue entonces nombrado Güemes comandante general de vanguardia y recibió el grado de teniente coronel del ejército por recomendación de San Martín. El gobierno, al expedirle sus despachos lo calificó de "benemérito" y le dio "las gracias en nombre de la patria por sus eficaces servicios en favor de la libertad".

Estos golpes sucesivos y bien combinados y la aparición de un caudillo que daba a la resistencia popular la cohesión de un ejército, desmoralizaron a los realistas, que se reconcentraron a la defensiva en la ciudad de Salta, a la que Güemes puso un verdadero sitio, sosteniendo en sus suburbios guerrillas diarias que les causaban pérdidas de consideración. Reforzados con nuevos contingentes de tropas de reserva de Jujuy, se resolvieron organizar dos expediciones de 500 hombres cada una, con el objeto de proporcionarse los víveres de que carecían y hacer un reconocimiento del país a su frente.

La primera columna, compuesta de un batallón de infantería y un escuadrón de cazadores a caballo, dirigida por el coronel Antonio María Alvarez, asistido del ingeniero del ejército invasor, Mendizábal, movióse en los primeros días de junio, y costeando la margen derecha del río de Salta, se internó en el valle de Lerma. Al llegar al pueblo de Sumalao, encontróse con la vanguardia de Guachipas que la esperaba en actitud de combate. Desalojadas las avanzadas patriotas por la infantería española, se corrieron por sus flancos, y a favor de los bosques y de las quiebras del terreno, rompieron un vivo fuego sobre la columna, que no se interrumpió desde Sumalao hasta salir al Bañado, donde se vio obligada a retrogradar, por el camino abierto de Chicoana, en dirección a la quebrada de Escoipe, perseguida tenazmente por los partidarios de los valles, hasta la misma ciudad, con pérdida de muertos y heridos y hasta de los pocos víveres que pudo recoger en su tránsito. La otra columna igualmente compuesta de infantería y caballería, se encaminó al este en dirección al Pasaje, y avanzó hasta Cobos a la salida de la sierra, donde se encontró con Güemes en persona al frente de las avanzadas del Pasaje reunidas. Mandaba esta expedición el coronel Guillermo Marquiegui, salteño como Castro y que como él gozaba de alto concepto en el ejército español, así por sus aptitudes militares como por su perfecto conocimiento del terreno y opinión que tenía en el país. Su propósito era llegar hasta el Pasaje y echar a los partidarios al sur del río, pero encontró tan enérgica resistencia y fueron tan activas las hostilidades que experimentó, a punto de no permitirle dar descanso a su tropa, que desde Cobos hubo de desistir

de su empresa y ponerse en retirada. Güemes volvió muy luego a restablecer el sitio volante de Salta y empeñar nuevos combates, ensanchando el círculo de sus correrías hasta el Norte. En esta ocasión tuvo lugar una acción señalada digna de consignarse. Tres bomberos desprendidos en esa dirección, llamados: Vicente Maravilla, Ignacio Cardoso y Cosme Romano, encontráronse con una partida enemiga de quince hombres bien armados que recorrían el campo, a la que cargaron sin vacilar, poniéndola en fuga, con muerte de dos de ellos y toma de tres prisioneros.

Empeñado el general Pezuela en llevar adelante su confuso plan de invasión a Tucumán, habíase trasladado a Jujuy, haciendo avanzar sus reservas escalonadas en la frontera del Alto Perú. Con el objeto de obtener noticias de la situación de los insurgentes, de que estaba completamente a oscuras, dispuso que el coronel Marquiegui, con una división de 100 infantes y 150 de a caballo, contornease por el norte y el este de las fronteras de Tucumán y de Santiago del Estero, saliendo a retaguardia de las posiciones avanzadas de los patriotas en la línea del Pasaje. Esta expedición sugerida por el mismo Marquiegui, quien la desempeñó hábilmente, dio mejores resultados que las anteriores. Marchando por el territorio desierto del Chaco, cruzó por entre las serranías de Anta y del Alumbre, sorprendió los fortines de Santa Bárbara, Río del Valle y Pitos (16 al 21 de junio), y por los prisioneros que tomó en ellos adquirió la certeza de que el ejército de San Martín sólo se componía de 3.000 hombres bisoños; que la vanguardia que les había impuesto, tomándola por un ejército de operaciones combinadas, eran unas partidas sueltas de gauchos que vagaban por su cuenta por los campos. Pero ya era tarde para aprovecharse de estos conocimientos, pues al mismo tiempo caía rendida la plaza de Montevideo, que era el motivo y el objeto de la campaña. Al tenerse noticia de este movimiento en el cuartel general de Tucumán, Güemes fue reforzado con 100 infantes y 100 granaderos a caballo; pero el diligente Marquiegui se puso oportunamente en retirada después de recorrer un trayecto de 520 kilómetros, describiendo un semicírculo, pero consiguiéndose impedirle que recogiera caballada y ganado vacuno, que era otro de los objetos de la expedición.

Esta fue la última tentativa en el sentido de la invasión. La campaña estaba decidida por la actitud valerosa de la insurrección salteña, que había dado cuenta de la caballería realista; por la habilidad de San Martín, que había paralizado con sus maniobras y estratagemas los movimientos del enemigo y principalmente por los sucesos que frustraban los planes del general Pezuela. La armada española del Río de la Plata había sido batida por la escuadrilla patriota a órdenes del comodoro Brown, el 16 de mayo; la plaza de Montevideo habíase rendido al ejército sitiador mandado por el general Alvear, con 5.340 hombres y 391 cañones; 4.000 soldados se

disponían en Buenos Aires para reforzar el ejército Auxiliar del Perú, que con igual número lo esperaba en posiciones elegidas. Los 5.000 hombres del ejército invasor, como lo había previsto San Martín, no tenían fuerzas para llegar hasta Tucumán, y mucho menos para conquistar el país. La retirada al Alto Perú se imponía, y así lo comprendió el mismo Pezuela, ordenándola. Para darse cuenta de cómo sucedió esto se hace necesario explicar las operaciones del ejército de Pezuela, ligándolas con las maniobras y acontecimientos concurrentes que en definitiva la determinaron.

VII

Queda explicado cómo el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio y Ayohuma, había invadido el territorio argentino en persecución de los patriotas derrotados, después de establecer su cuartel general en Tupiza, sobre la línea de la frontera, haciendo adelantar su retaguardia al mando del general Ramírez, y escalonando sus reservas a fin de dar apoyo a la invasión, a la vez que sujetar a las poblaciones del Alto Perú dispuestas a sublevarse, como en efecto se sublevaron distrayendo sus fuerzas. El ejército español constaba, como se ha dicho, de 4.500 a 5.000 hombres, que a consecuencia de la deserción quedó reducido a 4.000, de los cuales tres batallones y cuatro escuadrones con 8 piezas de artillería (como 2.000 hombres) en Jujuy, haciendo adelantar su caballería hasta Salta, al mando del comandante Castro. El plan del general realista, según consta del testimonio de los historiadores españoles, era vago, y consistía en avanzar hasta Tucumán, ocupar así toda la frontera norte del país argentino, haciendo una fuerte diversión en favor de la plaza de Montevideo sitiada, y combinar operaciones con su ejército si era posible, a fin de dominar el litoral del Plata y sus afluentes. En estas circunstancias ocurrió el levantamiento del coronel Arenales a su espalda, de que se ha dado cuenta antes, a la vez que su segundo el general Ramírez, le comunicaba que los insurgentes, en número de 4.000 hombres montados, con 6 piezas de artillería, avanzaban sobre él en dos divisiones por los caminos del Pasaje y Guachipas, y que carecía de suficiente fuerza y municiones para hacerles frente. Era una estratagema de San Martín, que como el general Maquiavelo, tenía la fuerza del león y la astucia del zorro, quien por medio de sus agentes secretos en Salta, esparcía esta noticia, haciéndose interpretar un chasque, en cuyas maletas, intencionalmente abandonadas, encontraba el enemigo las comunicaciones supuestas que lo engañaban, mientras él permanecía organizando su ejército en Tucumán. Coincidió esto con el triunfo de Güemes sobre Castro y el sitio que subsiguientemente puso aquél a Salta, lo que persuadió a los realistas de que tenían encima un ejército en

movimiento por su frente. En consecuencia, Pezuela, alarmado, se apresuró a reforzar a Ramírez, elevando su fuerza hasta el número de 3.200 hombres, con 12 piezas de artillería; el cual, a su vez, se limitó a reforzar su vanguardia situada en la ciudad de Salta. De este modo se contuvo la reunión de las fuerzas de Ramírez y Castro, y los realistas perdieron a la vez que la ocasión más propicia, toda la estación del otoño, que era la más favorable para su invasión. Esto decidía la campaña. Fue entonces cuando se organizaron las dos expediciones sobre el valle de Lerma, con el objeto de hacer un reconocimiento general del terreno y adquirir noticias ciertas de la situación y operaciones de los insurgentes.

Empeñado siempre en su propósito de invasión hasta Tucumán y de hacer por lo menos una diversión poderosa en favor de Montevideo, Pezuela trasladó su cuartel general a Jujuy a mediados de mayo, y ordenó la reconcentración de todo su ejército en Salta, disponiendo a la vez que Marquiegui emprendiese le expedición, rodeando la frontera del Chaco, que ha sido relatada ya, como preliminar de su movimiento de avance, hacia el Sur. Por esta vía llegó a su noticia la caída de Montevideo, y aunque escarmentado por las voces falsas con que el general patriota lo alarmaba, al principio lo juzgó un ardid de guerra a fin de detenerlo en su marcha, hubo de cerciorarse de la triste verdad, y se dirigió al virrey del Perú, pidiendo órdenes para retirarse. Antes de recibir la autorización, se vio forzado a emprenderla por el estado alarmante del Alto Perú a su retaguardia. Los progresos de Arenales y Warnes en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, la decisiva victoria del primero en La Florida, su avance sobre el Valle Grande amagando Chuquisaca, que había puesto en conmoción hasta los valles andinos sobre la frontera argentina, y como lo dice un historiador español "el aumento y mayor aliento de las partidas de gauchos", lo decidieron a emprender su movimiento retrógrado, y a fines de julio, antes de cumplirse los siete meses de iniciada la invasión, el territorio enemigo estaba completamente evacuado de tropas enemigas, y todo estaba dominado por las armas vencedoras de la revolución.

El general español recibió la autorización para retirarse, hallándose ya en territorio del Alto Perú. El Virrey, en contestación a su consulta decíale que "podía disponer el repliegue desde Jujuy a Cotagaita, y aun más adelante si era menester, escogiendo los parajes más defendibles del camino, disputando palmo a palmo el terreno hasta el Desaguadero, término del virreinato del Perú y del Río de la Plata. Esto mostraba que los realistas se consideraban inseguros hasta en su propio terreno, y se ponían a la defensiva. Los sucesos probaron que estos temores no eran vanos. Al mismo tiempo que el ejército invasor de Salta retrocedía quebrantado, estallaba una formidable insurrección en el Cuzco, que interceptaba la línea del Desaguadero y convulsionaba el norte del Alto Perú, y en

sus mismas filas empezó a cundir el espíritu de revuelta. Tal era la vitalidad de la revolución sudamericana. El general Ramírez, el mismo que había iniciado la invasión a Salta y cubierto su retirada pintaba la situación con estos sombríos colores: "Adelantaban mientras tanto los de Buenos Aires su vanguardia contra nuestro frente, y los nuevos insurgentes por la espalda, con la espada en una mano y la tea encendida en la otra, abrasaban y destruían cuanto se les ponía por delante. Se hacía cada día más urgente decidirse a tomar un partido: o evacuar las provincias recobradas a costa de mucha sangre, y sacrificios, retirándose en masa con sus guarniciones a las márgenes del Desaguadero, que era lo más prudente, para conservar la comunicación con la capital (Lima), y contener la insurrección, esperando algo del tiempo: o, lo más arriesgado, que era tomar una posición ventajosa, que siendo capaz de sostenerse con menos fuerzas, nos dejase en estado de disponer de algunas otras fuerzas para atender a las provincias interiores." Este es el plan que prevaleció en los consejos militares del estado mayor realista, y el general Ramírez fue encargado de ponerlo en ejecución marchando a sofocar la revolución del Cuzco con una parte del ejército que acababa de evacuar el territorio argentino. Los argentinos, por su parte, se preparaban a invadir de nuevo el Alto Perú, al mismo tiempo que el activo virrey del Perú hacía invadir a Chile para sofocar su revolución. Los sucesos que siguieron no corresponden a esta parte de nuestra historia y a su tiempo serán tomados en cuenta.

VIII

Antes que los sucesos cronológicamente reseñados en este capítulo tuviesen su completo desenvolvimiento, el general del Norte había desaparecido del teatro de la guerra, envuelto en un misterio que proyecta su sombra sobre esta fase de una vida tan llena de secretos recónditos. Al abandonar por siempre este escenario, llevaba la visión clara del gran plan de campaña continental que germinaba en su cabeza desde que retornó a la tierra natal para ponerse al servicio de la revolución de su patria y de la de América. Con su genio concreto y su espíritu de cálculo, se dio cuenta de las causas de las victorias y de las derrotas de los ejércitos patriotas y realistas en el campo en que hasta entonces se había circunscripto la guerra del Norte, y descubrió por la observación una ley experimental del choque de las fuerzas vivas de la milicia desenvueltas por la revolución. Como lo dice un sesudo y bien informado historiador: "Desde Buenos Aires había ya observado, que las tropas insurgentes eran derrotadas cada vez que se internaban en el Alto Perú, mientras que habían destrozado a sus enemigos siempre que éstos

entraban en el territorio de las provincias argentinas." Al medir las distancias, estimar los obstáculos, determinar los objetivos finales y probar el temple de los instrumentos de combate, había comprendido que no era ése el camino estratégico de la revolución sudamericana, y que la lucha se prolongaría estéril e indefinidamente, si es que no terminaba por un desastre irremediable, mientras sus condiciones y bases no se variasen. Su idea era llevar la guerra por el oeste, trasmontando los Andes y ocupar a Chile; dominar el mar Pacífico, y atacar el Bajo Perú por el flanco, admitiendo simplemente como complementarias y concurrentes en segundo orden, las operaciones militares por las fronteras del norte. Este plan, tan racional y correcto, que se impuso a los contemporáneos por el éxito en medio de los resplandores de la victoria, y se impone a la posteridad como una fórmula matemática, era, no sólo el más simple, no obstante su complicación, sino también el único posible, y sin embargo, habría parecido entonces una locura, cuando la locura estaba en la cabeza de los que se empeñaban en ir a Lima por un camino imposible, con medios insuficientes, sin prever las contingencias de la victoria o la derrota. Por eso, él guardó su idea como "su secreto", según él mismo lo llamaba en sus confidencias íntimas de esa época, esperando para proclamarla tener en sus manos los rayos que debían fulminar al poder español en América.

El primitivo plan de propaganda militar de la revolución argentina, inspirado más por el instinto que por la reflexión, de extender la insurrección por todo el continente americano atravesando por tierra su centro de sur a norte, en el espacio de cuarenta grados geográficos desde la zona templada al trópico, pudo darle en un principio los resultados inmediatos que se buscaban, o por lo menos el dominio de las provincias del Alto Perú. Rechazados sus ejércitos en su primera tentativa en 1810 sobre la línea del Desaguadero, y por segunda vez en 1813 y 1814 —como debían serlo por última vez en el próximo año de 1815—, estos hechos, constantemente repetidos, revelaban una ley que presidía al choque de las fuerzas en acción en sus dos puntos de contacto. Pero si por acaso tal plan pudo dar un resultado contingente, cuando esas fuerzas se chocaron por la primera, segunda, tercera y cuarta vez, si las armas de la revolución hubiesen conservado su potencia inicial, era militar y humanamente imposible cuando, quebrado el nervio de sus ejércitos, tenían que medirse con ejércitos superiores que se habían adueñado del país que se trataba de conquistar, en el que habían echado raíces y tenían a sus espaldas todos los recursos de la América Meridional de que Lima era el centro irradiante y el mar Pacífico el vehículo. Aun dadas las condiciones más favorables, y sin las derrotas que habían obstado fatalmente al logro de ese grandioso propósito, pretender renovar la famosa marcha de Alejandro al través del Asia, con un ejército inconsistente y relativamente

débil, lanzado en el espacio sin una base de operaciones, sin objetivo claro, sin línea de comunicaciones terrestres segura, y sin posibles comunicaciones marítimas en lo futuro, y esto a través de diversas zonas en un trayecto de cuatro mil setecientos kilómetros, por un país montañoso que no tiene sino caminos de herradura, era una empresa superior a los medios materiales y a la fuerza humana de que entonces podía disponer la revolución argentina. Aun realizada felizmente tan aventurada campaña, recorriendo en triunfo su largo trayecto desde Buenos Aires hasta Lima, se encontraría al fin en situación más difícil que en su punto de partida; con el mar Pacífico dominado por las escuadras españolas, con su base lejana de operaciones desguarnecida; con Chile armado en su contra sobre su flanco y a su retaguardia, y a su frente todo el poder del Rey en la América Meridional desde Chiloé hasta Méjico; pues a la sazón (1814), todas las insurrecciones contra el Rey habían sido sojuzgadas o iban a serlo — incluso la de Colombia y Chile —, de manera que sólo mantenían la lucha por la independencia las Provincias del Río de la Plata, que no contaban ni debían contar con más fuerza que la suya propia. No obstante que la opinión de una gran parte de las poblaciones de raza mezclada en su largo itinerario fuese simpática a la causa americana, los hechos habían demostrado — y lo demostrarían hasta la terminación de la guerra de la independencia —, que las insurrecciones populares del Alto y Bajo Perú, que tenían principalmente por núcleo el elemento indígena, tan heroicas como fueron, eran inorgánicas y política y militarmente inconsistentes, y no podían por lo tanto ni dar base sólida ni alimentar una guerra de conquista, de ocupación y de redención, ni alianzas eficientes. Por último, establecidos los ejércitos españoles en el Alto y Bajo Perú, bien organizados y bien mandados por generales entendidos, y con el apoyo de un fuerte partido americano realista que sostenía con entusiasmo la causa del Rey en su tierra natal, eran de esperarse resistencias militares y aun de parte de las poblaciones en el transcurso de una prolongada campaña, en que al fin una batalla podía y debía probablemente perderse, y entonces todo se perdía hasta la "esperanza", que según Alejandro, era lo único que llevaba al iniciar la campaña asiática, pero que cuidó llevar embarcada en la flota que acompañó todas sus operaciones, flota de que la revolución carecía.

Todo esto, que San Martín tenía en germen en su cabeza desde que empezó a darse cuenta racional del modo cómo se conducía la guerra, lo vio claramente en Tucumán, al estudiar el teatro de ella en el Norte, y buscar la solución del arduo y complicado problema de una campaña de emancipación americana por los diversos caminos que podían abrírsele, campaña que él consideraba condición necesaria para salvar la revolución argentina y asegurar el triunfo de la independencia continental.

Tres meses después de posesionado del mando del ejército auxiliar del Perú (22 de abril), escribía sigilosamente a un amigo íntimo: "No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada, y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayrón hombres y dinero. Ya le he dicho a Ud. «mi secreto». Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima: ése es el camino y no éste. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará." Esta concepción concreta, que en 1814 era un secreto, y había acreditado a su autor de loco a haberse difundido, es lo que ha asignado a San Martín su puesto en la historia del mundo, y que en definitiva cambió los destinos de la revolución de la América del Sur.

IX

Con los planes que llenaban su cabeza, tan opuestos a sus deberes oficiales, era natural fuese ingrato a San Martín el mando del ejército del Norte, que consideraba organizado sobre mala base, y en el cuartel no tenía plena confianza. Además, su émulo el general Alvear, preponderante por su influencia en el gobierno, con ideas diametralmente opuestas a las suyas, aspiraba a conquistar los laureles de la campaña del Perú, después de ceñirse los de la rendición de Montevideo, lo que le hacía considerar su posición como precaria y prever que sería reemplazado por él, como en efecto se pensaba. Alvear, con las ideas teóricas que tenía sobre el moderno arte militar, aunque muy superficiales; con su carácter emprendedor y sus chispazos de inteligencia, que a veces imitaban los relámpagos del genio intermitente, habría roto sin duda con la vieja rutina que realistas y patriotas habían practicado en aquel teatro de la guerra antes de San Martín, y lanzado las operaciones por otros caminos, si no muy seguros, por lo menos más brillantes y gloriosos. Estas perspectivas halagaban su juvenil ambición de gloria y de poder, y el general del Norte, con más largos alcances y más grandes objetivos, estaba dispuesto a cederle su puesto militar, como le había cedido el político y eclipsarse por el momento para reaparecer en el escenario que buscaba, y que él mismo señalaba en términos velados, con aspiraciones al parecer modestas. Como se ha dicho presintiendo la verdad, aun sin conocer estas revelaciones póstumas, al solicitar como un descanso el gobierno de la oscura Men-

doza, engañaba a los enemigos de la América y a los propios amigos, imitando con la misma previsión la táctica de Guillermo el Taciturno, con el cual tenía alguna analogía.

Todos estos motivos, que bastarían por sí solos para explicar su separación de una escena en que no quería ni se consideraba ser actor, coincidieron con una causa real que le obligó a resignar su mando. Al finalizar el mes de abril, precisamente tres días después de escribir la histórica carta en que revelaba su gran secreto (25 de abril), fue atacado de una afección interna al pecho y tuvo un vómito de sangre. Los contemporáneos, que desde entonces explicaban todos sus actos por su carácter enigmático y taciturno con tendencias a lo incógnito, atribuyéndole una doblez complicada, que realmente acompañaba todos sus secretos designios, han acreditado la tradición de que esta dolencia fue un mero pretexto para cubrir su retirada, y graves historiadores han sido inducidos en error por ella. Su enfermedad, perfectamente caracterizada por la ciencia médica —una hematemesis—, era verdadera, aunque no orgánica, y le acompañó siempre, complicada con otras afecciones dolorosas que pusieron varias veces en peligro su vida. Su constitución vigorosa, trabajada por antiguas dolencias, empezaba a debilitarse por el exceso con que se contraía al trabajo, y la pasión intensa que ponía en él. Esto lo obligó a delegar sus funciones activas en su segundo, el general don Francisco Fernández de la Cruz, y a elevar su renuncia, retirándose a la hacienda de Las Ramadas, a 36 kilómetros de Tucumán, donde experimentó un segundo acceso, pasando luego a la sierra de Córdoba en busca de una temperatura seca más propicia, según el consejo de los facultativos. El general Cruz era hombre de un carácter recto y de un juicio sólido, militar de buena escuela, con conocimientos científicos y talentos de organizador, pero sin iniciativa en el mando en jefe, que prefería formar en segunda fila; así es que recibió el cargo como una herencia sin beneficio de inventario. Su primer conato fue ocultar la desaparición de este gran actor de la escena de la guerra del Norte, porque valiéndonos de sus últimas palabras: "El relevante concepto que tenía en el ejército, en todos los pueblos y aun entre los enemigos, infundido hasta las últimas clases, y la consternación y el desconsuelo general que produciría la noticia de su separación, lo impulsaban a reservarla, sin hacer innovación para mantener la esperanza que todos tenían en su reasunción del mando." Pocos días después (29 de mayo), San Martín le escribía que se hallaba a la entrada de la travesía de Córdoba, y Cruz era dado a reconocer como general en jefe interino. Aquí termina el mando del general San Martín en la guerra del Norte, al mismo tiempo que la segunda invasión española al territorio argentino era triunfalmente rechazada sin combatir, por efecto de sus trabajos y hábiles maniobras.

En Córdoba se retiró a una estanzuela a veinte kilómetros de la ciudad, y allí, condenado a la inacción, alimentaba su pasión reconcentrada, discurriendo sobre la debilidad moral de la revolución y los medios de darle nuevo temple. Un día, insistiendo sobre este tema, en circunstancias que se hallaba rodeado de visitas, exclamó con vehemencia: — "¡Esta revolución no parece de hombres, sino de carneros!" Para demostrar su proposición refirió, que en ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda a quejársele, de que el mayordomo, que era un español, le había dado de golpes por faltas cometidas en el servicio, y prorrumpió: — "¿Qué les parece a Uds?, después de tres años de revolución, ¡un maturrango se atreve a levantar la mano contra un americano!", y repitió con acento vibrante: — "¡Esta revolución es de carneros!" La contestación dada a la queja del peón, había sido en el mismo sentido, así es que, los demás, autorizados por ella, cuando el mayordomo pretendió repetir lo mismo con otro peón, éste le dió una cuchillada, que el general aplaudió como acto de energía criolla. Este rasgo es característico del temperamento revolucionario del criollo americano rebelado contra el predominio político y social de la España y de los españoles sobre la América y sobre los americanos, que quería convertir a los carneros en leones, y les daba por resorte esas explosiones de ira de los esclavos emancipados, que se convierten en fuerza, y que él incubaba en su alma, así cuando contrarrestaba los excesos realistas en la guerra diciendo que "la moderación se traducía por miedo al azote de los antiguos amos", y mandaba ejecutar al coronel Landivar para hacer respetar el derecho de gentes en los insurgentes, como cuando, exaltando el sentimiento individual de la dignidad criolla, daba al peón el consejo de rebelarse contra uno de ellos. Este era el síntoma precursor de ese movimiento nuevo que él iba a imprimir a la revolución armada, al pasar de la defensiva a la ofensiva. El gran teatro previsto y buscado por él, en que desarrollaría colectivamente esta nueva fuerza, iba a abrírsele.

El 10 de agosto de 1814, el ex general del Norte era nombrado gobernador intendente de Cuyo "a solicitud suya — decía el despacho —, con el doble objeto de continuar los distinguidos servicios que tiene hechos al país, y el de lograr la reparación de su quebrantada salud en aquella deliciosa temperatura". El Director Supremo le escribía a la vez confidencialmente: "Lo hago a Ud. descansando en su ínsula en que habrá alcanzado a comer uvas frescas." El descanso era la primera etapa de una gran campaña continental desde la zona templada hasta el Ecuador, a través de llanos, montañas, valles y mares, sin un solo día de tregua en siete años consecutivos, y las uvas frescas se convertirían en los siempre frescos laureles de Chacabuco y Maipú que brotarían de entre las viñas de Cuyo. Desde entonces sólo vivió para su idea. En Mendoza estaba en el punto matemático previsto para la realización de sus planes: en el sue-

lo donde haría brotar los recursos y las legiones que libertarían la América; al pie de los Andes, su primer escalón para levantar la piedra a lo alto de la cumbre; en contacto con Chile, primera jornada y primer punto de apoyo de sus operaciones ulteriores; en marcha hacia el mar Pacífico, para llegar a Lima, que era por el momento su objetivo final. Su gran sueño, el sueño de los ojos abiertos, iba a realizarse, como se despeja la incógnita de un problema. Cuando estos vastos horizontes se le abrían, y era relativamente un general oscuro, con un secreto más oscuro aún en su cabeza, ya se habían formado completamente, como se ha observado, los rasgos fundamentales de su carácter. Estaba revelado su genio concreto de acción deliberada, seguro en el cálculo y preciso en la ejecución. El metódico organizador y el consumado táctico en las pequeñas y grandes maniobras se había probado, presagiando al estratégico. Habíase mostrado sagaz diplomático militar, ingenioso y fecundo en estratagemas, con rara penetración para utilizar las cualidades de los amigos y engañar a los enemigos explotando sus tendencias. El temperamento revolucionario del criollo de pasión innata, que convierte en fuerzas las pasiones colectivas y dominando las suyas propias, se revelaba en sus manifestaciones espontáneas. Su moral pública era la del hombre de acción que persigue un fin determinado, con eficientes medios adecuados, sin escrúpulos de conciencia ante la razón de estado de su causa. Político por instinto, sin doctrina preconcebida, aunque republicano por inclinación natural, todo lo pospone a la idea de la independencia, hasta ser indiferente en punto a formas de gobierno. Reservado, taciturno, enigmático, el misterio que empieza a envolverlo en vida se prolongará más allá de su tumba. Sin patriotismo exclusivo, con un sentimiento americano de amor a la libertad y odio a los opresores, formado lejos de la tierra natal; con un temperamento frío y un alma intensamente apasionada, un modestia sistemática y un desinterés real, ni más ambiciones conocidas que sus designios emancipadores, tenía la severa ecuanimidad y llenaba las condiciones de un libertador de pueblos diversos cuya espontaneidad no violentaría. Como se ha dicho de él, no era un hombre: era un sistema. Tal era el hombre que al pie de los Andes en 1814, iba a cambiar los destinos de la revolución sudamericana tomando resueltamente por la primera vez la ofensiva militar, para herir en el corazón al poder español en sus colonias.

Capítulo VII

REVOLUCION CHILENOARGENTINA

1810-1811

Enlaces de la revolución chilenoargentina. — Nuevo punto de vista histórico. — Antecedentes de la sociabilidad chilenoargentina. — Primera descomposición del gobierno colonial en Chile. — Aparición de Martínez Rozas. — Los cabildos de Santiago y Buenos Aires. — Síntomas sincrónicos de la independencia chilenoargentina. — El particularismo del sur de Chile. — Nueva teoría política argentinochilena. — Aparición de O'Higgins. — Revolución del 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires. — Su repercusión en Chile. — Primer Congreso municipal chileno. — Se instala el primer gobierno nacional de Chile. — Relaciones diplomáticas argentinochilenas. — Semblanza de las dos revoluciones. — Alianza argentinochilena. — Primera iniciativa de un Congreso americano. — Las armas y las ideas argentinochilenas fraternizan. — Escisión del partido patriota. — Reacción realista en Chile. — Dictadura de Rozas. — Radicales y conservadores chilenos. — Derrota electoral de Rozas. — Instalación del primer Congreso general de Chile. — Exposición de la doctrina constitucional de la revolución de Chile por Rozas. — Examen de la influencia del parlamentarismo en la revolución chilena. — El Congreso de 1811 y su composición. — Derrota parlamentaria de los radicales. — Proyecto de constitución.

I

Cuando San Martín se hizo cargo del gobierno de la intendencia de Cuyo (septiembre de 1814), la revolución chilena contaba cuatro años de agitada existencia, y estaba próxima a sucumbir por las discordias intestinas y bajo el peso de las armas del Perú que procuraba sofocarla, como lo había hecho con la del Alto Perú, a fin de aislar la insurrección argentina y atacarla a la vez por el norte y por el este. En tal momento, aparecía en el punto preciso de partida de sus futuras operaciones estratégicas, el general que llevaba en su cabeza la idea salvadora de reaccionar contra el plan militar de los realistas de Lima por el occidente, cuando este flanco de la revolución argentina iba a quedar descubierto, y cuando nuevos contrastes se le preparaban por el obstruido camino del Norte, que dejaría indefensa su frontera septentrional. Era un nuevo camino y un nuevo prospecto que se abría a la revolución argentina en sus relaciones con la de la América en general, y especialmente

con Chile. Es por esto que, conocidas las evoluciones de la insurrección y de la reacción argentinoperuana dentro de los límites del virreinato del Río de la Plata, con sus largas proyecciones continentales por una y otra parte, es necesario, para la inteligencia de los sucesos que van a seguirse, conocer en su correlación íntima los antecedentes de la revolución argentinochilena, primer nudo internacional de la emancipación sudamericana, que ata una masa de hechos que se suceden lógicamente y forman sistema. No tendría objeto útil la crónica compendiosa y descarnada de los primeros años de la revolución de Chile, que ya ha sido escrita con amplitud del punto de vista nacional, y por lo tanto, la estudiaremos bajo una nueva faz en sus relaciones con la revolución argentina americanizada y en su acción recíproca, para deducir de los hechos así combinados la ley histórica a que obedeció el plan militar de San Martín y los resultados políticos que necesariamente surgieron de él como efectos de causa, por la alianza de los dos pueblos y la solidaridad de las dos revoluciones.

La alianza argentinochilena, la primera en el Nuevo Mundo, y la única que tuvo un plan de intervención emancipadora sin propósitos de anexión y sometimiento, es el hecho más trascendental y fecundo en la lucha de la independencia sudamericana, porque hizo posible su triunfo, y determinó la norma y la regla según las cuales las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro. Esta alianza tiene su origen en las relaciones entre ambos pueblos desde 1810 a 1814, que es el período que vamos a estudiar bajo su aspecto internacional a la luz de un criterio correlativo. Para dar su carácter auténtico a esta versión argentina, no invocaremos sino testimonios chileno o españoles realistas, usando de los documentos de otro origen, simplemente como de elementos complementarios o ilustrativos de los hechos fuera de cuestión. Veráse así, cómo, por atracciones y gravitaciones naturales, jamás el destino reunió en una alianza política y guerrera a dos naciones más análogas y menos semejantes, que mejor se completasen para la empresa que en común acometieron, en obediencia a sus tendencias espontáneas y consultando sus conveniencias mutuas con igual firmeza en sus propósitos deliberados.

Situadas ambas naciones en la extremidad austral del nuevo continente, bajo los mismos grados de latitud de la zona templada, la una encerrada entre montañas, a lo largo del mar Pacífico, y la otra dilatada en llanuras inmensas sobre las costas del Atlántico, estaban separadas y unidas por la más elevada cordillera del globo, siendo la primera principalmente agrícola, y la segunda exclusivamente pastoril y comercial. El clima argentino, cargado de electricidad, comunicaba al temperamento y al carácter de los habitantes del suelo, las propiedades de este agente motor, mientras el de Chile, obrando más sobre los músculos que sobre los nervios, producía

un contraste étnico marcado. En su constitución social también diferían esencialmente. Chile tenía una aristocracia territorial y una plebe mestiza disciplinada y concentrada, raza secundaria en que "se había combinado una especie de feudalismo de cien grandes propietarios y señores de la tierra, cuyos antiguos vasallos indígenas se habían fundido con la raza conquistadora formando así la gran masa del pueblo chileno, cimentado sobre esta base el inquilinaje, o sea el feudalismo agrícola, y de entre los señores salían los regidores de los Cabildos, los doctores de la Universidad y los pocos colonos que podían figurar en la vida pública y adquirir representación civil". El pueblo argentino era nativamente democrático, con instintos enérgicos de independencia individual y de libertad colectiva, con una población semibárbara diseminada en sus campañas, de cuya masa salían los soldados y caudillos que se hombreaban con los soldados y los ciudadanos urbanos. Eran, pues, dos diversos sistemas geográficos, dos agrupaciones humanas de índole diversa, dos sociabilidades constituídas sobre diferentes bases, con vicios y cualidades propias que acentuaban su originalidad. Tenían, empero de común, el origen, el temple viril, las tendencias a que una y otra respondían bajo la ley de un mismo destino, y una población más homogénea que el resto de las secciones sudamericanas. Estos contrastes y analogías se diseñarán más claramente en el curso de esta historia.

II

Los lejanos antecedentes históricos de ambos pueblos, revelan desde muy temprano sus tendencias sincrónicas, y coinciden notablemente en puntos que son fundamentales. Así como la primitiva colonización argentina difería esencialmente de la del resto de la América poblada por la estirpe española, así también la de Chile difería de ésta aunque en menor grado, en su organismo y en sus fines inmediatos. A la inversa de la de Méjico y el Perú, imitación del feudalismo europeo suplantado en dos imperios conquistados, en que se explotaba el trabajo de una raza esclavizada para extraer metales preciosos, la colonización del Río de la Plata no debió su establecimiento, formación y desarrollo gradual, sino a la labor de los mismos colonos, que tuvieron que pedir a la tierra el sustento, y desenvolverse en el sentido del comercio. Este es en Sud América el único ejemplo de una sociabilidad elemental hija del trabajo reproductor, que ha dado base sólida a su prosperidad. Los colonos argentinos, al asimilarse en parte la raza indígena, tuvieron que combatir como los chilenos para conquistar el suelo contra una raza autóctona, enérgica y guerrera, lo que dio temple a su carácter y desenvolvió las aptitudes militares de la raza criolla. La coloniza-

ción europeoperuana que partía del Pacífico, y cuyo centro era Lima, como a la época a que hemos llegado lo era de la reacción, se bifurcó en las altiplanicies de los Andes siguiendo los antiguos caminos de los Incas, y después de implantarse en el Perú según el mismo tipo, bajó por sus desfiladeros orientales y se dilató por las pampas argentinas, mientras el litoral del Plata se poblaba por la corriente directa de la madre patria, que depositaba en su seno otros elementos de progreso. A la vez, y sincrónicamente, se extendió por las orillas del Pacífico de norte a sur, faldeando la cordillera marítima de los Andes, y pobló el reino de Chile, llevando la guerra de conquista hasta la frontera de Arauco dentro de las mismas latitudes del país argentino. Trasladada así esa colonización al territorio chileno con el mismo objeto inicial, se modificó notablemente, por causas hasta cierto punto análogas a las del Río de la Plata, no obstante conservar sus rasgos característicos y su germen originario. Al chocar en son de guerra con la indómita raza indígena de los araucanos que defendía el suelo, como sucedió a la colonización argentina con la belicosa raza pampeana, tuvo que proveer por el trabajo a las primeras necesidades de la vida, y de este modo se hizo agrícola y minera, templando su carácter en la lucha por la existencia, para constituir así una sociabilidad más espontánea y enérgica en su medida. Combinados esos dos factores del trabajo, la gran masa de la raza criolla y mestiza, que vino después del reparto de la tierra por los conquistadores, encerrada dentro de los cuadros de una constitución feudal, se hizo feudataria de los grandes propietarios en la explotación de la agricultura, y de aquí el origen de la aristocracia territorial y de la plebe nativa en Chile. Pero esta colonización mixta, semifeudal y semilibre, militar y agrícola a la vez, era dirigida por conquistadores y colonizadores de los mismos instintos geniales a uno y otro lado de los Andes, animados del mismo espíritu y de la tendencia hacia las aventuras militares y lejanas exploraciones. Así se ve que, mientras los colonos del Río de la Plata cruzaban el continente a través de inmensos desiertos inexplorados y llegaban al Pacífico por el Alto Perú, los colonos de Arauco cruzaban la gran cordillera, y fundaban una población agrícola a imagen y semejanza suya, abriendo un nuevo camino entre el Pacífico y el Atlántico. Esta nueva población era Mendoza, núcleo de la provincia de Cuyo, que fue el primer nudo de unión entre ambos países, y donde en el momento a que hemos llegado se hallaba San Martín con el propósito de cruzar esa misma cordillera para consolidar una república en cambio de la población de una provincia.

Durante la época colonial, Chile había vegetado oscuramente en medio de la abundancia y de la paz, apenas interrumpida por las excursiones de los araucanos, las hostilidades marítimas de los ingleses en guerra con España y las irrupciones piráticas de los fili-

busteros. Por lo contrario, las Provincias Argentinas, principalmente en su litoral fluvial y marítimo, habían vivido en casi continua guerra con los portugueses colindantes y con los ingleses invasores, a la vez que con los indígenas, llamando la atención del mundo por sus hazañas. Esto les dio la conciencia de su fuerza y les inoculó nuevos elementos de vida activa y nuevas nociones por la dilatación de su vida externa. Por esta puerta abierta a la luz penetraban las nuevas ideas hacia Chile, y como el camino que seguían era el mismo abierto por los colonizadores dos siglos antes, por allí también se establecía una especie de corriente moral entre ambos países. Y lo que sucedía con estos agentes invisibles de la actividad humana, sucedía con las cosas y las personas que son sus vehículos y receptáculos. Por el camino de la cordillera pasaron de contrabando los primeros libros conducidos por un chileno, que debían depositar el germen de las nuevas ideas en las mentes de los chilenos y argentinos que iniciaron la revolución chilena. Simultáneamente y sin conocerse, dos filántropos ilustrados, el argentino don Manuel Belgrano y el chileno don Manuel Salas, que serían los precursores y los próceres de esta revolución, se ocupaban en sus respectivos países en promover las mismas mejoras morales y materiales, alentándose en sus trabajos, "con la esperanza —decía uno de ellos—, de que corriendo los días, llegaran las circunstancias oportunas, obrando mientras tanto como debían". Estas circunstancias habían llegado, y las chispas errantes del ideal que cruzaban la cordillera en medio de la noche del oscurantismo colonial, se habían convertido en 1810 en la llama viva, aunque intermitente, que en 1814 ardía de uno y otro lado de los Andes, revelando la existencia de esa corriente moral preexistente.

En 1810, al iniciarse la revolución chilena, la situación del país era, tal como la ha pintado un historiador chileno, con colores criollos acentuadamente naturalistas, la del sueño perezoso de la ignorancia: "En una cama de pellones, con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza que le tapaba la vista, el alma remojada en agua bendita y los labios húmedos de vaporoso chacolí, dormía Chile, joven gigante, manso y gordo, huaso, semibárbaro y beato, su siesta de colono, tendido entre viñas y sandíales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre, la almohada repleta de novenas para no tener miedo al diablo en su oscura noche de reposo. No había por toda la tierra una sola voz ni señal de vida, y sí sólo hartura y pereza. En ninguna parte se sentía el presagio de aquella maternidad sublime de que la América venía sintiéndose inquieta con el germen de catorce naciones, y de que Chile, como una de sus extremidades, no percibía sino síntomas lejanos." Tal era Chile en 1810, según sus propios hijos, cuando empezó a sentir los primeros estremecimientos de la gestación revolucionaria, y va a verse cómo había llegado hasta 1814, después de cuatro años de una tormentosa vida independiente.

III

El 10 de febrero de 1808 moría el gobernador de Chile, Muñoz Guzmán, y en ese mismo día empezó la descomposición de su gobierno colonial. Según su cronista nacional, "la España perdió en él un servidor que hubiera podido conjurar durante algunos años, la borrasca de tempestad que el viento de Buenos Aires y los progresos de la civilización amontonaban".

El reino de Chile, como se le llamaba, colonizado bajo los auspicios del Perú, había sido desprendido de este virreinato y erigido en capitanía general independiente en 1778, con un gobernador a la cabeza, que era a la vez presidente de su Real Audiencia, delegaciones ambas del poder real que se ponderaban y controlaban mutuamente. Estas dos autoridades y los Cabildos concedidos a algunas ciudades en representación del pueblo, constituían todo el sistema político, judicial y municipal de la colonia. De este embrión de gobierno absoluto, sin pueblo ni opinión pública por contrapeso, debía brotar una revolución parlamentaria con formas aristocráticodemocráticas, que empezando por la descomposición de la autoridad colonial dentro de sus mismos elementos y continuando por una tímida resistencia, terminaría por una insurrección y el advenimiento de una nueva nacionalidad que señalaría un particularismo original en la historia americana. Desde luego, la creación de la nueva entidad administrativa empezó a despertar el espíritu público de los colonos, les sugirió ideas instintivas de independencia autonómica, y mejorando su condición, dio expansión a sus sentimientos y más amplitud y libertad a sus ideas confusas de buen gobierno local. La muerte del gobernador Muñoz Guzmán determinó "las circunstancias oportunas que corriendo los días debían llegar" según las esperanzas de Belgrano, y desde entonces la pacífica colonia entró en agitación.

La España, en la provisión de las autoridades superiores de sus lejanas colonias de América, había adoptado diversos temperamentos que no obedecían a ningún sistema. Nombradas directamente por la corona, ora se designaban nominativamente a los que debían ocuparlas en caso de vacancia, ora se daba al pueblo la facultad de elegir provisionalmente al sucesor, hasta que al fin se adoptó por regla general encomendar a la Audiencia o a su regente el gobierno en tal eventualidad. En 1808 este orden de sucesión había cambiado. Con motivo de hallarse en guerra con los ingleses y a fin de proveer a la seguridad militar de sus posesiones ultramarinas, dispúsose por real cédula de 1806, que en los casos de acefalía del gobierno recayese el mando en el oficial del ejército de mayor graduación. Como sucede en épocas en que las circunstancias conspiran contra

las previsiones, esta precaución de la metrópoli en vista de un peligro exterior, se convirtió en daño suyo en el orden interno de la colonia, provocando complicaciones imprevistas. La Audiencia, dando una interpretación torcida a la real cédula, se apresuró a investir del mando a su regente. Los oficiales de la frontera araucana protestaron contra la ilegalidad de esta previsión, y reunidos en junta de guerra proclamaron como gobernador y capitán general interino al coronel Francisco García Carrasco. Este, apoyado en su derecho y sostenido por la fuerza militar, que daba a su elevación un carácter pretoriano, entró en posesión del gobierno, que mal de su grado hubo de cederle la Audiencia, produciéndose así una escisión latente entre ambas autoridades. De este modo comenzó la descomposición del poder colonial en Chile, poniéndose en pugna el alto tribunal que tenía la supremacía judicial, con la autoridad política y militar cuyos actos controlaba y de la que debía ser consejera en representación del monarca.

Al trasladarse de la frontera a la capital del reino, el nuevo capitán general llevó consigo, en calidad de secretario y consejero, a un hombre que hacía años residía en Concepción y gozaba en Chile de un alto concepto, a la par que de una gran influencia en todo el sur del país, cuyos habitantes eran los más guerreros y libres por razón de su inmediación a la frontera militar con los araucanos. Era éste el doctor Juan Martínez de Rozas, argentino nacido en Mendoza, que contaba a la sazón cuarenta y nueve años de edad. Había hecho sus estudios en la Universidad de Córdoba del Tucumán, donde tuvo por condiscípulo al doctor Castelli, que debía ser uno de los promotores de la revolución en el Plata, y por cuyo intermedio entabló más tarde relaciones políticas con Belgrano, que fue el precursor de la independencia argentina. Tenía fama de ser un sabio, habiendo dictado cursos originales de filosofía, derecho y física experimental en el colegio Carolino de Santiago, y todos los hombres ilustrados de su tiempo lo veneraban como al maestro. Asesor letrado de varios presidentes que se habían sucedido en Chile, poseía la experiencia de los negocios públicos. Enlazado con una familia espectable de la localidad, desempeñaba las funciones de inspector de fronteras y encargado de su policía de seguridad, y era el jefe de una gran clientela que tenía un poder real. Carácter complicado, en que la pasión concentrada se unía a la reflexión y la prudencia, con ideas adelantadas que había bebido en los escritos modernos que trataban de los derechos humanos, con una ambición latente de gloria y honores que buscaba su camino, era el inspirador de un grupo selecto —varios de ellos argentinos—, que desde entonces se ocupaban de los destinos futuros de la América en medio de la confusa crisis que atravesaban. Con vistas más largas que sus contemporáneos, dotado de cierta elocuencia persuasiva hablan-

do o escribiendo, era un iniciador y un jefe de partido en germen. Tal era el personaje que García Carrasco asoció a su gobierno, y que debía ser el precursor y el alma de la revolución chilena que se iniciaba bajo tan extraños auspicios.

IV

El nuevo capitán general era un hombre vulgarísimo, de inteligencia limitada, de inclinaciones bajas, violento en su modo de proceder y débil en el fondo, desprovisto hasta de cualidades negativas aun para servir positivamente al bien o al mal, así es que, al exhibirse en el escenario del gobierno, reveló su nulidad, se hizo odioso por sus actos arbitrarios y se acarreó el menosprecio de todos. Su única pasión seria era la riña de gallos; su mayor placer, oír chismes, y la afección que se le conocía era la de una favorita doméstica de raza africana (él mismo había nacido en Africa, aunque de raza española), por cuya mano se dispensaban las gracias de su gobierno, "última pincelada —dice un escritor chileno—, que puede darse al retrato del presidente Carrasco, que era la vulgaridad más desnuda de mérito". Rozas, que había propiciado su candidatura, se empeñaba, empero, en hacerlo servir como instrumento a la reforma política y social, y "mientras su jefe se divertía, su secretario aspiraba a fundar una nación digna de este nombre y reflexionaba sobre los medios de lograrlo". Al efecto, se fijó en el Cabildo como punto de apoyo, y a ejemplo de Buenos Aires, a cuya revolución había dado "mucho realce la adhesión de los miembros del ayuntamiento, Rozas intentó atraerse a los cabildantes de Santiago para obrar directa e inmediatamente en los habitantes, haciéndolos favorables a la causa general." Una idea maquiavélica iba envuelta en este plan, y era oponer el Cabildo como contrapeso político a la preponderancia de la Audiencia, "haciéndole representar un papel análogo al que a la sazón desempeñaba el Cabildo de Buenos Aires" después de las invasiones inglesas, constituyéndolo en órgano de la opinión del común y en árbitro de la existencia de las mismas autoridades que destruía y criaba, como una especie de representación popular que llevaba en su seno el germen de la revolución, con este propósito influyó, de acuerdo con sus amigos, para que la corporación municipal, con motivo de los auxilios pedidos por Buenos Aires para mantener su actitud militar contra los ingleses, solicitase la adjunción de doce regidores con voz y voto, elegidos entre los vecinos más notables de la capital. El gobernador, aconsejado por Rozas, así lo decretó, y la elección recayó en su gran mayoría entre los partidarios de la "reforma, de suerte que, aquel Cabildo fue como un reflejo del de Buenos Aires, con el cual mantenía una correspondencia frecuente y secreta".

El resultado inmediato de esta innovación, que fue dar la preponderancia a los nativos, vivificando la institución municipal, produjo otro de mayor trascendencia, y fue depositar en su seno los gérmenes revolucionarios de una asamblea deliberante que los sucesos se encargarían de desenvolver hasta convertirla en una entidad política. En este terreno se trabó el primer debate parlamentario entre las dos opiniones antagónicas que ya se diseñaban en la embrionaria vida pública de la colonia. Con esta reforma coincidieron las noticias que a la sazón se recibieron de Europa, según las cuales, la España estaba próxima a se sojuzgada por las armas de Napoleón (septiembre de 1808), y que una nueva dinastía extraña iba a serle impuesta, hallándose cautivo el monarca legítimo, que era el único vínculo que ligaba a las colonias americanas con la metrópoli. Ante esa perspectiva surgió la primera cuestión política que apasionó a la opinión, por cuanto afectaba los destinos de la colonia, la que tuvo ecos en aquella corporación, que ya empezaba a percibir sus primeras palpitaciones como un órgano constitutivo. Los españoles americanos pensaban que en tal evento no debían seguir la suerte de la madre patria, y que les correspondía reformar el sistema colonial erigiendo un gobierno propio, idea que envolvía la de la independencia de hecho y de derecho. Los españoles peninsulares, conservadores por interés y por instinto, que no admitían restricciones al principio de autoridad y menos aunque los criollos lo discutiesen, sólo tenían en vista su predominio sobre la América y los americanos, y por lo tanto, protestaban contra tal teoría, sosteniendo que nada debía innovarse a fin de continuar a la sombra de la autoridad de la metrópoli la explotación colonial por cuenta propia. De estas opiniones encontradas sobre punto tan fundamental, surgieron los dos partidos antagónicos de la revolución, que muy luego se chocaron; una oposición del Cabildo contra el gobernador, que motivó la renovación del decreto que le había adscripto doce regidores auxiliares, y por último, una división más profunda entre la autoridad política y la Audiencia, que, provocando resistencias, represiones y conflictos acabó por producir un estado casi revolucionario, que se agravó por la ruptura entre el doctor Rozas y Carrasco, lo que determinó la línea divisoria entre la política reformista de los patriotas y la política de resistencia del gobernante colonial de Chile (año de 1809).

V

Alarmados los españoles, en presencia de esta agitación sorda con síntomas de descomposición, aconsejaron al gobernador como temperamento de prudencia su reconciliación con la Audiencia, y como medida de seguridad, fortificar con artillería el cerro de San-

ta Lucía, que domina la ciudad de Santiago, a la manera de una Bastilla, a fin de imponer a los que ya consideraban rebeldes, a la vez de militarizar todo el reino, poniendo las armas en manos de los realistas a todo trance y en todas las eventualidades, con lo cual creían asegurar su predominio. No encontrando en el gobernador el hombre de la resistencia, como tampoco Rozas lo había encontrado en el sentido de la renovación, se dirigieron sigilosamente al virrey de Buenos Aires, denunciando su incapacidad para contener los avances del partido patriota. El gobernador, aislado y abandonado por todos, buscó un punto de apoyo fuera de su centro, y pensó encontrarlo en los dos virreinatos inmediatos, como solidarios del mantenimiento del sistema colonial en toda su integridad, los cuales debían ser los dos centros de acción y de reacción del movimiento revolucionario que se iniciaba.

"La gente ilustrada y removedora de Chile, recibía entonces dos inspiraciones diferentes, de las cuales la una partía de Lima y la otra de Buenos Aires. La primera de estas influencias era conservadora, y la segunda reformista." A estos dos centros se dirigieron simultáneamente los conservadores y los reformistas, buscando en ellos, unos su fuerza y otros sus inspiraciones. Carrasco, se dirigió al virrey de Lima (mayo de 1810); "Al principio discurrí dar tono a esta máquina por medio del Cabildo, incorporando a su solicitud doce vecinos principales, y resultaron desavenencias de las ideas populares de algunos, al tiempo que el Cabildo de Buenos Aires extendía sus correspondencias y aspiraba a la democracia." Apenas despachada esta nota, le llegaba otra del virrey de Buenos Aires (mayo de 1810), en que le decía: "Noticias fidedignas con que me hallo, me aseguran de los partidos en que se halla dividido ese vecindario, opinando unos por la independencia, otros por sujetarse al dominio extranjero, y todos dirigidos a substraerse de la dominación de nuestro soberano." A su vez, varios jóvenes argentinos que residían en Santiago, servían de intermediarios para las comunicaciones de los revolucionarios, y algunos hombres notables de Chile cultivaban por este medio relaciones de confraternidad política con los más caracterizados entre los progresistas de Buenos Aires. Activos emisarios cruzaban la cordillera, y transmitían la palabra de orden comunicando los planes o las recíprocas esperanzas en vísperas de la acción. Atribulado Carrasco, en medio de esta situación confusa y corrientes encontradas, dio un golpe autoritario para producir intimidación, que acabó por desprestigiarlo y precipitar su caída, perdiendo el apoyo de todos los partidos.

Por una singular coincidencia histórica, el 25 de Mayo de 1810, en que el virrey de Buenos Aires era depuesto por el pueblo y se instalaba la junta gubernativa nacional del Río de la Plata e inauguraba la revolución de la emancipación sudamericana, el gobernador mandó aprisionar, como "reos propaladores de ideas de inde-

pendencia y de libertad", al procurador de ciudad don Juan Antonio Ovalle, miembro espectable de la aristocracia chilena, que había sido partidario de Carrasco y vuéltose la espalda, afiliándose en la oposición; al doctor Bernardo Vera, joven abogado, argentino, nacido en Santa Fe de Vera Cruz, que era uno de los conspiradores, y debía ser el poeta de la revolución chilena, y a don José Antonio Rojas, que treinta años antes había estado complicado en una conjuración, más novelesca que seria, para poner en independencia a Chile, y que era uno de los hombres más adelantados de su tiempo, en cuya casa se reunían los patriotas. Secuestrados sus papeles, y encontrándose en ellos indicios de aspiraciones a la independencia, fueron deportados al Perú. El ayuntamiento protestó contra el atentado, como contrario a las garantías de los vecinos y funcionarios del municipio, y convocó un Cabildo o Congreso popular, precisamente en los días en que se celebraba otro análogo en las márgenes del Plata, al cual concurrieron más de trescientos notables del pueblo chileno, que emplazó ante su barra al capitán general para manifestarle sus quejas, oír sus descargos y formular sus exigencias. Al principio, intentó resistir, pero en presencia de la actitud decidida del pueblo, que en número de tres mil almas llenaba la plaza en sostén de las deliberaciones de sus representantes natos, viéndose mal apoyado por las tropas, y a instigaciones de la Audiencia, se presentó ante la Asamblea, soportando en su tránsito las burlas de la concurrencia popular, que a gritos empezaba a pedir su destitución. Sentado el primer mandatario de la colonia en el banco de los acusados, se alzó la voz del doctor José Gregorio Argomedo, que como procurador de ciudad había reemplazado al desterrado Ovalle, por elección libre del Cabildo, y en elocuentes palabras hizo el proceso de su política, declarando que la voluntad popular era que los presos fuesen puestos inmediatamente en libertad, y que el Cabildo abierto continuara en permanencia hasta tanto no fuesen satisfechos sus votos. Esta fue la vez primera que se oyó hablar en Chile de la "voluntad del pueblo", y un inmenso aplauso saludó la peroración del nuevo tribuno. El gobernante autoritario tuvo que inclinarse ante esa voluntad, decretando no sólo la libertad de los presos, sino también la destitución de los funcionarios que habían intervenido en el auto arbitrario de prisión, y aceptar el contralor de un asesor que en lo sucesivo autorizase sus providencias jurídicas, sin cuyo requisito carecerían de eficacia. La Audiencia autorizó estos acuerdos, conspirando en odio a Carrasco contra la autoridad que estaba encargado de mantener incólume. Desde este día el último gobernador, capitán general y presidente de Chile en nombre del Rey, quedó virtualmente destituido (mayo de 1810).

VI

La revolución latente, que sólo estaba en algunas cabezas, seguía mientras tanto el curso de los acontecimientos, envuelta en su corriente. Los patriotas conspiraban en efecto desde aquella época, pero sus trabajos, puramente teóricos, no pasaban de anhelos vagos, de acuerdos secretos entre los iniciados y planes sin consistencia ni punto de apoyo. Su centro era Santiago, teatro de sus evoluciones parlamentarias; su base la belicosa provincia de Concepción, depositaria de la fuerza; su luz lejana le venía de Buenos Aires, considerada entonces "como la Atenas del Nuevo Mundo", según un historiador chileno, y éste era el foco del movimiento inicial de independencia. Ya desde 1808, los patriotas argentinos habían buscado un acuerdo con los de Chile, en circunstancias en que los primeros concibieron el plan de fundar una monarquía constitucional independiente en el Río de la Plata, y uniformado sus ideas al respecto. Un joven argentino, natural de Las Conchas (Buenos Aires), llamado Manuel Barañao, que después se señaló por su decisión en favor de la causa del Rey, fue el emisario que en esa ocasión cruzó los Andes a fin de concertar una insurrección en tal sentido; pero el país no estaba maduro para un sacudimiento, y le faltaba una cabeza y un brazo que lo impulsara y lo promoviese con eficacia. El movimiento de opinión operado en Santiago y las noticias que sucesivamente iban llegando de la Península, especialmente de la batalla de Ocaña, que se recibió en Chile en los primeros meses de 1809, avivaron estos proyectos, a que cooperaban en primera línea "el guatemalteco Irisarri, el mendocino Oro, los doctores argentinos Vera, Villegas (Hipólito), el paraguayo Juan Carlos Fretes, y el irlandés Juan Mackenna, señalado como caudillo militar de la próxima revolución, y con el objeto de armonizar la acción de ambos países, para dar de común acuerdo la señal de arrebato, despachóse a Buenos Aires por Fretes y sus asociados al joven José Antonio Alvarez Jonte (naturalizado argentino), que había pasado de las provincias argentinas a terminar sus estudios." En Concepción existía otro grupo de conspiradores, a cuya cabeza estaba Rozas, que de concierto con el de la capital promovía los mismos proyectos en el sur de Chile.

Lo que se llamaba entonces el sur de Chile, que es el territorio encerrado entre los ríos Maule y Biobío, y cuya capital era Concepción, constituía un particularismo étnico geográfico, que bajo la administración colonial, formaba de hecho una confederación político-militar con el centro y el norte del país, equilibrando la influencia de la capital del reino, a la que superaba por su energía nativa. Sus habitantes se apellidaban con orgullo "penquistos", en contra-

posición de sus convecinos que llamaban por antonomasia "chilenos", y eran más guerreros y más avezados a las fatigas que desarrollan la fuerza, por razón de sus guerras con los araucanos y sus labores pastoriles combinadas con la agricultura. Su sociabilidad era menos feudal, menos aristocrática, y existía allí una clase de campesinos libres en cuyas filas se reclutaba el ejército de frontera, y de las que surgieron los caudillos más famosos que en las guerras de la revolución pelearon en pro o en contra de la independencia. Según la expresión de dos escritores chilenos: "En Santiago estaban la aristocracia, los frailes y los conventos: en Penco, los soldados y los cañones. Allí las inteligencias y las astucias; acá los corazones y los brazos. Santiago era la capital política, y Concepción la capital militar." Este particularismo enérgico, que tanta influencia debía tener en los destinos futuros de Chile, se hallaba en 1809 bajo la influencia reguladora del doctor Rozas, del cual era el caudillo letrado al mismo tiempo que el monitor de la revolución en germen. En este teatro, Rozas dio vuelo a sus ideas y más amplitud a sus trabajos.

De regreso a Concepción, después de la ruptura con Carrasco (mediados de 1809), Rozas empezó a trabajar sin disimulo y con decisión por la independencia del país, en previsión de los acontecimientos que podían sobrevenir. Según él, en el estado de desorganización en que se hallaba la monarquía, Chile debía constituir provisionalmente un gobierno nacional, manteniendo la fidelidad al soberano cautivo, y proceder como lo habían hecho las provincias de la Península, por cuanto los chilenos, iguales en derecho a todos los otros españoles, no estaban obligados a someterse a las autoridades extraordinarias nombradas en medio de un trastorno general en ausencia del soberano legítimo, y caso de que el invasor extranjero se adueñase de la metrópoli y los españoles le prestasen obediencia, las colonias hispanoamericanas, que contaban con recursos propios para hacerse respetar, que en tal eventualidad podrían llegar a ser naciones, no debían seguir la suerte de la madre patria y les correspondía deliberar sobre sus destinos.

Los fundamentos de estos propósitos de independencia fueron desenvueltos poco después por Rozas en un "Catecismo político-cristiano", que hizo circular manuscrito, para generalizar su idea, pues en aquella época no existía imprenta en Chile. Su teoría política era ésta: "Los habitantes y provincias de América sólo han jurado fidelidad a los reyes de España; no son vasallos independientes de los habitantes de las provincias de España. La España es un punto respecto de las inmensas posesiones de América. Los americanos son de derecho hombres libres y no esclavos. Los gobernadores de América perdieron su autoridad y jurisdicción luego que faltó el príncipe que se las delegó. En este caso la autoridad para formar el gobierno más adaptado a la felicidad común se ha devuelto a los ha-

bitantes, a los pueblos y provincias de América. Los americanos han estado ciegos, se han mostrado estúpidos, y sin razonar ni discurrir, se han dejado regir por el azote y la palmeta, como niños de escuelas." Esta teoría era la misma que los precursores de la revolución en el Plata habían consagrado en 1808, con motivo de la jura de Fernando VII cautivo, la cual, bien que perfectamente de acuerdo con el espíritu del gobierno monárquico absoluto, era esencialmente revolucionaria por las consecuencias que de ellas se deducían, por cuanto debían conducir necesariamente a las colonias, como sucedió, a desconocer las autoridades españolas en América, y aun en la metrópoli, y a reasumir más tarde sus derechos y prerrogativas en virtud de la soberanía absoluta del Rey, convertida por el hecho en soberanía popular. Expuesta en el estilo dogmático de Rousseau y con el corte de los aforismos de Montesquieu, de cuyas doctrinas está penetrado Rozas, esta teoría estaba destinada a convertirse en fórmula de la revolución.

VII

Entre los colaboradores de los planes de Rozas, se contaba un rico hacendado del sur de Chile, que a la sazón fomentaba una conjuración en el ejército de la frontera de Arauco. Era éste don Bernardo O'Higgins, tan famoso después, hijo del célebre virrey del mismo apellido, que hacía años abrigaba en su alma la idea de la emancipación sudamericana. Educado en Europa, conocedor del idioma inglés por su origen irlandés, e imbuido de las instituciones de Inglaterra, discípulo y confidente de Miranda en cuya Logia se había afiliado, prestando en ella como San Martín y Bolívar el juramento de trabajar por la independencia y la libertad del Nuevo Mundo, habíase habierto con Rozas, siendo éste asesor del intendente de Concepción, a la sombra de cuya autoridad adelantaban la propaganda revolucionaria. O'Higgins debía ser más tarde el vínculo indisoluble de la alianza argentinochilena, durante la guerra de la independencia, simbolizada entonces por su unión con el argentino Rozas. Así se eslabonaban en un oscuro rincón de la extremidad de la América Meridional sus futuros destinos.

Estos trabajos subterráneos, que minaban por su base los cimientos del edificio colonial, tenían sus manifestaciones en la vida pública que debían acelerar su ruina. Con tal motivo, las persecuciones se extendían a Concepción y arreciaban en la capital. El gobernador, de acuerdo con lo aconsejado por el virrey del Río de la Plata, expidió un decreto creando una junta de observación y vigilancia contra los que propalaran voces que "sonasen a independencia y libertad." Simultáneamente con esta medida, recibió la noticia de la reciente revolución de Buenos Aires, con la deposición

del virrey que la había sugerido. Alarmado, llevó a cabo la confinación de los presos, no obstante lo acordado ante el Cabildo abierto. Con esto, la agitación subió de punto. El vecindario de Santiago se armó bajo la dirección de sus alcaldes municipales, y acudió en número de ochocientas personas para hacer cumplir las deliberaciones de sus representantes, anunciándose que el Cabildo y sus parciales estaban resueltos a deponer del mando supremo a Carrasco y a instituir una Junta gubernativa bajo el mismo pie de la de Buenos Aires. La Audiencia intervino, y para prevenir el estallido, obtuvo de Carrasco que renunciara buenamente el mando y lo depositase en manos del conde de la Conquista, anciano de ochenta y cinco años y noble chileno, adoptando así un término medio entre el viejo régimen que acababa y la revolución que comenzaba (18 de julio de 1810). Con esta revolución la Audiencia pensó haber conjurado la crisis, al poner a la cabeza del gobierno un chileno que por esta circunstancia satisfaría a los nativos, asegurándose el dominio sobre un espíritu decrépito. Los patriotas no se dieron por satisfechos, y perseverantes en sus propósitos, al rodear al nuevo mandatario, se disputaron su influencia, consiguiendo colocar a su lado consejeros seguros. La balanza osciló por algún tiempo entre los dos partidos.

La Audiencia logró que el conde se prestase en un principio al reconocimiento del Consejo de Regencia, que pretendía continuar gobernando en representación del rey ausente, lo que era un retroceso en el programa de la revolución; pero una intervención cooperadora del movimiento innovador vino a fijar todas las vacilaciones y a imponerse a su resistencia.

En los últimos días del mes de julio atravesaba la cordillera nevada un desconocido, que era detenido y registrado en el primer resguardo, y que salvó el contrabando que llevaba oculto en la copa de su sombrero. Consistía éste en comunicaciones que Belgrano y Castelli dirigían a Rozas, participándole el cambio político efectuado en la capital argentina, y estimulándolo a que promoviese en Chile uno idéntico. El emisario llamábase don Gregorio Gómez, quien se puso luego en comunicación con los patriotas, y asistió a varias reuniones secretas de ellos, donde les impuso que la revolución argentina imperaba en todo su territorio y que sus armas triunfantes marchaban a posesionarse del Alto Perú. Con este nuevo estímulo, quedó unánimemente acordada la inmediata instalación de una Junta de gobierno a ejemplo de la de Buenos Aires, entregándose la dirección al Cabildo. Este, eficazmente sostenido por el pueblo, que se puso en activo movimiento, obtuvo que el conde autorizara la convocatoria de un congreso que resolviese el problema de la situación (13 de setiembre de 1810), de la cual resultó la convocatoria de un Cabildo abierto del 18 de setiembre a fin de tratar "los medios de seguridad pública y discutir el sistema de gobierno que debía adoptarse." Para asegurar su triunfo, el Cabildo convocó a la mi-

licia urbana en sostén del Congreso popular. Los grandes propietarios de Santiago cooperaron a esta medida haciendo concurrir a sus inquilinos, que ocuparon los suburbios de la ciudad por lo cual un historiador chileno ha calificado irónicamente esta jornada, de "gran poblada de ponchos que los conjurados trajeron de los fundos inmediatos a la capital con el nombre de milicias." Esta actitud era apoyada por algunos jefes de línea de la guarnición embanderados entre los novadores. Bajo tales auspicios se abrió el Congreso municipal el 18 de setiembre, no obstante las protestas de la Audiencia: el conde de la Conquista depuso el bastón de mando de gobernador y presidente ante la Asamblea, sometiéndose de antemano a sus deliberaciones. El voto general resolvió la creación de una Junta gubernativa de siete miembros, de la cual el conde sería el presidente y el doctor Rozas uno de los vocales.

El nuevo gobierno fue reconocido y aclamado en todo el país, pero por el momento nada se innovó, a la espera de Rozas, señalado por todos para poner en movimiento la nueva máquina política e imprimirle dirección fija. "Hasta entonces los revolucionarios habían marchado a tientas, imitando siempre la conducta que observaba Buenos Aires." El 2 de noviembre hizo Rozas su entrada triunfal en Santiago con los honores de capitán general acompañado por todas las corporaciones y del pueblo en masa, a lo largo de las tropas formadas en carrera y en medio del estruendo de salvas de artillería, repique general de campanas, música y aclamaciones universales. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada, y se quemaron fuegos articiales en su honor. Jamás la capital de la colonia había presenciado una ovación semejante. Según un historiador realista de la época, estos honores era tributados al "fundador y maestro de la revolución chilena."

VIII

La revolución chilena tuvo de común con la argentina, en que fue parlamentaria y legal, iniciada y consumada en el recinto pacífico del foro municipal con los mismos medios de acción adecuados a sus fines, y que se impuso por la fuerza de la opinión, triunfando sin violencia en nombre de la conveniencia pública, cual si se cumpliese un hecho normal por la fuerza de su gravitación. Una y otra tuvieron la misma fórmula de reasunción del decreto propio, sin romper desde luego con la metrópoli, y protestando fidelidad al soberano legítimo. Con proyecciones menos trascendentales, la primera era aristocrática y pelucona, según la índole del país, mientras que la segunda fue democrática y radical; pero ambas eran esencialmente americanas y obedecían a la misma ley histórica. Ni una ni otra tuvo en su origen caudillos ni se subordinó a ningún

interés personal. Su programa fue formulado en Chile por la palabra de sus tribunos José Gregorio Argomedo y José Miguel Infante, intérpretes del derecho y de la opinión: en Buenos Aires, por la voz de Passo y Castelli, que venció con razones en el campo de la discusión a los representantes de la caduca autoridad colonial. Las dos personalidades salientes que representaron su idea adelantada, fueron dos hombres civiles de alta inteligencia, que le dieron dirección y le imprimieron su carácter político. El doctor Mariano Moreno, jurisconsulto y publicista, fue en Buenos Aires el numen de la revolución de Mayo. Rozas fue el inspirador de la renovación de la de Chile desde sus primeros días. Ambos tuvieron que luchar, apoyados únicamente en la fuerza moral de su doctrina, contra los antecedentes del antiguo régimen y las resistencias a las reformas de sus mismos colaboradores, aunque éstas fuesen menores en el Plata, y más difíciles de remover en Chile en razón de que el movimiento impulsivo era menos orgánico y sus tendencias más termidorianas. Así, eran dos revoluciones gemelas, que, con los mismos caracteres cívicos, entrañaban las mismas doctrinas, y que manifestaron desde el primer momento una tendencia de confraternidad internacional y de solidaridad de causa.

La noticia de la instalación de la Junta de Chile fue recibida en Buenos Aires como un triunfo de la revolución americana y celebrada con una salva de veintiún cañonazos de su fortaleza, en medio de transportes populares (11 de octubre de 1810). La *Gaceta Oficial*, órgano del nuevo gobierno, redactada por la pluma de su secretario el doctor Moreno, decía, comentando el hecho: "Chile ha sido reintegrado en el ejercicio de los sagrados derechos que se le usurpaban con escándalo: un soplo del genio de aquel ilustre pueblo bastó para romper los débiles lazos que la ignorancia y la desesperación habían forjado." Y ampliando este concepto bajo otro punto de vista agregaba: "Buenos Aires ha enseñado a la América lo que puede esperar de sí misma, si reunida sinceramente en la gran causa a que la situación política de la monarquía la ha conducido, obra con miras generosas, con una energía emprendedora, y con una firmeza en que se estrellen los ataques, con que los agentes del antiguo régimen resisten al examen de su conducta, y al término de la corrupción a que han vivido acostumbrados." Los chilenos respondían a estas palabras con votos de entusiasta adhesión. Don José Antonio Rojas, que tan señalado papel había representado como precursor de la independencia, poníase a disposición de la Junta de Buenos Aires, porque "su alta autoridad estaba fundada sobre las bases de la justicia, y era el apoyo y esperanza de los que aún vivían expuestos a las violencias y persecuciones de que había sido víctima." Un distinguido abogado del foro de Chile y profesor de su universidad se había anticipado a Rozas y recordando que tenía la gloria de que un hijo suyo militase bajo las banderas de la revolu-

ción argentina en su ejército auxiliar del Perú, decía a la misma Junta: "El ejemplo que dio a este reino esa segunda Roma, fue el despertador, que pasando los empinados Andes nos recordó del perezoso letargo de nuestra esclavitud. Este bien tan deseado de todos los pueblos, lo debe Chile a esos valientes habitantes, y veo grabado su reconocimiento en los corazones de mis conciudadanos."

La política de ambos gobiernos marchaba en consonancia de estas recíprocas protestas efusivas, y el de Buenos Aires no perdió momentos en impulsar a Chile a definir claramente su situación por el establecimiento de una alianza ofensiva y defensiva. Aun antes de conocer el acontecimiento que preveía, habíase dirigido al Cabildo de Santiago, como el órgano más caracterizado del pueblo, instándole a que propendiese "a la organización de una representación legítima. Para evitar la catástrofe que nos amenaza, decíale, es preciso que los pueblos sostengan con energía sus derechos, y que arrojando con desprecio todos los mandones inertes o traidores, se forme en la América entera un plan vigoroso de unidad." La contestación del Cabildo fue la proclamación del 18 de setiembre y la seguridad de que "Chile, descansando en la gloria de su seguridad, se prometía perpetuarla, cuando estrechando sus relaciones con las provincias del Río de la Plata, pudiera añadir a los recursos con que se preparaba contra cualquier invasión, las luces y auxilios de la generosa e inmortal Buenos Aires." Siguióse a esto el nombramiento de un enviado argentino a fin de promover la unión de los dos países, que era anunciado en estos términos al Cabildo: "Nada más nos resta, sino que unidos sinceramente en la continuación de una empresa, que han impulsado unos mismos principios, obremos de entero acuerdo, y con una firmeza que allane los embarazos que oponen los enemigos de la felicidad de América, y se ejecute cuanto antes la grande obra a que las circunstancias del Estado precisan, y que es tan propio de pueblos civilizados, que aprecian, como es debido sus derechos." Simultáneamente escribía a la Junta de Chile, y aconsejándole un plan de política internacional, le daba la seguridad de que la "Inglaterra no violentaría la voluntad de los americanos y que reconocería la constitución que se diesen después de la pérdida de la España." Y terminaba por decirle: "Debemos confiar que nuestra justa causa no será trastornada, y que la base principal de una constitución firme y duradera que asegure la felicidad de estas provincias, debe buscarse en la perfecta unión de sus habitantes, y en una firmeza incontrastable que sofoque en sus principios, todos los embarazos que se opongan a nuestro legítimo sistema." Rozas formuló la contestación, trazando un vasto plan de confederación continental propiciada por el gobierno argentino: "Convencidos estos pueblos que recíprocamente nos obliga a la más estricta unión con las valerosas Provincias del Río de la Plata, esta Junta conoce, que la base de su seguridad exterior, y aun interior, consiste esencialmen-

te en la unión de la América: y por lo mismo desea, que en consecuencia de los principios de V. E., proponga a los demás gobiernos (siquiera de la América del Sur) un plan, o Congreso para establecer la defensa general de todos sus puntos, y cuando algunas circunstancias acaso no hagan asequible este pensamiento en el día, por lo menos lo tendrá presente para la primera oportunidad que se divisa muy cerca." El enviado diplomático del Río de la Plata, Alvarez Jonte (7 de noviembre de 1810), desenvolvió con más amplitud estas ideas en su discurso de recepción, al presentar sus credenciales ante las corporaciones reunidas al efecto en Congreso bajo la presidencia de la Junta proponiendo: "Que ambos gobiernos, en firme y perpetua alianza para sostenerse mutuamente y poder realizar las ideas del nuevo sistema, debían estipular, declarar la guerra o aceptar la paz de mutuo consentimiento, firmar tratados comerciales de común acuerdo y cimentar un régimen político así interior como exterior sobre las mismas bases, de conformidad a los principios del nuevo sistema de común acuerdo aceptado." El Congreso, según el contemporáneo partidario de la causa realista, "le escuchó con atención, y respondió: que después de meditadas sus propuestas se aceptarían, si se hallaban convenientes al bien público." Bajo estos auspicios se inició la alianza argentinochilena, y asomó la primera vez la idea de un gran Congreso sudamericano, de que Rozas fue el iniciador. Alvarez Jonte el heraldo y el peruano Juan Egaña el teorizador.

El enviado argentino, al dar forma práctica a estas teorías, recordaba el apoyo que su gobierno había ofrecido a la revolución chilena contra las amenazas del virrey del Perú, que estaba dispuesto a prestarle como aliado, solicitó el auxilio de una división militar para hacer frente a la guerra con que el Río de la Plata era amenazado por la reacción de Montevideo, encabezada por el virrey Elío, anteriormente nombrado capitán general de Chile y rechazado por la Junta. Rozas acogió favorablemente la petición; pero el Cabildo se opuso abiertamente a ella, y aun en Concepción, centro del poder de aquél, se manifestó una fuerte oposición al proyecto. La opinión se dividió profundamente, y éste fue uno de los primeros síntomas de enervación de la influencia de Rozas, que empezó a ser tachado de argentinismo. Sus parciales, que participaban del mismo espíritu, lo apoyaron decididamente. Don Juan Mackenna, a la sazón gobernador de Valparaíso, ofrecióse espontáneamente a marchar a combatir por sus hermanos de Buenos Aires, por cuanto "era común la causa como común había de ser la suerte, y la orden del día debía ser «vencer o morir»." Una numerosa reunión de ciudadanos formuló un representación, declarando que, "el genio de la discordia nunca se introduciría entre Buenos Aires y Chile, porque estaban íntimamente aliadas, y por eso la juventud chilena se brindaba a porfía, siendo el voto del general del pueblo que la

expedición se realizase y se reprendiese severamente la conducta de cualquier contradictor para satisfacción del gobierno argentino." Estas manifestaciones dieron a Rozas la mayoría en la Junta, cuyos pareceres estaban también divididos: el vocal que decidió la cuestión, fue un español, quien al fundar su voto por escrito, dijo: "Buenos Aires sostiene igual causa a la nuestra, y su duración o ruina es inseparable, la política, la razón, la justicia, dictan que se convenga con el socorro que demanda la Junta de Buenos Aires sin reparar en otra cosa, en que lo pide, y por lo tanto, lo necesita." En consecuencia, dictóse un decreto (1811), disponiendo el envío de un cuerpo de tropas chilenas de quinientos hombres (que luego se redujo a trescientos), en auxilio de Buenos Aires, y se autorizó al enviado argentino para levantar banderas de recluta en todo el reino hasta el número de 2.000 plazas. Este acto selló la unión de ambos países, y mancomunó los destinos de su revolución en la buena y la mala suerte.

IX

Por este tiempo (1811), empezó a diseñarse con trazos pronunciados una escisión en el partido patriota, que dió por resultado su fraccionamiento en dos bandos antagónicos dentro de los elementos que habían concurrido a la revolución. A la cabeza de los radicales —o exaltados como los apellidaban sus émulos—, que marchaban a la independencia por medio de la formación de un gobierno nacional constituido, estaba Rozas como jefe de él, y en primera fila los argentinos residentes en Chile. La muerte del conde de la Conquista (27 de febrero de 1811), presidente de la Junta, lo había hecho árbitro del gobierno; pero por mucha que fuese su autoridad moral y la base de opinión y fuerza militar con que contaba en el sur, su poder era más aparente que real. En frente de él, y a la cabeza de los modernos, estaba el Cabildo, que tan gran papel había representado en el drama revolucionario, y que a la sazón reaccionaba contra la política gubernativa, sostenido por la mayoría de la aristocracia criolla, que sin plan alguno, pero poseída de un espíritu conservador, todo lo esperaba del desarrollo de los sucesos, y en su quietismo, llegó a punto de confundirse con la reacción por su tímida contemporización. En medio de estos partidos, estaba el español realista llamado godo o sarraceno, que reconocía por cabeza a la Audiencia —la cual contaba entre sus miembros a un argentino— y que conspiraba en favor de una restauración. Todos ellos acusaban a Rozas de ambicioso y llegaron hasta atribuirle que pretendía coronarse. Una mañana (18 de diciembre de 1810), apareció fijado a la puerta de su casa un pasquín en que se veía dibujado un bastón atravesado por una espada sangrienta, y encima

una corona de rey con la inscripción: "¡Chilenos, abrid los ojos! Cuidado con Juan I." Su ambición era, empero, medida y exenta de egoísmo. Dotado del valor civil del pensador político, no tenía el temple de un dictador, aunque representase su papel, y carecía hasta del temperamento del tribuno y del coraje espontáneo del hombre de acción, como lo demostró en el curso de su corta vida pública.

En medio de estas corrientes opuestas, Rozas llevaba delante con impavidez su plan reformista, venciendo resistencias, despreciando preocupaciones y lastimando intereses y vanidades a que se sobreponía. La reforma trascendental de esta época, a que está ligado su nombre, fue la declaración de la libertad de comercio (21 de febrero de 1811) que impuso, puede decirse, contrarrestando la oposición vulgar de la masa ignorante y el voto oficial de las corporaciones. Los resultados le dieron la razón: en pocos meses la renta se duplicó, y llegó pronto a cuadruplicarse. A la vez se ocupó en militarizar el país y levantar tropas para sostener por las armas la revolución. Por último fiel al cumplimiento que la Junta había contraído al instalarse con el carácter de provisional, y atendiendo las gestiones del Cabildo, declaró la convocatoria de un congreso general a que debían concurrir todos los diputados de las provincias, elegidos popularmente según un reglamento calcado sobre los precedentes municipales, que sólo concedía el derecho de sufragio a los notables previamente calificados. En este terreno debían por la primera vez chocarse los dos bandos rivales que entrañaba el partido patriota, y que por un encadenamiento de circunstancias fue también en el que los españoles reaccionarios lucharon por la primera vez a sangre y fuego contra los patriotas.

El 1º de abril de 1811 era el día designado para la elección de diputados. En ese mismo día se sublevó en Santiago una parte de la guarnición encabezada por el coronel don Tomás de Figueroa. Era Figueroa español de origen, hombre de valor probado, a quien una serie de aventuras novelescas había llevado a Chile, donde prestó servicios distinguidos en la frontera de Arauco, y al estallar la revolución tenía el mando del batallón fijo de Concepción. Rozas, de quien era compadre, lo había traído en su estado mayor al tiempo de ingresar a la Junta gubernativa, y ambos disintieron con motivo del auxilio de tropas a Buenos Aires. Se cree que el descontento que produjo esta medida le sugirió la idea de explotarlo en favor de la reacción. En los primeros momentos, el atrevido caudillo realista fue dueño de la situación. Después de disolver el comicio popular, se dirigió en son de guerra a la plaza principal, proclamando la restauración en nombre del Rey y de la religión, y allí al pie de los balcones de la Audiencia, que se hallaba reunida, púsose a sus órdenes. La docta corporación declinó hipócritamente la

terrible responsabilidad. Las armas en vez del voto pacífico o el consejo de los letrados, iban a decidir la contienda y a dar a la revolución su verdadero carácter de guerra a muerte por la vida independiente.

Rozas, que según la historia fue el único miembro de la Junta que conservó toda la serenidad en este momento de prueba, dispuso de acuerdo con sus colegas más o menos intimidados, que las tropas fieles marchasen a dominar el motín. Ambas fuerzas se encontraron en la plaza en orden de batalla, y a medio tiro de pistola rompieron casi simultáneamente el fuego, quedando finalmente los patriotas dueños del campo. En esa jornada se distinguió por su entusiasmo y valor el joven Manuel Dorrego, natural de Buenos Aires, destinado a alcanzar celebridad, y que a la sazón, estudiante de la universidad de Chile, hacía su aparición en la escena histórica. Al ruido de las descargas, Rozas montó resueltamente a caballo, y concitando al pueblo a que le siguiese, persiguió a Figueroa, que se había asilado en un convento, y personalmente lo prendió. A las 4 de la tarde, mandó plantar la horca en la plaza, y en ella fueron suspendidos los cadáveres de cinco soldados de los amotinados muertos en la refriega. A las doce de la noche estaba instruido el proceso del jefe del motín, y Rozas constreñía a sus colegas que se inclinaban a la clemencia, a firmar la sentencia que lo condenaba a muerte "por traidor a la patria y al gobierno, sin recurso alguno." A las 4 de la mañana fue fusilado Figueroa a la puerta de su calabozo, y su cadáver era expuesto en los pórticos de la cárcel, atado en la silla de baqueta que le había servido de banquillo. Horas después se promulgaba un bando en que se declaraba, que todos los que conspirasen contra el Estado, serían castigados del mismo modo. Esta ejecución y esta doctrina terrorista, respondía a las ejecuciones ordenadas por la Junta de Buenos Aires, en virtud de la doctrina revolucionaria que condenaba a los reos de rebelión, sin remisión alguna, a los que encabezasen resistencias contra sus armas. Un historiador chileno, olvidando este precedente histórico, atribuye la resolución al temperamento de raza de Rozas, que lo inclinaba a la violencia. A este acto vigoroso de represión siguióse la disolución de la real Audiencia, con la cual desaparecía la última sombra de la autoridad monárquica en Chile. Desde entonces la justicia ordinaria se administró en nombre de la patria, como se había administrado en nombre de ella la sangrienta justicia política. El idilio parlamentario de la revolución chilena se convertía en tragedia.

La columna auxiliar de Buenos Aires, fuerte de 300 hombres (100 dragones y 200 infantes), que acampada a inmediaciones de Santiago, había acudido en sostén de la autoridad de la Junta, continuó su marcha, a órdenes de su comandante don Andrés Alcázar,

veterano de la frontera de Arauco, y en medio de ovaciones llegó a Buenos Aires (14 de junio de 1811), donde fue recibida en triunfo, renovando el juramento de morir al lado de los argentinos para "destruir la tiranía y defender la libertad". Las armas de las dos revoluciones fraternizaban así a la par que sus ideas.

X

Las elecciones de diputados al Congreso se habían verificado mientras tanto tranquilamente en todo el resto del reino. En el centro del país, triunfó sin oposición el partido de la oligarquía criolla, resultando electo los grandes mayorazgos por el voto de sus inquilinos; pero al sur del Maule y en algunos otros distritos del Norte, triunfaron los radicales, dando al partido de Rozas la mayoría. Como Buenos Aires era entonces la escuela política, cuyos buenos o malos precedentes hacían regla, uno de los parciales de Rozas, movido por él, hizo moción para que los diputados electos se incorporasen al gobierno ejecutivo con voz y voto en él, invocando, según se dijo, "el ejemplo de la Junta argentina, que en todo debía servirles de modelo." Así se hizo, no obstante la protesta justificada del Cabildo inconsulto, que se preparó a tomar su desquite. Al efecto dispuso, en contravención de la regla fundamental establecida por la convocatoria, que la capital de Santiago, en vez de los seis diputados que le correspondían según el censo electoral, eligiese doce, y Rozas, por indiferencia o exceso de confianza, consintió que se alterara así la base representativa.

El 6 de mayo (1811), celebráronse las elecciones en Santiago. No obstante la poderosa influencia de la familia de los Larrain, verdadera familia Fabia de Chile, llamada "la de los ochocientos", el ardor de sus entusiastas partidarios, y el apoyo moral que le prestó el inteligente y activo enviado argentino Alvarez Jonte, Rozas fue derrotado, resultando sus candidatos con una pobre minoría de sufragantes. Desde entonces pudo verse, que el pasajero dictador era un simple huésped en la metrópoli chilena, y que su preponderancia, resistida a la vez por los conservadores y los reaccionarios —que encontraban en la oposición a las reformas y al reformador su punto de contacto— empezaba a declinar. Incorporados los nuevos diputados al directorio ejecutivo, Rozas quedó legalmente envuelto en sus propias redes. En vano pretendieron sus parciales decir de nulidad de la diputación de Santiago, por razón del número que arbitrariamente le había asignado el Cabildo: fueron vencidos por el número de votos. Derrotados en este terreno, apelaron a las asonadas con el objeto de colocar a Rozas a la cabeza del gobierno, justificando así la acusación de ambicioso que los disidentes dirigían a su jefe. Su influencia quedó enervada, el gobierno perdió su uni-

dad, su eficacia de acción y hasta los rumbos fijos en que marchaba, a punto de desviarse hacia la reacción. Esto se vio claramente al tiempo de instalarse el Congreso, árbitro anónimo de la situación.

El 4 de julio de 1811 celebró el Congreso su primera sesión inaugural. Desde este momento, la situación quedó definida: Rozas estaba vencido en el terreno parlamentario, campo de sus maniobras políticas. De los cuarenta miembros de que se componía el Congreso, sólo trece votos le pertenecían. La Junta cesaba en ese mismo día de hecho y de derecho, y resignó su autoridad en manos de la potestad legislativa, que reasumió a la vez el Poder Ejecutivo con la denominación de alto Congreso, con que ha pasado a la historia. En tal ocasión, el precursor de la revolución que hasta entonces la había dirigido en el sentido de la independencia, formuló su profesión de fe de principios —que fue también su último adiós como tal—, en un discurso que ha quedado célebre en los fastos constitucionales de Chile: "En el único modo posible y legal, se ve por la primera vez congregado el pueblo chileno. Os pido me interrumpáis, contestéis los hechos y reflexiones, poniéndome en el camino del acierto y de la verdad. Vuestro silencio será un comprobante de mis aserciones, y os hará responsables de mis errores. Fiemos sólo en nosotros mismos. Oímos cada momento que otras provincias del continente se conmueven por motivos semejantes a los que a nosotros nos sobresaltan. A un mismo tiempo un millón de hombres piensan de un mismo modo y toman una resolución. Paso legal, justo, necesario, a que el orden mismo, el peso de las cosas, y más propiamente la Providencia les ha conducido. Así se vio ejecutado un plan que debería ser el fruto de largas combinaciones y cálculos. Tal es la fuerza de la verdad. Nuestra apología no debe ocuparnos por ahora: ella se formará del tiempo, del éxito de las verdades, que manifestará el curso de los negocios, el testimonio íntimo de nuestra conciencia. Estas grandes y nobles miras, sólo tendrán un feliz y constante resultado, si podemos llenar el augusto cargo que nos han confiado nuestros buenos ciudadanos; si acertamos a reunir todos los principios que hagan su seguridad y su dicha; si formamos un sistema que les franquee el uso de las ventajas que les concedió la exuberancia de la naturaleza; si, en una palabra, les damos una constitución conforme a nuestras circunstancias. Debemos emprender este trabajo, porque es necesario, porque nos lo ordena el pueblo depositario de la soberana autoridad; porque no esperamos auxilio de la metrópoli. No os retraiga la magnitud de la obra. Los más fuertes atletas deben ceder el paso a los que siguiendo humildemente las antorchas de la razón y la naturaleza, penetrados de amor a sus semejantes, observando modestamente sus inclinaciones, sus recursos, su situación, su índole, les dictaran reglas sencillas que afianzaron el orden y la seguridad de que carecen las naciones más cultas, por falta de constituciones adecuadas; como las tuvieron la po-

bre Helvecia o como los descendientes de los compañeros del simple Pen. Otras ni aun tienen nociones de esta piedra de toque de los derechos del hombre, de este talismán, de esta brújula, instrumento pequeño, sí, pero precioso, únicamente capaz de guiarnos hacia nuestra prosperidad. El gobierno que contenga al pueblo en la justa obediencia, y al poder en la ejecución de la ley, y que haga de esta ley el centro de la dicha común y de la recíproca seguridad, será la obra maestra de la creación humana. Representantes de Chile, ésta es vuestra tarea. Borrad de vuestros diccionarios las voces, gracias, excepción, y olvidad hasta las ideas de estos anzuelos del despotismo. Que ni las provincias, ni los cuerpos, ni las personas pueden tener privilegios que los separen de la igualdad de derecho. Por eso echo de menos entre vosotros a los representantes de los cuatro «Bultamapus». Que del seno de las virtudes públicas han de salir y elevarse por el sufragio libre de los pueblos al derecho de regirlos, sus administradores y funcionarios: así la idea de un magistrado o jefe nato o perpetuo, o de un empleo comprado, es por consiguiente absurda. Abrazad con celo los negocios más espinosos: haced el bien, y limitad vuestras miras a la dulce satisfacción de haber obrado bien: inmolaos generosamente a vuestra patria, y ocultadle con destreza los servicios que le hacéis."

Jamás en la América del Sur se había escuchado un lenguaje más sobriamente elocuente ni más nutrido de liberal doctrina política. Era no sólo el anuncio de una independencia de hecho con un gobierno propio, sino también su proclamación de derecho por medio de una constitución emanada directamente de la soberanía del pueblo, republicana en sus lineamientos y esencialmente democrática por los principios antimonárquicos que exponía, invocando como los únicos precedentes de la sabiduría humana dignos de invocarse los de Suiza y los Estados Unidos de América. Este discurso causó profunda sensación en la Asamblea. Por un momento, todas las opiniones discordes, vibraron armónicamente al compás de la palabra del teorizador de la revolución.

XI

Es una cuestión interesante que no ha sido aún bien dilucidada, de si el desarrollo parlamentario que se dio a la revolución de Chile en sus primeros años, fue un bien o un mal. Un historiador chileno piensa, con más retórica que criterio, que la reunión de un Congreso, en un pueblo sin educación constitucional, sin espíritu público y en cuya composición debían entrar tres elementos discordantes, fue un error, un acto prematuro, y que habría sido preferible "la dictadura de un César en vez de la de un Cicerón." Un historiador universal confundiendo los efectos con sus múltiples cau-

sas complejas, establece, con más ingenio que penetración: que el Congreso de 1811, representante del núcleo de la población de Chile, en que predominaba la aristocracia criolla, cuya política moderada dio al movimiento revolucionario un color más suave, aunque pálido, aseguró al país más tarde la feliz tranquilidad de que carecieron las demás repúblicas sudamericanas. Estos dos juicios son erróneos o incompletos: el uno por su concreta superficialidad, y el otro por su vaga generalidad. Un publicista chileno considerando la cuestión con más filosofía, ha observado, que "la doctrina de la soberanía del pueblo y un Congreso que obrara influido por lo que se llamaba voluntad popular, sin embargo de ser unos pocos los que se arrogaban el derecho de interpretar, proclamar y representar esa voluntad, eran otros tantos elementos revolucionarios que debilitaban la influencia de las preocupaciones coloniales, despertando la idea de la dignidad del hombre en sociedad, completamente aniquilada en el sistema español, y que inquietaban los ánimos, para emprender lo que antes habría sido imposible."

El desenvolvimiento parlamentario de la revolución chilena, fue un hecho espontáneo, lógico en sí y necesario como efecto de causa, y era condición de vida de la misma revolución. Sus formas embrionarias estaban en la constitución municipal de la colonia, y las clases directivas al iniciarla, no hicieron sino obedecer instintivamente a los antecedentes históricos, impulsados por los sucesos, según la índole del país. De aquí su carácter municipal, legal y conservador, siendo la paz que al fin consolidó Chile dentro de sus propios elementos orgánicos, en lucha contra el parlamentarismo y el militarismo dictatorial, no un resultado absoluto ni relativo de este precedente transitorio, que apenas dejó rastros en la vida social o política, sino la consecuencia forzosa de la constitución oligárquica y feudal de su sociabilidad, de que era un derivado la potencia gubernamental, producto nativo de la tierra cuya semilla propagó la colonización primitiva, y ha prosperado aún bajo el régimen republicano con sus caracteres originarios. Por eso, las primeras manifestaciones de vida pública que conmovieron al país, así como la revolución que depuso al último gobernante colonial, y fundó por el voto popular un gobierno nacional, tuvo por órgano tres Congresos municipales, circunscriptos a la clase de los notables, representando el pueblo en este drama parlamentario el papel del coro antiguo que prolonga la palabra del autor principal, y por eso su carácter fué ordenado y pacífico y sus deliberaciones se impusieron sin violencia, como funciones normales del organismo propio, como una ley que estaba de antemano escrita en las conciencias y en el temperamento de la masa común. Al inaugurarse espontáneamente este nuevo orden de cosas se impuso como regla constitucional, la inmediata convocación de un Congreso general, como autoridad colectiva y representativa del país, que legitimase la nueva autoridad, produc-

to del voto de un solo municipio, que a la vez estatuyese en definitiva sobre la forma de gobierno, según sus necesidades y el imperio de las circunstancias. Esta fue la teoría y la fórmula de la revolución chilena, como lo había sido de la argentina explicada por Moreno, y a ella ajustó su desarrollo legal. En esta parte, la revolución chilena se aparta, empero, de la revolución argentina, si no en su letra, por lo menos en su práctica, por cuanto la segunda, retardó por largos años la convocación de un Congreso popular que la legitimase y le diese fuerza moral, mientras que Chile fue fiel a su regla, enmendando inmediatamente el error fundamental cometido por la Junta de Buenos Aires al incorporar a los congresales al Poder Ejecutivo, que al desvirtuar la acción fundamental, enervó el principio representativo. Esto prueba que había en el fondo de las cosas una fuerza oculta, como un resorte poderoso que se sobreponía a las voluntades dispersas y a los malos ejemplos autorizados.

Las revoluciones de Holanda y de los Estados Unidos de Norte América, habían enseñado al mundo, que un Congreso regulador era compatible con una dictadura, en el orden de la acción militar, sin necesidad de que un Cromwell se echase al bolsillo las llaves del parlamento, y la experiencia mostró después, aun en la América del Sur, que ninguna dictadura, por poderosa que fuese, pudo prescindir de este tributo de la voluntad general, de que derivaba su autoridad y sacaba su fuerza moral. En Chile, menos que en ninguna otra colonia sudamericana, era posible prescindir de este elemento de organización elemental, por cuanto no existía fuerza ni influjo personal que pudiera reemplazarlo, ni aun suplirlo accidentalmente. De aquí que el parlamentarismo se impusiese lógicamente, como una ley natural, como una necesidad imperiosa, además de ser un precepto legal surgido de la constitución que la revolución se dio a sí misma al tiempo de proclamar el nuevo orden político de cosas. Ni Rozas con todo su aparente poder podía retardar su cumplimiento, ni la oligarquía contrarrestarlo, como tampoco los reaccionarios pudieron impedirlo ni aun apelando a las armas. Se ha dicho, sin embargo, y los documentos históricos lo prueban, que la convocatoria inmediata de un Congreso, fue el resultado de una promesa que O'Higgins exigió de Rozas como condición de su adhesión, inspirándose en los principios de la constitución británica en que estaba imbuido: "Como medio de sacudir la inercia del reino y lanzar a sus habitantes en la senda revolucionaria, manifestándole que él (Rozas) se encontraba en la alternativa de convocarlo o de retirarse de su puesto", y que Rozas, después de algunas observaciones respecto de su oportunidad, contrajo este solemne compromiso. Ambos obedecieron al instinto y a la ley que gobernaba las voluntades y los acontecimientos. La revolución chilena no tenía otra forma de manifestación, que no fuese el parlamentarismo, so pena de no tener razón de ser y de asumir los caracteres de un feto informe. Aun

para constituir una dictadura, como el historiador chileno antes citado lo indicaba, era indispensable su recurso. Sin él, todo habría sido fuerza bruta sin sanción legal o anarquía estéril, como sucedió después cuando se eliminó su intervención moderada. Es posible que con el parlamentarismo lo mismo que con la dictadura, la revolución chilena se hubiera perdido al fin, porque era orgánicamente débil en sus comienzos, y faltaron a sus dos entidades las cualidades impulsivas que salvan a los pueblos en sus grandes crisis; pero el hecho es, que esa revolución se perdió en manos de una dictadura inhábil para la lucha como lo había sido para el bien, y que fue renegada por todo el país en su tiempo, como ha sido renegada por la posteridad. Si el parlamentarismo, aparte de sus vicios ingénitos de conformación no hizo todo lo que debió, culpa es de los tiempos o de los que no supieron o no quiseron darle nervio, y conspiraron contra su autoridad, sin moral y sin ley, y si con él se hubiese perdido habría sido con más gloria y más provecho. En todo caso, no puede negarse, que merced al principio vital que entrañaba en sí, aun después de sofocado en la cuna por sus mismos creadores, mereció la revolución chilena el destino de sobrevivir a su derrota, y resurgir con elementos de reorganización y de gobierno. Tal es la síntesis filosófico-política de la revolución chilena en sus relaciones con el desarrollo inicial del parlamentarismo, como los hechos lo han comprobado.

XII

Con la instalación de la primera Asamblea representativa, termina el período del inicial desarrollo orgánico de la revolución chilena y se opera su primera evolución parlamentaria, abriéndose en seguida otro período de paralización y de agitación, y descomposición, que la vivifica y la trabaja, y termina con su catástrofe, para renacer después a la vida nueva con los elementos que se incorporan en estos dos períodos de gestación embrionaria.

El Alto Congreso, que inauguró el gobierno representativo popular, abrió sus sesiones, figurando los radicales en alarmante minoría: de los cuarenta miembros que lo componían sólo trece le pertenecían, y tres de los que sumaban el total eran notoriamente godos, con la singularidad de haber sido elegidos por la ciudad de Concepción, base del influjo de su jefe de partido. Los moderados vencedores no sabían qué uso hacer de su mayoría, y permanecieron en su quietismo, gravitando sobre la situación con la masa inerte de sus votos. No era que careciesen de propósitos inmediatos ni de energía para sostenerse en el poder; pero sin experiencia ni nociones prácticas, sin plan y sin ideas fijas, oscilaban entre la revolución con todas sus consecuencias y el equilibrio instable de una con-

servación a medias. Su actitud indecisa revelaba su composición bastarda y su debilidad orgánica. Era una promiscuidad de oligarquía y de plutocracia combinada con un patriotismo tímido y tendencias retrógradas que se confundían con la reacción, en que entraba por mucho el egoísmo acomodaticio de los que sólo querían paz y resguardar sus intereses dejando ir las cosas y los sucesos por su pendiente, todo lo cual constituía un conjunto de fuerzas negativas que en razón de su naturaleza sólo obedecía al movimiento que le había impreso su propia inercia, sin previsión y sin objetivo determinado. Los disidentes, aunque débiles en número y desalojados del poder, tenían vistas más claras: perseguían un fin inmediato, que era llevar al gobierno a su jefe de partido, investido de la plenitud de las facultades de un jefe de estado y proclamar francamente la independencia, pero para alcanzar esto, contaban con más audacia que medios, y los que pusieron en juego, los perdieron.

Una de las primeras cuestiones que ocupó al Congreso, dio la medida de la inconsciencia de la mayoría que lo dominaba y de la energía y resolución de la minoría que afrontaba todas las consecuencias de la revolución. Pocos días después de instalado (27 de julio), llegó al puerto de Valparaíso un navío inglés, cuyo comandante tenía encargo del virrey del Perú, con credenciales de la regencia de España, de recoger el subsidio de guerra con que Chile debía concurrir a la lucha que sostenía la metrópoli en Europa. La cantidad depositada al efecto en las arcas fiscales ascendía a un millón seiscientos mil pesos. Los moderados, unidos a los godos, opinaron que debían entregarse, y la votación iba a sancionar este escándalo, que revestía los caracteres de una traición a la causa revolucionaria. Alzóse entonces la voz del diputado O'Higgins, en nombre de los trece patriotas que representaban la oposición, y dijo: "A pesar de que estamos en minoría, sabremos suplir nuestra inferioridad numérica con nuestra energía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastantes brazos para oponernos eficazmente a la salida de ese dinero tan necesario para nuestro país, amenazado de invasión." Esta valiente protesta decidió a la votación en favor de la negativa.

La otra cuestión que se debatió entre los dos partidos en el terreno parlamentario, fue más fundamental, y decidió definitivamente la victoria de los conservadores. Habiendo el Congreso reasumido la potestad ejecutiva a la vez que la legislativa, los liberales propusieron que se constituyese una Junta ejecutiva de tres miembros, nombrados parcialmente por cada una de las grandes agrupaciones territoriales del país: el norte, el sur y el centro. Su objeto era hacer entrar a Rozas al gobierno por esta puerta falsa del federalismo provincial. Los moderados, limitáronse en el primer momento a aceptar la idea en teoría, aplazando la elección. Para decidir ésta los liberales apelaron a la intimidación por medio de tumultos populares y golpes de mano mal combinados, en que los

amigos de Rozas hicieron el triste papel de conspiradores impotentes contra su propia obra, comprometiendo deplorablemente a su jefe en tan siniestras maniobras. Por esta vez, la razón, la opinión y la fuerza estaban de parte del Congreso, que con una firmeza y una unidad de acción que no era de esperarse de su composición ni de su temperamento, dominó legal y pacíficamente la situación y redujo a la impotencia a los vencidos en el terreno del voto y de los hechos. Despechada y mal inspirada la minoría de los trece, abandonó en masa la arena parlamentaria, y formuló su declaración de guerra, con protestas contra las decisiones del Congreso y amenazas de dirigir un manifiesto a sus omitentes, negándoles obediencia (13 de agosto). Dueña del campo la mayoría conservadora, designó los miembros de la Junta ejecutiva, en que, proforma, cada uno de ellos se suponía representar una de las tres provincias del reino, según lo habían propuesto los radicales. Desengañado Rozas, y considerándose perdido, abandonó la escena política de la capital y se dirigió a su antiguo teatro de operaciones, con el objeto de dar nuevo giro a la revolución, dejando a su partido deshecho, acéfalo y sin dirección. En Concepción fue recibido en triunfo, y allí formó una contrajunta e hizo que la provincia del sur retirase los poderes a sus diputados al Congreso.

El Congreso continuó sus trabajos, y dictó un reglamento constitutivo, limitando su autoridad y deslindando las atribuciones de los poderes públicos, que en vez del orden introdujo la confusión en el gobierno y reveló su absoluta falta de nociones de derecho público y de la más vulgar previsión. Por él se constituía un Poder Ejecutivo sumamente débil, que dejaba desarmada la situación, mientras el parlamento se atribuía además de la plenitud de la potestad legislativa, el conocimiento de los principales negocios de política interior y exterior, guerra, justicia y administración. Dando un paso más adelante en este camino, llegó a tomar en consideración un singular proyecto de constitución etocrático, redactado por don Juan Egaña, por la cual se organizaba una nación soberana e independiente a perpetuidad, con vastas proyecciones continentales, según las ideas nebulosas del autor antes indicadas, a la vez que se declaraba en él, que "Fernando VII, o la persona física y moral que señalase el Congreso, serían los jefes constitucionales de la nación chilena." Por entonces esta constitución quedó archivada, y la revolución empezó a retrogradar por la acción negativa de sus autores y la reacción de sus elementos ocultos de presencia.

Capítulo VIII

DESARROLLO Y CAIDA DE LA REVOLUCION CHILENA

1811-1814

Paralización revolucionaria. — Aparición de Carrera y su retrato. — Núcleo del partido carrerino. — Revolución liberal y política reformista. — Motín de Carrera y disolución del Congreso. — Aislamiento de Carrera en el poder. — El sur levanta la bandera parlamentaria. — Rozas y Carrera. — Pacto de federación. — Caída de Rozas y su muerte. — El año XII. — Interregno confuso. — Nuevo reglamento constitucional. — Invasión de Pareja. — Primera campaña de la independencia de Chile. — Sorpresa de Yerbas Buenas y batalla de San Carlos. — Sitio de Chillán. — Retroceso militar de la revolución. — Combate del Roble. Desprestigio de Carrera y su destitución. — O'Higgins general en jefe. — Los Auxiliares Argentinos en Chile. — Invasión de Gainza. — Nómbrase un Director Supremo en Chile. — Derrota de Cancha Rayada. — Acción de Cucha-Cucha. — Combate de Quilo. — Victoria del Membrillar. — Operaciones de los ejércitos beligerantes. — Defensa de Quechereguas. — Estado de la revolución sudamericana. — Tratados de Lircay. — Política vacilante del gobierno chileno. — Relaciones argentinochilenas. — Carrera se apodera nuevamente del mando. — La guerra civil estalla. — Invasión de Osorio. — Reconciliación de O'Higgins y Carrera. — Planes militares. — Sitio de Rancagua. — Caída de la revolución chilena.

I

La escisión del partido patriota y la consiguiente dispersión de las fuerzas cívicas, por la derrota de los que querían ir adelante; la política retardataria de los conservadores, a que concurrían los retrógrados y los trabajos disolventes de Rozas en Concepción, a la par de la inmovilidad a que se entregó el partido dominante, que empezó a su vez a dividirse, paralizaron el curso de la revolución chilena, que desde este momento amenazó desviarse de sus grandes rumbos. El liberalismo se hizo anárquico y el moderantismo llegó a confundirse con la reacción. Los primeros no veían sino godos y traidores en los patriotas tímidos que acompañando la revolución, se detenían ante sus consecuencias. Los otros, no veían sino sombras en su limitado horizonte, sin acertar a encontrar el camino en medio de sus propias incertidumbres y no tenían plan de gobierno.

Llegó el caso —no menos escandaloso que el de la entrega de los caudales al enemigo, con que el Congreso había iniciado sus sesiones—, de poner en duda prestar auxilios al amigo que sostenía la misma causa. Habiendo pedido Buenos Aires un auxilio de ochenta quintales de pólvora, por la circunstancia de tener Chile fábrica de este artículo, hubo de negársele por la viva oposición que hicieron los españoles que se habían introducido en el gobierno y empezaban a levantar la voz contra los revolucionarios. El Congreso omnipotente en teoría y dueño del gobierno, era impotente para dominar el conjunto de causas que obstaculizaban el desarrollo de las fuerzas vivas del país, y las medidas triviales o ridículas que dictaba no hacían sino aumentar su descrédito con prejuicio de la causa pública. En tal situación, una reforma radical que estableciese el equilibrio perdido y pusiese a la revolución en su camino, era una necesidad de vida que se imponía, y para alcanzar este resultado era justificable hasta una conmoción intestina. Si Rozas hubiese tenido más serenidad y más constancia y su partido más táctica, el triunfo habría sido suyo con menor desperdicio de fuerzas; pero cuando todo estaba maduro para la revolución, tuvieron que aliarse con una entidad extraña que se sobrepuso a parlamentarios y liberales, y acabó por provocar la anarquía militar y la guerra civil, proclamándose así la revolución en medio de un desorden dictatorial. Esta entidad, fue un nuevo caudillo que apareció repentinamente en la escena revolucionaria, y que debía ejercer una funesta a la vez que poderosa influencia en los destinos del país.

Por este tiempo, llegó de regreso a la tierra natal un joven perteneciente a una de las más distinguidas familias del país, cuyo padre, hombre bueno y manso, había representado un papel espectable en las comparsas patrióticas de figurones de la época, con tintes de godismo. De malos antecedentes por su carácter díscolo y una vida licenciosa, estaba en la flor de la edad, pues contaba a la sazón veintisiete años. Había hecho la guerra en España contra los franceses, con más brillo aventurero que aplicación, y traía en el bolsillo del brillante uniforme de húsar que lo vestía y de que hacía gala, los despachos de sargento mayor otorgados por la Junta de Galicia. En Cádiz había conocido a San Martín y Alvear, ligándose estrechamente con este último, que tenía mucha similitud con él y que por sus brillantes cualidades externas eran los dos héroes en perspectiva de los americanos que afiliados en sociedades secretas se ocupaban desde entonces en Europa en trabajar por la emancipación del Nuevo Mundo. Era éste el famoso don José Miguel Carrera. Tenía dos hermanos que desde los primeros días de la revolución servían con distinción en el ejército patriota. El primogénito, Juan José, era un atleta de fuerzas hercúleas con ímpetus de coraje físico y alma pusilánime, de tan pobre cabeza como poco corazón, en quien la envidia hacia su segundo hermano fue el sentimiento

dominante. El más joven y el más simpático de los tres, llamado Luis, que contaba poco más de veinte años, era de un temperamento arrebatado que ofuscaba su mediana razón, y el que con menos pretensiones y más bravura, aunque participando de los extravíos de sus hermanos, estuvo siempre en la primera fila del peligro, consagrado a la elevación de su hermano José Miguel. Era la Egeria de este trino su hermana Javiera, mujer de espíritu varonil y acentuada belleza, hábil en la intriga, que con virtudes domésticas y sociales, pasiones castas y ambiciones mundanas, fue la inspiradora de los tres hermanos, a quienes comunicó el fuego de su alma intrépida. Tal fue el núcleo del partido carrerino. En otro libro histórico hemos tenido ocasión de bosquejar la figura de su jefe proscripto, bajo la luz siniestra que los acontecimientos y sus acciones proyectaban sobre ella, y al volverle a encontrar en su medio y en los comienzos de su vida pública, sus líneas fundamentales son siempre las mismas. Hombre de acción y pensamiento en la medida de su naturaleza indisciplinada y confusa, llena de pasiones vehementes, sin el freno del sentido moral; escritor espontáneo que traducía con fuego sus sentimientos, y orador locuaz y ardiente, pero trivial; político vulgar sin ideas de gobierno y sin ideales levantados, flexible, con cierto poder de atracción, gallardo de presencia, fastuoso, frívolo, liviano, y con un concepto exagerado de sí mismo, era, como ha sido definido, concreta y figuradamente por sus biógrafos y admiradores en su propia patria, un calavera político y militar, y en resumen, una mala imitación del Alcibíades antiguo con sus vicios y sin sus grandes cualidades históricas. Animado de un patriotismo de raza y de una ambición sensual, soñaba con el poder y la gloria personal, y para alcanzar estos goces, no tenía escrúpulos ni perdonaría medios. Tal es el retrato de don José Miguel Carrera, copiado al natural, cuyos rasgos fisonómicos él mismo se encargará de acentuar con sus hechos y palabras, y tal cual se refleja en las páginas de la historia comprobada por el doble testimonio de los documentos y de los resultados que fueron su obra.

La oportunidad era propicia para un ambicioso. El gobierno conservador habíase gastado por su propio rozamiento en el vacío, la opinión no le pertenecía, gran parte de la fuerza armada estaba en manos enemigas, y los liberales, aunque desorganizados por su reciente derrota y la ausencia de su jefe, empezaban a reaccionar, y sólo les faltaba un hombre audaz y popular que se pusiera al frente del movimiento. Con su natural sagacidad, Carrera se dio cuenta de la situación y resolvió entenderse con los reformadores, debe creerse que siguiendo sus inclinaciones; pero antes de comprometerse quiso hacer una exhibición teatral propia de su ostentosa infatuación. Solicitó al Congreso una entrevista pública, y vestido de un deslumbrante uniforme, cubierto de bordados, galones y condecoraciones, hizo ante él su propia apología y preconizó la justicia de la re-

volución americana, ofreciendo a la Asamblea sus juramentos y su espada. En seguida se puso de acuerdo con los liberales, con quienes concertó sus planes con la poderosa familia Fabia de los Larrain, por intermedio de Alvarez Jonte, que a petición del Congreso al gobierno chileno había sido removido de su puesto diplomático por su adhesión a los liberales, nombrándose en su lugar al doctor Vera, que era igualmente un acérrimo partidario de ellos. Todo quedó arreglado para dar inmediatamente el golpe.

La revolución se consumó casi sin resistencias ni efusión de sangre por la acción de la fuerza armada (4 de setiembre de 1811), concurriendo pasivamente el pueblo en corto número como mera comparsa. Carrera fue el brazo de ella y en sus disposiciones desplegó inteligencia y resolución; pero no se le dio participación en el gobierno que se formó. Los liberales triunfantes, aunque operaron un cambio radical en la política, no alteraron el plan constitucional del Estado. En cuanto al Congreso, limitáronse a expurgarlo, excluyendo a seis de los diputados indebidamente nombrados por la capital, a fin de ajustar la representación al censo electoral, y a declarar vacantes tres asientos, con lo cual quedó restablecida la mayoría numérica que necesitaban para prevalecer en sus decisiones. En cuanto a la organización del poder Ejecutivo, nombraron una Junta de cinco vocales, uno de los cuales fue Rozas, y se uniformaron con el gobierno disidente de Concepción. Esta nueva administración justificó su elevación dando un vigoroso impulso a las reformas, nuevo aspecto a las cosas y más tono a la situación. Desde luego, el primer resultado saludable que se hizo sentir, fue hacer entrar las cosas en su quicio, al conciliar el parlamentarismo con la eficiencia gubernativa, condensando las fuerzas morales y materiales del país con un objetivo más claro. A esto siguióse una serie de medidas, leyes, que revelaban un propósito firme y una ciencia y conciencia de los deberes premiosos de una autoridad vigilante y tuitiva. En vez de los ochenta quintales de pólvora que hubieron de negarse al gobierno de Buenos Aires, se le remitieron doscientos, perseverando así en la alianza de los dos pueblos. Para acentuar este acto y salir del aislamiento en que se encontraba, nombró un enviado diplomático cerca del mismo gobierno, ejerciendo así un acto de soberanía exterior. Expidió una manifestación proclamando la resistencia, por cuanto era, según sus palabras "una necesidad desenvainar la espada para garantir la seguridad y defender la libertad civil", y emplazó a los indiferentes no comprometidos en pro de los principios de la revolución a pronunciarse o alejarse. Alivió al pueblo de pesados impuestos, extirpó abusos inveterados del sistema colonial, organizó la justicia según un plan nacional, fomentó la industria, enroló a todos los ciudadanos en la milicia y los armó, estableció la publicidad de las cuentas, atendió a la instrucción pública, y por último, tuvo la gloria de ser el primer pueblo de ambas Amé-

ricas que declarase libres a todos los hombres de todas las razas que pisasen su suelo y a todos los que naciesen en él de vientres esclavos, promoviendo desde luego la manumisión de éstos. Jamás tuvo Chile un gobierno más digno de regir sus inciertos destinos. Esta obra del civismo, del desarrollo orgánico de los elementos políticos, y sociales y del instinto progresista y conservador a la vez fue destruida por la ambición insana de Carrera, que substituyó a ella su estéril y egoísta dictadura personal sobreponiéndose a la ley y a las conveniencias públicas.

II

Despechado Carrera de que no se le hubiese dado en el nuevo gobierno el puesto que él creía merecer, en lo que tenía alguna razón; resentido por el estudiado olvido que de él y de sus hermanos se hacía, en lo que los vencedores obraron con poca prudencia, tal vez porque presentían en ellos colaboradores más peligrosos que útiles, y celoso de que la familia Larrain, la de los ochocientos, que desde entonces él empezó a llamar "la familia otomana", se hubiese distribuido los primeros puestos públicos, monopolizando la influencia gubernativa en sus tres ramas políticas, lo que era cierto, un incidente vino a hacer de las dos familias los montescos y capuletos de Chile. Jactándose uno de los Larrain de que tenían todas las presidencias —la legislativa, ejecutiva y judicial—, Carrera le preguntó con sorna: "¿Y quién tiene la presidencia de las bayonetas?" Esta era la que él tenía en mira. Envanecido con su naciente popularidad, meditaba echar por tierra al gobierno que había contribuido a fundar, valiéndose al efecto de los elementos militares y del crédito adquirido entre ellos. No bastándole esto, para lograr su intento explotó sin escrúpulo las disposiciones reaccionarias de los godos con promesas de restauración del antiguo régimen, obteniendo por este medio que le suministraran recursos para su empresa.

El 15 de noviembre —cumplidos apenas dos meses de la instalación del nuevo gobierno—, estalló un motín militar en la ciudad. Juan José se sublevó con su batallón, y ocupó el parque. Luis se hizo aclamar jefe de la artillería, y sacó a la calle cañones, cuyo ruido rodando por los empedrados se hizo desde entonces la señal de alarma de revolución carrerina. José Miguel se puso al frente del motín, e intimó al Ejecutivo y al Congreso se reuniesen inmediatamente para oír las peticiones del pueblo. Sólo concurrieron al llamado los godos, halagados por las promesas engañosas de una restauración, pidiendo a gritos la disolución de la Junta y del Congreso. Al día siguiente, reunióse un Cabildo abierto, en que se proclamó una nueva Junta compuesta de José Miguel Carrera, como representante de la capital, don José Gaspar Marín por el norte y

Rozas por el sur, y en ausencia de éste a don Bernardo O'Higgins, encomendando a los jefes militares su ejecución. Por este conducto fue presentada la resolución al Congreso, con una nota en que según el testimonio de un historiador chileno "frívolamente reclamaba para los parciales de Carrera colocación en los empleos vacantes o por crear." Esto es lo que ocupaba al nuevo dictador en momentos tan solemnes. El Congreso en un principio, salvó su decoro, pero al fin autorizó la creación de la nueva Junta. Pocos días después (noviembre 27), bajo el pretexto de que sus enemigos conspiraban y trataban de asesinarle, ordenó numerosas prisiones, confabulado con sus hermanos, sin consultar a sus colegas. Para dar alguna forma a estos atropellos, él personalmente condujo a un cuartel a uno de los presos, lo puso en un calabozo delante de un Cristo, lo obligó a confesarse y con el aparato de fusilarlo le hizo prestar declaración contra los demás presos. Esta farsa espantosa proyectó su primera luz siniestra sobre el carácter de Carrera, y ha quedado en la historia de Chile, con la denominación de "fusilamiento con pólvora". Del proceso que mandó instruir sobre esta base, resultó la inocencia de los acusados.

Reconvenido por sus colegas por estos desmanes, exigiéndole se justificase, se presentó con arrogancia ante el Congreso, donde le fue reprochada severamente su conducta por el desprecio que había hecho de los poderes públicos. Irritado por esta resistencia, y viendo que mientras existiese el cuerpo legislativo su poder sería limitado, hizo intimarle su disolución por medio de los comandantes de la fuerza armada (2 de diciembre), exigiéndole que "sin otra contestación que el decreto: «concedido» entregase los tres poderes al directorio ejecutivo." Las tropas, abocando los cañones a las puertas del Palacio Legislativo, ocupaban el recinto de las sesiones, para hacer cumplir el mandato pretoriano. Amenazado por uno de los diputados de que "se irían a sus provincias", le contestó con desprecio, que para lo que hacían, eso sería mucho mejor, consignando en su diario militar con la fecha de este día: "De algún modo manifesté mi encono contra aquella «canalla»." Sus colegas Marín y O'Higgins —sustituto de Rozas—, protestaron y retiráronse del gobierno. Hizo reemplazarlos por dos hombres manejables; pero uno de ellos renunció, y entonces, para hacer alarde de su voluntad antojadiza, lo suplió con un godo señalado (don Manuel Manzano), el único que había levantado su voz el 18 de setiembre de 1810 contra la instalación de un gobierno nacional. Desde este momento desaparecieron los dos partidos políticos de Chile, que representaban su aristocracia y su democracia revolucionaria, y sólo quedó imperando una oligarquía militar y una dinastía de caudillos, que emancipándose de leyes, Juntas y Congresos, no tenía más punto de apoyo que el ejército sublevado.

Triunfante el motín, dado el doble golpe de Estado y dueño absoluto del poder, Carrera sintió la necesidad moral de dar alguna explicación de sus actos, para justificar su elevación personal. Aquí se exibe en toda su desnudez el ambicioso vulgar, sin ideas y sin ideales, que ni siquiera tiene el decoro de cubrir con un manto patriótico su temerario egoísmo. En un difuso manifiesto que hizo circular, dio por única razón "la nulidad del plan de instalación del Congreso, la ignorancia de los diputados en los principios gubernativos, los sentimientos despóticos y sanguinarios de sus miembros, que según él, eran cómplices de la supuesta tentativa de asesinato contra su persona." Esto por lo que respecta a los móviles. En cuanto al programa del motín, él mismo lo ha consignado en sus documentos: primero pidió empleos para sus parciales; en seguida: "Pidió el pueblo para los tres Carrera un escudo u otra distinción en recompensa de sus servicios. A don Juan José se le dio el grado de brigadier, a don Luis y a mí el de teniente coronel. Juan José quedó con el comando de granaderos, disponiendo que se levantase un cuartel para su comodidad. Que se depositasen en caja dos o tres millones para las necesidades que podríamos tener por los enemigos exteriores... y no recuerdo lo demás." Años después (en 1818), hallándose proscripto, cuando la desgracia debía haberlo aleccionado, su caudal de ideas no había aumentado, y repetía las mismas recriminaciones, pretendiendo que el pueblo chileno se había echado en brazos de su dictadura para salvarse. Jamás ningún autor de revuelta se condenó más inconscientemente a sí mismo, como jamás revuelta alguna ha sido más unánimemente condenada por la historia y los historiadores. Ella paralizó el desarrollo orgánico de la revolución chilena, y la perdió irremisiblemente.

Carrera quedó dominante en el vacío sin más apoyo que las armas. Las fuerzas morales se le retiraron: los exaltados y los moderados, despojados unos y otros del poder por él, lo consideraron como enemigo, y la opinión que empezaba a tomar cierta consistencia, no lo acompañó. Llegó a tal punto su desprestigio y su falta de confianza pública, que propagada la voz de que todas las casas de la ciudad iban a ser saqueadas a mano armada, los vecinos emigraron al campo, ocultando sus caudales. Carrera viose obligado ante tal descrédito a hacer desmentir tan vergonzosos rumores por medio de los jefes militares, sin que por esto se calmasen las desconfianzas del pueblo. Su situación llegó a hacerse más aislada y peligrosa, cuando vio que el sur de Chile se armaba en su contra, y que Rozas a su cabeza había levantado la caída bandera del parlamentarismo.

III

Después del golpe de estado del 2 de diciembre y la consiguiente disolución del Congreso, todos los ojos volviéronse hacia el sur y a Rozas como la última esperanza y el único hombre que podía resolver la cuestión entre la fuerza y el derecho. Rozas no vaciló. No obstante haberlo designado Carrera como miembro del gobierno, protestó contra el motín, y ofreció al Congreso su apoyo. El nuevo dictador militar habría deseado propiciarse la voluntad del antiguo dictador civil, aunque abrigaba contra él invencibles prevenciones, fundamentales unas y accidentales otras. La ambición medida de Rozas giraba en el círculo de la legalidad, y constitucionalista así en la teoría como en la práctica, no iba más allá de presidir un gobierno civil sobre la base de una mayoría parlamentaria, con los instintos federativos del sur de Chile por nervio. Carrera por el contrario, le escribía en los momentos de dar su golpe de Estado: "Usted se equivocó fatalmente cuando provocó un Congreso en un reino sin opinión, sin espíritu público, sin ilustración, sin virtudes civiles, y aun sin conocimiento de los primeros deberes del hombre." Su temperamento era nativamente chileno, y poseído de un patriotismo indígena de terruño, que encerraba sus ideas en el espacio de sus ambiciones, repugnaba la política internacional de Rozas, diciendo que ella "no era sino un reflejo de la de Buenos Aires", y le señalaba como "una mala cualidad en él la de ser mendocino y adicto al gobierno argentino." Esta fué la primera levadura que hizo más tarde fermentar sus odios contra el pueblo argentino y sus hombres, y que desde entonces empezaba a incubar. Agréguese a esto, que era su émulo en popularidad y poder, y dueño de una tercera parte del territorio sobre la que quería dominar, y se comprenderá que eran dos rivales que divididos por el Rubicón del Maule no cabían en Chile.

Por una anomalía histórica, que se explica por las acciones y reacciones de los elementos constitutivos del país, si bien la causa de Rozas era en derecho la más legítima, la de Carrera, aunque personalizada en su dictadura usurpada, tenía más razón de ser, y en su medida, más porvenir. Rozas, al abandonar el teatro de operaciones de Santiago, cabeza visible de la revolución, y reaccionar contra su propia obra, pisó un terreno peligroso y destruyó la base de su poder moral por cuidar tan sólo de la de su influencia material. Al ponerse en pugna con el parlamentarismo conservador, cometió el error de levantar la bandera de un feudalismo inorgánico, sosteniendo la teoría de lo que llamaba un gobierno representativo, es decir, un triunvirato, nombrado por cada una de las tres provincias, lo que era una negación de la soberanía nacional que proclamaba. La

instalación de la contrajunta independiente de Concepción fue otro error del mismo género, que quitando a la revolución su carácter de unidad territorial y gubernativa, la debilitó en vez de organizarla, despertó estérilmente los odios interprovinciales, y preparó el sur de Chile, cuyo particularismo hemos explicado antes, para que fuese más tarde el centro de la reacción española con los mismos odios que él había concitado. Mayor error fue mantener la contrajunta aun después de la revolución del 4 de setiembre que llevó a su partido al poder, en vez de confundirse con el movimiento general y buscar su punto de apoyo estable en un gobierno fuertemente constituido en la capital que tal vez habría contenido o moderado el desenfreno de la ambición de Carrera. Por eso la causa de Carrera, aunque sin principios confesados y simbolizada sólo por su persona, tenía más razón de ser, y estaba destinada necesariamente a triunfar, por cuanto representaba en el hecho la unidad de la naciente nación a la par que la de su revolución. Carrera era el caudillo nacional.

Apercibido Carrera de los peligros de su situación y bien aconsejado por los instintos de su patriotismo genial, que se combinaban con los de su ambición, buscó un acuerdo con Rozas por intermedio de O'Higgins, y se preparó mientras tanto a hacer frente a una ruptura ocupando militarmente la línea del norte del Maule. Por su parte el sur se había levantado en armas, poniendo en campaña un fuerte ejército, y dada la calidad de las tropas, las probabilidades de la victoria estaba por él. El caudillo del sur, cuyos horizontes políticos se habían estrechado, inclinado por temperamento y por patriotismo a la paz interna, y comprendiendo quizá, que para triunfar tendría que emprender una campaña de conquista sobre el centro, acogió favorablemente la proposición de Carrera. Puestos al habla ambos contendientes no tardaron en ajustar un convenio por medio de tres plenipotenciarios, en que prevalecieron las ideas de Rozas (12 enero 1812). Fue en su forma y en su fondo un verdadero pacto de federación. Por él se reconocía la preexistencia de tres provincias del sur, centro y norte, con una soberanía territorial propia como derivada de la del pueblo, con derecho a constituir un triunvirato formado por representantes de cada una de ellas y un Senado de seis miembros elegido en la misma forma excéntrica hasta tanto se reuniese el Congreso que dictara la constitución sobre la base de la independencia, y mientras tanto se mantuviese el "statu quo", promoviendo una alianza defensiva y ofensiva con las provincias del Río de la Plata. Previóse hasta el caso de guerra entre las partes contratantes, para cuya eventualidad se estipuló que la declaración, lo mismo que la guerra, se hiciera con arreglo al derecho de gentes.

La idea de la reunión de un Congreso como fórmula de solución en las discordias intestinas, estaba en la atmósfera política; pe-

ro era antipática a Carrera, no sólo por una idiosincrasia de su temperamento autoritario, sino también porque, a la vez que limitaba su poderío y lo hacía instable, no llenaba por el momento sus aspiraciones de consolidar en sus manos la unidad del país, que eran sin duda legítimas y patrióticas, no obstante su liga impura. Así es que, conjurado el peligro de la guerra inminente con el sur, dejó pasar el tiempo sin ratificar el convenio, considerándose ya bastante fuerte para suprimir el gobierno disidente de Concepción. El sur se alarmó, acudió de nuevo a las armas y ocupó en son de guerra la línea sur del Maule, que era el Rubicón de la unidad cesárea y del federalismo parlamentario. Carrera por su parte ocupó con su ejército la línea norte, y situó su cuartel general en Talca. Una conferencia entre Rozas y Carrera puso término a esta nueva desinteligencia. Ambos convinieron verbalmente en la ratificación del pacto y en la reinstalación del Congreso, dejando las cosas en el estado en que estaban, con lo cual la paz quedó restablecida por ambos lados (25 abril 1812). Este arreglo fue celebrado en todo el país como un acontecimiento nacional, y Carrera triunfalmente recibido en Santiago, a su regreso del sur, como merecedor de la corona de olivo.

No era sólo el instinto del patriotismo y el temor de las armas penquistas, lo que movía a Carrera a pasar por la dura condición de instaurar un Congreso que había disuelto, y que consideraba malo en sí y contrario a sus intereses personales. El gobierno argentino había ofrecido su mediación amigable en la contienda interprovincial, y el de Concepción pidióle auxilios para sostener la lucha, lo que era una complicación. Pero, lo más grave era que, mientras trataban los dos dictadores, la provincia de Valdivia, que un principio se pronunciara por la revolución, formando una junta patriótica de gobierno, había reaccionado en favor de la causa realista (12 marzo 1812). Los contrarrevolucionarios, engañados por las maniobras de Carrera, lo proclamaron capitán general del reino, pero él rechazó el nombramiento con indignación. Este suceso le hizo comprender lo precario de su poder en las provincias y el serio peligro que amenazaba a la revolución por esa parte. Situado Valdivia en la extremidad austral del territorio poblado, con un puerto de mar y fortificaciones que se consideraban inexpugnables, defendidas por una guarnición veterana y teniendo a la espalda el archipiélago de Chiloé a la manera de una flota anclada, con una población decidida por el Rey que se mantenía en obediencia al virrey del Perú y otra guarnición veterana como la de Valdivia, este punto era el talón vulnerable del territorio, y de allí podía venir la reacción armada. En consecuencia, pasó por todo, sin renunciar por esto a llevar adelante sus planes de unificación.

Así se inauguró el año 1812, que fué señalado por el establecimiento de la primera imprenta y la aparición del primer periódi-

co (13 de febrero), con el título simbólico de *La Aurora de Chile*, redactado por el P. Camilo Enríquez, en colaboración con el argentino Vera y Pintado, y el guatemalteco Irisarri, que fueron los primeros publicistas de la revolución. Era el P. Camilo un fraile de la Buena Muerte, perseguido por la inquisición de Lima a causa de leer libros prohibidos, ardiente propagador de ideas liberales, revolucionario por temperamento moral, republicano por convicción, y fue el primero (en 1811) que tuvo la valentía de predicar con franqueza la independencia absoluta "como una verdad de geografía, escrita en el libro de los eternos destinos." Juntamente con la imprenta venida de los Estados Unidos, introdújose por entonces en la opinión pública de Chile un nuevo elemento, y fue la propagación de las ideas democráticas por el vehículo de un agente consular norteamericano, llamado míster Poinsett, que dio un apoyo moral al movimiento revolucionario. De tiempo atrás, ciertas nociones vagas de independencia y republicanismo se habían difundido en el país con motivo del contacto de los comerciantes y balleneros norteamericanos, o bostonenses como los llamaban, que frecuentaban las costas de Chile. Un historiador realista atribuye a esta influencia y al ejemplo del Río de la Plata la pérdida del reino para la España. Un soplo de vida nueva que difundía la pasión en todas las clases sociales, empezó a hacerse sentir bajo estas influencias, y a falta de una atmósfera política propicia se dilató el espíritu militar, que Carrera estimulaba especialmente, a la vez que se ocupaba en armar al país con más seriedad que los anteriores gobiernos. En medio de todo esto, la anormalidad del gobierno, la escisión del sur con el centro y norte y las ideas federalistas que empezaban a tomar cierta consistencia, mantenían una alarmante expectativa en todos los ánimos, cuando un suceso imprevisto vino a definir la situación y a condensar las opiniones dispersas de los patriotas, al menos en el orden de la acción.

En la noche del 9 de julio, estalló en Concepción un movimiento revolucionario, ejecutado por los mismos parciales armados de Rozas, pero secretamente promovido por los reaccionarios, que disolvió la Junta provincial. Así cayó para siempre del gobierno el hombre que había llenado con su espíritu los primeros años de la revolución de Chile. Arrepentidos muy luego los autores del movimiento le ofrecieron sus vidas para reponerlo en el mando; pero él contestó lacónicamente en una tira de papel "¡Ya es tarde!" Estaba vencido y se sentía fatigado de la lucha. Había hecho su tiempo. Trasladado a Santiago, fue desterrado por Carrera a Mendoza. Al separarse de su patria adoptiva, dijo que el que lo había vencido salvaría o perdería la revolución chilena. Pocos meses después (el 3 de marzo de 1813), murió de melancolía en el mismo lugar donde había nacido. Sus restos fueron sepultados a la entrada de la iglesia matriz, cubiertos con una lápida en que se leía este epitafio, que

tal vez él mismo escribió: *Hic jacet cinit et pulvis Johannis Martínez de Rozas.* Ni esto ha quedado de él. El gran terremoto que arruinó su ciudad natal en 1861 dispersó sus huesos, y hasta sus papeles convertidos en cenizas han desaparecido. Pero, según las palabras de un historiador chileno: "Entre los gigantescos Andes y el extenso mar Pacífico, un monumento más duradero y más honorífico que el mármol y el bronce, está encargado de conservar la memoria de don Juan Martínez de Rozas. Ese monumento es la República de Chile, que le cuenta entre sus más ilustres fundadores, y que se gloría de tenerlo por uno de sus más esclarecidos ciudadanos."

IV

Desembarazado Carrera de su poderoso rival y vencidas las resistencias que pretendió oponerle el sur, fue desde entonces omnipotente. La revolución ganó en unidad y nervio. Las opiniones dispersas de los partidos disidentes, empezaron a condensarse en torno del núcleo de su autoridad por una atracción conservadora, y la idea de la independencia a hacerse carne y a tener emblemas visibles. Con motivo de conmemorar el cónsul Poinsett el aniversario de la independencia de su patria, apareció la bandera de los Estados Unidos entrelazada con otra bandera tricolor, desconocida, con una estrella solitaria en uno de sus ángulos, como astro desprendido del cielo de la gran república. Este pabellón anónimo era el chileno, cuyos colores en forma de escarapela vistieron todos los ciudadanos el 16 de julio y fue solemnemente enarbolado el 3 de setiembre de 1812, a los dos años de fundado el primer gobierno nacional. Sin embargo, la independencia no se declaró por entonces, y se continuó gobernando a nombre del rey Fernando VII al mismo tiempo que los hermanos Carrera salían de noche disfrazados por las calles de Santiago, y en compañía de un grupo de jóvenes calaveras destrozaban los escudos de nobleza de la aristocracia criolla.

Triunfante la dictadura, y considerándose Carrera un hombre necesario, se sometió a la prueba aparente de una renuncia del mando supremo, que no fue aceptada por el Cabildo y las corporaciones al efecto convocadas; pero en desinteligencia con su hermano Juan José, que le hacía una oposición abierta, más por emulación envidiosa que por principios, hizo una segunda renuncia para ostentar su popularidad, bien que con la precaución de reservarse el mando de las armas, de acuerdo con su hermano Luis. Con su separación de la Junta, quedó el gobierno sin cabeza visible. Fue reemplazado en su puesto por su padre don Ignacio, quien según el testimonio de su propio hijo, empezó a reaccionar contra la marcha de la revolución sostenido por su hermano Juan José, el cual por espíritu de oposición fraternal empezó a inclinarse al partido godo,

al punto de aconsejarle la supresión de la nueva escarapela nacional. Sin la actitud decidida de José Miguel y Luis, que al frente de la tropa armada de su mando, acordaron mantener el sistema establecido "a sangre y fuego", la contrarrevolución se habría consumado en las esferas del gobierno. A consecuencia de esto, vino un interregno agitado y confuso, a que puso término una especie de carta constitucional, no otorgada sino impuesta subrepticiamente por Carrera.

Los dos hermanos, dueños de las armas, hicieron redactar privadamente un proyecto de reglamento constitucional, "obra de cuatro amigos", según declaración de sus mismos autores, el cual fue presentado a la Junta ejecutiva por mando de uno de sus parciales. La Constitución sólo modificaba la dictadura en su forma externa, agregándole la innovación de un Senado de siete miembros, representativo de las tres provincias, elegido por medio de votos de consulta por iniciativa de la capital, a la cual se adjudicaban tres representantes, y a cuyo dictamen se atribuía la decisión en materias de legislación. En lo demás se mantenía la misma armazón, confirmando a los gobernantes en sus puestos. Por uno de sus artículos se estatuía que "el rey era Fernando VII, con la condición de aceptar y jurar la Constitución que hiciera el pueblo"; pero por otro se disponía que: "ninguna providencia emanada de autoridad fuera del territorio tuviese efecto, castigando como reos de leso Estado a los que la obedeciesen." Aceptadas estas cláusulas por la Junta cuya mayoría era devota a Carrera, la conciencia timorata de su padre don Ignacio, no se atrevió a subscribir la desobediencia al monarca que en teoría se reconocía, y retiróse del gobierno. Sometido proforma el reglamento, a la par de la lista de empleados que por él se creaban — a cuya cabeza aparecía don José Miguel en reemplazo de su padre —, todos lo firmaron sin leerlo, con rarísimas excepciones, temerosos de las consecuencias. No era vano este temor, porque a los pocos días, todos los protestantes fueron cruelmente apaleados.

Promulgada la nueva Constitución, Carrera volvió a entrar al mando y reasumir de hecho la antigua dictadura, no sin una sorda oposición; pero en esos momentos precisamente un peligro común vino a reunir todas las voluntades de los patriotas a constituirlo a él en centro de las esperanzas de ellos. El territorio chileno había sido invadido por un ejército realista y todo el sur ocupado por él. Las armas de la revolución se iban a probar por la primera vez. También se iba a probar el dictador para justificar su ambición, mostrando al menos, que si no tenía elevación patriótica ni inspiración política, tenía por lo menos el genio militar que se atribuía. En este sentido todo le era propicio: el país estaba compacto; el ejército le pertenecía en masa; el entusiasmo público le daba fuerza moral. Era el campeón de una noble causa: todos los jefes mi-

litares, sin exceptuar sus antiguos opositores le obedecían; el instinto popular encontraba justificado un gobierno fuerte ante el peligro exterior, y el prestigio de sus campañas en Europa, hacía de él la primera figura militar de su país. Sólo Mackenna le era superior por su ciencia y experiencia, así como por su juicio, pero era extranjero y sin poder, y O'Higgins, soldado heroico, bien que general de poca cabeza, aun no había adquirido la nombradía guerrera que mereció después. Todos lo aclamaban como al héroe salvador. Era el dictador militar por el consentimiento unánime, como lo había sido violentamente en el orden político por los dictados de su propia ambición. En tales condiciones, tenía la obligación de vencer o morir, o por lo menos acreditar talentos militares o ardor en los combates. Va a verse cómo correspondió a estas esperanzas.

V

El virrey del Perú, Abascal, acechaba la revolución de Chile desde sus comienzos, a la espera del momento oportuno para atacarla de frente. Era en aquella época un anciano septuagenario, que unía la firmeza a la prudencia, y merced a estas cualidades pudo mantener en quietud su virreinato en medio de las conmociones que desde 1809 a 1811 estallaron casi simultáneamente en toda la América española. No se limitó a esto. Convirtió el Perú en centro activo de la reacción realista, y acudió a sofocar las revoluciones allí donde aparecieron: domó la del Alto Perú, hizo la guerra a la de las Provincias Argentinas, enviando una expedición contra Quito; mantuvo bajó su obediencia a Chiloé y atrajo de nuevo a ella a Valdivia. Respecto del movimiento revolucionario de Chile, al principio se limitó a simples protestas y represalias parciales; cuando creyó llegado el momento, le dirigió su primera intimación, y desoída que fue, hizo secretamente sus aprestos para reconquistar por la fuerza de las armas el reino perdido.

Fue designado como jefe de la expedición reconquistadora el brigadier Antonio Pareja, militar entendido y resuelto, que recibió por único auxilio, el nombramiento de comandante general de Valdivia y Chiloé, cinco embarcaciones, un cuadro de oficiales, cincuenta soldados y cincuenta mil pesos. Con estos exiguos recursos arribó a Chiloé a principios de 1813, disciplinó las milicias de los decididos chilotes del archipiélago y sobre la base de su guarnición de línea, y a la cabeza de una división de cerca de 1.400 hombres de las tres armas se trasladó a Valdivia. Allí agregó la tropa veterana que mantenía en sus murallas la bandera del Rey, encontrándose así al frente de un ejército de más de 2.000 hombres. Lo organizó en tres divisiones con seis piezas de artillería cada una, y sin pérdida de tiempo, se dirigió en sus transportes hacia el norte en

rumbo misterioso sin comunicar a nadie sus planes, y sin que se hubiesen sentido sus aprestos. Tres días después desembarcaba en la bahía de San Vicente, tomando por la espalda la plaza de Talcahuano y amenazaba por el frente a la ciudad de Concepción (26 de marzo). Allí se dispararon los primeros tiros de la guerra de la independencia de Chile y corrió la primera sangre de sus defensores. Talcahuano fué tomado a viva fuerza. Concepción capituló, entregado por sus mismos defensores sublevados. De este modo y casi sin resistencia, quedó dueño de todo el sur de Chile y de las guarniciones de la frontera de Arauco con que se reforzó. Al frente de 2.000 plazas regulares con 25 piezas de artillería, y 2.000 a 3.000 milicianos irregulares, abrió su campaña en los primeros días de abril de 1813. En Chillán se pronunció el país en su favor, y alcanzó a tener bajo sus banderas como 6.000 combatientes, con los cuales se posesionó de la línea del Ñuble, amagando la del Maule.

Carrera por su parte no desplegó menos actividad y energía. Inmediatamente de recibir la noticia del desembarco de la expedición invasora, cambió su dictadura política por la militar, y se hizo nombrar general en jefe con poderes omnímodos. A la luz de los faroles de la retreta hizo pregonar en la plaza la declaración de guerra contra el virrey del Perú y plantó allí la horca como amenaza de muerte a todo el que mantuviese comunicaciones con el enemigo. Por medio de un empréstito forzoso de doscientos sesenta mil pesos, que hizo decretar por un Congreso de corporaciones, imponible tan sólo sobre las cabezas de los enemigos de la revolución, encadenó a los hostiles y a los indiferentes. Estas medidas despertaron el entusiasmo general, e inspiraron confianza en el improvisado general, que hasta entonces no había figurado en su patria sino en motines de cuartel. En segunda, después de dictar sus disposiciones para la reconcentración del ejército patriota en Talca, el 1º de abril, ocho días después de la invasión, establecía allí su cuartel general sobre la línea norte del Maule al frente de una escolta de quince hombres. Su amigo, el cónsul norteamericano, le acompañaba como voluntario yanqui. En el mismo día se le presentó el coronel de milicias don Bernardo O'Higgins, que olvidando antiguos resentimientos, venía a ponerse a sus órdenes y ofrecerle la primera espada de Chile. Este ejemplo fue imitado por el brigadier Mackenna, que era la primera cabeza militar del país y un ingeniero distinguido. Llamó a sí las milicias fieles del sur del Maule, retiró con ellas los recursos al enemigo, y por consejo de O'Higgins tomó la ofensiva de vanguardia sobre la margen izquierda del Maule. Al cumplirse los veinte días, encontrábase al frente de una agrupación de cerca de 10.000 hombres, con los que organizó un ejército como de 2.500 soldados regulares mal armados, y otros tantos milicianos de caballería irregular de lanza, con una dotación de 16 piezas de campaña.

La campaña se abrió por un golpe feliz en que intervino más el acaso que el cálculo. Un destacamento patriota de 500 hombres fue encargado de sorprender la vanguardia enemiga sobre el paso Bobadilla del Maule. El jefe comprendió mal sus órdenes, y en la oscuridad de la noche encontróse sin sospecharlo en Yerbas Buenas con todo el ejército realista fuerte de 5 a 6.000 hombres, e introdujo en él la confusión apoderándose de su artillería (27 abril 1812). Al amanecer, los enemigos reaccionaron al conocer el corto número de los asaltantes, y los persiguieron, rescatando su artillería y prisioneros. Aunque materialmente los patriotas experimentaron más que cuádruples pérdidas en muertos y prisioneros, fue una victoria moral, que mostró el temple del soldado chileno y dominó a sus contrarios. A consecuencia de esta sorpresa, la mayor parte de la caballería miliciana se le dispersó a Pareja. Pero éste, sin desmayar, avanzó hasta la margen izquierda del Maule. Formado su ejército para efectuar el pasaje, los chilotes y valdivianos arrojaron sus armas negándose a ir adelante: en el Maule acababan para ellos el mundo y sus empeños con la causa realista. El general español, mortalmente enfermo y tendido en una parihuela, hubo de ordenar la retirada, y el resto de su caballería irregular se dispersó del todo. Su ejército constaba a la sazón de poco más de 1.000 hombres, pero decididos, aunque insubordinados, así que dieron frente al sur.

Mientras tanto, Carrera a la cabeza de un ejército de más de 5.000 hombres, en vez de aprovechar el efecto moral de la sorpresa e ignorante de lo que ocurría en el campo enemigo, perdió el tiempo en maniobras de repliegue y se dejó entretener con negociaciones de paz. Pasaron más de quince días antes de decidirse a cruzar el Maule. La vanguardia destacada, al mando de su hermano Luis, alcanzó al reducido ejército de Pareja al sur de San Carlos en circunstancias que se disponía a repasar el Ñuble en dirección a Chillán. Inmediatamente hizo alto y se preparó a la resistencia. El moribundo general español montó a caballo por la última vez e hizo reconocer por jefe al capitán don Juan Francisco Sánchez, oscuro soldado de frontera, y una de las más notables figuras de la causa realista en Chile. Sánchez se posesionó de una eminencia, se atrincheró a la ligera con sus bagajes, formó un rectángulo con su infantería, y distribuyendo sobre su frente sus veintisiete cañones rompió el fuego de artillería sobre la vanguardia patriota, que en número menor, con sólo dos piezas, pretendió llevarle un ataque, que fue contenido. A la llegada de la segunda división mandada por don Juan José, el general en jefe procuró formar su línea, desplegando en batalla su infantería y prolongó las alas de caballería con el objeto de rodear la posición enemiga. Su hermano mayor, desobedeciendo sus órdenes según él, cargó atolondradamente a la bayoneta, y fue rechazado, y la misma suerte tuvo otro batallón que imitó su ejemplo. La artillería se desmontó a los primeros tiros. La caballería,

que había tomado la retaguardia opuesta, se desbandó con las primeras balas de cañón que sufrió. Su infantería desordenada, formando pelotones, dio la vuelta al cuadro realista, haciendo un fuego inofensivo de fusil fuera de alcance, y en la tarde, volvió a su punto de partida, cerrando su círculo en el vacío.

El ejército se había deshecho entre las manos de su general. La batalla estaba perdida. La esperanza era la tercera división, que había quedado a retaguardia bajo el mando de O'Higgins y de Mackenna. Renovado por ella el combate sin resolución ni propósito determinado, dio al menos el resultado de contener en sus posiciones a los realistas, que a haber tomado la ofensiva antes de su llegada, lo habría ultimado. La noche puso término a esta singular jornada. Carrera se retiró en desorden a la villa de San Carlos. Sánchez, con su impertérrita columna y toda su artillería, repasó el Ñuble sin ser incomodado y se retiró a Chillán, con sólo la pérdida de seis muertos y quince heridos. El campo quedó por los muertos. Tal fue la batalla de San Carlos (15 de mayo de 1812). Dando la parte que corresponde a la bisoñería de las tropas, que mal armadas se batían por la primera vez, así como a la imprudencia de sus dos jefes divisionarios de familia, Carrera mostró en este día no poseer ni las medianas dotes de un general. No tuvo un plan cualquiera ni una inspiración del momento: comprometió parcial y sucesivamente sus fuerzas superiores en número: movióse en el vacío sin objetivo determinado: perdió el campo de batalla, y ni intentó siquiera perseguir al enemigo en su retirada, que debió ser destruido al repasar el caudaloso Ñuble a la sazón crecido, según confesión de un historiador realista. Por un raro fenómeno psicológico en contradicción con su carácter fogoso y su valor personal reconocido, Carrera reveló en la acción como caudillo de masas en medio del peligro, que carecía del ardor guerrero que se comunica, del ímpetu o la serenidad que inspira confianza, porque, según uno de los que más benévolamente lo han juzgado, "no tenía denuedo para dar a sus tropas el ejemplo, mandando, por su propia voz y guiarlas él mismo a la victoria." No era, pues, ni general, ni soldado. Empero, que en esta mala escuela se iban formando buenos soldados, merced a la nativa energía del pueblo chileno. Por eso, el novel general, a pesar de tantos errores y deficiencias, encontró dentro de sí la fortaleza de sobreponerse al profundo desaliento de sus principales jefes que le aconsejaron el repaso del Maule, y de reaccionar ante su gran responsabilidad, preparándose a tomar de nuevo la ofensiva. Era la resolución salvadora y la que aconsejaba la misma prudencia, porque si no había vencido, era el más fuerte, y en su mano estaba vencer poniendo los medios. Por desgracia, había dado en su primer ensayo lo que tenía que dar, y todo indica, que sometido a la prueba del fuego, estaba moralmente derrotado ante su propia conciencia.

VI

Carrera concibió por la primera vez un plan de operaciones estratégicas, que según él debía dar por resultado la rendición del enemigo, y era posesionarse de las plazas de Concepción y Talcahuano para cortarle la retirada del mar y privarle de los recursos que por allí podían venirle. Era rodear la dificultad sin resolverla, ni afrontarla siquiera. En la guerra, cuando no se hiere en lo vivo, las ventajas accesorias no deciden nada y a veces comprometen el éxito, perdiendo oportunidades y malgastando estérilmente las fuerzas. Tal sucedió en esta ocasión. La ocupación de las dos plazas, no empeoró la situación de los realistas ni mejoró mucho la de los patriotas. Más importante fue la ocupación de las plazas de la frontera de Arauco, ejecutada por O'Higgins, que le dio el dominio de casi todo el sur; pero en todo esto se perdió un tiempo precioso. La verdadera campaña se abrió cuando ya el invierno, que se anunciaba sumamente riguroso, estaba muy avanzado, y el enemigo organizado estaba dispuesto no sólo para la resistencia sino con ánimo para tomar la ofensiva. Mientras éste se reconcentraba, el general patriota fraccionaba su ejército, y cometía el error de dejar a su retaguardia una división de 650 hombres destacada sobre la línea del Ñuble, con una reserva ineficaz al norte del Maule, la que fue atacada y rendida por un destacamento realista desprendido desde Chillán, donde los restos del ejército realista se habían alistado. El general Pareja había muerto y dejado el mando a Sánchez al tiempo de morir, quien se mostró digno de este terrible legado.

Era Sánchez un soldado oscuro, natural de Galicia, sin instrucción ni verdadero genio militar, pero tenía la devoción de su causa, poseía cualidades de mando con buen golpe de vista, y sobre todo, una tenacidad a toda prueba. Sin desmayar un solo instante, aumentó sus fuerzas, levantó trincheras y reductos inexpugnables, y auxiliado por la población que pertenecía en masa a la causa del Rey, puso la plaza en estado de defensa con el eficaz auxilio de los frailes de "Propaganda Fidæ" que tenían allí su convento, que era una verdadera ciudadela bien abastecida. Hechos estos preparativos, esperó confiadamente el ataque, tomando mientras tanto ofensiva como se ha visto. Cuando Carrera contra la opinión de O'Higgins y Mackenna, se decidió a poner a Chillán a fines de julio, ya habían comenzado las lluvias, que en el sur de Chile son copiosísimas y constantes. En los primeros días de agosto (el 3) estableció Mackenna una batería de seis piezas a cuatrocientos metros de las trincheras. En la mañana siguiente, Sánchez dispuso una vigorosa salida contra ella, y aunque fue rechazada, mostró cuál era el temple de los defensores de la plaza. A la tarde repitió otra salida sobre la ba-

tería de reserva de los sitiadores bajo los fuegos de sus reductos, una de cuyas balas hizo volar el depósito de municiones de la batería de vanguardia, causando grandes estragos en su guarnición, en la que se introdujo la confusión. Carrera ordenó por repetidas veces su abandono, pero sus bravos oficiales desobedecieron. O'Higgins acudió a su socorro, y el enemigo fue nuevamente rechazado.

Las pérdidas fueron considerables por una y otra parte; pero mientras los sitiadores permanecían a la intemperie bajo un cielo inclemente, los sitiados se reponían de ellas bien abrigados y avituallados con los abundantes recursos que les proporcionaban los depósitos de los frailes, quienes mantenían vivo el entusiasmo de los defensores de la religión y del Rey. Carrera esperaba un convoy de municiones para reponerse; pero el activo jefe español, que había esparcido sus guerrillas en los alrededores, lo interceptó a cuarenta y siete kilómetros del campamento, y se proveyó así de un artículo que empezaba a escasearle, privando de él a sus contrarios. Los sitiadores se convertían a su vez en sitiados. El día 5, Sánchez renovó una tercera salida y atacó otra vez la batería de vanguardia, que fue valerosamente defendida por Luis Carrera, consiguiendo rechazar el ataque. El general patriota, que presenciaba todo esto a la distancia situado en una altura a retaguardia, mandó llevar el ataque sobre el pueblo. El combate se empeñó en las calles. La población en masa, armada de palos y machetes, acudió a la defensa. Los asaltantes fueron rechazados, dejando en el campo muertos y prisioneros. Las pérdidas de unos y otros fueron casi iguales; pero el nervio del Ejército patriota quedó quebrado. La muerte y la deserción empezaba a diezmar sus filas. En tan triste situación, Carrera que esperaba un nuevo ataque, y comprendía que no podría sostenerse más tiempo en sus posiciones, "no encontró otro arbitrio en su inventiva", dice epigramáticamente un grave historiador chileno, que intimar rendición a la plaza. Sánchez ni la contestó, y a su vez propuso a Carrera que repasara el Maule bajo un armisticio y le dejase dueño de todo el sur. No había más arbitrio que levantar el sitio. A pesar de la oposición de Mackenna, así se acordó en junta de guerra. Antes de cumplirse ocho días (el 9 de julio) el ejército chileno iba en retirada hacia el oeste, y el 14 acampaba en las márgenes del Itata, hostilizado por los realistas ensoberbecidos. Desde este día la revolución empezó a retrogradar militarmente.

VII

Levantado el sitio de Chillán, Carrera volvió a reincidir en el error de fraccionar su ejército con el objeto de emprender un nuevo sistema de guerra a fin de mantener su dominio en las provincias australes de Concepción y Arauco. Situó una división en Qui-

rihue, sobre la costa, a inmediaciones de la desembocadura del Itata bajo las órdenes de su hermano Juan José, con el objeto de mantener sus comunicaciones con la capital y proteger la línea del Maule. Desprendió a O'Higgins con otra débil división con el encargo de asegurar la línea de frontera del Bío-Bío. Destacó guerrillas en todas direcciones y con el resto se dirigió a Concepción a presidir desde allí su nuevo sistema de hostilidades. Era precisamente ésta la clase de guerra que convenía a Sánchez, que no podía dilatar su acción mientras se conservase una masa respetable a su frente. Con más medios de movilidad, contando con guerrillas intrépidas y prácticos del país, Sánchez distribuyó su fuerza en columnas ligeras y partidas volantes, que se extendieron al sur y norte de la comarca. Desde entonces, el ejército patriota perdió su cohesión y su moral; sus depredaciones provocaron la resistencia de las poblaciones y sucesivamente varios de sus destacamentos fueron batidos en detalle, sin que O'Higgins con su división pudiera impedir que los realistas reconquistasen toda la línea del Bío-Bío y ocuparan la provincia de Arauco al sur de ella hasta frente a Concepción, abriendo comunicaciones con Valdivia y Chiloé, y proporcionasen así recursos para continuar la guerra con ventaja. Antes de cumplirse los dos meses de levantado el sitio de Chillán (fines de setiembre), Carrera estaba circunscripto a la ciudad de Concepción, con sus comunicaciones interceptadas y sus divisiones aisladas y paralizadas. Tal fue el resultado de su absurdo plan de campaña. El ejército patriota estaba bloqueado en sus tres posiciones aisladas.

Lo que caracteriza a los hombres conscientes, así en el orden de la idea como de la acción, es la perseverancia en sus propósitos madurados, modificados según las circunstancias, pero persiguiendo siempre un objetivo que ven claramente. Carrera, que se gobernaba o dejaba dominar por los acontecimientos, seguía a remolque de ellos sin ningún propósito determinado ni resolución fija. Así pensó, que haciendo lo contrario de lo que había hecho antes, tal vez acertaría. En consecuencia, se propuso volver a encerrar a Sánchez en Chillán, para atacarlo otra vez allí, recomenzando lo que en un principio había descuidado y de que después había desistido para ensayar un nuevo género de hostilidades que tan desastrosos resultados le daba. En consecuencia, ordenó que la división de Quirihue se acercara a Concepción para estrechar a Chillán. Su hermano Juan José que la mandaba, cumplió tarde y mal esta orden en los primeros días de octubre. Remontando el Itata inferior por su margen derecha, llegó al Membrillar, a inmediaciones de las juntas de aquel río con el Diguillín, donde sitiado por fuerzas superiores del enemigo se vio obligado a atrincherarse para salvarse de un desastre. A fin de desempeñar esta división comprometida, se vio obligado a anticipar su movimiento de reconcentración sin contar con los elementos necesarios, y se puso inmediatamente en busca de la incorpora-

ción de O'Higgins, que simultáneamente avanzaba sobre la línea del Itata. En uno de los pasos de este río, denominado El Roble, se reunieron ambas divisiones, a dieciséis kilómetros al oriente del Membrillar.

Las fuerzas reunidas de Carrera y O'Higgins alcanzaban a 800 ó 1.000 hombres, y acamparon sobre el vado de El Roble, en un terreno mal elegido, no obstante las observaciones del segundo, que en previsión de la proximidad del enemigo en la margen derecha del Itata, aconsejó una posición más segura. Carrera desoyó este prudente consejo en la seguridad de que el enemigo no se atrevería a atacarlo, y limitándose a rodear de centinelas su campo, se entregó confiadamente al sueño. Sánchez, que seguía todos sus movimientos con atención por medio de sus espías y partidas de observación, aprove-
cuyo centinela herido dio la primera voz de alarma. Carrera desper-
consecuencia, en la tarde del 19 de octubre, hizo salir una división de Chillán, que reforzada con las guerrillas volantes, y cruzando el Itata en su confluencia con el Diguillín, cayó en la noche sobre el descuidado campamento y pasó a cuchillo a una guardia avanzada, cuyo centinela herido dió la primera voz de alarma. Carrera despertó al ruido de las descargas, y rodeado de enemigos, se vio obligado a arrojarse al río en busca de la división de su hermano, recibiendo una leve herida de lanza en su fuga. La ausencia del general en jefe no se hizo notar. O'Higgins, que estaba en vigilancia, acudió inmediatamente al punto amagado y organizó la resistencia, tomando al efecto disposiciones acertadas. Empeñado el fuego, se prolongó por el espacio de más de tres horas, con desventaja para los patriotas, recibiendo O'Higgins una herida; pero empuñando un fusil, ordenó una vigorosa carga a la bayoneta que decidió la victoria en su favor. El enemigo fue rechazado y obligado a repasar el río en derrota. Carrera, de regreso a su campo, lo aclamó como al "salvador de la división y de la patria", y en su parte oficial dijo, que era "el primer soldado, capaz en sí solo, de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de las glorias y triunfos de Chile". Estas palabras eran su abdicación: su estrella militar estaba eclipsada.

Después de la batalla de El Roble, Carrera desengañado, desistió de su nuevo plan, y dejando las divisiones de O'Higgins y Juan José Carrera a inmediaciones de la confluencia del Diguillín y del Itata, cubiertas de fortificaciones de campaña que Mackenna levantó, dioles por únicas instrucciones mantenerse a la defensiva, en circunstancias que el enemigo se reconcentraba en Chillán. El por su parte retrogradó a Concepción. Desde este día quedó evidenciado lo que ya todos se decían por lo bajo, que el general en jefe era una completa nulidad militar, que perdería hasta el honor de su bandera. Su desprestigio cundió en el ejército y se propagó por todo

el país. La prensa dio la primera señal del descontento general, la opinión pública se pronunció contra él, y hasta en el púlpito se fulminaron condenaciones contra la funesta influencia de los tres Carrera. Su destitución estaba decretada.

VIII

Cuando Carrera cambió su dictadura por el mando en jefe del ejército, ocupó por algún tiempo su lugar su hermano Juan José, momentáneamente reconciliado con él; pero habiendo salido éste en campaña, quedó confiado a sus dos colegas, quienes sintiéndose incapaces de sobrellevar el peso de las circunstancias renunciaron a sus puestos. Por elección de las corporaciones y del Senado, fueron nombrados para reemplazarlos tres miembros del antiguo partido moderado, dos de ellos enemigos suyos: Infante, el tribuno del Ayuntamiento que luchó con Rozas, y don José Agustín Eizaguirre, diputado del Congreso por él disuelto. Infante, carácter austero y republicano celoso, fue el alma de este gobierno. Desde los primeros momentos la nueva junta manifestó su desaprobación por el modo como había distribuido los mandos del ejército consultando más el favoritismo que la capacidad, conducta que fue calificada de "injusta y ambiciosa". Por algún tiempo, empero, se mantuvo la armonía entre la autoridad civil y militar, atendiendo eficazmente el Ejecutivo al ejército con todo género de recursos, y vigorizó su acción por medios enérgicos; pero la suspensión del sitio de Chillán, que fue reprobado por éste, y el alzamiento de la provincia de Concepción, que se atribuyó a sus errados planes y a las depredaciones por él autorizadas, agriaron sus relaciones. Desde entonces su destitución quedó secretamente decretada.

La excitación pública subió de punto con motivo de la mala dirección dada a la guerra; los antiguos liberales de 1811 alzaron la voz, declarando nula la Constitución vigente y el poder emanado de ella. La prensa hizo eco a estas manifestaciones, formulando netamente la necesidad de un cambio radical en la marcha de la revolución en el sentido republicano, y la opinión apoyó unánimemente esta tendencia. La Junta, que participaba de los mismos sentimientos, convocó, de acuerdo con el Senado consultivo, una reunión de las corporaciones, que la confirmó en el mando (8 de octubre de 1813), y resolvió que a la mayor brevedad se trasladase el gobierno a Talca, revestido de facultades extraordinarias a fin de acordar cuanto fuese conducente a la pacificación del Estado. Entró a formar parte de ella el cura de Talca, don José Ignacio Cienfuegos, hombre de talento, con influjo en las provincias del sur e igualmente enemigo de Carrera. El gobierno de Santiago, quedó encomendado al intendente don Joaquín Echevarría y Larrain, antiguo pre-

sidente del Congreso disuelto, y por lo tanto, también enemigo declarado del general. Un nuevo elemento militar vino a dar a la situación política la base de fuerza que le faltaba.

El gobierno había organizado en la capital un nuevo batallón, cuya oficialidad le era adicta, y pedido a Buenos Aires una remesa de armas. Los 300 auxiliares chilenos que en 1811 habían marchado en socorro de Buenos Aires, regresaron por este tiempo y fueron triunfalmente recibidos en Santiago. Esta tropa venía impregnada del espíritu del país en que había vivido. El gobierno argentino, para corresponder al generoso auxilio de Chile, dispuso, a pedido del de éste, que una columna de igual número de fuerzas marchase a tomar parte en la guerra que sostenía. Esta columna fue reclutada en las provincias de Córdoba y Mendoza, y cruzó los Andes bajo el inmediato mando de don Juan Gregorio Las Heras, que debía ilustrarse en aquel teatro, la que fue acogida con demostraciones de unánime simpatía. La Junta se trasladó a Talca, escoltada por el batallón Auxiliares Argentinos, donde el coronel don Marcos Balcarce tomó el mando en jefe de ellos. En este punto recibió la noticia de la acción del Roble, y desde ese momento quedó resuelta la remoción de Carrera.

Al principio, parece que la Junta se había fijado en el coronel Balcarce para general en jefe en substitución de Carrera; pero como al espíritu nacional chileno repugnase ser mandado por un extraño, fijóse en el coronel O'Higgins, quien, aunque no poseía todas las cualidades de un general, era por su popularidad en el país y en el ejército, su valor heroico y sus virtudes cívicas, así como por sus recientes hazañas, el señalado. Al principio rehusó modestamente aceptar el puesto, y sostuvo que no debía removerse a Carrera; pero la Junta estaba decidida, y lo obligó a ello. Intimado Carrera de su destitución, pensó resistir a mano armada, lo que tal vez pudo haber hecho, pues contaba todavía con partidarios; pero sea desaliento, sea un noble sentimiento de patriotismo, al fin obedeció, siendo éste el único rasgo de abnegación ostensible de su vida pública. El nombramiento de O'Higgins fue recibido con general aplauso (febrero de 1814).

Empero, esta transición no se efectuó sin que la subordinación militar se resintiese, y el ejército quedó moral y materialmente desorganizado, proviniendo de aquí los partidos carrerista y o'higginista, que tan profundamente lo trabajaron, y al fin le trajeron la derrota. El distinguido general fomentaba esta división, mientras sus parciales promovían la deserción de las tropas, en circunstancias que nuevos peligros amenazaban a la revolución. Los jefes del ejército pidieron que fuese alejado de Concepción donde permanecía y el nuevo general, que lo había tratado con toda consideración —lo mismo que el gobierno, que le ofreció nombrarle su representante en Buenos Aires—, lo despidió con palabras amisto-

sas. Como anuncio del fatal destino que debía perseguirlo, en su tránsito a la capital cayó, en compañía de su hermano Luis, en manos de las partidas realistas, mandadas por aquel mismo joven argentino Barañao, que antes hemos visto figurar como agente revolucionario, y fue conducido prisionero a Chillán donde su estrella militar se había eclipsado.

El ejército de que se recibió O'Higgins, según un concienzudo historiador chileno, que apoya su aserción en documentos, no alcanzaba a la cuarta parte del que había mandado el general Carrera antes del sitio de Chillán; componíase de 2.300 ó de 2.500 hombres fraccionados en todo el sur, poseídos de mal espíritu y trabajados por la deserción, contando con escasos medios de movilidad, y no bien armados. Tal era su estado en momentos en que una nueva invasión amenazaba su territorio. El 31 de enero de 1814, había desembarcado en el puerto de Arauco un refuerzo de 800 hombres con seis piezas de artillería, bien armados y equipados, a las órdenes del brigadier Gavino Gainza, nombrado por el virrey del Perú, general en jefe del ejército realista en Chile. Ocho días después atravesó el Bío-Bío, y se incorporó con Sánchez en Chillán, sin que, en toda la vasta extensión del territorio que cruzó, "que era a la sazón el teatro de la guerra, oyese el «¡quién vive!» de los centinelas insurgentes". Los patriotas estaban reducidos a la inacción y la impotencia. O'Higgins estrechado en Concepción, donde había establecido su cuartel general, meditaba reconquistar la línea del río Bío-Bío, a fin de ocupar los desfiladeros de las montañas, e interceptar al enemigo los recursos que le venían de Valdivia y Chiloé. Mientras tanto, dispuso que la otra división de su ejército, reforzada con los voluntarios chilenos y los Auxiliares Argentinos venidos recientemente de Buenos Aires, a la sazón acantonada en Quirihue, volviese a ocupar la antigua posesión del Membrillar en la margen derecha del Itata, avanzando sobre Chillán para llamar la atención, mientras él emprendía su campaña sobre las plazas fronterizas de Arauco. Estas operaciones estratégicas eran tan erradas como los planes de Carrera, y debían dar más o menos los mismos resultados, cuando de la reconcentración de las fuerzas dependía el éxito. El general Mackenna, que la mandaba, situóse en el Membrillar, posición bien elegida, que domina los vados del Itata, amaga a Chillán y liga al sur y al norte los dos caminos de Concepción y Talca, pero que en aquellas circunstancias era puramente defensiva. Allí se fortificó con 800 infantes, 100 dragones y 16 piezas de artillería (febrero de 1814). A los pocos días encontrábase sitiado, como lo había estado la división de Juan José Carrera en 1813, por las partidas volantes que dominaban el centro del país. Este movimiento dejó desguarnecida la línea del Maule y abierto el camino de la capital.

A fin de ensanchar su zona de actividad y proveerse de víveres, Mackenna practicó varias excursiones. En una de ellas, salió en

persona al frente de 400 fusileros y 40 dragones con dos piezas de artillería, avanzando hasta las alturas de Cucha-Cucha sobre el Ñuble, a 15 kilómetros del Membrillar y 26 de Chillán. En circunstancias que se retiraba, arreando un número considerable de ganado, su retaguardia, que había quedado distanciada del grueso de la columna, fue atacada (23 de febrero de 1814) por una fuerza de 500 a 600 realistas, divididos en tres trozos, que pusieron en conflicto a la guerrilla que la cubría, mandada por el teniente coronel Santiago Bueras. El mayor Las Heras, que a la cabeza de 100 Auxiliares Argentinos sostenía la retirada, la protegió en ambas ocasiones, y en la última, viéndola en grave peligro, cargó sobre el enemigo a la bayoneta y los desalojó de sus posiciones, haciéndoles varios muertos. Sostuvo el campo por un cuarto de hora, y se replegó en orden con los honores de la jornada. A su entrada al campamento los auxiliares fueron saludados con aclamaciones, y un improvisador chileno dedicó a Las Heras unas estrofas desaliñadas, pero llenas del sentimiento de la confraternidad militar con los soldados chilenos.

IX

Mientras estos sucesos tenían lugar al sur, en la región norte se desenvolvían otros de no menor importancia, que debían cambiar la faz política y militar de la revolución. Desguarnecida, como queda dicho, la línea del Maule, el enemigo se aprovechó de esta circunstancia para salvar esta barrera que fue pisada por la primera vez por la planta de los soldados realistas. Mandábalos un joven vizcaíno, llamado José Antonio Elorriaga, que de un escritorio de comercio había pasado a ser jefe de vanguardia, distinguiéndose en la guerra de partidarios, hasta merecer la admiración de sus mismos enemigos. A la cabeza de 300 hombres cruzó el río, y cayó inopinadamente sobre la ciudad de Talca, de donde se había ausentado pocos días antes la Junta gubernativa después de remover del mando a Carrera. Mandaba la plaza el coronel Carlos Spano, español de nacimiento, pero que desde 1809 se había decidido por la revolución, y aunque la guarnición era muy débil, resolvió resistirse (4 de abril). La defensa fue heroica, pero al fin sucumbió Spano, cayendo muerto envuelto en la bandera tricolor de su patria adoptiva, que defendió hasta el último trance. El camino de la capital estaba abierto y la invasión golpeaba sus puertas. Este golpe esparció la consternación en Santiago, a la vez que levantó el espíritu de los liberales, que atribuían a la poca actividad del gobierno las desgracias públicas. El pueblo reunióse espontáneamente en Asamblea en la plaza principal, y allí se alzó la voz de un argentino, llamado Mariano Vidal, quien como diputado del pueblo se apersonó al Ca-

bildo a fin de acordar las medidas que debían tomarse para salvar la patria. El regidor del Ayuntamiento, que lo era el guatemalteco Irisarri, uno de los precursores de la revolución, se puso a la cabeza del movimiento y propuso que se nombrase un dictador como en los días de peligro en la república romana. El resultado fue nombrar un Director Supremo a imitación de lo que acababa de hacerse en Buenos Aires, concentrando el Poder Ejecutivo en una sola persona. El coronel don Francisco Lastra, a la sazón gobernador de Valparaíso, hombre probo, pero que no tenía el temperamento de un dictador, fue llamado a ocupar la nueva magistratura suprema. Desde entonces el viento empezó a soplar más favorablemente del lado de Buenos Aires.

El nuevo gobierno desplegó gran actividad y energía. En pocos días organizó una expedición para reconquistar a Talca, fuerte de 1500 hombres de las tres armas con seis cañones. Confióse su mando a un joven llamado don Manuel Blanco Encalada, a quien veremos figurar más adelante en otro elemento. Su tropa era bisoña, y su campaña fue mal conducida, siendo finalmente rechazado en el ataque que intentó sobre Talca y completamente derrotado a sus inmediaciones, en el campo de Cancha Rayada, célebre desde entonces por la derrota de las armas patriotas (27 de marzo). Esta vez el camino de la capital no sólo quedó abierto, sino indefenso. Esto sucedía en momentos en que Gainza con el ejército invasor marchaba decididamente sobre ella, a la vez que O'Higgins, incorporado ya a Mackenna, se acercaba en la misma dirección, habiendo prevenido anticipadamente a Blanco, que no comprometiese combate. Reunido el ejército patriota del Sur con la división de Santiago, habían formado un total de 3.500 hombres, fuerza superior a la del enemigo, con la que era posible terminar ventajosamente la campaña. Ahora, la única esperanza eran O'Higgins y Mackenna. La salvación consistía en cuál de los dos ejércitos pasaría primero el Maule, si el patriota o el realista.

X

Después de la acción de Cucha-Cucha, la posición de Mackenna en el Membrillar, llegó a hacerse insostenible. Asediado en todas direcciones y circunscripto a su campo atrincherado, las provisiones empezaban a escasear, y apenas contaba con víveres para doce días. La toma de Talca, que interceptaba sus comunicaciones con la capital y lo privaba de todo socorro, hizo desmayar sus tropas, a punto de pensarse seriamente en abandonar el punto, y retirarse al norte; pero el ánimo esforzado de Mackenna lo mantuvo. Su ciencia, como buen ingeniero, consistía en saber acampar bien y prevenirse contra toda eventualidad. Al efecto, había elegido una posición fuerte para

la defensiva, que a la vez le dejaba abierto todos los caminos de la retirada y del ataque, según las circunstancias. Apoyando su espada en el Itata, protegido por barrancas inaccesibles, formó tres reductos sobre tres colinas, a tiro de fusil una de otra, dos de ellos avanzados hacia el norte y uno central a retaguardia, de manera que sus fuegos lo flanqueasen y protegiesen su retaguardia, a la vez que los tiros convergentes pudieran concentrarse sobre el enemigo que intentara un ataque de frente que dos profundas quebradas dificultaban. Mientras tanto O'Higgins, encerrado en Concepción, perseveraba en su errado plan de dominar el interior del país por la parte de Arauco; pero la derrota de una de sus divisiones destacadas con tal objeto (9 de marzo), le obligó al fin a tomar la resolución salvadora. El 16 de marzo se puso en marcha con todo su ejército en protección de Mackenna, dejando débilmente guarnecidas las plazas de Concepción y Talcahuano, que muy luego cayeron en poder del enemigo. Ya era tiempo, Gainza, con su ejército reconcentrado se había interpuesto entre O'Higgins y Mackenna situándose al sur del Itata, y dominando los dos caminos entre Concepción y el Membrillar de manera de poder caer sobre uno u otro con dobles fuerzas. Si el general realista hubiera tenido la inspiración de la guerra, la revolución de Chile estaba por el momento militarmente perdida.

El 19 de marzo asomó O'Higgins al pie de las alturas del Ranquil, al sur del Itata frente al Membrillar y encontró defendidas las lomas del Quilo por una división realista de 400 hombres que le obstruía el paso. Mandábala el argentino Manuel Barañao, en posiciones favorables a la defensiva. El general patriota las atacó sin vacilar, y se posesionó de ellas. Las dos divisiones quedaron a la vista una de otra, con intervalo de 26 kilómetros de mal camino entre una y otra. Una salva de artillería disparada simultáneamente en los dos campos, fué el saludo que se hicieron. La esperanza volvió a renacer en el Membrillar. Pero O'Higgins, permaneció inmóvil, en una inacción inexplicable, que ninguna dificultad puede justificar en momento tan supremo. Mientras tanto, la suerte de la revolución se decidía en el Membrillar.

Gainza, perdida la oportunidad de batir una de las dos divisiones patriotas en detalle antes de que estuviesen en contacto y pudiesen protegerse mutuamente, vio desbaratado su plan de campaña con la derrota de su vanguardia en Quilo. Para reparar este contraste, resolvió lanzarse en masa sobre la posición de Mackenna, y rendirla, a fin de caer después sobre O'Higgins. Al efecto, repasó sigilosamente el Itata y el Ñuble un poco más arriba de su confluencia y llamó a sí las fuerzas de Chillán. El 20 a las 3 de la tarde, se presentó inopinadamente sobre el frente del Membrillar, y atacó una partida destacada que se ocupaba en recoger los ganados, la que protegida por Las Heras, pudo salvarse. En seguida avanzó resueltamente por una de las quebradas, y a gran carrera asomó al

pie de la loma a tiro de fusil, haciendo ondear el estandarte real bajo el fuego de los reductos. La cabeza de columna iba a ceder, cuando el comandante Barañao al frente de una columna de 400 hombres se lanzó sobre el reducto del centro. Mackenna tuvo la inspiración del momento. Ordenó que Balcarce a la cabeza de 70 voluntarios argentinos y tres piquetes chilenos mandados por Bueras, el capitán Hilario Vial y el comandante Agustín Almanza, hiciese una vigorosa salida. Balcarce cargó a la bayoneta la columna de Barañao, y la rechazó, haciéndole varios muertos y tomándoles prisioneros; la persiguió por algún trecho, y regresó a la línea con los trofeos de su victoria.

El enemigo no desistió por esto de su ataque. Avanzó su artillería, y bajo sus fuegos se puso a tiro de pistola de los atrincheramientos, reconcentrando sus mayores esfuerzos sobre el reducto de la derecha, que protegido por 50 Auxiliares a las órdenes de Las Heras contribuyó a rechazar cinco asaltos que le fueron llevados. El fuego se prolongó por espacio de cuatro horas. Al anochecer los realistas retrocedieron vencidos, dejando en el campo 80 cadáveres, sin más pérdida por parte de los defensores que ocho muertos y dieciocho heridos, entre los cuales se contaba el mismo Mackenna. Este no pudo estimar por el momento la importancia de su victoria, que fue de grandes consecuencias.

XI

El 23 de marzo se reunieron las divisiones de O'Higgins y Mackenna, y el 24 rompieron la marcha. La fuerza total ascendía a 2.600 fusileros y 600 hombres de caballería con 20 piezas de artillería. El 24 se pusieron en movimento hacia el norte, en circunstancias en que Gainza repuesto de su contraste emprendía una marcha paralela en la misma dirección, y empezó a picar su retaguardia. Ambos tenían por objetivo la capital: el uno para tomarla: el otro para salvarla. La victoria era del primero que atravesase el Maule. La ventaja estaba de parte de los realistas, que tenían su margen derecha cubierta por sus tropas de Talca. Los patriotas se iban a encontrar ante un obstáculo difícil de salvar y entre dos fuegos. O'Higgins, bien aconsejado sin duda por Mackenna, practicó una serie de movimientos bien combinados, se posesionó de uno de los pasos del río descuidado por el enemigo en el norte, y se cubrió por su retaguardia con trincheras de abatis. Merced a esto, rechazó ventajosamente un ataque que le fue llevado por esa parte. En seguida cruzó el Maule casi simultáneamente con el enemigo (4 de marzo), a corta distancia uno de otro.

El enemigo, continuando su marcha paralela, procuró cerrar el paso a los patriotas en el río Claro, que fue salvado a viva fuerza

(7 de enero). Situados ambos beligerantes entre el Claro y el Lontué, O'Higgins se atrincheró sólidamente en la hacienda de Quecheraguas. El enemigo llevó dos ataques sucesivos (8 y 9 de marzo) que fueron rechazados. La capital estaba salvada, y la defensa de Quecheraguas equivalía a una victoria. El ejército patriota reforzado con nuevos contingentes salidos de Santiago, estaba en actitud de tomar la ofensiva. Gainza retrocedió humillado a encerrarse en Talca. En estos mismos días capitulaban las plazas de Concepción y Talcahuano, y todo el sur quedaba por los realistas, desde Talca hasta Valdivia y Chiloé.

Por ese mismo tiempo el horizonte americano empezaba a nublarse. Las armas anglohispanas expulsaban los ejércitos de Napoleón en la metrópoli, y su gobierno incitaba a sus colonias insurreccionadas a reunirse en Cortes bajo los auspicios del rey cautivo en cuyo nombre se gobernaban, y que restituido muy luego a su trono haría imposible continuar esta ficción. En Méjico triunfaban por todas partes las armas realistas. La estrella naciente del libertador Bolívar en Caracas, iba a eclipsarse, y las revoluciones de Quito, Venezuela y Nueva Granada habían sido o iban a ser sofocadas. Lima continuaba siendo el gran centro político y militar de la reacción, y después de las invasiones sucesivas de Pareja y de Gainza, preparaba una tercera para sojuzgar el reino rebelde. Sólo iban a quedar en el vasto escenario de la revolución sudamericana, las Provincias del Río de la Plata, no bien repuestas de los contrastes en el Alto Perú, y Chile próximo a sucumbir. En tales circunstancias, un acontecimiento inesperado, vino a salvar al general Gainza de la derrota, y a precipitar la caída de Chile.

Mandaba en 1814, la estación naval de la Inglaterra en el Pacífico, el comodoro Hillyar, quien en su calidad de aliado de la España ofreció al virrey del Perú su mediación para pacificar el reino de Chile. Abascal aceptó su proposición sobre la base de un completo olvido, siempre que los chilenos ratificasen el reconocimiento de Fernando VII y la soberanía de la nación española representada por sus Cortes, jurando su Constitución y reinstalasen su Audiencia, para cuyo sostén debían recibir una guarnición de tropas chilotas. El comodoro llegó a Santiago, en momentos en que el paso del Maule por O'Higgins y la defensa de Quecheraguas cambiaba la faz de la guerra; pero el estado general de la revolución americana y los recientes pánicos que habían enervado las almas, predisponiéndolas a la paz, hicieron que el gobierno aceptase favorablemente la abertura, modificando empero las proposiciones del Virrey, de acuerdo con el Senado y conformidad del mediador. O'Higgins y Mackenna, por su autoridad y su calidad de medio ingleses los dos, fueron encargados de la negociación asesorados por el doctor Jaime Zudáñez. Al principio hubo de negarse el general Gainza a aceptar un tratado fuera de sus instrucciones, que sólo lo autorizaban a ne-

gociar sobre la base de la rendición de los insurgentes; pero en la situación apurada en que se encontraba y por las sugestiones de Hillyar hubo de pasar por todo. En consecuencia, estipulóse que el gobierno de Chile volviera al estado de 1811 y fuese desempeñado por una Junta provisional como la primitiva, cuya aprobación se sometería a la regencia de España, y que las tropas nacionales — denominación que se daba a los realistas —, evacuarían el territorio en el término de un mes, quedando Chile obligado a enviar diputados a la Península para arreglar todas las diferencias, y concurrir mientras tanto al sostén de la España con todos los auxilios a sus alcances (3 de mayo de 1814). Estos tratados que llevan la denominación histórica de Lircay, fueron tan mal recibidos en el campo realista, como por la opinión del pueblo chileno. Desde entonces pudo verse que ellos no importaban sino una tregua pasajera.

Ha sido una cuestión histórica si los tratados de Lircay fueron ajustados por las partes con el ánimo deliberado de no cumplirlos. Por lo que respecta a Gainza, es evidente que obró bajo la ley de la necesidad, y que ellos lo salvaron de una derrota segura. En cuanto al gobierno de Chile y a sus negociadores, parece que pensaron haber obtenido la única ventaja compatible con sus circunstancias, cediendo el uno al cansancio de la lucha, y candorosamente los otros sin medir sus consecuencias. Así resulta al menos de los documentos diplomáticos inéditos. El gobierno chileno, no obstante su alianza con el argentino, cuyas tropas auxiliares formaban parte de su ejército, al apresurarse a cambiar su bandera nacional por la española, reservó la negociación de él, a punto que su enviado diplomático en Santiago sólo llegó a conocer su resultado cuando la prensa lo vulgarizó. Desempeñaba este puesto el doctor Juan José Paso, en substitución del doctor Vera, quien en presencia de la nueva situación que los tratados creaban, oficiaba a su gobierno: "Por más que he contraído mi observación a penetrar la intención de este gobierno, no he podido adelantar nada. Estando al sentido literal, este país y su gobierno rompieron la amistad con esa, pues que ya no existe la unidad de causa, único vínculo que los ligaba; se ha sustituido la que nuevamente contraen con Lima y la España. Las formas públicas son todas conformes a estos principios. En el ejercicio de mi representación, sin embargo, no he hecho novedad, pues cabe en la política sea efecto de la necesidad la reserva, acomodarse a perder en la opinión y en parte de la autoridad en el riesgo en que se hallaban de perderlo todo, no obstante la aparente contradicción de la docilidad y franqueza con el enemigo, y los resultados contrarios de la mediación inglesa aquí y en ese país."

A fines de mayo, cuando las dificultades para la ejecución del tratado empezaron a sentirse por una y otra parte, el gobierno de Chile se dirigió oficialmente al enviado argentino, adjuntándole copia de una comunicación dirigida a su agente diplomático en Lon-

dres, don Francisco Antonio Pinto, en que autorizaba a éste para presentarse ante la Corte de Madrid a fin de representar sus derechos, para proceder según el estado político de la España, agregando que, a pesar de los conceptos equívocos que aquélla envolvía, Chile estaba resuelto a ser libre a toda costa, y que mientras más conocía sus derechos, más odiaba la esclavitud. Expirado el plazo para la evacuación del territorio por las tropas realistas, el director Lastra se dirigió al director Posadas, y al paso de justificar la demora manifestábale su recelo de que las estipulaciones no se cumpliesen por parte de los españoles, y le informaba, que su enviado en Buenos Aires, que lo era Infante, le instruiría reservadamente de su pensamiento, pidiéndole, para arreglar a él sus procederes, encargara a su agente en Londres, el señor Sarratea, averiguase la opinión de las Cortes europeas a su respecto.

Cuando se hizo conciencia general, que el pacto de Lircay estaba de hecho roto, el gobierno chileno dio una explicación más franca al enviado argentino, quien la aceptó, tomando las cosas como venían. "Estoy informado de buen origen —decía Paso— que no fue de seria intención el ánimo de este gobierno en la conclusión de los tratados, sino un pedido adoptado para salvar del apurado conflicto al país, amenazado de perderse. El mes de plazo para evacuar el territorio es cumplido con exceso, y no solamente no se satisface a esta principal condición, sino que por el contrario se conservan las tropas enemigas ocupando toda la provincia de Concepción, inclusa la ciudad de Chillán."

Como se ve, la política vacilante del gobierno de Chile, tímida al principio, candorosa después, y doble al fin, se dejaba arrastrar por acontecimientos que no dominaba, ni preveía, fluctuando entre corrientes encontradas en que fatalmente debía naufragar. En esto había venido a parar la dictadura de Lastra, que después de arriar la bandera de la revolución, no servía ni para la paz ni para la guerra. Por un fenómeno que se repite en las situaciones confusas de la vida de los pueblos, la misma opinión flotante que había aconsejado los tratados, se volvía contra ellos, y el espíritu público se manifestaba más vigoroso que nunca.

XII

Rota de hecho la alianza argentinochilena, aun cuando secretamente se tratara de mantenerla por una y otra parte en previsión de lo que pudiera sobrevenir, los Auxiliares Argentinos se retiraron del ejército en campaña y se reconcentraron en Santiago por orden del director Lastra. Al día siguiente de su llegada, estalló una sublevación de cuartel, que restauró la dinastía de los Carrera (22 de julio). Estos explotando el descontento público, trabajaron algunos

cuerpos de la guarnición, y a la cabeza de ellos, se proclamaron a sí mismos salvadores de la patria, ofreciendo al pueblo convocar un Congreso "para perfeccionar los movimientos de su infancia civil". Respecto de la situación general del país, guardaron tímido silencio, sin dar más razones para la variación, que "las persecuciones de que eran víctimas", insinuando que "la libertad naciente no era inconciliable con los deseos de la paz y que los pactos que la reglaban no dejarían a Chile en la oscuridad de su antigua servidumbre". Esta repentina reaparición estaba prevista por todos. Excluidos los dos hermanos José Miguel y Luis de los beneficios de la recíproca libertad de los prisioneros, pactada por un artículo secreto de los tratados de Lircay, debían ser transportados por mar a Valparaíso, de donde el gobierno se proponía enviarlos al extranjero, con una representación pública o con medios suficientes para subsistir. En el intervalo, fugaron de su prisión de Chillán, y ocultos en la capital, burlando las persecuciones del gobierno, tramaron la sublevación militar, en la que don José Miguel desplegó más habilidad que en sus campañas contra los enemigos de su patria. En seguida organizóse una Junta provisional de gobierno, por el voto tumultuario de un Cabildo abierto, de la que Carrera se hizo nombrar presidente.

La nueva revuelta de Carrera, habría tenido razón de ser como revolución, o por lo menos un colorido patriótico, si su programa hubiese sido reaccionar contra la política del gobierno que derribaba, romper los tratados de Lircay y proclamar valientemente la guerra, que en esos mismos momentos O'Higgins desengañado, estaba dispuesto a recomenzar. Lejos de eso, su primer acto administrativo y su primer bando político fue para confirmar el franco comercio con el virreinato del Perú, en virtud de las estipulaciones del tratado de Lircay, que aun no había sido ratificado por el Virrey, y exhortar al pueblo al silencio en nombre de la razón y las conveniencias de la paz celebrada, en la seguridad de su duración. Desde entonces todos pudieron convencerse que la misma ambición egoísta de otro tiempo, era la que lo había movido a escalar nuevamente el poder, sin ninguna idea salvadora en su cabeza ni una resolución valiente en su corazón. Era el mismo de siempre, en cuyas manos todo debía perderse: Congreso, ejército y revolución.

En medio de esta política sin objetivos, observaba la misma conducta sigilosamente doble de su antecesor, y en nota reservada decía al Director del Río de la Plata, dándole cuenta de su elevación: "Nos prometemos que esta innovación estreche la alianza de que nos gloriamos con ese heroico pueblo, y que por ahora reservará esta comunicación hasta que la política pueda asegurarse con relación a los tratados de paz celebrados por el enemigo. Las circunstancias no permiten otras individualidades que detallaremos oportunamente." Poco después de estas protestas, los Auxiliares Argentinos eran ignominiosamente expulsados de la capital, a causa de ha-

ber asumido una actitud prescindente en el movimiento y su jefe era conminado en estos términos: "Usted no puede ser neutral —oficiaba Carrera a Las Heras— cuando se trata de sostener al gobierno y entiende mal el decoro de las armas de su gobierno con separarse de la defensa que le incumbe, y sólo le es prohibido formar partido con facción que atente a su autoridad." Esta conducta, sin embargo, respondía a la que los Auxiliares Chilenos de 1811 en Buenos Aires habían observado en circunstancias análogas. Triunfante la revolución de 8 de octubre de 1812, de que hemos dado cuenta antes, los penquistos, que ocupaban la Fortaleza, se negaron a franquearla al nuevo gobierno, no obstante su instalación precedente del voto de un Cabildo abierto, hasta que les fue presentada el acta del pueblo, "cuya soberanía dijeron exclusivamente reconocer en su calidad de auxiliares". O'Higgins a su vez los exhortaba a mantenerse neutrales, "sin intervenir en las divisiones internas, en cuanto no fuese asequible su unión con sus compañeros de armas del Membrillar". Las Heras, sin perder su serenidad, contestaba a Carrera: "Sindicado ayer de parcialidad a V. E., y notado hoy por V. E. de adhesión a una parcialidad contraria, nadie ha debido ofenderse de la neutralidad con que, pronto a todo servicio del Estado, sólo he tratado de prescindir de sus cuestiones domésticas. Ni puede V. E. hacerme un deber de decirme a sostenerle por la fuerza, que a hacer tal, debería haberme antes empeñado en sostén del gobierno anterior, y entonces no se me haría este cargo. Mero espectador en aquella escena, lo debería ser igualmente en ésta, si la retirada no me separara antes del desenlace de la acción en que la presencia de mi tropa podría haber tomado un papel importante a la protección del orden y quietud anterior."

Mientras estas notas diplomáticas y militares se cambiaban, la guerra civil había estallado en Chile. Provocada en 1811 por la ambición de Carrera, y conjurada entonces, esta vez renacía por la misma causa. El Cabildo se pronunció contra la usurpación, y pidió el apoyo del ejército en campaña. O'Higgins en consecuencia marchaba con su vanguardia sobre Santiago para restablecer el gobierno depuesto. Carrera salía a su encuentro con el ejército de la capital. El enviado argentino ofreció su mediación amistosa a los beligerantes, y por indicación de la Junta intercedió con O'Higgins para que reconociese la nueva autoridad, a fin de evitar la guerra civil. O'Higgins declinó la mediación, refiriéndose a la decisión de una junta de jefes de su ejército que lo había autorizado y sometió la solución de la cuestión al Cabildo de Santiago que lo llamaba. Pocos días después (26 de agosto) los dos ejércitos se chocaban en el llano de Maipo, y por la primera vez la sangre chilena corría derramada por la mano de sus propios hijos. Carrera quedó dueño del campo de batalla. O'Higgins, llamando a sí el resto de sus fuerzas, se preparaba a renovar la batalla. La presencia de un parlamentario

español, intimando rendición en nombre del Rey a los patriotas de uno y otro bando, vino a suspender las hostilidades. Una nueva invasión venida de Lima, había desembarcado en Talcahuano (13 de agosto) a las órdenes del general Mariano Osorio, nombrado jefe de las fuerzas realistas en Chile, quien marchaba sobre la capital a la cabeza de 5.000 hombres bien armados y disciplinados, de los cuales formaba parte el batallón español de Talavera, mandado por el coronel Rafael Maroto, que había hecho la campaña de la Península, y que debía dejar negros recuerdos en Chile. El virrey del Perú había desaprobado los tratados de paz de Lircay, y encargaba a las armas la pacificación del reino.

O'Higgins, abnegado como siempre, se dirigió a Carrera ofreciéndole reunir sus armas para dirigirlas contra el enemigo común, bajo la condición de nombrar un gobierno provisional elegido por el pueblo; pero declinada esta proposición por Carrera, que ni en esos momentos podía olvidarse de su mando personal, se puso noblemente a órdenes de su rival, reconoció la Junta establecida, y declaró que lo único que pedía era un puesto en que combatir. Ambos jefes se abrazaron en el mismo campo de batalla de la víspera, y dieron una proclama firmada por ellos, en que declaraban que "la muerte sería el término del que recordara las pasadas disenciones condenadas a un silencio imperturbable." Carrera, como jefe superior del gobierno llamó al pueblo a las armas, desplegó gran actividad y energía para reunir hombres y recursos, consiguiendo formar un ejército de 5 a 6.000 hombres, de mala calidad, desmoralizados por la guerra civil, y no bien armados, pero que regularmente dirigidos podían hacer frente al enemigo en buenas posiciones. Desgraciadamente, esta actividad unida al valor de O'Higgins, no daban un general.

En estas circunstancias, el enviado argentino se acercó a la Junta y ofrecióle en nombre de su gobierno una división auxiliar de 600 hombres de infantería con un escuadrón de caballería. La oferta fue recibida por el vocal Uribe, que reemplazaba a Carrera en la presidencia, con cierta desconfianza, quien al fin contestó con arrogancia, que lo que necesitaban no eran hombres sino fusiles. Lo que necesitaba era una cabeza militar.

XIII

Los dos generales reconciliados, a quienes estaba encomendada la salvación de la revolución, si bien animados de patriotismo, no se entendían entre sí en cuanto a planes militares. O'Higgins pensaba que debía sostenerse la línea del Cachapoal, apoyándose en la villa de Rancagua, situada sobre su margen derecha, la que según él eran las Termópilas de Chile. Carrera pensaba que las Termópilas esta-

ban en la inmediata angostura de Payne, más a retaguardia, donde las dos cadenas de la cordillera que forman el valle central de Chile se estrechan y forman un desfiladero. Su colega le objetaba, que esta posición podía ser fácilmente flanqueada y aun dominada, y que existían otros caminos que conducían a la capital robando su retaguardia, en lo que tenía razón; pero su plan de sostener la línea del Cachapoal no era mejor. El Cachapoal, a la sazón muy escaso de agua, era indefendible, y Rancagua como punto de apoyo y plaza fuerte no presentaba ninguna ventaja militar. Al fin cedió Carrera, pero sin abandonar la idea de fortificarse en Payne. El ejército se dividió en tres cuerpos. El primero, que formaba la vanguardia al mando de O'Higgins, fuerte de 1.100 hombres, con el segundo a órdenes de don Juan José Carrera, que constaba de 1.800 hombres, se acordonaron sobre el río. El tercer cuerpo, a cuya cabeza estaba don José Miguel, se situó a 15 kilómetros a retaguardia, entre Payne y Rancagua. El enemigo franqueó en masa el pretendido obstáculo, sin encontrar resistencia alguna (30 de setiembre), y por un movimiento de flanco, se interpuso entre las divisiones de O'Higgins y Juan José Carrera y la de don José Miguel, obligando a los dos primeros a replegarse a Rancagua, donde quedaron encerrados, con dispersión de parte de la caballería de la segunda. La combinación no podía dar otro resultado; pero el heroísmo rescató el error. Militarmente considerada, la defensa de Rancagua, es la operación de guerra más absurda de las primeras campañas de la independencia de Chile, sin exceptuar las desacertadas de Carrera; pero fue la más heroica, y sólo es comparable con el sitio de Chillán sostenido por los realistas, pero sin su éxito.

O'Higgins, estrechado en Rancagua, se fortificó en la villa a la cabeza de 1.700 hombres, y enarboló en sus trincheras banderas enlutadas en señal de duelo a muerte. Atacado por los cuatro vientos por 5.000 hombres (1º de octubre de 1814), rechazó triunfalmente todos los ataques que le fueron llevados en el primer día del sitio, hizo una salida victoriosa contra los sitiadores destruyendo la principal de sus baterías, y sostuvo el fuego hasta el anochecer. A esa hora empezaron a escasear las municiones de la plaza, y el agua de que se surtía le fue cortada por el enemigo. Los realistas habían experimentado pérdidas considerables, y la confusión era grande en su campo. Si en aquel momento el tercer cuerpo a cargo de don José Miguel Carrera los hubiese atacado por la espalda, tal vez la victoria se habría declarado por los patriotas. La comunicación entre Carrera y los sitiados estaba interrumpida; pero O'Higgins hizo llegar a sus manos una tira de papel en que le decía: "Si vienen municiones y la tercera división carga, todo es hecho." Carrera, según confesión propia, contestó con palabras decididas que no correspondieron a los hechos: "Municiones no pueden ir sin bayonetas.

Al amanecer hará sacrificios esta división. Para salvar a Chile se necesita un momento de resolución."

Al amanecer (2 de octubre) los sitiados esperaban con ansiedad el auxilio que podía salvarlos. La esperanza renació en ellos, cuando vieron avanzar hasta 1.700 metros del pueblo, una división de 200 infantes y tres escuadrones de caballería con dos piezas, que obligaba a los sitiadores a concentrarse hacia la plaza. Era don Luis Carrera, a quien su hermano echaba por delante al frente de una vanguardia, para hacer una diversión, permaneciendo él a la distancia, en observación de los movimientos. A esto se redujeron los sacrificios prometidos. A las 12 del día, la tercera división mandada por el general en jefe, daba la espalda a Rancagua. En esos mismos momentos efectuaba O'Higgins una salida parcial, con éxito feliz. Carrera para explicar su retirada, ha dicho que pensó que la plaza había capitulado, disculpa que lo condena, porque a la vez asienta, en contradicción con su promesa de "hacer sacrificios", que sólo se propuso llamar la atención de los sitiadores para facilitar la evacuación de los sitiados, agregando para mayor contradicción, reveladora de las acusaciones de la propia conciencia, que nunca pensó en ir a encerrarse en Rancagua, abriendo al enemigo el camino de la capital en lo que tenía razón; pero debió pensarlo dos veces antes. Todo esto acusa la falta de ideas, y sobre todo, la falta del "momento de resolución para salvar a Chile", que en la noche anterior él había prometido. Esto es todo lo que puede decirse en su abono, relevándolo del cargo de traición a su compañero de armas, con que algunos historiadores lo han estigmatizado. No supo ni prever ni pelear, y no pudo siquiera comprender, que perdido todo, mejor era perderse con honor que vergonzadamente, desde que de todos modos estaba perdido, como se perdió, sin gloria ni provecho.

O'Higgins, responsable principalmente de esta catástrofe, por sus grandes errores militares, lo pagó al menos con su persona, y tuvo la inspiración heroica del momento. Montó a caballo, y recorriendo las baterías, proclamó a los soldados: "¡Mientras haya quien muera, la patria no está perdida!" Afirmando sus palabras, sostuvo treinta y dos horas el fuego. A las 4 de la tarde del segundo día de sitio, estaba sin municiones y sin agua, la artillería casi inutilizada, y había perdido dos tercios de su guarnición. El enemigo iba ya a penetrar por las trincheras indefensas. Reuniendo entonces en el centro el resto de los defensores sanos de Rancagua, montó 300 hombres en 280 caballos, y púsose a su cabeza. El capitán Ramón Freyre, que empezaba a señalarse por sus hazañas como guerrillero de caballería, formó un círculo de dragones en torno del general. O'Higgins le dijo apretándole la mano: "No, capitán Freyre; Vd.

es un valiente; pero no puedo aceptar el puesto que me prepara." Y levantando su sable, dio espuelas a su caballo y atravesó por el grueso del enemigo, gritando a voces: "Ni damos ni pedimos cuartel." En esos mismos momentos la plaza incendiada en todas las direcciones, era ocupada por los realistas. El teniente José Luis Ovalle, mantuvo izada la bandera nacional en medio de la plaza de armas, y cayó prisionero postrado a lanzazos. José Yáñez que lo reemplazó murió al pie de ella, defendiéndola. El capitán José Ignacio Ibieta, con las dos piernas rotas por una bala de cañón, defendía de rodillas el paso de la última trinchera, y despreciaba las ofertas de perdón, muriendo al pie de sus escombros. Así sucumbió la primera revolución de Chile, manteniendo en alto su bandera entre el fuego y la muerte.

El general Carrera, después de dar la espalda a Rancagua por creerla rendida, hubo de volver en su auxilio, según declaración propia, luego, que sintió renovarse el fuego de la plaza, y da por disculpa para no haberlo efectuado, un aviso de que el enemigo se había posesionado de la Angostura, y que cuando se convenció de su falsedad, volvió a cesar el fuego. Era que, como él lo sabía ya, las municiones faltaban, y habían faltado las bayonetas que según sus promesas debían llevarlas. Cuando tuvo la conciencia de que la derrota se había consumado, púsose en retirada hacia Santiago. Allí se le reunió O'Higgins, y con más ardor que juicio, propúsole sostener la línea del Maipo; pero él sólo se ocupaba en extraer los caudales públicos de la capital, que abandonó poco después, dejándola entregada al saqueo, en medio de vivas contradictorios del populacho al Rey y a la patria. Su intento valeroso, pero tan vano como todos sus planes militares, era continuar la guerra en el norte, reuniendo en Aconcagua el ejército disperso para organizar la resistencia en Coquimbo. Previamente había ordenado que los Auxiliares Argentinos, tan ignominiosamente despedidos por él, marchasen a la costa de San Antonio —precisamente en la dirección que debía traer el enemigo— a fin de prevenir, según decía, un desembarco en ese punto. El comandante Las Heras, que con su tropa se encontraba en Aconcagua, emprendió en consecuencia su marcha al sur, y en la cuesta de Chacabuco encontróse con la emigración de Santiago, en fuga, hacia la cordillera. Retrogradó entonces, y unido con O'Higgins, a quien seguían los gloriosos restos de Rancagua, cubrió la retirada de los dispersos hasta pisar territorio argentino. Carrera, en desordenada retirada, se dirigió al pueblo de Santa Rosa al pie de los Andes (9 de octubre de 1814), a la cabeza de 400 a 500 hombres y una arrea de mulas cargadas de plata. El 11 se internó en los desfiladeros de la montaña perseguido de cerca, y en el último encuentro de su retaguardia en la ladera de los Papeles, perdió todo el tesoro que conducía. El 13 trasmontó la cumbre de la cordillera

nevada y pisó territorio argentino en medio de la oscuridad de la noche, despidiéndose por siempre de la patria, que no volvió a ver más. Así terminó el primer período de la revolución chilena, que se llamó "El tiempo de la patria vieja". La patria nueva, sería la que fundarían más tarde los chilenos y argentinos aliados, para levantar del polvo de la derrota las banderas de Rancagua, y pasearlas en triunfo por la América hasta la línea del Ecuador.

Capítulo IX

CUYO

1814-1815

La región de Cuyo. — Mendoza, San Luis y San Juan. — La sociabilidad cuyana. — Sus antecedentes políticos. — Primeras relaciones entre San Martín y el pueblo cuyano. — Relaciones de San Martín con Chile. — Los emigrados chilenos. — Diferencias entre San Martín y Carrera. — Disolución de los emigrados chilenos. — Alvear y Carrera. — Destitución de San Martín por Alvear. — Revolución municipal de Cuyo. — Caída de Alvear. — Papel complejo de San Martín en esta ocasión. — Explicación de su genio concreto. — Exalta el espíritu militar de Cuyo. — Crea un ejército y recursos para sostenerlo. — Originalidad de su plan cooperativo financieromilitar. — Sacrificios que impone a Cuyo. — Anuncio de la expedición de Morillo. — Vida de San Martín en Mendoza. — Explicación filosófica de su genio. — Un día de trabajo de San Martín. — Anécdotas características de Cuyo. — Enfermedades de San Martín. — La derrota de Sipe-Sipe. — San Martín revela por primera vez su plan de reconquistar a Chile. — Brindis famoso.

I

La región que en la historia se conoce bajo la denominación genérica de Cuyo, teatro de los sucesos que vamos a narrar, es el territorio que se extiende a la falda oriental de la cordillera entre los 31 y 35 grados de latitud austral, limitado al este por los últimos relieves orográficos que diseñan los contornos en su conjunción con las llanuras argentinas a los 66 grados de longitud de Greenwich, marcando con trazos volcánicos los primitivos estremecimientos de su suelo. Dentro de este perímetro se encierra el rasgo que la caracteriza y le da su unidad geográfica, como cuenca de todas las aguas que en diversos rumbos se desprenden de las montañas que la circundan y convergen hacia su parte baja, donde se estancan en lagos o abren sus cauces en ríos perezosos, formando un sistema hidrográfico mediterráneo. Históricamente, esta región constituye desde los primeros tiempos del descubrimiento, el nudo de la colonización argentinochilena en sus enlaces interoceánicos, que en la época en que hemos llegado se aprieta para dar origen a una vincu-

lación políticomilitar por esa vía, que atará los destinos de todos los países del mar Pacífico.

En 1814 formaban el grupo administrativo conocido con el nombre de Provincia de Cuyo, las jurisdicciones de Mendoza, San Juan y San Luis, cuyas fundaciones y desarrollo social participaban del carácter internacional chilenoargentino que les imprimió su doble sello étnico. Las ciudades de San Juan y Mendoza, núcleos de esta sociabilidad, fueron fundadas (año de 1561), por los primeros conquistadores chilenos, que atravesaron la gran cordillera atraídos por la fama de ser una tierra en que "se hallaba qué comer", que ha conservado merced al trabajo perseverante de sus pobladores. San Luis, fundada más tarde (año de 1596), fue una colonia de Mendoza, que en su origen tuvo por objeto explotar los lavaderos de oro que allí se encuentran. Asentada la extremidad de la sierra destacada de su nombre en sus declives occidentales (por lo cual se denomina San Luis de la Punta, y sus moradores, puntanos) sus picos se levantan como atalayas azules en los confines monocrónomos de la pampa y de la región montañosa secundaria a que pertenece. Su población encerrada en un valle longitudinal, al que se penetra por una infracturación de su sistema montañoso, es un oasis en medio del desierto, que ligó en un tiempo las comunicaciones del litoral del Plata con las ciudades andinas mencionadas, y en la época a que hemos llegado ligaba las operaciones militares que van a desenvolverse. Desprendidas del reino de Chile en 1776 al tiempo de fundarse el virreinato del Río de la Plata, fueron adscriptas a las provincias de Córdoba y del Tucumán, formando tres subtenencias de gobierno, y en esta condición subalterna las encontró la revolución de 1810.

Mendoza fue una de las primeras ciudades del virreinato que respondió al grito revolucionario lanzado en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, con una espontaneidad y un espíritu cívico que acusaba un organismo político. Un mes después de este acontecimiento inicial (25 de junio de 1810) su pacífico vecindario era convocado a son de campana por su cuerpo municipal. Congregado el pueblo en Cabildo abierto, proclamó la revolución y juró obediencia al nuevo gobierno nacional, haciendo rendir sus armas a las autoridades coloniales que pretendieron oponerse al movimiento, en circunstancias que Liniers levantaba el estandarte de la reacción en Córdoba en nombre del rey. San Luis y San Juan respondieron unánimemente al pronunciamiento patriótico. En 1813 volvieron a recuperar su rango de provincia con su antigua denominación y Mendoza por capital. Este era el gobierno que San Martín desempeñaba en 1814. El rumbo general de sus designios le había conducido allí como camino y punto de partida de futuras combinaciones estratégicas, pero ni él ni nadie podía sospechar toda la potencia que encerraba en su seno aquella obscura y pobre localidad, destinada a ser el ner-

vio de la fuerza expansiva de la revolución argentina americanizada. El general que tenía esta idea en su cabeza encontró en Cuyo la masa animada que necesitaba, a que supo dar forma y dirección con su genio organizador y paciente, para "hacer ver, como él mismo lo dijo después, hasta qué grado puede apurarse la economía para llevar a cabo grandes empresas."

Al estallar la revolución, las provincias de Cuyo, contarían apenas 40.000 habitantes, pero eran robustos, avezados a la fatiga, industriosos y ahorrativos, que por la naturaleza de sus ocupaciones y sus tendencias sociales constituían una población compacta y morigerada, que se prestaba a ser civil y militarmente disciplinada. Las poblaciones de San Juan y Mendoza eran entonces los dos últimos centros agrícolas del territorio, y a esto debían ser relativamente más civilizadas que las del resto del país. Su propiedad territorial estaba regularmente dividida en lotes, como las casillas de un tablero de ajedrez, abrazando un área poblada sin solución de continuidad, de manera que su pintoresca campaña era la continuación de la ciudad, y formaban ambas un conjunto articulado. Cultivábase allí la viña y el olivo, los cereales y todos los árboles de la región templada. Sus productos alimentaban un comercio activo con Chile, y el litoral argentino, en vinos, aguardientes, frutas secas, tejidos, conservas, dulces, salazones y harinas, en cuyo transporte se empleaban numerosas carretas de bueyes y arreas de mulas, que cruzaban la pampa y la cordillera en busca de sus mercados. Esto, a la vez que difundía el bienestar local, dilataba los horizontes de los cuyanos, que en sus frecuentes y lejanos viajes adquirían nuevas nociones de la vida exterior, que despertaban su inteligencia avisada. Dueños de un suelo al parecer ingrato, lo habían fecundado con las corrientes que bajaban de las montañas, estableciendo un bien entendido sistema de irrigación, que por medio de represas, canales y acequias distribuían el agua en todos los predios rústicos y urbanos, a la manera de la sangre en el cuerpo humano, y esto contribuía a dar una unidad más armónica al conjunto vital. El riego artificial facilitaba la formación de prados artificiales de alfalfa para alimentar las bestias de transporte y engordar ganados, los que convertidos en charquis o cecinas, sebos, jabones y artefactos de pieles, constituían otra fuente de riqueza natural. Tenían operarios hábiles en todas las artes mecánicas, desde el herrero que forjaba sus arados y herraba sus mulas y caballos, y el talabartero que preparaba los aparejos de sus arreos o las petacas en que envasaban sus mercancías, hasta el mecánico que montaba las ruedas de los molinos de agua y el ingeniero práctico que nivelaba las aguas de regadío y reglaba su curso por derivación, no faltándole mineros que tenían nociones de metalurgia, servidos por una raza de zapadores, completada por otra de arrieros, conductores expertos de cargas en las montañas. Sus mujeres eran industriosas y económicas: hilaban

tejidos de lana y algodón, preparaban las pastas y dulces, que eran una especialidad cuyana, y concurrían a la labor común de aquella colmena sanjuaninomendocina. San Luis aun cuando no participaba del mismo carácter agrícola, tenía también su industria, que consistía principalmente en tejidos de lana ordinarios, y completaba el sistema económico cuyano, suministrando ganados para el consumo, pieles curtidas para la exportación, lana para los tejidos, maderas para la construcción y jinetes vigorosos de hermosa raza adiestrados en el manejo de las armas blancas por sus frecuentes guerras con los indios de su frontera.

El gobierno de Cuyo era esencialmente municipal. Cada una de las tres ciudades tenía un Cabildo que la regía en lo administrativo, judicial y policial, y los cuarteles en que se subdividía cada municipio estaban a cargo de funcionarios llamados decuriones, que eran sus jueces de paz. Así las poblaciones aglomeradas en reducidos espacios, se hallaban bajo la inmediata vigilancia de una autoridad paternal, que conocía el carácter y el haber de cada habitante, de modo que podía establecer su filiación moral y el inventario de todas las fortunas en veinticuatro horas.

Sin este estudio analítico sobre la sociabilidad cuyana, descompuesta en sus elementos constitutivos, no se comprendería cómo San Martín pudo emprender y llevar a término, con organización tan rudimentaria, tan pobres recursos y tan corto número de habitantes, la ardua y hasta entonces imposible empresa de crear un ejército invencible, alimentarlo por el espacio de tres años con la substancia de una sola provincia, tomar por la primera vez la ofensiva en la guerra sudamericana, y libertar dos repúblicas, dando expansión continental a la revolución argentina. El hombre había encontrado en su camino el país que necesitaba para su empresa, pero el país supo responder a ella, dando con abnegación todo cuanto tenía, desde su trabajo personal y sus bienes hasta la sangre de sus hijos. Fue ésta la Macedonia del nuevo Alejandro libertador, que iba a cortar el nudo del yugo colonial.

II

El primer contacto entre el gobernador intendente y la Municipalidad de Mendoza, diseñó las respectivas posiciones en sus relaciones con el pueblo cuyano. El Cabildo, al saber el nombramiento de San Martín, le anunció invocando el voto del vecindario, que "conforme a la costumbre y en cumplimiento de sus deberes, le había preparado casa en que alojarse". El intendente contestó: "que en el curso de su vida no había experimentado sentimiento igual al rehusar la primera prueba de afecto de una corporación y de un pueblo a que estaba dispuesto a consagrar su existencia, al no

aceptar su generoso ofrecimiento." El Cabildo insistió en su oferta. San Martín transó la cuestión, replicando, que "para que no se atribuyese a desaire su negativa, aceptaría el alojamiento preparado, por el tiempo necesario para dejar a uno y otro en el lugar que les correspondía, sacrificio de conciencia que sólo hacía en beneficio y honor de los habitantes de Cuyo." Este proceder que obedecía a la regla de rechazar honores y favores que se había impuesto, respondía a la vez al propósito de emanciparse de toda dependencia y obligación personal, respecto de una corporación que iba a ser el instrumento de opresión para exprimir sin compasión la substancia de un pueblo que con tanto cariño le abría sus brazos.

Otro incidente del mismo género, que aunque en el orden cronológico es posterior (año 1815), muestra que este proceder respondía a un propósito deliberado. Habiéndose divulgado la voz, de que iba a separarse de su esposa, que a la sazón le acompañaba en Mendoza, "por la escasez de su sueldo, del cual había donado la mitad mensual a la Nación, y que para costear su viaje a Buenos Aires había tenido que vender un mueble de su uso", el Cabildo le ofició, que "por honor del pueblo, y en reconocimiento a sus desvelos, que habían dado otro ser a la provincia de Cuyo, engrandeciéndola, creía deber arbitrar los medios para su decorosa subsistencia, ofreciéndole abonar de sus recursos municipales el sueldo íntegro que le correspondía". La contestación de San Martín fue más explícita que la anterior: "Desde el momento de la pérdida de Chile, me resolví a separarme de mi pequeña familia. La interposición del Cabildo me lo hace suspender por segunda vez, para que no se atribuya a temor de los enemigos. Mis necesidades están suficientemente llenadas con la mitad del sueldo que gozo. En retribución a mi deferencia espero se suspenda todo procedimiento en materia de aumento de sueldo; en la inteligencia que no será admitido por cuanto existe en la tierra." Precisamente cuando así procedía respecto de su persona, empezaba a estrujar metódicamente a los pueblos de Cuyo, para sacarles los últimos pesos de su bolsillo y hacerlos servir a sus designios de orden público, declarando en cierto modo la comunidad de los bienes de los particulares y del Estado, como se verá después.

Por este mismo tiempo (enero de 1815) le fue extendido el despacho de coronel mayor (general de brigada). Al dar las gracias por esta distinción, ofició al gobierno: "Debo protestar, como lo hago, que jamás recibiré otra graduación mayor, y que asegurado el Estado de la dominación española, haré dejación de mi empleo, para retirarme a pasar mis enfermos días en el retiro. Esta protesta hará un documento eterno de mis deseos." Esta protesta, que fue revocada públicamente después, explica algunos incidentes de la vida de San Martín, en el curso de su carrera militar.

Algunos historiadores han creído descubrir en esta ostentación sistemática de olvido de sí mismo, que rechazaba de antemano has-

ta honores y recompensas, un desprecio aparente por las cosas externas, que cubría intenciones ocultas, a imitación del astuto cardenal que se inclinaba humildemente apoyado en sus muletas para que le entregasen las llaves de San Pedro. Como hemos dicho antes, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas, que bien pudo abrigar legítimamente, el hecho es, que no se le conocen otras que las de sus designios en pro de la comunidad, a las cuales se consagró con un desinterés personal, que fue la regla de su vida pública, hasta comprobarla con el sacrificio voluntario del mando supremo y el ostracismo decretado por él mismo. Así, aun considerados estos actos bajo su aspecto más obscuro o como meras exterioridades de moderación, son ejemplos dignos de recordarse y de imitarse, y antecedentes necesarios que explicarán otros análogos en el curso de su carrera.

Apenas instalado en su gobierno, su atención fue preferentemente llamada hacia Chile, su objetivo inmediato y lejano, y que según él, "era la ciudadela de la América, que debía defenderse y salvarse, y caso de perderse, ser reconquistada a toda costa." Empero, no conocía al país ni sus hombres y las noticias vagas que acerca de él obtenía, no lo habilitan para formar un juicio cabal al respecto. Las primeras informaciones que del estado de su revolución tuvo, le fueron transmitidas por el coronel Balcarce, actor en ella, y desde entonces empezó a fijar sus ideas. Posteriormente llegaron desterrados a Mendoza, Irisarri y Mackenna, a quienes oyó con atención. Todos ellos eran enemigos de Carrera, y le pintaron a este caudillo como un joven díscolo, sin moral, sin talento político ni militar, en cuyas ineptas manos debía perderse irremisiblemente la revolución chilena. Estos juicios le fueron confirmados por el sesudo doctor Passo, quien le agregó que Carrera era un enemigo de la influencia argentina, que abrigaba odios contra su pueblo y su gobierno, como había tenido ocasión de palparlo. Todos ellos le decían que O'Higgins era el único en "quien Chile debía fundar sus esperanzas, porque era un hombre modesto, amigo de los argentinos, alma buena y generosa y espíritu esforzado." Desde entonces, Carrera quedó condenado ante su conciencia, y O'Higgins fue su hombre en perspectiva.

Un mes después del arribo de los desterrados por Carrera (Septiembre de 1814), llegaba a Mendoza un emisario de la Junta de Chile con pliegos para el gobernador de Cuyo, en que le anunciaba la invasión de Osorio y le pedía con insistencia un cuerpo de tropas para engrosar su ejército, previniéndole que la situación del país era muy angustiosa. San Martín no tenía fuerzas de que disponer, y después de remitir los auxilios que estaban a su alcance, despachó un propio al gobierno, instando por el pronto envío de una expedición de 1.500 hombres a fin de socorrer a Chile, o al menos una cantidad igual de fusiles. El Director le contestó confidencialmente

en el tono jocoso-burlesco que le era habitual: "Y de los amigos chilenos, ¿qué quiere que hagamos? Estando como estamos empeñados en la campaña del Perú, no podemos divertir una considerable parte de nuestra fuerza como la de 1500 hombres hacia el Estado de Chile. Por lo que hace a fusiles, pólvora, etc., etc., ninguno mejor que usted sabe los sanfrancia que hay acerca de estos artículos. Si hay algunos deben existir en la sala de armas y nuestra famosa fábrica de fusiles. Vengan, pues, todos los chilenos, y tómense los que encuentren. Yo no extraño que los chilenos pidan: lo que no puedo dejar de extrañar es, que ustedes que saben de esta farándula de las armas, me vengan pidiendo cosas a centenares y millares, cuando yo todavía no he visto un fusil trabajado completamente en Buenos Aires, ni en la sala de armas he visto jamás archivado un fusil ni de Montevideo, ni de Jerusalén, ni bueno ni descompuesto. Ustedes son los que guardan los fusiles, los sables, los cartuchos, las piedras, etc., y de consiguiente el jefe de Estado es un fundido para disponer de estos artículos. Ustedes, como compañeros, socórranse unos a otros con los sobrantes que tengan. Conque, por ahora, lo que importa es, dar a Chile la esperanza, prestarse Las Heras a auxiliarlos con su corta división, darles los fusiles sobrantes, y arreglar en esa ciudad y provincia lo que se pueda, ínterin acá me peleo por mandar tercerolas, sables viejos, o demonios coronados, para que se ponga la cosa en pie de defensa." Pocos días después, la revolución chilena sucumbía, y sus emigrados buscaban un asilo en Mendoza con Carrera y O'Higgins a la cabeza.

III

El 9 de octubre llegó a Mendoza la noticia del desastre de Rancagua. Dos días después recibía San Martín un oficio de Carrera, datado en Santa Rosa de los Andes (octubre 5), en que solicitaba nuevamente auxilio de tropas para continuar la guerra; pero antes de esperar la contestación, el general chileno desistía de su vano empeño, y evacuaba el territorio patrio, expulsado por el enemigo, según queda relatado. El gobernador de Cuyo ensayó entonces por la primera vez el sistema de prestaciones de auxilios que se proponía implantar en su provincia, estimulando los sentimientos de humanidad del vecindario, como más adelante estimularía su patriotismo para exigirle el sacrificio de sus bienes y de sus personas para el servicio del Estado. El pueblo respondió generosamente a su llamamiento, remitiendo más de mil cargas con víveres en abundancia y gran número de mulas de silla para auxiliar a los emigrados, a la vez que en la ciudad se disponían alojamientos para recibirlos.

San Martín se puso en marcha hacia la cordillera con el objeto de cumplir personalmente los deberes de la hospitalidad. Al llegar

al valle de Uspallata, encontróse con una soldadesca dispersa, que salteaba las cargas, inutilizaba los víveres y cometía todo género de depredaciones; mientras que otros grupos de hombres y mujeres vociferaban contra los Carrera, a quienes culpaban de todas sus desgracias, acusándoles de traer entre sus cargas un millón de pesos extraídos del tesoro público de Chile. A poco trecho, hallóse con O'Higgins, a quien saludó afectuosamente, recomendándole interpusiera su autoridad a fin de contener tan deplorables excesos. En seguida mandó publicar un bando para que toda la tropa desbandada se reuniese en piquetes, a las órdenes de sus jefes y oficiales, bajo pena de la vida, encomendando su cumplimiento al coronel Alcázar y al capitán Freyre, quienes consiguieron reunir un escuadrón de 100 dragones chilenos. No bien restablecido aún el orden, difundióse en el campo el alarmante rumor de que la retaguardia que cubrían Carrera con el resto de sus fuerzas y Las Heras con los Auxiliares, había sido destrozada por el enemigo. San Martín para infundir confianza, se adelantó hasta el desfiladero de Picheuta, donde recibió parte de Las Heras de que la retirada se continuaba sin novedad. Con esta noticia, regresó a Uspallata. En la noche llegó Carrera al mismo punto, y envió a su hermano don Juan José a saludar al gobernador en nombre del "supremo gobierno de Chile", anunciándole que en una choza inmediata se hallaban los miembros que lo componían, por si deseaba ir a verlos. San Martín envió a su vez un ayudante a darle la bienvenida, sin darse por entendido de la insinuación, aun cuando, como él lo dice, "le chocó vivamente la pretensión de conservar en territorio extraño la representación ambulante de una autoridad sin pueblo y sin súbditos, como si el gobierno fuese una gratificación honorífica inherente a sus personas."

Comprendiendo el gobernador, que se pretendía menoscabar su autoridad en el territorio de su jurisdicción y erigir una autoridad extraña, independiente de él, dio crédito a la denuncia de los emigrados, de que Carrera ocultaba los caudales públicos entre las cargas que conducía, dispuso que todas ellas fuesen registradas en el resguardo de la cordillera, de conformidad a los reglamentos de la aduana terrestre de Cuyo. "Yo no debía creer", dice él, "estas denuncias, ni tampoco debía despreciarlas, aun cuando fuera una fortuna encontrar esos fondos para organizar desde luego un ejército con que vindicara a Chile, y fuera un inconveniente el registro de las cargas si en ellas no se encontraba lo que se inquiría, porque afectaría la noble hospitalidad con miras sombrías, dando motivo de queja a los afligidos que merecían la confianza más sincera. Este era un miramiento de mi delicadeza, pero la conveniencia pública demandaba una providencia de precaución." La razón de Estado prevaleció como siempre sobre sus sentimientos, y en consecuencia dictó la providencia del registro, resuelto a hacer respetar la auto-

ridad que se pretendía desconocer por un aparato de gobierno supremo que había dejado de existir, después de perder a su país. Enseguida retornó a Mendoza.

Notificado Carrera, de que todas las cargas debían ser sometidas a un registro, declaró que antes de consentir en ello entregaría su equipaje a las llamas, y como protesta era apoyada por la fuerza que lo acompañaba, el guarda de cordillera hubo de dejarlas pasar. San Martín creyó que era llegado el caso de hacerse respetar, y en el acto pasó una nota a Carrera, previniéndole "que no dejaría impune tal atentado contra las leyes del país y la autoridad de su gobierno, y que en consecuencia, el ayudante mayor de plaza estaba encargado de ejecutar el registro prevenido." Carrera quedó confundido ante esta manifestación de una voluntad decidida, y contestó con dignidad, a la vez que con aparente indiferencia mezclada con sarcasmo "que no era la amenaza, sino el deseo de conservar su opinión, acallando la indigna voz de ocultar caudales públicos, ligeramente acogida, lo que lo hacía someterse a la extraña providencia del registro de su equipaje, que de otro modo habría quemado", agregando por conclusión: "No se ha reservado una sola cinta del ajuar de las señoras de esta comitiva, y así han principiado a descansar de las fatigas de un camino penoso y a recibir el premio de sus virtudes."

El gobernador quedaba así humillado y burlado, porque si bien se cumplió su orden, no se encontraron los caudales denunciados, que efectivamente se perdieron en casi su totalidad en la retirada de la cordillera, y además, la hospitalidad perdía mucho de su mérito por un celo tan intempestivo contra la desgracia, que sólo el propósito de contener pretensiones avanzadas podía explicar y justificar. Pero Carrera, con su intemperancia habitual, perdió la ventaja moral adquirida dirigiendo casi simultáneamente al gobernador un oficio lleno de recriminaciones, en que le decía que "al pisar el territorio argentino había conocido que su autoridad y su empleo eran atropellados; pidiendo que se le dijese cómo era recibido, para arreglar en consecuencia su conducta, como jefe que era de los restos de las tropas chilenas; que creía no debía entenderse sino con el gobierno supremo de las Provincias Unidas, carácter que nadie estaba facultado para alterar en lo menor." San Martín contestó refutando punto por punto las acusaciones de Carrera, diciéndole que "nadie sino el gobernador intendente había impartido órdenes a sus subalternos para contener una caterva de soldados dispersos que cometían los mayores excesos en su jurisdicción cuando él (Carrera) no se hallaba presente: que todos los emigrados habían sido recibidos y tratados con la consideración de hermanos desgraciados: que lo reconocía como jefe de las tropas chilenas que conducía, pero bajo la autoridad de la Provincia, con su sujeción a sus leyes sin permitir que nadie se atreviese a recomendarle sus deberes."

Carrera a su vez quedó humillado ante este tono firme y moderado, y San Martín se confirmó más en su resolución de apartar de su camino a un hombre que no podía ser sino un obstáculo para sus planes ulteriores.

Carrera continuó titulándose, juntamente con sus colegas "Excelentísimo supremo gobierno de Chile", y dictaba órdenes en el recinto del cuartel, que se le había asignado como asilo, cual si se hallase al frente de un Estado independiente, afectando desconocer la autoridad del gobernador de la Provincia. Este, por su parte, sin la fuerza material necesaria para imponerse, hubo de prudenciar por el momento.

La emigración chilena había introducido en Mendoza un elemento de perturbación, que ponía en peligro la tranquilidad pública. El campamento de Carrera era un aduar, emancipado de la ley del territorio, que tenía de su parte la preponderancia militar. Los conflictos entre la policía y la tropa que no reconocía más autoridad que la de su caudillo eran frecuentes. Agréguese a esto la profunda división que estalló en el seno de la misma emigración, recrudeciendo los antiguos odios entre o'higginistas y carrerinos, a quienes la común desgracia exaltaba en vez de calmar, y se tendrá una idea de la crisis porque atravesaba aquella población hasta entonces tan pacífica. Los bandos se dirigieron alternativamente a San Martín, en demanda de justicia y castigo el uno contra el otro, acusándose recíprocamente de traidores a su patria. San Martín, aconsejado del doctor Passo y el coronel Balcarce, dirigió un oficio a Carrera, manifestándole que "aun su seguridad personal y la tranquilidad pública hacía necesario su alejamiento a la ciudad de San Luis, a la espera de las órdenes del gobierno." Carrera contestó: "Como general del ejército de Chile, y encargado de su representación en el empleo de vocal de gobierno, que dura mientras se reconozcan los patriotas libres que me acompañan, y mientras hagamos al Directorio de estas provincias la abdicación de armas y personas, sólo puedo contestar, que primero será descuartizarme que dejar yo de sostener los derechos de mi patria." San Martín replicó sencillamente, refiriéndose a la ulterior resolución definitiva de gobierno, a que quedaría sujeto, y le previno por última vez que en el territorio de Cuyo no existía ni podía existir más autoridad que la que él representaba.

Esta actitud tranquila del astuto gobernador de Cuyo ocultaba la ejecución de un plan que debía dar el golpe mortal a Carrera. Ayudado por O'Higgins, Mackenna, Alcázar, Freyre y otros oficiales desafectos a Carrera, llamó a su lado como a una mitad de los emigrados chilenos, con cuya cooperación pudo desde luego contar. Reconcentró en Mendoza a los Auxiliares de Las Heras, y sigilosamente reunió las milicias de los alrededores. Cuando se sintió fuerte, mandó publicar un bando por el cual se permitía a los solda-

dos chilenos alistarse voluntariamente en el ejército argentino, dejándolos en libertad para retirarse a la vida privada. Simultáneamente, circunvaló el cuartel de Carrera, abocando dos piezas de artillería a su puerta, y le intimó, que: "Todos los emigrados quedaban bajo la protección del gobierno de las Provincias Unidas, como habían debido estarlo desde que pisaron su territorio, quedando libres de toda obligación respecto de una autoridad extraña que había caducado, y que por lo tanto, no debiendo existir ningún otro mando sino el de la Nación, le prevenía, que en el perentorio término de diez minutos entregase las tropas que se hallaban bajo sus órdenes, en la inteligencia, que la menor contravención, demora o pretexto, lo haría considerar, no como a un enemigo, pero sí como a un infractor de las supremas leyes del país" (30 octubre de 1814). Carrera hubo de resignarse a su suerte. Extrañado a la ciudad de San Luis, de donde pasó poco después a Buenos Aires, fue seguido inmediatamente por el resto de sus tropas desarmadas, diciendo de ellas San Martín, "no quería emplear soldados que servían mejor a su caudillo que a su patria." En seguida, asestó el golpe final, mandando recoger por medio de una comisión de chilenos los dineros públicos que se habían salvado en su retirada, con la declaración de que "los caudales sacados de Chile por don José Miguel Carrera, no podían ser propiedad suya o de su familia, y que al depositarlos en las arcas de la Provincia era con el objeto de hacerlos servir más tarde en beneficio de aquel país." Desde entonces quedó roto el destino de Carrera en su primer choque con el hombre férreo, que tan fatalmente debía pesar sobre él, proscribiéndolo por siempre de la vida pública de su país.

IV

Por un momento pareció que la fortuna volvía a sonreír a Carrera. Poco después de su arribo a Buenos Aires (10 de enero de 1815), era nombrado Director Supremo el general Carlos María de Alvear. Coronado con los laureles de la rendición de Montevideo, aspiraba a ceñirse los de la campaña del Alto Perú, según queda dicho. Al efecto, habíase hecho nombrar por su tío el Director Posadas, general en jefe del ejército del Norte, el cual se negó a reconocerlo, confirmando en el mando al general don José Rondeau que se hallaba a su frente. Posadas renunció al puesto, y fue substituido por Alvear, que no contaba con más apoyo que el de la Logia de Lautaro. Elevado así el poder supremo por el influjo de una camarilla más que por el de la opinión, creyóse en aptitud de dominar la situación, dándole por base un partido militar y un ejército disciplinado. Carrera y Alvear eran dos héroes de la misma talla, poseídos de la misma ambición sensual, y que estaban desti-

nados a representar el mismo papel en la revolución americana. Habían militado juntos en España, y allí habían soñado con llegar a ser los dominadores en sus respectivos países. Al encontrarse en Buenos Aires, ambos tenían de común otra pasión que los acercaba, y era el odio del primero y la prevención del segundo contra el general San Martín. Desde ese momento la ruina del gobernador de Cuyo quedó decretada, y Carrera pudo halagarse con la esperanza de ser eficazmente auxiliado para reconquistar su poder perdido en Chile.

San Martín, ya fuera para prevenir una destitución, ya para definir las respectivas posiciones, solicitó licencia para separarse de su gobierno, dando por causa el mal estado de su salud (enero 20). Alvear se apresuró a concederla, y nombró inmediatamente para sucederle al coronel don Gregorio Perdriel, oficial de mérito, que había servido con distinción en los ejércitos de la revolución, pero que no reunía las condiciones necesarias para desempeñar tan delicado cargo. Esta noticia, transmitida por una carta confidencial estalló como una bomba en Mendoza. Inmediatamente toda la ciudad se puso en conmoción, y en la mañana del 15 de febrero (1815), se veían fijados en los pasajes públicos carteles manuscritos, convocando al pueblo a sostenerse, sin indicar el objeto. El gobernador mandó arrancarlos por manos de un alguacil, solicitando por medio de un ayudante, de los ciudadanos reunidos en la plaza, que se retirasen. Estos contestaron que tenían que representar contra el nombramiento de intendente que se había hecho en la capital, y que no se retirarían antes de verificarlo. Intimidados por el gobernador de que se dispersasen y no lo pusieran en el caso de hacer uso de la fuerza, obedecieron, y el pueblo volvió a entrar en aparente tranquilidad.

En la mañana del 16, se presentaron nuevamente en la plaza más de quinientos vecinos, entre los cuales se contaban los más notables, exigiendo del alcalde de primer voto, que convocase inmediatamente el Cabildo. San Martín, en la imposibilidad moral de proceder violentamente contra una reunión tan respetable, que usaba pacíficamente de un derecho municipal, renovó por medio de su secretario la súplica del día anterior, declarándoles que no había sido destituido, y que el nombramiento de Perdriel tenía por origen la renuncia que de su puesto había hecho, haciéndoles dar lectura de ella. Nada bastó a calmar la agitación, y reunido el Cabildo pleno con los diputados populares, entró en deliberación, comunicándolo de oficio al gobernador. Este se trasladó inmediatamente a la sala capitular, y advertido de que tuviese a bien retirarse por cuanto se trataban de asuntos que le afectaban, obedeció a su vez. Antes de hacerlo, dirigió la palabra al pueblo, para que recibiesen al gobernador nombrado, prometiéndole, que para corresponder a su confianza no haría uso de su licencia hasta que con

la clausura de la cordillera se desvaneciera el riesgo de un ataque enemigo. El Cabildo formuló una representación al Director, suplicando que se conservase en el gobierno de Cuyo al general San Martín.

La intempestiva llegada de Perdriel a Mendoza, a quien San Martín había pedido suspendiese su marcha, vino a reavivar la agitación que parecía calmada a la espera prudente de la resolución del gobierno. Apenas circuló la noticia, la población en masa se agolpó a los portales del Cabildo, protestando que se dejaría sacrificar antes que renunciar al uso del derecho de representación que tenía por conducto del síndico procurador y de los diputados que al efecto había nombrado. El Cabildo, de conformidad, pasó un oficio a Perdriel, incitándolo a esperar la resolución superior, "por convenir así a la tranquilidad del Estado y a la seguridad del país, protestando acatar aquélla cualquiera que fuese". El nuevo intendente nombrado, insistió tercamente en ser reconocido en el acto, calificando a la vez de criminal la agitación en comunicación que simultáneamente dirigió a San Martín. El Cabildo, haciendo acto de sumisión en cuanto a la forma, en presencia de la declaración de San Martín de que estaba resuelto a entregar el mando, le replicó, que no podía desatender las representaciones del pueblo. Este, reunido en mayor número, y reforzado con un escuadrón de milicias de los alrededores, sin armas, acudió a renovar sus votos y sostener la decidida actitud del ayuntamiento, gritando que morirían antes de desistir de su empeño. Era una revolución municipal, con formas legales y pacíficas, que necesariamente debía tener repercusión política.

Llamado nuevamente San Martín al salón de sesiones consistoriales, asumió la presidencia del Cabildo. En su presencia, los diputados populares reiteraron sus votos, declarando que era necesidad pública su continuación en el mando. El gobernador, al tomar a su vez la palabra insistió en la conveniencia de recibir al nuevo intendente, a fin de no debilitar la fuerza del Estado, fomentando rivalidad de partidos, y declaró por su parte, que como militar, no reconocía más regla que la obediencia. "A cuyas palabras, dice el acta capitular, el pueblo todo, las comunidades religiosas, los padres de la república, los ancianos, los oficiales de milicias y demás gente repusieron que no era compatible tal resolución con el orden y la defensa del país". Ofreció entonces no desamparar personalmente al pueblo de Cuyo, y permanecer a su lado mientras existiese una sombra de peligro, constituyéndose en garantía de la buena comportación de su sucesor. Por toda constestación el Congreso popular se declaró en permanencia, y resolvió acreditar un apoderado ante el Director Supremo para que esforzase su solicitud, reteniendo mientras tanto en el mando al general San Martín. Este propuso por transacción, delegar su mando político en el Cabildo, depositando el mi-

litar en el coronel Balcarce; pero todos a una protestaron y se negaron a aceptar otro temperamento que no fuese su continuación en el gobierno. San Martín guardó un silencio que fue interpretado como asentimiento al voto público, y en seguida firmó el acta en medio de grandes aclamaciones.

El Directorio, asustado de las consecuencias de su imprudente paso, al procurar una ruptura con el poderoso gobernador de Cuyo, accedió a la petición del Cabildo y ordenó el retiro de Perdriel, manifestándole oficialmente, que: "Quedaba en libertad de continuar o dejar su gobernación, según se lo aconsejase su estado de salud y en las circunstancias que pudiera hallarse la Provincia, en la inteligencia de que el gobierno superior estaba satisfecho de los pasos por él dados para tranquilizar los ánimos del vecindario de Mendoza." Era ya tarde para enmendar el error: la revolución municipal de Cuyo, a que había precedido la desobediencia del ejército del Perú, fue un golpe mortal para el Director Alvear, que desconocido luego por todo el país, cayó depuesto antes de cumplirse los tres meses de su exaltación por una sublevación militar del mismo ejército en que había pretendido cimentar su efímero poder (abril 3). La ciudad de Buenos Aires respondió en masa al movimiento bajo la dirección de su Cabildo, que presidía el suegro de San Martín, don Manuel Antonio Escalada. El general Rondeau, a la sazón comandante en jefe del ejército del Perú, fue nombrado Director de substitución de Alvear, designándose interinamente para desempeñar sus funciones durante su ausencia, al coronel don Ignacio Alvarez Thomas, que había encabezado la sublevación militar. En las ruinas del directorio de Alvear, cayó envuelta la gran Asamblea del año XIII a cuya formación San Martín había contribuido al tomar parte en una revolución, y el Cabildo de Buenos Aires, haciéndose órgano de la opinión del país, puso por condición al nuevo gobierno (18 de abril), que convocase inmediatamente un Congreso Nacional sobre la base del sufragio universal. Esta era una reacción contra la representación popular de los Cabildos, que hasta entonces prevaleciera como teoría política deducida de las tradiciones coloniales, lo que daba a la revolución del año XV, un carácter orgánico como el que había tenido la del año XII, tomando en ambas San Martín una participación directa e indirecta.

El coronel Alvarez Thomas, al tiempo de pronunciarse, dirigió a las provincias un manifiesto (abril 11), explicando las causas que habían motivado al ejército a levantarse en armas, y les pidió su apoyo para sostener su causa. San Martín reunió una junta de guerra para resolver lo que le correspondía en el orden militar, la cual por unánime consentimiento declaró tiránico el gobierno de Alvear, negándole obediencia, hasta que el pueblo en libertad nombrase la autoridad suprema que debía regirlo. Una vez lanzado en esta corriente revolucionaria, y obedeciendo al impulso democrático que

lo había arrastrado hasta este punto, sometió a la deliberación del Cabildo la resolución que le correspondía en el orden político. Congregando el vecindario por citación de los decuriones, constituyóse en Cabildo abierto, y adhiriéndose al movimiento militar y municipal de la capital, declaró que no se obedeciese otro gobierno sino aquel que fuese instalado por la voluntad de los pueblos, y que rotos los vínculos que ligaban al pueblo de Cuyo, se diese por nulo el nombramiento de su actual intendente emanado de él, aclamándose en consecuencia como gobernante electo por el pueblo al general San Martín, por cuanto así convenía a la salud pública. Los Cabildos de San Luis y San Juan confirmaron estas declaraciones y el nuevo gobierno regularizó por su parte el nombramiento.

Este es un momento psicológico en la vida del general de los Andes, y por eso hemos procurado bosquejarlo con sus rasgos característicos, dejando que los hechos y las palabras de los mismos actores diseñen sus respectivas figuras y posiciones. Difícil es discernir claramente, en tan complicado drama municipal, que tan trascendentales consecuencias políticas tuvo, hasta qué punto San Martín representó un papel convencional u obedeció sinceramente a un propósito serio y deliberado. Es evidente, que si bien él no provocó directamente la agitación cuyana promovida por sus amigos, ella le fue simpática, así como la revolución que estalló inmediatamente y derribó al émulo y antiguo amigo que pretendía interrumpir la realización de sus planes. Así se le ve, en equilibrio instable, guardar los mayores miramientos con el pueblo y explicar por qué no usaba para él de su autoridad, haciéndose notar, en contradicción con sus máximas disciplinarias, que las milicias concurrieron a la plaza desarmadas, cuando se hallaban bajo su mando militar. En sus comunicaciones oficiales con el gobierno, a la vez de protestar sumisión, no sólo disculpa, sino que justifica la resistencia condicional del Cabildo de Mendoza, aduciendo, que "aun con arreglo a las despóticas leyes españolas, aun las mismas reales órdenes podían suspenderse siempre que de su cumplimiento resultase escándalo, como sucedía en el caso en cuestión." En su correspondencia confidencial con su substituto, le manifiesta, que "su entrada no producirá sino males, pero que sin embargo, está dispuesto a entregarle el mando, advirtiéndole que como amante de su patria era de su deber concurrir aun con sacrificio a la tranquilidad y unión de los pueblos, lo que se conseguiría más bien con la prudencia que con medidas extraordinarias y violentas." Por otra parte, mientras daba cuenta de haber reunido en junta de guerra a los jefes de la guarnición, comprometiéndolos a la más ciega obediencia, aceptaba en definitiva el gobierno que le entregaba en depósito el Cabildo en nombre del pueblo. Por último, cuando la agitación municipal se convierte en alzamiento militar y revolución política, se embandera en el primero, y comparte la responsabilidad de la segunda; se adhiere a la teoría

de la reasunción provisional de la autonomía de la provincia de Cuyo, y autoriza la desobediencia con el voto de sus jefes militares.

Si todo esto fuera una mera comedia, sería necesario reconocer que era un gran actor, pues en escena tan limitada y con tal simplicidad de elementos, no es posible combinar un drama más hábil, con más unidad de acción y corrección de procederes apropiados, sin comprometer el orden ni el decoro público, haciendo intervenir puramente la fuerza moral de la opinión por el intermedio de sus órganos naturales, dentro de la órbita legal. La verdad es, que si bien San Martín representó en estas circunstancias un papel complejo y doble, procedió con la seriedad propia de su carácter, en obediencia a un instinto secreto que lo impulsaba, y arrastrado por una corriente, que al principio quiso dirigir y por la cual se dejó llevar al fin, procurando salvar, empero, su dignidad personal. Lo demás lo hizo la espontaneidad del pueblo de Cuyo, hasta identificarse con sus destinos. Desde este momento, empezó a ser una entidad, con la que todo poder tenía que contar para sostenerse, y se hizo el gobernador inamovible de Cuyo, asegurando sobre esta base la realización de sus futuros designios.

V

¿Cómo en tan breve espacio de tiempo, el general San Martín en el más pobre y oscuro rincón del país, sin fuerzas militares poderosas, sin hazañas ruidosas que lo señalaran, sin tesoro, y guiado por sus solas inspiraciones había conquistado este predominio y este gran ascendiente moral? Es un punto que debe históricamente establecerse, para comparar el hombre a sí mismo, cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, le veamos relativamente empequeñecerse como administrador y como político. Es, que era un fenómeno que estaba en la naturaleza de su genio concreto, como lo hemos definido, que su potencia individual se desenvolviese espontáneamente con más amplitud y eficacia en un medio análogo, en esfera circunscripta, con un objetivo determinado, para llegar a resultados precisos, previstos en la medida de sus facultades. Considerado bajo este aspecto, San Martín en Cuyo, manejando hombres y cosas y ordenándolo todo según un plan, es un verdadero creador, es, como con verdad se ha dicho, el Hermes trimegisto de los antiguos. Administrador, guerrero, diplomático, político, que hace brotar legiones y tesoros del suelo que pisa, coordina elementos contados, disciplina voluntades, él realiza prácticamente y por instinto, una utopía de cooperación economicomilitar que la ciencia no había explicado aún, cual es la de desarrollar el máximun de potencia de una sociedad, para hacer dar a los hombres y a las cosas todo lo que podían dar de sí, a

fin de llevar a cabo un propósito preconcebido, produciendo resultados eficientes, y esto, sin agotar las fuentes productivas, sin desperdicio de fuerzas, con la concurrencia de todos a su obra, de buena voluntad o con medida violenta, inoculándoles su convicción e identificándose con ellos. De este modo, conquistó moralmente a Cuyo, antes de reconquistar a Chile, organizando un pueblo de trabajadores y combatientes, como una república de hormigas, para hacerlo servir a su empresa por medio de una metódica acción cooperativa.

Para realizar este plan cooperativo, graduó sus trabajos, a la manera de un problema a resolver, según se deduce de los documentos originales que nos sirven de guía. Empezó por exaltar el espíritu bélico de las poblaciones, organizando sus milicias y regimentó hasta a los niños de las escuelas a los que sujetó a ejercicios doctrinales con armas y banderas apropiadas. Estimuló a los extranjeros neutrales a alistarse, y los residentes ingleses fueron los primeros en responder a este llamamiento, quienes solicitaron formar a su costa una compañía franca de cazadores con la facultad de nombrar sus oficiales, declarando que "gratos a la buena hospitalidad y llenos de entusiasmo por los derechos del hombre, no podían mirar con indiferencia los riesgos que amenazaban al país, y estaban dispuestos a tomar las armas y derramar hasta la última gota de su sangre, si era preciso, en su defensa." Esto era la parte decorativa de su ejército en embrión, que concurría como elemento pintoresco y moral; pero él era bastante práctico para no darle por nervio un núcleo sólido de tropas disciplinadas, que aumentó por los medios que se indicarán más adelante cuando se trate de la formación del ejército de los Andes. El espíritu militar que esta organización mixta despertaba, se mantenía en tensión por el amago de un peligro inminente y aparente de alarma. Pública y oficialmente manifestaba, que estas medidas puramente defensivas, tenían en vista precaverse contra una invasión del enemigo que ocupaba a Chile, cuyas fuerzas exageraba, con el doble objeto de obtener más recursos de sus gobernadores y más refuerzos de tropa y elementos de guerra de parte del gobierno general. Así llegó a organizar un numeroso ejército de las tres armas, como se verá después.

Este ejército tenía que ser alimentado, vestido y pagado: no existían recursos para ello, y era necesario crearlos, pesando sobre la Provincia. Al efecto, empezó a ensayar un sistema de auxilios patrióticos o cooperativos. Una vez solicitaba un número determinado de arreos de montura de que encargaba se tomase cuenta para devolverlos a sus dueños luego que no fuesen necesarios, y lo cumplía puntualmente. En otra ocasión pedía un número determinado de cabalgaduras para una expedición, que mantenía en los alfalfares de los particulares, y luego volvían también a sus dueños. Para transportar las cargas de artículos de guerra, se valía de los servi-

cios gratuitos de los carreteros y arrieros. Otra vez necesitaba 10 barriles para agua para un destacamento, y en razón de que el Estado no tenía fondos para comprarlos, los pedía a los vecinos. Llegó el caso de exigir como donativo una fanega de maíz para sembrar una chacra destinada al sostén del ejército. Los vecinos concurrían de buena voluntad a estos servicios, halagados por los elogios que individualmente dispensaba a los que se mostraban generosos, y asentaba la mano con multas a los tibios o indiferentes. Todo delito leve, era redimido mediante una donación, y sucedió una vez, mandar sobreseer en el proceso de una chacarera, en cambio de una docena de zapallos de que el ejército necesitaba para su rancho. En seguida, empezó a organizar la renta sobre la base de las contribuciones ordinarias y extraordinarias. Desde este momento Cuyo empezó a sudar dinero para la redención de la América Meridional.

"La idea de gravar a los pueblos de su mando con fuertísimas contribuciones, dice un historiador chileno, no arredró a San Martín; pero meditaba maduramente los medios prudentes de hacer efectivos estos impuestos sin descontentar a sus gobernados, y así obtuvo por bien lo que no hubiera podido conseguir ni aun con el apoyo de la fuerza." Para dar a sus exacciones el carácter de contribuciones legales, autorizadas o consentidas por la voluntad popular, constituyó a los Cabildos en agentes de ellas, y los puso a su servicio, a la manera de parlamento local, que daba al impuesto el carácter de consentido y lo sometía al control de la cuenta y razón pública. Como no bastase esto, uniformó la acción ejecutiva de sus tenientes para que obrasen como tornillos de presión, exprimiendo hasta la última gota de substancia del pueblo cuyano, en nombre de la salud pública, apoyados por la autoridad moral de los Cabildos. Encontró los hombres que necesitaba en el teniente gobernador de San Luis, el comandante don Vicente Dupuy, hombre duro en el ejercicio de su autoridad, a quien sus subordinados temían y respetaban, y para quien no había dificultades en el cumplimiento de las órdenes de su superior, y en el doctor don José Ignacio de la Rosa en San Juan, hombre culto, muy estimado en su localidad, pero igualmente inflexible y sin escrúpulos tratándose de arbitrar recursos para el servicio público. Dado este temple a los resortes de la máquina administrativa, el gobernador entró de lleno en la ejecución de su plan económico, basado en la idea instintiva de la cooperación de trabajadores y combatientes, que se sostuvieran mutuamente.

Cuando San Martín se recibió del mando de la intendencia de Cuyo (1814), la renta general de la Provincia alcanzaba próximamente a 180.000 pesos, provenientes principalmente de sus aduanas terrestres e impuestos municipales. Después de la reconquista de Chile por los españoles quedó reducida a menos de la tercera parte, a causa de la interrupción del comercio trasandino, de manera que,

en 1815 faltaban recursos aun para proveer las necesidades ordinarias del servicio público. El 1º de enero de 1815, hubo que apelar a una subscripción voluntaria entre los gremios para cubrir el déficit, la que produjo 6.206 pesos en dinero y especies. Quince días después no existía un real en las cajas públicas, y se impuso una contribución forzosa por 7.000 pesos, que se repartió entre los que merecían la indignación pública, según la expresión de la época, por contrarios al sistema de la libertad. Con tal motivo decía San Martín: "Me veo en la necesidad de tocar medios tal vez violentos, sin los trámites debidos. La absoluta escasez de numerario compromete la suerte de esta provincia. Apenas puedo contar con 3.500 pesos mal pagados de la contribución extraordinaria. Empeños contraídos con los propios y donativos recolectados por el Cabildo, multas arrancadas con informal substanciación, préstamos de particulares, todo se ha tocado. Mientras tanto, el gasto universal, por ahora, pasa de 11.000 pesos." Y poco después dando cuenta de otros donativos arrancados a San Luis y San Juan, decretaba un nuevo empréstito forzoso de 18.000 pesos sobre los residentes españoles, esta vez, con el compromiso de "satisfacer en mejores circunstancias", agregando por conclusión: "No he tocado aún el recurso de los indiferentes, porque los exceptúo para el último apuro." Pero todo esto no constituía un sistema rentístico: eran meros expedientes. Necesario era no matar la gallina de los huevos de oro, a fin de aumentar y regularizar los impuestos sin agotar las fuerzas productivas, y contar además de un fondo de reserva, con recursos fijos por el espacio de uno, dos o más años, por todo el tiempo que durase la incubación del pensamiento que aun permanecía en estado de crisálida.

Aquí es donde se revela el genio observador y previsor de San Martín, servido por una voluntad incontrastable que no retrocedía ante la imposición de ningún sacrificio en pro de su causa, y un instinto conservador, que constituye la originalidad de su plan financiero. Secuestráronse los bienes de los prófugos; pusiéronse en almoneda las tierras públicas; creóse una contribución extraordinaria de guerra pagadera por cuotas mensuales; se recogieron los capitales a censo pertenecientes a manos muertas, usando de sus intereses; se dispuso del fondo de redención de cautivos de los frailes mercenarios, para redimir otros cautivos; se organizaron las donaciones gratuitas en especie y dinero; realizáronse las propiedades de las temporalidades de la Provincia; se apropiaron los diezmos al servicio civil; se gravó con un peso cada barril de vino y con dos cada uno de aguardiente que se extrajese del territorio, con el carácter de contribución voluntaria; el producto de los alcoholes se aplicó al servicio militar; se declararon de propiedad pública las herencias de los españoles que morían sin sucesión, todo lo que, unido a los impuestos de papel sellado, ramo de pulperías, multas y otros arbitrios, regularizó la percepción de la renta, acrecentando el fondo co-

mún. No obstante esto, se estableció un impuesto general y uniforme sobre todos los habitantes, basado en el capital de cada individuo, previo catastro levantado por el Cabildo, y todos se presentaron gustosos a declarar de buena fe sus bienes bajo del juramento y oblando cuatro reales por cada mil pesos de capital, sin que fuese necesario rectificar sus leales declaraciones. Por excepción, solía hacerse uso del arbitrio de empréstitos forzosos, pero siempre con intervención del Cabildo, y con arreglo a una repartición equitativa, que pesa sobre los españoles y portugueses desafectos. Además, cuando era necesario, se usaba de las cabalgaduras y de las carretas gratuitamente, se confiscaban temporalmente los alfalfares para las caballadas del ejército y se disponía sin retribución de las personas para los trabajos públicos, y como todo esto se hacía con orden, por igual y alternativamente, la oferta por lo general se anticipaba a la exigencia. Los artesanos se presentaban a servir en los talleres militares a ración y sin sueldo; las mujeres contribuían con sus labores cosiendo gratuitamente los uniformes de los soldados, y para que no quedase nadie sin contribuir al sostén del erario, hasta los muertos fueron cotizados. Existía indivisa en Mendoza la testamentaria del gran patriota argentinochileno, don Juan Martínez de Rozas, a quien tan señalado papel hemos visto representar en esta historia, y San Martín, interpretando su voluntad póstuma, manifestó a su albacea por medio del fiscal, que si Rozas viviera, contribuiría con parte de su fortuna a la reconquista de Chile, y de buena o mala gana le hizo oblar en tesorería la cantidad de 12.000 pesos a título de donativo patriótico.

Por ese tiempo anuncióse que una expedición de 10.000 hombres al mando del general Morillo, se dirigía desde las costas de España contra el Río de la Plata, para someterlo al dominio del Rey, restituido a su trono después de su cautiverio. Con tal motivo, reunió al pueblo en Cabildo abierto, y abrió la sesión diciendo: que había cumplido con su deber de soldado para sostener la causa de la libertad, y que para no volver a la esclavitud y al vasallaje, era necesario que todos concurriesen a la obra con sus brazos, sus personas y cuanto esfuerzo fuese necesario para coronarla. Todos respondieron unánimemente que estaban prontos a sacrificarlo todo en defensa de la patria amenazada. En seguida expidió un bando abriendo una suscripción voluntaria para auxiliar al gobierno general, cuyos considerandos, no obstante su estilo declamatorio, que desdice del carácter del personaje, son dignos de registrarse en las páginas de la historia, así por las cláusulas dispositivas, cuanto como corolario del plan de contribuciones patrióticas a que respondía. "Es llegada la hora de los verdaderos patriotas. Se acerca al Río de la Plata una expedición de 10.000 españoles. Ya no se trata de encarecer y exaltar las virtudes republicanas, ni es tiempo de exhortar a la conservación de las fortunas o de las comodidades familiares. El

primer interés del día es el de la vida: éste es el único bien de los mortales. Sin ella, también perece con nosotros la patria. Basta de ser egoístas para empeñar el último esfuerzo en este momento único que para siempre fijará nuestra suerte. A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos. La pobreza de las cajas de esta provincia no alcanza a las primeras atenciones, al paso que ellas se multiplican. Desde hoy quedan nuestros sueldos reducidos a la mitad. El empleado que no quiera donar lo que deja de percibir, recibirá un boleto para su abono en mejores circunstancias. Yo graduaré el patriotismo de los habitantes de esta provincia por la generosidad, mejor diré, por el cumplimiento de la obligación de sus sacrificios. Al indolente se lo arrancaré imperiosamente a la fuerza, estrechando a servir la ley de la seguridad individual y general. Cada uno es centinela de su vida." Dando cuenta al gobierno de esta disposición, le decía: "La necesidad de existir es la primera ley de los gobiernos. Si esta proposición presentase un semblante de violencia, desaparecerá al punto se vuelvan los ojos a la dura alternativa en que nos hallamos. Los remedios se adoptan según el carácter de los males, y cuando peligra la salvación todo es justo menos dejarla perecer." Para estimular los sentimientos patrióticos, hizo concurrir a los donativos voluntarios a las damas de Mendoza, las que encabezadas por su esposa doña María de los Remedios Escalada de San Martín, fueron recibidas por el Cabildo en audiencia, y en presencia del pueblo se despojaron de todas sus alhajas, diciendo: "Los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación de la patria, que exige sacrificios de todos sus hijos, y antes de arrastrar las cadenas de un nuevo cautiverio, oblamos nuestras joyas en su altar." El peligro se disipó; pero quedó subsistente en su parte económica. La expedición que habría podido cambiar quizás los destinos de la revolución, o retardar por lo menos su triunfo, varió de rumbo, a consecuencia de la caída de Montevideo, que era su base de operaciones. Dirigióse a Costa Firme, donde Bolívar daría cuenta de la mayor parte de ella, y del resto darían cuenta los gauchos de Güemes en la frontera del norte y los soldados que a la sazón se formaban al pie de los Andes.

VI

No todo era presión y expoliación metódica en este Salento economicomilitar, en que todo estaba clasificado en el orden de los combatientes y los contribuyentes. Una serie no interrumpida de actos de gobierno, revelaba la existencia de una autoridad tutelar que velaba por el progreso moral y material del pueblo. La instrucción pública se fomentaba con anhelo, se propagaba por la primera vez

la vacuna, embellecíanse sus paseos públicos, se mejoraban sus canales de regadío estimulando la producción agrícola, el orden y la más estricta economía presidía a la distribución de los caudales, y de este modo San Martín se identificaba con la vida civil de la sociedad, que veía en él un padre a quien amaba y un mandatario a quien respetaba con cierto temor. Esto explica cómo en el espacio de tan pocos meses el gobernador de Cuyo había conquistado tanto predominio político y tanto ascendiente moral sobre sus gobernados. La severa contracción a sus deberes oficiales y su conducta y manera en trato social, contribuían a aumentar su autoridad y la popularidad que le granjeaban sus actos. Su figura austera se destacaba en medio de aquel cuadro de gobierno autoritario y casi despótico a la vez que paternal, rodeado por cierto prestigio misterioso que provenía de una reserva sostenida sin afectación, pero imponente, que dulcificaba una grave afabilidad. Solo, con muchos amigos pero sin ningún confidente, ni aun consejero, él lo hacía todo y todo lo vigilaba, sin más brazos auxiliares que un secretario y un par de amanuenses. Era como una entidad abstracta y una fuerza latente moderada por sí misma, que se imponía por su poderosa gravitación, sin violencia ostensible.

Un historiador universal (Gervinus) que extraviado por malos e incompletos documentos ha desconocido el carácter moral de San Martín, refiriéndose precisamente a esta época de su vida, dice de él: "Era un hombre envuelto en el misterio y en lo equívoco. Nadie tenía una idea neta de sus verdaderos talentos, de su carácter ni de sus proyectos. Los extranjeros que se le acercaban personalmente, encontraban en él un hombre de alta estatura, de una conversación animada, pero seria; de un lenguaje sencillo y claro, exento de frialdad; con maneras elegantes y aun seductoras; con un rostro pálido y ojos vivos y penetrantes que no dejaban adivinar lo que pasaba en su alma impenetrable. Los unos experimentaban de tal manera la superioridad de su inteligencia, que desconfiaban de él, y es la verdad que con su sagacidad y la rapidez para juzgar de todo, sabía exhibir hábilmente todos los talentos que poseía. Al lado de esto, otros encontraban que tenía poca instrucción, que sus nociones en el arte de gobernar no eran sanas, y que carecía de las luces con que se gobierna a los hombres, y se gana la estimación." El retrato es correcto en sus contornos, y representa en conjunto el bosquejo de un hombre superior; pero le falta como complemento la explicación de su potencia, en medio de sus deficiencias nativas y su poca cultura (ni ortografía tenía), y esto es lo que interesa a la historia en el momento en que va a llamar la atención del mundo como verdadero grande hombre, por hechos que son la emanación de su naturaleza y el resultado de sus trabajos y previsiones. Los grandes hombres que han merecido bien a la humanidad, como Guillermo de Orange y como Wáshington, no han brillado por su inteligencia

ni por su ciencia, sino por sus hechos conscientemente ejecutados y por el conjunto de cualidades que determinaba en ellos una fuerza superior, que constituye el fondo de su carácter histórico. Como lo observa Macaulay, Cromwell decía tonteras y hacía grandes cosas. Este es otro fenómeno que la ciencia moderna ha explicado, destronando la teoría que hacía de la inteligencia el atributo esencial, con olvido de las profundas palabras de Pascal "que el corazón tiene sus razones que la razón no conoce". El secreto de la potencia de San Martín, como hombre de acción y de pensamiento relativo, consistía en la voluntad, que constituía la sustancia y la esencia de su ser. Ella era la cualidad predominante, que más que su inteligencia o su escasa instrucción le daba el conocimiento seguro de los hombres y de las cosas, y la certidumbre que lo guiaba. No obraba por inspiración, sino por cálculo, cuando quería una cosa, sabía cómo la quería, y por eso se ha dicho que no era un hombre sino una misión; no una persona, sino un sistema. Todo era en él huesos y músculos, revestidos de poca carne, de que se desprendían más pasiones que ideales, y cuyo gobierno residía en su temperamento más que en su cerebro. El mismo había formulado por instinto en los considerandos de su bando antes citado, la teoría que la filosofía moderna ha consagrado como una verdad moral demostrada que "el primer interés de la vida, es vivir —individual o colectivamente—, y que éste es el único bien de los mortales, y a él debe sacrificarse todo, porque sin ella todo perece y sólo así se triunfa de la muerte".

Era en aquella época San Martín un modelo de orden y disciplina, que daba el ejemplo de la labor perseverante y de moral en acción. Llevaba una vida más que modesta, austera, sin nigún boato exterior ni ostentación, aun cuando no carecía de recursos charlatanescos, como se verá después, pero que empleaba sólo en circunstancias excepcionales. Vestía el sencillo uniforme oscuro de los Granaderos a caballo, apenas realzado por un vivo encarnado, con botas de montar y el típico sombrero de hule con la escarapela argentina tomada por una presilla de oro, que sus estatuas han reproducido en bronce.

Era madrugador y se desayunaba ligeramente. Empleaba toda la mañana en su despacho, recibiendo partes, dando audiencias, expidiendo órdenes, o trabajando solo o con su secretario, que lo era a la sazón un joven oficial de su ejército. Infatigable en el trabajo, era avaro del tiempo, y contaba los minutos, consultando siempre su cronómetro. Llevaba personalmente su correspondencia, y dictaba o redactaba los despachos oficiales, que escribía él mismo cuando era reservado, atendiendo a la vez a un cúmulo de pequeños detalles, que asustan cuando se compulsan sus papeles, y explican, como en la vida de todos los grandes capitanes, el éxito de sus empresas.

En su mesa era muy parco y sobrio. A mediodía, dirigíase a la cocina y elegía dos platos —generalmente puchero o asado—, que a veces despachaba de pie, y por postre dulce mendocino, tomando dos copas de vino. En seguida daba un corto paseo fumando un cigarrillo de tabaco negro, si era invierno, y volvía luego a la tarea. En verano, dormía una siesta de dos horas sobre un cuero tendido en el corredor de su casa. En ambas estaciones, su bebida habitual era el café, que él mismo se preparaba. Después volvía al trabajo, y por la tarde inspeccionaba los establecimientos públicos. Por la noche, recibía las visitas con que tertuliaba en variada conversación, de la cual estaba excluida la política, o echaba una partida de ajedrez, juego en que era fuerte, y a las 22 en punto las despedía. A esa hora tomaba una ligera colación, y descansaba o continuaba su trabajo interrumpido, pasándose muchas noches en vela y sin acostarse por efectos de las dolencias que le aquejaban. Formal en todas sus acciones y palabras, guardaba siempre compostura, y no hacía promesa que no cumpliera, aun cuando alguna vez se dejase llevar de sus propensiones epigramáticas, prorrumpiendo en chistes o redactando decretos humorísticos que revelaban su equilibrio moral.

VII

El gobierno de San Martín en Cuyo se parece un poco al de Sancho Panza en la ínsula Barataria, que sentenciaba con su buen sentido, o al de la leyenda del rey Zafadola, que se entraba a pie de puertas adentro de los contribuyentes haciéndoles presente, que si no le pagaban las contribuciones ¿cómo querían que los pudiese gobernar? Bajo esta faz las anécdotas que con su administración de Mendoza se ligan, darán una idea más cabal que largas disertaciones filosóficas y exposiciones históricas.

Un oficial le hizo presente que el sueldo no le alcanzaba para sostenerse, y pedía un *surplus* de ración a cuenta de él; el general decretó al pie: "Extráñase el desahogo con que aspira el suplicante a gravar al Estado en medio de las más graves y apuradas urgencias públicas, cuando todos los jefes y oficiales del ejército sufren iguales privaciones." Un soldado reclutado en San Juan y juramentado en Chile por los españoles, representó, que en conciencia se hallaba impedido para servir, y que, aunque adicto a la causa americana, se hallaba con las manos atadas. El decreto es terrible: "El gobernador contrae la responsabilidad que alega el suplicante: quedan sus manos libres para atacar al enemigo: mas si una ridícula preocupación aun se las liga, se le desatarán con el último suplicio." Un español europeo manifestó vivo deseo de ser contado entre los hijos de la patria, para ayudarle contra el despotismo. "Haga —fue la

contestación —, una justificación por seis patriotas muy conocidos por su patriotismo y se resolverá." La mujer de un sargento pidió gracia por una falta del servicio cometida por su marido. Al margen escribió de su puño y letra: "No me entiendo con mujeres sino con soldados sujetos a la disciplina militar." Un prisionero, en celebridad de la virgen del Carmen, patrona del ejército, pidió por gracia de tan divina Señora, la libertad perdida. Decreto autógrafo: "No ha sido poca gracia que librase la vida." En el sumario de una chacarera encausada, "por haber hablado contra la patria", mandó sobreseer con la sentencia, de que la acusada "entregase al proveedor diez docenas de zapallos que el ejército necesitaba para su rancho". Para probar el temple de sus oficiales organizó una corrida de toros y los echó de lidiadores al circo, en celebración del aniversario del 25 de Mayo. Al observar y aplaudir el temerario arrojo con que se portaron, dijo a O'Higgins, que estaba a su lado: "Estos locos son los que necesitamos para derrotar a los españoles."

Son numerosas las anécdotas geniales que de él se recuerdan. En una ocasión hizo ademán de entrar al laboratorio de mixtos vestido con uniforme de general, con botas herradas como se usaban entonces y espuelas, contra sus propios reglamentos. El centinela le prohibió la entrada por dos veces. Sin decir palabra volvió atrás, se vistió un traje de brin y calzó un par de alpargatas, permitiéndosele entonces la entrada. Luego hizo relevar al centinela, y con ademán severo le regaló una onza de oro. En otra ocasión se le apersonó un oficial de su ejército, pidiéndole hablar con el ciudadano don José de San Martín, y no con el general, y le confió bajo la fe de caballero, que era habilitado de un cuerpo y había perdido al juego la cantidad destinada a su abono mensual, haciendo promesa de enmienda. El general sin decir palabra, se dirigió a una gaveta y le entregó en onzas de oro la suma perdida al juego, diciéndole al ponerla en su mano: "Entregue usted ese dinero a la caja de su cuerpo, y guarde el más profundo secreto, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar." A uno de sus ingenieros, mientras dibujaba bajo su vista un plano secreto en que le hacía consignar sus reconocimientos de la cordillera, le dijo en tono entre amistoso y amenazador: "Mucho pulso en el dibujo." Y agregó: "Si mi mano derecha supiese lo que hace mi mano izquierda, me la cortaba". Ultimo rasgo humorístico de pureza administrativa: dueño absoluto de la renta de Cuyo, se le ocurrió una vez hacerse sospechar de ladrón. Ordenó que todo peso sellado que entrase en arcas con las armas españolas, le fuese entregado día por día. La orden se cumplía estrictamente, y algunos pensaban que él se apropiaba este dinero. En vísperas de emprender su campaña a Chile, llamó al tesorero, y le preguntó si había llevado cuenta exacta de los pesos

entregados, como era su deber, y en vista de ella devolvió al tesoro público en la misma especie las monedas de que era depositario.

Su actividad, como la de los corredores de raza, se manifestaba con aparente lentitud, pero uniformemente, por movimientos rítmicos, cortos, seguidos y repetidos sin interrupción, así es que abrazaba todas las esferas de su reducido dominio. Era todo, hasta obispo y juez supremo por autoridad propia. A dos frailes franciscanos que se habían mostrado según él, "contrarios a la regeneración política", los suspendió oficialmente de la facultad de confesar y predicar, manteniéndolos reclusos en los claustros de su convento hasta segunda orden. A los curas les recomendaba que en sus pláticas y sermones "hiciesen ver la justicia con que la América había adoptado el sistema de la libertad", y notando que descuidaban esta prevención, les enderezó por vía de pastoral una circular "en la inteligencia que tomaría providencias más serias si no cumplían con tan sagrado deber". Obligado a ser duro en el ejercicio de su autoridad en materia de delitos políticos, había impuesto pena de la vida a todo el que se comunicase con el enemigo. Sin embargo, sucedió que en una causa seguida contra unos espías de Osorio, conmutó la sentencia de muerte en trabajos forzados y en la pena moral de expectación pública de los reos con un letrero en la frente: "Infieles a la patria, indecentes amigos del tirano Osorio" y hacía publicar su fallo por bando "para escarmiento de los ignorantes paisanos y para que odiasen tan feo delito".

Hasta entonces, no obstante la relativa importancia que le habían dado los últimos sucesos, propiciándole la buena voluntad del nuevo gobierno, representaba un papel muy secundario en la política y en la guerra argentina. Su hazaña de San Lorenzo era la de un guerrillero atrevido y feliz. Su mando en el Norte había sido muy oscuro, y no se conocía su labor secreta. Su prestigio en Cuyo era puramente local. Como soldado de la segunda hora, que no había asistido a las primeras campañas de la revolución, sus compañeros de armas, a excepción de Belgrano, afectaban mirarle en menos y aun llegaron a poner en duda su fidelidad a la causa americana, como se ha visto. Se le tenía por un buen táctico, un organizador hábil y sableador valiente, sin que faltase quien lo tildara de cobarde. En general se le juzgaba incapaz de llevar a cabo una gran empresa, y mucho menos la de la reconquista de Chile, que se consideraba no una temeridad sino una locura. Apenas si alguno que otro de sus amigos íntimos esperaban algo de él, y a excepción de Rodríguez Peña, confidente de su secreto, de Belgrano que era su sincero admirador, de don Tomás Guido que lo amaba y estimaba en su valor, y de un corto número de los afiliados en la Logia de Lautaro, a la sazón dispersa con la caída de Alvear, se le consideraba como un hombre muy mediocre, como en realidad lo era

mirado del punto de vista de su inteligencia y de la cultura. Era para todos un cuerpo opaco que no emitía ni reflejaba luz.

Sabía bien cómo era juzgado por la mayoría de sus compatriotas, y no se hacía ilusiones respecto de su crédito; pero apelaba al estoicismo que había adoptado como regla y confiaba en el tiempo y la paciencia. "¡Con que están los cordobeses muy enfadados conmigo escribía — a un confidente suyo con su fantástica ortografía —, paciencia! Ya había en ésta visto varias cartas en que manifestaban sus disgustos, y lo particular que hallan sido escritas por sujetos de juicio y de luces, pero en unos términos capaces de exaltar otra conciencia menos tranquila que la mía ¡ay amigo! y quanto cuesta á los hombres de bien la livertad de su Pais. Baste decir á Ud. que no en una, sino en tres quatro se dise lo siguiente: «Vds. tienen en esa un Gefe que no lo conocen; él es ambicioso; Cruel, Ladrón y poco seguro en la Causa, pues hay fundadas sospechas de que haya sido enviado por los Españoles; la fuerza que con tanta rapidez está lebantando no tiene otro objeto que oprimir á esa Provincia para después hacerlo con las demás.» Vd. dirá que me habré incomodado: si mi Amigo, uno poco; pero después llamé la reflexión en mi Ayuda, hize lo que Diogenes, sambillirme en una tinaja de Filosofía, y decir: todo es necesario que sufra el hombre Público para que esta Nabe llegue á puerto."

El hombre que esto escribía, era ya un valetudinario a la edad de 37 años cumplidos. La contracción al trabajo había exacerbado su antigua enfermedad de Tucumán, y sólo podía dormir breves momentos sentado en una silla. Los facultativos que consultó, le dijeron que si no cambiaba de temperatura y se resignaba a una vida tranquila, su existencia no podía prolongarse más de un año. Fue entonces cuando empezó a abusar del opio para conciliar el sueño, por consejo de su médico, el doctor P. Isidro Zapata, un empírico de Lima, hombre de color, que lo asistió en todas sus campañas. No obstante vigorosa constitución, el sufrimiento físico fue el compañero de su vida hasta que la sangre extravasada lo sofocó. Los dolores neurálgicos y reumáticos, complicados con una doble afección al pecho y al estómago, que le producían vómitos, dispepsias y abundantes esputos de sangres, habían afectado el pulmón y la médula vertebral, y por simpatía el cerebro. Los héroes necesitan tener salud robusta, para sobrellevar las fatigas y dar a sus soldados el ejemplo de la fortaleza en medio del peligro; pero hay héroes que con cuatro miembros menos, sujetos a enfermedades continuas o con un físico endeble, se han sobrepuesto a sus miserias por la energía de su espíritu. A esta raza de los inválidos heroicos pertenecía San Martín. Y fué precisamente en tan tristes circunstancias cuando se desprendió de su ser enfermizo, el primer relámpago del genio, precursor del rayo que debía fulminar los ejércitos realistas al occidente de los Andes.

Precisamente por este tiempo la causa de la revolución sufría un espantoso contraste, y la causa de la independencia americana parecía perdida. El ejército del Norte reforzado, en número de más de 4.000 hombres de las tres armas, con dos baterías de artillería, había invadido por tercera vez el Alto Perú a las órdenes del general Rondeau, y había sido batido por el general Pezuela en Sipe-Sipe (29 de noviembre de 1815). Esta derrota fue la más desastrosa de la revolución: de ella apenas se salvaron 1.500 soldados. Esto sucedía, cuando la expedición de Morillo (antes destinada al Río de la Plata como se ha dicho), dominaba a lo que después se llamó Colombia, desde el Atlántico al Pacífico. Sojuzgado Chile, perdido irremisiblemente el Alto Perú, y domada la insurrección de Cuzco, de que hemos hecho mención antes, las Provincias Unidas quedaban solas y aisladas. Sipe-Sipe parecía ser el último esfuerzo de la revolución americana, y por eso los realistas celebraron ruidosamente la victoria en Europa y América entonándose un *Te-Deum* en todas las catedrales de la monarquía española, hecho sin ejemplo después de la batalla de San Quintín. Fue entonces, cuando San Martín, viendo por siempre cerrado el camino militar que había declarado de antemano imposible para llegar a Lima, dejó escapar su secreto y formuló el plan de la reconquista de Chile, determinando hasta el número de tropas con que podía y debía verificarse, según se verá después.

La noticia de la derrota de Sipe-Sipe, había producido un gran desaliento en el país, y principalmente en el pequeño ejército de Cuyo, único núcleo de fuerza a la sazón organizado. La idea general era destinarlo a engrosar el ejército del Alto Perú, para defender la frontera norte amenazada. En medio del pavor general que sobrecogía todos los ánimos, San Martín invitó a todos sus oficiales a un banquete. Nunca se le vio más franco ni más risueño que en aquella ocasión. A los postres, púsose de pie, y con voz entonada, en que vibraba la convicción, propuso un brindis general: "¡Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!" Estas palabras encontraron eco en todos los corazones. La confianza volvió a renacer. Desde aquel momento el paso de los Andes y la reconquista de Chile dejó de ser una idea y empezó a ser un hecho visible. La revolución americana iba a tomar por la primera vez la ofensiva y la suerte de la guerra iba a cambiar.

Capítulo X

LA GUERRA DE ZAPA DE SAN MARTIN

1815-1816

Triple aspecto de la reconquista de Chile. — La restauración realista en Chile. — Exacciones, persecuciones y matanzas del gobierno de Osorio. — Los Talaveras. — Reacción nacional. — Situación militar de los realistas en Chile. — Originalidad de la idea del paso de los Andes. — Planes de Abascal y de Osorio. — Estado militar en Mendoza. — Diversión diplomática de San Martín. — Marcó releva a Osorio en el mando de Chile. — La guerra de zapa de San Martín. — Los emisarios secretos de San Martín en Chile. — Organización del espionaje en país enemigo. — Minas y contraminas en la guerra de zapa. — Golpes maestros de San Martín en la guerra de zapa. — Vastas proporciones que asume la guerra de zapa. — Insurrección latente de Chile. — Activos trabajos de los emisarios secretos en este sentido. — Los principales agentes de la guerra de zapa. — Enlace de la guerra de zapa con las combinaciones estratégicas. — Mártires de la guerra de zapa. — Tiranía de Marcó. — Levantamientos populares a consecuencia de la guerra de zapa. — Manuel Rodríguez. — Nuevas estratagemas de San Martín.

I

La reconquista de Chile por las armas argentinas es un hecho múltiple y complejo, que para ser bien comprendido en su conjunto, requiere ser parcialmente estudiado en las distintas partes en que naturalmente se divide. Primeramente como idea, cuya filiación histórica ha dado motivo a largas discusiones, y respecto de lo cual queda mucho por decir en presencia de nuevos documentos. Después, como preparación, del doble punto de vista, de los trabajos revolucionarios hechos en el país que debía de ser reconquistado, y de los elementos con que había de verificarse la empresa. Por último, su ejecución, que da a los patriotas el dominio real de su territorio, y a la revolución sudamericana una base segura de operaciones. Bajo este triple aspecto vamos a considerarlo, empezando por presentar el cuadro del estado de Chile después de la derrota de Rancagua, y relacionarlo con los trabajos de San Martín desde Mendoza para emprender la reconquista.

La restauración realista en Chile, fue más bien que una reconquista militar, una verdadera conquista de la tierra y de sus moradores, con todos los excesos que acompañan al predominio de la fuerza extraña triunfante. El pueblo fue tratado como un pueblo conquistado a sangre y fuego, y provocó resistencias que estaban desarmadas. La gran mayoría del país se hallaba fatigada por la guerra, quebrantada por el despotismo y la anarquía revolucionaria, y aspiraba a la paz; así es que, unos por cansancio, otros por miedo o tibieza, y los más obedeciendo al impulso casi general, recibieron al vencedor como a un libertador, a fin de aplacar sus iras. Una política moderada, habría tal vez consolidado por algún tiempo el dominio español en Chile; pero, como sucedió en la época de Carrasco, el exceso mismo de la reacción volvió a encender de nuevo el antiguo patriotismo que parecía apagado bajo las cenizas de Rancagua. Y sin embargo, el conquistador Osorio, aunque militar sin bríos ni dotes para la guerra, y de entendimiento vulgar, era relativamente bueno e inclinado a la clemencia; pero reatado por las instrucciones del virrey Abascal que le ordenaban la represión como sistema de gobierno, y estimulado, sobre todo, por el círculo de españoles que le rodeó, fue el instrumento de la persecución sin misericordia de todos los habitantes de Chile, y el agente de la sorda insurrección que produjo en todos los ánimos.

Los empréstitos forzosos cobrados con crueldad, las contribuciones arbitrarias sobre los nativos, las exacciones de las tropas en toda la extensión del territorio, fueron las únicas rentas con que contó Osorio para el sostén de su administración. Al principio, los mismos expoliados se prestaban a todo, haciendo donativos cuantiosos a fin de propiciarse la benevolencia del vencedor; pero muy luego, agotado el numerario circulante y desiertos los campos, encarecida la vida hasta el último grado, empezó a hacerse sentir la miseria en todo el país y hasta la misma fuente de recursos subsidiarios quedó agotada, y hubo de apelarse al sistema de confiscación de todos los bienes de todo género de los americanos que más o menos directamente habían tomado parte en la revolución o se hallaban ausentes, fuesen o no culpables. Agréguese a esto, que restablecido el sistema colonial en toda su crudeza, el comercio quedó paralizado, y la industria nacional muerta. Todas las reformas civilizadoras de la época revolucionaria, fueron abolidas, aun aquellas que más directamente beneficiaban al pueblo, restableciéndose todas las desigualdades, tributos y monopolios del antiguo régimen. Las persecuciones sistemáticas, los encarcelamientos en masa, la confinación de los más señalados patriotas a la isla de Juan Fernández, la creación de un tribunal de purificación o de infidencia que redujo a todos los criollos a la condición de sospechosos, y las bárbaras matanzas que por mano de la fuerza militar se cometieron en las prisiones públicas, acabaron por atraer sobre Osorio todos

los odios de los oprimidos y esquilmados. De la miseria y de la desesperación surgió una nueva pasión popular, presursora de una insurrección, que sólo necesitaba un punto de apoyo, una simple esperanza para producirse.

El profundo malestar general se agravaba por las formas odiosas, brutales o degradantes de que se revestía el sistema terrorista de los conquistadores, dividiendo la sociedad en vencidos y vencedores, en amos y esclavos. Los americanos fueron reducidos a la clase de raza inferior sin derechos ni garantías. Los españoles europeos volvieron a constituir una clase privilegiada; sólo ellos ocupaban los empleos y eran los únicos que podían llevar armas, y su palabra la única que hacía fe en los juicios. Todos los habitantes fueron sometidos a un insoportable régimen claustral: nadie podía moverse de su domicilio seis leguas a la redonda, y esto con permiso de la autoridad que vendía licencias, y a las nueve de la noche todo vecino debía permanecer encerrado en su casa. Hasta las diversiones de la plebe fueron prohibidas "por ruidosas". Una lúgubre tristeza reinaba por todas partes, incubando pasiones rencorosas, que tenían sus estallidos intermitentes. Los conflictos entre la tropa y los rotos — que constituyen la masa del pueblo chileno —, eran frecuentes. El batallón de Talavera, primer cuerpo peninsular que había tomado parte de la guerra de Chile, reclutado entre la peor gente de la metrópoli, era el que más se señalaba por sus brutalidades, y el que concentraban todos los odios populares. Por su calidad de españoles, todos los excesos les eran permitidos, y robaban, mataban y violaban mujeres, seguros de la impunidad, y exigían de la plebe que les tributase sumiso acatamiento, usando de un lenguaje insultante y soez. De aquí provenían riñas sangrientas y represalias entre los Talaveras y los rotos. Estos mataban sin piedad a todo Talavera que encontraban aislado, y cuando los peninsulares, para defenderse, adoptaron la táctica de no salir de su cuartel sino en grupos armados, éstos mismos eran atacados por la multitud a los gritos de "¡Viva la Panchita!" con que designaban la patria. Este era el grito de guerra de un robusto sentimiento plebeyo de nacionalidad que se despertaba en la masa de la población, y que la misma represión contribuía a fomentar.

Estas causas de descontento general se complicaban con las que trabajaban los elementos que constituían el nervio de la misma opresión. Los veteranos chilenos, que a las órdenes de Sánchez habían permanecido fieles a la causa del Rey, sosteniendo a Chillán, y servido de núcleo y punto de apoyo a las invasiones de Pareja, de Gainza de Osorio, eran a la vez mirados en menos. No sólo no habían sido confirmados los jefes y oficiales en sus grados bien adquiridos, ni reconocídose las pensiones a las viudas e inválidos, sino que ellos mismos estaban reducidos a la mezquina condición

de tropas allegadizas hasta en las retribuciones pecuniarias, de manera que, un alférez peninsular o del virreinato de Lima, gozaba de más consideración que ellos y percibía un sueldo igual al de un coronel de las tropas nativas. De este modo, se destemplaban a sí mismas las armas vencedoras de la revolución chilena.

II

Considerado bajo su aspecto puramente militar, la situación de los realistas en Chile era más ventajosa. A principios de 1815, Osorio se hallaba al frente de 5.000 hombres de tropas organizadas, bien armadas y equipadas, y ensoberbecidas por la victoria. Sus instrucciones le trazaban un atrevido plan de campaña, cual era, atravesar los Andes con 2.000 infantes, 1.000 jinetes y 200 artilleros con piezas de montaña, franqueando los boquetes del sur tan luego como se hallase pacificado el país, a fin de hostilizar a Cuyo y Córdoba, e interceptar la comunicación mediterránea de los ejércitos argentinos, poniéndose al efecto de acuerdo con el general Pezuela que amenazaba la frontera norte de las Provincias Unidas por el Alto Perú. Estas mismas instrucciones había recibido Gainza al emprender la segunda invasión. Era una idea fija en el virrey Abascal, y él fue el primero que concibió en grande escala, la posibilidad militar del paso de los Andes en el sentido inverso en que lo ejecutó San Martín. La originalidad del pensamiento por parte del general argentino, consiste, precisamente, en esto como plan defensivo y ofensivo a la vez. Antes de él habían atravesado la cordillera, los primeros conquistadores chilenos, y posteriormente los voluntarios chilenos y argentinos que recíprocamente se prestaron el auxilio de sus armas; pero jamás había sido concebida e intentada como una gran operación de guerra defensiva, con proyecciones continentales. Por eso son memorables los pasos de los Andes realizados por San Martín y Bolívar, como en los Alpes lo son únicamente los de Aníbal y Napoleón. No es que el número de soldados ni la grandeza de los pueblos en lucha determinase su importancia, sino sus móviles y sus consecuencias. Las grandes ideas y propósitos trascendentales, nacían en Sud América de la inmensa extensión territorial del teatro de la guerra, y no estaban en relación ni con la población ni con la fuerza armada. Era el desarrollo libre del genio espontáneo de nuevas nacionalidades en fermentación, una civilización en germen que se dilataba y se abría paso a través de los grandes obstáculos de la naturaleza, para llevar a través de vastos espacios por medio de las armas, como la semilla en alas de los vientos tempestuosos, el germen fecundo que debía desparramarse por todo un mundo republicano. En esta pugna, debía prevalecer la ley de la vitalidad y triunfar el más apto y mejor preparado para la lucha.

No era Osorio el hombre indicado para llevar a cabo esta empresa por parte de los realistas, ni para luchar con San Martín, aun con fuerzas superiores, en astucia o habilidad táctica o estratégica. Tímido en la guerra, sin ideas militares, inclinado al quietismo por temperamento, su acción estaba paralizada además por dificultades superiores a su débil voluntad. Ya al tiempo de realizar su invasión al territorio chileno, hubo de desistir de la empresa por órdenes terminantes del virrey del Perú que le prevenían retrogradar con sus tropas a fin de acudir en auxilio del ejército de Pezuela, a la sazón amargado a su espalda por la revolución del Cuzco, de que hemos hecho mención antes, y por el ejército argentino del Norte que amenazaba invadir de nuevo el Alto Perú. Una junta de guerra, tenida en vísperas de atravesar el Cachapoal, lo compelió a desobedecer la orden de Abascal, y a esto se debió el éxito de Rancagua. Idénticas exigencias lo asediaban después de su victoria. La revolución del Cuzco se prolongaba, el ejército argentino a órdenes del general Rondeau, aun no había sido batido en Sipe-Sipe, y ocupaba tres de las provincias del país invadido. En tales circunstancias el virrey instaba con urgencia a Osorio, a fin de que se desprendiese de algunas de sus divisiones con destino al Alto Perú, quedándose con las tropas necesarias para mantener la quietud del país. Vése aquí cómo, en las revoluciones lo mismo que en la naturaleza, no hay fuerza perdida, y que, hasta las mismas insurrecciones que fueron sofocadas y las derrotas fatales, concurrían a debilitar y paralizar la acción reaccionaria, mientras se organizaban fuerzas más poderosas en otros puntos, señalando por la dolorosa experiencia el camino de la victoria final.

Mientras tanto, San Martín apenas había tenido tiempo de poner en estado de defensa a Cuyo. El batallón en esqueleto de los Auxiliares de Las Heras remontando con algunos reclutas y las milicias de la provincia, era toda la tropa con que contaba. Además, la primavera, al derretir las nieves de la cordillera, que eran sus trincheras en invierno (noviembre de 1314), iba a dejarlo a merced del enemigo. En tal apuro, se despojó de la piel del león vistiendo la del zorro, y con autorización del gobierno, abrió comunicaciones pacíficas con el general español, para "tratar por medios prudentes de evitar la efusión de sangre y procurar el restablecimiento de las relaciones de comercio interrumpidas", invitándolo a nombrar comisionados por una y otra parte. A esta abertura de paz circunspecta, iba adjunto un pliego del gobierno argentino en el mismo sentido. Osorio contestó, entre irresoluto y altanero, que jefe de las armas victoriosas del soberano de ambos mundos, desearía poder acceder a las proposiciones que se le hacían: pero que "el árbol y la gorra de la libertad" que sombreaba el oficio que se le dirigía —aludía al sello de las Provincias Unidas—, le hacía dudar de los sentimientos pacíficos que se le manifestaban, terminando por

establecer como condición preliminar a todo "el solemne nuevo reconocimiento y jura de Fernando VII". El general patriota, sin darse por entendido del tono ni de la intimación, contestó dando las gracias por el decoroso trato dado a su parlamentario, y refirióse en lo demás a la decisión de su gobierno, insinuando, que abrigaba "las más lisonjeras esperanzas de que todo concluyera en armonía". Esta diversión diplomática, surtió su efecto. Osorio, obedeciendo a su tendencia natural, se dejó adormecer con la perspectiva de la paz, perdió un tiempo precioso, y apremiado al fin por el Virrey, hubo de desprenderse de 1.500 hombres que envió de refuerzo al ejército del Perú. Desde entonces, sin medios ni resolución para invadir (abril de 1815), empezó a temer seriamente ser a su vez invadido, alarmado por las voces que mañosamente propalaba San Martín por medio de los agentes secretos que mantenía en el territorio chileno. Para precaverse de este peligro, ordenó un alistamiento general de las milicias del país, cubrió con guardias los pasos precisos de la cordillera, creó nuevos cuerpos de tropa y se redujo a una estricta defensiva. El astuto gobernador de Cuyo, a la vez que así engañaba a su competidor, exageraba ante su gobierno las fuerzas enemigas y sus temores de ser invadido, a fin de obtener refuerzos. Antes de finalizar el año, hablaba decididamente de invadir, y escribía confidencialmente: "Buenas noticias de Chile: Osorio teme ser invadido, y en los pueblos y campañas se conoce una fermentación tremenda."

Por este mismo tiempo (diciembre de 1815), el vencedor de Rancagua fue relevado en su mando de la capitanía general de Chile, que desempeñaba interinamente, por el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, general de papel, en cuya alma pusilánime San Martín inocularía el pavor, sugiriendo a su pobre espíritu todos los errores que debía cometer para realizar el plan de atravesar la cordillera y reconquistar el territorio chileno.

III

Los trabajos de San Martín no se habían limitado a meros aparatos bélicos y maniobras diplomáticas. Mientras formaba un verdadero pie de ejército regular, organizaba en vasta escala "la guerra de zapa", como él la llamaba, que supo combinar con sus trabajos políticos y militares preparatorios de la campaña que meditaba y con sus maniobras estratégicas ulteriores. Este es uno de los episodios secretos más interesantes de su vida, y que muestra hasta qué grado era inagotable su ingenio en todo género de estratagemas, y con qué consumada habilidad sabía manejar los resortes de la complicada máquina de un mando en jefe en el orden militar. Algunos escritores, guiándose por informaciones verbales, han dado noticia

de los diversos medios de que en aquella época se valió para rodearse de misterio como en Tucumán, propalar voces falsas, establecer el espionaje en el campo enemigo y tener siempre un ardid pronto para conjurar un peligro u obtener una ventaja; pero son los papeles de su archivo los que iluminan con pruebas escritas esta página curiosa, y hacen ver que era él solo quien daba las instrucciones y mantenía la correspondencia reservada con sus agentes y con el gobierno; quien llevaba la contabilidad de los gastos secretos de que rendía estricta cuenta en la misma forma, forjaba las cartas destinadas a caer en poder del enemigo para engañarlo, valiéndose a veces de sus mismos agentes para hacerles creer lo que convenía que supiesen. Los documentos existentes en los archivos públicos prueban el hecho extraordinario en la historia de que a esta "guerra de zapa" tan hábilmente conducida por un solo hombre, debióse la insurrección latente del pueblo chileno que precedió al paso de los Andes y aseguró de antemano el éxito de la reconquista de Chile. Difícilmente se encontrará en la vida de los grandes capitanes una lección más llena de enseñanza sobre este complicado y original género de hostilidades.

Su primer ensayo fue el de un maestro en el arte de engañar a su enemigo. Aprovechándose de sus ruidosas desavenencias con Carrera y sus parciales, se entendió con algunos emigrados chilenos a fin de que manifestasen deseos de regresar a su país, quejosos de la miseria y de las persecuciones de que eran víctimas. El gobernador, manifestándose muy irritado, los confinó a la ciudad de San Luis bajo la vigilancia de la policía. Entre las fingidas víctimas de la tiranía, contábase el oficial don Pedro Aldunate, cuyos padecimientos llegaron a oídos de Osorio, y encontraron eco en la misma *Gaceta* del Rey, que era su órgano oficial. En seguida desterró "por perjudicial" al mayor chileno don Pedro A. de la Fuente. Pocos días después, este último fugaba, y pasaba la cordillera y era activamente perseguido por el camino opuesto al que había llevado, mientras presentaba al general español su orden de destierro como certificado que lo abonaba, lo que no impidió fuese reducido a prisión como sospechoso. A la fuga de La Fuente, siguióse la de Aldunate, quien recomendado por las aparentes persecuciones que había sufrido, fue benévolamente recibido, y obtuvo que se pusiese en libertad al compañero de infortunio que le había precedido. Fueron éstos los dos primeros agentes secretos de los patriotas que se introdujeron en Chile para preparar su reconquista. A ellos siguieron el mayor Diego Guzmán y el teniente Ramón Picarte bajo el mismo pretexto, con instrucciones, para "promover la insurrección en el país", y aun cuando fueron detenidos al principio, llenaron cumplidamente su comisión, dejando bien establecido el servicio de espionaje.

A este golpe tan hábilmente dirigido, se siguió otro más a fondo, constituyendo al mismo general enemigo en corresponsal suyo,

como más tarde lo haría con Marcó con mejores resultados: "Deseoso de saber —dice él mismo—, el verdadero estado de Chile, medité entablar comunicaciones con el mismo general Osorio, valiéndome para conseguirlo, participarle algunas noticias relativas, bajo la firma de un europeo español bien conocido por enemigo de la sagrada causa de nuestra regeneración, que obtuve por la contestación de un oficio que pasé a éste." Osorio cayó en la trampa, y contestó al supuesto corresponsal una carta de su puño y letra, en que con palabras veladas hacía referencia a las proposiciones de arreglo con que San Martín lo había halagado, manifestándose esperanzado, aunque lleno de incertidumbre. San Martín, comentando esta respuesta, sin atribuirle mayor importancia, se dio por satisfecho, pues con su penetración comprendió por esta simple muestra, como él mismo lo dice, que su contendor "demostraba o su ineptitud o su impotencia", en lo que no se equivocaba. Del mismo conductor de la misiva de Osorio se sirvió más tarde para continuar la correspondencia por otros medios.

Osorio, por su parte, intentó establecer un sistema de espionaje, a fin de cerciorarse de lo que realmente pasaba en Mendoza, respecto de cuyo estado hallábase completamente a oscuras, sin más noticias que las que le transmitía un astuto contendor, las cuales eran insuficientes, aunque halagüeñas. Al efecto, despachó como espía un fraile franciscano, llamado Fr. Bernardo García; pero antes de que se moviese de Santiago, ya San Martín tenía conocimiento de su venida por uno de sus agentes en Chile. Al llegar al fuerte de San Carlos sobre la frontera sur, fue aprehendido, y previa causa que se le siguió fue sentenciado a muerte con arreglo a los bandos vigentes respecto de todos los que sirviesen de intermediarios a comunicaciones con el enemigo. En vano el emisario de Osorio protestó que venía huyendo de las persecuciones de los realistas: el gobernador tenía la evidencia de lo contrario, y le dio el término de veinticuatro horas para prepararse a morir. No obstante estos terribles bandos —que nunca aplicó, "por política", según él—, repugnábanle los escarmientos innecesarios, y prefería utilizar a los delincuentes, que era lo que se proponía en estos casos. Ante la amenaza del suplicio, el fraile espía entregó las comunicaciones de que era portador, y que traía cosidas en el forro de su capilla. Esto agregaba un hilo más a su complicada trama.

Las cartas de Osorio eran dirigidas a cuatro españoles, confinados en Cuyo, conocidos por la exaltación de sus opiniones realistas. San Martín los llamó uno por uno, y mostrándoles las cartas acusadoras, les notificó que su conductor iba a ser pasado por las armas, como lo serían ellos, si no guardaban el más profundo secreto. Los hombres salieron aterrados. En seguida se ocupó el mismo en redactar las contestaciones, comunicando a su enemigo todas

las patrañas que le convenían en estilo apropiado, que hizo copiar por mano de un niño con letra contrahecha, las que fueron firmadas por los corresponsales señalados por el mismo Osorio, bajo la misma amenaza de inviolable sigilo. Estas misivas las llevaban espías dobles bien aleccionados, quienes las entregaban en Chile, eran bien recompensados y regresaban con las contestaciones del enemigo y las noticias de los amigos. De este modo tenía San Martín un triple juego de espías, además de los numerosos agentes secretos que había esparcido al occidente de la cordillera, quienes le comunicaban las más minuciosas noticias de todo lo que pasaba en Chile y de las fuerzas y planes del enemigo, a la vez que propagaban por todo el país conquistado el descontento y el espíritu de insurrección.

Habiendo sido aprehendidos algunos espías más de Osorio —todos los cuales fueron perdonados de la pena de muerte, y utilizados como Fr. García—, San Martín discurrió, en su fecunda inventiva, que era indispensable una contramina, en su "guerra de zapa", y con la penetración que lo distinguía para discernir las cualidades de cada hombre según sus planes, fióse en un vecino respetable de Mendoza, llamado don Pedro Vargas, hombre silencioso, a quien se tenía por indiferente, y le impuso hacerse godo acérrimo. Vargas aceptó el sacrificio. Encarcelado, engrillado, confinado sucesivamente a San Juan y San Luis, condenado a pagar fuertes contribuciones, pasó por una víctima de la causa realista entre los españoles. Así, por medio de Vargas, San Martín estaba seguro de sorprender toda comunicación directa, y valiéndose de los datos que él le suministraba, arreglaba las noticias que en nombre de los supuestos partidarios dirigía al general de Chile. La fortaleza de alma de Vargas fue tan grande en su papel abnegado de doble espía, que a nadie reveló su secreto, ni aun ante la amenaza de divorcio con su mujer, que era una patriota decidida.

Cuando Osorio fue reemplazado en el mando por Marcó del Pont, se preparaba San Martín a hacerse corresponsal del nuevo gobernante de Chile. Había conocido a éste en España en la guerra jocoseria de 1801 entre el Portugal y la España, de que hemos hecho mención antes, y sabía que era un carácter puerilmente irritable, que debía sus grados al favor cortesano, tan lleno de una necia suficiencia y tan desprovisto de inteligencia y de valor como de criterio. En consecuencia cambió su combinación. Al tiempo de la caída de la revolución chilena, hizo internar en San Luis a todos los españoles que se hallaban en Mendoza, a fin de que no pudiesen comunicar noticias. Entre éstos, contábase un español respetable y acaudalado, llamado Felipe Castillo Albo, conocido por su fidelidad al Rey, que en la época de Carrera había sido desterrado a Cuyo. Por artimañas que puso en juego, lo mandó regresar a Mendoza,

y allí hizo que se intimara con Vargas, y le hiciese confidencia de sus asuntos personales, estableciéndose con tal motivo entre ambos una correspondencia de esquelas, que venían a parar a manos de San Martín. Este recortaba cuidadosamente las firmas autógrafas de Castillo de Albo, y cuando hubo reunido unas cuantas, tuvo preparada su carta para jugar la nueva partida de zapa, engañando a su enemigo con la verdad misma; mostrar los naipes que le convenían y sugerirle los que debía jugar en consecuencia. Al efecto, redactó el mismo cartas dirigidas a Marcó, comunicándole malas noticias que podían halagarle y datos más o menos exactos, que despachaba por medio de un emisario suyo, provisto de una firma volante del supuesto corresponsal, previendo que se valía de esta precaución y no escribía de su puño y letra por temor de que cayera en poder de los satélites de San Martín. Para colmo de burla, agregaba que "su triste situación y la de la señora en cuya casa se alojaba no le permitían gratificar al conductor, y rogaba se hiciese en Santiago de Chile", recomendando "no se le permitiera hablar con persona alguna, pues de lo contrario peligraba su vida".

Grande fue el contento que experimentó Marcó al recibo de las fingidas comunicaciones de Castillo de Albo, cuya conocida fidelidad y respetable firma bastaron para que el nuevo presidente de Chile cayese en esta nueva trampa, más inocentemente aun que su antecesor. A los pocos días, San Martín sabía por sus corresponsales, que su doble espía había sido perfectamente recibido y gratificado, y que se paseaba en libertad por las calles de Santiago, lo que le bastaba para comprender que sus epístolas habían producido el efecto calculado. Estos misiles al parecer perdidos, tenían un largo alcance. Ellos apuntaban a la reconquista futura de que su objetivo de invasión era el sur de Chile. Así, entre las noticias que comunicaba, decía, que se habían despachado durante la noche en esa dirección, destacamentos a la cordillera y numerosas cargas de cajones cuyo contenido se ignoraba, y señalando hasta la época precisa en que realmente se verificó la invasión un año después, pero en rumbo opuesto. Son dignas de reproducirse las palabras con que trataba de engañar a la vez que traducían con verdad sus más recónditos propósitos. "La desesperación que acompaña a estas gentes, y por otra parte, el carácter arrojado de este jefe, les hace hacer esfuerzos que no están en la esfera de sus fuerzas. Invadidos por una formidable expedición portuguesa, retirado el que llama ejército del Perú a Tucumán, no les queda, según ellos, otro arbitrio que el de tentar la empresa de Chile, y de hecho van a ella, no tanto confiados en sus tristes fuerzas cuanto en la disposición de los chilenos a favor de la revolución." Desde este día, Marcó fue un títere manejado por los hilos secretos de las variadas combinaciones de San Martín, que las adaptaba según las circunstan-

cias, respondiendo a propósitos ulteriores. Pero estos trabajos subterráneos no eran sino simples ramales del gran trabajo de zapa que simultáneamente había extendido por todo el territorio chileno, minando los cimientos del poder español a fin de preparar una revolución que recibiese la invasión libertadora que meditaba.

IV

El servicio de emisarios secretos llegó a asumir las vastas proporciones de una conjuración, cuyo secreto era guardado por todos. Los emisarios patriotas recorrían el territorio y predisponían los ánimos contra los realistas, anunciando que un poderoso ejército se formaba al oriente de los Andes para libertar pronto a Chile; recogían datos sobre las fuerzas realistas, sus posiciones, sus movimientos, y hasta sobre los uniformes y divisas de su cuerpo para el caso de una batalla, con arreglo a instrucciones que respondían a un preconcebido plan ofensivo. Todo el país, moralmente insurreccionado, esperaba ver de un momento a otro a sus libertadores trasmontar la cordillera, pronto a unírseles con armas y caballos. El nombre de San Martín era popular en todo Chile, y bastaba sólo presentar su firma o pronunciar su nombre, para que los agentes obtuviesen todos los auxilios que necesitaban. El servicio estaba metódicamente organizado: tenía su estado mayor en la capital, donde había sobornado a un escribiente de la secretaría del mismo Marcó, y cada agente tenía su distrito señalado, entendiéndose todos directamente con San Martín. A toda hora del día y de la noche, los chasquis encontraban caballos prontos en las postas establecidas, los que tenían su palabra de orden, sus itinerarios y sus escondites, y puntos de reunión de antemano determinados, vigilándose recíprocamente. Esta insurrección latente, llegó también a tener sus mártires y hasta su ejército regular de operaciones.

Los principales emisarios, además de los ya nombrados, que desempeñaban el papel de verdaderos agentes de revolución y respondían con sus informes a la elaboración del plan de campaña de San Martín, auxiliados por los espías subalternos, eran patriotas chilenos probados y animosos, que cooperaban conscientemente a la idea de la reconquista de su país, afilando numerosos voluntarios con quienes mantenían activas correspondencias en todas las provincias. Uno de los más inteligentes, era don Juan Pablo Ramírez, que residía en Santiago, el cual llegó hasta penetrar el plan de defensa de los realistas, señalando de antemano la cuesta de Chacabuco, como punto estratégico. Don Antonio Merino era otro: hombre activo y resuelto, con extensas relaciones en todo el país. El principal de todos, era un joven abogado, que había sido secretario de Carrera, y que San Martín, con su penetración de los hombres,

se atrajo. Llamábase Manuel Radríguez, joven de alma fogosa, valiente, enérgico, fecundo en recursos, y dotado de las cualidades de un caudillo popular. Recorrió las provincias centrales y las ciudades como mensajero de revuelta, comprometió en ella a los principales hacendados, organizó partidas de guerrilleros, atravesó varias veces los Andes, y a riesgo de su vida se mantuvo más de un año en el país, burlando las activas persecuciones de Marcó, que lo sentía por todas partes, sin que nadie traicionase su presencia, no obstante ser conocido por casi todo el pueblo. Este fue jefe de la insurrección popular que precedió a la reconquista de Chile.

El general de los Andes tenía ya trazado el itinerario de sus marchas de invasión, no sólo en su cabeza, sino en planos que había hecho confeccionar secretamente, según los reconocimientos de los pasos de la cordillera; pero necesitaba organizar la insurrección iniciada en el punto preciso donde meditaba dar el golpe de muerte al enemigo, que era la provincia de Aconcagua, y donde, según uno de sus agentes, concentraba éste sus tropas con intento de defenderse (en Chacabuco). Al efecto, tomó informes de los emigrados chilenos residentes en Mendoza, y uno de ellos se ofreció a ser portador de las comunicaciones dirigidas a varios patriotas de aquel distrito, bien conceptuados en él. Llamábase Manuel Navarro, quien se abocó con el vecino de Putaendo José Salinas, el maestro de escuela de Quillota, y Juan José Traslaviña de San Felipe, los tres, hombres capaces de tomar las armas y morir por su causa como lo probaron. La credencial que presentó el comisionado fue una carta autógrafa de San Martín, en que decía: "El dador de ésta se enterará a Vdes. de mis deseos en la Viña del Señor. Espero, y Vdes. no lo duden, que recogeremos el fruto; pero para esto se hace necesario tener buenos peones para la vendimia. No reparen en gastos para tal cosecha." Los nuevos trabajadores no vacilaron un instante en ponerse a la obra. Asociáronse al efecto con un vecino de su temple, llamado Ramón Aréstegui, y un joven Ventura Lagunas, de 17 años, y dieron principio a sus trabajos contrayendo relaciones con un sargento de la guarnición de San Felipe, con objeto de seducir algunos soldados que los ayudasen y proporcionarse armas de que carecían. Descubiertos, desgraciadamente, en sus manejos, Aréstegui fugó, pero Traslaviña, Hernández y Salinas fueron aprisionados, precipitadamente juzgados, sentenciados a muerte, y suspendidos en la horca (5 de diciembre de 1816), para escarmiento de rebeldes. Al joven Lagunas, por sus pocos años, le fue conmutada en diez años de presidio, después de presenciar el suplicio de sus compañeros.

Esta ejecución no intimidó a los patriotas. En la misma noche uno de los agentes secretos ponía en el buzón del correo varios paquetes de proclamas de San Martín, que ya circulaban por todo el país, y que eran dirigidas a los allegados de Marcó. En ellas anunciaba el general de los Andes, que el ejército de su mando estaba

en disposición de abrir la campaña para dar libertad a Chile, y pedía su concurso a los hombres de buena voluntad que gemían bajo el despotismo. Marcó, lleno de pavores al sentir la fermentación que se propagaba por todos los ámbitos del territorio, sin atinar con los medios de sofocarla, cometió la torpeza de publicar esas proclamas, que alentando las esperanzas de los oprimidos, dieron nuevos bríos a la insurrección que ya había estallado parcialmente.

El presidente de Chile, cruel como todos los tímidos con poder, había colmado el sufrimiento de los chilenos con su tiranía, y no contaba para sostenerla ni con la opinión del pueblo ni con la confianza de sus propios subordinados, que lo reconocían incapaz para defender el reino. Los bandos por él expedidos, forman el código más bárbaro que haya regido a una sociedad civilizada. Las ciudades eran cárceles, y las casas eran calabozos: nadie podía moverse de ellas. Las menores contravenciones, tenían pena de azotes, y los jefes de partidas sueltas estaban autorizados hasta para fusilar a los trasgresores sin más trámite que la formación de un sumario y dar cuenta. Era crimen reunirse dos personas o embozarse en la manta o capa. Un "Tribunal de vigilancia y seguridad", con facultades extraordinarias y formas inquisitoriales, funcionaba en permanencia, acogiendo en secreto todas las delaciones que se le dirigían, y verbalmente pronunciaba sus sentencias, con la sola limitación de consultar al presidente las penas de expatriación, pérdida de miembros o muerte. El cerro de Santa Lucía había sido convertido en una Bastilla, con dos castillos artillados, que hizo levantar con el dinero y las manos de los mismos oprimidos, declarando públicamente que era para enfrenarlos. El ejecutor de todas estas iniquidades era un fraile apóstata, llamado San Bruno, señalado por su valor en el sitio de Zaragoza, que había sido el perpetrador de las matanzas en las prisiones durante el gobierno de Osorio, y que poseído de un odio feroz contra los americanos, llevaba sus persecuciones hasta el fanatismo, con las formas más degradantes. Para colmo de humillación, los nativos reducidos a la condición de esclavos conquistados, eran obligados a asistir de gala y a caballo en las procesiones triunfales de los españoles, pero sin espada o con las pistolas vacías, bajo pena de multa y destierro. La vida se había hecho insoportable a los chilenos, y la miseria, resultado del bárbaro sistema financiero, de exacciones fiscales y pillaje de la soldadesca sin freno, colmaba la desesperación. Cualquiera que viniese sería el salvador. Así, Marcó, con su política torpe exagerando el sistema de persecuciones de Osorio, llegó a hacerse más odioso y más despreciable que él, y contribuyó a despertar el patriotismo adormecido, por los mismos excesos con que pretendía matarlo.

V

El levantamiento parcial había mientras tanto estallado en las provincias centrales. Rodríguez, hombre de más corazón que cabeza, lo anticipó, y en su patriotismo exaltado, había asociado a su empresa a un famoso salteador de caminos llamado Neyra, que no podía sino deshonrarla, con poco provecho para ella. Con estos elementos heterogéneos, organizó tres fuertes partidas, que levantaron el estandarte de la insurrección entre Maipo y el Maule, apoderándose de poblaciones importantes como Melipilla, San Fernando y Curicó, y adelantaron las correrías hasta inmediaciones de la capital. El capitán general, viose obligado a distraer una parte respetable de sus tropas para perseguirlo; pero las guerrillas se le escapaban entre las manos, y no obstante las bárbaras ejecuciones de que eran víctimas los campesinos, ningún hombre del pueblo traicionaba el secreto de los insurrectos, a los que proporcionaban albergue y todo género de auxilios.

San Martín, que sabía aprovecharse hasta de los contratiempos para hacerlos servir a sus planes según las circunstancias, escribió a Rodríguez cartas duplicadas, con el objeto de que unas cayeran en poder del enemigo y las otras fueran directamente a llevar su desaprobación al caudillo de la insurrección chilena. Al despacharlo, reservó su verdadero plan, y le había persuadido de que su itinerario de invasión sería hacia el sur de Santiago, precisamente en las provincias en que el atrevido guerrillero operaba. Las cartas estaban concebidas en el sentido de engañar a su enemigo a la vez que a los emisarios, llamando la atención de uno y otro hacia el sur y distraerla del verdadero objetivo. En la primera decíale (2 de octubre de 1816), que inmediatamente de recibirla le reuniesen mil caballos arreglados en tropillas en las inmediaciones de Quechereguas, e hiciese una gran recogida de ganados para mediados de diciembre, y los tuviese metidos en las quebradas de la cordillera, previniendo a los amigos de San Fernando, Talca y Chillán, a fin de que se le reunieran luego que él invadiese por esa parte en la fecha indicada, y señalaba a Concepción como objetivo militar. En la segunda (16 de diciembre de 1816), le decía: "Son Vdes. los chilenos unos hombres que no sé a qué clase corresponden: el carácter de Vdes, es el más incomprensible que he conocido. Todo lo quieren saber y nada alcanzan. ¡Porra que ya me tienen aburrido! ¿A qué diablos y con qué objeto, han empezado Vdes. a poner el sur en movimiento? No les tengo dicho repetidas veces que se mantengan en la concha hasta mi arribo ¿a qué empezar a despertar al hombre, y con qué objeto? Yo no encuentro otro objetivo que trastornar todo. ¿Se han creído Vdes. que Neyra (que no pue-

de hacer sino desopinar la causa y retraer a los hombres de influencia), había de conquistar a Chile? Ningún hombre sensato deseará estar bajo la férula de un salteador. Sí, mi amigo, si Vd. y los demás no hubiesen promovido semejante disparate el hombre no hubiera enviado fuerzas al sur. ¿Cómo se reúne ahora la caballada de que tanto necesitamos en el sur? Vaya que son Vds. dignos de que Marcó les ponga el pie en el pescuezo eternamente. En fin, vamos, si es posible, a remediar lo hecho. Dígame qué fuerzas han salido para el sur, qué puntos ocupan, qué fortificaciones han hecho, qué caminos cubren, y si los han cortado: esto debe venir muy especificado." Terminaba: "Hasta la llegada del Mesías, cada uno debe meterse en su tinaja: éste es el único medio de tranquilizar al hombre y que deje el campo libre. Siga la guerra de zapa; ésta, y no los disparates que Vdes. han hecho, nos tienen que salvar. Los duplicados de estas cartas cayeron en manos de Marcó, a quien indirectamente iban dirigidas, y éste, no dudó desde aquel momento que la invasión se dirigía al sur; así, en vez de recoger las fuerzas que tenía sobre las guerrillas escurridizas de Rodríguez, las reforzó, debilitándose en su reserva y descuidó el norte. El objeto de San Martín estaba llenado. La guerra de zapa en Chile le aseguraba la victoria en el campo de batalla.

VI

A la vez que así se preparaba el terreno para la reconquista de Chile, promoviendo su insurrección latente, el mar Pacífico era teatro de extraordinarias operaciones navales que se ligan indirectamente con la guerra de zapa de San Martín, y que se relacionan con esta historia, por cuanto fueron precursoras de las que más tarde y en más vasta escala se desenvolvieron en sus aguas, con arreglo a los planes que en aquellos momentos se elaboraban misteriosamente en Mendoza.

Al finalizar el año de 1815, el gobierno, que participaba hasta cierto punto de las ideas de San Martín, pero simplemente en el sentido de promover una insurrección en Chile y apoyarla según las circunstancias, en vista de las buenas disposiciones del país, pensó que una expedición naval llenaría este objeto, concurriendo al mismo tiempo a preparar la expedición definitiva que propiciaba, pero que no tenía por entonces medios de llevar a cabo. Con tal propósito, celebró un convenio con el comodoro Guillermo Brown —el vencedor de las escuadras españolas en el Plata, que había forzado en 1814 las puertas de Montevideo—, a fin de dirigir un crucero con alguna gente de desembarco, sobre las costas del Pacífico y especialmente sobre las del sur de Chile. Brown, cuya alma heroica se destemplaba en el ocio, viendo visiones que llegaban hasta pertur-

bar su juicio, se puso con entusiasmo a la obra, anheloso de gloriosas aventuras a la vez de ganancias. Habíale tocado en premio de sus recientes servicios, el bergantín *Hércules* de 20 cañones, en cuyos mástiles enarbolaba su enseña en los combates de aquella época que han inmortalizado su nombre. El gobierno le cedió el bergantín *Trinidad*, de 16 cañones, cuyo mando tomó su cuñado Walter Davis Chitty, montando el *Hércules*, su hermano Miguel Brown, ambos arrojados marinos. Sobre esta base organizóse la escuadrilla expedicionaria, que fue armada y tripulada por el gobierno, a que se dio patente de corso, con la condición de que las presas que hicieran fuesen vendidas en Buenos Aires y sus productos líquidos divididos en nueve partes, de las cuales una era para el Estado, dos para el comodoro y el resto para los oficiales y la tripulación.

A esta fuerza naval, adjuntóse una segunda división de dos buques, mandados por el capitán Hipólito Buchardo, el mismo que en San Lorenzo militando en Granaderos a caballo a órdenes de San Martín, había arrebatado la bandera española, trofeo de aquella jornada. Componíala el bergantín *Halcón*, que él montó en persona como segundo jefe de la expedición, y el queche *Uribe*, armado por el ardiente tribuno del mismo nombre, que había sido colega de Carrera, en la última junta del gobierno revolucionario y buscaba el camino de la patria al través de los mares. La guarnición del *Halcón* era casi en su totalidad compuesta de chilenos emigrados y de argentinos voluntarios reclutados en los tercios cívicos de Buenos Aires, y el jefe de armas del buque era el entonces capitán Ramón Freyre, tan célebre después en la historia de su patria y a quien hemos visto figurar en las campañas de la primera revolución chilena. El *Uribe* era equipado por cuenta de su armador y tripulado exclusivamente por chilenos. El *Hércules*, la *Trinidad* y el *Halcón* izaron banderas argentinas, pero el queche enarboló bandera negra en señal de guerra a muerte como en Rancagua.

El 15 de octubre (1816) zarpó del puerto de Buenos Aires la primera división a órdenes de Brown, siguiéndole muy luego la de Buchardo, con instrucciones reservadas que sólo debían abrir al doblar el cabo de Santa María. En ella se les designaba el plan de señales para comunicarse entre sí y comunicar con las costas, caso de estar ocupadas éstas por fuerzas patriotas, y se les adjuntaba una proclama impresa en gran número de ejemplares por vía de credencial, en la que se estimulaba a los chilenos a sublevarse contra sus opresores en nombre de sus derechos, del ejemplo de Bruto y de las cenizas de Caupolicán y Lautaro, anunciando a la vez la próxima invasión de un ejército argentino al través de las cordilleras. "Yo me dispongo también — decía el Director Alvarez que la firmaba —, a vengar ya vuestra patria. He remitido fuertes destacamentos al sur de los Andes. Las tropas aguerridas del Río de la Plata se

preparan a abrir la campaña. El pabellón nacional tremola en vuestros mares y la marina del Estado hará sentir a los tiranos el poder de la libertad. Si a la vista de estos esfuerzos os mostraseis poco sensibles, seréis justamente execrados por las generaciones venideras; pero si trabajáis de acuerdo en salvar vuestra patria, la opresión actual del reino de Chile será considerada como un golpe de las vicisitudes de la guerra, y el triunfo de la independencia hará opulento y feliz vuestro suelo."

San Martín para distraer la atención de Marcó, de Mendoza durante el verano (diciembre 1815 y enero 1816), mientras él se reforzaba, hizo llegar a su noticia que una poderosa escuadra argentina con numerosas fuerzas iba a doblar el Cabo de Hornos en dirección a las costas de Chile. Al mismo tiempo, unos campesinos despachados por él, cruzaban los Andes por Putaendo y declaraban según sus instrucciones, que un ejército de cuatro a siete mil hombres se preparaban en Mendoza para invadir el oeste de la cordillera en el verano. El capitán general de Chile, lleno de temores a la idea de ser atacado por mar y por tierra, dictó las más desatinadas medidas en consecuencia, diseminando sus fuerzas y pidió auxilios navales al virrey del Perú, con lo que dio desde entonces la medida de su ineptitud militar. Pero la flotilla independiente no debía tocar en las costas que se le señalaban como principal objetivo.

Al doblar el Cabo de Hornos, El *Hércules*, sorprendido por una tempestad frente a la isla Madre de Dios, tuvo que refugiarse en el Estrecho de Magallanes, donde fue arrojado sobre las rocas, salvando del naufragio con rumbo abierto. El *Trinidad*, que había sufrido mayores averías, siguió el mismo rumbo, y ambos un tanto reparados, llegaron a la árida isla de Mocha en el Mar del Sur, famosa en los anales de la navegación, donde se le reunió el *Halcón*. El queche *Uribe* había naufragado con toda su tripulación a la altura del Cabo, pereciendo su armador y comandante. Los dos jefes del crucero se dirigieron por distintos caminos con rumbo al Callao, y allí volvieron a reunirse, estableciendo el bloque del primer puerto militar de los españoles en el Pacífico. En esta ocasión apresaron y tomaron al abordaje dos fragatas con valiosos cargamentos, una de las cuales, *La Consecuencia*, procedente de la Península, llevaba a su bordo al gobernador de Guayaquil, el brigadier Juan Manuel Mendiburo, nombrado por el Rey. La escuadrilla independiente, reforzada con *La Consecuencia*, armada inmediatamente en guerra, penetró resueltamente a la bahía (21 de enero de 1816) con grandes banderas argentinas, que afirmaron con una salva, obligando a todos los buques españoles a refugiarse bajo los fuegos de los castillos, uno de los cuales echó a pique de un cañonazo; pero en tan desigual combate, hubo de desistir de la empresa de apoderarse de ellos. En la noche del 22 el intrépido comodoro atacó nuevamente

con cinco botes armados la flotilla de cañoneras de los realistas bajo los fuegos de las baterías de tierra, y abordó una lancha encadenada a un buque de mayor porte guarnecido con infantería, que se defendió valientemente, siendo al fin rechazado. Aunque estas dos temerarias tentativas no tuvieron éxito, llenaron de asombro al enemigo, causándole algunas pérdidas, y Brown sufrió por su parte la de treinta hombres entre muertos y heridos.

Los corsarios mantuvieron por tres semanas el bloqueo del Callao, haciendo patente la impotencia naval de la España en aquellos mares, y a mediados de febrero se presentaron ante Guayaquil, el primer astillero del Pacífico. Defendía la entrada del puerto en la boca de su ría, una fortaleza denomidada la Punta de Piedras, con doce piezas de a 18 y 24, la que fue cañoneada desde el mar, mientras la guarnición de argentinos del *Halcón*, bajo el mando de Freyre, efectuaba un desembarco y la tomaba por asalto a la bayoneta; en cuya ocasión, el cabo del primer tercio de Patricios, natural de Buenos Aires, Juan Lafaye, fue el primero que escaló la muralla y se apoderó de la bandera que flotaba en lo alto de ella. En seguida, el comodoro penetró resueltamente a la ría con el *Trinidad*, donde izó su gallardete, acompañado de una goleta apresada que guarneció con gente de desembarco, y apagó los fuegos de la primera batería de la ciudad, artillada con cuatro cañones de bronce, de los que se apoderó la tropa de la goleta. No satisfecho con esto, siguió ría adentro, hasta enfrentar el castillo de San Carlos, que defendía la aduana con cuatro piezas de a 24, empeñando un nuevo combate a medio tiro de fusil. Desgraciadamente, una recia ráfaga del norte que coincidió con la bajante de la marea, arrebató al *Trinidad*, que fue a varar cerca de la playa, con su puente cubierto de muertos y heridos. Abordado por una columna de infantería hubo de arriar su bandera para salvar la vida de sus últimos tripulantes. El comodoro, que se había echado al agua, para ganar a nado la goleta, viendo que la matanza de los rendidos continuaba, subió desnudo por babor, mientras los españoles abordaban por estribor, tomó una espada en la mano y una mecha encendida en la otra, y descendiendo a la santa bárbara, amenazó hacer volar a todos si no se respetaban las leyes de la guerra. Esta actitud heroica impuso a los vencedores, y Brown, desnudo como estaba, como un Neptuno envuelto por la bandera argentina, la bandera de su bergantín, fue conducido a tierra prisionero, después de dar a él y sus compañeros todas las garantías que exigió.

Malogrado el ataque de Brown, el capitán Buchardo con el resto de los buques del crucero, intentó apoderarse de una batería situada 800 metros abajo del fuerte de San Carlos, con el objeto de rescatar al comodoro y los prisioneros del *Trinidad*, pero hubo de desistir de su intento por la resistencia que encontró. Empero, el

pavor que habían producido estos sucesivos ataques en la población era tal, que el gobernador de la playa propuso un canje de prisioneros, lo que fue aceptado, entregándose recíprocamente los del *Trinidad* y de *La Consecuencia*, incluso el comodoro Brown y el gobernador de Guayaquil Mendiburo. La escuadrilla expedicionaria compuesta del *Hércules*, el *Halcón* y *La Consecuencia*, a la que se había agregado la goleta apresada, dio la vuelta río afuera con el propósito de continuar su campaña; pero una vez en alta mar, estalló la enemistad latente entre Brown y Buchardo. Estos dos héroes aventureros, que no obstante juzgar el uno al otro dignos de ser ahorcados en una verga, se admiraban como guerreros, se apoyaban en el peligro y se auxiliaban en los contrastes, convinieron por fin en separarse de común acuerdo, repartiéndose el botín del corso, que era el motivo de la división. Así se efectuó, tocando en suerte a Brown el *Halcón* y a Buchardo *La Consecuencia*, con la que regresó este último a Buenos Aires. El comodoro por su parte continuó en crucero, y se dirigió al puerto de Buenaventura en la costa de Nueva Granada, a donde llegó en circunstancias que su capital, la ciudad de Santa Fe y la inmediata provincia de Chocó era ocupada por los realistas, lo que le obligó a darse nuevamente a la vela, y doblar de regreso el Cabo de Hornos.

Así terminó este memorable crucero, que en medio de sus triunfos y reveses, mantuvo bien puesto el honor de la bandera argentina, a cuya sombra debían fundarse más tarde tres repúblicas independientes en las costas del Pacífico que recorrió, contribuyendo indirectamente a preparar la reconquista de Chile, por cuanto alarmó a las autoridades realistas de Chile, Perú y Nueva Granada, las obligó a emplear estérilmente sus recursos en el equipo de naves de guerra, y distrajo la atención de Marcó del punto que quería perder de vista, que era Mendoza, ganándose el verano que se necesitaba para llevar a buen término la gran empresa del paso de los Andes, según los cálculos del general que la preparaba. El gobierno se había exagerado la importancia militar y política del crucero, llegando a pensar, que él por sí solo y sobre la base de la guerra de zapa organizada, bastaría para promover una insurrección popular en Chile, según se ha visto por la proclama de que era portador, y así, al tiempo de zarpar la expedición del puerto de Buenos Aires (9 de octubre de 1815), escribía a San Martín: "Si los cuatro corsarios que deben dar la vela hacia el mar del sur, descubriesen un flanco en el país, para abrir otras operaciones de mayor importancia, debe aprovecharse el momento favorable." A lo que el general replicaba, que "para que una fuerza marítima produjese su efecto en una invasión, debía componerse de buques de guerra del Estado, bajo la inmediata dirección del jefe que la mandase, y no de corsarios, cuyo objeto es sólo apresar buques, como lo probaba el hecho de no ha-

ber aparecido los de la expedición en las costas de Chile." Empero, si este crucero se hubiese emprendido simultáneamente con una expedición terrestre, habría producido otros resultados, supliendo la falta de una escuadra de guerra como complemento necesario del plan; pero anticpada y desligada como fué, no dió, aparte de sus ventajas indirectas apuntadas, sino un laurel estéril y el desperdicio de fuerzas que pudieron en su oportunidad utilizarse mejor.

Capítulo XI

LA IDEA DEL PASO DE LOS ANDES

1815-1816

Filiación histórica del plan de la reconquista de Chile y de sus consecuencias. — Antecedentes sobre el particular. — Plan de Carrera para rescatar a Chile. — Notable informe de San Martín en 1815 sobre la reconquista de Chile. — Plan de invasión de O'Higgins. — Desconfianzas de San Martín. — Renuncia el mando militar. — Se conviene en general en la idea de la reconquista de Chile. — San Martín pide instrucciones políticas y militares para el caso eventual de apoderarse de Chile. — Plan político y militar acordado en consecuencia. — Derrota de Sipe-Sipe. — Los Cabildos de Cuyo representan sobre la conveniencia y necesidad de la reconquista de Chile. — Negativa del gobierno. San Martín provoca al enemigo a invadir a Cuyo para reconquistar a Chile. — Plan inconsistente del gobierno para invadir parcialmente a Chile. — San Martín desenvuelve su plan de una invasión general. — El gobierno coincide en ideas con él. — Sorpresa de Huncalito. — Balcarce sucede en el Directorio a Alvarez. — El nuevo gobierno favorece el plan de San Martín. — Refuerzos a Cuyo y pedidos de San Martín. — Se reorganiza la Logia de Lautaro que concurre al plan de San Martín. — Correspondencia confidencial de San Martín con Guido y Godoy Cruz sobre la idea del paso de los Andes. — San Martín rehusa el mando del ejército del Perú. — Ideas militares de San Martín en esta época. — La necesidad impone la idea de San Martín. — Memoria de don Tomás Guido sobre la reconquista de Chile y noticias sobre su autor. — Valor histórico de este documento. — San Martín formula su plan militar ofensivodefensivo de invasión. — El gobierno lo aprueba.

I

Simultáneamente con los trabajos subterráneos rêlatados en el capítulo anterior, seguía San Martín otros igualmente misteriosos, que se relacionaban con su guerra de zapa, pero que tenían por objetivo la verdadera guerra a que más o menos directamente concurrían aquéllos. Nos referimos a la concepción del plan de reconquista de Chile como itinerario militar de la revolución argentina americanizada, cuya filiación histórica y desarrollo general puede comprobarse con documentos auténticos así oficiales como confidenciales, que nos dan la génesis de la idea.

Es un hecho establecido con pruebas irrecusables que desde 1814 San Martín había comprendido que los Andes y el Pacífico eran el camino de la guerra argentina y de la revolución americana, y que esta idea, que en él era una visión clara y una convicción profunda, lo llevó a Cuyo con el propósito preconcebido de formar allí un ejército para sostener y rescatar a Chile, a fin de dominar el mar del sur y libertar el Bajo Perú (véase capítulo VI). Después de la caída de la revolución chilena, los emigrados de ultracordillera refugiados en Mendoza, abrigaban el natural anhelo de libertar su patria de la esclavitud, y sus principales caudillos buscaban los medios para realizar esta empresa, pero vagamente, sin plan fijo, sin horizonte dilatado, y con objetivos puramente chilenos. San Martín tenía una idea clara y consciente, tenía un plan producto de la observación; pero lo guardaba como un secreto en su cabeza, comprendiendo que iba contra la corriente general de los sucesos y de la opinión militar, y que no sería aceptado por el gobierno mientras estuviese empeñado en la campaña del Alto Perú, que tan desastrosamente terminó en Sipe-Sipe. Sin embargo, a veces lo dejaba escapar. Así al depositar en las arcas públicas de Mendoza los valores fiscales traídos por Carrera de Chile (octubre de 1814), declaraba oficialmente que era con el objeto de hacerlos servir más tarde en beneficio de ese país. Poco después, consultado por las autoridades chilenas que habían quedado en el Huasco sin plegarse a los realistas (noviembre en 1814), contestóles: "Las tropas existen en esta provincia, para tratar, con los auxilios que han salido de la capital de Buenos Aires, de la reconquista de esa preciosa parte de la América, con los emigrados chilenos y respetable guarnición de ese pueblo. Ahora, conviene, que hasta tanto se les dé el competente aviso, no hagan más guerra que la defensiva. Pero si llegase el caso que no puedan contener al enemigo, será su primer objeto el tomar y asegurar algunos de los boquetes de esa parte de los Andes, fortificándose en él, y retirando a esta lado armas, municiones, dinero y cuanto pueda ser útil a la reconquista ya expresada." Respondiendo siempre a su plan, organizó la provincia de Cuyo como queda relatado, en el sentido de prepararla para sostener un ejército, que empezó a formar desde entonces y simultáneamente fomentó la guerra que él llamaba de zapa en el mismo Chile, a fin de promover la insurrección que debía preceder a la invasión. Después de la caída de Alvear, sintiéndose apoyado por el nuevo gobierno, abrióse con el Director Alvarez Thomas; pero el estado anárquico en que el país se encontraba no permitió atender su proyecto, a pesar de que fue bien acogido y aun llegó a formularse un plan de campaña.

Don José Miguel Carrera, que soñaba siempre con la idea de recuperar el poder perdido, a la vez que de libertar a su patria, presentó por este tiempo al Director Alvarez un memorial sobre la

reconquista de Chile, que más que un plan militar era el bosquejo de una aventura descabellada. Partiendo de la base moral de que el pueblo chileno estaba exaperado por el odio a sus opresores, y que era fácil introducir el espíritu de oposición en el país, solicitaba protección para armar 500 soldados chilenos, y un auxilio de 1.000 fusiles, a fin de apoderarse de Coquimbo durante el invierno, y levantar allí un ejército, contando con que la mayor parte de las fuerzas de Osorio se pasarían a sus banderas. Sometida esta idea a San Martín, manifestó que estaba habilitado para responder con perfecto conocimiento. "Apenas encargado del mando de la provincia de Cuyo —dice—, cuando sucedió la pérdida de Chile, y desde entonces una de mis continuas meditaciones ha sido este país." Después de analizar el plan inconsistente de Carrera, demostrar que era irrealizable, y que aun realizado, tal esfuerzo parcial no daría por resultado sino gastos inútiles que "debían emplearse en la expedición efectiva que se hiciera para la total reconquista de Chile", concluía formulando categóricamente y en términos concretos, el problema militar de la revolución argentina: "Chile —decía— debe ser reconquistado: limítrofe a nosotros, no debe vivir un enemigo dueño despótico de aquel país, envidiable por su situación. Es de necesidad esta reconquista; pero para ello se necesitan 3.500 a 4.000 brazos fuertes y disciplinados, único medio de cubrirnos de gloria y dar la libertad a aquel Estado." La primera y la última palabra sobre la cuestión estaba pronunciada. En delante, todos los planes girarían alrededor de esta fórmula matemática: renuncia a todo esfuerzo parcial, por ineficaz: expedición formal para la total reconquista de Chile, y 4.000 veteranos para llevar la empresa a término glorioso.

Casi simultáneamente con Carrera, ocupábase O'Higgins de exponer sus ideas sobre una invasión al territorio chileno, en una extensa y difusa memoria, la que, según su mismo entusiasta biógrafo "constituye la prueba más evidente de ausencia de sentido práctico y escasez de dotes militares." A la inversa de la liviana improvisación de Carrera, es el fruto de las meditaciones teóricas de un hombre bastante ilustrado, pero sin el talento práctico de la aplicación en el orden militar. Partiendo de la base numérica de San Martín de que el ejército argentino se compusiera de 4.000 hombres —a que él agrega 2.000 más para la ejecución de su plan—, figura el teatro de la guerra como un vasto cuadrilongo, cuya capital es el centro y el objetivo, y divide las fuerzas de manera de atacarlo por los cuatro costados, hasta aislar y vencer al enemigo en el punto céntrico. Era el programa de una derrota segura; precisamente todo lo contrario de lo que debía hacerse y meditaba San Martín, que era hacer que el enemigo cometiese la misma falta de dispersarse por todos los ángulos del territorio, y atacarlo él con las mayores fuerzas reunidas en el punto estratégico que diese desde luego el dominio central.

II

Era San Martín de un carácter huraño y desconfiado, y sabedor de los malos juicios que de él hacían los políticos de influjo, estaba predispuesto a considerar su persona como un obstáculo a la realización de sus planes. Poseído de esta preocupación, propuso que se dividiese el mando político y militar de Cuyo, y se encomendara éste "al jefe que se considerase conveniente por el bien que debía refluir a la causa", prometiendo continuar en la intendencia de la provincia para dar una prueba de su amor a la patria. El gobierno, comprendiendo la causa oculta que le movía a dar este paso, contestóle que "sus servicios eran más que nunca necesarios, y no dudaba que el deseo de gloria a que lo llamaban sus conocimientos y virtudes militares en la próxima primavera, lo haría desistir de su propósito, en el concepto de que, unidos el mando político y militar serán más activas las providencias que medite en defensa del país." Era señalarle a Chile como blanco de sus esfuerzos, y él así debió entenderlo. En consecuencia, pidió que se le proveyese de un botiquín para un ejército de tres a cuatro mil hombres "si había de hacerse la campaña de Chile." la respuesta fue que "luego que se resolviese la expedición se darían las providencias necesarias al efecto."

Halagado por el éxito de su guerra de zapa en Chile, que le prometía la base de un levantamiento general, quiso tentar prudentemente el terreno, y dando por motivo que los excesivos calores que se experimentaban anticiparían la época en que la cordillera quedara abierta, pidió que se le indicara un plan militar y se le diesen instrucciones políticas para el caso hipotético de que por un accidente imprevisto llegase a apoderarse de la capital de Chile, formulando estas preguntas: "¿Cuál debe ser la conducta por que debo guiarme?; ¿cuál el sistema de gobierno que debe establecerse?; ¿ha de ser éste de individuos de aquel territorio?; en el supuesto de que todo chileno esté alistado en uno de los dos partidos en que se divide el país, que es de los Larrain o los Carrera, ¿cuál debe dominar?" Y terminaba: "V. E. tiene a la vista el interés de la comunidad, el de las operaciones del ejército del Perú, el de los elementos que están a mi cargo, el de la situación y fuerza del enemigo y recursos de esta provincia para resolver con conocimiento de todo." La respuesta fue ambigua. A la primera: que la fuerza de su mando había sido calculada tan sólo para la defensiva, a la espera de un resultado en el Alto Perú, pero que si el prospecto de Chile le permitía introducir algunos destacamentos o emprender otra operación de más importancia, aprovechase el momento favorable, dando cuenta antes de empeñarse en ella; si las circunstancias lo

permitían. A la segunda: que si las tropas argentinas de Cuyo llegasen a ocupar a Chile, fijando su nuevo destino, debía preferirse el partido de los Larrain, ya que era preciso que uno de ellos prevaleciese, dejando a la discreción de los chilenos la forma de gobierno, sin promover ni de lejos dependencia alguna de las Provincias Unidas; con la condición de que reconociesen al general de los Andes como jefe del ejército reconquistador, y le prestasen auxilios de todo género, en dinero, reclutas y provisiones a fin de pacificar el reino, autorizándolo finalmente a obrar según las circunstancias.

Mientras estas comunicaciones se cruzaban entre Buenos Aires y los Andes, sucumbía en Sipe-Sipe el ejército argentino del Alto Perú (29 de noviembre de 1815). No quedaba ya a las armas de la revolución más camino abierto que el de Chile, que se imponía por la necesidad. Fue entonces cuando San Martín como un toque de clarín lanzó el famoso brindis (diciembre de 1815) en que anunció públicamente por la primera vez su resolución de atravesar los Andes para llegar a Lima, por el camino de Chile.

III

Considerando San Martín que había llegado el momento de hacer aceptar sus planes, promovió que los Cabildos de Cuyo enviasen un diputado cerca del gobierno general (diciembre de 1815), a fin de solicitar el más pronto envío de tropas para organizar el ejército que debía atravesar los Andes con destino a la reconquista de Chile. Fue nombrado al efecto don Manuel Ignacio Molina, persona caracterizada de Mendoza, tan sagaz como inteligente, y uno de los amigos más decididos del general. Luego que hubo presentado los poderes que lo acreditaban tuvo una entrevista con el Director, y expuso por escrito, en términos un tanto pedantescos, pero llenos de conceptos, que "la expedición a Chile debía fijar la época de la existencia nacional, y que ella sería la ruina de los enemigos de la revolución americana, que consumaría su obra, llevando sus armas triunfales hasta Lima, dominando el Pacífico."

El Director contestó al diputado de Cuyo, por el órgano de don Tomás Guido, que a la sazón dirigía el Ministerio de Guerra, que, aun cuando la idea era plausible, "el gobierno que giraba sus combinaciones en presencia de la situación de la Europa, de las rentas nacionales y de los peligros del Estado, había creído siempre que la expedición a Chile era por entonces inoportuna y peligrosa; pero que, sin embargo, para formar su juicio, había convocado una junta de las autoridades más respetables en el orden civil, político y militar, y que todos unánimemente habían declarado que tal expedición no podía llevarse a cabo sin correr los riesgos de una absoluta

disolución al menor contraste." Molina insistió, poniendo el dilema de la situación: o se hace la expedición a Chile, y la revolución se salva, o no se hace, y entonces la revolución se pierde, porque en el primer caso las ventajas que se obtengan en el Alto Perú serán concurrentes, y en el segundo serían estériles por esa parte. Contestósele con lo resuelto. Comunicado el resultado a San Martín, acusó recibo en términos concisos y secos, diciendo que quedaba impuesto. El Cabildo de Mendoza replicó declinando toda responsabilidad, y protestó con palabras dignas: "Los pueblos que componen la provincia se han sacrificado en la persuasión de que en este verano el enemigo limítrofe sería destruido. Si por un año más sufriesen la guarnición que sostienen, no podrían responder de sí mismos. La municipalidad que ve de cerca tan graves males si se pierde la oportunidad, salva su responsabilidad ante los pueblos, no habiendo sido omisa en representarlos; pero sus vecinos prometen hacer el último sacrificio, aun cuando deploren sus consecuencias." La misión de Molina no fue del todo infructuosa: merced a la persistencia del comisionado y a la influencia de Guido, obtúvose un auxilio mensual de cinco mil pesos para el sostén del ejército de Cuyo.

San Martín se dio por el momento por satisfecho; pero como los contratiempos, así como las derrotas y victorias, eran elementos que adaptaba según las circunstancias a su guerra de zapa y a la prosecución de sus designios, combinando todo con sus planes estratégicos, preparóse a explotar el contraste de Sipe-Sipe ante amigos y enemigos. Al efecto, al comenzar el año de 1816 (7 de enero) esparció la voz de que en virtud de órdenes superiores marchaba con sus tropas a reforzar el derrotado ejército del Norte y públicamente hizo los preparativos de marcha. Esta noticia, y la de que Cuyo quedaba débilmente guarnecido, fue transmitida a Marcó y a sus allegados por medio de cuatro cartas supuestas firmadas por españoles confinados en Mendoza a fin de atraerlo a una invasión. Al dar cuenta de este plan, escribía al gobierno: "Si el enemigo se confía, y viene a buscarnos, en los campos de Mendoza conquistamos a Chile. El lance está echado y es regular que dentro de poco tiempo el enemigo se me venga encima. Es preciso esperarlo prevenido, y aun previsto para un caso de victoria (como lo espero probablemente), y completar el triunfo siguiéndole hasta deshacerlo y apoderarnos del reino." Al efecto pedía se le proveyese de armamento de repuesto y artillería de montaña para el paso de los Andes. El gobierno se apresuró a completarle el número de 600 fusiles y enviarle otros artículos de guerra que solicitaba, aprobando todos sus planes y medidas. En virtud de esta autorización implícita y condicional para invadir, que era lo que él buscaba, pidió pocos días después se le "indicase la conducta que debía observar para la ofensiva en el caso que el enemigo no pasase los Andes, como lo había provocado." El enemigo no cayó en la celada, pero el general de los Andes que-

dó autorizado para tomar la ofensiva y provisto de mayores elementos para adelantar su empresa.

El nuevo gobierno no había entrado todavía de lleno en el plan de San Martín, y aun cuando se inclinaba a la expedición de Chile, no tenía idea fija al respecto; pero en vista de los datos que el general le transmitía sobre el estado del país de ultracordillera, propúsole (el 15 de febrero de 1816), que ejecutara con 500 hombres una expedición parcial a fin de ocupar Coquimbo durante el invierno, mientras se abría la campaña formal. Era la reproducción del descabellado proyecto de Carrera en el año anterior, refutado con tan sólidas razones por San Martín, quien las reforzó en esta ocasión trazando por la primera vez a grandes rasgos su gran plan de campaña continental. Después de establecer que aún el paso del material de la cordillera obstruido por las nieves era imposible, y que la expedición debía perecer necesariamente al intentarlo, demostraba que aun cuando pudiese verificarlo, ella no podría sostenerse en Coquimbo durante el invierno sin el apoyo de una fuerza marítima, y que, por lo tanto, el resultado sería o una derrota segura o una retirada vergonzosa, que llevaría el desaliento al país que se trataba de libertar, y que por la parte del sur era más imposible aún; pero que, si a pesar de todo lo expuesto, el gobierno persistía en su resolución, podía nombrar el jefe que hubiese de ejecutarla, declinando él por su parte toda responsabilidad. En seguida desenvolvía "con la franqueza —dice— de un hombre pronto a sacrificarse por la gloria de su patria" su gran plan de campaña.

He aquí en resumen ese plan, formulado con el aplomo y la claridad de vistas del que lo ha meditado maduramente (29 de febrero de 1816): "Chile —decía— por su mayor población respecto a otros países de América, por la índole y valentía de sus habitantes, por su feracidad y riquezas, principalmente por su posición geográfica, es el pueblo, que regido por una mano diestra está llamado a fijar la suerte de la revolución americana, y siendo además su litoral marítimo, es de capital interés ocuparlo para abrirse el camino del Pacífico y buscar al enemigo por él." Partiendo de esta base, agregaba: "Lograda esta grande empresa, el Perú será libre. Desde allí irán con mejor éxito las legiones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá. Para este logro despleguemos de una vez nuestros recursos. Todo esfuerzo parcial es perdido decididamente. La toma de Chile debe prevenirse con toda probabilidad. Ella exige una fuerza imponente que nos dé su completa posesión en el espacio de tres o cuatro meses. De otro modo el enemigo nos disputa el terreno palmo a palmo. Chile naturalmente es un castillo." Pasando luego a los medios de ejecución establece que "debe pasarse la cordillera en octubre con 4.000 hombres, entre ellos 700 de caballería, sobre la base de los 2.000 hombres con los que él contaba en Mendoza. llevando 3.000 fusiles y 800 sables de repuesto con cuatro piezas de cam-

paña de a 4 para formar un nuevo ejército en el país reconquistado." Como recursos, solicitaba tan sólo sesenta mil pesos, de los cuales se ofrecía hacer concurrir con la mitad a la provincia de Cuyo. Como complemento del plan, una flotilla de buques de guerra a órdenes del jefe de la expedición debía zarpar de las costas argentinas y bloquear las de Chile, para cortar la retirada a los enemigos e impedir que extrajesen los caudales. Por lo pronto pedía catorce mil pesos para adelantar las relaciones secretas. "Promoviendo desde ahora estos preparativos —dice por último— para que nada falte en el momento preciso de la marcha, yo por mi parte protesto activar cuanto alcancen mis recursos. Este es mi dictamen. Dígnese V. E. impartirme su superior resolución."

El gobierno quedó aturdido ante esta explosión de una idea, que anonadaba su proyecto, y que no era sino la condensación de las ideas y planes manifestados o aconsejados por San Martín desde 1814 y fragmentariamente comunicados en diversas ocasiones. Su contestación revela su sorpresa y sus vacilaciones. De acuerdo con San Martín en no intentar ningún movimiento parcial, y en que la campaña general debía verificarse en el siguiente octubre, le declaraba que no podía suministrarle los catorce mil pesos que pedía para las relaciones secretas, pero que se le enviarían después los auxilios que necesitaba, terminando por decirle que aprobaba su idea de formar cuadros para la organización del futuro ejército chileno, y que mientras tanto procurase mantener vivo el espíritu de insurrección de ultracordillera contra los realistas.

Como complemento de su plan, San Martín propuso al gobierno, que para completar las fuerzas de 700 a 800 hombres de caballería de que necesitaba para expedicionar sobre Chile, se reconcentraran en Mendoza los escuadrones dispersos del regimiento de Granaderos a caballo, explanando sus ideas sobre las operaciones probables al occidente de los Andes. El gobierno, coincidiendo también con sus ideas, así los dispuso (2 de abril de 1816), a fin de "realizar —decía— los planes militares del general San Martín sobre el reino de Chile, cuya restauración debía considerarse como objeto esencial de la obra en que la revolución estaba empeñada."

Para cerciorarse de si estaba expedito el camino central por donde meditaba la invasión y que sus desfiladeros no habían sido fortificados por el enemigo, hizo que la avanzada de Uspallata trasmontase la cumbre de la cordillera y descendiese por su falda occidental hasta encontrar los primeros puestos. La operación fue felizmente ejecutada por el teniente de Granaderos a caballo José Francisco Aldao (10 de marzo de 1816), quien sorprendió la guardia destacada del Juncalito, tomando 17 prisioneros sin encontrar obstáculos en los últimos declives opuestos de la montaña. San Martín guardó para sí las deducciones que debió sacar de este importante dato, y aun las reservó al gobierno, sea para ocultar su verdadero

plan de marcha, sea que éste no estuviese aún bien madurado en todos sus detalles. El hecho es que, diez días después oficiaba (20 de marzo) que la invasión no era posible por los boquetes fronterizos de Mendoza por estar cortados por el camino —cuando le constaba lo contrario—, y manifestando que sólo podría verificarse por los del sur, trazaba un plan de campaña opuesto en un todo a lo que pensaba y debía hacer y a lo que hizo en definitiva. Según él, era necesario describir un ángulo de cuatrocientas leguas, haciendo una doble marcha de flanco y de avance por el oriente y occidente de los Andes, para buscar al enemigo en Santiago, donde según sus noticias preparaba la resistencia, y que mientras tanto se hacía indispensable formar baterías en los pasos de Uspallata, los Patos y el Portillo, a fin de resguardar a Cuyo como base de operaciones. El gobierno proveyó inmediatamente de conformidad, pero esto no tuvo más consecuencia, no obstante que la artillería llegó a Mendoza en oportunidad.

Por este tiempo operóse un cambio en el gobierno. El Director Alvarez había caído y sido substituido por el general don Antonio González Balcarce, el vencedor de Suipacha (16 de abril de 1816), propicio a la expedición de Chile y tal vez por los informes que le transmitiese su hermano don Marcos, decidido partidario de la empresa. Desde entonces, la reconquista de Chile quedó acordada entre el gobierno y San Martín, aunque sin fijar época ni determinar plan, y empezaron a dirigir a Mendoza los elementos de guerra necesarios a fin de remontar el ejército de Cuyo y ponerlo en aptitud de abrir operaciones ofensivas. Sería prolijo enumerar los multiplicados pedidos que el general hizo en el concepto de expedicionar en la próxima primavera, como se verificó: baste decir que solicitó aparejos de mula para atravesar los Andes, tiendas de campaña en previsión de lo lluvioso del país que debía invadirse, herraduras de mula y de caballo según modelo que presentó para preservar las cabalgaduras en el paso de las cordilleras, morrales para la caballería, armamento de repuesto para levantar un segundo ejército chileno, y que a todo se proveyó de conformidad. Con tal motivo San Martín en sus comunicaciones oficiales (mayo 13 y 22 de 1816) anticipaba la promesa: "La necesidad y sumo interés de la expedición a Chile, no puede hacerse ya más evidente: ella ha de ser la obra que corone los triunfos de las Provincias de la Unión, inmortalizando a Buenos Aires por los heroicos esfuerzos con que propende a su realización, y es un deber mío hacer presente cuanto puede asegurar su mejor éxito, protestando por mi parte ser infatigable en cuanto conduzca a objeto tan importantísimo." El grado de evidencia a que había llegado el proyecto de reconquistar a Chile, debióse exclusivamente al mismo San Martín que lo había concebido dos años antes, y sostenídolo, preparando los medios para realizarlo, en lucha con el descreimiento de unos, la mala voluntad de los otros, los erro-

res y preocupaciones de muchos, y las resistencias ciegas de todos, hasta imponerlo en nombre de la necesidad. Nadie había formado hasta entonces un plan en tal sentido, ni determinado con tan claras vistas sus grandes consecuencias americanas. Esto es lo que resulta del examen de los documentos oficiales, que establecen definitivamente la filiación histórica de la idea que ha inmortalizado a su autor, y que según sus palabras proféticas fue la corona de los triunfos de las Provincias Unidas.

IV

En sus comunicaciones con las sociedades secretas que dirigían la política y su correspondencia confidencial con sus amigos, era el general más explícito aún, si no tan concreto, y todas ellas tendían a preparar y acelerar la expedición a Chile como único pensamiento salvador en la peligrosa crisis que en esos momentos atravesaban las Provincias Unidas.

La famosa Logia de Lautaro, fundada por San Martín y Alvear en 1812, y cuya historia hemos hecho ya, convertida en instrumento de la ambición personal de Alvear, y últimamente en camarilla de partido, habíase disuelto de hecho en 1815 con la caída de éste. A principios de 1816, San Martín, comprendiendo que era un medio poderoso de influencia que podía usar para hacer aceptar sus planes militares, púsose en comunicación con el presidente de la Logia matriz de Buenos Aires, cuya dignidad era perpetua y llevaba el título de "marquetero mayor". Usando de la facultad que daba su constitución a todo miembro de la asociación para fundar una sucursal cuando fueran nombrados generales de ejército, o gobernadores, con este triple título organizó la Logia de Mendoza, en la cual ingresaron los principales jefes del ejército, los emigrados chilenos partidarios de O'Higgins, con éste a su cabeza, y los más notables vecinos de Cuyo. Era otra máquina de zapa política, cuya acción empezó muy luego a hacerse sentir en las regiones oficiales. Todos sus corresponsales eran miembros de la Logia, y así, llevando de frente una triple correspondencia reservada con los agentes de Chile, el gobierno y sus amigos íntimos, extendían, por todas partes sus misteriosos ramales subterráneos. Luego le veremos abrir un cuarto ramal para influir sobre las decisiones del Congreso Nacional que iba a reunirse. Estas confidencias tienen un gran valor histórico, y complementan las pruebas que establecen la prioridad de la idea del paso de los Andes en todos sus detalles y consecuencias previstas.

En los primeros días de 1816, escribía a Guido, su más íntimo confidente: "Cuando la expedición a Chile se emprenda, ya será tarde. Estaba bien persuadido que no se haría, sólo porque yo estaba

a su cabeza. ¡Maldita sea mi estrella que no hace sino promover desconfianza! Por eso jamás he abierto parecer sobre ella. ¡Ay amigo! ¡Y qué miserables somos los animales de dos pies y sin plumas!" Insistiendo sobre este tópico, decía pocos días después: "He pedido las cosas de primera necesidad y se me han negado. Lejos de auxiliarme con un solo peso me han sacado 7.000 en dinero; he remitido las alhajas donativas de esta provincia (entre las que fueron las pocas de mi mujer); he tenido que pagar cuarenta mil pesos de las 4.000 mulas remitidas al Perú, cuando mis entradas mensuales era 4.000 pesos, y gasto 20.000 mensualmente; he tenido que crear una maestranza, parque y armería, dos hospitales, una fábrica de pólvora (pues ni aun esto se me ha remitido sino para la sexta parte de mis atenciones); una provisión de víveres, y qué sé yo qué otras cosas, sin incluir 3.000 caballos recolectados, 1.300 mulas y 1.000 recados, y también he tenido que arruinar las fortunas para crear y sostener tantas atenciones. No hablemos de gastos secretos, porque esto es un «mare magnum». A pesar de esto se me ha abandonado y comprometido del modo más inaudito. Yo bien sabía que ínterin estuviese al frente de estas tropas, no solamente no se haría la expedición a Chile, sino que no sería auxiliado, a más, que mis renuncias han sido repetidas, no tanto por mi salud atrasada, cuanto por las razones expuestas. San Martín será siempre un hombre sospechoso en su país."

A medida que transcurren los días, la impaciencia de San Martín aumenta al ver que no se activan los preparativos de la empresa, y mide el tiempo que se requiere para llevarla a cabo, oprimido por la responsabilidad que sobre él pesa: "Veo que la expedición a Chile no se verifica —escribe al mismo Guido—, o por lo menos si se hace, será aventurada como todas nuestras cosas. El gobierno es menester que se persuada, que si espera buen éxito de ella, es necesario no desperdiciar un solo día de este invierno en los aprestos. No se calcula que cada comunicación de ésta a ésa tarda un mes en contestarse, y que en seis comunicaciones no se puede poner uno de acuerdo. Chile necesita esfuerzos y yo veo que las atenciones inmediatas hacen olvidar la ciudadela de la América. Es admirable que desde que permanezco en ésta no se me haya pedido un solo plan ofensivo o defensivo, sin que por incidencia se me haya dicho qué medios son los más conducentes al objeto que se proponga. Esto será increíble en los fastos de todo gobierno y un comprobante de nuestro estado de ignorancia. Repito que la expedición a Chile es más ardua de lo que parece; sólo la marcha es obra de una combinación y reflexión de gran peso. Agruéguese a esto los aprestos, política que es necesario observar tanto allá como acá, y resultará que la cosa es de bulto. Si se quiere tomar a Chile es necesario que todo esté pronto para últimos de setiembre: de lo contrario nada se hace."

Dando vuelo a sus ideas y entrando en los detalles de su plan, apunta a su confidente sus futuras etapas militares y condensa su pensamiento en una protesta heroica, que revela el temple de su alma en aquellos momentos de suprema expectativa. "Si se piensa en Chile es necesario hacerlo pronto." "Somos a mediados de mayo — escribe al mismo —, y nada se piensa; el tiempo pasa, y tal vez se pensará en expedición cuando no haya tiempo. Si se verifica es necesario salga el 1º de noviembre a más tardar, para que todo el reino se conquiste en el verano; de no hacerse así, es necesario prolongar otra campaña, y entonces, el éxito es dudoso. Por otra parte, se pierde el principal proyecto, cual es, a mediados del invierno entrante hacer marchar una expedición marítima sobre Arequipa, dirigirse al Cuzco llevando algún armamento, y hacer caer el coloso de Lima y Pezuela. En el entretanto, el ejército del Perú debe organizarse en Tucumán, tomando una defensiva estricta en Jujuy con 600 ó 700 hombres; auxiliar la insurrección del Perú con algún armamento, y en esta situación estar pronto para obrar de acuerdo con el ejército de desembarco. Hasta ahora yo no he visto más que proyectos en pequeño, excepto el de Montevideo: pensemos en grande, y si la perdemos, sea con honor. Si prolongamos la guerra dos años más, no nos queda otro recurso que hacer la de montonera, y esto sería hacérnosla a nosotros mismos. Aún restan recursos si los empleamos con acierto y resolución, y somos libres."

Las cartas a otro de sus confidentes, que a la sazón había sido nombrado diputado al Congreso por la provincia de Cuyo, esparcen nueva luz sobre este período oscuro de su vida, revelando sus sentimientos más secretos. "Las reflexiones sobre Chile", escribía a Godoy Cruz, "son exactas ¿pero qué emprender con sólo 1.500 veteranos que tengo? No hay duda que están en un pie sobresaliente. Yo pienso aumentarlos con 1.000 hombres más, y creo lo conseguiré en breve."

Informado por su corresponsal de que los diputados nombrados por la capital le eran hostiles, contestábale: "Veo el odio cordial con que me favorecen los diputados de Buenos Aires. La continuación hace maestros, así es que mi corazón se va encalleciendo a los tiros de la maledicencia. Para ser insensible a ella me he aferrado con la sabia máxima de Epicteto «Si se dice mal de ti, y es verdad, corrígete: si es mentira, ríete.» Nada siento, los tiros disparados contra mí, sino que la continuación hace aburrir al hombre más estoico." Y volviendo a su idea fija: "Por lo que veo, Chile no se toma en el año entrante, pues para ello se necesita trabajar en los aprestos todo el invierno y no noto que se dé principio. Puede demostrarse geométricamente, que si Chile existe en poder de los enemigos dos años más, no solamente hace la ruina de estas provincias, sino que jamás se tomará. Por otra parte, los esfuerzos que se hagan en el Perú, serán nulos, pues el enemigo será auxiliado

con víveres y soldados ya formados, de los que cada invierno pueden desprenderse los de Chile de 2.550 hombres, reemplazando esta baja con exceso, y poniéndolos en estado de batirse para el verano siguiente, por la tranquilidad de que disfrutan en el invierno. Lima con este apoyo, será el azote de la libertad, y se sostendrá, o por lo menos formará de Chile la ciudadela de la tiranía, aun en el remoto caso de una revolución, y perpetuando la guerra en nuestro suelo, haciéndola cada día más desastrosa. Si la guerra continúa así dos años más, no tenemos dinero con qué hacerla en orden, y faltando éste, la ruina es segura. Para evitarla, pensemos no en pequeño como hasta aquí, y sí con elevación, y si así perdemos, será con gloria." Esforzando sus consideraciones sobre la empresa que lo ocupa, agrega: "El Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes con Chile. Este país estará enteramente conquistado a fines de abril del año entrante (como lo fue), con 4.000 a 4.600 hombres. Estas tropas deben embarcarse en seguida, y en ocho días desembarcar en Arequipa. Esta provincia (Cuyo) pondrá para fines de agosto 2.600 hombres. Si el resto se facilita, yo respondo a la nación del buen éxito de la empresa. Todo está pronto, menos la gente y artillería necesarias, quiero decir el déficit de 1.600 hombres para completar los 4.000. En conclusión, ínterin que el ejército que debe conquistar a Chile obre, el del Perú se organiza para que, tomando aquel reino, ambos puedan obrar con decisión sobre Lima."

Los dos confidentes, sea que no se hubieran penetrado aún de la eficacia del plan de San Martín o que pensaran como la generalidad que aún podían tentarse nuevos esfuerzos por la frontera terrestre del norte, le proponían se hiciese cargo del mando del ejército del Alto Perú, elevado a una fuerza respetable. El, viéndose mal comprendido y dejándose al parecer arrastrar por la corriente que impulsaba a todos hacia el Perú por el camino mediterráneo del norte, se limitaba a objeciones indirectas: "El proyecto de poner el ejército del Perú en el pie de 6.000 hombres, me parece bien; pero pregunto ¿aun en el caso que se reúna la gente y el dinero, qué tiempo es necesario para ponerlo en estado de batirse? Para la organización de esta fuerza es necesario retirarse a Tucumán, pues en Salta y Jujuy no puede verificarse, donde debe formarse un campo de instrucción. Napoleón que lo mandase, no podría organizar un ejército obrando éste activamente sobre el enemigo. Hasta ahora no se ha conocido en los fastos de la historia, que de reclutas se formen soldados en un ejército de operaciones. El soldado se forma en los cuarteles o campos de instrucción, y luego de ser tales marchan al enemigo. Por lo tanto, soy de parecer que el ejército del Perú debe tomar la defensiva. El enemigo no pasará jamás de Jujuy." En cuanto a tomar el mando que se le brindaba, limitábase a declarar: "Es imposible que me encargue del ejército del Perú, porque perdería el fruto de las relaciones que tengo establecidas

con Chile." Y por conclusión, designaba su candidato: "Para mandar el ejército del Perú, yo me decido por Belgrano, es el más metódico de los que conozco en nuestra América; lleno de integridad y talento natural, no tendrá los conocimientos de un Moreau en punto a milicia, pero es lo mejor que tenemos en la América del Sur."

Un historiador ha analizado con profundidad los momentos desesperados de ciertos grandes hombres, que con una idea dentro de su cerebro y la certidumbre moral de éxito, tocaban con la imposibilidad material de realizarla: como Colón, que por falta de un buque no podía dar un nuevo mundo; como Napoleón, que con la cabeza llena de batallas, no podía ganarlas por falta de un ejército, y con tal motivo se ha dicho que esas pérdidas de la potensia humana en el vacío son irreparables. Tal debió ser el trance por que pasó en aquellos momentos San Martín, al verse solo con la victoria en la mente, con la seguridad de herir mortalmente al poder español en su centro, con la visión clara de dar la libertad a la América del Sur, y no poder realizar nada de esto, por falta de 1.400 soldados y 30.000 pesos, que era todo lo que pedía, mientras se le ofrecían 6.000 soldados y todos los tesoros del país allí donde él veía segura la derrota. Pero la idea estaba madura, y como él mismo lo había dicho (mayo de 1816), "la necesidad la imponía y su conveniencia no podía ser más evidente". Con esta conciencia, San Martín debió encontrar dentro de sí mismo la fuerza para reaccionar, y tuvo la inspiración del momento. Esta fue provocar una conferencia con el nuevo Director Supremo, don Juan Martín de Pueyrredón, que acababa de nombrar el Congreso Nacional a la sazón reunido en Tucumán, siendo aquél su enemigo político, y convencerlo de la eficacia de su plan. Este nuevo trabajo de zapa político-militar sospechado, pero no bien relatado ni comprobado por los historiadores, tendrá su lugar más adelante. Por ahora queda evidenciado con los documentos oficiales y confidenciales exhibidos, que hasta principios de mayo de 1816, él era el único que hubiese abrigado conscientemente la idea de atravesar los Andes para reconquistar a Chile y conquistar al Perú, y pugnado y trabajado sin tregua por ella.

V

La idea estaba madura, "la necesidad la imponía y la conveniencia era evidente", según las palabras de su autor. Lo que al principio había parecido una locura o un sueño, lo que después se inició a medias y sin convicción ni resolución, lo que tres meses antes se declaraba "no podía ni intentarse sin correr los riesgos de una absoluta disolución", lo que en esos mismos momentos era materia de vacilaciones, va a ser la idea salvadora que penetrará

en todas las conciencias, se hará verbo, se convertirá en carne para cambiar los destinos de la revolución argentina americanizándola, y con ellos los de la América del Sur. El primer expositor y propagador de esta grande idea, puede decirse su heraldo, fue don Tomás Guido, a quien hemos nombrado varias veces, y que ésta es la ocasión de hacer conocer, porque ocupará un lugar distinguido en las páginas de este libro, como colaborador en los trabajos de San Martín. Contaba a la sazón 26 años y había sido uno de los agentes activos de la revolución de mayo en 1810. Empleado diplomático en 1811 en Londres, conoció allí a San Martín, y junto con él se afilió en la Logia de Miranda, matriz de la de Lautaro. En 1814, después de los contrastes de Vilcapugio y Ayohuma, volvióse a encontrar con San Martín en Tucumán, desde donde le acompañó hasta Córdoba, estrechándose desde entonces su recíproca amistad. Naturaleza elástica con penetración, talento cultivado, con hábitos metódicos de labor y cualidades insinuantes, había sido el consejero privado de las administraciones que se sucedieron después de la caída de Alvear, y era el que llevaba su correspondencia secreta en asuntos de guerra, a la vez que el confidente y corresponsal de San Martín. Con su clara inteligencia, supo exponer con tanta elegancia como solidez las ideas originales del maestro y deducir todas sus consecuencias lógicas, cautivando y convenciendo. En esto consiste su valor histórico, y no en el de iniciador del pensamiento que se ha pretendido atribuirle, en contradicción con los documentos más solemnes que llevan su firma o le fueron dirigidos a título de funcionario o confidente, antes que él formulase el plan que su verdadero autor desarrollaría después militarmente, y que ejecutaría con la admirable precisión matemática que le ha conquistado el puesto de primer capitán del Nuevo Mundo.

Sea que Guido hubiese coincidido con San Martín desde 1814 —como se ha insinuado vagamente—, en que el Alto Perú no era el camino militar de la revolución, sea que a pesar de sus simpatías no le hubiese sido posible hasta entonces hacer más de lo que había hecho en favor de la idea de la reconquista de Chile, o que difiriese simplemente en cuanto a la oportunidad, que tres meses antes creía no era llegada, aun cuando ésta fuese la misma o peor, el hecho es que en los primeros días del mes de mayo de 1816 confeccionó una memoria, valiéndose de los datos oficiales y confidenciales de que era poseedor. En ella se daba forma ordenada y atractiva a las confidencias y planes fragmentarios de San Martín, y calcando sobre ellos los desarrollos a que se prestaban, esforzábase el razonamiento, hasta demostrar con la lógica de la ciencia y de la experiencia, y con pertinentes datos estadísticos, que el paso de los Andes por el oeste era cuestión de vida o muerte. Fundándose en las mismas premisas, el autor de la memoria llegaba a las mismas conclusiones que el autor del pensamiento inicial. Se-

gún él, "Chile debía ser reconquistado a todo trance", como lo había dicho San Martín en 1815: esta empresa podía ejecutarse con éxito con 4.000 hombres, entre ellos 600 de caballería, y con 30.000 pesos suministrados por el tesoro general, y otros tantos por Cuyo, lo mismo exactamente apuntado por el general: su objetivo debía ser el Perú, tomando por punto de apoyo una fuerza marítima militar, después de formar un segundo ejército en Chile, según los planes y previsiones del maestro: mientras tanto, el ejército del Norte debía mantenerse a la estricta defensiva, siguiendo los prudentes consejos del general, y por último, coincidía como en los números hasta en los términos y las frases retóricas, pues establecía que la invasión debía verificarse en "noviembre", y que Chile, que San Martín había llamado "la ciudadela de la América", era "el baluarte de la independencia". Jamás retrato alguno se pareció más a su original, embelleciéndolo, y en esto consiste precisamente su mérito. El futuro Aníbal americano fundía en bronce el modelo que el artífice bruñía y doraba.

Pero la memoria de Guido, como producto de asimilación y desarrollo teórico de una idea generatriz, no era ni podía ser un plan concreto de campaña, y así se decía en ella: "El camino militar del ejército, el número y calidad de los jefes de división, y el armamento de repuesto, puede calcularse por el plan ofensivo y defensivo que proponga el general." En virtud de esto, y al dar desde luego por convenida la expedición inmediata a Chile, aun antes de esperar la contestación del nuevo Director Supremo recientemente elegido por el Congreso, de quien dependía todo, el Director suplente Balcarce, se dirigió a San Martín (31 de mayo de 1816) pidiéndole un plan ofensivo y defensivo de campaña para operar activamente con 4.000 hombres al occidente de los Andes. El general contestó, que con anterioridad había despachado a su ayudante de campo, el mayor José Antonio Alvarez Condarco, ingeniero de su confianza, con las instrucciones y conocimientos necesarios sobre los elementos que necesitaba para abrir la campaña ofensiva. En cuanto a presentar un plan ofensivo, declaraba serle moralmente imposible detallarlo, ya fuese porque quisiese reservarlo, o porque prudentemente no debía avanzar sino cálculos seguros: "En cinco meses —decía—, el enemigo puede variar su posición actual, aumentar sus fuerzas, reunirlas, diseminarlas, alterar la opinión, desolar unos pueblos, fortificarse en otros, y en fin, tantos aspectos, que sería aventurado hacer desde ahora un análisis de nuestros movimientos. A presencia de todo esto, y demás circunstancias, y por una relación comparativa de nuestras fuerzas, podré dibujar con certidumbre el plan ofensivo que habrá de adoptarse." Prescindiendo, pues, de eventualidades, se contraía "sólo a dar una idea por mayor", según sus palabras. "En el concepto —agregaba—, que la fuerza del enemigo no suba de 4.500 hombres, podemos emprenderla con los 500 menos, cu-

yo déficit compensaría, a lo menos la decisión del paisanaje. Nuestro ingreso por Chile sólo debe ser, o por los Patos, Uspallata o el Planchón. Vencido cualquiera de estos puntos, que distan entre sí más de sesenta leguas, ocupamos desde luego las provincias más fértiles, pobladas y abundantes, cortando por supuesto las fuerzas enemigas, cuya parte débil (que siempre es de presumir quede a los extremos sur o norte del reino) será el primer ensayo de nuestro triunfo, apoderándonos de una vez de la mitad de Chile. Entonces nuestra fuerza reunida debe cargar al grueso del enemigo, hasta deshacerlo y tomar la capital, para huir al gravísimo inconveniente de demorar la guerra." Y terminaba con estas palabras: "V. E. a presencia de lo expuesto, determinará con mejores luces, lo más conveniente y acertado, partiendo, sobre todo, del principio que, del éxito de la expedición a Chile está pendiente el de la libertad de Sud América." Este plan fue matemáticamente ejecutado en todos sus detalles, y así Chile estaba reconquistado desde Mendoza antes de ser invadido por el ejército de los Andes, que todavía era un embrión. El gobierno, después de oír todos los informes que le suministró el comisionado de San Martín, contestóle (1º de julio de 1816) que sería auxiliado con todos los elementos de guerra que solicitaba para llevar a término feliz su empresa, no obstante que una expedición de 8.000 portugueses amenazaba ocupar la Banda Oriental, lo que únicamente retardaría las remesas que exigía el interés público, terminando por conjurarle, "que no omitiese sacrificio para llevar a cabo el importante objeto de la restauración de Chile". La opinión estaba definitivamente formada, las ideas de San Martín triunfaban al fin, y con ellas la causa de la emancipación sudamericana.

Conformes en ideas, y acordados los planes, sólo faltaba montar la máquina de guerra y forjar el arma de combate que debía dar forma práctica a las primeras y llevar a ejecución los segundos. Este será el asunto del capítulo siguiente.

Capítulo XII

EL EJERCITO DE LOS ANDES

1816-1817

La creación del ejército de los Andes. — Su espíritu y sus tendencias. — Su origen y su embrión. — La maestranza y fray Luis Beltrán. — El parque y la armería. — La fábrica de pólvora de Mendoza. — Establecimiento de una fábrica de paños para el ejército. — Arreglo de la administración militar. — El Congreso de Tucumán y San Martín. — Pueyrredón es elegido Director Supremo. — San Martín se entiende directamente con el Director respecto de sus planes. — Pueyrredón se decide por la reconquista de Chile. — Influencia decisiva de San Martín en la dirección de los acontecimientos. — Sinopsis del Congreso de Tucumán. — Tendencias monarquistas. — San Martín promueve la declaratoria de la independencia argentina. — Admirable estratagema de guerra de San Martín. — Conferencia secreta entre Pueyrredón y San Martín en Córdoba y nuevas noticias sobre ella. — Retrato de Pueyrredón. — Ideas monárquicas de Pueyrredón y San Martín. — El plan de la monarquía incásica de Belgrano. — Papel de San Martín en este plan. — Progresos de la razón pública. — Se instruye el ejército de los Andes. — Se refuerza con contingentes de Buenos Aires y los libertos de Cuyo. — Su fuerza y composición esencialmente argentina. — Los cuadros de Chile. — El secretario Zenteno. — El campo de instrucción. — La bandera de los Andes. — La imprenta del ejército.

I

La organización del ejército de los Andes es uno de los hechos más extraordinarios de la historia militar. Fue una verdadera creación, surgida, puede decirse, de la nada; un organismo articulado a que presidió la concepción de una idea sistemática a la manera del hombre estatua de Condillac, cuyos sentidos fueron despertándose gradualmente hasta adquirir la plenitud de su doble vida. Máquina de guerra armada pieza por pieza, todas sus partes componentes respondían a un fin, y su conjunto a un resultado eficiente de antemano calculado. Escuela nueva de táctica de disciplina y de hostilidades ofensivas en vasta escala, el método le da sus reglas y la impulsión heroica su aplicación activa. Arma de combate forjada pacientemente recibió el temple de la victoria, que se gasta por el uso diario o se dobla elásticamente, pero no se quiebra jamás. Agru-

pación de hombres, animada por el soplo poderoso de la revolución argentina, es una colectividad animada de una pasión, una idea, un propósito americano que le da la cohesión necesaria para cumplir la tarea a que estaba destinada. Dotado de órganos complementarios creados simultánea o sucesivamente a medida que las necesidades se hacían sentir, fue un mecanismo perfecto y completo en que todos sus resortes obedecían a la mano del ordenador que lo manejaba. Jamás se combinó más armónicamente el automatismo militar con la espontaneidad humana, para producir el máximum de esfuerzos de la masa, combinando proporcionalmente la fuerza moral y material a fin de que respondiese siempre a sus objetivos políticos y militares y a la misión redentora que le estaba asignada.

Hasta entonces las Provincias Unidas del Río de la Plata sólo habían tenido un ejército nacional, creado según un plan y animado de un espíritu propio con un objetivo determinado: fue éste el ejército auxiliar del Perú, reorganizado por Belgrano, que ha legado una historia, llena de grandes victorias y contrastes, pero que estableció la disciplina como regla y la abnegación como moral, inutilizándose al fin como arma de combate. El ejército de los Andes, a la par que una nueva fuerza aplicada a la guerra ofensiva, que inició por la primera vez en Sud América, fue una expansión dada a la revolución argentina americanizada, que dilató por todo el continente. Y lo singular de tal creación es, que con las largas proyecciones de los grandes conquistadores a través de montañas y mares remotos; con la solidez, la complicación y el ímpetu de los ejércitos invasores, interviniendo en ella la estrategia y la táctica, la fortaleza y la prudencia de los más famosos generales, fue la obra de un general concreto y limitado, más práctico que teórico, más metódico que inspirado, más previsor que audaz, que todo lo basó en el cálculo y nada fio a la fortuna, y que suplió con la observación y la paciencia las dotes del gran capitán y del gran organizador, inventando una máquina adecuada para ejecutar campaña, en que el teatro de guerra era el más vasto continente del orbe, y cada etapa, una cordillera, un mar, una nueva nación.

El origen del ejército de los Andes data de 1814. San Martín, penetrado de que los Andes y el Pacífico eran el camino militar de la revolución, aceptó el gobierno de Cuyo con el objeto declarado de formar allí una fuerte división, a fin de atravesar la cordillera y auxiliar a la insurrección chilena. Vencida ésta, solicitó del gobierno recursos para organizar un cuerpo de tropas, sobre la base de los Auxiliares de Chile mandados por Las Heras, que con la denominación de batallón núm. 11 constituyeron el núcleo del futuro ejército. Elevado este cuerpo a regimiento, empezó a formarse el segundo batallón de San Juan. Siguióse a esto el envío de dos compañías del núm. 8 de Buenos Aires con 4 cañones de batalla, mandados por el mayor don Pedro Regalado de las Plaza, oficial práctico en el

arma y con notables cualidades de organizador. Tal era al finalizar el año 1814 el embrión del famoso ejército de los Andes que debía dar la independencia a la mitad de la América del Sur.

En 1815 solicitó San Martín la concentración en Mendoza de su regimiento de granaderos, y le fueron enviados a órdenes de su coronel Matías Zapiola, el 1º y 2º escuadrón que habían hecho la campaña de la Banda Oriental con armamento y vestuario para 400 hombres. Juntamente con este refuerzo le fueron remitidos cuatro cañones de campaña, 300 fusiles y cantidad de municiones, vestuarios, equipos y pertrechos de guerra, que condujeron gratuitamente los carreros cuyanos que traficaban con el mercado de Buenos Aires, cuyo espíritu patriótico supo despertar San Martín promoviendo entre ellos una suscripción de transportes. En torno de este núcleo de soldados y cosas, organizó las milicias de infantería y caballería de la provincia, así para atender a la defensa de ella cuanto para levantar el padrón de los hombres de armas llevar y remontar con sus conscriptos los cuerpos de línea. En seguida dispuso por un bando, que los habitantes que no se presentaren voluntariamente a servir mientras los españoles ocupasen a Chile, serían sorteados desde la edad de 16 a 50 años, lo que proporcionó un contingente de 400 hombres, suministrando San Luis sus bizarros jinetes y Mendoza y San Juan sus robustos infantes y artilleros. Puso además en práctica el sistema de levas contra los vagos, en lo que fue eficazmente ayudado por La Rosa y Dupuy. Por estos medios, al terminar el año de 1815, el ejército de Cuyo contaba con cerca de 6.000 hombres de las tres armas, entre veteranos y milicianos, medianamente armados, con la dotación de 17 piezas de artillería, animados de un excelente espíritu cívico y guerrero. Sin que lo sospechase todavía nadie, San Martín era el primer potentado de las Provincias Unidas, que tenía su provincia y su ejército en un puño y era dueño de sus voluntades.

II

Queda detallado (cap. IX), cómo San Martín proveyó a la subsistencia de este ejército, por medio de un sistema combinado de auxilios patrióticos, servicios gratuitos, exacciones e impuestos extraordinarios, contribuciones regulares y arbitrios de todo género, que no agotaban la común fuente productiva, estableciendo así un régimen de cooperación económicomilitar, en que unos tenían las armas y otros daban su dinero y su trabajo, y esto, captándose la voluntad de todos, con una mano acerada que así acariciaba como comprimía. Este ejército así organizado y mantenido, necesitaba además de hombres, servicios y dinero, de armas, pólvora, vestuarios, equipos y pertrechos en abundancia, a la vez que administración,

cuidados facultativos y genios adecuados a la obra que el general tenía entre manos. A todo se proveyó y todo lo encontró dentro de los recursos de Cuyo, mereciendo por esto San Martín la denominación de Hermes trigemisto que la historia le ha dado.

La primera creación complementaria fue la maestranza. Faltaba el hombre, y San Martín, con su ojo escudriñador, lo descubrió en el fondo de la celda de una orden mendicante. Llamábase este hombre fray Luis Beltrán, hijo de francés y natural de Mendoza, que tenía a la sazón treinta años, y que muy joven había profesado en el convento franciscano de Santiago de Chile. Al estallar la revolución chilena se apasionó por ella; hizo entonces su aprendizaje de artillero y acompañó a Carrera en sus campañas, prestando servicios profesionales en el sitio de Chillán. Después de Rancagua, regresó a pie a su patria con un saco de herramientas al hombro, que contenía los instrumentos que había inventado o construido por sus manos para elaborar por adivinación los variados productos de su genio. Todo su caudal de ciencia lo había adquirido por sí en sus lecturas o por la observación y la práctica. Así se hizo matemático, físico y químico por intuición; artillero, relojero, pirotécnico, carpintero, arquitecto, herrero, dibujante, cordonero, bordador y médico por la observación y la práctica, siendo entendido en todas las artes manuales, y lo que no sabía lo aprendía con sólo aplicar a ello sus extraordinarias facultades naturales. Unía a esto una constitución vigorosa, un porte marcial, una fisonomía abierta y simpática y una imaginación en que se reflejaba el carácter fogoso de su raza originaria y de su tierra natal. Capellán de uno de los cuerpos del ejército de Cuyo, fue llamado por el general a dirigir el parque y la maestranza, cuya planteación se le encomendó. Al soplo de Padre Beltrán se encendieron las fraguas y se fundieron como cera los metales que modeló en artefactos de guerra. Como un Vulcano vestido de hábitos talares, él forjó las armas de la revolución. En medio del ruido de los martillos que golpeaban sobre siete yunques y de las limas y sierras que chirriaban, dirigiendo a la vez trescientos trabajadores, a cada uno de los cuales enseñaba su oficio, su voz casi se extinguió al esforzarla, y quedó ronco hasta el fin de sus días. Fundió cañones, balas y granadas, empleando el metal de las campanas que descolgaban de las torres por medio de aparatos ingeniosos inventados por él. Construía cureñas, cartuchos, mixtos de guerra, mochilas, caramañolas, monturas y zapatos; forjaba herraduras para las bestias y bayonetas para los soldados; recomponía fusiles y con las manos ennegrecidas por la pólvora dibujaba sobre la pared del taller con el carbón de la fragua las máquinas de su invención con que el ejército de los Andes debía transmontar la cordillera y llevar la libertad a la América. Cuéntase que en una ocasión, después de una larga conferencia secreta con San Martín, poco antes de cruzar los Andes, exclamó: "¡Quiere alas para los cañones! ¡Pues bien! Las ten-

drán." Cierta o no la anécdota, la verdad es que lo hizo como dicen que lo dijo. Fue el Arquímedes del ejército de los Andes. En 1816 colgó sus hábitos y vistió el uniforme de teniente de artillería con el sueldo mensual de 25 pesos.

El parque y la armería fue otra de sus creaciones complementarias, encargando su dirección al mayor De la Plaza y al capitán chileno Picarte por auxiliar. Custodiábanse allí las armas como joyas, y el general llevaba cuenta hasta del último tornillo que entraba o salía de los almacenes. Una vez hizo seguir un expediente por la falta de tres fusiles recompuestos de los cuales no se le había dado conocimiento. En otra ocasión prestó una pistola a un oficial para realizar un viaje hasta Buenos Aires, con cargo de entregarla solemnemente al ministro de la guerra a su llegada, y no cesó de hacer gestiones hasta recobrarla.

A la maestranza, parque y armería siguióse la planteación de un laboratorio de salitres y de una fábrica de pólvora. Encontró el hombre que necesitaba para ello en su ayudante de campo, el mayor José Antonio Alvarez Condarco, tucumano, que había hecho regulares estudios de ingeniería y tenía nociones de física y química. La provincia producía salitre, y la fuerza motriz del agua, aplicada a las máquinas, suplía la carencia de brazos. Este establecimiento, que comenzó por la refinería de los salitres, llegó a producir pólvora de excelente calidad en cantidad suficiente para las necesidades del ejército, con un costo mínimo para el erario.

La tropa estaba casi desnuda y necesitaba vestirse. Para llenar esta necesidad, el general imaginó hacerse fabricante de paños por medio de un ingenioso arbitrio. Pensando que las bayetas o picotes que se tejían en San Luis podían abatanarse consultó el punto con personas idóneas, y diéronle noticias de un emigrado chileno, llamado Dámaso Herrera, tan hábil mecánico práctico como lo era el P. Beltrán, y de un molinero mendocino llamado Tejeda, mecánico también por instinto, que había inventado máquinas y construido por sus propias manos una espineta y meditaba resolver el problema de hacer volar a los hombres. En el molino de trigo de Tejeda, se planteó bajo la dirección de ambos un batán movido por agua, y al cabo de poco tiempo llegó a producir bayetones y pañetes, que se teñían de azul y con los cuales se construyeron los uniformes de las tropas, que las mujeres cosían gratuitamente.

La justicia militar fue organizada: creóse un tribunal de guerra, nombrándose auditor al doctor Vera y Pintado, a quien se ha visto figurar en la revolución de Chile, y redactóse un código de leyes penales con arreglo a la ordenanza vigente pero adaptado a la índole del ejército. El cuerpo médico recibió una organización adecuada a un ejército expedicionario, nombrándose cirujano mayor al doctor Diego Paroissiens, inglés, naturalizado en el país, que poseía extensos conocimientos científicos, y por su segundo al doctor

Zapata. Se estableció la comisaría y se regularizó la contabilidad bajo la dirección de don Juan Gregorio Lemos, llevándose escrupulosamente cuenta y razón de todos los caudales que se giraban, bajo un control que comprendía al mismo general. Esta institución fue planteada de manera de poder darle mayor desarrollo, a fin de convertirla en una verdadera intendencia de ejército, que respondiese a las exigencias de la administración militar de una expedición fuera del territorio.

Todo respondía al plan de guerra ofensiva, conquista y larga permanencia en tierras extrañas y lejanas.

Tal era la composición y la organización, el espíritu, las tendencias y las instituciones complementarias del ejército de Cuyo, base del de los Andes, a principios de mayo de 1816, en que empezó a formalizarse la idea de la reconquista de Chile. Para llevarla a cabo sólo necesitaba San Martín 1.400 hombres más y 30.000 pesos, y éste era todo su conato en esa época; pero fue precisamente entonces cuando llegó a temer que todos sus trabajos se malograran, abandonándose la empresa de Chile por la del Alto Perú, cuya dirección le fue ofrecida y él rehusó, como queda dicho.

III

Hemos dicho antes (cap. X, párrafo III), que en tan crítico momento, San Martín tuvo la inspiración de abocarse con el Director Supremo don Juan Martín de Pueyrredón, nombrado por el Congreso Nacional, a la sazón reunido en Tucumán, a fin de convencerlo de la excelencia de su plan y ponerse de acuerdo con él directamente. Había seguido con viva ansiedad las peripecias que precedieron a la congregación de este cuerpo, a cuya convocatoria concurrió al tiempo de la caída de Alvear y que consideraba la última esperanza de la revolución en el orden político, así como la expedición a Chile, en el orden militar. La provincia de Cuyo estaba representada en él por cuatro de sus hombres más notables y por un personaje destinado a ejercer una influencia decisiva en la empresa que ocupaba al general de los Andes. Habían sido elegidos como diputados por la provincia de San Juan, fray Justo Santa María de Oro, y don Agustín de la Maza, alma angélica el uno, en quien las dotes del corazón y la cabeza se hermanaban, y patriota probado el otro que gozaba de autoridad moral entre sus comprovincianos, y por Mendoza, don Tomás Godoy Cruz, hombre de claro buen sentido, filántropo inteligente, que conocía los hombres y las necesidades prácticas de su época, juntamente con don Francisco Narciso Laprida, bellísimo carácter, que realzaban grandes virtudes cívicas y privadas. El diputado por San Luis era don Juan Martín de Pueyrredón. Para los diputados de San Juan y Mendoza, San Martín

era el oráculo, a cuyas indicaciones reglaban su conducta, así es que éste podía contar con cuatro votos seguros en el Congreso, que se apoyaban en su voz autorizada y en su poder real. Godoy Cruz era amigo íntimo de San Martín y de Pueyrredón, y por su conducto se comunicaba aquél con los cuatro diputados de Cuyo, a la vez que con el nuevo Director, que formaba parte de la diputación cuyana.

"¿Cuándo empiezan Uds. a reunirse? —preguntaba San Martín a Godoy Cruz—. Por lo más sagrado le suplico: hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están a la expectativa, esperando las decisiones de ese Congreso: él sólo puede cortar esas desavenencias que existen en las corporaciones de Buenos Aires." Cinco días después insistía sobre lo mismo: "¿Cuándo se juntan y dan principio a sus sesiones? Yo estoy con el mayor cuidado sobre el resultado del Congreso y con mucho más, si no hay una unión íntima de opinión." Y como su corresponsal le hablase del espíritu federativo que parecía prevalecer entre los congresales, él le contestaba: "Me muero cada vez que oigo hablar de federación. ¿No sería más conveniente trasplantar la capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las provincias? ¡Pero, federación! ¡Y puede verificarse! Si en gobierno constituído y en un país ilustrado, poblado, artista (*sic)*, agricultor y comerciante, se han tocado en la última guerra con los ingleses (hablo de la América del Norte) las dificultades de una federación, ¿qué será de nosotros que carecemos de aquellas ventajas? Si con todas las provincias y sus recursos somos débiles, ¿qué sucederá aislada cada una de ellas? Agréguese a esto la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados de todas ellas, y todo se volverá una leonera, cuyo tercero en discordia será el enemigo." Al anuncio de la inmediata reunión del Congreso, se reanima su esperanza: "Del Congreso esperamos las mejoras que nos son necesarias, y si éste no lo hace, podemos resolvernos a hacer la guerra de gauchos."

Una de las primeras cuestiones que se trató en el Congreso fue la elección del Director del Estado. Al principio algunos se inclinaban a Belgrano; pero luego un grupo considerable se fijó en San Martín. Los diputados de Cuyo declararon decididamente en masa que no le darían sus votos, pues consideraban perjudicial a la provincia y a la causa en general tal elección, lo que valía tanto como significar que el candidato prefería al poder el logro de la empresa para lo cual se reservaba. En consecuencia, fue unánimemente elegido Pueyrredón, Director Supremo, con los votos de que disponía San Martín (mayo 3 de 1816). Esto acercaba a los dos potentados.

A mediados de mayo, San Martín escribió directamente al nuevo Director, encargando a Godoy Cruz que pusiese la comunicación

en sus manos, y le expusiera verbalmente la situación. "Con ésta —le decía—, remito un extraordinario para Pueyrredón. Todo su objeto es tener con él una entrevista para arreglar el plan que debemos seguir. El tiempo es corto. Hay mucho que hacer, y las distancias son largas. En tres correos se pasa el invierno, y hete aquí que llega el verano, nada se hace, los enemigos nos frotan, y la comedia se acaba a capazos. Desengañémonos: ese ejército (el del Perú) necesita por lo menos un año para organizarse, esto es, con todos los esfuerzos del gobierno; de consiguiente, todo este tiempo le damos al enemigo para que nos hostilice y nos acabe. En esta inteligencia, es preciso no dejarlo respirar, y que extendamos nuestras miras a un horizonte más dilatado. Buenos Aires debe ser el centro de los recursos para este ejército (de los Andes). Hay que hacer veinte mil pedidos para el aumento de reclutas que se están reuniendo. Hay que hacerlos al Director que reside en ésa, éste al jefe que está en Buenos aires, el cual duda, y aquí tiene Ud. que en un par de estas contestaciones, el tiempo se pasa y este ejército se disuelve. Necesitamos pensar en grande; si no lo hacemos, nosotros tendremos la culpa. En fin, si me concede el pase, hablaremos. Yo hago estos esfuerzos sólo por el bien general. En todo tiempo me quedará el consuelo de haber obrado bien."

Pueyrredón en aquellos momentos se inclinaba a repetir la invasión del Alto Perú, pero no estaba decidido, formando en previsión un poderoso ejército de 6.000 hombres. La mayoría del Congreso, compuesta de peruanos y provincianos del Norte, a que se agregaban muchos de los diputados de Buenos Aires enemigos de San Martín, lo impulsaban en este sentido, y como se ha visto, hasta Guido y Godoy Cruz le proponían ponerse a la cabeza de esta nueva tentativa, que el general de los Andes consideraba o imposible o funesta.

Ya había impartido Pueyrredón sus órdenes para que se dirigieran a la frontera del norte los refuerzos de tropas que debían aglomerarse en ella según este propósito, cuando recibió la comunicación de San Martín y las explicaciones que le transmitió Godoy Cruz, y reaccionando sobre sí mismo, decidióse sin vacilar por la reconquista de Chile. Inmediatamente contestó a San Martín desde Jujuy: "Mi venida al cuartel general sólo ha tenido por objeto imponerme personalmente del estado y necesidades de este ejército (del Norte), para proveer a los remedios con conocimientos, y afirmar las relaciones de Salta, anteriormente alteradas por una fatalidad. Estoy al término de mi intento, y dentro de ocho días me pondré de regreso en Tucumán y con muy corta detención continuaré hacia la capital: de modo que debo llegar a Córdoba del 10 al 12 de julio. Estoy convencido que es sumamente importante que tengamos una entrevista para arreglar con exactitud el plan de operaciones que sea más adaptable a nuestras circunstancias. Para esto, creo más

conveniente señalar la ciudad de Córdoba. Entretanto, sírvale de gobierno, que he comunicado con esta fecha por punto general al brigadier Balcarce, que hace las veces de delegado mío en Buenos Aires, le preste cuantos auxilios le sean pedidos para el ejército de su mando, y puede por consiguiente, dirigirse a él en lo que sea urgente, sin esperar el resultado de nuestra entrevista." Fue entonces cuando, en virtud de una gravitación natural de la negativa de San Martín de hacerse cargo del ejército del Norte y de sus claras demostraciones en favor de la expedición a Chile, la opinión reaccionó, y cuando don Tomás Guido redactó la Memoria de que nos hemos ocupado antes, que sin duda contribuyó a afirmar más a Pueyrredón en su resolución. Cuando ésta llegó a sus manos, ya estaba decidido, así es que contestó a las reflexiones que le hacía el director Balcarce esforzando las razones de la Memoria, con las mismas palabras que dieciocho días antes había dirigido a San Martín al manifestarse conforme con su plan, sin esperar el resultado de la proyectada entrevista. "De regreso del ejército (Jujuy) recibí en el camino su comunicación del 31 de mayo, en que consulta si suspenderá las medidas iniciadas con objeto de activar los aprestos terrestres y navales para realizar la expedición proyectada contra Chile, y estando yo más que convencido de toda la importancia que ofrece dicha expedición a las seguridades y ventajas del Estado, la he resuelto decididamente." El paso de los Andes estaba resuelto, y la revolución estaba salvada.

Cuando se piensa que sin la persistencia de San Martín en este momento decisivo, la invasión del Alto Perú se hubiera resuelto, perdiéndose miserablemente la revolución por ese camino, al menos por entonces, y se considera además que sólo él podía ejecutar la empresa con seguridad matemática, tal cual la había concebido y lo prometía, cambiando la faz de la guerra americana, se justifica lo dicho antes (capítulo II, párrafo II), que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos de un pueblo fue más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo de sus consecuencias.

IV

No entran en nuestro cuadro los trabajos del Congreso de Tucumán, que hemos historiado en otro libro del punto de vista de la política interna y sólo nos ocuparemos de ellos en sus relaciones con la independencia sudamericana al inaugurar una nueva época, dando la señal de la guerra ofensiva a todo trance y de la propaganda revolucionaria por todo el continente. Esta corporación, que representaba genuinamente una democracia y fundaba una república por el hecho de reunirse en nombre de la soberanía nacional,

no tenía la plena conciencia de su misión, y vacilaba al dictar la única ley para que había sido convocada, por ser la única que los pueblos obedecían, que era la de la independencia. Por una contradicción, que explica el desequilibrio entre las ideas teóricas de gobierno ordenado y centralista de los pensadores, y los instintos populares nativamente republicanos y anárquicos, la mayoría del Congreso era monarquista constitucional, y en este punto coincidía con San Martín y Belgrano, que al frente de los ejércitos de Cuyo y del Norte sostenían sus deliberaciones.

San Martín, aunque republicano por inclinación y por principios, como lo declaraba, no le era antipática la fundación de una monarquía, y desde 1812 había empezado a inclinarse a ella (véase cap. III, párrafo VI) como una solución ya que no como un ideal, por cuanto consideraba difícil, si no imposible, el establecimiento de un régimen democrático: pensaba que faltaban elementos sociales y materiales para consolidar una república con un gobierno consistente, y que con un monarca era más fácil radicar el orden, fundar la independencia, asegurar la libertad y conquistar por el hecho aliados poderosos, neutralizando el antagonismo con el Brasil. Para Belgrano, apasionado por los principios de la Constitución inglesa y fatigado de la anarquía, la monarquía era no sólo un medio de hacer prevalecer la independencia, sino también un fin para fundar un orden de cosas duradero, y hacía propaganda en tal sentido, mientras San Martín guardaba una estricta reserva. En el uno tales ideas eran producto de la reflexión, y en el otro, hijas del sentimiento. Pero como lo hemos observado otra vez, estos dos hombres, que tan mal comprendían entonces las necesidades de su época y tan mal representaban moralmente la opinión dominante del pueblo en cuanto a la forma de gobierno, fueron, empero, las dos robustas columnas en que se apoyó el Congreso de Tucumán, los verdaderos fundadores de la independencia argentina, y los que, con sus victorias anteriores y sus trabajos posteriores, hicieron posible la fundación de la república democrática, y obligaron al mundo a reconocerla como un hecho y un derecho incuestionable.

Una vez constituído el Congreso, empezó a instar San Martín a la par de Belgrano, por la inmediata declaratoria de la independencia nacional, como coronamiento de la revolución americana y punto de partida de la guerra ofensiva a todo trance. "¿Hasta cuándo esperamos para declarar nuestra independencia? —escribía a Godoy Cruz—. ¿No es una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cucarda nacional, y por último, hacerle guerra al soberano de quien se dice dependemos, y no decirlo, cuando no nos falta más que decirlo? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo? Los enemigos (y con mucha razón) nos tratan de insurgentes, puesto que nos reconocemos vasallos. Nadie nos auxiliará en tal situación. Por otra parte, el sistema ganaría un 50 por

ciento con tal paso. Para los hombres de corazón se han hecho las empresas. Si esto no se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo la soberanía, es una usurpación, que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir, al rey de España."

Como Godoy Cruz le objetase que la cosa no era tan llana, replicóle con tanta gracia como energía: "Veo lo que me dice sobre el punto de la independencia «no es soplar y hacer botellas»: yo respondo, que mil veces es más fácil hacer la independencia que el que haya un americano que haga una sola botella." Y agregaba: "que republicano por principios e inclinación, sacrificaba sus sentimientos al bien de su patria; porque pensaba que los americanos de las Provincias Unidas no habían tenido otro objeto en su revolución que emanciparse del yugo de hierro español para formar una nación, y era dudoso pudiesen constituirse en república con un gobierno puramente popular, como también que pudieran salvarse sin contrarrestar el egoísmo de los prudentes." Y partiendo de estas premisas, llegaba a la conclusión que respondía a su idea fija sobre la dirección de la guerra: "¿Cuáles son los medios de salvarnos? Yo lo sé, el Congreso los aplicará como interesado en el bien de este pueblo; pero si tales medidas no se toman en todo este año, no encuentro (según mi vista) remedio alguno. Se acabó." Poco después recibía la noticia que colmaba sus aspiraciones y lo habilitaba para llevar la bandera emancipadora más allá de las fronteras y exclamaba lleno de alborozo: "Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia. Sólo hubiera deseado que al mismo tiempo el Congreso hiciera una exposición de los justos motivos que tenemos los americanos para emanciparnos."

Declarada la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata el 9 de julio de 1816, San Martín combinó su notificación al enemigo en señal de desafío con el más feliz ardid de guerra, que haya brotado de la cabeza de un general, y el cual tenía por objeto completar su plan de invasión. Ya había manifestado que para verificarlo no tenía sino dos caminos: el de Uspallata, frente a Mendoza, que es el más corto, y el de los Patos por el norte, frente a San Juan, que es el más largo; pero no los conocía en toda su extensión y temía que los realistas los hubieran fortificado por la parte de Chile, dificultando así el paso de los Andes, como sucedió a Bonaparte en el fuerte de Bart al cruzar los Alpes. Para efectuar un reconocimiento de ambos caminos y cerciorarse de si estaban o no francos, imaginó enviar un parlamentario a Marcó, llevándole el acta de la independencia argentina, previa consulta del gobierno: "Invistiendo la nación un nuevo carácter, desde el momento que se declaró solemnemente nuestra independencia, opino que sería útil comunicarlo de oficio al gobierno de Chile, como de general a general."

Llamó a su ayudante de campo, el ingeniero Alvarez Condarco, y le dijo: "—Mayor, voy a confiar a usted una comisión diplomática muy delicada— ¡A mí, mi general! —repuso el ayudante sorprendido—. Sí; pero la verdadera comisión es que me reconozca los caminos de Los Patos y Uspallata, y que me levante dentro de su cabeza un plano de los dos, sin hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de una piedra. Lo despacharé por el camino de Los Patos, que es el más largo y el más lejano, y como es seguro que así que entregue usted el pliego que lleva lo despedirán con cajas destempladas por el camino más corto, que es el de Uspallata (si es que no lo ahorcan), dará usted la vuelta redonda y podrá a su regreso formarse un croquis sobre el papel. Vaya a prepararse, y sobre todo, ¡secreto!". Era precisamente la memoria local la gran facultad de Alvarez Condarco como ingeniero: San Martín lo notó con su gran penetración en sus excursiones por la cordillera, y con su habilidad para aplicar las cualidades de cada hombre, había llegado el momento de utilizarla.

El parlamentario se puso en marcha. Al llegar a la primera guardia enemiga al occidente de Los Patos, el oficial que la mandaba ordenó que se le hiciese seguir adelante; pero como iba a anochecer, y en la obscuridad no podría observar el camino, hízose el enfermo, y así consiguió recorrerlo en plena luz. Desempeñada su comisión con riesgo de su vida, y quemada por mano del verdugo el acta de la independencia de que era portador, fue despedido por el camino más corto de Uspallata, como San Martín lo había calculado, y así pudo formar con sus recuerdos el croquis que más tarde sirvió al ejército para transmontar la cordillera. Los caminos de la invasión estaban francos.

V

El 15 de julio, seis días después de firmada el acta de la independencia argentina, tuvo lugar en Córdoba la famosa conferencia secreta entre Pueyrredón y San Martín, que ha sido considerada como un misterio y respecto de la cual se han hecho tantas suposiciones como comentarios. Según unos, el general de los Andes iba resuelto a hacer aceptar su proyecto por bien o por mal, intimidando al Director; según otros, llegó hasta amenazarlo con hacerle asesinar en el camino por su misma escolta. Algunos han pensado que la influencia de la Logia Lautaro — a la sazón medio disuelta — fue la que decidió a Pueyrredón a ceder, y otros aseveran que las claras demostraciones de San Martín exponiendo su plan, determinaron esa resolución. El mismo Pueyrredón ha declarado en un documento solemne de la época de su gobierno, el objeto deliberado

que lo llevó a Córdoba, que "fué combinar los planes para rescatar a Chile de la dominación española."

La verdad es, que antes de verse en Córdoba, ambos estaban de perfecto acuerdo, como se ha demostrado, y que hacía cuarenta días que el Director había impartido órdenes terminantes en consecuencia (16 de junio), a fin de que se dirigieran a Cuyo los hombres y recursos necesarios para la expedición a Chile. Y lo más curioso, es que San Martín reservó su plan militar del Director, el cual sólo le comunicó en vísperas de emprender su marcha al través de los Andes.

En una carta de la fecha de la conferencia que lleva unidas las firmas de San Martín y Pueyrredón, decía el primero a Godoy Cruz: "Me he visto con el dignísimo Director que tan acertadamente han nombrado ustedes. Ya sabe usted que no soy aventurado en mis cálculos; pero desde ahora les anuncio que la unión será inalterable, pues estoy seguro que todo lo va a transar. En dos días con sus noches hemos transado todo. Ya no nos resta más que empezar a obrar. Al efecto, pasado mañana partimos cada uno a su destino, con los mejores deseos de trabajar en la gran causa." Al pie de esta carta, y junto a la firma de San Martín, hay un renglón de Pueyrredón saludando a Godoy Cruz, que había sido el intermediario entre los dos, en prueba de que refrendaba los votos por la unión. Si algo de misterioso hubo en esta conferencia, que como se ve nada tuvo de sombría, sería, además del plan general expedicionario y detalles de administración militar en que concordaron, lo referente a planes de política externa, y especialmente a la reorganización de la Logia sobre nuevas bases, como los sucesos que van a desenvolverse lo revelarán, conviniéndose expresamente un punto concreto, cual era la emancipación de todos los esclavos de la República, para engrosar con los libertos los batallones de infantería, según las ideas de San Martín. Fue más que todo una reconciliación entre dos prohombres que hasta entonces habían estado alejados y podían considerarse como enemigos, pero que en lo sucesivo fueron, hasta el fin de sus días, los amigos más afectuosos, más fieles y constantes: dos verdaderos hermanos.

Como se recordará, San Martín en la revolución de octubre de 1812 había contribuido a la caída del gobierno de que Pueyrredón formaba parte entonces; pero éste tenía bastante elevación moral para no sacrificar el bien público a los resentimientos personales, así es que, una vez convencido de la excelencia del proyecto de San Martín, no vaciló en prestarle su más decidida cooperación, sobreponiéndose a poderosas influencias que por error o por odiosidad hacia el general de los Andes le señalaban otro camino.

Era Pueyrredón un patriota probado, que se había distinguido como combatiente en primera línea en las invasiones inglesas; uno de los más activos precursores de la revolución de Mayo, que llegó

a hacerse expectable después de la derrota de Huaqui, por una hábil retirada que ejecutó salvando los caudales del Potosí, la que fue hiperbólicamente comparada en su tiempo a la de Jenofonte. No se había señalado ni como administrador, ni como político, ni como general, no obstante haber sido las tres cosas con brillo pasajero, reconociendo él mismo que no tenía aptitudes para el mando militar. Hombre de mundo, de buen sentido y juicio propio, con bastante inteligencia y alguna ilustración para juzgar las opiniones ajenas y carácter para sostener las suyas, tenía la suficiente flexibilidad para someterse a las deliberaciones de una mayoría o a las exigencias de las circunstancias. Con una ambición flotante sin trascendencia, que se satisfacía con el ejercicio normal del poder; moderado en sus pasiones políticas y sin opiniones comprometidas sobre los partidos; decoroso en su vida pública y privada, con la necesaria sagacidad para estimar las aptitudes de los demás; circunspecto, prudente, pero dotado de cierto temple de coraje cívico que no retrocedía ante las responsabilidades colectivas; de presencia hermosa y arrogante, con maneras cultas y lenguaje digno que establecían sin altanería el recíproco respecto, era una figura de gobierno y el hombre de las circunstancias, siendo en el fondo una mediocridad relativa. Sus cualidades negativas principalmente lo constituían en el representante de una república radicalmente democrática, guerrera y anárquica, gobernada por un parlamento patricio, ponderada por una oligarquía poderosa, cuya base y centro de gravedad sería una metrópoli compacta, homogénea y orgánica como Buenos Aires, de donde se irradiaría su acción, cuya bandera sería llevada por dos ejércitos igualmente refractarios al pretorianismo y al caudillaje, y allá en la sombra el resorte secreto de una asociación misteriosa, que hacía las veces de consejo áulico. La historia debe tenerle en cuenta su espontaneidad al aceptar el plan salvador de San Martín y el empeño consciente que puso para llevarlo a buen término, debiéndose a esto los grandes sucesos que han hecho memorable su administración.

La ideas políticas de Pueyrredón, en cuanto a forma de gobierno, que siempre habían tenido un tinte aristocrático, eran entonces acentuadamente monárquicas —como las de la mayor parte de los más notables contemporáneos—, aun cuando pensase como San Martín que era un medio y no un fin; mientras tanto se conformaba con la situación republicana que se imponía por sí. Es probable que en su conferencia cambiasen ideas sobre este punto —que era a la sazón materia de extravagantes discusiones abstractas en el Congreso—, como de una cosa posible, más o menos conveniente en su oportunidad. Eran dos monarquías expectantes. No así Belgrano, que había abrazado con candorosa pasión no sólo la idea de la monarquía constitucional de los ingleses, sino la restauración de la dinastía de los Incas, para fundar un imperio americano con el Cuzco por capital, a fin de atraerse el concurso del Alto y Bajo Perú. El

Congreso, en el cual los peruleros —como llamaban entonces a los naturales del Perú—, tenían una poderosa representación, llegó a propiciar este fantástico plan, de que la discusión de la prensa y la rechifla pública dio cuenta.

San Martín y Pueyrredón como monarquistas de oportunismo, no eran hombres de dejarse arrastrar por esta corriente superficial, y con el juicio y la seriedad que los caracterizaba, supieron neutralizarla sin comprometer sus opiniones. El Director, consultado manifestó discretamente: que la decisión del sistema de gobierno que debía complementar la independencia competía al Congreso, y que mientras tanto los generales con mando de tropas no debían anticiparse a sus leyes soberanas. San Martín al ser instruido del plan por intermedio de los diputados de Cuyo (después de haber conferenciado con el Director sobre su proyecto de reconquista de Chile), adhería a la idea de su punto de vista, mezclando a su aprobación condicional cierto sabor de ironía que acompañaba a todos sus juicios, y procuraba darle una aplicación práctica. "Ya he dicho —son sus palabras—, lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza: las ventajas son geométricas: pero por la patria les suplico, no nos metan en una regencia de varias personas: en el momento que pase de una sola, todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al efecto, no hay más que variar el nombre de nuestro Director, y queda un regente: esto es lo seguro para que lleguemos a puerto de salvación." La ironía de este concepto está en el énfasis de las palabras "admirable" y "geométrico", aplicadas por un espíritu tan positivo como San Martín respecto de un proyecto tan inconsistente, sin base política ni militar, que él mismo reducía a un cambio de nombres sin alterar el orden establecido. Lo seguro para él, era que nada se cambiase, y cuando más se variase la denominación de magistrado supremo de la república.

Bien que San Martín aceptara la monarquía como solución de oportunidad, y aun se inclinase a ella como medio de constituir un gobierno fuerte y estable para triunfar de la España, más cauto que Belgrano y tan juicioso como Pueyrredón, no hacía ostentación de sus opiniones, ni aun procuraba imponerlas a sus amigos, y menos aún a la opinión. Así se ve, que los diputados de Cuyo que obraban bajo sus inspiraciones, opinaron unos en contra y otros en pro de la monarquía. Otro formuló la única protesta que contra ella se hizo oír en las primeras sesiones del Congreso de Tucumán; Godoy Cruz la acogió tibiamente; Laprida y de la Maza permanecieron a la espectativa. Instado Godoy Cruz por el Congreso, escribió oficialmente a don Manuel Ignacio Molina, encargado interinamente del gobierno de Cuyo, a fin de que explorase la opinión en el sentido de la monarquía del Inca. Molina, que parece simpatizaba con la idea, dispuso que al efecto se convocase un Cabildo abierto. Consultado San Martín que se hallaba de regreso de Córdoba, fue de pa-

recer que el gobernador interino citara a su casa particular a los hombres de consejo, y procediese en consecuencia. La reunión se verificó en esta forma, sin que San Martín interviniera en ella directa ni indirectamente, tomando la palabra en contra del proyecto el doctor Vera, republicano exaltado, que arrastró tras sí la opinión. Este resultado fue transmitido confidencialmente por San Martín a Godoy Cruz, el Congreso tomó conocimiento de su carta, y mandó archivarla en su secretaría.

La razón pública, en medio de su relativo atraso, estaba más arriba de estos errores, desfallecimientos y contemporizaciones, porque, como se ha dicho antes, la idea innata de la república democrática estaba en las cosas mismas, en el organismo de todos y cada uno. Era una ley escrita en la conciencia popular, que tenía sus manifestaciones espontáneas, ya brutales, ya cívicas, ya intelectuales, ya puramente instintivas, así en los individuos como en la colectividad social, que revestía formas propias y originales. Así, no obstante lo generalizadas que estaban en aquella época las ideas monárquicas entre los hombres más eminentes de la revolución, jamás el espíritu republicano había sido más intenso, jamás las nociones del pueblo sobre la organización de una democracia habían sido más correctas. Hasta las multitudes que no alcanzaban a comprender sus teorías abstractas ni sus formas concretas, tenían el instinto de lo mejor, una especie de ideal visible, por más que se extraviasen en cuanto a los medios de alcanzarlo. Después de seis años de vida libre, en que se había educado una generación sin reyes ni virreyes, la monarquía no podía presentarse a sus ojos sino como un retroceso en la revolución y una abdicación de la majestad de pueblo soberano. Ante esta opinión se inclinaba San Martín, simpatizando con ella en teoría y acompañándola en la práctica, aun cuando dudase de su consistencia y abrigara otras ideas de aplicación, según propia confesión.

VI

Uno de los primeros actos del gobierno de Pueyrredón así que se recibió del mando de la capital, fue instituir al ejército de los Andes con la denominación con que ha pasado a la historia, asignando para su mantenimiento la cantidad de 8.000 pesos mensuales en vez de los 5.000 que antes recibía. Organizóse un estado mayor de campaña, nombrándose jefe de él al brigadier general don Miguel Estanislao Soler, valiente jefe de infantería que había decidido la batalla del Cerrito, altivo en la obediencia y duro en el mando. que aunque de cortos alcances intelectuales poseía un verdadero genio de organización mecánica. San Martín fue investido por el Congreso con el carácter de capitán general, como lo había sido Bel-

grano en el ejército del Norte, a fin de concentrar en sus manos la plenitud de facultades políticas y militares de un jefe expedicionario en tierras lejanas. En consecuencia, delegó el mando político de la provincia en el coronel don Toribio Luzuriaga, destinado como La Rosa y Dupuy a ser uno de sus brazos auxiliares en Cuyo. El molde del ejército de los Andes estaba formado: sólo faltaba vaciar en él la masa candente que debía llenarlo y darle el temple de las obras durables.

Como sucede en todas las agrupaciones de elementos diversos antes que se combinen entre sí y formen un compuesto homogéneo, por este mismo tiempo empezó a sentirse en el ejército una especie de agitación sorda contra la autoridad del general, en que tomaron parte más o menos directa algunos jefes y oficiales con mando de tropa. Denunciado el conato a San Martín, en circunstancias que se dirigía a Córdoba para celebrar su entrevista con el Director, hizo decir a uno de los promotores, que podían aprovecharse de su ausencia para llevar adelante su propósito. Bastó esto para contenerlos por el momento. A su regreso, notando que los trabajos subterráneos seguían, hizo instruir dos procesos, uno público y otro secreto, y cuando estaban en estado de sentencia, mandó sobreseer en ellos, con palabras que revelan que se había posesionado ya de su papel de libertador americano y que se trazaba una regla de conducta para lo futuro. "Justos y poderosos motivos en bien de la América me han impulsado, como lo hago, a mandar suspender todo procedimiento en la causa que se sigue a los reos que resultan de ella." Al dar cuenta de este incidente al gobierno, decíale: "Cuando me lisonjeaba de haber preservado a esta provincia del germen devorador de la anarquía que desgraciadamente ha invadido a muchos otros pueblos, descubrí las miras secretas que algunos díscolos preparaban para envolverla en desastres. El negocio es de bulto; las ramificaciones envolvían la masa del ejército; era preciso tomar un partido pronto, pero que asegurase el orden al mismo tiempo que el honor de nuestras armas, ocultando hasta las apariencias del delito. Esta máxima ha dirigido mi conducta. Todo se ha cortado felizmente. Al público nada ha trascendido. Para salvar toda sospecha se ha expedido una orden del día que todo lo cubre." No fue esta la última conspiración del ejército de los Andes, ni el último rasgo de magnanimidad de su general en circunstancias análogas; pero por el momento todo entró en su quicio y sus elementos heterogéneos se plegaron bajo la mano de su ordenador que les dio su forma definitiva, inoculándoles el espíritu que debía sobrevivirle.

Sucesivamente fueron llegando a Mendoza los refuerzos de Buenos Aires prometidos por el Director. El regimiento número 8 fue completado y de él se formó el batallón número 7, al mando el uno del teniente coronel Pedro Conde, inteligente y valeroso oficial que se había distinguido en las campañas de la revolución, y el otro

al de igual clase, Ambrosio Crámer, francés de nacimiento y veterano de los ejércitos de Napoleón. El regimiento número 11 que mandaba Las Heras, fue dividido en dos batallones, por cuanto el general representó que tal organización no correspondía al número y constitución de los ejércitos americanos, cuya unidad táctica y de combate debía ser el batallón. El comandante Rudecindo Alvarado, destinado a figurar en alto puesto, tomó el mando del batallón número 1 de cazadores (antes 2º del número 11). El cuerpo de artillería elevado a la fuerza correspondiente, con su dotación completa de material, fue confiado al comandante De la Plaza. Los dos escuadrones restantes de Granaderos a caballo que asistieron a la campaña del Alto Perú, se reunieron a los dos que habían hecho la de la Banda Oriental, a los que se agregó un quinto escuadrón formado en Cuyo a las órdenes del comandante Mariano Necochea, figurando en ellos los nombres de Brandsen, Melián, Lavalle, Medina, Ramallo y otros que debían hacerse famosos por sus hazañas. El cuerpo de ingenieros recibió un valioso contingente en la persona de don Domingo Arcos, español liberal que prestó importantes servicios a la causa de su adopción. Así, en los primeros días de septiembre, el ejército de los Andes contaba con más de 2.300 hombres de línea bajo sus banderas. No bastaba esto, y era necesario que Cuyo hiciese el último esfuerzo, suministrando un nuevo contingente a fin de enterar el número de 4.000 calculados para la expedición. La provincia estaba agotada en hombres y dinero; pero San Martín encontró en ella los hombres que pedía y la buena voluntad para darlos.

A su regreso de la conferencia de Córdoba, San Martín hizo esparcir la voz de que había acordado con el Director abolir la esclavitud en la República, y aconsejó a sus Cabildos que promovieran entre sus vecinos la cesión espontánea de una parte de ella antes que una ley obligatoria los despojase de su totalidad.

La idea encontró grandes resistencias en Cuyo: los esclavos eran los únicos brazos con que los propietarios contaban para el cultivo de sus haciendas; pero al fin todos se allanaron buenamente al nuevo sacrificio que se les exigía. Una asamblea compuesta de dos diputados por cada una de las tres jurisdicciones, bajo la presidencia del Cabildo de Mendoza, promovió la manumisión voluntaria de las dos terceras partes de los esclavos de la provincia poniendo por "condición precisa que no se entendería hecha la enajenación hasta que no se verificase el tránsito de las cordilleras en forma de expedición capaz de batirse con el enemigo poseedor de Chile." El ejército recibió un contingente de 710 soldados, que engrosaron los batallones con hombres robustos y llenos de ardor, propios para el arma de infantería que constituía su nervio. Cuyo coronaba su obra con esta ofrenda, y San Martín le tributaba el merecido honor. "Admira —dice al dar cuenta de este acto—, que un país de mediana

población, sin erario público, sin comercio ni grandes capitalistas, falto de maderas y primeras materias, haya podido elevar de su mismo seno un ejército de 3.000 hombres, despojándose hasta de sus esclavos, únicos brazos para su agricultura; ocurrir a pagas y subsistencia y a la de más de mil emigrados; fomentar establecimientos de maestranza, elaboración de salitre y pólvora, armerías, parque, batán, cuarteles, campamento; erogar más de 3.000 caballos, 7.000 mulas, innumerables cabezas de ganado vacuno; hacer el servicio de cordillera con sus milicias, concurrir con sus artesanos, en una palabra, haciendo las fortunas particulares casi del público." Y exclamaba, después de enumerar estos servicios: "¡La América es libre! Sus enemigos se sentirán vencidos ante virtudes tan sólidas y calcularán por ellas el poder unido de toda la Nación." Y antes de finalizar el año de 1816, el ejército de los Andes contaba con los 4.000 "brazos fuertes", calculados dos años antes (junio de 1815) para reconquistar a Chile, y el que los había armado uno por uno y dándoles su temple, podía asegurar con legítima confianza, que "¡la América sería libre!", merced a Cuyo.

Este ejército, por su bandera, su composición y su espíritu, era esencialmente argentino y los emigrados chilenos no habían tenido cabida en sus filas, ingresando empero a él algunos oficiales de esa procedencia que prestaron servicios recomendables. Pero San Martín, que contaba principalmente con Chile como base de sus operaciones futuras, y pensaba que el hecho material del rescate del territorio por las armas no daba la victoria que buscaba, era bastante hábil y previsor para excluir este elemento importante entre los factores de su plan. Como complemento del ejército de los Andes, bosquejó la planta del futuro ejército de Chile, que unido al argentino, debía consolidar la reconquista y concurrir a la libertad del país y del resto de la América del Sur. Con arreglo a esta idea preconcebida, formó con los emigrados del Chile residentes en Cuyo los cuadros de los dos regimientos de infantería, un batallón de artillería y un regimiento de caballería, a fin de uniformarlos a su táctica y llenarlos a su tiempo con los contingentes que suministrara el país reconquistado, bajo las órdenes de sus jefes y oficiales natos. De este modo se creaba de antemano un punto de apoyo sólido en el país que iba a invadir, consolidaba la futura alianza militar entre los dos países y daba a la composición de ambos ejércitos la homogeneidad necesaria, con la unidad de mando que anticipadamente establecía. Al efecto, nombró una comisión de notables chilenos para que procediese a su organización, facultándola a expedir despachos provisionales, sujetos a la aprobación del gobierno que se estableciera. Además formó bajo las órdenes de Freyre y Portus una partida volante de dragones con la denominación de Legión Patriótica del Sur, destinada a cooperar a su plan de invasión y una compañía ve-

terana supernumeraria de emigrados sueltos, para utilizar sus servicios. Al darles esta organización elemental, les señaló sus grandes objetivos lejanos, con palabras que revelan la trascendencia de sus miras y la ciencia y conciencia con que procedía. "Chile —les decía—, enriquecido con los primores de la naturaleza, árbitro por su localidad del Océano Pacífico, constituido por su población, industria y facilidad de comunicación con las provincias limítrofes, es cuasi el centro de esta región de América y su restauración, va a fijar las bases de nuestro ser político. El Perú cederá a su influjo, y quedará uniforme el continente. Sus buenos hijos penetran con intensidad estas verdades, y yo me alborozo en repetirlas como una efusión de mis sentimientos. Nada debe ocuparnos sino el objeto grande de la independencia universal. Nuestros trabajos deben zanjar los cimientos de este edificio augusto. Unifórmese la opinión, plantéese el sistema verdaderamente militar y regenerador, que el triunfo se apresura a coronarnos. La base del ejército de Chile complementará esta obra interesante."

Aun cuando en la elección de sus jefes y oficiales de los cuadros, se consultaron principalmente los servicios y las aptitudes sin distinción de opiniones políticas, por razón de los elementos de la emigración que se habían plegado a la influencia de San Martín, la mayoría de los nombrados resultó pertenecer al partido de O'Higgins, figurando empero en ellos algunos carrerinos notables que por patriotismo habían preferido servir a su país en vez de seguir la suerte de su caudillo. A la vez hizo venir a su lado al general O'Higgins, que era su candidato para el gobierno de Chile, con la investidura y sueldo de brigadier general de las Provincias Unidas. Y como con estas complicaciones de negocios internacionales, la secretaría del ejército tomase la importancia de un verdadero ministerio, buscó el hombre adecuado para desempeñar este cargo, y su ojo penetrante lo descubrió en una pobre taberna de los alrededores de Mendoza.

El tabernero era un emigrado chileno llamado José Ignacio Zenteno, a quien sus compatriotas llamaban "el filósofo". Había figurado en la revolución como agente secundario de pobladas, pero nadie pudo descubrir en él las cualidades predominantes de su carácter. San Martín lo visitó en su humilde establecimiento, conoció en la primera conversación el valer del hombre y lo nombró secretario del ejército, revelando desde luego en este empleo los talentos de un administrador, que más tarde lo elevaron en su patria a puestos encumbrados como organizador de su ejército y marina. Pero el general de los Andes, que jamás entregaba por entero su confianza a un hombre, se reservaba de su secretario en los asuntos delicados que se referían a la política chilena, y así escribía a su confidente Guido: "No puede usted figurarse lo que el partido de los Carrera

está minando la opinión del ejército. El secretario que tengo es emigrado y no puedo hacer la menor confianza de él en asuntos que tengan relación con Chile. Calcule usted cómo me veré en una campaña activa y teniendo que establecer la base de nuestras relaciones políticas, crear otro ejército, hacer reformas indispensables, etc."

VII

Poniendo en práctica su máxima, de que los soldados destinados a vencer sólo se forman en los campos de instrucción, estableció un campamento como una legua al norte de la ciudad, en un sitio pintoresco llamado el Plumerillo. Era un hermoso valle cubierto de árboles, que fue desmontado, construyéndose en él espaciosos cuarteles y almacenes, a cuya erección contribuyó el vecindario con cuantiosos donativos y materiales. Allí se trasladó San Martín con todo su ejército en los primeros días de la primavera de 1816. Desde ese momento, aquel sitio antes desierto y silencioso, ofreció el espectáculo del trabajo incesante y de una actividad precursora de la gran campaña de que era la primera etapa. Al toque de diana, con las primeras luces del alba, se disparaba un cañonazo. A esta señal todos los cuerpos llenaban la gran plaza de armas en el centro del campo de instrucción, y se dividían en grupos: unos evolucionaban, otros se ejercitaban en el manejo de las armas o en tirar al blanco, a cuyo efecto se había levantado un espaldón en medio de ella. El general se dirigía de preferencia a los pelotones de reclutas y especialmente a los de Granaderos a caballo; pero su predilección eran los negros libertos a quienes proclamaba, poniéndose al nivel de ellos, con el charlatanismo de un general que sabe pulsar todos los resortes que mueven a los hombres en sus diversas esferas. A los Granaderos les decía, mostrándoles unos papeles que sacaba del bolsillo, que los maturrangos de la caballería española de Chile propalaban la voz de que sus sables eran de lata, porque pensaban que su gobierno era tan pobre que no tenía con qué comprarlos de acero. Y desenvainando el suyo, les daba con gallardía lecciones sobre su manejo, en que era muy diestro. Los soldados llenos de ardor, imitaban sus movimientos animados por su palabra y su ejemplo. A los negros, les mostraba los mismos papeles, y les aseguraba que según sus agentes secretos, los jefes españoles de Chile se preparaban a mandarlos vender como esclavos en las haciendas de azúcar del Perú, pensando que era cosa fácil tomar prisioneros a hombres libres que sabían manejar bien las armas. Los libertos afirmaban la proclama aplicándose con más empeño a emprender su nuevo oficio.

Los ejercicios duraban tres o cuatro horas por la mañana, con breves intervalos de descanso, y se repetían por la tarde, prolon-

gándose a veces hasta la noche cuando había luna. El día lo empleaban los soldados haciendo su propio calzado o fabricando sus fornituras y utensilios, porque cada uno tenía además de su servicio de armas la obligación de ser artesano de sí mismo. El general, que había trasladado su alojamiento al campo, trabajaba con su jefe de Estado Mayor o conferenciaba con los jefes de cuerpo, a quienes llamaba nominalmente por toques convenidos de corneta, para ahorrar tiempo. Por la noche recorría las academias teóricoprácticas de táctica de los batallones y escuadrones, que convertía en escuelas de arte militar y de estrategia, suscitando cuestiones facultativas fuera del programa, proponiendo la solución de lances de guerra que podían ocurrir en el curso de una campaña, a fin de hacer discurrir a los oficiales por sí mismos, y terminaba su conferencia con el relato de algún episodio ilustrativo en que él mismo había sido actor. Después de la tercera lista, se rezaba el rosario por compañías, y al toque de silencio reposaba aquella colmena guerrera y sólo se oía el alerta de los centinelas. Siguiendo los consejos de Belgrano, había introducido las prácticas religiosas como elemento de disciplina noral: los domingos el ejército oía misa, y era la ocasión de una gran parada. En seguida el capellán castrense pronunciaba una plática de media hora, cuyo tema era a veces sugerido por él, tendiendo generalmente a estimular las virtudes morales, el heroísmo en defensa de la patria, el amor a la libertad y la obediencia a las autoridades superiores del Estado.

Aquel ejército tenía ya su número completo, su organización, su espíritu, su moral, su alma, puede decirse, y un objetivo determinado; su ordenador quiso darle un ideal y un símbolo. A imitación y ejemplo de su amigo y de su maestro en virtudes, el general Belgrano, eligió por patrona del ejército a la Virgen del Carmen, de la devoción del pueblo de Mendoza; pero lo hizo con las formalidades graves de su carácter disciplinario. Sometió el punto a una junta de oficiales generales, y de acuerdo con ella la hizo declarar por tal en la orden del día. Faltábale la bandera, y la hizo enarbolar bajo los auspicios de la divinidad y de la patria con toda la pompa religiosa y militar de un acto solemne. El 5 de enero de 1817, en vísperas de abrir su memorable campaña de los Andes, dispuso que se jurase a la vez a la patrona del ejército y la nueva bandera nacional celeste y blanca, inventada por Belgrano en 1812, inaugurada por éste con una victoria en 1813, y recientemente reconocida como bandera nacional por el Congreso de Tucumán, que acababa de declarar la independencia argentina.

El día señalado, el ejército vestido de gran parada, con su estado mayor a la cabeza, se puso en marcha hacia la ciudad de Mendoza, que lo esperaba engalanada con arcos triunfales de flores, banderas, gallardetones y cortinajes de seda que tapizaban los frentes de los edificios. Penetró por la calle llamada de La Cañada, a

lo largo de la hermosa alameda plantada por San Martín, y a las 10 de la mañana formó en la plaza mayor en medio de los repiques de campanas de ocho templos y de las aclamaciones entusiastas del pueblo. La imagen de la patrona electa salió del convento de San Francisco al encuentro de la columna, llevada en andas, acompañada de todo el clero regular y secular, custodiada por las bayonetas de sus nuevos soldados, y a la cabeza de la procesión marchaba el capitán general con el gobernador intendente, el Cabildo, los empleados civiles y el pueblo en masa. En la iglesia matriz estaba depositada la bandera, bordada por las damas mendocinas y adornada por ellas con piedras preciosas. Después de bendecida, según el ritual de ordenanza, a la par del bastón de mando del general, éste la fijó en el asta y una salva de artillería de 21 cañonazos saludó su ascensión. San Martín puso su bastón en la mano derecha de la imagen, como Belgrano lo había hecho en vísperas de la batalla de Salta con la virgen de las Mercedes, generala del ejército auxiliar del Perú, y tomando la bandera subió con ella a la plataforma levantada en la plaza. Todos los cuerpos presentaron las armas: los tambores batieron marcha de honor, y siguióse un religioso silencio. El general, con la cabeza descubierta, pronunció con vibrante voz: "¡Soldados: Esta es la primera bandera independiente que se bendice en América!" La batió por tres veces, y el pueblo y las tropas lanzaron un estruendoso: "¡Viva la patria!" Y con acento más esforzado, agregó: "¡Soldados! ¡Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro!" —"¡Lo juramos!" —respondieron todos a una voz. Una triple descarga de fusilería a que se siguió una salva de 25 cañonazos, saludó la bandera redentora de la mitad de la América Meridional. Esta es la bandera que debía atravesar los Andes, flameando en triunfo a lo largo de las costas del Pacífico, proteger la fundación de dos nuevas repúblicas, concurriendo a la independencia de otras más, y servir de mortaja sesenta y cuatro años después al cadáver repatriado del libertador americano que en ese día la enarboló como signo de redención.

Como complemento de su organismo, el ejército fue dotado de una imprenta de campaña que diera los boletines de sus victorias, difundiendo con ellos los principios de la revolución argentina que los soldados llevaban en la punta de sus bayonetas.

Capítulo XIII

EL PASO DE LOS ANDES

1817

La cordillera meridional de los Andes. — Los caminos de la montaña. — Ardides de San Martín para ocultar sus planes. — Parlamento con los Pehuenches. — Confusión y errores de Marcó. — Las guerrillas de Chile. — Aprestos para el paso de los Andes. — Las zorras de fray Luis Beltrán. — Invenciones de San Martín para el paso de las cordilleras. — "La inmortal provincia de Cuyo". — Gritos heroicos de San Martín. — Correspondencia inédita entre Pueyrredón y San Martín sobre la expedición a Chile. — Fuerza y composición del ejército expedicionario. — Plan general de invasión a Chile. — Despedidas de San Martín de Cuyo. — Instrucciones políticas y militares para la reconquista de Chile. — El programa emancipador de la revolución argentina. — La combinación estratégica del paso de los Andes. — La expedición de Cabot al Norte. — Combate de Salala. — La expedición de Freyre al Sur. — Combate de la vega de Campeo. — La invasión combinada por Uspallata y Los Patos. — Marcha de Las Heras por Uspallata. — Marcha estratégica de San Martín por Los Patos. — La sorpresa de Picheuta y el combate de Potrerillos. — El asalto de la "Guardia Vieja". — Disposición de las fuerzas realistas. — Combate de las Achupallas. — Combate de las Coimas. — Ocupación de Putaendo y Santa Rosa. — Reconcentración del ejército de los Andes al occidente de la cordillera. — Ocupación del punto estratégico de Chacabuco. — Juicios sobre el paso de los Andes. — Los pasos de San Martín y Bolívar en los Andes meridionales y ecuatoriales.

I

"Lo que no me deja dormir es, no la oposición que pueden hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes." Así exclamaba San Martín al divisar desde Mendoza las nevadas crestas de la cordillera de los Andes, barrera gigantesca que se interpone de norte a sur entre las dilatadas pampas argentinas y los amenos valles de Chile, en una extensión de 22 grados, desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos. Esta cordillera, como la del Alto y Bajo Perú en rumbo opuesto, divídese a su vez en dos cadenas paralelas a los 33 grados de latitud austral, corriendo la una a lo largo del Pacífico en dirección al Polo — por lo cual se llama de la costa —, y la otra, con el nombre de gran cordillera, es

el límite argentinochileno. La cadena de la costa es una sucesión de cerros graníticos, de formas redondeadas con pendientes suaves, cuyas ondulaciones se asemejan a las olas de un mar petrificado. La gran cordillera, es formada en su parte central por tres y cuatro cordones de montañas cónicas y angulosas que se sobreponen unas a otras, cuyas cimas alcanzan a la región de las nieves perpetuas y se elevan hasta la altura de 6.800 metros sobre el nivel del mar. A su pie se desenvuelven valles profundos, circunscriptos por peñascos escarpados a manera de murallones, cuyas crestas se pierden en las nubes que los coronan, entre las que se ciernen los cóndores de alas poderosas, únicos habitadores de aquellos páramos; lagos andinos, que son torrentes represados por las depresiones del suelo o los derrumbes de la montaña; ásperos desfiladeros y estrechos senderos, abiertos por los fuegos volcánicos y las aguas que se desprenden de sus cumbres inaccesibles, al través de cuestas empinadas y laderas suspendidas a sus flancos, que orillan precipicios, en cuyo fondo braman los ríos torrentosos arrastrando inmensos peñascos como una paja. La naturaleza ha desplegado todo su poder al aglomerar aquellas grandiosas moles, sin más ornato vegetal que el cactus, el musgo y la jarilla resinosa, cuyos severos paisajes infunden recogimiento al ánimo y dan la idea de la creación embrionaria surgiendo del caos.

Entre la gran cordillera y la de la costa, se desenvuelve longitudinalmente un gran valle central, a trechos interrumpido o estrechado por macizos y contrafuertes montañosos, que descienden en plano inclinado de norte a sur, hasta que las cadenas que lo limitan se sumergen en el mar a los 41 grados de latitud, marcando las islas y los archipiélagos su naufragio prehistórico. Este rasgo da su fisonomía geográfica al territorio chileno.

La gran cordillera argentinochilena sólo es accesible por pasos precisos, llamados boquetes o portezuelos, de los cuales los más conocidos y que se relacionan con nuestra historia, son: al centro, los de Uspallata y Los Patos, frente a Mendoza y San Juan; al norte, el portezuelo de la Ramada y el paso de Come-Caballos, que ponen en comunicación a la provincia argentina de La Rioja con Coquimbo y Copiapó, y por último al sur, los del Planchón y del Partillo, que conducen directamente, al valle de Talca el primero, y al de Maipo y la capital de Chile el segundo. Estos caminos transversales, cuyas cumbres en la prolongación del eje del cordón principal de la cordillera se elevan entre 3.000 y 3.700 metros, obstrúyense con las nieves de invierno y sólo son transitables en el rigor del verano. Hasta entonces, sólo habían sido cruzados por pequeños destacamentos militares o caravanas de arrieros con mulas, por senderos en que sólo podía pasar un hombre a caballo. El paso de un ejército numeroso de las tres armas al través de sus desfiladeros, considerábase imposible, y jamás había sido ni proyectado siquiera,

antes de que San Martín lo intentara. Hacer rodar por estos precipicios artillería de batalla, transmontar las cumbres sucesivas con cuatro o cinco mil hombres, llevar consigo además de las municiones y del armamento de repuesto, los víveres necesarios durante la travesía, y las mulas y los caballos necesarios con sus forrajes para el transporte del personal y de material, y llegar reconcentrados en son de guerra al territorio enemigo defendido por semidoble fuerza, calculando los movimientos combinados de manera de obtener la doble victoria que se buscaba sobre la naturaleza y el enemigo, tal era el arduo problema que tenían que resolver el general y el ejército de los Andes para invadir a Chile. Era, con la originalidad de un genio práctico y combinaciones estratégicas y tácticas más seguras, la renovación de los pasos de los Alpes que han inmortalizado a Aníbal y Napoleón, paso que sería contado entre los más célebres hasta entonces ejecutados por un ejército, hasta que a imitación de él se realizara más tarde otro igualmente famoso en los Andes Ecuatoriales por otro libertador tan grande como el del sur.

San Martín, que "no dormía pensando en los inmensos montes que debía atravesar", tenía que resolver otros problemas más arduos que el del paso mismo. Determinar las líneas y los puntos estratégicos de la invasión; calcular las marchas divergentes y concentración de sus columnas sobre el punto débil del enemigo; ocultar el verdadero punto de ataque, y caer como el rayo al occidente de las montañas, fulminando en un día el poder español en el extremo sur de la América, al dar con sus cañones la señal de la guerra ofensiva de la revolución argentina, tal era la complicada tarea que el general de los Andes tenía que desempeñar. Así, las diversas rutas que trazaba en sus mapas y los itinerarios que señalaba en sus instrucciones, eran como los radios de su círculo de acción de operaciones preliminares, cuyo eje estaba en el campamento de Mendoza. Ya no era la montaña la que le quitaba el sueño, sino la llanura que necesitaba pisar al occidente para combatir y triunfar. El mismo lo ha dicho en vísperas de abrir su memorable campaña: "Las medidas están tomadas para ocultar al enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos deja poner el pie en el llano, la cosa está asegurada. En fin, haremos cuanto se pueda para salir bien, pues si no, todo se lo lleva el diablo."

II

Como se ha visto, San Martín procuraba persuadir al enemigo que su invasión se dirigía al sur de Chile, cuando según su plan ofensivo proponíase verificarlo por el centro. Uno de los principales objetivos de su guerra de zapa fue constantemente éste, y para ello engañaba con sus comunicaciones supuestas y sus confiden-

cias incompletas a amigos y enemigos, guardando su secreto hasta el último momento. Para afirmar al presidente Marcó en esta creencia, imaginó un nuevo ardid de guerra, que como todos los suyos llevan el sello de la novedad de un ingenio fecundo en expedientes.

Desde 1814, el gobernador de Cuyo cultivaba relaciones amistosas con los indios pehuenches, dueños entonces de las faldas orientales de la cordillera al sur de Mendoza, a fin de asegurar por los pasos dominados por ellos el tránsito de sus agentes secretos de Chile y tenerlos de su parte en caso de invasión del enemigo. Al tiempo de reconcentrar su ejército en el campamento del Plumerillo, propúsose renovar estas relaciones, con el doble objeto de engañar al enemigo respecto de sus verdaderos planes y dar mayor seguridad y más importancia a las operaciones secundarias que meditaba por los caminos del sur. Al efecto los invitó a un parlamento general en el fuerte de San Carlos sobre la línea fronteriza del Diamante, con el fin ostensible de pedirles tránsito por sus tierras, haciéndose preceder de varias recuas de mulas cargadas de centenares de pellejos de aguardiente y barriles de vino, dulces, telas vistosas y cuentas de vidrio para las mujeres, y para los hombres, arneses de montura, víveres de todo género en abundancia, y un surtido de bordados y vestidos antiguos que pudo reunir en toda la provincia con el objeto de deslumbrar a sus aliados. El día señalado los pehuenches en masa se aproximaron al fuerte con pompa salvaje, al son de sus bocinas de cuerno, seguidos de sus mujeres, blandiendo sus largas chuzas emplumadas. Los guerreros iban desnudos de la cintura arriba y llevaban suelta la larga cabellera, todos en actitud de combate. Cada tribu era precedida de un piquete de Granaderos a caballo cuya apostura correctamente marcial contrastaba con el aspecto selvático de los indios. Al enfrentar la explanada de la fortaleza, las mujeres se separaban a un lado y los hombres revoleaban las chuzas en señal de saludo. Siguióse un pintoresco simulacro militar a la usanza pehuenche, lanzando los guerreros sus caballos a todo escape en torno de las murallas del reducto, mientras que desde los bastiones se disparaba cada cinco minutos un cañonazo de salva a cuyo estruendo contestaban los salvajes golpeándose la boca y daban alaridos de regocijo. La solemne asamblea que se siguió, tuvo lugar en la plaza de armas del fuerte. San Martín solicitó el paso por las tierras de los pehuenches para atacar por el Planchón y el Portillo a los españoles, que eran, según dijo, unos extranjeros, enemigos de los indios americanos, que pretendían robarles sus campos y sus ganados, y quitarles sus mujeres y sus hijos. El colocolo de las tribus era un anciano de caballos blancos llamado Necuñán, quien después de consultar a la asamblea y recoger con gravedad sus votos, dijo al general: que a excepción de tres caciques, que ellos sabrían contener, todos aceptaban sus proposiciones, y sellaron el tratado de alianza abrazándolo uno después de otro. Inmediatamente, en prueba

de amistad, depositaron sus armas en manos de los cristianos, y se entregaron a una orgía que duró ocho días consecutivos. Al sexto día regresó a su cuartel general para sacar de estas negociaciones el fin que se proponía, el que reservó hasta de sus más íntimos confidentes.

Había previsto el diplomático criollo, que los indios con su natural perfidia o bien los caciques disidentes, denunciarían su simulado proyecto a Marcó, como en efecto sucedió; pero por si acaso no lo hacían, él se apresuró a comunicárselo directamente por medio de una de sus tramoyas habituales, a que concurrió una coincidencia también prevista. Durante la remonta de su ejército, había cortado las comunicaciones supuestas de los españoles de Cuyo con Marcó, y éste ignorante de todo lo que pasaba al oriente de los Andes, despachó emisarios pidiendo noticias a los que de buena fuente creía sus corresponsales oficiosos. La vigilancia era tal, que durante dos años, ni un solo espía realista pudo penetrar a Cuyo sin ser sorprendido por las guardias patriotas de la cordillera, prevenidas por los agentes secretos de Chile. Las últimas cartas del presidente corrieron la misma suerte. En posesión de ellas, el general hizo comparecer a los supuestos corresponsales a su presencia —entre los cuales se contaba Castillo de Albo—, mostróles los escritos acusadores, y con aparente enojo —y aun se dice que amenazándolos con una pistola que tenía sobre la mesa—, los obligó a escribir y a firmar las contestaciones que les dictó. En ellas anunciaba, que "para el 15 de Octubre se aprontaba salir de Buenos Aires una escuadra compuesta de una fragata, tres corbetas, dos bergantines y dos transportes, mandada por el inglés Teler (Taylor), cuyo objeto se ignoraba." —"San Martín, agregaban, ha celebrado en el fuerte de San Carlos un parlamento general con los indios pehuenches—: los indios han entrado por todo—: veremos cómo cumplen—: reserva y más reserva—: por falta de ella han padecido los nuestros prisioneros y despojos. Aquí todo se sabe." En otro decía: que un ingeniero francés había salido de Mendoza para construir un puente sobre el Diamante. Las cartas de San Martín despachadas con un emisario suyo, que representaba el papel de doble espía, llegaron a manos de Marcó, quien dándoles entero crédito, perdió la cabeza, y puso en conmoción a todo el reino para precaverse de una doble invasión. A la vez participaba al gobierno que el parlamento tenía por objeto, que "los indios auxiliasen al ejército en su tránsito con ganados y caballadas a los precios estipulados", mientras escribía a su confidente Guido: "Concluí con toda felicidad mi gran parlamento con los indios del Sur: auxiliarán al ejército no sólo con ganados sino que están comprometidos a tomar una parte activa contra el enemigo." Era, como se ve, un pozo de grandes y pequeños misterios en cuyo fondo se escondía la verdad desnuda.

III

Desalentado Marcó con las alarmantes noticias de sus supuestos corresponsales de Cuyo, y por el simultáneo alzamiento de los guerrilleros de Manuel Rodríguez, que extendían sus excursiones entre el Maule y el Maipo y asaltaban las poblaciones a mano armada hasta inmediaciones de la capital, dictó una serie de medidas desatinadas y contradictorias que revelaban la perturbación de su cabeza y los pavores de su alma. Mandó fortificar los puertos y pretendió convertir algunos de ellos en islas a fin de prevenir un desembarco, al mismo tiempo que armaba una escuadrilla para salir al encuentro de la imaginaria flota de Buenos Aires. Dispuso que se practicasen cortaduras en el paso de Uspallata, que se levantara una carta de las provincias meridionales del reino y se hiciese un reconocimiento de los boquetes del Maule y del Planchón, y antes que estos trabajos estuviesen terminados, reforzó las guardias de todos los pasos de la cordillera de norte a sur. Reconcentró primero sus tropas que luego dispersó en gran parte, moviéndolas en el vacío, y sin encontrar dentro de sí ninguna inspiración, después de agitarse como un títere por las sugestiones de San Martín, acabó por reproducir hasta sus gestos como un mono, celebrando a imitación de él un parlamento con los indios araucanos, sin acertar a adoptar un plan racional de defensa.

El objeto del astuto general argentino estaba llenado: el capitán general de Chile pretendía defender a la vez todas las fronteras terrestres y marítimas, dispersando al efecto su ejército, y así se presentaba débil en todas partes, sin sospechar el punto del verdadero ataque. Para colmo de confusiones, los espías que despachaba a fin de obtener noticias ciertas, o no volvían o servían a San Martín para retornarle falsos informes que lo indujesen en nuevos errores. Sus consejeros unos le incitaban a tomar la ofensiva, otros a perseverar en su absurdo plan expectante, y sólo uno de ellos, el que menos entendía de armas, que era el doctor Judas Tadeo Reyes, su secretario, le indicó el que debía seguir; que era, reconcentrarse en la capital con los 5.000 veteranos de que disponía, esparciendo las tropas de milicias por el país, y esperar la invasión en esta actitud. Pero su cabeza había llegado a ese grado de perturbación en que los buenos y los malos consejos son inútiles. El mismo se ha encargado de pintar gráficamente su deplorable estado moral en aquellos momentos (4 de febrero de 1817): "Mis planes están reducidos a continuos movimientos y variaciones según las ocurrencias, y noticias del enemigo, cuyo jefe de Mendoza es astuto para observar mi situación, teniendo innumerables comunicaciones y espías infieles alrededor de mí, y trata de sorprenderme."

Pero no sólo era el amago de la próxima invasión lo que traía desasosegado a Marcó. Sus recursos eran escasos, y con el estúpido sistema de contribuciones establecido por Osorio y continuado y exagerado por él, hasta la fuente de las exacciones estaba agotada. Para subvenir a los gastos públicos gravó la extracción de trigos y harinas y la introducción de vinos y azúcares, decretando a la vez un empréstito forzoso de 400.000 pesos cobrables entre los que gozaren de una renta anual de 1.000 pesos, sin exclusión de empleados civiles y militares, y pagadero en dinero efectivo. Estas medidas no produjeron más resultado que generalizar la desmoralización y el descontento, avivando el espíritu de insurrección de los nativos fomentado por los agentes de San Martín, que anunciaban su inmediata llegada a la cabeza de un poderoso ejército libertador, al ponerse ellos mismos en campaña.

Las guerrillas de Rodríguez, que San Martín desaprobaba ostensiblemente en cartas destinadas a caer en manos de Marcó, según se ha explicado, habían sistemado sus hostilidades, y sus atrevidos golpes de mano daban a la resistencia armada el carácter de una guerra de partidarios (octubre de 1816). Rodríguez en persona, asaltó y se posesionó de la villa de Melipilla. Don Francisco Salas, uno de los agentes secretos de San Martín, al frente de una partida de campesinos, atacó la villa de San Fernando, sorprendiendo su guarnición y la puso en fuga. Villota, rico hacendado de Curicó, otro de los agentes que más importantes servicios había prestado en el desempeño de su peligrosa comisión, suministrando dinero, caballos y pagando con su persona, se puso a la cabeza de 60 inquilinos de su hacienda de Teno, que armó a su costa, y atacó el pueblo de Curicó, defendido por el coronel Morgado con 30 dragones y 50 infantes, pero fue batido, muriendo en la persecución como un valiente. El salteador Neyra, cuya presencia en las filas de las montoneras patriotas tan severamente había reprochado San Martín a Rodríguez, realizaba por su parte proezas que lo elevaron al rango de caudillo, y el general de los Andes, poco escrupuloso, tratándose de hostilidades al enemigo, reconciliose con él y le envió sus felicitaciones. Los principales jefes españoles, como Sánchez, Barañao y Quintanilla al frente de gruesos destacamentos, procuraban en vano apagar este incendio parcial, precursor de la invasión y de la insurrección general que debía acompañarla. Mientras tanto, los guerrilleros concurrían al plan de invasión, al obligar a Marcó a desprender fuerzas hacia el sur y a debilitarse en su centro, desguarneciendo el verdadero punto de ataque, que nunca llegó a sospechar. Desde este momento, San Martín pudo predecir, con horas de diferencia, el día en que atravesaría "los montes", y ganaría la batalla, según se verá después.

IV

En el campamento de Mendoza la escena cambiaba: reinaba en él la actividad metódica, y la subordinación automática a la par de un entusiasmo consciente. Una voluntad superior, que sabía lo que quería y lo que hacía, y a la cual todos se plegaban, lo ordenaba todo, infundiendo en las almas de sus soldados la seguridad del triunfo. Allí se sabía hasta lo que hacía, pensaba o iba a hacer Marcó, mientras él no sabía ni lo mismo que quería. Todos trabajaban, cada cual en la tarea que le estaba señalada, y todos confiaban en su general. Reuníanse mulas de silla y marcha y caballo de pelea; se forjaban herraduras por millares para las bestias; construíanse aparejos para acémilas; se acopiaban víveres secos y forrajes, recolectándose ganados en pie para el paso de la cordillera. Los jefes, oficiales y soldados se ejercitaban en sus respectivos deberes y oficios. El parque elaboraba cartuchos por cientos de miles. Las fraguas ardían día y noche, recomponiendo armas y fundiendo proyectiles. El infatigable Fr. Luis Beltrán ejecutaba las nuevas máquinas, con que, según su expresión, debían volar los cañones por encima de las montañas, a la manera de los cóndores. El ingenioso fraile había inventado, o más bien dicho, adaptado una especie de carros angostos, conocidos con el nombre de zorras, de construcción tosca pero sólida, que montados sobre cuatro ruedas bajas y tirados por bueyes o por mulas, reemplazasen los montajes de los cañones de batalla, mientras éstos los acompañaban desarmados y a lomo de mula por las estrechas y tortuosas sendas de la cordillera hasta pisar el llano opuesto. A prevención proveyóse de largas perchas para suspender las zorras y los cañones en los pasos fragosos, conduciéndolas entre dos mulas a manera de literas, una en pos de otra, y además de rastras de cuero, que en los planos indicados se moverían a brazo de hombres o por medio de un cabrestante portátil.

Mientras tanto, el general en jefe, silencioso y reservado, pensaba por todos; todo lo inspeccionaba y todo lo preveía hasta en sus más mínimos detalles, desde el alimento y equipo de hombres y bestias, hasta las complicadas máquinas de guerra adaptables, sin descuidar el filo de los sables de sus soldados.

Necesitábase una conserva alimenticia y sana, que a la par de restaurar las fuerzas del soldado fuese adecuada a la temperatura frígida que había que atravesar, y la encontró en la preparación popular llamada "charquicán", compuesta de carne secada al sol, tostada y molida, y condimentada con grasa y ají picante, que bien pisado, permite transportar en la mochila o maletas la provisión para ocho días, y con sólo la adición de agua caliente y harina de

maíz tostado, proporciona un potaje tan nutritivo como agradable. San Luis, abundante en ganados, fue puesto a contribución para suministrar el charqui y dio dos mil arrobas de esta substancia, supliendo el déficit el gobierno general hasta completarse la cantidad de 3.500 arrobas. Después del estómago, ocupóse de los pies, vehículos de la victoria. Dispuso, para suplir la falta de calzado y no gravar al erario, que el Cabildo remitiese al campamento los desperdicios de cuero de las reses del consumo diario, para construir con ellos tamangos, especie de sandalias cerradas, con jaretas a manera de zapatones de una pieza, usados por los negros, y que los mismos soldados preparaban. Llevóse la economía al último grado que jamás ha llegado, para demostrar, según las palabras de San Martín, cómo se pueden realizar grandes empresas con pequeños medios. Publicóse por la orden del día y se proclamó por bando a son de cajas, que se reuniesen en almacenes los trapos viejos de lana para forrar interiormente los tamangos, "por cuanto — decíase en él —, la salud de la tropa es la poderosa máquina que, bien dirigida, puede dar el triunfo, y el abrigo de los pies, el primer cuidado." Con los cuernos de las reses, se fabricaron chifles para suplir las cantimploras, indispensables en la travesía sin agua de la cordillera. Por un bando, mandó recoger todo el orillo de paño que se encontrase en las tiendas y las sastrerías de la ciudad, que distribuyó entre los soldados para suspensorios de las alforjas.

Los sables "de lata" de los Granaderos a caballo estaban embotados: les hizo dar filo a molejón de barbero, y los puso en manos de los soldados diciéndoles que era para tronchar cabezas de godos, como lo hicieron. No bastaba que las armas tuviesen filo, era preciso que los brazos tuviesen temple y que las almas fueran estremecidas por los toques de los instrumentos marciales que reemplazaban en el combate la voz de mando y pensó en los clarines, instrumento poco usado hasta entonces en la caballería americana. El ejército sólo tenía tres clarines. Al principio creyó suplir la falta fabricándolos de lata, pero resultaron sordos. Al pedirlos al gobierno, decíale: "El clarín es instrumento tan preciso para la caballería, que su falta sólo es comparable a lo que era la del tambor en la infantería."

Estos detalles minuciosos, que preparan los triunfos finales, merecen ocupar la atención del historiador, porque son como los tornillos que ajustan las máquinas de guerra.

La revisión en los detalles abrazó un conjunto de cosas que iba desde las enjalmas de las acémilas y las herraduras de las bestias, hasta los puentes militares y los aparatos para arrastrar el material a través de las montañas.

Había estudiado todos los aparejos de mulas adecuados a su objeto, teniendo frecuentes conferencias con los arrieros. Al fin se decidió por la enjalma chilena, "por cuanto — según sus palabras —, son las más adaptables al caso, por su configuración que dan más

abrigo a la mula contra la intemperie del clima y son forradas en pieles, exentas por lo tanto, de que las coman las bestias, siendo como son de paja, lo que sería irreparable en la esterilidad de la sierra." Para forrar los aparejos, que él mismo hizo construir en Mendoza, pidió al gobierno seis mil pieles de carnero, en circunstancia de que la expedición a Chile era considerada como una quimera (marzo de 1816). Pasaron ocho meses, y acordada ya la expedición, reiteró su pedido: "Tocamos ya la primavera, y antes de cuatro meses es llegado el tiempo de obrar sobre Chile. Faltan las seis mil pieles de carnero que deben emplearse en la construcción de seis mil aparejos, en lo cual deben emplearse tres meses, y no viniendo en la oportunidad debida, ni marcha el ejército ni proyecto alguno podrá ya adaptarse." Y un mes después escribía confidencialmente: "Está visto que en ésta los hombres toman láudano diariamente: hace ocho meses pedí las pieles de carnero para los aparejos de la cordillera, y veo con dolor que ni aun están recolectadas, cuando por lo menos necesito un mes para forrar las esteras que ya están construidas."

El asunto que más le preocupó fueron las herraduras de las bestias. Para resolver el punto celebró conferencias con albeitares, herreros y arrieros, y después de escucharlos atentamente, adoptó un modelo de herradura, que envió al gobierno, encargando a un oficial la llevase colgada al pecho como si fuese de oro y la presentara al Ministerio de la Guerra. "Hoy he tenido — decía oficialmente —, una sesión circunstanciada con tres individuos de los más conocedores en materia de cabalgaduras para el tráfico de la cordillera, y unánimes convienen, en que es imposible de todo punto marchar sin bestias herradas por cualquier camino que se tome, so pena de quedar a pie el ejército antes de la mitad del tránsito." Y pocos días después agregaba: "Estoy convencido de la imposibilidad de llevar a Chile una caballería maniobrera (arma que nos da decidida ventaja por desconocerla en mucha parte el enemigo) sin llevar desde aquí caballos herrados." Necesitábanse treinta mil herraduras con doble clavazón, y en el espacio de dos meses fueron forjadas, trabajando día y noche, en los talleres de la fábrica de armas de Buenos Aires y en las fraguas de Mendoza.

¿Cómo se salvarían los hondos barrancos del fragoso camino, se atravesarían los torrentes, ascendería y descendería el pesado material de guerra las ásperas pendientes de la montaña? Y ¿cómo, en fin, se sacarían de los precipicios las zorras y las cargas que se desbarrancasen? He aquí otros problemas más arduos, que fueron igualmente resueltos. Ideóse para el pasaje de los ríos, un puente de cuerdas, de peso y largo calculado (60 varas), y el pedazo de cable que debía ser presentado al gobierno como modelo, fue encomendado a un oficial con la misma solemnidad que la herradura. "No es posible pasar la artillería y otros grandes pesos por los an-

gostos desfiladeros y pendientes de la cordillera. ni restituir a las sendas lo que de ella se precipitase —dice el mismo San Martín—, sin el auxilio de dos anclotes y cuatro cables, de un peso capaz de poderse transportar a lomo de mula." Con este aparato movido por cabrestante, venciéronse las dificultades del paso.

Pero se necesitaba además cerca de un millón de tiros a bala; 1.500 caballos de pelea y más de 12.000 mulas de carga. ¿De dónde se sacaría todo esto para tenerlo listo en poco más de dos meses de término? El parque de Mendoza sólo tenía a la sazón (noviembre de 1816) trescientos sesenta mil tiros de fusil a bala, y a razón de 20 paquetes por hombre para tres mil infantes, resultaba un déficit de trescientos ochenta mil cartuchos, que fue suplido por el gobierno con la pronta remisión de 500.000 tiros y 30 quintales de pólvora de cañón. En cuanto a los caballos, se proporcionó 900, en San Juan y Mendoza, al precio de seis pesos uno, abonados con vales admisibles en las aduanas de Cuyo en pago de derechos, lo que era casi lo mismo que expropiarlos gratuitamente. Sólo Cuyo podía dar las mulas y los arrieros, como los dió; pero ya no era posible exprimir más la substancia de la estrujada provincia, y por lo menos los fletes debían ser abonados, y éstos importaban como ochenta mil pesos. Los dueños, proclamados por San Martín, se avinieron patrióticamente a recibir la mitad de su importe al contado, y el resto a su regreso de la expedición. Pero el tesoro del ejército de los Andes estaba exhausto. El gobierno, en los últimos meses de 1816, le había asignado la cantidad de veinte mil pesos en vez de ocho mil mensuales, de los que le debía a la sazón (2 de noviembre de 1816) veintiún mil pesos, además de treinta mil pesos al fondo de la caja expedicionaria. Solicitado el gobierno por San Martín, contestóle, que no podía dar más, y que se remediara con eso hasta mejor fortuna.

Fue entonces cuando el general de los Andes lanzó con su sencillez y gravedad habitual, sus gritos más heroicos, que resonarán en la posteridad: "Si no puedo reunir las mulas que necesito, me voy a pie. El tiempo me falta; el dinero ídem; la salud mala, pero vamos tirando hasta la tremenda. Es menester hacer ahora el último esfuerzo en Chile." "¡Ya estamos en capilla para nuestra expedición! Por esto puede calcularse cómo estará mi triste y estúpida cabeza. Baste decir: que para moverme necesito trece mil mulas, que todo es preciso proveerlo sin un real. Pero estamos en la inmortal provincia de Cuyo, ¡y todo se hace! No hay voces, no hay palabras, para expresar lo que son estos habitantes." "Todo, y todo se apronta para la de vámonos: en todo enero estará decidida la suerte de Chile." "Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15, ya Chile es de vida o muer-

te." ¡Y Cuyo dio las trece mil mulas, y el 8 de febrero (dos días después de la predicción) estaba todo el ejército de los Andes reunido en el valle de Aconcagua, y el 12 (tres días antes de lo calculado) el triunfo coronaba las armas redentoras de la revolución argentina!

V

En medio de esta correspondencia oficial sobre la masa de hombres, cosas y dineros removidos, y de estas confidencias que revelan el estado de las almas, se cruzaba una de carácter mixto entre los dos protagonistas de la situación: el general San Martín y el director Pueyrredón. Sus relaciones políticas y amistosas habían quedado por siempre selladas en la conferencia de Córdoba. Ambos estaban apasionados de la misma idea, y ayudándose y confortándose mutuamente, se identificaban en un mismo propósito. Oigámosles:

"Usted nos pide muchas cosas —le decía el Director—, y yo estoy ahogado, porque no tengo fondos con que proporcionarlas; sin embargo me esforzaré a todo, y estarán juntos también los treinta mil pesos para la caja de su ejército a principios de octubre." Pero apenas posesionado Pueyrredón del gobierno, y cuando empezaba a hacer efectivas sus promesas, estalló en Córdoba una revuelta anárquica de carácter confuso, que amenazaba poner en conmoción toda la República. El gobernador de la provincia de Córdoba, José Javier Díaz, que la encabezaba, negó obediencia al Director, levantó tropas y dirigióse a San Martín brindándole el gobierno supremo. Las ambiciones del general de los Andes rayaban más alto, y todo su conato fue dominar aquel desorden que podía perturbar la realización de su gran plan. Ofrecióse en consecuencia a marchar con su ejército a sofocarlo, aun comprendiendo que esto importaba renunciar por el momento a su empresa. "Ya tenemos —decía—, al toro en medio de la plaza con la desobediencia del gobernador Díaz de Córdoba. La situación es la más crítica en que pueda hallarse la causa. Lo sensible es que esto puede trastornar todo el plan de operaciones. Cada día me convenzo más que es imposible que nos constituyamos; es preciso tomar un partido que salve al país; todo es menos malo que ser dominados otra vez por los matuchos y que la anarquía se esparza por todas las provincias. ¿Será posible que la suerte del país esté sujeta al capricho de media docena de malvados? En fin, la cosa se presenta bajo pie dudoso: si se verifica la expedición a Chile, se hace general la anarquía; si no se hace, la causa sucumbe, y el ejército se disuelve por falta de medios. Mucho me ha irritado la insinuación de Díaz sobre la proposición e insinuación del gobierno. Dígame terminantemente cómo debo obrar para el caso que sea preciso marchar sobre Córdoba."

Pueyrredón con más serenidad le contestaba: "La insinuación de Díaz sobre el gobierno es una insidia propia de sus intenciones. Va Vd. al mando de un ejército, calcula sus sentimientos de Vd. por los suyos propios, y cree que halagado por estas esperanzas sería capaz de apoyar sus maldades. Yo bien conozco que ha de ser necesario recurrir a la fuerza para contener a los enemigos de la paz interior; pero ¿cómo es posible que me resuelva abandonar la expedición a Chile? Si Vd. se mueve sobre Córdoba, se perdió infaliblemente esa fuerza, y se perdió también el país. Veremos por fin qué semblante toma aquel pueblo, y obraré según las necesidades, sin pensar jamás en suspender la empresa de Chile, porque de su ocupación debe resultarnos la recuperación del poder, riqueza y consideración política que hemos perdido." Y en otra carta le decía: "Lo que siento sobremanera es no poder mandar una expedición marítima por falta de fondos; estoy, sin embargo, arbitrando medios para hacerla, pero dudo del buen éxito."

¡Bajo cuán noble aspecto se presentan estos dos hombres poderosos, en sus confidencias íntimas con relación al bien público, exentos de ambición, apasionados por la grandeza de la patria y la independencia de la América, confortándose recíprocamente para combinar la más vasta empresa guerrera que haya llevado jamás a cabo el genio del pueblo argentino!

Dominada la pasajera revuelta de Córdoba, volvió el general de los Andes a insistir en sus exigencias, como se ha visto por la correspondencia oficial. El Director a todo proveía, y cuando las hubo satisfecho, tomó la pluma y escribió con humorística desesperación y franca cordialidad: "Van oficios de reconocimiento a los Cabildos de esa y demás ciudades de Cuyo. Van los despachos de los oficiales. Van todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas. Van 400 recados. Van hoy por el correo los dos únicos clarines que se han encontrado. En enero de este año se remitirán 1.387 arrobas de charquí. Van los 200 sables de repuesto que me ha pedido. Van 200 tiendas de campaña o pabellones, y no hay más. Va el mundo — ¡va el demonio! —, va la carne. Y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo: a bien que, en quebrando, chancelo cuentas con todos, y me voy yo también, para que Vd. me dé algo del charquí que le mando. ¡Y c . . . ! no me vuelva Vd. a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado de un tirante de la Fortaleza."

En vísperas de abrirse la campaña de los Andes, Pueyrredón decía con su habitual buen humor, que manifestaba tener conciencia de la gran partida que jugaba: "Estoy formando un derrotero hacia los Patagones, para irme con varios amigos, por si no salimos bien en la empresa de Chile." Y cuando se acercaba el momento de romper la marcha decisiva, su espíritu se siente sobrecogido ante lo arriesgado de la campaña: "Me dice Vd. que todo está listo. De-

bo considerarlo expedito muy pronto, y si no en todo enero, a lo menos en febrero puede estar decidida la suerte de Chile. Protesto a Vd. que estoy con un miedo tan grande, que yo no sosegaré hasta que sepa que ha concluido con ese bárbaro gallego. Presiento como Vd., ventajas en la expedición sobre Chile: todo se presenta favorable; no obstante yo temo por la importancia misma de la empresa." Su confianza renace empero al recibir la comunicación de los planes del general: "Es preciso que Dios sea godo para que no ayude nuestra empresa." Pero al saber que el ejército había experimentado algunas bajas, vuelven sus temores: "Veo con sumo desconsuelo que al moverse el ejército tenía la baja de más de 400 hombres entre enfermos, desertores y estropeados por las mulas. Confieso que esto me ha puesto en un grave temor de una resulta desgraciada. Sabemos que el enemigo tiene una cuarta parte más de fuerza, y que debe tenerla más disciplinada que la nuestra. Vd. me anuncia que el 10 de este mes (febrero de 1817) estará decidida la suerte de Chile, y por más que yo me las prometa felices, no puedo dar tan poco tiempo a una empresa que debe ser precedida de precauciones infinitas por el enemigo. ¡Ojalá sea Vd. oído por nuestra Madre y Señora de las Mercedes." Y terminaba con estas palabras que hacen el elogio de ambos: "Bien puede Vd. decir que no se ha visto en nuestro Estado un ejército más surtido en todo; pero tampoco se ha visto un Director que tenga igual confianza en un general; debiéndose agregar, que tampoco ha habido un general que la merezca más que Vd. A pesar de todo, yo veo que le faltan a Vd. mil buenos soldados más para que yo estuviese en mayor quietud."

VI

En Mendoza, todo estaba listo "para la de vámonos", según la expresión soldadesca de San Martín. Cuanto la ciencia, la experiencia y la previsión humana podían alcanzar, estaba arreglado: no faltaba ni un hombre en las filas ni un clavo en las herraduras. Sólo faltaba dar la señal de marcha.

El ejército expedicionario constaba de 4.000 hombres de pelea, de los cuales como 3.000 infantes divididos en cuatro batallones a órdenes de Alvarado, Crámer, Conde y Las Heras; cinco escuadrones de Granaderos a caballo con 700 plazas al mando de Zapiola, Melián, Ramallo, Escalada y Necochea; una brigada de 250 artilleros, con diez cañones de batalla de a 6, dos obuses de 6 pulgadas y nueve piezas de montaña de a 4, a cargo de La Plaza. Acompañaban a estas tropas en calidad de auxiliares, 1.200 milicianos de caballería de Cuyo, que debían servir en la conducción de los víveres y municiones y cuidado de las caballadas, además de los arrieros, los operarios de la maestranza y 120 barreteros de las mismas de

Mendoza para la compostura de los caminos. El ejército estaba dividido en tres cuerpos, cada uno de los cuales debía bastarse a sí mismo, con un pequeño estado mayor, sus guías, un cirujano con su botiquín, un proveedor y un comisario, con su correspondiente parque de reserva. Dos de estas divisiones, que constituían el grueso de las fuerzas, debían marchar escalonadas, por el paso de Los Patos: la de vanguardia, a órdenes del jefe de estado mayor, el general Miguel Estanislao Soler, y la reserva a cargo de O'Higgins. Una división destacada a órdenes de Las Heras debía marchar por el camino de Uspallata, con el parque y la artillería, pues por Los Patos era imposible el tránsito de este material de guerra. La dotación de municiones era de 900.000 tiros de fusil y carabina, 2.000 de cañón a bala y 200 de metralla, y 600 granadas. La cabalgaduras ascendían a más de 10.000 mulas de silla y carga y 1.600 caballos de pelea. Las provisiones de boca para 5.200 hombres, consistían en 600 reses en pie, galleta, harina de maíz tostado, charqui molido en grasa y ají picante, y en rama; queso, vino a razón de una botella por hombre, y aguardiente: provisión de cebollas y ajos como confortantes contra el frío y remedio contra las enfermedades que en las grandes alturas aquejan a hombres y bestias, y los forrajes, en maíz y cebada, todo calculado para quince días de marcha dentro de la cordillera. Además, estableciéronse depósitos de víveres a lo largo de los caminos para el caso de una derrota o retirada.

Dos divisiones ligeras, que a manera de alas debían moverse a derecha e izquierda de las columnas principales, completaban la línea de ataque del ejército invasor. Componíase la del norte, de sesenta infantes de línea, ochenta milicianos de San Juan y una legión de emigrados chilenos, que a las órdenes del comandante don Juan Manuel Cabot, debía partir de San Juan y atravesar por el Portezuelo de la Ramada las cordilleras de Olivares y Doña Ana, a fin de apoderarse de Coquimbo, al mismo tiempo que otro destacamento de milicias de La Rioja ocupase Copiapó y el Huasco cruzando el paso de Vinchina. La del sur, al mando del capitán de Chile, Freyre, componíanla 100 infantes argentinos, armados como dragones, y 25 Granaderos a caballo, junto con una compañía de emigrados chilenos encabezados por el activo agente secreto de San Martín, Antonio Merino. Esta pequeña columna debía penetrar por el Planchón, a fin de apoyar las guerrillas chilenas de ultracordillera, a la vez que la guarnición del fuerte de San Carlos, compuesta de 30 blandengues, asomaría por el Portillo con el mismo objeto a órdenes del capitán José León Lemos.

Tanto las dos gruesas columnas centrales que debían converger en combinación a un punto determinado, como las volantes de los extremos que obrarían con independencia, tenían instrucciones de aparecer simultáneamente sobre el territorio chileno del 6 al 8 de febrero de 1817, y marchar resueltamente al objetivo señalado a ca-

da una de ellas. Cada jefe de división recibió de manos de San Martín, un plano manuscrito para guiarse, un itinerario de marchas con anotaciones topográficas y sus instrucciones escritas. La columna de Las Heras, que seguiría el camino de Uspallata, iba guiada por los dos baqueanos mayores del ejército, Justo Estay y José Antonio Cruz, quienes por sendas transversales debían comunicarse verbalmente o por medio de un plan de señales de banderas convenido todos los días con San Martín, que marcharía paralelamente por el de los Patos a distancia de 67 kilómetros.

Si alguna vez el cálculo y la previsión al servicio de la inspiración y la observación, subordinadas al método, presidió a una gran empresa militar, fue ciertamente ésta, y la historia no presenta un ejemplo de paso de montaña más perfectamente combinado y más admirablemente ejecutado, como lo han reconocido los escritores especiales de las naciones más adelantadas y hasta los mismos enemigos.

Antes de terminar estos trabajos preparatorios, el general dirigió su adiós a los pueblos de Cuyo: "Se acerca el momento en que derretidas las nieves de la cordillera que nos separa de Chile, se presenta el peligro de una invasión al lado del triunfo que me promete vuestro patriotismo. Preparaos a nuevos sacrificios para evitar el riesgo. Yo no he dispensado fatigas ni aun en las horas del descanso por acreditar mis desvelos en obsequio de vuestra conservación. Toca a vosotros triunfar en la gran lucha, y conquistar una paz permanente, en que la agricultura y el comercio tomen un vuelo capaz de reparar las pérdidas indispensables de la guerra. La patria y vosotros nada tienen que temer, si la cooperación del pueblo es precedida de un esfuerzo grande de desprendimiento y de unión íntima, condición precisa de la empresa de salir con la victoria. Yo me atreví a predecirla contando con vuestro auxilio bajo la protección del cielo, que mira con horror la causa injusta y sangrienta de los opresores de la América."

Al contar sus fuerzas, notó que le faltaba un número de soldados para completar sus escuadrones, y dirigió a los mendocinos otra proclama, que parece escrita con el sable más que con la pluma: "Tengo ciento treinta sables arrumbados en el cuartel de Granaderos a caballo por falta de brazos valientes que los empuñen. El que ame a la patria y el honor, venga a tomarlos. La cordillera va a abrirse. No deseo emplear la fuerza, pues cuento con la buena voluntad de estos bravos habitantes; pero me veré en la necesidad de hacerlo si no corresponden a mis esperanzas los mendocinos." Los sables fueron ocupados por otros tantos voluntarios. De otro modo, todos sabían que hubieran sido ocupados por igual número de forzados, como se anunciaba.

Por última despedida, ordenó que los soldados saliesen a recoger trapos viejos por las calles de la ciudad, avisándolo al Cabildo.

El generoso vecindario de Mendoza, y principalmente las mujeres y los niños — pues los hombres estaban en el campamento —, salían a las puertas de sus casas y ofrecían a los soldados ponchos y frazadas para que se abrigasen en la cordillera nevada que iban a cruzar.

VII

Listo todo, pidió el general expedicionario instrucciones para arreglar a ellas su conducta política y militar. El gobierno penetrado del mismo espíritu del general, se las trazó con amplitud dentro de un gran cuadro, con proyecciones largas, con propósitos generosos y resoluciones firmes en armonía con el plan de campaña continental concebido por San Martín, y formuló, con palabras que los hechos hicieron buenas, el programa emancipador de la revolución argentina con respecto a los demás pueblos de la América del Sur, sobre la base de la independencia y de la libertad de cada uno de ellos. "La consolidación de la independencia de la América de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli (decía el artículo 1º), y la gloria de las Provincias Unidas del Sur, son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña. Esta idea la manifestará el general ampliamente en las proclamas que difunda, la infundirá por medio de sus confidentes en todos los pueblos y la propagará de todos modos. El ejército irá impresionado de los mismos principios. Se celará no se divulgue en él ninguna especie que indique saqueo, opresión, ni la menor idea de conquista, o que se intente conservar la posesión del país auxiliado."

Por otros artículos se le facultaba, conforme a su idea, preparada por la organización de los cuadros de Chile, para la creación de un ejército nacional del país conquistado, pero con la condición que todas las fuerzas militares quedasen bajo su mando aun después de establecido el gobierno que debía regirlo. En previsión de una capitulación con el enemigo, le ordenaba terminantemente: "que nunca podría convenir ni él ni ninguno de sus subalternos, en que las Provincias de la Unión desistiesen de la guerra hasta conseguir su completa libertad, sin alteración de las posiciones que ocupaban en ellas sus ejércitos." En el orden político encargábasele ser imparcial entre los partidos que se habían dividido el país, como resultado de la coexistencia de dos clases antagónicas de su sociabilidad, y que procurase conciliar los intereses de la aristocracia con la plebe, evitando el exclusivismo de la una y la licencia de la otra, para buscar sin transición violenta el mejoramiento de la condición del pueblo en general. Por último, en lo relativo a la organización del gobierno, lo facultaba para nombrar un presidente provisional (previa restauración de la antigua municipalidad patriótica de Santiago),

sin que el general ni el ejército tomaran intervención pública en el acto, limitándose a conservar el orden y evitar que la elección fuera obra de la intriga de algún partido contra la voluntad general y la seguridad del ejército.

En cuanto a la constitución definitiva del pueblo chileno como cuerpo de nación, contenían las instrucciones dos cláusulas notables, juiciosa la una, del punto de vista de los principios y aconsejada por la experiencia del mismo país, y otra quimérica, en contradicción abierta con la letra y el espíritu de las mismas instrucciones, como tributo pagado a las ideas de confederación sudamericana de la época, que tuvieron su origen, según se explicó antes, en las negociaciones entabladas para la alianza argentino-chilena en los primeros días de la revolución. Por la primera de ellas se prevenía al general que influyese, a fin de que, entretanto todo el reino no estuviese absolutamente libre de enemigos, no se convocara a Congreso, de modo que obrara la autoridad ejecutiva con toda la amplitud de facultades necesarias para concluir la guerra con éxito favorable. Por la segunda — que era una resurrección de la idea de Martínez Rozas, de Egaña y de Alvarez Jonte en 1811 —, se indicaba, que no obstante debiera abstenerse de ejercer coacción y no entrometerse en el establecimiento del gobierno permanente del país, haría valer su influjo para persuadir a los chilenos a enviar sus diputados al Congreso de las Provincias Unidas, con el objeto de constituir una forma de gobierno general para toda la América, unida en una nación, y en todo caso, cualquiera que fuese la forma que adoptaran, se estatuyese una alianza perpetua entre ambos países.

San Martín no objetó ninguno de los artículos de las instrucciones, reservándose sin duda descartar de ellas todo lo teórico, y aplicarlas según los casos con la latitud que ellas le daban; pero con su buen sentido práctico no pudo dejar de hacerlo en lo relativo a la manera de establecer el futuro gobierno. Propuso, y así se acordó, que el general O'Higgins fuese el candidato para ocupar el puesto de presidente o director de Chile, por cuanto su representación nacional alejaría las sospechas de toda opresión por las armas de las Provincias Unidas.

Con sus instrucciones en la cartera, con su resolución hecha y su ejército comprometido en las gargantas orientales de los Andes, el general expedicionario, con el pie ya en el estribo, escribía (enero 24 de 1817) su última carta a su más íntimo confidente: "Esta tarde salgo a alcanzar las divisiones del ejército. Dios me dé acierto para salir bien de tamaña empresa."

VIII

El paso de los Andes es, como combinación estratégica, un compuesto de atrevimiento, de observación y de cálculo, que en su conjunto asombra, y analizado, se admira y se impone por lo concreto de su concepción y la exactitud de su ejecución. Como todas las operaciones clásicas de su género, su punto de partida es una idea simple, con un objetivo claro, que busca un resultado positivo, a la manera de la línea definida entre dos extremidades que implica una solución obligada. Tiene también su parte fantasmagórica, en que el ingenio se pone al servicio del genio y concurre como elemento de éxito a un fin útil. Su secreto consiste en la configuración del terreno montañoso, teatro de las operaciones en que todos los movimientos combinados se vacían como en un molde y toman su forma típica.

El general San Martín, al formular a grandes rasgos su definitivo plan de campaña ofensiva (15 de junio de 1816) había establecido que Chile debía ser invadido por los pasos de Uspallata y de Los Patos, a fin de cortar por el centro las fuerzas enemigas divididas, cargar sobre el grueso de ellas y apoderarse inmediatamente de la capital terminando así la campaña de un solo golpe. Esta era su idea fundamental. El mismo había dicho que el problema de hecho a resolver consistía en pisar el llano opuesto con su ejército reconcentrado, tomar el enemigo dividido y batir su principal fuerza, quebrándole así los brazos. Este era su primer objetivo. Para alcanzarlo, necesitaba ocultar el verdadero punto de ataque y simularlo en todas partes; dirigir sus marchas y efectuar su reconcentración por caminos convergentes que lo condujeran simultáneamente al frente y a la espalda de sus contrarios para envolverlos o flanquearlos. Tal era el resultado exacto buscado, a primera vista imposible, que le fue sugerido por la configuración del terreno a que el plan se modeló.

En la descripción de la cordillera hemos hecho notar que el valle central de Chile se interrumpe por los macizos que unen las dos cadenas montañosas que lo limitan, o se estrechan por los contrafuertes que entran como espolones al interior del país. El macizo principal es el de Aconcagua, entre los 32 y 33 grados de latitud sur, dominado por el gigante de los Andes argentinochilenos, que cubierto de eternas nieves se levanta a 6.800 metros sobre el nivel del mar y divide las aguas de los ríos de San Juan y Mendoza por su falda oriental. Este macizo se prolonga hacia el oeste hasta unirse con la cordillera marítima, y de él se desprende un crestón destacado a la manera de contrafuerte, que corre en la misma dirección, pero sin alcanzar a la costa, y se interpone entre los ríos de Putaen-

do y Aconcagua, que corresponde en las vertientes occidentales a los de Mendoza y San Juan. A este sistema pertenece la contigua sierra de Uspallata al sur, cuya cima sólo tiene 3.900 metros de altitud, y que a su vez desprende un cordón transversal continuo hacia el oeste, de cordillera a mar, paralelo al macizo de Aconcagua por esa parte y al crestón ya señalado (rumbos generales). Este cordón transversal es la sierra de Chacabuco. Dentro del macizo de Aconcagua y del cordón de Chacabuco, con su contrafuerte intermedio, están circunscriptos varios valles, de los cuales, los dos que con los nombres de Putaendo y Aconcagua se abren al pie occidental de la gran cordillera, son los que interesa conocer para darse cuenta de la combinación estratégica del paso de los Andes por San Martín.

Los valles de Putaendo y Aconcagua, que toman sus nombres de los ríos que los recorren longitudinalmente, están contiguos, y sólo se dividen, como por un muro medianero, por el crestón intermedio en cuya extremidad se juntan sus dos ríos, formando en adelante un solo valle bañado por el río de Aconcagua que se derrama en el Pacífico. Más abajo de la confluencia de estos dos ríos y sobre la margen sur del Aconcagua, se encuentra la villa de San Felipe, capital del departamento. El camino de Uspallata —que es el más corto, por cuanto allí la cordillera tiene menos espesor—, conduce directamente al valle de Aconcagua, cuya primera población al pie de la montaña es Santa Rosa de los Andes. El camino de los Patos al norte de Uspallata —que es el más largo, por el mayor espesor del gran macizo de Aconcagua hacia el oeste—, conduce al valle de Putaendo, al cual se penetra, siguiendo el curso del río, por una estrecha garganta denominada Las Achupallas, a que converge un ramal lateral. Con esta explicación orográfica, se comprenderá fácilmente que la división que marchase por Uspallata sería la primera en encontrarse con el enemigo por el frente, y que el grueso del ejército marchando por el de los Patos, paralelamente primero, y luego describiendo un cuarto de círculo en su prolongación, vendría a salir a retaguardia del mismo enemigo. En tal situación, si los realistas, alternativa o simultáneamente así atacados, intentasen dar frente al oeste o al norte, la columna de Uspallata los cargaría a su vez por la retaguardia en el primer caso o quedarían flanqueadas por ambas columnas invasoras en el segundo. De todos modos no tendría más repliegue que la sierra de Chacabuco al sur, operándose entonces libremente la reconcentración del ejército invasor en el llano occidental, dentro de un valle, que era una verdadera ciudadela para los invasores, Chacabuco era, pues, el punto estratégico, y a ocuparlo de antemano o decidir en él la campaña por una batalla general, se dirigían todos los movimientos de San Martín. Con estos cálculos matemáticos, dibujados por la mano de la naturaleza sobre el terreno teatro de las operaciones, y con arreglo a este plan tan hábilmente combinado, pudo predecir (como se ha visto) con

más seguridad que Bonaparte antes de atravesar el San Bernardo, el día y el sitio en que la victoria coronaría su atrevida empresa, y dar confiadamente la señal del ataque simultáneo en toda la línea argentina, que se desenvolvía en un frente de más de 2.100 kilómetros desde Copiapó hasta el Maule.

La expedición del Norte bajo el mando superior del comandante Cabot, se movió de San Juan el 12 de enero de (1817) casi simultáneamente con el destacamento de La Rioja a cargo del comandante Francisco Celada y su segundo el capitán Nicolás Dávila, compuesto de un piquete de línea del ejército del Norte, y 200 milicianos uniformados con gorras y mangas negras y encarnadas. Sus instrucciones le prevenían marchar directamente sobre la ciudad de la Serena, sublevar la provincia de Coquimbo y posesionarse de ella en nombre del Estado de Chile, debiendo la legión de emigrados chilenos que la acompañaban llevar su bandera tricolor nacional. Cabot atravesó en catorce jornadas la cordillera de Coquimbo y en el día señalado para la invasión general (8 de febrero) pisaba territorio chileno, sorprendía dos guardas avanzadas del enemigo, y desprendía una vanguardia de 100 hombres al mando del capitán Patricio Ceballos, que era el baqueano de la expedición. El 9 se adelantó hasta la población de Valdivia sobre el Rapel; el 10 acampaba en el valle de Sotaqui: toda la provincia se había sublevado a la noticia de su arribo. En el mismo día el capitán Ceballos batía en el llano de Salala, a tres leguas de Barraza, la guarnición de la Serena, que en número como de 100 hombres se replegaba hacia el sur haciéndole 40 muertos, y le tomaba dos cañones volantes, banderas, armamento, municiones y 40 prisioneros. El 12 de febrero, era el dueño Cabot de toda la provincia de Coquimbo. En el mismo día la vanguardia de la expedición de La Rioja mandada por el capitán Dávila, que había seguido el antiguo camino del conquistador Almagro, ocupaba la ciudad de Copiapó. Todo el norte de Chile quedaba así reconquistado en un mismo día.

En el mismo día 12 de febrero, Freyre ocupaba la ciudad de Talca en el extremo opuesto de la línea, a la distancia de 1.870 kilómetros de Copiapó, y era dueño de una gran parte del sur, interceptando las comunicaciones de Santiago y Concepción, y Lemos ocupaba el Portillo. El 14 de enero de 1817, había salido Freyre de Mendoza con los piquetes ya mencionados. En los primeros días de febrero se situó frente a San Fernando, donde se le incorporaron 100 hombres de las guerrillas chilenas, y reunido a la partida de Neyra, y a otra de campesinos, encabezada por el activo agente secreto de San Martín don Juan Pablo Ramírez, se halló al frente de una fuerte división regularmente armada. Sus instrucciones así como la de Lemos, le prevenían hacer entender al enemigo que su división era la vanguardia del ejército, a cuyo efecto llevaba los uniformes de todos los cuerpos que lo componían, recomendándole

fomentar la insurrección del país; pero sin comprometer combate dudoso, retirándose prudentemente después de llenar su objeto, si no podía sostenerse con ventaja. El enemigo salió a su encuentro con un destacamento de dragones, que fue completamente batido el día 9 en la vega de Campeo, dejando en el campo 20 muertos y 25 prisioneros. En seguida avanzó hasta Curicó, obligando a su guarnición a retirarse al sur del Maule, Talca fue inmediatamente evacuada por el enemigo, y el 11 de febrero Freyre era dueño de esta ciudad, dominada la línea norte del Maule, amenazaba a Santiago, y al frente de todo el país sublevado oficiaba a San Martín que pronto contaría con un ejército de 2.000 hombres. De este modo, en un mismo día los dos extremos de Chile al sur y al norte, estaban reconquistados e insurreccionados, y dos nuevas divisiones concurrían al plan de invasión general, a la vez de ocultar al enemigo el verdadero punto de ataque donde debía ser herido de muerte. Esta era la parte fantasmagórica del plan del paso de los Andes, sin embargo de tener también un objeto útil, siendo el principal llamar la atención del enemigo por esa parte, y obligado a dividirse como lo hizo.

IX

Después de despachar las expediciones del Sur y del Norte de que se ha dado cuenta, el general convocó una junta de guerra de los oficiales superiores de su ejército, y sin pedir consejo, expuso con sencillez y claridad su plan de campaña con el mapa general y sus croquis por delante. Leyó en seguida el cuadro de distribución de las fuerzas, y les previno por conclusión que quedasen prontos a la primera orden, reservando la época de abrir las operaciones. Al día siguiente (15 de enero de 1817) llamó a su alojamiento al coronel Las Heras, y bajo palabra de honor de guardar secreto, le comunicó que estaba destinado a abrir la campaña por el camino de Uspallata, entregándole personalmente las instrucciones a que debía ajustar sus operaciones. La división de Las Heras, fuerte de 800 hombres, con el mayor Enrique Martínez por segundo jefe, se componía del batallón número 11, un piquete de 30 granaderos a caballo, 2 piezas de montaña, servidas por 30 artilleros a cargo del capitán chileno Ramón Picarte, 30 mineros zapadores provistos de picos y barretas, y en calidad de auxiliares, un escuadrón de milicias de San Luis para la conducción de bagajes y cuidado de las cabalgaduras. Su primer objeto debía ser sorprender la guardia enemiga al occidente de la cordillera, y en seguida penetrar al valle de Aconcagua, buscar comunicaciones con el grueso del ejército por la derecha del río, y fortificarse en Chacabuco, adelantado sus partidas de caballería. El 8 de febrero, y no antes, debía hallarse

en Santa Rosa, pues el fin principal de su movimiento era llamar la atención del enemigo, mientras el ejército desembocaba por el flanco y la espalda al valle de Putaendo, previniéndole no comprometer acción dudosa y replegarse a la cordillera en caso de ser cargado por fuerzas superiores, a cuyo efecto haría fortificar las posiciones en Juncalito o del Río Colorado a su retaguardia. En caso de ser batido, debía retirarse a la posición inexpugnable de Picheuta en las vertientes orientales, en previsión de lo cual se había fortificado convenientemente el punto. Sus jornadas medidas eran diez, consultando el agua, el pasto y la leña, y sumaban 337 kilómetros de camino desde Mendoza hasta Santa Rosa. El 18 de enero rompió su marcha Las Heras y se dirigió al boquete de Uspallata. A dos jornadas de distancia seguía el parque general del ejército, con la artillería de batalla desmontada, y la maestranza. Todos sus operarios iban armados de palancas, con una provisión de largas perchas y cuerdas para suspender los cañones en literas en caso necesario, y a retaguardia, los dos anclotes de la esperanza con sus motores calculados para multiplicar la fuerza de ascensión de los cables. Al frente de esta brigada marchaba fray Luis Beltrán, condecorado con los galones de capitán.

El grueso del ejército, dividido en dos cuerpos movióse el día 19 en dirección al camino de los Patos, 67 kilómetros al norte de Uspallata, como se ha dicho. La vanguardia, dirigida por el general Soler, la componía el batallón número 1 de cazadores, las compañías de granaderos y cazadores de los batallones 7º y 8º, los escuadrones 3º y 4º de Granaderos a caballo y la escolta del general en jefe, con cinco piezas de montaña y un destacamento de operarios de la maestranza con herramientas de fortificación. A distancia de una jornada, seguía la reserva mandada por O'Higgins, la cual se componía del grueso de los batallones 7º y 8º, los escuadrones 1º y 2º de Granaderos a caballo y los artilleros con sus oficiales que debían tomar los cañones de batalla que por el otro camino conducía Beltrán. Noventa zapadores divididos en tres grupos, precedían y seguían las columnas desmontando el camino. A la vanguardia estaba encomendado el primer papel. Sus instrucciones le prevenían desembocar el día 8 en el valle de Putaendo, apoderarse del puente del Aconcagua que comunica con San Felipe y posesionarse de esta villa; abrir comunicaciones con Las Heras por la derecha del río, y atacar el enemigo por la espalda en Santa Rosa si era posible, siendo su primer objeto marchar directamente a Chacabuco, caso de poderlo verificar con seguridad, y hacerse fuerte allí a fin de interceptar las comunicaciones con la capital o dejar cortada la división realista que ocupara el valle. Además, se le recomendaba insurreccionar las poblaciones de ambos valles y reunir víveres y cabalgaduras de refresco, a cuyo efecto le acompañaba el coronel chileno Portus, encargado de reunir las milicias de ambos distritos. Por último, pre-

veíase el caso de la retirada y la derrota y todas las eventualidades posibles, trazándole las líneas generales dentro de las cuales debía moverse.

Toda la tropa iba montada en mulas, y marchaba en desfilada por los estrechos senderos, pero organizada a la manera de áreas. Las cuatro mil mulas montadas estaban divididas en 200 piaras, y cada 20 soldados ocupaba una piara a cargo de un peón. Los destacamentos de milicias que ligaban las columnas como eslabones de esta cadena orgánica, estaban encargados de la custodia de los depósitos de víveres y hospitales, el cuidado de las caballadas y el especial encargo de recoger los rezagados y los enfermos. Las jornadas estaban calculadas como las de Uspallata con arreglo al pasto y al agua, y sumaban por el camino de los Patos 514 kilómetros desde la falda oriental de la cordillera hasta la garganta de las Achupallas, y 545 hasta el pueblo de San Antonio de Putaendo, primer objetivo de la marcha en la planicie. En este orden penetraron a la segunda cordillera por el boquete de Valle Hermoso, situado a más de 3.600 metros de altitud.

El camino de los Patos, más largo que el de Uspallata, como queda dicho, es más frígido por especiales condiciones climatológicas, y mucho más fragoso en partes, por cuanto su trayecto corre al través de grandes alturas y dentro de un macizo cortado a pique en sus contornos, sin más horizonte que las montañas nevadas que lo dominan, elevándose sobre todas ellas el gigantesco pico volcánico de Aconcagua. Por esta razón el frío de la noche es mucho más intenso, las heladas son constantes aun en el verano, y la dificultad de respirar y de moverse por el enrarecimiento del aire, produce una enfermedad que en la cordillera de los Andes es conocida con el nombre de "puna" o "sorocho", especie de mareo a veces mortal, como consecuencia del desequilibrio en el dinamismo vital. Esta enfermedad causó algunos estragos en las filas del ejército; pero las medidas estaban tan bien tomadas, que merced a las jornadas lentas y graduales y al específico de ajos y cebollas, pudieron hombres y bestias salvar inmunes aquellos terribles pasos con pérdidas relativamente pequeñas.

X

El coronel Las Heras seguía su marcha paralela por Uspallata. El 24 de enero hallábase acampado en el valle de este nombre, cuando recibió aviso de que la avanzada de Picheuta, compuesta de 14 hombres había sido sorprendida por una partida realista. Marcó, más por instinto que por previsión, había destacado una columna de 1.000 hombres de las tres armas sobre el valle de Aconcagua. Su jefe, que lo era el coronel de ingenieros Miguel María Atero,

dispuso que un destacamento de 250 hombres al mando del mayor de Talaveras Miguel Marquell, avanzara por el camino de Uspallata, trasmontase la cumbre y practicara un reconocimiento, internándose en la cordillera hasta donde fuere posible a fin de adquirir noticias ciertas de los movimientos de los argentinos. La vanguardia de este destacamento, compuesta de 60 hombres, era la que había sorprendido la avanzada de Picheuta, de la cual se salvaron algunos soldados que llevaron la noticia al campamento del valle de Uspallata. En el acto dispuso Las Heras que su segundo el mayor Enrique Martínez saliese con una compañía del 11 y el piquete de Granaderos a caballo (100 plazas), en persecución del enemigo, el que fue alcanzado el 25 en Los Potrerillos, con toda su fuerza reconcentrada. A pesar de la posición fuerte que ocupaba, fue atacado por tres puntos, trabándose un combate de dos horas y media, hasta obligarlo a repasar con pérdidas la cumbre de la cordillera, llevando la noticia de que una fuerte división patriota invadía por aquella parte. San Martín recibió esta noticia en el punto denominado Los Manantiales, internado ya en la montaña, en momentos en que el coronel Hilarión de la Quintana le entregaba la última carta de Pueyrredón, en que le manifestaba sus temores sobre el éxito de la empresa, circunstancia que ha dado origen a la especie desautorizada de que le ordenaba retrogradar —que han repetido algunos historiadores—, cuando, como se ha visto, lo alentaba a proseguir en ella a pesar de todo.

Este accidente desgraciado no previsto, podía cambiar la faz de la campaña, y obligaba desde luego a modificar el plan de invasión al menos en los detalles. El enemigo, apercibido de que iba a ser atacado por Uspallata, podía, antes que el grueso del ejército argentino dominara el llano, ocupar algunos de los desfiladeros de los dos caminos, y con un batallón detener su marcha calculada. La cuestión era de horas. Si en el día fijado, las dos columnas no desembocaban en los valles de Aconcagua y Putaendo y operaban su reunión, el enemigo podía acudir con toda su fuerza, reconcentrándola sobre el punto o los puntos ocupados, y la combinación estaba malograda. El general de los Andes, dándose cuenta de todo esto, modificó su plan sobre el terreno con arreglo a las circunstancias. En el acto dispuso, que el ejército continuara su marcha, y que el mayor de ingenieros Arcos, a la cabeza de 200 hombres, se adelantase rápidamente por un camino de atajo (que es el ramal antes mencionado), ocupara sin pérdida de tiempo la garganta de las Achupallas y se fortificara y sostuviese en ella, batiendo la fuerza que allí encontrase, para dar tiempo a las columnas de llegar a la planicie. Arcos desempeñó su comisión con actividad y valor. El día 4 se encontraba con la guardia de las Achupallas reforzada por 100 hombres salidos de San Felipe, en la conjunción de los dos caminos del descenso occidental, y después de un corto tiroteo, el teniente Juan

Lavalle a la cabeza de 25 granaderos montados, daba su primera carga heroica de caballería, y los ponía en fuga, persiguiéndolos tenazmente. La campaña estaba salvada.

Estas órdenes eran expedidas por San Martín, al mismo tiempo que trepaba la cumbre de la gran cordillera, caballero en una mula, como cuenta la historia que lo hizo Bonaparte al transmontar el San Bernardo, no por imitación ni por modestia, sino por ser la única cabalgadura cuyo paso firme y marcha equilibrada permite orillar sin peligro los abismos de las montañas, observando y meditando tranquilamente, entregado el viajero con la rienda suelta a su instinto seguro. Su montura estaba enjaezada a la chilena, con estribos baúles de madera. Iba vestido con una chaqueta guarnecida de pieles de nutria y envuelto en su capotón de campaña con vivos encarnados y botonadura dorada; botas granaderas con espuelas de bronce como las de sus estatuas; su sable morisco ceñido a la cintura; cubierta la cabeza con su típico falucho — sombrero apuntado —, forrado en hule, sujeto por barbiquejo que para mayor garantía contra el viento impetuoso de las alturas ató con un pañuelo por debajo de la barba. Al tiempo de ascender la cuesta de Valle Hermoso, se ocupaba en conversar con los guías sobre los caminos laterales que comunicaban con Las Heras, para combinar las marchas y ataques de ambas columnas, cuando una tempestad de granizo se descolgó de la montaña y obligó a hacer un alto a la división de reserva que había alcanzado en aquel punto. El general de los Andes apeóse de su mula, se acostó en el suelo y se durmió con una piedra por cabecera bajo una temperatura de 6 grados centígrados. Al tiempo de continuar la marcha, pidió a su asistente los chifles guarnecidos de plata en que llevaba su provisión de agua y de aguardiente de Mendoza, invitó al coronel don Hilarión de la Quintana — a quien había nombrado su primer ayudante de campo —, y reconfortado por aquel corto sueño después de tantas noches de vigilia, encendió un cigarrillo de papel, y mandó que las charangas de los batallones tocasen el himno nacional argentino, cuyos ecos debían resonar bien pronto por todos los ámbitos de la América del Sur. En seguida, continuaron la penosa ascensión de la nevada cumbre, detrás de la cual estaba el llano que buscaba para combatir y triunfar. Este sitio ha conservado desde entonces la denominación de Trinchera de San Martín.

El 2 de febrero a las 3 de la mañana trasmontó Las Heras la cumbre de la cordillera de Uspallata, y en cumplimiento de sus instrucciones, el 4 al ponerse el sol, fue atacado el punto de la "Guardia Vieja" por 150 fusileros y 30 jinetes, a órdenes del mayor Enrique Martínez, y después de un combate de hora y media a sable y bayoneta, tomada por asalto la posición fortificada que defendían 94 realistas, dejando éstos en el campo 25 muertos, 43 prisioneros, 57 fusiles, 10 tercerolas y cantidad de municiones y víve-

res. En el día anterior había recibido Las Heras un oficio de San Martín, datado en Manantiales el 1º a las 6 de la mañana, ordenándole demorase dos días la marcha de su división, para dar lugar al desarrollo del nuevo plan. En consecuencia Martínez se replegó a su reserva en el Juncalito, donde permaneció a la expectativa. La combinación volvía a sistematizarse.

XI

El día 5 la alarma se difundió en los dos valles de Aconcagua y Putaendo. Los fugitivos de la Guardia Vieja llegaban a Santa Rosa de los Andes, al mismo tiempo que los dispersos de las Achupallas a San Felipe. El jefe realista que los defendía, amagado a la vez por dos puntos, y sin fuerzas suficientes con qué sostenerse, no acertaba a tomar medidas. Para mayor confusión, recibió un pliego de las Heras, proponiéndole un canje de los prisioneros de Picheuta por otros tantos de la Guardia Vieja. Era un ardid de la escuela de San Martín. El portador de la comunicación, que era un prisionero español, engañado por el simulado retroceso de la vanguardia de Las Heras, anunciaba que éste después del asalto del 4 se había puesto en marcha hacia Mendoza. Desde ese momento, el coronel Atero, creyendo disipado el peligro de Uspallata, reunió todas sus tropas disponibles, y marchó apresuradamente con 400 infantes, 300 jinetes y dos piezas de campaña, al encuentro de las fuerzas invasoras que asomaban por la Garganta de Achupallas, cuyo número ignoraba. De este modo, la columna de Uspallata, que el 6 se había concentrado en la Guardia, continuando su marcha, podía caer libremente sobre Santa Rosa el día prefijado, a la vez que el grueso del ejército penetraba en masa al valle de Putaendo, y verificar ambas su junción en el punto indicado de antemano.

Los errores de Marcó —previstos por el astuto invasor—, contribuían a este éxito, tanto como las hábiles combinaciones estratégicas del plan de campaña. Completamente a ciegas respecto de los planes de San Martín, sin plano ninguno él mismo, y llamada fuertemente su atención hacia el sur, persistía en el absurdo propósito de atender a todas partes, presentándose débil en todas, con un ejército veterano de 5.000 hombres disciplinados, además de las milicias movilizadas. Sus fuerzas estaban esparcidas en una extensión de 934 kilómetros, de tal manera que, aun para plegar sus alas sobre el centro, necesitaba por lo menos cuatro días, y para reforzar su flanco izquierdo no menos de ocho. Tenía un batallón aislado en Concepción, otro en Chillán, medio batallón en Talca, algunas compañías destacadas sobre Rancagua en observación del paso del Portillo, y su mejor cuerpo de caballería, los húsares de Barañao, estaban en San Fernando a 208 kilómetros de Santiago, donde per-

manecía la artillería con 16 piezas de campaña y el resto de sus tropas. El mejor partido que pudiera haber adoptado, habría sido reconcentrarse en la capital y esperar con fuerzas superiores el ataque; pero sin solución ni idea, todo su conato era reservarse un camino de escape. "Si me reduzco a la capital —decía él mismo—, puedo ser aislado, y perdida la comunicación con las provincias y Valparaíso, me quedo sin retirada." Este era el contendor del general de los Andes.

A las 14 horas del mismo día 8 de febrero, en que el capitán general de Chile no atinaba a darse cuenta ni adónde debía acudir ni reconcentrarse, el grueso del ejército argentino ocupaba el pueblo de San Antonio de Putaendo. A esa misma hora, Las Heras era dueño de Santa Rosa de los Andes. Los dos valles estaban dominados por los invasores, y sus cabezas de columnas convergían por diversos caminos cerrando el anillo estratégico en el punto matemático de Chacabuco. Va a verse cómo se había ejecutado este movimiento convergente.

Posesionados Arcos y Lavalle de las Achapullas, su situación era crítica, pues de un momento a otro podían ser cargados por fuerzas superiores. Soler en persona acudió rápidamente en su sostén con la escolta del general en jefe mandada por el comandante Mariano Necochea, los escuadrones 3º y 4º de Granaderos, y las cinco piezas de montaña, ordenando a la infantería forzara sus marchas y a la división de reserva acelerar las suyas para acortar la distancia. El 6, la vanguardia se hallaba reunida en las primeras planicies de Putaendo y montada su artillería, avanzaba hasta San Andrés del Tártaro (21 kilómetros de las Achupallas), y desprendía toda su caballería en la prolongación del valle, disponiendo que Necochea con la escolta del general, compuesta de 110 jinetes, se situara sobre la villa de San Felipe. Atero, que había retrogradado de Santa Rosa sobre San Felipe, se adelantó con sus 700 hombres al encuentro de Necochea, y en la madrugada del 7 ambas fuerzas estaban frente a frente.

Marchaba Atero hacia el este por el camino real, que es un desfiladero limitado por el río Putaendo y el contrafuerte que lo separa del valle de Aconcagua, y ocupó con su infantería y artillería los cerros de las Coimas, que forman un ángulo saliente dominando la llanura en que se asienta la villa de San Antonio. El jefe argentino, aparentando un temor, que justificaba su fuerza relativamente inferior en número emprendió su retirada por el camino, cubriendo su retaguardia con dos guerrillas sobre los flancos, con el objeto de sacar al enemigo de sus fuertes posiciones y atraerlo al llano, donde la caballería pudiese jugar con ventaja.

El jefe español, por su parte, engañado por esta estratagema, se adelantó con 300 jinetes, cubiertos por una línea de tiradores, dejando su infantería y artillería en las Coimas, y así que se hubo

separado algunos centenares de metros de su reserva, se vio improvisamente acometido en su avance. Necochea, que había dividido su escuadrón en tres secciones, tomando el mando de la del centro, dio el de la derecha al capitán Manuel Soler, y el de la izquierda, emboscada detrás de un rancho, a su ayudante Angel Pacheco. Los granaderos dieron vuelta caras sobre la marcha y cargaron de frente en perfecto orden, sable en mano sin disparar un tiro, al toque de a degüello de los clarines, mientras su emboscada arrollaba por el flanco derecho la línea de tiradores realistas, y los echaba sobre su reserva, en que introdujera el desorden. Media hora duró el combate: la línea realista fue rota en varios puntos a la vez, y obligada a replegarse en dispersión hasta el pie de los cerros al amparo de los fuegos de sus cañones, dejando en el campo 30 muertos, 4 prisioneros y algún armamento.

El golpe decidía la campaña preliminar del paso de los Andes. El coronel Atero se replegó en derrota sobre San Felipe, llevando sus heridos, pasó al sur del río Aconcagua inutilizando el puente, y dio por perdida toda la provincia. El pánico se difundió en ambos valles, y los derrotados de las Coimas contaban despavoridos que habían sido acuchillados por unos hombres muy altos, muy jinetes, con unos sables tan largos y tan afilados, que ni toda la caballería de Chile había podido detener su empuje. Todos los habitantes de los pueblos aconcagüinos se pronunciaron en masa por los libertadores, y los realistas en sus marchas y contramarchas no encontraban un solo habitante que les proporcionara recursos, ni siquiera les diese aviso de los movimientos de los invasores.

Mientras tanto Las Heras entraba en triunfo en Santa Rosa y se apoderaba de los depósitos de armas, municiones y víveres abandonados en su fuga por los realistas. Al día siguiente (9 de febrero), los zapadores restablecían el puente del Aconcagua, el grueso del ejército pasaba por él, y a órdenes de Melián se adelantaba un escuadrón de granaderos hasta la cuesta de Chacabuco, donde se encontraba con las avanzadas de caballería de Las Heras. El parque y la artillería conducidos por Beltrán descendía simultáneamente por las pendientes de Uspallata, sin pérdida de un solo cañón, aunque de las 10.000 mulas sólo llegaron 4.000, y los caballos, reducidos a la tercera parte, se encontraban en muy mal estado.

La reconcentración del ejército de los Andes estaba operada en el llano al occidente de la cordillera, en los días pronosticados por San Martín dos semanas antes (el 24 de enero). Al mismo tiempo y en el mismo día, el sur y el norte de Chile estaba reconquistado. La combinación estratégica desenvuelta sobre un frente de 2.100 kilómetros efectuóse matemáticamente a hora fija, según las previsiones de su hábil ordenador.

Estos hechos respondían a las palabras con que había abierto la campaña en la proclama que dirigió a los chilenos al trasmontar

los Andes, en consonancia con las instrucciones del gobierno: "El ejército de mi mando viene a libraros de los tiranos que oprimen este precioso suelo. Me enternezco cuando medito las ansias recíprocas de abrazarse tantas familias privadas de la felicidad de su patria, o por un destierro violento o por una emigración necesaria. Vosotros podéis acelerar ese dulce momento, preparándoos a cooperar con vuestros libertadores, que recibirán con la mayor cordialidad a cuantos quieran reunírseles para tan grande empresa. La tropa está prevenida de una disciplina rigurosa y el respeto que debe a la religión, a la propiedad y al honor de todo ciudadano. No es de nuestro juicio entrar al examen de las opiniones. Yo os protesto por mi honor y por la independencia de nuestra cara patria, que nadie será repulsado al presentarse de buena fe. Se castigará con severidad el menor insulto. Me prometo que no se cometerá ninguno bajo las banderas americanas, y que se arrepentirá tarde y sin recurso el que las ofenda. Estos son los sentimientos del gobierno supremo de las Provincias Sudamericanas que me manda, desprendiéndose de una parte principal de sus fuerzas, para romper las cadenas ensangrentadas que os ligan al carro infame de los tiranos: son los míos y los de mis compañeros en la campaña. Ella se emprende para salvaros ¡chilenos generosos! corresponded a los designios de los que arrostran la muerte por la libertad de la patria. — San Martín."

Si algún legítimo orgullo experimentó ante estos resultados, por él preparados y previstos, nadie lo ha sabido. Limitóse a dar oficialmente cuenta del hecho en términos sencillos, enumerando los obstáculos del camino: "El tránsito solo de la sierra ha sido un triunfo, moviéndose la mole de un ejército con las subsistencias para casi un mes; armamentos, municiones y demás adherentes para un camino de cien leguas, cruzando eminencias escarpadas, desfiladeros, travesías, profundas angosturas, y cortado por cuatro cordilleras, donde lo fragoso del suelo se disputa con la rigidez de la temperatura: pero si vencerla ha sido una victoria, no lo es menos haber cooperado a escarmentar al enemigo." En seguida recomendaba en primer lugar a Soler, así como a O'Higgins y Las Heras, "a cuyos conocimientos y acertadas disposiciones se debían especialmente las ventajas obtenidas; el mérito del comandante Necochea, mayor Martínez (Enrique), ingeniero Arcos, capitán Soler, ayudante Pacheco y teniente Lavalle." En cuanto a él personalmente se limitaba a decir: "Mañana salgo a cubrir la sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santiago. Descanse V. E. que mi conducta se ajustará en un todo a las instrucciones de esa suprema autoridad." Su ecuanimidad no pasó desapercibida para sus contemporáneos. La prensa argentina, al dar cuenta de sus triunfos, decía: "Admirarán unos el valor de las tropas o el arrojo de los oficiales que más

se han distinguido; otros ensalzarán el tino, la reserva y la astucia del general; pero nada es tan glorioso como su moderación."

Otros cuidados que los de la propia gloria ocupaban su ánimo. La caballería estaba casi a pie; el tiempo urgía, y era indispensable ganar de mano al enemigo antes que se reconcentrase. Para alcanzar todos los resultados que buscaba, necesitaba no perder un solo día, y prepararse a la batalla pronosticada para el día 15 de febrero, en que según sus cálculos, todo quedaría decidido en el punto matemático marcado en el plano, que a la sazón indicaba como una simple etapa. Así terminaba diciendo: "A mi pesar no puedo seguir al enemigo hasta Santiago hasta dentro de dos días, término que creo suficiente para recolectar cabalgaduras en que movernos, y poder operar, pues sin este auxilio nada puede practicarse en grande. El ejército ha descendido a pie. Mil doscientos caballos para maniobrar con ellos, no obstante las herraduras y otras precauciones, han llegado inútiles, tan áspero es el paso de la sierra; pero ya Chile se apresura a ser libre, y la cooperación de sus buenos hijos recrece por instantes." Runidos algunos caballos en el valle de Aconcagua, decía en oficio posterior: "En esta situación, me resolví a marchar sobre los enemigos y la capital con la rapidez posible, y atacarlos en cualquier punto que los encontrase, no obstante no haber recibido aún mi artillería de batalla."

XII

El juicio de la posteridad americana es unánime respecto de la trascendencia del paso de los Andes por San Martín, así como gran operación de guerra ofensiva, cuanto por la influencia que tuvo en el éxito final de la lucha de la emancipación del nuevo mundo meridional, y su mejor comentario son sus resultados. Por eso, sólo haremos mención de los juicios que los adversarios y los extraños han pronunciado a su respecto, considerándolo militar y científicamente en sus relaciones con el arte de la guerra y la historia general.

Uno de los más célebres historiadores universales de la época moderna (Gervinus) que, como se dijo antes, ha desconocido el carácter general de San Martín, extraviado por documentos malos e incompletos, no puede menos de poner de relieve su gran figura dentro de su vasto cuadro, guiado por sus líneas fundamentales, al reconocer la trascendencia de sus acciones, y especialmente la del paso de los Andes, como empresa inicial de guerra ofensiva, que sintetiza en estos términos: "En 1814 —dice—, se había perdido Chile, al mismo tiempo que Montevideo fue tomada después de una lucha de cuatro años. Este acontecimiento vino a formar el momento crítico, tan señalado en la fortuna de los patriotas. La revolución to-

ma la ofensiva, ataca a la madre patria, y penetra como conquistadora en la España misma. Desde ese momento la fortuna cambia, y los acontecimientos, prevaleciendo al fin sobre la potencia de la España en las colonias, reacciona a su vez de una manera decisiva sobre la metrópoli y extiende su influencia de la periferia al centro. Todos los acontecimientos hasta 1814 no habían podido hacer salir a la América de su posición ofensiva. El paso de San Martín a Chile (1817), ejecutado por un hombre cuyo espíritu de cálculo era muy superior a todos los jefes de revueltas, así en España como en América, que sólo fundaban el éxito de su causa en la suerte o el caso, dio súbitamente otra fuerza de impulsión y de acción a los acontecimientos de la América. Este hecho dio, como primera consecuencia, la invasión de Bolívar a la Nueva Granada y la fundación de Colombio (1819). Además, fue el preludio del armamento que iba a vencer al Perú, conservado por tanto tiempo por la España. Ultimamente, por las impulsiones que dio más allá del Océano a la España misma, hizo estallar la revolución de 1820, que reaccionando a su vez sobre Méjico, anonadó en su último baluarte la dominación ejercida por la España sobre la América continental. Sólo la certidumbre del primer golpe podía asegurar el éxito de la empresa, y San Martín, para conseguirlo, se puso a la obra con una habilidad consumada. No debía esperar en un ataque abierto vencer a las fuerzas chilenas, doblemente superiores a las suyas, teniendo además que atravesar los Andes, donde podía ser fácilmente detenido por un pequeño número de tropas, y concibió una serie sistemática de jugadas de ajedrez, que confundieron a sus enemigos. Su ejército soportó de la manera más valerosa el paso extremadamente difícil y lleno de peligros de la alta cordillera."

Un escritor militar español, y por lo tanto adversario nacional de San Martín — a quien llama "terrible campeón de la independencia americana" — ha dicho, juzgando el paso de los Andes: "es uno de los más gloriosos que ha visto el mundo", y lo coloca entre las operaciones en que es teatro de la guerra "es a la vez cordillera y desierto." Napoleón establece en sus Memorias de Santa Elena, que las naciones tienen tres clases de fronteras protectoras: los mares o ríos, las montañas y los desiertos, y que éstos últimos son los más difíciles de vencer. En el paso de los Andes se reunían estas dos dificultades, que según el escritor citado, levanta por el solo hecho de vencerlas al ejército que lo ejecutó, "un monumento de gloria inmortal." Aun cuando el autor de la obra militar de que extractamos este juicio, no se muestre muy conocedor de la topografía del país y de la historia circunstanciada de la expedición, vese que la ha comprendido en sus grandes lineamientos. He aquí un rasgo con que la sintetiza y que revela la admiración del soldado a la par de la simpatía humana: "El carácter, la constancia — dice —, y el buen ejemplo que daba el general, que era el primero

en la fatiga y el sufrimiento, y que sostenía y celaba con inteligencia la moral del soldado, pudieron llevar a feliz éxito tan atrevida empresa, y por fin después de andar veintitrés días, el ejército republicano se presentó como llovido del cielo al otro lado de las montañas entre los dos cuerpos españoles. La victoria no podía ser dudosa." La compara después como operación propia de la gran guerra, con el paso de los Alpes réticos de Macdonall por los Grisones en 1800, colocándolo en primera línea como dificultad vencida. Acentúa el significado de este juicio de un adversario, la circunstancia de que el libro de que es tomado, está consagrado al arte militar, teóricamente considerado, con el objeto de ofrecer lecciones al ejército español, y es dedicado a uno de los primeros generales de la España moderna, argentino de nacimiento, pero servidor fiel de la causa de su patria adoptiva.

Los historiadores españoles de la revolución americana, que la han considerado del punto de vista de sus pasiones e intereses nacionales, no pueden menos que hacer justicia a esta gran operación, reconociendo el genio del general que la concibió y ejecutó. Torrente, el más parcial de todos, dice, refiriéndose a ella: "San Martín nada ignoraba de lo que sucedía entre los realistas; su correspondencia con los descontentos de Chile iba haciendo los más rápidos progresos en la opinión; su osadía crecía en razón directa del desaliento del enemigo que iba a combatir. El plan que tenía adoptado era el más seguro para darle la victoria, y el darle ejecución con tanta rapidez y felicidad, le hicieron adquirir un lugar distinguido en el templo de la fama revolucionaria." El general Camba, actor en la guerra hispanoamericana bajo la bandera española en el Perú, y juez competente, le tributa sin reserva leal homenaje en términos tan precisos como imparciales "La pérdida del reino Chile —dice—, fue un suceso de inmensa trascendencia, fatal para las armas españolas. Sabíase que hacía tiempo organizaba el general San Martín un ejército con este objeto en Mendoza, a la banda oriental de la cordillera de los Andes. Las tropas realistas componían entonces una fuerza de 7.000 hombres; pero el astuto enemigo supo distraer de tal modo la atención del general Marcó del Pont, que lo hizo incidir en el gravísimo error de pretender cubrir una línea de muchas leguas de extensión, quedando por consiguiente, débil en todas sus partes. Obtenido este deseado resultado, se puso San Martín en marcha con 4.200 hombres de línea y 1.200 milicianos. La imparcialidad exige confesar, que la pronta organización de su ejército en Mendoza, con las dificultades que ofrece el país, la invasión de Chile y su entendida ejecución, recomienda el mérito de San Martín."

Los escritores militares alemanes de la escuela de Federico, en una época (1852) en que buscaban en la historia ejemplos que presentar como lecciones a su ejército, consideraron digno el paso

de los Andes de ser estudiado como un modelo, deduciendo de él enseñanzas nuevas para la guerra. "La poca atención —decían— que en general se ha prestado al estudio de la guerra en la América del Sur, hace más interesante la marcha admirable que el general San Martín efectuó a través de la cordillera de los Andes, tanto por la clase de terreno en que la verificó, como por las circunstancias particulares que la motivaron. En esta marcha, así como en la de Suwarof por los Alpes y la de Perofski por los desiertos de la Turannia, se confirma más la idea de que un ejército puede arrostrar toda clase de penalidades, si está arraigada en sus filas como debe, la sólida y verdadera disciplina militar. No es posible llevar a cabo las grandes empresas, sin orden, gran amor al servicio, y una ciega confianza en quien los guía. Estos atrevidos movimientos en los caudillos que los intentan, tienen por causa la gran fuerza de voluntad, el inmenso ascendiente sobre sus subordinados, y el estudio concienzudo que deben practicar sobre el terreno donde han de ejecutar sus operaciones para adquirir un exacto conocimiento de las dificultades que presente, y poderlas aprovechar en su favor, siendo su principal y útil resultado enseñarnos que las montañas por más elevadas que sean, no deben considerarse como baluartes inexpugnables, sino como obstáculos estratégicos."

Bien que el autor alemán incurra en algunos errores históricos y topográficos de detalle, el relato que de la expedición hace es correcto en su conjunto, y ofrece una página de arte militar tan interesante e instructiva, como honrosa para el héroe de ella, cuyo retrato perfila, reconociéndole "gran talento, mucho valor y conocimientos militares muy superiores, y ser el más terrible antagonista de los españoles, por su constancia, su perspicacia y gran actividad." Este autorizado juicio de una de las primeras escuelas militares del mundo, ha sido confirmado por la misma España, a quien San Martín venció, al traducirlo del alemán e insertarlo en su más acreditada revista facultativa, vulgarizándolo en el mundo del habla española para enseñanza de sus ejércitos.

El paso de los Andes por San Martín está colocado por la historia y por la ciencia a la altura de los cuatro más célebres pasos de montaña que recuerde el mundo, y ocupa el tercer lugar en el orden cronológico. Fue la renovación de la campaña de Aníbal con las mismas proyecciones continentales, al través de las montañas de tres naciones, surcando además mares, como Alejandro, y venciendo mayores dificultades en su largo trayecto. Fue más metódicamente y con mayor seguridad, la renovación del famoso paso del Saint-Jean por Bonaparte. Sin pretender comparar el genio inspirado y enciclopédico del primer capitán del siglo con el genio concreto del primer capitán americano, debe decirse en verdad, que teniendo el de San Martín todas sus previsiones, sus aciertos y su completo éxito final, no cometió ninguno de los errores técnicos, estratégicos

o tácticos del gran maestro, ni en los medios de conducción de su material, ni en el paso de la montaña, ni en la distribución o concentración de sus tropas, errores que en el admirable plan de campaña del primero son meros lunares, que su genio corregía en el campo de la acción. Y si se comparan los medios de que uno y otro disponían, justo es dar la prioridad de las dificultades vencidas, al que con menos hombres y menos recursos supo allanarlas en la región andina, y predecir con más certidumbre el día y el sitio de la victoria dejando de ello pruebas irrecusables, de más valor histórico que la anécdota dudosa que la tradición complaciente ha prestado como falsa hoja de laurel de la corona napoleónica, en contradicción con las peripecias de la campaña alpina no previstas, como la historia misma lo comprueba.

Si el paso de los Andes se compara como victoria humana, con los de Aníbal y Napoleón, movido el uno por la venganza y la codicia, y el otro por la ambición, se verá, que la empresa de San Martín, grande militarmente en sí, aun poniéndola más abajo como modelo clásico, es más trascendental en el orden de los destinos humanos, porque tenía por objeto y por móvil la independencia y la libertad de un mundo republicano, cuya gloria ha sido y será más fecunda en los tiempos que las estériles jornadas de Trebia y de Marengo. Por eso, el único paso de montaña comparable bajo este aspecto con el de los Andes meridionales por San Martín, aunque sea una de sus consecuencias, es el de Bolívar dos años después (año de 1819), al través de los Andes ecuatoriales, que dio por resultado la victoria americana de Boyacá (1819) complemento de la de Maipú (1818), y la reconquista de Nueva Granada, complemento de la de Chile al sur (1817). Igualmente fecundos y decisivos ambos, y memorables como operación de guerra, el del libertador colombiano tiene las largas proyecciones instintivas del genio, aunque sin las admirables previsiones y la correcta regularidad de la combinación estratégica del general argentino, representando ambos una victoria humana; pero corresponde especialmente a San Martín la gloria inicial de haber dado con su paso de los Andes la primera gran señal de la guerra ofensiva en la lucha de la emancipación sudamericana, legando a la historia militar del nuevo y viejo mundo la lección más acabada en su género.

Capítulo XIV

CHACABUCO

1817

Situación del ejército argentino después del paso de los Andes. — Reconcentración de las columnas invasoras en el punto estratégico de Chacabuco. — Descripción de la cuesta de Chacabuco. — Plan de batalla de San Martín. — Errores de Marcó. — Los realistas se reconcentran en Chacabuco. — Marcha de avance del ejército argentino. — Movimiento del ala izquierda argentina. — Disposiciones defensivas de los realistas. — Primeras peripecias de la batalla. — Movimiento del ala derecha. — Batalla de Chacabuco. — Juicios acerca de ella. — Su importancia histórica y política. — Sus consecuencias inmediatas. — Tres almas intrépidas. — Establecimiento del gobierno nacional de Chile. — San Martín y Marcó. — Humoradas del vencedor. — La corona cívica del vencedor de Chacabuco. — Nuevos planes militares. — La Logia de Lautaro. — Origen de la biblioteca de Santiago de Chile. — Chacabuco, primera etapa continental.

I

Situado el grueso del ejército en San Felipe el día 8 de febrero, y dueño de las dos cabezas de su puente, al mismo tiempo que la división de Las Heras se posesionaba de Santa Rosa, el valle de Putaendo quedaba cubierto, y dominado todo el de Aconcagua, concurriendo simultáneamente ambas columnas al punto estratégico de Chacabuco, ocupado ya por las avanzadas, donde debía operarse su reconcentración general para emprender operaciones decisivas. Al iniciar este movimiento convergente, San Martín pidió a sus agentes secretos de Santiago noticias circunstanciadas de la situación del enemigo, y despachaba a su baquiano de confianza, Justo Estay, campesino chileno, dotado de sagacidad y golpe de vista, con el objeto de observar sus movimientos, recomendándole regresar antes del tercer día. El 9, la columna principal que había invadido por el camino de Los Patos, pasó al sur del río Aconcagua, por el puente de San Felipe, según queda explicado. El 10, todo el ejército invasor estaba reunido al pie de la cuesta de Chacabuco. Del otro lado estaba el campo destinado a ser memorable en los fastos americanos.

En los días 10 y 11, los ingenieros Arcos y Alvarez Condarco se ocuparon, con arreglo a las instrucciones del general, en levantar un croquis de la serranía, protegidos por guerrillas de infantería y caballería, que, a cargo de oficiales expertos, y conducidos por buenos guías del país, practicaron un reconocimiento prolijo de sus quebradas y de los caminos que conducían a la cumbre. El día 11, regresó Estay con las contestaciones de los agentes secretos, que transmitían las órdenes reservadas expedidas por Marcó, copiadas en sus misma secretaría. El astuto mensajero había visitado los cuarteles de los realistas en la capital, y disfrazado de roto, pudo contar, uno por uno, el día 9, al pasar el puente de Santiago sobre el Mapocho, los soldados en marcha hacia Chacabuco. En posesión de estos conocimientos, San Martín convocó una junta de generales y jefes del cuerpo, con el objeto de acordar el plan de la próxima batalla. Una breve descripción del terreno dará su clave.

La serranía de Chacabuco, sobre la cual estaba calcado el plan, es un cordón transversal de altas montañas, que se desprende de los macizos contiguos de Uspallata y de Tupungato de la gran cordillera en dirección al oeste, y se prolonga hasta la costa del mar, midiendo su cumbre 1.280 metros de elevación. En su promedio está situada la cuesta, que se desenvuelve en suaves planos inclinados por la parte del norte en una extensión de seis kilómetros, siendo más largo y más áspero el descenso por la parte sur. Como a cinco kilómetros antes de llegar a la cumbre, el camino se bifurca en dos senderos, que forman ángulo agudo. El de la izquierda, que es el más corto y más recto, pero más pendiente, conduce a la llamada "Cuesta vieja" —que era entonces el camino real, y hoy es de herradura—, y que desde aquel día se denominó "Quebrada de los cuyanos". El otro, situado más al oeste, conduce a la "Cuesta nueva", que es actualmente el camino carretero, y que en aquella época era poco conocido. Ambos caminos desembocaban en el llano opuesto de Chacabuco con intervalo como de 2.500 metros. Desde su mayor altura, coronada de bosquecillos de quillay, árbol siempre verde, que a la distancia semejan grupos de laureles, se domina un vasto y pintoresco panorama. A su pie se extiende la planicie que comienza entre las quebradas del este de Chacabuco, y se prolonga como 12 kilómetros hacia el sur en dirección a Santiago hasta el portezuelo del cordón de Colina, que lo limita. Hacia el oriente, se levanta la gran cordillera con sus estupendos nevados entre el Aconcagua y el Tupungato, en cuyo fondo iluminado, al nacer y ponerse el sol, se funden con pico colorido todas las medias tintas transparentes del iris, desde el rosicler encendido de la aurora hasta el verde pálido del ocaso, bajo uno de los cielos más bellos del mundo. Al occidente, negras y agrestes, se prolongan las montañas achatadas que forman la continuación del crestón de Chacabuco hasta unirse con la cordillera marítima.

Con el croquis de los ingenieros por delante, San Martín abrió la junta de guerra (11 de febrero), comunicando las noticias transmitidas por sus espías y agentes, y expuso que, aun cuando según sus cálculos había pensado dar la batalla el día 14, los conocimientos adquiridos lo decidían a librarla en el siguiente día, sin esperar el resto de su artillería, a fin de aprovecharse de la división de las fuerzas enemigas y no darles tiempo a reconcentrarse en Chacabuco, donde debían ser infaliblemente batidas. En seguida desenvolvió su plan, tan sencillo como seguro, que consistía, a la manera del paso de los Andes, pero con proyecciones tácticas más precisas, en la marcha paralela y convergente de dos columnas que debían atacar simultáneamente por el frente y el flanco la posición ocupada por el ejército realista, cortando a la vez su única retirada.

Con arreglo al plan acordado, el ejército se dividió en dos cuerpos, que maniobrarían siguiendo los dos caminos indicados. El de la derecha, dirigido por Soler, se compuso de los batallones número 1 y 11, dos campañías de granderos y cazadores del número 7 y 8 a cargo del comandante Anacleto Martínez y mayor Lucio Mansilla, el escuadrón Escolta de Necochea y el 4 de granaderos del comandante Manuel Escalada, con siete piezas de montaña, sumando un total de 2.100 hombres. La izquierda, fuerte como de 1.500 hombres a las órdenes de O'Higgins, formóse con el grueso de los batallones 7 y 8, los escuadrones 1, 2 y 3 de granaderos y dos piezas de montaña.

La misión encomendada a la columna de la izquierda era descender por el camino de la Cuesta Vieja, amagar el frente del enemigo, sin comprometer acción formal, mientras la de la derecha ocupaba el plano y caía sobre su flanco izquierdo y su retaguardia, concurriendo entonces simultáneamente ambas sobre la posición atacada. La batalla estaba seguramente ganada de antemano según esta combinación.

II

La avanzada del ejército realista cerraba la cumbre y el paso del camino de la Cuesta Vieja, situada en posiciones ventajosas, que bien defendidas, podían detener la marcha de un ejército; pero había descuidado la vigilancia del camino de la Cuesta nueva por su izquierda, sin sospechar el ataque que le iba por esa parte. El coronel Atero, al evacuar el valle de Aconcagua, después del combate de las Coimas, se había replegado con sus restos por el camino de las Cuesta, y situándose con ellos en Chacabuco (7 de febrero), desde donde dio parte de sus derrotas a Marcó con aires de triunfador y pidiendo protección.

El presidente de Chile desalentado con la noticia de la pérdida de Aconcagua, que recibió el 8, despachó órdenes en todas direcciones con objeto de concentrar sus fuerzas diseminadas, pero sin trazarse ningún plan de operaciones. Lo único que se le ocurrió fue expedir un bando, ofreciendo a sus soldados veinte pesos por cada muerto y doce por cada prisionero enemigo que hiciesen. En seguida dirigió una proclama a sus tropas, desmoralizadas por la noticia de la invasión y de los recientes reveses, diciéndoles: "Corred al campo y sostened la gloria que os animó antes. Si mi presencia es necesaria, no la excusaré, y con mi persona substituiré la falta del guerrero que gloriosamente acabe." Al mismo tiempo de publicar estos ridículos documentos, escribía secretamente al gobernador de Valparaíso, remitiéndole su equipaje "para que en caso desgraciado, que no lo espero, a pesar de la maldita sublevación del Reino —agregaba— me haga el favor de embarcarlo, procurando salvarlo a toda costa, para que esta canalla no se divierta a costa de Marcó." En su aturdimiento, y reconociéndose incapaz de ponerse al frente de sus tropas en campaña, había olvidado nombrar un general en jefe del ejército, y sólo dos días después, en la tarde del 19 de febrero, encomendó este cargo al brigadier Rafael Maroto (tan equívocamente famoso después del convenio de Vergara), a la sazón jefe del feroz regimiento de Talavera, dándole orden de acudir presurosamente al punto amenazado, sin más instrucciones.

El instinto hubiese aconsejado a cualquier otro director de la guerra menos inepto ganar tiempo para la reconcentración de sus fuerzas, efectuar ésta a la mayor distancia posible del enemigo y en el centro de sus recursos, y de este modo acortar las marchas de sus divisiones esparcidas, poniendo de su parte mayores probabilidades de resistencia, ya que no de triunfo. Lejos de esto, brindó a su adversario todas las ventajas al salir a su encuentro con menos de la mitad de sus fuerzas, ahorrándole las marchas que él doblaba en el avance, y esto mismo sin plan y sin esperanza siquiera de poder contrarrestar la invasión. El resultado habría sido el mismo, porque el plan del paso de los Andes había decidido de un golpe el éxito de la campaña; pero al menos la partida se hubiera jugado en condiciones menos desventajosas para las armas realistas. Así es que, cuando el brigadier Maroto llegó al campamento de Chacabuco, sólo encontró reunidos allí, además del Talavera, el batallón veterano de Chiloé, tres destacamentos de infantería de Concepción, Valdivia y Voluntarios de Chiloé, traídos por el intrépido Elorreaga, que desde Coquimbo había acudido a buscar su sepulcro, y los escuadrones de carabineros de Abascal, Dragones de Penco y restos de la caballería de Atero, mandados por Quintanilla, con cinco piezas de artillería servidas por 120 artilleros, únicas que en el momento del peligro pudieron moverse. Todas estas fuerzas apenas alcanzaban a 2.000 hombres, de los cuales 1.400 a 1.500 de infante-

ría y 400 a 500 de caballería. Aunque eran las mejores tropas con que contaba el ejército realista, mandadas por sus mejores jefes, estaban destinadas fatalmente a la derrota, así por las hábiles combinaciones del general argentino, cuanto por su debilidad numérica, su desánimo y la situación peligrosa en que se hallaban colocadas.

El brigadier Maroto llegó a Chacabuco el día 11, antes de ponerse el sol, y estableció su cuartel general en las casas de la hacienda. Sin conocimiento del terreno, de las tropas que iba a mandar ni de las posiciones y fuerzas del enemigo, se adelantó a practicar un reconocimiento de la cuesta, en cuya cumbre estaba situada su vanguardia, reforzando esta posición con las mejores compañías del Talavera y un grueso destacamento de caballería, con instrucciones de mantenerla hasta perder la mitad de su gente. El plan de Maroto era ocupar con todo su ejército la cumbre en la mañana del 12 y esperar allí la batalla, equilibrando así la inferioridad de sus fuerzas con la ventaja de la posición. Al mismo tiempo pidió refuerzos a Marcó, esperando contar con dos días más para prepararse convenientemente, los mismos que San Martín le había ganado ya.

Tal era la respectiva situación de los beligerantes a las doce de la noche, en la víspera de la batalla de Chacabuco.

III

La noche era de luna. Al mismo tiempo que la vanguardia realista se acordonaba sobre la cumbre de la Cuesta vieja, el ejército argentino formaba al pie de ella en el orden de batalla prescripto. Repartiéronse las municiones a razón de 70 cartuchos por hombre; los soldados abandonaron sus mochilas para marchar al combate con más desembarazo, y a las dos de la mañana del 12 empezó a ascender la montaña en columna sucesiva. Al llegar a la bifurcación de los dos caminos antes indicados, la división de Soler tomó el de la derecha, precedida por el batallón de cazadores, y la de O'Higgins el de la izquierda (rumbo sur ambas), siguiendo el general en jefe a retaguardia de ellas con su estado mayor y la bandera de los Andes custodiada por el resto del batallón de artillería, cuyos cañones de batalla no habían llegado aún. Ya no era San Martín el sableador de Arjonilla o de Bailén y San Lorenzo; ganaba las batallas en su almohada, fijando de antemano el día y el sitio preciso, y precisamente en este mismo día estaba aquejado de un ataque reumáticonervioso que apenas le permitía mantenerse a caballo. Era su cabeza y no su cuerpo la que combatía.

La división de Soler se internó silenciosamente en los tortuosos desfiladeros de la derecha, cubierta por una larga cerrillada. La división de la izquierda trepó la cuesta, formada en columna. Una guerrilla del número 8, con su correspondiente reserva, cubría su

flanco izquierdo por un sendero paralelo separado por una quebrada, con el doble objeto de llamar la atención y reconocer la posición enemiga a la vez que precaverse de un ataque de flanco. Un piquete de caballería exploraba los rodeos del camino, a fin de levantar las emboscadas en los recodos y descubrir si se habían construido fortificaciones. La guerrilla flanqueadora se posesionó de unas breñas inmediatas a la cumbre y rompió el fuego, que fue contestado por otra guerrilla que salió a su encuentro; pero apenas había cambiado algunos tiros, cuando inopinadamente apareció la cabeza de la columna de O'Higgins dando vuelta a un recodo a tiro de fusil, tocando los tambores a la carga. La vanguardia realista, que no esperaba el ataque, y que había visto la columna de la derecha argentina asomar por su flanco izquierdo al término de la cerrillada que hasta entonces la enmascaraba, y que a la vez se veía acometida por el flanco y la retaguardia, abandonó precipitadamente la posición sin pretender hacer resistencia. La cumbre fue coronada por los atacantes con las primeras luces del alba al son de músicas militares, y desde su altura pudieron divisar la vanguardia que se retiraba en formación cuesta abajo, y al pie de ella al ejército enemigo formado en la planicie de Chacabuco. El primer obstáculo estaba vencido, y la batalla se daría punto por punto, con algunas variantes, según las previsiones de San Martín.

El general realista, contando disponer de dos días más y recibir en este intervalo mayores refuerzos, se había movido en la madrugada de ese día de las casas de Chacabuco y establecido su línea a cinco kilómetros hacia el este, al pie de la Cuesta vieja. La marcha anticipada del ejército argentino y lo rápido y bien combinado del ataque no le dieron tiempo ni para ocupar la cumbre como lo había proyectado, ni para proteger siquiera su vanguardia que descendía en fuga, perseguida por la caballería argentina. Las disposiciones que tomó en tan crítico momento fueron acertadas, cooperando eficazmente a ellas el valeroso Elorreaga, que, según la tradición, fue el verdadero general en jefe. Tendió su línea de batalla plegada a la falda de los cerros opuestos a la serranía de Chacabuco, extendiéndose por su perfil, que se elevaba como una plataforma sobre el llano, protegida en parte por tapiales y cercos de espinos, de manera de cubrir la bajada de la Cuesta Vieja y dominar con sus fuegos el lecho de un estero como de 400 metros de ancho, por donde corría un arroyuelo que descendía de un profundo barranco del este. Apoyó su derecha en este barranco, que era invulnerable, donde estableció dos piezas de artillería que batían diagonalmente la boca de la quebrada de los Cuyanos, por donde debía asomar el ala izquierda argentina, y su izquierda en un mamelón escarpado que coronó de infantería. Entre estos dos extremos formó sus batallones en columnas cerradas, intercalando entre ellas sus tres piezas restantes. La caballería fue colocada a la

retaguardia sobre el flanco izquierdo, y parte de ella en guerrillas para proteger la retirada de la vanguardia. En esta actitud esperó pasivamente, pero con firmeza, el ataque, no obstante el desaliento visible de su tropa de que él mismo participaba, aun antes de sospechar el movimiento de la columna que debía tomarlo por el flanco izquierdo y la espalda, cerrándole la retirada del valle. Eran las nueve de la mañana cuando la vanguardia realista, en fuga, pero no deshecha, alcanzó la planicie.

Al tiempo de coronar la cumbre el ala izquierda argentina, los tres escuadrones de granaderos mandados por el coronel Zapiola tomaron la vanguardia y picaron la retirada de los realistas, sosteniendo un fuerte tiroteo; pero lo escabroso del terreno no permitía a la caballería maniobrar con ventaja, y su avance hubo de ser lento, de manera que sólo pudo llegar a la boca de la quebrada a eso de las 10 de la mañana, cuando la división de O'Higgins se hallaba todavía a media cuesta. La boca de esta quebrada, que da acceso a la parte más estrecha del valle de Chacabuco, se desenvuelve en un suave plano inclinado al tocar el llano, y está flanqueada por un elevado cerro al este y por un morro destacado al oeste, que desde entonces se llamó de "Las tórtolas cuyanas". Si los enemigos hubiesen ocupado esta fuerte posición habrían dificultado la marcha de O'Higgins; pero el avance de los granaderos no les dio tiempo para ello, aunque lo intentaron. En un principio destacaron una guerrilla sobre el morro del oeste o de las Tórtolas, que puede contornearse por barrancos que son como caminos cubiertos; pero fue contenida por una compañía dispersa de tiradores, mientras un escuadrón impedía el aproche del cerro del este y los dos escuadrones restantes ocupaban el espacio intermedio. En ese momento las dos piezas situadas sobre la derecha realista, rompieron un vivo fuego a bala, y el coronel Zapiola, considerando inútil exponer su tropa a descubierto, tomó una posición más segura a retaguardia. Eran las 11 de la mañana. En ese momento llega el ala izquierda con O'Higgins a su cabeza, ocupa a paso de trote la boca de la quebrada y despliega en línea de masas sus batallones, dejando en reserva los granaderos plegados en columna. Este fue el preliminar de la batalla.

IV

O'Higgins, al ver retirarse la vanguardia realista perseguida por los granaderos, pidió autorización para esforzar la persecución, a fin de impedir se reorganizase al pie de la cuesta, y el general se la dio, pero recomendándole que no empeñase la acción, pues su papel era meramente concurrente y sólo debía comprometerla cuando la columna de Soler hubiese ejecutado el movimiento de-

cisivo que le estaba asignado. O'Higgins era un héroe en el combate pero carecía de las cualidades del general y de la sangre fría de un jefe divisionario, estando además animado de pasiones tumultuosas que lo precipitaban, como él mismo lo ha dicho disculpándose; así es que, arrastrado por el movimiento impetuoso que imprimió a sus tropas, olvidó lo acordado en la junta de guerra y las prevenciones del general en jefe, y tomó imprudentemente la ofensiva no obstante la inferioridad numérica de su fuerza.

Apenas la columna de infantería argentina hubo pisado el último plano de la Cuesta vieja, desplegó su línea sobre la boca de la quebrada, según queda explicado. En seguida se adelantó hasta el llano buscando campo para desplegar, y trabóse inmediatamente un combate de fuegos de posición a posición dentro del tiro de fusil, que se prolongó por más de una hora. A las primeras descargas cayó muerto Elorreaga, que mandaba el ala derecha del ejército realista y que constituía su nervio, experimentando por su parte algunas pérdidas los argentinos. La acción estaba parcialmente empeñada, y el ataque concurrente se convertía en principal, pero sin prometer un resultado inmediato. La situación era crítica, pues, si la retirada tenía sus peligros, el avance era temerario, y cuando menos inútil aun triunfando, pues, según el plan combinado, los realistas estaban irremisiblemente perdidos desde que habían aceptado la batalla dentro de un recinto sin retirada. Si el general español hubiese tenido iniciativa, habría podido llevar en aquel momento un ataque ventajoso; pero se limitó a amagar débilmente los flancos de su contrario con guerrillas que fueron rechazadas, sosteniendo pasivamente el fuego de fusil y de cañón. Por su parte, O'Higgins, con sus instintos heroicos, y deseoso tal vez de decidir por sí solo la victoria sin el concurso de Soler con quien estaba enemistado, ordenó el avance repitiendo las históricas proclamas del Roble y de Rancagua: "¡Soldados! ¡Vivir con honor o morir con gloria! ¡El valiente siga! ¡Columnas, a la carga!" Los tambores dieron la señal con el toque estremecedor de calacuerda, y lanzóse a paso acelerado en columnas de ataque con 900 bayonetas, de los batallones 7 y 8 mandados por Conde y Crámer contra 1.500 infantes bien posesionados y sostenidos por artillería, ordenando a Zapiola que con los granaderos procurase penetrar por su derecha sobre la posición enemiga.

Los batallones argentinos marcharon valerosamente a la carga sin disparar un tiro, inflamados por las palabras y el ejemplo del general; pero antes de llegar a la falda de los cerros que ocupaban los enemigos, encontrándose con el obstáculo del arroyo que baja del barranco en que éstos apoyaban su derecha, a la vez que las piezas situadas en este punto los tomaban por el flanco y la fusilería los quemaba dentro de la zona peligrosa del punto en blanco por el frente. A pesar de esto, hicieron tenaces esfuerzos para arre-

batar la posición; pero no pudiendo salvar el perfil de la barranca en que estaban acordonados los realistas, hubieron de retroceder en desorden a su primera posición de la boca de la quebrada en que se rehicieron fuera del alcance de los fuegos. Por su parte, los granaderos habían intentado en vano penetrar por entre el flanco izquierdo del centro enemigo y el mamelón en que apoyaba este costado, que era un verdadero castillo, y volvieron en orden a situarse tras el morro de las "Tórtolas cuyanas".

San Martín, contando llevar la victoria en el bosillo y a la espera del desenvolvimiento de su plan, que no sólo se la aseguraba, sino que le prometía la rendición del enemigo, llegó a temer por la suerte de la división de O'Higgins al verla imprudentemente comprometida contra sus órdenes, y extendiendo el brazo sobre la cuesta nueva, en la actitud en que lo representa su estatua ecuestre, gritó a su ayudante de campo, Alvarez Condarco: "Corra usted y diga al general Soler que cargue lo más pronto posible sobre el flanco del enemigo." En seguida, lanzó su caballo cuesta abajo con toda la velocidad que permitía lo escabroso del terreno, y llegó a la boca de la quebrada en circunstancia en que O'Higgins se había adelantado otra vez sobre el llano con el propósito de renovar el combate, y ya no podía retroceder. Era la una y media del día. A esa hora notóse que la línea enemiga vacilaba, y que algo extraordinario pasaba en sus filas. Era que la vanguardia del ala derecha argentina, cuyo movimiento no había alcanzado Maroto, desembocaba al valle de Chacabuco y avanzaba a paso de trote y al galope sobre la izquierda de la posición. El momento decisivo había llegado.

V

Lanzadas de nuevo las columnas de O'Higgins al ataque, San Martín ordenó a los tres escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Melián, Manuel Medina y mayor Nicasio Ramallo, con Zapiola a su cabeza, dieran una carga a fondo hasta chocar con la caballería realista situada a la izquierda de la retaguardia enemiga. El escuadrón de Medina, pasando atrevidamente por un claro de la línea de infantería en marcha, cayó sobre la izquierda del centro enemigo, acuchillando a sus artilleros sobre sus cañones, mientras Zapiola con los otros dos penetraba por su costado derecho, al mismo tiempo que el batallón 7 y 8 encabezados por O'Higgins, tomaban a la bayoneta la posición. Los fuegos del mamelón se habían apagado, y la infantería realista formaba cuadro en el centro de su campo. Simultáneamente el coronel Alvarado, que con el batallón número 1 llevaba la vanguardia del ala derecha argentina, desprendía dos compañías al mando del capitán Lucio Salvadores, y teniente Zorrilla, que se apoderaban del mamelón, matando a

Marqueli que lo sostenía. Necochea, con el escuadrón Escolta, sostenido por la 4 de granaderos de Escalada, penetraba por la retaguardia y arrollaba a la caballería realista por la izquierda a la vez que Zapiola ejecutaba idéntica maniobra por el otro extremo.

Todas las fuerzas vencedoras convergieron sobre el cuadro, que en menos de un cuarto de hora fue hecho pedazos, retirándose sus últimos restos dispersos a la hacienda de Chacabuco por entre los cerros de su espalda. Allí encontraron cortada su retirada por la división de Soler que ya ocupaba el valle, y pretendieron hacer resistencia parapetados tras las tapias de la viña y el olivar contiguo, pero fueron rendidos a discreción. Los que buscaron su salvación huyendo por el estero y en la prolongación del valle hacia el sur, fueron exterminados en la persecución, quedando el camino sembrado de muertos desde Chacabuco hasta cerca del portezuelo de Colina. Los sables afilados de los granaderos hicieron estragos: en el campo de batalla encontróse un cráneo dividido en dos partes y el cañón de un fusil tronchado como una vara de sauce.

Los trofeos de esta jornada fueron: 500 muertos, 600 prisioneros, su mayor parte de infantería; la artillería, un estandarte y dos banderas; el armamento y parque de los vencidos y la restauración de la revolución chilena. Las pérdidas de los argentinos fueron 12 muertos y 120 heridos; lo que demuestra numéricamente, que si el plan de San Martín se hubiese ejecutado, punto por punto, como pudo y debió hacerse, la batalla habría terminado por una rendición del enemigo, sin la inútil aunque escasa efusión de sangre que causó la temeridad de O'Higgins, quien, sin embargo, fue el héroe del día, como combatiente. El general vencedor, al dar cuenta de esta victoria, compendiaba su memorable empresa en estos concisos términos: "Al ejército de los Andes queda la gloria de decir: En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile."

El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Resultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión, estaba ganada por el general antes que los soldados la dieran, respondiendo a un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Fue una sorpresa a la luz del día en que nada se libró al acaso. El hecho de batir a una fuerza menor con otra mayor —que es el primer resultado que se busca en la guerra para triunfar con seguridad—, fue la consecuencia necesaria de los ardides y movimientos calculados que la precedieron, dando a ciencia cierta al enemigo un golpe de muerte y apoderándose en un solo día del territorio invadido, y esto con la mayor economía de tiempo, de medios, de sangre y de esfuerzos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden —que en algo se

le parece —, tiene la originalidad de un plan que se adapta a un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, a la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución. Habría dado por resultado —como se ha visto—, una rendición completa, tal vez con una sola carga, si el plan hubiese sido ejecutado puntualmente, bastando asimismo que él se desenvolviese en parte en las condiciones más desventajosas para asegurar una victoria decisiva. Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final, y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio.

Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos. Ella dio la primera señal de la guerra ofensiva de la independencia sudamericana, y conquistó para siempre su sólida base de operaciones en el mar y en las costas del Pacífico. Dio, sobre todo, el ejemplo del plan de campaña continental a la revolución del nuevo mundo emancipado, aislando al poder español en sus colonias dentro del estrecho recinto del Perú, donde había de ser vencido en palenque cerrado por efecto de su impulsión inicial. Salvó a la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por el Alto Perú, suprimiendo un enemigo peligroso que la amenazaba por el flanco, y diole expansión, sin lo cual habría tal vez sido sofocada en su cama. Fue la primera batalla americana con largas proyecciones históricas. El virrey del Perú, Pezuela, confiesa que marcó el momento en que la causa de España empezó a retrogradar en América y su poder a ser conmovido en sus fundamentos. "La desgracia que padecieron nuestras armas en Chacabuco, poniendo al reino de Chile a discreción de los invasores de Buenos Aires, trastornó enteramente el estado de las cosas, fue el principio de restablecimiento para los disidentes, y la causa nacional retrogradó a grande distancia, proporcionando a los disidentes puertos cómodos donde aprestar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico. Cambióse el teatro de la guerra: los enemigos trasladaron los elementos de su poder a Chile, donde con más facilidad y a menos costa podían combatir al nuestro en sus fundamentos."

Un historiador español, general que a la sazón militaba bajo las banderas del Rey, sintetiza sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. "La fácil pérdida del reino de Chile fue un suceso de inmensa trascendencia para las armas españolas."

VI

En medio del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del Rey. Fueron las del argentino Barañao, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, valeroso defensor de Chillán, después de San Carlos. Barañao había acudido a marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado, a fin de incorporarse al ejército realista situado en Chacabuco. Su presencia hubiera hecho, sin duda, la victoria más costosa, pues era, como queda dicho, su primera espada de caballería y su cuerpo uno de los más decididos; pero al llegar al portezuelo de Colina, tuvo la noticia de la derrota. Propuso a Marcó reunir todos sus escuadrones disponibles, que podrían alcanzar a 800 hombres y tomando otros tantos infantes a la grupa, marchar sobre el campo de batalla y caer en la noche, de sorpresa, sobre los vencedores desprevenidos. Marcó contaba en Santiago, además de los húsares, con el grueso de los dragones de Morgado, los batallones de Chiloé y Chillán y 250 artilleros con 16 piezas, pero, incapaz de hacer ni dejar hacer, después de pusilánimes vacilaciones, sólo pensó al fin en la fuga, evacuando en desorden la capital, que dejó entregada al saqueo del populacho. En cuanto a Ordóñez y Sánchez, pronto los veremos reaccionar en el sur de Chile manteniendo la campaña con tesón y fortuna varia.

San Martín, que por prudencia o cansancio de su tropa se había reconcentrado sobre la hacienda de Chacabuco en la noche del 12, tomando precauciones contra una sorpresa, al tener noticia de estos sucesos en la madrugada del 13, dispuso que el ejército continuara su marcha, haciendo adelantar a Necochea con su escuadrón para garantir el orden en la capital. El 14 hizo su entrada triunfal el ejército vencedor en la ciudad redimida, sustrayéndose modestamente el general libertador a las ovaciones populares. Como lo ha dicho un historiador chileno con este motivo: "Ocupado en realizar sus vastos planes, miraba en menos estas fútiles manifestaciones que a nada conducen, y aun en esos mismos momentos pensaba sólo en los recursos que debía proporcionarle la victoria, para llevar adelante la grandiosa obra en que estaba empeñado." El día antes, 13 de febrero de 1817, Yapeyú, la aldea en que naciera San Martín, era reducida a cenizas por una invasión esclavizadora.

Al apearse del caballo, cubierto aún con el polvo del combate, su primer pensamiento fue por los pueblos cuyanos que le habían proporcionado los medios de realizar su empresa, y escribió al Cabildo de Mendoza: "Gloríese la admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile es ya nuestro." A los Cabil-

dos de San Juan y San Luis, les decía: "Las armas victoriosas del Exto. de la Patria, ocupan ya el reino de Chile, rompiendo la fatal barrera que antes los separaba de sus hermanos y vecinos los habitantes de Cuyo. Me apresuro a felicitar a V. S. y a ese benemérito pueblo, manifestándole la expresión más tierna de mi gratitud a su patriotismo y constantes esfuerzos que, sin duda, fue el móvil más poderoso que contribuyó a la formación del Exto. de los Andes." Al día siguiente expidió un bando convocando una asamblea de notables, a fin de que se designasen tres electores por cada una de las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo, para que éstos nombraran al jefe supremo del Estado.

Reunida la asamblea en número de 100, bajo la presidencia del gobernador, D. Francisco Ruiz Tagle, elegido interinamente por el pueblo al tiempo de la fuga de Marcó, los concurrentes protestaron contra el proceder indicado por San Martín y declararon por aclamación que "la voluntad unánime era nombrar a D. José de San Martín gobernador de Chile, con omnímoda facultad", y así lo hicieron constar en el acta que se levantó — y todos firmaron ante escribano público —. El general, como el hombre antiguo de Plutarco, rehusó el premio y sólo aceptó una hoja de laurel sagrado para su patria. Fiel a sus instrucciones y a su plan político, negóse a aceptar el mando que se le ofrecía, y convocó por intermedio del Cabildo una nueva asamblea popular a que concurrieron 210 vecinos notables. El auditor del ejército de los Andes, doctor Bernardo Vera, reiteró públicamente la renuncia de San Martín, y fue aclamado en el acto el general O'Higgins director supremo del estado de Chile, declarando Vera que la elección era del agrado del general. El nuevo director nombró por ministro del Interior a D. Miguel Zañartú, carácter entero y decidido partidario de la alianza chilenoargentina, y en el Departamento de Guerra y Marina al teniente coronel D. José Ignacio Zenteno, secretario de San Martín. Su primer acto de gobierno fue dirigirse al pueblo, declarando solemnemente: "Nuestros amigos, los hijos de las Provincias del Río de la Plata, de esa nación que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos. La condición de Chile ha cambiado de semblante por la grande obra de un momento, en que se disputan la preferencia, el desinterés, mérito de los libertadores y la admiración del triunfo. ¿Cuál deberá ser nuestra gratitud a este sacrificio imponderable y preparado por los últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla depositando vuestra dirección en el héroe. Si las circunstancias que le impedían aceptar hubieran podido conciliarse con vuestros deseos, yo me atrevería a jurar la libertad permanente de Chile." Al dirigirse a las naciones extranjeras, anunciando su elevación al mando bajo los auspicios de la reconquista, les decía: "Ha sido res-

taurado el hermoso reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata bajo las órdenes del general San Martín. Elevado por la voluntad del pueblo a la suprema dirección del Estado, anuncia al mundo un nuevo asilo en estos países a la industria, a la amistad y a los ciudadanos todos del globo. La sabiduría y recursos de la nación argentina limítrofe, decidida por nuestra emancipación, da lugar a un porvenir próspero y feliz con estas regiones."

Como atributo cómico de su corona de triunfador, fuele presentado a San Martín entre los trofeos, al Thersites de la campaña, el presidente y capitán general de Chile por el Rey, D. Francisco Casimiro Marcó del Pont, a quien veremos más adelante figurar cómicamente en una tragedia. Al evacuar la capital, sus tropas se le dispersaron, y una parte de ellas se embarcó despavorida en el puerto de Valparaíso con el general Maroto a su cabeza, dejando más de la mitad en tierra. Marcó, tan afeminado en la derrota como soberbio en el poder, no tuvo alientos ni aun para huir, y separándose furtivamente con su comitiva de sus compañeros de desgracia, por esquivar la fatiga de una marcha rápida, no alcanzó a embarcarse a tiempo, y fue hecho prisionero.

Llevado a presencia del vencedor (22 de febrero), éste lo recibió de pie, y extendiéndole la mano derecha, le dijo con semblante risueño: "¡Oh, señor general! ¡Venga esa blanca mano!" En seguida lo introdujo en su gabinete de trabajo y conferenció a solas con él por cerca de dos horas, despidiéndolo cortésmente. Esta fue toda su venganza contra el que le había quemado por mano del verdugo sus comunicaciones, ahorcando a sus agentes y puesto a talla su cabeza.

Tan sólo se permitió una venganza humorística. Un fanático fraile agustino, haciendo un juego de palabras, había predicado contra él durante el período de Marcó. "¡San Martín! ¡Su nombre es una blasfemia! —había exclamado desde el púlpito sagrado—. No le llaméis San Martín, sino Martín, como a Martín Lutero, el peor y más detestable de los herejes." Llamado a su presencia y con ademán terrible, fulminándolo con su mirada, lo apostrofó: "¡Cómo! ¡Usted me ha comparado a Lutero, quitándome el San! ¿Cómo se llama usted? —Zapata, señor general, respondió el fraile humildemente—. Pues desde hoy le quito el Za, en castigo, y lo fusilo si alguien le da su antiguo apellido." Al salir a la calle un correligionario le llamó por su nombre. El fraile aterrado, le tapó la boca y prorrumpió en voz baja: "¡No! ¡no soy el padre Zapata, sino el padre Pata! ¡Me va en ello la vida!"

Alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que había poco que guardar, vivió modestamente, sin permitirse más lujo que una mesa de estado, y en la cual se presentaba únicamente a los postres. Según

su costumbre, comía en la cocina. Como a la sazón no tenía ropa, mandó componer el capotón de campaña con que había pasado la cordillera, forrar de nuevo con hule su maltratado falucho y dar vuelta al paño de su casaca. Un español realista que por acaso vio la casaca en casa del sastre, queriendo consagraciarse, llevó una pieza de rico paño de San Fernando para que le hiciese una nueva. Sabedor de la ocurrencia, San Martín mandó construir con el paño ocho fracs, imponiendo al oficioso español, que durante una semana se pusiese uno cada día con la obligación de pasar por su palacio y hacer una cortesía al enfrentar su ventana. ¡Humoradas de vencedor!

Sólo un escarmiento se hizo. El feroz San Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago, y que había oprimido bárbaramente a la población, fue tomado prisionero en Chacabuco, sometido a juicio, condenado a muerte y ejecutado en la plaza pública. Fue justicia.

VII

La corona cívica del vencedor de Chacabuco, brindada por la gratitud del pueblo chileno redimido, fue tejida por el entusiasmo del pueblo argentino. Los poetas de la época le dedicaron sus cantos, y Esteban Luca, el más inspirado de ellos, que debía celebrar sus futuras proezas, exclamaba al entonar el himno del triunfo:

¡Oh patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron.
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.
Del arduo excelso asiento
De los nevados Andes, hoy la fama,
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
A vuestros héroes: su eco resonante
Va desde el mar del sur al mar atlante.

El Director Supremo de las Provincias Unidas lo saludaba efusivamente: "¡Gloria al restaurador de Chile! La fortuna ha favorecido sus heroicos esfuerzos, y la América nunca olvidará la valiente empresa de usted, sobre Chile, venciendo a la naturaleza en sus más grandes dificultades. Usted venció, y yo me glorío con usted, y lo abrazo con toda la ternura de mi alma reconocida a sus servicios. Esta es la expresión de un hermano: la del director supremo será de otra calidad. Ayer ha sido un día de locura para este pueblo.

La noticia llegó a las 9 de la mañana. Eran las 12 de la noche y aún se oía el ruido de vivas estruendosos en toda la ciudad. La fortaleza y seis buques de nuestra marina hicieron salva triple."

El gobierno le expidió los despachos de brigadier general, el más alto grado de la milicia, manifestándole: "Si los triunfos de un general virtuoso después de una penosa campaña sosteniendo los derechos sagrados del hombre, pueden de alguna manera compensarse, éste consiste especialmente en el amor y gratitud de los conciudadanos. V. E. ha recibido ya como premio, el júbilo y la admiración de todos los pueblos. Resta ahora al gobierno condecorarlo con aquellas distinciones que la patria reserva a sus mejores hijos." San Martín lo rehusó por dos veces consecutivas, consecuente a la promesa hecha: "Me considero sobradamente recompensado con haber merecido la aprobación por el servicio que he hecho: es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre que no aspira a otra cosa. Antes de ahora, tengo empeñada solemnemente mi palabra de no admitir grado ni empleo alguno militar ni político: por lo mismo, espero que V. E. no comprometerá mi honor para con los pueblos, y que no atribuirá a amor propio mi devolución del despacho; cierto de que, en el empleo a que me ha elevado, sacrificaré gustoso mi existencia en obsequio de la patria."

Las banderas tomadas en Chacabuco fueron colgadas en los balcones de la casa consistorial (9 de marzo), formando un trofeo, en cuyo centro se veía el retrato de San Martín coronado de laureles por la fama. Por primera vez dispensaba la República esta distinción a un general vencedor.

El Congreso argentino dio un voto en su honor, declarando por el órgano de su presidente: "que todas las corporaciones del Estado habían manifestado su reconocimiento al ilustre vencedor de Chacabuco, y que la representación nacional no podía echarse de menos a este impulso general del entusiasmo público, que había mudado el semblante de la patria." Fuele decretado un escudo especial, con la leyenda en la orla: "La Patria en Chacabuco": y en su centro: "Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile." Al ejército vencedor a sus órdenes, se acordaron distinciones honoríficas, votándose medallas de premio "por sus virtudes militares que habían aumentado las glorias de la patria."

Todas las municipalidades de la República le dirigieron sus felicitaciones. El general Belgrano mandó erigir una pirámide conmemorativa de su victoria en el campo de batalla de Tucumán, diciéndole: "Los pueblos y ejército de mi mando, llenos de júbilo, ven en V. E. al libertador de Chile, y le dan las gracias por el beneficio que deben a sus nobles esfuerzos, felicitándolo conmigo, igualmente que a sus compañeros de armas, que han sabido seguir sus huellas para cubrir de gloria las armas de la nación, sacando de la opresión a sus hermanos, y afirmar para siempre la indepen-

dencia de la América del Sur." A su hija María Mercedes se le otorgó una pensión vitalicia de 600 pesos anuales, transmisibles a su posteridad que el general aplicó a la educación de la agraciada, que sería la Antígona de su vejez en el ostracismo.

Desdeñando la ostentación del poder, por cálculo, por deber o por virtud, y estimando estas manifestaciones de la admiración y gratitud pública en lo que valían, el vencedor de Chacabuco había visto realizarse su plan político con la misma exactitud que su plan de campaña, y, dueño de Chile, exigía más hombres, más armas y más dinero para llevar adelante los grandes designios incubados en Mendoza. Al efecto, se reservó el mando militar de conformidad a las instrucciones que lo gobernaban, y nombrado general en jefe de Chile, asumió el puesto de generalísimo del ejército Unido, como se llamó desde entonces el ejército argentino y el chileno, aliados.

"Chile —había dicho él un año antes (el 29 de febrero de 1816) —, por su población, índole de sus habitantes, riquezas y posición geográfica, es el pueblo que, regido por una mano diestra, está llamado a fijar la suerte de la revolución de la América del Sur; y siendo además litoral marítimo, debe abrirse el camino del Pacífico para buscar al enemigo por él. Lograda esta grande empresa, el Perú es libre." La mano diestra presagiada, habíase apoderado de las fuerzas vivas del país rescatado, y después de disciplinarlas militarmente, proponíase lanzarlas al mar para continuar la empresa libertadora, con arreglo a las previsiones de su genio.

El 10 de marzo de 1817, antes de cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el director Pueyrredón escribía al general: "¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima!" En el mismo día, por una singular coincidencia, que revela conformidad de propósitos, el vencedor de Chacabuco hacía su habitual almuerzo, de pie, en la cocina de su palacio, cuando repentinamente gritó: "¡O'Brien! —Así se llamaba su fiel edecán Juan O'Brien (después general), voluntario irlandés al servicio de la república—; O'Brien —dijo con voz imperativa—, marchamos para Buenos Aires. En lo montado, ¿me entiendes?" Este grito dado desde una cocina, significaba: ¡Argentinos y chilenos! ¡A Lima!, que sería en adelante su "delenda Carthago". En la proclama de despedida que en tal ocasión dirigió a sus soldados, vibraba reconcentrado este mismo grito: "Vuestro bien y el de la América me obligan a separarme de vosotros por muy pocos días."

El general había concertado con el gobierno de Chile los medios de crear una escuadra que dominara el mar Pacífico, y, con la idea en su cabeza, tenía ya en su cartera el dinero que debía darle la victoria final. Tal era el motivo que impulsaba al Aníbal americano a repasar los Andes, para concertar con el gobierno argentino los medios de llevar adelante el pensamiento emancipador a que

había consagrado su vida, y al que las alas de la victoria daban vuelo. Antes de ausentarse dejó establecido en Chile el consejo supremo de la misteriosa Logia de Lautaro, compuesto mitad argentinos y mitad chilenos, que a la manera de un consejo áulico secreto gobernase al gobierno en el orden político. O'Higgins, mientras tanto, quedaría al frente de las armas, mandando al ejército unido. De ese modo quedaba montada la máquina políticomilitar con su armazón pública y sus resortes ocultos.

Noticioso el Cabildo de Santiago de su partida, ofrecióle la suma de diez mil pesos en onzas de oro para gastos de viaje, y en camino ya, contestó, que la dejaba en depósito y dispondría inmediatamente de ella. Días después oficiaba a la misma corporación rehusando la dádiva, pero aplicábala "a un establecimiento que hiciese honor a Chile: la creación de una biblioteca pública que perpetuara la memoria de la Municipalidad." Y agregaba: "La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos: yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia de los hombres libres."

Al cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el general vencedor atravesaba el campo de la acción, y al pasar frente a un montón de tierra recientemente removida, exclamó: "¡Pobres negros!". Allí estaban enterrados los muertos de Chacabuco, pertenecientes en su mayor parte al batallón número 8, compuesto de libertos de Cuyo. Aquel montón de tierra marcaba la primera etapa de la gran campaña continental del libertador del Sur: la segunda sería el Pacífico, que iba a preparar: la tercera, Lima, señalada de antemano, y la cuarta, el Ecuador, presentida y comprendida en sus planes.

Capítulo XV

PRIMERA CAMPAÑA DEL SUR DE CHILE. — BATALLA DEL GAVILAN. — ASALTO DE TALCAHUANO

1817

Errores de San Martín después de Chacabuco. — Aparición del general español Ordóñez. — Reacción realista en el sur de Chile. — Expedición patriota al Sur. Retardo de Las Heras. — Acusaciones a Las Heras y sus descargos. — Nueva expedición al Sur. — Avance de Las Heras. — Combate de Curapaligüé. — Las Heras ocupa Concepción. — Situación apurada en que se encuentra. — Descripción de los alrededores de Concepción. — Batalla del Gavilán. — O'Higgins toma la dirección de la campaña del Sur. — Ocupación de la línea de frontera de Arauco. — Combate de Carampangue. — Guerra Araucana. — Cerro de Talcahuano. — Reconocimiento sobre sus fortificaciones. — Guerrillas realistas. — Paralización de operaciones en el Sur. — Continuación de la guerra de Arauco. — La plaza de Talcahuano. — Descripción de la península de Talcahuano y de sus fortificaciones. — El general Brayer. — El ingeniero D'Albe. — Se estrecha el sitio de Talcahuano. — Planes de asalto y examen de ellos. — Movimientos preliminares. — Asalto de Talcahuano y sus resultados. — Crítica del asalto.

I

San Martín cometió tres errores después de Chacabuco: dos de mero detalle, pero uno trascendental, que tuvo una influencia funesta para la ulterioridad de sus operaciones. A causa de ellos se prolongó una campaña que debió terminar inmediatamente, y viose obligado a dar cuatro nuevas batallas para consolidar la reconquista chilena, retardando por tres años la prosecución de su grande empresa.

La reconcentración del vencedor en el campo de batalla en la noche del 12 de febrero, limitándose a la persecución de los dispersos por la caballería, sin extenderla al menos hasta el portezuelo de Colina, es un exceso de prudencia, que sólo se explicaría por el cansancio de sus tropas, y puede justificarse como precaución contra un ataque nocturno, que en efecto pensó llevarle el enemigo, que contaba con fuerzas suficientes para ello, cuando él estaba recargado con una gran masa de prisioneros. El no haber perseguido a los fugitivos despavoridos, por el camino de Valparaíso, en vez

de acudir a la capital, evacuada cuando la presencia de un par de escuadrones hubieran podido completar el triunfo, fue otro grave error, salvándose por esta omisión 1.600 hombres de buena tropa que pasaron al Perú y que más adelante hubo de encontrar a su frente. Pero el error capital fue no asegurar los frutos de la victoria, iniciando con actividad la campaña del sur de Chile, antes que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar; y lo agrava la circunstancia de haber previsto él mismo tal eventualidad, cuando en su plan ofensivo de campaña (de 15 de junio de 1816) decía, "que debía cargarse al grueso del enemigo hasta deshacerlo en la primera acción, para huir al gravísimo inconveniente de demorar la guerra." Este error tiene sus atenuaciones de hecho, que los sucesos que se relatarán en este capítulo pondrán de manifiesto; pero quedará siempre subsistente en un general tan experto y prudente. el serio cargo de haber dado por terminada la guerra de un solo golpe, sin poner los medios indicados para ellos, y no prever la reacción realista del Sur. El Sur era entonces el nervio militar en Chile: allí estaba su población más aguerrida, donde la causa del Rey contaba con partidarios decididos y caudillos de prestigio, ofreciendo además el país posiciones fuertísimas por la naturaleza, que permitían hacer una resistencia eficaz y prolongar indefinidamente la guerra. Agréguese a esto, que allí tenía por base la plaza fortificada de Valdivia y el archipiélago de Chiloé a la espalda, y que el virrey del Perú, dueño del mar, podía auxiliar la reacción realista con refuerzos de hombres y recursos, y llevar por esa parte una cuarta invasión, como en efecto sucedió. El vencedor de Chacabuco, mirando lejos, perdió tal vez de vista por el momento lo que tenía más cercano.

Precisamente en ese momento hacía su aparición en el teatro de la guerra americana un contendor digno de San Martín, que por algún tiempo al menos pondría a raya su fortuna, y contrarrestaría sus planes, aprovechándose de su descuido. Como lo hemos indicado antes, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la causa del Rey en Chile después de la derrota de Chacabuco, que fueron, Barañao, Sánchez y el coronel Ordóñez. Conocemos ya a Sánchez, que en circunstancias análogas supo contrarrestar con fortaleza los progresos de la revolución chilena y mantener el Sur por las armas realistas con las tropas del país. En cuanto a Ordóñez, cuyo genio guerrero y temple heroico de alma iban a revelarse, era hasta entonces un oficial obscuro que no había tenido ocasión de distinguirse. Ordóñez y San Martín habían combatido juntos bajo el pendón real en la Península contra la invasión napoleónica, y por una singular coincidencia histórica, ambos habían representado análogo papel en los levantamientos populares de Cádiz y Valencia, figurando como actores en las dos catástrofes que las señalaron. El mismo día 29 de mayo de 1808, en que San Martín, al frente de una partida de soldados, protegía contra el pueblo suble-

vado al capitán general de Andalucía, el marqués del Socorro, sacrificado por el populacho a pesar de sus esfuerzos, el subteniente José Ordóñez, al frente de un destacamento de guardias Walonas, protegía la entrada del barón de Albalet en medio de los gritos de la plebe sublevada, y por un encadenamiento fatal de circunstancias lo entregaba al puñal de sus asesinos. Como San Martín en Bailén, Ordóñez había sido recomendado por su brillante comportamiento en la batalla de Tudela. Al terminar la guerra de la Península, era coronel, y con este grado pasó a América en 1845, nombrado gobernador intendente de Concepción. En este puesto lo encontró la batalla de Chacabuco.

No contaba Ordóñez a la sazón con ninguna clase de tropas veteranas: todas las que guarnecían la provincia se habían trasladado al norte del Maule, pero no vaciló en levantar del polvo de la derrota el estandarte abatido del Rey y ponerse al frente de la reacción del Sur. Eficazmente ayudado por el famoso general Sánchez, que mandaba en Chillán, convocó las milicias provinciales, reunió los dispersos del norte del Maule, guarneció la línea de fronteras de Arauco, se fortificó en la península de Talcahuano protegido por su marina, acopió allí víveres y elementos de movilidad, esparciendo sus guerrillas por todo el país, desde el Bío-Bío hasta el Maule. En esta actitud decidida aguardó el ataque de los vencedores, que se hizo esperar por cerca de dos meses dándole tiempo para reorganizar una regular división de 1.000 hombres, de las tres armas, reforzada luego por los 1.000 embarcados en Valparaíso, que el virrey del Perú mandó regresar desde Lima al teatro de la guerra.

II

Después de la feliz campaña de Freyre por los pasos del Planchón y del Portillo y al través de la cordillera de Colchagua, seguida por su ocupación de la ciudad de Talca, según se relató antes, este oficial, tan intrépido como de poca cabeza para dirigir operaciones complicadas en una comarca revolucionaria, limitóse, con arreglo a sus intrucciones a cubrir la línea del Maule, interceptando las comunicaciones entre la capital y el Sur. Aun cuando hubiese asegurado en sus partes que podía reunir un ejército de 2.000 hombres, en realidad su división engrosada por las partidas de Neyra y de los agentes de San Martín, Juan Pablo Ramírez y Antonio Merino, no pasaba de 600, constituyendo el único núcleo sólido de su columna los 100 veteranos argentinos con que había salido de Mendoza, y a la sazón pedía ser reforzado para entrar en operaciones ofensivas. El doctor Manuel Rodríguez, más inteligente que él, en vez de fijar su atención en el Sur en previsión de la próxima victoria, dirigióse al Norte así que las fuerzas destacadas por Mar-

có se replegaron al centro, y atraído por la capital cruzó el Cachapoal y se entretuvo en posesionarse de San Fernando, abandonado por el enemigo, debilitando la columna de Freyre. Desde este momento Rodríguez se eclipsa como guerrillero, para volver después a reaparecer en un momento solemne en su doble carácter de politiquero y hombre de acción desordenada y fogosa.

La división de las guerrillas de Rodríguez contribuyó eficazmente a distraer una parte de las fuerzas de tropa veteranas de Marcó hacia el Sur, cooperando así al plan de invasión de San Martín; pero por la inoportunidad de las empresas aventureras unas veces y por los desórdenes y falta de plan metódico otras, había agotado los recursos del país entre el Maule y el Maipo, especialmente en elementos de movilidad, cuando su misión era precisamente reunir caballadas en ese territorio para aprovechar la victoria, extendiendo inmediatamente el dominio de las armas reconquistadoras hasta el Bío-Bío, antes que el enemigo reaccionase. San Martín había previsto esto seis meses antes desde Mendoza (octubre 2 de 1816), y esto era una de las atenuaciones de su error al no impulsar con actividad la campaña final del Sur. En efecto, en una de sus cartas antes citadas, calculada en doble sentido, para reprochar a Rodríguez su precipitación a la vez que para que cayeran en manos de Marcó engañándole respecto del punto hacia donde dirigía su invasión, recomendándole "contraerse principalmente a reunir 1.000 caballos a inmediaciones de Quechereguas y hacer una gran recogida de ganados bajo la promesa de ser abonados a los dueños en dinero contante, y mantener los primeros en pequeñas tropillas en los potreros y quebradas de la cordillera hasta su llegada." En carta posterior, de 21 de diciembre (1816), le decía: "Las fuerzas que han salido al sur bajo el mando de Sánchez, tal vez nos van a costar mucha sangre, que hubiéramos ahorrado sin estos alborotos intempestivos. Ahora ¿cómo se reúne la caballada de que tanto necesitamos?"

Freyre, por su lado, no había adquirido el dominio de sus elementos, que por otra parte carecían de cohesión y los desórdenes que cometía la partida del valeroso salteador Neyra, nervio a la vez que deshonra de las guerrillas, le obligaron a imponer la última pena a este caudillo. En cuanto a las partidas de Ramírez y Merino, obraban por su cuenta sin sujetarse a ningún plan. Mientras tanto, la insurrección espontánea habíase extendido al sur del Maule, a medida que Ordóñez y Sánchez se reconcentraban hacia Concepción. Merino, en su impaciencia, cruzó el Maule con su partida, fuerte como de 200 hombres, y adelantó una vanguardia de 70 hombres hasta el Parral, que fue batida (el 6 de marzo) por un destacamento de infantería y caballería enemiga salido de San Carlos. Al tener noticia de este pequeño contraste, Freyre cruzó el río al frente de 300 ó 400 hombres y se adelantó hasta Longaví (13

de marzo), obligando a las partidas realistas a replegarse hacia el Bío-Bío. Quince días antes, y reforzada la columna de Freyre con la caballería patriota, esta operación habría probablemente contenido la reacción del Sur.

Tal era el estado de las operaciones militares en el Sur un mes después de la batalla de Chacabuco.

III

No había escapado a la previsión de San Martín la necesidad de expedicionar inmediatamente sobre el Sur, y a los pocos días de ocupado Santiago, dispuso que una división de las tres armas marchase en esa dirección, haciéndola preceder de una intimación; pero, sea que obstáculos reales impidieran su pronta marcha o que no la considerase tan imperiosa, el hecho es que no le imprimió el debido impulso, a fin de que a todo trance avanzase hasta completar la total reconquista del país. El director Pueyrredón, dando todo por terminado de antemano, le decía confidencialmente: "De su última carta (18 de febrero) deduzco que sólo Concepción quedaba para el Rey con su guarnición de 500 hombres. Es imposible que intenten resistir; yo estoy cierto de que a la intimación que Vd. les hizo se habrán rendido ya a discreción." Pero comprendiendo a la vez la importancia de tal operación, le escribía oficialmente, recomendándole "la más pronta ocupación de la provincia de Concepción por ser del mayor interés para las operaciones ulteriores del ejército de los Andes." Desgraciadamente, cuando estas comunicaciones llegaron a Chile, ya el general estaba en viaje para Buenos Aires, sin prever que la realización de los planes de largo alcance que lo llevaban a la capital del Plata, iba a ser retardada por los obstáculos que encontraría en un peñón aislado del territorio del sur de Chile.

El mando de la columna expedicionaria fue confiado al coronel Las Heras, indicado como conocedor del terreno y por sus aventajadas dotes militares; quien lo aceptó de mala gana, y por esto tal vez no correspondió en un principio a las fundadas esperanzas en él depositadas. La fuerza se componía del batallón número 11 y un escuadrón de granaderos a caballo, con cuatro cañones de batalla y dos obuses, formando un total como de 1.000 hombres. Las instrucciones le prevenían reunirse a la división de Freyre, tomando el mando en jefe, y perseguir tenazmente al enemigo, pero sin empeñar acciones parciales de cuyo éxito no estuviese seguro. El 10 de febrero salió esta columna de Santiago, y a los veinte días aun no estaba reconcentrada en Talca, a poco más de 400 kilómetros de su punto de partida. A esa fecha, ya Freyre estaba del otro lado del Maule. Inmediatamente ordenó que el escuadrón de granaderos se adelanta-

se a reforzarlo, mientras el comandante Merino con su partida seguía por los caminos de la costa. El 4 de marzo Las Heras atravesó a su vez el Maule, y se incorporó a la vanguardia de Freyre a las orillos del Diguillín; pero su marcha fue tan lenta, que dio lugar a que el enemigo tomase la preponderancia.

Hay retardos históricos, y el de Las Heras en esta ocasión es uno de ellos; por lo tanto merece ser examinado a la luz de los documentos. Algunos historiadores le han hecho severos cargos por ello y otros le han tratado con benevolencia pasándolo por alto; pero, así las acusaciones oficiales como los descargos a que ha dado lugar, han permanecido hasta el presente inéditos. El ha dicho en defensa suya que antes de emprender su marcha le hizo presente al general en jefe la conveniencia de que toda su columna la verificase a caballo, y que no obstante esto hubo de emprenderla con la infantería a pie, y que en su tránsito, si bien se proporcionó el número suficiente de cabalgaduras, careció absolutamente de monturas. Esto decía a los cinco días de su salida de Santiago. Cuarenta días después cuando se encontraba sobre el enemigo rehecho, comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, convocó una junta de guerra de sus principales jefes, en que hizo constar la considerable deserción que había experimentado su batallón en la marcha, la fatiga de su tropa que la retardaba, la escasez de víveres, municiones y numerario, la debilidad relativa de la columna, en virtud de lo cual había solicitado por dos veces ser reforzado para poder atacar con éxito la plaza de Talcahuano, donde el enemigo estaba fortificado.

Mientras tanto, el director O'Higgins le formaba su proceso a retaguardia. "Cuando ya no debía haber una sombra de enemigo —decía—, se halla éste rehecho y atrincherado en Talcahuano, con fuerzas de más de 1.000 hombres. He aquí el resultado de la criminal indolencia del jefe de nuestras divisiones del sur. En este apuro, he resuelto salir yo mismo a darle movimiento. Si no yerran mis cálculos, todo va a ser concluido en veinte días." A mediados de abril se puso en campaña al frente del batallón número 7 y un escuadrón de granaderos con dos piezas de artillería, que sumaban un total de 800 hombres. Empero, su marcha fue tan lenta como la de Las Heras: veinte días después aun no había llegado a Concepción con sus refuerzos cuando de ellos podía depender la victoria o la derrota de la expedición del Sur. Las actas de descargo y los oficios acusadores iban por un lado, mientras las operaciones militares se desenvolvían por otro. El coronel Las Heras, en virtud de los informes de O'Higgins, era sometido a juicio por el gobierno argentino para responder de su conducta, al mismo tiempo que él contestaba triunfalmente a todos los cargos, dando las nuevas victorias a las armas de la revolución americana, mientras llegaba el momento de salvarla una vez más en el día de su mayor conflicto.

IV

Después de celebrada su junta y salvada su responsabilidad moral, Las Heras resolvió marchar inmediatamente sobre el enemigo, y el 4 de abril acampaba en la hacienda de Curapaligüé, a 26 kilómetros de Concepción. Desde este momento el hombre reacciona y el héroe empieza a mostrarse.

El infatigable general Ordóñez seguía con atención sus movimientos y se preparaba a darle un golpe en su marcha de avance. Convencido de que no podía mantener la campaña con ventaja, habíase reconcentrado en la península de Talcahuano, fortificándose en ella, pero sin renunciar a emprender operaciones ofensivas antes de encerrarse dentro de sus últimas trincheras. En consecuencia, sabedor de que Las Heras se hallaba en su inmediación, lo preparó todo para llevarle una sorpresa. En la noche del mismo día salió de Talcahuano al frente de 600 infantes y 109 jinetes con dos cañones ligeros, y a la una y media de la mañana cayó inopinadamente sobre las avanzadas de Curapaligüé. Pero el jefe argentino lo esperaba bien prevenido.

Las avanzadas argentinas dieron la señal de alarma, y rompieron el fuego sin desamparar sus puestos. Situándose sobre la línea que ocupaban, amagaron los flancos del enemigo, y se replegaron por derecha e izquierda sobre los retenes. Cuando Ordóñez avanzó, encontró a la división de Las Heras formada sobre una cerrillada con sus dos costados bien cubiertos por las casas de la hacienda y el molino de Curapaligüé, que dio su nombre a la acción. Trabóse un reñido combate que se prolongó hasta una hora antes de amanecer, en que todas las embestidas de Ordóñez fueron victoriosamente rechazadas. A esa hora, el jefe español hubo de desistir de su intento y emprender la retirada, que muy luego se convirtió en fuga, abandonando en el campo y en su trayecto diez muertos, siete heridos, sus dos cañones y diez prisioneros. Los patriotas sólo tuvieron por su parte cuatro muertos y siete heridos. En el mismo día ocupó Las Heras la ciudad de Concepción.

La situación de la división patriota llegó a ser peligrosa. Establecida en una ciudad abierta, en presencia de un enemigo que contaba con igual fuerza, que tenía fortificadas sus posiciones inexpugnables, y era dueño de la mar; encerraba en un punto donde no tenía más línea de comunicación que la margen derecha del Bío-Bío, cuya izquierda dominaban los realistas, ni más retirada que un camino inseguro por entre las montañas, que podía ser interceptado, su actitud de ofensiva aparente hubo de reducirse a una defensiva real. Así lo comprendió Las Heras, dándose cuenta de su situación con tanta prudencia como arrojo había demostrado en

su último avance, y en consecuencia tomó sus disposiciones. Para comprender bien éstas, así como las operaciones subsiguientes, se hace necesario dar una rápida ojeada sobre el terreno.

La antigua ciudad de Penco, situada sobre el ángulo sudeste de la bahía de Talcahuano, fue destruida por un terremoto en 1751, y sus habitantes se trasladaron a la margen derecha del Bío-Bío, como a 15 kilómetros de su embocadura en el mar, dándole el nombre de Concepción. Desde entonces su puerto es Talcahuano, cuya península hállase situada entre la bahía de este nombre y el mencionado Bío-Bío, que sólo es navegable para embarcaciones menores. El espacio intermedio de lo que propiamente puede llamarse la península de Talcahuano y las ruinas del antiguo Penco —donde a la sazón existía un fuerte—, es un terreno anegadizo y pantanoso que con el nombre de vegas ocupa casi toda su superficie. Sobre estas vegas se levantan algunas cerrilladas o colinas alternadas con médanos, de los que los principales para nuestro objeto son: el cerro de Chepe, a medio tiro de cañón de la moderna Concepción, y el cerro del Gavilán situado al noroeste de sus suburbios, fronterizo al de Chepe. En el cerro del Gavilán fue donde se situó Las Heras con su división.

En esta posición cubría la ciudad, dominaba los caminos de Penco viejo y Talcahuano, y a la vez mantenía con respeto al enemigo. En previsión de un ataque, estableció sobre el Gavilán un pequeño reducto artillado con un cañón y un obús a cargo del comandante Francisco Díaz, que batía un arenal que se extiende al sur y al este de Concepción; y a su izquierda, una batería de tres piezas de campaña y un obús, mandado por el capitán Juan Apóstol Martínez, que dominaba con sus fuegos la cerrillada de Chepe. Entre estos dos puntos tendió su línea mirando al oeste, destacó sobre su derecha algunos piquetes y colocó en reserva su caballería a retaguardia.

V

En esta disposición se hallaba la división patriota el 1º de mayo, cuando se avistaron en el horizonte cuatro buques con bandera española. Eran los transportes escapados en Valparaíso al desastre de Chacabuco. Con este refuerzo. Ordóñez se consideró en aptitud de tomar nuevamente la ofensiva. Sabedor de que O'Higgins se hallaba en Chillán y marchaba en protección de Las Heras, resolvió anticipar el ataque. Las Heras instruido por sus espías de los planes del enemigo, escribía el 4 de mayo a O'Higgins: "Al alba espero ser atacado. Si V. E. no acelera su marcha a toda costa en auxilio de esta división, pudiera tener resultado funesto para el país." Llenado este deber, no fio sino en sí mismo, y esperó resuel-

to el ataque con el firme propósito de tomar oportunamente la ofensiva.

Ordóñez, por su parte, dictaba en el mismo día 4 sus providencias, contando obtener un triunfo fácil. Su plan era atacar a Las Heras por ambos flancos y por la retaguardia Al efecto, dividió sus fuerzas de salida en dos cuerpos, compuesto uno de ellos de los 400 hombres de infantería y caballería con dos cañones, a órdenes del coronel Antonio Morgado, y el segundo bajo su inmediato mando, compuesto de dos batallones de infantería con 550 hombres, 220 jinetes y 4 piezas volantes. La columna de Morgado debía marchar por el camino de Penco viejo para atacar la posición del Gavilán por el oriente: la de Ordóñez seguiría el camino que de Talcahuano conduce rectamente a Concepción, y tomaría a los patriotas por la izquierda. Simultáneamente, las fuerzas reunidas de la frontera meridional del Bío-Bío, sostenidas por lanchas cañoneras, atravesarían el río en balsas para desembarcar sobre la misma ciudad en el momento oportuno. Por último un destacamento de caballería se situaría sobre el Andalien para cortar la retirada de los que ya consideraba derrotados, interceptando sus comunicaciones por el camino de Pachacay. Con arreglo a este plan, púsose en marcha en la noche del 4, dejando bien guarnecidas las fortificaciones de Talcahuano.

En las primeras horas del día 5 de mayo apareció la columna de Ordóñez sobre las alturas de Chepe. Al mismo tiempo que nueve lanchas cañoneras remontando el Bío-Bío empezaron a batir la plaza de Concepción. Inmediatamente la batería de la izquierda del Gavilán rompió un vivo fuego, consiguiendo con ello desorganizar sus filas. El general realista, despechado, las reorganizó prontamente, y dejando dos cañones sobre el cerro de Chepe para sostener su avance, adelantó sus guerrillas protegidas por un cañón, las que se apoderaron de la casa de ejercicios situada en el ángulo sudeste de la ciudad en la prolongación de la izquierda de los patriotas. Las Heras, al ver amenazados sus flancos y su retaguardia, decidióse a tomar la ofensiva, y lo hizo con tanto brío como acierto.

El batallón número 11 descendió de la cumbre del Gavilán, y ejecutó un cambio de frente sobre su izquierda ganando terreno, situóse en su falda sudeste dando frente al enemigo, con su caballería y un piquete de infantería de Chile a la izquierda y la artillería en el centro. Sobre la marcha dispuso que el mayor Manuel Medina al frente del escuadrón de granaderos diese una carga a fondo sable en mano sobre la línea realista de guerrillas, las que fueron arrolladas por dos veces hasta el pie de las cerrilladas de Chepe, sosteniendo la segunda carga la cuarta compañía del número 11 al mando del capitán Román Dehesa. A este tiempo se desmontaron las cuatro piezas de la batería de la izquierda del Gavilán, pero el

jefe las hizo reemplazar con las dos de la derecha, y el fuego continuó sin interrupción.

Una hora después de comprometido el ataque de Chepe sobre el Gavilán, la columna de Morgado había iniciado el suyo por el camino de Penco, rompiendo el fuego a fusil con sus dos cañones sobre la derecha de Las Heras. El comandante Freyre, que mandaba este costado, salió a su encuentro con sus piquetes de infantería del número 7º y 8º, desplegados en tiradores y un escuadrón de dragones en reserva, los que, sostenidos por dos compañías del número 11 a órdenes del capitán Nicolás Arriola, atacaron a Morgado a la bayoneta y le arrebataron sus pieza, derrotándolo completamente. Esto sucedía a las 9 de la mañana, cuando el combate por el lado opuesto se mantenía aún. Un amago de carga de los granaderos por la retaguardia, sostenido por las dos compañías destacadas del número 11 antes mencionadas, bastó para obligar a los enemigos a replegarse a su posición de Chepe. A las 10 de la mañana, la victoria estaba decidida por los independientes. Los realistas se pusieron en retirada vivamente perseguidos por los granaderos de Medina y las compañías del número 11, cuya dirección tomó el mayor Enrique Martínez, arrebatando los primeros un cañón. A este tiempo llegaban al campo de batalla dos compañías del número 7º mandadas por el mayor Cirilo Correa, desprendidas de la columna de O'Higgins, que, tendiéndose en tiradores sobre la playa, rechazaron el último ataque de las fuerzas fronterizas sobre el Bío-Bío y concurrieron a la persecución. La primera campaña del sur de Chile estaba salvada.

Los trofeos de esta brillante jornada fueron 3 cañones con sus cureñas y municiones, 200 fusiles, 28.000 cartuchos, 80 prisioneros y 192 muertos que el enemigo dejó en el campo. La pérdida de los patriotas sólo fue de 6 muertos y 62 heridos. En medio de estos gloriosos despojos recibió Las Heras el abrazo de felicitación de O'Higgins, que fue al mismo tiempo el de la franca reconciliación por parte del general. Retirando sus anteriores acusaciones, conformóse en borrarlas con palabras que hacen honor a ambos. "La opinión de V. E. (ofició a San Martín), de suspender el juicio a que por orden suprema se llamaba al coronel D. Juan Gregorio Las Heras, para que responda de su conducta por el tiempo que a sus órdenes estuvo esta parte del ejército, no sólo es razonable y política por los fundamentos que da V. E. en su contestación al gobierno de Buenos Aires, sino que acaso es justa, si atendemos a la virtuosa comportación que ha desplegado."

VI

El general O'Higgins tomó la dirección de la guerra del Sur, y estableció el bloqueo parcial de Talcahuano por la parte terrestre desde las posiciones de la Concepción; pero para formalizarlo y como preliminar de operaciones más decisivas, propúsose aislar al enemigo en la península, cortando sus comunicaciones y privándoles de recursos. Dueño Ordóñez del mar y de la navegación menor en la embocadura del Bío-Bío, mantenía francas sus comunicaciones con la línea de fuertes de Arauco, que a la vez que lo proveían de víveres hostilizaban por un flanco a los patriotas, haciendo insegura su situación. La conquista de esta línea era una operación indicada, y fue encomendada al comandante Freyre, a cuyas órdenes puso una división volante de 300 hombres, compuesta de un escuadrón de granaderos a caballo y los piquetes 7º y 8º de infantería (argentinos), juntamente con el escuadrón de Dragones y un destacamento de Guardias Nacionales de Chile.

La expedición de Arauco se inició por un golpe atrevido y feliz. Una partida de 60 hombres de infantería chilena al mando del capitán José Cienfuegos, desprendida de la columna de Freyre, atravesó el Bío-Bío el 12 de mayo y atacó la fortaleza del Nacimiento, centro de la línea de fuertes de Arauco. Esta plaza hállase situada en la confluencia del Bío-Bío y el Vergara, defendida a sus flancos por las escarpadas barrancas de estos dos ríos y a su frente por hondas cortaduras que dificultan su acceso; pero carece de agua, y en esto se basaba el éxito del plan de ataque. Los defensores se sostuvieron con firmeza dentro de sus muros durante un día y una noche, haciendo jugar tres piezas de artillería que mantuvieron un vivo fuego de fusilería; pero encerrados en su recinto por una trinchera que sobre su entrada mandó abrir Cienfuegos, y acosados por la sed, hubieron de capitular. Este triunfo dio por resultado la posesión inmediata de los fuertes de Santa Juana y San Pedro al poniente de Nacimiento, con lo cual quedó conquistada la línea de Arauco hasta frente a Concepción; pero quedaba todavía la mayor dificultad por vencer.

La llave de la línea fronteriza era la plaza de Arauco, situada en su extremidad occidental sobre el Pacífico. Puerto de mar y depósito general de artículos de guerra, por allí había efectuado Gainza la segunda invasión al territorio chileno en 1814, y era el punto por donde la plaza de Talcahuano se comunicaba por agua con el territorio araucano, proveyéndose de víveres y otros recursos. Defendida por la cordillera de Nahuelbuta y por el río Carampangue que se desprende de ella, era una fortaleza respetable por la naturaleza y por el arte, más difícil de expugnar que la de Naci-

miento. Freyre recibió orden de tomarla a todo trance. En consecuencia, atravesó a su vez el Bío-Bío, y reunido a la partida de Cienfuegos, marchó resueltamente sobre Arauco, a la cabeza de 360 hombres, ocupando en su tránsito el fuerte de Colcura sobre la costa. El 26 de mayo se hallaba a orillas del Carampangue.

La guarnición, fuerte de más de 200 hombres, salió a disputarle el paso del río, estableciéndose sólidamente en su margen izquierda con infantería y artillería. Un copioso aguacero que cerró todos los vados, vino a aumentar las dificultades a vencer. Freyre sin arredrarse, dispuso, al anochecer, que una parte de su tropa llamase la atención por el frente, río por medio, mientras él con el resto se dirigía corriente abajo con la resolución de atacar al enemigo en sus posiciones por el flanco. Puesto a la cabeza de 50 de los invencibles granaderos a caballo, mandados por el mayor Lino Ramírez de Arellano, cada jinete con un infante del número 7º a la grupa, atravesó a nado el río bajo los fuegos de los realistas, y cayó impetuosamente sobre su izquierda, al mismo tiempo que la reserva sostenía su ataque desde la margen derecha. El combate fue reñido y la victoria completa, dejando los derrotados en el campo 30 muertos, 15 heridos y 40 prisioneros. Al día siguiente (27 de mayo), Freyre entró triunfante a la plaza de Arauco, y se apoderó de de 11 piezas de artillería y de todos los pertrechos de guerra allí depositados, con la sola pérdida de 14 hombres ahogados en el Carampangue y un herido en el combate.

Un oscuro jefe de milicias de la frontera, llamado Juan Bautista Díaz, reunió los dispersos realistas de Carampangue, y alistando bajo su bandera a los indios comarcanos, consiguió organizar una banda como de 500 hombres de chuza. El capitán Cienfuegos que había quedado a cargo de la plaza de Arauco, salió a su encuentro al frente de 150 hombres y fue completamente batido, quedando en el campo cubierto de heridas. La fortaleza de Arauco volvió a ser ocupada por los realistas (3 de junio). Freyre se puso entonces nuevamente en campaña con su división y volvió a reconquistar la fortaleza de Arauco, batiendo a Díaz sobre el mismo Carampangue donde éste se había atrincherado (17 de julio). Desde entonces la plaza de Talcahuano quedó completamente aislada por la parte de tierra y privada de los auxilios que recibía del territorio araucano.

Para completar el bloqueo terrestre de Talcahuano y asegurar el flanco del ejército sitiador en Concepción, O'Higgins comisionó al coronel Andrés Alcázar, con encargo de pacificar las tribus araucanas, a fin de obtener una alianza negativa, y este jefe, que se había criado en la frontera, desempeñó cumplidamente su comisión, convocando a los indios a un solemne parlamento y celebró con ellos tratados sobre la base de la neutralidad, que fue observado con la intermitencia propia del carácter pérfido y voluble de estos salvajes.

VII

Durante las operaciones de Arauco, las hostilidades sobre Talcahuano se habían limitado a una línea avanzada de observación sobre la península y a meras escaramuzas en que la ventaja estuvo siempre de parte de los patriotas. En una ocasión (7 de junio), los sitiados hicieron salir un destacamento con el objeto de recoger algún ganado; pero vigorosamente atacados por 80 granaderos al mando del capitán Juan Lavalle con el teniente Victoriano Corvalán, fue completamente derrotado con pérdida de su arreo, dejando en el campo varios muertos. En otra ocasión (2 de julio), el coronel Las Heras con dos escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Manuel Escalada y por Medina y Dragones de Chile por Freyre, cayó al amanecer sobre las avanzadas de la plaza con el objeto de practicar un reconocimiento. La operación dio por resultado la sorpresa de una de las guardias realistas, que fue acuchillada sobre los mismos fosos, mientras el ingeniero Antonio Arcos, rodilla en tierra, levantaba bajo el fuego de la plaza el plano de sus fortificaciones.

Aun cuando las copiosas lluvias del invierno del sur de Chile habían comenzado, inundando el terreno que media entre Concepción y Talcahuano, e impedían estrechar el sitio. O'Higgins no renunciaba a la idea de llevar un ataque a las fortificaciones enemigas convencido de que, mientras no fuesen expugnadas, la guerra se prolongaría indefinidamente. Al efecto, había engrosado considerablemente sus fuerzas, organizando cuerpos chilenos de nueva creación y armado algunas lanchas cañoneras, en el Bío-Bío para contrarrestar las españolas. Practicado el reconocimiento del 2 de julio, de que se ha dado noticia, resolvió tentar un golpe formal sobre la plaza. Con tal propósito dividió su ejército en dos cuerpos: uno a cargo del coronel Las Heras y otro al del coronel Conde. El 22 de julio, ambas divisiones acamparon a tiro de cañón de la plaza sobre el cerco de los Perales, desde cuyo punto se descubrían todas las fortificaciones del enemigo, y en vista de ellas se improvisó el plan de ataque que debía verificarse al día siguiente, el cual parece no haber sido bien estudiado a juzgar por los documentos que hemos tenido a la vista y las operaciones parciales que en consecuencia se emprendieron. Redujéronse éstas a establecer una batería de dos obuses a cargo del mayor chileno José Manuel Borgoño, en la punta noroeste de Perales, y bombardear desde allí la plaza durante la noche, con poco éxito. El 23 continuó el bombardeo, pero habiéndose desmontado los obuses, fueron reemplazados con dos piezas de a 4, con el objeto de desalojar cinco botes españoles que penetraron por una laguna del costado izquierdo del enemigo, a fin de hostili-

zar el flanco derecho de los patriotas. Las siete baterías del recinto exterior de la plaza rompieron el fuego a la vez, sin causar daño alguno, por cuanto las tropas sitiadoras habíanse situado en las pendientes del sur de Perales, perfectamente cubiertas. Bajo la protección de sus cañones, intentaron los sitiados una salida parcial de caballería, que fue rechazada por un escuadrón de granaderos mandados por Escalada con el sostén de una compañía del número 11 a cargo del capitán Bernardo Videla, llevando la persecución, bajo la metralla, hasta las inmediaciones del foso. Las lanchas de los patriotas, que debían concurrir al ataque, aun no habían llegado. En la noche sobrevino un copioso aguacero, que inundó el campo e inutilizó las municiones de fusil. Necesario fue desistir del ataque, y el 24 el ejército sitiador emprendió su retirada. Desde entonces las operaciones del sitio quedaron paralizadas.

El infatigable Ordóñez, en la imposibilidad de acometer nuevas empresas después de los tres sucesivos contrastes sufridos, promovió una guerra de partidarios a retaguardia del ejército sitiador. Simultáneamente aparecieron en el interior algunas guerrillas encabezadas por oficiales salidos de Talcahuano, cuyo centro de operaciones eran las montañas de Chillán. Estas partidas, batidas unas veces, escapando otras a la persecución que se les hacía, y reorganizadas constantemente, extendieron sus correrías desde el Maule hasta Arauco inquietando las comunicaciones de los patriotas, y obligaron a éstos a desprender gruesos destacamentos. A esto se redujo la guerra del Sur en los últimos meses del invierno de 1817. Talcahuano era el dardo roto clavado en el pie del vencedor de Chacabuco, y la prolongación indefinida de la guerra en el sur de Chile, la consecuencia de su error después de la victoria o de la demora de la expedición de Las Heras, gloriosamente reparada por el triunfo del Gavilán.

VIII

Las lluvias del riguroso invierno de 1817 paralizaron las operaciones del sitio sobre Talcahuano. Mientras tanto, continuáronse con tenacidad por los realistas, y con fortuna varia para ambas partes, las hostilidades en la inmediata frontera araucana. Aun cuando las peripecias y combates parciales de esta pequeña guerra sean un accesorio en el cuadro general de la historia, sin embargo, su conjunto le da su perspectiva, ensanchan su horizonte y hacen comprender mejor por el contraste los acontecimientos de mayor magnitud con que se combinaron.

Después de la retoma de la plaza de Arauco y de Colcura, por Freyre, y la ocupación ulterior de los fuertes al sur del Bío-Bío, por Alcázar, el primero se replegó al cuartel general, dejando débil-

mente guarnecido el punto, y el segundo estableció su centro en Nacimiento. Estrechado Ordóñez en el recinto estéril de Talcahuano y privado de los recursos que por esa vía se proporcionaba, decidió volver a recuperar las posiciones perdidas, principalmente las de las costas del mar. Al efecto, desprendió por agua una expedición con el objeto de acopiar víveres y caballos, a la vez de dar un núcleo más consistente a sus partidarios dispersos en las inmediaciones, la cual desembarcó en la playa del Tubul, río que desagua en la bahía de Arauco, donde estableció su campamento. Noticioso de su presencia, el capitán Agustín López, que mandaba la plaza, salió a su encuentro con su caballería (12 de setiembre), y dispersó a los invasores, que dejaron en el campo 30 muertos. Pero rehechos y reforzados éstos, atacaron atrevidamente la fortaleza (16 de setiembre), obligando a su débil guarnición a reconcentrarse en su recinto, la que habría sido rendida sin el eficaz auxilio que llevó el comandante del batallón número 3 de Chile, Ramón Boedo, que se hallaba en Colcura al frente de una compañía de 115 hombres. El valiente e infatigable Freyre fue desprendido por tercera vez al sur del Bío-Bío con su columna volante de argentinos y chilenos, en protección de la línea amagada. El 27 de setiembre cayó en la noche de sorpresa sobre los realistas, acampados en la margen derecha del Tubol con 130 fusileros y muchedumbre de indígenas a caballo, y los destrozó completamente, causándoles grandes pérdidas y tomándoles un cañón.

Los restos de las partidas realistas, sin desmayar por estos contrastes, en que perdieron como 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, se reforzaron nuevamente, y recostándose sobre la línea del Bío-Bío, se apoderaron del fuerte de Santa Juana. En seguida atacaron el fuerte de Nacimiento, defendido personalmente por Alcázar, quien sostuvo la posición hasta ser oportunamente protegido por un destacamento salido de Chillán, que obligó a los realistas a levantar el cerco y retirarse a los fuertes de frontera de la falda de la cordillera, hasta donde fueron perseguidos por nuevas tropas movidas al efecto. Pero el tenaz Ordóñez, comprendiendo la importancia de estas hostilidades, que distraían la atención de los patriotas, debilitándolos, desprendió una nueva expedición de una partida de tropa con varios oficiales escogidos, a fin de que las continuasen con más método. Con estos elementos formóse una columna bastante respetable, que consiguió batir un grueso destacamento de 80 fusileros y 66 lanceros que imprudentemente salió en su busca, matándole 20 hombres y tomándole una pieza de artillería. Obtenidas estas ventajas, atacaron nuevamente el fuerte de Nacimiento (16 de noviembre), pero fueron rechazados y perseguidos en su retirada por Alcázar. Casi simultáneamente con estos sucesos (27 de octubre), reaparecían las montoneras de Chillán acaudilladas por

Pincheira en número de 200 hombres, las que fueron otra vez batidas, con pérdida de 40 muertos y 60 prisioneros.

Así quedó nuevamente desplegado el flanco y asegurada la retaguardia del ejército patriota establecido en Concepción, y Ordóñez más estrechado en Talcahuano. Era en la posición de Talcahuano donde estaba la solución del problema de la campaña del Sur.

Si se toma un mapa general de Chile y se examina la configuración de sus costas, vese desprenderse de ellas una montaña en dirección de sur a norte, que tiene los contornos de un tosco pedernal de flecha primitiva no desbastado, y que forma parte de su cordillera marítima sumergida. Son los altos llamados de Tumbes, extremidad occidental de la península de Talcahuano. Esta península, que cierra por sudeste la bahía de Concepción, y comprende la de San Vicente en su costado sur, es un macizo de ásperos cerros boscosos que se levantan exabrupto, y está ligado al continente por una garganta de tierras bajas y anegadizas, conocidas con el nombre de vegas, de poco más de dos kilómetros de ancho. Esta era la línea de defensa adoptada por Ordóñez, en el punto donde terminan los cerros por el oriente y comienzan las vegas que se desenvuelven a su pie. Fronterizo a esta línea y en medio de las vegas, se levanta aislado un cerro prolongado de este a oeste, que lleva el nombre de "Alto de los Perales", cuya puntilla occidental se encuentra a tiro de cañón de la mencionada línea.

La plaza de Talcahuano estaba guarnecida por 1.700 hombres, y artillada con 70 cañones de calibre de 24 a bajo, que servían 250 artilleros y marineros. Las fortificaciones consistían en una primera línea continua que seguía el perfil de los cerros, desde la bahía de Concepción hasta la de San Vicente, con escarpas naturales peinadas, fosos, cortaduras, palizadas, pozos de lobo, trincheras y siete baterías a barbeta cubiertas por el bosque, que barrían con sus fuegos cruzados todas las tierras bajas. En su extremo izquierdo se destaca un muro, dividido en su promedio por una depresión del terreno, con un flanco escarpado que se hunde en las aguas de la bahía y cuya cabeza oriental está aislada por una caleta o pequeña ensenada que con ella comunica, y en la que desaguan los riachos de las vegas. Los fuegos de esta posición defendían el acceso del portón y puente levadizo situado a su pie, y flanqueaban toda la línea de fortificaciones de norte a sur. En la parte más culminante del macizo de Tumbes, se eleva el "Cerro del Centinela" donde estaba establecido un reducto a la manera de una ciudadela, y un escalón más abajo de la montaña, en el punto llamado "Cerro del Cura", otro reducto y una batería, que dominaban el frente y el flanco de la posición y lanzaban sus proyectiles por encima de la primera línea. Completaban este sistema de defensa dos castillos sobre la playa de la gran bahía, sostenidos por la fragata *Venganza*, de 44, el bergantín *Potrillo*, de 18, con cinco chalupas cañoneras den-

tro de la caleta a la cabeza del Morro, y una lancha con una pieza de 18, situada en la bahía de San Vicente.

Por esta descripción, vese que la península de Talcahuano era posición fuerte por la naturaleza y por el arte, y que el dueño de ella, siéndolo a la vez del mar, podía sostenerse en su recinto montañoso con ventaja y con pocas fuerzas tener a todo el sur de Chile en jaque, amenazando constantemente la inmediata ciudad de Concepción que está a dos horas de marcha militar, y conservar siempre una puerta abierta para invadir el territorio por esa parte. La importancia de este punto había sido revelada por el ingeniero Mackenna desde 1810, y O'Higgins le llamaba el "Gibraltar de Chile", nombre que con propiedad le cuadra. Esta circunstancia agrava la falta de los generales patriotas al dar tiempo al enemigo para fortificarse en él, y revela entre las grandes cualidades que desplegó Ordóñez, su largo golpe de vista militar y su prudencia a la par que su fortaleza. Talcahuano contrarrestaba con un puñado de hombres los efectos de la batalla de Chacabuco, y debía mantener a raya, por espacio de tres años, los progresos de las armas argentinochilenas.

IX

Durante la estación del invierno, O'Higgins había aumentado su ejército con cuerpos chilenos de nueva creación, y a mediados de octubre (1817), su fuerza total pasaba de 3.700 hombres, lo suficiente apenas para tentar un asalto franco sobre las posiciones de Talcahuano. En los primeros días de la primavera (8 de octubre), había recibido un contingente de otro género, que debía ejercer una influencia funesta en la prosecución de las operaciones del sitio de Talcahuano. Entre los oficiales franceses traídos por Carrera, de Estados Unidos, contábanse dos, uno de ellos ilustre por sus antecedentes históricos, y el otro de un mérito sólido, los cuales debían intervenir activamente en las operaciones que se preparaban.

Era uno de estos oficiales el general Miguel Brayer, que venía precedido de una gran reputación militar como teniente general de Napoleón, a quien éste tuvo presente en su testamento. Habíase distinguido en las primeras guerras de la República Francesa, alcanzando el grado de coronel por su notable comportamiento en Hohenlinden a las órdenes de Moreau. En la batalla de Austerlitz obligó a capitular a una división de 8.000 rusos, comprometida en un desfiladero. En las campañas de Prusia, y en la guerra de España, ejecutó proezas que le granjearon la admiración de sus compañeros de armas. En 1813, en la batalla de Silesia, se batió marchando con muletas por consecuencia de una herida recibida en Albuera, donde se batiera sin saberlo en el hemisferio opuesto con San Martín. Fue

entonces cuando ejecutó la hazaña de restablecer y pasar un puente con sola su brigada bajo los fuegos del enemigo, al que hizo retrogradar y hacer rendir sus armas. La derrota de Waterloo, lo encontró al frente de una división de 20.000 hombres y fue uno de los que se presentaron al emperador vencido, para pedirle que recomenzase la guerra. El cautivo de Santa Elena, recordando este momento, decía en la época a que hemos llegado: "Debía montar a caballo cuando la división de Brayer se me presentó en Malmaison, y hacerme conducir por ella al centro del ejército." Perseguido después de los cien días, escapó a la triste suerte de Ney y Labedovere, emigrando a los Estados Unidos, donde lo había encontrado Carrera.

No obstante estos prestigiosos antecedentes, fue recibido con frialdad por sus nuevos compañeros de armas. Sus primeras manifestaciones, que no habían sido discretas, y su mal disimulada arrogancia en el campamento, no le captaron las simpatías ni la confianza de los jefes ni de la tropa. En la primera entrevista con el director Pueyrredón había manifestado la poca importancia que daba a la posición de Talcahuano y su desprecio por las tropas españolas. En su conferencia con San Martín en Chile —a quien sin duda miraba de arriba abajo—, fue impertinente: llególe a preguntar cuál era su plan para tomar la plaza; el general de los Andes lo puso en su lugar, contestándole que eso era lo que él tenía que preguntarle. Sea que careciese del fuego sagrado, lejos del astro que le comunicara en otro tiempo su ardor, sea que se alistase bajo las banderas independientes de la América más por espíritu aventurero que por convicción, y que, infatuado por sus glorias, mirase en menos a los combatientes de una y otra parte, el hecho es que Brayer inició su carrera bajo malos auspicios, y mostró después que, si había sido un héroe, carecía de cabeza y de carácter.

Junto con Brayer, llegó otro oficial modesto, aunque no oscuro, destinado a prestar meritorios servicios a la causa americana, dejando su nombre inscripto en los documentos gráficos que marcan con trazos científicos las campañas de San Martín en Chile. Llamábase Alberto Bacler D'Albe, capitán de ingenieros, que tenía a la sazón veintiocho años de edad. Hijo de un mariscal de campo de la República Francesa, poseía extensos conocimientos matemáticos, tenía mucha experiencia de la guerra, y era hombre de buen consejo en materias militares. Había hecho las campañas de Austria y de Zelandia, de Rusia, de España, de Alemania, de Bélgica y de Francia, desde 1809 a 1815, asistiendo a Waterloo, y como jefe del gabinete topográfico del ejército del Mariscal Soult, ilustró su nombre con distinguidos servicios profesionales.

Con la llegada de Brayer y D'Albe, las operaciones del ejército sitiador empezaron a formalizarse. Hasta entonces todo se había reducido a un bloqueo desde las posiciones de Concepción, con avan-

zadas sobre las vegas, y escaramuzas o golpes de mano en que los sitiadores llevaron siempre la ventaja, distinguiéndose en primera línea, Freyre (chileno) y Escalada (argentino). Aún continuaban las lluvias, que en la región del sur de Chile se prolongaron hasta muy entrada la primavera, y por lo tanto el terreno intermedio, inundado entre Concepción y Talcahuano, no permitía tomar posiciones de circunvalación sobre la península. Al día siguiente del arribo de Brayer (10 de setiembre), dispuso O'Higgins que Freyre acompañado por Escalada a la cabeza de 100 granaderos a caballo, atacase una guardia enemiga que acostumbraba avanzar hasta los altos de Perales, emboscándose al efecto en los médanos de la costa de San Vicente, que se hallaba bajo los fuegos de la plaza. La niebla de la mañana, frecuente en esta estación, favoreció la empresa. De 50 hombres que salieron de las trincheras, no volvió a entrar uno solo, quedando todos ellos muertos o prisioneros. En la mañana del 25 de octubre una gruesa partida de caballería enemiga hizo una salida repentina de la plaza. El comandante Escalada, a la cabeza de dos escuadrones de granaderos, la atacó y la acuchilló hasta el pie de sus palizadas, con sólo la pérdida de dos caballos, haciéndoles 12 muertos y varios heridos.

A mediados de noviembre quedó decidido el asalto de Talcahuano.

El 24 de noviembre pasó O'Higgins una solemne revista a todo el ejército recientemente uniformado, formando en línea los batallones argentinos 7º y 11º a las órdenes de Las Heras y Conde, y dos escuadrones de granaderos a las de Escalada, juntamente con los batallones números 1º y 3º de Chile, mandados por D. Juan de Dios Rivera y comandante Ramón Boedo, con el escuadrón Cazadores escolta con Freyre a su cabeza, y una brigada de artilleros chilenos a cargo del mayor José Manuel Borgoño. Estas fuerzas en número de 3.700 hombres antes indicado, se situaron en la extremidad norte de los altos de Perales, casi a tiro de cañón de a 24 de la plaza. El sitio, preliminar del asalto, estaba establecido.

Por esta vez se procedió con arreglo a un plan fijo, basado sobre los planos del terreno, levantados por los ingenieros Arcos y D'Albe, después de largas y detenidas deliberaciones.

X

Dos caminos se presentaban para apoderarse a viva fuerza de la posición de Talcahuano. El uno, atacarla por su derecha que era el más débil, en combinación con las lanchas cañoneras de los patriotas que descendían desde Concepción al Bío-Bío, dominando la bahía de San Vicente, para en seguida asaltar las baterías de esa parte, posesionarse de los reductos de El Centinela y del Cura, y quedar de este modo dueños del punto. El otro, asaltar las for-

tificaciones por su izquierda —que era la más fuerte—, posesionarse del Morro y de la playa adyacente del recinto, cortando la retirada a la guarnición, e interceptar la comunicación con los buques de guerra. Fue éste el que se adoptó. Consultado San Martín sobre el particular, señaló en vista del plano de Arcos, con la penetración de Bonaparte en Tolón, cuál era el punto que daría el dominio de la plaza; pero desgraciadamente opinó que tal vez sería preferible tentarlo por otro, y contestó: "La posición de Talcahuano es formidable: la llave de toda ella es el reducto del Centinela; pero el ataque de éste por 300 hombres es sumamente aventurado, bien sea anticipándose, o bien si es rechazado el que debe ejecutarse de frente sobre la línea; en todo caso, más bien preferiría el ataque por el reducto número 1 (el Morro), y en caso de suceso, marchar sobre el pueblo, pues de este modo quedaba flanqueada su línea, y sin tener cómo subsistir; pero hay mucha diferencia en calcular sobre un plano, por exacto que sea, a observar sobre el terreno." O'Higgins, con el instinto que le daba el conocimiento del terreno, se inclinaba al ataque por la derecha y el Centinela; pero deferente a las opiniones de Brayer, convino que se llevase por el extremo opuesto. Por su parte San Martín libró de decisión a O'Higgins, oscilando entre la esperanza y la duda. "Veo su disposición para atacar Talcahuano. Creo que los resultados serán felices. Si no lo son, tendremos paciencia. Al cabo, jamás puede pasar la tentativa de una pequeña pérdida y nunca una derrota, que es lo que podría desesperarnos. Con nuestra caballería estamos en aptitud de replegarnos tranquilamente en caso de revés a nuestra posición, sin ser incomodados. En fin, después, agregaba con desconfianza respecto del éxito: "Veo por su relación, que la línea enemiga presenta inconvenientes respetables, y que su ataque nos puede costar mucha sangre. Si Ud. calculase que el éxito no sea feliz, no hay más arbitrio que esperar nos lleguen los buques. Usted está a la vista y dispondrá lo que quiera y le parezca."

En cuanto a Brayer, con sus ideas preconcebidas, miraba con desprecio las fortificaciones y las tropas enemigas, y sostenía que el ataque debía llevarse a todo trance por la izquierda. No le faltaban razones en qué apoyar esta opinión, aunque de un orden más bien impresionista que rigurosamente militar. Según él, la posición del Morro era la llave del costado izquierdo de la línea y de su entrada, y una vez dueños de ella, los patriotas podían dominar toda la playa de la gran bahía, asestar sus cañones sobre las dos naves de guerra española, impedir que las tropas realistas se embarcaran y de este modo rendirlas a discreción, obteniendo de un golpe todas las ventajas de la victoria, lo que no se conseguiría si se llevase el ataque por su derecha, que les dejaba franca la retirada. Este plan, radicalmente malo, aun como golpe de mano, se fundaba sobre un triple error de apreciación científica y de hecho,

cual era: suponer que la primera línea de defensa constituía la fuerza de la posición; considerar que el Morro era su llave, cuando era un simple reducto destacado, útil para la defensa, pero no para el ataque, pues estaba dominado por los fuegos de los reductos de las alturas; y por último no prever el obstáculo, que aislando el ataque del Morro, inutilizaba toda la combinación. Todo esto quedará explicado más claramente en adelante al relatar la operación y hacer su crítica.

Las opiniones estaban divididas respecto del plan que en definitiva debía adoptarse. O'Higgins consultó reservadamente a sus jefes, y la mayor parte se inclinaba como él, al ataque por la derecha de la línea. Entre ellos contábase Las Heras; pero cuando le fue comunicado en junta de guerra el plan redactado por Brayer, y vio que la mayoría bajo la presión moral de la gran autoridad de su autor, estaba dispuesta a aceptarlo, a la vez que a él se le asignaba el puesto de mayor peligro, movido por un sentimiento de orgullo nacional, declaró que también lo aceptaba, asegurando que con sus tropas tomaría el Morro. De este modo prevaleció el plan de Brayer.

El plan de Brayer, reducido a la composición de las tres columnas de asalto y a algunas prevenciones muy someras, sin previsiones ni instrucciones tácticas siquiera, consistía en dos ataques simultáneos; uno formal por la izquierda de la línea, y otro falso por la derecha y centro. El primero tenía el Morro por objetivo inmediato, y una vez tomado, los asaltantes debían posesionarse del rastrillo por la espalda y tender el puente levadizo, para que penetrara a la playa la caballería, y en seguida, apoderarse del reducto del Cerro del Cura que era el objetivo ulterior y el punto de reunión señalado. El segundo debía limitarse a simples amagos, y permanecer a la expectativa, sin misión determinada. Los artilleros marcharían al asalto sin piezas, para servir las que se tomasen en las baterías del Morro y del Cura. Las lanchas cañoneras del Bío-Bío apoyarían el ataque falso, para llamar más la atención, y cooperar según el caso. Así quedó convenido, y todo empezó a prepararse con actividad para la próxima batalla.

XI

El ejército sitiador se estableció en el alto de Perales (25 de noviembre), situando los puestos avanzados dentro de tiro de cañón de a 24 del enemigo, que inmediatamente rompió el fuego sobre ellos. El bergantín *Potrillo* salió de la bahía de Concepción con algunas chalupas y lanchas artilladas, y ocupando la de San Vicente, empezó a cañonear el flanco izquierdo de los patriotas. Esta hostilidad fue contrarrestada por una batería de campaña abrigada por

los médanos de la costa, que obligó al bergantín enemigo a abandonar el puerto. Al mismo tiempo, las cañoneras patriotas atacaban las de los realistas, forzándolas a colocarse bajo el amparo de sus baterías. Después de estos saludos de hierro, fue hecha a la plaza por escrito, la intimación de rendirse. Ordóñez, redoblando el fuego de las baterías y reductos, contestó verbalmente, que "se defendería hasta la muerte." Desde entonces sólo se esperó el momento favorable para dar el asalto.

El viento norte, que había empezado a soplar los primeros días de diciembre, arreció el día 5 de manera de hacer imposible la salida de la escuadra española del puerto. Esta circunstancia favorecía el plan de Brayer, y quedó resuelto que el asalto se llevase en la madrugada del 6. El ejército fue divido en tres brigadas. La primera, al mando de Las Heras, componíanla las cuatro compañías de cazadores (argentinos y chilenos) a órdenes del mayor Jorge Beauchef, distinguido oficial francés de Napoleón, venido con Carrera; el batallón argentino número 11 y número 3 de Chile a cargo de su comandante Boedo. La segunda brigada la mandaba el conorel Pedro Conde y componíanla las compañías de granaderos de los batallones argentinos y chilenos a órdenes del mayor Cirilo Correa; el batallón argentino número 7 y el número 1 de Nacionales de Chile. La tercera la formaban los escuadrones 3 y 4 de granaderos a caballo y los cazadores escolta, dirigidos por Freyre.

La hora señalada para marchar al ataque eran las 2 de la mañana; pero sólo tres cuartos de hora después pudo iniciar su movimiento la división de Las Heras, precedida por las compañías de cazadores, con el número 11 y los pelotones de artilleros en reserva, y 40 zapadores con herramientas para abrir camino por entre las estacadas. Por su izquierda se movía la caballería, llevando cada jinete un mazo de fagina al hombro. Las instrucciones le prevenían atacar el centro del Morro, ocupar sus baterías al grito de ¡Viva la Patria, salvar la cortadura intermedia, franquear el rastrillo a la caballería, y repitiendo el mismo grito de ¡Viva la Patria! posesionarse del Cerro del Cura. Al primer grito, que indicaría que el puente levadizo estaba echado, Freyre penetraría en él con su caballería a todo galope, acuchillando lo que encontrase por delante, y se reconcentraría en seguida al mismo Cerro del Cura. En cuanto a la columna de la izquierda, su papel se limitaba a desprender simultáneamente dos compañías sobre el centro de la línea y otras dos sobre las trincheras de San Vicente, empeñando fuegos para simular un doble ataque, simultáneamente con el verdadero de la derecha, y mantener a cubierto la reserva. Cinco lanchas cañoneras a cargo del comandante Jorge Manning, salidas de Concepción, debían concurrir al falso ataque de la izquierda, descendiendo el Bío-Bío. En este orden formóse el Ejército a las 2 de la mañana del día 6, y poco antes de la 3 rompió su marcha en silencio, bajo el cañoneo

que las baterías acostumbraban a hacer durante la noche, por precaución.

La primera señal de alarma fue dada a la plaza por un centinela perdido de caballería que disparó su carabina. La guarnición realista acudió a sus puestos y se apercibió a la defensa, rompiendo el fuego todas las baterías desde uno a otro extremo de la línea. El mayor Beauchef, que iba al frente de la columna de la derecha, se dirigió a paso de carrera sobre el Morro. Al llegar a su pie, fue recibido por una descarga de doscientos fusiles que le postraron como veinte hombres entre muertos y heridos. Hubo un momento de vacilación en la tropa, pero el intrépido Beauchef, lanzándose al foso lleno de agua, ordenó que le siguieran, y el capitán Bernardo Videla (argentino), haciendo lo mismo, arrastró tras sí a la compañía de cazadores número 11 que llevaba a la cabeza. Los dos valerosos oficiales treparon en hombros de sus soldados la muralla natural, de siete metros de altura, formada por la pendiente acantilada del Morro, y ayudados por ellos, consiguieron aportillar con sus propias manos la estacada que lo coronaba. Cuando se disponían a penetrar en el recinto fortificado, una descarga dirigida sobre el mismo portillo, derribó muerto al capitán Videla, y destrozó el brazo a Beauchef, quien, sin embargo, se mantuvo firme por algunos momentos en la brecha, hasta perder el sentido. En ese momento acude Las Heras a paso de trote a la cabeza del número 11, sostenido por el número 3 de Chile, con los zapadores de D'Albe; aplica las escalas de asalto, trepa la muralla, rompe la estacada, se posesiona del Morro, bayonetea la mayor parte de la guarnición, pone en fuga a otra, obliga al resto a precipitarse al mar, y cumpliendo su palabra y sus instrucciones, lanza desde lo alto de la batería por la boca de sus valientes soldados el grito de "¡Viva la Patria!"

El fuego cesó por algunos momentos. La noche era oscura, y sólo se oía a lo lejos el rumor del desorden en los altos de Tumbes, y los gritos de los marineros en las embarcaciones de la bahía, al recoger los fugitivos que se arrojaban al agua. Poco después, oyóse el estampido del cañón en las aguas de la bahía de San Vicente: era Manning, que con sus lanchas atacaba y tomaba al abordaje la cañonera enemiga situada en aquel punto, pasando a degüello su tripulación, y aseguraba aquel flanco. Los defensores de las baterías inmediatas las abandonaron, refugiándose en lo alto de los cerros; pero como la costa es de dificilísimo acceso por ese punto, y además la flotilla patriota no iba prevenida para un desembarco, esta operación aislada, que sólo en combinación con un ataque formal por la derecha podía dar algún resultado, no tuvo más consecuencias. Simultáneamente rompióse el fuego por el centro y la izquierda. Era la columna de Conde, que, excediendo sus instrucciones expectantes, procuraba convertir el falso ataque en verdadero. Salvando los pozos de lobo de los aproches por esa parte, había llega-

do hasta el pie de las escarpadas y asaltado las palizadas. Los defensores prevenidos, lo recibieron con un nutrido fuego de fusilería y de cañón, y los chilenoargentinos fueron rechazados, cayendo gravemente herido el mayor Correa. Aun así, quedó demostrado que, si el ataque principal hubiese sido llevado vigorosamente por ese punto, habría sido forzada la línea con menos trabajo que por el Morro, quedando abierto el camino que conducía a los reductos del Centinela y del Cura y tomada la primera línea por la espalda.

Mientras tanto, Las Heras, dueño del Morro, se hallaba en la imposibilidad de posesionarse del rastrillo por el interior, ni de dirigirse al Cerro del Cura, que eran los objetivos señalados por sus instrucciones. Los fugitivos, al replegarse a su reserva, atravesaron una cortadura natural abierta en la depresión del terreno, que hemos señalado antes, ahondada a pico, y alzando el puente levadizo, por medio del cual la cabeza del Morro se comunicaba con su prolongación dentro de las trincheras, dejaron aislado a Las Heras en la posición conquistada. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los asaltantes para vencer este obstáculo en medio de la oscuridad y en un terreno que les era desconocido. Los realistas, sostenidos por una batería de troneras a la espalda de la cortadura, se sostuvieron con firmeza, y todo se redujo desde entonces a un combate de fusilería de barranco a barranco.

El ataque estaba malogrado por la izquierda de la línea y rechazado por el centro, aunque parcialmente triunfante en el Morro y en la bahía de San Vicente.

XII

En esta situación peligrosa encontraron a Las Heras las primeras luces del alba. Así que empezaron a disiparse las sombras de la noche, procuró atravesar el obstáculo que lo había detenido, pero al intentarlo cayó muerto el comandante Boedo, al frente de sus soldados. Al mismo tiempo que la batería de la cortadura barría con su metralla la meseta del Morro, los reductos del Centinela y del Cura, a la par de la fragata *Venganza* y las lanchas cañoneras del puerto, hacían converger sus balas sobre ella. Los defensores, vueltos de su sorpresa, se daban cuenta de la situación, y Ordóñez acudía con su reserva al único punto amenazado. Los fuegos de los altos de Tumbes de la bahía y de la batería de la cortadura diezmaban las filas patriotas, cayendo muerto el teniente Leonardo García, del número 11, y cubiertos de heridas, el capitán Félix Villota, los tenientes Manuel Allende, Francisco Borcosque, Manuel Laprida, Ramón Lista, José Benito Sosa y los subtenientes Antonio Alemparte y Dionisio Villareal. Las Heras, en medio de aquella mortandad, sostenía impávido la posición conquistada, empeñado en llevar adelante

su difícil y ya imposible empresa. No había recibido por otra parte orden de retirada, y su deber era sostenerse hasta triunfar o morir.

El general O'Higgins, acompañado de Brayer, observaba las peripecias del combate desde la puntilla de los altos de Perales, dentro del tiro de cañón del enemigo, viendo caer muertos a su lado a sus ayudantes Luis Flores y Juan de Dios Molina. Brayer pudo entonces ver, a costa de un sangriento sacrificio, lo que antes no había visto: la cabeza del Morro era un reducto destacado, dominado por las altas baterías y flanqueado por la marina, útil para la defensa que formaba sistema, pero desventajoso para el atacante que lo ocupara, no siendo ni siquiera llave del portón que defendía. En cuanto a O'Higgins, convencido de que la división de Las Heras se sacrificaba estérilmente, dio al fin la orden de retirada. Esta operación era en aquellos momentos tan peligrosa como el asalto; pero Las Heras, con imperturbable sangre fría, se mostró a la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner a salvo sus últimos heridos, clavó los cañones de que se había apoderado, y conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterías altas y bajas de la fortificación.

El ejército patriota sufrió una pérdida de 150 muertos y 280 heridos; pero por un fenómeno psicológico que suele repetirse, su moral, en vez de destemplarse por el rechazo, se remontó mientras que el enemigo quedó aterrado, y no se vio desde ese día desprenderse un solo hombre de sus trincheras, reconcentrando por el contrario todas sus partidas volantes de Arauco. La generalidad, orgullosa del denuedo de las tropas en una operación de guerra tan arriesgada como nueva para ellas, atribuía su malogro a las malas disposiciones de Brayer, y pedía con entusiasmo intentar inmediatamente un segundo asalto. De este mismo espíritu participaba O'Higgins; pero, aleccionado por la experiencia, dudaba si la posesión de la plaza daría los resultados que se buscaban. "La línea de Talcahuano —decía—, es muy fuerte: sin un grande sacrificio no puede ser penetrada. Resta saber si sería o no una victoria para el enemigo el que le sacrificásemos la mitad de nuestra fuerza, aunque adquiriéramos el puesto. Después de semejante pérdida, podrían embarcar mucha parte de su marina y tropa, que fácilmente mudaría de posición que nos fuese más perjudicial; tal considero la costa de Arauco." En consecuencia, se resolvió a mantener el sitio, estableciendo contrabaterías para bombardear la plaza, sin renunciar del todo a la esperanza, deplorando no haber seguido sus propias inspiraciones. "Si el ataque se hubiese llevado —son sus palabras—, como he opinado desde un principio, no hubiera fallado; pero para otra ocasión será seguro que me dirigiré por lo que la sana razón dicta con conocimiento de nuestras tropas y el de nuestros enemigos, y no atenderé persuasiones en contrario."

Como hemos dicho antes, el plan adoptado para el asalto, era, además de deficiente, radicalmente malo. Estaba errado en uno de sus principales detalles, cual era no tomar en cuenta el obstáculo de la cortadura, según se ha visto. Reposaba sobre el error fundamental de considerar como llave del costado izquierdo de la línea la posición de la cabeza del Morro, que, como el hecho lo demostró, era un simple reducto aislado, dominado por los fuegos de las altas baterías y flanqueado por los de la marina, y por lo tanto desventajoso para el ataque, aunque útil para la defensa. Otro error de apreciación en el que lo formuló, fue suponer que la fuerza de la posición consistía principalmente en la primera línea que cerraba la península y seguía el perfil de los cerros, que, forzada en un punto, se hacía insostenible, cuando ella estaba en los altos reductos y baterías del Cura y del Centinela, especialmente éste, que era respecto de Talcahuano, lo que el fuerte *Aiguillette* en Tolón, cuando con ojo certero Napoleón dijo: "Aquí está Tolón." En el reducto del Centinela estaba Talcahuano, y una vez tomado, todo quedaba dominado. Este resultado sólo podía alcanzarse atacando por la derecha de la línea; pero todo se sacrificó al anhelo de apoderarse de los buques españoles surtos en la bahía, en mira de cortar la retirada de los defensores de los altos de Tumbes, sin considerar que, aun ocupada la posición del Cura, como se proyectaba, ella era insostenible bajo los fuegos del Centinela, y de no ocupar aquélla, era insostenible la situación de los asaltantes en la playa, aun consiguiendo franquear el rastrillo.

Con este contraste, que puso término a las operaciones ofensivas de la primera campaña del Sur, coincidió el anuncio de una nueva expedición contra Chile, preparada en el Perú, y que precisamente en el mismo día del asalto se embarcaba en el puerto del Callao, con destino a Talcahuano. De ella nos ocuparemos a su tiempo.

Capítulo XVI

LA ALIANZA ARGENTINOCHILENA

1817

Carácter de la alianza argentinochilena. — Correspondencia de San Martín con O'Higgins y Pueyrredón. — Llegada de San Martín a Buenos Aires. — Luz y sombra. — Objetos que llevaron al general San Martín a Buenos Aires. — Acuerdos secretos para la formación de una escuadra en el Pacífico. — Misión a Estados Unidos para procurarse un armamento naval. — Tercer encuentro de San Martín y Carrera. — Trabajos de Carrera en Estados Unidos para expedicionar a Chile. — La víctima propiciatoria de la alianza argentinochilena. — Regreso de San Martín a Chile. — Entrada triunfal. — Misión de Alvarez Condarco a Inglaterra. — Una sombra histórica. — Cuentas de San Martín. — Liquidación de cuentas de la alianza argentinochilena. — Organización del gobierno de Chile en el sentido de la alianza. — Su modificación según el espíritu nacional chileno. — Rivalidades y manifestaciones internacionales de gratitud. — La diplomacia de la alianza. — O'Higgins, Pueyrredón y Guido. — La situación de fuerza de Chile. — Conspiración abortada de los Carrera. — Modificación en el gobierno de Chile. — O'Higgins y los Carrera. — Creación del Ejército Unido y su constitución. — La diplomacia del generalísimo del Ejército Unido. — La alianza social. — Método de vida de San Martín en Chile. — Su estado moral. — Misión americana de la alianza argentinochilena.

I

La alianza argentinochilena, sellada con la sangre de sus soldados en el asalto de Talcahuano, es el hecho más fecundo y de mayor magnitud de la época en la lucha por la emancipación americana, sea que se considere desde el punto de vista de sus grandes objetivos o se la juzgue en presencia de sus resultados. Hecho múltiple, abstracto en cierto modo, envuelto en los grandes acontecimientos que la prepararon o fueron su consecuencia, su importancia ha podido escapar a la penetración de los historiadores, que, o no se han dado cuenta de su eficiencia, o han confundido los efectos con las causas, sin dominarla en su conjunto. Esta alianza, la primera celebrada en el Nuevo Mundo entre naciones independientes, tuvo de notable, que no fue el producto de ninguna combinación artificial; en que obedecía a las tendencias naturales de ambos pue-

blos, consultando sus recíprocos intereses; en que se desenvolvió según un plan de intervención y de política internacional, cuyo fin era la emancipación de toda la América del Sur, y se impuso militar y políticamente como una ley histórica desde las márgenes del Plata y el Cabo de Hornos hasta la línea del Ecuador, al libertar pueblos y fundar repúblicas para entregar a los libertados sus propios destinos, determinando la regla y la norma según las cuales las nuevas nacionalidades debían constituirse en lo futuro, en obediencia a su espontaneidad. Jamás dos naciones aliadas ejecutaron con más unidad de acción cosas más grandes con relación a sus recursos, con más beneficio y gloria duradera para ellas mismas y para las naciones que experimentaron su poderosa y saludable influencia. Sin la intervención argentinochilena, la lucha de la independiencia cambia de faz, y su triunfo se compromete o se retarda indefinidamente. Ella es la que da la clave para explicar el movimiento progresivo de la revolución sudamericana.

Esta alianza, que nació espontáneamente en los primeros días de la revolución por el instinto de la común defensa y la identidad de propósitos, se diseñó desde un principio con proyecciones americanas, si bien más platónicas que prácticas, y consolidóse por el mutuo auxilio que ambos países se prestaron, combatiendo unidos bajo sus banderas independientes por la defensa de sus respectivos territorios desde 1811 a 1814. La caída de Chile, en vez de romperla la estrechó más, convirtiendo por una gravitación natural en unión de pueblos lo que antes había sido una liga de hecho de dos revoluciones embrionarias. Entonces se comprendió que era una condición de vida internacional para los dos países limítrofes, divididos y unidos por los Andes, y una necesidad para su acción conjunta en los destinos americanos. Chile, dominado por las armas realistas, no podía libertarse por sí mismo, a causa del agotamiento de sus fuerzas revolucionarias, no obstante la energía de sus habitantes; la revolución argentina, derrotada en sus empresas militares, más allá de sus fronteras, habría quedado aislada, cuando todo el resto de la América sucumbía; sin camino militar en que dilatarse para herir al enemigo en el centro de su poder, y con uno de sus flancos vulnerables constantemente amenazado. Esto importaba el dominio de las costas y las aguas el Pacífico por las naves y los ejércitos realistas desde Méjico hasta Valdivia y Chiloé, y en el territorio del Alto Perú, en circunstancias que tenían el del mar Atlántico, con excepción del Río de la Plata, y era el centro de su poder el Bajo Perú, que irradiaba su acción al sur y al norte del continente. Por eso había dicho San Martín con la penetración del genio, que "Chile era la ciudadela de la América del Sur", y que de su posición dependía la expansión y el triunfo de las armas revolucionarias con bandera redentora. De aquí la imperiosa necesidad de reconquistar a Chile y el propósito deliberado de celebrar una

alianza ofensiva y defensiva sobre principios más amplios, que a la vez que asegurase la base de operaciones marítimas y terrestres de la revolución, le permitiera extenderse por todo el continente americano.

El paso de los Andes y la victoria de Chacabuco consagraron gloriosamente esa alianza, que desde entonces tuvo por único objetivo la emancipación de toda la América del Sur por las armas y por la unificación de un sistema político, considerando el continente como el vasto teatro de la guerra ofensiva sin fronteras, que había estado reducido a los límites territorialeas de las colonias insurreccionadas. De aquí surgió la idea de un ejército combinado, el dominio ulterior de las aguas del mar del Pacífico y la empresa libertadora al Bajo Perú, que era el plan preconcebido de San Martín.

Esta era una de las grandes fases de la alianza argentinochilena; pero, para ser bien comprendida y darse cuenta de su naturaleza indisoluble y de los elementos componentes, debe estudiarse bajo el doble aspecto de sus relaciones internacionales con respecto a la América y de las conexiones políticas de gobierno a gobierno. Su carácter en la primera época, desde 1811 a 1814, fue puramente político dentro del círculo de los intereses solidarios de ambos países, así para la paz como para la guerra, y sus proyecciones continentales no pasaron de vagos proyectos de confederación continental, que ni forma diplomática tuvieron siquiera. Después de Chacabuco, asume en toda su plenitud el doble carácter de alianza internacional con respecto a la América y de alianza política de país a país, con los dobles y recíprocos deberes que comportaba en el orden interno y externo.

Al lanzarse la República Argentina a la empresa de la reconquista de Chile, obedeció a tres tendencias de que se dio perfecta cuenta; la defensa propia como móvil; el dominio del Pacífico como medio, la emancipación de América del Sur como fin. San Martín era el alma de la alianza, que le infundía su espíritu; O'Higgins el vínculo internacional, que la garantía por parte de Chile; el ejército de los Andes, su nervio y su musculatura, y la Logia de Lautaro su mecanismo secreto.

La organización de esta alianza y los medios de hacerle producir los resultados previstos, mancomunando por mar y por tierra los esfuerzos y los recursos de los dos pueblos y gobiernos aliados, a fin de desempeñar su misión libertadora, tales fueron los objetos que llevaron a San Martín a Buenos Aires, un mes después de la batalla de Chacabuco, una vez fundado con arreglo a su plan el gobierno nacional del país reconquistado.

II

San Martín repasó los Andes que había atravesado un mes antes con un ejército, sin más séquito que su edecán O'Brien y el baquiano Estay. Su rumbo era aparentemente hacia Buenos Aires, pero como se ha dicho, iba en realidad buscando el camino de Lima, aunque le diera la espalda. A mediados de marzo estaba en su querida Mendoza, donde fue recibido con el entusiasmo afectuoso de un pueblo libertado y libertador a la vez. Al poner de nuevo el pie en el estribo para continuar su marcha (19 de marzo), substrayéndose a los festejos de que era objeto, recibió una carta de Pueyrredón en que le anunciaba que la guerra con los portugueses que ocupaban la Banda Oriental, era inminente, y necesitaba para emprenderla que desde Chile lo auxiliara con armas y dinero; pero al mismo tiempo le decía: "Dentro de pocos días estarán aquí cinco buques armados que venían con Carrera para su empresa; éstos quedan a mi disposición, y saldrán a recibir órdenes de usted en Valparaíso, sobre lo que le impondré después con más tiempo. Carrera con sus hermanos no irá a Chile por más que hagan." Y agregaba por conclusión: "No puede usted separarse del mando de ese ejército. ¿Qué empresa, qué operación quiere usted que se confíe a otras manos? Ya sea para sostener a ese ejército y a ese país en respecto, ya para llevarlo a nuevas glorias que se presentan indicadas, no hay otro hombre que San Martín. Sacrifiquémonos hasta que no haya más que hacer en la libertad de nuestro país. La suerte nos ha colocado en aptitud de salvarlo, y todo promete que lo hemos de conseguir. Aliento, amigo mío, y aprovechemos la fortuna en su hora feliz. Mi corazón me dice que Vd. tiene que dar más glorias al país." En carta que le llegaba al mismo tiempo, el director, como respondiendo a la idea que lo llevaba a Buenos Aires, decíale: "¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima! Desgraciadamente no hay marina que proteja la empresa. Sin embargo, creo que antes de mucho saldrán de aquí cinco buques americanos de los que están en esta bahía."

El general no paró mientes en la inminencia de una guerra con los portugueses; era una hipótesis que no entraba en sus planes y que eliminaba como un obstáculo, desde que el mismo director persistía en la empresa de Chile y no desistía de las operaciones ulteriores que eran su complemento necesario. En realidad, tal guerra no pasaba de una veleidad pasajera de Pueyrredón, que en esos momentos negociaba un tratado pacífico con la corte de Portugal en Río de Janeiro. La invasión portuguesa a la Banda Oriental, realizada en cierto modo con el consentimiento tácito y la connivencia pasiva del gobierno argentino, había tenido lugar en 1816, siete me-

ses antes de verificarse la expedición a Chile, y no era racional admitir ni la posibilidad de sostener dos guerras a la vez. Así, sólo fijó su atención en los conceptos que respondían a sus planes, y con aquella letra, que, como se ha dicho pintorescamente y con propiedad, echaba a puñados sobre el papel, escribió a su compañero O'Higgins, sin cuidarse de la ortografía ni del tipo: "Boy á ber si puedo llegar antes que salgan los Buques que trajo Carrera, y si son buenos, los tendrá Vd. en esa dentro de dos meses. Según me escriben de Bs. As. están empeñados en la cosa de Lima. Creo inebitable la Guerra con los portugueses, beré si á mi llegada puedo hacer (para evitarlo) algo sobre esto." En los últimos días de marzo estaba en Buenos Aires. El gobierno le había preparado una recepción triunfal, ordenándole se detuviera en San José de Flores; pero declinó el honor, entrando de incógnito en las primeras horas de la mañana: venía a trabajar por la independencia de la América y no a recibir ovaciones. Los periódicos de la época apenas hacen incidentalmente mención de su llegada, tal fue la modesta oscuridad en que se encerró.

Ocho días después volvía a escribir a O'Higgins: "Todo va completamente: («sic») la gran dificultad es la del armamento de los buques, no por imposibilidad en los Estados Unidos, y sí por no fiar los grandes intereses que se necesitan para ellos en manos poco seguras; pero quedará acordado el punto del modo más firme. He concluido un trato por 3.000 fusiles y otros artículos muy necesarios para el ejército. Dentro de cuatro días me pongo en marcha. Pueyrredón está al corriente de todo y no dude de que daremos «el golpe a Lima»."

Quince días después de su llegada, San Martín estaba pronto a emprender su viaje de regreso a Chile, una vez llenados los objetos que lo trajeron a Buenos Aires "en bien de la América", según sus palabras. ¿En qué había empleado este tiempo? He aquí un punto sobre el cual se encuentran muy pocos rastros en los archivos públicos, y respecto del que los historiadores dan escasísimas noticias, lo que se explica por la naturaleza reservada del negociado. Tratábase de crear, de común acuerdo, una escuadra y un ejército para asegurar la independencia de Chile al mismo tiempo que llevarla al Perú, respondiendo a los fines de la alianza argentino-chilena, y por lo tanto, el más absoluto sigilo era condición de éxito del proyecto. Empero, se han salvado algunos documentos que permiten llenar esta página oscura, y que una carta del mismo San Martín en que se desenvuelve en términos generales su pensamiento, hará comprender mejor: "Nada debemos reparar en lo que se ha hecho —decía en ella—, sino adelantar al ejército unido sus empresas. El destino está indicado y las circunstancias favorecen; el país lo exige para su libertad y la fortuna está en su buen cuarto de hora. Es preciso, pues, aprovecharnos llevando nuestras armas

al corazón del Perú. Esto supuesto, se hace necesario combinar los términos y preparar el éxito de la empresa. Lo primero es mover el ejército con seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza naval que domine el mar Pacífico. Considero suficiente el número de cinco corbetas, y nada menos, bien equipadas y artilladas; pero falta plata. Vea, pues, si de este estado (Chile) pueden sacarse trescientos mil pesos. Hemos graduado que esto será suficiente para el armamento y tripulaciones. La expedición deberá estar en esos puertos para octubre o noviembre, y no hay tiempo que perder. En caso de no tener efecto este proyecto, yo no expondré nunca al ejército a ser desbaratado por dos o tres buques de guerra que pondrá Lima en precaución de este mal, que es el mayor que puede venirle a su existencia."

III

Este era el gran proyecto que traía San Martín a Buenos Aires. Para formalizar los acuerdos que debían ponerlo en vías de ejecución, habíase previsto de una plenipotencia del gobierno chileno. Era como general del Ejército Unido, y por lo tanto como representante de la alianza y agente de su propia idea, cómo se presentaba ante el gobierno argentino. El gobierno de Chile contribuía desde luego con 200.000 pesos, prometiendo 100.000 más para completar el armamento naval proyectado. Las Provincias Unidas, escasas a la sazón de dinero, concurrirían con su crédito, poniendo ambos gobiernos de consuno manos a la obra, a fin de realizar la expedición al Perú.

En medio de los festejos de que era objeto, que "apenas le dejaban resollar", según sus palabras, el vencedor de Chacabuco no perdía su tiempo, y reservadamente entabló su negociación con Pueyrredón desde los primeros días de abril. Todos los arreglos se hicieron tan sigilosamente, que sólo tenían conocimiento de ellos el director y San Martín, y los que debían intervenir en el armamento naval, actuando como secretario el general Matías Irigoyen, a la sazón ministro de la Guerra.

Para no llamar la atención, los acuerdos de gobierno en que se trató del asunto, celebráronse en la casa particular de D. Manuel Hermenegildo Aguirre, que fue el agente designado para ir a los Estados Unidos a efectuar la compra de los buques en compañía de D. Gregorio Gómez, llevando los 200.000 pesos que con tal objeto se remitían de Chile, y cartas de crédito del gobierno argentino para cubrir el exceso de los gastos con calidad de reembolso. Sobre estas bases celebróse el acuerdo internacional.

En tal ocasión, la fatalidad volvió a colocar frente a frente, por tercera vez, al restaurador de Chile, y al dictador, en cuyas manos

se había perdido su revolución. Después de su destierro de Cuyo (V. cap. VIII) y de las diversas tentativas hechas en Buenos Aires para emprender la reconquista de su país, D. José Miguel Carrera, movido por la ambición y el patriotismo, reunió 20.000 pesos entre su familia, y encargando a sus parciales que esperaran su vuelta, dirigióse a los Estados Unidos (noviembre de 1815) en busca de recursos para realizar su soñada empresa. La fortuna adversa pareció sonreírle por un momento. Encontróse allí con su antiguo amigo Pinset y con el famoso comodoro Porter quien durante su actuación naval en el Pacífico en 1812 a 1814, se había apasionado por la causa de la independencia sudamericana, y manifestóse dispuesto a propiciarlo cerca de su gobierno. Presentado por éste al presidente Madison y a su ministro Monroe en Wáshington, fue recibido por ellos; aunque desde luego pudo convencerse de que no debía contar con una eficaz protección por parte del gobierno norteamericano, pues, no obstante sus simpatías en favor de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, su política era de estricta neutralidad en su lucha con la madre patria. Carrera no desesperó, y trasladóse a Nueva York, donde se puso en relación con varios capitalistas cuya confianza supo captarse con sus promesas y sus maneras insinuantes, pero sin conseguir su objeto, que era levantar entre ellos un empréstito. En estos trabajos preliminares consumió los 20.000 pesos que había llevado.

Los Estados Unidos eran entonces el mercado militar de todos los revolucionarios sudamericanos a donde acudían en busca de empréstitos, armas, buques y otros auxilios para sus proyectadas expediciones, a trueque de promesas que se cumplirían en caso de éxito. Entre los especuladores sobre estas bases aleatorias, contábase la casa de Darcy y Didier, que de tiempo atrás proveía de armas a las Provincias Unidas, la que acogió favorablemente el proyecto de Carrera, mediante un contrato, por el cual se comprometió a equipar dos buques armados en guerra, adelantando los capitales; pero con la condición de ser mandados por oficiales que representasen la compañía, hasta tanto el gobierno de Chile, restaurado, no hubiese cubierto los gastos de manutención y salarios de viaje y el doble del valor de las embarcaciones. Fueron éstas la corbeta *Clifton* y el bergantín *Savage*. Dos buques más, el bergantín *Regent* y la escuadra *Devei*, equipados por los mismos armadores, debían reunirse más tarde a la escuadrilla de Carrera, así como la fragata *General Scott*, que con igual destino preparó la casa de Hugo y Tom de Nueva York. Carrera que hasta entonces había mostrado mucha moderación, con violencia de su carácter, ante la perspectiva de contar con estos elementos de guerra, dio rienda suelta a sus instintos jactanciosos, exclamando: "Mi expedición desafía al mundo entero, y es debido a mis únicas cualidades, constancia, actividad y buena intención." El 3 de diciembre (1816) embarcóse en la *Clifton* y se dio

a la vela desde Baltimore, acompañado de un numeroso grupo de oficiales voluntarios de varias nacionalidades —principalmente emigrados franceses—, que habían decidido ayudarle en su empresa, alguno de los cuales veremos figurar más tarde en la guerra sudamericana.

La empresa de Carrera, bien que por la preparación de sus elementos en tierra extraña haga honor a su actividad y constancia, era simplemente una aventura mal concebida, que no tenía más base que la importancia que atribuía a su propia persona, y que debía dar necesariamente los resultados más desastrosos, sobre todo, dirigida por él. Su plan era tocar en Buenos Aires, incorporar en su expedición los emigrados chilenos que quisiesen acompañarlo, y con 500 a 600 hombres, doblar el Cabo de Hornos, dirigirse a las costas de Chile y promover la revolución en el país, en la confianza de que a su solo nombre se reunirían millares de soldados bajo su bandera, sin contar que 5.000 veteranos lo esperaban allí. Era por otro camino y en condiciones más novelescas, la repetición de la descabellada aventura sobre Coquimbo en 1815. Su cabeza no podía dar más teóricamente, y en la práctica había dado mucho menos.

La *Clifton* arribó a Buenos Aires el 9 de febrero, y allí supo Carrera, que San Martín había atravesado los Andes a la cabeza de un ejército poderoso con el objeto de reconquistar a Chile, defraudándolo así una vez más de su intento. Pocos días después llegaba la noticia de la victoria de Chacabuco. El destino de Carrera estaba roto para siempre. Sus servicios eran inconciliables con los propósitos de la política argentinochilena, y tenía necesariamente que ser eliminado como un obstáculo, sacrificándolo en holacausto a los intereses solidarios de ambos países. Debió comprenderlo así al ver su tierra gobernada por el partido que le era adverso y bajo la influencia poderosa del general que lo había desarmado y perseguido en Mendoza después de su caída, contrariando después sus planes. Sin embargo, se presentó al director Pueyrredón para felicitarlo por el triunfo de las armas independientes y posteriormente dirigióse a él en nota oficial, solicitando su cooperación a fin de llevar adelante su campaña naval proyectada, con el objeto de dominar el mar Pacífico. Cuando tal ofrecimiento hacía, no contaba sino con un solo buque, la *Clifton*, y este mismo no dependía de él sino a condición de que el gobierno argentino lo auxiliara; pero aun cuando hubiese tenido a sus órdenes toda la escuadrilla preparada en los Estados Unidos, tal empresa, además de inconsistente, habría sido, no una expedición contra el enemigo, sino contra las Provincias Unidas, para llevar la desorganización al país que habían reconquistado a costa de tantos esfuerzos al través de los Andes. El director Pueyrredón le notificó que no entraba en sus planes tal operación,

y que estaba resuelto a no dejar salir de Buenos Aires ni a él ni a sus parciales, y que ésta era su última palabra.

Mientras tanto, el gobierno argentino negociaba con el capitán de la *Clifton* la cesión de su buque, y como los armadores mantenían relaciones comerciales con él, y Carrera no podía llenar sus compromisos para con la tripulación, la expedición de éste no tenía ni base naval. En estas circunstancias llegó a Buenos Aires el bergantín *Savage* cuyo capitán parece se entendió con Carrera, a fin de evadirse del puerto de Buenos Aires y darse a la vela por su propia cuenta en la oscuridad de la noche con destino a las costas de Chile. El capitán de la *Clifton* se negó a entrar en este proyecto. Denunciada la tentativa al gobierno por uno de los aventureros franceses que habían acompañado a Carrera desde los Estados Unidos, éste fue aprisionado (19 de marzo) como conspirador.

Hacía quince días que José Miguel Carrera se hallaba encerrado en un calabozo del antiguo cuartel de granaderos a caballo, en el Retiro, cuando un día (12 de abril) un personaje grave y severo, ante el cual se inclinaban todos con profundo respeto, entró por sus puertas. Era el general San Martín. Tendióle la mano, que el preso no recibió; pero sin darse por ofendido por este afectado desdén, le manifestó que se condolía de su suerte, y que era el primero en reconocer los servicios distinguidos que había prestado a su país, asegurándole que su arresto era una medida puramente política. Le renovó el ofrecimiento hecho por el director Pueyrredón de enviarlo a los Estados Unidos en calidad de ministro diplomático de las Provincias Unidas agregando que, aun cuando su presencia en Chile podría ser motivo de agitaciones perjudiciales a la causa de la independencia, por su parte, no veía inconveniente en ello, por cuanto, así O'Higgins como él, estaban resueltos a reprimir con mano firme toda tentativa contra el orden allí establecido. El arrogante caudillo chileno, que no comprendía que la independencia de su patria pudiera realizarse sin él en el poder, desechó los favores que se le brindaban, y repuso que ningún hombre racional después de la amenaza que se le hacía se entregaría a discreción de un poder tan arbitrario, sin contar con los medios de resistir la violencia. Era una formal declaración de guerra, dictada por el odio o el despecho. El poderoso vencedor, sin darse tampoco por entendido de esta pueril provocación, repitió los ofrecimientos amistosos, y después de pedirle que meditara bien su última resolución, se retiró grave y severo como había entrado. Esta entrevista tiene algo de dramática, si se evocan los antecedentes de los dos personajes y se piensa que el fin de uno de ellos sería el patíbulo a que lo empujaba su destino. Bien que el acto se preste a diversas interpretaciones, la intención de San Martín, aun como resultado de un frío cálculo político, era sin duda benévola. Enemigo de toda violencia inútil, quería separar buenamente un obstáculo a sus planes, empe-

ro estuviese decidido a suprimirlo. Fue ésta la tercera y última vez en que estos dos hombres se encontraron en la vida, pero no la última en que sus opuestos hados adversos se chocaron. Carrera era la víctima propiciatoria predestinada de la alianza argentino-chilena.

Consecuente mientras tanto con sus ofrecimientos, San Martín empeñó su valimiento para que el director Pueyrredón intercediese ante el gobierno chileno en favor de su desarmado adversario. Pueyrredón se dirigió en tal sentido a O'Higgins en términos muy honrosos para Carrera: "Existe en esta capital D. José Miguel Carrera, perteneciente a ese Estado, con sus hermanos D. José y D. Luis, y a todos, por razones políticas, he indicado la necesidad de no pasar a esos pueblos, con lo que se han conformado. El primero ha hecho recomendables servicios a su patria en los Estados Unidos, donde ha negociado una expedición naval con destino a la reconquista de ese reino, y hubiera llenado sus fines con probabilidad en el caso de que nuestras fuerzas no se hubiesen anticipado. En la actualidad puede aún ser útil a ese Estado y a la causa general, y se ha desprendido generosamente de toda intervención en ella, poniendo a disposición de este gobierno todos sus derechos. Sean cuales fueren los motivos de disgusto que se hayan ofrecido en el curso de la revolución, no puede negarse el mérito de su constante resolución por la libertad, a que él muy principalmente ha consagrado grandes esfuerzos, teniendo una parte no pequeña sus hermanos. Su rango en la milicia de ese Estado es distinguido, y el honor patrio se interesa en que no se vean desvalidos." Y acababa indicando que consideraba acreedor a D. José Miguel a una pensión de 3.000 pesos anuales cuando menos, y una proporcionada a sus hermanos, porque, decía: "La delicadeza del director de Chile está interesada en esta medida, que no podrá menos de ser bien aceptada por la opinión de los pueblos, haciéndose conocer que se había puesto término a las antiguas discordias, preparando los caminos de una dichosa reconciliación." San Martín apoyó eficazmente esta intercesión, que O'Higgins recibió de mal talante, haciendo explosión su odio reconcentrado contra los Carrera, en dos extensas notas de una misma fecha. "La sagaz ambición de los Carrera —decía en la primera nota—, ha llegado a abrirse un patrocinio en el gobierno de las Provincias Unidas, sorprendiendo por la astucia y tramoya de unos hombres que deben ser proscriptos como perversos, que ocupados de la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron a Chile a la rabia felina de los españoles. Estos habitantes los detestan, y blasfemarían de su suerte y la conducta del gobierno si presintieran que había disposición a protegerlos." Y después de hacer en términos vehementes el proceso histórico de los Carrera, concluía: "El honor de Chile antes se empeña en un castigo, antes que considerarles atributos de que son indignos." Empero, en honor de

la mediación, se prestaba a que se les otorgara una módica pensión para no abandonarlos a la indigencia. En la otra nota al mismo San Martín, era más explícito: "¿Se dota con 3.000 pesos anuales a D. José Miguel Carrera, y en proporción a sus hermanos? Pues entonces se autoriza el crimen en tanto que se premia al delincuente. ¿Tememos acaso a los Carrera o se espera algo de ellos? Uno y otro extremo es indigno de la suprema autoridad. Es implicancia desterrarlos y enriquecerlos: pena y galardón se contrarían mutuamente."

Después de esta tentativa conciliatoria, San Martín repasó los Andes para continuar trabajando en la consolidación de la independencia de Chile y por la emancipación de la América. Carrera se fugó de su prisión y se asiló en Montevideo a la sombra de la bandera portuguesa, para continuar conspirando por despecho o por venganza bajo la bandera de la anarquía y de la barbarie, contra la República Argentina y la situación de su patria, que eran la última esperanza de la revolución sudamericana. El gobierno argentino, lo mismo que San Martín, si bien lo consideraban un obstáculo a su política y a sus planes, y como tal querían eliminarlo o neutralizarlo, le eran personalmente benévolos, como se ha visto, y se disponían a ponerlo en libertad. Aun antes de que Carrera se fugase de su prisión, le habían remitido tres pasaportes para él y sus dos hermanos a fin de que pudieran dirigirse libremente a los Estados Unidos. Su destino era otro; ser las víctimas de la fatalidad.

IV

El 11 de mayo San Martín estaba de regreso en Chile. En sesenta días había atravesado dos veces los Andes y galopado 5.000 kilómetros por rumbos opuestos buscando el camino de Lima en medio de las sombras del más impenetrable misterio, y volvía al punto de partida que de antemano se había fijado. Pero esta vez no le fue posible sustraerse a las demostraciones de gratitud del pueblo libertado. Durante tres días los puestos avanzados de la ciudad de Santiago eran vigilados por los ciudadanos que querían tributarle sus honores, y partidas a caballo con banderas celestes y blancas, recorrían los caminos. En el portezuelo de la cordillera de Colina —la puerta por donde había entrado victorioso al valle del Mapocho después de Chacabuco—, fue recibido por los magistrados municipales y por el pueblo, y continuó su marcha en coche descubierto pasando por arcos de triunfo coronados por las banderas unidas de Chile y de la República Argentina, bajo una lluvia de flores y perfumes, en medio de atronadoras aclamaciones.

Las tropas, tendidas en carrera desde el puente del Mapocho hasta el palacio de los obispos, le hacían los honores. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada. En el momento en que se

encendían los fuegos artificiales, llegó del sur la noticia de la victoria del Gavilán alcanzada por Las Heras. El pueblo, reunido en la plaza mayor, estalló en un inmenso aplauso, dando vivas al libertador de Chile. Era la segunda ovación popular tributada espontáneamente por el pueblo chileno, cual no la habían merecido jamás los potentados de la colonia: la primera según se recordará, fue dispensada al tribuno Martínez Rosas, precursor de la alianza argentinochilena, y la segunda a San Martín: y los dos fueron argentinos.

En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la liga del oro se alió al bronce heroico del libertador. En el mismo día de la ovación despachaba a Londres a su ingeniero y ayudante de campo Alvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos, a fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Alvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión, a que está ligado un misterio, que se ha señalado como un punto negro en la vida de San Martín y de O'Higgins, y que, sin disminuir la grandeza americana del primero como guerrero y libertador, deprimiría su elevación moral como hombre. Tratábase de la remisión de una suma para ser colocada en aquella ocasión en Londres por cuenta de O'Higgins y San Martín, que, según algunas referencias, sería de 25.000 pesos, y según interpretación a que se presta, podría alcanzar a 100.000 pesos. Los documentos que con este punto se relacionan, escritos en cifra, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Sólo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia, que los descifró personalmente, quien, consultado por el depositario sobre si debían destruirse o no, opinó que debía conservarse, porque la historia, en presencia de los documentos que la forman, no debe a los grandes hombres, por lo mismo que son grandes, sino la verdad, para que se presenten a la posteridad tales como fueron, dejándole a ella pronunciar el fallo definitivo. Pero, antes de ser conocido el hecho y pronunciado el fallo, el destino se encargó de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo.

Sea cual fuere el monto de la cantidad de que por cuenta pública o privada fuese portador Alvarez Condarco —que en resumidas cuentas aparece no pasó de 29.500 pesos—, San Martín la cubrió con usura, no sólo con sus grandes servicios, sino también con dineros que legítimamente le pertenecían, y a que renunció con desinterés, sin que en ningún tiempo haya sido puesta en duda su pureza como administrador íntegro y severo de los caudales públicos confiados a sus manos.

El Cabildo de Santiago (que antes le había ofrecido 10.000 pesos oro, que él rehusó y aplicó a la fundación de una biblioteca

pública), en mérito de los empeños con que a costa de sacrificios el general José de San Martín había recuperado la libertad de Chile en muestra de gratitud para que le sirviese de recreo en medio de sus fatigas", insistió en hacerle donación de una chacra en los alrededores de la capital. El aceptó el presente, pero con la condición de que se destinase la tercera parte de sus productos "al fomento del hospital de mujeres de la ciudad y a la dotación de un vacunador que libertase al municipio de los estragos de la viruela."

El Estado de Chile le había asignado 6.000 pesos anuales de sueldo como general en jefe de los ejércitos, que él se negó a admitir. El director delegado le declaró que no estaba en sus facultades "aceptar su virtuosa renuncia, por cuanto el sueldo otorgado emanaba de orden suprema, que había previsto el caso de sus resistencias, teniendo en vista sus necesidades personales y el decoro de su empleo, y los extranjeros no verían acaso en su frugalidad las virtudes de Esparta, cuanto su pobreza." El se sometió al fin a esta compulsión después de reintegrar por tres veces su renuncia, pero no dispuso personalmente de sus sueldos, y aplicó la asignación a generosas dádivas pecuniarias por mano del tesorero general. Al finalizar el primer año ordenó al comisario de guerra de Chile: "Desde hoy quedan suspendidos los sueldos que me pertenecen como general en jefe de este Estado."

Una rica vajilla de plata le fue ofrecida en la misma ocasión. Son dignas de la historia las palabras con que la devolvió: "A mi regreso de Buenos Aires encontré que la generosidad del gobierno de Chile había puesto a mi disposición una vajilla completa de plata. No estamos en tiempo de tanto lujo. El Estado se halla en necesidades, y es preciso que todos contribuyamos a remediarla. Por lo tanto, doy orden que con ésta se ponga a disposición de V. E. dicha vajilla, como asimismo el sueldo que se me tiene señalado por este Estado, con advertencia de que, del que he tomado daré a V. E. una noticia reservada de los fines en que ha sido empleado. Admita V. E. esta pequeña oblación, como hija de los sentimientos que me animan por el bien, prosperidad e independencia del estado de Chile, suplicándole muy encarecidamente tenga a bien reservarla al público."

Aceptó la hospitalidad que le brindó el país reconquistado, y en el curso del año de 1817, el vencedor de Chacabuco invirtió en su palacio, familiar militar, obsequios, chasques, servidumbre, mesa de estado, caballos, coches, frailes, limosmas, monjes, ropas, muebles, vajilla, luces, forraje, combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de "tres mil trescientos treinta y siete pesos y un cuartillo reales", según cuenta que llevaba su capellán Fr. Juan Antonio Bauzá, que administraba los fondos. De esta cantidad, "cuatrocientos sesenta y un pesos con dos y medio reales", fueron oblados por el gobierno de Chile; "cuatrocientos por la comisaría del

ejército de los Andes; y los dos mil setenta y seis pesos" restantes, de su propio peculio.

Como prenda de alianza militar, y sin necesidad de tratado previo o posterior, las dos naciones canjearon un armamento contra un auxilio pecuniario de guerra: el gobierno chileno remitió indirectamente 40.000 pesos provenientes de su tesoro, para atender a las necesidades del ejército del Alto Perú, y el gobierno argentino los retribuyó regalando al de Chile 1.000 fusiles nuevos de buena calidad, para armar su ejército de nueva creación. El sostén del ejército de los Andes, así como el reemplazo de los muertos, quedó a cargo de Chile, en retribución del que le prestaba asegurando su situación política durante su permanencia en el territorio.

De este modo quedó saldada la cuenta pecuniaria de la alianza argentinochilena, sin que el país reconquistado y libertado por las armas argentinas tuviera entonces ni después que desembolsar un solo real más por los gastos invertidos por las Provincias Unidas en su empresa libertadora. Así se cumplieron fiel y generosamente las protestas hechas por el gobierno argentino en las memorables instrucciones que dio a San Martín al tiempo de pasar los Andes: "La consolidación de la independencia de América y la gloria de las Provincias Unidas del Sur, son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña sobre Chile."

V

Un mes después del viaje de San Martín a Buenos Aires, experimentó el gobierno de Chile una modificación de mera forma, que dio origen a desagradables incidentes entre los dos países aliados. Al tiempo de marchar O'Higgins a tomar la dirección de la campaña del Sur (abril de 1817), nombró en calidad de delegado suyo al coronel D. Hilarión de la Quintana argentino, pariente político y edecán de San Martín, que no tenía más títulos que éstos para ocupar tan expectable puesto. Esto importaba depositar el supremo poder en manos de la influencia argentina, bajo la dirección secreta de la logia lautarina, y principalmente en la de su representante, que pesaba sobre la situación con todo el peso de sus armas. Este nombramiento lastimaba la susceptibilidad nacional del pueblo, contrariando la política argentina y aun la regla de conducta política que se había trazado el mismo San Martín. Pero O'Higgins, lealmente adicto a la alianza argentina y apasionado como San Martín de la idea de expedicionar al Perú, quería que la dirección de los negocios públicos fuese confiada a persona que, obrando de perfecto acuerdo con el general en jefe, mantuviese la indispensable unidad gubernativa en lo militar y lo político. Quintana era el hombre. Aunque de carácter fosfórico y fanfarrón, que contrastaba con la índole pacata

de los chilenos, era en el fondo modesto y probo, que sin ambición política se prestaba a representar con sanas intenciones el papel de gobernante de paja. Por lo mismo, su misión se hacía más difícil, pues, además del descontento público que su presencia en el gobierno producía, fomentaba el espíritu de rivalidad entre chilenos y argentinos, que desde los primeros días de la restauración se había hecho sentir. Al mes cabal (12 de mayo), de la batalla de Chacabuco, publicóse en la *Gaceta del gobierno* un escrito en que se hacía referencia a palabras vertidas por algunos chilenos en tiendas y cafés públicos, vociferando: "nada debe Chile al ejército de los Andes, porque se ha salvado por el esfuerzo de sus propios hijos." El comentario escrito por el Dr. Vera Pintado, argentino que redactaba el periódico oficial, agravó esta especie. "Cuando contra la evidencia del hecho —decía— quieren deprimir el mérito de los restauradores, e introducir el perverso fuego del provincialismo, la discordia civil y el celo de localidad, no hay otra medida que adapte a estos díscolos, sino el dogal y los fusiles que se emplearon dignamente en ese monstruo de ingratitud." El Cabildo protestó contra las expresiones atribuidas a sus ciudadanos, declarando que "Chile estaba convencido del beneficio que debía a sus libertadores", y el gobierno ordenó que así se publicase oficialmente "para satisfacción de los generosos defensores de la libertad chilena". Para lograr la impresión de ese incidente, que era un síntoma, al decretar la creación de una academia militar, dispúsose, pocos días después (28 de marzo), que "se reservasen doce plazas de cadetes para otros tantos hijos de la benemérita provincia de Cuyo, como demostración de interés por el bien de estos pueblos, cuyos inconcebibles sacrificios por la restauración de Chile, sólo son comparables a sí mismos." El decreto iba encabezado con estas palabras: "Protesta Chile gratitud eterna a sus heroicos restauradores los ilustres pueblos del Río de la Plata, y no comprendería el gobierno este sentimiento, si al dar sus primeros pasos de beneficencia pública, no lo hiciese refluir en favor de ellos." A pesar de estas protestas y manifestaciones oficiales, que eran profundamente sinceras en O'Higgins, el espíritu de emulación existía latente. La gratitud internacional pesa siempre a los pueblos, y era natural que por espíritu de altivez nacional —tan desarrollado en los chilenos como en los argentinos—, de descontento contra el orden político restaurado, o de escozor por el beneficio mismo recibido, se manifestase con jactancia en unos, con desahogos indignos en algunos y con protestas más o menos silenciosas en la gran mayoría, cuando se les hacía sentir el peso, imponiéndoles un extranjero sin títulos al frente del gobierno, a la vez que nuevos sacrificios de sangre y dinero.

Tal era la situación al regreso de San Martín de Buenos Aires. Quintana, que la comprendía, indicó a O'Higgins la conveniencia de que el general se encargase personalmente del mando, sin explo-

rar su voluntad. El director propietario pensaba del mismo modo, y escribióle manifestando "que él le daría al gobierno todo el vigor y las fuerzas que las circunstancias requerían", al mismo tiempo que él le protestaba no se le pase por la imaginación delegar en mí, en la inteligencia de que no admito." El general comprendía que no era ése su puesto, y aun cuando se reservaba la dirección de los negocios públicos en el sentido de sus futuros planes, alcanzaba con su penetrante sagacidad, que para la realización de sus designios, era necesario propiciarse la opinión chilena, y por lo tanto no aprobaba el proceder de O'Higgins, y así se lo declaró: "Mis compromisos públicos y la imposibilidad de faltar a ellos, me hacen imposible poder admitir la dirección que me confía, y por el bien del país, así como por la opinión pública, nombre Vd. a otro que a Quintana, pues el país se resiente de que no sea un chileno el que lo mande. Yo no quiero mezclarme en nada político."

La administración de Quintana fue empero laboriosa y honrada, con tendencia a independizar el país. Su medida más señalada en este sentido, fue decretar (el 9 de junio de 1817) la acuñación de la moneda nacional con los emblemas de su soberanía y las inscripciones que le servían de elocuente comentario: "Libertad, Unión y Fuerza — Chile Independiente." Selláronse 4.000 pesos con el nuevo cuño, de los que 2.000 se destinaron a las Provincias Unidas, 1.000 al general San Martín y 1.000 al general Belgrano, que fueron distribuidos en los ejércitos argentinos, no como moneda, sino como medallas conmemorativas de la libertad y la independencia de un pueblo hermano.

Otra medida de diverso carácter y con tendencias complejas, fue dictada por el director O'Higgins desde su cuartel general de Concepción, creando una Legión de Mérito, a imitación de la Legión de Honor de Napoleón y sobre las bases de la orden de Cincinati en los Estados Unidos en la época de Wáshington, con el objeto de consagrar la memoria del año VII de la libertad de Chile y premiar los servicios militares y civiles prestados o que se prestasen a ella. Esta institución, que tenía un carácter aristocrático, aun cuando no incluía el principio hereditario entre los favores a los dignatarios de la orden, les reconocía prerrogativas personales que los sustraían al fuero común, y tanto por esto, como por la poca discreción con que se distribuyeron las gracias, no fue bien acogida por la opinión pública, y el gobierno argentino sólo se prestó a conceder el uso de las insignias a sus conciudadanos con condiciones que las reducían a meras condecoraciones honoríficas sin los privilegios de su constitución. Esta creación, simpática a San Martín, respondía a sus preocupaciones monárquicas, a la vez que a la idea de inocular un espíritu de particularismo militar en el ejército que a la sazón organizaba sobre nuevas bases, adaptándolo a sus fines,

de manera de constituir un conjunto poseído de un sentimiento americano y sustraído en cierto modo a las influencias internas de los países cuyas banderas llevaba. En el curso de los sucesos se pondrá más de manifiesto esta tendencia compleja, que debía repetirse más adelante en el Perú.

VI

Un hecho notable se liga a la época de la administración de Quintana. Tal fue la renovación de las relaciones diplomáticas entre los dos países aliados, cuyos antecedentes hemos historiado antes (V. cap. VI y VIII). Para desempeñar esta delicada misión con la denominación de diputado, designóse a D. Tomás Guido, el colaborador de la reconquista de Chile. La elección no podía ser más acertada, así por sus antecedentes y cualidades, como por poseer la plena confianza de San Martín, a quien debía servir al mismo tiempo de auxiliar en sus trabajos. Las instrucciones le prevenían "que el principal objeto de su misión debía ser estrechar las relaciones y vínculos de Chile con las Provincias Unidas, haciendo valer los deberes de la fraternidad, de identidad de causa y de gratitud, a fin de ser provechoso a ambos Estados; procurando en su conducta política cimentar la confianza de los habitantes y del gobierno cerca del cual iba acreditado, extinguiendo el espíritu de rivalidad suscitado siniestramente por injuriosas sospechas, y establecer los principios y leyes que debían observar ambos países en lo relativo al comercio recíproco y con los extranjeros, sobre la base de la reciprocidad y mutua conveniencia." Bajo estos auspicios, su recepción oficial (17 de mayo de 1817), fue un acontecimiento. El diario oficial la señaló como la inauguración de una era "que estrecharía la unión con la nación enérgica a quien los pueblos de Chile debían su libertad y con quien se prometían una liga más fuerte que la de los Aquivos con Atenas." La alocución del enviado argentino respondía a estas nobles aspiraciones. "Los pueblos de Chile —dijo— se presentan ante el mundo sin la dependencia servil a que la mano usurpadora de los españoles alcanzó a sujetarlos. Una confianza recíproca, una amistad sincera, la libertad del comercio y los sacrificos que exija la salvación común, son los primeros eslabones de la cadena que ha de vincular a ambos Estados, para concurrir a la gloria de fijar sus principios y su espíritu, a fin de socorrer la independencia de la América."

Uno de los resultados inmediatos que produjo esta misión, fue uniformar las relaciones exteriores de los dos Estados para con la Europa. Al efecto, el gobierno de Chile acreditó en Europa en calidad de agente diplomático, a su ministro Irisarri, y le dio instrucciones reservadas para que guarde la más íntima relación y ar-

monía con el diputado de las Provincias Unidas acreditado en Londres, en París, o en cualquier otra corte de Europa, meditando y combinando únicamente cuanto haya de proponerse a subscribirse en orden a Chile." Es de notar que estas instrucciones se expedían en circunstancias en que Rivadavia, representante diplomático argentino en Europa, era provisto de nuevos y más amplios poderes (setiembre de 1817) para tratar, aun sobre la base subentendida del establecimiento de una monarquía en América, cuanto pudiese convenir a la felicidad y al honor de los pueblos del Río de la Plata, sin más condición que la de esperar la ratificación de cualquier pacto que llegase a formalizarse y de no alterar la base de la independencia."

En el orden de la política interna la acción del diplomático argentino fue más bien nociva que benéfica. Acusado de un argentinismo exagerado que hería el sentimiento nacional, fue envuelto en la prevención que rodeaba al delegado, exacerbándose el espíritu de rivalidad que sus instrucciones le recomendaban mitigar. Como ejercía ascendiente sobre Quintana y todos los actos de éste, siniestramente interpretados, se atribuían a sugestiones suyas, el descontento público contra la administración que se consideraba impuesta, se agravó, complicándose más tarde con una desinteligencia entre él y el director O'Higgins.

Este, no obstante su empeño por mantener la armonía de la alianza, consideróse herido en su dignidad y ajado en su autoridad, por los procederes atribuidos a Guido. "Este joven —decía en carta a San Martín— ha puesto término a mi paciencia. Como no he accedido a varias medidas que él privadamente me ha propuesto, se ha declarado mi enemigo capital y ha procurado desacreditarme con el público de todos modos, ya haciendo entender que el gobierno de Chile depende del de Buenos Aires, ya vociferando que no soy el hombre que conviene a este gobierno en las actuales circunstancias. Nada hay más común que el que yo pendo de la voluntad de Guido, y él es el objeto de la murmuración pública. Vd. conoce a Chile y podrá inferir el espíritu que engendrará en estas gentes el ascendiente que Guido ha querido tomar. Nos ha puesto a todos en el precipicio. Su permanencia de diputado ya no es conciliable con mi empleo de director."

El director O'Higgins exigió confidencialmente de Pueyrredón la destitución de Guido, quien se apresuró a decretarla en homenaje de los intereses de la alianza, haciendo intervenir a la Logia Lautarina, de Buenos Aires, tal fue la importancia que dio a la desinteligencia. "Me mortifica el desconsuelo —decía el director Pueyrredón a O'Higgins— de que la comportación de un hombre mandado por mí, cuyos procederes parece que son trascendentales a mi persona, haya dado origen a una división entre los amigos de Chile y los nuestros. Es la mayor fatalidad que pudiera sobrevenirnos; y

así es preciso a costa de todo sacrificio atajarla, sofocarla, destruirla enteramente, sustituyendo; los desvíos de un individuo jamás deben alterar la armonía de una familia escogida para hacer la felicidad de la patria. Cuanto se dice por nosotros en esta ocasión en el papel de la Logia, son mis sentimientos y mis protestas. Quedo esperanzado en ver desaparecer para siempre hasta la memoria de pasiones que causarían infaliblemente la ruina de los dos Estados, que hoy deben únicamente su libertad a la unión y al valor." Merced a la prudente interposición de San Martín, esta discordia fue cortada, dándose la debida satisfacción a O'Higgins, aun cuando la soldadura no fue por el momento muy sólida. Con tal motivo escribía Pueyrredón a San Martín: "Celebro la terminación de los disgustos de Chile; pero me parece no descubrir en la reconciliación toda la sinceridad que debe tener para que sea permanente."

Antes que este incidente tuviera lugar, habíase separado del gobierno el coronel Quintana, por efecto de las mismas causas que dieron origen a los celos entre argentinos y chilenos y a la desinteligencia entre O'Higgins y Guido, que no fue sino una de sus consecuencias accidentales, complicándose con un suceso que puso en conmoción a los dos pueblos y gobiernos aliados, y cuyo conocimiento es indispensable para la inteligencia de importantes acontecimientos ulteriores relacionados con el asunto de este capítulo.

VII

La restauración de la revolución de Chile por las armas argentinas, dio por resultado necesario la preponderancia de uno de los dos partidos en que ella se había dividido. Los libertadores, al reconocer su independencia y fundar su gobierno nacional, le impusieron por condición un régimen de fuerza y una dictadura, postergando indefinidamente la época de su organización constitucional. La emigración chilena que se había dividido en dos bandos, contaba con representantes en el país restaurado, y el gobierno de O'Higgins, sostenido por las bayonetas argentinas, tenía contra sí, no sólo a sus antiguos adversarios, sino también la opinión de una parte considerable de los chilenos a quienes pesaba el predominio extranjero que a la vez que exigía nuevos sacrificios para llevar adelante otras empresas, imponía un gobernante extraño, sometido a influencias extrañas, lastimando su orgullo nacional. Estos eran los sentimientos que explotaban los excluidos del poder por la alianza argentino-chilena, y contra la cual reaccionaban, con Carrera por jefe y la autonomía nacional por bandera, encubriéndose bajo ella una ambición personal y egoísta que conspiraba contra el bien de Chile y la emancipación de la América. El gobierno argentino, que sostenía con sus armas y su influencia el nuevo orden político de Chile, cuyo

territorio era el campamento de su ejército en marcha hacia el Perú, hacia la política del aliado con el suyo, y perseguía a sus enemigos como si lo fueran suyos.

Ya se ha relatado cómo el gobierno optó entre los dos partidos al decidirse a la empresa de la reconquista y bajo qué bases, y cómo apartó a Carrera de toda intervención en los negocios chilenos, desarmándolo, a la vez que interponía su valimiento a fin de que su país le otorgara una representación digna y una posición decorosa en el exterior. Pero el soberbio caudillo chileno no se resignaba con nada que no fuese la recuperación de su antiguo poder y la derrota de sus adversarios a uno y otro lado de los Andes. Así hemos visto antes, que mientras San Martín regresaba a Chile, para trabajar por la independencia de Chile y la América, Carrera se fugaba de su prisión para continuar conspirando o por despecho o por venganza. Sus parciales lo sostenían en estos propósitos, y un genio familiar que era su Egeria, encendía sus ambiciones siendo la instigadora y el principal agente de sus planes. Era ésta doña Javiera Carrera de Valdés, hermana del trino que constituía la cabeza del partido proscripto, cuyo retrato hemos bosquejado antes, pintándola como una matrona de belleza atractiva, de espíritu varonil, y hábil en intrigas, que con pasiones domésticas y aspiraciones políticas, comunicaba el fuego de su alma a sus tres hermanos, a cuya elevación se había consagrado, y a quienes fatalmente empujaba al sacrificio.

En la casa de doña Javiera, en Buenos Aires, reuníanse diariamente los parciales de Carrera, los que, en combinación con los de Chile que fomentaban sus esperanzas, concertaron un plan de conspiración, que debía dar por resultado, según ellos, la restauración de su poderío y que fue el origen de su trágica perdición. El plan consistía en dirigirse a Chile por tierra varios de los conjurados para explorar el terreno, que debían ser inmediatamente seguidos por los dos hermanos Luis y Juan José; y esperar allí ocultos a su hermano José Miguel, a la sazón refugiado en Montevideo, quien se trasladaría por mar a las costas de la patria en la fragata *General Scott,* que como queda dicho, formaba parte de la escuadrilla organizada en Estados Unidos, y era el buque-fantasma de la imaginaria empresa. Pensaban que no tenían sino presentarse en su país para ser reclamados por él y disponer de sus destinos. Lo único que les inquietaba, era la resistencia que podría oponerles el ejército argentino de ocupación; pero iban resueltos a batirse con él hasta expulsarlo de la tierra: desterrar a O'Higgins como un traidor, juzgar militarmente a San Martín como un criminal y pasar por las armas a todos los que les hiciesen resistencia. Plan novelesco de mujer, mezcla de ambiciones insanas y codicias de mando, aspiraciones afectuosas, sueños fantásticos, odios ciegos incubados en la

desgracia y combinaciones de aventuras sin pies ni cabeza, que caracterizaban los planes políticos y militares de su héroe, era un proyecto absurdo y criminal, que, realizado en parte o en el todo, habría producido por la segunda vez la pérdida de Chile, y que ni el delirio del patriotismo cohonestaba siquiera.

La primera partida de los conjurados, que era la vanguardia de la proyectada insurrección carrerina, atravesó la cordillera sin ser sentida (julio de 1817), y esperaron ocultos la llegada de los jefes que debían dar la señal. A ella siguió Luis Carrera (julio de 1817), disfrazado de peón, quien en su tránsito a Cuyo violó la valija del correo, y al llegar a Mendoza fue preso por el gobernador Luzuriaga y sometido a juicio. En pos de él siguió Juan José (agosto de 1817), bajo nombre supuesto, quien tuvo la fatalidad de que antes de llegar a San Luis, en medio de una violenta tempestad de agua y granizo, el postillón que lo acompañaba, niño de dieciséis años, muriese a su lado durante la noche, en la soledad de la pampa, sin más testigo que él, lo que dio origen a que se le imputase su muerte. Detenido en San Luis por el teniente gobernador Dupuy, prevenido por Luzuriaga, que tenía ya los hilos de la conspiración con la captura de D. Luis, fue remitido a Mendoza, donde pasó a ocupar la cárcel en compañía de su hermano.

Mientras tanto, en los primeros días de julio había sido igualmente aprehendida la pequeña vanguardia de los conjurados en la hacienda de San Miguel, propiedad del padre de los Carrera, sin darse mayor importancia a este hecho. Pero un mes después (7 de agosto de 1817), llegaron a Santiago los avisos de Luzuriaga, y en el acto de divulgó el rumor de haberse descubierto una conspiración carrerina. Fueron presos varios ciudadanos partidarios de Carrera, entre ellos el famoso Dr. Manuel Rodríguez, a los cuales se formó causa, que se vinculó con la que el gobernador de Cuyo instruía en Mendoza. Esa conspiración fue, como se ha dicho, el sueño de una mujer, que tuvo trágicas consecuencias, según se verá después.

En medio de estas alarmas, la posición del delegado Quintana, llegó a hacerse imposible. Envuelto por el torbellino de las encontradas pasiones políticas internas, unos decían que la conspiración era fraguada por el gobierno, y otros que las prisiones era un acto de despotismo de que culpaban a la influencia argentina que se acarreaba la odiosidad. La separación de Quintana, que era un anhelo suyo, se imponía como una conveniencia pública, y fue substituido por decisión de la Logia, por una junta de tres miembros, a la que muy luego reemplazó otro director delegado, hijo del país. De este modo se dio satisfacción a la susceptibilidad nacional, siguiendo los prudentes consejos de San Martín, de que los chilenos fueran gobernados por chilenos, y se removió una piedra de escándalo en que podía tropezar la alianza.

El enviado diplomático argentino, al dar cuenta de esta modificación al gobierno, lo hizo en términos juiciosos, que contrastan con las inculpaciones hechas por O'Higgins, y suministran datos interesantes para las relaciones de los dos gobiernos y pueblos aliados en aquella época, con honor para la política argentina. "Incitados algunos díscolos —dice— por los emigrados chilenos en esas provincias, para promover celos entre los naturales de uno y otro Estado, habían principiado, ha más de tres meses, a sembrar especies que avivaban la desconfianza contra las armas argentinas, y aparentando amor santo por la independencia del reino, se inspiraban temores que fácilmente siente la multitud de todo pueblo y de que se aprovechan los malvados. Continuaba un rumor sordo, fundada la substancia de las quejas en el origen del director delegado D. Hilarión de la Quintana, encareciendo la degradación del país por la tolerancia de un argentino a la cabeza de la magistratura suprema. Creí político entonces avivar en el director delegado los deseos de dejar el mando. El punto a que habían subido los celos por una parte, y por otra la odiosidad que había recaído en el gobierno por las providencias fuertes que se vio precisado a tomar contra los cómplices de la conspiración, y por fin, el influjo que se suponía del general en jefe del ejército en cada una de las medidas gubernativas, exigía medios capaces de neutralizar las sugestiones de los perversos, y restablecer en el pueblo la confianza que de otro modo podría perderse. Era necesario que el poder ejecutivo que le sucediese, apareciera todo del interés de los nacionales, sin apariencia de relaciones con las autoridades de esas provincias, y en aptitud de decidir con absoluta independencia en sus operaciones públicas. Me persuado de que este acontecimiento contribuirá a consolidar la opinión, y que, removido el principal instrumento de los díscolos, la marcha de la revolución será menos penosa en este reino, la tranquilidad pública quedará más segura y estables las relaciones de unidad de ambos Estados."

Otro era el lenguaje de O'Higgins con relación a la política interna y a los que hacían oposición a su gobierno. Su alma, nativamente generosa, la que, se ha dicho, estaba amasada con más cera que acero, iba endureciéndose en la lucha con el ejercicio de un mando absoluto, que no tenía más correlativo ni más contrapeso que la autoridad de San Martín y de los acuerdos tenebrosos de la Logia de Lautaro. Las pasiones políticas se habían enconado, y confundidas con las exigencias del orden de fuerza que representaba, lo llevaban a ser tirante con las manifestaciones de la opinión e implacable con sus adversarios, especialmente con los Carrera. He aquí cómo se expresa respecto del descontento público: "Me es muy sensible que los díscolos hayan podido exasperar al amigo Quintana. Ese pueblo requiere «palo de ciego»: es muy revolucionario; pero luego que siente el «chicote» no hay quien chiste." Refiriéndose a la

abortada conspiración, sus palabras son una sentencia de muerte: "Nada extraño de los Carreras; siempre han sido lo mismo, y sólo variarán con la muerte; mientras no la reciban fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque siempre es mayor el número de los malos, que el de los buenos. Si la suerte hasta ahora nos favorece con descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión se canse la fortuna, y no quede a los alcances del gobierno apagar el fuego ni menos prender a los malvados. Un ejemplar castigo, y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal. Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carreras, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América. Arrójense sus secuaces a países que no sean como nosotros, tan dignos de ser libres."

VIII

La alianza argentina, ajustada dentro de las líneas de un plan de campaña continental, tenía a la par de sus exigencias en el orden político, más altas proyecciones internacionales. Chile para ella era un campamento y base de las operaciones que debían desenvolverse en el resto de la América del Sur. La unificación de su poder militar, formando una estrecha liga guerrera ofensiva y defensiva, a fin de consolidar su respectiva situación interna y llevar adelante la empresa emancipadora que le daba un gran significado americano, era por lo tanto, su complemento necesario, y la organización de un ejército nacional una condición esencial de la alianza. Si Chile había necesitado del auxilio argentino para libertarse, sólo las armas de las dos naciones coaligadas podían libertar a la América. Esto era un punto previsto en los planes militares de San Martín y en las instrucciones políticas del gobierno argentino al tiempo de emprender la reconquista. (Véase cap. VI, párrafo V y capítulo XIV, párrafo VII). La organización de los cuadros de Chile, ideada por San Martín en Mendoza año y medio antes (abril de 1818), llevaba en germen, según un plan preconcebido, como la semilla del roble araucano, el tipo del árbol indígena, la configuración del futuro ejército chileno, que debía crecer en la tierra nativa: bastaba para ello llenar con los contingentes de los naturales y darles su bandera. Las instrucciones del gobierno, al autorizar la formación de cuerpos chilenos y prevenir que las bajas del ejército de los Andes se reemplazarían con reclutas del país, quedando a su cargo su subsistencia, proveía a la unidad de mando que debía retener el general argentino. De este modo los dos ejércitos formarían un solo ejército aliado.

"Chile — había dicho San Martín (cap. VI y XI) — es el centro de esta parte de América, y su restauración va a fijar la base de

nuestro ser político. El Perú cederá a su influjo, y quedará libre el continente. La base del ejército de Chile completará esta obra interesante." Con arreglo a esta idea, una de las primeras medidas del director O'Higgins fue la organización del ejército nacional y el nombramiento de San Martín como su general en jefe, respondiendo así al fin militar de la alianza. Desde entonces el general argentino asumió el carácter de generalísimo de los aliados. El ejército de Chile tomó el nombre de su nacionalidad y enarboló su bandera, y el de los Andes, con la suya, conservó su denominación histórica, formando ambos lo que se llamó "Ejército Unido de los Andes y de Chile", cuyos destinos serían solidarios y sus glorias comunes. Fue ésta una verdadera creación, que, aunque compuesta de elementos diversos, formó un todo compacto con su constitución propia, animado por el mismo espíritu y con los mismos ideales guerreros, producto de las inspiraciones que le dieron vida: fue un nuevo ejército libertador sudamericano, poseído de la pasión de la independencia. Máquina de guerra y organismo articulado a la vez, era una condensación de fuerzas complejas para producir resultados eficientes de antemano calculados. Al efecto, la mano del artífice que combinaba estos elementos, al mismo tiempo que remontaba el ejército de los Andes con voluntarios del país y el de Chile lo formaba con contingentes de naturales, interpolaba en sus filas los jefes y oficiales de ambas nacionalidades para substraer la masa a la atracción de las influencias locales, y de este modo el conjunto adquiría la homogeneidad y el espíritu patriótico que conservó hasta cumplir su misión redentora.

En poco tiempo se organizó un ejército chileno de las tres armas, uniformado en su táctica y disciplina con el de los Andes, cuya fuerza llegó a equilibrar, compitiendo con él en solidez por las aptitudes de los naturales para la guerra. Antes de cumplir seis meses, el Ejército Unido contaba bajo sus banderas con más de 8.000 soldados, y al terminar el año de 1817, alcanzaba su efectivo a más de 9.000 hombres de pelea, correspondiendo aproximadamente la mitad a cada uno. El ejército de los Andes constaba de cuatro fuertes batallones de veteranos, dos gruesos regimientos de caballería y una brigada de artillería: el de Chile de seis batallones de línea y guardia nacional y varios escuadrones con sus correspondientes cuerpos de artillería. Su maestranza y parque eran comunes, dividiéndose su administración económica en dos comisarías. Un numeroso tren volante y 14.000 fusiles en almacenes completaban su armamento. En cuanto a las armas constitutivas, su proporcionalidad era de 1.200 artilleros por 7.000 infantes y 1.400 de caballería. Así, la alianza argentinochilena había dado por resultado la formación de una potencia sudamericana, que al equilibrar el poder de España en sus colonias, iba a superarlo atacando por mar y tierra. Y es de notarse la coincidencia, que al mismo tiempo se preparaba a su ejemplo

otra liga de guerra al norte del Ecuador, que por efecto de la atracción debía converger al centro, dando al fin por resultado las dos coaliciones extremas la emancipación total del continente meridional.

El primer uso que el generalísimo del Ejército Unido hizo de su representación externa, fue dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros, en términos honrosos para él y su adversario. "En Lima se hallan algunos confinados por la disidencia de opiniones. Si V. E. tiene a bien regresen al seno de sus afligidas familias, estoy pronto a remitir a V. E. los que se hallen en Chile y en las Provincias Unidas en igual caso. Estoy seguro que la filantropía de V. E. suavizará, en cuanto esté a su alcance, los horrores de la actual guerra. Yo ofrezco a V. E. hacerlo así, y ambos tendremos el placer de hacer algún bien a nuestros semejantes. Nuestras afecciones particulares nada tienen que ver con nuestra representación pública, y ya que el destino fatal nos hace enemigos sin conocernos, lo seré sólo en la batalla." Como buen zurcidor diplomático que no daba puntada sin nudo, bajo este noble lenguaje — sin duda traducía sus no desmentidos sentimientos humanos —, ocultábanse otros propósitos políticos y militares de mayor alcance Utilizar la buena voluntad del comodoro Bowlers, a la sazón jefe de la estación británica en el Pacífico — admirador suyo y muy simpático a la revolución —, era el más ostensible, iniciando la negociación bajo los auspicios de la Inglaterra. Era el segundo en presentarse ante la América como beligerante al frente de un ejército poderoso, publicando la guerra continental. El objeto más recóndito era enviar un agente sagaz que con el carácter de parlamentario iniciase una nueva guerra de zapa, preparando el terreno para su futura expedición al Perú, como ya lo había hecho antes de emprender la reconquista de Chile. A su tiempo se dirá el resultado de este nuevo trabajo con que el generalísimo del Ejército Unido inauguraba su política militar.

IX

Bajo los auspicios de la alianza politicomilitar, íbase operando por la acción de factores intrínsecos y secundarios de uno y otro pueblo, una evolución espontánea, que a la manera de una corriente oculta hacía su trabajo. Era la elaboración lenta y gradual de la alianza social, determinante de otros fenómenos que el tiempo pondrá en evidencia. Estos dos pueblos, tan análogos por su temple viril y sus nativos instintos democráticos, como de semejantes por su índole y su genialidad, se confundían en los puntos de contacto por atracciones y gravitaciones naturales, obedeciendo a sus tendencias nativas bajo la ley de sus futuros y comunes destinos. Y debe atri-

buirse a esta causa latente y lejana la consistencia de su movimiento revolucionario, así como el hecho de que, cuando las instituciones libres han naufragado en casi toda la América por los abusos y vicios de gobernantes y gobernados, estos dos pueblos gemelos antes y después, en medio de sus desvíos y vicisitudes, hayan salvado el crédito de la república en el hemisferio sur, y sean su gran esperanza como lo fueron en los tiempos heroicos en que la fundaron por sus armas coligadas.

Los dos pueblos se respetaban y se estimaban sin amarse, y se complementaban en el orden étnico y social, así como en el político y militar, sin perder su originalidad, supliendo la deficiencia de sus respectivos órganos de acción o exaltando su energía por el estímulo de la tarea solidaria. El contacto de un grupo selecto de uno de los dos pueblos y la cooperación activa y pasiva de la masa del otro, determinaban una mayor suma de fuerzas que obraban como agentes superiores y se imponían a las voluntades a despecho de ellas mismas. La brillante oficialidad del ejército de los Andes, que llevaba en sí la rica savia de la juventud argentina, llena de petulancia y de gracia, se infiltraba en la sociedad chilena, y a la par de modificar un tanto la grave reserva de sus hermanos de ultracordillera, sostenía con honor el pendón de la galantería ante el bello sexo, con el prestigio de los frescos laureles que la coronaban. Muchos de ellos, vencidos esta vez por la belleza y el encanto de las mujeres chilenas, constituyeron su hogar en la tierra libertada, creando así un nuevo vínculo entre los dos pueblos. Entre ellos, el vencedor del *Gavilán* se unió a la histórica familia de los 800 (los Larrain), y hasta el mismo diplomático argentino ligó su nombre a otro nombre histórico de Chile (Spano), estableciéndose una corriente de afectos domésticos internacionales que se ha prolongado. Esta no es sino una de las fases parciales de la evolución que hemos indicado, y a que las manifestaciones externas de la vida cooperativa concurrían en otro sentido, creando sentimientos y estableciendo contactos de confraternidad y solidaridad.

San Martín, eslabón de acero de la liga guerrera, era también el vínculo de esta alianza social que se operaba espontáneamente. Su salón era el centro donde se reunía lo más selecto de la sociedad chilena y argentina de Santiago. La tradición ha perpetuado en Chile a la par del de sus glorias, el recuerdo de las "tertulias de San Martín", con que él pagaba la hospitalidad que recibía. "Estas tertulias — dice un historiador chileno —, tenían un carácter culto, patriótico y significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, en los tiernos homenajes al heroísmo. Invariablemente, antes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en un gran círculo, cogidos de las manos los caballeros y las damas, y al son de la música de los cuerpos militares, se cantaba en coro la canción argentina como un

homenaje a la patria y a la bandera bajo la cual Chile había sido redimido. En seguida, casi siempre presidido por San Martín, se rompía el primer minué de honor, y la tertulia se prolongaba, grata y festiva, hasta las altas horas de la noche." Otro cronista, chileno también, completa el cuadro: "Franco, desenvuelto y elegante en sus maneras, San Martín, en la flor de su vida (39 años), reinaba en los salones y era la figura más visible y presente en todas partes, como lo era en los campamentos. En esas reuniones de San Martín se leían y comentaban los partes del ejército del sur, las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se mantenía y alentaba el entusiasmo patriótico. El general, enemigo del lujo, siguiendo su tendencia a disciplinarlo todo, suplicaba con frecuencia a las personas que honraban sus salones se presentasen con la mayor sencillez. Refiérese que en cierta ocasión, habiendo asistido una dama con traje más lujoso del que prescribía la ordenanza suntuaria, San Martín sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia, replicó: "Vd. se admira del lujo con que me presento, porque ya se había acostumbrado a la pobreza de las mendocinas." ¡Y era la pobreza de las mendocinas la que principalmente había contribuido a la libertad y riqueza de Chile! También se jugaba a la manilla, y algunas noches la caja del cuartel general costeaba las pérdidas de las señoras, habiendo pasado las deudas de este género a la posteridad inscriptas en las cuentas del gran capitán. Y como un tributo a la popularidad, a veces los valses y las contradanzas se alternaban con bailes nacionales con acompañamiento de guitarra tocada por un hombre del pueblo, y el capellán que llevaba la contabilidad del general, apuntaba: "Por «dos pesos» que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre." ¡Felices tiempos en que las alegrías de los poderosos sólo costaban dos pesos!

En medio de esta alegría, la vida del general de los Andes era austera y dura como la de un lacedemonio, que también llevaba bajo su uniforme de soldado un zorro escondido que le desgarraba las carnes, sin hacer un gesto de dolor. Se ha dicho de él que era sibarita, glotón y borracho. La cuenta de gastos privados llevada por mano ajena, y el testimonio unánime de sus contemporáneos, prueban que "no amaba los placeres, ni el vino, ni el deleite de las pasiones misteriosas, aunque gustaba de las alegrías ajenas, y comprendía que el fausto, la cordialidad social de los banquetes y saraos, son medios sencillos de gobernar a los hombres." A las 4 de la mañana se levantaba de su catre-cofre de campaña y lustraba él mismo sus botas a la vez que preparaba su café militar. En seguida arreglaba sus apuntes, y a las 5 recibía a su secretario, obligado a presentarse puntualmente a esa hora. Hasta las 10 se ocupaba en los detalles de la administración militar, distribuyendo por sus manos hasta las costuras de uniformes como lo hacía en Mendoza. Des-

pués de media hora de reposo recibía al jefe del estado mayor. Luego daba audiencia pública, oyendo con paciencia a las mujeres, y con especial indulgencia a los simples soldados. Su desayuno era muy ligero. A la una del día hacía su única comida, en la cocina, en soldadesca conversación con su negro cocinero, eligiendo dos platos que rociaba con un par de copas de vino de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, preferido siempre por los hombres de trabajo, que no tienen tiempo que perder en la digestión, por contener en menor volumen mayor poder de nutrición. Era el momento de su cuarto de hora, que algunos aprovechaban para solicitar gracias. A las cuatro de la tarde se servía su mesa de estado a sus expensas —en la que se invertían "diez pesos" diarios—, la que era presidida por D. Tomás Guido, su confidente y compañero de habitación. El concurría a los postres a tomar café, en cuya ocasión se entregaba a expansiones de camarada, amenizando la conversación con chistes y anécdotas que sazonaba con la sal andaluza de sus recuerdos de Cádiz. Por la tarde recibía visitas o hacía ejercicio, paseando por la alameda o los tajamares de la ciudad. Al anochecer volvía a la labor del bufete, y se imponía de la correspondencia del día. A las 10 de la noche, a la hora del silencio militar, se echaba en su catre de campaña para dormir artificialmente, y volver a recomenzar la misma tarea al día siguiente. Como por los dolores neurálgicos y reumáticos que lo aquejaban, le era difícil conciliar el sueño, abusaba del opio en forma de morfina, droga que su médico, el Dr. Zapata, le propinaba con exceso. Esto y el cigarro negro eran su grande y su pequeño vicio; pero, así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él mismo picaba su tabaco, y aun se conservan como un recuerdo de sus austeras costumbres la tabla y el cuchillo con que lo hacía.

El estado moral de San Martín en aquella época es una página digna de la historia psicológica de los grandes hombres. Antes de cumplir los cuarenta años y al ir a culminar el meridiano de su gloria, era presa del hastío de la vida, que, según la escuela pesimista a que por instinto se anticipaba, marca el más alto nivel del hombre moral, cuando se comprende, que después de cumplida la tarea, la vida no merece la pena de ser vivida dos veces. Por este tiempo (julio de 1817), se sintió próximo a morir, y así lo creyeron los amigos que lo rodeaban y los facultativos que lo asistían. Así lo comunicó Guido al gobierno argentino, adjuntando el informe del cirujano Zapata. Los vómitos de sangre se habían repetido. "La complicación de negocios, dice Guido, que ha cargado sobre el general redobla sus trabajos, y aniquiladas las fuerzas corporales por ataques violentos, se agrava por instantes el peligro de una vida tan apreciable." En tales momentos trazó con mano firme una renuncia, en cierto modo póstuma, porque sólo después de sus días fue conocida: "El beneficio de mi patria será el último deseo que

me acompañe al sepulcro: por esta razón debo de prevenir que el estado de mi salud me tiene expuesto a una próxima muerte, y que en este caso podrían resultar males incalculables a la causa si no se previene con anticipación, nombrando al que debe substituirme." Fué entonces cuando el general Antonio González Balcarce, el vencedor de Suipacha, fue a compartir con San Martín las tareas del mando en jefe, como segundo del Ejército Unido.

Las confidencias de esta época evidencian una profunda tristeza mezclada a grandes esperanzas, que se explica por su aislamiento moral en el gran papel histórico que desempeñaba en el drama de la revolución. El gran hombre de guerra, admirado en el Plata y aceptado como una necesidad en Chile, nunca fue amado ni verdaderamente popular, en uno y otro país: no existía entre él y ellos esa corriente de simpatías cuyas vibraciones ponen en comunicación las almas. Amaba a la República Argentina como su patria y a Chile como colectividad, pero sólo se sentía feliz en el punto medio que había sido el vínculo de su alianza — en Mendoza —, pero estaba divorciado de su política interna y de las pasiones tumultuosas de los partidos contemporáneos. Era americano ante todo, sin dejar de ser argentino. Lastimado por unos y otros, llevaba en su corazón una llaga secreta, ocultada estoicamente, que a veces le hacía exhalar quejas comprimidas, como alma solidaria, que no tenía afecciones íntimas, y estaba condenado a no tener ni hogar. No tenía, ni tuvo jamás en su patria más amigo que Pueyrredón, ni más amistad calurosa que la de Belgrano. En Chile no tuvo más amigo que O'Higgins. D. Tomás Guido, su confidente y colaborador, intervenía en su vida más bien como complemento de su acción que como elemento moral incorporado a su ser. Su único confidente íntimo era Godoy Cruz, en quien depositaba sus sentimientos. Este aislamiento moral en medio de su gloria, que constituía una poderosa influencia, pero que no era un poder público ejercido directamente, explica su alejamiento de las cosas del gobierno político, y su consagración exclusiva a la causa de la independencia americana, su gran pasión, que puede llamarse una misión en todo el rigor de la palabra, y que lo llevó a americanizar la revolución argentina.

Sin exagerar el carácter moral de San Martín, puede decirse de él, que como genio concreto, según lo hemos definido, la actividad de su mente se manifestaba al exterior por sus acciones, mientras sus pensamientos y sus sentimientos íntimos circulaban silenciosamente en el interior como una corriente subterránea. Sin más vinculaciones con los dos pueblos que las de sus grandes designios, sus juicios de los hombres y las cosas que le rodeaban, en aquel momento psicológico en que se consideraba próximo a la muerte, reflejan este estado morboso-psicológico: "— Mi salud sigue en malísimo estado — escribía a su confidente íntimo —: conozco el re-

medio, es la tranquilidad; pero mi extraordinaria situación me hace víctima desgraciada de las circunstancias. No hay filosofía para verse caminar al sepulcro y con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo. Me hago violencia en habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna en él: los hombres en especial son de un carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene un disgusto continuado que corroe mi triste existencia. Dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me volverían la vida."

Capítulo XVII

CANCHARRAYADA

1817-1818

Contraste de los años 1817 y 1818. — Prospecto histórico. — Situación política, económica y militar de Chile. — Don Luis de la Cruz, director. — Estado de la guerra continental. — Pezuela reemplaza a Abascal en el virreinato del Perú. — El general La Serna toma el mando del ejército del Alto Perú. — Planes militares del virrey del Perú antes de Chacabuco. — El virrey del Perú prepara una nueva expedición contra Chile. — San Martín tiene noticia anticipada de este plan. — Misión ostensible y secreta del mayor Torres al Perú. — Zarpa la expedición realista del Callao. — Plan de invasión de Pezuela. — Retirada del ejército del sur. — Declaratoria de la independencia chilena. — Plan de campaña de San Martín. — Forma un nuevo ejército al norte. — Reconcentración del Ejército Unido. — Maniobras preliminares de ambos ejércitos. — Crítica de ellas. — Se avistan los dos ejércitos en Talca. — Teatro de las operaciones. — Sorpresa de Cancharrayada. — Dispersión del Ejército Unido. — Famosa retirada de Las Heras. — Efectos de la derrota de Cancharrayada en la capital. — Dictadura de 48 horas de Rodríguez y su papel histórico. — O'Higgins reasume el mando. — San Martín reacciona contra la derrota. — Recepción triunfal de la columna de Las Heras. — Reorganización del Ejército Unido. — Expectativa.

I

El año 1817, habíase inaugurado con una victoria, que dio la señal de guerra ofensiva sudamericana, terminando con una derrota de las armas que detenían sus progresos, el año 1818 debía, a la inversa, inaugurarse con una derrota y terminar con una victoria más grande aún, que decidiría de sus destinos. La revolución de Chile adquiría con ella su consistencia definitiva, su independencia quedaría asegurada para siempre, la alianza argentinochilena afirmada y la base de operaciones de su campaña continental consolidada por mar y por tierra. Desde este momento todas las fuerzas de la insurrección sudamericana convergirán de los extremos hacia el centro, reaccionando contra el poder colonial de la España; lo estrecharán en su último baluarte, el Perú, donde, reunidos sus esfuerzos, combinarán sus operaciones para asestarle el golpe final, dándose

allí la mano los dos grandes libertadores del Sur y del Norte: San Martín y Bolívar.

Para comprender mejor el enlace lógico y cronológico de estos acontecimientos, se hace necesario darse cuenta de la situación interna de Chile, por ser el eslabón que une la revolución argentina americanizada con la revolución de toda la América meridional insurreccionada en pro de su independencia, desde Méjico hasta Patagones y Arauco.

En la época a que hemos llegado, Chile era una colectividad orgánica, sin formas definidas todavía, pero que poseía en sí todos los elementos de una nacionalidad original y vigorosa: cohesión genial dentro de su constitución geográfica; patriotismo indígena, energía nativa de raza y tendencias pronunciadas de independencia, en medio de una democracia embrionaria, combinada con una aristocracia territorial y política. La masa que la constituía, impenetrable hasta entonces a la acción externa por razón de su aislamiento geográfico y su excéntrica organización social, habíase conmovido por el impulso de los acontecimientos, y disciplinada como fuerza activa, decidióse por la causa de la independencia obedeciendo a sus instintos, y por este solo hecho formaba una agrupación coherente, animada de una pasión e impulsada por su propio resorte. Convertido su territorio en teatro de la guerra por su emancipación y en base de operaciones de una campaña continental, su organismo político asumía la formación más elemental, cual es la de un pueblo revolucionario, convertido en ejército, con una clase política dirigente, y una dictadura politicomilitar a que todos se subordinaban sin violencia y que no tenía más apoyo que las bayonetas nacionales aliadas. Era una situación de fuerza, como lo hemos explicado antes, pero era a la vez un conjunto coherente de fuerzas activas que gravitaban naturalmente en el sentido de sus atracciones.

El roce revolucionario y la presión niveladora del despotismo extraño desgastaron los particularismos provinciales y las desigualdades que en un principio obstaron a la unificación nacional; las comunes desgracias y los esfuerzos solidarios persiguiendo un propósito general, crearon un nuevo espíritu público. La desaparición de los gobiernos personales de cuartel o de familia, de ficciones municipales o de localidad, y el establecimiento de una autoridad nacional moderada y fuerte daban al poder público consistencia y equilibrio. El orden administrativo, las reformas graduales tendientes a implantar un nuevo orden de cosas o modificar el semblante de las antiguas, a la par del progreso de las ideas políticas, imprimían a esta situación un carácter, señalándole ideales que unos divisaban al través de sus instintos y otros alcanzaban con su razón. En tal estado de cosas, la independencia era un hecho y la república una consecuencia necesaria, a que sólo faltaba revestirse de formas legales; pero, como para declarar la primera y perfeccionar

la otra, debía ser consultada la voluntad nacional, y lo provisional y lo discrecional imperaba como constitución de hecho con el asentimiento general, sin resistencia de parte de los que obedecían por su propia voluntad, ésta era una cuestión de forma y de circunstancias. Los tristes recuerdos de los ensayos parlamentarios de 1810 a 1814, que tan funestos resultados habían dado, alejaban a todos de la convocatoria inmediata de un congreso. Por otra parte, era condición tácita de la alianza argentinochilena no hacer tal convocatoria hasta la terminación de la guerra en el territorio reconquistado, a fin de que la autoridad ejecutiva obrase con toda amplitud de facultades para mantener la unidad revolucionaria y la eficacia de la acción militar. Así es que, uniformada la opinión de los que mandaban y subordinados buenamente los que obedecían, la situación política era compacta, y todo concurría a dar consistencia a la revolución y temple a las armas de combate.

No faltaban, empero, resistencias morales y materiales a este régimen de fuerza, impuesto por las circunstancias y mantenido por el instinto de conservación de la gran mayoría del país. Aun cuando la decisión por la causa de la independencia fuese casi unánime, la causa del rey contaba con partidarios en el sur, como lo demostraban la resistencia popular de Arauco y las montoneras entre Bío-Bío y el Maule. Las aspiraciones a un orden de cosas más regular, satisfechas hasta cierto punto en las clases ilustradas, pugnaban sordamente contra el régimen imperante que sólo aceptaban como una necesidad y una transición, pero no como sistema de gobierno permanente. No así muchos de los que mandaban, que, bien avenidos con sus posiciones oficiales, pretendían perpetuarse, vinculando a ellos intereses sórdidos o egoístas. El mismo director O'Higgins, no obstante su moderación y la elevación de su patriotismo, no estaba exento de esta debilidad, introduciendo así desde muy temprano en su gobierno anormal un principio de descomposición prematura que debía acabar con él. Además, los dos partidos en que se dividió la revolución chilena desde los primeros días, no habían desaparecido, y aun cuando sólo estaban representados en las clases dirigentes, no faltaba al partido carrerino, caído y perseguido, cierta opinión nacional que le daba su razón de ser, ni tampoco carecía de caudillos audaces y prestigiosos que pudieran mover la masa popular en su favor, al menos para perturbar el orden público interno. Sin el apoyo de la alianza argentina, y sin la intervención eficaz del ejército de los Andes, que ocupaba militarmente el país, y con sus bayonetas sostenía la autoridad establecida sobre la base de un partido predominante, y sobre todo, sin la influencia decisiva y moderadora de San Martín, la lucha intestina se hubiera renovado. Esto mismo contribuía a crear otro género de resistencia a la situación, sublevando pasiones y sentimientos que son naturales en todos los pueblos libertados e intervenidos. La deu-

da de gratitud reconocida pesaba a unos, y lo que por otros se consideraba una imposición de la influencia extraña, levantaba protestas que, no por ser secretas, dejaban de influir en la opinión, y de este modo, los sacrificios de sangre y de dinero que la alianza argentina imponía al pueblo, se le atribuían a ella exclusivamente. En honor de la verdad histórica debe decirse, sin embargo, que, a pesar de todo esto, el país estaba apasionado por la gran idea de llevar la bandera de la revolución más allá de sus fronteras, reaccionando contra la tendencia de reconcentrarla en ellas, pero el espíritu del quietismo habría predominado al fin, sin la decisión de O'Higgins, que puso toda su alma y todo cuanto podía y valía para cooperar a los planes continentales de San Martín, como se verá después.

En medio de los males y trastornos que son consiguientes al estado de guerra, la condición del pueblo había mejorado, y si sufría pesadas cargas, las sobrellevaba en beneficio propio, brindando sus servicios personales o concurriendo con donativos voluntarios al sostén de la causa revolucionaria. Las contribuciones, los empréstitos forzosos, los auxilios bélicos, no eran menores que en tiempo de la dominación española, pero se exigían en nombre del interés público, y como a la vez la fuente de la riqueza se acrecentaba por un sistema de hacienda mejor entendido, el sentimiento cívico por una parte y la mayor prosperidad por otra, alimentaban esta corriente entre los ingresos privados y los ingresos públicos. Las rentas fiscales, que antes de la revolución no alcanzaban a medio millón de pesos, ascendían a más de dos millones de pesos en 1817.

Con estos recursos se atendía al presupuesto civil y militar, se sostenía un ejército de más de 8.000 hombres, se compraban buques para armar una escuadra que dominase el Pacífico, se mantenía el ejército de los Andes cuyos sueldos estaban a su cargo, se emprendían nuevas obras públicas, y después de todo esto, aun podía presentar en su balance anual un excedente que hacía honor al orden y la severa economía con que en todo tiempo, aun en los revolucionarios, han sido administradas las finanzas chilenas. En cuanto a su estado militar, ya lo hemos estudiado en el capítulo anterior (véase cap. XVI, párrafo VIII), quedando algo para agregar en su oportunidad. En presencia de estos datos estadísticos, preciso es reconocer que, sin el concurso eficaz de Chile, la empresa preparada por San Martín en Mendoza, jamás se habría llevado a cabo, como debe reconocerse que, sin el auxilio argentino ni Chile se habría libertado, ni habría tenido la gloria de cooperar a la emancipación del resto de la América. Aisladas ambas naciones, la una se habría consumido dentro de sus límites territoriales, trabajada por la anarquía interna, y la otra habría concurrido a robustecer el poder español, interponiendo una barrera insalvable entre la revolución del sur y el norte del continente. Unidos, se salvaron recíprocamente,

dieron la libertad al Perú, e hicieron posible el triunfo final que coronó la independencia de las colonias hispanoamericanas. Esa es la gran gloria de la alianza argentinochilena, cuyos lineamientos han sido trazados ya. (Véase cap. XVI.)

Hemos apuntado antes que el director delegado Quintana había sido substituido por una junta gubernativa de chilenos, designada por la Logia de Lautaro, con acuerdo de O'Higgins y San Martín, dando así satisfacción al espíritu público nacional; pero esta forma de gobierno no llenaba las exigencias de la situación, y fue reemplazada (el 16 de diciembre de 1817) por otro director delegado "para que las deliberaciones ejecutivas tuviesen la rapidez que las circunstancias requerían". Recayó la elección en el coronel chileno Luis de la Cruz, hombre de principios liberales, de carácter honorable, administrador laborioso y organizador bastante inteligente, que en su calidad de amigo de O'Higgins y admirador de San Martín, era la persona más adecuada para conservar fielmente el depósito del poder, manteniendo la armonía entre los aliados en el sentido de sus planes políticos y militares. En 1806 había ejecutado una atrevida y útil empresa al frente de un pequeño destacamento, practicando a su costa un reconocimiento de la cordillera de los Andes y el territorio de los indios pehuenches, con el objeto de abrir un camino carril entre la ciudad de Concepción y la de Buenos Aires, cuya relación, escrita por él, ha sido recogida por la posteridad como un precioso contingente suministrado a la geografía y la etnografía de la pampa central en la región de lo desconocido. Durante su permanencia en Buenos Aires, púsose en contacto con los hombres más distinguidos de aquella época que debían figurar más tarde en la revolución argentina, y de regreso a Chile contribuyó a uniformar los trabajos de los patriotas de ambos países. Al estallar la revolución chilena se afilió en el partido de Martínez Rozas, sosteniendo con él la conveniencia de la alianza argentinochilena. Miembro de sus primeras asambleas deliberantes y soldado en sus primeras campañas, fue hecho prisionero en 1813 y confinado a la isla de Juan Fernández, hasta que la victoria de Chacabuco puso término a su cautiverio.

Tal era la situación interna de Chile al terminar el año de 1817, en momentos en que el ejército del sur experimentaba el contraste de Talcahuano y se anunciaba una nueva expedición realista del Perú (diciembre de 1817).

II

A medida que el movimiento emancipador se condensaba por segunda vez al sur de la América bajo la dirección de San Martín, y que igual fenómeno se operaba al norte del continente bajo la influencia de Bolívar, a la manera de dos polos cargados de elec-

tricidad cuyas corrientes producirían el rayo revolucionario, el círculo de la reacción española se reducía. Todo indicaba que ésta iba a ser sofocada en el centro de su poder. La reacción española había alcanzado su apogeo con la expedición de Morillo —último esfuerzo de la metrópoli—, y con la reconquista de Venezuela y Nueva Granada (1815-1817). En el sur, Sipe-Sipe fue su culminación y Chacabuco marcó su descenso (1815-1817). En este intervalo, algunas modificaciones se produjeron en el mando político y militar del Alto y Bajo Perú, y desenvolviéronse operaciones bélicas en la frontera del norte argentino, las cuales tenían a Chile por objetivo más o menos directo. Abascal, el domador de las revoluciones del Alto Perú, de Quito y de Chile, que salvara la causa realista en los comienzos de la insurrección irradiando el poder de su política y de sus armas desde el Bajo Perú, había sido reemplazado como virrey por el general Pezuela, el vencedor de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe (1815). El general José de la Serna, de quien nos ocuparemos después, tomó el mando del ejército del Alto Perú (1816). Pezuela, aunque laureado personalmente por grandes victorias, no poseía las notables cualidades de su antecesor; pero siguiendo su impulsión, perseveraba en el plan de reacción que éste le había trazado. Al ver amenazado a Chile por el ejército de los Andes que San Martín formaba en Mendoza, ordenó al general La Serna la invasión del territorio argentino (1815), con prevención de adelantar hasta Tucumán, a fin de efectuar una poderosa diversión que paralizase la invasión como antes Abascal la había intentado para salvar a Montevideo, cuya caída determinó la retirada de los realistas, según se relató en su lugar. Los gauchos de Salta y de Jujuy, bajo la dirección de Güemes, sostenidos por el ejército de Belgrano acantonado en Tucumán, bastaron, como en 1814, para contener esta invasión. La reconquista de Chile determinó como entonces su desastrosa retirada (1817), quedando por siempre inmunes las fronteras argentinas por sus dos únicos puntos vulnerables del norte y del oeste.

La pérdida de Chile, cuya influencia se hacía sentir tan lejos, no produjo en el ánimo del nuevo virrey la impresión que debiera. Pensó sin duda que los restos del ejército realista que habían quedado en el país, bastarían para continuar la guerra, y como no era hombre de ideas, como Abascal, ni tenía plan alguno, se puso a la defensiva por la parte del Alto Perú y a la expectativa por la de Chile. La llegada de los fugitivos de la derrota de Chacabuco no bastó para abrirle los ojos: limitóse a ordenar su regreso inmediato, sin permitirles desembarcar, con prevención de ponerse a las órdenes de Marcó, que suponía al frente de la resistencia, o bien a las del jefe que lo reemplazase, separando del mando de ellas a Maroto y Barañao, que no volvieron a figurar en su antiguo escenario. Con este contingente de fugitivos había intentado Ordóñez su

malograda empresa del Gavilán y sostenido el sitio de Talcahuano. Cuando se convenció de que con estas fuerzas apenas podrían mantenerse los realistas encerrados en un punto del territorio, se apresuró a auxiliarlos con víveres y municiones, alentándolos a la resistencia, pero con orden de no comprometer acción formal mientras con mayores elementos iba en su auxilio. Al fin comprendió que la pérdida de Chile podía importar la de América, y que su recuperación era cuestión de vida o muerte para el poder colonial. "Dejando a los insurgentes de Buenos Aires (decía a su gobierno) en pacífica posesión de Chile, es muy fácil a su genio activo y emprendedor, con los auxilios que sordamente le prodigan los extranjeros, como lo han hecho hasta aquí, y con los que reciban de su capital, arreglar una expedición e invadir en ocho días de navegación las indefensas fronteras de Arica a Mollendo, y propagando la infidelidad en los dispuestos ánimos de la mayor parte de los habitantes, conmover las provincias interiores del Bajo Perú, y las levantarían en masa, con lo que obligarían a retroceder a nuestro ejército, y de consiguiente, facilitarían al que ellos tienen en Salta, Jujuy y el Tucumán, a que adelante y se apodere de Potosí, Charcas y Cochabamba, poniendo en el más crítico estado de perderse toda esta América". El arribo de nuevos esfuerzos de tropas llegados de la Península por vía del Cabo de Hornos y de Panamá, lo habilitó para organizar por la cuarta vez —que debía ser la última—, una expedición sobre Chile. Al efecto, lo preparó sigilosamente todo, contando sorprender a San Martín y recuperar en poco tiempo el reino perdido. Pero esta vez tenía que habérselas con un general más cauto, pues como lo observa un historiador español, los enemigos con quienes iba a combatir, eran muy distintos de los vencidos en Rancagua".

Como se dijo antes, el primer uso que San Martín hizo de su autoridad de generalísimo del Ejército Unido, fue dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros. Este era el objeto ostensible; pero, como todos los actos del general de los Andes, tenía su lado misterioso. Además del alcance diplomático que le hemos señalado (véase cap. XVI, párrafo VIII), el propósito principal era abrir relaciones secretas con los patriotas del Perú y penetrar los planes del enemigo. Fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial obscuro, que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

El comisionado de San Martín partió de Valparaíso el 1º de noviembre en la fragata británica Amphion que montaba el comodoro Bowles, y arribó al Callao en circunstancias en que Pezuela se ocupaba de hacer los últimos aprontes de su proyectada expedi-

ción contra Chile. Como lo había calculado el general, la negociación sobre la regularización de la guerra y canje de prisioneros no tuvo por el momento ulterioridad; pero llenáronse completamente los objetos de la misión secreta, según se explicará a su tiempo. El parlamentario patriota fue recibido por el Virrey con aparente cortesía, y alojado en una fortaleza. Gradualmente relajóse esta vigilancia y pudo transmitir a los patriotas la palabra de orden que llevaba, hacerles llegar sus comunicaciones escritas o verbales y reunir todos los conocimientos que necesitaba. Por este medio obtuvo de la misma secretaría del Virrey noticias detalladas sobre la expedición que se preparaba, incluso su plan de invasión. En posesión de estos preciosos datos, regresó a Valparaíso en la misma fragata que lo condujera, en los primeros días de enero de 1818, casi al mismo tiempo que la expedición realista (4 a 15 de enero de 1818) avistaba las costas de Chile. El Virrey, que había pensado sorprender a su enemigo, lo encontraba, no sólo prevenido, sino al cabo de sus más secretos planes.

III

La nueva expedición preparada contra Chile era respetable, pero no suficiente para ejecutar la ardua empresa de reconquistarlo. Formábanla tres batallones, un regimiento de artillería con diez piezas de campaña, dos escuadrones de caballería y una compañía de zapadores, con armamento de repuesto, que sumaban un total de 3.400 veteranos bien equipados, los que, unidos a los 1.700 de Ordóñez en Talcahuano, comprendían un ejército de más de 5.000 hombres. Hacían parte de ella dos famosos batallones de infantería llegados de la Península que se habían distinguido en la guerra contra los franceses —el "Burgos" y el "Infante Don Carlos"— que constituían como los dos tercios de su personal. El resto lo formaban, un batallón de Arequipa, un escuadrón de "Lanceros del Rey", venido de España, y otro de Arequipa, ambos tan bisoños en el arte de cabalgar, que bien merecían la denominación de "maturrangos" que les daba San Martín, pues, según testimonio de un general español, que presenció sus ejercicios, "los jinetes caían de los caballos que montaban con notable facilidad". Cuatro navíos y fragatas con 234 cañones y 300 hombres de tripulación formaban la flota expedicionaria, que debía cooperar al plan de invasión concertado en Lima.

El mando de esta expedición fue confiado al brigadier Osorio, el restaurador de Chile en 1814. El virrey Pezuela reincidía en la falta de su antecesor cuando pospuso a Sánchez por Pareja y Gaínza, posponiendo a la sazón a Ordóñez, que era el general indicado por sus méritos y por sus cualidades. No era tal vez una gran ca-

beza militar, y le faltaba sin duda la prudencia necesaria para el mando en jefe, como lo demostró en Curapaligüe y el Gavilán, pero era un gran carácter, tenía el fuego sagrado del guerrero, el ímpetu que lo arrastraba para ir siempre adelante y sostenerse a todo trance en las situaciones más difíciles, y precisamente por esto mismo, era el único que podía haber desconcertado la estrategia y la táctica metódica de San Martín, como había paralizado el desarrollo de los planes después del desastre de Chacabuco, reaccionando en el Sur y haciendo pie firme en Talcahuano. Contaba por otra parte con la opinión realista del país, y prescindir de él, era privarse de una fuerza e introducir un fermento de división en el ejército expedicionario. Para neutralizar el efecto de tal injusticia, que era a la vez un error, el Virrey le confirió el grado de brigadier y le prometió para después del triunfo la presidencia interina de Chile. Pero, lleno de desconfianzas, encargaba Osorio, que vigilase la conducta sospechosa de los oficiales que habían servido a las órdenes del defensor de Talcahuano, y que al abrir su campaña procurase dejarlo relegado al mando de esta plaza o en Concepción.

El plan de Pezuela reposaba sobre la base del mantenimiento de la posición de Talcahuano, faltando la cual, la expedición debía desistir de la invasión y regresar al puerto de Arica. En el caso de que continuase ocupado por las armas del Rey, contábase efectuar el desembarco en ese punto, y batir por sorpresa al ejército patriota que los sitiaba, cuya fuerza estimaba en tres mil hombres, limitando su persecución hasta el río Maule. Ejecutada esta operación, y dominada la provincia de Concepción, que guarnecería convenientemente de manera de llamar la atención del enemigo hacia el Sur, el ejército realista debía reembarcarse inmediatamente en los buques de la expedición, dirigirse a una de las caletas inmediatas a Valparaíso, y efectuar por ese punto la invasión, avanzando a marchas forzadas sobre la capital, que suponía defendida por muy débiles fuerzas para resistirle. Poniéndose en el caso de que conviniera llevar la invasión por tierra, y tomar por base de operaciones el Sur, librada las eventualidades al juicio de Osorio, recomendándole únicamente reservase puntos de apoyo para una retirada, celeridad en sus movimientos y "no aventurar sin señaladas desventajas las armas del rey a una pérdida irreparable."

Este plan era teóricamente bien concebido, en la suposición de que se llenasen todas sus condiciones y que los patriotas "sorprendidos y aturdidos", según los cálculos de su autor, hiciesen precisamente lo que él se imaginaba. Dueño de la mar, podía elegir su punto de invasión a lo largo de las costas, especialmente entre Talcahuano y Valparaíso, y logrado el primer golpe, el dominio de la capital podía ser su consecuencia. Faltaba, empero, en dos puntos capitales: primeramente en el hecho de la sorpresa, irrealizable ya contra un enemigo prevenido y después, en la debilidad y dispersión

de fuerzas que suponía al Ejército Unido, que, como se ha visto, constaba a la sazón de 9.000 hombres, y podía poner en campaña de 6.500 a 7.000 de buenas tropas, convenientemente situadas para recibir reunidas la invasión al centro o al sur del territorio y dar cuenta de ella en una batalla. De todos modos, el plan de invasión estaba burlado.

La expedición zarpó del Callao en los primeros días del mes de diciembre (del 6 al 11). El 4 de enero (de 1818) avistaron las primeras naves las costas de Talcahuano, y a mediados del mismo desembarcaban las tropas en medio del estruendo de los cañones de las fortalezas que saludaban su llegada. Esta salva fue oída por el ejército patriota a orillas del Itata en retirada hacia la capital. Este movimiento hizo comprender a Osorio que su plan de campaña estaba descubierto, y frustrado el proyecto de invasión a inmediaciones de Valparaíso, con la capital por objetivo. No le era ya posible dar alcance al ejército de O'Higgins, que le había ganado la delantera, y el reembarco, lejos de proporcionarle las ventajas que se prometiera, no hacía sino dar a los patriotas más tiempo para operar su reconcentración. En ambos casos se encontraría con todas las fuerzas enemigas reunidas en torno de la capital. El general español, irresoluto por naturaleza, sin inspiración ni decisión, carecía de las cualidades necesarias para dirigir con acierto la campaña, desde que tuviese que prescindir de la pauta que el Virrey le trazara. Limitóse a mandar bloquear a Valparaíso con su flota, empleó como quince días en engrosar y organizar su ejército en Concepción, y al fin, obedeció como una masa inerte a la impulsión que le comunicaron los jefes que llevaban en su ejército la verdadera voz de mando.

Ordóñez, movido por su natural impetuosidad, era de opinión de abrir inmediatamente le campaña sin perder tiempo en inútiles aprestos, persuadido de que, cuanto más rápidos fueran los movimientos ofensivos, más débil sería la resistencia que opondrían los insurgentes, la que en su orgullo miraba muy en menos. Esta opinión encontró un decidido apoyo en el jefe del estado mayor de la expedición, el coronel José Primo de Rivera, joven fogoso, dotado de valor y algunos talentos, pero de poca experiencia militar. Osorio vacilaba en abrir la campaña, pero falto de ideas y de energía para sostener su opinión negativa de permanecer a la expectativa al sur del Maule, se decidió a dar la orden de marcha en los últimos días de enero, sin tener un plan ni una resolución fijos, ni siquiera conocimiento de las posiciones y fuerzas de su adversario.

El 12 de febrero las avanzadas del ejército realista se hallaban a inmediaciones de la margen izquierda del Maule, y oyeron cañonazos a la distancia. Era el ejército del Sur en retirada conducido por O'Higgins, que celebraba en Talca el primer aniversario de Maipú y el advenimiento de la república chilena independiente.

IV

Los papeles estaban invertidos. Tocaba ahora al general de los Andes defender por mar el territorio que había invadido antes por tierra. El enemigo, dueño de las aguas, tenía a su disposición más de 2.000 kilómetros de costa como él había tenido más de 2.000 kilómetros de cordillera.

Las primeras noticias que de la expedición se tuvieron en Chile (el 8 de diciembre de 1817) no habilitaban a San Martín para trazarse un preciso plan defensivo-ofensivo; pero, bien aconsejado por la prudencia, adoptó una actitud espectante que proveía a todas las eventualidades. Admitiendo la posibilidad de un desembarco por el norte (por Coquimbo), poca importancia le daba, y se inclinaba a creer que la invasión se efectuase por Valparaíso, con la capital por objetivo. En esta inteligencia escribía oficialmente a O'Higgins (el 12 y 18 de diciembre): "El proyecto del enemigo es probablemente interponerse entre nuestras fuerzas para batirnos en detalle y apoderarse de Valparaíso. Asegure, pues, con tiempo su retirada al norte del Maule, tomando por defensa este río. Haga retirar con anticipación de Concepción cuanto pueda ser útil al adversario. Vengan a este lado familias, subsistencias de todo género y caballadas. Hecho esto, es imposible que ningún cuerpo enemigo subsista allí sin perecer de necesidad". Y confidencialmente le decía. "Pudiéndonos dar la mano ese y este ejército, seremos siempre, no solamente superiores, sino que podremos caer sobre el enemigo y decidir en un solo día de la suerte de Lima". Su proclama en tal ocasión firmada por él y Balcarce, es característica: "¡Soldados! ¡Tenemos que daros una agradable noticia. Nuestros enemigos los maturrangos preparaban una expedición con el objeto de visitarnos. Mucho tiempo hace que estamos parados sin hacer nada de provecho! ¡Amigos, vamos a tener otro Chacabuco!

Con arreglo a este plan, O'Higgins emprendió su retirada del frente de Talcahuano así que tuvo la certidumbre de que la invasión se efectuaba por este punto. El 1º de enero inició su movimiento retrógrado en dirección al Norte, rechazando con ventaja en diversos encuentros los ataques que los realistas trajeron sobre su retaguardia. El 20 atravesó el Maule y se sitió en Talca, seguido por toda la población del Sur. Fue un éxito a la vez que una retirada. Más de 50.000 personas, llevando consigo sus ganados, acompañaron al ejército, movidos unos por su patriotismo y otros por las órdenes perentorias de O'Higgins, de conformidad con las instrucciones de San Martín. El objeto era hacer el vacío al enemigo, privándolo de recursos de subsistencia y movilidad, y así decía O'Higgins al vecindario: "Nos preparamos a dar el último golpe al poder expiran-

te del virrey de Lima: es preciso que la sensibilidad ceda a la política y que el sosiego de los habitantes se sacrifique a la salud general. El día de la restauración universal no está lejos de nosotros: esta campaña fijará los destinos de Chile, y acaso también los de la América". Y en prueba de la fe que tenía en el triunfo, hizo proclamar la independencia de la república chilena.

La independencia de Chile era un hecho, y su declaratoria una mera forma; pero en aquellos momentos, a la vez que un reto a los enemigos, dueños de la mitad del país y de todas sus costas, importaba determinar el carácter de la lucha y enarbolar con decisión la verdadera bandera de la revolución. En la imposibilidad de reunir un congreso nacional que lo efectuara, o más bien, para no debilitar la acción del poder ejecutivo según los convenios de la alianza argentinochilena, dispúsose a abrir registros cívicos en que los ciudadanos consignaran su voto en pro o en contra (13 de noviembre de 1817). La idea fue acogida con entusiasmo popular, sin un solo voto por la negativa. Al redactar el acta en que el hecho se declaraba, algunos políticos estacionarios, que no se daban cuenta de la importancia de la variación, se limitaron a consignar en ella los agravios inferidos a los chilenos por los españoles y a una protesta de la fe católica. O'Higgins, con su buen sentido y bien inspirado por sus ideas liberales, negóse a aceptarla, manifestando que esto "importaría proclamar una religión excluyente y prohibir la inmigración de multitud de talentos y brazos útiles que abundaban en el otro continente", y que por lo tanto el documento debía limitarse a "declarar solemnemente la independencia en nombre de los pueblos, y hacer saber a la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes formaban de hecho y de derecho un estado libre, independiente y soberano, por siempre separado de la monarquía española". Así se hizo, y el Director Supremo de Chile subscribió el acta el 1º de enero de 1817 en su cuartel general de la Concepción, en vísperas de la invasión. Fijóse en consecuencia la solemne proclamación en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco. El gobierno al anunciarla al pueblo le decía: "Se aproxima el memorable 12 de febrero: este día grande, que os recuerda el glorioso sacudimiento de vuestra opresión, es también preparado para fijar la época de nuestra emancipación política".

En el día designado, al amanecer, formáronse las tropas en la plaza principal, concurriendo el pueblo en masa. En uno de sus frentes se levantaba un tablado adornado con banderas chilenas y argentinas unidas y en su centro el retrato del general San Martín. Al rayar el sol sobre la cordillera nevada del oriente, visible desde la plaza, enarbolóse la bandera de la nueva nación, saludada por una triple salva de artillería y los himnos entonados por los niños de las escuelas a que la multitud hacía coro. A las nueve de la

mañana subió al tablado la comitiva oficial, presidida por el director delegado D. Luis de la Cruz, llevando en sus manos la bandera chilena el enviado diplomático de las Provincias Unidas, D. Tomás Guido, y el presidente de la municipalidad, la argentina. El fiscal de la cámara de apelaciones habló al pueblo: "Vais a proclamar la ley más augusta del código de la naturaleza. Os vais a declarar libres e independientes. Vais a franquear vuestros mares al comercio de todas las naciones, que atraerán la abundancia y la cultura. Vais a abrir a vuestros hijos la carrera del honor. Almas débiles, no creáis que este es un paso imprudente y arrojado. El invariable sistema de la España nos ha convencido en el espacio de ocho años, de que ya no hay más paz ni tranquilidad para la América, que la que ella se gane por su esfuerzo y resolución". Leída el acta de la independencia, la juró el Director sobre los santos evangelios, y en seguida el obispo, añadiendo a la cláusula del juramento que "la juraba, porque creía que esa era la voluntad del Eterno". Interrogado San Martín, si juraba, contestó con voz profunda: "¡Sí! ¡Mucho! ¡Mucho!" A su vez juró el pueblo postrado de rodillas. En seguida se arrojaron medallas conmemorativas con los motes: "Chile Independiente", "Unión y Fuerza".

En el mismo día el ejército del Sur, en retirada de Talcahuano, saludaba con sus cañones al aniversario de Chacabuco y el nacimiento de la república chilena, cuyas salvas fueron oídas en el campamento español al sur del Maule. Era la segunda república sudamericana que se fundaba bajo los auspicios de San Martín.

V

Mientras tanto, el ejército español, concentrado abría su campaña y avanzaba sobre la línea del Maule. San Martín persistía empero en creer que la verdadera invasión se efectuaría por San Antonio, a inmediaciones de Valparaíso, porque según él "su objeto debía ser apoderarse de la capital y con ella de la fuente de los recursos. Cuando el enemigo ha meditado una expedición tan importante, agregaba, cuando ha apurado sus recursos en este esfuerzo, sus miras son empeñar una acción decisiva sobre la capital, y no hacer desde Talcahuano una guerra lenta; además que, un camino tan largo y retirados de él con anticipación los auxilios, no se hace sin nuestra evidencia y sin que tengamos el tiempo necesario para jugarle en sus marchas mil estratagemas que lo aniquilen antes de presentar acción. Sería nuestra felicidad, que desembarcando en Talcahuano nos buscase por tierra hasta Talca. En este caso le daremos reunidos un golpe de que jamás convalezca. Nada nos importa perder algunas leguas de terreno como luego tengamos la seguridad de ocuparlo de un modo sólido: reconcentración de fuerzas, y so-

mos invencibles." Adoptando en consecuencia el prudente plan expectante que aconsejaban las circunstancias y proveía a todas las eventualidades, dispuso que el ejército del Sur se situase en Camarico, a veintiséis kilómetros al norte de Talca, con su vanguardia en observación sobre la línea del Maule, mientras con el grueso de las fuerzas atendía a Valparaíso en actitud de operar su reconcentración según se efectuase la invasión por uno u otro punto.

Fiel a su máxima de que los ejércitos se preparan a la pelea en los campos de instrucción, San Martín trasladó las fuerzas de Santiago, que alcanzaban a más de 4.000 hombres, a la hacienda llamada Las Tablas, situada al sur de Valparaíso y a inmediaciones de este puerto y el de San Antonio. De este modo cubría la capital y atendía los dos únicos puntos de desembarco por esa parte, en disposición de replegarse sobre el ejército del sur si la invasión venía por el Maule, moviéndose en una zona abundante en recursos, mientras entregaba al enemigo un territorio de que le habían sido retirados con anticipación todos los que pudiera utilizar éste, especialmente en subsistencias y cabalgaduras. El general Balcarce tomó el mando inmediato del campamento de Las Tablas, mientras San Martín se trasladó de Valparaíso, a fin de inspeccionar sus fortificaciones calculadas para impedir un desembarco. En esta actitud esperó el desarrollo de los sucesos, en la seguridad de que por cualquier punto que se presentase el enemigo, le opondría un ejército reconcentrado, superior en fuerza, cubriendo en todos los casos la capital, a la vez que con ella incitaba a Osorio a atravesar el Maule, que era lo que deseaba, para dar cuenta de él en una batalla decisiva. "La conservación del estado —escribía a O'Higgins— pende de que no aventuremos acción alguna cuyo éxito sea dudoso. Por lo tanto, nuestro plan de campaña debe ser una reconcentración de todas nuestras fuerzas, para dar un golpe decisivo y terminante". Para dirigir con más oportunidad los diversos movimientos según los casos ocurrentes, situóse en el punto intermedio de San Fernando (25 de enero de 1817), 300 kilómetros de campamento de Las Tablas y doscientos de la línea del Maule, de manera que, en cuatro marchas forzadas de cada uno de los dos cuerpos de ejército pudiera verificarse su reconcentración dentro de la zona de las operaciones calculadas, ganando tiempo para tomar con descanso la ofensiva con la ventaja del número y de las posiciones de antemano elegidas. Para asegurar las comunicaciones y los movimientos de avance y retroceso, el general mandó construir puentes provisionales sobre los ríos Cachapoal, Tinguiririca, Teno y Maipo, con lo cual el gran tablero en que debía jugarse la gran partida quedó perfectamente preparado.

A fines de febrero no quedó ya duda de que la invasión venía por Talcahuano. En consecuencia, el cuerpo de ejército de O'Higgins se replegó a Curicó en la confluencia de los ríos Teno y Lontué,

100 kilómetros al norte de Talca y otros tantos de San Fernando, con objeto de atraer a Osorio que parecía dudar en su avance, y operaron ambos su reconcentración en los primeros días de marzo, sumando una fuerza de 4.500 infantes, 1.500 hombres de caballería y 500 artilleros, con 33 piezas, perfectamente armadas y bien montadas y llena de entusiasmo. Los realistas, como se ha dicho, no pasaban de 5.200 hombres de las tres armas con 12 piezas de artillería. El 4 de marzo atravesó Osorio el Maule sin obstáculo alguno y en el mismo día acampó en Talca, reanimándose sus esperanzas de triunfo ante la retirada de los patriotas, que consideraba como una prueba de debilidad. La vanguardia de Morgado avanzó hasta Camarico, mientras que la de los patriotas al mando de Freyre, que había cubierto la línea del Maule, se replegaba a Quechereguas. San Martín llamó a sí el cuerpo de ejército de O'Higgins y situóse en Chimbarongo, donde se operó la reconcentración final. Al mismo tiempo escribía el general: "El enemigo marcha con aceleración; pero yo voy a ahorrarle la mitad de la distancia, aproximándome al estero de Chimbarongo. Antes de seis días creo decidida la contienda favorablemente." Su objeto era alejar al enemigo de Talca, fatigarlo con marchas y contramarchas, mientras llegaba el momento de hacer sentir toda su superioridad obligándolo a la batalla con su retirada comprometida. El 14 de marzo, cuando se supo que Osorio continuaba avanzando, inició el Ejército Unido su movimiento ofensivo.

El general español, ignorante de la posición, fuerzas y planes de su competidor, se movió de Talca el mismo 14 y acampó en Camarico, adelantando su vanguardia hasta Quechereguas, 25 kilómetros más al norte. El jefe del estado mayor realista, Primo de Rivera, a la cabeza de una fuerte columna de dos destacamentos de infantería y de dos escuadrones de caballería con artillería, atravesó el Lontué con el objeto de reconocer las posiciones de los patriotas, y se aproximó hasta la margen izquierda del Teno. Coincidió esta operación con el movimiento de avance de los patriotas, lo que determinó el inmediato repaso del Lontué por los realistas en la misma noche del 14 y su repliegue hasta Quechereguas, mientras el Ejército Unido acampaba al sur de Curicó. El 15 ordenó San Martín que Freyre, al frente de doscientos cazadores montados, atravesara el Lontué y practicase un reconocimiento sobre las posiciones avanzadas del enemigo, protegido por el grueso de la caballería y dos baterías de artillería a órdenes del general Brayer. Freyre vadeó el río arrollando bajo fuego las guardias enemigas, y avanzó resueltamente a galope sobre la vanguardia realista situada en Quechereguas. El coronel Primo de Rivera, que la mandaba, al divisar la nube de polvo que levantaban los jinetes de Freyre, pensó que iba a ser atacado por todo el ejército patriota y considerándose impotente para resistir en campo abierto, refugióse con su infantería

y artillería en los callejones y casas de la hacienda y desprendió a retaguardia sus dos escuadrones a cargo del coronel Morgado con el objeto de salvarlos, pidiendo a Osorio que lo sostuviera con todo su ejército. El jefe patriota, en la esperanza de ser apoyado por Brayer, intimó rendición a Primo de Rivera; pero, descubierta su poca fuerza, Morgado reaccionó y cargó vigorosamente. No obstante que esta carga fue rechazada, la posición de Freyre era insostenible, y ordenó la retirada que sostuvo con orden y bravura, perseguido de cerca y combatiendo por espacio de 8 kilómetros con sólo la pérdida de 17 hombres. Al llegar a la margen del Lontué fue protegido por un escuadrón de cazadores de Chile y obligó a los realistas a dar vuelta caras. Mientras tanto, Brayer que debía sostenerlo con sus 1.400 jinetes y ocho piezas de artillería, según las prevenciones del general en jefe, manteníase en inacción al norte del río. La vanguardia enemiga, a pesar de su triunfo, se reconcentró cautelosamente a inmediaciones de su reserva en Camarico, dejando despejado el terreno intermedio.

VI

En la mañana del 16 de marzo, aniversario del natalicio de San Martín, el Ejército Unido vadeó sin obstáculo el Lontué y acampó en Quechereguas. Osorio, comprendiendo que había cometido una imprudencia al alejarse de su base de operaciones, retrocedió en masa. A esta noticia, San Martín, pensando que su intento era repasar el Maule, modificó su plan, y desde el 17 empezó a maniobrar en el sentido de envolverlo. Dividió en consecuencia su ejército en dos cuerpos, y abandonando el camino real o de la costa que seguían los realistas, tomó el del naciente denominado de la cordillera o de los Tres Montes, más largo pero más abierto, con el triple objeto de poder desplegar sus masas, especialmente la caballería, caso de ser atacado, ocultar sus movimientos al enemigo, cerrarle el paso del Maule y obligarlo a batirse, cortándole su retirada al Sur. En esta disposición atravesó el río claro el 18. Los realistas, que suponían que San Martín permanecía a su frente, al saber que éste tomaba el camino del oriente, apresuraron su marcha para cubrir su flanco amagado y su retaguardia. Desde este momento, ambos ejércitos marcharon paralelamente por los dos caminos a distancia de poco más de diez kilómetros uno de otro. El 19 vadeaban casi simultáneamente el Lircay procurando ganarse la delantera, el uno para salvarse, el otro para pelear y vencer. En este orden continuaron su marcha hasta el Sur teniendo por objetivo común a Talca, que dista ocho kilómetros del Lircay. Desde este punto desprendió toda su caballería al mando de Balcarce, que había reemplazado a Brayer, con orden de dificultar la marcha del

enemigo picando su retaguardia y cargar sobre ella si la ocasión se presentaba, a fin de dar tiempo de poderlo atacar en ese mismo día por el flanco en la planicie descubierta que tenía que cruzar.

Los realistas, hostigados por la caballería patriota, volvieron caras al norte y apoyando su izquierda en el río Claro, más abajo de su conjunción con el Lircay, y su derecha en los arrabales de Talca, desplegaron al frente su caballería, que constaba de poco más de 500 hombres, para cubrir la continuación de su retirada. La posición era bien elegida. El terreno intermedio entre ambas líneas, que lleva el nombre de Cancharrayada, es sumamente desigual, cortado por barrancos y pantanos, inadecuado para la maniobra de la caballería. Balcarce, sin tomar en cuenta estas dificultades, o no conociéndolas, cometió el grave error de desplegar en una línea continua y sin reservas sus 1.500 jinetes, ocupando un largo espacio, y dio la señal de cargar de frente y al galope. El resultado fue que las alas, estrechándose sobre el centro, envolvieron a los escuadrones que le ocupaban, y llegando todos casi desorganizados a un punto donde las quiebras del terreno impedían el avance, fueron allí recibidos por la artillería española, bajo cuyo amparo pudo cargar la caballería realista y rechazar el ataque, no obstante su inferioridad numérica. En aquel momento llegaban al campo las cabezas de columna de la infantería patriota, una batería de artillería sostenida por guerrillas de cazadores pudo proteger la retirada de la caballería, que se efectuó desordenadamente, aunque con muy poca pérdida. El general O'Higgins adelantóse con 20 piezas y dos compañías de artillería y abrió un cañoneo sobre el flanco derecho del enemigo, obligándolo a guarecerse en los arrabales de la ciudad, donde tendió éste una línea con frente al norte. San Martín formó la suya en actitud de amenazar el flanco derecho y la retaguardia realista. El sol iba a ocultarse en el horizonte y ya no era hora de empeñar la batalla; pero el principal objeto estaba conseguido, que era obligarlo a Osorio a librarla, y esto importaba su pérdida.

Con las últimas luces del crepúsculo los generales españoles pudieron darse cuenta de su desesperada situación, dominando el escenario desde las torres de Talca. Tenían al frente un ejército superior en número en todas las armas, cuyas maniobras revelaban una acertada dirección y un excelente pie de guerra, y en tales condiciones su derrota era segura. Por otra parte, tenían a su espalda el caudaloso río Maule, que en caso de un contraste hacía imposible la retirada. No les quedaba más recurso que pelear y ser vencidos o capitular.

Tales eran los resultados de los bien combinados movimientos estratégicos y tácticos del general de los Andes, desenvueltos en un doble trayecto en el espacio de novecientos kilómetros, conversando

todos ellos el punto preciso en que debía darse el golpe final. La previsora retirada del ejército del Sur, para atraer al adversario al terreno que él deseaba: el prudente plan expectante adoptado para atender a los dos puntos extremos y posibles de la invasión; la exactitud matemática de los movimientos de concentración ganando tiempo sobre el enemigo; el sistema seguro de sus comunicaciones de vanguardia; la oportunidad para tomar la ofensiva y la marcha de flanco, a fin de envolver al enemigo y amenazar su retirada, para obligarlo irremisiblemente a la batalla general que buscaba dentro de un campo cerrado por ríos como un palenque, revelan un capitán de la gran escuela de Federico, tan metódico como prudente. Empero, la crítica militar puede señalar algunas faltas que dan la explicación de su fracaso, demostrando que en la guerra es preciso acertar siempre para vencer, y que un solo error nulifica todos los aciertos. Desde el principio de la campaña no sacó todo el partido que debía de la superioridad de su excelente caballería, y la comprometió desventajosamente en dos lances que rebajaron su moral. Si bien en el reconocimiento del Lontué la culpa fue de Brayer por su poltrona inacción, suya es la responsabilidad por haberlo ordenado sin plan ni concierto. Su marcha paralela, tan bien concebida como fue, la emprendió tardíamente, y por esto no logró los objetos que se proponía, que eran atacar al enemigo en la marcha por el flanco, o interceptarle su retirada, o envolverlo al menos parcialmente; así, al llegar a Talca, las posiciones de los dos ejércitos eran casi las mismas del punto de partida con diferencia de la distancia. Lanzar aisladamente su caballería destacada sobre un ejército de las tres armas que se replegaba en masa, como lo hizo en el paso del Lircay, cuando a consecuencia del retardo de su marcha lateral, no podía sostenerla sin que surtiese tal operación todos sus efectos, y sobre todo, su carga en las condiciones en que se verificó en terreno desventajoso y en la peor forma posible, son errores más graves aún. Por último, la formación de su línea a la vista del enemigo, buena para el efecto moral del momento era tácticamente viciosa y mala como posición, según se explicará después.

Esto no quita que San Martín desplegase en la concepción y ejecución de estas operaciones las cualidades de un consumado general, y con razón, no obstante su mal éxito, él la reputaba como su mejor campaña, y decía de ella, que la prefería a otras, en que — igualmente hábil —, fue más afortunado.

VII

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones y las que van a seguirse, poco pintoresco en sus detalles pero grandioso en su conjunto, es conocido en la historia con el nombre genérico de Cancharrayada, y estaba señalado ya en ella por una derrota de las armas independientes. (Véase cap. VIII, párrafo XI). Es una planicie accidentada por montículos con marcada inclinación hacia el oeste, cruzada por esteros y arroyuelos, matizada por una vegetación de arbustos y cortada por barrancos. En su centro se levantan tres cerrillos aislados que le imponen su carácter, y entre ellos y la ciudad de Talca se desenvuelve, en una extensión de tres mil metros, el campo vulgarmente llamado de Cancharrayada, teatro de la desgraciada carga de caballería ya relatada. Esta planicie está encerrada entre ríos caudalosos: el Maule al sur, que corre de este a oeste; el Claro, bordado por una faja verdinegra de bosque que corre al pie del macizo de montañas que la limitan al poniente y el Lircay que forma barra con el Claro, al norte. Hacia el oriente, divísanse los nevados picos de la cordillera de los Andes, que domina gallardamente el volcán Descabezado, con sus medias tintas azuladas sobre un resplandeciente fondo blanco. El horizonte se dilata en medio de esta variedad de perspectivas combinadas, produciendo en el ánimo una impresión melancólica.

Al pie de los cerrillos de Baeza y con frente al sudoeste, había desplegado San Martín su batalla en dos líneas, como queda dicho. En primera línea, la primera división mandada por Hilarión de la Quintana, compuesta de los batallones número 11 de los Andes, cazadores de Coquimbo y la artillería chilena (10 piezas). En segunda línea, la división izquierda a órdenes de O'Higgins, compuesta de los batallones Cazadores de los Andes, número 7 de los Andes y número 1 de Chile. A retaguardia del flanco izquierdo, la artillería argentina (11 piezas) y los granaderos a caballo. En reserva, sobre la izquierda, el batallón número 8 de los Andes y el resto de la artillería (12 piezas), y sobre la derecha, los cazadores a caballo de Chile y de los Andes. Esta formación, bien calculada en los primeros momentos para amagar el flanco derecho del ejército realista en marcha y en retirada del Maule, adolecía del defecto de comprometer su izquierda avanzada hacia Talca, sobre un terreno descubierto que el enemigo podía cruzar en media hora de camino, penetrando fácilmente por la retaguardia. La derecha más resguardada, no podía prestar eficaz auxilio al ala apuesta, por interponerse entre una y otra barrancos que dificultaban los movimientos tácticos. Las reservas, a uno y otro flanco, estaban interceptadas por los cerrillos, y el espacio estrecho para los despliegues,

no se prestaba absolutamente para los cambios de frente, y rota la primera línea, envolvía necesariamente a la segunda y a las reservas. Estos defectos, que eran la consecuencia de su marcha estratégica y respondían a un objetivo inmediato, cual era detener la marcha e interceptar la retirada del enemigo, a efecto de obligarlo a la batalla en el mismo día o en el siguiente, sólo tenían gravedad por no corregirlos en tiempo. San Martín, como general experto, conocía perfectamente una de las reglas más elementales de la guerra, cual es, que a la vista del enemigo, no debe conservarse la posición en que se anochece, a menos de que ésta no sea muy ventajosa para todas las eventualidades. Cuando quiso corregir estos defectos, ya era tarde, como lo era cuando inició su marcha envolvente de flanco, y estos dos errores o retardos, decidieron del éxito de la campaña.

El sol, que en aquellas latitudes en esta época del año se pone antes de las 6 de la tarde, al desaparecer en el horizonte tras la cordillera de la costa, dejó el campo envuelto en una oscuridad profunda; espesos nubarrones entoldaban el cielo interceptando la luz de las estrellas. Eran como las 8 de la noche, cuando San Martín, prevenido por una espía que el enemigo intentaba una salida, resolvió cambiar de posición para burlar su intento y adoptar una formación más conveniente para recibirlo. En consecuencia, dio orden al ingeniero Arcos de que se encargase de ejecutar la operación situando al ejército en tres líneas con frente al sudeste, retirada el ala a la izquierda comprometida, y apoyada la derecha sobre el camino de Talca a Santiago. La primera división ocupó rápidamente su posición en el orden en que estaba formada, quedando su frente cubierto por un zanjón que se prolongaba a su espalda y protegía su flanco derecho sobre el camino indicado, y de este modo formaba un ángulo obtuso con la segunda división que se mantenía en su puesto. Como esta maniobra tenía que practicarse alternativamente por el frente de la línea a causa de la estrechez y la naturaleza del terreno, la segunda línea tardó en efectuarlo y eran ya como las 9 de la noche, cuando llegó desolado un vecino de Talca y avisó que el ejército español estaba formado en la plaza de la ciudad y se disponía a atacar a los independientes. Pocos momentos después, una partida de caballería en observación sobre el frente, daba la señal de alarma, anunciando con una descarga que el ejército realista avanzaba en son de ataque. Era una verdadera sorpresa que se efectuaba en el momento crítico en que los patriotas cambiaban de posición y todas sus divisiones, aisladas una de otras, no podían ni aun concertar la defensa. Además, el cansancio de las marchas y el descalabro de la caballería en la tarde, predisponían los ánimos al pánico, y faltaba en tal situación, hasta la fuerza moral para resistir.

VIII

Los jefes realistas habían aprovechado activamente las dos horas perdidas por San Martín. Convencidos de que las luces del nuevo día alumbrarían su derrota y que sólo un milagro o un golpe de fortuna podía salvarlos, invocaron a la divinidad protectora de sus ejércitos y fiaron su suerte a las sombras de la noche. Al bajar de las torres, desde las cuales habían observado las maniobras de los patriotas y convencidos de su gran superioridad, celebraron al oscurecer, una junta de guerra en la sala capitular del convento de los dominicos. Todos fueron de opinión de que una batalla campal les sería adversa; pero unánimemente se pronunciaron por la resistencia. Osorio, que desde que emprendió su retirada de Camarico, se inclinaba a retroceder hasta Talcahuano, propuso continuarla hasta este punto, reembarcarse en él con el grueso del ejército según el plan trazado por el Virrey, para efectuar la invasión por Valparaíso, cubriendo la línea del Maule con un cuerpo de observación que ocultase este movimiento. Ordóñez combatió enérgicamente este plan, y demostró que, aun siendo bueno, era imposible, por cuanto antes de atravesar el Maule serían irremisiblemente destruidos y activamente perseguidos por una caballería superior en número y calidad; opinó que sólo un golpe de audacia podía salvarlos, haciendo una salida durante la noche, para caer de sorpresa sobre el campo enemigo, y se ofreció a ejecutar personalmente la empresa. La mayoría de los jefes apoyó este parecer. Osorio, irresoluto, defirió su voto, manifestando que su esperanza estaba en el favor del cielo y en la intervención de la Virgen del Rosario, patrona jurada de las armas españolas, y se retiró a orar en la iglesia del convento.

A las 7.30 de la noche, revisaba Ordóñez la columna expedicionaria, y la proclamaba infundiéndole su heroico espíritu. A las 8, desplegaba la línea de masas en el llano de Cancharrayada en tres divisiones centrales de dos batallones cada una y dos escuadrones de caballería en ambas alas. Tomó el inmediato mando de la columna central con el Burgos y el Arequipa; dio el de la derecha, compuesta de las compañías y granaderos, a Primo de Rivera, y el de la izquierda, con el Concepción y el Infante don Carlos, al coronel Bernardo Latorre. En este orden, hizo la señal de marcha y avanzó silenciosamente en medio de la oscuridad, guiándose por los fuegos del campo patriota, que el general O'Higgins había hecho encender a vanguardia de las líneas para alumbrar el terreno. La columna de la derecha, que era la más avanzada en razón de la menor distancia que recorría por la oblicuidad de la línea en su punto de partida, recibió los fuegos de la partida de caballería pa-

triota, que dio la señal de alarma. El resto aceleró su marcha, y siguió en perfecto orden con resolución y confianza. Al aproximarse a la altura en que al anochecer habían visto formada la primera línea patriota, encontraron desocupado el terreno y a poco andar, fueron recibidos por sucesivas descargas cerradas que les derribaron más de cien soldados muertos y varios oficiales, entre ellos el coronel del Concepción, Juan José Campillo. Era O'Higgins que resistía con la segunda línea. Casi al mismo tiempo, otra descarga recibía el extremo izquierdo de la línea atacante que venía más atrasada. Era una compañía destacada por Las Heras, al mando del capitán Dehesa, que con arreglo a sus instrucciones, apagaba sus fuegos y se replegaba a la nueva posición de la división derecha. Hubo un momento de vacilación en las filas españolas, y sin la presencia de espíritu de Ordóñez que se puso a la cabeza y alentó a todos con su ejemplo cargando intrépidamente a la bayoneta, tal vez hubieran desistido de su empresa.

El general O'Higgins, a la cabeza de los batallones número 1 de Cazadores y 7 de los Andes y el número 2 de Chile, que formaban la segunda línea, sostuvo con denuedo el desigual combate, cayendo muerto de un balazo el caballo que montaba y recibió una herida en el codo a tiempo que subía sobre otro que le presentaba uno de sus ayudantes. Desde este momento, todo fue confusión en el campo patriota. La artillería de la izquierda quedó abandonada, los granaderos a caballo, despertados al ruido de las descargas, se dispersaron poseídos de pánico. La caballería de la derecha se replegó en desorden al cuartel general situado más a retaguardia en la falda occidental de los cerrillos. El batallón número 1 de Chile, que ocupaba el centro, se desorganizó, y replegóse sobre el número 8 que formaba la reserva, siendo recibido a balazos en los primeros momentos por considerarlo enemigo. El comandante Alvarado, que con el número 1 de cazadores de los Andes cubría la izquierda, considerando inútil toda resistencia en la posición que ocupaba, tuvo la inspiración del momento: mandó avanzar de frente inclinándose sobre la derecha, dio un rodeo pasando atrevidamente por el flanco derecho del enemigo, se corrió por su retaguardia en busca del ala derecha cuya nueva posición conocía, y al aproximarse sufrió una descarga que le derribó veintiún hombres; pero reconocido luego como amigo, se incorporó a ella. El número 2 de Chile, mandado por el mayor José Rondizzoni, distinguido oficial italiano del ejército de Napoleón, que ocupaba el extremo opuesto, tuvo la misma inspiración y describiendo una curva a retaguardia, fue a reunirse con Alvarado sobre el flanco izquierdo del enemigo.

Ordóñez, prosiguiendo su victoria, trepó por su extremidad sur los cerrillos de Baeza y mandó romper el fuego en todas direcciones, esparciendo el espanto en las informes masas contrarias. Las balas del cerro llegaban hasta el cuartel general situado al pie, y

una de ellas mató, al lado de San Martín, a su ayudante Juan José Larrain, miembro de la patriota familia chilena del mismo nombre, que lo acompañaba como voluntario. El general, despechado, se negaba a alejarse del fuego, y parecía haber perdido su habitual sangre fría; pero pronto reaccionó sobre sí mismo y comenzó a dictar con precisión las órdenes convenientes para salvar al menos las reliquias de su disuelto ejército, mandando retirar la reserva y concentrarse en el cerrillo del Norte, y al efecto empeñó un corto y desordenado combate; pero viose muy luego obligado a ponerse en retirada con los dispersos, perseguido muy de cerca. O'Higgins le siguió con el resto de su división y la artillería de reserva, y ambos atravesaron sucesivamente el Lircay en la noche. Todo parecía perdido.

IX

Eran las 11 de la noche. La luna de otoño aparecía en aquel momento en el cielo sombrío, esparciendo una pálida claridad sobre el campo antes ocupado por el ejército argentino-chileno, que yacía en profundo silencio. A la distancia se oían algunos tiros, y las carreras de la caballería realista que perseguía a los fugitivos. Mientras tanto, la división de la derecha, que había cambiado de posición a las 8 de la noche, reforzada con los batallones 1º de cazadores de los Andes y número 2 de Chile, permanecía formada sobre la izquierda de los vencedores en la sorpresa, abrigada al frente y al flanco por el barranco antes señalado. A su frente se divisaba una masa negra, que permanecía inmóvil: era un escuadrón que estaba en observación, y que por varias veces dio el ¿quién vive? a la línea confusa que percibía a su costado, sin acertar a distinguirla. La división, que no había podido tomar parte en la acción, permanecía en inacción y silencio. No tenía quien la mandase. Su jefe, el coronel Hilarión de la Quintana, había acudido en los primeros momentos a tomar órdenes del cuartel general, y no aparecía. En tal situación, los jefes en junta de guerra, resolvieron ponerse bajo las órdenes del coronel Las Heras, como el más caracterizado y el más capaz de salvarlos. Las Heras asumió el mando con serenidad, penetrado de su gran responsabilidad. Pidió una noticia verbal de la fuerza, y resultó que podía contar con 3.500 hombres. Mandó preguntar al comandante Blanco Encalada, jefe de la artillería, cuál era su estado, y le fue contestado que no tenía ni un cartucho por pieza, por haber agotado sus municiones en el cañoneo de la tarde. No contaba, pues, con artillería, ni tampoco con un soldado de caballería. La situación era apurada; pero tenía cinco batallones de infantería intactos, con cincuenta tiros en la cartuchera, y esto bastaba para pelear en caso necesario. Dispuso entonces que

la artillería, que ocupaba el flanco derecho, pasase a vanguardia, para ponerla a salvo. Con los batallones 11º y 7º de los Andes, Cazadores de Coquimbo y número 1 de Chile, formó una columna en masa, pregonando a la sordina un bando de pena de la vida al que se separase a diez pasos de los flanqueadores. A retaguardia colocó el batallón número 1 de cazadores de los Andes para cubrir la retirada. En esta disposición, rompió la marcha, a las 12.45 de la noche, siguiendo el camino de Talca a Santiago, recorrido en la tarde por el ejército español, y atravesó el Lircay, perseguido por el escuadrón realista, al que contuvo con su actitud en el vado.

Al amanecer el día 20 la columna de Las Heras se hallaba a 26 kilómetros del campo de batalla. Dio una hora de descanso a su tropa, y pasó una revista, resultando de ella que en la noche se habían dispersado como quinientos hombres. A las 10 de la mañana continuó su marcha, y a poco andar se encontró con algunas municiones de artillería extraviadas, con las cuales dotó sus piezas, disponiéndolas convenientemente a los flancos y la retaguardia de un cuadro de columnas, que circundó por cortinas de tiradores, formadas al efecto. Hacía dos días que no comían. Dos soldados, acosados por el hambre, separáronse de la columna y robaron una gallina. En cumplimiento del terrible bando, fueron fusilados en el acto, y la columna pasó a tambor batiente sobre sus cadáveres. A las 5 de la tarde llegó a Quechereguas, en cuya hacienda se fortificó en disposición de resistir todo ataque. A las 12 de la noche, atravesó el Lontué, y el 21 al amanecer acampaba sobre la margen derecha de este río y continuó su fatigosa retirada. A mediodía San Martín, unido con O'Higgins, se hallaba en San Fernando, reorganizando el batallón número 8 y reuniendo la caballería que había cruzado en desbande el Lontué.

El general salió al encuentro de Las Heras, para darle las gracias por su valerosa comportación, dirigiéndole palabras de aliento, que fueron contestadas con aclamaciones, y ordenó al coronel que continuase su marcha hacia Santiago. De regreso a San Fernando, encontró allí a O'Higgins, presa de la fiebre, a consecuencia de la herida, que se disponía a pasar a la capital para reasumir el mando. El cirujano Paroissien, que lo curaba, decíale que mientras estuviesen en pie las Provincias Unidas, no habría por qué perder la esperanza. O'Higgins le contestaba con entereza que, mientras tuviera un soldado, pelearía en Chile. En cuanto a San Martín, escribió allí su conciso parte de la derrota en términos francos y varoniles: "Campado el ejército de mi mando en las inmediaciones de Talca, fue batido por el enemigo, y sufrió una dispersión casi general, que me obligó a retirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues cuento ya 4.000 hombres desde Curicó a Pelequén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de los Andes, pero conservamos la de

Enterado

Exmo. Sor

Nada existe del Exercito enemigo: el q. no ha sido muerto, es prisionero: Artilleria, ciento setenta ofic.s todos sus Generales, excepto Osorio estan en nuestro poder: yo espero q. este ultimo me lo traigan hoy: la accion del 19. ha sido remplasada con usura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile.

Dios gue. á V.E. m.s a.s Quartel Gral. en el Campo de Maypu Abril 5. de 1818.

Exmo. Sor

José de S.n Martin

Arch.o

Exmo. Sor. Supremo Director de las Prov.s Unidas de Sud Am.ca

Exmo. Señor.

Marzo 1º
817

Acúsese recibo y espérese el Parte circunstanciado

Una División de mil ochocientos hombres del Exército de Chile acaba de ser destrozada en los llanos de Chacabuco por el Exército de mi mando en la tarde de hoy. Seiscientos Prisioneros entre ellos treinta Oficiales, quatrocientos cincuenta muertos y una Bandera que tengo el honor de dirigir es el resultado de esta jornada feliz con más de mil fusiles y dos Cañones.

La premura del tiempo no me permite extenderme en detalles, que remitiré lo más breve que me sea posible: en el entretanto debo decir a V.E. que no hay expresiones como ponderar la bravura de estas tropas: nuestra pérdida no alcanza a doce hombres.

Estoy sumamente reconocido a la brillante conducta, valor y conocimiento de los Señores Brigadieres D. Miguel Soler y D. Bernardo O-Higgins.

Dios

gue. a V.E. ms. as. Quartel gral. de Chacabuco en el Campo de batalla y Febro. 12. de 1817.

Exmo. Sor.

José de San Martín

Exmo. Supremo Director del Estado.



Batalla de Chacabuco ganada sobre los Españoles [illegible] de febrero 1817
por las tropas de Buenos-ayres mandadas por el Capitan General D. Jose S. Marten
Dedicado a los heroes de Chacabuco y Maypu.



Batalla de Maypu ganada sobre los Españoles el 5 de Abril 1818
por las tropas aliadas de Buenos-ayres y Chile mandadas por el Capitan General D. Jose de S. Martin
Dedicado a los heroes de Chacabuco y Maypu

Chile." Los caracteres se ponían a prueba y reaccionaban contra la derrota. El director Pueyrredón, al recibir la noticia, escribía desde las márgenes del Plata: "Nada de lo sucedido en la poca afortunada noche del 19 vale un bledo, si apretamos los puños para reparar los quebrantos. Nunca es el hombre público más digno de admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior a la desgracia, conservar su serenidad y sacar todo el partido que quede al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es un suceso muy común, y la que hemos padecido cerca de Talca, será reparada en muy poco tiempo."

La jornada de Cancharrayada costó poca sangre. Los patriotas habían perdido como 120 muertos, además de los dispersos y prisioneros, 22 piezas de artillería, 4 banderas y todo su parque; pero el núcleo del ejército argentinochileno estaba salvado, y con él la causa de la independencia americana, que habría sucumbido a haberse posesionado entonces los españoles de Chile. La pérdida del ejército realista fue mayor en muertos y heridos, pues pasó de 200 hombres, y su dispersión fue igualmente considerable, de manera que se halló en la imposibilidad de aprovechar inmediatamente su victoria, quedando lleno de cuidados por la retirada de la columna de Las Heras.

X

La noticia del desastre de Cancharrayada llegó a Santiago en la tarde del 21 de marzo, propagada por los principales jefes de cuerpo del ejército, y entre ellos el mariscal Brayer, jefe de estado mayor. Todo lo daban por perdido. Se daba a San Martín como muerto; y algunos aseguraban haber visto su cadáver. O'Higgins mortalmente herido. Todo estaba perdido, según ellos. El pavor se difundió en la población. Grupos de mujeres levantando los brazos al cielo y mesándose los cabellos, y hombres de todas las clases se reunían en la plaza pública, y se dispersaban llenos de consternación. En los barrios apartados se oían gritos aislados de ¡viva el Rey! y se anunciaba en voz baja la próxima llegada a la capital de su ejército triunfante. Los más cobardes se disponían a emigrar a Mendoza o huían a refugiarse en los buques de Valparaíso. La aparición de cincuenta hombres del enemigo habría bastado para rendir la plaza. Los realistas, llenos de júbilo, y algunos notables de la aristocracia chilena, para congraciarse, se apresuraban a abrir comunicaciones con el vencedor, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al general Osorio en su entrada triunfal. Aquella noche nadie durmió en Santiago.

El gobierno, conturbado, no acertaba a dictar medidas, y mandaba construir una fortaleza en la estrechura de Payne, según el

tradicional plan militar de 1812 y 1814, para contener la marcha del enemigo, a la vez que hacía retirar al Norte los caudales públicos para ponerlos en salvo. El director delegado, Cruz, hombre más de administración rutinaria que de gobierno en circunstancias extraordinarias, se afanaba empero en hacer frente a la situación, allegando elementos militares. Al efecto, mandó reconcentrar el batallón chileno de "Infantes de la Patria" y la artillería que guarnecía a Valparaíso, y reunir la guardia nacional de infantería y caballería de la capital, Quillotta, Melipilla, Aconcagua y Petorca, mientras recibía noticias oficiales para darles dirección. No encontrando inspiraciones dentro de sí mismo para levantar el espíritu público abatido, convocó un cabildo abierto, a que fueron citadas las corporaciones civiles y los notables de la ciudad. La reunión tuvo lugar el 22 por la mañana, en momentos que se recibía la noticia de hallarse San Martín en San Fernando, reuniendo sus dispersos. El director delegado, que la presidía, manifestó los peligros de la situación y su resolución de poner en juego todos los elementos para hacer frente a aquéllos.

Interpelado por él, Brayer, que se hallaba presente, para que, como actor en la sorpresa de Cancharrayada, expusiese su opinión, el general, después de titubear un momento, contestó que "no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufrida." Todos quedaron mudos y consternados ante esta declaración del famoso mariscal de Napoleón. Entonces se levantó la voz de don Tomás Guido, que en su calidad de representante del gobierno argentino había sido invitado a tomar parte en la deliberación. "No puede juzgar —dijo—, del estado del ejército en retirada, el que ha dejado el campo bajo la impresión de un desastre. Yo puedo asegurar que el general San Martín, aunque obligado a replegarse, dicta las más premiosas órdenes para la reconcentración de sus tropas. No hay, pues, razón para temer que no veamos pronto a nuestro ejército en estado de combatir y conquistar la victoria con el apoyo y energía del país, decidido a todo sacrificio para sostener sus independencia." A pesar de estas confortantes palabras, la reunión se disolvió perpleja, sin tomar resolución alguna, poseída de un desaliento que deprimió más el estado de la opinión.

El 23 llegó el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4.000 hombres. Pocos dieron crédito a estas palabras, y la población, poseída de pánico, se disponía a tomar en masa el camino de Mendoza. En tal momento se presentó un hombre, llamado a ser el héroe pasajero de las circunstancias como el corifeo de la tragedia antigua, y levantar un tanto el espíritu público de su postración. Fue éste el doctor Manuel Rodríguez, aquel famoso guerrillero del Sur, uno de los principales precursores de la reconquista de Chile en 1816, cuyo retrato hemos trazado antes. (Véase cap. X, párrafos IV y V.)

Nombrado auditor de guerra del ejército, su carácter díscolo, que se avenía mal con toda regla, dio motivos para separarlo de su puesto, y se ocupaba en conspirar en favor de los Carrera, o lo que es lo mismo, en romper la alianza argentinochilena, cuando San Martín, que le profesaba cariño, hizo que se le nombrara enviado cerca del gobierno argentino, a fin de alejarle y salvarlo. Hallábase próximo a emprender su viaje diplomático, cuando ocurrió el contraste de Cancharrayada. Pidió ocupar su puesto de combate en el peligro y se presentó a caballo en las calles de Santiago, arengando al pueblo como caudillo y tribuno, infundiéndole su espíritu anárquico y patriótico; se hizo seguir por la multitud entusiasmada, y pidió a gritos otro cabildo abierto para salvar la patria. En la mañana del 23 reuniéronse de nuevo las corporaciones, y Rodríguez fue el primero en tomar la palabra: "El orgulloso ejército patriota que existía hace una semana, y en el cual fundábamos nuestras esperanzas, no existe ya. Se anuncia que el general O'Higgins ha muerto, y que el general San Martín, abatido y desesperado, no piensa más que en atravesar los Andes. Es preciso, chilenos, resignarnos a perecer en nuestra propia patria defendiendo nuestra independencia con el heroísmo con que hemos afrontado tantos peligros."

Esta peroración, tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo sin embargo el efecto contrario, y fue saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben qué hacer, y se presenta un hombre que cree en sí, todos creyeron que era aquél el llamado por la providencia para salvarlos, y a los gritos de ¡viva Rodríguez! fue nombrado unánimemente coadjutor en el gobierno, en consorcio con el director delegado Cruz. El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su carácter enérgico, se hizo árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su colega en el gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales a la capital, proclamas ofreciendo pasaportes a los cobardes que quisieran abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón a los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado "Húsares de la Muerte", vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su actitud decidida contribuyó a dar temple a la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aun cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fue como tribuno politicomilitar, el hombre de las

circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban a reaparecer en escena.

O'Higgins, al tener noticias de las novedades de la capital, apresuró su marcha, marchando día y noche a caballo, para tomar posesión del gobierno. Pasada la medianoche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de veintiún cañonazos y un repique general de campanas anunciaba su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, a la que concurrieron todas las corporaciones. El Director estaba taciturno, pero entero. "He visto todo —dijo—, y abrigo la profunda convicción de que hemos de salir vencedores en la primera batalla." Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron a acuartelarse las milicias para remontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodríguez, se compraron fusiles a los comerciantes ingleses a cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó a funcionar activamente elaborando municiones. Ante la reaparición del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de cuarenta y ocho horas, para volver a reaparecer más tarde en una misteriosa tragedia, según se relatará a su tiempo.

XI

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín a Santiago, seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos a caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al llegar a los suburbios de la ciudad, salió a su encuentro su amigo y confidente Guido, y echándole los brazos desde a caballo, le dijo con voz conmovida: "Mis amigos me han abandonado, pero recobraremos lo perdido y arrojaremos del país a los chapetones." Al anuncio de su llegada, se echaron al vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza. después de conferenciar dos horas con el director O'Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero sea que la conciencia lo inspirase o hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo a la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento, y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: "¡Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir a nuestro ejército un contraste. Era natural que este golpe inesperado y la incertidum-

bre os hiciera vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos, y observar que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de 4.000 hombres sin contar las milicias. La patria existe y triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur." El tono resuelto con que fueron pronunciadas estas palabras, el ademán varonil que las acompañaba y la expresión grave del rostro inspirado del orador, impresionaron hondamente al pueblo que prorrumpió en estruendosos vivas. Un hombre del pueblo, un *roto* se le acerca, y exclama: "¡Mi general, un abrazo!" Su edecán O'Brien hizo el ademán de apartarlo, pero él, que como se ha dicho, necesitaba hacer brotar nuevas legiones de la tierra, y esperaba que aquel abrazo le daría muchos soldados, echó pie a tierra y lo abrazó en medio de grandes aplausos de la multitud. Confirmando oficialmente las seguridades dadas por San Martín, el gobierno expidió una circular a los departamentos, pidiendo un auxilio de 4.000 mulas y víveres: "El general ofrece con su cabeza no dejar una de las del enemigo, si los ciudadanos del estado creen en su palabra; pero pide por condición precisa que lo ayuden en la esfera de sus alcances. El gobierno lo pagará todo religiosamente."

En el mismo día reuníase una junta de guerra en el alojamiento del general, a la que concurrieron el director O'Higgins y todos los jefes militares presentes en Santiago. Las opiniones estaban divididas. Unos proponían replegarse a Aconcagua y reorganizar allí el ejército. Otros estaban por sostenerse en la misma capital. San Martín guardaba silencio. Uno de los jefes indicó que antes de tomar una determinación, era necesario el informe del jefe del parque, a fin de conocer los elementos de guerra con que contaba para seguir uno u otro plan. El general mandó llamar a Beltrán, y limitando el alcance de la pregunta, le interrogó: "¿Cómo estamos de municiones?" El capitán-fraile, levantando la mano en alto, contestó lacónicamente: "¡Hasta los techos!" La verdad era que no había diez mil cartuchos de fusil en los depósitos; pero San Martín, que lo sabía y tenía su idea, se dio por satisfecho, y declaró en tono perentorio, que el ejército se pondría en campaña cubriendo la capital, para esperar en esta ciudad al enemigo y librar una batalla. Así quedó acordado. Mientras tanto, Beltrán pedía al gobierno hiciera una leva de trabajadores, sin distinción de hombres, mujeres ni niños. Pasaba la noche en vela trabajando, y al día siguiente daba parte que tenía cincuenta mil cartuchos prontos. Los trabajos militares se activaron, los cuerpos se remontaron, se estableció un campo de instrucción a diez kilómetros al sur de la ciudad en el llano de Maipo, donde se reunieron los regimientos

de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación, con las piezas de repuesto montadas en el parque, la escuela disciplinaria de Mendoza y de las Tablas volvía a abrirse. El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonazos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de la disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho jirones, llevaba la espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente, en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas.

La confianza pública volvió a renacer; pero San Martín, prudente siempre, no fiaba nada a la fortuna. Para demostrar que no cedía el campo, estableció una vanguardia de caballería en Rancagua, a veinticuatro kilómetros de su campamento; pero al mismo tiempo, en previsión de un contraste, impartía órdenes secretas señalando la provincia de Coquimbo como punto de reunión, y se establecían depósitos desde Santiago a la Serena marcando con ellos el itinerario de una retirada posible hacia el Norte. El intendente del ejército, al cumplir estas instrucciones, decía: "Las precauciones tomadas para un caso funesto, son siempre prudentes en un general, aun cuando tenga la superioridad de las armas." El coronel Luis de la Cruz fue encargado de organizar en este sentido las provincias del Norte. Previendo hasta el caso de que no fuera posible la retirada a Coquimbo, y hubiese que trasmontar la cordillera, establecíase un parque en Santa Rosa de los Andes y otro en la Guardia Vieja, cubriendo con una reserva de milicias todos los boquetes y portezuelos de las montañas. A los diez días de la derrota de Cancharrayada, el Ejército Unido estaba reorganizado y pronto a renovar la batalla. Constaba de nueve batallones, cinco chilenos y cuatro argentinos con cerca de 4.000 plazas; tres regimientos de caballería, dos argentinos y uno chileno con más de 1.000 jinetes y 22 piezas de artillería, sumando un total de más de 5.000 hombres de línea. El general de los Andes, seguro esta vez de vencer, le había infundido su espíritu y esperaba con confianza al enemigo triunfante.

Capítulo XVIII

MAIPU

1818

El ejército realista después de Cancharrayada. — Apertura de la campaña de Maipú. — Combate de vanguardia. — El ejército realista atraviesa el río de Maipo. — Su marcha estratégica. — Teatro de las operaciones. — Planes y maniobras de San Martín. — Batalla de Maipú. — Derrota del ejército realista y sus resultados. — Error de San Martín después de Maipú. — Importancia americana de la batalla de Maipú. — El virrey del Perú se pone a la defensiva. — Osorio se sostiene al sur de Chile. — Se reabren las hostilidades al sur del Maule. — Combate del Parral y de Quirinue. — Ataque de Chillán. — El coronel Lantaño. — Desmantelamiento de Talcahuano. — Consecuencias inmediatas de la batalla de Maipú.

I

La sorpresa de Cancharrayada, como sucede en los encuentros nocturnos, no fue decisiva y la dispersión fue tan considerable de una parte como de otra. Esto explica por qué el ala izquierda y la reserva patriota no fueron activamente perseguidas, y que la columna de Las Heras, no obstante haber sido sentida, efectuase su retirada débilmente hostilizada, teniendo ambas que salvar el serio obstáculo del río Lircay. Al amanecer del día 20, todo era confusión en el campo de los vencedores, y sólo se veía reunido el batallón de Arequipa, mandado por su comandante José Ramón Rodil, destinado a ser el último que mantuviese enarbolada la bandera española en el continente americano. El general en jefe del ejército español, al recorrer el campo de la acción y estimar los despojos opimos de la victoria a que no habían concurrido, pudo cerciorarse, al mismo tiempo, de que en muertos y heridos le tocaba la peor parte. Como 400 cadáveres estaban tendidos en el campo, y de ellos, incluso 15 oficiales, más de la mitad eran realistas. La retirada de Las Heras, lo dejaba lleno de cuidados y le impedía medir la importancia de las respectivas fuerzas organizadas. Por otra parte, su caballería, muy inferior en número y calidad, estaba fatigadí-

sima y muy mal montada. A pesar de esto, todo le aconsejaba seguir adelante para recoger los frutos de la victoria, y cediendo al primer impulso, vadeó el Lircay y avanzó hasta Pangue. Desde este punto, desprendió al mando de Ordóñez una columna de dos batallones, dos escuadrones y tres piezas de artillería de montaña, regresando con el resto a Talca para reorganizar su ejército. Cuando Ordóñez llegó a Quechereguas, el 21, Las Heras, que le llevaba una jornada ganada, había cruzado el Lontué. De allí para adelante era necesario prepararse una campaña formal, y en estos preparativos se pasaron cuatro días. El 24 pudo por fin Osorio ponerse en marcha con el grueso de su ejército a incorporarse a su vanguardia en Quechereguas en el siguiente día, cuando el Ejército Unido, rehecho en número de 4.000 hombres, se replegaba sobre Santiago para esperarle. La nueva campaña estaba abierta.

Desde Quechereguas empezó el general español a dudar de la importancia de su victoria. El ejército independiente había desaparecido de su frente, pero sabía que una columna, que componía la mitad de él, habíase retirado hecha del campo de batalla. No pudo dar alcance a ningún grupo importante, y sus partidas avanzadas apenas consiguieron tomar algunos dispersos aislados. El país estaba desierto, los caminos inundados por el desborde de las acequias que los patriotas habían roto al retirarse, y nadie le suministraba noticias de la posición del enemigo. Venciendo dificultades y marchando a ciegas, llegó el 26 a orillas de Teno, y sólo el 28 alcanzó a San Fernando, que encontró abandonado y exhausto de recursos de movilidad. Desde este punto empezó a tentar el terreno, y al efecto hizo adelantar un destacamento de 200 hombres de caballería, cuya avanzada encontróse el día 30 en la Requinoa con otra de 60 granaderos a caballo de la vanguardia patriota de Rancagua, que cubría la margen derecha de Cachapoal. La avanzada realista se puso en retirada; pero el capitán Miguel Cajaraville, argentino, que mandaba los granaderos, la persiguió hasta su reserva, a la que cargó valientemente, acuchillándola y matándole 30 hombres, y entre ellos uno de sus jefes, cuya causa fue remitida como trofeo al cuartel general. Este encuentro fue la primera noticia que tuvieron los realistas de que hallarían enemigo con quien pelear.

El 31 de marzo el ejército realista, fuerte de 5.500 hombres, atravesó el río Cachapoal, límite de la antigua conquista quichua sobre los araucanos. Osorio mandó explorar el terreno de vanguardia, midiendo más cautelosamente sus marchas, por manera que sólo el 2 de abril a la tarde pudo alcanzar la margen izquierda del Maipo. En la mañana del 3 cruzó este río por el vado Lonquén, apartándose diez kilómetros al oeste del camino central que llevaba, y acampó sobre su margen derecha en una antigua hacienda de los jesuitas denominada la Calera. Su plan de campaña era dominar

por su frente el camino de Melipilla a Santiago, extenderse por su izquierda por el que de la Calera conduce a Valparaíso, amagando la capital por sudoeste, y con este propósito avanzó hasta la hacienda de "Espejo", donde se estableció en la misma noche, reconcentrando allí sus bagajes.

El general realista, vacilante como siempre, al saber que tenía a su frente en actitud de pelea al ejército que consideraba anonadado en Cancharrayada, reunió una junta de guerra el día 4, y propuso la retirada a Valparaíso, a la sazón bloqueado por la escuadra española, con el objeto de establecer una nueva base de operaciones que ofreciese mejores probabilidades de buen éxito. Sus principales jefes, y a su cabeza Ordóñez y Primo de Rivera, se opusieron enérgicamente; y quedó decidido que la batalla se empeñaría al siguiente día. La distancia que mediaba entre los ejércitos beligerantes no alcanzaba a cuatro kilómetros.

II

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones es una llanura, limitada al este por el río Mapocho que divide la ciudad de Santiago; al norte, por la serranía que la separa del valle de Aconcagua, y al sur, por el Maipo que le da su nombre. Hacia el oeste se levanta una serie de lomadas y algunos montículos que corren de oriente a poniente, y se destacan en monótonas líneas prolongadas en el horizonte, rompiendo la uniformidad del paisaje algunos grupos de arbustos espinosos en un campo cubierto de pastos naturales, y en lontananza, las montañas que circundan el valle y le dan su perspectiva. Al sur de Santiago se prolonga por el espacio como de diez kilómetros, en la dirección antes indicada, una lomada baja, de naturaleza caliza, que por su aspecto lleva el nombre de Loma Blanca. Sobre la meseta de esta lomada evolucionaba un ejército patriota. En su extremidad oeste y a su frente, se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo, cuyo vértice sudoeste se apoya en la hacienda de Espejo, antes mencionada, conduciendo a ella un callejón en declive como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, cortado por una ancha acequia en su fondo, y limitado a derecha e izquierda por viñas y potreros que cierran altos tapiales. Esta era la posición que ocupaba el ejército realista. Las dos lomadas están divididas por una depresión plana del terreno u hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y doscientos cincuenta metros en la más angosta. Al este del vértice, o puntilla de las lomas del Sur, se extiende un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos uno más elevado, en forma de mamelón, que hace sistema con el triángulo ocupado por los realistas. El vértice este de esta posición, que era su parte más elevada, se

destacaba como un baluarte, y hacía frente a un ángulo truncado fronterizo de la Loma Blanca, que lo flanqueaba por una parte y lo enfilaba por otra. En este campo iba adecidirse la suerte de la independencia americana.

El general San Martín, situado en la extremidad este de la Loma Blanca, a diez kilómetros de Santiago, dominaba en su conjunción los tres caminos que comunican con los pasos de Maipo y amagaba el de Valparaíso, asegurándose una retirada, a la vez que cubría la capital por sus dos únicos puntos vulnerables, la cual, para mayor garantía, hizo atrincherar, guarneciéndola con 1.000 milicianos y un batallón bajo la dirección de O'Higgins, a quien su herida impedía asistir al campo de batalla. Su plan era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo a combinaciones, si se presentaba por los caminos del frente; correrse por su flanco derecho, si tomaba el de la Calera, e interceptarle el de Valparaíso, maniobrando a todo evento con seguridad sobre la meseta de la loma, en terreno ventajoso para dar y recibir la batalla. Al efecto, dividió su ejército en tres grandes cuerpos formados en dos líneas: el primero a órdenes de Las Heras, cubriendo el ala derecha; el segundo a las de Alvarado a la izquierda; y un tercero en reserva en segunda línea a cargo del coronel Hilarión de la Quintana.

Confió a Balcarce el mando general de la infantería, reservándose el de la caballería y de la reserva. El primer cuerpo lo formaban los batallones número 11 de Las Heras (argentino), los Cazadores de Coquimbo, comandante Isaac Thompson (chileno); los Infantes de la Patria, comandante Bustamante (chileno), el regimiento de caballería argentina Granaderos a caballo, a que se había agregado un escuadrón provisional de artilleros montados del ejército argentino, por no tener piezas que servir, y la artillería chilena compuesta de 8 piezas de campaña a cargo del mayor Blanco Encalada. El segundo cuerpo lo componían: los batallones número 1 de cazadores (argentino), de Alvarado; el número 8 de los Andes (argentino), comandante Enrique Martínez; el número 2 de Chile, comandante Cáceres; los Cazadores y Lanceros de Chile (argentinos y chilenos), a órdenes de Freyre y Bueras, con 9 piezas ligeras de artillería chilena a cargo del mayor Borgoño. La reserva constaba: de los batallones número 1 y número 3 de Chile, comandantes Rivera y López; número 7 de los Andes (argentino) comandante Conde, y 4 piezas de batir de a 12, mandadas por De la Plaza, y servidas por los artilleros argentinos que habían perdido su artillería en Cancharrayada.

Contando con el triunfo, el general de los Andes supo infundir a todos su confianza, y en este concepto dio instrucciones detalladas a sus jefes en vísperas de la batalla, a ejemplo de Federico. En ellas disponía que la dotación de municiones de cada soldado serían cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les

daría una ración de vino o aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo a sus tropas, imponiendo pena de la vida al que se separase de las filas avanzando o retrocediendo, y advertirían a la vez, de un modo claro y terminante, que, si veían retirarse algún cuerpo, era porque el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan.

Preveníales: que los batallones de las alas debían siempre formar en columna de ataque, desplegando sólo en caso de necesidad o con expresa orden suya; y que todo cuerpo de infantería o caballería cargado al arma blanca no esperaría la carga a pie firme, y a la distancia de cincuenta pasos debía salir al encuentro a sable o bayoneta. No se recogería ningún herido durante el fuego, porque —decía—, "necesitándose cuatro hombres para cada herido, se debilitaría la línea en un momento".

La enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas, "la tricolor de Chile, la bicolor argentina y la encarnada, gritaran todas las tropas ¡Viva la patria! y en seguida cada cuerpo cargara al arma blanca al enemigo que tuviese al frente". Indicaba los uniformes y banderas de los cuerpos del ejército realista, y al referirse al Burgos, agregaba: "A este regimiento se le debe cargar la mano, por ser la esperanza y apoyo del enemigo". Recomendaba a los jefes de caballería tomar siempre la ofensiva, por ser ésta la índole del soldado americano, y llevar a su retaguardia un pelotón de veinticinco hombres para sablear a los que volvieran la cara y perseguir al enemigo. Por último les decía "Esta batalla va a decidir de la suerte de toda la América, y es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército, a los que encargo tengan presente estas observaciones".

Tomadas estas disposiciones y dictadas estas prevenciones, formó su ejército en dos líneas: en primera línea las divisiones primera y segunda, con sus respectivas baterías desplegadas a cada uno de los flancos y su caballería escalonada, poniendo la reserva en segunda línea y su artillería de batir al centro de la primera. En este orden permaneció los días 2, 3 y 4 de abril con una vanguardia volante mandada por Balcarce, en observación de la línea del Maipo. Al tener noticia de que el enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma. El fuego de las guerrillas, aproximándose cada vez más, y los repetidos partes, anunciaban que los realistas seguían avanzando. La noche del 4 se pasó así en alarma, rodeando los soldados patriotas grandes fogatas de huañil, que iluminaban todo el campo. San Martín dormía mientras

tanto en un molino a la orilla del camino, envuelto en su capote militar.

Al amanecer del día 5 de abril, las guerrillas patriotas, al mando de Freyre y Melián, se replegaban, dando parte de que el enemigo avanzaba en masa, en rumbo al camino que empalma con el de Santiago a Valparaíso. San Martín, que lo había previsto por su dirección en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortarle la retirada sobre Aconcagua, o efectuar un movimiento de circunvalación interponiéndose entre él y la capital, o reservarse una retirada más segura en caso de contraste, pues la larga distancia y los ríos que tendría que atravesar, la hacían dificilísima hacia el Sur. Lo primero estaba previsto y se neutralizaba por un simple cambio de frente; lo segundo era impracticable, pues tenía que describir un arco, de cuya cuerda era dueño; y lo último, una promesa más de triunfo completo. Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, disfrazóse con un poncho y un sombrero de campesino, y acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero d'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió a gran galope al ángulo truncado de la Loma Blanca, señalado antes. Desde allí, pudo observar a la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su anteojo, la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas a tambor batiente y banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso. "¡Qué brutos son estos godos!", exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza a los héroes en los momentos supremos. Y agregó: "—Osorio es más torpe de lo que yo pensaba." Dirigiéndose luego a sus acompañantes, le dijo: "—El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!" El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes. La mañana estaba serena: ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las aves cantaban entre los espinos en florescencia.

III

A las diez y media de la mañana el ejército argentinochileno rompió una marcha de flanco en dos columnas paralelas, caminando rumbo al oeste por encima de la meseta de la Loma Blanca. En el curso de la marcha ocurrió un episodio, que la historia debe recoger por la espectabilidad de los personajes, y da idea del temple de alma del general en ese momento. A medio camino, presentóse el mariscal Brayer solicitando licencia para pasar a los baños de Colina. San Martín le contestó fríamente: "—Con la misma licencia con que el señor general se retiró del campo de batalla de Talca,

puede hacerlo a los baños; pero, como en el término de media hora vamos a decidir la suerte de Chile, y Colina está a trece leguas y el enemigo a la vista, puede V. S. quedarse, si sus males se lo permiten." El mariscal contestó: "—No me hallo en estado de hacerlo, porque mi antigua herida de la pierna no me lo permite." San Martín le repuso en tono airado: "Señor general, el último tambor del Ejército Unido tiene más honor que V. S." Y volviendo su caballo, dio orden a Balcarce sobre la marcha, hiciese saber al ejército que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo. Después de este incidente, que hizo el efecto de una proclama, el ejército continuó su marcha hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó la batalla en dos líneas de masas por batallones, con la artillería de batir al centro de la primera; la volante a sus dos extremos y la caballería cubriendo las dos alas en columna por escuadrones, situándose la reserva, plegada en columnas paralelas cerradas, a 150 metros a retaguardia.

El general realista, que había ocupado el promedio de la meseta de la loma triangular del sur, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una gruesa columna compuesta de ocho compañías de granaderos y cazadores con cuatro piezas de artillería al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón destacado por aquella parte, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, a la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso según su idea persistente.

El intervalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo fue cubierto por Morgado con los escuadrones de dragones de la Frontera. Sobre la loma formó en batalla en la proyección nordoeste-sudoeste, en línea quebrada con el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el nordeste. Colocó los batallones infante Don Carlos y Arequipa formando división, al mando de Ordóñez; y sobre la izquierda, el Burgos y el Concepción, a órdenes del comandante Lorenzo Morla, con 4 piezas de artillería adscriptas a cada una de las dos divisiones. La extrema derecha fue cubierta por los lanceros del Rey y los Dragones de Concepción.

En esta disposición se hallaron frente a frente los ejércitos beligerantes al sonar las doce del día, separados únicamente por la angosta hondonada que promedia entre los dos cordones de lomas que ocupaban independientes y realistas Los dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, como esperando que el adversario tomara la iniciativa. Todas las probabilidades parecían estar contra el que llevase la ofensiva: tenía que atravesar un bajo descubierto sufriendo el fuego de la fusilería y el cañón que lo barría, y trepar las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que desalojar previamente las

fuerzas que ocupaban el mamelón avanzando o recorrer un espacio de mil metros flanqueados por los fuegos de sus cañones. Ambas posiciones eran fuertes, y bien calculadas para la defensiva, y la de los realistas más ventajosa aún. En cuanto a las fuerzas físicas y morales, estaban casi equilibradas, siendo igual la decisión de parte a parte, si bien la de los realistas era numéricamente mayor. Por lo que respecta a las armas, la superioridad de los independientes era incontestable en artillería y caballería en número y también en calidad, y aun cuando éstos tenían nueve batallones de infantería, algunos de ellos no formaban sino 200 hombres, mientras los cuatro gruesos batallones con que contaban los primeros, divididos en ocho compañías, levantaban cerca de mil bayonetas cada uno. Lo único que inclinaba la balanza de las probabilidades, era el peso de las cabezas de los generales; pero ya se había visto cómo, en Cancharrayada, las más hábiles combinaciones que aseguraban el triunfo, dieron por resultado la derrota. El plan de San Martín no era precisamente el de una batalla de orden oblicuo, y sin embargo, resultó tal por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fue conducida. Fue una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación táctica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro y desdeñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, insinúa incidentalmente en el orden oblicuo se debió en parte la victoria, sin agregar que, más que todo, se debió al uso oportuno que hizo de su reserva, como se verá luego. Los relieves de las respectivas posiciones y las proyecciones de las dos líneas de batalla eran casi paralelos; pero los realistas habían retirado su derecha formando en el promedio de la loma, sin cubrir sus perfiles, como queda dicho, y de aquí resultaba que la izquierda independiente desbordase la derecha realista en su posición y en su formación, y teniendo que correr por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, pudiese llevar con ventaja un ataque oblicuo o de flanco con el apoyo de la reserva. Tal es la síntesis táctica de la batalla de Maipo en sus preliminares.

El general en jefe, que había levantado su enseña en el centro de la primera línea, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las 4 piezas de batir servidas por los artilleros argentinos, con el objeto de descubrir sus fuegos de artillería y sus planes. Una de la balas mató al caballo del general en jefe español. En el acto, la artillería española contestó ese fuego con el suyo, manteniendo su formación, y suministró a San Martín el dato que necesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba a una batalla defensiva, y lo indicaba claramente, además de su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición, a fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería

y aprovechar el espacio para dar con ventaja en su oportunidad, una carga a la bayoneta con sus gruesos batallones, así que aquellos hubiesen dizmado los de los independientes. El general San Martín tuvo entonces la intuición de la victoria, que debía decidir de los destinos de la América independiente. Dio audazmente la señal del ataque, mandando levantar en alto la bandera argentina y chilena, y en medio de ellas, la bandera encarnada como una llamarada sangrienta. Su ojo penetrante había descubierto el flanco débil del enemigo, que era su derecha. Las "columnas se descolgaron", según la pintoresca expresión del mismo general en su parte, y "marcharon a la carga, arma al brazo, sobre la línea enemiga", con entusiasmo, a paso acelerado. La reserva y la artillería permanecieron en su puesto esperando las órdenes del general.

IV

El movimiento se inició por la derecha; pero no era éste el verdadero punto de ataque. Su objeto era doble: desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente o la izquierda de su centro, concurriendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas, para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según el éxito de una u otra ala, la batalla se empeñaría por la derecha o por la izquierda interviniendo convenientemente la reserva en sostén de la que llevase la ventaja o la desventaja: en el primer caso, sería una batalla frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo, un verdadero ataque oblicuo de la derecha flanqueando o tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas, y esto era lo que se proponía San Martín, al aprovechar el error cometido por Osorio, que iba a verse obligado a entrar en combate con todas sus fuerzas, alterando su formación. En estas condiciones el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.

Las Heras avanzó gallardamente sin disparar un tiro, a la cabeza del número 11 de los Andes, que era el nervio de la infantería del ejército, sostenido por los dos batallones que formaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. La batería de 4 cañones del mamelón rompió el fuego sobre el número 11 así que éste se presentó a la vista, causándole bastante estragos en sus filas, pero siguió avanzando con rapidez, seguido por los Cazadores de Coquimbo y los Infantes de la Patria de Chile, mientras la artillería de Blanco Encalada, que había quedado en posición sobre la loma, apoyaba el ataque lanzando sus proyectiles por encima de las columnas patriotas que marchaban por el terreno bajo. Primo de Rivera, que

comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de su línea de batalla, lanza a su vez su caballería situada entre el mamelón y la lomada triangular. Morgado carga con ímpetu a la cabeza de los Dragones de la Frontera. Las Heras se cierra en masa y espera, dando órdenes a Zapiola que cargue por su derecha con la caballería. Los dos primeros escuadrones de granaderos, a órdenes de los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina salen al encuentro sable en mano, y hacen volver caras a los realistas, que reciben en su huida los disparos de la artillería de Blanco Encalada, y se ven obligados a refugiarse tras de su anterior posición. Escalada y Medina son recibidos por los fuegos de fusilería y de metralla del mamelón; remolinean, pero se rehacen con prontitud; dejan a su derecha la altura fortificada, y apoyados con firmeza por los dos escuadrones de reserva mandados por Zapiola, siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan o se repliegan en desorden a la división de Morla sobre la loma. Las Heras se establece sólidamente con el número 11 en un cerrillo intermedio, fronterizo al mamelón y al ángulo nordeste del triángulo, en actitud de atacar el mamelón y concurrir al ataque de la izquierda. El ala izquierda de los realistas quedaba así aislada, y la izquierda de su centro amagada.

Casi simultáneamente con la carga de los granaderos a la derecha, el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista por el ángulo este, iniciando un movimiento envolvente sin divisar todavía los cuerpos enemigos. Los realistas, apercibidos del error de haber retirado su derecha, perdiendo las ventajas que les daba el terreno, o arrastrados por su ardor, se decidieron a tomar la ofensiva.

Ordóñez a la cabeza de los batallones Infante don Carlos y el Concepción, con 2 piezas de artillería, salió atrevidamente al encuentro de los patriotas en dos columnas de ataque paralelas, quien fue seguido después por los batallones Burgos y Arequipa, mandados por Morla, en la misma formación y escalonados por su izquierda. Osorio, que llegó a temer por su derecha, y notando que quedaba sin reserva, mandó reconcentrar al centro de la línea la columna de granaderos destacada sobre el mamelón con Primo de Rivera. Ordóñez, al encimar con su división una de las colinas del campo, se encontró a distancia como de cien metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un combate de fusilería que causó estragos en ambas filas. Por desgracia para los independientes, dos de sus batallones — el número 8 de los Andes y el número 2 de Chile —, que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los fuegos contrarios, sufrieron considerables bajas en los primeros momentos: el número 8, compuesto de los negros libertos de Cuyo, mandado por Enrique Martínez, se desordena después de perder la mitad de su fuerza, y se retira en dispersión; el número 2 intenta cargar a la bayoneta para restablecer el combate, y al ejecutar esta

operación, se dispersa también. Alvarado, que cubría la izquierda con el número 1 de cazadores de los Andes, despliega en batalla y rompe el fuego; pero a su vez se ve obligado a ponerse en retirada para evitar una total derrota. La victoria parecía declararse en aquel costado por las armas españolas.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro gruesos batallones escalonados en dos líneas de masas, levantando como 3.500 bayonetas, se lanzan en persecución del ala izquierda independiente casi deshecha, y sus cabezas de columnas descienden impetuosamente los declives de la lomada, con grandes aclamaciones de triunfo. En ese momento la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto en la Loma Blanca, rompe sobre los vencedores un vivo fuego a bala ras, que les hace vacilar; reaccionan éstos inmediatamente, pero al pisar el llano, son recibidos por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, haciéndoles retroceder, a pesar de los valerosos esfuerzos de Ordóñez y Morla. Al observar estas peripecias, Las Heras ordena a los "Infantes de la Patria", de Chile, que carguen sobre el flanco de la división de Morla; pero son rechazados y retroceden en algún desorden. Hacía veinte minutos que la lucha se mantenía en este estado incierto, cuando se oyó el toque de carga de la reserva independiente, y viose a sus columnas moverse a paso acelerado hacia el ángulo este de la posición enemiga.


San Martín, que se había mantenido en la altura de la Loma Blanca, en observación de los primeros movimientos de su derecha, dictando con sangre fría sus órdenes según las circunstancias, adelantó con el cuartel general hasta la proximidad de la posición avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar desde este punto el rechazo de su izquierda, dio orden a la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba a decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo. El coronel H. de la Quintana, a la cabeza de los batallones número 1 y 7 de los Andes, y el número 3 de Chile, descendió la loma, atravesó la hondonada efectuando con sus columnas una marcha oblicua sobre su izquierda, y llegó al ángulo este de la posición enemiga en circunstancias en que las columnas españolas se habían replegado a ellas rechazadas por los certeros fuegos de la artillería de Borgoño. A vista de la reserva, los batallones 8 de los Andes y 2 de Chile se rehacen y sobre la base de los cazadores de los Andes, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea mientras Quintana trepa la altura del triángulo un poco a la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado. El ataque oblicuo se iniciaba, y la batalla iba a cambiar de aspecto.

V

Aislada la izquierda realista, privada del apoyo de la caballería que la ligaba con su línea de batalla y debilitada de las compañías de granaderos que por orden de Osorio habían acudido a formar la reserva general, Las Heras se disponía a arrebatar su posición, cuando Primo de Rivera, que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonados en el mamelón sus cuatro cañones. El número 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergen entonces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguardia enemiga, mientras el batallón "Infantes de la Patria", de Chile, rehecho, vuelve a concurrir al ataque de la izquierda. La batalla se concentraba en breve espacio sobre la meseta triangular de la lomada de Espejo, donde iba a decidirse.

Casi simultáneamente, el combate se renovaba con más encarnizamiento por una y otra parte en la extremidad opuesta de la línea. Para despejar el ataque por este lado, San Martín ordena a los Cazadores montados de los Andes y a los Lanceros de Chile, que arrollen la caballería de la derecha enemiga. Bueras y Freyre cumplen bizarramente la orden: llevan una irresistible carga a fondo a los Lanceros del Rey y los Dragones de Concepción que salen a su encuentro, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho en desbande hasta dispersarlos completamente. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo. Freyre, tomando el mando de todos los escuadrones trepa la altura y amaga el flanco derecho de Ordóñez. La caballería realista de ambos costados ha desaparecido. El combate final se traba entre la infantería argentinochilena y la española.

Los tres batallones de la reserva, mandados por Quintana, forman en línea de masas: el 7 de los Andes más avanzado a la izquierda; el número 3 y número 1 de Chile al centro y la izquierda, un poco más a retaguardia. Al trepar la altura, encuéntranse casi a quemarropa con las columnas de Ordóñez y Morla, que ocultas por un pliegue del terreno, oblicuaban en aquel momento sobre su izquierda para hacer frente al nuevo ataque, sin cuidarse de la deshecha división de Alvarado. El "Burgos", que no había entrado en pelea en el primer encuentro, hace flamear su secular bandera, laureada en Bailén y sus soldados entusiasmados gritan: "Aquí está el «Burgos». ¡Dieciocho batallas ganadas! ¡Ninguna perdida!" La batalla se empeñaba con nuevo ardor a los gritos de ¡Viva la patria! ¡Viva el Rey! Independientes y realistas hacen esfuerzos heroicos para alcanzar la victoria. Las distancias se estrechan. Los independientes atacan con impetuosa intrepidez. Los realistas resis-



Plano de la Batalla
de los
Llanos de Maypó
Dada el 5 de Abril
de 1818
Llanos
Maypó
Posicion del Exercito el 2, 3 y 4 de April
Segundo Movimiento del Ex.to
En el Ataque
Tercer Movimiento del Ex.to de la Patria al Momento de la Victoria
Posicion del Enemigo
Los Pajaritos
La Loma Blanca
Se Camino de Santiago de Chile a lo de Espejo
Camino de Santiago de Chile
Potreros de Herraturry
Molino
Ranchos
Chacras
Potreros
Montes
Viña
La Viña de Espejo
Estancia de Espejo
El Cerrito de Espejo
molino
Callejon de Espejo
Casas
Casa
Signos
Del Exercito de la Patria
Batallon y Esquadron antes el Ataque
Batallon y Esquadron al momento del Ataque
Direccion de las marchas
Quartel g.al
Del Ex.to de los Enemigos
Batallon y Esquadron antes el ataque
Batallon y Esquadron al momento del ataque
Direccion de las marchas
Quartel g.al
Dispersos en Fuga
Escala de Una legua ordinaria
1 Leg
S
N

ten tenazmente, sin retroceder un solo paso. "Con dificultad —dice San Martín en su parte— se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz."

La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde había trepado antes la lomada, y concurre al ataque de la reserva, a la vez que Borgoño con ocho piezas marcha al galope a ocupar la puntilla del este. La derecha patriota, con la artillería de Blanco Encalada avanza, converge al centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freyre, vencedora, amaga su flanco derecho. El "Burgos" agita su bandera, y pelea como un león. El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impávido su posición. Los batallones Infante don Carlos y Concepción, dirigidos personalmente por Ordóñez, se baten con desesperación. En esos momentos, el general en jefe del Rey, abandona el campo de batalla y se entrega a la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar a los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna de la infantería española, e intenta desplegar sus masas; pero el terreno le viene estrecho, y se envuelve en sus propias maniobras. El número 7 de los Andes y el número 1 de Chile cargan a la bayoneta, a los gritos de ¡Viva la libertad! y la escolta de San Martín, al mando del mayor Angel Pacheco, juntamente con Freyre, cargan sobre su flanco derecho. El "Burgos" forma cuadro, y rechaza las cargas, aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que duraba el porfiado combate. Los realistas, circundados, sin caballería que los apoye y exhaustos de fatiga, vacilan y empiezan a cejar, pero sin desordenarse. La última esperanza es la reserva de granaderos desprendida de la izquierda, que no pudo llegar a tiempo, y los cazadores de Morgado que, perseguidos de cerca por Las Heras, quedan cortados y se precipitan en fuga sobre el callejón de Espejo. Ordóñez, con sus filas raleadas emprende con serenidad la retirada hacia la hacienda de Espejo, formado en masa compacta. San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente a fin de impedir toda reacción, y condensa su ejército. Ordóñez continúa impávido su movimiento retrógrado, y con sus últimos restos se refugia en la hacienda de Espejo. La batalla estaba decidida por los independientes. San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde a caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissien lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado: "Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye: nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre." Los enemigos del gran capitán sudamericano han dicho que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo: "¡Imbéciles!, ¡estaba borracho de gloria!"

En este instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El Director, al saber que la batalla iba a empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta a caballo, y al frente de una parte de la guarnición de Santiago se dirige al teatro de la acción. Al llegar a los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia de que el ala izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin vacilar, pero al llegar a la loma, tuvo la evidencia del triunfo. Adelantóse a gran galope con su estado mayor, y encuentra a San Martín a inmediaciones de la puntilla sudoeste del triángulo, en momentos en que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo: le echa al cuello desde su caballo su brazo izquierdo, y exclama: "¡Gloria al salvador de Chile!" El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorrumpe: "General: Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta." Y reunidos ambos, adelantáronse para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

La batalla no estaba terminada. Ordóñez sin desmayar, se había posesionado del caserío de Espejo, dispuesto a salvar el honor de sus armas con la resistencia, o la vida de sus soldados en una retirada protegida por la oscuridad de la noche. Reconcentró allí las compañías de granaderos y cazadores casi intactas, y los restos del "Burgos", el Concepción y el Infante don Carlos, habiéndose el Arequipa retirado del campo con su comandante Rodil. El valeroso general español, con una admirable sangre fría, lo dispone todo personalmente con habilidad y decisión. Coloca en el fondo del callejón, tras una ancha acequia frente a un puentecillo, los dos únicos cañones que le quedaban, sostenidos por cuatro compañías de fusileros. Forma el grueso de su infantería sobre una pequeña altura fronteriza a las casas, dando cara a los dos frentes vulnerables; reconcentra en el patio de las casas su reserva pronta a acudir a todos los puntos amenazados; cubre con destacamentos los callejones laterales, y extiende en contorno, protegidos por las tapias y emboscados por las viñas, un círculo de cazadores. En esta actitud decidida espera el último ataque.

Las Heras es el primero que, persiguiendo a los cazadores de Morgado, llega a la puntilla sudoeste, fronteriza a la boca alta que domina el callejón de Espejo. Diose cuenta inmediatamente de la situación, y prudentemente dispuso que el batallón descendiera al llano y se ocultase tras de un pequeño mamelón al oriente del caserío (izquierda española) y esperase la señal de un toque de corneta para coronarlo y romper el fuego. A medida que fueron llegando otros batallones, les señaló sus puestos, y estableció convenientemente la artillería en la parte alta de la puntilla, a fin de caño-

near la posición antes de dar el asalto. En esos momentos se presenta el general Balcarce, y ordena imperiosamente que el batallón de Cazadores de Coquimbo ataque sin pérdida de tiempo por el callejón. El comandante Thompson da la señal y penetra resueltamente en columna al desfiladero. Allí es recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían. Pretende avanzar; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos, lo detienen, y al fin le hacen retroceder en derrota, dejando en el sitio 250 cadáveres, salvando con todos sus oficiales heridos. Volvióse entonces al bien calculado plan de Las Heras. Los comandantes Borgoño y Blanco Encalada rompieron el fuego con diecisiete piezas, que en menos de un cuarto de hora desconcertó las resistencias, obligando a los realistas, deshechos por el cañoneo, a refugiarse en las casas y en la viña del fondo. La señal de asalto se da: el número 11, sostenido por dos piquetes del 7 y 8 de los Andes, carga por el flanco rompiendo tapias, y pasa a la bayoneta cuando se le presenta. La batalla estaba terminada. Los realistas se dispersan en pelotones en las encrucijadas, viñas y potreros adyacentes. En ese momento hace su aparición en la lucha final un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, que, lazo en mano, se apodera de centenares de prisioneros como de reses en el aprisco. Los vencedores, irritados por el sacrificio de Coquimbo, continuaban matando, cuando se presentó Las Heras, y mandó cesar la inútil carnicería. Pocos momentos después, le entregan sus espadas como prisioneros el heroico general Ordóñez, el jefe de estado mayor Primo de Rivera, el jefe de división Morla, los coroneles de la caballería Morgado y Rodríguez, y con excepción de Rodil, todos los oficiales de la infantería realista, Laprida, Besa, Latorre, Jiménez, Navia, Bagona, y multitud de oficiales. Las Heras alargó ambas manos a Ordóñez y lo saludó como a un compañero de heroísmo, ofreciéndole noblemente su amistad, y amparando con su autoridad a sus compañeros de infortunio.

VI

Los trofeos de esta jornada fueron: 12 cañones, 4 banderas, 1.000 muertos contrarios; 1 general, 4 coroneles, 7 tenientes coroneles, 150 oficiales y 2.200 prisioneros de tropa; 3.850 fusiles, 1.200 tercerolas, la caja militar, el equipo y las municiones del ejército vencido. Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sudamericana, fue comprada por los independientes a costa de la pérdida de más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo, de los cuales quedó más de la mitad en el campo. Más que por sus trofeos, Maipú fue la primer gran batalla americana, histórica y científicamente considerada. Por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus

hábiles maniobras tácticas sobre el campo de la acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es militarmente un modelo notable si no perfecto, de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblicuo, por el uso conveniente de las reservas sobre el flanco más débil del enemigo por su formación y más fuerte por la calidad y número de sus tropas, inspiración que decide la victoria, siendo de notar que San Martín, como Epaminondas, sólo ganó dos grandes batallas, y las dos, por el mismo orden oblicuo inventado por el inmortal general griego. Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse a la batalla de Maipú la de Boyacá, que fue su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho que fue su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipú no habrían tenido lugar Boyacá ni Ayacucho. Vencidos los independientes en Maipú, Chile se pierde para la causa de la emancipación, y con Chile, probablemente, la revolución argentina, encerrada dentro de sus fronteras amenazadas por dos ejércitos vencedores por sus dos puntos más vulnerables, desde entonces inmunes. Sobre todo, sin Chile no se obtendría el dominio naval del Pacífico, la expedición al Bajo Perú se haría imposible, y Bolívar no hubiera podido converger hacia el sur, aun triunfando en el norte de los ejércitos españoles con que luchaba, y de hacerlo, se habría encontrado con 30.000 hombres que le hicieran frente y el mar cerrado. Además, Maipú quebró para siempre el nervio militar del ejército español en América, y llevó el desánimo a todos los que sostenían la causa del Rey desde Méjico hasta el Perú, dando nuevo aliento a los independientes. Chacabuco había sido el desquite de Sipe-Sipe: Maipú fue la precursora de todas las ventajas sucesivas. Tuvo además el singular mérito de ser ganada por un ejército derrotado e inferior en número, a los quince días de su derrota, ejemplo singular en la historia militar.

Sólo salvaron del campo de batalla el batallón de Arequipa que, mandado por Rodil, se retiró en formación dispersándose al pasar el Maule, y los dispersos de caballería. El general en jefe español, atribulado, había abandonado el campo a las tres de la tarde, seguido por su escolta, así que vio que su derecha y centro se replegaban vencidos, sin pensar más que en la seguridad de su persona. Señalada su fuga a San Martín por un poncho blanco que llevaba, desprendió a su ayudante O'Brien con una partida para que lo persiguiese sin descanso. Osorio pudo salvarse tomando el camino de la costa, pero dejando en poder de O'Brien su equipaje y toda su correspondencia oficial y reservada. El vencido general llegó a Talcahuano al frente de 14 hombres (14 de abril), y allí se le reunieron como 600 más escapados a la derrota, último resto del ejército vencedor en Cancharrayada. El general San Martín reincidió, cómo después de Chacabuco, en el error de no activar la persecución sacando de su victoria todos los resultados inmediatos. Se ha dicho

en su disculpa, que el gobierno chileno se hallaba en la imposibilidad de suministrar prontamente los recursos para la continuación activa de una nueva campaña al sur, siendo lo probable, que ocupado de más vastos planes, sobre todo, del armamento naval que proyectaba para dominar el Pacífico y embargaba toda su atención, descuidó esto completamente, sin darle la debida importancia. Limitóse en los primeros momentos a desprender a Freyre con un destacamento de caballería de línea, y sólo cuando las partidas de milicianos que perseguían a los fugitivos empezaron a cometer depredaciones, dio orden al coronel Zapiola para que al frente de 250 granaderos montados se dirigiese al sur y se mantuviera en observación del enemigo sobre la línea del Maule, acantonándose en Talca. La victoria era tan grande, que daba para todo, hasta para cometer y corregir errores. Por su parte, Zapiola desempeñó su cometido con inteligencia y actividad. Desarmó las guerrillas irregulares que deshonraban la causa de la independencia, creándole resistencia en el sur del país. Extrajo todo el material de guerra de los depósitos de Talca, que los enemigos en su fuga habían arrojado al río Maule. Estableció un servicio de vigilancia y de espionaje sobre la línea del Maule y el territorio dominado por el enemigo al sur del Ñuble y, por último, dio organización a las milicias de la localidad, preparándose a tomar la ofensiva parcial. Era todo cuanto podía hacerse con tan escasos elementos.

Osorio aprovechó el respiro que la daba el vencedor para allegar algunos elementos militares y sostenerse en Concepción y Talcahuano, tomando por línea de defensa el Ñuble. Reunió las guarniciones de la frontera de Arauco y ordenó al coronel Sánchez que se mantuviese firme en Chillán, consiguiendo a mediados de mayo contar con una fuerza organizada de 1.200 hombres; pero con sólo 600 fusiles. En esta actitud pidió nuevas instrucciones y auxilios al Perú. El virrey Pezuela había dado por perdido definitivamente a Chile después de Maipú, y sólo pensaba en proveer a la defensa de su territorio amenazado. A la primer noticia de la derrota, convocó en Lima una junta de corporaciones, y en una arenga que les dirigió, dio a la batalla la importancia continental que tenía, y que da testimonio de la profunda impresión que ella causó en los ánimos de los realistas en América: "Nuestros cálculos ulteriores —dijo— deben partir del segurísimo concepto de que los enemigos, siempre activos, atrevidos y emprendedores, no desperdiciarán momento para poner en ejecución cualesquiera planes agresivos, cuyo éxito favorable les facilitarán sus recientes ventajas. Estos planes no son otros que de apresurarse a mandar una expedición a estas dilatadas costas para introducir el desorden y la revolución en los pueblos, y propagarla de unos en otros hasta lograr hacer sucumbir a esta misma capital (Lima), objeto de sus perpetuas miras, por cuanto de su inagotable seno han salido desde el principio de la

revolución, y para todos los puntos contaminados, las disposiciones y medios contra los cuales tantas veces han escollado sus obstinados esfuerzos. Me consta que tales han sido sus aspiraciones en todos tiempos, y me hallo cerciorado de que se agitan actualmente con el más extraordinario empeño por realizar cuanto antes este su favorito proyecto. Para prometerse un próspero suceso en sus tentativas, sé que cuentan con algunos adictos a sus ideas, que, ocultos, existen en los pueblos más fieles; y cuentan con mayor fundamento con la pronta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay aquí, deseosa de libertad, así como lo han practicado en Buenos Aires. Sé también que, para realizar lo proyectado, han comprado dos navíos, que su intención era batir nuestra escuadra, y en seguida, hechos dueños de la mar, mandar con mayor desahogo sus expediciones de desembarco a los puntos de la costa. Las providencias defensivas del gobierno han debido abrazar por tanto dos distintos medios de resistencia." Fue tal el pavor que la derrota de Maipú produjo en el Perú, que Pezuela, para aquietar los temores de las tropas del país reunidas en los alrededores de Lima, entre las cuales se anunciaba una nueva expedición a Chile, viose obligado a dirigirles una proclama aquietándolas: "Ha llegado a mi noticia que muchos de vosotros venís disgustados, creyendo que habéis de marchar para Chile a incorporaros al ejército del Rey, que allí ha quedado. Yo os aseguro que el objeto de vuestra venida a la capital, no es otro que mantener la tranquilidad pública." El orgulloso Virrey, vencedor de Vilcapugio, Ayohuma y en Sipe-Sipe tres años antes, al ponerse a la estricta defensiva, solicitaba en los términos más angustiosos prontos auxilios del virrey Sámaco y de Morillo en Venezuela y Nueva Granada. "El tenor de las comunicaciones ha reagravado la dolorosa impresión del fatal suceso (de Maipú), resistiéndose la imaginación a convencerse cómo pudo suceder que un ejército completamente dispersado en un punto se rehiciese a los quince días en otro, ochenta y más leguas distante, en disposición de batir a sus vencedores, que no dejaron de perseguirlos de muy cerca por el mismo hecho del corto número de días que medió entre ambas acciones. Pero es demasiadamente cierto el final del funesto resultado, y que Osorio, después de perdido todo, habiendo emprendido su retirada con mil hombres, únicos del ejército que pudieron salvarse, pudo llegar a Concepción con sólo catorce, por haber sido muertos o dispersados por la caballería enemiga que los persiguió acuchillando en tan larga distancia. Por de pronto, mis incesantes fatigas tienen por objeto la colectación e instrucción de los reclutas destinados a la defensa de la capital y costas del distrito para resistir a cualquier agresión marítima, cuya diligencia presenta no pocas dificultades. Reitero, pues, mi súplica sobre cuanto pedí en mi último oficio, persuadiéndose de que mis apuros han llegado hasta el grado sumo." El virrey de Nueva Granada le con-

testaba: "La fatal derrota que han sufrido las tropas del Rey, nuestro señor, cerca de Santiago de Chile, pone a aquel virreinato (del Perú), y a todo este continente por la parte del sur en consternación y peligro", y junto con estas palabras le enviaba el batallón Numancia, fuerte de 1.200 plazas que a la sazón se hallaba en Popayán, refuerzo que, a la vez que debilitaba a los realistas en este punto, facilitaba la invasión de Bolívar a Nueva Granada. Era un nuevo contingente a la causa de la independencia americana, como más adelante se verá. El general Morillo, que al frente de una expedición peninsular de diez mil hombres, había arribado a Costa Firme, a la sazón extenuada en Venezuela, al conocer los detalles de la batalla de Maipú, pronunciaba palabras melancólicas que hacían presentir la derrota fatal: "El desgraciado suceso de las armas de S. M. cerca de Santiago de Chile me llena del más amargo pesar. Yo entiendo que el ejército del Rey victorioso en Lircay con 5.000 hombres sobre 10.000 enemigos, habría sido batido igualmente contando con 55.000, por las mismas tropas y los mismos jefes que lo han destruido en el llano de Maipú." Así, el plan de campaña continental, cuya intuición tuvo San Martín en 1814, en Tucumán, era al fin comprendido en todas sus consecuencias por el enemigo, que al anuncio de su segunda etapa, ya no se consideraba seguro ni en la tierra ni en los mares, y presentía su total derrota en toda la extensión de la América meridional. Jamás una concepción militar tuvo tan decisiva influencia moral en los acontecimientos, hiriendo de pavor al adversario con sólo su amago, aun antes de experimentar de cerca sus efectos finales. Son estas concepciones de largo alcance, metódicamente ejecutadas, las que caracterizan el verdadero genio militar.

VII

Aun bajo la impresión desalentadora que produjo la batalla de Maipú en las filas realistas, en toda la extensión del continente americano, el virrey Pezuela, a no haber perdido la serenidad, debió fomentar eficazmente la guerra en el sur de Chile, como un medio de retardar la invasión que temía, sobre todo, teniendo la preponderancia marítima del Pacífico, y estaba a la espera de una expedición de 2.500 hombres que había salido de España con tal objeto. Lejos de esto, no pensó sino en reconcentrase en el Perú, abandonar definitivamente a Chile como teatro de la guerra y activar la guerra ofensiva por el Alto Perú, donde contaba con un ejército de 9.000 hombres, que por ese camino no encontraría sino derrotas. A pesar de eso, Osorio se sostenía ayudado por la opinión del país, como antes se había sostenido Ordóñez después de Chacabuco, aunque no con la misma energía. Alentado por la inacción de los in-

dependientes y sabedor de la corta fuerza situada en Talca a órdenes de Zapiola, se resolvió a tomar la ofensiva parcial. Un grueso destacamento de milicias al mando del capitán Manuel Bulnes, chileno, partidario del Rey, atravesó el Ñuble, y en la mañana del 21 de mayo sorprendió al pueblo del Parral al norte de este río, pasando a cuchillo gran parte de su guarnición local. Casi simultáneamente, otro destacamento cruzaba el río Itata y ocupaba el puerto de Quirihue, extendiendo sus correrías hasta Cauquenes en la misma zona, con el objeto de proporcionarse víveres, y haciendo grandes estragos en la comarca.

Al tener noticia Zapiola de estas incursiones, desprendió una columna de 200 hombres de caballería, entre granaderos y milicianos, a órdenes del valiente capitán Cajaraville, con orden de recuperar a todo trance la posición del Parral. Cajaraville marchó durante cinco noches por caminos extraviados, ocultando su movimiento, y en la madrugada del 27 de mayo estaba sobre el pueblo. Dividió su fuerza en dos grupos: hizo ocupar todas las bocacalles con los milicianos a cargo del capitán Domingo Urrutia para cortar toda retirada, y por la retaguardia atacó personalmente al punto, a la cabeza de los granaderos. Avanzó el cuartel, puso en fuga a su guarnición, y obligó al resto a encerrarse en las casas circunvecinas, donde la rindió a sangre y fuego, tomando 70 prisioneros, y entre ellos varios oficiales y un coronel, y exterminando el resto. El otro destacamento realista que había cruzado el Itata, fue atacado en Quirihue el 21 de mayo por el teniente de granaderos Juan Estevan Rodríguez, obligándolo a refugiarse en la población, donde lo rindió por completo y le tomó 36 prisioneros, entre ellos un teniente coronel y 17 fusiles, con la sola pérdida de un muerto y un herido. Estos dos pequeños triunfos bastaron para quebrar por el momento las últimas fuerzas morales de los realistas en el sur de Chile, y la línea del Ñuble quedó inmune.

Reforzado Zapiola con el total de los granaderos montados, el batallón de Cazadores de Coquimbo y dos piezas de artillería, decidió tomar la ofensiva, teniendo por objetivo a Chillán. Al efecto desprendió de nuevo al capitán Cajaraville con 100 granaderos a caballo, una compañía de infantería montada del Coquimbo y 150 milicianos, con orden de reunir todas las guerrillas volantes de ultra-Maule. El destacamento independiente atravesó el Ñuble el 21 de julio y el 31 avanzó en tres columnas sobre Chillán. Mandaba este punto el coronel Clemente Lantaño, oficial distinguido, de inteligencia y valor, muy conocedor de la localidad, que hace su aparición en la escena, y que estaba destinado, como Elorreaga y Sánchez, a alcanzar renombre, manteniendo en el sur de Chile la bandera del Rey. Tenía a sus órdenes como 500 hombres de infantería y caballería, y al anuncio de la irrupción, salió a su encuentro al frente de un escuadrón de dragones. Al avistarse ambas fuerzas,

Cajaraville le intimó rendición. El jefe realista contestó que no era de caballeros rendirse sin pelear, y se replegó sobre la plaza en buen orden. El oficial patriota avanzó hasta la ciudad en el orden que llevaba, y arrastrado por su ardor, más bien que aconsejado por la prudencia militar, atacó simultáneamente por tres bocacalles con guerrillas de infantería sostenidas por piquetes de granaderos montados; asaltó las trincheras y llegó hasta el recinto de la plaza principal, donde sus defensores se resistieron con ventaja posesionados de los fuertes edificios que la dominaban, sosteniéndose el fuego por una y otra parte hasta entrada la noche. Estaba escrito que Chillán sería siempre funesto a las armas independientes. Cajaraville se vio obligado a desistir de su tan valeroso como impremeditado ataque, y emprendió su retirada a San Carlos con 14 prisioneros, dejando tres muertos en el campo, y llevando 23 heridos. Esta ventaja reanimó un tanto el abatido espíritu de los realistas; pero les hizo comprender lo peligroso de su situación.

Osorio, desmoralizado por su derrota, sin esperanzas de recibir auxilios, y temeroso de ser atacado en la primavera por el ejército chilenoargentino, resolvió retirarse al Perú. El 25 de agosto reunió una junta de guerra en Talcahuano, y ante ella manifestó que las instrucciones del virrey Pezuela le prevenían evacuar el territorio con sus fuerzas de línea en el caso que los independientes preparasen una expedición contra el Perú, dejando en el sur de Chile tan sólo las tropas nativas para mantener la guerra de partidarios. Todos opinaron por la retirada; pero, poseídos de tanto temor como incertidumbre, dejaron la responsabilidad de la resolución al general en jefe. Este, sin ánimo y sin ideas, delegó el mando político y militar en el famoso coronel Juan Francisco Sánchez (5 de setiembre), dejándole 1.600 hombres del país, con 400 fusiles y 100 tercerolas; desmanteló las fortificaciones de Talcahuano, embarcó 35 cañones de posición con gran cantidad de pertrechos de guerra, y al frente de 700 hombres, último resto de la expedición con que había invadido, diose a la vela al Callao en la mañana del 8 de setiembre. Tales fueron las consecuencias inmediatas de la batalla de Maipú al sur de Chile: luego se dirá cuáles fueron respecto de la América.

CAPÍTULO XIX

SAN MARTIN DESPUES DE MAIPU

1818

Fatalidad histórica. — La tragedia de los Carrera en Mendoza. — Nuevas noticias sobre el proceso de los Carrera. — Perdón tardío. — San Martín y los Carrera. — Rasgo de magnanimidad de San Martín. — San Martín se dirige a Buenos Aires en prosecución de sus planes. — Zañartú enviado de Chile en Buenos Aires. — Agitaciones políticas en Chile. — Chile inicia una reforma constitucional. — Muerte trágica de Manuel Rodríguez. — Honores por la batalla de Maipú. — Arreglos en Buenos Aires para la expedición del Perú. — Se acuerda un empréstito de 500.000 pesos para la expedición. — Incidente entre O'Higgins y Guido. — Influencia internacional de la Logia de Lautaro. — Fracasa el empréstito de 500.000 pesos. — Momentos psicológicos de los grandes hombres de acción. — Renuncia terrible de San Martín. — Se hace efectivo el emprésitto. — Arbitrio de San Martín para proporcionarse dinero. — Bosquejo del plan de expedición al Perú trazado por San Martín. — Misterios diplomáticos. — Estado de la guerra americana en 1818. — San Martín repasa la cordillera al occidente. — Nuevo proyecto naval.

I

Por una fatalidad, que tiene su explicación en la lógica brutal de los hechos y en la dureza de la época, la celebración de la batalla de Maipú tuvo dos víctimas inmoladas por la despiadada justicia política de la alianza chilenoargentina, que ha proyectado en la historia una sombra siniestra sobre los vencederes. El mismo día en que llegaba a Mendoza el parte de la victoria, eran allí fusilados los dos hermanos Carrera, Luis y Juan José. Estos infortunados jóvenes, anhelantes de vivir en la patria, aun a costa de la vida como Fóscari, y figurando como actores en un drama de fantásticas conjuraciones contra el destino, que tenían por numen a una mujer de alma intrépida y de imaginación ardiente, hallábanse a la sazón presos en la cárcel de Mendoza por causas que han sido ya citadas. (Véase cap. XV, párrafo VI). El episidio trágico que puso fin a sus días en la flor de la edad, ha sido varias veces narrado con criterio contradictorio y con documentos incompletos, por los histo-

riadores chilenos y argentinos, aunque acordes en su crónica, y al proyectar sobre su fondo tenebroso una nueva luz con severa imparcialidad, nos guiaremos por los documentos inéditos de que estamos en posesión, para fijar el fallo equitativo de la conciencia histórica.

La causa de los dos hermanos Carrera habíase seguido en Mendoza y en Santiago de Chile de un modo tan irregular como excéntrico. Acusado y convicto D. Luis de haber violado la valija del correo de Cuyo; sindicado D. Juan José de haber dado muerte a un niño postillón que lo acompañaba, y que murió a su lado en la soledad de la pampa, en medio de una tempestad, sin más testigos que él; y procesados ambos por conato de conspiración contra Chile en territorio argentino, y en Chile por "delito de alta traición", la causa revestía un carácter internacional, criminal y político a la vez, y tramitábase simultáneamente sin acuerdo entre dos jurisdicciones extrañas, interviniendo en ella por accidente el gobierno argentino, y de una manera indirecta la autoridad moral y militar de San Martín. El gobernador de Cuyo, Luzuriaga, al poner los presos a disposición del gobierno argentino, apresuróse a comunicarlo al general, diciéndole: "Satisfecho V. E. de mi vigilancia, puede reposar sobre las medidas que he tomado para que los agentes de la rebelión no contaminen la forma de nuestro sistema en esta provincia. V. E., por su parte, sabrá consultar los medios para prevenir los ataques en ese estado (Chile)." Iniciadas las causas por los respectivos gobiernos, el de Buenos Aires dirigióse a San Martín en estos términos: "Me ordena el gobierno avise a V. E. recomendándole las más celosas y activas providencias en asunto tan importante, a fin de que no queden impunes atentados tan execrables, como dignos del castigo más ejemplar." El general del Ejército Unido, en su carácter de tal, ofició al gobernador de Cuyo ordenándole que, "a los efectos de la causa que por disposición del gobierno de Chile se seguía a los Carrera, en la conjuración tramada por ellos, debían éstos permanecer presos en Mendoza", y terminaba con esta prevención: "La seguridad, la vigilancia, el cuidado sumo que debe tenerse con Juan José Carrera, famoso criminal, y con su hermano Luis, quedan al eficaz celo de V. S., en tanto que el arresto de sus personas es la garantía de la quietud y del actual y futuro engrandecimiento de este país." Y en carta privada recomendábale: "trátase con toda consideración a Luis Carrera", por quien tenía simpatías. El gobierno de Chile, remitiendo copia del proceso al gobernador de Mendoza, dirigió a éste carta de ruego, a fin de tomar las confesiones a los reos y notificarles nombraran defensores que debían apersonarse en Santiago de Chile en el término de veinte días, con apercibimiento de proceder en rebeldía, y comunicando esta providencia al director Pueyrredón, solicitó se le diese conocimiento de lo actuado bajo la jurisdicción argentina.

Pendiente el exhorto internacional, que era el nudo de la cuestión jurídica, aun cuando de las actuaciones se diese por el gobernador de Cuyo conocimiento testimoniado al gobierno de Chile, el sumario de Mendoza marchó lentamente sin sujeción a ninguna regla, y el proceso de Chile sólo estuvo terminado a principios de 1818. En este estado, y no abierta aún la acusación fiscal, el gobierno de Chile lo pasó al general del Ejército Unido, para que la formalizase, mandando convocar al consejo de guerra que debía entender en él. San Martín contestó que la notoria enemistad con los Carrera y la prevención de los jefes del ejército contra ellos darían a la sentencia el carácter de una imposición de su influencia, y por lo tanto, pedía que él y ellos fuesen eximidos de este compromiso, "que dejaría su honor en descubierto". El director substituto, Cruz, accedió a esta excusación, "encontrándola justa", y en este estado quedó la causa. Pero al mismo tiempo escribía San Martín a Luzuriaga: "Redoble su vigilancia por la seguridad de los Carrera, pues se me repiten los avisos de que se trata de promover su fuga." Se ha dicho con este motivo que San Martín representó en esta ocasión un doble papel, propio de su genio astuto y reservado, y que a la vez que todo lo dirigía y avivaba las odiosidades hacia los perseguidos, excusaba dar su nombre o comprometer su representación oficial. Indudablemente, el retraimiento de San Martín implicaba en sus términos generales una condenación tácita de los acusados, cuando era el verdadero árbitro de la situación, y por otra parte, no ocultaba que consideraba a los Carrera no sólo incompatibles con la paz pública, sino también criminales; pero su proceder era correcto como general aliado, y se inclinaba, por temperamento y por sistema, más a la moderación que al rigor, como lo prueba el hecho de paralizarse el proceso después de su excusación. En realidad, el proceso no probaba nada, y el mismo San Martín, había interpuesto su poderosa influencia para hacer poner en libertad a los complicados, pues, cuando más, podía deducirse de él un conato informe de conspiración contra el orden interno. Fundado en esto, y con motivo de la declaratoria de la independencia de Chile, el defensor de los Carrera solicitó el indulto de su protegidos con sentidas palabras: "En el gran día en que el estado de Chile rompe las cadenas de un millón de ciudadanos, y consuela los manes de millares que forman las generaciones de tres siglos de esclavitud, no es dable consentir la aflicción y los tormentos de dos ilustres chilenos que, cualesquiera que fueran los errores que se les supongan, no puede negárseles la gloria de haber emprendido y protegido a toda costa la obra de su redención. Al disolver los antiguos vínculos y formar un nuevo estado social, con cuyo carácter se presenta Chile al universo, parece consiguiente queden extinguidos y olvidados los errores políticos de la anterior sociedad, que ya no existe. Jamás se ha instalado un nuevo pacto social y

una nueva forma de gobierno sin proclamar una amnistía general de cuanto puede perjudicar al estado público de la sociedad regenerada." Esta súplica no fue atendida. El alma enconada de O'Higgins se resistía al perdón, como se ha visto. A la política militar de San Martín convenía mantener en seguridad a los dos procesados, como rehenes de la quietud de su turbulento hermano mayor, dejando al tiempo la conciliación por que había abogado antes (véase capítulo XV, párrafo III), se abriese camino, cuando dejasen de ser un peligro para la consolidación del orden de cosas que sostenía, que era una de las bases de su plan de emancipación continental.

Mientras esto pasaba en Chile y en Mendoza, la fiel hermana de los perseguidos, que condensaba el espíritu de la familia, no cesaba de hacer en Buenos Aires gestiones en favor de sus hermanos, denunciando sus padecimientos en la prisión, y reclamaba para ellos el amparo de las leyes, tocándole promover, bien aconsejada por su corazón, el punto que constituía el fondo jurídico de la cuestión de forma, cual era el carácter territorial de la causa que se invocaba Chile sin derecho, en menoscabo de la soberanía argentina. Desesperanzada de obtener gracia del gobierno de Chile, se dirigió al gobierno argentino pidiendo justicia, pues contaba encontrar en él más clemencia que en el de su propio país. Así, con motivo de la gestión del gobierno chileno para procesar a sus hermanos bajo su jurisdicción, exponía: "No dudo por un momento del asilo que hoy los escuda, y aunque sin otra representación que la que me da la misma naturaleza, expondré que es de extrañar que el gobierno de Chile quiera hacer valer un fiat que, estando en oposición con los principios sostenidos por las naciones más cultas del orbe, mancharía la dignidad del gobierno de las Provincias Unidas. Sería de desear que en toda la extensión del globo no hubiese ningún lugar fuera de la dependencia de las leyes, y que, al modo que la sombra sigue al cuerpo, su fuerza persiguiese al culpado. Sin embargo, todas las naciones, rindiendo el debido homenaje a la humanidad, no han creído deber ventajoso el volverse recíprocamente sus criminales, por no constarles que todas las leyes fuesen conformes a la razón y las penas no traspasarían la medida de los delitos, lastimando la arbitrariedad de los jueces los derechos del inocente oprimido. No podrá decirse que los Carrera se han sustraído a la protección del gobierno de Buenos Aires. Ellos fueron aprehendidos en el territorio de las Provincias Unidas, y si el haber salido de la capital sin pasaportes se conceptúa delito, su conocimiento corresponde exclusivamente a su jurisdicción; y el conato de alejarse de su territorio no es motivo suficiente para entregarlos a manos de sus mortales enemigos."

La argumentación era irrefutable, y los intérpretes de la ley tenían necesariamente que ser consultados. Sometido el exhorto del gobierno de Chile al fiscal de la suprema cámara de justicia, éste

se pronunció abiertamente contra su pretensión de avocarse la causa: "Aunque por el estado informe del expediente —dice—, correspondería se agregasen los antecedentes que han motivado la prisión de los Carrera, traslúcese en él lo bastante que su fundamento lo deriva de los principios de conjuración contra las autoridades del estado de Chile, y no puede dudarse de que es un asunto que conviene se ventile en la capital con la presencia personal de los reos, sin hacer lugar a la toma de las confesiones que solicita el gobierno de Chile, pues son un acto de dependencia y jurisdicción que en modo alguno se le debe permitir ejerza en el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata." Consultado el asesor de gobierno, Dr. Valle, afirmó en términos más explícitos aún: "Pretender que se tome confesión a los Carrera y se les notifique nombren apoderados para sus defensas, con calidad de presentarse ante el gobierno de Chile y apercibimiento de proceder en rebeldía a la resolución definitiva y ejecución, no puede permitirse, porque recibir la confesión al reo es un acto de la jurisdicción que el juez ejerce sobre él por habérsele sujetado de algún modo, y los Carrera no han cometido delito en el estado de Chile."

El gobierno argentino, perplejo ante su responsabilidad nacional, sus deberes políticos para con el aliado, y sus sentimientos que lo inclinaban a la lenidad, se abstuvo de resolver el punto en cuestión, y limitóse a encargar al gobernador de Cuyo aliviara la prisión de los dos hermanos. Luzuriaga contestó que había tenido con ellos todas las consideraciones, pero que no le era posible relevarlos de la prisión, pues de otro modo no podría responder de sus personas, cuando estaban encausados por crímenes comunes, y le constaba se hacían trabajos para favorecer su fuga. En estas tramitaciones de mera forma pasáronse los últimos meses de 1817 y los primeros días de 1818, quedando la causa pendiente ante las dos jurisdicciones, y de hecho, bajo la de Chile en su parte principal, aunque sin definirse el punto esencial de la competencia. La vida de los Carrera parecía garantida, pero la fatalidad hacía su camino aun a despecho de las mismas que eran árbitros de las víctimas predestinadas.

II

Pendiente el proceso y adormecida su prosecución a ambos lados de la cordillera, límite de las dos jurisdicciones en conflicto, D. Luis, de acuerdo con algunos soldados milicianos de la guardia que lo custodiaba, imaginó fraguar una revolución en Mendoza, con el propósito de apoderarse del mando de la provincia de Cuyo, armar en ella un cuerpo de ejército, negociar en esta actitud un arreglo con O'Higgins y San Martín, y en caso de negativa de és-

tos, hacer una expedición al sur de Chile en alianza de los indios de Arauco y hacer por su cuenta la guerra a espaldas del ejército realista con la bandera de "la patria vieja" caída en 1814. La conjuración disipada era el sueño de una mujer: el proyecto de revolución era un delirio del cautiverio. Denunciado su intento por uno de sus cómplices en vísperas de su ejecución (25 de febrero de 1818), se abrió un nuevo proceso a los dos hermanos como perturbadores del orden público. Juan José amilanado, renegó a su hermano, negando tener participación en el plan y suministró nuevos cargos contra los conspiradores. Luis, despechado, o movido por su nativa generosidad, lo confesó todo, bajo la promesa del perdón de sus cómplices, echando sobre sí toda la responsabilidad. Esto sucedía en los primeros días de marzo; el 29 del mismo llegaba a Mendoza la noticia del contraste de Cancharrayada. Lleno de zozobra el gobernador, pidió autorización al gobierno para despachar a la capital los reos con su causa. Era la salvación de los Carrera. Por desgracia para ellos, llegaba en esos momentos a Mendoza entre los fugitivos del campo de batalla, poseídos de los pavores de la derrota, el Dr. Monteagudo, auditor del ejército de Chile. Este personaje, cuya figura aparece en todas las hecatombes de la revolución, terrorista por temperamento y por sistema, era el genio fatídico que iba a decidir con su influencia de revolucionario y jurisconsulto de la suerte de los presos. El 6 de abril un número considerable de dispersos del ejército difundía el pánico en la provincia de Cuyo. Todos consideraban posible y aun probable, una nueva derrota del ejército unido, y preveían una emigración de chilenos como la anterior, que se dividiría en dos bandos, poniendo uno de ellos a su cabeza a los caudillos chilenos. La numerosa cantidad de desterrados de ultracordillera y de prisioneros y confinados españoles, que empezaba a agitarse, aumentaba esta alarma, a lo que se agregaba el anuncio de una expedición que Osorio preparaba al sur de Mendoza. La guerra civil que asomaba en el litoral y las campañas inundadas por el bandalaje, eran otros tantos peligros que perturbaban los ánimos. La municipalidad de Mendoza, haciéndose el órgano de estos terrores. requirió del gobernador, en nombre del pueblo la inmediata terminación de la causa de los Carrera, señalándolos como víctimas propiciatorias de la paz pública, para prevenir un nuevo revés de las armas independientes. En vano el defensor de los reos, el Dr. Manuel Vázquez de Novoa (chileno), hablando por boca de la ley, alegaba que los simples conatos "non debe haber pena ninguna aun cuando fuesen sucedidos con tal que no maten á otro" (marzo 29). El fiscal de la causa (con carácter militar para mayor difusión), sordo como la opinión apasionada, invocando los padres de la iglesia, los historiadores romanos, los juristas antiguos y modernos, los filósofos desde Platón hasta de la Mirándola, el caballo de Troya y los Libros Sagrados,

pedía "el último suplicio para los Carrera" (4 de abril), por el crimen de alta traición contra la seguridad de los dos estados. Luzuriaga se asesoró de una junta de tres letrados. de la que formaba parte Monteagudo, los que unánimemente opinaron que el gobernador, "en tan terrible y extraordinario conflicto, estaba autorizado, no sólo para concluir sumariamente la causa sino para proceder a la ejecución de la sentencia, sin previa consulta a la superioridad por ser el peligro eminente", lo que presuponía una sentencia de muerte (abril 7). Todo se conjuraba para amontonar maldiciones sobre las cabezas de los infortunados hermanos. El gobernador, "estrechado por los peligros públicos", según sus propias palabras, pidió a los letrados formulasen la sentencia según el mérito del proceso, y éstos fulminaron su fallo condenatorio en virtud "de las circunstancias extraordinarias, no obstante no haberse consultado en favor de los reos los medios ordinarios que pudieran disminuir el rigor de la ley." El dictamen, convertido en fallo definitivo y sin remisión, fue firmado el 8 de abril a las 3 de la tarde. A las 5 del mismo día, los dos hermanos Carrera eran fusilados. Media hora después llegaba con la noticia de la victoria de Maipú el sargento mayor de granaderos a caballo, Mariano Escalada, hermano político del general vencedor. Las campanas de la ciudad se echaron a vuelo al mismo tiempo que los cadáveres de las dos víctimas eran sepultados haciendo más odioso el estéril y cruento sacrificio.

La fatalidad perseguía a las víctimas inmolatorias, aun después de muertas. Por una ironía de su destino veinticuatro horas después de la ejecución (9 de abril), el director supremo de las Provincias Unidas firmaba un decreto, en que sin pronunciarse aún respecto de la cuestión pendiente sobre competencia jurisdiccional, ordenaba al gobernador de Cuyo "continuar la causa de los Carrera, ínterin se le remitían las facultades convenientes para proceder conforme a las circunstancias." Dos días después la joven viuda de Juan José Carrera, Ana María Cotapos, imploraba de San Martín la vida de su muerto esposo, al que había consagrado una profunda y tierna pasión. El vencedor de Maipú conmovido, puso en sus manos una carta para O'Higgins, accediendo a sus ruegos. "Excelentísimo señor: Si los cortos servicios que tengo rendidos a Chile merecen alguna consideración, los interpongo para suplicar se sobresea en la causa que se sigue a los señores Carrera. Estos sujetos podrán tal vez ser algún día útiles a la patria, y V. E. tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público. —*José de San Martín.*" O'Higgins, siempre airado, concedió la gracia pedida pero con reservas, haciendo al general responsable ante lo futuro de los peligros a que exponía al país con su poderosa interposición, y le contestó en una nota oficial, que los historiadores chilenos no han conocido: "Excelentísimo señor: La respetable mediación de V. E., aplicada en favor de los

Carrera, no puede dejar de producir en toda su extensión los efectos que V. E. se propone, y aun cuando la patria peligrase por la existencia de estos hombres, V. E. en quien descansa la salvación de este estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su pretensión. —Santiago, 10 de abril de 1818. —*Bernardo O'Higgins.*" Al día siguiente el director de Chile dirigía al gobernador de Cuyo un oficio en que, desistiendo de toda acción contra los Carrera por su delito contra la seguridad del estado, le recomendaba aplicase toda la indulgencia conciliable con los progresos de la revolución, expresando que "no había podido resistir ni al poderoso influjo del general San Martín, ni a las circunstancias en que se hacía esta súplica, no considerando el gobierno justo, que el placer universal de la victoria no les alcanzase."

La solemnidad de la nota de O'Higgins, que ha permanecido inédita por más de setenta años, esparce una nueva luz sobre el fondo oscuro de este cuadro melancólico, y muestra que, al conceder la gracia, se violentaba y la reducía a términos condicionales, haciendo responsable a San Martín de sus consecuencias ante la historia. Por no haberla conocido, algunos historiadores han llegado a insinuar que el general y el director no procedieron de buena fe; pero en presencia de este documento todas las dudas se disipan, y vese que el perdón fue solicitado y otorgado con la profunda convicción de que iba a surtir sus efectos. Nada absolutamente autoriza, ni aún a sospechar siquiera, que estos hombres ilustres representasen en tal ocasión con palabras tan solemnes una farsa indigna, haciendo vana ostentación de sensibilidad, cuando ni uno ni otro excusaban manifestar sus sentimientos respecto de los agraciados. El general San Martín, en un proyecto de manifiesto sobre este incidente, que también ha permanecido inédito, declara: "Después de la jornada de Maipo, interpuse ante el gobierno de Chile todo mi valer a favor de los Carrera, y conseguí gracia. Más, ya fue tarde." Y en una exposición igualmente inédita, contestando a cargos que don José Miguel le hacía en una correspondencia, afirma: "No he mandado ejecutar a sus hermanos." Y para que no se piense que lo hace para rehuir responsabilidades, agrega a renglón seguido: "Yo he sido árbitro de la vida de sus hermanos, y le aseguro que, así como era un general auxiliar, si hubiese nacido en Chile, hubiera ahorrado al gobernador de Mendoza el trabajo de haberlos ejecutado; y aun cuando repito no haber tenido la menor parte en la ejecución, si me hubiese hallado de gobernador de Mendoza, mucho antes habría tenido lugar." Esta terrible declaración, en cierto modo póstuma, confrontada con la solemne nota de O'Higgins, y que el general conservó entre sus papeles para que la posteridad la leyese, derrama una luz plena sobre el papel que ambos representaron en este drama sombrío, abdicando de sus sentimientos en nombre de la victoria, cuando sus adversarios no eran

ya un peligro para la causa a que se habían consagrado, sin retroceder ante la responsabilidad de sacrificarlos en caso necesario.

Un historiador chileno asevera "que O'Higgins mandó pagar al padre de los Carrera la cuenta de las costas del proceso seguido a sus hijos, pasada con tal objeto por Luzuriaga, y que en ella figuraba esta partida: "Diligencias de presenciar la sentencia y ejecución de ella y otras intimaciones... 4 pesos."

III

Al día siguiente (domingo 12 de abril) de obtener el tardío perdón de los Carrera, que sus enemigos convertirían en un nuevo capítulo de acusación, San Martín se apeaba de su caballo a inmediaciones de un rancho, en un pintoresco sitio a diez kilómetros de Santiago, denominado "El Salto", para consumar silenciosamente uno de aquellos actos de magnanimidad que son reveladores de una naturaleza superior. Como se dijo antes, la cartera que contenía la correspondencia secreta del general Osorio, había sido tomada por O'Brien en la persecución de Maipú, quien la entregó cerrada. Allí estaban las pruebas escritas de la traición de muchos chilenos que, aterrados por el desastre de Cancharrayada, habían abierto comunicaciones con el enemigo triunfante, declarándose entusiastas realistas. Este fue el único botín de la victoria que el generalísimo se reservó, y que a nadie comunicó. Otro hombre menos sagaz, como lo observa un historiador, habría convertido cada uno de esos papeles en una auto cabeza de proceso contra sus autores, llenando las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era la pusilanimidad. El taciturno vencedor sentóse al pie de un árbol solitario, y leyó, una por una, todas las cartas. En seguida pidió que hiciesen una fogata a sus pies, y quemó todos aquellos testimonios acusadores, que, convertidos en cenizas, se llevó el viento del generoso olvido. Al consumar este acto, hallábase sentado en una tosca silla de madera, que fue en tal ocasión el trono de la magnanimidad modesta del que al trabajar por la libertad de un continente, perdonaba ante su conciencia a los que habían dudado de su genio. Fue el único testigo de esta escena su fiel ayudante de campo, a quien ordenó imperiosamente guardara silencio sobre lo que había visto o podido leer. Un día después (13 de abril), se puso en marcha hacia Buenos Aires, para buscar en el Río de la Plata, como después de Chacabuco, los medios de asegurar la dominación del mar Pacífico y realizar la expedición al Perú. El lunes 11 de marzo, a las 6 de la mañana, estaba en su hogar al lado de su esposa, sustrayéndose por segunda vez a la entrada triunfal que se le había preparado, y que el Director le rogara aceptase. La *Gaceta* decía con este motivo: "No puede caber la pequeñez de solicitar

los honores del triunfo en el que ha tenido la gloria de merecerlos."

Hacía pocos días que el generalísimo de los Andes se encontraba en Buenos Aires ocupado en allegar recursos para su grande empresa, cuando recibió una breve carta de O'Higgins, en que, después de hablarle de armamentos navales que ocupaban la atención preferente de ambos, dábale noticia, como por incidencia y en términos indiferentes, de una tragedia más lúgubre que la de Mendoza que había tenido lugar en Chile. "Rodríguez —le decía—, ha muerto en el camino de ésta a Valparaíso, recibiendo un pistoletazo del oficial que lo conducía por haberlo querido asesinar, según consta el proceso que me ha remitido el comandante de cazadores de los Andes, Alvarado." Precisamente, en el mismo día en que Rodríguez moría, San Martín, sabedor de algunos alborotos que aquél había promovido, escribía a O'Higgins, implorando alguna clemencia en favor de su antiguo emisario y precursor de la reconquista de Chile, por quien siempre tuvo simpatías, como antes lo había hecho en favor de los Carrera. La ausencia de San Martín del teatro del suceso, los acontecimientos que lo provocaron, posteriores a su partida de Santiago, y estas dos misivas que se cruzaban en el camino por una ironía del destino, no han impedido que se le haya hecho responsable del sacrificio de Rodríguez, incluyéndolo en el catálogo de sus víctimas. He aquí lo que había sucedido:

La victoria de Maipú, al asegurar la independencia chilena consolidando su orden interno, despertó en el pueblo un espíritu de oposición que estaba latente, y que revestía un doble carácter. Los ciudadanos más moderados limitaban sus apiraciones a una regularización administrativa, y cuando más, pedían una constitución cualquiera que pusiese coto a la dictadura omnímoda de un solo hombre. Los más exaltados creían que había llegado el tiempo de iniciar una reforma radical, y exigir en nombre del pueblo que tomasen participación en el gobierno nuevas influencias. Formaban entre éstos todos los antiguos carrerinos los que por espíritu de exagerado patriotismo local eran enemigos de la alianza chileno-argentina y de la influencia del general San Martín. Rodríguez era uno de ellos, y aspiraba a ser el caudillo de la reacción. Su base era el escuadrón Húsares de la muerte, cuerpo irregular, compuesto de hombres en su totalidad desafectos a la situación, y según su jefe lo propalaba, estaba destinado a imponer respeto a los mandones de la patria ya libre de españoles. O'Higgins mandó disolver el cuerpo, que era un principio de desmoralización en la disciplina del ejército y un foco de conspiración armada, que pretendía erigirse en entidad políticomilitar. Rodríguez pretendió resistir la orden de disolución y la entrega del armamento por él acopiado, pero hubo de ceder ante la actitud firme del Director. Fue enton-

ces cuando empezó a acentuarse la agitación oposicionista que despertó el triunfo de Maipú. Rodríguez, guerrillero audaz y tribuno demagógico, con diploma de abogado y charreteras de coronel, era una mezcla confusa de militar montonero, político de aventuras y letrado populachero, con los vicios y cualidades de una naturaleza desequilibrada, poseído de un patriotismo indígena sin juicio y sin previsión, que sólo se inspiraba en las simpatías por el partido carrerino y en su odio a la alianza argentina, cuyos propósitos, a haber prevalecido, habrían dado por resultado una derrota más desastrosa que la de los Carrera en 1814. Con estos instintos y un temperamento de conspirador consuetudinario, lanzóse en el movimiento agitador, al que imprimió el carácter desordenado de su genio alborotador.

El cabildo de Santiago, que tan principal papel representara en los comienzos de la revolución, se hizo el órgano de los deseos cívicos de los ciudadanos, pensando quizá reconquistar la posición de asamblea deliberante que había perdido. Al efecto, recabó del Director con arreglo a la ley municipal, la convocatoria de un cabildo abierto o asamblea de vecinos notables, para explorar la opinión y buscar los arbitrios que reclamaban las circunstancias. Reunióse el 17 de abril, tres días después de la partida de San Martín para Buenos Aires. Asistieron en mayoría los desafectos al gobierno, y a su cabeza Rodríguez como tribuno, exigiendo que el cabildo asumiera el carácter de representación nacional mientras se convocaba un congreso y que se le concediese la facultad de nombrar los ministros de estado, con excepción del de la guerra, con el aditamento que se obligara a los gobernantes a condescender con los votos del pueblo. Así se acordó. El plan de Rodríguez era imponer a O'Higgins por medio de una pueblada. El Director recibió de mal talante estas exigencias, amonestando severamente a los cabildantes por haber encabezado un alboroto escandaloso, y sabedor de que Rodríguez se hallaba en el patio del palacio a la cabeza de un grupo de sus parciales, alentándolos para que apoyasen al cabildo, lo mandó prender por un edecán, y todo quedó aquietado.

Queriendo empero O'Higgins dar una satisfacción a los anhelos legítimos de la opinión, aun cuando comprendiese que el país necesitaba todavía de un gobierno fuerte y vigoroso, investido de facultades latas para dominar la situación revolucionaria, expidió un decreto (18 de mayo) en que, después de declarar que no quería "exponer por más tiempo la suerte del Estado al alcance de su solo juicio, y resistiendo sus principios la continuación de un poder con facultades indefinidas, nombraba una comisión de siete ciudadanos ilustrados, para que le presentasen un proyecto de constitución provisional, mientras las circunstancias permitían la reunión de un congreso nacional, que dictase "una constitución estable que

arreglara los poderes, señalase los límites de cada autoridad y estableciese de un modo sólido los derechos de los ciudadanos." En consecuencia promulgóse una constitución, que fue sometida al voto de los propietarios e industriales y padres de familia, por la cual, sin innovar en cuanto a la existencia del gobierno establecido con sus amplias facultades, ni fijarle término, se deslindaban los tres poderes, y mientras no se convocase el congreso, un senado de cinco miembros, elegidos por el Director, desempeñaría las funciones legislativas, con atribuciones suficientes para velar por el fiel cumplimiento de la constitución y reformarla en caso necesario. El decreto que inició esta reforma, que era una promesa de normalización, o por lo menos de moderación en el ejercicio del poder, fue manchado con la sangre de una víctima inmolada contra toda justicia y toda ley. Esta víctima fue Rodríguez.

La trágica muerte de Rodríguez es una leyenda que ha sido contada con numerosas variantes en sus detalles, pero de cuyo fondo sombrío se desprende uniformemente la luz siniestra de un asesinato alevoso. Detenido en el cuartel de cazadores de los Andes, que mandaba Alvarado, su custodia fue encomendada al teniente Manuel Navarro, del mismo cuerpo, español de nacimiento. Al día siguiente del arresto, con orden de marchar el batallón, fue llamado Navarro por Alvarado, a quien encontró en compañía de Monteagudo, y le intimaron que lo hacían responsable de la seguridad del preso, informándole de que se trataba de darle escape. A las diez de la misma noche fue vuelto a llamar Navarro por Alvarado y Monteagudo, y ambos le significaron sigilosamente según él, que el gobierno se interesaba en "la exterminación de Rodríguez" por la tranquilidad pública y la existencia del ejército. En la mañana del 23 de mayo salió el batallón de cazadores de Santiago, llevando preso a Rodríguez, para ser juzgado militarmente en Quillota por perturbador del orden público. En el camino, uno de los oficiales se acercó al preso, y le ofreció un cigarro de papel, con estas palabras escritas con lápiz: "Huya, que le conviene." En la tarde del 24 acampó la columna al margen de un arroyo, a medio camino entre Santiago y Quillota. El piquete que custodiaba a Rodríguez, se situó a dos cuadras más adelante, en la boca de una quebrada que lleva el nombre de Til-til, desde entonces tristemente famoso. El preso estaba desasosegado, como presintiendo su fatal destino. Al oscurecer, el teniente Navarro, con un cabo y dos soldados armados de carabinas, se internaban en la quebrada de Til-til en compañía de Rodríguez, y a poco andar, a inmediaciones de unos molinos que se alzaban al lado del camino, sonaba un pistoletazo. "¡Ya murió Rodríguez!" exclamaron algunos oficiales que desde el campamento oyeron el disparo. Al día siguiente, su cadáver fue encontrado a la sombra de unos maitenes, cubierto de piedras y ramas, con una herida en el cuello y ultimado por una cuchillada en

la cabeza. Díjose que el preso había intentado fugarse, haciendo armas contra sus guardianes, y así se hizo constar en un sumario fraguado al efecto. El silencio se hizo en torno a la víctima y los victimarios. Así murió Manuel Rodríguez, a la edad de treinta y dos años, y alcanzó la inmortalidad de mártir que sus meritorios servicios no le habrían dado, aun prolongando por largo tiempo su vida.

San Martín, ajeno a este crimen, lo deploró como un error, aunque lo aceptó como un hecho que suprimía un obstáculo, que había procurado apartar de su camino sin violencia. Los hombres de acción poseídos de una idea, que persiguen un objetivo fijo y representan una fuerza histórica continua, aunque sean magnánimos, no tienen tiempo para ser sentimentales ni para detenerse en su camino por las desgracias individuales que directa o indirectamente causan: son como las fuerzas de la naturaleza, que obedecen a su ley, sin cuidarse de si un hombre se ahoga en la oleada tempestuosa que levantan o si es devorado por los fuegos que encienden.

IV

En medio de estas escenas trágicas, que hacen recordar la fatalidad antigua, se levantaba armonioso en las orillas del Plata un coro de poetas que entonaba el himno triunfal de la batalla de Maipú, haciéndose oír en él las voces de Luca, que había cantado el triunfo de Chacabuco; de López, el inspirado autor del himno nacional; de Lafinur, que producía su más hermoso canto; de fray Cayetano Rodríguez, el maestro de Moreno, numen de la revolución de Mayo y el inspirador del congreso de Tucumán, que declaró la independencia argentina bajo los auspicios de San Martín, y de Juan Cruz Varela, el más joven de todos, que se revelaba como un genio poético; todos ensalzaban al dos veces vencedor,

En Maypo se labró doble corona
Que con esfuerzo doble,
Con arduo empeño, con valor osado,

Esta glorificación poética era la expresión del sentimiento popular de que los poderes públicos se hacían órgano. Todas las municipalidades de la república le dirigían sus felicitaciones. El gobierno le enviaba el despacho de brigadier, que él devolvía, consecuente con su promesa de no recibir ascensos, y retirarse a la vida privada después de terminar su obra de emancipación americana. El Director Supremo, que se había presentado personalmente ante el congreso para felicitar al pueblo por el triunfo de Maipú, sometía a la representación nacional la denuncia del vencedor, y el con-

greso decretaba que se le tributase un voto de gracias a nombre de la nación con presencia de todas las autoridades del estado, y que, para perpetuar tan glorioso hecho, "se habriese una lámina, en cuyo centro resaltara el retrato del general San Martín, teniendo a cada lado un genio: el de la libertad al lado derecho y el de la victoria al izquierdo, sosteniendo una corona de laurel levantada sobre el retrato; a su pie, las banderas de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y con esta inscripción en su contorno: "La gratitud nacional al general en jefe y ejército vencedor en Chacabuco y Maypo", con el cuadro de estas batallas en la parte más visible de la lámina. El 17 de mayo, presentes el Director y todas las corporaciones, en medio de un inmenso pueblo que lo aclamaba con entusiasmo, el héroe de Chacabuco y Maipú se presentó ante el congreso, el cual por la primera y última vez en los fastos parlamentarios de la nación argentina, le dio las gracias "por sus servicios que con tanto honor del nombre americano merecía." Puesto de pie, el modesto general contestó, en medio de grandes aplausos, que la victoria se debía a sus compañeros de armas; que él no había sido sino el órgano del ejército de los Andes; y que renovaba su juramento de salvar la patria o de morir en la demanda.

Pero San Martín no había venido a Buenos Aires para recibir honores, sino para trabajar por la emancipación de todo el continente americano, que era la idea fija que lo llevara de Tucumán a Cuyo y de Cuyo a Chile, con el Perú por objetivo. Para ello necesitaba formar una escuadra que dominase el mar Pacífico, y retemplar los resortes del ejército expedicionario. Todo el mes de junio lo empleó en conferenciar con los miembros de la Logia sobre este punto, objeto principal de su viaje. En los primeros días de julio reuniéronse en la pintoresca quinta de Pueyrredón, en San Isidro, a veinte kilómetros de Buenos Aires, el general, los ministros de estado y los miembros más influyentes de la logia lautarina. El asunto que se trató fue: los recursos con que el gobierno argentino debía concurrir "a la concertada expedición al Perú." Quedó arreglado por unanimidad, que se otorgarían 500.000 pesos al ejército de los Andes, los que se obtendrían por medio de un empréstito, aun cuando el Director manifestó creer imposible poderse reunir tal cantidad, sin por esto hacer oposición al proyecto, en que entraba de lleno, no faltando algunos consejeros que asegurasen que hasta un millón de pesos podría proporcionarse; pero el general se dio por satisfecho con los 500.000. Arreglado este punto, San Martín se ausentó de incógnito como había entrado. Ya no volvería vivo a la capital del Plata, sino una vez más, para ser silbado en sus calles después de realizar su grande empresa.

Con estos grandes intereses cruzábase, como telaraña entre gruesos cables tendidos, un incidente de carácter casi diplomático, de que nos hemos ocupado antes fuera de su orden cronológico y que

por referirse a la alianza argentinochilena, tiene su valor histórico, pues da mucha luz sobre el modo como cultivaban confidencialmente los dos gobiernos sus relaciones internacionales. Como antes se explicó (cap. XV, párrafo VI), el enviado argentino en Santiago, por un exceso de argentinismo, se mezclaba por demás en las cosas internas de Chile, lastimando el orgullo nacional O'Higgins, aunque manso, era altivo, y considerando deprimida su autoridad ante su país, escribió a San Martín quejándose de Guido, y a Pueyrredón pidiendo su inmediata separación, "por no ser conciliable la permanencia del diputado argentino en Chile con su puesto de Director." El gobierno argentino se apresuró a dar satisfacción al Director chileno en homenaje a los intereses de la alianza, y Guido fue destituido, ordenándose se pusiera inmediatamente en viaje para Buenos Aires. San Martín, siempre prudente, y en el deseo de salvar a Guido, se encargó de arreglar amigablemente esta diferencia, haciendo intervenir a la Logia y calmando a O'Higgins. Este le contestó noblemente: "Es tan común equivocarse un hombre en cuanto a la opinión y genial de la vida ajena, como es débil y variable la juventud exaltada y sin tino. He escrito a Guido dándomele sólo por entendido en pequeñeces, que en cuanto a lo principal, es mayor su esclarecimiento que el disimulo. Con los antecedentes y cartas de Buenos Aires, revisado todo en O-O (sesión de la Logia), se acordó por el bien de la paz cortar nuestras diferencias. Yo admití gustoso la reconciliación sellando este negocio con un olvido eterno, sin recelo de que por eso se vuelva a alterar la buena armonía entre los amigos."

Para estrechar esta unión y cooperar a los trabajos políticomilitares, Chile, de acuerdo con San Martín, nombró en calidad de agente diplomático en Buenos Aires a D. Miguel Zañartu, acreditado a la vez ante el gobierno argentino y ante la Logia de Lautaro que dirigía la política de ambos países, y de la que era miembro. El enviado chileno, al presentar sus credenciales (2 de agosto de 1818), manifestó que "adoptaba el lenguaje del reconocimiento como ministro de un gobierno libre y feliz, que, en unión con los sentimientos de su pueblo, bendecía con él la mano bienhechora que había introducido en su seno la prosperidad, la abundancia y la paz." El Director contestó: "Las únicas tropas aliadas que han pisado nuestro territorio han sido las de Chile. Las Provincias Unidas del Río de la Plata han tenido a su vez la gloria de acreeditar su gratitud." El diario oficial, al comentar este acto, de mera forma al parecer, le daba largo alcance, señalándolo como una nebulosa, anuncio de un nuevo astro de primera magnitud: "Este suceso, mirado con el telescopio del tiempo, tendrá mayor tamaño del que por ahora se pueda alcanzar."

Al mismo tiempo que esta nubecilla se disipaba en el occidente de los Andes, una complicación más grave amenazaba al oriente ha-

cer fracasar los planes concertados de la alianza argentinochilena. Al llegar San Martín a Mendoza (fines de julio de 1818), recibió cartas confidenciales de Pueyrredón y comunicaciones oficiales del gobierno argentino, en que le anunciaban que el empréstito de los 500.000 pesos era irrealizable, y no debía contar con este recurso para su proyectada empresa. "La grandeza de los planes que ha concebido V. E. en bien de la causa común — decíale oficialmente el Director —, tan dignos de los auspicios de este gobierno, me decidieron por falta de otros arbitrios, a calcular sobre los capitales en circulación del comercio de esta capital, para que introdujesen en arcas hasta la suma de 500.000 pesos, con que debía auxiliarse a V. E. según lo resuelto. Me es insensible que, al hacer realizable el entero, han resultado ineficaces las providencias dictadas; de suerte que ha sido forzoso moderar la cuota, y bien puede afirmarse que el empréstito de los 500.000 pesos, apenas se hará asequible en una tercera parte. Estas y las anteriores causas deben persuadir del conflicto a que me reducen las actuales circunstancias, deben persuadir a V. E. que hay un fundado motivo para suspender todo cálculo que se apoye en la existencia de los expresados fondos: en esta virtud he resuelto prevenir a V. E., en precaución de todo comprometimiento, que absolutamente omita el giro de letras contra tesorería. Mas, repose V. E. en la esperanza de que, por cuantos medios me sea posible, íntimamente persuadido de cuán importante es la realización de las empresas que sabiamente medita, continuaré en la reunión de todo género de artículos y dinero que me proporcionen los desahogos." Pueyrredón comentaba confidencialmente la palabra oficial: "Ya habrá visto lo que le digo sobre los 500.000 pesos: no hay remedio, no se sacan de aquí aunque se llenen las cárceles de capitalistas." Este era el desahucio del dominio naval del Pacífico, de la expedición al Perú y del complemento de la emancipación sudamericana.

V

Aquí se repite en la vida de San Martín otro momento desesperado, en que, con la victoria en la cabeza y la conciencia del éxito, tropieza con la falta de recursos materiales para realizar sus designios. (Véase cap. XI, párrafo IV). El tenía la seguridad de herir mortalmente al enemigo en su centro, y la visión clara, como en 1816, de dar la libertad a la América del Sur, y en ese momento le faltaba el empréstito con que contaba.

Después de cuatro años de trabajos de operaciones admirables por su exactitud geométrica y victorias nunca vistas ni soñadas en el Nuevo Mundo, contaba de seguro que el plan a que había consagrado su vida iba a realizarse, y en ese momento todo le falla por

la carencia de un montón de oro. Pero 500.000 pesos plata era entonces una cantidad fabulosa para las pobres y nacientes repúblicas sudamericanas.

San Martín no vaciló entre abdicar su misión redentora o forzar la mano de los que negaban el oro necesario para realizar su gran empresa continental. Al aviso de no ser posible suministrarle el medio millón de pesos ofrecido, contestó oficialmente, señalando con una aterradora concisión las consecuencias inmediatas en estos términos: "Creo de mi deber exponer que, si el Ejército de los Andes no es socorrido, no solamente no podrá emprender operación alguna, sino que está muy expuesto a su disolución." Y en seguida formuló su renuncia, con una melancolía que refleja el estado de su alma en ese momento: "Resuelto a hacer el sacrificio de mi vida, marchaba a encargarme del Ejército Unido, no obstante que el facultativo D. Guillermo Colisberry, que también me asistió de mi enfermedad en el Tucumán, me asegura que mi existencia no alcanzará a seis meses; sin embargo, lo arrostraba todo en el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando. Mis débiles servicios estarán en todo tiempo prontos para la patria en cualquier peligro que se halle."

La terrible dimisión se leyó en la Logia de Buenos Aires, y sus miembros, sorprendidos, acusaron al gobierno de fría apatía por no haber cumplido el compromiso contraído con su acuerdo. El enviado chileno Zañartu, manifestó que los sacrificios que hacía su gobierno debían nivelarse con los del argentino en una empresa de utilidad común. O'Higgins, profundamente impresionado, escribió a San Martín: "¡Cuando me preparaba a estrecharlo en mis brazos, recibo la amargura de su resignación! San Martín es el héroe destinado para la salvación de la América del Sur, y no puede renunciar la preferencia que la Providencia eterna le señala." El gobierno quedó aterrado. Aquello era la disolución. La alianza argentino-chilena fallaba; el ejército de los Andes se deshacía; la causa del rey triunfaba en el Alto y Bajo Perú, y dominando la escuadra española en el mar Pacífico, Chile quedaba en peligro y la revolución de las Provincias Unidas aislada y amenazada por el Norte; la gran fuerza eficiente de la época desaparecía y con ella la esperanza de generalizar la emancipación sudamericana en el hemisferio sur. Ante esta perspectiva y la tremenda responsabilidad que asumía, el gobierno, sobrecogido, reaccionó inmediatamente, y sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró a hacer efectivo el solemne compromiso contraído para con la América. Como lo ha dicho un chileno y lo repite un peruano, con este motivo, "San Martín no tenía otro pensamiento, otro anhelo, otro trabajo, que el de la organización de una expedición contra Lima, sin cuya caída, él juzgaba con alto y acertado juicio, que jamás la América española podría conquistar

su independencia. Chile no era para él ni un desenlace ni una conquista; era simplemente una ruta militar que le era preciso seguir hasta golpear las puertas del poderoso virreinato que tenía en jaque a los independientes por todas sus fronteras. Todo lo que él pedía eran soldados, armas y buques, sin querer por nada del mundo apartar sus ojos a otra parte, fijos en las almenas de la ciudad de los reyes, en cuyo recinto trazaba ya con su vista de águila la sepultura del coloniaje. No fue un hombre, ni un político, ni un conquistador; fue una misión alta, incontrastable, terrible a veces, sublime otras, que él llenó; y es sólo bajo ese aspecto providencial como la historia deberá hacerse cargo de su grande nombre y de su gran carrera, llena de una unidad tan admirable en el decenio cabal que duró su papel histórico de libertador."

Quince días después de su renuncia (16 de setiembre), el gobierno le escribía, que "a costa de nuevos sacrificios se habían dictado providencias muy eficaces para facilitar el buen suceso del plan combinado, presintiendo un resultado feliz, y que por lo tanto podía girar desde luego contra la tesorería general hasta el lleno de la suma convenida." Pueyrredón, por su parte, decía confidencialmente: "¡Cómo se quedaría V. cuando recibió mi comunicación sobre suspensión de libramientos! No sé cómo no me he vuelto loco cuando vi cumplirse los tres plazos dados para el empréstito, y que no había entrado la sexta parte en caja. Mi espíritu tocaba ya en el término de la desesperación, porque preveía el trastorno que debían padecer nuestras operaciones militares; pero yo encontré el remedio en mi misma desesperación, y hoy puedo asegurar a V. que se hará efectivo el empréstito. Por lo demás dejémonos ahora de renuncias, que, si fue disculpable la de V. por las circunstancias, no lo es ya; y porque también juro a V. por mi vida, que si llegase V. a obstinarse en pedirla, en el acto haré yo lo mismo. Hemos de salir con honra del empeño ayudándonos recíprocamente. Aliento, pues, mi amigo: cuente V. con todos los recursos que pueden proporcionarse de aquí." De este modo, el general de los Andes, empeñado en su idea, sacudía con una hoja de papel la pasajera inercia de los suyos, retemplaba el fuerte espíritu de Pueyrredón, comprometía a Chile y aseguraba la expedición al Perú, salvando así la revolución sudamericana en peligro de paralizarse y retrogradar. Bien se ha dicho por eso, que fue una misión incontrastable la que se había impuesto, y que impuso a pueblos y gobiernos.

San Martín, como hombre de acción deliberada, no se paraba en medios, a fin de allegar recursos para sus fines. Provisto de la autorización de girar contra el tesoro general, encontró inmediatamente la mina de donde había de sacar los primeros dineros que le prometían. Acababa de llegar a Mendoza el correo de Chile con caudales de particulares con destino al comercio de Buenos Aires. Dando por razón que los caminos del tránsito eran inseguros —! lo

que era exacto —, y que se facilitaba la doble operación haciéndoles llegar por medio de letras de crédito, se apoderó de ellos, y giró por su importe contra el gobierno. Pueyrredón recibió este libramiento como un escopetazo, pero hizo honor a su compromiso. "Me ha puesto V. — decíale con este motivo —, en las mayores angustias con las libranzas que ha dado por los caudales de los correos que ha detenido. Ha sido preciso pagarlas a la vista, porque de otro modo padecía el crédito de V., el mío y el de la administración toda; y para ello, gradúe cómo me habré visto para hacer de modo que fuesen todos los accionistas pagados antes que se despachase el correo. He barrido al Cabildo, consulado, aduana y cuanto había con algún dinero ajeno. Si viene otra hago bancarrota y nos fundimos." Simultáneamente el gobierno le remitía primeramente 11.200 pesos y con posterioridad 100.000 pesos en libranzas avisándole haber cubierto sus giros por 12.000 pesos: y su comisionado en Buenos Aires para recibirlos, le anunciaba que sería conductor de 27.500 pesos más. De este modo hacía ingresar en la caja del ejército la cantidad por cerca de 200.000 pesos, lo bastante para dar impulso a sus planes por el momento, cuando el empréstito proyectado había ya producido 300.000 pesos. La situación estaba salvada, merced a la firmeza de propósitos de San Martín, y a la consumada habilidad con que supo manejar este complicado negocio financiero políticomilitar, que tradicionalmente se designa por antonomasia con la denominación de "empréstito de 500.000 pesos", y sobre el cual por la primera vez se hace la luz.

VI

Al llegar a Mendoza, el ánimo de San Martín era atravesar los Andes en pleno invierno, a fin de activar los preparativos de la proyectada expedición, contando con los recursos, y lo intentó por dos veces (en julio y agosto), pero, rechazado por las nieves, exclamaba con impaciencia: "De todos modos meto el diente a la cordillera, para que pronto salgamos de apuros y hagamos los aprestos que son necesarios." Para alimentar su actividad en la espera, ocupóse en construir el armazón del plan de campaña que tenía en su cabeza, a la manera que Miguel Angel empezaba por bosquejar el esqueleto de sus gigantes que después vestiría de carne, poniendo de pie la estatua humana. Según su plan, la expedición al Perú — una vez dominado el mar Pacífico —, debía componerse de 6.100 hombres, además de las tripulaciones de los buques, a saber: 5.400 infantes, 400 artilleros con 24 piezas de campaña, 200 de caballería y 100 zapadores, y un cuadro de oficiales y clases para formar un batallón peruano. Llevaría además 8 lanchas cañoneras para proteger su desembarco, un tren de 6 cañones de batir, 2 morteros de pla-

za y 2 obuses de 9 pulgadas con los elementos necesarios de sitio —teniendo en mira la fortificación del Callao—, con herramientas de zapa, sacos de tierra para trincheras, faginas incendiarias, antorchas y escalas de asalto, granadas de mano, con más un puente de maromas para atravesar los ríos de la sierra del Perú. Por complemento de armamento, 3.000 fusiles con fornituras para organizar un nuevo ejército en el país que se proponía revolucionar, y 1.000 carabinas, 1.600 lanzas enastadas, y 500 sables para armar las partidas de paisanos que se levantasen en él. Como de costumbre, ningún detalle estaba olvidado, desde los útiles de maestranza, los víveres y las ambulancias para los soldados, hasta las sopandas para suspender los caballos durante la navegación, con sus herraduras y sus clavos y los cohetes de señales. Como último complemento: 200.000 pesos en dinero para la caja militar. Más tarde hubo de reducir este plan por falta de recursos, limitándolo a 4.000 hombres —igual número al del ejército con que atravesó los Andes, y con que realizó por fin su invasión al Perú—, en lo que se ve la precisión y la economía con que calculaba matemáticamente las fuerzas con relación a las resistencias, para producir resultados eficientes en los límites de lo indispensable. Estos 2.100 hombres más, calculados en aquella época como necesarios para producir el efecto buscado, habrían suprimido cuatro años quizás en la lucha por la independencia, y ahorrado probablemente Ayacucho; pero los 4.000 bastarían al fin para preparar la victoria final.

Teniendo presente que, antes de emprender ninguna operación ofensiva sobre el Perú era necesario terminar la campaña del sur de Chile, donde los españoles aun se mantenían en Concepción y en la frontera de Arauco, escribía en tal sentido a O'Higgins: "6.000 caballos deben estar prontos: si ese estado no se halla en disposición de comprarlos, lo verificaremos de los 500.000 pesos que deben venir de Buenos Aires, siempre que esta erogación no haga falta para las ulteriores operaciones que tenemos que emprender." Pueyrredón, instruido de esta compra, la apoyaba en términos calurosos: "Excelentemente dispuesta la compra de los 6.000 caballos: con esta arma seremos invencibles." Mientras el general de los Andes arreglaba sus planes, el gobierno argentino, cooperando a su empeño de dominar el Pacífico, le anunciaba que dos bergantines de 18 cañones armados en guerra en el puerto de Buenos Aires, uno por cuenta de Chile y otro por cuenta de las Provincias Unidas, iban a reforzar la escuadra chilena. El fracaso del empréstito de 500.000 pesos paralizó momentáneamente estos trabajos. Arreglado este punto según queda explicado, otro incidente de carácter fantástico vino a interrumpirlos de nuevo, disipando inútilmente el tiempo y las fuerzas morales que valían más que el dinero.

En los primeros días de octubre recibió San Martín una carta enigmática de Pueyrredón, en que le hablaba de un nuevo teatro

que se abría a los negocios públicos, que haría variar o suspender las principales disposiciones respecto de la expedición, señalándole en esta emergencia un gran papel al general, para terminar de un solo golpe mágico la guerra, asegurar para siempre la independencia y obligar a los portugueses a evacuar el territorio de la Banda Oriental que ocupaban. La explicación de esta carta fue dada por un emisario secreto que simultáneamente llegó a Mendoza con el encargo de darle su clave. Era éste el doctor Julián Alvarez, redactor de la *Gaceta Oficial*, empleado en el ministerio de gobierno, secretario de la Logia de Lautaro y confidente de todos los secretos de estado de aquel tiempo, que guardaba con discreción hasta los últimos años. Alvarez, a la vez del encargo de dar explicaciones verbales sobre el nuevo plan anunciado en términos tan pomposos, era portador de comunicaciones secretas para el gobierno de Chile, que por mano de San Martín debían serle entregadas, propiciándolas con su influencia.

El plan de Pueyrredón reposaba sobre una quimera. Hombre impresionable y de poca penetración en los complicados negocios políticos, había exagerado el alcance de las noticias favorables que a la razón le comunicaran sus agentes diplomáticos, el doctor Manuel José García en Río de Janeiro, y Rivadavia en Europa, y los consejeros públicos y secretos participaron de sus ilusiones. Halagado con la esperanza de contar con el apoyo de la Francia, por las promesas vagas del gabinete del Brasil, por aberturas en el sentido de una transacción insinuada por el embajador español en Londres latamente interpretada; por la neutralidad del gobierno y las simpatías del pueblo británico que podía convertirse en protección eficaz; por la actitud al parecer benévola de la diplomacia rusa y las buenas disposiciones de los Estados Unidos en favor de la independencia; y por la importancia de los intereses del comercio y la paz universal comprometidos en la lucha entre España y sus colonias complicados por la cuestión del Portugal en ambos hemisferios, creyóse posible una intervención o un acuerdo de las grandes potencias europeas, que resolviese de hecho, según sus autores, la cuestión de la guerra, desarmando a la España y pacificando a las colonias revolucionarias. Según el plan, un monarca constitucional propiciado por las potencias, resolvía desde luego la cuestión de la independencia americana ante el mundo, salvaba la libertad ante la ley, y daba estabilidad al orden interno dominando la anarquía. Un acuerdo así garantido y sostenido, con el consentimiento firme y voluntario de la España, resolvía la cuestión territorial del Río de la Plata, incluyendo en los límites de la flamante monarquía las provincias perdidas del Alto Perú, el territorio de la Banda Oriental ocupado por las armas, a Chile si entraba en la combinación y tal vez el Bajo Perú. Se pensaba que en todo caso bastaba que una sola de las potencias prohijase este plan para que produjera

algunos de sus efectos, y a poco andar, aun suponiendo que no se realizase la negociación, se paralizaba la acción militar de España, deteniendo las expediciones que se encontraban prontas a salir de la Península con destino a América.

Este grandioso plan, si bien no carecía de intención y objetivos, dadas las circunstancias y el modo cómo lo encaraban los contemporáneos, era tan débil en sus fundamentos como errado en política. En estos proyectos de diplomacia universal que pretendían amalgamar los intereses de dos mundos, todo se había tomado en cuenta, menos la marcha de los acontecimientos y el país sobre que debía operarse, reduciéndose en último resultado, a una intervención extraña para establecer un orden de cosas que era rechazado por el país, a fin de obtener una victoria sin sangre: "victor sine sanguine", según la divisa de Monk, cuyo papel se asignaba a San Martín en cierto modo. Era que, a medida que la democracia se difundía y se constituía por instinto como hecho genial en la masa de la población, la idea monárquica como solución teórica se difundía en las esferas superiores del gobierno, en presencia de los peligros exteriores que amenazaban a la revolución y de los desórdenes internos que la trabajaban, produciéndose así dos corrientes superpuestas, una en la región de los hechos y de la razón pública, la otra en la región de las nubes que se perdían en el vacío, como se ha explicado ya en este mismo libro. (Véase cap. XI, párrafo V.) Así, el Congreso, compuesto de los hombres más eminentes de la revolución, cuya mayoría era monarquista, dictó instrucciones al efecto de buscar un príncipe europeo sostenido por algunas de las potencias de primer orden, que asegurando la independencia de la América, fundase la monarquía constitucional en el Río de la Plata, con cargo de someter todo a su deliberación. La Logia nombró para realizar el milagro al doctor don Valentín Gómez, más literato que político, y el Director, alucinado, escribió a San Martín: "Muy conveniente es la presencia de V. en Chile, para dar impulso a las cosas; pero debe quedar V. expedito dentro de dos, o dos y medio meses, para venir a completar los deseos de los amigos (de la Logia, para ser el campeón de la nueva monarquía), para completar y asegurar para siempre la independencia y el descanso de las Provincias Unidas, pues son incalculables los bienes que disfrutará nuestro país por un medio tan lisonjero." San Martín, monarquista de oportunismo como Pueyrredón, no obstante sus instintos republicanos que lo llevaban a fundar una república democrática toda vez que alcanzaba una victoria militar, aceptó la idea como acción cooperativa de su empresa, que no por eso perdió un instante de vista, pues tenía en ella más fe que en la diplomacia. En tal sentido se dirigió al gobierno de Chile y a O'Higgins confidencialmente: "Por mi oficio verá V. la comisión dada a Gómez para que se presente ante el congreso de los soberanos y demás naciones, a fin

de establecer nuestra independencia. La representación de ambos estados (Chile y las Provincias Unidas) debe ser de gran peso en el citado congreso." Defiriendo a la indicación de San Martín, el director de Chile nombró a su ministro Irisarri en calidad de agente diplomático en Inglaterra, provisto de las competentes instrucciones para representarlo indirectamente ante el congreso de soberanos, que se decía iba a tratar la cuestión de la independencia americana.

VII

Estos artificios diplomáticos y estos sueños monarquistas se producían en el momento supremo en que las dos grandes masas guerreras de la revolución sudamericana, convergían hacia el centro del continente para unificar su acción, y obtener las victorias que debían forzar la mano a la diplomacia de los soberanos europeos, haciendo triunfar ante el mundo la causa de la república. El paso de los Andes y la batalla de Chacabuco habían empezado a inclinar la balanza de la lucha de la revolución americana: la batalla de Maipú le dio la preponderancia, y su consecuencia inmediata debía ser el dominio del Pacífico y la rendición del Perú. Esto por lo que respecta al Sur, cuyas armas eran llevadas por el ejército argentinochileno. Por la parte opuesta, la revolución del Norte estaba encerrada en los límites de Venezuela, donde Bolívar luchaba heroicamente con Morillo. El libertador del Norte realizaría a su vez la gran operación de San Martín, pasaría los Andes ecuatoriales, daría en Boyacá un año después otra batalla americana como la de Maipú, y conquistaría la Nueva Granada, acercándose al Pacífico, en marcha también hacia el Perú como el libertador del Sur. Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata eran ya invencibles y sus fronteras inmunes. La revolución armada del Norte obtendría por su parte idénticos resultados en Venezuela, Nueva Granada y Quito. La lucha quedaba así circunscripta a un solo punto central del continente. De este modo, la guerra se simplificaba y sistematizaba, y los realistas, vencidos en los dos extremos, se reconcentraban vencidos en su último baluarte colonial para capitular allí. Mientras estas grandes evoluciones estratégicas se preparaban y llegaba el momento de la batalla final, los realistas sólo ocupaban el Bajo y Alto Perú al Sur, y Quito y Nueva Granada al Norte, haciendo el último esfuerzo para mantenerse en Venezuela, de donde iban a ser expulsados. Comparando este prospecto guerrero con el prospecto diplomaticomonarquista de que hemos dado cuenta, se ve que San Martín tenía razón en fiarse más en la espada que en la diplomacia, cuyo concurso aceptaba en teoría, pero perseverando siempre en la prosecución de sus vastos planos.

La España, triunfante en Europa, merced a su valerosa resistencia contra Napoleón y a la alianza inglesa, había agotado sus fuerzas en atender a la insurrección americana, y sus intereses políticos, acordes hasta cierto punto en el viejo mundo con su vecino el Portugal y con su aliado británico, estaban en abierta oposición en el Nuevo Mundo, hallándose profundamente trabajada por una lucha intestina entre el absolutismo imperante y el liberalismo comprimido, que por efecto de los triunfos de los independientes americanos, debía hacer al fin estallido y poner punto final a las expediciones de tropas de la Península. Durante los ocho años de guerra que iban corridos, la España había enviado a la América diez y seis expediciones armadas, que sumaban un total de 42.126 soldados con un costo de 1.500.000.000 de reales, o sean 75.000.000 de pesos fuertes. De estas tropas, veteranas todas ellas, vencedoras de las armas napoleónicas en la península, unas habían capitulado en Montevideo, otras fueron completamente destruidas en Chacabuco o Maipú o diezmadas en sus malogradas tentativas de invasión sobre el norte argentino.

La expedición de 10.000 hombres al mando de Morillo con destino a Costa Firme en 1815, fue el último y más gigantesco esfuerzo que hizo la metrópoli para equilibrar la lucha. Esta expedición, que en un principio era destinada al Río de la Plata, cambió de destino, y en la época a que hemos llegado, sus últimos restos se agotaban en vanos esfuerzos para contrarrestar la insurrección colombiana. Sin embargo, la España contaba todavía en América con 100.000 soldados de línea y de milicias, desde Méjico al Perú, y se preparaba a organizar una nueva expedición de 20.000 hombres contra el Río de la Plata, antes de darse por vencida. Por el momento alistaba en Cádiz una expedición de 3.000 hombres con destino a Chile y al Perú, sin tener todavía noticia del desastre de Maipú. Luego se verá cuál fue su suerte.

Tal era el estado de la guerra americana en los últimos meses de 1818, en momentos en que, por una parte, la diplomacia capitulaba con la monarquía, y San Martín y Bolívar se preparaban para herir de muerte el poder colonial en el Perú, después de anonadarlo al sur y al norte del continente.

En prosecución de estos grandes propósitos, San Martín terminaba su misteriosa campaña unipersonal de 1818, atravesando por la quinta vez los Andes. El 29 de octubre de apeaba de su mula de viaje a la puerta del palacio de los obispos de Santiago, lleno de grandes esperanzas, sustrayéndose como de costumbre a las ovaciones que le había preparado el pueblo. Allí lo alcanzaron las últimas cartas de Pueyrredón, que le aseguraban el próximo dominio del Pacífico. Este voto acababa de ser cumplido: las naves independientes dominaban los mares americanos, desde Buenos Aires hasta el Callao.

Capítulo XX

LA ESCUADRA CHILENA. — PRIMERAS CAMPAÑAS NAVALES DEL PACIFICO

1818

Las previsiones de genio. — Chile considerado como país marítimo. — Origen de la escuadra chilena. — El *Pueyrredón*. — La *Lautaro*. — La escuadra española en el Pacífico. — Primer combate naval. — El capitán O'Brien. — Se levanta el bloqueo de Valparaíso. — Prosecución de los armamentos navales de Chile. — Se refuerza con un navío de línea. — El *San Martín*. — Se anuncia una nueva expedición marítima de España. — Sublevación de *La Trinidad*. — La escuadra sale a la mar. — La bahía de Talcahuno. — Toma de la fragata *María Isabel*. — Apresamiento del convoy español. — Refuerzos que recibe la escuadra chilena. — Honores a los vencedores. — La *O'Higgins*. — La escuadra chilena domina el mar Pacífico. — Llegada de lord Cochrane a Chile. — Blanco Encalada y Cochrane.

I

Las previsiones del genio estaban cumplidas: el camino marítimo del Perú estaba abierto a las armas independientes. En 1814, San Martín estudiaba en Tucumán los cambios militares de la revolución, y buscando cuál era el que debía conducir sus armas hasta la capital del Bajo Perú, para herir de muerte el poder español en América, tuvo la primera intuición de su gran plan de campaña continental, que formuló en términos generales: "Mi secreto es: pasar a Chile, acabar allí con los godos, y aliando las fuerzas, pasar por mar a tomar a Lima." En la época en que enunciaba como posible esta complicada operación, las escuadras españolas dominaban los mares americanos desde California hasta el golfo de Méjico, y la marina chilena sólo estaba representada por las balsas de pescadores de los Chonos y Chilotes que cruzaban los solitarios canales de sus archipiélagos, o por la barca costanera que no se atrevía a perder de vista su punto de partida. Dos años después (1816), precisando su idea, bosquejaba su plan de campaña continental: "Chile, por su situación geográfica y por la natural valentía de sus ha-

bitantes, es el pueblo capaz de fijar la suerte de la revolución. Es el fomento del marinaje del Pacífico. En este concepto nada interesa más que ocuparlo. Lograda esta grande empresa, el Perú será libre. Desde allí irán mejor las legiones de nuestros guerreros, Lima sucumbirá." Una vez ocupado Chile, su objetivo inmediato es el Perú, su camino el mar, y su vehículo una escuadra: "Nada debemos reparar en lo que se ha hecho, sino adelantar el Ejército Unido sus empresas. Es preciso llevar nuestras armas al Perú. Esto supuesto, se hace necesario combinar los términos y preparar el éxito de la empresa. Lo primero es moverse con seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza naval que domine el mar Pacífico." Estas previsiones se fundaban, como todos sus planes concretos, en la observación del territorio que debía ser teatro de la doble guerra, terrestre y marítima.

La estrecha y prolongada faja que forma el territorio chileno al pie de los Andes, con su cordillera marítima bañada por las olas del mar, da la idea de un gran malecón continental dibujado por la naturaleza. Un escritor humorístico ha descrito gráficamente esta configuración, diciendo que sus habitantes tienen que asirse a las montañas para no caer en el mar. Así, el mar es la dilatación del territorio chileno, y esta circunstancia tiende a difundir el genio nacional en los espacios marítimos, obedeciendo al instinto y a la necesidad. Desde el desierto de Atacama hasta el estrecho de Magallanes, su litoral acantilado y sinuoso es una serie no interrumpida de caletas, golfos, ensenadas y radas de fácil acceso, en que se abren magníficas bahías, verdaderos estuarios, dentro de los cuales se encierran varios puertos. Las islas de Juan Fernández, inmortalizadas por las aventuras de Robinson, son sus centinelas avanzadas en el océano. Sus archipiélagos, ramales marinos de la cordillera en parte sumergida, son miembros integrantes y articulados de su configuración territorial. Una corriente polar, a la manera de un inmenso río encajonado en masas de agua inmóviles, fluye eternamente de sur a norte en el paralelismo de sus costas, facilitando sus comunicaciones marítimas con la América meridional.

Como el país no tiene navegación interior y algunas de sus zonas están obstruidas por obstáculos naturales, el mar es el camino usual de sus habitantes para comunicarse entre sí. En sus litorales se forman desde temprano marineros vigorosos y valientes, capaces de afrontar las tempestades del grande océano, sin arredrarse ante los peligros de la guerra. En los bosques de Arauco se alzan gigantescos el pino y el roble. En sus valles crecen el cáñamo y el lino. En las entrañas de la tierra se encuentran el cobre, el hierro y el carbón de piedra. Poseía astilleros donde se habían construido con maderas de la tierra, hasta navíos y fragatas. Era, pues, un país esencialmente marítimo, con elementos de construcción propios, con atracciones hacia el mar y con la materia prima de un personal de

marina militar, a que sólo faltaba un material adecuado para llegar a ser relativamente una potencia naval. Era, como lo decía San Martín en su enérgico lenguaje, "una posición geográfica con predisposiciones nativas en sus habitantes, para fijar los destinos de la revolución, como fomento del marinaje del Pacífico."

En el plan trazado por San Martín en 1816 para la reconquista de Chile, debía operar simultáneamente con el ejército de tierra que atravesase los Andes, una expedición marítima que dominara las costas del territorio conquistado, y así lo consignó posteriormente Guido en la *Memoria*, en que condensó las ideas formuladas con anterioridad por el general. (Véase capítulo XI, párrafo II.) "Oportunamente deberán zarpar de las plazas de Buenos Aires — decía en febrero de 1816 — dos buques de consideración y porte, armados por cuenta del Estado, y sujetos a órdenes del general en jefe, los que, cruzando las costas de Chile, contengan el escape de los enemigos." Las dificultades del erario no permitieron por entonces a tener esta exigencia, y como lo observa el autor de la citada *Memoria*, la falta del concurso naval "impidió terminar la guerra con el triunfo de Chacabuco, ocupando los puertos por donde se salvó un buen número de vencidos", como lo había previsto el general. Dos años se necesitaron para completar el plan concebido en todas sus partes por el que lo ejecutó, y con esta idea fija había pasado y repasado dos veces la cordillera, después de Chacabuco y Maipú, como se explicó antes, con el objeto de crear la escuadra independiente del Pacífico. Sin ella, el triunfo de la independencia sudamericana era imposible.

II

El primer buque en que se enarboló la bandera que debía imperar en las aguas del Pacífico, fue el bergantín español *Aguila*, de 220 toneladas. Después de la batalla de Chacabuco habíase dispuesto que los castillos del puerto de Valparaíso mantuviesen izada la bandera española. El *Aguila*, engañado por esta estratagema, penetró al puerto, y fue apresado. Armado en guerra con 16 cañones y tripulado con gente de mar, confióse su mando al teniente del ejército de los Andes Raymundo Morris, irlandés de nacimiento. Bautizóse con el nombre de *Pueyrredón*, en honor del director supremo de las Provincias Unidas que decretara la expedición a Chile, impulsándola con todo su poder. Su primera campaña naval fue el rescate de los patriotas chilenos confinados en la isla de Juan Fernández por Osorio y Marcó, que hacía cuatro años sufrían duro cautiverio. Entre los primeros rescatados contábase el futuro almirante de la escuadra chilena, que debía darle la primera victoria naval.

El enviado argentino D. Tomás Guido, penetrado de la importancia de complementar el plan de San Martín, tal como lo había explanado él mismo en su celebrada *Memoria*, no cesaba de hacer gestiones cerca del gobierno de Chile. a fin de que diera impulso al armamento naval. Por su inteligencia y el ardoroso empeño que mostraba, fue comisionado por el director O'Higgins para adquirir un buque de fuerza superior, que diera respetabilidad a la naciente marina, poniéndose a su disposición una gruesa suma de dinero. Al efecto, trasladóse a Valparaíso, donde se hallaba la fragata *Windham,* de la compañía de las Indias orientales, de 800 toneladas, con 44 cañones, que por instigaciones del comisionado en Londres, Alvarez Condarco, habíase dirigido a las costas chilenas para negociar su venta. El erario se hallaba en imposibilidad de cubrir el importe total. Guido consiguió asociar a la empresa a los comerciantes de Valparaíso, interesados en que se levantase el bloqueo que mantenía la escuadra española en el Pacífico, los cuales contribuyeron con 25.000 pesos, contratando el gobierno su compra en 180.000, pagando al contado 130.000 pesos. Esto sucedía a los pocos días de Cancharrayada y en vísperas de la batalla de Maipú (marzo 30 de 1818). El vendedor, receloso del éxito de la próxima batalla, exigió la garantía del gobierno argentino por el saldo pagadero en Buenos Aires en el término de cuatro meses. Guido contrajo el compromiso a nombre de su gobierno, autorizado por San Martín, quien, contando con la victoria, le decía: "Dada la importancia de esta empresa y la seguridad que ofrece la respetabilidad del ejército combinado, no dudo preste desde luego la garantía pretendida en el concepto de que el buen resultado influya en la suerte de ambas repúblicas." El *Windham* tomó el nombre de *Lautaro,* el famoso guerrero americano inmortalizado por Ercilla, en honor de la poderosa Logia lautarina, que había consolidado la alianza argentinochilena, y gobernaba secretamente la política de ambos países.

Obtenida la victoria de Maipú, el director O'Higgins decidió que era llegado el momento de utilizar la fuerza naval organizada, y ordenó que la *Lautaro* y el *Aguila* se hiciesen a la mar en busca del crucero español que bloqueaba a Valparaíso. Dominaban a la sazón las aguas del Pacífico, desde el Perú hasta el Cobo de Hornos, las fragatas de primer orden *Esmeralda* y *Venganza,* de 44 cañones cada una; las corbetas mercantes armadas en guerra con 18 cañones, la *Milagro,* la *San Juan Bautista* y la *Begoña;* las fragatas inferiores, la *Gobernadora,* con 16 cañones, y la *Comercio,* la *Presidente,* la *Castilla* y la *Bigarrera,* con 12 cada una; las corbetas la *Resolución* y la *Sebastiana,* de 34, y la *Veloz,* con 22 y por último, el bergantín *Pezuela* de 18, y algunos otros buques menores con 37 cañones, sumando un total de 17 buques en 331 cañones. Esta poderosa escuadra debía ser reforzada por la *María Isabel,* hermosa fragata de 44, convoyando once transportes (dos de ellos armados

en guerra, con 22 cañones), que conducían un refuerzo de 2.500 hombres, que en esos momentos debía zarpar de Cádiz con dirección a Chile. El bloqueo de Valparaíso era mantenido por la *Esmeralda*, la *Venganza* y el *Pezuela.*

La *Lautaro* fue tripulada con 100 marineros de todas nacionalidades recogidos en los bosques del puerto, y 250 chilenos, entre soldados, lancheros y pescadores, mandando la infantería de marina el capitán Guillermo Miller, del ejército de los Andes, de nacionalidad inglesa, destinado a alcanzar nombradía. El mando de la *Lautaro* y de la expedición fue confiado al capitán Jorge O'Brien, que se había distinguido en servicio de la marina inglesa, y como segundo jefe, el teniente José Argent Turner. Los oficiales eran en su totalidad ingleses o norteamericanos, que no hablaban una palabra en español, de manera que, a excepción de Miller, no había uno solo que pudiese dar una voz de mando a los chilenos que componían la mayoría de la gente de guerra. "Sin embargo —dice el mismo Miller—, diez horas después de su salida se batió, y bien, la fragata *Lautaro.*"

III

Las tres naves españolas que mantenían el bloqueo, voltejeaban incesantemente a inmediaciones de Valparaíso, hostilizando a los buques neutrales que salían o entraban al puerto. A veces se acercaban a tierra, y hacían algunos disparos de cañón, y luego se hacían mar afuera perdiéndose de vista. En los últimos días de abril, el comandante de la *Esmeralda* Luis Coig, que mandaba el bloqueo, dispuso que la *Venganza* se dirigiese al Callao conduciendo los enfermos de escorbuto que tenían a su bordo. Fue éste el momento elegido para el ataque. Aprovechando una fresca ventolina del norte, en circunstancias en que los buques bloqueadores estaban fuera de la vista, la *Lautaro* y el *Aguila*, modificada su pintura externa y su arboladura de manera de asemejarse a los buques de guerra ingleses, levaron anclas el domingo 26 de abril, dos horas después de mediodía, mostrando tanto ardor los tripulantes chilenos, que para alcanzarlos, muchos de ellos se arrojaron a nado a la mar. Al amanecer del 27, la *Lautaro* con rumbo al sur encontróse con la *Esmeralda* que navegaba en vuelta de tierra a pocas leguas de Valparaíso, hallándose el *Pezuela* distanciado algunas millas al norte. La nave chilena, con bandera inglesa enarbolada, aproximóse a la fragata española, la que hubo de tomarla por un buque de guerra británico, y la esperó en facha, afirmando su bandera. En esta disposición, ganóle la cuarta de popa de barlovento, arrió la bandera inglesa, izó la chilena, metióle el bauprés y le rompió el aparejo de mesana recibiendo una andanada de todo el costado enemigo de sotavento,

a que contestó con otra de sus baterías de estribor. El capitán O'Brien, arrastrado por su ardor, saltó al abordaje seguido por treinta o cuarenta hombres, sostenido por el fuego de fusilería del castillo de popa y de las cofas de la *Lautaro* y se posesionó del puente de la *Esmeralda*, arriando su bandera. La tripulación española, sorprendida, hizo una descarga y huyó al entrepuente, continuando empero el fuego con trabucos y pistolas por las bocaescotillas, que causaron algunos estragos en los asaltantes. Una bala hirió mortalmente a O'Brien, y al morir, su último grito fue: "¡No hay que abandonarla, muchachos! ¡La fragata es nuestra!"

Durante el combate, un golpe de mar separó las dos fragatas que los asaltantes no habían tenido la precaución de amarrar. El teniente Turner, considerando tomada la *Esmeralda*, cuya bandera había visto arriar, desprendió un bote con dieciocho hombres para reforzar el ataque, y se dirigió sobre el *Pezuela*, que al solo amago arrió su bandera en señal de rendición. El comandante Coig, que en el intervalo había armado su gente para reconquistar el puente perdido, aprovechó este momento, y atacó decididamente a los asaltantes, los que, desalentados por la muerte de O'Brien, hicieron débil resistencia, hasta que, reducidos a muy corto número, se arrojaron al mar. La *Lautaro* volvió entonces sobre la *Esmeralda*, con el objeto de abordarla otra vez más, pero limitóse a cañonearla con sus miras de proa. La *Esmeralda*, con uno de sus costados en esqueleto y la cámara de popa incendiada, se puso en fuga, juntamente con el *Pezuela*, que enarboló de nuevo su bandera, y merced a su marcha superior, pudieron los dos buques españoles evadirse, dirigiéndose a Talcahuano, a reparar sus averías. De regreso, la flotilla independiente apresó en la tarde del 27 un bergantín español, cuyo valor cubrió con exceso los costos de la *Lautaro*. La fragata chilena entró al puerto con la bandera a media asta y las vergas a la funerala, en señal de duelo por la muerte de su heroico comandante. Aun cuando la empresa no tuvo el éxito esperado, el triunfo era suyo, y dio por resultado hacer levantar el bloqueo de Valparaíso, intimidando a los marinos españoles.

El gobierno rescató las acciones de los comerciantes de Valparaíso en la compra de la *Lautaro*, y la convirtió en buque de guerra del Estado; tripulándolo con 200 marineros extranjeros, 100 grumetes chilenos, y una guarnición de infantería y artillería de marina sacada del ejército, confió su mando al capitán inglés Juan Higginson. En seguida (julio de 1818), adquirió la corbeta *Coquimbo*, de 20 cañones, armada en corso en los Estados Unidos, cuyo mando dio al capitán Francisco Díaz, español, de la artillería del ejército de los Andes y le puso el nombre de *Chacabuco* en memoria de la batalla que libertara a Chile. Poco después llegaba a Valparaíso el bergantín *Columbus*, de 16 cañones, mandado por un distinguido oficial de marina norteamericano, Carlos Guillermo Wooster, quien

ofreció en venta su buque a la par que sus servicios, que fueron aceptados, y entró a representar la nacionalidad chilena con el nombre de el *Araucano*. Por último (en agosto de 1818), fue comprado en 140.000 pesos el navío *Cumberland*, el buque de más poder que hubiese surcado los mares sudamericanos, contratado en Londres por Alvarez Condarco para ser pagado en Chile, al cual se dio el nombre de *San Martín* en glorificación del libertador, poniéndolo bajo las órdenes del capitán inglés Guillermo Wilkinson. La escuadra chilena estaba creada como por encanto, y podía competir con la española del Pacífico. La revolución americana se dilataba en el mar del Sur después de terminar su primera campaña terrestre, para ir a llevar la independencia a otras regiones con arreglo al plan preconcebido de San Martín.

El mando de estas fuerzas navales fue encomendado al teniente coronel de artillería Manuel Blanco Encalada (conocido también por Blanco Cicerón) a quien hemos visto figurar en las dos derrotas de Cancharrayada, distinguirse en Maipú y ser rescatado del cautiverio de la isla de Juan Fernández por la primera nave chilena armada en guerra. Era Blanco hijo de Buenos Aires, y madre chilena, pero chileno por lección, que había alcanzado el grado de alférez de navío en la armada española, y contaba a la sazón 28 años de edad. El joven almirante de la naciente escuadra correspondió a las esperanzas en el depositadas.

IV

En 1818 la guerra marítima y terrestre de la España y sus colonias insurreccionadas se había circunscripto a dos centros terrestres y a dos mares: al norte, en Venezuela, Nueva Granada y Quito, con el mar Caribe por base de operaciones: al sur, en el Alto y Bajo Perú, con el Pacífico por teatro de las operaciones marítimas. La metrópoli, después de realizada la gran expedición de Morillo sobre Costa Firme, comprendió el error de no haberla dirigido al Río de la Plata en 1815, como se pensó en un principio. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Los portugueses habíanse apoderado de la plaza fuerte de Montevideo, punto de apoyo indispensable de toda expedición para contar con probabilidades de éxito, y sus ocupantes, de acuerdo secretamente con el gobierno argentino, estaban comprometidos a no permitir a los españoles poner el pie en su territorio. Empero, no renunciaban éstos al propósito primitivo, y mientras tanto, se empeñaban en reforzar al Perú con buques de guerra y tropas de línea, a fin de reconquistar a Chile, en circunstancias en que la noticia de la derrota de Maipú no había llegado aún a la Península.

El 21 de mayo —antes de cumplirse un mes de la batalla de Maipú—, una expedición española de once transportes —dos de ellos armados en guerra—, y convoyados por la fragata *María Isabel,* de 50 cañones, zarpaba del puerto de Cádiz con destino al Pacífico, conduciendo dos batallones del regimiento Cantabria con 1.600 hombres, un regimiento de caballería de 300 plazas y 180 artilleros y zapadores, en todo 2.080 hombres y un cargamento de 8.000 fusiles. Mandaba la expedición marítima el capitán Dionisio Capaz, y la tropa, el teniente coronel Fausto del Hoyo. Su primer contratiempo fue tener que dejar uno de los transportes en Tenerife, por su mal estado, y repartir la gente en los demás buques. Al salir de las Canarias, el convoy se fraccionó a los 5 grados latitud norte, a causa de los vientos. Para mayor desgracia suya, el 25 de julio llegó a Buenos Aires con 56 días de navegación el bergantín inglés *Lady Warren,* conductor de avisos oportunos de los agentes secretos del gobierno argentino en Cádiz, cuyo capitán dio noticia de haber dejado la expedición en los días 21 al 25 de junio a los dos grados de latitud norte, comprobando su informe con la exhibición de su diario de viaje. En consecuencia, el gobierno argentino dispuso la salida de los bergantines el *Lucy* y el *Intrépido,* armados con dieciocho cañones cada uno en el puerto de Buenos Aires, el primero con la bandera chilena y el segundo con la argentina, con órdenes ambos de correr las costas del sur, doblar el Cabo de Hornos e incorporarse a la escuadra chilena. Simultáneamente, se previno a San Martín por la vía terrestre, que "invitase al gobierno de Chile a echar a la mar toda su escuadra, a fin de salir al encuentro de la expedición."

Un mes después (el 26 de agosto de 1818), arribaba al puerto de la Ensenada de Barragán una fragata con 180 hombres de tropa y 500 fusiles. Era la *Trinidad,* uno de los transportes de la expedición española. Habíase separado del convoy a los cinco grados norte, y a esta altura se sublevó la tropa que conducía encabezada por dos sargentos y un cabo, que desde Cádiz venían complotados al efecto. A pesar de la resistencia que hicieron los oficiales apoyados por una parte de la tripulación y tropa, que amenazaron dar fuego a la santabárbara, los sublevados se hicieron dueños del buque, fusilaron a los oficiales y dieron orden al capitán de poner la proa a Buenos Aires. Por este medio, el gobierno argentino tomó conocimiento del plan de señales y punto de reunión del convoy, que se apresuró a transmitir a Chile. La expedición española estaba perdida, y para establecer definitivamente el predominio de la marina independiente en el Pacífico, llegaba al mismo tiempo a Buenos Aires la fragata *Horacio,* de 36 cañones, comprada en los Estados Unidos por Aguirre en cumplimiento de su comisión, debiendo seguirla en breve otra de igual porte con el nombre de *Curacio.*

V

El 19 de octubre a las 9 de la mañana zarpaban del puerto de Valparaíso; el navío *San Martín*, con 60 cañones, capitán Wilkinson, en el cual el vicealmirante había enarbolado su insignia; la fragata *Lautaro*, con 46 cañones, capitán Wooster; corbeta *Chacabuco*, con 20 cañones, capitán Díaz; bergantín *Araucano*, con 16 cañones, teniente Moris. La escuadra chilena así organizada, contaba 142 cañones y estaba tripulada por 1.100 hombres, chilenos en gran parte, y el resto marineros extranjeros reclutados en Valparaíso. Los oficiales eran en casi su totalidad ingleses o norteamericanos. Un viento fresco sudoeste henchía sus velas, y el castillo de la ciudad y la población agrupada en la playa contestaba sus saludos con sus cañones y sus aclamaciones. El director O'Higgins, que se había trasladado a Valparaíso para activar la salida de la expedición, tomaba en aquel momento el camino de Santiago, y al subir las montañas que dominan la ciudad y distinguir a la distancia los cuatro buques con bandera chilena que se hacían a la mar, exclamó: "Cuatro buques dieron a la España el continente americano: esos cuatro buques se lo quitarán."

Al perder de vista la tierra, Blanco Encalada abrió el pliego reservado de instrucciones que se le había entregado, y encontró que se le prevenía ir a estacionarse en la isla de Mocha por donde necesariamente debía pasar el convoy español, según las noticias transmitidas desde Buenos Aires. La escuadra tomó rumbo al sur. Los marinos chilenos, que en casi su totalidad pisaban por primera vez la tabla de un buque, se adiestraban durante la travesía en las maniobras y en el ejercicio de cañón. Miller, que formaba parte de la expedición, dice de ellos: "Los soldados de marina y los marineros cholos, descubrieron las cualidades que constituyen un buen soldado o marinero, pues eran subordinados, y pronto probaron que eran valientes. Manifestaban deseos de que se les instruyese, aprendían con prontitud. Sólo faltaba que sus oficiales cumpliesen bien con sus deberes para ser capaces de todo." Un viento recio que sopló por espacio de dos días, separó a la *Chacabuco*. El 26 en octubre descubrióse la isla de Santa María, señalada como uno de los puntos de reunión del convoy. Desde allí fue despachado el *Araucano*, para reconocer la bahía de Talcahuano, que demora 62 kilómetros al norte.

La escuadra navegaba con bandera española. Un bote de la costa, engañado por esta circunstancia, dirigióse a ella y puso en manos del almirante las instrucciones que el jefe del convoy dejara allí para los transportes que se fueran reuniendo. Por este conducto se confirmaron las noticias que se tenían por un buque ballenero.

La *María Isabel* había tocado en la isla cinco días antes, acompañada de los transportes *Atocha, San Fernando, Especulación* y *Escorpión* y seguido inmediatamente para Talcahuano. El resto del convoy quedó rezagado al doblar el Cabo de Hornos, con sus tripulaciones enfermas y faltas de provisiones. Blanco Encalada decidióse ir en busca de la *María Isabel*, contando tener suficiente tiempo para apoderarse en seguida del resto del convoy. En consecuencia enderezó la proa a Talcahuano, diciendo: "Es necesario que la marina chilena señale con gloria la época de su nacimiento." El 27 por la noche, llegó a la boca del puerto, con el *San Martín* y la *Lautaro* y allí supo que sólo la *María Isabel* se encontraba dentro de la bahía. Los otros transportes habían seguido al Callao, después de desembarcar unos 800 hombres. El 28 por la mañana sopló una fresca brisa del norte, y los dos buques patriotas penetraron a la gran bahía, una de las más espaciosas del litoral de Chile. Con más de once kilómetros con su mayor extensión y ocho kilómetros de ancho, encierra dentro de su perímetro cuatro puertos y tres caletas. Uno de los puertos, como en otro capítulo se indica, responde a lo que propiamente se llama Talcahuano, situado sobre la península que cierra la bahía por la parte del sur. La isla Quiriquina, alta y boscosa, de cinco y medio kilómetros de largo y medio de ancho, cierra la entrada dejando a derecha e izquierda de sus extremidades dos bocas practicables para penetrar a su interior. La entrada del norte mide cinco kilómetros y se denomina la Boca Grande: la llamada Boca Chica, al sur, mide dos kilómetros.

Al doblar la punta sur de la Quiriquina, los independientes pudieron ver en el puerto a la fragata española anclada, bajo la protección de las baterías de tierra guarnecidas por una fuerza respetable. La *María Isabel*, inmediatamente de divisar los dos buques patriotas, afianzó su bandera con un cañonazo sin bala como pidiendo la suya a los chilenos. El *San Martín* contestó con otro cañonazo sin bala al izar la bandera inglesa, y siguió navegando con el propósito de abordarla. Reunidos los dos buques, dirigiéronse sobre la *María Isabel*, y a tiro de fusil izaron la bandera chilena, cuya ascensión saludaron con entusiasmo los tripulantes. La fragata española, que había permanecido por algún tiempo indecisa, bien que apercibida al combate, disparó un cañonazo a bala que fue inmediatamente seguido por una andanada de todo su costado de babor. El *San Martín* contestó el fuego con todos sus cañones de estribor y echó el ancha a tiro de pistola del enemigo. La fragata española, desesperando desde ese momento del éxito del combate, picó sus amarras y fue a encallar en tierra. Una parte de la tripulación se salvó en las embarcaciones menores, y el resto permaneció haciendo fuego desde el alcázar de popa para impedir el abordaje. Los buques independientes concentraron sobre ella todos sus fuegos de artillería, contrarrestando a la vez las baterías de

tierra, hasta obligarla a arriar su bandera. Pocos momentos después era abordada por dos lanchas tripuladas con 50 marineros al mando de los tenientes Guillermo Santiago Compton y Nataniel Bélez, tomando 70 prisioneros del regimiento de Cantabria con cinco oficiales, que no tuvieron tiempo de echarse al agua como lo hicieron otros.

Las tropas realistas parapetadas por las tapias de la población de Talcahuano, continuaron hostilizando la fragata capturada. Para desalojarlas y asegurar su presa, el vicealmirante dispuso el desembarco de dos compañías de soldados de marina, que se posesionaban de una garganta inmediata, con el objeto de interceptar los refuerzos que de Concepción podían venir a la península. El coronel Sánchez, reforzado con las tropas que acababan de desembarcar, avanzó a la cabeza de 1.600 hombres, obligando a la infantería patriota a reembarcarse con algunas pérdidas. Todos volvieron a ocupar las posiciones que precedieron al combate pero fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para poner a flote la *María Isabel.* El viento y la marea, favorable para la entrada, eran desfavorables para la operación. Prosiguiéronse empero los trabajos bajo la protección del *San Martín* y la *Lautaro,* sufriendo siempre el fuego de las fuerzas que guarnecían la costa. Llegó la noche sin que por una ni por otra parte hubiera podido adelantarse nada. El combate cesó por el momento, sobreviniendo una copiosa lluvia; pero independientes y realistas empezaron a tomar nuevas disposiciones para continuarlo al día siguiente.

Los realistas tenían en Talcahuano, además del castillo de San Agustín que defendía la entrada, cuatro piezas de artillería traídas de Concepción. Con ellas establecieron dos baterías de costa, cruzando sus fuegos al frente de la fragata encallada, a medio tiro de fusil. El vicealmirante Blanco Encalada, por su parte, echó un anclote por la popa de la *Lautaro* y lo fijó en tierra, colocándose en actitud de apagar los fuegos del castillo y de las baterías improvisadas. Durante toda la noche, continuóse en el empeño de poner a flote la fragata, permaneciendo todos sobre las armas. Amaneció el día 29. Independientes y realistas ocupaban sus respectivos puestos apercibidos al combate. Rompióse el fuego por una y otra parte, casi a tiro de pistola. Muy luego reconoció el almirante chileno la superioridad de su artillería y renovó con más vigor su ataque, consiguiendo apagar los fuegos de algunas baterías de tierra. En lo más recio del fuego levantóse una brisa del sur que barrió repentinamente las nubes de humo que oscurecían la bahía. El viento de la fortuna que había henchido las velas chilenas favoreciendo su entrada, sopló en sentido contrario favoreciendo su salida.

Eran las once de la mañana, y el éxito del combate que dependía de un casco inerte, permanecía aun indeciso. Por algún tiempo creyóse que sería indispensable abandonar la presa, incendiándola.

La brisa del sur que continuaba soplando, fue transformándose poco a poco en fresca ventolina. Apercibido de ello Wilkinson, mandó soltar las armas de combate. Toda la tripulación como movida por un resorte, acudió al timón trepó a las vergas, cazó las velas, se asió al cabrestante, y concentrando todos sus esfuerzos sobre un calabrote que a prevención se había colocado a popa de la fragata, ésta se puso gallardamente a flote y tomó arrancada. La operación se hizo con tal rapidez, que los realistas sorprendidos no acertaron ya a continuar el combate. Mientras tanto, los marinos chilenos celebraban su triunfo con un entusiasta "¡Viva la patria!" que los marinos ingleses acompañaban con estruendosos "¡Hurras!". La escuadra chilena celebró su primer triunfo con una salva de 21 cañonazos, y abandonó la había de Talcahuano, reforzada con una fragata más, que en honor del que la había fundado prediciéndole la victoria, tomó el nombre de la *O'Higgins*.

VI

Los cuatro buques de la escuadra chilena reuniéronse en la isla de Santa María, donde se incorporaron a ellos el bergantín argentino *El Intrépido* (conocido también con el nombre de Maipú), comandante Tomás Carter, y el *Galvarino*, capitán Martín Jorge Guise y Juan Spry, experimentados marinos de la armada británica. La escuadra constaba a la sazón de nueve buques de fuerza, incluso la *María Isabel*, con 234 cañones.

Sucesivamente fueron cayendo en poder de los independientes los demás transportes de la expedición hasta el número de cinco, tomando a su bordo como 700 prisioneros. Así terminó esta expedición en la que España agotó sus últimas fuerzas para reconquistar sus colonias insurreccionadas, y que por mucho tiempo tuvo en alarma a toda la América del Sur. De los once transportes, uno quedó abandonado en Canarias, según se dijo antes; otro se entregó en Buenos Aires; cinco fueron apresados, incluso la fragata que los convoyaba, y los cuatro restantes escaparon con 800 hombres, habiendo sucumbido durante la travesía como una cuarta parte de la tripulación devorada por el escorbuto. Fue un golpe de muerte para la metrópoli. Desde ese día las naves españolas perdieron para siempre el dominio del Pacífico, y el camino de la expedición al Perú, calculado cuatro años antes por San Martín, quedó franqueado por la marina chilena cuya influencia en los destinos de la revolución americana había adivinado el genio observador y paciente del gran hombre de guerra.

A los 38 días de haber zarpado de Valparaíso las cuatro naves que iban a conquistar el dominio del Pacífico, trece velas republicanas formaban en línea bajo los fuegos del castillo que las salu-

daba en medio de las aclamaciones de un pueblo que tributaba al vicealmirante Blanco Encalada y a sus compañeros las ovaciones del triunfador. El gobierno, en premio de esta gloriosa campaña naval, decretó un parche de honor color verde mar, con un tridente en su centro orlado de palma y laurel, y en su contorno esta leyenda: "Su primer ensayo dio a Chile el dominio del Pacífico."

Para coronar esta victoria, pocos días después (28 de noviembre de 1819), fondeaba en Valparaíso un buque que traía a su bordo uno de los primeros marinos de la Gran Bretaña, destinado a acrecentar su fabulosa fama en el Nuevo Mundo con beneficio para la libertad humana. Llamábase Thomas Alejandro Cochrane. Su nombre había resonado en todos los mares, vinculado a extraordinarias hazañas. Natural de Escocia, con título de alta nobleza y miembro del parlamento inglés, formaba en las filas de la oposición radical. Complicado en operaciones bursátiles de carácter dudoso, fue enjuiciado y condenado a ser expuesto en la picota y expulsado de la Cámara de los Comunes a que pertenecía. No obstante que el pueblo cubriera por suscripción la multa que se le impuso, y el condado que representaba lo reeligiese, el altivo prócer prefirió la expatriación y las aventuras heroicas, y decidióse a ofrecer sus servicios a la causa de la independencia sudamericana, aceptando las ofertas que le fueron hechas por Alvarez Condarco y Alvarez Jonte, agentes de Chile y de San Martín en Londres. Al ausentarse de la patria, hizo una ruidosa manifestación de sus principios radicales en política, en medio de grandes aplausos populares. Con motivo de un banquete de protesta y despedida que le fue ofrecido, levantó su copa rebozando de amargura, y dijo a sus conciudadanos: "El parlamento debe ser reformado por el pueblo: él no se reformará jamás dentro de sí mismo. En las grandes poblaciones como Londres se cambiarán algunos nombres, pero su carácter será siempre el mismo. La única esperanza que le queda a la patria es que la extravagancia y opresivas medidas del gobierno llevarán a tal punto la miseria y la degradación, que ya el pueblo no podrá sufrir más. Reuníos y comunicaos vuestros sentimientos, y no presentéis peticiones. Dicen que estoy arruinado: no estoy arruinado en el ánimo, pues resisto a la opresión. Voy a ausentarme de la patria, pero no siento dejar a los que edifican iglesias con el dinero que quitan a otros: no siento dejar a los propagandistas religiosos, porque sé que son unos bribones: no siento dejar a los inventores de nuevos impuestos, porque son una plaga del país que sólo sirve para ser destruida como los insectos dañinos: no a los espías del gobierno, ni a los que cortan los pescuezos de los ingleses para justificar las providencias opresoras. Lo que siento es dejar a la patria en que yacen las cenizas de mis abuelos, que pelearon por la libertad del pueblo inglés, y dejarla oprimida y robada por hombres sin misericordia y sin prudencia. Aunque me aparto de la

patria, no me aparto de la libertad. Si llegaseis a necesitar de mis servicios y condenaseis a los opresores de la patria al mismo destino que sufre un tirano ilustre (Napoleón), volveré al momento y los conduciré a Santa Helena." Esta resolución generosa y esta arenga amarga, da idea del temple de alma, del carácter y del temperamento de este nuevo personaje que entra en escena, apasionado y extremado en todo, así en el heroísmo como en el odio y el amor, y cuyo retrato completaremos cuando lo veamos entrar en acción.

El vicealmirante chileno, sin infatuarse por su reciente triunfo, se inclinó modestamente ante el héroe británico, y reconociéndolo más capaz que él para llevar a cabo la empresa por él iniciada, renunció el mando de la escuadra: "El respeto que me inspira la incontestable superioridad de este ilustre marino, me hace cederle gustoso mi puesto, y proseguir bajo sus órdenes la obra comenzada." Cochrane fue nombrado jefe de la escuadra chilena con el grado de vicealmirante, y al reconocer la nobleza del proceder de Blanco Encalada, consignó más tarde en sus *Memorias* este recuerdo: "El almirante Blanco me cedió con generosidad patriótica su puesto, aun cuando la heroica acción que acababa de ejecutar le diese derecho para conservarlo; siendo además tan franco, que, en persona, anunció a la tripulación de los buques el cambio que se había efectuado." Blanco Encalada era casado con una de las más hermosas mujeres de Chile, y la esposa de Cochrane que lo acompañaba, era un tipo simpático de la belleza británica, que fue otra de las grandes pasiones del héroe. Las dos jóvenes esposas fueron en aquella época las estrellas de la sociedad chilena, mientras los dos almirantes sostenían con honor en los mares la estrella de la república naciente, que brillaba con su pabellón al tope de los mástiles de la escuadra dominadora del Pacífico.

Capítulo XXI

EL REPASO DE LOS ANDES

1818—1819

Soluciones y complicaciones en 1818 y 1819. — Campaña final del sur de Chile. — Los realistas evacuan Concepción y Chillán. — Combate del Bío-Bío. — Los realistas se encierran en Valdivia. — La conjuración de Carrera llamada de los franceses. — Proceso y ejecución de los conspiradores. — Síntomas de reacción chilena con relación a la política americana de San Martín. — San Martín y O'Higgins prometen la libertad del Perú. — Pacto de alianza argentino-chilena para libertar al Perú. — La reacción chilena se acentúa. — Actitud que asume San Martín. — Invención del repaso de los Andes. — Carácter dramático de este episodio. — Narración documentada de la idea del repaso de los Andes. —Correspondencia secreta de San Martín con el gobierno argentino y el de Chile. — Concentración del ejército de los Andes en Curimón. — San Martín repasa los Andes. — Repaso de parte del ejército de los Andes. — Los hilos ocultos de una trama histórica. — Coincidencia y peripecias. — Intervención de la Logia de Lautaro en el repaso de los Andes. — La doble retirada de los ejércitos del Norte y de los Andes. — Belgrano y San Martín en esta emergencia. — Ordenes y contraórdenes para el repaso de los Andes. — Conflictos del gobierno de Chile. — Notable carta de Guido. — La lógica del acaso. — El repaso de los Andes y la guerra civil. — Correspondencia de San Martín con los caudillos de la guerra civil. — Mediación de Chile en la guerra civil argentina. — Posición falsa de San Martín en la mediación chilena. — Nuevas complicaciones del repaso. — Notables cartas de Pueyrredón a San Martín. — Retiro de Pueyrredón del gobierno y juicio acerca de su administración. — La conjuración de los prisioneros españoles en San Luis. — El capitán Carretero. — Matanza de los prisioneros. — Las maniobras secretas de San Martín durante el repaso. — Chile se decide a llevar la guerra al Perú. — La Logia de Lautaro invita a San Martín a trasponer otra vez los Andes. — Acuerdos para realizar la expedición al Perú. — Nuevo prospecto.

I

Los años de 1818 y 1819 fueron años de soluciones para Chile y para la América, de complicaciones internas para la República Argentina y de crisis para la propaganda de la revolución por medio de las armas redentoras. La independencia de Chile, reconquistada en Chacabuco, asegurada en Maipú y garantida por el dominio del mar Pacífico, consolidóse definitivamente con la feliz

terminación de su guerra del Sur, cuya prolongación era como un hierro de un dardo roto clavado en el pie del vencedor, que le impedía moverse. Al mismo tiempo que así se dilataba la insurrección austral de la América en la tierra y en los mares, la del Norte atravesaba a su vez los Andes ecuatoriales y se extendía hasta Nueva Granada, estrechando el círculo de resistencia de los realistas. Simultánea o sucesivamente con estos faustos sucesos, que se desenvolvían obedeciendo a la fuerza inicial de la revolución argentina y a la idea guerrera de un grande hombre, el horizonte del Río de la Plata se nublaba y la guerra civil recrudecía en su litoral; oscuras conjuraciones de los emigrados chilenos en Buenos Aires y Montevideo, que hacían entrever planes de asesinato contra los primeros hombres de la situación, se descubrían, y un sordo rumor de desconfianza hacíase sentir al occidente de los Andes; la política chilena reaccionaba contra la política americana de San Martín, tendiendo al quietismo, y San Martín luchaba a uno y otro lado de los Andes con obstáculos al parecer insuperables para el desenvolvimiento de sus planes, que había creído próximos a realizarse. Esta situación tan próspera como confusa, complicóse con el anuncio de una poderosa expedición española de 20.000 hombres, que hizo oscilar por un momento la balanza del destino, antes que el peligro se disipase por sí mismo. En medio de estas varias emergencias, el grande hombre de guerra que domina el movimiento colectivo de la época por la fijeza de sus ideas y la penetrante claridad de su golpe de vista, se presentará bajo una faz nueva y original, y envuelto en una tempestad política, organizará su última empresa libertadora, precursora del triunfo final.

El sur de Chile fue siempre el talón vulnerable de la insurrección chilena, así por la predisposición de sus habitantes en favor de los realistas, como por el apoyo que le prestaban las plazas de Valdivia y Chiloé con sus comunicaciones marítimas libres, por donde podían recibir todo género de auxilios para volver a invadir el país. Chillán y Talcahuano fueron los baluartes de los realistas, y Concepción el centro de la reacción. El doble error de no emprender con vigor la campaña final del Sur, después de Chacabuco y Maipú, tuvo por consecuencia la reacción de Ordóñez, el rechazo de Cancharrayada y el punto de apoyo encontrado por la última expedición española, que reforzara con 800 peninsulares el ejército de Sánchez, compuesto de tropas criollas que mantenían alzada la bandera del Rey en el sur del Ñuble. Aunque esta guerra crónica no fuese una amenaza seria para la existencia de Chile, hasta que una parte importante del territorio poblado estuviese ocupado por el enemigo para hacer imposible, o por lo menos peligrosa, toda expedición lejana. San Martín lo comprendía así, según se ha visto, y su primer conato al reasumir la dirección de la guerra, fue activar la campaña del Sur, a fin de pacificar la república y quedar en

aptitud de realizar la expedición al Perú. Al efecto, el coronel Zapiola, a quien dejamos antes con su reserva en Talca y en el Parral sobre el río Perquilauquén (capítulo XVII, párrafo VII), fue reforzado con el batallón número 3 de Chile (setiembre de 1818), con orden de abrir operaciones. Zapiola atravesó el Ñuble y avanzó hasta Chillán; pero, considerándose sin las fuerzas y elementos suficientes para abrir una campaña formal, recibió instrucciones para reconcentrarse en el Parral. Decidióse entonces la formación de un ejército de operaciones del Sur, compuesto de tropas argentinas y chilenas, bajo las inmediatas órdenes del general Balcarce (noviembre de 1818).

El ejército del Sur se compuso de los granaderos a caballo, los cazadores de infantería de los Andes, los batallones números 1 y 3 de Coquimbo y los montados de Chile, con 8 piezas de artillería de montaña, que sumaban 3.400 hombres. Freyre, nombrado intendente de la provincia de Concepción y jefe de la vanguarda en reemplazo de Zapiola, se encontró en la misma situación de éste y conservó la misma actitud en el Parral. Al frente de 1.600 hombres, exageróse la fuerza enemiga que computaba en 2.000 hombres y pidió ser reforzado con dos batallones para emprender operaciones, dando por razón que el plan de Sánchez era dejarlo avanzar de Chillán adelante, reisistir por el frente en puntos fortificados de antemano, y desprender a Lantaño por la retaguardia de los independientes para sublevar la provincia con montoneras y aislarlos de los recursos de la capital. Mientras llegaban los elementos necesarios para abrir la campaña, San Martín se dirigió a Sánchez por intermedio de Freyre, haciéndole proposiciones pacíficas en términos honrosos: "Nada honra más a un general que conservar su serenidad en los peligros y arrostrarlos cuando hay probabilidad de vencer; pero nada eclipsa su nombre como el derramar inútilmente la sangre de sus semejantes. Sea cual fuese el sistema de guerra que V. E. se proponga en esa provincia, yo voy a caer sobre ella y a terminar la guerra. No es mi ánimo comprometerlo por la fuerza de los ejércitos a un partido indecoroso, sino evitar las calamidades que devastan a Chile. Fije V. S. las proposiciones que le sean honrosas." El jefe español le contestó tercamente que: "en adelante no admitiría parlamentarios en sus avanzadas, por considerarlos exploradores ilegales de la guerra; y que, si de buena fe deseaba entablar una transacción recíprocamente ventajosa, se dirigiese al virrey del Perú de quien dependía, estando él resuelto a defender hasta el último trance las armas del rey en la fidelísima provincia de Concepción."

En los últimos días de diciembre se puso al fin en movimiento Freyre, reforzado con los dos batallones pedidos. El 24 atravesó el Ñuble el coronel Manuel Escalada al frente de sus granaderos a caballo, y llegó a Chillán en circunstancias en que el enemigo eva-

cuaba la plaza, alcanzando una partida al mando del capitán Cajaraville a picar su retaguardia, matándole 30 hombres, tomándole 20 prisioneros y cantidad de armas y municiones. Freyre se mantuvo estacionado en Chillán hasta los primeros días de enero de 1819, en que llegó Balcarce con la reserva, y se abrió la campaña. Balcarce, con el grueso de las fuerzas, marchó a ocupar la línea de fuertes del Bío-Bío, mientras Freyre se dirigió con una pequeña división por los caminos de la costa a posesionarse de Concepción. Pero era ya tarde para alcanzar todos los resultados que una campaña rápida y mejor combinada habría dado, aun cuando se consiguiese el objeto inmediato de conquistar la provincia de Concepción, obligando a los realistas a refugiarse en los confines desiertos de la frontera de Arauco. El testarudo Sánchez, al frente de sus 1.600 hombres, acobardados por los últimos reveses, aunque engrosados por los restos de la expedición de la María Isabel que habían introducido en su ejército un elemento de perturbación que enervaba su mando, no se consideraba seguro en las posiciones que ocupaba, y previendo que sería atacado por fuerzas superiores, evacuó el 14 de noviembre a Concepción y Talcahuano y replegóse a los Angeles entre el río Laja y nacientes del Bío-Bío. Ejecutábase este difícil y peligroso movimiento de flanco a tiempo que Freyre avanzaba sobre Chillán, así es que, cuando Balcarce se dirigió hacia el este para cerrar el paso a Sánchez, éste ya estaba en salvo con su retirada franca hacia el sur, de manera que el plan con que se abrió la campaña se limitó a una marcha de frente con retardo, sin más perspectiva que alcanzar por acaso la retaguardia enemiga, como sucedió.

A mediados de enero de 1819 movióse Balcarce de Chillán y avanzó hasta las márgenes del río Laja, que vadeó sin dificultad, obligando a la división de Lantaño, que defendía su paso, a replegarse a los Angeles, donde le tomó algunos prisioneros. Sánchez que con 800 hombres, resto de su ejército, ocupaba este punto, retiróse precipitadamente a las orillas del Bío-Bío. La operación principal estaba frustrada. El general patriota, con la esperanza de darle alcance, desprendió el regimiento de granaderos con Escalada, a fin de que lo persiguiera en su retirada, y lo entretuviese mientras el resto del ejército lo seguía de cerca (18 de enero). Escalada avanzó cinco kilómetros hacia el Bío-Bío sin ver un solo enemigo, pero una avanzada de 60 granaderos al mando del teniente coronel Benjamín Viel (oficial francés del ejército de Napoleón), encontró a su margen norte un escuadrón de 80 hombres, al que destrozó completamente, dando noticia de que los realistas atravesaban el río, operación que Escalada no podía impedir con sus escuadrones, por lo que permaneció en inacción a la espera de la infantería. El 19 a mediodía se le reunió el coronel Alvarado con el batallón de cazadores de los Andes, quien tomó el mando de la división, y resolvió atacar inmediatamente. Al efecto, dispuso que la caballería

marchase por el camino de su derecha que era más descubierto, mientras él seguía por la izquierda a través de un espeso bosque con la infantería y una pieza de artillería, con intención de dominar el paso. Pero ya Sánchez estaba con el grueso de su fuerza al sur del Bío-Bío, donde estableció una batería de tres cañones sostenida por una línea de infantería para proteger el paso de su retaguardia. A la llegada de Alvarado, sólo algunas partidas rezagadas de infantería y un escuadrón de caballería quedaban en la orilla norte, que fueron rendidos a discreción, sableados por los granaderos; el resto cruzaba el río a nado o en lanchas y balsas, que fueron cañoneadas con acierto por el teniente Félix Olavarría con su única pieza, que echó a pique algunas de ellas, tomando como 70 prisioneros y cinco cañones. El combate de artillería trabóse de orilla a orilla. El capitán Eustaquio Brueys, hijo del célebre almirante francés del mismo nombre, se lanzó al agua a caballo al frente de su compañía, pero al llegar a una isleta intermedia en que se habían refugiado algunos fugitivos, fue mortalmente herido por una bala de cañón, como su padre en Aboukir, y sus soldados se retiraron salvándolo moribundo.

A fines de enero, el ejército expedicionario atravesó el Bío-Bío en balsas preparadas de antemano, que, descendiendo la corriente del río Huaquí, reuniéronse en el punto del combate, y se posesionó de la fortaleza de Nacimiento, donde se tomaron algunos dispersos y siete cañones. Sánchez con su ejército en esqueleto, cruzó la Araucania y se encerró definitivamente en la plaza de Valdivia. Balcarce dio por terminada la campaña y se retiró a Santiago con las tropas argentinas y con la muerte latente en el corazón: el que alcanzó el primer laurel de la revolución argentina y el último de las campañas libertadoras de Chile, tenía sus días contados. Así terminó la que se ha llamado la campaña final del sur de Chile, que, mejor conducida, pudo haber dado mejores resultados. No fue, empero, la última, pues la lucha a muerte de partidarios indios y bandoleros se prolongaría por tres años más en aquel teatro de continuo guerrear desde la época de la conquista. Pero para los efectos de la independencia de Chile y de la América, la campaña estaba terminada, pues cuadraba el territorio que la república ocuparía por medio siglo más, y permitía disponer de los recursos del país pacificado para realizar la expedición libertadora del Perú, y esto era lo que buscaba San Martín. Lo que quedaba por hacer era una guerra de mera policía.

II

Hallábase San Martín de regreso en Chile, cuando recibió una carta de Pueyrredón sobre una conjuración contra su vida: "De oficio le impongo del afortunado descubrimiento que acabo de hacer de los asesinos mandados por D. José Miguel Carrera. Tres que iban destinados a concluir con usted y con O'Higgins, salieron de aquí hace nueve días, y tras los que siguió con toda diligencia una partida con la orden de seguirlos hasta el mismo Mendoza, y de traérmelos vivos o muertos." Por el correo siguiente escribía otra: "Dije en mi última había descubierto una nueva conspiración de José Miguel Carrera contra la vida de Vd. y de O'Higgins. La partida que fue en seguimiento de los que iban en camino para Chile, ha regresado trayéndolos. Se continúa la causa." ¿Qué sucedía? ¡Era una nueva complicación del destino fatal de los Carrera en pugna con el de San Martín, como si estos dos nombres estuviesen predestinados a pasar a la historia vinculados a conjuraciones tenebrosas, destierros, cárceles, asesinatos y cadalsos!

Refugiado José Miguel Carrera en Montevideo, después de fugarse de su prisión, según se dijo antes (cap. XV, párrafo III), ocupábase en conspirar contra el orden de cosas establecido en el Plata, sin renunciar a la ambición de reconquistar el poder en Chile, manteniendo una activa correspondencia con sus partidarios. Reunido con Alvear, que perseguía análogos propósitos, buscaron un acuerdo con los caudillos anárquicos de la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, sublevados contra Buenos Aires, y daban pábulo a la guerra civil con las publicaciones que hacían por medio de la imprenta traída de los Estados Unidos, establecida allí al amparo de la bandera portuguesa. La batalla de Maipú hubo de desarmarlo, haciéndole perder toda esperanza; pero la ejecución de sus hermanos en Mendoza, encendió de nuevo en su pecho las iras de la venganza, y fulminó públicamente con su firma la sentencia de muerte de los que consideraba sus asesinos: "¿En dónde están nuestros hermanos, nuestros compatriotas Juan José y Luis Carrera? ¡Ya no existen! Perecieron con la muerte de los traidores y de los malvados, víctimas de la tiranía más detestable! Pueyrredón, San Martín y O'Higgins: ved ahí sus bárbaros asesinos. ¡Están decretados los destinos de Chile: una provincia oscura de la capital del Río de la Plata! ¿Los chilenos sucumbirán, cobardes, al despotismo de tres asesinos? ¡Que mueran los tiranos para que la patria sea libre e independiente! Ya no tiene Chile otros enemigos que esos viles opresores." Y en un manifiesto que publicó poco después, agregaba: "El ultraje hecho en la sangre de los Carrera a la nación entera, agitará vuestra justa indignación, y la familia y sus amigos

que lloran hoy sobre sus sepulcros, bendecirán un sacrificio que afirme para siempre la independencia de la patria sobre las cenizas de sus bárbaros opresores." Confidencialmente escribía a su hermana doña Javiera: "Voy a moverme, a vengarte y a vengarme."

Poseído de estos tumultuosos sentimientos de ambición y de venganza, pasaba Carrera las sombrías horas del destierro, cuando por este mismo tiempo entabló relación con un emigrado francés, que le fue presentado por el mariscal Brayer, refugiado también allí. Llamábase Carlos Robert, oriundo de una familia distinguida de Bretaña, y se titulaba coronel y había sido prefecto del departamento de la Nievre durante la dominación napoleónica. Era un hombre de espíritu cultivado, pero desequilibrado; de carácter inquieto, con ideas visionarias y escaso de dinero. Rivadavia, que lo conoció en Europa, lo recomendó al gobierno argentino, y en Buenos Aires publicó el primer periódico en lengua francesa, que duró sólo seis números. Mal avenido con su suerte y procurando mejorar de fortuna, se unió a algunos compatriotas para trasladarse al Brasil, y en Montevideo se encontró con Carrera, con quien simpatizó ardientemente. Los compañeros de Robert, franceses todos ellos, eran un Juan Lagresse, hombre reposado, que vino al Plata con el propósito de fundar una colonia agrícola; un ingeniero llamado Narciso Parchappe, que ha dejado su nombre vinculado a la geografía argentina; Agustín Dragumette, dueño de una goleta que traficaba en el río, y Marcos Mecher, antiguo oficial del ejército de Napoleón, a quienes se agregó un tal Young, que decía haber sido uno de los más señalados jefes de la resistencia después de Waterloo. Robert entró de lleno en los planes de Carrera, y éste, siempre dispuesto a esperarlo todo de las aventuras y creer en los aventureros, lo constituyó en su principal agente de conspiración en Buenos Aires y en Chile. Cuáles fueron esos planes, es un punto que faltan documentos para determinar; pero de los conocidos se deduce que no podían ser otros que una revolución en Buenos Aires en combinación con los caudillos en guerra contra el gobierno argentino y un golpe de mano en Chile, apoyados por sus partidarios. Aun cuando tal vez no se decidiese el asesinato de San Martín y O'Higgins, era evidente que su sacrificio no podía menos de entrar en ellos, siquiera como una probabilidad, dados los sentimientos de venganza públicamente manifestados, de que estaba poseído el caudillo chileno.

Los cinco conspiradores se reunieron en el mes de octubre en Buenos Aires. Robert se hospedó en la casa de doña Javiera, que se convirtió en foco de la conjuración. Robert, Mercher y Young, en compañía de un chileno llamado Mariano Vigil, que regresaba a la patria después de catorce años de ausencia en Europa, partieron con destino a Chile en una tropa de carretas a mediados de noviembre: Lagresse quedó en Buenos Aires en calidad de agente

para trasmitir la correspondencia de acuerdo con doña Javiera, la que debía mantenerse entre Montevideo, Buenos Aires y Chile, con claves convenidas y por emisarios seguros. Era otro sueño de mujer, sugerido por el espíritu revoltoso de un ambicioso liviano, y servido por visionarios, que, como el de 1817, debía empujar fatalmente nuevas víctimas al cadalso.

La conjuración fué denunciada por uno que estaba en el secreto por confidencias de Robert, el que le había manifestado que el plan era asesinar a O'Higgins y San Martín. Se envió una partida en persecución de los expedicionarios a Chile, la que les dio alcance a pocas jornadas de camino: Young se resistió, y fue muerto de un pistoletazo por el oficial que la mandaba, según la orden que llevaba. Se procedió en seguida a sorprender la correspondencia, y se encontraron en poder de Dragumette seis claves y nueve cartas de doña Javiera, de Robert, de Lagresse y de otros oficiales, dirigidas todas a Carrera. Robert escribía: "Cien hombres se apoderarían en una noche de la fortaleza (de Buenos Aires). Si llegamos a Chile, nuestro encargo será fácil y el resultado pronto, No se trata sino de deshacerse de dos hombres: cuando se está decidido, la cosa no es difícil. Creo, pues, asegurar, que muy pronto será Vd. dueño de sus enemigos y nosotros habremos probado nuestro celo y nuestra adhesión de la manera menos equívoca." Con estos elementos empezó a instruirse el proceso. Parchappe y Dragumette fueron considerados como intermediarios inofensivos: Mercher como un auxiliar impremeditado, y Vigil como un compañero casual de viaje de los dos principales conspiradores. Robert y Lagresse fueron sometidos al juicio de una comisión militar, que con arreglo a una ley del congreso debía entender en todas las causas de conspiración.

Los dos reos reconocieron sus cartas; pero negaron que su intento fuese perpetrar un asesinato. Lagresse observó respetuosamente que, siendo extranjero y particular, extrañaba ser enjuiciado por una comisión militar y no por un tribunal civil; que en cuanto al delito de conspiración, podía cuando más acusársele en rigor de ley, de complicidad en un plan en que no tomara participación directa; y en cuanto al crimen de asesinato, no podía cometerlo a 400 leguas de distancia, habiéndose quedado en Buenos Aires. Robert invocó los antecedentes honrosos de su carrera; que de su carta no podía deducirse prueba alguna de hecho existente o de un comienzo de ejecución; que ante una nación que proclamaba la libertad, no podía imputársele a delito el pensamiento, tratándose de opiniones políticas, que podían ser, cuando más, un error; que no creía que el gobierno argentino quisiera encargarse del oficio de ejecutor de las leyes de los países vecinos, pues Chile no había sido declarado provincia argentina; terminando por declarar que, al encargarse gustoso de dar cuenta a Carrera del estado de Chile,

era porque su situación le había inspirado la más tierna simpatía, y que, si era un crimen ser amigo de un desgraciado, se confesaba culpable, y se resignaba a la sentencia en la esperanza de que la generación presente y la posteridad serían los jueces de su causa, excusando generosamente a su compañero Lagresse.

El fiscal pidió contra ambos reos la pena capital. El defensor imploró la equidad del tribunal en favor de ellos, como extranjeros proscriptos y refugiados en el territorio, exponiendo que, si bien los crímenes de que estaban acusados eran graves, el proceso no arrojaba sino meros indicios, compensables con la larga prisión y la muerte de Young que resultaba inocente; y que por lo tanto, era del honor del gobierno perdonar, y pidió el indulto. El tribunal y el gobierno se mostraron inexorables, y fueron condenados a la pena de horca que se conmutó en fusilamiento, sin más prueba que la carta de Robert, pues el testimonio del denunciante no se hizo público en el juicio, aunque figuró anónimo en el proceso. Antes de salir para el suplicio escribieron despidiéndose de sus familias — Robert escribió a su madre —, protestando que morían inocentes; pidieron comer juntos, y brindaron por la libertad universal. Murieron con entereza el día 3 de abril de 1819, en la plaza del Retiro, a las 10 de la mañana. Fue otra mancha de sangre como la de los hermanos Carrera en Mendoza, pues, aun probadas las acusaciones, no pasaban de meros conatos y conatos vagos de dos visionarios, que no conocían ni el país ni sus hombres.

Carrera desde Montevideo protestó tibiamente y con argumentos de casuista contra su participación en un complot que calificó de desatinado, haciendo notar con razón, que "los miserables franceses — como él los llama —, habían sido asesinados con barbaridad inaudita por un "tal vez", y por unas cartas que, escritas a otro que no se llamase José Miguel Carrera, habrían sido despreciadas, extrañando cuando más a sus autores como enemigos del partido del gobierno." Sean cuales fuesen sus sentimientos respecto de O'Higgins y San Martín y las fulminaciones públicas y privadas contra ellos, el proceso no resulta en realidad ni una tentativa de asesinato, por más que el anhelo de la venganza se anidase en su corazón y pueda suponerse que la muerte de sus dos enemigos le sería grata.

III

Como corrientes opuestas y superpuestas, visibles unas y ocultas otras, simultáneamente con estos acontecimientos se empezaron a sentir secretamente a fines de 1818 y principios de 1819, los síntomas de una desinteligencia profunda entre el gobierno de Chile y el general San Martín respecto de la política americana de propaganda armada. A su regreso de Mendoza, el general vio que el do-

minio del mar Pacífico, en vez de facilitar la realización de sus planes, como lo había pensado, enervaba la voluntad del gobierno chileno para cooperar a la empresa del Perú, por la seguridad de no ser invadido como tantas veces lo fuera, y lo inclinaba al quietismo, reconcentrándose en la vida nacional. Pacificado el país y expulsado el enemigo del Sur, la desinteligencia se acentuó por las dificultades financieras con que luchaba la administración chilena y el descontento consiguiente del ejército de los Andes, mal atendido en sus sueldos y en sus reemplazos. Este descontento refluía sobre la opinión pública, que consideraba al gobierno de Chile únicamente sostenido por las bayonetas argentinas. San Martín se hizo cargo desde luego de la poca o ninguna cooperación con que podía contar para llevar adelante la expedición al Perú, según lo convenido con él y con el gobierno argentino, que acababa de hacer grandes sacrificios para procurarse una parte del medio millón de pesos prometido con tal objeto, y tomó una resolución propia de su genio determinado, que debía influir en los destinos de la América. Inventó el repaso de los Andes, reverso de la medalla de su inmortal paso.

No eran ciertamente combatientes lo que faltaba para ejecutar la ardua empresa proyectada. El Ejército Unido constaba a la sazón de cerca de 8.000 hombres —7.850 según los estados—, de los cuales 4.000 formaban bajo la bandera argentina, aun cuando casi una mitad de sus soldados fuesen chilenos incorporados en sus filas según convenio internacional, en reemplazo de los muertos e inutilizados en la batallas peleadas en pro de Chile y la América. El general de los Andes, que tenía en sus manos estos elementos bélicos y probado su temple, pulsando los recursos de los dos países a que pertenecían, no era hombre de renuncia a la idea de llevarlos al Perú, que consideraba salvadora, no obstante las dificultades que se oponían a la realización inmediata de sus designios, precisamente en el momento en que los grandes obstáculos habían sido allanados. Para eso había trabajado cinco años, y para eso solamente quería vivir y mandar. Firme en su propósito, quiso comprometer a ambos gobiernos ante la América, y enarboló la bandera redentora del ejército de los Andes con una proclama: "¡Habitantes del Perú! Los estados independientes de Chile y de las Provincias Unidas me mandan entrar en vuestro territorio para defender la causa de vuestra libertad. Mi anuncio no es el de un conquistador. La fuerza de las cosas ha preparado este gran día de vuestra emancipación. La unión de tres estados independientes acabará de inspirar a la España el sentimiento de su impotencia. Los anales del mundo no recuerdan una revolución más santa en su fin, más necesaria a los hombres. Lancémonos confiados en el destino que el cielo nos ha preparado a todos. Cuando se hallen restablecidos los derechos de la especie humana, perdidos por tantas edades para el Perú, yo me felicitaré de poderme unir a las instituciones que las constituyen, habré satis-

fecho el mejor voto de mi corazón y quedará concluida la obra más bella de mi vida." Esta proclama fue confirmada por otra del director O'Higgins, anunciando a los peruanos que "formarían una nación, cuyo gobierno establecerían ellos mismos como propios legisladores, consultando sus costumbres, su situación y sus inclinaciones." Estos documentos fueron difundidos en todas las costas del Pacífico por la escuadra chilena al mando de Cochrane. Desde entonces quedó contraído ante el mundo el compromiso moral de dar libertad al Perú. Por el momento, empero, todo ello no pasaba de palabras y de operaciones marítimas para establecer el dominio del Pacífico.

La diplomacia de los dos gobiernos aliados movida por San Martín, puso el sello internacional a este solemne compromiso. En febrero de 1819 el enviado de Chile Irizarri, en tránsito para Inglaterra, firmó en Buenos Aires un pacto de alianza con el gobierno argentino, "para poner término a la dominación española en el Perú por medio de una expedición combinada costeada por las dos naciones, respondiendo a los votos manifestados por los habitantes del país dominado, a fin de establecer por la libre voluntad de los peruanos el gobierno más análogo a su constitución física y moral, garantiendo mutuamente la independencia del nuevo Estado." Estas estipulaciones, al dar forma política al pensamiento militar de San Martín, consagraban los principios fundamentales del programa emancipador de la revolución argentina, que, destinados a triunfar como sus armas redentoras, debían constituir la base del nuevo derecho público americano con la misma fórmula consignada en las instrucciones para la reconquista de Chile (Cap. XII, párrafo VII).

Por este mismo tiempo, los dos grandes centros revolucionarios de la América meridional al sur y al norte se pasaban por la primera vez la palabra y reconocían su solidaridad. El gobierno argentino, al declarar su independencia en 1816, lo comunicó a los gobiernos americanos establecidos, y entre ellos al de Venezuela. Dos años después —junio de 1818—, contestaba Bolívar esta comunicación, en su calidad de jefe supremo de Venezuela, calificándola de "paso adelantado, que daba nueva vida a ambos gobiernos haciéndolos conocer recíprocamente." Y agregaba, revelando desde entonces sus tendencias unificadoras: "Una sola debe ser la patria de los americanos ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad. Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, nos apresuraremos a entablar el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América ante el mundo con un respeto de majestad y grandeza. La América así unida, podrá llamarse madre de las repúblicas. El Río de la Plata con su poderoso influjo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración." Y asumiendo una representación americana, dirigió una proclama a los habitantes del Río de

la Plata: "Vuestros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros vuestra gloriosa causa, que desde 1810 ha hecho recordar a la América la existencia política: ha visto con admiración vuestra sabia reforma, vuestra gloria militar y vuestra felicidad pública. En todo hemos sido iguales. Sólo la fatalidad anexa a Venezuela la ha hecho sucumbir dos veces y su tercer período se disputa con encarnizamiento. Ocho años de combates, de sacrificios y de ruinas han dado a nuestra patria el derecho de igualarse a la vuestra aunque infinitamente más espléndida y dichosa. La sabiduría del gobierno del Río de la Plata, sus transacciones políticas con las naciones extranjeras y el poder de sus armas en el fondo del Perú y en la región de Chile, son ejemplos elocuentes que persuadirán a los pueblos de América a seguir la noble senda del honor y la libertad. Venezuela, aunque de lejos, no os perderá de vista, y cubierta de luto os ofrece su hermandad; cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos de su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad para que nuestra divisa sea: «Unidad en la América meridional.»"

A fines de 1818 la fama de San Martín vencedor en Maipú se extendía al norte del Ecuador, y la de Bolívar aclamado libertador de Venezuela llegaba hasta Chile y el Río de la Plata. O'Higgins, tomando la iniciativa en la formación de una liga guerrera de las colonias insurreccionadas, se dirigió a Bolívar al felicitarle por sus triunfos, y le proponía una alianza de acuerdo con las ideas continentales de San Martín: "La causa que defiende Chile es la misma en que se hallan comprometidos Buenos Aires, la Nueva Granada, Méjico y Venezuela; es la de todo el continente de Colombia. Las armas de Chile y Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y la escuadra chilena puede franquear las comunicaciones con Nueva Granada y Venezuela por el Chocó y Panamá, y ayudar a los patriotas de esos países."

Cuando estos actos externos se producían, la situación argentinochilena hacía crisis. Casi simultáneamente con la terminación de la campaña del Sur con la signatura del tratado de alianza, las declaraciones y proposiciones de O'Higgins al Perú y a Venezuela y la publicación de San Martín a los peruanos, éste iniciaba secretamente su repaso de los Andes, invención sorprendente por la atrevida simplicidad de sus medios y admirable como su famoso paso estratégico por la precisión de sus resultados. Dueño de la fuerza que constituía el nervio del Ejército Unido y sostenedor de la situación política, provisto de la autorización para expedicionar y comprometidos los dos gobiernos en la realización de sus planes militares, él obrará simultáneamente sobre ambos países por medio de presiones poderosas y combinaciones variadas, sin perder de vista su gran objetivo, aun cuando al parecer le diera la espalda. Esta acción duple y el misterio que por muchos años lo ha envuelto,

da a sus procederes de aquella época un carácter doble, en que el guerrero, manejando los hilos delicados de una trama complicada, a la vez de dar impulso a las masas, parece tomar a los hombres como instrumentos de sus designios haciéndoles concurrir a ellos por la gravitación natural de las voluntades opuestas. Y no obstante esto y su aparente doblez a veces, su proceder es siempre tan serio, que a veces llega a ser terrible; así como sus palabras son siempre sinceras y coherentes los propósitos que persigue, convergiendo constantemente a un fin determinado. Es un hecho complejo, que nunca ha sido bien explicado en sus causas y efectos, ligándolo a la historia en la que determinó nuevos rumbos, y provocó una crisis cuyas acciones y reacciones quedaron envueltas en la sombra, conociéndose únicamente sus movimientos ostensibles, que al confundir a los contemporáneos, ha engañado a los historiadores.

Considerado por su faz externa y en sus relaciones con los hombres y las cosas de su tiempo, este interesante episodio es un drama complicado con accidentes de sublime comedia que por momento reviste un carácter trágico. Lleno de peripecias y alternativas con coincidencias singulares, situaciones equívocas y efectos sorprendentes, rodeado de misterios pavorosos y explicándose de distinto modo cada uno de los actores el papel que desempeñaba, los protagonistas son dos naciones, dos gobiernos, dos ejércitos, dos asociaciones secretas que gobiernan a los gobiernos y a los ejércitos, y un hombre impasible como el destino, que maneja con mano firme los resortes secretos de su potente máquina, variando sus combinaciones según las circunstancias. Guardando su terrible secreto, maniobrará de modo de hacer servir a los dos gobiernos a sus profundas miras, sacando nuevos recursos del territorio para su expedición al Perú, y obligando a Chile a que le suplique llevarla a cabo, poniéndose a su discreción y presentarle allanados todos los obstáculos que a su ejecución se oponían. Así, el general de los Andes, representando un doble papel, pondrá un pie en Chile y otro en las Provincias Unidas: tendrá dos caras, una para cada gobierno; y, lógico consigo mismo, obrará alternativa y simultáneamente sobre la política de ambos países en prosecución de un propósito, obedeciendo unas veces a repulsiones sistemáticas, y cediendo otras a atracciones patrióticas. Envuelto por acaso en sus propias redes, las desatará sin romperlas, y cuando por fin, tenga que optar entre dos partidos extremos, las romperá, determinando un nuevo rumbo en la historia, al lanzarse a cumplir su destino en la trayectoria constante de la impulsión inicial de sus designios americanos. La narración documentada de los hechos pondrá en evidencia el carácter complejo de este drama histórico en que intervienen múltiples y variados elementos.

IV

Desde Mendoza había comunicado San Martín al gobierno de Chile y a Balcarce su plan de expedición al Perú, sobre la base de un ejército de 6.100 hombres, fijando el término de tres meses para el apresto de los pertrechos de guerra que determinaba en una relación adjunta. A su llegada a Santiago nada se había hecho, y todo indicaba que nada serio pensaba hacerse. Entonces, sin confiar a nadie su secreto, y aconsejándose de sí mismo, dio su primer paso en el sentido de provocar la crisis para buscar una solución. Dirigió al gobierno argentino una nota aterradora, haciendo la más triste pintura del estado financiero de Chile. "Me veo en la precisión de manifestar que el ejército de los Andes en Chile está muy próximo a ser disuelto y anonadado por la miseria, de la que siempre son consecuencias seguras la desmoralizacion y la relajación de la disciplina. El Estado de Chile se halla en una positiva bancarrota, en una destitución absoluta y sin recursos ni en la esperanza. Tiene empeñadas y aun consumidas sus rentas del año entrante. En descargo de toda responsabilidad, y en cumplimiento de mi obligación y de mi honor, lo hago presente, suplicando quiera considerarse el conflicto de mi espíritu a la vista de la marcha progresiva que hace el ejército a su ruina, estando yo hecho cargo de él." A la vez dirigió otra nota al gobierno de Chile manifestándole que "las necesidades del Ejército Unido iban subiendo a punto de producir males de difícil reparación, que traerían consecuencias graves, pues la existencia de la fuerza y de la disciplina era incompatible con la falta de socorro del soldado."

Después de la doble situación financiera he aquí el sombrío cuadro que del estado político de Chile presenta el general de los Andes al finalizar el año 1818: "Ya es tiempo de hablar con claridad. La actual administración de Chile no es respetada ni amada, y sólo se sostiene por las bayonetas del ejército de los Andes; pero este apoyo desaparecerá por falta de medios, en razón de que no hay cómo sostenerlo. Mutación alguna en el gobierno de este país no puede hacerse, pues no hay hombres capaces de tomar las riendas del gobierno. Sólo puede mantenerse el orden y seguir los progresos que las favorables coyunturas nos presentan para acabar con el virrey de Lima, y como los aprestos indispensables para la expedición al Perú no se fomentan por falta de recursos, y por lo que veo, creo que serán irrealizables, soy de opinión de que, de no ser protegido pecuniariamente este ejército por las Provincias Unidas, se le mande repasar los Andes." Y en los primeros días de enero de 1814 recargaba la sombra del cuadro: "El gobierno de Chile en su conducta pública manifiesta una bancarrota total: su admi-

nistración es odiosa y aborrecida por todos los habitantes: la apatía, el desgreño, la desconfianza, tanto del gobierno como de sus habitantes con respecto al Ejército de los Andes, es demasiado marcada. En fin, desde el momento en que la escuadra de este Estado ha tomado la superioridad en el mar Pacífico, se han creído que los brazos del Ejército de los Andes no le son ya necesarios, pues se consideran, y con razón libres de todo ataque, y su objeto es aburrirnos con las miserias con que nos bloquean." Ultimo toque al sombrío cuadro: "La conducta que observa este gobierno no es nada adecuada, ni al agradecimiento que debía tener al Ejército Unido, ni al plan para atacar al enemigo en Lima. No hay la más remota esperanza de que se verifique la expedición al Perú. La conducta de este gobierno está manifiestamente clara, de que su objeto es no sólo que no se verifique la expedición proyectada, sino desprenderse del Ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de desesperación tal, que tengamos que pasar la cordillera o comprometernos a disgustos de la mayor trascendencia."

Exhibida la llaga política y financiera de Chile, dando por irrealizable o aplazada la expedición al Perú, señalada la causa del mal e indicada su remedio — que era la expedición —, el astuto general, al apuntar la idea del repaso de los Andes, proponía un paliativo, en que, eliminando su persona, hacía más tirante la situación, y bosquejaba los preliminares de una campaña que sólo él podía realizar: "Concepción necesita de 1.500 hombres en el término de una año para su tranquilidad; la capital de Santiago, Coquimbo y Valparaíso, necesitan una guarnición de 2.500 hombres. Sólo puede contarse con 3.000 hombres disponibles para la expedición. Con esta fuerza no puede emprenderse ataque formal sobre ningún punto del Perú, ni menos sobre Lima: lo más que podrá hacerse será reducir sus operaciones (previa la destrucción de la escuadra enemiga), a desembarcos parciales sobre puertos intermedios, y que este ejército y escuadra vivan sobre la costa del mar Pacífico. Dispuesto a encargarme de la expedición sobre el Perú con los auxilios que debían serme facilitados, lo que no se ha verificado, no creo que mi persona sea tan interesante, supuesto que el plan proyectado varía enteramente, la que sólo podría ser útil para una expedición formal pero no para la especie de hostilidades que propongo, y que son las únicas que pueden adoptarse. El general Balcarce puede desempeñar mi encargo a satisfacción de ambos gobiernos. El partido que tomo, no es hijo del comprometimiento público en que me halla, y aunque conozco que los ojos de Europa y de la América están pendientes sobre mí, y sin duda alguna creerán que la inacción de las fuerzas que mando no es efecto de la falta de auxilios por parte del gobierno argentino y del de Chile, sabría sacrificar mi reputación por la felicidad de mi país; pero me es

absolutamente imposible continuar en el mando del ejército sin que mi muerte sea muy próxima."

Resuelto a definir la situación, perseveró aún en buscar un acuerdo haciendo presión, antes de llegar a un extremo que no deseaba y que consideraba funesto para todos, y en este sentido se dirigió por última vez al gobierno de Chile exigiendo categóricas explicaciones sobre el cumplimiento de lo acordado: "Soy responsable a la nación chilena de mis operaciones, como jefe de su ejército. Los ojos de la América o, por mejor dicho, los del mundo, están pendientes sobre la decisión de la presente contienda con los españoles respecto a la expedición del Perú. Todos aguardan sus resultados, y saben que el general San Martín es quien está nombrado para decidirla. Ante la causa de la América está mi honor; y no tendré patria sin él, y no puedo sacrificar don tan precioso por cuánto existe en la tierra. Tengo dicho que, para esperar un suceso favorable de la expedición, se necesitan 6.100 hombres. Espero se me diga si el Estado de Chile se halla en disposición de aprontarme los efectos que tengo pedidos, y en qué tiempo." El director O'Higgins contestó esta exposición y este emplazamiento con una larga y prolija explicación, que importaba una negativa disimulada, y podría tomarse como una burla, a no ser la gravedad del documento. En resumidas cuentas, se reducía a decir a San Martín, que en la imposibilidad de verificar la operación con los recursos con que se contaba, y en la necesidad absoluta de hacerlo, no quedaba otro remedio que buscar fuera de Chile 600.000 pesos, y concluía con estas palabras: "Si V. E. puede proporcionarse esta adquisición, nada habrá entonces que este gobierno no allane por su parte para llevar a cabo una obra cuyo desenlace tiene en suspenso la suerte de la América."

Al mismo tiempo que estas notas secretas se cruzaban, fijábanse carteles públicos anunciando la venta de las cinco fragatas tomadas al convoy español, que estaban destinadas para trasportes de la expedición, y aun cuando San Martín reclamó contra ello, y se suspendió en consecuencia la enajenación, fueron completamente despojadas. Desengañado de que nada tenía que esperar ya del gobierno chileno, al menos por el momento, para llevar adelante su obra emancipadora, a la vez que indignado, decidióse a apelar a los medios extremos, a fin de que la situación hiciese crisis, y con tal resolución se dirigió al gobierno argentino en los siguientes términos: "No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americana. Está visto que la conducta que observa este gobierno es no hacer el menor esfuerzo para que se realice la tan decantada expedición al Perú, no digo de los 6.000 hombres pedidos pero ni aun de otro plan que podría realizarse con 3.000. Todo el objeto es que las Provincias Unidas costeen la expedición. Si se ha de estacionar el Ejército de los Andes

en Chile, es necesario que el gobierno argentino lo mantenga, pues de lo contrario, se disuelve. La armonía que creo necesaria a la felicidad de la América, me ha hecho guardar la mayor moderación, y no recurrir a medidas violentas que comprometiesen a ambos Estados. En atención a lo expuesto, es de necesidad repasar los Andes sin perder un solo momento."

Terminada la campaña del Sur, escribió reservadamente a Balcarce se retirase con las fuerzas argentinas en disposición de repasar los Andes. Balcarce le contestó: "Estoy convencido de que hay necesidad de que dejemos el país, tanto por la imposibilidad que tiene de mantenernos, como porque cada día se ha de hacer más pesado el gasto de una fuerza que ya no necesitan." Pero, a la vez que se manifestaba dispuesto a romper, reanudaba la correspondencia cortada, presentando al gobierno de Chile un nuevo plan, en el que, ratificándose en que "eran necesarios 6.100 hombres para expedicionar con éxito sobre el Perú", explicaba cómo podría ejecutarse y las ventajas económicas y militares que de él resultarían. Y a fin de no quedar inhabilitado para soldar un rompimiento, escribía a su gobierno: "En el caso de que se decida el repaso de los Andes, es preciso que se alegue el pretexto de que alguna expedición española se dispone a invadir a Buenos Aires, pues de ese modo se concilia todo mejor."

Todo esto no era sino la distribución de los papeles principales en el drama que iba a representarse, asignando a cada actor su carácter; al gobierno argentino, el de promotor de una medida de que no se daba cuenta; al de Chile, el de agente pasivo de su plan por medio de la presión, y de víctima en el conflicto; a Balcarce, el de ejecutor de la reconcentración del ejército de los Andes; a las dos naciones y a los dos ejércitos, el de coros mudos; reservándose él el de árbitro que, según las circunstancias, podía cambiar las respectivas posiciones, persiguiendo siempre su propósito fijo de expedicionar al Perú. Faltábale ensayar los medios terribles y los artificios ingeniosos, llegar al parecer hasta los últimos extremos, conciliarlo provisionalmente todo, alcanzar el resultado que buscaba brindándosele, deshacer su propia trama y combinar los elementos para llevar a cabo una resolución suprema que decidiría de su destino y en cierto modo del de la América. Son los documentos los que hablan.

V

Preparado así el terreno de maniobras, hizo una consulta "reservadísima", aterradora por su frío laconismo: "En el caso que este Estado (Chile), tratase de mudar su administración ¿cuál es la conducta que debo observar? ¿Sostener con la fuerza de los Andes a este gobierno, o mantenerme neutral en las oscilaciones que

puedan ocurrir?" Esta consulta tenía por comentario una carta confidencial suya al director Rondeau, más aterradora por las consecuencias del paso que aconsejaba: "Conozco los males que van a resultar de la separación del Ejército de este país, por el desorden que se va a introducir en él. Si V. E. decide por que marche a las Provincias Unidas, «estoy seguro de que al mes se ha introducido la anarquía en todo el reino», pues lo que los contiene son las tropas de las Provincias Unidas."

Era la ruptura de la alianza argentinochilena en perspectiva, el desmoronamiento de la situación política de Chile y la deposición implícita del gobierno de O'Higgins; era al parecer la destrucción de su propia obra; pero todo ello no pasaba de fintas para dominar moralmente la situación. Mientras tanto se reconcentró al ejército de los Andes en Curimón, en la parte superior del valle de Aconcagua que engarganta con el paso de la cordillera por Uspallata, secuestrándolo de todo contacto con el país. Sin indicarles objetivo determinado, el general saludó a sus viejos soldados con palabras afectuosas: "¡Compañeros de los Andes! Habéis regresado al punto de que salisteis para la reconquista de Chile. Cerca de tres años de fatigas no han podido abatir vuestro coraje. La conducta observada y vuestra disciplina no tienen ejemplo en el mundo. Moderados en la victoria y constantes en la desgracia, habéis manifestado el colmo de las virtudes." En esta actitud expectante, sin provocar desde luego una ruptura, la hacía entrever, dejando empero una puerta entreabierta para lo futuro.

A mediados de febrero dirigióse al director O'Higgins "oficialmente" y por la vía "reservada" anunciándole que "la guerra civil encendida en las provincias argentinas y el interés que le inspiraban la suerte y felicidad de la América, lo movían a trasladarse a Cuyo, para ponerlo a cubierto del contagio de la anarquía, llevando el propósito de mediar en una contienda que ponía en peligro la causa común", y terminaba con estas palabras preñadas de promesas y de amenazas: "Tendré la mayor satisfacción en volverme a poner a la cabeza del Ejército Unido, luego que los aprestos para las operaciones ulteriores que tengo propuestas y están confirmadas, estén listos." Públicamente confirmó estas palabras con una proclama de despedida a los chilenos: "Mi separación es momentánea: su objeto es el bien general de la América. Con la unión y el orden hemos vencido a nuestros enemigos: con ello afirmaremos la independencia. Conservadlo, y los resultados serán palpables a la felicidad pública. Os ofrezco volver a emplear mis trabajos en beneficio vuestro: no soy capaz de faltar a mi palabra, y bajo esta confianza debéis estar."

El director O'Higgins no dio a la intimación encapotada de San Martín toda la trascendencia que tenía, y prestando únicamente atención al incidente de mediar en la guerra civil argentina, le

comunicó confidencialmente que, previa consulta a la Logia de Lautaro —que era su consejo áulico secreto—, había acordado nombrar una comisión para que, acercándose a los caudillos anarquistas que hacían guerra al gobierno argentino, mediase en ella a nombre de Chile bajo su dirección. Antes de que llegar a sus manos esta carta, el general habíase dirigido a Mendoza, dejando a Balcarce encargado del mando en jefe del cantón de Curimón, pronto a atravesar los Andes a la primera orden. Hízose seguir por lo pronto por 50 cazadores a caballo, 50 artilleros con 8 piezas y 500 fusiles, marcando con esto el movimiento inicial del repaso. Desde Mendoza hizo conocer a O'Higgins su resolución. Este dióse cuenta entonces de la gravedad de la situación y debe decirse en su honor, que uno de los papeles más simpáticos en lo que este episodio dramático tiene de sublime comedia, es el suyo. El deseaba sinceramente la expedición al Perú y estaba penetrado de su importancia, y únicamente consejos desmoralizadores lo habían hecho flaquear; pero, comprendiendo que su gobierno peligraba sin el apoyo de las bayonetas argentinas, a la vez de reconocer el derecho de las Provincias Unidas para pedir todo lo que era suyo, daba expansión a sus sentimientos en términos tan angustiosos como nobles, en el supuesto de que una expedición española amenazaba el Río de la Plata: "Terrible cosa es mover el ejército de los Andes a la otra banda —le decía—, y más terribles los riesgos a que este país queda expuesto: las fracciones se reaniman y el virrey Pezuela intentará una nueva invasión. Peligra la libertad chilena restablecida con el trabajo de usted mismo. Pero, si es indudable la expedición española al Río de la Plata, es justísimo que todos los esfuerzos se ocupen de salvar al pueblo de donde recibimos la libertad, y de donde en nuevas adversidades pueden volver a traerla." La Logia de Lautaro —verdadero y único gobierno de Chile durante la ocupación argentina—, se ponía en movimiento impelida por el mismo O'Higgins y por Guido, y su decisión fue que se satisfaciesen las exigencias de San Martín en el sentido de la inmediata prosecución de la guerra continental. Compuesta esta asociación, mitad de argentinos y mitad de chilenos, representaba la alianza político militar de ambos países, y tenía su ramificación en el ejército de los Andes que se hallaba penetrado del pensamiento fijo que su general le inoculara, que era expedicionar al Perú, a cuya empresa estaban ligados todos sus jefes por pasión y por juramento. O'Higgins, al comunicarle que un enviado de la Logia iba a Mendoza a conferenciar con él, le repetía, lleno de zozobra y de generosas expansiones: "Estoy sin tino, no sé lo que hago, con el repaso de las tropas de los Andes. Bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y de los riesgos que la amenazan; pero este Estado queda en un inminente riesgo. Conozco que Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud nos obliga no sólo a auxiliar esta

medida, sino, a pesar de la pérdida de Chile, a prestar las fuerzas que tengamos."

La contestación de San Martín fue ordenar que una división de 1.200 hombres repasase la cordillera y se estacionara en Mendoza. En esta actitud, a caballo sobre los Andes —usando de esta palabra en su rigurosa acepción estratégica—, se colocaba en disposición de servir mejor la causa de la América en uno u otro teatro, según las circunstancias, y cumplir con sus deberes para con su país llenando a la vez otros objetos que no perdía de vista. En un caso, ejercía presión sobre Chile, obligándolo a decidirse por la inmediata expedición al Perú, o a renunciar a las ventajas de la alianza argentina. En otro caso, aseguraba su base de operaciones, que eran las provincias de Cuyo, substrayéndolas de la anarquía; influía moralmente sobre la pacificación del país —como sucedió—, al mismo tiempo que remontaba su caballería —como lo hizo—, en el territorio que poseía los mejores elementos en esta arma. De todos modos, quedaba habilitado para hacer repasar el resto del ejército al oriente o reconcentrarlo al occidente de los Andes, ya para concurrir a contrarrestar la anunciada expedición española en el Plata, ya para acudir al Pacífico a reforzar la expedición al Perú. Los resultados correspondieron a sus cálculos, no sin algunas complicaciones que hubieron de frustrarlos.

VI

Varios hilos multicolores formaban esta complicada trama que se cruzaban en la oscuridad sin enredarse, manejados aisladamente por la mano diestra del silencioso artífice, que llevaba de frente una doble correspondencia oficial y confidencial con los directores O'Higgins y Pueyrredón, con el ministro de la guerra y con Balcarce, y una reservada con el agente argentino en Santiago, Guido, por cuyo intermedio hacía llegar a oídos del gobierno de Chile lo que le convenía, comunicándose indirectamente con las Logias de ambos lados de la cordillera.

De este modo imprimía a cada uno de sus corresponsales la dirección conveniente a los fines que perseguía. Así, a la primera indicación del repaso de los Andes, el gobierno argentino, desprevenido y sin acertar a tomar una resolución, limitóse a manifestarle que "detenía su contestación hasta que con más reflexivo examen se le comunicase una resolución, dada la importancia de la proposición, recomendándole que mientras tanto no hiciese novedad en el Ejército Unido." Pero sucedió que lo que San Martín había imaginado como pretexto, se convertía en realidad, y que la propuesta del repaso coincidía con la amenaza de una expedición española al Río de la Plata. El director Pueyrredón, que en lo que me-

nos pensaba era en retirar el ejército argentino de Chile, lo autorizó ante esta nueva emergencia. "En otras circunstancias —decíale—, habría sido mayor mi conflicto al ver la pintura que hace de ese país (Chile) y de su falta de cooperación al sostén del ejército de los Andes; pero, como no queda duda de que se prepara una expedición española a nuestras playas, mi sentimiento ha sido menor en firmar la orden para la muy pronta retirada de nuestras fuerzas al oriente de la cordillera." En este sentido dirigióse el gobierno argentino al de Chile comunicándole haber resuelto dar de mano a la proyectada empresa combinada sobre Lima, dejándola para más favorable oportunidad, y que en vista del peligro inmediato que amenazaba a las Provincias Unidas, disponía el inmediato regreso del ejército de los Andes a territorio argentino después del más serio y detenido acuerdo, terminando por solicitar sus auxilios para la defensa común."

El director de Chile, por su parte al recibir la nota de San Martín anunciando su determinación, la puso en conocimiento del senado; pero, obedeciendo a las sugestiones que el general le hacía en su correspondencia privada, pidió autorización para enviar a la provincia de Cuyo un auxilio de 1.500 hombres, a fin de preservar esta provincia de los progresos de la anarquía. El senado se apresuró a dársela, manifestándole que "era de necesidad que las tropas chilenas traspasasen los Andes, tomando una parte activa para introducir el orden y restituir la unión, que debía ser el fundamento de la libertad", palabras sin sentido y sin alcance práctico, que sólo se explican por las sugestiones secretas de San Martín, como luego se verá. Entretanto, continuaba lentamente el repaso de las tropas, quedando subsistente el campamento de Curimón a cargo de Las Heras —pues Balcarce se retiraba moribundo a Buenos Aires—, y se pedía a Chile la remisión de diversos pertrechos de guerra para la formación de un nuevo ejército en Mendoza. Guido, aunque poseedor tan sólo de una parte del terrible secreto, lo encaraba ampliamente bajo sus diversos aspectos y coadyuvaba eficazmente en su esfera de acción a los propósitos de San Martín. A mediados de marzo le comunicaba: "Esta noche se reunirán los amigos (la Logia), a tratar sobre el paso del ejército de los Andes. Si esto se ha de verificar (para desgracia de este país y de toda la América) costará doble no estando usted aquí. El tiempo es tan angustiado que apenas nos deja partido que tomar." Tres días después le dirigía una extensa carta, en que con largas vistas y suma habilidad, abogaba ante San Martín por la permanencia del ejército de los Andes, como necesaria a Chile y conveniente a la causa de la independencia, aun en el supuesto de realizarse la expedición española al Plata. "Eche una ojeada a este desgraciado país —le decía—, y considérelo perdido sin remedio. Pese las desgracias que caerán sobre él y las execraciones que merecemos por no haberlas

prevenido en tiempo. Veo perdidas sus fatigas, la sangre de sus compañeros y los desvelos de sus amigos, después de los esfuerzos más generosos por la libertad del continente; veo, en fin, que el repaso del ejército de los Andes prepara peligros para nuestro país y la ruina general de la América. Perdidos Chile y el Perú, una consunción lenta basta para concluirnos. Compárense los bienes que se propone Buenos Aires aumentando algunos hombres para su defensa con los precipicios en que cerca a toda la América." A los dos días, O'Higgins esforzaba oficialmente su representación, dirigiéndose al gobierno argentino: "La aflicción ha sido general en el momento que ha trascendido la noticia de la partida del ejército, lo que prueba, no sólo que todos ansían que se verifique la expedición a Lima, como el único medio de asegurar la libertad de ambos estados, sino que no se mira a los individuos de ese Estado con los celos que se han hecho creer a V. E." Bien sabido tenía San Martín todo cuanto Guido le exponía respecto de las consecuencias desastrosas del retiro del ejército de los Andes, además de su eficacia para obligar al gobierno de Chile a decidirse por la expedición al Perú por este medio coercitivo, manteniendo la mitad de él al oriente y la otra mitad al occidente de la cordillera. Así es que, cuando vio que el gobierno argentino asumía la responsabilidad de la medida y la justificaba, que las Logias internacionales se ponían de su parte, y que O'Higgins y Chile se decidían por la expedición, empezó a aflojar los tornillos de su máquina de presión, escribiendo a Pueyrredón y al ministro de la Guerra (25 de marzo de 1818), que en vista de las comunicaciones recibidas de ultracordillera, suspendía el repaso del ejército, y que, desde que la amenaza de una expedición española parecía disiparse por sí misma, debían variarse los planes concertados. El general afectaba olvidar que él había sugerido como pretexto la especie de la expedición, que por acaso se convirtiera en causal pasajera.

El caso, que en esta ocasión coincidía con la lógica de los hechos, vino a dar al laborioso plan de San Martín una influencia inesperada en el sentido de sus propósitos indirectos. Hemos dicho que la guerra civil había recrudecido por esta época en la República Argentina. Los caudillos anarquistas de las provincias del litoral del Plata, coaligados contra el gobierno general, habían obtenido ventajas sobre las tropas nacionales enviadas a combatirlas, y los restos de su ejército expedicionario se encontraban sitiados en el Rosario por el gobernador de Santa Fe, Estanislao López. El gobierno en tal conflicto había ordenado que acudiese el ejército del norte mandado por Belgrano para sofocar de un golpe la rebelión, antes que San Martín apuntase la idea del repaso de los Andes. En esta situación, el correo que conducía la carta de San Martín a Pueyrredón, con copia de la de Guido y de las comunicaciones de O'Higgins y del Senado de Chile, fue interceptado por las monto-

neras de Santa Fe. El gobernador López se impuso con sorpresa de tan importantes noticias. Ignorando las verdaderas disposiciones de San Martín, se persuadió de que la marcha del ejército de los Andes tenía por objeto la guerra de Santa Fe, y que iba a verse obligado a hacer frente a tres ejércitos a la vez. Con una sagacidad que le era nativa, se dio cuenta clara de su situación, y adoptó una resolución en armonía con sus instintos de caudillo personal y el sitema gauchipolítico de equilibrio que le era aconsejado por su situación territorial. Comprendiendo que no podía resistir el ejército de Belgrano que avanzaba en masa sableando sus montoneras, y movido tal vez por los sentimientos de argentino que no había desertado la causa común contra los españoles, se decidió a hacer la paz por sí con independencia de sus aliados en la Banda Oriental, Entre Ríos y Corrientes, para conjurar los peligros que lo amenazaban. La entrega de los pliegos interceptados dio motivo a un acercamiento de los beligerantes domésticos, a que se siguió un armisticio, que por el momento puso término a la guerra civil, aunque no fue sino una tregua pasajera. Así se llenó uno de los objetos que San Martín tuviera en vista al repasar los Andes.

Como se dijo antes, desde Curimón San Martín había anunciado a O'Higgins su intención de mediar en la guerra civil, a la vez de hacer la intimación de que se ha dado cuenta ya. Contrariado el vencedor de los Andes por el carácter crónico que tomaba la guerra en las Provincias Unidas, perturbando sus vastos planes, todo su anhelo era ponerle término de cualquier modo. Su pasión era la independencia americana, a ello lo posponía todo, y su horror por las luchas intestinas había llegado a convertirse en una manía sistemática. Hallándose en Mendoza fue instruido de la bajada del ejército de Belgrano, que contrariaba por otra parte sus planes combinados sobre el Alto y Bajo Perú. Con anticipación había iniciado a la logia lautarina de Chile por medio de Guido, a que comprometiese al gobierno de ultracordillera a fin de que mediara en la guerra civil argentina. El director O'Higgins obedeciendo a esta impulsión secreta, nombró una comisión con tal objeto, con encargo de que se acercase a D. José Artigas, jefe de los caudillos coaligados contra el gobierno argentino e interpusiese sus buenos oficios, la que fue propiciada por San Martín, como que era el verdadero autor de la idea. El director Pueyrredón, justamente ofendido de que se enviase una misión internacional ante un caudillo rebelde, que hacía una guerra de vandalaje, antes de dirigirse a él, y de que se reconociese por el hecho a las montoneras como beligerantes, a riesgo de ensoberbecerlas más, previno formalmente a los diputados chilenos: que suspendiese todo paso en el ejercicio de su comisión, y así lo significó a San Martín, reprobando confidencialmente su avanzado proceder. Esto tenía lugar en el mes de marzo en que el ejér-

cito de Belgrano abría sus operaciones sobre las montoneras de Santa Fe.

En su impaciente anhelo por un arreglo inmediato de la contienda doméstica, San Martín se dirigió a Artigas y a D. Estanislao López antes de conocer las disposiciones del director Pueyrredón. Decía a Artigas: que la bajada del ejército del Norte, con el cual contaba para operar contra los españoles en el Perú, desbarataba sus planes militares. Hablábale de la expedición española y lo inclinaba a la unión; y a la vez de mostrarse prescindente en la lucha intestina, lo incitaba a recibir la mediación, terminando por declarar: "Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en contra de los españoles y en favor de la independencia." La carta a López, concebida en el mismo sentido, pero en términos más expresivos, como si adivinara que este caudillo estuviese mejor dispuesto a la paz, le indicaba que no tendría inconveniente en celebrar una conferencia con él para arreglarlo todo patrióticamente.

Estas declaraciones avanzadas de San Martín eran imprudentes y aun ligeras, y sólo pueden ser disculpadas por su preocupación por los grandes intereses americanos, que anteponía a las formas del decoro nacional. La imparcialidad que afectaba era un reproche indirecto a la autoridad suprema de su patria, que sostenía la guerra en nombre del orden social. Su afirmación absoluta de no tomar parte en ninguna guerra civil, además de ser un acto contrario a su carácter militar, importaba debilitar la fuerza moral del gobierno, alejando de sus enemigos la amenaza del ejército de los Andes. Felizmente las cartas fueron detenidas por Belgrano, quien, tan sorprendido como San Martín por la doble retirada, le escribía lleno de resignación: "Si usted se conmovió con mi bajada, figúrese cuál me habrá sucedido con la noticia de que su ejército debía repasar los Andes. ¡Tanto más me admiraba esto, cuando el director nada me dice de su movimiento, que va a retardar la ejecución de los mejores planes, y quién sabe hasta qué punto puede perjudicar la causa y afirmar el yugo español! Pero lo dispone quien manda y no hay más que obedecer." La trama se complicaba y sus hilos parecían enredarse en las manos del general de los Andes, precisamente en los momentos en que se ocupaba en deshacerla, una vez llenado su objeto.

VII

Como el gobierno argentino no consideraba por entonces inminente el peligro de una expedición española, y por otra parte, no sabía qué hacer con el ejército de los Andes que iba a gravitar sobre su exhausto tesoro, a la primera insinuación de San Martín de suspender el repaso (25 de marzo de 1819), la autorizó a dejar en

Chile 2.000 hombres (9 de abril de 1819), es decir, la mitad de su fuerza, y así se lo comunicó al director O'Higgins en contestación a sus instancias. Esto bastaba por el momento para los fines que se proponía San Martín, manteniéndose en equilibrio con un punto de apoyo sólido y un pie a cada lado de la cordillera, sin perder de vista un instante su gran objetivo: el Perú. Pero las peripecias y complicaciones no habían pasado. Antes de transcurrir ocho días (15 de abril de 1819), el mismo ministro de Guerra que lo autorizaba a suspender parcialmente el repaso, manteniéndose a la expectativa, le ordenaba terminantemente y con urgencia, que la parte del ejército que se hallaba en territorio argentino, engrosado con 2.000 reclutas chilenos en reemplazo de los 2.000 hombres de los Andes que debían permanecer en Chile, marchase sin dilación a Tucumán, a hacer frente al ejército realista del Alto Perú, que según avisos del general Belgrano, se disponía a invadir la frontera del norte. San Martín, conformándose ostensiblemente con esta orden, contestó, tal vez para hacer mayor presión sobre Chile, "que impartía las órdenes más positivas en consecuencia", y pidió instrucciones respecto al tren de artillería que quedaría en Cuyo. En seguida hizo presente confidencial y oficialmente por la vía reservada, que tal medida importaba la disolución del ejército de los Andes, y elevó su renuncia. A esta fecha las fuerzas reunidas en Mendoza que habían repasado la cordillera, alcanzaban como a 1.200 hombres, permaneciendo al occidente de ella, en Curimón, como 2.200 hombres.

Aturdido Pueyrredón con las idas y venidas de San Martín, con su aparente variación de resoluciones y las órdenes y contraórdenes que le hacían firmar, obedeciendo al impulso del general de los Andes, tuvo un momento de noble impaciencia y le dirigió una carta que comprendía la historia de este oscuro episodio a la vez que la inalterable fidelidad del director argentino a las grandes ideas del gran general: "Como ese gobierno ha sido tan vario en sus deliberaciones sobre la expedición a Lima, me ha puesto también en la necesidad de variar mis órdenes alternativamente por los movimientos de ese ejército. Me dijo usted que convenía lo hiciese venir: así lo mandé. Se me representó el peligro de Chile, si quedaba abandonado a sus solas fuerzas; y dispuse quedasen dos mil hombres para su guarnición y seguridad. Con pocos días de intermisión se me repitió con interés que Chile se había decidido a realizar la empresa, procurando el dinero necesario: por duplicado fue la orden para que suspendiesen las tropas su regreso. En este estado me dice usted que habían empezado a pasar las tropas a esta parte de los Andes. ¿Qué puedo determinar yo con acierto? Si la expedición se ha de realizar y la cordillera lo permite, quisiera que volviesen a Chile los que están en esta parte. No hay más remedio que hacer la expedición por el Pacífico, o reunir nuestras

fuerzas para entrar de un modo irresistible por el Alto Perú." Insistiendo sobre estos tópicos le decía 12 días después: "Todo se ha trastornado por las variaciones de Chile, y nos ha agarrado la cordillera con el ejército dividido. Sabe usted que su dictamen ha sido siempre la regla de mis deliberaciones en todo lo relativo al ejército de los Andes. Obre usted con la misma franqueza en adelante. Por último: supuesto que nuestras empresas sobre Lima no pueden realizarse hasta la primavera que viene, sería conveniente diese usted un paseo para conferenciar y allanar lo necesario al sostén, elevación de fuerzas y mejora de la división que está en Mendoza."

El director Pueyrredón dirigía estas palabras al general que había ilustrado con sus grandes victorias el período de su administración, en vísperas de dejar de ser hombre público. El 19 de junio de 1819 abandonaba el gran escenario y se perdía en su penumbra, circundado por esa sombra que acompaña a los mandatarios que resignan el poder en tiempos difíciles. Sólo insistiremos sobre él en la parte que se relaciona con el asunto de este libro. Fue, como gobernante, el hombre de su partido y el gobernante nacional, representando una autoridad impersonal, por cuanto su base era parlamentaria y su acción estuvo subordinada a un centro áulico directivo, lo que caracteriza políticamente su administración. Armado de un poder dictatorial contrapesado por la oligarquía inteligente y patriota, sus actos llevaron el sello de la moderación, sin manifestar tendencias a la arbitrariedad caprichosa, y éste es su rasgo moral como magistrado. Sin ser una personalidad marcada, ni tener la potencia propia que domina los acontecimientos y les imprime dirección, fue el representante de los elementos conservadores, que mantuvo el centralismo revolucionario necesario para sostener la lucha por la independencia. En su época y por sus afanes, se fundó la independencia argentina; adquirió respetabilidad exterior la nueva nación; se echaron los cimientos del gobierno parlamentario; se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta en la frontera norte; llevóse a cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidóse la alianza argentinochilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparóse la expedición al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipú orlaron el escudo de las Provincias Unidas, y éstas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración, verdaderamente histórica.

VIII

Una sangrienta tragedia que se enlaza con los sucesos de esta época, y que debía tener una estruendosa repercución en toda la América exacerbando los odios entre independientes y realistas, ocurría en una oscura población de las pampas argentinas a tiempo que el drama del repaso de los Andes empezaba a desenvolverse según el plan de su autor.

Encontrábase San Martín en Curimón, pronto a emprender su viaje a Mendoza, cuando le llegó la noticia de que en la ciudad de San Luis había estallado una conjuración de prisioneros españoles, a que se atribuían vastas ramificaciones en ambos lados de la cordillera. Alarmado con esta novedad, escribió confidencialmente a O'Higgins: "Ahora más que nunca se necesita haga usted un esfuerzo para auxiliar la provincia de Cuyo. Chile no puede mantenerse en orden y se contagia, si no acudimos a tiempo. El orden interno nos es más interesante que cincuenta expediciones." Al llegar a Uspallata lo alcanzaban nuevos detallles sobre este suceso, y volvía a insistir sobre los auxilios pedidos, ordenando que se activase la marcha de la división argentina que debía iniciar el repaso. Su gran interés por el momento era asegurar su base de operaciones y fuente de recursos subsidiarios, y hacer concurrir a Chile a este objeto, dejando para después la prosecución de sus planes sobre el Perú, que posponía el orden interno de los dos países, cuyo concurso eficiente necesitaba para realizarlos. Empero, el hecho no tenía la trascendencia que se le atribuía.

Como se explicó antes (capítulo IX, párrafo I), el valle de San Luis en que se asentaba la ciudad de este nombre, es un oasis en medio del desierto, que ligaba las comunicaciones del litoral del Plata con la cordillera de los Andes por el camino de Chile. Hallábanse allí confinados como en una isla mediterránea del océano petrificado de la pampa argentina, los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipú, entre los cuales se contaban el pusilánime Marcó del Pont, y el heroico Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado y Morla, y casi toda la oficialidad del famoso regimiento de Burgos. Por recomendaciones expresas de San Martín eran tratados con toda consideración por el teniente gobernador Dupuy, quien deponiendo su ceño adusto, les dispensó las más amistosas atenciones, a punto de corregir con su autoridad la inconveniencia de algunos oficiales nacionales que en presencia de ellos entonaron una canción patriótica que lastimaba sus sentimientos de realistas en desgracia. Fueron alojados y atendidos generosamente con las comodidades que ofrecía la pobre ciudad cuyana, se les permitió conservar sus ordenanzas de servicio, y gozaban de una relativa libertad sin ser humi-

llados ni molestados por una incómoda vigilancia. Un corto piquete de milicias, mandado por un oficial puntano llamado José Antonio Becerra, componía toda la guarnición de San Luis. El desierto era el centinela que los vigilaba. Ordóñez y Primo de Rivera, que vivían juntos, se entretenían en cultivar un huerto, y lo mismo que sus compañeros de desgracia, mantenían relaciones sociales con las familias de la población, en cuyo seno eran acogidos con simpatía, endulzando su cautiverio las hijas de San Luis, renombradas por su belleza.

Los prisioneros vivían resignados, y aun felices según confesión propia, en medio de suculentos banquetes, bailes, amoríos y tertulias de juego —una de ellas la del teniente gobernador—, cuando llegó a San Luis, confinado como ellos, pero por otras causas, el doctor Bernardo Monteagudo. Ordóñez, Primo de Rivera y Monteagudo, se ligaron por una fría pero cortés relación y, juntamente con el sobrino de Ordóñez, de edad de diecisiete años, llamado Juan Ruiz Ordóñez, empezaron a frecuentar una casa de familia, atraídos por tres bellas jóvenes, hermanas del alférez de milicias de San Luis, Pedro Pascual Pringles, que llegaría a ser famoso como guerrero. Según la tradición, una de las hermanas encendió una ardiente pasión en Monteagudo a la vez que en Ordóñez o en su joven sobrino (que era el destinado a poseerla), despertándose en ellos la rivalidad política y amorosa. Coincidieron con esto las alarmas que se difundieron en todo el territorio con motivo de la generalización de la guerra civil, y con un bando que expidió el teniente gobernador (1º de febrero de 1819), en que se prohibía a los prisioneros salir de noche y visitar las familias, fundándose en que con su trato extraviaban la opinión pública. Esparcióse al mismo tiempo la voz de que iban a ser separados y trasladados a diversos puntos, y desde entonces los prisioneros exasperados, se ocuparon seriamente de poner en ejecución un plan de sublevación y fuga, que hacía como cuatro meses tenían meditado. Casualmente, al día siguiente del bando, llegaron a Mendoza veinte prisioneros más, con los que, y cincuenta y tres presos y detenidos en la cárcel y el cuartel de la guarnición, con que creían poder contar, consideraron asegurado el golpe. El número total de los conjurados, incluso ordenanzas y paisanos, no pasaba de cuarenta. El plan era prender al teniente gobernador y a Monteagudo, apoderarse de la población y de las armas, proporcionarse cabalgaduras y lanzarse a la pampa, en busca de montoneras, según unos, pero más probablemente en dirección al sur de Chile, donde la guerra de partidarios volvía a encenderse. Al efecto, apalabraron baquianos, prepararon arreos de monturas, se proporcionaron algunas armas (luego se verá cuáles eran), y listo todo, quedó resuelto que el 8 por la mañana darían el golpe.

El arma de la conjuración era un simple capitán de infantería, llamado Gregorio Carretero, que es la más interesante figura de

este trágico episodio. Un historiador español (Torrente) se limita a apellidarlo de valiente sin dar más noticias acerca de él, y los historiadores americanos no las adelantan. El acaso nos ha hecho descubrir un documento que proyecta una luz nueva y simpática sobre este personaje de alma intrépida, que, a pesar de su inferior graduación, ejercía un predominio moral sobre sus compañeros de infortunio. Carretero había pertenecido al primer batallón del famoso regimiento Burgos, que tanto se distinguió en la guerra de la Península contra los franceses, y en 1817 pasó a la América con su cuerpo como capitán de la compañía de granaderos. En España era conocido por el ardor de sus ideas liberales y su odio al Rey absoluto, y estaba afiliado a las sociedades secretas que preparaban el levantamiento liberal de España acaecido en el mismo año en que él moriría mártir obscuro de una bandera caída que no amaba. Antes de embarcarse en Cádiz en 1817, él y varios oficiales de su batalllón habíanse concertado con uno de los agentes secretos del gobierno argentino que residía en esa ciudad, y aceptado con entusiasmo bajo juramento la idea de un plan, que tenía por objeto entenderse con los independientes del Río de La Plata, a fin de promover un arreglo pacífico con ellos levantando la bandera liberal en el Perú. Sabido es que cada expedición militar que zarpaba de España, traía este germen liberal cuyo foco estaba en Cádiz y que las sociedades secretas de los constitucionalistas españoles tenían sus ramificaciones en los ejércitos realistas de América, que trabajaban en un sentido análogo a este plan. La expedición a que pertenecía Carretero, de que ya hemos dado cuenta (cap. XVI, párrafo III), arribó al Callao y fue destinada a formar parte del ejército de Osorio que invadió a Chile en 1818, triunfó en Cancharrayada y fue vencida en Maipú, donde cayó prisionero con todo su batallón. Tal era el hombre que, fiado en su ascendiente, concibió el plan de conjuración, comunicándolo únicamente a los más decididos para no comprometer el secreto. Fue tal la reserva, que prescindieron de Marcó del Pont, no obstante su categoría, probablemente por no considerarlo hombre de acción, y a esto debió su salvación.

En la noche del domingo 7 de febrero, invitó Carretero a sus camaradas a un almuerzo para la madrugada del día siguiente, diciéndoles que era para entretenerse luego en matar bichos en el huerto de su casa. El 8, a las seis de la mañana, estaban reunidos allí unos veinte oficiales de los prisioneros. El jefe de la conjuración los invitó a pasar al huerto, poblado de árboles. Reunidos allí a la sombra de una higuera, les brindó un ligero desayuno de pan y queso y un trago de aguardiente sanjuanino, regalo de otro prisionero español confinado en San Juan. En seguida, desenvainando un puñal y con ademán resuelto y voz imperativa, les dijo: "Pues señores, me tomo la palabra. Los bichos que vamos a matar es que dentro de una hora vamos a ser libres o morir. Todas las medidas

están tomadas, ¡y al que se vaya o no siga, lo mato!" Y sin esperar respuesta, procedió a distribuir unos diez cuchillos que había comprado en una pulpería a cuatro o seis reales cada uno, ordenando que los que no tuviesen armas agarrasen palos para pelear. Los más valientes prorrumpieron en exclamaciones sordas y los tímidos se sintieron dominados ante la perspectiva de la libertad. Acto continuo procedió a organizar las partidas que debían atacar los diversos puntos de antemano señalados. A un capitán, Felipe La Madrid, con diez hombres, lo destinó para asaltar el cuartel; al capitán Dámaso Salvador, con seis hombres, para posesionarse de la cárcel y dar libertad a los presos; al capitán Ramón Cova, con dos más, para apoderarse de la persona de Monteagudo. Dióles la seña y contraseña convenidas, y después de decirles que el teniente gobernador corría de cuenta suya de los jefes superiores, fuese a reunir con Ordóñez, Primo de Rivera y Morla que lo esperaban impacientes con sus ordenanzas armados.

Entre las 8 y 9 de la mañana la partida destinada a asaltar el cuartel llegó a sus puertas, y a los gritos de "¿qué es esto? ¿qué es esto?" que era la palabra de orden, desarmaron al centinela, penetraron por sus puertas, trabaron una lucha cuerpo a cuerpo con la guardia, a la que vencieron al fin, apoderándose de sus armas, y ocuparon las puertas de las cuadras. Entre los asaltantes hacíase notar el teniente del batallón de Arequipa, José María Riesco, natural de Chile, quien con un puñal ensangrentado en una mano y un hacha en la otra, se dirigió a la cuadra donde se hallaban los montoneros con que creían poder contar Al tiempo de llegar a la puerta salióle al encuentro un hombre de fisonomía hosca, con rasgos acentuados de feroz hermosura, mirada torva, melena poblada y larga barba renegrida, quien, armado de un cabo de lanza, lo contuvo. Llamábase Juan Facundo Quiroga, era natural de La Rioja, tenía a la sazón treinta y un años, había sido blandengue de la frontera a órdenes de San Martín, en el fuerte de San Carlos, de donde desertara, prestando en seguida algunos servicios al ejército del Norte y alistándose por último en la montonera, por cuya causa se hallaba preso. Tal fue la aparición en la historia del hombre destinado a alcanzar una aterradora celebridad como caudillo en los fastos sangrientos de la guerra civil argentina. Su ejemplo alentó a los presos, que cargaron sobre los asaltantes. Al mismo tiempo que los soldados del cuartel reaccionaban, de todos los puntos de la población acudía multitud de paisanos armados, estrechando en el patio al pequeño grupo, que fue exterminado. Salvóse únicamente Riesco, mal herido. Entre los muertos contábase al intendente del ejército realista en Chile, Miguel Berrueta, que se había unido al grupo, y cayó peleando con las armas en la mano al lado del capitán La Madrid. El ataque al cuartel estaba frustrado.

La partida destinada a posesionarse de la cárcel, al llegar a la plaza, vio cruzar un hombre a caballo, que, sable en mano, gritaba "¡a las armas!" a cuya voz salían de los ranchos hombres armados que se le reunían. Era el comandante Becerra, cuya sola presencia bastó para dispersarla, siendo muertos por el pueblo los que la componían, con excepción de uno que se había rezagado. Los destinados a prender a Monteagudo no alcanzaron a llegar a su casa y fueron sacrificados aisladamente en distintos puntos, menos uno, el teniente Juan Burguillos que se reunió a Ordóñez.

Poco antes del asalto del cuartel presentábanse a la puerta de la casa del teniente gobernador —que se hallaba situada en una esquina de la plaza—, Carretero, Morgado y Morla, solicitando una audiencia, que les fue concedida en el acto. Al entrar en su despacho lo encontraron en compañía de su secretario, del capitán de milicia Manuel Rivero, y el doctor José María Gómez, médico español confinado, de temperamento tan tímido, que por no comprometerse intimando relaciones con sus compatriotas enfermos, les tomaba el pulso sin apearse de su mula (según confesión propia), por lo que había sido reprendido por Dupuy, al recomendarle los asistiese con más cuidado. Después de cambiar saludos, Carretero, sacando un puñal del pecho se precipita sobre Dupuy, quien con un golpe valiente le hace saltar el arma de la mano. Atacado por Morgado, hombre corpulento y de fuerza hercúlea, lo rechaza de un puñetazo. Acude Morla, y entre los tres lo derriban al suelo, sin herirlo, lo que prueba que no querían atentar contra su vida. En ese momento aparecen Ordóñez y Primo de Rivera, seguidos por sus ordenanzas que traían al soldado que guardaba la puerta, la que por precaución dejaron cerrada. Pero antes de entrar, habíanse encontrado con el médico Gómez y el capitán Rivero, que salían dando gritos de alarma, recibiendo este último una puñalada que le asestó Burguillos por la espalda. Cuando se creían dueños de la situación y se disponían a imponer al teniente gobernador sus condiciones, oyeron ruidosos golpes y grandes gritos a la puerta de la calle: "¡mueran los godos!" Era el pueblo encabezado por el alférez Pringles, que, después de acabar con las partidas asaltantes en el cuartel y en las calles, venía en auxilio del teniente gobernador. Sintiéndose perdidos los jefes de la conjuración, parlamentaron con Dupuy, y éste, empuñando un sable salió al patio y abrió la puerta. La multitud, enfurecida, precipitóse sobre los jefes conjurados, matando a Ordóñez, Morla y Carretero. Morgado fue muerto por el mismo Dupuy. Primo de Rivera se refugió en el aposento de Dupuy, y encontrado allí una carabina cargada, se hizo saltar el cráneo.

El proceso fue instruido por Monteagudo, avezado a este género de procedimientos, tocándole por la tercera vez desempeñar el papel de juez sangriento. Como en la casa de los Carrera en Men-

doza, formuló el dictamen y la sentencia de muerte, aconsejando que se ejecutase sin demora ni previa consulta. Así se hizo. De los 40 conjurados, 24 habían muerto en la refriega. De los 16 que sobrevivieron, algunos de ellos heridos, siete fueron fusilados, presenciando el suplicio ocho que eran meros cómplices pasivos. El único que se salvó de esta hecatombe fue el sobrino de Ordóñez, cuya sentencia se suspendió en consideración a su corta edad o tal vez por las influencias tiernas que fueron causa inocente de la catástrofe, sometiéndola a la decisión del general San Martín. Este llegó a San Luis en los primeros días de marzo, llamó a su presencia al joven Ruiz Ordóñez, que le fue presentado con un grillete y una gruesa cadena a la cintura; condolido de su situación, le hizo sentar en una silla, llamó a un herrero que le limase los hierros y le perdonó la vida. Después de hacer poner en libertad a Juan Facundo Quiroga, que desde ese día le profesó una entusiasta admiración y afecto, el general regresó a Mendoza, adonde lo llamaban urgentemente las complicadas atenciones del repaso de los Andes.

La matanza de San Luis, bien que justificada por las duras leyes de la guerra, levantó un grito de ira y de venganza en las filas de los ejércitos españoles que peleaban en América. La guerra a muerte entre los partidarios recrudeció en las fronteras de Arauco y en las montañas del Alto Perú. Mantúvose empero en condiciones regulares la que continuaron haciéndose los ejércitos beligerantes, merced a la política humana iniciada por San Martín que sus victorias hicieron prevalecer.

IX

A su regreso a Mendoza, encontróse, a fines de marzo y principios de abril, con comunicaciones de Guido, de O'Higgins y de la Logia de Lautaro, en que le avisaban que el gobierno y el pueblo de Chile estaban decididos por la expedición, pidiéndole determinase sus condiciones para ponerse al frente de ella como generalísimo y árbitro de la suerte del país y de la América. Guido, que tenía encargo de comunicarle lo que ocurriese cada dos o tres días, le decía el 19 de marzo: "El director ha pasado ayer una nota al Senado, manifestándole los peligros que amenazan a Chile, si el ejército de los Andes repasa. Creo que sus miembros están decididos a una expedición a las costas del Perú aunque sea de 2.000 hombres, siempre que éstos queden de nuestro ejército. Quieren también, según hoy se me ha insinuado, que todo corra por una comisión separada de la secretaría de guerra. Algunos se explican ya contra Zenteno (ministro de Guerra y Marina), y los más, que la expedición no se ha hecho por la falta de energía del gobierno. En fin, excepto los pícaros, todos están persuadidos de que no hay

salvación si no se conmueve el Perú." Tres días después le decía: "Esta noche se reunirán los amigos (la Logia de Lautaro), para decidir qué cuerpos quedan del ejército de los Andes. Yo me veo negro para dar mi opinión sobre este punto, porque veo que todos hacen falta. El convencimiento de que todo se pierde desastrosamente si nuestro ejército repasa, es ya sentimiento general de todos los que piensan." O'Higgins, movido por la Logia, le escribía desesperado en esos mismos días: "Anoche se resolvió O-O (signo que significa gran reunión de la Logia), que D. Manuel Borgoño salga hoy con toda diligencia a convenir con V. varios puntos de que dicho amigo le instruirá verbalmente. Aseguro que estoy sin tino, no sé lo que hago con el repaso de las tropas de los Andes. Bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y los riesgos que le amenazan; pero este Estado queda en inminente riesgo. Conozco que Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud me obliga, no solamente a conciliar esta medida, sino a pesar de la pérdida que debe esperarse de Chile, prestar las fuerzas que tengamos."

A fines de marzo llegó el mayor Borgoño a Mendoza en calidad de representante de la Logia, plenamente autorizado por ella para convenir con San Martín todo lo relativo a la realización de la expedición al Perú y aceptar las condiciones que el general impusiera. Borgoño manifestó que el almirante Cochrane había salido con la escuadra chilena en busca de la española, para asegurar el dominio del Pacífico, de lo cual dependía la posibilidad de realizar la expedición, pero que, cualquiera que fuese el resultado de su campaña marítima, la expedición se haría con arreglo a los planes del general. San Martín declaró que se necesitaban de 4 a 6.000 hombres para la empresa; pero que se comprometía a llevarla a cabo hasta con 4.000 hombres solamente (como lo hizo), y además 500.000 pesos, de los cuales él podría proporcionar 200.000 pertenecientes a la parte del empréstito del medio millón realizado por el gobierno argentino con tal objeto. Así quedó convenido, y el generalísimo, para dar una prenda que sellase este pacto, aceptó el grado de brigadier general de Chile, que nuevamente se le brindaba, y que antes rehusara, como rehusó el ofrecido antes por su patria.

Fue en tales circunstancias cuando, entregándose por completo a la gran empresa a que había consagrado su vida, dispuso que su esposa regresase a Buenos Aires, no obstante la inseguridad de los caminos interceptados por las montoneras, acompañándola hasta Río Quinto, donde le dio el eterno adiós, pues ya no volverían a verse más en el mundo. San Martín ya no tenía más esposa que la América: se preparaba a renunciar a la patria, y empezaba por renunciar a la familia. ¡A su regreso a la tierra natal, después de libertar un continente, fundando dos nuevas repúblicas y contribuir a la consolidación de una tercera, encontraría a su esposa muerta, su patria que le volvía la espalda, y por único premio de su amor

y sus fatigas, una hija, que tomaría en brazos para ir al eterno destierro, apostrofado por sus compatriotas como desertor de la bandera que había cubierto de gloria!

A vuelta de correo recibió la gratificación de lo convenido con Borgoño, por medio de una comunicación de la Logia, acordada en sesión solemne, que evidencia la decisiva influencia de esta misteriosa institución en la dirección de la política argentinochilena y de los destinos de América. En ella le decía que, oído el mayor Borgoño, habíase resuelto que el ejército de los Andes permaneciese en Chile, con el fin de realizar la expedición de armas al Perú en número de 5.000 o más hombres, dentro de dos meses y medio a más tardar, contados desde la fecha del acuerdo. Agregaba que al efecto, el gobierno hacía los preparativos necesarios, empezando por realizar 300.000 pesos en dinero, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra y acopiar víveres, contando para completar medio millón con los 200.000 pesos que por parte del gobierno de Buenos Aires tenía el general recibidos. Por último: "Sobre todo se aguarda a V. lo más pronto, para que con autoridad plena se encargue de todos los preparativos en toda la parte militar, partiendo del principio de que, cualquiera que fuese el resultado de la escuadra chilena, no debe dejarse de la mano la obra interesante de la expedición, debiéndose trabajar incesantemente bajo cualquier aspecto que tomen las cosas." Juntamente con la misiva de la Logia, le escribía confidencialmente O'Higgins: "Conviene que V. venga cuanto antes a poner en movimiento todos los resortes conducentes a la expedición." El ministro de Chile, don Joaquín de Echeverría, uno de los más decididos partidarios de la empresa decíale: "Acábese de persuadir de que no debemos perder un tiempo tan precioso. Su presencia es aquí absolutamente necesaria para poner en movimiento todos los recursos del país y llevar a cabo la expedición. Véngase, y viva persuadido de que sin V. no se puede emprender nada; y ni aun cuando se pudiera, nunca tendría tan feliz resultado." Borgoño, después de darle cuenta del éxito de su misión ante la Logia, le agregaba: "Se ha acordado el nombramiento de una comisión facultada para hacer el acopio de dinero, víveres y todo lo necesario, para que quede V. con todo el poder conducente a facilitar, ejecutar, mandar, conforme lo exige la celeridad del caso, y hasta se propuso la creación de un ministerio para los negocios puramente de la expedición, a fin de que la complicación de otros no paralizase como hasta ahora este interesante asunto." La carta de Guido era más explicativa: "Anoche se acordó unánimemente (en la Logia) que la expedición se hiciera con 5.000 hombres, conviniendo en los puntos siguientes: 1º Que la comisión que hizo la distribución de los 300.000 pesos, fuese encargada de la recaudación en un término perentorio; 2º Que el dinero que se recolectase fuera depositado en la casa de

moneda bajo la responsabilidad de la comisión, que igualmente sería la depositaria de los víveres, etc.; 3º Que para adelantar los trabajos de la maestranza, exigiese un empréstito de los extranjeros, del numerario suficiente para ello, hipotecando la contribución directa para su pago en un corto término; 4º Que se delegase en V. la dirección para el apresto de la expedición disponiendo ampliamente cuanto conviniese para ello. Nuestra situación es tal que, si tirando un dado a la fortuna, no salimos a buscar recursos al Perú, vamos a perecer de consunción, y llegará tiempo en que las fuerzas actuales no bastarán ni aun para seguridad de este país. Todos están convencidos de esta verdad, y muy especialmente de que sólo San Martín puede realizar el proyecto. Vamos, pues, a dar la última mano, y si nos toca perecer, será en actitud más honrosa que la de la inacción."

La invención del paso de los Andes producía los resultados previstos por su astuto inventor. En presencia de ellos, puede decirse que pocas veces un hombre de acción trazó con más segura mano la línea del destino, al amalgamar elementos dispersos y remover obstáculos, ayuntando voluntades que allegaban recursos, y por la sola potencia de su genio individual y de su autoridad moral combinar tan vastos planes, a la vez de dirigir ingeniosas y complicadas maniobras concurrentes cuyo secreto se reservaba. Merced a su decisión, su claridad de vistas y su poderosa influencia puesta al servicio de su causa, los destinos de la revolución sudamericana quedaron fijados desde ese momento: Lima caería, el Perú sería independiente, los últimos restos del poder español en el nuevo mundo serían vencidos, y San Martín cumpliría su misión redentora al frente de las armas argentinas y chilenas, según el plan de campaña continental concebido por él cinco años antes y ejecutado ya en sus tres grandes etapas: el paso de los Andes: la reconquista de Chile: el dominio del Pacífico. Quedaba sólo el imperio de los Incas por conquistar y libertar.

Fue entonces cuando San Martín se puso a deshacer pacíficamente la red que tan pacientemente había tejido, cortando los nudos que no pudo desatar, algunos de cuyos hilos hubieron de envolverlo a él mismo. Fue en tal ocasión cuando Pueyrredón, aturdido e impacientado con sus idas y venidas, le escribió que él lo había hecho y deshecho todo, y que hiciese lo que le pareciera mejor. Así, con las seguridades recibidas de Chile y con esta autorización del director argentino, dirigióse al ministro de la Guerra y desentendiéndose de los antecedentes le participó que en virtud del armisticio del Rosario había suspendido el repaso del ejército de los Andes, por quedar sin efecto los motivos que lo impulsaron a aconsejar esta resolución. El ministro le repuso: "Cuando el gobierno acordó que el ejército de los Andes repasase la cordillera, tuvo en consideración, no la disidencia de Santa Fe y sus hostilida-

des, sino otras causas que lo impulsaron a esta medida, consecuente a las exposiciones de V. E. en particular; y sobre todo, los grandes obstáculos que presentaban irrealizable la expedición proyectada sobre Lima, pero, como el gobierno del Estado de Chile parece que en el día calcula mejor sus intereses y se dispone a los esfuerzos y sacrificios que demanda la expedición, ha acordado quede sin efecto en la parte que a V. E. pareciese oportuno; es decir, que, si en aquélla previno quedasen en Chile sólo 2.000 hombres del ejército de los Andes, podrá disponer que todo él se detenga, y aun que los escuadrones de cazadores a caballo regresen a aquel Estado si también se creyesen necesarios para la expedición, quedando igualmente sin efecto la providencia relativa al paso de las tropas de Mendoza a Tucumán."

Era necesario hacer esta prolija historia documentada respecto de un suceso que ha sido por largos años un misterio mal interpretado, que por la primera vez se pone en claro, y que tan trascendental influencia tuvo en los destinos de la emancipación sudamericana.

Capítulo XXII

COCHRANE. — EL CALLAO. — VALDIVIA

1819 - 1820

El dominio del mar Pacífico. — Previsiones de San Martín. — Carácter de Cochrane. — Sus extraordinarias hazañas en Europa. — Su primera campaña naval en el Pacífico. — Descripción de la bahía del Callao. — La escuadra española se encierra en el Callao. — Cochrane ataca por tres veces consecutivas el Callao. — Establece el bloqueo. — Se dirige a los puertos del Norte. — El vicealmirante Blanco abandona el bloqueo del Callao. — Terminación de la primera campaña marítima. — Segunda campaña naval de Cochrane. — Reto a la escuadra española. — Ataca de nuevo por dos veces al Callao. — Desembarco y combate de Pisco. — Extiende su crucero hasta Guayaquil. — Apresa dos fragatas armadas. — Terminación de la campaña naval del Norte. — Cochrane lleva su crucero al sur de Chile. — Descripción de la bahía y fortificación de Valdivia. — Toma de Valdivia. — Ataque malogrado sobre Chiloé. — El camino del mar franco para la expedición al Perú.

I

El dominio del mar Pacífico era condición indispensable de éxito para la expedición al Perú. El mismo San Martín lo había dicho dos años antes, después de Chacabuco. "Sin una fuerza naval que domine el mar Pacífico, yo no expondré al ejército expedicionario a ser desbaratado por dos o tres buques de guerra, que pondrá el Perú en precaución de la invasión, que es el mayor mal que puede venirle a su existencia." La captura de la *María Isabel* y de los transportes de guerra que convoyaba, había dado preponderancia a la naciente marina chilena, pero no el predominio absoluto del mar y de las costas desde Chiloé hasta Panamá, ni reducido a la impotencia las fuerzas rivales españolas en el Pacífico, que podían medirse con ella, aunque con desventaja, y que, según noticias que se tenían de la Península, iban a ser reforzadas con dos navíos y una fragata. Nombrado Cochrane jefe de la naciente escuadra chilena después de aquel feliz ensayo, recibió por instrucciones afirmar definitivamente ese dominio, destruyendo la escuadra enemiga, si era posible, o encerrándola en su puerto, batir en

el mar el anunciado refuerzo. El nuevo almirante, al desplegar su insignia en la *O'Higgins*, "pudo, como los viejos almirantes holandeses, enarbolar una escoba en lo alto de sus mástiles." El barrería el mar Pacífico de naves españolas, que como bandada de pájaros amilanados, se encerrarían en sus puertos para sucumbir en ellos, uno por uno, desde el primero hasta el último.

Era lord Cochrane el tipo ideal del héroe de aventuras extraordinarias. Como el Teseo de Plutarco, el Hércules de la fábula o el Aquiles épico, diríase que fue el engendro de alguna diosa liviana de la mitología que incorporara su fuego sagrado a la arcilla humana. Alma soberbia que no admitía la superioridad de nadie, ni aun de la asamblea soberana de su patria, como se ha visto (Cap. XX, párrafo VI), naturaleza poderosa, ávida de acción y de emociones y presa de apetitos complicados; figura atlética cuya varonil belleza con rasgos de enérgica fealdad realzan luces resplandecientes contrastadas por sombras que las obscurecen; era uno de los primeros entre los héroes de la primer marina del mundo, y fue el primero sin disputa en los fastos navales de la independencia de tres naciones sudamericanas. Pero este genio singular, animado por la potencia individual que domina los acontecimientos dentro de una determinada esfera de acción, no dominó nunca su propio destino, ni fundó escuela siquiera para prolongar su espíritu en su posteridad. Dotado de notables facultades intelectuales y morales, aunque sin talentos políticos ni método en sus operaciones, llevó a cabo hechos prodigiosos, sin conquistar en la historia esa página comprensiva que da una significación moral y una potencia intelectual de las acciones humanas. Héroe universal, por el dilatado campo de sus hazañas marítimas y por las diversas banderas que en ambos mundos adoptó como suyas, no tuvo patria ni se identificó por el amor con los pueblos que después han levantado estatuas a su fama póstuma. Su patria lo repudió con ira y menosprecio, y él se separó de ella maldiciéndola como a una prostituta. De Chile, del Perú, del Brasil y de Grecia, se alejó con enojo, después de contribuir en primera línea a su independencia, y en su testamento histórico lo estigmatizó —no sin alguna razón para ello—, como ingratos, estimando en oro, como una mercancía, el precio de sus trabajos. Gobernado por su carácter impetuoso, por una imaginación ardiente unida a un ingenio fecundo en expedientes, era un héroe de aventuras, más bien que un hombre de guerra metódica, aun cuando todas sus empresas y golpes de mano fueron bien concebidos y perfectamente calculados hasta en sus más minuciosos detalles, aun aquellos que rayaban en lo imposible. Faltóle empero a su grandeza moral una pasión más ideal y desinteresada, un sentimiento más austero del deber, un espíritu más equitativo y un juicio más equilibrado, cualidades sin las que el heroísmo es cuestión de temperamento y el mismo genio una luz intermitente.

Este hombre singular amaba por temperamento el peligro, y su alma intrépida permanecía tranquila en medio de las tempestades o de los combates. Amaba el oro con sensualidad, y a esto debió el perder su patria natal y enajenarse en vida el amor y la estimación de los que, premiándolo con parsimonia, lo cuentan en el número de los ilustres fundadores de su independencia. Amaba la gloria con imperio, sin admitir émulo y sin elevarse siempre hasta el principio generador que da su carácter moral a las hazañas dignas de memoria por su ejecución y por su significación. Amaba en abstracto la libertad, y su genio y su espada sólo se pusieron al servicio de las grandes causas de su tiempo, combatiendo contra Napoleón y en pro de la Grecia, contra el despotismo turco en Europa y por la emancipación del Nuevo Mundo en sus luchas contra la España y Portugal. Amaba, sobre todo, a su esposa, cuya belleza fascinadora, según algunos contemporáneos, hacía prorrumpir en gritos de entusiasmo a los soldados americanos, cuando pasaba delante de sus filas manejando graciosamente su caballo en traje de amazona.

Una de sus primeras y más señaladas proezas, a la edad de 26 años fue la captura del *Gamo,* fragata española de 32 cañones con 219 hombres de tripulación, por el bergantín *Speedy* de 158 toneladas y 14 cañones, que él mandaba con 54 tripulantes. Cerrando alternativamente las vergas de su barquichuelo sobre los aparejos del buque enemigo y tomando distancia para hacer jugar su artillería, se resolvió al fin a abordarla. Dejó el *Speedy* a cargo del cirujano en el timón, y con el resto de su diminuta tripulación, dividida en dos partidas, condujo personalmente el ataque, y se apoderó de la fragata con la sola pérdida de cuatro muertos y diecisiete heridos, tomando más prisioneros que combatientes tenía a sus órdenes. Sus últimas hazañas en el viejo mundo, antes de entrar al servicio de Chile (1806-1809), son memorables. La primera de ellas fue el combate que con un solo buque sostuvo contra una fragata y tres bergantines franceses protegidos por las baterías de la isla de Aix, obteniendo los honores del triunfo, hecho que según los historiadores difícilmente será igualado y nunca sobrepujado. La segunda fue la destrucción de parte de la escuadra francesa en la misma bahía de Aix (o de Basques) por medio de tres brulotes cargados con 1.500 barriles de pólvora a que puso fuego por su propia mano. Estas acciones llamaron sobre él la atención de la Europa casi a la par de Nelson, e hicieron estremecer al mismo Napoleón, quien tributó a su audacia la merecida justicia. Durante su crucero por las costas de Francia, envió en una ocasión sus botes tripulados con el objeto de destruir una batería de costa. La expedición regresó al anochecer, declarando el jefe de ella —que había acompañado a Cochrane en sus más temerarias empresas—, que la operación era impracticable. Lord Cochrane lo interpeló con be-

nevolencia en presencia de los tripulantes: "Bien, Jack, ¿«vos» creéis imposible hacer volar la batería?" Veinte voces voces respondieron al mismo tiempo: "No mylord, no es imposible; podemos hacerlo si «vos» vais." Poco después, la expedición, conducida por él en persona, llevando Jack un barril de pólvora al hombro, hacía volar la batería.

Tal era el héroe que en 1819 tomaba el mando de la escuadra de Chile en el Pacífico, y cuyos antecedentes personales hemos dado en otro capítulo (V. Cap. XX, párrafo VI).

II

A los 20 días de recibirse Cochrane del mando de la escuadra (14 de enero de 1819) zarpó del puerto de Valparaíso con cuatro buques: el navío *San Martín,* de 60 cañones, capitán Wilkinson; las fragatas *O'Higgins* (capitana) y *Lautaro,* con 48 cañones la primera y 46 la segunda, al mando de los capitanes Forster y Guise, y 283 hombres cada una y la corbeta *Chacabuco,* capitán Carter, con 109 hombres, sumando un total de 174 cañones y 1.131 tripulantes entre marineros y soldados. El contralmirante Blanco debía incorporársele en las aguas del Perú con parte de los buques restantes. El 10 de febrero hallábase la escuadra chilena a inmediaciones del puerto del Callao, y se dispuso todo para atacar a la enemiga en su fondeadero, debiendo la *O'Higgins* abordar a la *Esmeralda* y la *Lautaro* a la *Venganza,* mientras permanecían los otros dos buques en reserva.

Para que pueda formarse una idea clara de las operaciones que van a seguirse, se hace necesario dar una descripción del teatro de ellas.

El Callao es una de las más espaciosas bahías del mar del Sur. Las montañas de la cadena occidental de los Andes, que corre paralela a las costas del Pacífico, forma en lontananza el fondo del paisaje, grandioso, pero triste y desolado en el primer plano, como toda la región marítima del Perú. A su pie, en un planicie baja, está fundada la ciudad del Callao sobre el terreno de aluvión que se conoce con la denominación de "costa". A poco más de cinco kilómetros de distancia se encuentra la entrada del risueño valle del Rimac en que se asienta la ciudad de Lima, cruzada por el río del mismo nombre que se derrama en el seno de la bahía del Callao, en cuya boca los buques hacen su aguada. Lo que propiamente se llama el puerto, es una gran rada cerrada por dos islas. La más grande de estas islas lleva el nombre de San Lorenzo y dista como once kilómetros y medio de la población. Situada al extremo austral de la bahía, prolóngase del sudeste al nordeste en una extensión de otros once kilómetros, rompe la mar tendida, abrigándola de

todos los vientos del cuadrante, con excepción de los del oeste hasta al surnordeste que nunca soplan con fuerza en aquella latitud. Entre la punta sur del Callao (que es la lengua de tierra baja) y la extremidad sur de la isla de San Lorenzo, encuéntrase una pequeña isla que lleva el nombre del Frontón, y entre ésta y la tierra un canal estrecho, algo peligroso, que puede navegarse bordeándolo en cinco brazas de agua, pero que hasta entonces no había sido practicado. Esta entrada, sembrada de escollos, lleva la denominación de Boquerón, para distinguirla de la gran entrada abierta por donde pueden penetrar buques de mayor calado. Por último, al norte de la boca del Rimac existen varias lagunas que rebalsan en el mar y forman un banco de arena que se extiende como dos kilómetros, cuyo bajo se denomina de Bocanegra, que es el nombre de las lagunas.

Las fortificaciones bajo cuyos fuegos se proponía atacar Cochrane en la escuadra española, eran las que habían reemplazado a las antiguas murallas de que estaba rodeada la primitiva ciudad, destruida, como Lisboa, por un terremoto en 1746. Tres gigantescos castillos circulares, coronados de altos torreones, y ligados entre sí, cubrían los extremos de las fortificaciones, y entre ellos se extendían las líneas de las baterías del Arsenal de San Joaquín, artilladas con más de 165 piezas de grueso calibre, que barrían con sus fuegos toda la bahía. Bajo la protección de estas formidables fortificaciones estaba anclada la escuadra española compuesta de las fragatas *Esmeralda* y *Venganza*, de 44 cañones cada una; la corbeta *Sebastiana*, de 34; los bergantines *Pezuela*, el *Maipú* y el *Potrillo*, de 18 cañones; la goleta *Moctezuma*, de 7; el pailebot *Aranzazú*, de 5, y 26 lanchas cañoneras, además de seis buques mercantes armados en guerra, a saber: la *Resolución*, de 36; la *Cleopatra*, de 28; el *San Fernando*, de 26; el *Mocha*, de 20; el *Huarmey* y el *San Antonio*, con 18 cada uno, formando un total de 350 cañones.

El 28 de febrero al amanecer, que era el día señalado por Cochrane para dar el ataque, una densa niebla cubría la bahía que se disipaba por intervalos a proporción que el sol se elevaba en el horizonte tras de las montañas del oriente. Era precisamente el día elegido por el virrey Pezuela para pasar revista a sus fuerzas navales y ejecutar con ellas un simulacro de combate. El Virrey presenció el comienzo del simulacro desde tierra y poco después se embarcó en el velero bergantín *Maipú* (corsario independiente apresado por los realistas), para presenciarlo más de cerca. A las once de la mañana había cesado el fuego del simulacro, cuando al aproximarse el *Maipú* a la isla de San Lorenzo, descubrió a sotavento, al través de la niebla que comenzaba a elevarse, una hermosa fragata que navegaba en demanda del fondeadero orillando el bajo de Bocanegra, con larga bandera española, las puertas cerradas y las velas con ese color oscuro que toman en las largas navegaciones, y que al

avistarlo se puso en facha. "¡Buque de España!" —gritaron los tripulantes del *Maipú*—. El virrey pidió al comandante del bergantín se acercara a la fragata, pero éste le contestó que estaba prohibido reconocer ningún buque teniendo la primera autoridad del reino a su bordo, y que además, perdería la línea de barlovento, de manera que ni a las cinco de la tarde podría ganar el fondeadero. El Virrey desistió, y salvóse así de caer prisionero de Cochrane. La fragata avistada era la *O'Higgins,* antes *María Isabel,* capitana de la escuadra chilena.

La niebla había separado los buques independientes. Atraídos por el cañoneo del simulacro encontrándose a eso de las dos de la tarde reunidos a la entrada de la bahía, sobre la cabeza norte de la isla de San Lorenzo, pero algo distanciados unos de otros. La *O'Higgins,* que era la más velera y llevaba la delantera penetró al puerto y apresó una lancha cañonera del enemigo tripulada por 20 hombres que había quedado retrasada. Sin esperar a las demás embarcaciones, la capitana chilena avanzó sola, seguida de cerca por la *Lautaro,* y con el "arrojo más temerario" —dice un historiador español, testigo presencial—, se puso dentro del tiro de cañón de las baterías, a favor de la niebla. A la distancia como de novecientos metros, echó un anclote por la popa, izó la bandera chilena (hasta entonces llevaba bandera norteamericana), y rompió el fuego sobre los buques y castillos españoles, que fue vigorosamente contestado por ellos. En esos momentos empezó a disiparse un tanto la niebla, y viose que el *San Martín* y la *Chacabuco* habían quedado a retaguardia, fuera de tiro, por falta de viento. El desigual combate se prolongó así por espacio de una hora, interrumpido por las intermitencias de la niebla que separaba de tiempo en tiempo de la vista a los combatientes. La situación de los buques independientes llegó a ser muy crítica bajo los fuegos de 500 piezas de artillería de grueso calibre (declaración española), de las cuales, 250, por lo menos, funcionaban activamente. El capitán Guise, de la *Lautaro,* se hallaba gravemente herido, y su teniente maniobró tan mal, que se separó al principio del combate y no volvió a entrar en línea. La *O'Higgins* tenía el botalón tronchado y la jarcia despedazada. Pero Cochrane no era hombre de retroceder ante ningún peligro. Quería dominar moralmente al enemigo con su golpe de audacia, establecer su ascendiente sobre sus subordinados, y notando la mala puntería de los españoles, sostuvo solo el combate una hora más; pero, al aproximarse la noche y habiendo caído el viento, retiróse al fin lentamente con muy pocas pérdidas de muertos y heridos. Al día siguiente, reparadas las averías, volvía a entrar a la rada interior con la *O'Higgins* y la *Lautaro,* rompiendo el fuego sobre la línea de lanchas cañoneras que las obligó a refugiarse, maltratadas, bajo sus baterías. Los realistas asombrados, decían que el mismo diablo debía haber tomado el mando de la escuadra chilena: luego supieron que era lord Cochrane y su solo nombre bastó

para mantenerlos al ancla y a la defensiva dentro de sus puertos al amparo de sus baterías de tierra y aun allí mismo no seguros.

Malogrado el proyecto de un ataque por sorpresa, pensó renovar en el Callao la hazaña de Aix. Al efecto, se posesionó de la isla de San Lorenzo, y establecio allí un laboratorio de mixtos para armar dos brulotes, a fin de incendiar la escuadra española en su fondeadero. El 22 de marzo estaba todo listo para la nueva empresa que meditaba. En la noche se hizo a la vela con los cuatro buques, y se dirigió con ellos sobre los fuertes, para ocultar la marcha de uno de los brulotes, que se había dejado ir a la deriva a merced de las olas que lo llevaban a la costa. La *O'Higgins* penetró hasta la proximidad del muelle, desafiando los fuegos combinados de los fuertes y de las embarcaciones. Cuando el brulote se hallaba como a tiro de fusil, encalló, y una bala de cañón de las baterías de tierra le abrió un rumbo. El viento había caído en ese momento y hallándose muy distantes de la capitana los demás buques que debían sostenerla, el almirante hubo de renunciar a su ataque y dejar que el brulote se fuese a pique.

Dos días después (24 de marzo), intentó Cochrane un nuevo ataque parcial, en que fue más feliz, consiguiendo apresar la goleta *Moctezuma* y algunos buques mercantes, apoderándose de algunas lanchas cañoneras. Los marinos españoles, despechados al ver que una sola nave había quedado de centinela en el puerto, hicieron una salida con las fuerzas sutiles, con el objeto de abordar a la *O'Higgins*. A favor de una espesa niebla y de una calma, acercáronse a ella a remo como a tiro de pistola; pero, recibidos por algunas andanadas bien dirigidas y habiéndose levantado una ventolina que permitió a la fragata dar la vela, los asaltantes volvieron a refugiarse bajo sus baterías, escapando con dificultad.

"No habiendo producido más que demostraciones inútiles las tentativas hechas" —dice el mismo Cochrane en sus *Memorias*—, y hallándose su escuadra falta de agua y de provisiones, dirigióse con ella al puerto inmediato de Huacho, dejando a la *Chacabuco* en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. El 1º de abril se incorporó en este punto el vicealmirante Blanco Encalada con el *Galvarino*, de 22 cañones, y el *Pueyrredón*, de 16. El almirante resolvió dividir sus fuerzas y ordenó a Blanco Encalada que con el *San Martín*, la *Lautaro*, la *Chacabuco* y el *Pueyrredón*, mantuviese el bloqueo del Callao, mientras él con el resto de los buques se dirigía a los puertos del norte.

El almirante extendió su crucero hasta el último puerto del Perú al norte, donde hizo un desembarco y apoderóse a viva fuerza de la plaza y de la artillería de bronce de sus fuertes, haciendo varias presas y esparciendo en las costas las proclamas de O'Higgins y San Martín, que anunciaban una próxima expedición libertadora (Cap. XXI, párrafo III), que acompañó con una suya en que decía

a los peruanos: "Los repetidos ecos de la libertad que resonaron en la América del Sur fueron oídos en la Gran Bretaña, en donde, no pudiendo resistir al deseo de unirme a la causa, determinó tomar parte en ella. La república de Chile me ha confiado el mando de sus fuerzas navales. A ella compete cimentar la soberanía del Pacífico. Con su cooperación serán rotas vuestras cadenas." A su regreso al Callao encontró abandonado el bloqueo de este puerto. El vicealmirante Blanco Encalada, dando por razón hallarse escaso de víveres, lo había levantado y regresado con sus cuatro buques a las costas de Chile. Cochrane resolvió entonces dar por terminada su primera campaña marítima, que consideró como un simple reconocimiento, habiendo conseguido uno de sus principales objetos, que era encerrar a la marina española en el Callao y reducirla a la impotencia, dominada moralmente.

III

El 17 de junio de 1819 entraba Cochrane con sus dos buques a Valparaíso, decidido a tentar nuevamente la destrucción de la escuadra enemiga, poniendo en práctica un plan que tenía meditado. Desde Inglaterra traía en su cabeza dos ideas: introducir en la guerra marítima la novísima invención de buques a vapor, aun no generalizada en la navegación, y emplear como principal agente de destrucción los cohetes a la Congrève, ensayados con tanto éxito por Nelson en Copenhague y usados por él mismo en el ataque de Aix pocos años antes. No dudaba que con este nuevo proyectil incendiaría la flota española del Callao, y diole preferente atención durante tres meses, encomendado su elaboración al ingeniero Goldsack, que había trabajado en el arsenal de Woolwich con el mismo inventor, y al efecto lo acompañara desde Inglaterra. En presencia del almirante se hizo un ensayo de los cohetes en la bahía de Valparaíso, y quedó plenamente satisfecho de su buena dirección, alcance y terribles efectos. Uno de los morteros de nueve pulgadas remitidos por el gobierno de Buenos Aires con tal objeto, fue agregado al material de la escuadra. Esta se aumentó con la fragata *Curacio,* de 28 cañones, de que antes se dio noticia, la que tomó el nombre de *Independencia;* organizóse para su servicio militar una brigada de marina de 400 plazas, cuyo comando se dio a un distinguido oficial inglés, Jagrae Charles, que había hecho la guerra en toda la Europa, y por segundo al mayor Miller. Listo todo, el *Pueyrredón,* comandante Prunier, el *Intrépido* (argentino), comandante Carter, y la *Moctezuma,* capitán Casey, fueron despachados a los puertos del sur para vigilar el paso de la expedición naval de la Península que se esperaba. La escuadra expedicionaria zarpó de Valparaíso dos días después (12 de setiembre), organizada del modo

siguiente: la fragata *O'Higgins,* almiranta; navío *San Martín,* con el vicealmirante Blanco Encalada y capitán Wilkinson; fragatas *Independencia* y *Lautaro,* comandante Forsters y Guise; bergantín *Galvarino* y *Araucano,* capitanes Spry y Tomás Crosbie, y dos de las fragatas apresadas al convoy español, la *Victoria* y la *Jerezana* destinadas para brulotes. La confianza del almirante en el éxito de su empresa era tal, que en víspera de dar la vela escribía al director O'Higgins: el 24 de setiembre a las ocho y minutos de la noche estaría ardiendo la escuadra española surta en el Callao, y que recibiría el parte de su destrucción el 15 de octubre sin falta.

El 28 de setiembre llegó la escuadra chilena al fondeadero de San Lorenzo, y el 30 envió un parlamentario a tierra retando a la escuadra realista a salir fuera del puerto con los buques que quisiera y ofreciéndose a atacarlos buque a buque y cañón a cañón. "Esta propuesta de dudosa regularidad en los usos de la guerra, dice Miller, recibió una lacónica negativa; y la medida también inútil, de enviar un cohete a tierra en el bote de parlamento para enseñarlo a los realistas, produjo una impresión diferente de la que se esperaba." Los españoles estaban bien preparados a la resistencia: habían aumentado sus defensas con una estacada de maderos flotantes que cubría sus embarcaciones, y perfeccionado a sus artilleros en el tiro preparando hornillos de bala roja.

El plan del almirante era penetrar al puerto, hasta ponerse a tiro de los buques españoles, con cuatro balsas de maderos de fuertes explanadas, dos de ellas con cohetes, una con el mortero y otra con el depósito de bombas y municiones, las que avanzarían a remolque, permaneciendo el grueso de la escuadra al ancla, a la espera del incendio que ya veía arder en el horizonte. Después de dos reconocimientos previos, situóse Miller en la noche del 2 de octubre a vanguardia del ala izquierda de la línea de ataque, hacia Bocanegra, con una balsa remolcada por el *Galvarino* llevando el mortero, y el *Pueyrredón* con el depósito. Seguían a la derecha las dos balsas con cohetes a remolque del *Araucano* y de la *Independencia,* mandadas por el capitán Hind y el comandante Charles. Los tripulantes de las balsas iban provistos de salvavidas. Roto el fuego por el mortero a distancia como de setecientos metros, viose que las bombas llegaban hasta los fuertes, y una de ellas echó a pique una de las lanchas cañoneras del enemigo; pero, inutilizado su afuste y fallando las trincaduras de la balsa, quedó fuera de combate. Los cohetes no surtieron ningún efecto, así por la mala construcción de estos proyectiles, como porque no era posible que las balsas se aproximasen lo bastante a tierra sin ser echadas a pique, y a la distancia a que funcionaron, poco daño podían causar, aun con mejores elementos.

Los españoles tiraban a bala roja y con bastante acierto. Uno de sus proyectiles, o acaso un accidente, produjo una explosión en la balsa del capitán Hind, resultando éste y doce de sus tripulantes con graves quemaduras. El *Galvarino* recibió algunas averías y tuvo varios muertos, entre ellos su teniente Tomás Bayle, que fue dividido por una bala de cañón. Convencido el almirante de la ineficacia del ataque, mandó retirar las balsas al amanecer. La pérdida total de los independientes fue de veinte hombres, entre muertos y heridos. Empeñado el almirante en la destrucción de los buques enemigos, resolvió llevar un nuevo ataque combinado de las balsas con uno de los brulotes para hacer volar la valla de maderos flotantes que los protegía. El resultado fue el mismo de los cohetes. El brulote, conducido valientemente por el teniente Morgall, no pudo avanzar por falta de viento, y acribillado a balazos desde las baterías de tierra, con rumbos de agua, hubo de dar fuego a la mecha antes de tiempo, estallando lejos de la estacada. El almirante tuvo al fin que desistir de su intento; pero sin desanimarse por estos fracasos.

Al día siguiente del último malogrado ataque, avistóse mar afuera una vela extraña, que luego se reconoció ser una fragata. La escuadra salió a darle caza pero distanciada, y tomándola por un ballenero norteamericano, volvió a su anclaje. El buque avistado era la fragata *Prueba* de 50 cañones, que formaba parte del refuerzo que de la Península debía recibir la escuadra del Pacífico. Más adelante se verá cuál fue su suerte. De los dos navíos que la acompañaban, uno de ellos, el *Alejandro*, retrocedió desde la línea a causa de su mal estado, y el otro, el *San Telmo*, fuese a pique al doblar el Cabo de Hornos. Como uno de los objetos del crucero chileno era interceptar esta expedición, que unida a la escuadra del Callao habría dado la preponderancia marítima a los españoles, el almirante, que ignoraba lo sucedido, y suponiendo hubiese recalado a Arica, se dirigió a este puerto con toda la escuadra. De regreso de esta inútil excursión, volvió a presentarse por dos veces en el horizonte la *Prueba* a la manera del buque-fantasma; pero después de inútiles tentativas para penetrar al Callao, desprendió un bote con dos oficios para el Virrey, en que anunciaba su retirada a Guayaquil, para ponerse en salvo. Cochrane decidió ir en su busca. Al efecto despachó a Valparaíso, con el vicealmirante Blanco Encalada, el *San Martín* y la *Independencia*, conduciendo los enfermos, que eran numerosos por efecto de las calenturas malignas de aquella región que se habían propagado en las tripulaciones. Dispuso que, mientras él se dirigía a las costas del norte, el capitán Guise con la *Lautaro*, el *Galvarino* y el transporte *La Jerezana*, llevando un destacamento de 350 hombres de infantería de marina, verificase un desembarco en Pisco con el objeto de proveerse, a costa de los realistas, de víveres frescos y de los renombrados aguardientes de

aquella comarca. Llegado a la boca de la ría de Guayaquil (27 de octubre), con los tres buques restantes, encontróse allí con dos fragatas, que atacó y rindió después de un vivo cañoneo de veinte minutos: eran el *Aguila* y la *Begoña*, dos de los transportes salvados del convoy de la *María Isabel*, armado de 20 cañones cada uno, con un rico cargamento de maderas. Por los prisioneros supo que la fragata que buscaba, aligerada de su artillería, había remontado el Guayas, y se hallaba en bajo fondo, fuera de su alcance, al amparo de las fortalezas de tierra. Dejando al *Pueyrredón* y al *Galvarino* posesionados de la isla Puná, que domina todo el golfo de Guayaquil, en observación de los movimientos de la *Prueba* y despachando la *Lautaro* a Valparaíso con las presas, puso proa al sur con la almirante.

Mientras tanto, Guise con su expedición había practicado la operación que se le encomendara. Pisco, según los españoles, hallábase guarnecido con 400 infantes, 80 caballos y 4 piezas de campaña, y contaba con un fuerte artillado para la defensa del puerto, y, a estar al testimonio de los oficiales patriotas, la fuerza pasaba de 800 hombres. A pesar de la superioridad numérica, Charles y Miller con sus infantes, apoyados por un destacamento de marineros con coheteras, desembarcaron y atacaron gallardamente a la bayoneta sin disparar un tiro, arrollando la fuerza enemiga, que se refugió en el pueblo, de donde fue desalojada a vivo fuego. En este encuentro fue mortalmente herido el comandante Charles, que terminó allí una carrera llena de esperanzas, quedando atravesado Miller por tres heridas. Por cuatro días permanecieron los independientes dueños de Pisco. Reunida poco después toda la escuadra en el puerto de Santa, al norte del Callao, formó Cochrane allí su resolución. El no volvería a Valparaíso sino triunfante, y triunfaría solo. Con este propósito, se desprendió de todos los buques de la escuadra, que enderezó como los demás a Valparaíso, y quedó sólo con la *O'Higgins*. Una nueva y fabulosa hazaña, digna de las que habían ilustrado su nombre, iba a inmortalizar este crucero comenzado bajo tan desfavorables auspicios.

IV

Oigamos al mismo Cochrane en este momento que iba a decidir de su destino americano. Al dispersar el crucero, había escrito al gobierno de Chile: "Me hallo cansado de estas operaciones, y enfermo de disgustos y de sentimiento, siento imposible inventar medio alguno de hacer daño al enemigo." Reconcentrándose en sí mismo, se decía: "Me hallaba contrariado por no haber conseguido mi intento en el Callao. El pueblo de Chile esperaba imposibles, y a fin de satisfacer mi amor propio herido, trabajé por encontrar un

hecho que ejecutar y que correspondiese a tales esperanzas. No tenía más que un buque, y por consiguiente no había que consultar a nadie. Tenía el designio de capturar con la almirante y de un solo golpe de mano, los numerosos fuertes y la guarnición de Valdivia, punto que se había creído hasta entonces inexpugnable. Estaba resuelto a no emprenderlo antes de haberme asegurado de su practicabilidad. La temeridad, bien que se me haya imputado muchas veces como una cualidad, no es inherente a mi carácter. Hay temeridad en aquellas empresas en que no se calculan las consecuencias; pero cuando éstas son previstas la temeridad desaparece."

Pasada la latitud de Valparaíso, paseábase taciturno sobre el puente de la *O'Higgins* sumergido en profunda meditación. De improviso, acercóse al mayor Miller que, no bien repuesto de sus recientes heridas, mandaba la guarnición de la almirante y le dijo en inglés: "¿Qué dirían si yo con este solo buque me hiciese dueño de Valdivia?" Como lo observa un historiador, estas preguntas que indican una resolución tomada, no se contestan por los subalternos, y Miller se limitó a inclinar la cabeza en señal de obediencia. El se contestó a sí mismo agregando: "¡Dirían que soy un loco!" Y en seguida, con acento reposado y con una lógica en que las probabilidades militares y morales se combinaban, empezó a desenvolver su teoría de la prudencia en la temeridad, como condición de éxito seguro. "Calculando fríamente —le dijo—, aparece a primera vista una locura la toma de Valdivia; pero esto mismo es una razón para intentarlo, puesto que los españoles consideran imposible que lo intentemos siquiera. Las operaciones que no espera el enemigo, son casi seguras cuando se ejecutan bien, cualquiera que sea la resistencia, y la victoria justifica siempre la empresa de la imputación de temeraria."

La posición que Cochrane se proponía atacar era reputada como el Gibraltar de América, por sus fortificaciones y por sus defensas naturales. Su bahía es un estuario, con dos pequeñas ensenadas en su fondo. El río Valdivia, al derramar sus aguas en ella, se abre en dos canales a manera de dársenas, tomando el del sur el nombre de Tornagaleones, rodeando ambos una isla en forma de delta que se denomina del Rey. Su extensión longitudinal es como de 12 kilómetros; en su entrada mide un ancho de poco más de 5 kilómetros; y va gradualmente estrechándose hasta 1.700 metros, dilatándose luego en una expansión, que es de la que propiamente constituye la bahía. En el centro de ésta hállase la pequeña isla de Mancera, de un kilómetro de largo y 600 metros de ancho, fronteriza a la punta occidental de la del Rey, de mucha mayor dimensión. Dentro de este seno sólo hay un puerto —el del Corral—, y varias caletas de difícil acceso, siendo sus costas muy fragosas, acantiladas y pobladas de selvas. Por esta descripción se ve que la bahía de Valdivia tiene dos costas, una al sur y otra al norte que sólo pue-

den comunicarse por agua, hallándose interceptadas, además de las dificultades del terreno, por los dos brazos del río de Valdivia y la isla intermedia del Rey. La parte exterior del norte es inaccesible por los arrecifes que se prolongan en el mar y la rompiente que continuamente la bate: la del sur sólo tiene un desembarcadero en su extremidad oeste, denominado Aguada del Inglés, por ser el punto donde los buques hacían su aguada fuera del puerto. Este era el punto débil de la posición, y el que Cochrane con su penetrante golpe de vista descubrió luego.

Valdivia, como el primer puerto de costa firme en el mar del Sur, después de doblar el Cabo de Hornos, llamó la atención de los primeros navegantes que lo frecuentaban, especialmente de los holandeses, que intentaron fundar allí una colonia a mediados del siglo XVII, proyecto que se abandonó. A consecuencia de esto, los virreyes del Perú ordenaron que la posición fuese convenientemente fortificada, y se constituyó en plaza militar. En la época a que hemos llegado, Valdivia estaba defendida por nueve fortalezas y baterías situadas sobre ambas costas artilladas por 128 piezas de calibre de 8 a 24, que cruzaban sus fuegos sobre la bahía. Dos de estas fortalezas estaban situadas en la isla del Rey y de Mancera, enfilando con sus fuegos las naves que penetrasen en éstas y defendían las bocas de los canales del río Valdivia. Por la parte del norte la entrada estaba defendida por un castillo inexpugnable, llamado de La Niebla, tallado en la roca viva y una batería llamada Fuerte Piojo, que cruzaba sus fuegos con las islas de Mancera y del Rey. Por la parte del sur estaban el fuerte del Inglés, que dominaba la caleta del mismo nombre; el de San Carlos, situado en una pequeña península, y el Amargos, que cruzaba sus fuegos con el Niebla de la banda opuesta; y por último, el reducto Chorocamayo y el castillo del Corral —único cerrado por la gola—, que defendía el puerto del mismo nombre, combinando sus fuegos en la bahía central con la batería Piojo y los fuertes Mancera y del Rey. El bosque, que cubre ambas costas hasta la orilla del agua, y que enmascaraba estas fortificaciones, era tan impenetrable y el terreno tan fragoso, especialmente del lado del sur, que los fuertes no podían comunicarse entre sí por tierra sino por un camino estrechísimo y escarpado, que sólo permitía pasar a un hombre de frente. Este sendero, que ondulaba entre las rocas de la costa y el bosque virgen de la montaña adyacente, estaba interceptado por un hondo barranco, que enfilaban tres cañones de los reductos del Chorocamayo y del Corral.

Valdivia estaba guarnecida como por ochocientos hombres de línea y otros tantos milicianos que a la sazón se hallaban en el interior del país. Tales eran las posiciones, las fortalezas y las fuerzas, que Cochrane se proponía atacar y rendir.

V

El 18 de enero de 1820 la *O'Higgins,* enarbolando bandera española, descubría la punta de la Galera, promontorio meridional del litoral de Valdivia, y poco después penetraba al puerto. Los españoles la tomaron por la fragata *Prueba*, tanto tiempo por ellos esperada. Hizo señales de pedir piloto que inmediatamente le fue mandado de tierra con una escolta de honor. Por este medio obtuvo el almirante todos los informes que necesitaba, y supo que el bergantín *Potrillo* estaba próximo a llegar conduciendo desde Lima el dinero para el pago de la guarnición. Cochrane, montando su falúa, se ocupó de reconocer los canales bajo los fuegos de los fuertes, apercibidos de que el buque que tenían era enemigo. Dos días después fue apresado el *Potrillo* en la boca del puerto con 20.000 pesos que conducía. Pero Cochrane se convenció de que no tenía las tropas suficientes para emprender con éxito el ataque, y resolvió irlas a buscar a Talcahuano.

El día 22 llegó la *O'Higgins* a Talcahuano, donde se encontró felizmente con el bergantín argentino *Intrépido* y la goleta chilena *Moctezuma,* que inmediatamente se pusieron a órdenes del almirante. Mandaba allí el coronel Freyre, quien entró de lleno en el plan de Cochrane, y le proporcionó 250 hombres de los batallones 1 y 3 de Chile, al mando del mayor Beauchef, el mismo que con tanto denuedo había subido al asalto de Talcahuano, recibiendo una herida. (Cap. XV, párrafo XI). Con este refuerzo puso otra vez la proa a Valdivia. Al salir del puerto de Talchahuano, la *O'Higgins* tocó en una roca y gruesos trozos del forro y fragmentos de la falsa quilla empezaron a flotar alrededor de la fragata. El almirante, sin perder su serenidad, la puso a flote, echando una espía por la popa; pero el carpintero dio parte que el buque tenía tres pies de agua en la sentina. Media hora después la sonda acusaba cinco pies de agua. Esto sucedía a treinta kilómetros de la costa. Las bombas estaban fuera de servicio. El agua inundó la santabárbara. La opinión general era abandonar el buque. Cochrane, que entendía su oficio, se quitó la casaca, habilitó las bombas y después de repetidos sondajes, preguntó al carpintero: "— ¿Aumenta el agua?" "—No, milord" —le contestó—. "¡Adelante! ¡Flotaremos hasta Valdivia! ¡Es preciso tomar a Valdivia! Mejor sería que nos ahogásemos todos que volver atrás." Y proclamando enfáticamente a su tripulación y explicándole su plan, le infundió su heroica resolución.

Antes de tomar tierra al sur de Punta Galera, el almirante hizo trasbordar la tropa de la *O'Higgins,* que dejó fuera de la vista del puerto, y con la *Moctezuma* y el *Intrépido* con banderas españolas,

se puso al habla con el fuerte Inglés, y pidió práctico, declarando pertenecer al convoy del San Telmo naufragado en el Cabo de Hornos (febrero 3). Descubierta la estratagema por un accidente, el fuerte Inglés rompió el fuego, y una de sus balas atravesó los costados del *Intrépido*, matándole dos hombres. Entonces resolvió el desembarco a viva fuerza, a pesar del mar de leva que lo dificultaba, no contando para efectuarlo sino con dos lanchas y un esquife de seis remos, que montó personalmente el almirante para dirigir la operación.

Todos los fuertes estaban protegidos por una muralla sólida y un foso profundo a excepción del Inglés, que por lo escarpado del terreno sólo tenía una muralla cubierta por una estacada con seis piezas de menor calibre, que dominaba el desembarcadero a la distancia de quinientos metros. A los primeros cañonazos de alarma, el grueso de las guarniciones de los fuertes del sur de la bahía se reconcentraron en el Inglés, en número de 360 hombres. Un destacamento de 65 hombres descendió a defender la caleta.

Al ponerse el sol, Miller con 50 artilleros de la *O'Higgins* y 25 soldados marineros del *Intrépido* mandados por el capitán Francisco Erézcano y el teniente Daniel Cazón (ambos de Buenos Aires), y el subteniente Francisco Vidal (chileno), efectuó el desembarco, y a pesar del fuego de la infantería enemiga abrigada por las rocas de la costa, saltó en tierra, la desalojó y se hizo firme en el puerto.

Apoyada inmediatamente por Beauchef con sus 250 infantes, quien tomó el mando superior, la vanguardia de Miller trepó en desfilada el estrecho sendero batido por las olas del mar, en momentos en que el destacamento derrotado se refugiaba en su interior y subía por una escala que retiró en el acto. La artillería y la fusilería de la muralla empezaron a jugar en medio de la oscuridad, pero mientras que sus tiros se dirigían a un punto donde la gritería de los asaltantes se hacía oír, el subteniente Vidal con un piquete de soldados se deslizaba silenciosamente por debajo del ángulo entrante del fuerte, descubría una entrada tapada con ramas y emboscada por los árboles que tocaban su flanco, hizo una descarga repentina, que seguida por un ataque vigoroso dirigido por Beauchef, derramó el espanto en la guarnición, que huyó en desbande abandonando la posición. Los 300 hombres de los demás fuertes, que formados en una plaza de armas a espaldas de la muralla servían de reserva, huyeron también contaminados por el pánico, siguiendo una senda tan estrecha y escabrosa como la del desembarcadero, perseguidos de fuerte en fuerte por los patriotas. Un resto de 200 hombres de los fugitivos se refugió en el Corral, sin alcanzar a hacer jugar las tres piezas que enfilaban el barranco intermedio entre el castillo y el fuerte Chorocamayo, siendo arrebatada la posición a la bayoneta a la una de la madrugada, a favor

de un lienzo desmoronado de su muralla. Allí terminó la resistencia, porque allí terminaba la comunicación por tierra con la banda del norte: como cien hombres se salvaron en las embarcaciones del puerto del corral; otros tantos fueron muertos en el combate, y el resto quedó prisionero o huyó a los bosques. Al amanecer del día 4, los patriotas eran dueños de los cinco fuertes: el Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocamayo y Corral, con la sola pérdida de 9 muertos y 34 heridos.

En la mañana del 4 penetraron a la bahía el *Intrépido* y la *Moctezuma,* recibiendo los fuegos de los fuertes del norte en que aún se sostenían los españoles. Para desalojarlos de estas últimas posiciones, embarcáronse 200 hombres en el bergantín y la goleta; pero el *Intrépido* al atravesar el canal varó en un banco fronterizo a la isla Mancera, y se fue a pique. Así terminó su carrera el único buque de guerra que con bandera argentina figuró en la memorable escuadra chilena del Pacífico. Poco después apareció la *O'Higgins,* y los españoles, alarmados, abandonaron todos los fuertes del norte y de las islas, retirándose por el río a la ciudad de Valdivia, mientras la almirante, casi llena de agua, tenía que vararse en fondo cenagoso para no irse a pique como el *Intrépido.* La ciudad de Valdivia fue ocupada al día siguiente, sin que los enemigos intentasen hacer resistencia. Así perdieron los realistas su base de operaciones en el sur de Chile, y Chile conquistó todo su territorio poblado, con excepción del archipiélago de Chiloé.

Cochrane pensó coronar su glorioso crucero apoderándose de Chiloé, como se había apoderado de Valdivia. Al efecto, hizo que el capitán Carter con la marinería y tropa argentina del *Intrépido* tripulase un transporte capturado denominado *Colores,* embarcando en él y la *Moctezuma* 200 hombres, y se dirigiese a Chiloé. Gobernaba allí el coronel Quintanilla, destinado como Rodil a hacerse memorable, prolongando su resistencia aun después que toda bandera española hubiese caído rendida en todo el continente americano, y a mantenerla en alto en esta ocasión. Cuando el 17 de febrero se presentó Cochrane frente a la bahía de San Carlos, en cuyo fondo se asienta la capital del archipiélago, el gobernador español estaba mejor apercibido para la defensa que el de Valdivia. Miller, con 170 hombres de desembarco, tomó tierra en una pequeña ensenada inmediata, se apoderó de una pieza de campaña situada en su playa protegida por 1.000 infantes, y en seguida del fuerte Corona y de una batería, que defendían el puerto principal; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la principal fortificación, que era el fuerte Agui, artillado con 12 piezas de a 18. Llevado osadamente el ataque, fue rechazado, cayendo herido Miller con 38 de sus soldados, de los cuales 20 quedaron muertos bajo los fuegos de la metralla y de la fusilería. El capitán Erézcano, que con la guarnición argentina del *Intrépido,* formaba parte de la columna de asalto, sucedió en el man-

do a Miller, dispuso la retirada con arreglo a las órdenes del almirante, y la sostuvo con valentía, salvando todos sus heridos, después de clavar los cañones de las baterías tomadas; acompañándolo en ella el subteniente Vidal que, junto con él, tanto se había distinguido en la toma de Valdivia. Así terminó este memorable crucero, en que Cochrane agregó un lauro más a su corona naval.

El territorio de Chile estaba cuadrado, garantizado de toda agresión seria. El mar Pacífico estaba dominado. Cochrane recibía en recompensa los merecidos honores del triunfador. Al llegar a Santiago se encontraba allí con San Martín, que en los primeros días de enero de 1820, precisamente en los momentos en que él atacaba a Valdivia, había salido de Mendoza y atravesado los Andes, buscando el camino de la expedición al Perú franqueado por el heroico almirante.

Capítulo XXIII

LA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTIN

1819-1820

Momento psicológico. — Los tres grandes deberes de San Martín. — Coincidencias históricas. — Proyecto de una gran expedición española contra el Río de la Plata. — Agentes secretos del gobierno argentino en España. — Dificultades de la expedición. — Se desorganiza por sí misma. — Actitud de San Martín ante el anuncio de la expedición. — Su plan para atacar la expedición en el mar. — Otro plan de resistencia terrestre. — Alternativas de la expedición española. — El fantasma de la guerra civil. — Actitud expectante de San Martín. — Situación y fuerza de la división de los Andes en Cuyo. — Plan de reconcentración de todos los ejércitos de la República en Buenos Aires y crítica de él. — Fines siniestros a que responde. — Planes de monarquía. — Momento psicológico en la vida de San Martín. — Situación de las Provincias Unidas a fines de 1819. — Indecisiones de San Martín. — Se decide por la desobediencia. — Situación política perdida. — Impotencia del gobierno central. — Ultima renuncia de San Martín. — Regresa enfermo a Chile. — Juicio acerca de la desobediencia de San Martín.

I

Llegamos al momento verdaderamente psicológico de la vida de San Martín, en que los deberes que se impusiera, y eran su norma, se encontrarían en conflicto con sus tendencias, y por un acto extraordinario de voluntad deliberada, decidirá definitivamente de su destino y variará el curso de los acontecimentos ordinarios.

Tres grandes deberes habíase impuesto el general San Martín en la difícil tarea en que se colocara al iniciar la idea del repaso de los Andes y dar principio parcial a su ejecución. El primero, para con la América, perseverando en sus planes libertadores: el segundo, como soldado ante la guerra civil y sostenedor del orden legal; el tercero, como argentino, ante el amago de una inminente expedición española al Río de la Plata. Respecto de lo primero, su fórmula era ésta: "Si no se realiza la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo", América y patria inclusas. Respecto de lo segundo, sentía invencible repugnancia a tomar parte en la cuestión intestina. Sin

pasiones locales, divorciado de los partidos, sin ambición política, y lastimado en el fondo de su alma por el alejamiento de la opinión hacia él —que era una consecuencia del suyo—, experimentaba cierta indiferencia fatalista respecto de las mutaciones intestinas, con tal que se asegurase la independencia del país, y su temperamento de libertador lo impulsaba a la acción en el dilatado espacio de la emancipación sudamericana. En cuanto a la España, sea que se tratase de vencer su último ejército en el Pacífico o repeler su última expedición en el Plata, en ambos casos se encontraba frente a frente de su objetivo y de su pasión, y por último, no vacilaba desde que sus deberes de americano se combinasen con los que tenía como general argentino, aun saltando por encima de ellos en prosecución de su gran objetivo. Estas tres tendencias, opuestas unas y armónicas otras, que se deducen de sus confidencias secretas confrontadas con sus actos públicos, explicarán las alternativas porque pasó su espíritu, así como las encontradas acciones y reacciones en el curso de la difícil aventura del paso de los Andes, desde que concibió la idea, la empezó a poner en práctica, retrocedió después, para volver en seguida al propósito primitivo, hasta decidirse al fin por el partido a que lo llamaban sus inclinaciones y su destino.

Ya se ha hecho notar que, por una rara coincidencia, cuando San Martín indicaba al gobierno argentino la conveniencia de que diese por causal ostensible al repaso del ejército de los Andes el amago de una expedición española al Río de la Plata, el pretexto imaginado se convertía en realidad —al menos por el momento—, de manera que, la retirada de Chile parecía obedecer a una exigencia positiva que hubiese tenido su origen en el gobierno, cuando en realidad éste era simplemente parte pasiva, y a veces violentada. Así, cuando por medio de la Logia de Chile, hubo obtenido de parte del gobierno de ultra cordillera lo que anhelaba en prosecución de sus planes continentales, y empezó a dudarse de la expedición española, escribió al director Pueyrredón haciéndole observaciones, tanto sobre la inconveniencia de que el ejército de los Andes tomase parte en la guerra civil, cuanto sobre la traslación de parte de éste a la frontera del norte, y presentóle entonces un nuevo plan de campaña. El general predicaba a un convertido, y las contestaciones oficiales y confidenciales no se hicieron esperar en el sentido de sus planes. Pero el peligro de la expedición española aun no había pasado, y su solo anuncio perturbaría por algún tiempo todas las combinaciones políticas y militares, a la vez que su preparación en España desarmaría por siempre a la metrópoli en su lucha con las colonias insurreccionadas.

Como se dijo antes (cap. XIX, párrafo VII), la España envió desde 1811 a 1818, para sostener la guerra con sus colonias, dieciséis expediciones con más de 42.000 soldados veteranos, con un costo de 75 millones de pesos, que habían capitulado en Montevideo, sido

vencidos en Chile, y cuyos restos estrechados luchaban aún en Venezuela, Quito, el Alto y Bajo Perú, convergiendo todos sus ejércitos derrotados hacia el Perú, donde debía librarse el combate final. La gran expedición de 10.000 hombres de Morillo en 1815 sobre Costa Firme, que en un principio era destinada a Buenos Aires, fue su último esfuerzo. Al intentar renovarlo en doble escala con el primitivo objeto, la España se proponía herir en el corazón la revolución sudamericana, pensando que, subyugadas las Provincias Unidas del Río de la Plata, todas las colonias insurreccionadas recibirían su ley. Pero las circunstancias habían variado. En 1815 la revolución de las Provincias Unidas estaba aislada. Los realistas se encontraban en posesión de Chile, con un ejército sobre las fronteras del oeste; sus armas, triunfantes en el Alto Perú, amagaban la frontera del norte; el Bajo Perú, irradiaba su acción al sur y al norte del continente y la guerra se sostenía con fortuna varia en Venezuela, Nueva Granada y Quito, dominando la España todas las costas americanas. En 1819 la España había perdido la preponderancia marítima en América; el ejército realista del Alto Perú era impotente para invadir la frontera norte argentina; Chile estaba en poder de los independientes y el Perú se mantenía a la defensiva a la espera de una invasión de los vencedores de Chacabuco y Maipú; y Venezuela y la Nueva Granada, formando la nueva república de Colombia, iban a dar el último golpe al poder español en el Norte. Esto, por lo que respecta a la América del Sur en general. Con relación al Río de la Plata en particular, las condiciones estaban fundamentamente alteradas. En 1815 la España contaba para emprender su expedición, con un aliado natural en el Brasil y un punto de apoyo en Montevideo, bases que en 1819 habían desaparecido. El Portugal se había desligado de la política colonial española a consecuencia de sus desavenencias en Europa, y garantido por la Gran Bretaña de una invasión en la Península Ibérica, se había apoderado de la plaza de Montevideo, y pactado una alianza tácita con los intereses argentinos respecto de la metrópoli, en el hecho de precaver que no se permitiera desembarcar a ninguna fuerza española que llegase a sus playas, permaneciendo por lo demás neutral en el caso de una agresión al Río de la Plata. Faltando estas dos bases, la expedición era. si no imposible, por lo menos muy contingente.

No se ocultaban a la España estas dificultades, pues estaban a la vista. El jefe nombrado para mandar la expedición, consultó al gobierno cómo debía mirar la plaza de Montevideo, llave del Río de la Plata, a la sazón ocupada por los portugueses. La respuesta del gobierno fue que considerase a Montevideo como si no existiera. Replicó el general que esto era imposible, por cuanto Montevideo existía en realidad, y no podía, por lo tanto, dejar de considerarlo como plaza amiga o enemiga, y que en uno u otro caso, debía estar provisto de instrucciones para expugnarla o recibir de ellas los auxi-

lios necesarios, previendo también la neutralidad; pues de no desembarcar en Montevideo, sólo podría verificarlo en la Ensenada de Barragán o en la playa de Quilmes —como los ingleses en 1806 y 1807—, puertos que no permitían el acceso de buques mayores, y que los buques menores que pudiesen acercarse a ellos, no resistirían a una batería de tierra, sostenida por numerosa caballería, cuando los expedicionarios no contarían con un solo caballo. Agregaba juiciosamente el general que, aun superados estos obstáculos, la expedición, no contando con un punto de apoyo en la banda oriental del Río de la Plata y retirándole el enemigo los recursos, carecería absolutamente de provisiones de boca, y lo que era más, de un ancladero seguro y de un lugar de descanso para las tropas después de una larga navegación, en que los temporales podían dispersar el convoy. La última contestación del gobierno español a tan sólidas razones fue repetir: "que se mirase a Montevideo como si no existiera." Así resolvió la dificultad que dejaba subsistente.

II

La España quería hacer su último esfuerzo antes de darse por vencida, luchando contra la resistencia armada de sus adversarios y contra la opinión propia que le era adversa. El contraste del convoy de la *María Isabel*, seguido por el dominio marítimo del Pacífico por los independientes, causando profunda impresión en la Península, había hecho más impopular en el ejército y en el pueblo la guerra contra las colonias. Estos síntomas se hicieron notar desde la expedición de Morillo en 1815, en que fue necesario embarcar desarmadas algunas divisiones para prevenir que se sublevasen, y sus desastrosos reveses en Costa Firme a la par de la noticia de los triunfos de los independientes al sur del Ecuador, hacían esa guerra cada vez más odiosa y repugnante a los españoles en la Península. Agréguese a esto el espíritu liberal que fermentaba en la nación, y principalmente en el ejército, que contaminaba las tropas que hacían la guerra en América, como queda dicho, y se tendrá una idea de las resistencias con que tenía que luchar el gobierno español para realizar su propósito. A pesar de esto, empeñado en dominar la insurrección americana por las armas, aprestó una expedición de seis navíos y seis fragatas, con 6.000 hombres de desembarco, que sucesivamente fue elevada hasta 6 navíos, 13 fragatas, 3 corbetas, 10 bergantines, 3 goletas, 29 lanchas cañoneras y 40 transportes, con 18 a 20.000 hombres de tropa de las tres armas. Confióse el mando al conde de La Bisbal, más conocido en la historia con el nombre de José O'Donnell, y señalóse por centro de ella el puerto de Cádiz. Fue en tal ocasión cuando, seriamente alarmado por esta amenaza, el gobierno argentino ordenó que todo el ejército de los Andes repa-

sase la cordillera, a fin de hacerle frente, en circunstancias que el repaso se iniciaba por indicaciones de San Martín, quien aconsejaba se cubriese con el anuncio de una expedición española, teniendo en vista forzar la mano del gobierno de Chile para decidirlo a la expedición del Perú.

El gobierno argentino tenía sus agentes secretos en Cádiz, que le instruían con puntualidad de todo lo relativo a la expedición, y además se ocupaban en transmitir otras noticias importantes, obrando sobre el espíritu de los oficiales expedicionarios, según se ha visto (cap. XXI, párrafo VII). Tres eran los principales agentes secretos, los tres argentinos: don Juan Lagosta, de quien hemos hecho antes mención; D. Andrés Arguibel, establecido en Cádiz, que fue quien comunicó oportunamente la salida de la expedición de la *María Isabel*, y el más caracterizado de ellos, D. Tomás Antonio Lezica, comerciante que gozaba de gran crédito en aquella plaza, y que, de acuerdo con Arguibel, se ocupaba en sondear las disposiciones del ejército expedicionario. Los tres se comunicaban directamente con el director Pueyrredón. Autorizados por el gobierno argentino (agosto de 1819), para librar contra el tesoro por el importe de los gastos que hiciesen en su comisión, pudieron cerciorarse de lo impopular que era la guerra de América en las fuerzas acantonadas en la isla de León, el descontento de que estaba animado el pueblo contra el gobierno absoluto del Rey, tomando conocimiento de los proyectos de insurrección de sus principales jefes con el objeto de proclamar la constitución del año XII. Los agentes penetraron en las juntas secretas donde se elaboraba la gran revolución liberal española, que debía cambiar la faz de la madre patria, siguiendo el ejemplo dado por las colonias insurreccionadas, que reaccionaba a su vez sobre ella. Comunicadas estas noticias al gobierno argentino, fueron sus agentes autorizados para adelantar sus trabajos en el sentido de iniciar relaciones con los jefes de la revolución, ofrecerles recursos en nombre de la nación, y promover por todos los medios el espíritu de insurrección que ya cundía por toda la Península. Sin que se pueda decir que a esto se deba el alzamiento que sobrevino, es indudable que la República Argentina tuvo una parte, aunque mínima, en ese gran acontecimiento.

La aglomeración del ejército expedicionario en la isla de León, Cádiz y sus inmediaciones, fue la ocasión de que los liberales españoles se comunicasen sus ideas y se pusieran de acuerdo para producir un movimiento, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar en la guerra contra las colonias. Desde 1814 hasta 1818 cinco revoluciones con las mismas tendencias habían estallado en la Península, y algunos de los que tomaron parte en ellas se refugiaron en Buenos Aires, tomando servicio en sus ejércitos. Los jefes militares de la conspiración se organizaron en sociedades secretas, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos re-

volucionarios. El general O'Donnell fue iniciado en estos planes, y pareció en un principio dispuesto a ponerse a la cabeza del ejército para hacerlos triunfar. Próximo a estallar el movimiento, O'Donnell, después de conferenciar con el ministro de Marina, que lo era el ex virrey de Buenos Aires, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, se decidió a sofocarlo, ayudado eficazmente por el general Sársfield, de origen irlandés que se había interiorizado en los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles en premio de su fidelidad lo que más podía halagarlas, que era quedar exentas de marchar a América, y a la cabeza de ellas rindió sin resistencia los cuerpos complotados, arrestó a sus jefes y desbarató la conjuración, haciendo fracasar al mismo tiempo la expedición. Poco después, se introdujo en Cádiz la fiebre amarilla, importada de La Habana, y se propagó en el ejército expedicionario (junio de 1819). El primer peligro estaba conjurado: la expedición se hacía por el momento imposible, o por lo menos no se realizaría con el poder suficiente para asegurar el éxito; pero esto no se sabía en Buenos Aires al tiempo de iniciarse el repaso de los Andes, que coincidió con el primer aviso con que ostensiblemente se cubrió. El Rey estaba sin embargo resuelto a llevar a cabo a todo trance la expedición. Al efecto, fue nombrado general en jefe de ella D. Félix Callejas, antiguo virrey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Fue éste el general que hizo presente al gobierno español las dificultades que tocaría no contando con un punto de apoyo en las costas del río de la Plata y la contingencia de encontrar allí dos enemigos en vez de uno, según queda relatado (párrafo I), a las que se agregaban otras de mayor gravedad, por cuanto afectaban la existencia misma de las tropas expedicionarias. Diseminados los cuerpos con motivo de la propagación de la fiebre amarilla, el batallón denominado "Asturias", mandado por el coronel Rafael del Riego, se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan, que debía ser teatro de uno de los hechos más memorables de la España moderna. El gobierno español, empeñado, a pesar de todo, en su plan de expedición al Río de la Plata con los elementos a la sazón disponibles, dispuso que el ministro de Marina, Cisneros, activase el embarco. Tal era el estado de cosas en España, en setiembre de 1819.

III

El anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata fue el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Su primer aviso determinó la confirmación del repaso de los Andes, y las noticias sucesivas, según eran alarmantes o tranqui-

lizadoras, motivaron las órdenes y contraórdenes expedidas en consonancia, determinando en la diplomacia combinaciones trascendentales. La primera noticia de que una expedición se formalizaba en Cádiz se recibió en Buenos Aires cuando ya el general Rondeau se hallaba al frente del gobierno en reemplazo del director Pueyrredón (julio de 1819). Exaltado al mando supremo por los votos de la Logia lautarina, la situación política no se había alterado: la misma oligarquía — aunque muy disminuida en su influencia eficiente —, con los mismos hombres y las mismas ideas, seguía al frente de los negocios públicos, y San Martín era siempre el hombre de guerra de la época. Así, su primera providencia fue llamarlo como a un salvador. "Entre las angustias que afligen al Director Supremo — decíale el ministro de la Guerra —, en las apuradas circunstancias de hallarse el tesoro exhausto y repetirse las noticias anunciadas de una fuerte expedición española contra estas provincias, no es la menor dificultad la salud de V. E. cuyas virtudes y conocimientos militares reputa el gobierno como un antemural de la libertad de la patria. La nación está persuadida de que, cualquiera sea su estado, consagrará toda su sangre en defensa del país y es de necesidad que se pongan todos los medios para que no sean estériles tan nobles sacrificios. Por esto es que, contando el gobierno, como contará siempre con su heroico esfuerzo, desearía y quiere, cuando su salud se lo permita, se traslade a la brevedad posible a esta capital con sólo el único, urgente e importantísimo fin, de consultar con el gobierno y demás jefes militares de la nación, el plan de defensa y demás providencias que deban y puedan adoptarse en el alto empeño a que tales ocurrencias nos obligan." El general contestó que "por muchos que fuesen los servicios que hubiese prestado a su patria, quedaban más que recompensados por los conceptos con que era honrado, y que, pronto a hacer el sacrificio de su vida en bien de la causa, se pondría en marcha a recibir las órdenes de su gobierno." Su salud era en aquellos momentos deplorable: su afección al pecho y sus dolores reumáticos y neurálgicos habían vuelto a atacarle con intensidad, al punto de verse obligado a delegar el mando militar en Alvarado y sólo encontraba alivio a sus males en el abuso del opio, pasando largas noches de insomnio.

Desde las primeras noticias, San Martín no dudó de que la expedición era un hecho, y meditando en una de sus noches de vigilia sobre los medios de contrarrestarla, tuvo la inspiración de un plan atrevido que si bien no pasó de conato, da la medida de la amplitud de sus concepciones. Doblar el Cabo de Hornos con la escuadra chilena al mando de Cochrane y atacar la expedición española en el Atlántico, tal fue el plan que San Martín propuso reservadamente al gobierno de Chile sobre la base de correr de cuenta de las Provincias los gastos de la escuadra chilena y ofreciendo adelantar a la vista 50.000 pesos para su apresto, bajo el compro-

miso de que la división de los Andes que se hallaba en territorio chileno, sería atendida por el gobierno argentino y permanecería en Mendoza una fuerza de 2.500 veteranos para resguardo de Chile. Las consideraciones militares en que fundaba la excelencia de su plan, además de las políticas, son dignas de la historia: "Siendo indudable — decía —, la salida de Cádiz de tres navíos y dos fragatas con destino al Pacífico, quiero suponer que la fortuna de la marina de Chile apresase uno de los navíos por la separación consiguiente que deben experimentar al paso del Cabo; de toda suerte la escuadra de Lima quedaría muy superior a la chilena, y en tal caso ésta se vería en la necesidad de encerrarse en uno de sus puertos, con la gran dificultad de poderla sostener. El virrey de Lima podría entonces expedicionar contra Chile, donde encontraría fuerzas escasas, pues, si los españoles atacan a Buenos Aires, necesariamente deben repasar la cordillera las fuerzas del ejército de los Andes que se hallan en Curimón, de lo que resultaría quedar débiles en todas partes. En las críticas circunstancias en que se presenta la América, yo no encuentro más arbitrio que el que la escuadra de Chile salga sin pérdida de momento a destruir la expedición española que debe salir de Cádiz en todo agosto, escoltada a lo más, por dos fragatas, pues nada tiene que temer de las fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, debiendo suponer a las de Chile ocupadas en el Pacífico." Al mismo tiempo escribía a O'Higgins: "El destino de la América del Sur está pendiente de Chile. Si, convencido de mis razones, hace usted partir la escuadra para batir la expedición, San Martín ofrece bajo su palabra de honor y como amigo los artículos que oficialmente le propongo. Es la ocasión de que sea Vd. el libertador de la América." Al enviado argentino en Santiago, Guido, le decía: "Entre mis reflexiones de esta noche se me ha ocurrido lo único capaz de salvar al país. Por no perder un tiempo precioso, no se las copio, pero véalas en el oficio que dirijo a O'Higgins. El amor de la patria me hace echar sobre mí esta inmensa responsabilidad: así contribuyo a salvarla, aunque después me ahorquen. Como verá por el oficio, está usted facultado por mí para esta negociación. Los 50.000 pesos ofrecidos los tengo prontos, y por el poder que le incluyo puede tomarlos de los amigos. Del sigilo pende el buen éxito: O'Higgins, usted y Cochrane, son los únicos que están en el arcano. Cuando la escuadra salga, sería conveniente echar la voz de que marchamos a destruir a Lima."

Esta empresa era para tentar un genio audaz y aventurero como el de Cochrane; pero, cuando las comunicaciones de San Martín llegaron a Chile (agosto 6), su cabeza estaba ocupada con el plan de destruir la escuadra española en el Callao. Así, aun cuando la idea era aceptada por O'Higgins y Guido la apoyó calurosamente, el almirante se opuso abiertamente a ella; declaró que antes de

todo era necesario incendiar la escuadra española del Callao, de lo que "respondía con su cabeza" con el auxilio de los cohetes a la Congréve que había hecho construir (véase cap. XXII, párrafo III), llegando a decir: "Con mi escuadra y mis cohetes, no temo ni a toda la escuadra inglesa." Por último, expuso: "que destruida la escuadra del Perú, la destrucción de las naves españolas era segura, aunque fuesen seis en vez de tres, y se presentasen unidas", y consignó su opinión por escrito en estos términos: "Estando ya casi prontos los cohetes, es necesario quemar primero la escuadra de transportes del Callao. Todo esto puede hacerse, y la escuadra de Chile tocando en Valparaíso a su vuelta, puede estar en el Río de la Plata o en Río de Janeiro en tiempo para frustrar los planes de los españoles; pues, repito por escrito, que con sólo los cohetes podemos destruir una fuerza naval superior, y que debe construirse sin pérdida de tiempo, además de la cantidad ordenada, toda la que sea posible, para destruir la expedición que se espera de España, restándome sólo agregar que crea infalible la aniquilación de los buques del Callao, desde que la emprendamos." A San Martín le decía confidencialmente que "le era agradable cooperar a su grande obra, pudiendo asegurarle que en un mes más, la escuadra y transportes del enemigo en el Callao habrían dejado de existir." El plan no tuvo ulterioridad y quedó sepultado en el secreto de los tres personajes que tuvieron conocimiento de él.

El director Rondeau, seriamente alarmado por un nuevo aviso transmitido por los agentes de Cádiz, redobló sus instancias a fines de agosto, asegurándole: "que la expedición era indubitable, y que a principios de setiembre debía darse a la vela, pues se lo hacían saber los enviados argentinos de París y Río de Janeiro, aconsejando poner el país en estado de defensa sin pérdida de momento; y que por consecuencia, la presencia del general se hacía cada vez más necesaria en Buenos Aires, para concertar el plan de resistencia, por ser el indicado para mandar en jefe el ejército que debía formarse." El general, que tenía las mismas noticias por su agente en Londres, Alvarez Condarco, comprendió que "todo se lo llevaba el diablo", según su expresión proverbial, y si los españoles se posesionaban del Río de la Plata, aun cuando se conquistase el Perú, pues perdía la América su base de operaciones; y renunciando por el momento a esta empresa, contrajo toda su atención a la defensa del territorio argentino, punto de apoyo de la resistencia continental. La contestación al director Rondeau sobre este tópico, tiene el timbre del clarín del vencedor de San Lorenzo, que en más vasta escala y con iguales bríos se preparaba a renovar en las márgenes del Plata la hazaña con que se ensayó en el Paraná, echando al agua a los españoles. Le ofrece por contingente un ejército de 4.000 hombres, de los cuales cerca de 3.000 de caballería, que estaría pronto en el mes de octubre, aconsejándole se armase de resolu-

ción para exigir del pueblo los sacrificios que eran indispensables. "Si somos libres —les decía—, todo nos sobra y por consiguiente los ciudadanos serán recompensados de sus esfuerzos. Yo estoy firmemente persuadido de que si el pueblo de Buenos Aires y el resto de las provincias hacen un corto sacrificio, y ponemos 10.000 veteranos, como podemos hacerlo en cuatro meses, batimos al enemigo, y no son los españoles los que nos bajan la cerviz. Dieciséis escuadrones con 30 piezas volantes nos aseguran la victoria." La combinación de la caballería ligera contra un enemigo desprovisto de medios de movilidad en un país llano, he ahí la idea nueva, que aún no se había acreditado en el mundo militar como principio de táctica combinada. Por eso daba tanta atención a la caballería, alterando su proporción con las demás armas, a la inversa de lo que practicara en la organización de sus ejércitos durante la campaña de Chile. Pero estos planes, como los anteriores, debía llevárselos el viento, y quedar simplemente bosquejados como una muestra del genio militar de su autor, a la vez que de las diversas alternativas por que pasó su espíritu en medio de las peripecias de la época. La cronología de los hechos explicará estas peripecias y estas alternativas.

A fines de octubre recibióse en Buenos Aires la falsa noticia de que O'Donnell, a la cabeza del ejército de Cádiz, se había sublevado y marchaba sobre Madrid. El director supremo dispuso en consecuencia, que el ejército del norte acantonado en las inmediaciones de Córdoba regresase a Tucumán, y escribió a San Martín: "Por ahora fue a tierra el proyecto de invadirnos." A principios de octubre vuelve a renacer la alarma, al saberse que O'Donnell ha sofocado el levantamiento militar próximo a estallar; pero antes de finalizar el mes, el gobierno tenía la evidencia de que la expedición estaba desbaratada en gran parte, y que era, cuando más, un peligro remoto. Así lo demostraba el periódico oficial y lo ratificaba confidencialmente el mismo director: "Remito copia de la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre movimiento de la Península y estado de la expedición hacia esta parte. Por ella se deja conocer que, si insisten en su proyecto, no será tan pronto realizable, y así tendremos siempre tiempo suficiente para prepararnos." En los primeros días de noviembre súpose positivamente que la peste se había propagado en el ejército expedicionario, diseminándose en sus cuerpos, aun cuando más tarde se anunció —por la última vez—, que el gobierno español persistía en su propósito a pesar de todo. Desde entonces se tuvo la evidencia de que la expedición era imposible o por lo menos muy problemática. En efecto, la España estaba agotada, y la última conmoción abortada de su ejército, la había quebrado militarmente, aumentando su malestar político. La metrópoli ya no enviaría a América un solo soldado. Su último ejército expedicionario se convertía en

ejército revolucionario. El último de sus ejércitos que a la sazón levantaba el estandarte del Rey en sus colonias independizadas, estaba circunscripto a las montañas del Perú. Allí lo iría a buscar San Martín, obedeciendo al impulso inicial de la revolución argentina, y en remotas playas continuaría defendiendo el suelo nativo, que ya nadie atacaría.

IV

Si la expedición española fue en casi todo el curso del año de 1819 el fantasma alrededor del cual giró la política exterior del Río de la Plata, la guerra civil fue el espectro pavoroso que dominó toda la política interna. Esta guerra era obstáculo para el desarrollo de los planes de San Martín, y por eso, antes de repasar los Andes y después de poner el pie en tierra argentina, todos sus conatos tienden a suprimirla, de cualquier modo que sea, primeramente, al promover por medio de la misteriosa Logia la mediación del gobierno de Chile — en que tan falsa posición asumió —, y posteriormente, al incitar a los caudillos disidentes de Santa Fe, Entre Ríos y Banda Oriental, a la paz y a la unión, en nombre y en el interés primordial de la causa americana de que era el hombre representativo. El armisticio doméstico entre el gobernador López de Santa Fe y las tropas del gobierno nacional en el Rosario, provocado indirectamente por él, y por la marcha del ejército de Belgrano sobre las montoneras, lo halagó por algún tiempo, haciéndole creer que, pacificado el país, obtendría nuevos recursos para proseguir las empresas lejanas, que consideraba salvadoras. Autorizado por el gobierno para abrir negociaciones pacíficas con los disidentes a su tránsito por el territorio de Santa Fe, "estipulando y concluyendo los pactos más conformes al interés general y particular de los pueblos", abrió nueva correspondencia con los caudillos del litoral, recabó de los cabildos de Cuyo el nombramiento de diputados que lo representasen ante aquéllos. Bajo esta confianza, y cuando consideraba disipada la amenaza inminente de la expedición española, recibe la noticia de que se habían roto de nuevo las hostilidades entre Santa Fe y Buenos Aires sobre la frontera de ambos territorios, entrando en liga de los caudillos anárquicos los de Entre Ríos y Banda Oriental. En tal conflicto, el gobierno lo llama urgentemente por la tercera vez, confirmándole la autorización anteriormente dada para arreglar pacíficamente las desavenencias domésticas y le reitera la orden de marchar a Buenos Aires con toda la división de los Andes acantonada en Mendoza, teniendo en vista el doble objetivo de la expedición española, caso de que se realizase, y la guerra civil que de cerca lo afligía. Estas ocurrencias llegaban simultáneamente con la seguridad de que todo estaba

listo en Chile para emprender la expedición del Perú, en prosecución de lo acordado por la Logia, y de conformidad con lo anteriormente convenido con el gobierno argentino. Contestó oficialmente a los de Chile que aceptaba gustoso la dirección de una empresa de que dependía la suerte decisiva de la América, y se pondría inmediatamente en marcha, si la renovación de la guerra civil no se lo impedía. En su correspondencia confidencial con O'Higgins se expresaba en el mismo sentido; pero anunciábale que en vista de estas novedades suspendía su proyectado viaje al litoral.

En medio de esta situación confusa vaciló nuevamente el ánimo resuelto del general de los Andes, entre sus obligaciones para con la patria, sus deberes estrictos de la disciplina y su visión clara de que la suerte de la revolución americana estaba en Lima, y de que, antes de que la España pudiese poner un soldado en el Río de la Plata, él habría conquistado el Perú. Sea que la inminencia del peligro de la expedición, según las últimas noticias, lo decidiese; sea que, aprovechándose de la nueva alarma, procurase aumentar los elementos de que necesitaba para su gran empresa, o lo que es más probable, que asumiera por el momento una actitud expectante, el hecho es que contestó al gobierno que se ponía en marcha desde San Luis con seis escuadrones de caballería, que formaban un total de 2.000 hombres, dejando en Cuyo su infantería por falta de cabalgaduras, según decía. A la vez pedía al gobernador de Córdoba le preparase 4.000 caballos para su pronta marcha a Buenos Aires. Todo estaba preparado para responder a la alternativa atención de acudir al litoral o tomar definitivamente el camino de Chile. Había levantado en masa la provincia de San Luis, alistándola en escuadrones de caballería para concurrir a su segundo plan contra la invasión española, en número de 2.000 hombres. La fuerza de la división veterana de 1.200 hombres que había repasado los Andes en marzo y abril, elevábase a la sazón a 2.200. Los granaderos estaban estacionados en San Luis, donde se remontaban por alistamientos voluntarios y reclutamientos. El número 1 de infantería hallábase acantonado en San Juan, y recibía una nueva organización calculada para la expedición al Perú. La artillería y los cazadores a caballo permanecían en Mendoza donde se hallaba el cuartel general. En esta actitud le sorprendieron el anuncio de estar todo listo en Chile para la expedición del Perú, la noticia de haberse roto las hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe y la orden triplicada de acudir presurosamente a la capital con todas las fuerzas disponibles en Cuyo.

El plan del gobierno era reconcentrar todos los ejércitos de la república en la provincia de Buenos Aires, y formar una masa de ocho a diez mil hombres, teniendo en vista el peligro ya remoto de la expedición española, y por objetivo inmediato la guerra civil. Considerado este plan desde el punto de vista moral, militar y po-

lítico, era una cobardía en presencia de poco más de 1.500 montoneros mal armados que lo amenazaban; una imprevisión, entregar todo el resto del país al enemigo, y circunscribirse a un solo punto, que por sí mismo estaba garantido; era una abdicación del poder abandonar a la anarquía todo el territorio, donde su acción se dilataría naturalmente y sin resistencia, y una verdadera deserción de la causa de la revolución, desguarnecer la frontera del norte que hacía frente al ejército realista del Alto Perú, renunciar a la alianza con Chile y a la expedición del Alto Perú, y lo era mucho más, si se toman en cuenta las tenebrosas maniobras a que respondía, como luego se verá más claro. A haberse realizado tal reconcentración —como lo hemos observado en otro libro histórico—, y aun suponiendo preservada a la provincia de Buenos Aires de los males de la anarquía, este resultado negativo habría importado la disolución nacional de hecho, el aislamiento del poder general, y el divorcio con los intereses de las demás provincias. Aun triunfando en una batalla, la cuestión no se decidía. Había que emprender una nueva guerra de conquista contra todo el país insurreccionado, en que los ejércitos se gastarían estérilmente, si es que no concurrían al desorden. Todas estas consecuencias, si bien no rigurosamente lógicas y necesarias, eran fatales, dados los antecedentes de la situación general y el estado de los espíritus. La guerra civil era un fenómeno espontáneo, una enfermedad del tiempo que no podía curarse con amputaciones parciales operadas por el sable. Concurrían a encenderla, no sólo los instintos selváticos de las multitudes y de sus caudillos semibárbaros, sino también el descontento de las clases ilustradas de la sociedad, en presencia de una situación política perdida que reaccionaba contra las tendencias de la revolución, y esta influencia deletérea se extendía hasta las filas de los mismos ejércitos. Todo presagiaba una catástrofe inmediata, que la fuerza militar era impotente para prevenir.

V

El director supremo, Rondeau, perseverando en su plan, habíase puesto en campaña al frente del ejército de Buenos Aires, superior en número aunque no en bríos al de los montoneros, y marchaba a la frontera para hacerles frente allí, donde debía verificar su unión con el del norte, que desde Córdoba se dirigía con tal objeto a la espera del de Cuyo. Por lo tanto, el llamamiento de las fuerzas de Cuyo no respondía a una exigencia militar imperiosa. ¿Cuál era el verdadero objeto de la reconcentración de todos los ejércitos de la nación? Una comunicación enigmática dirigida a San Martín y firmada por el director Rondeau en su cuartel de campaña (10 de noviembre), responde a esta interrogación. Decía así: "Re-

servadísimo. Todos los motivos que hacían urgente su aproximación con el ejército de su mando, son un átomo respecto de los que han ocurrido estos últimos días. Ellos son de un orden superior a todo lo que se puede imaginar, y pone en el más grande de los conflictos, no ya a la presente administración, sino directamente toda la existencia de todas la provincias. Las comunicaciones de Europa novísimamente recibidas, nos anuncian próximamente y de un modo indudable un mal mayor que el de la expedición española; pero no pudiendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso que acelere sus marchas para imponerse y prepararnos extraordinariamente y con urgencia, para que el Estado pueda ser salvado. Es un negocio de la última importancia; es inútil decir más."

¿Cuál era este negocio magno, que se califica de conflicto, no siendo ni la expedición española, ni la guerra civil como se decía, y que afectando la existencia del Estado, debía salvarlo? Era el establecimiento de una monarquía, sigilosamente complotada entre los poderes públicos del estado, que se procuraba imponer al país por sorpresa y con el auxilio de la fuerza armada. Nada había sucedido en Europa que importase un conflicto para las Provincias Unidas, y por el contrario, las ultimas comunicaciones de sus agentes diplomáticos anunciaban que la expedición española, no sólo era irrealizable, sino que, en todo caso, quedaría neutralizada. Era que el Dr. Valentín Gómez, de cuya misión hemos dado cuenta antes (véase cap. XIX, párrafo VI), había concertado en París un informal convenio *ad referendum* con el gobierno francés para la coronación de un príncipe de la casa de Borbón — el duque de Luque —, como soberano del Río de la Plata, bajo la protección de la Francia, con la condición de allanar sus dificultades con la España dando "otra dirección" a su expedición, y de interesar al Portugal en el plan por medio del enlace de una princesa del Brasil con el presunto candidato al trono argentino, a fin de facilitar la evacuación de la Banda Oriental ocupada por los portugueses. El congreso, pasando por encima de la constitución republicana jurada, traicionaba el programa de la revolución, contrariaba la voluntad nacional, inconsulta la opinión, al sancionar en secreto como una conjuración, lo que calificaba de "gran proyecto" (3 de noviembre), cuatro días antes de firmar el director supremo la enigmática comunicación antes transcripta. Cuatro días después (12 de noviembre), autorizaba al enviado argentino en París para proseguir la negociación iniciada, sin más restricción, que pactar la absoluta independencia y proponer la reintegración de la Banda Oriental como límite del territorio nacional. Las fechas son acusadoras y proyectan su luz siniestra sobre ese oscuro documento, cargándolo con una sombra negra. No sólo se aceptaba la monarquía para lo ulterior, y se renegaba del credo republicano de la América, sino que, como fin inmediato, al desviar del Río de la Plata y Chile la amenaza de la

expedición española, dejábase a la España en libertad de dirigirla para reformar al Perú o para sofocar las insurrecciones de Méjico, Venezuela y Nueva Granada, de cuyos agentes en Europa se había prescindido estudiosamente y esto era, más que una deserción de la causa de la América independiente, una verdadera hostilidad indirecta a su revolución.

San Martín, que era, como se ha visto. monarquista de oportunismo, aunque republicano por temperamento y por convicción, y que había aprobado la misión de Gómez y aun propiciado ante el gobierno de Chile, decidiéndolo a concurrir diplomáticamente a ella (véase capítulo XIX, párrafo VI), no tuvo conocimiento por entonces de este resultado, y su resolución estaba ya tomada de antemano. Desobedecería.

Había llegado para San Martín el momento psicológico que modificaría el curso de los acontecimientos por un acto deliberado de su voluntad, acto que lo divorciaba de su patria decidiendo de su destino y también de los de la revolución sudamericana.

Hasta entonces su proceder había sido lógico consigo mismo con un plan, con un objetivo fijo y con medios de acción apropiados para mover hombres y cosas como máquinas en el sentido de sus designios. Desde este momento, su conducta es doble, como lo fue al iniciar el repaso de los Andes; pero vacilante, cediendo a fuerzas latentes que lo atraían al exterior y a poderosos impulsos que lo empujaban hacia el interior. El americanismo y el patriotismo combinado con el americanismo, pugnaban en su alma, y de aquí las alternativas de su espíritu y las variadas combinaciones que respondían a las diversas situaciones en que se encontraba sucesivamente envuelto por los acontecimientos supervenientes, por el acaso y por la misma complicación de sus misteriosos manejos. Al ponerse en pugna con el gobierno de Chile, que era su obra, hasta el extremo de pretender anonadarlo retirándole su apoyo, con el objeto de obligarlo a realizar la expedición al Perú, que lo atraía irresistiblemente, su conducta es consecuente con sus propósitos, y sus medios, aunque ambiguos, eran adecuados a sus fines. Al asumir ante el gobierno argentino el doble papel de acusador del gobierno de Chile por su falta de cumplimiento a los compromisos internacionales, y hacerlo servir de instrumento de sus secretos manejos, era también consecuente con los objetos que perseguía a la luz del día. Al deshacer su laboriosa trama, haciendo servir a uno y otro gobierno a encaminar las cosas en el sentido de sus planes, y obtener de Chile todo lo que buscaba con la terrible presión por él ejercida sobre ambos, no hacía sino colocarse en la situación que de antemano previó. Pero al encontrarse envuelto en las dificultades que surgieron del amago de la expedición española al Río de la Plata, su marcha empieza a ser vacilante, y se le ve oscilar entre dos corrientes encontradas. Ora se resigna a permanecer a la expectativa

de los sucesos o se decide por la inmediata marcha al Perú, cuando la expedición anunciada parece disiparse; ora renuncia francamente a la empresa del Perú, le pide su escuadra a Chile para contrarrestar la invasión peninsular y combina nuevos planes para rechazarla en las márgenes del Plata, cuando considera amenazada la base de operaciones de su campaña continental; y cuando parece que va a tomar un rumbo, duda y se detiene, y luego que se penetra de que la expedición española no es un peligro serio, o que puede conjurarse atacándolo como Escipión en Cartago para salvar a Roma, retrocede y permanece a la expectativa. Por último, cuando comprende que la guerra civil que le repugna, y que juzga con criterio de fatalista, va a arrastrarlo a su vorágine, a disolver su ejército, esterilizándose sus fuerzas para su patria y para la América, vuelve, como la aguja imantada a tomar su dirección y se lanza resueltamente a cumplir su destino americano. Desde este instante, guardando su impenetrable secreto, su papel vuelve a ser doble en lo ostensible, y, como el símbolo de dos caras y sin pies de los antiguos, marca el doble término en los Andes, presenta al mundo la cara iluminada por la gloria, y a la patria de que se divorcia, la cara oscura, llevándose él su programa revolucionario, sus armas y su bandera emancipadora. Tal es el gran momento psicológico famoso en la vida de San Martín, el momento que presagia su desobediencia, la determina y marca el punto culminante de su carrera de libertador americano.

VI

Al finalizar el año XIX, las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, y con un gobierno sin ideas ni punto de apoyo en el país sublevado en el litoral y pronto a levantar sus armas contra él todo el interior; enervado el espíritu público de la capital, centro del poder; minados los ejércitos: extraviados los poderes públicos en planes insensatos de monarquismo, que asumían el carácter de una tenebrosa conjuración, para corregir la anarquía que fomentaban por tales medios; rebelada moralmente la opinión de todas las clases del pueblo contra el gobierno general; era una situación perdida, que el director Pueyrredón entregara sin fuerzas, después de agotarlas en la tarea del gobierno, y que debía perderse fatalmente en manos del director Rondeau, último representante enfermizo del vigoroso centralismo gubernamental que había dado su impulso a la revolución. La revolución argentina, obedeciendo a su impulsión inicial y a los instintos populares, ejecutaba en ese momento su doble y peligrosa evolución, diseñándose sus dos tendencias características: la propaganda emancipadora en el exterior

por las armas y los principios americanos por ella formulados: la descomposición del mundo colonial en el interior, por la guerra social y el choque de las masas agitadas, impregnadas del espíritu disolvente de disgregación, que envolvía en el fondo un principio de transformación.

El ejército de los Andes era en aquel momento el último y único representante de la propaganda americana, que conservaba, en medio de esta dispersión de las fuerzas morales y materiales, la bandera y la espada redentora de la revolución argentina, con que los primeros ejércitos llegaron hasta el Desaguadero en marcha hacia Lima, y libertaron a Chile teniendo por objetivo lejano el Perú al través del mar Pacífico. Máquina de guerra y organismo calculado para realizar los objetos de esa vasta propaganda, el ejército de los Andes estaba dotado por su creador de las armas adecuadas a tal propósito y penetrado de la pasión de su empresa. Su permanencia en tierra extraña lo había preservado del contagio de las pasiones deletéreas que trabajaban a los ejércitos argentinos en su territorio, y que ya habían contaminado, por la acción del medio, las tropas que repasaran los Andes. El ejército de los Andes era, pues, una fuerza en el exterior y un peligro en el interior, y tenía que ser, o pretoriano o revolucionario en la patria, o libertador en América, y fue libertador obedeciendo a la impulsión inicial de la revolución argentina, cuya evolución completó en tal sentido.

En aquella situación confusa, San Martín, lo mismo que su ejército, no tenía sino dos papeles: o montonero o régulo en la patria, o libertador en América; a menos de desertar de su puesto de combate, arriando su bandera y abandonando a sus soldados al frente del enemigo tradicional. Optó por lo segundo, y tuvo la inspiración salvadora de la revolución americana, y así salvó la gloria de su patria, realizándose en él lo que el poeta dijera de otro gran hombre, de fama europea:

Faltar pudo su patria al grande Osuna
Pero no a su defensa sus hazañas.

A la expectativa del desarrollo de los sucesos o vacilando aun respecto del partido que definitivamente debía adoptar en esta coyuntura, había anunciado al general del ejército del Norte que el 10 de diciembre se pondría en marcha con dirección a Buenos Aires, y que, en obediencia a las instrucciones del gobierno, era su ánimo tomar el camino de la frontera que conducía directamente a Pergamino. Tres días después (el 25 de noviembre), anunciada por la orden general la marcha de la división con destino a la capital, recibía la noticia de haber estallado una revolución en Tucumán, apoyada por las tropas del ejército auxiliar acantonadas allí,

con deposición de sus autoridades civiles, proclamación de su independencia provincial y prisión del general Belgrano. Comunicaciones que simultáneamente recibía de Córdoba, le confirmaban haberse descubierto la existencia de un plan de conspiración tramado por varios oficiales del ejército situado en Córdoba, de acuerdo con el movimiento de Tucumán, el que tenía ramificaciones en todas las provincias del interior, incluso la de Cuyo. Este hecho lo alarmó seriamente, y confirmólo en su propósito de alejarse del teatro de la guerra civil, a la que no encontraba remedio. En consecuencia, después de tomar sus precauciones a fin de que su provincia no fuese invadida por la anarquía general, ofició al gobierno: "La sublevación de las tropas que guarnecían el Tucumán, unida a los avisos que he recibido por la vía de Córdoba, de que el movimiento de aquella provincia estaba de acuerdo con el que debía ejecutarse en ésta (Cuyo) luego que se verificase la salida del Ejército, me han hecho suspender la marcha que debía emprender el 11 por la mañana con dirección a la capital. Pesadas estas circunstancias, espero se sirva comunicarme las órdenes que tenga por conveniente sobre el movimiento de esta División." Agregaba que un nuevo ataque que había sufrido, lo obligaba a ir a tomar los baños de Cauquenes en Chile por disposición de los facultativos, y que tenía la esperanza de hallarse mejorado y de regreso antes de recibir contestación a su oficio, participando a la vez quedar encargado del mando de la fuerzas de Cuyo el coronel Alvarado.

Cuando esto escribía el general de los Andes, su resolución estaba tomada de antemano, aun cuando todavía dudase ante la inmensa responsabilidad que iba a echarse sobre sus hombros. El 9 de noviembre, así que viera que empezaba a disiparse la tempestad señalada en el horizonte lejano, por el desbarate de la expedición española, escribía a O'Higgins, por mano de su secretario: "Tengo la orden de marchar a la capital con toda la caballería e infantería que pueda montar; pero me parece imposible poderlo realizar, tanto por la flacura de los animales, como por la falta de numerario." Y a renglón seguido borroneaba de su puño y letra, en gruesos caracteres y profusión de mayúsculas, estos renglones: "Reservado para usted solo. No pierda tiempo un solo momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder un solo momento marchar con toda la División a esa, excepto un Escuadrón de Granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la Provincia. Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero, si no se emprende la Expedición al Perú, todo se lo lleva el Diablo. Dígame cómo está de artillería de Batalla y Montaña para la expedición, pues si falta, podemos llevar la que tenemos en ésta. Los montoneros se reunían el 14 en el Rosario, y su plan era invadir la campaña de Buenos Aires. Tengo reunidos 2.000 caballos sobre-

salientes, los que marcharán a esa con la División. Si vienen noticias favorables de la Escuadra, haga estar prontas todas las Mulas de Silla y Carga del Valle (de Aconcagua), para que transporten los Cuerpos del Pío de la Cordillera a esa Capital." Pero aun después de adoptar esta resolución, todavía daba espera a su ejecución.

VII

El oficio de San Martín participando su contramarcha (del 7 de diciembre), llegó a manos del director Rondeau en momentos en que éste, al frente del ejército de Buenos Aires y próximo a dar la batalla final, recibía de todas partes avisos de que la república estaba en estado de disolución.

El general Cruz, jefe interino del ejército del Norte, hombre recto de juicio frío y decidido sostenedor del orden, escribía al director: "Córdoba se halla, en su mayor parte, dispuesta a romper los débiles lazos que la unen al gobierno supremo: sus habitantes proclaman con desvergüenza la federación y como son los más audaces y muy poco contrarrestados, logran extender más y más su opinión. Si esta provincia se mantiene en una aparente dependencia, es por temor al ejército que mando; pero tengo por evidente que, poniéndome a una distancia en que no corran riesgo, harán un movimiento estrepitoso. La revolución sucedida en Tucumán ha puesto a los perturbadores en la mayor animosidad; ya cuentan con este apoyo más, y sería en vano alejar algunos de sus principales corifeos, porque la enfermedad es general, y cada día se extiende el contagio. Veo una conspiración de todas las Provincias contra el Gobierno; ninguna se acuerda de que existan españoles con quienes pelear; su primera y única atención es substraerse a la autoridad central, y pensar cómo han de sostenerse contra cualquier fuerza que se destine a hacerlas entrar en su deber, aunque para ello sea preciso que el país se desole. Agotado el remedio de la prudencia, juzgo que no hay bastante fuerza contra tanto conspirador, y aun cuando la hubiese, todo es arruinar estos desgraciados territorios. Ellos proclaman una federación que no entienden y que confunden con la anarquía, y siendo uno de los mayores males el concederla, por razones que están a la vista, parece mejor negarla cuando no se puede sostener lo contrario."

El gobernador de Córdoba D. Manuel Antonio Castro, inteligencia penetrante y jurisconsulto profundo, animado de sano patriotismo, que observaba el desorden más de cerca, escribía a su vez: "Los anarquistas con el nombre de federales habían tomado antes un carácter de animosidad muy notable, sin que la inmediación del Ejército Auxiliar haya sido bastante para imponerles respeto. Después del acontecimiento de Tucumán ponen en juego todo

arbitrio para minar el gobierno, y sólo esperan el momento de realizar sus designios. No es la fuerza la que puede contener este torrente, sino mientras ella está encima, y la necesidad de mantener la fuerza en esta provincia aumenta el descontento y la disposición a abrazar una mudanza, que siempre creen favorable por huir de las exacciones presentes. Y aun cuando la fuerza fuera un medio de evitar el sacudimiento que necesariamente debe esperarse, yo me voy a quedar sin ella, pues el Ejército Auxiliar se pondrá en marcha dentro de pocos días, y no lo tengo para asegurar el orden. El gobierno sabe el estado de la provincia de Salta; está impuesto del de Tucumán; e informado ahora desde Córdoba, debe persuadirse de que la separación se acerca tan pronto como se retire el ejército. Todo el que observe de cerca a estos pueblos, conocerá con exactitud el estado de la opinión: han olvidado el primer objeto de nuestra revolución: desconocen los peligros que todavía corre la existencia de la nación con respecto al enemigo común, y han declarado a la actual forma de gobierno un odio inextinguible cuyo contagio se propaga de día en día, y en razón directa que disminuye la fuerza moral, pierde su eficacia la física. Ahora combatimos contra dos clases de enemigos."

Jamás la pluma de ningún historiador argentino trazó con rasgos más acentuados, y puede decirse elocuentes, a la par que con sano e imparcial criterio, el estado de disgregación de las Provincias Unidas en aquellos días angustiosos, diagnosticando la enfermedad moral de los pueblos y la impotencia del gobierno para curarla, en presencia de la fatalidad de las cosas y de los tiempos que se sobreponía a las voluntades que daban razón de ser a la anarquía, explicada por la lógica brutal de los hechos invencibles, reconociéndose la ineficacia de la fuerza armada para contener "el torrente de la opinión", que se desbordaba del cauce revolucionario. Y cuando se piensa en que los personajes expectables que hacían esta palpitante pintura, eran testigos conscientes que tenían por delante el original; que uno era el general de un ejército —última esperanza del recurso de la fuerza—, cuyas tropas estaban complotadas con la anarquía con sus principales jefes a su cabeza; y el otro, un partidario de buena fe del sistema monárquico — última áncora de esperanza de los políticos sin rumbo, extraviados en la tempestad—, vese que el mal no tenía remedio por las armas, y qué razón tenía San Martín cuando lo buscaba por otro camino y por otros medios, y preveía que la intervención de los ejércitos en la lucha social no haría sino agravar el mal interno, aumentando los peligros exteriores. Esto, que veían claramente los hombres de acción y los pensadores de la época, no lo alcanzaban los poderes públicos de aquel tiempo, pues habían llegado a ese estado de cristalización en que, sin la noción de las cosas, carecían hasta de las ideas que ellas sugieren o de la habilidad rutinaria de los expe-

dientes que la suplen. Así es que el director supremo, en víspera de la batalla inmediata que iba a decidir el destino de la situación, y de la catástrofe que estas revelaciones sombrías anunciaban, encontróse atribulado, y buscó sus inspiraciones en el Congreso, representante legal de la sabiduría nacional.

El Congreso Nacional, tomada en consideración la consulta del director en campaña, con presencia de las exposiciones del gobernador de Córdoba y del general del ejército del Norte, dio en su contestación la medida de su altura. Sin darse cuenta del estado del país, ni encontrar dentro de sí una sola inspiración, aconsejó que todo se entregase al acaso, sin acertar siquiera a trazar un rumbo ni a indicar por lo menos una medida acertada. Para evitar los riesgos que se temían, "parecíale (son sus palabras) que bastaba dejar una guarnición en la ciudad de Córdoba y exonerar al gobernador de su cargo político, substituyéndolo por un gobernador militar", cuando precisamente el peligro que se señalaba, era la impotencia de la fuerza, y cuando el gobernador que se eliminaba era, por su autoridad moral, la única garantía de orden pacífico. Como complemento de esta gran medida politicomilitar, indicaba al gobierno tomase contra los principales promotores del desorden las medidas que considerase oportunas, usando de los medios a su alcance, mientras se aproximaban las tropas que debían sostenerlo, cuando el gobierno lo que pedía eran los medios que le faltaban para dominar la situación, y cuando el concurso de la fuerza militar era el problema que se trataba de resolver, para aplicar su potencia allí donde fuese más eficiente. Jamás congreso alguno en el mundo demostró menos conciencia de su situación, más carencia de ideas ni mayor ineptitud política, administrativa y militar. Era, en realidad, una situación perdida por el agotamiento de fuerzas intelectuales, morales y materiales, a lo que se agregaba el germen de disolución que los poderes públicos llevaban en su seno por la confabulación del plan monarquista, a cuyo triunfo pretendían hacer concurrir los ejércitos de la república, violentando la opinión, justamente irritada contra este plan, producto del cansancio y de la cobardía republicana.

El director Rondeau, más atribulado que antes con las soluciones del congreso a su complicada consulta, no encontró tampoco en sí inspiraciones nuevas, y entregó a su vez las cosas a la corriente de los acontecimientos, sin dirigirlos ni preverlos. En consecuencia, al contestar a San Martín, repitió la lección incipiente del congreso, y aplicando a Cuyo lo recetado para Córdoba como remedios para prevenir los males que amenazaban al país, le ordenó dejase una guarnición a su espalda, y marchase a Buenos Aires con todo el resto del ejército de los Andes sin pérdida de tiempo, encomendando su mando a algunos de sus jefes en el caso que él personalmente no pudiese por el estado de su salud ponerse a su frente. La

medida de la incapacidad gubernativa estaba colmada, y en verdad era una situación perdida, no sólo por la fatalidad de los hechos, sino también por la lógica de las cosas, tal como desgraciadamente se combinaban.

Mientras tanto, O'Higgins atraía a San Martín con seguridades halagadoras. "La fortuna propicia —le decía—, nos está convidando a dar la última mano a la libertad de América; y le proporciona una ocasión y un motivo justo para resistir la orden de su gobierno. Sin la libertad del Perú, está usted convencido de que no podremos salvarnos, y ahora es el momento de venir a Chile con las tropas de Cuyo, en la seguridad de que a los dos meses estamos en camino para lograr el objeto tan deseado. Véngase, amigo, vuele, y se coronará la obra." Guido, por su parte, la Logia de Lautaro en Chile, sus compañeros de armas, todos, le escribían en el mismo sentido, y él, obedeciendo a sus aspiraciones geniales, estaba en su conciencia definitivamente decidido a la gran desobediencia, que consideraba, a la vez que un sacrificio, un deber con toda su tremenda responsabilidad ante la historia.

Aún no se resolvió San Martín, a romper el freno saludable de la disciplina que lo sujetaba. Limitóse a disponer de su persona con arreglo al aviso que había dado al Ministerio de la Guerra al desistir de su proyecto de marcha a Buenos Aires, en virtud de la revolución de Tucumán y de los avisos transmitidos desde Córdoba, que le anunciaban otra revolución así que él se moviese con su ejército, lo que luego se verá era exacto. Su estado físico, bien que pretexto ostensible para cubrir su retirada, era en verdad cada vez más deplorable. Imposibilitado físicamente de atender al mando militar, lo había delegado en Alvarado, y éste le ocultaba las comunicaciones que podían agravar su excitación nerviosa. Empero, en una ausencia de Alvarado, llegaron a sus manos los oficios que lo instruyeron de la sublevación de Tucumán, y la impresión que esto le produjo, agravó de tal manera sus males, que se llegó a desesperar de su vida. Sus fieles subalternos, previendo los inconvenientes de la travesía de la cordillera, hicieron preparar una camilla que, conducida en hombros de sus soldados, llevara al general al occidente de los Andes. Fue entonces cuando San Martín escribió con mano temblorosa su última renuncia. "He reclamado en vano —dice en ella—, por el espacio de tres años mi separación del mando del ejército. Ya no es necesaria nueva reclamación; mi postración absoluta me hace separar de este encargo." El gobierno le contestó que había dejado siempre a su arbitrio la elección del clima que más conviniese al restablecimiento de su salud, sin aceptar su dimisión del mando de un ejército cuya organización y triunfos le eran debidos, y que por las mismas razones al concederle licencia para pasar a Chile a los baños de Cauquenes, era con la investidura de capitán general del ejército de los Andes, sea que estuviese reunido

o seccionado, en la inteligencia de que, en cualquier punto que se hallase debía proveer a su fomento y disciplina, por exigirlo el buen servicio del Estado y el honor debido a sus relevantes servicios. Este oficio debía llegar a manos de San Martín cuando el gobierno que lo expedía, ya no existiera, y sí sólo la sombra de las Provincias Unidas envueltas en la más desastrosa anarquía, de cuyo seno debía surgir la vida nueva, después de tormentosas pruebas que casi aniquilaron los principios morales de la vida social. En los primeros días de enero de 1820 el general de los Andes atraviesa por penúltima vez la cordillera, tendido en una camilla llevada en hombros de sus soldados, como Mauricio de Sajonia cuando marchaba inválido por pies ajenos para ir a vencer en Fontenoy. Los baños de Cauquenes estaban en Lima, y allí debía ir a buscar la salud de la América.

VIII

Antes que exhibiésemos parte de los documentos que hoy completamos respecto de la famosa desobediencia de San Martín, su conducta ha sido juzgada con criterio diverso, así desde el punto de vista del estricto deber militar como del patriotismo previsor; pero este criterio sin base respondía más al instinto que al conocimiento perfecto de los hechos y a la conciencia de la situación en aquel solemne momento histórico. Hemos formulado nuestro juicio al respecto antes de ahora, y como ha tenido sanción americana y ha sido generalmente aceptado como fórmula por casi todos los escritores americanos que de este punto se han ocupado, lo consignaremos con las mismas palabras en las páginas de la historia del hombre objeto de él.

Si bien sean difíciles de determinar las variadísimas combinaciones a que un hecho modificado puede dar lugar, por cuanto las causas son más complejas en el orden moral que en el físico, empero, cuando se toman en cuenta las causas visibles y tangibles, desentrañándolas de los hechos comprobados, y se comparan con los resultados, puede llegarse a conclusiones positivas, que habilitan a formar juicio correcto con conocimiento de causa, de manera de poder apreciar las que son del dominio de la historia real y no de la historia hipotética. Y admitiendo como elemento de juicio que el instinto conservador de toda nacionalidad —especialmente en sus grandes conflictos internos—, debe consultar ante todo sus conveniencias y sus facultades y que nadie tiene el derecho —menos que todo el depositario de su fuerza pública—, de imponer sacrificios a un pueblo, aun tratándose de designios generosos, en que la gloria puede ser mayor que el provecho, aun así, el juicio equitativo de la posteridad ha sido favorable a la desobediencia de San

Martín. El último fallo —que sin duda confirmará la posteridad—, es que la resolución del general San Martín al no dar pábulo a la guerra civil y emprender la expedición a Lima, no sólo consultó las previsiones políticas y militares, sino también los instintos conservadores de un patriotismo elevado, que se hermanaba con la propaganda guerrera de la revolución argentina de que fue el último campeón, llevando su bandera redentora hasta la línea ecuatorial de la América del Sur, con gloria para su país y beneficio para la América.

Es punto que tiene el consenso universal, que San Martín salvó la revolución sudamericana con su atrevida resolución de expedicionar al Perú, después de haber reconquistado y asegurado su independencia en el Sur, dominando el mar Pacífico. Sobre esto no hay dos opiniones.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud América, como las Provincias Unidas constituían la base y el nervio de la insurrección continental. La campaña de San Martín a Chile tuvo por objetivo a Lima; y las jornadas de Chacabuco y Maipú no fueron sino dos grandes etapas en su itinerario sudamericano. Dominado el Pacífico por la marina independiente, con arreglo a este plan, la expedición del Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. Realizarla, era herir al poder español en el corazón, de conformidad al programa inicial de la revolución argentina. Una nueva república se incorporaba al movimiento revolucionario, y encerrados los últimos ejércitos republicanos y realistas en el recinto montañoso del territorio del Perú, este territorio se convertiría en el palenque cerrado, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definido esfuerzo la causa de la emancipación del Nuevo Mundo. Esto, por lo que respecta a los deberes para con la América.

La prosecución de esta gran concepción preparada en el curso de cuatro años continuos de trabajo, y ejecutada bajo la responsabilidad de su autor, daba gloria a su patria y la salvaba del oprobio en momentos en que se hallaba en completa desorganización, sin un gobierno que pudiese dominar o siquiera moderar su anarquía interna, y de este modo salvaba sus últimas armas de perderse estérilmente en la guerra civil, en que todos quedarían derrotados. Mostraba así que la República Argentina, representada por un puñado de sus hijos fieles a su tradición revolucionaria, aun tenía alientos para irradiar su acción y su espíritu al resto de la América del Sur —incluso a Colombia—, en unión con las armas chilenas. Esta era la corona americana de la revolución argentina.

Considerado San Martín en esta emergencia como ciudadano y como soldado, que debía ante todo sus servicios y la obediencia a su gobierno, es posible que, ahora como antes, y quizá después, las opiniones se dividan aun en presencia de los hechos supervenientes,

que ahora empiezan a caer bajo la pluma del historiador. Sería empero muy pobre criterio histórico el que atribuyese el resultado definitivo de la guerra social en que las provincias argentinas estaban empeñadas entonces, a la ausencia de 2.000 soldados argentinos (gran parte de ellos chilenos con su uniforme), que con San Martín a su cabeza y en unión de otros 2.000 chilenos, iban a combatir contra 23.000 españoles, que amenazaban a la república por su frontera norte.

Sin el concurso del contingente argentino, y sobre todo de su general, la expedición a Lima era irrealizable y la guerra sudamericana se paralizaba. Sin necesidad de él podía el gobierno salvarse, si es que no estaba irremisiblemente perdido, desde que contaba con 10.000 guardias cívicos en la capital de Buenos Aires y más de 5.000 hombres de las tres armas en campaña, contra 1.500 montoneros escasos y mal armados. Con el duplo y triple de estas fuerzas el gobierno no había podido ejecutar una sola campaña feliz contra las provincias disidentes, que proclamaban la federación de hecho o sea la independencia de su autoridad. Derrotado en el empeño de avasallarlas, una vez en el Paraguay, otra en la Banda Oriental, tres en Entre Ríos y cuatro consecutivas en Santa Fe, no había podido ni siquiera dominar militarmente a la última, aun contando con el concurso de 3.000 veteranos que dirigió contra ella.

El ejército del Norte, al mando del general Belgrano, obedeció a la primera orden del gobierno para combatir la guerra civil, como obedeció en esta ocasión, y el resultado fue perderse miserablemente en ella sin combatir, como se verá después, haciéndose más desastrosa la derrota del gobierno central al proporcionar a la anarquía fuerzas militares organizadas con que antes no contaba. Lo mismo se habría perdido el ejército de los Andes, como a su tiempo se verá también, salvándose parte de él, al menos, merced a la desobediencia de San Martín. Estos dos ejemplos son dignos de la admiración de la posteridad, no obstante sus opuestos resultados, pero no pueden medirse por el cartabón ordinario.

Y si se tiene en cuenta que el llamamiento hecho a los ejércitos de la República, respondía —como se ha visto—, no sólo a la guerra civil, sino a un plan siniestro de los poderes públicos complotados contra la opinión democrática del país, desviando la revolución de su curso, veráse que la intervención de las bayonetas, al complicar la lucha, provocaba otra lucha entre la anarquía, y la oligarquía, en pugna las masas populares contra el pretorianismo, aun en el caso de que los ejércitos permaneciesen fieles al poder central. Dado que la presencia del ejército de los Andes, al intervenir en la guerra civil, hubiese podido influir en el éxito de las batallas, es seguro que se habría gastado, aun triunfando, en una contienda cuyo resultado podía ser la rutina del país y el aniquilamiento de sus fuerzas militares, políticas y sociales. Ni una ni dos

batallas ganadas podían inocular una nueva fuerza al gobierno nacional, enervado como la opinión, y que en esos mismos momentos buscaba su punto de apoyo fuera del país contra el país, apelando a una combinación tenebrosa, que importaba, a la vez que una intervención extraña inspirada por el desaliento o la impotencia, una reacción contra la revolución democrática de la América. Ni las armas podían extirpar las raíces que alimentaban la lucha, ni privar a las fuerzas explosivas de la democracia semibárbara de la ventaja del número, del espacio y del tiempo, que estaban de su parte, además de la razón que la asistía como hecho vivaz y la que le daban los deplorables errores políticos de los mandatarios legales. Por otra parte, la simple lucha interna, encerrada en el cículo vicioso de las acciones militares y de las reacciones populares, habría sido tal vez más larga, sin duda más dolorosa, pero no habría normalizado la cuestión política y social, que sólo el tiempo y la gravitación de las grandes masas, impulsadas por la concurrencia de las voluntades, debía y podía resolver. Aun, para obtener tal resultado incoherente, habría que romper desde luego la alianza americana con Chile, en el hecho de separar sus fuerzas unidas al renunciar a la expedición del Perú. Entonces la República Argentina quedaba sola, con sus fronteras abiertas por la parte del norte (Salta) y el desorden en su seno.

Los realistas, que contaban a la sazón con más de 23.000 hombres de buenas tropas en el Alto Perú, y Bajo Perú, libres del cuidado de una invasión por el Pacífico habrían concentrado la mayor parte de sus fuerzas en el Alto Perú (Bolivia), habrían podido dirigir un ejército de 10.000 hombres sobre las provincias argentinas, que en el estado de desorganización en que se encontraban, no hubieran podido oponer una resistencia eficiente. Las provincias del interior de la República, sublevadas en masa contra el gobierno general, a imitación de Tucumán y Córdoba, y los ejércitos en la capital luchando brazo a brazo con el litoral, tal es la situación que habrían encontrado los españoles al invadir nuevamente la frontera del norte.

Los sucesos que se produjeron en aquella época de desorganización espontánea y transformación radical, y los fenómenos políticos y sociales que se desenvolvieron obedeciendo a la lógica del bien y del mal, reconocen causas más complejas que la ausencia de 2.000 veteranos con sables afilados en los campos de la guerra civil. Dos mil soldados más o menos no podían modificar de un sablazo la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo y del espacio a que obedece el desenvolvimiento gradual de las naciones, sea que obren guiadas por sus instintos brutales o busquen su equilibrio en sus propios elementos orgánicos. La revolución argentina, que en obediencia a su impulsión inicial, había gastado casi todas sus fuerzas en la propaganda ame-

ricana, al utilizar las últimas que le quedaban a fin de realizar la expedición al Bajo Perú, aseguraba el triunfo de la causa continental y su propia independencia de la España, quedando en pugna dentro de sus fronteras con sus arduos problemas de organización interna, que hacía tres años la trabajaban. Ejecutada esta peligrosa y decisiva evolución en el transcurso de diez años, la nueva nación, dueña de sus propios destinos, tenía que crear nuevas fuerzas reparadoras y conservadoras con que hacer frente a la revolución interna, que al echar por tierra el orden viejo, amenazaba atacar el gobierno de la sociedad en su esencia, barbarizándola y aniquilando los principios vitales del organismo nacional.

Así, pues, las Provincias Unidas del Río de la Plata, al cumplir para con la América la misión redentora que ellas únicamente podían llenar, y coronarla enviando al Perú su último ejército con el más grande de sus generales, completaban históricamente el programa de la revolución argentina, preservándose a sí misma de un peligro inminente. Las armas libertadoras de Chile y del Río de la Plata se darían la mano con las armas de Colombia, traídas desde el norte del continente por Bolívar, y en la línea del Ecuador la emancipación del Sur quedaría por siempre asegurada. Tal fue la misión que San Martín se impuso en bien de la América y del pueblo argentino, al echar la "terrible responsabilidad" de su desobediencia ante la historia. Toca a la posteridad, ante la cual él apeló del juicio de sus contemporáneos, pronunciar el último fallo.

Capítulo XXIV

EL ACTA DE RANCAGUA

1820

Carácter universal de la revolución sudamericana. — Acciones y reacciones continentales. — Estado de la revolución sudamericana en 1820. — El alzamiento liberal de España y su faz sudamericana. — Planes de San Martín sobre el Perú. — Sublevación del ejército del norte argentino. — Sublevación de una parte de la división de Mendoza. — Nuevos planes. — Caída del gobierno general de las Provincias Unidas. — San Martín renuncia el mando en jefe del ejército de los Andes. — Noble actitud de su ejército al confirmarlo en el mando. — El *Acta de Rancagua*. — Reflexiones sobre este acontecimiento. — San Martín urge por la realización de la expedición al Perú. — Queda esta definitivamente arreglada. — Contraproyecto de Cochrane. — Cochrane aspira a mandar la expedición al Perú. — Rivalidad entre Cochrane y San Martín. — San Martín es nombrado generalísimo de la expedición al Perú. — Razones políticas de la expedición.

I

La desobediencia indirecta de San Martín de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, y que asumirá su carácter decidido en el presente, no era simplemente un acto aislado de la voluntad individual en obediencia a la impulsión inicial de la revolución argentina, lo que le imprimía su movimiento y dirección: era un síntoma de los tiempos. En 1820 la revolución sudamericana empezó a mostrar su carácter universal, y de aquí esas acciones y reacciones de las grandes masas que se buscaban al través del continente americano. Hemos explicado antes cómo se había operado la revolución moral en las almas de los colonos hispanoamericanos, predispuestos a la independencia, aun antes de estallar la insurrección general de 1810; cómo el estado de la metrópoli obró en doble sentido sobre las colonias, primero por la desaparición ocasional del monarca que era el vínculo que las ataba, después por el ejemplo de los principios proclamados por la España liberal; y queda explicado también cómo, al cumplirse la primera década revolucionaria, la América del Sur empieza a su vez a reaccionar sobre la Eu-

ropa, a hacer sentir su influencia oculta, como un astro hasta entonces invisible para el telescopio de los diplomáticos, que interviene de una manera decisiva en la dinámica del mundo político (véase cap. I, Int. párrafos II y XIII). Según se ha hecho notar, en 1820 la llama revolucionaria de libertad estaba extinguida en toda la tierra, con excepción de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, donde ardía hacía diez años, alimentada por un soplo revolucionario, mientras el despotismo triunfaba en Europa bajo las banderas de los reyes absolutos coaligados contra la libertad de los pueblos. Este es el momento solemne de la expectativa histórica señalado antes, al ocuparnos en términos generales de la época a que hemos llegado. (Véase cap. I, párrafo XIII.)

La ofensiva tomada por San Martín en 1817 al atravesar los Andes meridionales y poner en jaque al Perú, determinó la primera acción revolucionaria de la América sobre sí misma y sobre la Europa. La ofensiva tomada a su vez por Bolívar al atravesar los Andes ecuatoriales en 1819, dio mayor consistencia a esta doble acción. En 1820 todo el sur del continente estaba emancipado de hecho y de derecho, y dos repúblicas aliadas —Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata—, convergían hacia el centro del poder colonial. En esa misma época se constituía al norte la república de Colombia, que iba a dar cuenta de los últimos restos de la gran expedición de Morillo, expulsada de Nueva Granada y reducida a la impotencia en el territorio de Venezuela. La España absolutista, vencida por todas partes en sus colonias, en la tierra y en los mares, sólo se mantenía a la defensiva en Quito y Venezuela al norte, y en el Alto y Bajo Perú al centro. Desde entonces la política de los Estados Unidos de la América del norte empezó a mostrarse simpática a la revolución sudamericana, hasta hacer causa común con ella, considerando su independencia y su republicanización como cuestión continental y de vida nueva para el Nuevo Mundo. El gobierno de la Inglaterra, en obediencia a esta impulsión y acompañando su opinión pública, hubo de mirar la insurrección de las colonias hispanoamericanas como un hecho de influencia universal, destinado a restablecer el equilibrio perdido del mundo moderno, y empezó a separar su causa de la de los reyes absolutos, hasta que llegase el día de consagrar el hecho desde lo alto de la libre tribuna británica. (Véase cap. I, párrafo II.)

La España liberal, bien que observara una conducta contraria a los principios que proclamaba para la península, había reconocido desde 1811 por el órgano de sus primeros hombres de estado, que la revolución de la independencia sudamericana era un hecho inevitable, y que la separación entre la madre patria y sus colonias sería un beneficio para ambas, por cuanto la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y con la igualdad de los ciudadanos en la vida política (véase capítulo I, Int. párrafo

XIII). La España absolutista, por el contrario. perseveraba en su empeño de subyugar de nuevo a viva fuerza sus colonias insurreccionadas, y desde el regreso de Fernando VII el gobierno español despachó con tal propósito varias expediciones, que sumaban más de 42.000 hombres, y casi otros tantos combatientes mantenían la bandera realista en Méjico y en las tres partes indicada: Perú, Quito y Venezuela (véase cap. XIX, párrafo VII). Perseverando en este empeño, la España había organizado la gran expedición de 18.000 hombres contra el Río de la Plata, de que hemos dado cuenta antes, y que fue, durante todo el año 1819, el fantasma alrededor del cual giró toda la política exterior del continente austral.

Estos esfuerzos habían agotado a la España, y esparcido el descontento en toda la nación. El horror de las poblaciones y del ejército contra la guerra en las colonias rebeladas, era general, a lo que se agregaba el fermento liberal que la trabajaba y que había hecho ya varias explosiones parciales, precursoras de un gran sacudimiento. La reunión de un poderoso ejército en Cádiz, cuna del liberalismo español, fue la ocasión de que los liberales se pusiesen de acuerdo y combinasen sus planes para producir un movimiento revolucionario, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar ultramarino, según se explicó antes. Ya se ha visto cuál fue el resultado de esta primera tentativa. (Véase cap. XXIII, párrafo II.) Dispersado el ejército expedicionario por la conjuración abortada y por la invasión de la fiebre amarilla, difundióse en sus filas la noticia de que Bolívar había atravesado los Andes, como San Martín lo había verificado un año antes al reconquistar a Chile; que la Nueva Granada estaba reconquistada a despecho de la gran expedición de Morillo, que a la sazón se consumía en Venezuela; que las Provincias Unidas del Río de la Plata, en alianza con Chile y dominadoras del mar Pacífico, iban a conquistar el Perú. Estas noticias, aumentando el descontento producido por la epidemia y la resistencia contra la marcha, decidieron el movimiento.

En el capítulo anterior dejamos al coronel don Rafael del Riego acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan con el batallón de Asturias que mandaba. El 1º de enero de 1820 dio allí Riego el grito que lo ha inmortalizado, al proclamar al frente de las banderas la constitución española del año XII, abriendo así la era de la libertad para su patria, a la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli. El coronel Antonio Quiroga, nombrado jefe superior del ejército revolucionario, al proclamarlo por la primera vez, pronunció la palabra que la condenaba por siempre: "¡Soldados! Nuestra España iba a destruirse; con vuestra ruina iba a completarse la de la patria. Vosotros estabais destinados a la muerte, no para realizar la «conquista ya imposible de la América», sino para libertar al gobierno del

terror que de vuestro valor ha concebido." La revolución liberal triunfante, obligó al rey absoluto a jurar la constitución de 1812, y por común acuerdo del pueblo y del gobierno, esperóse que la metrópoli inauguraría una nueva política respecto de sus colonias insurreccionadas buscando por la paz la solución del problema que las armas no habían hecho sino complicar.

Tal fue el momento en que San Martín, con su desobediencia deliberada, salvó de perder miserablemente en la guerra civil el único y último ejército emancipador que podía decidir la contienda americana lanzándose a ella bajo su responsabilidad, en obediencia, como lo indicamos antes, no sólo a su voluntad movida por el impulso de la revolución argentina, sino también al movimiento general de la época.

II

Trasladado el general San Martín a Chile en los primeros días de enero de 1820, ocupóse inmediatamente en concertar, de acuerdo con O'Higgins, los medios de realizar la grande empresa que lo llevaba de nuevo al occidente de la cordillera. "Sería inútil —le decía—, probar la necesidad de la expedición sobre el Perú, y que de no hacerla, la suerte de la América está expuesta, si no a sucumbir, por lo menos a que se forme en su seno una horrenda anarquía." Partiendo de esta base, proponía una expedición de 6.000 hombres, incluso los 2.000 hombres de Cuyo, que declaraba estar prontos a pasar los Andes, así como diez piezas de artillería existentes en Mendoza. En medio de estos trabajos preparatorios le llegaron dos terribles noticias que dificultaban sus planes: el ejército auxiliar del Perú se había sublevado en masa contra el gobierno general de las Provincias Unidas, y hecho la paz con los montoneros que estaba encargado de combatir: el batallón número 1º de cazadores acantonados en San Juan, se había sublevado también con dos días de diferencia. Las mismas causas producían los mismos efectos: era la repercusión del motín de Tucumán y el principio de descomposición que estaba en la atmósfera y que obraba sobre las pasiones de los hombres, como inherente a la naturaleza de las cosas. San Martín, que, al desobedecer indirectamente la orden del gobierno de acudir a la capital, temeroso de que a su espalda estallase la revolución, como lo decía, creyó haber garantido a la provincia de Cuyo de la invasión de la anarquía, al mantener una actitud expectante sobre la base de la disciplina de sus tropas y distribuir sus fuerzas en las tres jurisdicciones, vio que todo estaba minado en el territorio argentino, y que la división de los Andes corría el riesgo de perderse en su totalidad, si no se salvaba en tiempo. Faltaba el nervio del gobierno, no había espíritu público

o militar que le diera tono, y hombres y cosas, trabajados por la acción disolvente de la anarquía reinante, concurrían a la descomposición política, abandonando al poder central. Era una situación irremisiblemente perdida, como lo había previsto. Y en efecto, cuando se ven ejércitos tan virtuosos como el de Belgrano, probado por ocho años de duros trabajos, y fuerzas tan sólidas como las de San Martín, alistarse en el desorden, figurando a la cabeza de las sublevaciones militares hombres ilustrados de responsabilidad moral que se daban la mano con los caudillos semibárbaros, es necesario reconocer, sin aceptar por esto el fatalismo de los hechos brutales, que aquello era una verdadera disolución que reconocía causas profundas que las armas eran impotentes para contener.

El ejército auxiliar, en obediencia a la orden del gobierno, habíase puesto en marcha desde Córdoba en dirección a la capital bajo el mando del general Cruz. Era esta agrupación un cuerpo sin alma en ausencia de su general Belgrano, agitado por los estremecimientos de la época, trabajado por una larga serie de desgracias militares, compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas que la anarquía había penetrado profundamente. Una parte de sus jefes principales y la mayoría de sus oficiales eran defectos al gobierno central, que miraban con repugnancia la guerra civil y resistían la marcha del ejército a Buenos Aires. De aquí nació la idea de una conspiración, cuyo único programa era "no tomar parte en la guerra civil." Con este lema negativo en su bandera, se sublevó el ejército del Norte en la posta de Arequito, sobre la margen del Carcarañá (jurisdicción de Santa Fe); en la noche del 8 al 9 de enero, celebró una tregua con los montoneros, se replegó a Córdoba y fundó allí un nuevo sistema de caudillaje militar, substituyéndose desde entonces, no sólo a la guerra civil, sino también a la lucha por la independencia.

El 9 de enero de 1820, casi al mismo día y a la misma hora en que la nefasta revolución de Arequito se consumaba en la margen del Carcarañá, se sublevaba en San Juan el batallón núm. 1 de cazadores del ejército de los Andes, sin que mediase acuerdo entre ambos movimientos. Era que el principio disolvente flotaba en todas partes, y que todas las fuerzas que se ponían en movimiento, concurrían por gravitación a la catástrofe política y social, que no estaba en la mano del gobierno central prevenir ya. Los mismos medios de que se valía para apuntalar su autoridad bamboleante, se volvían contra ella, como sucedía con la guarnición veterana de Tucumán dejada allí para guardar el orden; con el ejército auxiliar llamado para salvarlo; y ahora con la división del ejército de los Andes acantonado en Mendoza, con la cual se habría creído contar para contrarrestar la guerra civil; como se habría vuelto en contra el ejército de los Andes, a no haberlo salvado San Martín con su previsión, lanzándolo a la expedición del Perú.

El batallón de cazadores había pasado a San Juan para remontarse, según se explicó antes. Constaba a la sazón de más de 900 plazas. Recibió allí una nueva organización calculada para la expedición del Perú, en cuya composición entraban las tres armas, bien ejercitado en la táctica de dragones. Mandábalo en ausencia de su jefe nato, el coronel Alvarado, el teniente coronel Severo García Sequeira (salteño), oficial de mérito y de grandes esperanzas, pero implacablemente duro con la tropa, a la par que tolerante con las faltas de los oficiales. Este sistema, al dar demasiada tensión a los resortes de la disciplina, los había roto, y la anarquía, que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, le inoculó su mal espíritu. Existía agregado al batallón un capitán llamado Mariano Mendizábal, natural de Buenos Aires, que por su mala conducta se hallaba separado de sus filas. Valiente, corrompido, bullanguero, había asistido a la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución. Complotado con los tenientes Morillo (porteño) y Francisco del Corro (salteño), en confabulación con algunos federalistas de San Juan y enemigos de la autoridad local, se propusieron sublevar el batallón, sin más plan por el momento que apoderarse del mando de las armas y de los dineros del tesoro municipal. Explotando el disgusto de la tropa, las pasiones locales, la idea de que el general San Martín se hallaba en desacuerdo con el gobierno general y ausente en país extranjero, y de que sublevándose no irían a Chile, los oficiales complotados adelantaron sus trabajos, y a principios de enero de 1820 —precisamente cuando San Martín transponía los Andes al occidente—, todo estaba pronto para dar el golpe. Un sordo rumor presagiaba la conmoción, pero el comandante Sequeira, fiado en su coraje y el ascendiente que creía poseer sobre su tropa, despreció los avisos que en tal sentido le dio el teniente gobernador La Rosa.

El batallón, encabezado por sus sargentos, se amotinó silenciosamente en la madrugada del 9 de enero, como sucede cuando una masa está poseída de una pasión o de un propósito instintivo, que no necesita los estímulos de la palabra ajena. Dirigióse en seguida a la plaza en número de 800 hombres, dejando en el cuartel una compañía de custodia. Un grupo de amotinados se destacó con el objeto de atacar la guardia de prevención de uno de los cuarteles cívicos de la guarnición mandada por el teniente Bernardo Navarro, quien resistió a la intimación de rendirse. Trabóse un combate a la bayoneta, en que Navarro cayó traspasado de heridas. Cuando los fusilazos que produjo este choque despertaron a la población alarmada, ya la sublevación estaba triunfante en todas partes y preso el teniente gobernador. Mendizábal, Corro y Morillo, al frente de la tropa amotinada, ocupaban la plaza principal, dando "Vivas a la federación y mueras al tirano". Mendizábal en medio del

tumulto y rodeado de algunos vecinos mal afamados, que asumían la responsabilidad civil del movimiento, impartía sus órdenes a caballo. La mayoría de la población, amedrentada ante el aspecto de la soldadesca ebria, habíase concentrado en sus hogares. El comandante Sequeira y los oficiales presos en el cuartel, hacían mientras tanto esfuerzos por organizar una contrarrevolución, ganándose la guardia que los custodiaba y algunos soldados dispersos. Descubierta su tentativa, la misma tropa que parecía apoyarlos, corrió a las armas al primer grito dado por Corro, maltratando a los jefes y oficiales, cuya vida llegó a estar en peligro. Esto mostró que el motín no era efecto de una sorpresa, sino un movimiento espontáneo que tenía su origen en las pasiones de los soldados.

El motín, aunque decididamente hostil a la autoridad de San Martín y federalista en sus tendencias, no entrañaba ningún pensamiento militar ni político, y entre sus promotores no había uno solo capaz de darle dirección. Movidos por sus instintos y aspirando los esporos mórbidos que estaban en la atmósfera, dieron al motín el carácter de revolución federal, en obediencia a la impulsión descentralizadora de la época. La soldadesca se entregó a la más desenfrenada licencia. Los caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí. Mendizábal procuró deshacerse de Corro, como de un estorbo. La tropa se pronunció por Corro. Mendizábal, alarmado, ofreció al coronel Alvarado hacerle entrega del batallón, y temeroso de una reacción, soltó al comandante Sequeira, al mayor Lucio Salvadores (de Buenos Aires), al capitán Camilo Benavente (de Chile) y al de la misma clase Juan Bautista Bosso, italiano, que había militado con Napoleón, disponiendo fuesen remitidos a la cordillera por el camino de Uspallata, para que se incorporaran al ejército de los Andes. Estos desgraciados oficiales fueron alcanzados por una partida despachada por Corro en su persecución, al mando de un sargento español llamado Catalino Biendicho, perteneciente a los sublevados de la fragata Trinidad, quien los ultimó en sus manos bárbaramente a sablazos en cumplimiento de las órdenes de Corro. Los cadáveres fueron arrojados a una acequia que entre unas peñas corría a inmediación del sitio del sacrificio.

El coronel Alvarado había intentado sofocar el motín, y al efecto adelantóse hasta San Juan al frente de dos escuadrones de cazadores a caballo con dos piezas de artillería, contando que a su aproximación la tropa reaccionaría. A poco más de quince kilómetros antes de llegar a la ciudad, le fue intimado que, si daba un paso más adelante, los oficiales presos serían degollados, y pudo convencerse a la vez de que la tropa estaba dispuesta a resistirle a todo trance, por lo cual se decidió a retrogradar, como cediendo a las instancias del cabildo que le suplicó no avanzase, para evitar un conflicto al vecindario y una muerte segura a los rehenes. Creyendo notar que su misma tropa estaba poseída de un mal espíritu

se apresuró a reconcentrar en Mendoza el regimiento de granaderos a caballo destacado en San Luis. El general San Martín, por su parte, procuró salvar de este naufragio los restos del número 1º y envió un comisionado para reducirlos a la obediencia, con oferta de indulto, pero escolló en la tentativa.

III

La anarquía de Tucumán, Córdoba y San Juan, extendióse a Mendoza y San Luis, que, a ejemplo de los demás pueblos, siguieron el movimiento disolvente, y se convirtieron de hecho en provincias autónomas. El gobernador intendente de Cuyo, Luzuriaga, se vio obligado a resignar su autoridad, en medio de la odiosidad acumulada por las exacciones necesarias de que fue instrumento en manos de San Martín. El teniente gobernador Dupuy fue depuesto. Corro procuró ponerse de acuerdo con los caudillos del litoral, y marchó sobre Mendoza, pero sus vecinos armados, a las órdenes del general Cruz que después de la sublevación de Arequito se refugiaba allí, lo obligaron a retrogradar, y su horda se disolvió en el bandolerismo, dejando a San Juan libre de su brutal tiranía, que aprovechó esta ocasión para declararse independiente.

No quedaban a San Martín sino dos partidos; o lanzarse a la lucha intestina espada en mano, o substraer sus elementos militares de ella, salvándolos de una disolución segura. Con su acostumbrado golpe de vista, comprendió lo que hoy se ve claramente, que permanecer a la expectativa o tomar parte en la guerra civil, era dar mayores combustibles al incendio. Ante aquella situación habría flaqueado un ánimo menos resuelto que el del general de los Andes; pero en ese momento de prueba no le abandonaron su fortaleza ni su serenidad, y en vez de deplorar estérilmente el mal, ocupóse activamente en remediarlo. Decidióse definitivamente por retirar a Chile los últimos restos de la división de Cuyo, ordenando que repasasen inmediatamente los Andes, sin comprometer hostilidades inútiles contra los sublevados de San Juan, una vez fracasada la negociación de indulto. En consecuencia, Alvarado, con los regimientos de granaderos y cazadores a caballo y algunos dragones del número 1º con dos piezas de artillería y el parque, repasó inmediatamente al occidente de los Andes, llevando un contingente como de 1.000 hombres, más importante que por su número, por ser la única caballería con que contaba para la expedición al Perú. Al mismo tiempo, San Martín escribía a su amigo Godoy Cruz, nombrado gobernador de Mendoza: "El incidente ocurrido en la provincia y su actual situación me han llenado de desconsuelo. Ya no hay otro arbitrio que el de remediarlo por los medios que sean posibles. ¡Qué males a la causa general del país! Todos los elementos de la

gran expedición se hallaban en el mejor estado; pero veo mal semblante a las cosas. En fin, mi amigo, mi partido está tomado. Voy a hacer el último esfuerzo en beneficio de la América. Si esto no puede realizarse por la continuación de los desórdenes y anarquía, abandonaré el país, pues mi alma no tiene un temple suficiente para presenciar su ruina."

Mientras tanto, el director Rondeau, afligido por la guerra que los caudillos le llevaban de Entre Ríos y Santa Fe con un ejército que no pasaba de 1.500 hombres, reiteraba sus órdenes a los ejércitos del Norte y de los Andes para operar una reconcentración de fuerzas en Buenos Aires. Era el síntoma seguro de la derrota, que los ejércitos pudieran haber retardado, pero no impedir en definitiva. En efecto, antes de cumplirse los dos meses de la disolución del ejército del norte y de la sublevación de Cuyo, el ejército de Buenos Aires, mandado por el director en persona, era derrotado en los campos de Cepeda (1º de febrero de 1820), el congreso se disolvía en seguida, y el orden nacional se derrumbaba. Cada provincia era una republiqueta o un cacicazgo independiente; la nación no tenía gobierno y la nacionalidad era una abstracción. De este caos debía, empero, surgir la vida nueva con sus límites territoriales, su fisonomía propia y un espíritu de cohesión general; pero por el momento, el ejército de los Andes quedaba huérfano de toda autoridad, sin más punto de apoyo que el territorio de Chile, bien que con la bandera redentora que la nación argentina le confiara y el genio del general que le inoculó su pasión americana.

En tal situación, el general San Martín dirigióse oficialmente al director O'Higgins (28 de enero), interrogándole si después de los sucesos de Cuyo podría aún expedicionarse al Perú con 6.000 hombres, que eran los que siempre había considerado necesarios, o al menos con 4.000 hombres que eran los estrictamente suficientes, y propuso a la vez varias medidas para remontar el Ejército Unido. O'Higgins se mostró a la altura de la situación y contestó decididamente que podía contarse con 4.000 hombres y con los recursos necesarios al efecto. Al ser interrogado San Martín bajo qué bandera se llevaría la invasión, contestó decididamente que bajo la chilena; puesto que ella la cubría con su responsabilidad nacional, además que representaba los mayores elementos navales y pecuniarios; pero conservando el ejército de los Andes su nacionalidad y su pabellón en representación de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Bien que la expedición al Perú hubiese sido el objetivo constante de la alianza argentinochilena, que su realización fuera un compromiso internacional, los sucesos la habían aplazado de hecho, y en realidad estaba suspendida en virtud de las últimas órdenes transmitidas por el gobierno a San Martín para marchar con todas sus fuerzas a la capital. Así, al resolverla por sí, dejando a su pa-

tria envuelta en la guerra civil, el general de los Andes consumaba su desobediencia, aun cuando todavía no lo hubiese declarado públicamente. Pactaba con el gobierno de Chile, disponía sin autorización expresa de su gobierno, de su persona, de las tropas y de los elementos militares que le estaban confiados a título de general argentino, y comprometía su bandera en una empresa lejana y arriesgada, asumiendo el carácter de árbitro internacional. El, que no había retrocedido ante "la terrible responsabilidad que se echaba sobre sus hombros", según sus mismas palabras, comprendía lo anómalo de su posición, y procuró regularizarse, coronando su desobediencia con un acto original, que marca el momento supremo de su carrera de libertador americano.

IV

La posición del ejército de los Andes y la de San Martín era doblemente anómala. El ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno a quien obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general, bien que confirmado en su mando en el concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas, y al realizar sus designios, se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno ante quien justificarse o que diera sanción a sus actos. Para regularizar esta situación, como él lo entendía, o para habilitarse con nuevos poderes, entregó a la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios.

El 26 de marzo, de regreso en Santiago de los baños de Cauquenes, donde había encontrado un ligero alivio a sus dolencias, escribió secretamente una nota, aconsejándose sólo de sí, y la selló con tres sellos. Su sobre llevaba este rótulo; "Al señor coronel D. Juan Gregorio de Las Heras, jefe del estado mayor del ejército expedicionario. Este pliego no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los S. S. oficiales del ejército de los Andes, y sólo a su presencia se verificará. —San Martín." Sin confiarle su contenido, la puso en manos de Las Heras en presencia del coronel Alvarado, recomendándole el puntual cumplimiento de lo ordenado en el sobre, y se encerró en el mutismo.

Hallábase a la sazón acantonado en Rancagua el ejército de los Andes, y allí fue abierta públicamente, el día 2 de abril con las formalidades prescriptas, la nota de San Martín, en presencia de todos los jefes y oficiales expresamente congregados por la orden general. Dentro se encontró un pliego autógrafo que contenía su renuncia fundada del cargo de general en jefe del ejército en forma de manifiesto, y una instrucción sobre el modo de proceder para elegir al que debiera mandarlo. "El congreso y director supremo

de las Provincias Unidas —decía en ellas—, no existen. De estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del ejército de los Andes, y de consiguiente, creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales para que ellos, por sí y bajo su espontánea voluntad, nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este modo los riesgos que amenazan a la libertad de la América. Me atrevo a afirmar que ésta se consolidará, no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos, si conservan como no dudo, las virtudes que hasta aquí los han distinguido." La instrucción prevenía que el jefe más antiguo convocara al cuerpo de oficiales, y en su presencia se procediese a la lectura del pliego. En seguida, bajo la regla de prohibirse toda discusión que pudiese predisponer los ánimos en favor de un candidato, se procedería a la votación secreta para general en jefe, verificándose el escrutinio en presencia del jefe principal y del oficial más antiguo de cada cuerpo. El acta sería firmada por todos los jefes y el oficial más antiguo de cada clase, proclamándose inmediatamente por bando solemne en todo el ejército al general que resultase electo con un saludo de quince cañonazos. Después de estas prevenciones, agregaba: "Estoy bien cerciorado del honor y patriotismo que adorna a todo oficial del ejército de los Andes; sin embargo, como jefe que he sido de él, y como compañero, me tomo la libertad de recordarles que de la íntima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sur. A todos es conocido el estado deplorable de mi salud, que me imposibilita entregarme con la concentración que es indispensable a los trabajos que demanda el empleo, pero no de ayudar con mis cortas luces y mi persona en cualquiera situación en que me halle, a mi patria y a mis compañeros."

No había general posible del ejército de los Andes después de San Martín. Era su cabeza, su alma y su brazo; sólo él era capaz de uniformar en tan anómala situación todas las voluntades y llevar a término la grande empresa que le estaba encomendada; el único que, a la par de un renombre americano, poseía la confianza del pueblo y del gobierno de Chile. Pero del modo como su autoridad fuera confirmada, dependía que el acto asumiese un carácter personal, pretoriano o revolucionario, que la desvirtuase en vez de robustecerla. El congreso de oficiales, árbitros del destino de la América, de el de su general y del suyo, aunque sorprendidos por aquella inesperada renuncia, encontraron dentro de sí la inspiración del momento, y dieron al solemne acto su fórmula correcta, patriótica y americana, sin alterar la base de la disciplina obligatoria, sin romper los vínculos para con la patria, y aceptaron como una obligación impuesta por sus antecedentes históricos sus deberes para con la emancipación de la América del Sur, en cuyo nombre y en cuyo interés eran consultados.

A pesar de estar prohibida toda discusión respecto del candidato, el coronel Enrique Martínez, tomó la palabra y expuso: que no debía procederse a la votación, por cuanto era nulo el fundamento que se aducía de haber caducado los poderes del general en jefe. Apoyado en esta objeción por los coroneles Mariano Necochea, Conde y Alvarado, se procedió a votar la cuestión previa, conviniendo todos unánimemente en esta fórmula: "Queda sentado como base y principio, que la autoridad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmudable", y que bajo esta base y principio, debía seguirse la sucesión del mando en jefe del ejército de los Andes en prosecución de la gran tarea redentora que le fuera encomendada. Labróse en consecuencia el acta en estos términos, que firmaron todos los jefes y oficiales. Este es el documento conocido en la historia con la denominación de *Acta de Rancagua*, que por más de medio siglo ha permanecido secreta, y que sólo en estos últimos tiempos ha sido publicada.

Las Heras, al comunicar a San Martín la decisión tomada, le reprochó respetuosamente la falta de confianza que parecía haber abrigado el general respecto de la fidelidad de sus subordinados a sus deberes: "al asegurar a V. E. el orden que se observó en el acto por la oficialidad del ejército, debo agregar la sorpresa que causó el contenido de la nota, dejándose ver bien el justo sentimiento que le acusaba la idea de que su general pudiera desconfiar de su subordinación y respeto u olvidar alguna vez sus sacrificios en honor de la causa común del país." Y explayándose con más franqueza, en carta confidencial le decía: "A la verdad, mi general, que yo nunca hubiera creído que V. me hubiese puesto en tanto y tamaño aprieto. En fin, ya está hecho, y por el resultado se acabará de convencer qué clase de hombres son sus amigos; pero, si he de hablarle la verdad, ellos están tan resentidos, que les he oído hablar de un modo decidido y fuerte, y se creen agraviados, pues con el paso dado por V. ellos estarían en la necesidad de hacer otro tanto cada uno por su parte." La conclusión era lógica, pues si había caducado el mando del general en jefe, caducaba de hecho la jerarquía militar en sus diversos grados, y hasta la existencia del ejército mismo como colectividad orgánica; pero felizmente la fórmula adoptada por el congreso de oficiales salvó este punto fundamental, salvando ilesa la autoridad, la disciplina y el deber reconocido, no como una convención, sino como una obligación inalterable y absoluta. Sin duda preveía este resultado San Martín, al hacer la prueba que sólo un general dueño de una situación y de las voluntades de todos podía arriesgar, teniendo en mira por el momento al dar esta muestra de su poder, ejercer presión sobre el gobierno chileno que volvía a mostrarse poco activo en los preparativos de guerra convenidos.

Así, al aceptar nuevamente el mando, declaró que era con la condición expresa de realizar inmediatamente la expedición al Perú.

No obstante la fórmula adoptada, que daba a la ratificación del mando el carácter de una obediencia obligatoria, que no había caducado ni podía caducar, según las palabras del Acta de Rancagua, era un acto revolucionario, que sancionaba por el voto de un congreso militar una desobediencia declarada, ligando un ejército a la persona y a los designios de su general, levantado sobre el escudo de sus soldados como un "imperator" romano. El ejército se hacía solidario de su desobediencia y de la gloria del general, por una adhesión entusiasta y llena de confianza hacia él, y el general a su vez reconoció en principio que su autoridad emanaba del voto de sus soldados.

Era un acto de doble insubordinación, que comprometía a la vez la disciplina y la autoridad, y que fue causa que desde ese momento, el general no mandase a sus subordinados sino a título del consentimiento y del compañerismo, teniendo que consultar las voluntades de todos y cada uno. Empero, la autoridad moral del gran capitán americano se sobrepuso a todo, y pudo conciliar la dirección del mando absoluto y supremo con la confianza que era condición de obediencia. Fragmento de la patria animado de la velocidad de la masa en movimiento, el ejército de los Andes prolongaba la acción de la revolución argentina, llevando su bandera y su programa, fiel al genio que le diera vida al inocularle su pasión americana, y a esto debía su cohesión.

El ejército de los Andes al firmar el acta de Rancagua, agregó a su título el significativo de "Ejército expedicionario." La expedición al Perú era la misión que se imponía. Al celebrar el segundo aniversario de Maipú, el director O'Higgins la anunciaba en una proclama a sus soldados: "Acordaos que en este día hicisteis esconder en el polvo a los tiranos y disteis la libertad a Chile. El que os condujo a la victoria aun vive, y vive vuestro coraje para que con él deis la libertad a la América." A pesar de esto, los preparativos no adelantaban: ni se habían reunido los fondos necesarios al efecto, ni hecho efectivos los contingentes para completar el ejército. El general se resolvió a despejar la situación, emplazando al gobierno de Chile a poner decididamente manos a la obra o renunciar a su cooperación: "Decidido a hacer cuantos sacrificios caben en lo humano en favor de la libertad de la América del Sur, me puse en marcha desde Mendoza en el estado de salud que es notorio, sin más objeto que verificar la expedición al Perú. A mi arribo, quedé convencido de que en todo abril, y a más tardar, en mayo, podría realizarse; pero, bien sea por las inmensas atenciones que gravitan sobre el estado, o bien por la falta de numerario, los aprestos para dicha expedición muy poco han adelantado. La recluta pedida para el ejército a razón de 900 plazas cada batallón,

no llegan a 250 hombres lo que se ha recibido. En estas circunstancias, ruego que, si el numerario para los gastos de la anunciada expedición no se halla reunido en el término de quince días de la fecha, se nombre otro general que se encargue de ella." Era una conminación como la que había precedido al repaso, que produjo el mismo efecto. El ministro Zenteno se apresuró a contestarle al día siguiente: "Dentro de quince días, como lo solicita V. E., ha protestado el señor director supremo que se hallará colectada la partida que del empréstito de trescientos mil pesos mandado exigir para realizar la expedición, corresponde a los vecinos de esta capital. Las providencias a este respecto se agitan del modo más eficaz y ejecutivo, pero, si ellas no son bastante, S. E. ofrece por sí mismo hacer en persona la recolección. En la seguridad de que estas medidas satisfagan los justos deseos de V. E., y sus altos compromisos acerca de la más pronta realización de la empresa, espera el gobierno que no será por nuevas demoras o entorpecimientos, no siendo posible subrogarse su persona por otro en la dirección de este arduo y delicado empeño."

V

La exigencia de San Martín tenía otro objeto a que el oficio del ministro de guerra respondía, al declarar que su persona no podía ser subrogada por nadie en la proyectada empresa. Era que el almirante Cochrane, ensoberbecido con su reciente triunfo sobre Valdivia, soñaba con los tradicionales tesoros del Perú, y mirando en menos los hombres y las cosas americanas, aspiraba a mandar en jefe la expedición, con el propósito de suplantar al vencedor de Chacabuco y Maipú. Si alguna prueba se necesitaba de la falta de juicio y aspiraciones codiciosas de ese genio desequilibrado, bastaría ésta para juzgarlo. Héroe de aventuras, con las inspiraciones súbitas del relámpago que herían como el rayo, pero sin plan de conjunto ni largos propósitos, su golpe de vista era de corto alcance, aun en el círculo de su acción propia. Además de que no poseía todas las cualidades militares que requería una campaña tan complicada como la del Perú, y estaba totalmente desprovisto de los talentos políticos como es de notoriedad, le faltaba el reposo para madurar sus planes y la paciencia para ejecutarlos, arrastrándolo su temperamento a buscar el triunfo pronto más que el éxito seguro. Habría jugado todo al azar de una batalla, que habría ganado o perdido, pero nunca hubiera fundado nada, además de que no estaba animado de la intensa pasión que lo identificaba con los hombres y las cosas de la revolución americana, de la que sólo era un heroico auxiliar. San Martín era el hombre americano y el hombre necesario, el señalado por todo el continente para libertar al

Perú; era el árbitro de Chile que tenía a sus órdenes un ejército suyo, que constituía el nervio de la empresa, sin cuyo concurso nada podía ejecutarse. Así, la pretensión de suplantarlo sería simplemente un rasgo de insensatez o de necia infatuación, si no se explicara por otros móviles de interés personal, para convertir la expedición libertadora en una aventura lucrativa en favor del héroe que la dirigiese, como se demuestra por la desatinada conducta del almirante en este conflicto creado por él.

El sueño dorado de Cochrane, como lo atestiguan sus *Memorias* y lo prueban los documentos que citaremos, fue siempre tener a su bordo una división de desembarco para poner a contribución todas las costas del Pacífico, viviendo a costa del enemigo, y enriquecerse, enriqueciendo a sus marinos. Sus planes de campaña eran la repetición de las irrupciones de los antiguos filibusteros, y se inspiraban en el ejemplo de sus compatriotas Drake y Anson, que combinaron gloriosas hazañas con provecho propio. Desde su segunda campaña marítima pretendió que se pusiese a su bordo una fuerza de 600 hombres de tropa, además de los 1.200 tripulantes de su escuadra y de un cuerpo de 400 plazas de infantería que formaba parte de ella, cuando las operaciones que debía ejecutar eran puramente navales, pensando que con esas fuerzas podría asaltar y tomar los castillos del Callao. En julio de 1819 el director O'Higgins se dirigía al senado urgiendo por el despacho de la autorización competente para emprender "la prometida y deseada expedición al Perú, retardada por una fatalidad inexplicable", en cumplimiento de las decisiones de la Logia y de sus compromisos con San Martín, consignando en su mensaje estas palabras: "Lentamente nos vamos consumiendo hasta que reciba su muerte el cuerpo político en el momento que se le acabe su sangre, que es el dinero. El senado no debe ocuparse de otra cosa que de proporcionar recursos para sostener la nueva actitud que vamos a tomar para efectuar la expedición al Perú, que yo miro como el eje sobre que gira la libertad de América, y la felicidad de las generaciones presentes y futuras. Si no llevamos la guerra al Perú, es imposible sostenernos, es preciso que sucumbamos." Un año después, el almirante presentaba al gobierno de Chile un contraproyecto de expedición, que el director pasó igualmente al senado, a fin de que este cuerpo "meditase sobre las razones de conveniencia o de oposición que envolvía." El proyecto formulado por escrito en un sólo artículo de veinte renglones, se reducía a dotar a la escuadra con 800 hombres escogidos de las tres armas, y una plana mayor de oficiales para organizar otros tantos, con víveres para cuatro meses y las armas y municiones necesarias para hacer la guerra de corso en el Pacífico y "Exigir contribuciones de los enemigos en el Perú, con el triple objeto de beneficiar al gobierno de Chile, pagar a los individuos empleados en su servicio marítimo y rehabilitar la escuadra para otros desti-

nos." Era un plan sin alcance político ni militar, contrario al honor de Chile y a los intereses de la América, que convertía la bandera libertadora en bandera de corsario, y, como lo dice enérgicamente el escritor chileno que exhibe este documento, "era fiar el crédito de la naciente república a una flotilla aventurera, sin otra misión que destrozar las propiedades particulares para poder vivir". El proyecto fue rechazado.

Resuelta la expedición después del terminante emplazamiento de San Martín, todavía persistió el almirante en su propósito de embarazarla o apropiársela, aun cuando fuera en punto menor, procurando persuadir al gobierno de Chile de que, más conveniente que enviar un ejército de línea al corazón del Perú, era hacer una excursión marítima sobre sus costas, para cuyo efecto pedía 2.000 hombres, "fuerza más que suficiente —decía—, para asegurar la independencia de Guayaquil, y logrado esto, si Chile tiene los medios «que algunos suponen» (aludiendo a San Martín) para formalizar una gran expedición al Perú, nunca sería excusado tener los recursos en los extremos para asegurar el éxito en el centro." Extendíase sobre el proyecto de dirigir "un ejército pesado sobre Lima", y lo comparaba "con las ventajas que resultarían de una fuerza transportada de un punto a otro, cuyas intenciones ignoraría el enemigo." Esto equivalía a inmovilizar la guerra de la emancipación americana, y reducirla a lo sumo a la ocupación pasajera de un punto; era subordinar las operaciones militares al lucro personal, burlando las esperanzas del Perú y aun las del mismo Chile. Como lo observa un historiador chileno, las dos campañas marítimas del almirante habían demostrado que, para destruir el poder español en el Perú, no eran suficientes las solas fuerzas navales de la república. Las naves enemigas habían abandonado su natural elemento y entregado a la discreción de la escuadra de Chile el comercio español y las costas peruanas. Mas en el interior del país, un ejército poderoso y disciplinado ahogaba el patriotismo de los habitantes y mantenía dominadas las extensas y ricas comarcas donde España había asentado la base de su imperio secular. La protección que la escuadra podía ofrecer a los patriotas peruanos era débil, comparada con la obra inmensa que se tenía que derribar, y si bien ella habría alarmado los ánimos, hostilizado las costas, destruido el comercio y ajado el prestigio de los dominadores, no podía ofrecer un centro de acción en cuyo torno se reuniesen los esfuerzos del pueblo peruano. Era preciso que el gobierno pensase seriamente en una expedición terrestre." Por consecuencia, el nuevo proyecto del almirante fué igualmente desechado, y el 6 de mayo de 1820 era nombrado San Martín generalísimo de la expedición al Perú, por el voto del pueblo y del Senado chilenos.

Aun después de resuelta definitivamente la expedición terrestre y nombrado San Martín generalísimo de ella, continuó el almi-

rante oponiéndole obstáculos. El ministro de Guerra y Marina, Zenteno, refutando las especiosas observaciones del almirante, le decía oficialmente: "Sería largo demostrar las poderosas e imprescindibles causas que han decidido al gobierno, al Senado y a todo el pueblo por el proyecto de realizar la expedición al Perú con la fuerza de 4.000 hombres o más si se pudiese. El voto general la tiene sancionada, la autoridad suprema la ha decretado, y es deber de los agentes y funcionarios públicos el cooperar activamente a la ejecución de esa unánime y expresa voluntad del pueblo. No pudiéndose revocar este acuerdo, tampoco es obstáculo la dificultad que apunta V. S. que entre los buques de guerra y transportes sólo hay capacidad para 2.500 hombres de desembarco, porque para el completo de las toneladas, no sólo son obligados los empresarios a tomar flete todos los buques de nuestra bandera, sino los de cualquier otra." Entonces el almirante pretendió que se le confiara el mando en jefe de la expedición, que antes había declarado inconveniente o imposible, y con tono altanero exigió "que se entregase a sus solas manos la escuadra y ejército de Chile y la suerte del Perú." La nota del almirante no fue contestada, pero se le hizo entender que su pretensión era inadmisible; y como insistiera nuevamente en sus pretensiones, haciendo presión con sus multiplicadas renuncias, se le significó cortésmente que, si se obstinaba en llevar adelante sus propósitos, no sería difícil encontrar quien pudiera sucederle en el mando de la escuadra. El candidato para reemplazarlo era Guise, quien, apoyado con Spry y una parte de la oficialidad inglesa, le hacía oposición, y de aquí el rencor que él abrigó siempre contra estos dos marinos. El gobierno de Chile estuvo por un momento decidido a destituir a Cochrane, pero la interposición de San Martín, que se empeñara por que se le conservase en el mando, lo salvó de este ultraje. El altivo marino hubo de resignarse a obedecer, aunque de mala voluntad.

Esta rivalidad caprichosa del almirante Cochrane puso en conflicto al gobierno de Chile, que lo consideraba necesario para asegurar el éxito de la empresa; pero San Martín era indispensable, y no podía vacilar en la elección. "Razones de justicia — dice un escritor chileno —, de gratitud, y sobre todo de alta política, inducían a confiar la dirección de la empresa al general San Martín, al vencedor de Chacabuco y Maipú, al jefe poderoso y lleno de prestigio que estaba colocado por sus victorias y su talento al frente de miles de soldados admiradores de su gloria, al generalísimo de un ejército que como un volcán habría estallado al menor desaire, envolviendo a la nación en los horrores de la guerra civil en los momentos mismos en que la concordia y la paz interior de Chile eran indispensables para coronar la independencia continental. Sólo un extranjero, extraño a la situación, podía soñar que hubiese otro general para la expedición libertadora, que no fuese San Martín."

Frustrado en sus aspiraciones, el almirante intentó despertar el espíritu nacional, buscando un candidato chileno que oponer a San Martín. "El ejército chileno — según confesión de un historiador del país —, no contaba con ningún jefe de bastante prestigio que pudiera colocarse a su cabeza, ni sobre el ejército argentino podía soplarse la desunión, tan insubordinado como era, sin exponerse a un cataclismo." Otro escritor chileno es más explícito aún: "Es preciso hablar con franqueza, y sobre todo, desprendernos del espíritu estrecho de nacionalismo, confesando que en el año 20 no había entre nosotros ningún general que arrastrase consigo la gloria, el prestigio y la merecida reputación de hombre de genio que acompañaban a San Martín. La empresa de libertar al Perú requería indispensablemente, mandar un hombre hábil, sagaz, y que ya hubiese dado pruebas de ello. San Martín había reducido a cenizas el poder español en Chile, y bien podía hacerlo en el Perú." A pesar de esto, Cochrane trabajó por que se diese el mando en jefe de la expedición a Freyre, que, si bien era la primera espada del ejército de Chile, era también una completa nulidad militar y política que habría sido un instrumento en manos del almirante. Así terminaron por el momento los trabajos de Cochrane para embarazar la expedición al Perú y suplantar a San Martín, lo que presagiaba una desinteligencia futura entre los dos principales jefes de la expedición, desinteligencia que más adelante veremos estallar, y que estos antecedentes explicarán en parte. Por el momento, conseguido su objeto de definir la situación, comprometiendo a Chile en su empresa, y dueño de su dirección, quiso remover con prudencia los obstáculos que el almirante oponía a ella. Comprendiendo la importancia de la cooperación del ilustre marino, que por su parte era el dueño de la escuadra, se dirigió a Valparaíso con el objeto de activar los preparativos de marcha y tener una conferencia amistosa con él. "Milord — le dijo —, nuestro destino es común, y yo le protesto que su suerte será igual a la mía." En seguida trató de persuadirlo de que una formal expedición terrestre era exigida por las circunstancias y los intereses generales de la América, y sobre todo, una resolución firme del pueblo, del gobierno y del Senado, que debía emprenderse de cualquier manera.

Otras razones políticas aconsejaban a Chile la expedición al Perú, siendo la principal que ya San Martín y su ejército no cabían en Chile, y que, de no realizarla, su situación interna experimentaría un trastorno. "Aunque San Martín — dice Zenteno —, hubiese rehusado el mando de la expedición, estaba en nuestros intereses no dispensar medio alguno «para hacerle salir al frente del ejército», según las palabras de una nota del Senado (de mayo de 1820), San Martín y sus soldados no eran sólo una carga materialmente gravosa para el erario agotado, que mal podía soportar el pago de más de 8.000 hombres de línea; eran además un elemento de des-

confianza y de compromisos. San Martín era el Cochrane de tierra, con la diferencia de que no pedía dinero, sino poder e influencia. La ambición de mando, este pecado de los grandes hombres, dominaba también al libertador a quien tanto debemos, y a quien casi no podríamos pagar por más que fuese nuestra disposición hacia él. El proyecto de expedición al Perú lo allanaba todo: poder y gloria, grandes hazañas, un nuevo teatro de nobles servicios en favor de la libertad oprimida, todo lo ofrecía el Perú, al ejército y a la escuadra. Al concebir, pues, el plan del ejército expedicionario a las órdenes de San Martín, el gobierno de Chile, no cometió sólo una hazaña heroica y digna de la gratitud de la América: dio también un paso profundamente político para salvar la situación. Si no hubiera estado el Perú en poder de los españoles el año 20, no se sabe lo que hubiera sido de Chile, y es difícil calcular los resultados del descontento o de la ambición."

De este modo fue como el *Acta de Rancagua*, al sostener la autoridad moral de San Martín, le dio su punto de apoyo fuera de la patria, lo acreditó ante la América, lo habilitó para emplazar al gobierno de Chile en término perentorio, a fin de realizar sin más demora la expedición al Perú, y lo constituyó en árbitro de la situación, que de hecho estaba en sus manos, permitiéndole realizar la gran aspiración de su vida, por que batallaba hacía años y que era el coronamiento de su gran plan de campaña continental, que debía decidir, y decidió de los destinos de la América del Sur. Pero el Acta de Rancagua debía dar con el tiempo otros resultados contrarios, que estaban en la lógica de las cosas, como se verá a su tiempo.

Capítulo XXV

EL PERU

1820

La conjunción revolucionaria. — Antecedentes históricos y políticos del Perú. — La corte de Lima. — Climatología peruana. — El Perú en la lucha de la independencia. — Sociabilidad peruana. — Reacción del Perú contra la revolución emancipadora. — Preponderancia militar del Perú bajo la bandera realista. — El virrey Abascal y su obra. — Los ejércitos peruanos. — Impotencia del Perú para redimirse por sí y sus causas. — Los primeros mártires de la independencia del Perú, Aguilar y Ubalde. — Los primeros conatos revolucionarios del Perú. — Riva Agüero. — Mateo Silva. — Tendencias de la opinión del Perú en los primeros años de la revolución americana. — El partido constitucionalista de Baquijano. — Esfuerzo de los peruanos para promover su independencia. — Abascal, Pezuela y La Serna. — Primera insurrección de Tacna. — Levantamiento de Huanuco. — Segunda insurrección de Tacna. — La rebelión de Pumacahua. — El cura Muñecas. — El poeta Melgar. — La conjuración de Castro. — La expedición del general español Ramírez. — Ultimos conatos revolucionarios de los peruanos. — Trabajos preliminares de San Martín para preparar la expedición al Perú. — Agentes secretos de San Martín en el Perú. — Influencia del liberalismo español en el Perú. — Estado político y militar del Perú al tiempo de la expedición de San Martín en 1820.

I

Al tiempo de emprender San Martín su expedición al Perú, la revolución sudamericana iba a condensarse, operando su conjunción militar y política en el punto céntrico del continente. Las dos grandes masas batalladoras del Sur y del Norte, al seguir opuesto itinerario, se aproximan persiguiendo un mismo objetivo, estrechan el círculo de los realistas y se preparan a dar un golpe de muerte al poder colonial en su último baluarte. Cómo se operó este movimiento concéntrico, cuál es el teatro a que van a trasladarse las operaciones militares y políticas, cuáles los antecedentes históricos y sociológicos del país que va a ser el nuevo teatro de la guerra, qué papeles desempeñó el Perú en la lucha de la emancipación americana, por qué medios y modos públicos y secretos se preparó esta grande empresa, tal es el objeto de este capítulo, fundado prin-

cipalmente en documentos peruanos y testimonios imparciales y auténticos. Es una página complementaria de la historia de la emancipación sudamericana, que constituye el nudo de las acciones y reacciones de su complicado drama y explica su desenlace lógico.

El Perú fue en la época de la conquista la primera colonia americana donde se despertó el espíritu de insurrección contra la metrópoli, según se relató antes, quemando los mismos conquistadores el estandarte real, al enarbolar en el nuevo mundo la primera bandera rebelde y dar batallas en nombre de un nuevo derecho territorial americano. (Véase cap. I, Int. párrafo VII.) Durante la época colonial se hicieron sentir allí fuertes sacudimientos de las razas mixtas, movidas por sus instintos antagónicos contra la raza dominadora. Al finalizar el siglo XVIII, estalló en su seno la gran insurrección indígena de Tupac-Amarú que pretendió restaurar el imperio precolombino de los Incas. Estos movimientos eran meros resabios del revuelto espíritu castellano, de la conquista y agitaciones dentro de los elementos incoherentes del sistema colonial, o el estremecimiento de agonía de la antigua raza conquistada y reducida a servidumbre. No tenía raíces vivaces en el suelo, y si bien presagiasen la índole de la futura insurrección criolla, no diseñaban el carácter de la verdadera revolución emancipadora con nuevas tendencias políticas y sociales. Sofocadas estas insurrecciones bastardas, la tierra entró en su quietismo. Así permaneció por largos años como esas grandes masas de agua del océano que yacen estagnadas en medio de las corrientes vivas que las circunscriben. El Perú quedó de este modo aislado del movimiento general de la época. En 1809 y 1810, cuando las colonias se insurreccionaron casi simultáneamente por impulso propio, según se explicó antes (véase capítulo I, Int. párrafo II), los estremecimientos de la gestación de una nueva vida apenas se hicieron sentir en su seno. No era que le faltaran el germen de la independencia ni el instinto de la nacionalidad: faltábale la coherencia de sus fuerzas, que por razón de su misma inercia debían volverse contra la revolución americana, contrarrestar sus progresos, retardar su triunfo y obligarla a mayores esfuerzos para emancipar todo el continente, liberando al fin al mismo Perú.

Fue este país en los primeros tiempos de la conquista un verdadero imperio colonial, que comprendía casi todo el territorio de la América meridional, sujeto a la corona de España, desde el Cabo de Hornos hasta el Ecuador. Su nombre se hizo sinónimo de riqueza. Erigido el virreinato de Nueva Granada, bajo cuya jurisdicción quedó Quito; creado en el Río de la Plata que separó las provincias del Alto Perú, e independiente en la forma que antes se explicó, la capitanía general de Chile, el virreinato del Perú, ocupaba todavía, al tiempo de estallar la guerra de la independencia, un vastísimo espacio en el promedio del continente, que se extendía 25 grados al

sur del Ecuador, con el Pacífico por límite al occidente y al oriente los Andes, hasta tocar con las fronteras del Brasil. En contacto marítimo con Chile y limítrofe con Quito y las provincias del Río de la Plata, su posición central le permitía mantener en jaque los territorios circunvecinos e irradiar su acción al sur y al norte de la América.

Lima era el foco de este imperio colonial. Fundada al pie de la cordillera occidental y a inmediación del mar, en un ameno valle donde no llueve jamás y sólo truena o brilla el relámpago una vez cada siglo, su aire vital carece de resorte, y su sociabilidad participa del carácter de su naturaleza. Un toldo transparente de nieblas, que templa los ardores del sol, y las brisas húmedas del sur que refrescan la atmósfera, mantiene constantemente una temperatura suave que convida a la molicie. No es una exageración de un clásico poeta gongórico cuando dijo del clima de Lima:

En su horizonte el sol todo es aurora,
El tiempo es todo eterna primavera.

El Callao es su puerto y antemural marítimo, y dueño de las llaves de la navegación y del comercio de monopolio por siglos, podía considerarse por su prestigio, como la capital de Sud América. Rivalizaba en opulencia con Méjico y en importancia con las principales ciudades de España, sin excluir la coronada villa de Madrid. Tenía todos los atributos de una corte, con sus privilegios, su pompa, sus vicios y sus deleites enervantes. Circundada de murallas con su acrópolis o bastilla, tenía allí su asiento el más alto representante del monarca español, rodeado de una aristocracia indígena, una plutocracia de españoles europeos y una numerosa burocracia jerárquica. En lo temporal, tenía su ejército y su escuadra al amparo de las fortalezas inexpugnables erizadas de cañones. En lo espiritual tenía una iglesia oficial, un clero corrompido y un tribunal de la inquisición, que fue el único que en América encendió hogueras para quemar herejes. Tres quintas partes de su población, que formaban su plebe, eran como en la antigua Roma, esclavos, libertos o indígenas tributarios, sin más pasión popular que las corridas de circos de toros, regalo munífico de la metrópoli, o la chicha, regalo hereditario de los Incas. Su corona mundana eran sus mujeres, tipos de belleza y de gracia original, que constituían por su naturaleza eléctrica el nervio social, según la expresión de un profundo observador limeño. Su corona mística era la aureola de rosas siempre frescas de una santa nativa, patrona de las Américas, entre cuyas reliquias se conserva un juego de dados con que echaba suertes con su divino esposo, y que parecía simbolizar otra pasión de la aristocracia limeña importada de España con los pri-

meros conquistadores, que según el histórico proverbio, jugaron el sol — de oro de Cuzco — antes de amanecer.

Situado dentro del trópico de Capricornio, el Perú poseía todos los climas de la tierra por sus diferentes altitudes desde el nivel del mar hasta el límite de las nieves perpetuas. Estaba habituado por diversas razas sin cohesión entre sí, con un antagonismo latente hasta en la misma raza blanca, según fuese su procedencia europea o americana. La influencia étnica del medio prevalecía en las costas, en los valles andinos y las montañas, imprimiendo a los seres un sello nativo. Un sabio peruano, al estudiar científicamente la climatología con relación a la naturaleza del hombre, ha dicho: "que un país situado dentro de la zona ardiente, pero reducido su clima a un temple benigno por la superabundancia de la humedad de la atmósfera deben, los que viven en él, tener un cuerpo débil; la animilalización sea imperfecta, y que la sangre no se bata ni anime bien en los pulmones y sus glóbulos carezcan de la rubicundez encendida que tiñe las mejillas. Así, la sangre no tiene en arterias y venas el curso igual que extiende la fuerza y la vida por todos los miembros del cuerpo, y el vigor muscular se abate y debilita. De aquí es ser la pereza inherente a los moradores de estos climas. El cuerpo enervado, sólo desea el reposo y los placeres. Son precisos estímulos muy fuertes para sacarlo de su apatía, y aunque la juventud fogosa y agitada supere esta fatal inclinación al ocio, pasados los primeros ímpetus de los años florecientes, se adelanta por lo común la edad que llaman de la prudencia, que es la de no hacer nada."

Las fuerzas intelectuales del país, eran, empero, vigorosas, animadas por la imaginación, en razón misma de la debilidad nerviosa predominante por la influencia del clima. Los peruanos eran por naturaleza ingeniosos; cultivaban las ciencias y las artes; tenían una literatura propia y contaban con hombres inteligentes e ilustrados que habían llamado la atención del mundo. Su universidad era tan famosa como la de Salamanca en España. Las ciencias naturales y matemáticas se cultivaban en ella. Tenía su escuela de medicina, y sus médicos eran tan acreditados en América como los Montpellier en Europa.

Esta región así poblada y esta sociabilidad así constituida bajo sus dobles influencias enervantes, fue, empero, el centro y el nervio de la reacción realista, a punto de llegar a casi dominar la revolución sudamericana por algún tiempo, y prolongar la lucha por el espacio de quince años. Por eso el Perú era el *delenda Cartago* de San Martín, y por eso hacia él convergían los ejércitos americanos del Sur y del Norte en 1820.

II

Si el Perú se hubiese insurreccionado en 1810, como lo hicieron todas las colonias hispanoamericanas casi simultáneamente, la causa de su independencia habría triunfado en su primera campaña, al menos en el Sur, y al acelerar la emancipación del Norte, ahorrándole inmensos esfuerzos y tiempo. Fue por el contrario, el centro de la reacción, y esto bastó para paralizarla en un principio, contrarrestarla después, y prolongar últimamente la lucha por el espacio de quince años, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud América. Varias causas contribuyeron a imponerles fatalmente este papel, en que intervinieron las influencias políticas y naturales, y que explican las circunstancias combinadas con las tendencias de su sociabilidad.

No es que el Perú estuviese menos predispuesto a la revolución que las demás secciones sudamericanas, pues existían allí las mismas causas que debían producir los mismos efectos. Un viajero inglés, testigo presencial de la revolución de Quito en 1809, el que recorría por aquel tiempo el Perú (1811-1812), dice: "A mi llegada a Lima encontré el mismo espíritu revolucionario diseminado en los criollos de todas las clases, con excepción de un corto número de empleados lucradores del gobierno. Los habitantes deseaban, con no menos ardor tal vez que las demás secciones de América, un cambio en la forma de gobierno; y por no haberlo establecido, se les ha considerado por muchos, culpables de indolencia y pusilanimidad, cargando con esta falta sin haberla merecido. Cuando un pueblo se halla bajo la influencia de la fuerza, tanto los habitantes como los soldados deben someterse a la voluntad del que manda. Tal era el estado de Lima."

Al tiempo de estallar la revolución, Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile juntas, si se agrega el Alto Perú, dominado por sus armas desde 1815, puede computarse cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de la que los indígenas formaban más de la mitad; los mestizos de indios y africanos, como un quinto; los esclavos negros, como cincuenta mil; y los españoles apenas un séptimo. No tenía, por lo tanto, la cohesión de las dos repúblicas aliadas, que en 1820 iban a llevarle la independencia, que los peruanos no podían alcanzar por sí solos, como lo reconoce un historiador nacional. El norte y el sur del Perú eran dos países completamente extraños el uno al otro, y que por la misma similitud de producciones no tenían intercambio, existiendo entre ambos un antagonismo que ha costado neutralizar, aun muchos años después de fundada su nacionalidad. Agréguese a

esto, que la sierra, o sea la parte montañosa del país y la zona de la costa, eran también dos regiones completamente diversas, sin vínculo que las uniese fuera del territorial, y que contrastaban en el orden físico y moral. El clima de la costa es enfermizo y árido, salvo en los valles regados por los ríos que descienden de la cordillera. El de la sierra es salubre y rico en recursos de todo género. Los hombres del litoral eran poco aptos para los trabajos de la guerra. Por lo contrario, los serranos mestizos, producto del consorcio del indio y del europeo, constituían el nervio militar del país, pues, aunque en apariencia endebles y con poca energía individual, estaban dotados de una musculatura elástica, eran infatigables en las marchas a pie, con una tendencia a mantenerse agrupados en los peligros comunes, y por lo tanto, un buen elemento para formar una excelente infantería, subordinada en el campamento, sobria en los trabajos de la guerra y compacta en el fuego.

La raza europea y criolla estaba afincada en las ciudades de la costa y en los fértiles valles andinos. La raza indígena, conquistada primero y domada después, estaba reducida a la condición de servidumbre y ocupaba casi exclusivamente el territorio de la sierra. La raza mezclada —mulatos, mestizos y negros criollos libertos—, constituía la plebe de las ciudades, que trabajaban para los privilegiados como jornaleros o artesanos. El resto de la población la formaban negros de Africa esclavizados, que cultivaban las haciendas de sus amos.

Un peruano, que en el año 1820 a que hemos llegado, explicaba las causas que supeditaban la expansión del patriotismo de sus ciudadanos, decía: "La abundancia de castas índica y etiópica; la dificultad que hay de reunir los sentimientos que pueden ser uniformes entre los americanos blancos y los indios, por lo menos para combinar un plan seguro y un sacudimiento general; la ignorancia misma a que han sido reducidos los pueblos; y últimamente, las fuerzas del terrorismo de que se han prevalido los españoles para subyugarnos; no se extrañará, pues, que el Perú en medio de su abundante población y facilidad de recursos, no haya podido ni pueda cooperar a la obra de la redención americana, sin una fuerza —extraña— que apoyase sus movimientos." Era, pues, una sociabilidad inorgánica, sin coherencia en sus partes componentes, cuyos movimientos revolucionarios tenían necesariamente que ser aislados, y por lo tanto débiles e inconsistentes, como se verá por la reseña que de ellos haremos más adelante. Pero estos elementos, por lo mismo que estaban disgregados y no tenían unidad para la ofensiva, se hallaban dispuestos a ser pasivamente dominados bajo la disciplina de un poderoso centralismo militar y político como el que imperaba en la colonia. Esto explica cómo la reacción peruana contra la revolución americana en sus comienzos pudo operarse con tanta eficacia, por su propia inercia como colectividad, y pudo

prolongar la lucha en condiciones relativamente ventajosas, concurriendo a ello otras circunstancias que dieron por algún tiempo la preponderancia militar a los realistas.

Al tiempo de estallar en 1810 la revolución sudamericana, ocupaba el virreinato del Perú el general José de Abascal, hombre de edad provecta pero con notables talentos políticos y militares, dotado de un temple de alma en quien la prudencia se unía a la decisión y a la perseverancia. Aislado en medio del continente insurreccionado, hizo frente a la tempestad, y convirtió al Perú en la ciudadela del poder colonial y centro de la reacción realista. Si la revolución hubiese podido ser vencida, él la habría vencido, pero hizo lo posible para retardar el triunfo. Reunió tesoros, organizó el virreinato para la resistencia y para la ofensiva, levantó ejércitos numerosos, sofocó al norte el levantamiento de Quito, ocupó militarmente las provincias del Alto Perú conteniendo el empuje de la revolución argentina; reconquistó a Chile, dominó el mar Pacífico, sofocó los conatos revolucionarios que en su territorio apenas se hicieron sentir; mantuvo al país en obediencia, y al cabo de seis años de lucha y de trabajos sojuzgó todo el continente alzado, con excepción de las Provincias Unidas y una parte de Venezuela. Si en 1817 San Martín no hubiese reconquistado a Chile, Abascal habría invadido las provincias argentinas por el norte y por el oeste con unos doce o quince mil hombres; habría sostenido a Nueva Granada dándose la mano con Morillo, y contenido los progresos de Bolívar. La insurrección sudamericana, aun no siendo vencida en sus dos últimos focos lejanos, habría quedado aislada en ellos con peligro de consumirse por inanición, o al menos sin esperanzas de vencer. Cuando la revolución atravesó los Andes y tomó a su vez la ofensiva, el Perú colonial empezó a retroceder y a encerrarse dentro de sus montañas, pero manteniendo siempre en alto las banderas del rey de España.

A la eficaz acción del virrey Abascal se debió la preponderancia militar del Perú, y los triunfos que coronaron las armas realistas desde 1810 a 1816. Pero hizo más que eso, y fue crear un partido de acción realista americano, que radicó la lucha en el territorio de las colonias insurreccionadas convirtiéndole en guerra civil, y alimentarla con los hombres y recursos del país, creando así en él un espíritu de propaganda de los ejércitos de la insurrección. Sobre la base de las pocas tropas españolas con que contaba, organizó un ejército colonial de nueva creación, reclutado entre los habitantes de la sierra, cuyas singulares cualidades para la guerra supo aprovechar con suma habilidad, infundiéndoles el entusiasmo de su causa y la fidelidad de su bandera. Así comprometió al país en la resistencia, lo dominó, y venció a sus enemigos, manteniendo la guerra por el espacio de cuatro años con elementos puramente americanos. Reforzados más tarde estos ejércitos con tropas peninsula-

res, las armas realistas adquirieron mayor consistencia, pero los soldados indígenas constituyeron su núcleo por espacio de quince años, y llenaron constantemente sus claros. Mandados por generales peruanos en los primeros tiempos, dirigidos después por hábiles generales españoles probados en la guerra de la Península, esos ejércitos, bien que quebrantados en Chacabuco, Maipú y las fronteras argentinas del Norte, eran en su terreno una verdadera fuerza nacional que sostenía una guerra política y de raza, y sólo podía destruirse atacándola en el suelo a que estaba adherida. Mientras tanto, era el Perú armado una esperanza para los realistas y una amenaza constante para toda la América que obstaculizaba el triunfo de la revolución dividiendo sus fuerzas continentales. Esto es lo que San Martín comprendió desde el principio, al decir que, mientras no se conquistase a Lima, la guerra no finalizaría, y lo que le hizo insistir en la idea de llevarla al Perú con tanta convicción como perseverancia.

Al emprender San Martín su campaña por tantos años soñada, iba a encontrase frente a frente de dos nuevos contendores, de los cuales uno sería eliminado por su acción indirecta, y el otro, vencido por los efectos ulteriores de su expedición. Abascal había abandonado la escena americana, cargado de años y de gloria, dejando ocupado el Alto Perú, reconquistado a Chile, triunfante la causa de su rey en Quito y dominado el Bajo Perú, sólidamente militarizado. Reemplazado en el mando por el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, su sucesor continuaba la política que había practicado en la escuela del maestro, aunque no con su inteligencia y su éxito. Menos afortunado en sus empresas lejanas, había perdido a Chile y el dominio del mar Pacífico, y se hallaba amagado en su propio territorio por la revolución triunfante al Sur y al Norte, especialmente por el Sur. Empero, mantenía en el Perú el poder militar creado por su antecesor, aunque debilitado por sus reveses y destemplado por otras causas que se explicarán a su tiempo. Este era el primer contendor con quien iba a medirse San Martín. El otro era el teniente general José de La Serna, que en 1816 había llegado de España con un refuerzo de tropas, nombrado por el Rey general en jefe del ejército del Alto Perú. Militar de buena escuela con ideas teóricas y larga experiencia de la guerra de Africa y Europa, dotado de un carácter moderado que lo hacía irresoluto en el mando, y profesando en política principios liberales, era La Serna un elemento nuevo introducido en el ejército realista del Perú, sobre el cual adquirió más tarde gran ascendiente, y que estaba destinado a inocularle un nuevo espíritu.

III

Ya se ha visto cómo el Perú llegó a ser fatalmente el centro y el nervio político y militar de la reacción realista, y cómo su resistencia era el único y último obstáculo al triunfo definitivo de la causa de la revolución en la época a que hemos llegado. Falta presentar el reverso de esta medalla para mostrar cómo el Perú estaba subordinado a la misma ley histórica que lo llamaba a nuevos destinos. Aun cuando el virrey Abascal lo hubiese mantenido en obediencia, alejando la guerra de su territorio y dominándolo por los mismos medios con que la hacía fuera de sus fronteras, no por eso dejó de luchar con resistencia en el interior. El sentimiento americano de emancipación existía latente en el Perú y dio pruebas señaladas de ello no obstante sus desfavorables condiciones y las causas antes apuntadas que comprimían su expansión. Es un hecho que la historia debe consignar, que, si el Perú no concurrió desde el principio a la lucha, no es porque faltasen a todos sus hijos el anhelo de la independencia y fortaleza de sacrificio, ni porque dejasen de poner los medios a su alcance para sacudir el yugo que los oprimía. El Perú tuvo también sus insurrecciones, que respondieron a la insurrección general, pero fueron sofocadas como casi todas las que estallaron durante los primeros cuatro años, muriendo sus autores en los calabozos, en los cadalsos o en los campos de batalla. Esto quebrantó sus fuerzas revolucionarias, harto débiles por su falta de cohesión y por el poder relativamente incontrastable que las anulaba, y de aquí que el Perú sólo pudiese ser libertado por el auxilio extraño, como lo reconoce el historiador nacional que hemos citado antes. Todas las naciones han pasado por estos períodos de impotencia para labrarse su propio destino. Pueblos considerados más viriles, como por ejemplo Chile y la Nueva Granada, en condiciones más ventajosas, quedaron reducidos a la misma impotencia, y no se habrían redimido por sí solos sin la intervención argentina y colombiana, que los incorporó a la revolución retemplando sus fuerzas nativas. La historia de los esfuerzos hechos por los peruanos para concurrir al movimiento emancipador de la América, es por eso una página que entra naturalmente en nuestro cuadro y que se liga directamente con los trabajos que ejecutaron o a que cooperaron para preparar la expedición que debía libertarlos, allanarle el camino, prepararle su éxito y propiciarla después con su opinión eficiente, para concurrir con sus sacrificios al triunfo final.

Cuando a fines del siglo XVIII empezaron a alborear las primeras ideas de independencia y libertad en las mentes oscuras de los colonos hispanoamericanos, indicando que una nueva luz acababa de encenderse, en el Perú empezaron a hacerse sentir los primeros

síntomas de una elaboración moral en el mismo sentido, aunque con formas veladas. En 1791 un escritor anónimo publicaba un apólogo sobre la corrupción de las colonias, que decía haber traducido de un pergamino antiguo, encabezándolo con un epígrafe de Horacio: *Mutato nomine, de te fabula narratur* en que pintaba a "los romanos enriquecidos con los tesoros de otros reyes subyugados, que empezaron a mirar con tedio la rigidez de las costumbres y las virtudes, que poco a poco se relajaron, legitimando su tiranía, las leyes marciales y el derecho de conquista", y acababa diciendo que por fortuna estaba raspado el resto del pergamino, evitándole el riesgo de que el público mirase su traducción como una sátira metafórica. Un año después (1792), con motivo de inaugurar en Lima un anfiteatro anatómico, un sabio peruano llamado José Hipólito Unanué, que tenía nociones claras de los derechos del hombre, y aunque de temperamento tímido, estaba destinado a representar un papel en la revolución, al disertar elocuentemente sobre la "decadencia y restauración del Perú", decía invocando como Montesquieu a las musas, al numen de la política que le dictaba sus palabras: "Los imperios dilatados y sin moradores son cuerpos fantásticos. ¿De qué sirven los pueblos arruinados? ¿De qué los países fértiles sin agricultores? Faltando los brazos que abran las entrañas de la tierra, la miseria hará gemir al país donde la liberal naturaleza ha derramado los tesoros de su inagotable fecundidad. Tal es hoy la suerte del Perú. Consumidos sus moradores, sólo presenta cúmulos de ruinas. ¿Dónde están aquellos pueblos de tan numeroso vecindario que sostenían su libertad, oponiendo huestes que equilibraban todo el poder de los Incas? ¿Dónde la multitud de ciudades con que los héroes españoles quisieron perpetuar su nombre y sus proezas? Parece que, cansada la tierra de la insaciable ambición con que la agitaban los humanos, abismó de improviso con las vidas sus tesoros. Parece que al ruido de las cadenas del despotismo y la tiranía que arrastraba el hambre del oro, huyeron los naturales a las cavernas, a las selvas inhabitables, y desamparadas las provincias, quedaron sacrificadas a la voracidad del tiempo."

Estas ideas fugaces, envueltas en formas literarias, que revelaban empero una conciencia autonómica que despertaba, cayeron en la cabeza de un visionario, y como la semilla que se modifica según la tierra que la recibe, se convirtieron en un vago plan de independencia monárquica, entroncado en la antigua dinastía de los Incas, que comprendía sus antiguos dominios del Alto y Bajo Perú. Naturalmente, este pensamiento debía surgir del seno de la Roma incásica, donde se conservaban las tradiciones indígenas a la parte de las evidencias de una vida nueva que los instintos sugerían y que la imaginación exaltaba. En 1805 un oscuro minero del Cuzco, llamado José Gabriel Aguilar, concibió la idea de emancipar la tierra con el propósito de fundar un gobierno soberano, y confió su

proyecto al Dr. J. Manuel Ubalde, a la sazón asesor del gobierno local, asegurándole que contaba con el apoyo de la Inglaterra para insurreccionar a la América. Estos dos conjurados solitarios comprometieron en sus planes a varios miembros del gobierno y del clero, entablando relaciones con los caudillos indígenas que podían apoyarlos con sus fuerzas populares. Un día Aguilar comunicó a los iniciados, que había tenido un sueño apocalíptico y visto un águila sola que venía del Pacífico hacia el Cuzco, y otra que le salía al encuentro del seno de las montañas, llevando sobre sus alas cuatro hombres con espadas flamígeras — que eran los cuatro principales conjurados —, y que al embestirse ambas, se despeñaban en el espacio, surgiendo bajo sus pies legiones de guerreros que aclamaban a sus nuevos caudillos. Denunciados por uno de los iniciados, Aguilar y Ubalde fueron sentenciados a muerte y ahorcados en la plaza del Cuzco, donde pocos años antes había sido ejecutado el caudillo de la sublevación indígena Tupac-Amarú. Aguilar y Ubalde fueron los primeros mártires de la independencia peruana. Dieciocho años después, el Congreso del Perú independiente los declaró beneméritos de la patria, ordenando que sus nombres se grabaran a la par de los precursores y fundadores de la nacionalidad.

La sangre de Aguilar y de Ubalde debía hacer retoñar en el Cuzco la semilla revolucionaria por ellos sembrada, casi con las mismas formas y medios, pero con objetivos más claros y propósitos más deliberados, respondiendo a la insurrección general de la América.

IV

Los primeros estremecimientos revolucionarios del Perú no asumieron el carácter franco y decidido de las demás secciones sudamericanas. Las conmociones de Chuquisaca, de la Paz y Quito, en el año 1809, tuvieron un eco sordo en Lima. Al mismo tiempo que el virrey Abascal lanzaba sus expediciones interventoras al sur y al norte del continente para apagar estas primeras chispas precursoras del gran incendio americano, un grupo de patriotas peruanos, movido por un español llamado Antonio María Pardo, fraguaba una conspiración con el intento de establecer una junta de gobierno autonómico a imitación de las de España. Algo adelantados sus trabajos secretos fueron denunciados, sometidos a juicio sus promotores, y condenados a duras penas. El más ardoroso de los conspiradores, el joven abogado peruano Mateo Silva, fue sentenciado a diez años de presidio y murió en las casamatas del Callao después de seis años de cautiverio. A esto debe que su nombre haya sido inscripto en el martirologio político del Perú.

La segunda tentativa revolucionaria fue igualmente un aborto, que no pasó de la intención; pero tuvo un carácter más definido por sus tendencias patrióticas. La insurrección de 1810, que sin acuerdo previo entre las partes estalló simultáneamente en todas las colonias hispanoamericanas, con excepción del Perú, cual si obedeciese a un impulso ingénito, movió a los patriotas peruanos a reunirse en secreto, comunicarse sus anhelos y preparar los medios de trabajar por su regeneración. Fue entonces cuando empezó a perfilarse en la penumbra política la figura del único peruano que llegó a concentrar en sí el espíritu nacional, exaltándolo y burlándolo. Era éste D. José de Riva Agüero, que contaba a la sazón treinta años de edad. Ambicioso, astuto, inteligente y más audaz que valiente, estaba penetrado de un fuerte sentimiento americano y patriótico; tenía las cualidades del agitador y del conspirador, pero no las del caudillo ni las del político revolucionario. Había viajado por Europa y recibió una educación esmerada. A su regreso de España, pasó por Buenos Aires en 1808 donde contrajo relaciones con los que en aquella época se ocupaban de la suerte futura de la América, y se dirigió por tierra a su patria con el objeto de trabajar por su emancipación. Así que se hicieron sentir las primeras conmociones, empezáronse a formar bajo su inspiración clubes secretos, que se reclutaban en todas las clases sociales. El centro lo formaba una tertulia que se reunía en la habitación del presbítero Ramón Ecuardo Anchoris, natural de Buenos Aires y mayordomo del arzobispo de Lima. Sentidos en sus trabajos subterráneos por una denuncia anónima, fueron presos en una noche con Anchoris, el cura Chongos, Cecilio Tagle, su hermano Mariano, el abogado Mariano Saravia, un joven José Antonio Miralla, argentinos todos residentes en Lima, y juntamente con ellos, un italiano llamado José Boqui, personaje misterioso que había aparecido en Buenos Aires exhibiendo una rica custodia al tiempo de las invasiones inglesas y acababa de llegar a Lima, y un flamenco, Guillermo Ríos, a la sazón editor de la *Minerva Peruana*. Anchoris fue enviado preso a España y los demás extrañados o sometidos a vigilancia por falta de pruebas. En cuanto a Riva Agüero, supo ocultar su juego con maña, y fue confinado más tarde por sospechoso a una provincia del interior.

La tercera faz de la agitación embrionaria del Perú fue más compleja. La libertad de imprenta declarada por las cortes españolas en 1810 e inaugurada en el Perú en 1811, vino a dar animación a la vida pública a la vez que imprimir nueva dirección a las corrientes inciertas de la opinión. El primer periódico libre que se publicó en Lima con el título de *El Peruano*, exclamaba al ensayar la pluma del publicista: "Rotas las cadenas de la arbitrariedad, podemos desenvolver libremente el genio de nuestras ideas y dar un curso franco a la estagnación de nuestros pensamientos." Y de-

senvolviendo su doctrina política, establecía: "Los gobernantes no son el origen de la autoridad. La autoridad debe estar limitada según la intención de sus súbditos. Los gobernantes son responsables ante los pueblos. Los pueblos no responden sino a Dios, porque ellos mismos son la causa de su miseria, si acaso siguen algún sistema falso de política. En los pueblos reside originariamente la majestad." Era la primera pulsación normal de la vida nueva. Por la primera vez se oía hablar públicamente en el Perú de los derechos originarios de los pueblos, en contraposición a los derechos derivados de los gobiernos absolutos, que hasta entonces se consideraban anteriores y superiores a la libertad humana. Pero estas ideas platónicas que flotaban en la atmósfera, no tenían objetivo determinado. La prensa que las difundía, era más bien una cátedra de derecho teórico que una tribuna política. De aquí que, cuando tomando cuerpo, se intentó darle una aplicación práctica, contribuyera a variar el curso de la opinión neutralizándola, en vez de servir directamente a la idea revolucionaria.

El primer impulso en este sentido, de una conmisión hispano-americana, fue dado por la incorporación de los diputados peruanos a las cortes españolas, uno de los cuales, el elocuente orador y jurisconsulto limeño, Vicente Morales y Duares, había contribuido a hacer triunfar con su voz y voto la ley de la libertad de imprenta. De aquí surgió la formación de un partido mixto, que puede calificarse de conservador hispanoamericano. Fue el producto de la doble influencia de las ideas liberales triunfantes en la metrópoli y de su repercusión debilitada en América. El segundo impulso fue dado por el establecimiento de los cabildos constitucionales decretados por la regencia española en 1812, en que por la primera vez los peruanos hicieron uso del derecho electoral, al despertarse en ellos el espíritu cívico y señalarles un objetivo inmediato.

Amalgama de españolismo y americanismo, buscaba la solución del problema identificando los destinos de la madre patria con los de sus colonias, bajo los auspicios del constitucionalismo, que era su fórmula, acercándose a la causa de los realistas en el fondo, cuanto se alejaba del radicalismo de los americanistas, que buscaban su regeneración dentro de sus propios elementos por medio de su emancipación.

Era el jefe de este partido un peruano eminente; hombre de letras y hombre de mundo, fastuoso, de principios liberales y de saber enciclopédico, cuya fama había atravesado los mares. Llamábase José Baquíjano y Carrillo, y llevaba el título de conde de Vista-Florida en la aristocracia limeña. Según unos, estaba por la revolución de hecho, a la que propendió como miembro de una sociedad secreta, cuyo órgano era el *Satélite del Peruano*, redactado por patriotas peruanos, que sucedió a *El Peruano*. Con más fran-

queza que su antecesor proclamaba la autonomía y señalaba un ideal relativo aunque en lenguaje anfibológico. "Por patria entendemos la vasta extensión de ambas Américas. Cuantos habitan en el Nuevo Mundo somos hermanos, somos una misma familia, tenemos los mismos intereses. Unámonos con lazos indisolubles y seremos invencibles y dignos de componer una nación. No debemos tener por hermanos a los que se oponen a la felicidad de la América y desean que se continúe el antiguo gobierno colonial y el cetro de hierro que ha regido por tres siglos España y las Indias." Según otros, aunque se inclinaba a la independencia en teoría, pensaba que no había hombres capaces para consumar la obra. El hecho es que su nombramiento de consejero de estado de la regencia española fue ocasión de que el entusiasmo popular estallase en el sentido de las tendencias de su partido. La ciudad de Lima le votó espontáneamente tres días de festejos en su honor, manteniéndose iluminadas las calles por tres noches consecutivas. En las provincias más remotas su nombre fue aclamado como el representante genuino del patriotismo peruano. Simultáneamente se denunció la existencia de una conspiración atribuida a los partidarios de Baquíjano, que fueron encarcelados por el Virrey con gran aparato de fuerza armada en las calles. Baquíjano partió para España a ocupar su puesto, y con él acabó el partido hispanoamericano constitucionalista del Perú. Los ecos del liberalismo continuaron repitiéndose en la prensa hasta 1814, época en que la libertad de la palabra fue suprimida junto con la constitución española, y la opinión quedó otra vez estagnada y sin rumbo en la capital peruana.

V

En las provincias, el movimiento revolucionario de los patriotas peruanos fue más heroico y más trágico aunque inconsistente y no menos desgraciado.

Hemos dicho antes (cap. V, párrafo III), que al llegar triunfante el primer ejército argentino hasta la margen sur del Desaguadero en 1811, el representante de la junta revolucionaria, el Dr. Castelli, en observancia de instrucciones, despachó emisarios secretos al interior del Bajo Perú, que llegaron hasta Lima, a fin de preparar la insurrección, y que encontró al país bien dispuesto. En efecto, los patriotas respondieron con decisión a este llamamiento. El pueblo de Tacna fue el primero en dar el grito de insurrección a espaldas del ejército de Goyeneche situado al norte del Desaguadero.

Es Tacna un oasis, situado en una planicie al pie del Tacora, que tiene por puerto a Arica, y que en comunicación con los valles circunvecinos de la costa y la inmediata región andina, constituye

el centro comercial de la sierra del sur del Bajo Perú y del norte del Alto Perú. La mayoría de su población se compone de arrieros de distintas procedencias, que introducían las mercaderías a La Paz, Puno y Arequipa, importaban los azúcares del Cuzco, los aguardientes de Moquegua, las quinas de Calisaya, y eran el vehículo de un activo tráfico de mulas que se efectuaba entre las provincias argentinas del norte y el Alto y Bajo Perú. Por su fisonomía especial y por sus viajes lejanos, su activo contacto con el mundo exterior, y por su fortaleza en las fatigas, los arrieros tacneños formaban una especie de raza nómada dotada de energía moral y con nociones más amplias de las cosas que los que viven aislados en los valles agrícolas y en las asperezas de la sierra. Estos fueron los primeros revolucionarios en acción del Perú.

Un joven limeño, llamado Francisco Antonio Zela, púsose al frente de un grupo animoso de patriotas y proclamó la revolución. Por una coincidencia nefasta, en el mismo día en que Tacna se levantaba (el 20 de junio de 1811), las armas argentinas eran derrotadas en el campo de Huaqui. Sofocado el movimiento en su cuna, Zela fue sentenciado a muerte, y conmutada su sentencia, murió como Mateo Silva, en un calabozo, al cabo de cuatro años de cautiverio.

Apenas sosegado el tumulto costeño de Tacna, estalló espontáneamente en un rincón de la sierra un levantamiento más considerable. El importante pueblo de Huánuco y los distritos circunvecinos se alzaron en armas al grito de guerra de "¡Mata-Chapetón!", acaudillados por su regidor Juan José Castillo (13 de febrero de 1813). Los insurgentes levantaron un ejército allegadizo de 1.500 hombres, pusiéronse en campaña y se situaron sobre el río Huaco, cubriendo el puente de Ambo fronterizo a la villa del mismo nombre. Atacados en esta posición por fuerzas organizadas y mejor armadas, a órdenes del intendente de Tacna, José González Prada, fueron completamente deshechos, dejando 250 cadáveres en el campo. El vencedor castigó a los pueblos rebeldes de Huánuco, Hyancocha y Ambo, con el degüello de cien personas de ambos sexos y todas las edades. Castillo y sus dos coadjutores, José Rodríguez y Juan de Haro, fueron fusilados.

Los contrastes de las armas realistas en Tucumán y Salta (1812 y 1813) y la nueva invasión del ejército argentino al Alto Perú bajo el mando del general Belgrano, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos. Los capitulados de Salta especialmente, naturales en su mayor parte de las populosas ciudades del Cuzco y Arequipa, al regresar a sus hogares, propalaron por toda la sierra la noticia de la catástrofe del ejército español anunciando el próximo avance del ejército argentino. Según los mismos historiadores españoles, ellos fueron los más activos agentes de la revolución "pregonando el brillo y entusiasmo de las tropas de Buenos Aires y

la justicia de la causa que sostenían, a la vez que difundían ideas nuevas e ideas subversivas, promoviendo reuniones clandestinas, que predisponían a las poblaciones a la sedición." Un plan de insurrección se proyectó entre varios patriotas del Cuzco, Arequipa, Moquegua y Tacna. Al efecto, salió del Cuzco un Julián de Peñaranda, que se decía descenciente de los Incas, con el objeto de concertar los medios con los habitantes de la costa sur. En Tacna púsose de acuerdo Peñaranda con el gobernador del distrito, Manuel Calderón, el coronel Carlos García Rivero y el comandante José Gómez, entrando en el plan las autoridades y los principales vecinos de Moquegua. La mayoría era de opinión de que se esperase el resultado de la próxima batalla que iba a dar el ejército argentino en el Alto Perú, recordando el ejemplo de Huaqui; pero cuadró la circunstancia de hallarse allí una partida con 200 caballos de excelente calidad con destino al ejército realista, y, tanto por privar de este auxilio al enemigo, cuanto por utilizar este elemento de guerra, decidióse dar el golpe inmediatamente. Ejecutada sin resistencia la revolución, confióse el mando de las armas al capitán Enrique Paillardelle, hijo de madre limeña y de padre francés, nacido por acaso en Buenos Aires, en cuyo ejército se alistara y que en calidad de emisario general de Belgrano había pasado secretamente a Tacna y Moquegua con el objeto de promover la insurrección de la costa del Perú. Paillardelle, a la cabeza de 200 hombres de caballería —arrieros en su mayor parte—, y 170 de fusil, marchó sobre Moquegua para apoyar su pronunciamiento. Salióle al encuentro la guarnición de Arequipa, y lo deshizo casi sin pelear. Por otra coincidencia no menos nefasta que la anterior, el 1º de octubre era derrotado el ejército argentino en la pampa de Vilcapugio, y dos días después, el 3 de octubre de 1813, estallaba el movimiento de Tacna, terminando en esta segunda tentativa por una doble derrota como la primera.

VI

La insurrección peruana, sofocada en Lima en 1810, vencida en Huánuco en 1812, y malograda dos veces en Tacna en 1811 y 1813, reventó como un volcán en el Cuzco en 1814. Vencidas las armas argentinas en las jornadas de Vilcapugio y Ayohuma (1813) y expulsadas por segunda vez del Alto Perú, el ejército realista invadió por segunda vez también la frontera norte de las Provincias Unidas y fue rechazado en 1814, según se relató antes, por los partidarios de Salta y las hábiles combinaciones de San Martín. (Véase capítulo V, párrafo VI, y capítulo VI, párrafo VII). Las Provincias Unidas, triunfantes en Montevideo y dominadoras de las aguas del Plata, sin enemigos que combatir dentro de su territorio, se dispo-

nían a fines de 1814 a invadir por la tercera vez el Alto Perú, en prosecución del plan militar de ir a Lima por el camino mediterráneo, con el intento de sublevar todas las poblaciones a su paso. Fue entonces cuando estalló en el Cuzco el gran movimiento popular conocido en la historia con la denominación de "Rebelión de Pumacahua", y cuando el ejército realista, en retirada de la frontera argentina, desprendió a su retaguardia al general Ramírez al frente de una fuerte división con objeto de combatirla. (Véase capítulo VI, párrafo VII.) Si Lima era la capital del Perú colonial, el Cuzco era la capital tradicional donde se había anidado la primera idea de independencia, y era natural que allí hiciese su estallido la revolución americana, levantándose en alianza las dos razas oprimidas. los criollos y los indígenas. La sublevación de Tupac-Amaru había sido puramente indígena: la tentativa de Aguilar y Ubalde fue un sueño de tradiciones antiguas y aspiraciones nuevas: la rebelión de Pumacahua fue criollo-indígena.

El primer síntoma revolucionario se hizo sentir en el Cuzco con motivo de la instalación del cabildo constitucional por elección popular, otorgada por la regencia española a las colonias americanas, de que antes se hizo mención. Tres hermanos, llamados José, Vicente y Mariano Angulo, que abrigaban proyectos de independencia y tenían ascendiente sobre la plebe, se pusieron al frente del movimiento electoral criollo. Con los capitulados en Salta, de que se habló antes (párrafo IV de este capítulo) formaron un núcleo de gentes de acción, y en el día de la elección reuniéronse más de mil hombres, atropellaron el cuartel e hicieron triunfar sus candidatos, quedando establecido un gobierno municipal esencialmente criollo (7 de febrero de 1813). Presos dos de los Angulo con otros conspiradores por nuevas tentativas de sublevación, en que murieron algunos hombres del pueblo que asaltaron el cuartel a pedradas, el Cabildo reclamó su libertad, calificando a las víctimas de la poblada de "mártires de la patria." Los presos sedujeron a los soldados que los custodiaban, y en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814 se sublevaron con la guarnición de la ciudad, deponiendo las autoridades y aprisionaron a los ministros de la audiencia. Bajo los auspicios de los cabildos secular y eclesiástico, se eligió una junta de gobierno, señalándose como candidato nominal de la revolución por su prestigio entre los indios, al brigadier Mateo Pumacahua, de raza indígena pura, que desempeñaba interinamente el puesto de presidente del departamento y que había sido elevado a este rango por los distinguidos servicios que prestara contra la gran sublevación de Tupac-Amaru, treinta y cinco años antes. José Angulo, que era el verdadero jefe del movimiento, fue aclamado capitán general. El nuevo gobierno levantó dos horcas en la plaza principal en señal de autoridad soberana, inventó un estandarte, levantó un ejército y fundió piezas de artillería que llamó "viborones" en contraposi-

ción de las "culebrinas" españolas, preparándose a la pelea. El pueblo respondió con entusiasmo al pronunciamiento, y la cooperación de parte de los más notables criollos y de los mestizos imprimió a la revolución un carácter verdaderamente americano, que se acentuó por sus declaraciones, en que se invocaba "una nueva patria" y propósitos de independencia bajo formas convencionales. Una de sus primeras medidas fue despachar emisarios cerca de las provincias argentinas, buscando su alianza en defensa de la causa común de la América. El obispo José Pérez y Armendaris (cuzqueño) bendijo las armas de los rebeldes en sus caudillos. Los curas y los frailes predicaron la rebelión en las provincias circunvecinas, distinguiéndose entre ellos por su ardor el cura del Sagrado del Cuzco, Ildefonso Muñecas, argentino (de Tucumán), que había sido uno de los principales promotores de la revolución, y como su tribuno y su procónsul, debía representar en ella un señalado papel. Tuvo también un poeta de alma intrépida, que sería uno de sus mártires, y que a la edad de veintitrés años tenía ya un renombre nacional por sus cantos populares, en los que presentía su temprana muerte, y que ha sido llamado "el Moore del Perú". Era natural de Arequipa, llamábase Mariano Melgar, había hecho buenos estudios, y como jurisconsulto fue nombrado auditor del ejército revolucionario.

Los revolucionarios desprendieron tres poderosas columnas —más por su número que por su composición y armamento—, en las tres proyecciones militares de la revolución: al norte, una columna sobre Huamanga (hoy Ayacucho) haciendo frente a Lima; al sudoeste otra sobre Arequipa para apoyar las insurrecciones de la costa sur; al sur y al norte otra, para ocupar la base de operaciones del ejército realista que maniobraba sobre la frontera argentina. y cortar sus comunicaciones del Desaguadero introduciendo la insurrección al Alto Perú. La columna de Huamanga, a cargo de un Gobriel Bejar, Mariano Angulo y un Manuel Hurtado de Mendoza, natural de Santa Fe (República Argentina), se posesionó sin resistencia de la provincia, asegurando la retaguardia. La del sudoeste, al mando de Pumacahua y Vicente Angulo, compuesta de 5.000 hombres con 600 fusileros, batallones y escuadrones de piqueros y lanceros, y guerrillas de honderas y gente armada de macanas con sus baterías de "viborones", marchó sobre Arequipa. El intendente José Gabriel Moscoso y el general Francisco Picoaga, uno de los héroes de Vilcapugio bajo la bandera del Rey, pretendieron hacer resistencia con la guarnición de la ciudad. Atacados en la Apacheta, a inmediaciones del pueblo de Cangallo, fueron vencidos y prisioneros, siendo poco después ejecutados en el Cuzco en señal de guerra a muerte y por vía de represalia. Los indígenas de la provincia se sublevaron en masa. Los vencedores entraron a la capital de Arequipa tres días después, y sus autoridades y habitantes los acogieron con aparente simpatía, tomando partido por ellos mu-

chos criollos y mestizos. El caudillo de la revolución, al presentarse ante el cabildo abierto convocado en su honor, sólo pudo pronunciar estas palabras, que dan la medida de sus alcances: "No poder hablar... me palpita mucho la colazón!" La columna del este y del norte, dirigida por el coronel José Pinelo, llevando por capellán y secretario al cura Muñecas, que era el verdadero jefe de ella, ocupó a Puno y rindió su guarnición (20 de agosto de 1814); cruzó el Desaguadero (11 de setiembre) tomando allí 13 cañones; se apoderó por asalto de La Paz (24 de setiembre) cuya guarnición fue exterminada por el populacho sublevado, que se entregó a todo género de excesos después de rendida la ciudad. La revolución parecía triunfante y, según confesión de un historiador español, "los realistas creían con harto fundamento decaída definitivamente en su contra la suerte del Perú, y el edificio del estado parecía desplomado sobre sus cabezas."

Simultáneamente con estos ruidosos acontecimientos, el coronel Saturnino Castro (salteño), la primera espada de caballería del ejército realista, que había decidido la batalla de Vilcapugio, y a quien hemos visto figurar en la invasión de Salta (capítulo VI, párrafo VI), sabedor de la rebelión del Cuzco, se propuso secundarla. La desaparición de los generales americanos que bajo la bandera del Rey dirigieron los ejércitos americanos en las primeras campañas, y su reemplazo por generales, europeos, había introducido un elemento de discordia entre europeos y americanos. Castro, apasionado de una belleza salteña, cuya ausencia lloraba, y deseando abrirse el camino de la tierra natal o por el triunfo del Rey o por la defección a sus banderas, intentó sublevar el ejército de que formaba parte, compuesto casi en su totalidad de soldados del Alto Perú, confiado en el ascendiente que tenía sobre el escuadrón que mandaba, en la confianza de que sería apoyado inmediatamente por un batallón de naturales del Cuzco, que constituía el nervio del ejército, acantonado a la sazón en Suipacha. Al efecto solicitó el apoyo armado del general argentino de Tucumán (agosto de 1814), comunicándole su atrevido plan, por medio de un emisario secreto. Descubierto en sus trabajos, antes de tiempo precipitó el movimiento seguido de muy pocos, e intimó rendición al general en jefe español, expidiendo una proclama en el sentido de la revolución. Preso por sus mismos soldados, juzgado y sentenciado por un consejo de guerra, fue fusilado en Moraya (octubre de 1814), reclamando el batallón cuzqueño con que creía contar, ser el ejecutor de la sentencia para dar prueba de fidelidad.

Fue entonces cuando el ejército realista, en retirada de Salta, machucado por los partidarios de Güemes y con casi todo el Alto Perú sublevado a su espalda, desprendió una división de dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, que componían un total de 1.200 hombres, al mando del entendido general Juan

Ramírez, con el objeto de domar la rebelión del Cuzco. Los soldados naturales del Bajo Perú se disputaron el honor de formar parte de esta expedición. Ramírez con no menos actividad y resolución que los insurgentes, marchó sobre La Paz, y en el cerro de Chacaltaya, a inmediaciones del pueblo de Achocalla (2 de noviembre de 1814), destrozó la columna de Pinelo, tomándole su artillería. Atravesó en seguida el Desaguadero por el puente del Inca y rescató a Puno, recuperando su base de operaciones perdida. Aprovechando su victoria, abrió su campaña sobre Arequipa y Cuzco. Mientras tanto, la columna expedicionaria de Huamanga, que pusiera en conmoción la inmediata provincia de Huancavélica, había sido rechazada y hecha pedazos con gran mortandad en las sangrientas batallas de Huanta y Matará (3 de octubre de 1814 y 4 de febrero de 1815) por tropas veteranas despachadas de Lima y milicias del país, amagando a los insurrectos por su retaguardia. A la aproximación de Ramírez, Pumacahua evacuó a Arequipa (30 de noviembre), y se situó en Apo, punto donde se separan los caminos del Cuzco y de Puno, desde donde dirigió una intimación al general realista para que "rindiese sus armas al poder irresistible de la patria". El general Ramírez continuó impertérrito su avance, y se posesionó de Arequipa, donde fue recibido en triunfo, pues la revolución había empezado a desacreditarse por sus excesos y por la falta de buena dirección política y militar. Después de dar dos meses de descanso a sus tropas, marchó resueltamente sobre el Cuzco. El general insurgente, asistido por Vicente Angulo, reunió sobre el río de Huamachín, a inmediaciones del pueblo de Pucara, más de 20.000 hombres, de ellos 600 fusileros con 37 piezas de artillería, y el resto, gente regimentada de a pie y a caballo armada de lanzas, picas, hondas y macanas, en su totalidad indios. Atacado en esta posición, fue completamente derrotado (11 de marzo de 1815). La ciudad del Cuzco se pronunció por el Rey. Pumacahua fue ajusticiado en el pueblo de Sicuani y su cabeza clavada en la plaza del Cuzco. Mariano Angulo murió peleando en Huamanga. Bejar, José y Vicente Angulo fueron fusilados. Tocó igual suerte al poeta Melgar, que había combatido en Humachiri en la artillería, y recibió la muerte con entereza varonil.

Así terminó la gran rebelión del Cuzco, que fue el más grande esfuerzo hecho por los indígenas y patriotas peruanos para alcanzar la independencia por sí solos. Desde entonces el Perú quedó completamente sojuzgado y en absoluta impotencia para intentar nuevas insurrecciones. Las sucesivas y repetidas derrotas en el espacio de cinco años habían quebrantado, no sólo las fuerzas revolucionarias, sino también demostrado en la prueba la inconsistencia de sus movimientos por la falta de cohesión de los elementos nacionales, su debilidad orgánica por la preponderancia del elemento indígena puro, a la par que la solidez de los ejércitos realistas reclutados en

el país, que se adhirieron más a su causa. Así lo comprendieron los mismos peruanos, según la confesión de sus historiadores. No quedaba más esperanza que el auxilio extraño, y eso mismo era una esperanza remota en 1815. En el año anterior de 1814 había sido reconquistado Chile por la expedición de Osorio salida del mismo Perú. En el mismo año de 1815 caía vencida la revolución de Venezuela y Nueva Granada por la gran expedición de Morillo, y el ejército argentino, que había invadido por tercera vez el Alto Perú, era completamente derrotado en Sipe-Sipe. Pero precisamente en esos momentos aparecía San Martín en Mendoza, a fines de 1816. Cuando los planes del general de los Andes sobre Chile y el Pacífico empezaron a ser conocidos, las esperanzas de los patriotas peruanos renacieron.

VII

Derrotados los patriotas peruanos en el terreno de la acción, no desmayaron. Volvieron a ensayar su táctica de propaganda y conspiraciones subterráneas. Lima volvió a ser el centro de esta agitación sorda. Organizáronse al efecto sociedades secretas, a fin de mantener el fuego revolucionario tapado por cenizas. A su cabeza se pusieron Riva Agüero, a quien ya conocemos, y los Dres. Francisco de Paula Quirós y Fernando López Aldana, conspiradores del mismo temple, a quienes seguía una gran clientela. Al anuncio de la próxima invasión de Chile por San Martín, Riva Agüero escribió un libro que condensaba las quejas y las aspiraciones de sus compatriotas, que, remitido por él a Buenos Aires, se publicó con este epígrafe: *Obra escrita en Lima en el centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816.* Este escrito, que hoy sólo tiene valor de un documento curioso, produjo entonces profunda sensación en América, como manifiesto revolucionario. El autor, que en su introducción dice que, "cansado de sufrir la tiranía, tomaba la pluma, temiendo a cada momento ser conducido al cadalso", expone las causas y los motivos de la insurrección sudamericana, y la justifica con razones históricas, filosóficas, económicas y morales, que condensa y comenta en 28 cargos contra la metrópoli. Su conclusión es ésta: "El bien no puede repartirse entre España y América. Los intereses están en oposición. Así, no le queda a la América para su existencia y política sino exponerse a los riesgos de la revolución. Un esfuerzo extraordinario la salvará en un solo día. Conozcan los americanos sus recursos, sus fuerzas y su bien. A tantos millones de almas oprimidas no les queda otro recurso que la venganza. Para cada español puede poner la América cien o más enemigos. Cuando el amor a la patria ha encendido el entusiasmo, no hay que esperar que las crueldades apaguen este fuego sagrado. Estrechados

a elegir entre la victoria y la muerte, prefieren la suerte de las armas al ignominioso fin que les aguarda si se entregasen a sus tiranos. No hay composición".

A la noticia de la reconquista de Chile, las sociedades secretas de Lima se pusieron en activo movimiento, y la logia matriz, que dirigía los trabajos de zapa, movida por los antiguos agentes de Castelli y de Belgrano, que tenían la clave secreta de las correspondencias, se puso inmediatamente en comunicación con San Martín. Uno de sus miembros caracterizados, bajo el nombre simbólico y significativo de "Francklin", fue enviado a Chile con una carta autógrafa firmada con el pseudónimo de "Caupolicán", autorizada con la cifra del secretario, y fechada en Salamina (Lima). "Hemos creído conveniente y conforme a nuestras miras (decían los patriotas peruanos), daros una idea del estado de aquellas cosas que más deben influir en vuestas operaciones, que son por lo menos tres, a saber: el estado del orden .˙. en este hemisferio o en España, el de los independientes en toda su extensión política y el del Perú. Al efecto iniciamos en nuestros misterios .˙. al h .˙. Francklin, que es un hijo del país, con representación para ponerse en relación con vos con los signos de nuestra regeneración, por lo que pueda facilitar nuestros planes en la coadyuvación a la libertad del Nuevo Mundo, ya que el antiguo está condenado al fatalismo de la esclavitud por ahora. Nosotros martillamos bajo la borrasca; propagamos la L .˙. ("libertad") y hacemos prosélitos capaces por su decisión de llenar algún día los altos designios de los hombres de bien. Estos resultados serán lentos, tanto por la liga de los tiranos en Europa, como por la contradicción de principios que sabéis se encuentran en el [.] de Salamina: pero Nemea (el Perú), firme en sus principios, trabaja conforme a ellos, y ya tiene la satisfacción de ver el fruto por medio de algunos de sus hijos destinados al país de la independencia. Este hemisferio, como campo de los buenos principios, espera de vos, que unáis a los hombres virtuosos de ambas partes, y que todos marchen bajo las mismas banderas a combatir el despotismo. ¡Todo es Asia! Sólo América mantiene la esperanza de los hombres libres. Todos están obligados a fomentar la obra para bien de la humanidad, que en caso contrario quedaría sentenciada a una esclavitud absoluta."

La experiencia y la desgracia habían aleccionado a los patriotas peruanos, dando amplitud a sus vistas y consistencia a sus trabajos por la elaboración paciente de sus elementos cívicos. Vese así por el escrito de Riva Agüero como por la carta simbólica de su logia, el gran progreso que habían hecho las ideas políticas y la transformación operada en las conciencias. Están convencidos de que la salvación debe venirles de fuera, después de los infructuosos esfuerzos hechos para redimirse por sí: aspiran decididamente a la independencia; consideran solidaria la causa del Perú y la Amé-

rica bajo principios uniformes de buen gobierno; comprenden que la lucha es de vida o muerte, y declarando que no hay composición posible entre la metrópoli y sus colonias ni más solución al problema que la emancipación absoluta por las armas, alcanzan en medio de su aislamiento con rara penetración, que el mundo todo está esclavizado por los poderes absolutos, que "todo es Asia", y que el triunfo de la América es la última esperanza de la libertad. Por ese tiempo, estas mismas ideas se generalizan en los Estados Unidos y penetran en Inglaterra, considerando la cuestión sudamericana desde el mismo punto de vista, cuando los mismos revolucionarios apenas empezaban a tener la conciencia del gran papel que desempeñaban en los destinos humanos. Era un partido nacional que se formaba con tendencias americanas, que respondía al plan político de San Martín, que buscaba en el Perú un punto de apoyo para terminar allí la obra de la emancipación de todo el continente, como en efecto terminó.

La comunicación de la logia limeña sugirió a San Martín la idea de preparar su expedición al Perú iniciando una guerra de zapa, como lo había hecho antes de invadir a Chile, sublevando moralmente el país, por la organización de centros de conspiración permanente y llenando de agentes secretos para preparar así el éxito de la invasión, creándose de antemano una base de opinión que predispusiese a los peruanos a la revolución a que debían cooperar juntamente con las armas libertadoras que fuesen en su auxilio. Desde entonces no dejó de trabajar el general un solo momento persiguiendo este plan preliminar, como lo comprueba la correspondencia secreta con sus agentes, conservada entre sus papeles. Así, inmediatamente después de Chacabuco, uno de los primeros actos del vencedor, en su calidad de generalísimo de las dos repúblicas aliadas, fue dirigirse al virrey del Perú, para proponerle un canje de prisioneros y la regularización de la guerra, asumiendo una representación política y externa ante la América como beligerante y libertador. Bajo esta misión ostensible, se ocultaba otra, que era ponerse en comunicación inmediata con los patriotas peruanos, utilizando sus buenas disposiciones, a fin de organizar un servicio metódico de espionaje, y buscar sus agentes en las mismas oficinas del Virrey, para penetrar sus planes, como lo había hecho antes con Marcó (véase capítulo XVI, párrafo VIII). Como se dijo antes (capítulo XVII, párrafo II), fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

Las instrucciones ostensibles de Torres le detallaban la manera cómo debía negociar el canje de prisioneros y distribuir entre ellos y los confinados patriotas en Lima la cantidad de diez mil pesos de

que era portador. Las instrucciones "reservadísimas" le prevenían que el objeto principal de su comisión era examinar el estado político y militar de Lima y demás gobiernos del continente meridional; tomar cautelosamente razón de las fuerzas marítimas y terrestres que guarnecían el Perú, así como el número y calidad de sus buques de guerra y armamento, indagando las opiniones de sus jefes y oficiales; a cuyo efecto se pondría en relación con los patriotas más señalados, para fomentar sus aspiraciones a la independencia y ofrecerles el apoyo de las armas de las Provincias Unidas, cuyo poder imponente le encarecía hacer conocer, secretamente, de palabra o por la difusión de los escritos y proclamas de que era conductor.

El comisionado fue cortésmente recibido por el Virrey, pero secuestrado en una fortaleza y sujeto a una rigurosa vigilancia dentro de un círculo de centinelas para impedirle todo contacto con la población. Los patriotas peruanos se dieron maña para burlar estas precauciones y ponerse en comunicación directa, suministrándole datos recogidos en la misma secretaría del Virrey, y noticias detalladas de la expedición que a la sazón preparaba sobre Chile, así como de su plan de campaña, lo que permitió a San Martín apercibirse con tiempo para recibirla y anonadarla en Maipú, según en su lugar queda relatado (capítulo XVII, párrafo II).

Por intermedio de una entusiasta patriota limeña que tenía un hijo empleado en la fortaleza, la señora Brígida Silva —que en ocasión de la conspiración de Anchoris y Tagle había prestado análogo servicio—, pudo Torres entablar correspondencia con López Aldana, Riva Agüero y Quirós, transmitirle las instrucciones y la palabra de orden convenida, concertando señales que le imponían de todas las novedades de la ciudad. Relajada algún tanto la vigilancia de que era objeto, el emisario pudo entrar en comunicación directa con otros patriotas que le proporcionaron datos preciosos recogidos en la misma secretaría del Virrey, uno de cuyos empleados supieron ganarse jugando su cabeza. Por este medio, obtuvo planos, estados exactos de las fuerzas que guarnecían el Perú y situación de ellas, de sus buques de guerra, de las existencias de sus parques y arsenales y hasta de los más secretos planes del enemigo. Arregláronse los corresponsales que debían comunicarse directamente con San Martín, por medio de claves combinadas; se determinaron los puertos y caletas de las costas peruanas por donde se dirigían los despachos con un plan de señales convenido, estableciendo estaciones y vigías a lo largo de ellas, y se propagó secretamente la voz por todo el país de que una expedición chilenoargentina iría en el término de un año a libertar al Perú. La misión secreta de Torres, con el pretexto de canjear prisioneros, produjo el efecto de una revolución latente que puso en ebullición el patriotismo peruano, especialmente en Lima.

Al anuncio de la llegada de un emisario de San Martín a Lima, transmitida la palabra de orden a los afiliados en las sociedades secretas, acudieron de varios puntos del país numerosos patriotas buscando entenderse con él. Entre ellos merece especial mención Remigio Silva, hermano del precursor y mártir Mateo, que había sido secretario de la primera conspiración peruana con tendencias autonómicas organizada en 1809. Hallábanse en Huacho por este tiempo, en compañía del teniente coronel argentino José Bernáldez Polledo, de origen español (asturiano), que había asistido a las jornadas contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y decidido por la causa americana concurrió a las batallas de Tucumán y Salta, cayendo prisionero en Vilcapugio. Era un hombre cargado de años, pero de corazón y cabeza. De acuerdo con sus compañeros de infortunio, los prisioneros argentinos, peruanos y chilenos, encerrados en las casamatas del Callao, habían organizado dos conjuraciones con el objeto de alcanzar su libertad y apoderarse de uno de los buques de guerra surtos en el puerto. Fugado por dos veces de su prisión, refugióse en la casa de Silva, en Huacho, quien lo ocultó a riesgo de su vida. Torres comprendió el valor de estos dos agentes, los comisionó para que permanecieran en la desierta costa de Huarmey, a 310 kilómetros al norte de Lima, con el objeto de conocer las comunicaciones que condujesen los buques que se harían conocer por señales convenidas, y transmitirlas a los patriotas de la capital.

VIII

Después de la batalla de Maipú, y asegurado el dominio marítimo del Pacífico por los independientes del Sur, San Martín y O'Higgins levantaron resueltamente la bandera redentora del Perú, anunciándole que las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile marcharían en su auxilio, con promesa en su nombre de darle la libertad y la independencia como nación soberana e independiente. (Véase capítulo XXI, párrafo III.) La aparición de la escuadra chilena en las costas del Perú y las proclamas de O'Higgins, San Martín y Cochrane, esparcidas en todo el país, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos, quienes respondieron a ellas transmitiendo casi diariamente avisos oportunos, que fueron muy útiles al almirante para sus operaciones navales.

Acompañaba a Cochrane en calidad de secretario, a la vez que como agente secreto de San Martín cerca de los partidarios de Lima, el Dr. Alvarez Jonte, con el encargo especial de preparar el terreno de la expedición por medio de trabajos secretos. "Estoy en correspondencia con los principales patriotas —escribía Alvarez Jonte desde Callao—, y me he comprometido con ellos sobre la venida del ejército. Si no se verifica esto pronto, no sólo perde-

remos una bella oportunidad, sino que no tendremos derecho a ser creídos en otra. No hay que temer expedición de España. Demos el golpe al Perú y deje que se descuelgue la Europa. Aquí, aquí es donde está el centro del poder, y éste está expirante. Todo lo tengo conmovido y preparado, ¡El ejército! ¡El ejército! aunque sea con cuatro mil hombres y ocho mil fusiles de repuesto. Cerrar los ojos y vamos a completar la obra." Desde entonces empezáronse a sistematizar los trabajos preparatorios para asegurar el éxito de la invasión libertadora. Concertáronse puntos de desembarco, se nombraron comisionados en ellos para preparar el ánimo de los habitantes, reunir cabalgaduras y otros trabajos para propagar por todo el país el espíritu revolucionario. Esta correspondencia reservadísima por su naturaleza y que sólo se refería a ulteriores operaciones terrestres que en nada se relacionaban con la escuadra, despertó las sospechas de Cochrane, que creyó ver en Alvarez Jonte un espía cerca de su persona. Depositada por el secretario en su camarote, bajo el sello del almirante, éste se consideró autorizado a romperla e imponerse de su contenido, en ausencia de aquél, reprochándole recibir cartas de San Martín, de cuyo contenido no tuviese él conocimiento. Este incidente revela que los celos de Cochrane contra el general de los Andes fermentaban desde entonces en su alma.

Por este tiempo llegaron a Chile varios emigrados peruanos y algunos de los agentes secretos, a dar cuenta del resultado de sus respectivas comisiones, entre ellos Bernáldez Polledo, que con Silva había permanecido dos años en la costa de Huarmey desempeñando con grandes riesgos el encargo que se les confiara. Cada uno de ellos era portador de planes de campaña remitidos desde Lima, presentándole otros sus ideas por escrito. Estos planes, que revelan más patriotismo que inteligencia militar y juicio, contenían algunos datos interesantes, y son curiosos como documentos históricos; pero de poca o ninguna utilidad podían servir al general expedicionario para completar sus ideas, pues no pasaban de divagaciones escritas por doctores sin nociones de la guerra. Los más racionales fueron los de Bernáldez Polledo y Silva, con Lima por objetivo. El del primero se reducía a desembarcar en Pisco con cuatro a seis mil hombres, sublevar los negros esclavos de los valles inmediatos, inundar el país de guerrillas irregulares y marchar en masa sobre Lima; establecerse en Lurín, y cortarle sus recursos, con lo cual la ciudad se rendiría. El de Silva era más complicado; consistía en efectuar un doble desembarco al sur y al norte de Lima con dos divisiones de 2.500 a 3.000 hombres cada una y converger sobre ella, mientras la escuadra amagaba un desembarco por el Callao. Merece especial mención uno de estos planes, aunque sea un desatinado metódico, redactado por persona inteligente, conocedora del país, que tiene de singular ser la antítesis del Plan de San Martín, renovando por el interior del país todas las dificultades que éste evi-

taba por la vía marítima. Según su autor, el Perú debía ser atacado por un ejército de 3.500 hombres que partiese de la frontera argentina del norte (Jujuy) y otro de 5.200 hombres que zarpase el mismo día de Valparaíso. Los puntos de desembarco de éste serían Arica e Ilo, a fin de apoderarse de Tacna y Arequipa. Realizado este primer objetivo, y dejando convenientemente fortificadas ambas ciudades conquistadas, el ejército se dirigiría al Alto Perú y se situaría en Venta y Media para dominar La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí. Mientras tanto, el ejército de Jujuy picaría la retaguardia del realista situado en la frontera argentina, el cual, tomado entre dos fuegos, sucumbiría. Reunidos ambos ejércitos en Venta y Media, marcharían sobre el Bajo Perú, procurando atraer el enemigo a Tacna y batirlo. Si no se conseguía, avanzarían por tierra sobre Lima, siguiendo el uno el camino de la sierra por el Cuzco, y el otro por Arequipa, para converger a Cañete, al norte de Lima. Allí, procurarían sacar al enemigo a campo raso fuera de sus murallas, y si no se conseguía esto, incendiar con cohetes la capital del Perú, a efecto "de debilitar la defensa", por cuanto, agrega el autor, "es la operación sencilla, por ser sus edificios de madera, y que causaría la mayor impresión, y tal vez de pavor en un pueblo no acostumbrado a la guerra." Por aquí se ve que, si los patriotas peruanos dieron un valioso contingente de opinión a la expedición destinada a libertarlos, no sugirieron ninguna idea militar al general que debía mandarla, como se ha pretendido por algunos.

Entre los peruanos residentes por este tiempo en Chile, había dos jóvenes oficiales, llamados Francisco Fernández Paredes y José García. Ambos presentaron a San Martín un plan para la creación de un batallón de naturales del país, formado de soldados de los mismos batallones realistas que los oprimían, que con la bandera nacional se incorporaría al ejército expedicionario, a cuyo efecto aseguraban tener trabajos adelantados. Paredes había formado parte de la segunda expedición de Osorio, y, prisionero en Maipú, tomó partido por la independencia. García había desertado de las filas españolas en el Alto Perú y formaba parte del ejército de los Andes. Ambos eran limeños, y se mostraban dispuestos a sacrificar su vida en servicio de su patria. El general, descontando de su plan lo que tenía de novelesco, quiso utilizar su buena voluntad, y les confió una comisión peligrosa. En un extenso pliego de instrucciones les previno que su misión tenía por objeto reunir todos los datos que les suministrasen los patriotas peruanos, tomando por sí mismos los conocimientos necesarios respecto de los recursos de los puntos de desembarco al sur y al norte, especialmente en punto a caballadas y provisiones. "Toda conmoción popular —les decía en ellas—, tiene tres momentos difíciles: el de la preparación en que se suele pecar por imprudencia; el acto de la ejecución, en que se

peca por debilidad, y el posterior, por necia confianza. Por consiguiente, jamás deben dirigir un plan de revolución sino las personas más precisas y decididas, obrando en secreto." Para moderar su ardoroso celo, les prevenía: "Como puede ser difícil y aun peligrosísimo, que se ejecute una conmoción general antes de la llegada de mi ejército que la proteja, sería más útil y eficiente el que se preparasen conmociones parciales distintas unas de otras, para que reventasen en el momento de mi desembarco, pues sería imprudencia excitar un movimiento intempestivo, que por su aislamiento y falta de recurso, no sirviese, en último resultado, sino para hacer más fuerte al enemigo." Seguro de que su solo nombre bastaba para abrirles crédito en todas partes, como había sucedido antes de emprender la reconquista de Chile, los autorizaba a hacer uso franco de su firma, a fin de proporcionarse el dinero necesario para el cumplimiento de su comisión, recomendándoles la economía. Pero, cauto y desconfiado siempre, dio instrucciones verbales a cada uno de los comisionados, de manera que cada uno fuese espía del otro, y se contraloreasen mutuamente. Luego se verá que esta precaución era previsora.

Los dos comisionados, con los nombres de "Cario" y "Mario" que debían usar en su correspondencia, embarcáronse en la goleta *Motezuma*, el buque más velero de la escuadra, pedido al efecto por San Martín con todo sigilo. Ambos desembarcaron en la playa de Ancón, donde se encontraron con Silva, enterrando en la playa su correspondencia, que llevaban acondicionada en tarros de lata soldados. De allí se dirigieron a pie a Lima, burlando la vigilancia de las partidas que celaban la costa. En Lima se pusieron en comunicación con Riva Agüero. A la exhibición de la firma de San Martín, todas las bolsas se abrieron generosamente, poniendo en sus manos una cantidad de más de diez mil pesos, sin más caución que un recibo firmado por "Cario" y "Mario". Paredes pasó al interior de la provincia de Huaylas, de donde regresó después de desempeñar su comisión. García siguió costa abajo hasta Trujillo, donde, detenido por una guardia realista, traicionó a sus amigos por el interés de quedarse con el dinero obtenido con la firma del general. En consecuencia de esta delación fueron presos en Lima, Riva Agüero, el cura argentino Tagle y varios patriotas peruanos a quienes se encerró en los calabozos de la inquisición.

Al mismo tiempo que García y Paredes, fue despachado otro agente secreto llamado Rafael Garfias, con el nombre de guerra de Rafael Zelayeta. Desembarcó ocultamente en una caleta inmediata a Arica donde fue recibido por los guardacostas patriotas allí establecidos. Llevaba comunicaciones para uno de los gobernadores de Arequipa, Mariano Portocarrero, que espontáneamente había ofrecido sus servicios a la causa americana, y confirmó su compromiso de propagar el espíritu revolucionario en el sur del Perú.

Arequipa era el punto elegido por el Virrey para situar el ejército de reserva contra la invasión, y como su núcleo debía ser formado por tropas del Alto Perú, la misión de Garfias tenía por objeto predisponerlas a la rebelión o a la deserción, obrando sobre el espíritu de sus jefes. Por este tiempo descubrióse allí una conjuración tramada por el coronel José Melchor Lavín, argentino (de Entre Ríos), quien después de la batallas de Huapi, hallándose en el Alto Perú, se alistara bajo la bandera del Rey, distinguiéndose por su valor, que como el salteño Castro, se proponía reaccionar en favor de su patria, y que como él murió trágicamente. Casi simultáneamente, descubrióse otra conjuración en el ejército del Alto Perú, que se retiraba a la sazón de la frontera argentina, para sostener el ejército de reserva de Arequipa. Estaba a su cabeza el coronel Agustín Gamarra, peruano, que había prestado importantes servicios a la causa realista. Aunque del proceso que se le formó resultase que estaba en combinación con Belgrano por intermedio de Güemes, mandóse sobreseer en él, "porque —según un historiador español— el contagio había cundido de una manera tan seria, que no era posible vengar el agravio sin incurrir en males mayores."

Así, a fines del año 1819 y principios de 1820, el Perú estaba moralmente revolucionado, en cuanto podía serlo, por los agentes secretos de San Martín y las sociedades patriotas que cooperaban a los trabajos preliminares de zapa de la expedición libertadora que se preparaba en Chile. El Virrey, que sentía minado el suelo que pisaba, escribía confidencialmente por este tiempo al embajador español en Río de Janeiro: "Como los enemigos me han dado tiempo y he procurado no perderlo, logro hallarme hoy en estado bastante respetable, y no dudaría de un buen éxito en cualquier terreno que aquéllos me buscasen, si los muchos que hay entre nosotros no minaran y se empeñaran tanto en favor de ellos con continuas maquinaciones que alteran la voluntad de no pocos, atrayéndose partido tanto en este capital como en algunas de las provincias interiores. No obstante, mucho los ha de favorecer su suerte para conseguir su intento, ejecútenlo por donde quieran, y si lo retardan, me entenderé con ellos de manera, que no está en sus libros."

Un historiador español confirma la existencia de esta sublevación latente del Perú en 1820. "El horizonte estaba cargado de nubes y amenazaba tempestad. Habían desembarcado varios emisarios de San Martín con el objeto de pervertir el espíritu público y conmover las provincias, y aunque algunos habían sido aprehendidos, los más seguían ejerciendo su pestífero influjo. El país quedó estremecido con el fuego de la seducción de estas infernales maquinaciones, y se aumentó con el desasosiego del jefe español (el Virrey) que tenía que luchar, más bien con intrigas, que con la fuerza, pues temía fundadamente que, cuando el enemigo presentara la cara, había de contar con el apoyo de la opinión."

IX

El fracaso de la expedición de Osorio en 1818 y las agitaciones sordas de la opinión que empezaron a hacerse sentir desde entonces, habían reducido al virrey Pezuela a una estricta defensiva, según antes se explicó (véase capítulo XVIII, párrafo VI), sin contar en su ánimo amilanado ideas salvadoras. "La salvación —decía— de estos reales dominios no depende de los esfuerzos que se hicieren de este virreinato, aun cuando le venga de la Península un refuerzo mucho mayor de los que está recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas partidas; y no es poco hacer el contener por acá los progresos del osado y activo enemigo que en todas partes, por la adhesión de la pluralidad, encuentra prontamente los auxilios que necesita al paso que por la opuesta razón todo lo oculta para los ejércitos del Rey. La redención debe venir por el Río de la Plata mismo, si es que no se logra más pronto por la intervención de los demás soberanos de Europa." Y sirviéndose de la clave secreta comunicaba atribulado a su gobierno. "He descubierto una horrorosa conjuración próxima a estallar en el Callao y Lima. Los cómplices son muchos. Es casi infalible la próxima venida de la expedición de Chile a atacar este virreinato por mar y por tierra. Yo no reúno cinco mil hombres para la defensa de esta inmensa costa. Estos datos y la conocida disposición de los ánimos, pintan bastante mi cruel situación y el riesgo de estos países. Mi esperanza finca únicamente en la oportuna llegada de los 2.000 hombres que debían salir en marzo de Cádiz; y si no llegan a tiempo, tocaremos en los extremos de la desesperación."

En este sobresalto vivió el virrey Pezuela por el espacio de dos años, desde 1818 a 1820, esperando por momentos la invasión anunciada. Hombre testarudo, absolutista convencido en política, con cualidades de general que había acreditado en sus campañas del Alto Perú, en el gobierno del virreinato mostró no tener talentos administrativos ni militares como director de la guerra, ni serenidad, siquiera para conjurar los peligros de su situación. Vencedor en Sipe-Sipe, había juzgado que era empresa arriesgada invadir las provincias argentinas; pero cuando hubo entregado el mando del ejército del Alto Perú a su sucesor el general La Serna, instó a éste para que la tentase. El vergonzoso rechazo de La Serna por los gauchos de Salta había comprometido el crédito militar de éste en 1818; pero en esta campaña aprendió una cosa, y fue saber apreciar las raras cualidades de las tropas nativas que hacía seis años sostenían la guerra en pro del Rey. Persuadido de que el nervio del ejército realista la constituían los famosos batallones vencedores en la guerra de la Península que le acompañaron, no supo

apreciar en un principio el temple del arma que se ponía en sus manos, pretendió disolver los cuerpos del país interpolando sus soldados con los europeos. Esto le enajenó la buena voluntad de los naturales y produjo dos resultados fenomenales. El primero fue quitar a la lucha el carácter de guerra civil que hasta entonces tenía por la identidad de los combatientes, y darle el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. El segundo fue dividir el ejército en dos bandos; pues como los jefes americanos eran francamente absolutistas, y por eso peleaban contra la independencia, y los europeos eran en su mayor parte decididamente liberales, incluso el general en jefe, de aquí provino una rivalidad, que alteró profundamente la constitución moral del ejército realista. Este grave error le ha sido reprochado a La Serna por todos los historiadores españoles y hasta por sus mismos partidarios, y a su deletérea influencia atribuyen el lamentable desenlace de la guerra para las armas españolas.

Ante el amago de la expedición de San Martín, todo el conato del Virrey fue reforzarse en el Bajo Perú, trayendo a sí parte del ejército del Alto Perú a fin de tomar un cuerpo de reserva en Arequipa. De aquí provino una grave desinteligencia entre el Virrey y La Serna, que empezó por destemplar los resortes de la disciplina, y debía ser más tarde el origen de una doble descomposición, que al despojar al gobierno supremo de la colonia de su autoridad legal, destruiría la unidad de acción de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú, según se verá después. El general, en virtud de su nombramiento real directo, sostenía que, como responsable ante el soberano, debía tener su libertad de acción en lo relativo a operaciones militares de su ejército. El Virrey pretendía que, como autoridad suprema y director de la guerra, debía ser obedecido sin restricciones. Una agria correspondencia oficial sobre estos tópicos y otras accidentales disidencias se entabló entre ambos, que dio por resultado la renuncia del general. Próximo a regresar La Serna a España, los anuncios de la expedición libertadora de Chile y las instancias de sus compañeros de armas, juntamente con las del mismo Virrey, le hicieron desistir de su resolución, y en la época a que hemos llegado hallábase inactivo en Lima. De este modo, el mando del ejército del Alto Perú pasó más tarde al general José Antonio Alañeta, absolutista acérrimo y enemigo declarado de los constitucionalistas, que como discípulo de la escuela de los generales americanos que habían encabezado la reacción realista en el país, y sostenido por un círculo de jefes criollos decididos por la causa del Rey, era rival de la preponderancia de los militares europeos y contrario a las opiniones políticas que en su mayoría profesaban. Así se preparaba la doble descomposición que hemos señalado antes condensándose en dos masas armadas; el liberalismo y el absolutismo español, trasplantado a los ejércitos coloniales.

La influencia del liberalismo español en el desarrollo gradual de la revolución hispanoamericana es un hecho que ha sido señalado como mera coincidencia por unos y como causa eficiente por otros. Algunos historiadores, dominando el conjunto y guiados en el aparente caos de los acontecimientos por las coincidencias cronológicas, han tomado como hilo conductor las estrechas relaciones políticas entre la metrópoli y sus colonias, para deducir leyes ciertas y explicar su doble acción. En efecto, desde 1808 hasta 1820, los mismos hechos se repiten o se reflejan con variantes de formas o de tendencias en Europa y en América, obrando primero la España sobre la América desde 1808, ya por la acción del liberalismo, ya por la del absolutismo, hasta que en 1817, al atravesar San Martín los Andes, la idea de la independencia toma forma propia en las colonias y éstas reaccionan a su vez sobre la madre Patria.

En el Perú fue donde con más intensidad se hizo sentir en el orden militar la doble acción del liberalismo, por efecto de la composición heterogénea y la distribución territorial de los ejércitos que lo defendían. Mientras en el Alto Perú se reconcentraban los cuerpos realistas compuestos de naturales del país, con jefes de opiniones absolutistas a su cabeza, en el Bajo Perú se reunían todos los cuerpos europeos, con generales peninsulares prestigiosos señalados por sus ideas liberales, en abierta oposición con las que profesaba el Virrey. De estos generales —que pronto veremos entrar en acción— conocemos ya a La Serna, en cuyas manos debía mantenerse alzado y abatirse al fin el último pendón real en América. Desempeñaba el puesto de jefe de estado mayor el general José Canterac, francés de origen, carácter espontáneo y generoso, que por sus conocimientos especiales era considerado como el maestro de la caballería realista. Seguían otros de menor importancia por entonces, entre los que se contaban los jefes superiores, Mariano Ricafort, Baldomero Espartero, José Carratalá, José Santos La Hera, Juan Loriga y Andrés García Camba, el futuro historiador militar éste de los trabajos de sus compañeros de armas. Dominaba este grupo, por su carácter y su inteligencia, el coronel Jerónimo Valdés, asturiano, que a la sazón contaba treinta años de edad. Era el Bayardo del ejército español, que según la expresión de un adversario suyo, hacía recordar los heroicos militares de Carlos XII. Tipo original por su carácter austero, tan desinteresado como humano, y tan activo como resuelto, poseía, a la par de un espíritu bastante cultivado, un alma intrépida y serena. Era, en suma, un hombre de guerra con verdadero genio militar en su esfera, que, a la inversa de La Serna, estimaba en alto grado las tropas indígenas, cuyas raras cualidades para la guerra de montaña supo utilizar, haciéndose amar de ellas, y que ha dejado en América la reputación del más temible y del más noble de los adversarios.

Los ejércitos que por entonces defendían el Perú bajo la bandera del rey de España alcanzaban a veintitrés mil hombres, según declaración de los mismos españoles fundada en documentos oficiales. Sus dos grandes núcleaos, sin contar las guarniciones de las fortalezas y tres divisiones volantes, los constituían el ejército del Bajo Perú que defendía a Lima, fuerte de más de ocho mil hombres, y el del Alto Perú, que pasaba de siete mil. En su totalidad estas fuerzas representaban cinco tantos y cada uno de sus núcleos aisladamente, el doble del ejército invasor con que iban a combatir. Según documentos auténticos, conformados por los hechos, el ejército expedicionario de San Martín apenas pasaba de cuatro mil hombres: dos mil argentinos y dos mil chilenos.

Tal era la situación política y militar del Perú al tiempo de emprender San Martín la expedición libertadora en 1820, y tales las fuerzas de los beligerantes que iban a medirse en el último campo de batalla de la independencia americana.

Capítulo XXVI

LA EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU. (PISCO. NEGOCIACIONES DE MIRAFLORES)

1820

San Martín en marcha al Perú. — La lógica del destino y la prosecución de una idea. — Ultima despedida de San Martín de la patria. — Fuerza y composición del ejército chilenoargentino y de la escuadra chilena de la expedición libertadora. — O'Higgins y la expedición del Perú. — Objetos declarados de la expedición. — Instrucciones de San Martín y de Cochrane. — Plan de invasión de San Martín. — Desembarco en Pisco. — San Martín define militar y políticamente el carácter de la expedición. — Efecto que causa en Lima la invasión. — Medidas para contrarrestarla. — El Virrey abre proposiciones de paz. — Motivos públicos y secretos que lo impulsan a esta apertura. — Negociaciones de Miraflores y su ruptura. — Iniciativa monarquista. — Correspondencia secreta sobre las conferencias de Miraflores. — Manifiesto de San Martín sobre las negociaciones. — Arenales penetra sigilosamente con una columna a la sierra. — Maniobras de San Martín para cubrir este movimiento. — Decreta la bandera y el escudo del Perú. — Se reembarca en Pisco y se dirige al Norte. — Examen crítico sobre el desembarco y permanencia en Pisco.

I

"Se acerca el momento en que yo voy a seguir el destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú. Voy a abrir la campaña más memorable de nuestra revolución, y cuyo resultado aguarda el mundo para declararnos rebeldes, si somos vencidos o reconocer nuestros derechos, si triunfamos. De ellos penden la consolidación de nuestros destinos, las esperanzas de este vasto continente, la suerte de nuestras familias, la fortuna de nuestros amigos, en fin, lo más sagrado, que es nuestro honor. Fiado en la justicia de nuestra causa y en la protección del Ser Supremo, os prometo la victoria. El día más grande de nuestra revolución está próximo a amanecer." Así hablaba San Martín, dirigiéndose a los chilenos y argentinos, que le habían confiado sus armas redentoras, al emprender la expedición del Perú.

En 1814 el general del ejército del Norte, al señalar el nuevo itinerario militar de la revolución sudamericana por él descubier-

to, había dicho: "Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará." En 1820 el general de los Andes, al dilatar su campo de acción en las costas del mar Pacífico y trasladar la guerra ofensiva a otro teatro, "seguía —según sus propias palabras— al destino que lo llamaba, para responder a las esperanzas de un continente, consolidando los destinos de la revolución sudamericana." Tales eran los propósitos a que respondió su campaña final, persiguiendo la realización de una idea, incubada y desenvuelta prácticamente en el espacio de seis años de no interrumpido trabajo. Era la lógica de un destino que se cumplía.

En la vida de los hombres de acción consciente y de pensamiento deliberado, una idea constituye la trama de su vida. La vida de Colón está encerrada en una idea: buscar el oriente por el occidente, dada la redondez de la tierra, lo que debía conducirle al descubrimiento de un nuevo mundo. La vida de San Martín está encerrada en otra idea análoga: buscar el camino militar de la revolución sudamericana por el camino opuesto al hasta entonces seguido, lo que debía conducirle a fijar el punto estratégico de la victoria final de un nuevo mundo republicano. Y lo que tiene de más admirable esta concepción concreta dentro de sus líneas precisas, es que, allí donde previó su genio que la guerra continental se circunscribiría y terminaría, allí se circunscribió, se condensó y terminó, como Colón encontró la tierra buscada en el punto matemático calculado. Con razón se ha dicho, que a esta idea por él concebida y ejecutada, debe su inmortalidad.

Antes de lanzarse a la atrevida empresa, a que lo llamaba su destino, el libertador exhaló la primera y última queja que haya brotado de sus labios silenciosos al descubrir la llaga secreta que lo atormenta. "Voy a manifestaros mis quejas —decía en su proclama a los argentinos— no porque el silencio sea una prueba difícil para mis sentimientos, sino porque yo no debo dejar en perplejidad a los hombres de bien, ni puedo abandonar enteramente a la posteridad el juicio de mi conducta, calumniada por hombres, en quienes la gratitud, algún día recobrará sus derechos." Y contemplando con dolor la confusa situación política de las Provincias del Río de la Plata, les dirigía sus consejos: "Antes de mi partida quiero deciros algunas verdades que sentiría las acabarais de conocer por experiencia. Tengo motivos para conocer vuestra situación, porque en los ejércitos que he mandado, me ha sido preciso averiguar el estado político de las provincias que dependían de mí. Vuestra situación no admite duda: diez años de constantes sacrificios sirven hoy de trofeo a la anarquía: la gloria de haberlos hecho es un pesar actual, cuando se considera su poco fruto. Habéis trabajado un precipicio con vuestras propias manos, y acostumbrados a su vista, ninguna sensación de horror es capaz de deteneros." Al referirse a la forma institutiva de gobierno que de hecho había

prevalecido por las tendencias disolventes de las multitudes y por caudillos locales, en medio de la desorganización nacional, agregaba: "El genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación: esta palabra está llena de muerte, y no significa sino ruina y devastación. Pensar establecer el gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente a los gastos del gobierno general, fuera de los que demanda la lista civil de cada estado, es un plan cuyos peligros no permiten infatuarse, ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad." Anticipándose al tiempo, señala los fatales resultados de la anarquía: "Compatriotas: yo os hablo con la franqueza de un soldado: si, dóciles a la experiencia de diez años de conflictos, no dais a vuestros deseos una dirección más prudente, temo que, cansados de la anarquía, superéis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien, lejos de fijar vuestro destino, no habrá más que prolongar vuestra incertidumbre."

En este documento solemne, en que al dirigirse por la última vez a sus compatriotas, se despedía para siempre de la patria, no podía dejar de explicar y justificar el acto de desobediencia que había decidido de su destino y del de la revolución: "Hasta el mes de enero próximo pasado el general San Martín merecía el concepto público en las provincias que formaban la Unión. Sólo después de haber triunfado la anarquía, ha entrado en el cálculo de mis enemigos calumniarme sin disfraz. Yo tengo derecho de preguntarles ¿qué misterio de iniquidad ha habido en esperar la época del desorden para denigrar mi opinión? Vosotros "me habéis acriminado aún en no haber contribuido a aumentar vuestras desgracias", porque éste habría sido el resultado, si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas." Mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo exponía a perderla, "abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden." En tal caso, era preciso renunciar a la idea de libertar al Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos." Y terminaba su manifiesto con estas melancólicas palabras: "Provincias del Río de la Plata: voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado, y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos."

II

El ejército expedicionario tomó la denominación de Ejército libertador del Perú. Componíase de dos batallones de artillería, con 413 plazas de tropa, 6 batallones de infantería con 3.053 bayonetas y dos regimientos de caballería con 652 jinetes, o sean 4.118 hombres de tropa que, unidos a los jefes y oficiales desde general a tambor, sumaban un total de 4.430 hombres. De éstos, 2.313 hombres de tropa pertenecían al ejército argentino de los Andes, y 1.805 al ejército de Chile. Con excepción de 3 batallones chilenos, todos los demás cuerpos eran mandados por jefes argentinos. El material de guerra constaba de 31 piezas de batalla y montaña, 2 obuses y 2 morteros, y un repuesto de armamento, equipos y vestuario para 15.000 hombres. El jefe de estado mayor era el general Juan Gregorio Las Heras, formando parte de él los generales divisionarios Juan Antonio Alvarez de Arenales, célebre ya por sus hazañas, y el ex gobernador de Cuyo, Luzuriaga. El representante de las Provincias Unidas en Chile, D. Tomás Guido, acompaña al generalísimo y al amigo en calidad de primer edecán con el título de coronel, pero en realidad como confidente y diplomático bélico. Alvarez Jonte, moribundo, hacía su última campaña en la vida como auditor de guerra en la expedición a que tan eficazmente había cooperado. El doctor Bernardo Monteagudo, reconciliado con su antiguo amigo, y Juan García del Río, natural de Cartagena de Indias, notable hombre de letras y patriota decidido, que había conocido a San Martín en Europa, y ligándose después a su fortuna, dirigían la secretaría de guerra. Estos dos personajes, que de republicanos ardientes habíanse convertido en monarquistas convencidos, debían ejercer como consejeros una funesta influencia en los destinos políticos del futuro libertador del Perú. La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional, según lo convenido con San Martín (véase Cap. XXIV, párrafo III), concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chilenoargentino.

La escuadra se componía de ocho buques de guerra con 247 cañones y víveres para seis meses, tripulados por 1.600 soldados y marineros, de los cuales seiscientos eran extranjeros (ingleses en su mayor parte), y el resto chilenos; de dieciséis transportes, que medían más de siete mil toneladas, con provisiones para cuatro meses del ejército de desembarco, y once lanchas cañoneras. Estos elementos bélicos se hallaban reunidos en el puerto de Valparaíso a mediados de agosto (1820). Simultáneamente acudían de todos los pun-

tos del territorio las tropas expedicionarias, animadas de gran entusiasmo. Cada soldado puesto en el Perú costaba la cantidad de $ 160, obligándose los contratistas a preparar los transportes, pagar el mantenimiento de hombres y caballos por el espacio de cinco meses y suministrar cuatro mil vestuarios. El hospital perfectamente arreglado, iba a cargo de los cirujanos de los Andes, Paroissien y Zapata. La comisaría y el parque con dotación completa de equipos y municiones. La caja militar contaba con un fondo de reserva de 180.392 en dinero efectivo y documentos de crédito.

Desde los primeros días de la revolución sudamericana y después de la empresa de la reconquista de Chile por las Provincias Unidas, que dio la gran señal de la guerra ofensiva, jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso eficiente del ejército de los Andes a costa de inmensos sacrificios. El director O'Higgins, que en 1819 había pactado con el gobierno argentino llevar en común la libertad al Perú, costeando ambos estados los gastos, hizo honor a las armas aliadas y al solemne compromiso internacional contraído ante el mundo, al tomar la ardua empresa a su cargo, e impulsarla vigorosamente con fe. Al recordar más tarde las angustias que le costó, exclamaba: "Yo debí encanecer a cada instante. Sólo la futura suerte de Chile (y de la América) podía sostener mi corazón y mi espíritu. El que no se ha visto en estas circunstancias, no sabe lo que es mandar. Es el mayor y el más digno sacrificio que podía ofrecer a mi patria."

III

El objeto declarado de la expedición era concurrir a fundar una nueva república independiente, con arreglo a la política emancipadora inaugurada por las Provincias Unidas del Río de la Plata al emprender la reconquista de Chile, sellada por la alianza argentinochilena, de que San Martín se había constituido en campeón, bajo la garantía de las dos naciones redentoras. (Véase capítulo XXI, párrafo III.) Así lo confirmó el director O'Higgins en su proclama a los peruanos: "Inmediatamente un respetable ejército de los valientes de Maipú y Chacabuco (argentinos y chilenos) ocupará vuestro suelo. He aquí los pactos y condiciones con que Chile delante del Ser Supremo y poniendo a todas las naciones por testigos y vengadoras de su violación, arrostra la muerte y las fatigas para salvaros. Seréis libres e independientes, constituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes; ninguna influencia militar o civil. directa o indirecta, tendrán estos hermanos en vuestras disposiciones socia-

les; despediréis la fuerza armada que marcha a protegeros en el momento que dispongáis; jamás alguna división militar ocupará un pueblo libre, si no es llamada por sus legítimos magistrados; y prontas a destrozar la fuerza armada que resista vuestros deseos, os rogaremos que olvidéis todo agravio anterior al día de vuestra gloria. Ha llegado el día de la libertad de América, y desde el Missisipí hasta el Cabo de Hornos, en una zona que ocupa la mitad de la tierra, se proclama la independencia del Nuevo Mundo."

El 20 de agosto de 1820, por la tarde, zarpó del puerto de Valparaíso la expedición bajo la protección de la bandera de Chile que la cubría, en medio de las salvas de la artillería de mar y tierra y de las aclamaciones del pueblo, presente el director O'Higgins. El almirante Cochrane, montando la *O'Higgins,* llevaba la vanguardia para enseñar el camino abierto por sus proas en las aguas del Pacífico. La *Lautaro* y el *Galvarino* acompañaban la capitana. Seguían las tropas de desembarco en doce transportes formados en columna. En segunda línea iban seis transportes que conducían el material de guerra, flanqueados por la *Motezuma* y el *Araucano.* La retaguardia formábanla las once lanchas cañoneras en línea. Cerraba la marcha el *San Martín,* que conducía el estado mayor donde el generalísimo había enarbolado su enseña, navegando en conserva con la *Independencia.*

En alta mar abrió el almirante el pliego de sus instrucciones y leyó con despecho: "El objeto de la expedición es rescatar al Perú de la servidumbre de España, elevarlo al rango de una potencia libre y soberana, y concluir por ese medio la grandiosa obra de la independencia continental de Sud América. El capitán general don José de San Martín es el jefe a quien el gobierno de la república ha confiado la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa, a fin de que las fuerzas expedicionarias de mar y tierra, para obrar combinadas simultáneamente, reciban un solo impulso comunicado por el consejo y dirección del general en jefe. En este concepto, desde que zarparen de Valparaíso la escuadra y transportes expedicionarios, obrará precisamente en consecuencia del plan que le suministre el general en jefe, tanto sobre el punto de desembarco como respecto del movimiento y operaciones sucesivas; de suerte que, no podrá V. S. por sí mismo obrar con el todo o parte de los buques de guerra de su independencia, sino que observará absolutamente la línea de conducta que respecto de las operaciones de la escuadra le trazase y fuera trazando el general, según él lo creyese conveniente. Se recomienda la más exacta observancia de esta mi resolución bajo toda especie de responsabilidad."

En cuanto al generalísimo, se ha dicho que fue provisto de instrucciones expedidas por el Senado de Chile, y su texto ha sido considerado por todos los historiadores como la pauta que debía reglar su conducta política y militar. San Martín ha negado categó-

ricamente el hecho. Bien que esas instrucciones estuviesen concebidas en el espíritu de las que dirigieron al general de los Andes al reconquistar a Chile y fuesen armónicas con los pactos internacionales y promesas que precedieron a la expedición del Perú, en su letra eran meramente políticas y administrativas, trazando en suma un minucioso plan de organización constitucional, inconciliable tal vez con las imperiosas exigencias de un invasor, que tenía que luchar con quíntuples fuerzas en una vasta extensión de territorio ocupado por tres o más ejércitos beligerantes. Sin duda por esto, el director O'Higgins, que había depositado toda su confianza en el general expedicionario, retuvo las instrucciones sin darles curso, y se limitó a la proclama antes citada, cuyos conceptos son más explícitos, aunque en términos generales, y a las instrucciones dadas al almirante Cochrane para que se subordinase en un todo a sus planes. Así, cuando ellas fueron publicadas más tarde en un diario del Perú, el general San Martín pudo decir y dijo: "Protesto no haber recibido instrucciones de ningún género de los gobiernos de Chile y Provincias Unidas, a menos de no tenerse por tales la orden de marchar con 3.800 hombres de ambos estados a libertar a sus hermanos del Perú."

No teniendo el general de los Andes en su patria autoridad a quien dar cuenta ni de quien recibir instrucciones, dirigióse al cabildo de Buenos Aires, iniciador de la revolución sudamericana, como al representante histórico del pueblo argentino. "El día de mañana se da a la vela «la expedición libertadora del Perú». Como su general, tengo el honor de informar a V. E. que representa al pueblo heroico, al virtuoso pueblo, más digno de la historia de Sud América y de la gratitud de sus hijos; protestando, que mis deseos más ardientes son por su felicidad; y que, desde el momento en que se erija la autoridad central de las Provincias, estará el ejército de los Andes subordinado a sus órdenes superiores con la más llana y respetuosa obediencia."

IV

Como de costumbre el general reservó de todos su plan de campaña, obrando silenciosamente según sus propias inspiraciones. Sólo confió una parte de él a Cochrane, quien defraudado en su aspiración de mandar en jefe la expedición, aceptaba de mal grado la subordinación absoluta al director de la guerra a que lo reataban sus instrucciones. Según el almirante, el generalísimo le manifestó que su objeto era dirigirse con el cuerpo principal de su ejército a Trujillo, o sea al norte de Lima. El plan que en cambio les sugirió, era una improvisación propia de su genio impetuoso, que iba derecho al objetivo cercano, sin medir los obstáculos ni prever las

consecuencias lejanas. Consistía en desembarcar en Chilca, el puerto más inmediato al Callao, y apoderarse sobre la marcha de Lima, "empresa — son sus palabras — nada difícil y de éxito seguro". Era una operación sin base ni prospecto, cuyo resultado habría sido gastarse estérilmente las cortas fuerzas invasoras por su propio roce, como la experiencia lo demostró muy luego.

San Martín había abandonado su antigua idea de expedición al sur del Perú, dirigiéndose a Arequipa o al Cuzco, con el objeto de obrar en combinación con el ejército de Belgrano, que, según el plan primitivo, debía invadir por el Alto Perú. Faltábale ese apoyo indispensable, y además este teatro de guerra nada prometía por sí. Para emprender operaciones decisivas en el interior del país, tenía que abandonar su base natural de operaciones y las comunicaciones inmediatas con la escuadra, que se aseguraba el dominio de todo el litoral peruano desde Arica a Payta: una vez comprometido en la región montañosa del sur, se encontraría con 4.000 hombres escasos, flanqueado por dos ejércitos, que en un momento dado podían concentrar sobre él triple número de fuerzas. Una batalla parcial ganada nada decidía; y perdida, fracasaba la expedición. Su objetivo era Lima, pero con vistas más largas y más precisión que Cochrane.

El general invasor tenía que subordinar sus planes a tres exigencias capitales que se imponían: evitar ponerse en inmediato contacto con el enemigo al desembarcar, por la desproporción de las fuerzas; llamar la atención del enemigo por distintos puntos, a fin de evitar su reconcentración; y por último, revolucionar el país para robustecer su acción y poderse mantener en él. Estos resultados se obtenían, operando parcialmente por la sierra del sur, con una base de operaciones al norte sin perder el dominio de las costas, para estrechar gradualmente a Lima y ocuparla en su oportunidad, y apoderarse a la vez de la mitad del país, sin comprometer nada y conservando íntegro su poder militar. Otra consideración que se ligaba con su vasta idea de campaña continental, le aconsejaba la adopción de tan juicioso plan, por otra parte el único posible en las condiciones en que se encontraba. El gobierno de Chile, al decidir la expedición del Perú, habíase dirigido a Bolívar, dueño a la sazón de Nueva Granada, con el objeto de combinar las operaciones estratégicas de la revolución sudamericana, condensando todo su poder militar en un punto. De este modo se vinculaba por las armas la revolución continental consolidada políticamente en sus dos extremidades; circunscribíase el campo de la lucha, acelerando su éxito final; los enemigos quedarían aislados en la parte mediterránea del continente, sin comunicaciones con la metrópoli; y así se cumplirían el pronóstico de San Martín y la promesa de Bolívar, de que la guerra de la independencia sudamericana terminaría en el Perú, como terminó.

El desarrollo metódico de este complicado plan requería paciencia y astucia, tiempo y espacio dilatado. El general, en prosecución de él, con el objeto de hacer creer al adversario que su ataque sería por el sur, resolvió tomar tierra en Pisco, a los dieciocho días de una navegación feliz de mil quinientas millas. El almirante, siempre despechado y con la vista fija en Lima, se manifestó disconforme con esta resolución, pero hubo de ceder de buen grado ante una voluntad inquebrantable que sabía lo que hacía y lo que quería, apuntando más tarde en sus memorias, al difamar a su compañero de armas: "Por qué motivo obraba así, no pude saberlo entonces." Súpolo, empero, cuando el éxito puso de relieve los lineamientos del plan, haciendo justicia él mismo a la habilidad y la prudencia con que, con tan escasos medios y en medio de tantas dificultades, fueron conducidas las operaciones de la invasión, según se verá más adelante.

V

La playa de Pisco es un arenal que se extiende al pie occidental del gran macizo de la cordillera, que bañan las aguas del Pacífico, entre 10º y 15º de latitud, a 260 kilómetros al sur de Lima, y forma parte de la región conocida en la geografía del Perú con la denominación de "la costa", que hemos bosquejado ya. (Véase Cap. XXV, párrafo II.) Su puerto principal es la bahía de Paracas, célebre desde esta época en la historia, que toma su nombre de los vientos y fuertes marejadas del cuadrante del N. O. que azotan su entrada. La villa de Pisco hállase situada como diez kilómetros al norte, y comunica con los inmediatos valles de Ica, Chincha y Nasca, al pie de la sierra, famosos por su fertilidad desde el tiempo de los Incas, y por sus ricas haciendas cultivadas entonces por los esclavos de raza africana. En la bahía de Paracas desembarcó en la mañana del 8 de setiembre de 1820 la primera división del ejército libertador del Perú, mandada por Las Heras. A las 7 de la noche fue ocupado el pueblo sin resistencia. El 13 estaba en tierra todo el ejército, y acampado en el valle de Chincha, extendía sus reconocimientos al interior del país, estableciendo el cuartel general en Pisco.

El Virrey, en la incertidumbre de las intenciones del general invasor, había desparramado sus fuerzas a lo largo de la costa desde Guayaquil hasta Arica, manteniéndose a la expectativa, con los ejércitos de Lima y del Alto Perú en sus posiciones y sus reservas en la sierra. De esta manera se presentaba débil en todos los puntos vulnerables e inerte en los centros de su poder. En Pisco, y cubriendo sus valles inmediatos, había situado una división de 500 infantes, y 100 jinetes con dos piezas de artillería al mando del co-

ronel Manuel Quimper. Al solo amago del desembarco, esta fuerza se puso en fuga, sin intentar dificultar la marcha y ni siquiera ver de cerca al enemigo o mantenerse en observación, no obstante lo ventajoso del terreno para las hostilidades de guerrillas. Luego se verá cuál fue la desastrosa suerte de esta fuerza.

Por su parte el generalísimo, al poner el pie en tierra, establecía las reglas disciplinarias de su ejército, dirigiéndose especialmente a los argentinos reconquistadores de Chile: "Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y sólo falta que el valor consume la obra de la constancia. Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América, y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos. Los peruanos son nuestros hermanos: abrazadlos, y respetad sus derechos como respetasteis los de los chilenos después de Chacabuco." El que robase o tomase por valor de dos reales para arriba, sería pasado por las armas, previo consejo de guerra verbal sobre el tambor. El que derramase una gota de sangre fuera del campo de batalla, sería castigado con la pena del talión. Todo insulto contra los habitantes del país, fuesen americanos o europeos, o exceso contra la moral pública y sus costumbres, sería castigado hasta con la pérdida de la vida. "Acordaos, decía a sus soldados al terminar su severo bando, que toda la América os contempla, y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, donde quiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio."

Como la invasión coincidiese con la proclamación de la constitución liberal de España y su jura en el Perú, el libertador aprovechaba la ocasión para definir netamente el carácter político de la lucha, proclamando la abolición definitiva del sistema colonial. "La nación española, decía a los peruanos, ha recibido al fin el impulso irresistible de las luces del siglo, ha conocido que sus leyes eran insuficientes para hacerla feliz. Los españoles han apelado al último argumento para demostrar sus derechos. La revolución de España es de la misma naturaleza que la nuestra: ambas tienen la libertad por objeto, y la opresión por causa. Pero la América no puede contemplar la constitución española sino como un medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial, que es imposible conservar por más tiempo por la fuerza. Ningún beneficio podemos esperar de un código formado a dos mil leguas de distancia sin la intervención de nuestros representantes. "El último virrey del Perú" hace esfuerzos por prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación. Este es el voto del Ejército Libertador, ansioso de sellar con su sangre, la libertad del Nuevo Mundo."

Mientras tanto, el ejército invasor se establecía sólidamente en el territorio ocupado; se proveía abundantemente con los recursos

de la comarca; montaba su caballería; remontaba su infantería con 600 esclavos de las haciendas declarando libres a los que tomasen las armas, y preparaba una expedición que fuese a llevar la insurrección al interior del país, haciendo una poderosa diversión a la vez que contorneaba las provincias limítrofes de Lima, para darse la mano con el grueso de las fuerzas invasoras que atacarían por el norte, con el litoral por base de operaciones.

VI

Cuéntase por tradición que, al saber Pezuela el desembarco de Pisco, exclamó jocosamente: "A cada puerco le llega su San Martín". Según un testigo presencial que llevaba un diario de las novedades de Lima, muy distinta fue la impresión que experimentó en medio de los cuidados que lo asediaban. No era el menor de ellos el restablecimiento de la constitución de 1812, que, contrariando sus opiniones, fomentaba en su ejército una fuerte oposición liberal que le era hostil, según se explicó antes. (Véase Cap. XXV, párrafo VIII.) Preparábase, empero, a hacerla jurar en la capital, aunque de mala gana, en obediencia a las órdenes de su gobierno, cuando, en medio de músicas y festejos, recibió el primer anuncio de la invasión (11 de setiembre). "El enemigo se halla al frente, dijo arengando al pueblo desde su balcón, y así, mejor será estar atento para derrotarlo, después alegrarse". Los patriotas al oír estas palabras, experimentaron gran alegría, mientras que los realistas se retiraron desalentados y llenos de tristeza.

Atribulado el Virrey, sin acertar a combinar un plan de ataque ni defensa, limitóse a reforzar a Quimper con un escuadrón de milicias, y a situar en Cañete y Lurní, entre Lima y Pisco, una vanguardia de caballería al mando del teniente coronel Andrés García Camba. Estas fuerzas, que reunidas alcanzaban al número de 2.000 hombres, permanecieron en inacción, sin recibir ningún impulso. Su ánimo era combatir la invasión por medio de la diplomacia, en la impotencia, reconocida por todos sus subordinados, de rechazarla militarmente, dada la superioridad marítima de los independientes y el estado de desmoralización del ejército y de la opinión general. Sus instrucciones reservadas le prevenían: "invitar a los disidentes a una transacción racional sobre la base de la jura de constitución de la monarquía española y sometimiento a su gobierno supremo, y acaso de no avenirse, procurar una suspensión de armas, mientras los diputados americanos se dirigiesen a España a exponer sus quejas ante el soberano, o bien a la espera de los que éste enviase a América para arreglar las diferencias pendientes." Preparábase en consecuencia a enviar una misión a Chile con estas proposiciones, cuando recibió el aviso de que su terri-

torio había sido invadido por los disidentes. Variando entonces de plan, se dirigió abiertamente a San Martín, brindando la paz, a la vez que a las Provincias del Río de la Plata, por intermedio del general del Alto Perú.

En las instrucciones del general del Alto Perú para tratar con las Provincias del Río de la Plata, se prevenía: "1º Convidarlas a adoptar la constitución española, enviando sus diputados a las cortes, para elevar el nuevo sistema político en ambos mundos al mayor grado de felicidad y gloria. 2º Proponer ante todo, un armisticio durante las negociaciones, señalando límites militares, con la condición de previa y recíproca notificación para volver a romper las hostilidades. 3º Caso de no entenderse sobre estas bases, ofrecer dejarlas en posesión del mando político que retenían, aunque fuese por tiempo indeterminado, con promesa de reconocer la legitimidad de las deudas que hubiesen contraído como disidentes, a pagar con sus rentas sobrantes. 4º De no convenirse en estos términos, se prometería enviar comisionados especiales cerca de ellas, a fin de oír sus quejas en todas las ramas de la administración y formar un arreglo provisional de comercio, bajo el subententido de una suspención de hostilidades "entre ambos gobiernos (sic)". 5º Llegado el caso de ajustar un convenio con las "Provincias Unidas (sic)" bajo cualquiera de las bases indicadas y si opusiesen algún estorbo los muchos extranjeros enlazados y avecindados en ellas, se les aseguraría el goce de sus propiedades, ofreciéndoles indemnizaciones según las circunstancias." Esto importaba reconocer no sólo beligerantes a los disidentes, sino también la legitimidad de la revolución de las colonias, aceptando indefinidamente su independencia de hecho, aunque sin declararla de derecho, punto capital sobre que versaba la cuestión que las armas no habían resuelto aún.

En este mismo espíritu estaban concebidas las instrucciones dadas a los comisionados que debían tratar con San Martín, quien, en su carácter de general de las tropas argentinas y chilenas, ofrecía la ventaja de poder entenderse con ambos países beligerantes. En su oficio de apertura decíale el Virrey: "Esta larga guerra hasta el día no ha producido otros frutos que muertes, miserias y ruina; y el estado actual de las cosas tampoco los ofrece menos amargos ni más sazonados. Las condiciones y planes llenarán los deseos de V. E., por lo que me persuado labren en su espíritu aquella noble impresión que sienten las almas grandes cuando la suerte las destina a ser instrumentos de la felicidad general." El generalísimo contestó: "Deseoso de prestarme a todo lo que conduzca a la conclusión de la guerra, convengo en escuchar las proposiciones de V. E. siempre que no contradigan a los principios que los gobiernos libres de América se han propuesto por regla invariable. Esto era establecer la condición "sine qua non" de la indepen-

dencia, que el gobierno de España procuraba eludir por aplazamiento indefinido.

San Martín nombró por su parte, para tratar, a Guido y a García del Río, y el Virrey al conde Villar de Fuente y al teniente de navío Dionisio Capaz, que tan desgraciado papel había representado en la pérdida de la *María Isabel.* Reunidos los comisionados en el pueblecito de Miraflores a once kilómetros de Lima, procedieron a ajustar un armisticio de hecho, y abrieron con franqueza sus conferencias.

Los comisionados del Virrey propusieron como base de arreglo la aceptación de la constitución española y el envío de diputados americanos a las cortes. Esta proposición estaba rechazada de antemano por la proclama de San Martín al definir el carácter político de la lucha por la emancipación sudamericana, y por la restricción de no oír ni pactar nada contrario a los principios que servían de regla a los pueblos independientes de América. Ante la negativa, los diputados del Virrey indicaron: que el ejército invasor se reembarcase y se restituyera a Chile, bajo la garantía de suspensión de toda empresa marítima y devolución de presas, con la restricción recíproca de no aumentar las respectivas fuerzas navales y terrestres, y condición de reponer al estado anterior a la guerra el comercio entre Chile y Lima, siguiendo Chile en el "estado político" en que se hallaba, toda vez que se prestase a enviar diputados a España para pedir lo que creyera conveniente.

Los emisarios de San Martín aceptaron la fórmula, modificándola fundamentalmente y presentaron una verdadera contraposición. Con el compromiso de nombrarse amigablemente una comisión conciliadora y enviar diputados a España, el ejército chilenoargentino evacuaría el Perú y se trasladaría a la margen izquierda del Desaguadero, ocupando las provincias de Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y La Paz; el ejército real del Alto Perú se replegaría de la mencionada línea divisoria durante el armisticio: las tropas españolas que mantenían la guerra en el sur de Chile, lo verificarían a la isla Chiloé, de manera de establecer los límites jurisdiccionales de 1810; el virrey del Perú no podría auxiliar a las tropas reales que ocupaban a Quito, si Bolívar hubiese abierto en Colombia iguales transacciones con Morillo. De este modo quedaban comprendidas y garantidas todas las repúblicas americanas que habían declarado su independencia y se restablecerían los límites jurisdiccionales de 1810. No pudiendo entenderse sobre estas bases contradictorias, los comisionados cerraron sus conferencias de común acuerdo (octubre 1º).

VII

En el curso de las negociaciones, los comisionados de San Martín, al sostener que la independencia americana era lo único que podía conciliar los intereses de ambos hemisferios, insinuaron: "Acaso no sería difícil hallar un medio de avenimiento amistoso, en que pudieran detenerse ambas partes, y que los uniese, consolidando la paz y felicidad de todos." En una entrevista privada que tuvieron con el Virrey, ampliaron este concepto enigmático: el medio, era el establecimiento de una monarquía hispanoamericana, que, sea como ardid diplomático o como la iniciación de un plan premeditado, esta iniciativa quedó desde entonces flotando en el misterio, como fórmula de la indefinida política libertadora. Más adelante la veremos reaparecer públicamente.

El virrey Pezuela, al dar cuenta de los incidentes de la negociación Miraflores, decía en nota reservada: "Traté de ponerme en comunicación con el general San Martín para arribar a una transacción final o al menos a una suspensión de hostilidades. No ha sido posible conseguirlo, porque, no queriendo admitirse por la parte contraria otra base que la independencia política del Perú, ni mi honor ni mis facultades me autorizaban para entrar en un convenio que la supusiese. El medio que los diputados de San Martín indicaron diciendo que "no sería difícil encontrar, en los principios de equidad y justicia, la coronación en América de un príncipe de la casa reinante de España, también me fue preciso desecharlo por lo que a mí toca, y reservar su examen al gobierno supremo de la nación. Mis propuestas para llegar a una conciliación fueron las más liberales, y llegué a hacer reservadamente la de reconocer a San Martín en su rango de general y a todos los jefes y oficiales en sus respectivas clases, así como desarmar mi ejército, si él hacía lo mismo con el suyo". Y en un memorándum secreto adjunto a su nota, decía respecto de la doble evacuación de los territorios del Alto y Bajo Perú por los beligerantes: "El arbitrio de ceder al general San Martín las provincias del Alto Perú correspondientes al virreinato de Buenos Aires, con tal de que retire sus fuerzas de mar y tierra del territorio de Pisco, ofrece tal cúmulo de dificultades y su ejecución produciría infaliblemente tan funestas consecuencias, que sería lo mismo que poner a disposición de los independientes el resultado. La experiencia y la observación de la marcha constante de los disidentes deben hacernos sentar como un axioma, que, colocados en una posición ventajosa, jamás dejarían las armas de la mano hasta que no logren generalizar su sistema en toda la América, y nunca firmarían una paz du-

radera mientras exista en ella una autoridad dependiente de la monarquía española."

Rotas las negociaciones, el armisticio fue denunciado en términos caballerescos, propios de la raza española. El general americano dijo: "Si se ha de hacer la guerra, y cabe en esto alguna satisfacción, será ciertamente con V. cuya opinión me inspira la confianza de que disminuirá por su parte la desgracia de esa fatalidad, asegurándole que por la mía nada excusaré al mismo fin." El general español contestó: "Haré la guerra con todos los lenitivos que demanda la humanidad, porque así lo quiere mi carácter, y así lo manda también el monarca cuyas paternales aspiraciones se han desatendido."

Los comisionados españoles y el Virrey en sus manifestaciones públicas, pretendieron cargar sobre San Martín la responsabilidad del malogro de la negociación, atribuyéndolo a "injusta pertinacia". El general contestó con elevación en un documento clásico, que puso de su parte la razón aumentando su prestigio como libertador, fenómeno singular después de una iniciativa de transacción, en que se había renunciado hasta la lucha en homenaje de la paz. "He dado a mi ejército, dijo, las órdenes que está acostumbrado a cumplir y he abierto la campaña sin temor, aunque con grande sentimiento. Los males de la guerra han afligido siempre mi corazón, porque no busco la victoria para satisfacer miras privadas, sino para establecer la independencia de mi patria y cumplir los deberes que el destino y la naturaleza me han impuesto. Es llegado el momento en que yo despliegue todos los recursos que penden de mi arbitrio; he pagado el tributo que debo como hombre público a la opinión de los demás; he hecho ver cuál es mi objeto y mi misión cerca de vosotros: vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron, y ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cualesquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones, y yo tendré la gloria de anunciar al gobierno de Chile, de que dependo, que sus heroicos esfuerzos al fin han recibido por recompensa el placer de dar la libertad al Perú y la seguridad a los estados vecinos. Mi ejército saludará entonces a una gran parte del continente americano, cuyos derechos ha restablecido al precio de su sangre, y a mí me quedará la satisfacción de haber participado de sus fatigas, y sus ardientes votos por la independencia del Nuevo Mundo."

El mismo día en que se denunciaba el armisticio (5 de octubre), penetraba sigilosamente a la sierra una división de las tres armas, al mando del general Arenales. Su objeto queda ya indicado. A su tiempo la seguiremos en su atrevida y bien combinada marcha. El generalísimo, con las tres cuartas partes restantes del ejército —como 3.500 hombres—, hizo alarde de invadir el valle de

Cañate, maniobrando de modo de paralizar la vanguardia que cubría a Lima, a fin de cubrir el movimiento de Arenales, de que el enemigo no tuvo conocimiento sino muy tarde. A los cuarenta y cinco días de haber tomado tierra en Pisco, comenzó el reembarco, dirigiéndose el convoy al Norte, para llamar la atención en rumbo opuesto al que seguía Arenales, pero en realidad buscando en su punto estratégico la reunión de las fuerzas terrestres y marítimas. En la víspera del embarque (24 de octubre) el libertador, como símbolo de independencia y garantía de que no dejaría las armas de la mano hasta alcanzarla, decretó la bandera de la nueva nación del Perú y su escudo nacional, disponiendo que la primera fuese blanca y encarnada, y el segundo, un sol naciente por encima de montañas escarpadas con un mar tranquilo a su pie.

Cochrane, en sus memorias, critica el desembarco y la permanencia de cuarenta y cinco días en Pisco, que, según él, fueron estériles o perjudiciales. Los escasos y apenas indispensables elementos de que disponía San Martín para hacer frente a doble número de fuerzas por cualquier punto que atacase, y el desarrollo metódico de un plan complicado, en que intervenía más que la fuerza, la estrategia, en líneas prolongadas, y la astucia que obraba secretamente, requerían, como se ha dicho, paciencia, tiempo y espacio dilatado. Si a esto se agregan las exigencias políticas que le aconsejaron oír las proposiciones de paz, para acreditar moderación y poner la razón y la opinión del país invadido de su parte, y las hábiles maniobras con que cubrió el movimiento de la columna de Arenales al interior de la sierra, haciéndola ganar a ésta quince días que decidieron el éxito de esta arriesgada operación, no puede decirse que esos cuarenta y cinco días fuesen mal empleados. El enemigo, juez más competente de los defectos del desembarco y de la permanencia en Pisco, ha reconocido que allí comenzó el desmoronamiento del poder militar del Perú, según testimonio de sus más caracterizados representantes. El jefe de estado mayor de la vanguardia realista, que permanecía en observación de los movimientos del ejército invasor, ha dicho: "San Martín ocupó sin oposición la villa de Pisco y los valles inmediatos desde Chincha a la Nasca; se proveyó de cuanto producía el país; montó su caballería; aumentó sus filas con los negros de las haciendas declarando libres a los que tomaban las armas; sublevó con facilidad los pueblos invadidos; destrozó al coronel Quimper; e internó a la sierra a Arenales, menoscabando visiblemente con tan rápidos progresos el crédito del poder legítimo." Respecto de los trabajos del general invasor durante las negociaciones de Miraflores, agrega el mismo: "San Martín utilizó todo el tiempo empleado en estas infructuosas negociaciones para extender la seducción en el país y combinar el plan de operaciones que diera a la revolución el impulso que se proponía." Por último, el mismo virrey del Perú, que veía preparar la invasión

y sentía estremecerse el suelo que pisaba, sin acertar a contrarrestarla con dobles y triples fuerzas, ni a establecer las contraminas, reconocía que el plan de operaciones de San Martín lo anonadaba, destemplando su poder: "Son muchos los peligros que me rodean. El tal San Martín, sin comprometer una acción formal, ha adoptado el plan más conveniente sin duda para sus fines. La seducción se va prolongando rápidamente, y el desfallecimiento de los pocos buenos deja reducida la causa de la nación a un corto número de defensores. Para desenredarme de esta situación en que nada se avanza y se consume mucho, necesito reunir más fuerzas que las que cuento en el día a mi inmediación." Cuando esto escribía el Virrey, tenía como 7.500 hombres en sólo Lima y dos tantos más en Guayaquil, la Sierra y el Alto Perú, mientras San Martín desprendía por su espalda una columna volante de 1.200 hombres, cubriendo su movimiento con hábiles maniobras, y se preparaba a atacarlo en el centro de su poder con menos de 3.500. En presencia de estos testimonios y estos resultados, hay que reconocer que las operaciones preliminares de San Martín al abrir la campaña del Perú fueron hábiles y acertadas, según confesión de los mismos enemigos, a quienes con tan escasos medios reducía a la impotencia por su actividad, su estrategia y su astucia.

Los primeros lineamientos del plan de campaña de San Martín empezaban a diseñarse. En el tablero del teatro de la guerra estaban dispuestas las piezas de modo de jugar metódicamente la gran partida para dar el jaque mate al poder colonial en Lima.

CAPÍTULO XXVII

LA EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU (APERTURA DE LA CAMPAÑA SOBRE LIMA)

1820-1821

Doble campaña militar y política. — La expedición zarpa de Pisco y llega al Callao. — Ostentación de fuerzas de San Martín. — Bloqueo de las costas del Perú. — Amago de desembarco en Ancón. — Combate de "Casa Blanca". — Desembarco del ejército expedicionario en Huacho. — Revolución de Guayaquil. — Concierto entre San Martín y Bolívar. — Toma de la fragata *Esmeralda* por Cochrane. — San Martín ocupa la línea de Huaura. — Combate de Chancay. — Pringles. — El batallón "Numancia" se pasa a los independientes. — Apurada situación de los realistas. — El norte del Perú. — Pronunciamiento de Trujillo y de Piura. — Avance de San Martín sobre Retes. — Plan de ataque de los españoles. — Repliegue de San Martín. — Organización de guerrillas patriotas. — La división de la Sierra se da la mano con el ejército invasor de la costa. — Reglamento privisional de Huaura. — Tres meses de campaña.

I

El generalísimo de la expedición libertadora del Perú llevaba de frente dos campañas: una militar, cuyo plan guardaba en su cabeza; otra política, cuyos hilos secretos él sólo manejaba. La primera describía un círculo que trazaban a lo largo de las costas marítimas las quillas de Cochrane, y en las fragosidades de la sierra los pies ligeros de la columna volante de Arenales. Este círculo, abierto en Pisco, debía cerrarse al norte del Perú, estrechando a Lima.

La segunda era más complicada. Tenía por base poner en actividad las fuerzas morales de la opinión, fomentando la insurrección del país, sin lo cual la empresa era imposible, dada la desproporción respectiva de las fuerzas militares. Desde su cuartel general de Pisco inició sus trabajos en este sentido. Durante las negociaciones de Miraflores, y después de despachar la expedición de Arenales, ocupóse en levantar el espíritu cívico de los naturales, promover la defección en las filas enemigas, concertar un plan para apoderarse

de las fortificaciones del Callao, preparar el levantamiento del norte del Perú a la vez que del interior por la parte de la montaña, y dar organización e instrucciones a sus agentes secretos en Lima para asegurarse elementos de movilidad y subsistencia en el punto por donde meditaba abrir su campaña militar. "No se ha perdido el tiempo que hemos estado en Pisco —escribía a O'Higgins, al reembarcarse—. Mis relaciones con Lima las he asegurado en términos que el día menos pensado pueden darle un mal rato al enemigo. Si no tenemos algún contraste que no esté en la previsión humana, muy en breve veremos recompensados nuestros trabajos con la libertad del Perú."

El 24 comenzó el reembarco y el 25 quedó terminado. La expedición tomó el rumbo de noroeste. A los tres días de navegación, con vientos propicios y calmas tropicales, avistóse la isla de San Lorenzo (29 de octubre). El general quiso hacer una ostentación de fuerzas que hiriese la imaginación del pueblo limeño, tan propenso a espectáculos teatrales. Dispuso que una parte de las tropas se trasladase a los transportes desocupados por la división de Arenales, vistiendo diversos uniformes. La escuadra penetró en la bahía del Callao, desplegando en primera línea fuera del tiro de cañón ocho buques de guerra en actitud de combate, y en segunda línea, diecisiete transportes cuajados de soldados. Como el terreno en el espacio de quince kilómetros desciende gradualmente en plano inclinado desde el pie de las montañas que forman el fondo del escenario, divisábanse distintamente desde el surgidero las torres y las murallas de la ciudad, con sus alturas coronadas de espectadores. En el intervalo se desarrollaba en línea recta el camino carril que une el puerto a la ciudad, con su magnífica alameda que remata en la portada principal de las fortificaciones y sus pintorescas casas de campo desparramadas en el ameno valle regado por el Rimac. Al pie de este anfiteatro veíase la población del Callao, dominada por los altos muros del castillo del "Real Felipe" con sus inmensos torreones, flanqueado por los dos castillos laterales de San Miguel y San Rafael erizados de cañones; y apiñados bajo los fuegos de las baterías, a flor de agua, que se extendían a lo largo de la ribera, los buques españoles de guerra y mercantes, con una línea de cañoneras, a vanguardia, protegida por defensas flotantes. Como lo dice un testigo presencial de esta animada escena: "La expedición libertadora y la capital del Perú estaban en mutua exhibición."

Una parte de la escuadra permaneció bloqueando el Callao, y el resto de ella con el convoy se dirigió a la bahía de Ancón, treinta y seis kilómetros al norte de Lima (30 de octubre). Un destacamento de 200 hombres de infantería y 40 cazadores a caballo, mandados por el capitán Federico Brandzen, fue echado a tierra, bajo la dirección del mayor Andrés Reyes (peruano), con el objeto de

ocupar la inmediata villa de Chancay, y proporcionarse cabalgaduras y subsistencias para el ejército en los próximos valles de Chancay y de Sayán, de acuerdo con los agentes secretos de la comarca, de antemano prevenidos.

El ejército realista, que, reforzado con una división traída del Alto Perú, se había reconcentrado en el campamento de Asnapuquio, a diez kilómetros de Lima, desprendió sobre Chancay una columna compuesta de cuatro compañías del batallón Numancia, los escuadrones Dragones de la Unión y Dragones del Perú, sumando un total de 600 hombres, al cargo del afamado coronel Jerónimo Valdez. El mayor Reyes, apercibido, evacuó la posición y emprendió la retirada a lo largo de la costa, poniendo en salvo los ganados recolectados. El camino que seguían los independientes es en parte montuoso, y al desembocar a la planicie del norte, se encuentra, a la altura de la hacienda de Casa Blanca, una estrechura, a la sazón cerrada por altas tapias, que sólo permite pasar doce caballos de frente. Brandzen, que con el teniente Paulino Rojas y sus 40 jinetes sostenía la retirada, aprovechándose de este accidente del terreno, supo igualar la desproporción de las fuerzas con la táctica y el arrojo. Al ver comprometerse al enemigo en el desfiladero, cargó con ímpetu, sable en mano, derrotó a los Dragones de la Unión, que ocupaban la cabeza, y envolvió a los Dragones del Perú que seguían, hasta obligarlos a refugiarse en precipitada fuga bajo los fuegos de su infantería parapetada por las tapias, dejando en su trayecto cinco prisioneros heridos y tres muertos, entre éstos el comandante de la caballería española Vermejo, que Brandzen mató de un pistoletazo (8 de noviembre). El destacamento independiente pudo así continuar su retirada con todos sus ganados, sin que el enemigo se atreviera otra vez a medirse con él, a pesar de su superioridad numérica.

En el intervalo habían ocurrido dos acontecimientos importantes y que aseguraban la preponderancia terrestre y marítima de los independientes: Guayaquil se había pronunciado por la revolución, y el almirante Cochrane habíase apoderado a viva fuerza en el puerto del Callao de la fragata *Esmeralda*.

II

La provincia de Guayaquil, dependencia en un tiempo del Perú, era en la época a que hemos llegado, parte integrante de la capitanía general de Quito, que correspondía al virreinato de Santa Fe o la Nueva Granada. Empero, por su posición geográfica y por las exigencias de la guerra, estaba subordinado en lo militar, y accidentalmente en lo político, al virrey del Perú. Era el arsenal y el único astillero de la España en el Pacífico, y bloqueado el Ca-

llao, el último refugio de sus naves dispersadas en aquel mar por el almirante Cochrane. Colindante con el Perú por el norte, estaba incluido en el plan de defensa de sus costas contra las agresiones terrestres y marítimas de los independientes, y Pezuela se había desprendido de uno de los gruesos batallones de su ejército para asegurarlo. Por lo tanto, su posesión era de una importancia capital para la España colonial.

Quito fue una de las colonias hispanoamericanas donde se hicieron sentir en 1809 los primeros estremecimientos revolucionarios con tendencias de independencia y propósitos orgánicos; pero la provincia de Guayaquil, inmediatamente dominada por el Perú, había permanecido en quietud hasta 1820. El único síntoma que revelara en sus habitantes un fermento de espíritu público, fue anticiparse a proclamar la constitución española, aun antes de recibir órdenes del virrey Pezuela. La reconquista de Nueva Granada en 1819 y el sucesivo avance de las tropas de Bolívar hacia el sur, aproximándose a las costas del mar del Sur (abril de 1820), a que se siguió casi inmediatamente la invasión del Perú por San Martín (setiembre de 1820), precedida del dominio del Pacífico por Cochrane, aislaron militarmente el territorio quiteño.

Por este tiempo gobernaba la audiencia de Quito el mariscal de campo Melchor Aymerich, militar de alguna reputación, en calidad de presidente y capitán general, apoyado por un ejército como de 5.000 hombres incluso una gruesa división de los derrotados en Boyacá que lo cubría por el norte, y de la guarnición de Guayaquil. Esta constaba de 1.500 hombres, en su mayor parte veteranos, y 7 lanchas cañoneras para la defensa del puerto con 350 tripulantes. Al anuncio del desembarco de San Martín en Pisco, estalló el 9 de octubre la revolución de Guayaquil, encabezada por una parte de la guarnición y sostenida por el pueblo, triunfando instantáneamente sin oposición. Toda la provincia se uniformó con el movimiento, declaró su independencia, formó una junta de gobierno de que fue nombrado presidente el inspirado poeta José Joaquín Olmedo, y organizó un ejército para sostener su actitud. Los revolucionarios se pusieron bajo la protección de las armas de San Martín y de Bolívar. Guayaquil, independiente, se convertiría de este modo en una manzana de discordia entre los dos libertadores.

Mientras tanto, la revolución sudamericana se dilataba y el terreno de la resistencia colonial se circunscribía. La guerra quedaba reducida a tres puntos: Venezuela, donde Morillo luchaba sin esperanzas con los últimos restos de su gran ejército casi destrozado; el Perú, donde Pezuela se sostenía con el último ejército realista encerrado dentro de sus montañas; Quito, aislado, entregado a sus solos recursos, estaba amenazado por dos ejércitos poderosos. El plan ideado por San Martín en 1814, daba sus resultados. Los dos libertadores del sur y del norte convergían hacia el centro.

Ya no era solamente el instinto de la primera impulsión el que los guiaba: un concierto habíase establecido entre ambos, y sus marchas estaban trazadas en el mapa de la América independiente con rumbos seguros. En Quito operarían su conjunción, buscándose de mar a mar y de un extremo a otro del continente. El libertador de Colombia, después de atravesar los Andes ecuatoriales y triunfar en Boyacá, había escrito al director de Chile: "Un ejército de Colombia marcha contra Quito, con órdenes de cooperar activamente con los ejércitos de Chile y Buenos Aires contra Lima." Un mes después de verificada la expedición, decía en su nombre su ministro de guerra: "Se acerca el día de la independencia del sur de América. El Perú va a recibir la libertad por las armas de Chile y de Buenos Aires. Las armas de Colombia cumplirán sus deberes libertando a Quito, y satisfarán sus votos empleándose luego en favor de los hijos del sol." San Martín contestaba a su vez desde su campamento de Huaura al gobierno de Colombia: "Convencido de los mismos principios de la república de Colombia, la expedición del Perú ha sido el gran pensamiento que me ha ocupado desde que tuve el honor de recibir al pie de los Andes el primer homenaje que la fortuna rindió al valor de mis soldados; pero, aun cuando ella sea tan constante como los que me acompañan, yo habría tenido igual complacencia en saludar triunfante al que me hubiese precedido en esta empresa, mucho más, si al renombre de "Libertador" de Venezuela hubiese añadido el que yo deseo merecer. Anhelo entablar las más estrechas relaciones y dar a nuestros nativos recursos un punto de contacto que aumente su poder por la unidad del impulso que reciban, porque hallándose pendiente de ambos los grandes intereses que agitan la presente generación, es un deber suplir por la combinación las medidas que retardan inevitablemente el tiempo y la distancia."

III

El otro acontecimiento a que nos hemos referido es una proeza fabulosa, ejecutada por el almirante Cochrane. Los mares ya no ofrecían campo a su actividad. Lo que constituía la fuerza de la escuadra española en el Pacífico estaba reducido a las fragatas *Prueba*, *Venganza* y *Esmeralda*. De éstas, las dos primeras, después de conducir de los puertos del sur una división del Alto Perú que reforzara el ejército de Lima, no pudieron volver a penetrar al Callao, bloqueado por la escuadra chilena, y errantes por las costas del norte, se habían refugiado en Guayaquil, donde debían sucumbir al fin. La *Esmeralda* se encontraba a la sazón en el Callao, acompañada de otros buques menores. El almirante concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la escuadra enemiga dentro del

mismo puerto, desafiando los fuegos de sus 250 piezas de mar y tierra. Dos objetos se proponía con esta empresa: concurrir eficientemente a las operaciones del ejército de tierra, movido por la emulación y atraer a San Martín hacia Lima, comprometiéndolo en movimientos más atrevidos, con arreglo a su primitivo plan. El generalísimo a quien comunicó confidencialmente su idea, reservándose la iniciativa, la aceptó con entusiasmo.

Hemos descrito antes el puerto del Callao y sus fortificaciones (véase capítulo XXII, párrafo II), las que habían sido considerablemente aumentadas después de la segunda tentativa de Cochrane contra ellas. Bajo los fuegos fijantes y rasantes de los castillos y de las 200 piezas de las baterías de tierra estaba anclada la *Esmeralda,* con 44 cañones y 320 hombres de tripulación; y además, la corbeta *Sebastiana,* dos bergantines y dos goletas más, con tres buques mercantes armados en guerra. Una línea doble semicircular de veinte lanchas cañoneras estaba establecida a vanguardia sobre la grande entrada del puerto. A su frente se extendía una especie de estacada de maderos flotantes, cerrada por gruesas cadenas, que rodeaba todos los buques y que sólo tenía una angosta entrada por la parte del norte. Tal era la línea que el almirante se proponía forzar teniendo por principal objetivo la *Esmeralda.*

Al efecto hizo apronta 14 botes tripulados por 150 marineros y 80 soldados de marina. A la invitación de que se presentasen voluntariamente los que quisieran acompañarlo a la empresa, las tripulaciones de todos los buques del bloqueo se presentaron en masa. Fue necesario que él, usando de su autoridad, eligiese los hombres que necesitaba. Tres días consecutivos se emplearon en preparar la flotilla. En la noche del 4 distribuyóse una instrucción escrita en inglés y castellano, que fue leída en alta voz por el patrón de cada una de las embarcaciones, contestando a ella con ¡vivas! y ¡hurras! los soldados chilenos y los marineros ingleses que las tripulaban. "Los botes o chalupas —prevenía la instrucción—, avanzarán en dos líneas paralelas y separadas una de otra a distancia de tres botes. Los oficiales y soldados deberán llevar chaqueta blanca, e ir armados de pistolas, sables, puñales o picas. Cada bote debe tener hachas afiladas que los guardas cargarán a la cintura. Tomándose posesión de la fragata, los marinos chilenos no harán oír las exclamaciones que tienen de costumbre, sino que para engañar al enemigo deberán gritar: ¡Viva el Rey! Si el vestido blanco no bastase para distinguir a los asaltantes por la oscuridad de la noche, las palabras de seña y contraseña serán :"Gloria", a que se responderá por "Victoria". En la misma noche se ensayaron las maniobras que debían ejecutarse, reconcentrándose los expedicionarios al costado de la *O'Higgins.*

Amaneció el día 5 destinado para dar en la noche el atrevido golpe. Para burlar la vigilancia del enemigo, ordenóse que la *Lau-*

taro, la *Independencia* y la *Galvarino* saliesen mar afuera, quedando sólo la *O'Higgins* al frente del bloque. La capitana chilena, cubierta por la isla de San Lorenzo, ocultaba a su costado opuesto los botes prontos a la primera señal. En vista de estos movimientos, los españoles se preparaban a pasar tranquilamente la noche, festejando con un banquete, a bordo de la *Esmeralda*, la primera cesación del bloqueo, que ya daban por cosa hecha. El más absoluto silencio había sido recomendado en la escuadra chilena después de ponerse el sol, y al anochecer del mismo día, circulaba de mano en mano, en medio de un entusiasmo comprimido por la disciplina, una proclama del almirante: "¡Soldados y marineros! Esta noche vamos a dar un golpe mortal al enemigo. Mañana os presentaréis con orgullo delante del Callao. Todos vuestros compañeros envidiarán vuestra buena suerte. Una hora de coraje y resolución es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. Recordad que habéis vencido en Valdivia, y no os atemoricéis de los que huyeron de vuestra presencia. El momento de gloria de acerca. Espero que los marineros chilenos se abatirán como tienen de costumbre, y que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su país y fuera de él."

A las diez de la noche, el heroico almirante, vestido con la chaqueta blanca del marinero, con una faja azul atada al brazo —que era el distintivo del combate—, y un puñal y dos pistolas al cinto con el machete de abordaje en la mano, bajaba a la lancha que debía ir a la cabeza de la expedición, rodeado de la admiración y el entusiasmo que su gallarda presencia despertaba en las horas de peligro. A las 10.30, los 14 botes emprendieron la marcha, formados en dos líneas paralelas, a la distancia prevenida en la instrucción. La primera línea era mandada por el capitán Crosbie. La segunda iba a órdenes del capitán Guise. A la cabeza de ambas, marchaba el almirante Cochrane. La noche era sumamente oscura. Las embarcaciones se deslizaban como sombras por la superficie tranquila de las aguas. Ningún rumor se percibía. Los botes llevaban sus remos embozados de manera que no producían ningún sonido. A poco andar, viéronse a corta distancia dos sombras inmóviles. Eran las fragatas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, la *Hiperion* y la *Macedonia*, que en calidad de neutrales ocupaban un puesto al exterior de la estacada flotante. Cochrane, haciendo dar un golpe al timón, dirigió la proa de su lancha hacia la popa de la *Macedonia*.

Los buques de los Estados Unidos que en aquella época visitaron la América del Sur, fueron mensajeros de amistad y de confraternidad, que bajo la bandera neutral estudiaban los hombres y las cosas de las nacientes repúblicas, alentándolas en su lucha y difundían en ellas ideas de independencia y libertad. Bien que la Gran Bretaña participase como nación de estos sentimientos, los jefes de su marina en el Pacífico miraban de reojo a lord Cochrane,

a quien perseguían con el odio de su gobierno lejos de la patria, aun cuando algunos de sus oficiales y marineros protestasen contra esta acerba agravación del ostracismo. La conducta de los dos mencionados buques en esta ocasión correspondía a estos encontrados sentimientos. A bordo del buque norteamericano, un guardia marina, que más tarde publicó sus recuerdos sobre el suceso, contaba a sus camaradas que en la tarde, al regresar de tierra en un bote, había notado el descuido con que se hacía el servicio a bordo de la *Esmeralda*, fondeada a 1.500 metros del muelle, con sus cañones fuera de batería. "Para mí —decía—, es un buque condenado. No colgaría yo mi hamaca en el mejor de sus baos." A lo que repuso un oficial: "Son unos locos en divertirse, teniendo a Cochrane a dos tiros de cañón." En aquel momento, al asomarse por encima de la borda, distinguieron las dos líneas de lanchas tripuladas que avanzaban rápidamente. "El escocés anda en las aguas —dijo el guardia marina—. Apostaría mi cabeza a que Cochrane está en el primer bote." Todos seguían con vivo interés el movimiento de las embarcaciones que se aproximaban. "Y como los tripulantes estaban vestidos de blanco y sus botes caminaban tan en silencio que ni el ruido de los remos se sentía —dice el oficial norteamericano de quien tomamos estos detalles—, parecían más bien que hombres mortales, una banda de espíritus que se movían misteriosamente sobre el insondable piélago." Al pasar por el costado, oficiales y marineros les desearon en voz baja buen éxito. El último de los botes de Cochrane detuvo su marcha bajo las ventanas de popa de la *Macedonia*, y asegurándose de la cadena del timón permaneció allí oculto, a pesar de los ruegos y amenazas del que mandaba. Cuando los oficiales de la fragata vieron que aquella embarcación desertaba su puesto, se dirigieron a la tripulación increpándole su cobardía. Nada pudo decidirla a seguir adelante, y la noche tapó con su velo aquel oprobio. Mientras tanto, Cochrane, seguido sólo de trece botes, pasaba a corta distancia de la *Hiperión:* los centinelas dieron la voz de alerta, que felizmente no oyeron los españoles. Un oficial inglés, entusiasmado al ver el valeroso avance de Cochrane, dio un hurra en honor de su ilustre compatriota, y fue puesto arrestado por su comandante, conducta de que con razón se queja amargamente de parte de un antiguo compañero de armas, el dos veces héroe británico de la isla de Aix.

IV

La flotilla continuó avanzando, formada siempre en dos líneas paralelas, con el bote de Cochrane a la cabeza. A las 12 de la noche en punto se hallaba frente al boquete de la estacada, tras la cual se abrigaba la primera línea española, formada por las 20

cañoneras. Una lancha cañonera guardaba la entrada. Al aproximarse Cochrane, que se había adelantado a una distancia como de seis botes, el centinela de la lancha española gritó: "¿Quién vive?" A una señal del almirante, los marineros se tendieron sobre los remos y con impulso vigoroso salvaron la distancia que mediaba entre las dos embarcaciones, antes que el eco del "quien vive" se hubiese apagado. "¡Silencio o todos mueren!", fue la intimación de Cochrane, con seca voz sorda y concentrada que repercute en el silencio y penetra en las almas cuando el coraje o la amenaza le imprime sus profundas vibraciones. Las armas de los guardianes de la estacada cayeron de sus manos. Allanado este primer obstáculo, la flotilla siguió adelante y penetró al recinto fortificado.

Las dos líneas apercibidas al combate avanzaron resueltamente sobre la *Esmeralda*. Cochrane, con los botes de la *O'Higgins*, tomó el costado de estribor: Guise, con los de la *Independencia* y la *Lautaro*, el de babor. Muy luego se hallaron a los costados de la fragata enemiga, que envolvieron silenciosamente en un fatal abrazo, sin que sus descuidados centinelas diesen la voz de alarma. El comandante de la *Esmeralda*, Luis Coig, envuelto todavía por los humos del banquete, jugaba a los naipes en la cámara con sus oficiales y convidados. La tropa dormía tranquilamente en sus cuadras. Cochrane se hallaba en aquel momento bajo las ventanas del alcázar de popa, cuyas luces se proyectaban en la densa oscuridad de la noche. Dióse la señal del asalto.

El valeroso almirante lanzóse el primero por las amarras de popa, y trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la fragata. El centinela español que allí estaba, lanzando el grito de "¡Alarma!" le dio un culatazo en el pecho, arrojándolo de espaldas a uno de los botes. En su caída recibió una herida cerca de la espina dorsal al chocar sobre un tolete. Animado de nobles iras, se puso instantáneamente de pie, y subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulación electrizada por su ejemplo. El centinela hizo fuego, y un momento después caía muerto a sus pies. "¡Arriba muchachos! ¡Ya es nuestra!" *(Up my lads she's ours)*, gritó a los de las chalupas. Apenas hacía un minuto que pisaba el puente de la fragata, cuando alzó los ojos hacia lo alto de los mástiles, y gritó con la serenidad del que manda una maniobra ordinaria: "¡Oh de las cofas!" "¡Prontos!" Contestaron varias voces de lo alto de la verga del trinquete. "¡Prontos!", repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor. Todo había sido previsto, hasta el heroísmo ordenado. Era un destacamento de gavieros, que trepando por los obenques, se habían apoderado de las cofas. Este fue el golpe maestro del abordaje. Los asaltantes eran dueños de las velas del buque. La situación llegó empero, a ser peligrosa para ellos. Toda la tropa de servicio que se hallaba arriba de cubierta, había acudido a las armas a la voz del centinela. Reunida en número considerable

habría tal vez dado cuenta de los pocos que en aquel trance rodeaban a Cochrane. En este momento decisivo, Guise con los suyos, asaltaba la fragata por el costado opuesto. Los de estribor gritaron ¡Gloria! Y los de babor respondieron ¡Victoria! Los asaltantes de uno y otro costado encontráronse entonces reunidos en el castillo de popa. Cochrane y Guise, que eran rivales y se odiaban mutuamente, arrastrados por un movimiento generoso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas y de gloria, olvidando por el momento sus resentimientos. Esta reconciliación debía ser pasajera desgraciadamente.

La guarnición de la *Esmeralda*, sorprendida, habíase mientras tanto reconcentrado al castillo de proa. Desde allí rompió el fuego de fusilería sobre los asaltantes, barriendo el puente con sus proyectiles. Una bala traspasó a Cochrane un muslo. Sentóse impávido sobre un cañón, extendió la pierna sobre una hamaca, y atándose la herida con un pañuelo, ordenó que se llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Soldados y marineros avanzaron resueltamente, trabándose en la oscuridad un combate cuerpo a cuerpo a golpe de hacha y machete. En este primer ataque los asaltantes fueron rechazados. No fueron más felices en el segundo, en que volvieron a ser rechazados, quedando Guise herido. Hacía un cuarto de hora que duraba la refriega de popa a proa. El puente estaba cubierto de cadáveres, los pies resbalaban en la sangre y el cañonazo de alarma había sonado desde lo alto del torreón del Real Felipe. Era urgente dominar la fragata. Un nuevo y vigoroso esfuerzo dirigido personalmente por Guise, decidió la victoria. Los independientes la saludaron al grito de ¡Viva el Rey! Una parte de la tripulación derrotada se ocultó en el entrepuente y la bodega, y el resto buscó su salvación arrojándose al agua. Entre éstos se encontraban los comandantes de dos buques españoles, que estaban a inmediación de la *Esmeralda*, y que, organizando la resistencia en ellos, impidieron que toda la escuadra del Callao cayese aquella noche en poder de Cochrane. Una de las cañoneras realistas, dirigiendo sus fuegos sobre la fragata, hirió gravemente al comandante Coig, y a su lado cayó un chileno y dos ingleses. La cañonera fue inmediatamente tomada.

Extendida la alarma por toda la bahía, herido Cochrane —que había delegado el mando en Guise, herido también—, ya no era posible atacar el resto de la línea, como el primero lo había pensado. Su plan era perseguir a los españoles de buque en buque, hasta apoderarse de todos ellos, incendiando los mercantes surtos en la bahía. Guise no creyó posible, o no consideró prudente, persistir en esta parte accesoria del plan combinado, y mandó en consecuencia picar las amarras de la *Esmeralda*, para ponerla en salvo. La fragata, desplegando sus velas, empezó a navegar marinada por los independientes.

Los buques de guerra españoles y los castillos y baterías del Callao rompieron en aquel momento un terrible fuego que iluminó el teatro de la acción con sus ardientes resplandores. Algunas balas de cañón pasaron por encima de la *Macedonia* y la *Hiperion*. Ambos buques izaron los faroles convenidos para distinguirse en la noche como neutrales; pero continuando el fuego, levaron anclas, desplegaron sus gavias, y se pusieron fuera del alcance de la artillería de los fuertes. Cochrane había previsto hasta esta circunstancia. Inmediatamente, la *Esmeralda* enarboló las mismas señales, y continuó navegando hasta salir fuera de la estacada. A las 2.30 de la mañana del día 6 la fragata capturada echaba el ancla frente a la isla de San Lorenzo. Los botes expedicionarios, llevando a remolque dos lanchas cañoneras tomadas al abordaje, completaban el convoy triunfal de la *Esmeralda*, tripulada por los vencedores.

La pérdida de los expedicionarios fue de 11 muertos y 30 heridos, contándose entre éstos a Cochrane y Guise. Los realistas perdieron como 160 hombres entre muertos y ahogados, dejando en poder de los chilenos 200 prisioneros.

Los realistas, despechados por haber perdido tan vergonzosamente uno de sus mejores buques de guerra, bajo la protección de las más formidables fortificaciones de la América, atribuyeron el éxito de la empresa a la complicidad de los neutrales, y principalmente a la tripulación de la *Macedonia*, cuyas simpatías por la causa sudamericana eran conocidas. Habiendo ido a tierra el bote de este buque con el objeto de hacer sus provisiones diarias, el oficial que lo mandaba con toda su tripulación indefensa, fueron bárbaramente asesinados por un grupo enfurecido de la población del Callao. El comandante Downes de la *Macedonia*, a la vez de reclamar enérgicamente del Virrey la reparación de este atentado, escribía al general San Martín: "Felicito muy sinceramente a lord Cochrane por la captura de la *Esmeralda*. Nunca se ha ejecutado con mayor habilidad una hazaña más brillante."

El almirante, aprovechándose del estupor que causó su prodigiosa victoria, envió un parlamentario a tierra proponiendo un canje de prisioneros. El orgulloso Virrey, al reconocer por la primera vez a los americanos como beligerantes, accedió a ello. Así se rescataron del cautiverio como 200 chilenos y argentinos que hacía años que gemían en los calabozos de las casamatas del Callao. La hazaña heroica se coronó por este acto de civilización y humanidad.

La *Esmeralda*, a la que San Martín quiso dar el nombre de Cochrane, honor que declinó el vencedor, fue bautizada con el de *Valdivia* en memoria de la anterior hazaña del heroico almirante, cuyo glorioso nombre murmurarán eternamente las ondas del mar Pacífico.

V

San Martín, dando gran importancia a la captura de la *Esmeralda* por sus efectos morales, y mayor aún a la revolución de Guayaquil por su trascendencia americana, desoyó las sugestiones del almirante, que quería comprometerlo en operaciones más arriesgadas y decisivas sobre Lima. El día 9 el convoy dio la vela de Ancón, y en una singladura tomó el puerto de Huacho, a 150 kilómetros al norte del Callao. El 10 se dio principio al desembarco de la tropa, que terminó el 12, formándose por el ingeniero D'Albe tres reductos para la seguridad del punto y un muelle provisional para facilitar las comunicaciones con la escuadra. El ejército se internó a pie, llevando sólo 25 caballos, y el 17 acampó en una deliciosa campiña bien regada, y arbolada, abundante de víveres de todo género, forrajes, cabalgaduras y frutas agradables; de temperatura agradable y relativamente sana, pues, como en toda la región de la costa, reinan allí las fiebres intermitentes (tercianas) en el verano y las disenterías en el otoño. Este es el valle de Huaura, que tiene una extensión de 11 kilómetros de ancho y 85 de largo. El río que lo baña y le da su nombre, corre de este a oeste de cordillera a mar, y aunque de poco caudal, sólo es vadeable por puntos determinados, fáciles de defender, teniendo sobre sus márgenes algunas posiciones militares ventajosas para la resistencia contra fuerzas superiores. Sobre esta línea se estableció San Martín fortificándose sólidamente, con la firme resolución de no esquivar la batalla, pero tampoco de buscarla por el momento. En esta actitud ofensivodefensiva, con un desierto arenoso a su frente que el enemigo tenía que atravesar, con sus reservas en Supe y sus avanzadas sobre Retes y Chancay, uno de sus flancos apoyados sobre el mar en Huacho, y otro sobre la sierra, promovía la insurrección del país, reforzándose; mantenía en jaque a Lima, interceptaba las comunicaciones del ejército realista, sus comunicaciones con las provincias del norte, debilitándolo; a la vez aseguraba las suyas por la parte de la sierra y el mar, estando habilitado siempre para sostenerse con ventaja, avanzar o replegarse, o reembarcarse, o darse la mano con Arenales, según las circunstancias. La campaña estaba abierta.

Por parte del Virrey, el plan para contrarrestar la invasión era meramente expectante y defensivo. Atrincherado en su campamento de Asnapuquio con cerca de siete mil hombres, aumentados con los refuerzos traídos del Alto Perú, limitóse a desprender a la sierra por la retaguardia y flanco, una pequeña división contra la columna de Arenales, de cuyos movimientos nos ocuparemos a su tiempo; y por su frente, al establecimiento de una vanguardia de observación. Después del movimiento parcial sobre Chancay al amago de desem-

barco de San Martín por Ancón, que dio por resultado el combate de Casa-Blanca, reforzó su vanguardia, la que quedó compuesta de los batallones Numancia, Infante don Carlos y Arequipa, los dos escuadrones de dragones antes mencionados y dos piezas de artillería, en todo, como 2.000 hombres, la que se extendió sobre la línea del río Chancay, cerrando el camino de la costa y ocupando las avenidas de la sierra por su flanco derecho. San Martín, provisto ya de elementos de movilidad, y su caballería montada a dos caballos por hombre, había movido sobre Sayán, cubriéndose por el Huaura, una división de 500 hombres con armamento de repuesto, al mando de Alvarado, con el intento de penetrar a la sierra, ocupar a Tarma y concurrir a las operaciones de Arenales, que por opuesto camino convergía hacia el mismo punto. Valdés concibió la idea de atacar esta división destacada, interponiéndose entre ella y el grueso de las fuerzas independientes: pero el Virrey desaprobó este proyecto que era bien meditado y mandó retirar de la vanguardia los batallones Infante y Arequipa. San Martín, en vista del movimiento del enemigo sobre Chancay, varió de plan, y dispuso que Alvarado, con toda la caballería, compuesta de los regimientos de granaderos y cazadores montados, en número de 700 hombres, tomase el camino de la costa con el objeto de proteger la defección del batallón Numancia, de antemano concertada por medio de los agentes patriotas de Lima y retardada por diversos accidentes.

El Numancia como en su lugar se apuntó, formaba parte del ejército de Nueva Granada en 1819, y a consecuencia de la batalla del Maipú, fue enviado de refuerzo al del Perú a requisición del virrey Pezuela (véase capítulo XVIII, párrafo VI). Este batallón, compuesto en su mayor parte de naturales de Venezuela y Santa Fe de Bogotá, con oficialidad americana, estaba impregnado de un espíritu revolucionario. Trabajado secretamente por los agentes de San Martín, auxiliados por las irresistibles seducciones de las limeñas, sus oficiales entraron en un plan de sublevación, a cuya cabeza se puso decididamente su comandante D. Tomás Here, colombiano. Como este cuerpo constituía el núcleo de la vanguardia realista a la sazón alejada más de 30 kilómetros de su reserva, la ocasión era propicia y la superioridad de la bien montada caballería independiente facilitaba la empresa.

Alvarado tomó con su columna el camino de la costa. Al emprender la marcha (24 de noviembre) despachó desde Huacho un emisario, escoltado por una partida de 18 granaderos montados y un guía, con una comunicación para Heres y los oficiales del Numancia, a fin de concentrar los respectivos movimientos. Esta partida, destinada a hacerse famosa por un hecho pequeño en sí, a que la tradición y la historia han dado resonancia, era mandada por el teniente Juan Pascual Pringles, a quien hemos visto aparecer en la

trágica conjuración de San Luis. Sus instrucciones le prevenían situarse en la caleta de Pescadores, a 15 kilómetros de Chancay, despachar desde allí el emisario con la comunicación y esperar su regreso, debiendo replegarse a la reserva, si la contestación se retardase o se presentaran fuerzas enemigas, con prohibición absoluta de empeñar ningún combate. El destacamento marchó toda la noche, y el 27 al amanecer ocupó su puesto, que era un terreno quebrado, sobre la playa del mar, cumpliendo la primera parte de sus instrucciones. A esa hora fue atacado por la vanguardia enemiga al mando de Valdés, compuesta de un escuadrón fraccionado en primera línea, y el Numancia con dos piezas de artillería en reserva. Pringles, en vez de retirarse, como era su deber, arremetió temerariamente con la primera fuerza que se le presentó por el frente, que era una compañía de Dragones del Perú, de cuádruple número, mandada por Valdés en persona. Rechazado en el choque, encontróse en su retroceso con otra compañía de dragones que le cortaba la retaguardia, a la que cargó también con resolución para abrirse paso a todo trance. Deshecho con el segundo encuentro, con tres muertos y once heridos, incluso el mismo Pringles, lanzóse al agua a caballo con sus últimos soldados, y se ha dicho que con la resolución de ahogarse antes que rendirse, pero en verdad, para rendirse honrosamente salvando la vida de sus compañeros. Sabedor Valdés del caso, acudió a escape al sitio, y ofreció garantía de la vida a los jinetes náufragos, en homenaje al valor que habían mostrado, en momento en que Pringles estaba casi sumergido por un vuelco de su caballo espantado por el oleaje del mar. Como fuera éste el primer triunfo alcanzado por los realistas durante la campaña, diéronle gran repercusión, haciendo ostentación en Lima de quince prisioneros heridos, que se habían batido cuerpo a cuerpo, uno contra diez, y arrojándose al mar antes de rendirse, lo que redundó en honor de los vencidos.

La temeridad de Pringles hizo descubrir el movimiento de la caballería independiente, y malograr la combinación con el Numancia, que habría podido poner en apuros a la vanguardia enemiga, comprometida a larga distancia de su reserva. Apercibido Valdés de lo peligroso de su situación, se replegó en el mismo día 27 al valle de Chancay, y situóse en la boca de una quebrada, cubriendo con el Numancia su caballería, reforzada con un escuadrón más. Alvarado, que al llegar a Pescadores encontró las huellas del reciente combate, se inclinó sobre su izquierda, y penetró al valle de Chancay por otra quebrada situada al este. Ambas vanguardias permanecieron a la vista observándose. La caballería independiente, fatigada por largas marchas en arenales sin agua, se replegó a la inmediata hacienda de Retes, para dar descanso a la tropa y proporcionar forraje a los animales. El día 1º de diciembre volvieron a avistarse las dos vanguardias; pero la realista en vez

de aceptar el combate a que la provocó Alvarado, emprendió su retirada por una quebrada estrecha y fragosa, en que la caballería no podía operar. En su movimiento de retroceso, Valdés dejó como a diez kilómetros a retaguardia el batallón Numancia, el que aprovechando la ocasión dio el grito de insurrección en la noche del 2, e incorporóse al día siguiente a la columna patriota, ofreciendo a la causa de la independencia americana un contingente de 650 bayonetas. San Martín colmó de honores al Numancia y le confió la custodia de la bandera del ejército libertador, declarando, que "el batallón pertenecía a los ejércitos de Colombia, y que solamente permanecería incorporado al de Perú mientras durase la guerra en su territorio."

VI

Antes de cumplirse un mes de la apertura de la campaña, la preponderancia moral estaba decididamente de parte de los invasores. Los rápidos progresos a lo largo de las costas, los sucesivos golpes de la captura de la *Esmeralda* y de la defección del Numancia, las ventajas obtenidas por la columna de Arenales en la sierra —de que después se dará cuenta— el espíritu de insurrección que se extendía por todo el país, abatieron el ánimo de los realistas, reducidos a una inerte defensiva, mientras los independientes, a pesar de su notable inferioridad numérica, se preparaban a tomar la ofensiva. La deserción se pronunció en las filas del ejército realista, desde la clase de coronel a soldado. La desmoralización de la opinión llegó a tal grado, que los más notables vecinos de Lima, apoyados oficialmente por la corporación municipal, elevaron una representación al Virrey indicándole "la premiosa necesidad de una capitulación honorífica con San Martín, antes de aventurarse a la suerte de las armas, tomando por base la abertura reservada hecha por sus comisionados al cerrarse las negociaciones de Miraflores" (véase capítulo XXVI, párrafo VI), lo que implicaba hasta el reconocimiento de hecho de la independencia. De todos estos males se culpaba a la mala dirección de la guerra dada por Pezuela, que era un efecto y no una causa. La autoridad política y la iniciativa del Virrey estaban supeditadas por una conspiración sorda del ejército de Asnapuquio, fomentada por los jefes liberales, con el propósito de deponerlo del mando y substituirlo con La Serna. "El edificio realista se iba desmoronando por todas partes", según la expresión de un historiador español, que al pintar con los colores sombríos esta triste situación, procura explicar cómo 4.500 invasores se imponían a 23.000 soldados del Rey, y lo atribuye todo "a la fatalidad del destino y al curso irresistible de los sucesos."

La posición militar de San Martín en Huaura, aunque relativamente ventajosa, no era sólida, y en la inacción habría sido estéril. Sin más base de operaciones que el camino del mar, con las provincias del norte a la espalda ocupadas aún por las armas del Rey, con uno de sus flancos al pie de la sierra y con un ejército de doble número a su frente que no podía buscar en campo abierto, estaba forzosamente obligado a una defensiva pasiva. La superioridad de su caballería y su movimiento de avance hasta Retes y el sur del río Chancay, cubriendo la posición de Sayán al tiempo de proteger la defección del Numancia, le dio desde luego el dominio de la zona de operaciones; pero esto nada decidía, y además en estas marchas había inutilizado gran parte de sus cabalgaduras. Por otra parte, las enfermedades endémicas de la región de la costa empezaban a hacerse sentir en las tropas invasoras, no aclimatadas aún. En tales condiciones, el ejército libertador era como un aerolito en los vastos espacios del virreynato del Perú, que sólo se vinculaba a los estremecimientos aislados del país invadido, por la atrevida marcha de circunvalación que simultáneamente ejecutaba la columna de Arenales en el corazón de la sierra. Era necesario ensanchar el campo de acción, para proporcionarse recursos y remontar el ejército con contingentes de la sierra; era necesario conquistar y dar consistencia política a las provincias del Norte para dar un punto de apoyo a las operaciones militares, encerradas en círculo limitado y sin horizontes, a fin de estrechar a Lima, que era el objetivo inmediato, y sobre todo, era indispensable dilatar la revolución y organizar la insurrección popular, sin lo cual la expedición se reducía a las proporciones de una aventura en que todo quedaba librado a la suerte dudosa de las armas o a la acción lenta del tiempo, en que al fin las armas mismas se inutilizarían.

A una parte de estas exigencias respondía la atrevida marcha de Arenales a lo largo del interior del país. Para ligar esta operación con la posición ofensivodefensiva del ejército en Huaura, el General en Jefe, al extenderse sobre su flanco izquierdo hasta el pie de la sierra, ocupó a su retaguardia el populoso departamento de Huaylas (29 de noviembre de 1820) rico en ganados, y expulsó de él a los realistas, jurándose allí la independencia por setenta mil habitantes. Este suceso fue precursor de otro de mayor importancia que aseguró completamente el éxito político y militar de la expedición. Casi simultáneamente, todo el norte del Perú se pronunció por la causa de la independencia. Este fue el primer movimiento de insurrección espontánea que se produjo en el país, sin el concurso inmediato de las armas libertadoras, si bien contando con su protección en virtud de los trabajos secretos iniciados por San Martín.

El norte del Perú, cuna de la colonización española, era entonces, como es hoy, el gran centro agrícola, cuyas variadas pro-

ducciones constituían su principal fuente de riqueza. En 1820, casi toda esta región hallábase comprendida en la intendencia de Trujillo —una de las ocho del virreinato— y contaba aproximadamente con una población de 300.000 almas, de las cuales como 140.000 eran indígenas, 90.000 mestizos, 20.000 hombres libres de color, 10.000 esclavos y 40.000 de raza española pura. Colindante con el virreinato de Nueva Granada al oriente de los Andes siguiendo la larga corriente del Amazonas, y especialmente con Quito y Guayaquil al occidente en la prolongación de las costas del mar, su posesión daba el dominio de las grandes operaciones estratégicas de los beligerantes sobre el Pacífico, que tenían por teatro la parte del continente de la América meridional desde el Alto Perú hasta Caracas. Teniendo en vista esto mismo, y principalmente, ligar la defensa de las costas del Perú con las de Guayaquil, el virrey Pezuela había situado en Piura una división de 1.600 hombres, de que formaba parte un batallón de línea de 600 plazas y la compañía de cazadores del Numancia, fuerte de 130 plazas, situado en la ciudad de Trujillo.

Gobernaba por entonces la intendencia de Trujillo con nombramiento del Rey, el general José Bernardo Tagle y Portocarrero, limeño, más conocido por su título nobiliario de marqués de Torre-Tagle, quien, como antiguo partidario liberal de Baquijano y diputado a cortes, había alcanzado cierta notoriedad entre sus paisanos. Este personaje de carácter débil y costumbres disolutas, que ha representado en la historia el papel de un figurón, desempeñó por esta vez el de prócer de la causa de su patria, que más tarde traicionaría. De acuerdo con San Martín, que había abierto con él comunicación secreta desde Pisco, trabajó hábilmente en preparar la opinión de las provincias del Norte. El 24 de diciembre convocó en Trujillo un cabildo abierto e hizo presente lo inútil que sería toda resistencia al menor esfuerzo de San Martín para apoderarse de este territorio, supuesto que no había tropas suficientes que oponerle, ni dinero para sostenerlas, y que por lo tanto, la prudencia aconsejaba someterse al imperio de las circunstancias. Los realistas, sostenidos por el obispo Carrión y Marfil, hombre de grande energía, opinaron por que se resistiese a todo trance. Torre-Tagle hizo prender al Obispo y sus partidarios, y el 29 de diciembre (1820) enarboló la bandera inventada en Pisco. Fue el primer peruano que juró la independencia del Perú, y Trujillo el primer pueblo peruano que la conquistó por su solo esfuerzo cívico. En memoria de este acontecimiento lleva hoy Trujillo la denominación de "Departamento de Libertad".

A Trujillo siguió Piura, venciendo mayores resistencias. Estaba acantonado allí con 4 piezas de artillería el batallón de línea que constituía el nervio de las guarniciones del Norte, que permanecía fiel a su Rey. La población estaba desarmada. Intimado el cabildo

por Torre-Tagle de que de no someterse a la causa de la independencia sería la provincia reducida por la fuerza, un patriota decidido llamado Jerónimo Seminario, promovió su reunión con asistencia de los jefes militares, y sostenido por algunos hombres del pueblo, obligó a los últimos a firmar la orden de someterse a San Martín. El batallón, después de alguna resistencia, se dispersó, y Piura se uniformó con Trujillo (4 de enero de 1821). De este modo, todo el norte de Perú desde Chancay a Guayaquil, quedó por los independientes. San Martín tuvo una base de operaciones segura, y pudo contar con mayores recursos en hombres, subsistencias y cabalgaduras, recibiendo desde luego un contingente de 430 hombres de infantería y 220 de caballería.

VII

"Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo me voy con pies de plomo, sin querer comprometer una acción general. Mi plan es bloquear a Pezuela. El pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin cesar. Yo aumentando mis fuerzas progresivamente. La insurrección cunde por todas partes como el rayo. En fin, con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre en breve tiempo." Esto escribía el Fabio sudamericano en vísperas de la insurección de Trujillo, que aseguraba su base de operaciones, en momentos en que, contrariando su propio plan que tan buenos resultados le daba, se preparaba a ejecutar un movimiento, que si bien respondía al proyecto de estrechar el cerco de Lima, era una imprudencia, cuando no un error militar, que contrasta con sus palabras tan llenas de confianza en el éxito de la expectativa paciente y activa. Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose a veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados. Empujados a la acción por esa fuerza latente de la masa que obedece y la transmite a la cabeza que dirige, se mueven inconscientemente, armonizando en apariencia sus ideas con sus movimientos. En la guerra, así en las expectativas de las combinaciones que tiene que dar de sí por la acción del tiempo, como en medio del fuego de las batallas hay momentos en que es preferible permanecer quieto en vez de moverse en el vacío sin objetivo claro, o bien dejar que el choque de las masas comprometidas decida la victoria, cuando, como la bala disparada, escapa de la mano que la maneja.

San Martín no tuvo la paciencia de que blasonaba, y hubo de comprometer el éxito de la campaña faltando a la regla que se había trazado, que le estaba impuesta por la desproporción de las

fuerzas y el desarrollo gradual de sus propias combinaciones estratégicas, tácticas y políticas.

Después de la defección del batallón Numancia y contando con el pronunciamiento de las provincias del Norte que aseguraba su base de operaciones hasta Guayaquil, San Martín meditó un ataque combinado con la división de la sierra para estrechar a Lima, resuelto a provocar una batalla decisiva, cuando todo el ejército de Huaura no alcanzaba a 4.000 hombres, y el concierto con Arenales era, si no imposible, por lo menos muy dudoso. Su plan era avanzar de frente con todo el ejército sobre Chancay, mientras Arenales descendía de la sierra por entre el río Chancay y el Carabaillo —que cubre a Lima por el nordeste— tomando a los realistas por el flanco. Con este propósito se movió de Huaura y avanzó hasta Retes (5 de enero de 1821), estableciendo su izquierda destacada en Palpa —al sur del Chancay— para apoyar la incorporación de Arenales, y el resto de su fuerza escalonada en el espacio de 5 kilómetros hasta Ancón, con los transportes en este puerto. Arenales, más prudente que el General en Jefe, hizo presente: que tendría que atravesar más de 100 kilómetros de camino escabroso o desierto, para colocarse a 75 o 100 kilómetros del ejército situado en Palpa, lo que hacía la operación tan contingente como riesgosa. El proyecto fue abandonado cuando ya las reservas de San Martín estaban a 70 kilómetros de Lima y sus avanzadas a 25 kilómetros. La división de la sierra se incorporó entonces al ejército.

La posición de San Martín era tan falsa como mal elegida para los efectos que se proponía. Retes, que se hallaba a cinco kilómetros al nordeste del pueblo de Chancay, es un sitio malsano y escaso de forraje para las cabalgaduras, que además del inconveniente de estar muy próximo a Asnapuquio (55 kilómetros), no ofrece ventajas para la resistencia. Era, en condiciones mucho más desventajosas, la repetición del error o del descuido de Cancharrayada. Las tropas españolas, superiores a las de San Martín en número, y principalmente en caballería, después de los refuerzos traídos por Canterac del Alto Perú, y reconcentradas como se hallaban en Asnapuquio, podían en una marcha forzada de una noche amanecer sobre Retes, y obligar a San Martín a retroceder para tomar una posición más militar. El agua quedaba de lado de las tropas del Rey, mientras que las independientes tenían a sus espaldas 83 kilómetros de arenal por el camino de la playa hacia Huacho, y 50 kilómetros por el camino del pie de la sierra hasta Sayán. Si aceptaba la batalla, la arriesgaba sin probabilidades de triunfo. En el mejor caso, una retirada por tierra hasta Huaura, o un reembarco en Ancón, era una verdadera derrota. Los jefes superiores del ejército español eran hombres bastante entendidos en cosas de guerra para no comprender la ventaja que les brindaba su

enemigo, cuando era hasta una necesidad para ellos el moverse sin pérdida de tiempo para recuperar la preponderancia moral perdida, evitando así ser estrechados en sus posiciones. La Serna, que había sido nombrado general en jefe, con Canterac por jefe de estado mayor, propuso al Virrey un plan de ataque, que fue aceptado. Pero el ejército realista estaba tan enervado por la inacción y por los sucesivos contrastes sufridos sin pelear que pasaron varios días antes que se pudiesen reunir los elementos necesarios de movilidad. Mientras tanto, los agentes secretos de Lima, que penetraban todos los secretos, comunicaron a San Martín el plan. El general independiente, apercibido de los peligros de su posición, dispuso, tranquilamente, la retirada (13 de enero) y volvió a ocupar su campamento de Huaura, donde aumentó sus defensas (16 enero de 1821).

El movimiento aventurado de San Martín le proporcionó algunas de las ventajas que se proponía. El ejército independiente mostró que era capaz de maniobrar con orden al frente del enemigo; la deserción en el ejército realista volvió a pronunciarse; la insurrección en los contornos de Lima por la parte de la sierra se organizó de modo que se explicará más adelante, y el enemigo, burlado en sus planes, vio empeorarse su situación. En vano fue que Canterac se moviese tardíamente con toda su caballería sobre Chancay, debiendo La Serna apoyar este avance con el resto del ejército de Asnapuquio (enero 27). El Virrey, temeroso de que alejadas sus tropas de la capital San Martín se embarcase en Huacho y cayese sobre ellas antes de tener tiempo de acudir a su defensa, dio contraórdenes, y volvió a encerrarse en la defensiva inerte. "Los leales —según confesión de un historiador español, actor en los sucesos— se convencieron de que en el gobierno no existía plan para conjurar la tempestad que crujía y que, si había alguno, era sólo conservar a Lima mientras se pudiera, y capitular después; idea que abiertamente resistía la mayoría del ejército y demás defensores de los derechos españoles." Desde este momento quedó decidida la deposición del Virrey por los jefes de su ejército, que conspiraban contra su autoridad, movidos por un sentimiento de patriotismo, en que intervenía el pensamiento del liberalismo español que representaba en oposición, según en su lugar se explicó. (Véase capítulo XXV, párrafo VIII.)

Por este tiempo empezáronse a hacer sentir en Lima los efectos del bloqueo marítimo y terrestre, a que concurría eficazmente un nuevo elemento popular y militar, creación de San Martín. Con su experiencia de la guerra en España, y como lo había practicado en el Alto Perú y en Salta durante su mando del ejército del Norte, promovió la "guerra de recursos", por medio de partidas o "montoneras", como las llamaban los españoles. Dióles una organización apropiada a la espontaneidad de la insurrección, las armó,

les dio jefes y les trazó un plan de campaña en sus hostilidades, convirtiéndolas en una especie de vanguardia, que como antemural a su ejército, ocultaba sus maniobras y las facilitaba con exacto conocimiento de los menores movimientos del enemigo. Estas guerrillas, que fueron aumentando rápidamente, y que tomaron consistencia cuando avanzó hasta Retes, alcanzaron a formar una división como de 600 hombres. Su punto de reunión era el pie de la sierra, de la que descendían repentinamente, interceptando en sus correrías los caminos, y atacaban los destacamentos y puestos avanzados, apoderándose de los convoyes de provisiones de boca y de las cabalgaduras, de manera de mantener en continua alarma a los realistas reducidos al recinto de la capital y del puerto cerrado del Callao. Fue nombrado jefe de todas las guerrillas, el comandante Isidoro Villar (argentino, de Salta), que había estado prisionero largos años en las casamatas del Callao. Las diversas partidas eran mandadas por los capitanes peruanos Vidal, el héroe de Valdivia, Cayetano Quirós, Navajas, Ayulo, Elguera, y el cacique Nanivilca (que después llegó a coronel), señalándose todos ellos con proezas y golpes de mano bien combinados, que esparcieron la desmoralización en las filas enemigas, y despertaron el espíritu nacional.

Para dar forma política y legal a la ocupación militar del país, y fijar las reglas de su conducta pública ante la masa de los gobernados, expidió en Huaura, a título de libertador y en nombre de los derechos del continente americano, una ley orgánica con la denominación de "Reglamento Provisional", a fin de preparar, según sus palabras, "la reforma del nuevo orden de cosas, y no dejar en la incertidumbre los derechos de los particulares al arbitrio de un poder indefinido." Su preámbulo, redactado por Monteagudo, estaba lleno de frases huecas y sonoras, sin doctrina y sin declaración de principios republicanos. Su parte dispositiva se reducía a dividir el territorio ocupado por las armas libertadoras en cuatro departamentos, a saber: Trujillo, Tarma, Huaylas y la Costa, regidos por un presidente cada uno de ellos, y subdivididos en partidos o distritos con un gobernador político cada uno de ellos. Los presidentes y gobernadores administrarían justicia dentro de sus respectivas jurisdicciones en las causas no reservadas a la potestad suprema y a la autoridad militar, o que por su especialidad tuviesen tribunal propio, y sus sentencias serían apelables ante una corte establecida en Trujillo. Este fue el primer bosquejo de constitución administrativa del Perú y el primer ensayo de gobierno nacional.

Hacía tres meses que estaba abierta la campaña. El ejército expedicionario en este lapso de tiempo, había provocado la revolución de Guayaquil, quitando al enemigo 1.500 hombres; conquistado todo el Norte, dispersando otros tantos soldados; recibido en

su seno el contingente de un batallón defeccionado de 650 plazas, como 500 voluntarios y otros tantos desertores del enemigo; insurreccionado gran parte del interior del país y de los alrededores de Lima; derrotado, muerto o aprisionado más de 2.000 hombres en la campaña de la sierra, según se explicará; adquirido la preponderancia moral y consolidado su situación política y militar, estrechando el asedio de la capital del Perú próxima a sucumbir sin combates. Una gran batalla no habría dado mayores resultados. Todo esto se había alcanzado en el espacio de esos tres meses, con 4.000 hombres contra 23.000. El éxito daba la razón al juicioso plan de campaña de San Martín, acusado de inacción o timidez en esta ocasión, demostrando hasta en sus desvíos y ulterioridades previstas o lógicas, que era el único posible, dada la desproporción de las respectivas fuerzas, y la necesidad de conservar íntegras las invasoras, para consolidar la base de la independencia del Perú.

Ahora, para completar el cuadro de la campaña hasta principios de 1821, se hace necesario seguir a la división de Arenales, que dejamos en marcha al interior del país al tiempo del reembarco en Pisco. (Véase capítulo XXVI, párrafo VII.)

Capítulo XXVIII

EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU (PRIMERA CAMPAÑA DE LA SIERRA)

1820-1821

Importancia de la primera campaña de la Sierra. — Regiones del Perú. — Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra. — El valle de Jauja, nudo de las operaciones. — Zonas militares. — Prospecto general de la campaña del Perú. — Objetivos de la campaña de la Sierra. — Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra. — Arenales general de la Sierra. — Ocupación de Ica. — Combate de Nazca. — Sorpresa de Acarí. — Planes de San Martín. — Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga. — Maniobras preliminares sobre el Río Grande. — Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma. — Marcha ofensiva sobre Pasco. — Batalla del cerro de Pasco. — Marcha de Ricafort sobre Huamanga. — Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica. — Insurrección de Huamanga. — Derrotas de Huamanga, Cangallo y Huancayo. — Crueldades de Ricafort. — Aldao mantiene la insurrección de la Sierra. — La división de la Sierra se retira a la costa. — Examen de la campaña de la Sierra.

I

La primera campaña de la Sierra del Perú, como movimiento inicial de la expedición libertadora del Perú, tiene una importancia capital, por cuanto ella determinó el círculo dentro del cual debían rotar las masas puestas en acción, obedeciendo a leyes físicas subordinadas a la naturaleza y configuración del terreno. No se comprenderían bien sus complicadas marchas y maniobras sin tener una idea general del territorio en que se desenvolvieron. Una representación gráfica pondrá de bulto ante los ojos sus grandes lineamientos.

El Perú, en su conjunto, puede considerarse como un macizo de montañas dentro de una especie de triángulo, cuya base mide 1.300 kilómetros desde el grado 3º de latitud austral, que se prolonga de norte a sur por el espacio de 2.500 kilómetros hasta la frontera del Alto Perú en el Desaguadero, donde se estrecha a la altura del grado 18º, en que sólo mide 100 kilómetros. Considera-

do bajo su aspecto geográfico y climatológico, este territorio se divide en dos o tres regiones, de fisonomía y aspecto diversos: la costa, la sierra y la montaña, que es una variante de la sierra. A lo largo del litoral marítimo, que describe el lado mayor del triángulo, se extiende una faja de áridos arenales como de 75 a 100 kilómetros en su mayor anchura, regada por veintitrés ríos de más o menos importancia, cuyos cauces forman otros tantos valles cultivables, con desiertos intermedios, que accidentan laberintos de médanos movedizos al capricho de los vientos, sin indicios de vegetación, sin aves en el aire ni reptiles en el suelo, y donde no llueve jamás. Esta es la tierra caliente, la región de la costa donde a la sazón operaba San Martín con el grueso de su ejército. Al este de esta región se levanta, exabrupta, la cadena occidental de la cordillera de los Andes, que comprende en su macizo lo que propiamente se llama la región de la sierra. Al oriente está la cordillera nevada, que forma el tercer lado del triángulo. Esta es la región conocida por antonomasia en el país con la denominación de "la montaña", en cuyas vertientes la naturaleza ostenta todo el esplendor de la zona tropical. Las cadenas de los Andes, que se bifurcan en la frontera meridional del Alto Perú, y corriendo paralelas forman sus altiplanicies (véase capítulo V, párrafo VII, y capítulo XIII, párrafo I), reúnense en el Bajo Perú, y encierran dentro de sus intrincadas ramificaciones los valles y lagos andinos que le imprimen su fisonomía, marcando hasta la altura de 4.900 metros, en sus variados niveles, todos los grados del termómetro.

Según la organización política del virreinato, el Perú se hallaba dividido entonces en ocho intendencias, que para los efectos de esta explicación, deben considerarse en cuatro grupos sistemáticos. La vasta intendencia de Trujillo al norte, dominada por los independientes, formaba un país aparte, en que la costa y la sierra se ligan hasta los límites de la montaña en las nacientes del Amazonas. Las intendencias de Lima y Arequipa comprendían la costa y parte de la sierra del centro y del sur. Las de Cuzco y Puno, con la de Arequipa, formaban el grupo del sur, en contacto más o menos directo con el Alto Perú, ocupado por las armas españolas. Allí estaba situado el ejército de reservas que ligaba las operaciones de los tres ejércitos realistas de Lima, la Sierra y el Alto Perú. Al centro estaban las intendencias de Huancavelica, Huamanga, y Tarma, dentro de cuyo perímetro debían desarrollarse las operaciones de la división de la sierra en el corazón del país. Esta parte del territorio, en que las cordilleras se alternan y se ramifican, y las montañas se apiñan hasta la región de las nieves perpetuas, está cruzada por una red de ríos torrentosos, que sólo pueden atravesarse por puentes de maromas, que oscilan sobre los abismos en que se tienden. De la región de la costa a la sierra penétrase como por las brechas de una muralla escarpada por sinuosidades, que son co-

mo portadas plutónicas, llamadas en el país quebradas, y por senderos estrechos, llamados laderas, que contornean las montañas al borde de hondos precipicios. Gradualmente se asciende como por una escalera ciclópea, desde la tierra caliente hasta la cumbre helada de la cordillera occidental, que es una alta planicie desierta y desolada. Tal era el camino que tenía que recorrer la expedición de la sierra para penetrar a las tres intendencias centrales.

El rasgo más prominente del centro de la sierra son sus amenos y espaciosos valles, centros prósperos y abundantes de población y producción. El más notable, y que debía servir de base a las operaciones de la columna destacada desde Pisco sobre la sierra, es el que forma el de Río Grande o de Jauja, que corre por su fondo de norte a sur. Cierran sus dos extremidades las populosas ciudades de Jauja y Huancayo: la primera al norte y la otra al sur. En su promedio, una punta saliente de la cordillera oriental que lo limita por el este y que se proyecta entre San Jerónimo y Concepción —dos afluentes del Río Grande— corta el valle en dos, tomando cada uno de ellos el de la ciudad principal. En este punto está tendido uno de los puentes que comunica con la ciudad de Tarma, situada al nordeste en una boya de la cordillera oriental. Más adelante está el famoso mineral del Pasco cuyos caminos conducen directamente a las posiciones que el ejército independiente ocupaba sobre la costa. Aquí las dos cordilleras forman un nudo a la altura de más de 4.300 metros sobre el nivel del mar, que proyectan hacia el norte tres cadenas y otros tantos valles paralelos, cuyos ríos se derraman en el Atlántico y el Pacífico. Por lo tanto, el territorio de Tarma, y especialmente el valle del Río Grande, era el eje de las operaciones de la expedición de la Sierra, y Pasco su objetivo. Invadidas las intendencias de Huancavelica y Huamanga, quedaban cortadas las comunicaciones de Lima con Arequipa, el Cuzco, Puno y el Alto Perú por la parte del sur. Ocupada Tarma, se amagaba a Lima por la espalda, y en Pasco, se abría al norte una nueva línea y una nueva base de operaciones.

Esta sinopsis geográfica pone de relieve las líneas generales del teatro de la guerra. Vese que, así como el Perú se divide en dos regiones marcadas, su territorio puede dividirse en dos o más zonas militares, según sean los planes de campaña y las combinaciones estratégicas a que respondan. El plan de invasión de San-Martín era mixto, mirado por este aspecto geográgico. La expedición de la sierra respondía a la idea de aislar el ejército de Lima y paralizar la acción del ejército de reserva del sur o atraerlo hacia el centro, desbaratando así los planes de defensa del enemigo. La marcha por agua a lo largo de la costa, cerraba el círculo de las operaciones al norte de Lima, y dividía el Perú en dos zonas: el centro y sur ocupados por los realistas con su base en el Alto Perú, y el norte, ocupado por los independientes con su base en toda

la América revolucionada a su espalda. Ambos contendientes, con un pie en la costa y otro en la montaña, tenían, el uno por punto de apoyo y el otro por objetivo inmediato, a Lima. La posesión de Lima, consolidaba para los independientes la del norte del país, pero no resolvía el problema, por cuanto no daba el dominio de la sierra. Perdida una batalla en Lima, los invasores tenían que reembarcarse y renunciar a su empresa. Por el contrario, los realistas, aun expulsados de la capital, podían replegarse a la sierra, reforzarse con sus reservas y continuar la guerra con nuevos recursos. El triunfo final estaba, pues, en la sierra. De aquí la necesidad de economizar las escasas fuerzas invasoras, que apenas bastaban para lograr el objetivo inmediato, y utilizarlas de manera que obrasen a la vez en la costa y en la sierra concurriendo a los resultados ulteriores. Dentro de estas líneas, a que tenían necesariamente que subordinarse las evoluciones de los beligerantes, tenía que resolverse, como se resolvió en definitiva, el problema militar de la campaña final de la independencia americana en el territorio del Perú. La expedición a la sierra preparaba este resultado. Exploraba el camino, ligaba las operaciones de la región de la costa con la de la sierra, y señalaba en el centro el nudo de las dos grandes zonas del sur y del norte, en que independientes y realistas se reconcentrarían, primeramente para buscarse y medirse, y por última vez desde Pasco a Huamanga, para dirimir la contienda dentro del perímetro que iban a recorrer.

II

Posesionado San Martín de Pisco al tiempo de iniciar la invasión y decidido a llevar la guerra al Norte, concibió el atrevido pensamiento de destacar una columna volante al interior del país, que al efectuar una marcha de circunvalación, despertase el espíritu revolucionario en las provincias, reconociese las localidades y se diese cuenta de sus recursos y ventajas militares; operase una seria diversión, para impedir que las fuerzas situadas a la distancia concurriesen a engrosar el ejército de Lima; desconcertase de este modo los planes del enemigo ocultando los propios; y por último, buscase la incorporación con el grueso del ejército por el norte, después de destruir las tropas que encontrase a su paso, combinando sus movimientos con el plan general de la campaña. El jefe de esta empresa no podía ser otro que el general Arenales. Sus notables cualidades de mando, su experiencia en la guerra de montaña y la popularidad de su nombre en el Alto Perú por sus extraordinarias hazañas, lo señalaban de antemano. (Véase capítulo V, párrafo VII.) Sus instrucciones, redactadas por San Martín en la víspera de denunciar el armisticio de Miraflores (4 de octubre),

le prevenían atacar sin pérdida de tiempo la división enemiga que el Virrey había destacado sobre Pisco al tiempo del desembarco, y replegándose a Ica. Ejecutada esta operación, penetrar en la sierra y posesionarse de Huancavelica y Huamanga. Dirigirse en seguida al valle de Jauja y establecer allí el cuartel general de la división, "fomentando la independencia en todas las provincias inmediatas y cubriendo todas las avenidas de la sierra hacia Lima." Avanzar un destacamento hasta Tarma a la vez de remontar el valle de Jauja, "partiendo del principio de que, debiendo comenzar el ejército sus operaciones por el norte de Lima, sus movimientos serían en concepto de replegarse a él en caso de contraste", manteniéndose mientras tanto en la sierra. Por último, le recomendaba la humanidad para con los enemigos de la independencia y para con los españoles europeos.

La división expedicionaria se componía de los batallones número 11 de los Andes y número 2 de Chile, al mando del mayor Román Dehesa (argentino) y teniente coronel Santiago Aldunate (chileno); dos piquetes de granaderos y cazadores a caballo, formando un escuadrón, a órdenes del mayor Juan Lavalle y teniente Vicente Suárez (paraguayo), y 2 piezas de artillería con su dotación de artilleros, a cargo del teniente Hilario Cabrera. Fue nombrado jefe de estado mayor el teniente coronel argentino Manuel Rojas, que había hecho sus primeras armas contra las invasiones inglesas del Río de la Plata y militado con distinción en las campañas del Alto Perú. Con esta fuerza, escoltada para mayor garantía por el regimiento de cazadores montados, movióse sigilosamente Arenales en la noche del 5 de octubre en dirección a Ica con rumbo al sudeste. Por esta marcha de medio flanco quedaba cortada la columna realista, situada en Ica, fuerte de 800 hombres de infantería y caballería. El coronel Quimper que la mandaba, púsose en fuga a la aproximación de los independientes, a los que se pasaron dos compañías de infantería. Con el resto, emprendió Quimper su retirada al sur a lo largo del camino de la costa por la falda de la sierra. Desprendióse en su persecución un destacamento de 250 hombres de caballería y de infantes montados, al mando de Rojas. Marchando por caminos extraviados, situóse a tres leguas a retaguardia de Quimper, que con 600 hombres de infantería y caballería había hecho alto en el pueblo de Nazca. La caballería patriota, dirigida por Lavalle, y sostenida a la distancia por su infantería, atacó a gran galope el campo realista (15 de octubre). Fue una sorpresa completa. Cuarenta y un muertos, 86 prisioneros, entre ellos 6 oficiales, y 300 fusiles, fueron los trofeos de esta fácil jornada. Al día siguiente (16 de octubre) el teniente Suárez con 30 cazadores montados, sorprendió en Acari el convoy de Quimper, tomando 100 cargas de armamento, con la derrota de la tropa que lo custodiaba. De este modo quedó totalmente destruida la primera

división desprendida del ejército de Lima contra el ejército expedicionario del Perú.

San Martín, mientras tanto, sólo esperaba que la expedición de la sierra iniciase su movimiento, para empezar a desenvolver su plan de campaña. "Arenales —escribía O'Higgins— debe ponerse a caballo sobre Jauja, y comunicarse conmigo por el Norte. Yo debo reembarcarme para atacar al norte de Lima, sublevar las provincias de Huaylas, Huánuco y Conchuchos, de cuya decisión estoy perfectamente persuadido. Mi objeto en este movimiento, es bloquear a Lima por la insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación sin desatender al mismo tiempo el aumento del ejército y la subyugación de la intendencia de Trujillo. Casi puedo asegurar que este plan dará los mejores resultados, y que si se verifica, Lima estará en nuestro poder a los tres meses de la fecha." Impaciente, instaba a Arenales para que acelerase su marcha, aun dejando atrás su parque, conducido a lomo de mula. El prudente general de la sierra, le contestaba dándole la razón, pero observaba: "Esto no es practicable. Yo no puedo ni debo dividir mi fuerza. El dejar el cargamento atrás, es exponerlo a un riesgo inminente, y exponerme a carecer de armamento y municiones. Con el cargamento, me batiré aunque sea con el mismo demonio, envalentonaré a los pueblos y acreceré la fuerza que debe hacer respetable nuestro ejército." El General en Jefe, como en su lugar se explicó (capítulo XXVI, párrafo VII), debilitado por la separación de la cuarta parte de su ejército, maniobró por el espacio de quince días para ocultar el movimiento de Arenales, haciendo alarde de invadir a Lima por el valle de Cañete, con lo que logró completamente su intento de entretener al enemigo.

III

La vanguardia realista situada en Cañete a órdenes de O'Reylli, que debía operar en combinación con la columna de observación de Quimper sobre Pisco, se replegó a Lima así que San Martín apareció con su ejército en Ancón. La atención del Virrey, llamada fuertemente hacia el Norte, había perdido de vista el Sur, cubierto por los movimientos simulados de San Martín al reembarcarse. Hacía nueve días que Arenales estaba en marcha y tramontaba la cordillera (30 de octubre), cuando tuvo el primer aviso vago de que una columna invasora de 1.400 hombres intentaba internarse hasta Huamanga. Consideró temeraria la empresa, cuando no imposible, pues contaba de seguro que sería contrarrestada por las fuerzas que defendían las intendencias de Arequipa, Cuzco y Puno, a la sazón engrosadas con dos batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, al mando del general Mariano Ricafort, se-

ñalado en el Alto Perú por sus servicios y sus crueldades, que tenía orden de situarse en Huamanga. Además, confiaba en tres compañías de fusileros que con anticipación había hecho salir de Lima para reforzar las guarniciones del valle de Jauja. Alarmado, empero, con la repetición de los avisos, tuvo la idea de dirigir por el camino más corto una división de 1.000 infantes y 400 hombres de caballería, con el objeto de ocupar el puente de piedra de Iscuchaca sobre el Río Grande — entre Huancavelica y Huancayo — y que se situasen allí doscientas o trescientas cabalgaduras para activar las operaciones de las tres fuerzas combinadas.

Al proceder así, el Virrey partía del supuesto erróneo de que Iscuchaca era camino preciso para Jauja y Tarma, y tenía por seguro que allí sería detenida o destruida la columna que intentara penetrar a la sierra. Ni aun en esto acertaba, como no acertó a realizar su mismo plan, que habría puesto en serios apuros a Arenales. Cuando al fin se convenció de que "la temeraria empresa", era una realidad, y cuando Arenales "estaba a caballo sobre Jauja", según las instrucciones de San Martín, dispuso tardíamente (18 de noviembre) que el batallón Extremadura se dirigiese por los altos hacia Huamanga y que O'Reylli marchase con dirección al Cerro de Pasco, al frente de una división de infantería y caballería con el objeto de ocupar Tarma, cortar el puente de la Oroya sobre el Río Grande al norte de Jauja, y reforzado con las guarniciones de la comarca, tomar a Arenales entre dos fuegos. Luego se verá cómo el general expedicionario supo burlar estas disposiciones y apoderarse de los elementos de guerra preparados en su contra.

Arenales, mientras tanto, había aprovechado su tiempo, sin perder horas. Después de destruir la columna de Quimper, ocupóse en organizar una pequeña división para cubrir su retaguardia, al mando del teniente coronel Francisco Bermúdez y del mayor Félix Aldao, natural de Mendoza y antiguo capellán del ejército de los Andes, tan valiente como disoluto, que había colgado los hábitos de fraile dominico y ceñídose el sable de los granaderos a caballo. El 21 emprendió su movimiento hacia la sierra, remontando por su margen la corriente del río Ica, y cruzó la cordillera por el paso de Castro-Virreina por entre nieves y riscos. El 31 ocupaba la ciudad de Huamanga, donde hizo alto para dar descanso a hombres y bestias. En 10 días había recorrido 415 kilómetros sin encontrar más obstáculos que vencer los de la naturaleza. Desde Huamanga empezó a desenvolver su plan de maniobras para ocupar militarmente el valle de Jauja, pues era el punto que precisamente había indicado el Virrey para detenerlo y destruirlo antes de atravesar el Río Grande.

Este río, que como queda explicado, corre de norte a sur, se desvía hacia el este frente a Huancavelica y forma un doble codo

a la altura de Huamanga. El puente de Iscuchaca, de que se hizo mención antes, está poco más arriba del desvío, y en el primer codo se encuentra otro puente de maromas llamado de Mayoc, que comunica, como el anterior, con Huancayo, Jauja y con Tarma, haciendo un rodeo por la falta de la cordillera oriental.

Con estos conocimientos, olvidados por el Virrey, desprendió el General desde Huamanga dos partidas a fin de apoderarse de las cabezas de los dos puentes, dirigiéndose con la columna al de Mayoc, donde se tomó prisionera la guardia que lo custodiaba.

A caballo Arenales sobre el Río Grande, el valle de Huancayo fue ocupado sin resistencia. Las tropas del Rey, que lo defendían en número de 600 hombres, con algunas piezas de artillería, se replegaron sobre Jauja, y siguieron hacia Tarma buscando la protección de las columnas de O'Reylli. Alcanzadas por el mayor Lavalle el 20 de noviembre a las 9 de la noche, en una cuesta escabrosa a inmediaciones de Jauja, las atacó resueltamente con 40 granaderos a caballo y 15 oficiales voluntarios bien montados, matando 8 hombres y tomando 20 prisioneros, incluso 4 oficiales. El 21 dominaba Arenales todo el valle de Jauja. El comandante Rojas, con el batallón número 2 de Chile y 50 jinetes argentinos, se posesionó de Tarma, apoderándose de 6 piezas de artillería, 50.000 cartuchos y de los 200 caballos mandados reunir por el Virrey, que fueron un poderoso auxilio para la fatigada división expedicionaria. El primer objeto de la campaña estaba llenado.

IV

Dueño Arenales del valle del Río Grande y de Tarma, organizó política y militarmente las provincias libertadas, armó sus milicias, estableció sus depósitos de guerra, y provisto con los abundantes recursos del país, se puso en marcha hacia Pasco en busca de O'Reylli, que, como queda dicho, había salido de Lima el 18 de noviembre al frente de una división. Componíase ésta del batallón Victoria, un escuadrón y varios piquetes de milicias regladas, la que, reforzada con algunas compañías de infantería de la comarca, alcanzaba a formar un total como de 1.000 hombres. La división de Arenales constaba de 740 infantes y 120 de caballería, incluso un piquete de voluntarios de Tarma, con 4 piezas de artillería. O'Reylly, en un principio, ocupó el mineral de Pasco, pero variando de posición, situóse en el pueblo del Cerro de Pasco, 15 kilómetros al sur, resuelto a disputar el terreno. Del éxito del combate que iba a empeñarse entre ambas fuerzas, dependía en gran parte la suerte de la expedición libertadora del Perú.

El 5 de diciembre acampó Arenales a inmediaciones de la posición enemiga, reconoció el terreno intermedio, y decidió atacar en

el siguiente día. El 6, al amanecer, púsose en marcha pausada para economizar las fuerzas de su tropa. A las 9 de la mañana llegó al pie del elevado y escabroso cerro de Uliachín, que domina la población, y que se consideraba posición inexpugnable. Bajo una copiosa nevada se posesionó de su cumbre, formado en tres columnas de ataque, dos paralelas a vanguardia y una de reserva a retaguardia en la proyección del claro de ambas, subiendo a brazo su artillería mandada por Cabrera. La atmósfera se despejó en aquel momento.

Desde la altura se divisaba al pie el pueblo del Cerro situado en una hoyada, que sólo es accesible en su descanso por senderos escarpados. Entre las faldas del cerro de Uliachín y la población se extiende un pequeño llano, cortado por un profundo barranco y dos lagunas, rodeado de terrenos pantanosos. La artillería patriota rompió el fuego desde la cumbre de Uliachín, para obligar al enemigo a descubrir su fuerza y su plan. O'Reylli, al ver coronar las alturas, movióse a tambor batiente en actitud de combate, y tendió su línea a la orilla del pueblo. A la derecha, colocó su caballería escalonada a retaguardia del flanco. Formó su infantería en dos batallones en primera línea, ocupando su izquierda una pequeña altura cubierta por las lagunas, y su centro y reserva en otra altura, cubierta por el barranco. Entre el centro y la izquierda estableció dos piezas de artillería, que batían el llano fronterizo. A su frente desplegó dos compañías de cazadores para impedir la bajada. En esta disposición, esperó el ataque que le llevaba resueltamente Arenales.

El combate se inició por parte de los independientes, en el mismo orden de columnas que llevaban al trepar el cerro. La columna de la derecha la componía el número 2 de Chile, al mando de Aldunate; la de la izquierda, el batallón número 11 argentino, a órdenes de Dehesa; la reserva, a cargo de Rojas, formábanla compañías de ambos cuerpos. La caballería, mandada por Lavalle, se situó a la izquierda en un bajo, frente a la enemiga, pero dividida de ella por el barranco y los pantanos. La artillería siguió el movimiento general por secciones, apoyando cada una de ellas el avance de las dos columnas de ataque. El número 2 de Chile (derecha independiente), atacó a paso de trote la izquierda realista, forzando un estrecho istmo de terreno escabroso formado por las dos lagunas que la cubrían; rompió sus fuegos a medio tiro de fusil, y bajo el humo se lanzó al asalto sobre la posición enemiga, desalojando de ella a sus sostenedores.

El punto cardinal del ataque era el centro, según el plan de Arenales. El número 11 de los Andes (izquierda independiente), encargado de romper la línea por esta parte, cargó simultáneamente sobre el barranco, bajo el fuego de la artillería enemiga. Mientras tanto, las compañías de cazadores del 2 y el 11, orillando la laguna occidental de Patarcocha (una de las que formaban el istmo)

salvaba el barranco y flanqueaba la izquierda y centro enemigos. Forzado el obstáculo por el 11, fue recibido por una descarga cerrada a tiro de pistola, y se lanzó a la bayoneta sobre el centro, que desorganizado por lo brusco del ataque, intentó formar cuadro, y retrocedió al fin en desorden a refugiarse en la población, desbandándose en seguida. Al mismo tiempo, Lavalle cargaba con su escuadrón sobre la caballería enemiga que se ponía en fuga. Las columnas triunfantes atravesaron la población y se reunieron al norte de ella, continuando la persecución. La derrota de los realistas fue casi instantánea, después de los primeros choques. Los trofeos de esta acción —que por su importancia más que por el número de combatientes, merece el nombre de batalla— fueron: 343 prisioneros, entre ellos el general O'Reylli, y el coronel Andrés Santa Cruz, a quien veremos figurar más adelante en las filas independientes; 58 muertos y 15 heridos; la bandera del Victoria y los estandartes de la caballería; 2 piezas de artillería con sus pertrechos; 360 fusiles, el parque y la caja militar. Los vencedores de Pasco fueron condecorados con una medalla, de oro para los jefes, de plata para los oficiales y un escudo de paño bordado de oro para los soldados.

La batalla de Pasco abría las comunicaciones de la división de la sierra con el ejército, ligaba la insurrección del Norte con la del Centro decidiendo el pronunciamiento del Huánuco, y salvaba el éxito de la expedición libertadora en su primer movimiento estratégico.

V

A la retaguardia de la columna expedicionaria, las armas de la revolución eran menos felices. El fuego de la insurreción, encendido en su trayecto desde Ica a Huancayo, era apagado con sangre al mismo tiempo que triunfaba en Pasco. La pequeña división dejada en Ica a cargo del comandante Bermúdez y mayor Aldao, amenazada por fuerzas superiores que operaban en la costa y en la sierra, viose obligada a evacuar la posición. Con arreglo a sus instrucciones, se replegó hacia la sierra en busca de la incorporación de Arenales. Alcanzada su retaguardia por una columna desprendida de Lima, perdió en el encuentro 14 muertos, 13 prisioneros y parte del armamento y municiones que conducía. Pudo, empero, continuar su retirada, y llegar hasta Huancayo, hostilizada a lo largo de su penoso camino por los mismos indios que en su tránsito habían victoreado a Arenales, y que recibieron su retaguardia con hondas y peñascos desprendidos de las alturas inaccesibles. En Huancayo tuvo la noticia del triunfo de Pasco. Arenales, sabedor de los movimientos de Ricafort en la sierra, previno a Bermúdez

que continuara su repliegue sobre el valle de Jauja, evitando todo encuentro decisivo, hasta que, reunidas todas las fuerzas independientes que operaban entre Tarma, Jauja y Pasco, pudiesen volver sobre el enemigo que amagaba su espalda.

Casi simultáneamente con el avance de Arenales sobre la sierra, el general Ricafort se había movido con el batallón 1º del Imperial Alejandro y un escuadrón de dragones, pertenecientes a la reserva situada en Arequipa con dirección a Lima. A la altura de Nazca, impuesto de las novedades de la costa, tomó la vuelta de la sierra, y se situó en Andahuylas, sobre las vertientes del Apurimac, de modo de cubrir las intendencias del Cuzco y Arequipa, amenazando a las de Huamanga y Tarma por la espalda y el flanco. Allí se le reunieron el batallón Castro (de Chilotes) y dos escuadrones salidos del Cuzco el 1º de noviembre, con lo cual formó una división como de 1.300 hombres, superior a la de Arenales. Al mismo tiempo que éste avanzaba sobre Pasco, Ricafort salía de Andahuylas y marchaba sobre Huamanga. Los indios de esta comarca, sublevados en masa, ocuparon en grupos desordenados las alturas de la entrada de su pueblo, con algunas piezas de artillería ligera y unos pocos fusiles, rompiendo un fuego tan desconcertado como inofensivo (29 de noviembre).

Atacados y fácilmente vencidos en sus posiciones, fueron pasados a cuchillo cuantos cayeron en manos del vencedor. Los dispersos, unidos a otros insurrectos, se refugiaron en el pueblo de Cangallo en número de 4.000. Intimados de rendirse y rechazado el indulto, Ricafort marchó sobre ellos con 400 infantes, 200 jinetes y una pieza de artillería. Los indios, armados tan sólo de piedras, cargados a la bayoneta por la infantería y simultáneamente por la caballería, fueron deshechos por segunda vez dejando en el campo mil cadáveres (2 de diciembre). Los realistas no perdieron un hombre, y sólo tuvieron ocho contusos y dos caballos maltratados. El pueblo de Cangallo fue saqueado durante 48 horas y entregado a las llamas. Era la repetición del sistema de terrorismo ensayado en el Alto Perú y la renovación de las bárbaras escenas de la primitiva conquista española.

Ricafort, marcando su paso con degüellos, incendios y saqueos, contramarchó sobre Huamanga, donde reconcentró su división. Allí tuvo noticia de que Bermúdez y Aldao se habían puesto al frente de la insurrección de Huancayo. Estos jefes, desatendiendo las prevenciones de Arenales y animados por la decisión de los habitantes de la comarca, resolvieron esperar al enemigo con un montón de 5.000 indígenas armados de hondas, macanas y rejones, a que servía de núcleo un escuadrón de caballería organizado por Aldao y un piquete de fusileros con tres piezas de artillería. El día 29, a las 3 de la tarde, apareció Ricafort en la pampa de Huancayo con 1.300 hombres de las tres armas, formados en dos columnas de ata-

que, forzó fácilmente un desfiladero, dispersó la indiada que lo sostenía, rodeó y asaltó el pueblo entregándolo al saqueo, y pasó a cuchillo más de 500 hombres indefensos. Los realistas sólo tuvieron 21 hombres heridos y 27 caballos muertos o heridos, lo que demuestra lo inútil de la inhumana carnicería.

Aldao, que en esta acción acreditó mucho valor y disposiciones militares, se retiró a Jauja, con los restos de su pequeño escuadrón donde, en desavenencia con Bermúdez, asumió el mando militar de la insurrección del valle, sostenido por el gobernador Francisco de Paula Otero —argentino, de Jujuy—, nombrado por los patriotas. Privado del apoyo de la división de Arenales, que había emprendido su marcha hacia la costa después de la batalla del Cerro, continuó su retirada por la sierra Tarma, y se situó en Reyes, cubriendo los caminos de Pasco, resuelto a sostener el terreno. Ricafort, en vez de perseguir a los fugitivos, se dirigió desde Jauja a Lima y descendió la cordillera por la quebrada de San Mateo, hostilizada su retaguardia por los indígenas y naturales del país (enero de 1821). Aldao, a la cabeza de 260 hombres que había reunido, volvió entonces sobre Tarma con ánimo de renovar las hostilidades, recorrió el valle de Jauja reanimando la insurrección, se situó de nuevo en Huancayo y avanzó hasta Iscuchaca. En pocos días logró reunir otros 5.000 indios bajo su bandera de guerrillero, poderosamente ayudado por la activa propaganda de los curas patriotas de los pueblos de que estaba cuajada aquella comarca. Con esta fuerza colectiva, a que dio una semblanza de organización militar, ocupó los desfiladeros y las cabezas de puente del Río Grande, cuya línea se propuso defender contra una pequeña división, mandada por el activo coronel José Corratalá, quien, siguiendo los pasos de Ricafort, lo excedería en crueldades. Aldao, librado a sus inspiraciones y recursos del país, mantuvo viva la insurrección en los valles de Huancayo, Jauja y Tarma, hasta las alturas frígidas de Pasco, eficazmente ayudado por el gobernador Otero. Los indios, feroces por temperamento y exasperados por las crueldades de que eran víctimas, presentaron al caudillo de la insurrección dos cabezas de enemigos, como signo de fidelidad.

VI

La expedición de la sierra tenía dos objetivos: uno militar y otro político. El primero, que era efectuar una poderosa diversión y concurrir a las operaciones del grueso del ejército invasor por el Norte, estaba llenado con grandes ventajas para la causa de la independencia peruana. El segundo, que era la insurrección del interior del país, estaba también llenado en parte; pero no podía producir todos sus efectos, a menos de mantener la guerra en la sierra misma con el apoyo de tropas regulares, remontando la división de

Arenales, de manera de formar un verdadero cuerpo de ejército, así para hacer frente a las fuerzas superiores que debían converger sobre ella, como para dilatar el teatro de las operaciones encerradas en estrecho círculo, y nacionalizar la expedición libertadora con el doble concurso de la opinión y de las armas. Arenales, en prosecución de sus objetivos militares, poco se cuidó de organizar la insurrección a su espalda, que entregada a su espontaneidad, era impotente, aun para mantenerse en su terreno, por mucha que fuese la decisión de las masas informes de indios, que desarmados, daban bravamente batallas por su cuenta. La decisión de Aldao pudo prolongarla y darle algún nervio, pero esta insurrección, débil e inconsistente en sí misma, inútil como elemento militar asimilable, poco o nada podía influir en el resultado final, al que perjudicaría más bien con sus derrotas o carnicerías brindadas al enemigo.

Al tiempo de establecerse en Huaura y recibir la noticia de que Arenales estaba en Huamanga, en marcha hacia Jauja, San Martín tuvo la intención (a mediados de noviembre), de reforzarla con una división de 500 hombres, lo que habría formalizado las hostilidades de la sierra; pero luego desistió de esta idea por los motivos que en su lugar se apuntaron. (Véase Cap. XXVII, párrafo V.) Desde Jauja (el 25 de noviembre), Arenales había abierto comunicación epistolar con él, anunciándole su resolución de marchar en busca de la división de O'Reylli. Después de la batalla de Pasco, cuya noticia llegó al cuartel general de Huaura el 9 de diciembre, la división de la sierra se puso en marcha hacia la costa once días después. Estas fechas, comparadas, pueden servir para ilustrar una cuestión histórica de algún interés. ¿De orden de quién se retiró Arenales de la sierra? Sus instrucciones, como se ha visto (párrafo II de este capítulo), le prevenían posesionarse del valle de Jauja y de Tarma, cubrir todas las avenidas de la sierra hacia Lima, y combinar sus operaciones de manera de replegarse al ejército por el Norte "en caso de contraste". Dado el triunfo y las ventajas alcanzadas, todo aconsejaba mantener el terreno conquistado, de conformidad a las instrucciones, y volver sobre Jauja en busca de Ricafort según el plan del mismo Arenales antes de la derrota de Huancayo. Es posible que en el espacio de once días, que mediaron entre 9 y 20 de diciembre, Arenales recibiese nuevas instrucciones; y él asegura que efectuó su retirada en virtud de órdenes superiores, pero sin indicar su tenor ni determinar fecha, y su biógrafo agrega que representó en contrario antes de verificarla. Según otro testimonio autorizado, el 18 de diciembre se recibieron en el cuartel general noticias de Arenales del 11 del mismo, avisando que en esa fecha se ponía en marcha para situarse en Canta, "con arreglo a lo ordenado por el general." El hecho es que, diez días después de su salida de Pasco (el 30 de diciembre), había repasado la cordillera y hallábase en Huamantanga, e inmediaciones de Lima, entre las na-

cientes de los ríos Carabayllo y Chancay, cuando el ejército permanecía aún en Huaura. Casi al mismo tiempo (a mediados de enero) Ricafort, después de abandonar Jauja, descendía paralelamente a Lima por la quebrada de San Mateo. Fue entonces cuando San Martín inició con el ejército su aventurado avance de frente sobre Retes, y dispuso (el 2 de enero) que la división descendiese de la sierra para concurrir a un ataque combinado que pensó llevar sobre Lima. Desistió de esta idea en virtud de las juiciosas reflexiones de Arenales (véase Cap. XXII, párrafo VII), siendo probablemente ésta la ocasión en que manifestó su opinión contraria a la retirada en tal situación.

De todos modos, la retirada de la división fue aprobada por San Martín, una vez ejecutada con orden o sin ella, y expresamente ordenada con posterioridad, teniendo en vista un plan combinado. Hasta entonces no había dado la debida importancia a la ocupación del territorio de la sierra. Pero inmediatamente comprendió que era un error abandonar aquel teatro que tanto prometía, error en que había incurrido el mismo enemigo. En consecuencia, dio contraórdenes (5 de enero de 1821), pero ya era tarde. La división se hallaba muy avanzada sobre la costa, y se incorporó al ejército (8 de enero de 1821), cubierta de gloriosos andrajos y rica de trofeos, después de una marcha triunfal de 1.050 kilómetros desde Ica hasta Retes. En este trayecto, en medio de dos ejércitos, había dado dos combates y una batalla, ganado banderas y cañones, y tomado cientos de prisioneros, derrotando dos gruesas divisiones del enemigo.

La primera campaña de la sierra, como operación inicial de la invasión fue una inspiración original, y en su género, un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico, fue el más osado y bien conducido de la expedición del Perú, según lo han reconocido los mismos enemigos. Si no dio, desde luego, todos los resultados que debiera, dadas las ventajas que obtuvo, éstas excedieron los objetos militares que se tuvieron en vista al emprenderla. Descubrió el talón vulnerable del poder español en el Perú. Popularizó la invasión, sublevando el país en su trayecto. Derrotó moralmente a los ejércitos realistas, al demostrar prácticamente que una columna volante de mil hombres podía pasearse triunfalmente por en medio de ellos, cortar todas sus líneas, y amenazar todas sus bases, desbaratando todos sus planes y destruyendo todas sus fuerzas destacadas. Ensanchó el círculo de las operaciones y dio impulso a la opinión que debía concurrir a ellas. Exploró la región dentro de la cual debían librarse las últimas batallas de la independencia sudamericana desde Junín hasta Ayacucho, y conmemoró este teatro de la guerra final con la victoria más reñida de la campaña de San Martín. Bajo estos diversos aspectos, hay que admirar en esta operación de guerra la precisión y la amplitud de la concepción y el arrojo y habilidad de la ejecución.

Capítulo XXIX

ARMISTICIO DE PUNCHAUCA

1821

Estado político y militar en 1821. — Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú. — Coincidencias históricas. — Antagonismos políticos y militares entre los realistas. — Deposición del virrey Pezuela. — La Serna le sucede en el mando. — Triste situación de los realistas en Lima. — La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura. — Fortaleza de ánimo de San Martín. — Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz. — San Martín abre operaciones sobre la Sierra y los puertos intermedios. — Estrecha el sitio de Lima. — Nueva política de los liberales españoles respecto de América. — Famosa proclamamanifiesto de Fernando VII a los americanos. — Examen de esta política y sus resultados. — Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo. — Bolívar y Morillo fraternizan. — Colombia envía diputados a España para tratar de la paz. — Se rompe el armisticio de Colombia. — Carácter de la revolución de Méjico. — Aparición de Itúrbide. — El plan de Iguala. — Armisticio de Punchauca. — Entrevista de San Martín con La Serna. — San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica. — Prorrogación y rompimiento del armisticio. — Ultimátum confidencial de San Martín. — La guerra bajo la bandera de parlamento. — San Martín se decide por la guerra. — Explicación de su conducta. — El ejército español evacua Lima. — Actitud de San Martín en esta ocasión. — Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto. — Inacción de San Martín. — Inspiraciones salvadoras de los realistas. — Errores militares de San Martín.

I

A principios de 1821 — cuatro meses después de abierta la campaña de la expedición libertadora —, la causa realista parecía perdida en el Perú. "El edificio españolperuano se desmoronaba, anunciando su total ruina", según confesión de un historiador español, actor en los sucesos. La revolución sudamericana, consolidada en el Sur del continente, avanzaba triunfante por el Norte. El ejército de Lima, aquejado por la miseria y reducido a la impotencia, apenas podía sostenerse en su posición y no tenía más prospecto que capitular. El ejército del Alto Perú, debilitado para reforzar al del Bajo Perú, permanecía inactivo en sus posiciones. El ejército de reserva,

situado en las intendencias del sur del Perú, habíase fraccionado para hacer frente a la expedición de Arenales. Ricafort, vencedor de las bandas desordenadas de indios de la columna de la sierra, se había retirado a Lima después de evacuar el valle de Jauja. La insurrección de la sierra, tan inconsistente como era, dominaba el centro del país, y las guerrillas de los alrededores de la capital la estrechaban y hostilizaban eficazmente hasta privarla de alimentos. El virrey Pezuela, en junta de generales, había "significado sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del país en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores." El general en jefe del ejército del Alto Perú, relegado en Puno, declaraba terminantemente a su gobierno: "Los progresos de los enemigos y la decadencia de nuestros medios para contrarrestarlos, no tienen remedio, si luego, y cuanto antes no se envían auxilios peninsulares, y entre éstos seis buques de guerra, de ellos tres navíos; todo esto sin perjuicio de remitir las tropas y demás socorros sobre Buenos Aires, si se ha de poner término a esta desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina hasta el nombre. Sin los auxilios que se necesitan, con la mayor exigencia y prontitud, se pierde irremisiblemente la América."

Todo esto, que hace el elogio de San Martín como general y como político, quien con tan escasos elementos había obtenido tan grandes ventajas, realza más la energía de los jefes españoles, que en tan desesperada situación, inhábilmente mandados en lo militar y en lo político, aislados y abandonados por su metrópoli, supieron sacar fuerzas de flaqueza, y levantar de nuevo con bizarría las banderas abatidas del rey de España, prolongando la guerra por cuatro años más con sólo los recursos del país.

Por una singular coincidencia, esta valerosa resolución tomaba por fundamento un antecedente histórico que se liga en cierto modo con la vida militar de San Martín en España. Es el caso que, muerto el coronel Menacho, antiguo jefe de San Martín en la Península, mientras sostenía en 1811 el sitio de Badajoz, una junta de guerra que se reunió inmediatamente, votó en mayoría por la rendición, y sólo uno por la resistencia. La plaza capituló en consecuencia. La regencia, con aprobación de las cortes, declaró en 1812, que "mientras hubiese en una plaza un oficial que opinara por la defensa, aun cuando fuese subalterno, no se capitularía, y se encargara del mando en el hecho el mismo oficial que así opinase." Apoyados en esta teoría legal, los jefes del ejército español del Perú sostenían tener el derecho "a resistir abiertamente el pensamiento de rendir las armas antes de probar fortuna."

Por otra coincidencia, que obedecía a la lógica, el general, que según el juicio de un historiador universal antes citado, había dado nueva fuerza impulsiva a la lucha hispanoamericana, al trasponer los Andes y dar la señal de la guerra ofensiva en 1817, reaccionando sobre España misma, y contribuido así por doble y recíproca acción

refleja a promover la revolución liberal de 1820 en la metrópoli, era el mismo que se encontraba en el Perú, en presencia de uno de los resultados de su acción inicial. La expedición libertadora del Perú coincidía, de este modo, con el movimiento liberal transportado de la metrópoli a sus colonias, y al penetrar en las filas de los ejércitos realistas, debilitaba por una parte la autoridad política, si bien por otra retemplaba la acción militar, pero a costa de las fuerzas propias, que se desperdiciaban en su roce. Hay que reconocer que esta circunstancia favoreció la atrevida empresa de San Martín sobre el Perú, como hay que reconocer que él había contribuido a producirla, y que supo aprovecharla por el momento.

II

Ya se ha visto (cap. XXV, párrafo VIII) cómo el amago de la expedición chilenoargentina sobre el Perú provocó una desinteligencia entre el virrey Pezuela y el general La Serna, y entre los absolutistas y constitucionalistas españoles que representaban en el orden militar un partido político y una fuerza, complicándose esta situación con el antagonismo entre realistas indígenas y peninsulares armados. La invasión del Perú por San Martín, las desacertadas medidas del Virrey para contrarrestarla, la flojedad con que fue conducida la guerra en tal ocasión y las ventajas obtenidas por los independientes, ahondaron esta profunda división. La desmoralización de la opinión, el desprestigio consiguiente de la autoridad suprema de la colonia y la relajación de la disciplina, acabaron por determinar el divorcio entre el Virrey y el pueblo y el ejército. Llegó a generalizarse la creencia de que "los leales estaban vencidos"; que "en el gobierno no había plan ni capacidad para hacer conjurar la tempestad"; y se formó la conciencia de que por ese camino "se iba derecho a una capitulación vergonzosa", que la mayoría del ejército resistía abiertamente. Estos resultados, a que concurrían los mismos jefes militares que los deploraban, enervaban el mando y destemplaban los resortes de la obediencia, a la vez que creaban una situación que no tenía más salida que la derrota pasiva o la resistencia activa. Antes de apelar a los medios extremos, los jefes liberales, dirigidos por La Serna e inspirados por Valdés, redujeron al Virrey a crear bajo su presidencia una "junta directiva de la guerra" con voz y sin voto en ella, que al fin se redujo a la función de meramente consultiva, pero que quedó siempre como una rueda inútil en la máquina militar, que más paralizaba que activaba su acción. La inacción del Virrey ante la invasión, las vacilaciones para tentar hostilidades sobre Huaura, y más que todo, las órdenes y contraórdenes para llevar un ataque sobre San Martín cuando éste avanzó atrevidamente sobre Retes, acabaron por

determinar la crisis que venía preparada de tiempo atrás. La deposición del Virrey quedó resuelta por la logia militar de los constitucionalistas.

En la noche del 28 de enero (1821), La Serna se retiró del campamento de Asnapuquio. Al día siguiente, Canterac y Valdés pusieron el ejército sobre las armas, y sus jefes, reunidos en junta de guerra, intimaron al Virrey "entregase el mando supremo en el término de cuatro horas, por exigirlo así la suprema ley de la salud de los pueblos, como único medio de evitar disturbios y conservar a la España el Perú, que en sus manos estaba perdido, en la inteligencia de que estaban tomadas todas las medidas para que se cumpliese, o resuelto a fin de dejar bien puesto el honor nacional." Pezuela, dominado por la fuerza y vencido ante su propia conciencia, resignó el mando y contestó con dignidad en el mismo día: "Sálvese la patria y sálvense mis compañeros de armas, que es lo que importa, y sea todo más feliz bajo el gobierno del señor La Serna." Así quedó consumado el movimiento realista liberal conocido en la historia con el nombre de "sublevación de Asnapuquio", que prolongó por cuatro años más la guerra hispanoamericana en el Perú. Los constitucionalistas españoles armados, al asumir esta actitud en nombre de los derechos de la madre patria, viéronse más tarde obligados por la lógica de sus deberes, a mantener en alto la bandera del rey absoluto en pugna con la independencia americana y con sus principios. Como ellos mismos lo han declarado por el órgano de su historiador: "Fiados en su patriotismo y en su propio aliento, no pudiendo conformarse con permanecer inactivos para verse necesariamente estrechados a capitular, quisieron prolongar la resistencia y probar fortuna, como entendían se podía." Y lo hicieron como lo dijeron, a fuer de soldados españoles.

Antes que se definiese claramente el carácter de esta variación, el nuevo virrey invitó confidencialmente a San Martín a una entrevista entre dos jefes superiores por parte de cada ejército, con el objeto de "hallar un medio que conciliase y terminase las desavenencias entre españoles, americanos y europeos, lo que, según él, podría verificarse en término de veinticuatro horas, si se obraba de buena fe para arreglar las bases esenciales." San Martín contestó: "Tendré una satisfacción superior a cuantas he sentido en vida pública, si al fin se acierta con el medio de conciliar los intereses de los españoles con los derechos de los americanos, ahorrando las calamidades que a todos amenazan, si se abandona al orden lento de los sucesos, la obra que podrá muy bien acelerar la prudencia humana, ya que no haya un poder capaz de detener el impulso que los dirige." Por parte de San Martín, fueron nombrados Guido y Alvarado, y por parte de La Serna, Valdés y el coronel Juan Loriga. Reunidos en la hacienda de Torre-Blanca (Retes) los jefes españoles, en nombre de las ideas liberales comunes a ambos mundos,

renovaron las proposiciones de Miraflores un tanto modificadas, sobre la base de la aceptación de la constitución española. Los independientes declararon que era inútil toda discusión que no partiese de la base del reconocimiento de la independencia del Perú, sobre la cual únicamente estaban autorizados a fijar preliminares de paz. Agotada la discusión, Alvarado, dirigiéndose a Loriga, le dijo: "Coronel: el señor Valdés y mi compañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros; dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y vamos a dar un paseo por estas inmediaciones. Esta franca invitación fue bien recibida, y ambos salieron dándose el brazo." En el curso de la conversación que tuvieron, Loriga, o por cálculo o con la franqueza que le era genial, manifestó a Alvarado que era posible que muy pronto abandonasen la ciudad de Lima, para trasladarse a las provincias de abundantes recursos y temperatura sana de la sierra, contando con que, en cuatro o cinco meses más, batirían con ventaja a los independientes dondequiera que éstos los buscasen. Esta confidencia fue el único resultado de la entrevista.

A pesar de esto, las aberturas pacíficas hechas por el gobierno constitucional de España, hicieron concebir la esperanza de un acomodamiento sobre la base de la independencia de las colonias insurreccionadas con el consentimiento de la metrópoli y con el concurso de los liberales españoles en América, mediante una combinación monarquista, tal como se operó en el Brasil y en Méjico —según se explicará luego—, creyéndose posible se efectuara igualmente en el Perú. De aquí provino el acercamiento pacífico de independientes y realistas en Colombia, en Méjico y el Perú, y las negociaciones sobre la base independiente y monárquica de que se dará cuenta en este capítulo.

III

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fue dirigida por el movimiento mejor que antes. Por el contrario, nuevas calamidades vinieron a reducir a la última impotencia al ejército de Lima, y el nuevo general cometió los mismos errores militares de su antecesor, difundiendo el descontento entre sus mismos partidarios y el desaliento entre los realistas. El hambre y la carestía acreció en la población. Para colmo de males, la peste endémica del país en la región de la costa, se declaró en el campamento insalubre de Asnapuquio con los caracteres malignos de la fiebre amarilla. El ejército realista llegó a tener 20 muertos por día y como 3.000 enfermos. La imposibilidad de sostener por más tiempo la capital se hizo evidente. Evacuarla, era la idea de La Serna desde antes de asumir el mando, como único medio de hacer la guerra con ventaja, según Loriga lo había ma-

nifestado a Alvarado; pero aun para esto mismo tropezaba con dificultades y encontraba resistencia entre sus subordinados. A esto vino a agregarse la llegada de un comisionado regio con instrucciones pacíficas, que retardó la resolución salvadora para sus armas. Mientras tanto, movía sin concierto sus divisiones de la costa a la sierra o las reconcentraba en Lima, ora ensanchando por demás el círculo de sus operaciones, ora circunscribiéndolas en el estrecho espacio en que las enfermedades, el hambre y la desmoralización le hacían experimentar más pérdida que las que hubiese tenido en una batalla campal.

La situación del ejército independiente en Huaura no era mejor. Allí también se había declarado la peste, a punto de hallarse imposibilitado de resistir el más ligero ataque que le hubiese llevado el enemigo. "Mil quinientos enfermos —escribía San Martín a O'Higgins, y otros tantos convalecientes, es el estado del ejército. Apenas mil hombres podían sostener las armas en la mano. Hubo día de morir 100 soldados. Algunos batallones quedaron en esqueleto. El general, al levantarse de la cama después de siete días de enfermedad, exclamaba: "Mi salud está muy abatida: creo con evidencia que, si continúo así, pronto daré en tierra." Pero si su cuerpo estaba débil, su espíritu estaba fuerte, y su genio militar y político vigoroso aún. San Martín, en esos momentos, según el elocuente testimonio de los contemporáneos peruanos, "sostenía el cadáver de su ejército desaparecido al rigor del clima, no teniendo soldados ni para el relevo de sus puestos avanzados." Uno de sus generales, recordando estos tristes días, escribía veinte años después: "Nunca San Martín mostró más genio que entonces: ora inundando a Lima y sus alrededores de guerrilleros; ora ocultando al enemigo nuestra positiva debilidad; ora emprendiendo campaña sobre la sierra con espectros en lugar de hombres; ora expedicionando sobre la costa; ora en fin, con la negociación y la intriga que dio tiempo para superar aquella espantosa situación. Jamás en ocasión alguna lo encontraré tan grande."

En estas circunstancias arribó al Perú el capitán de fragata Manuel Abreu, encargado por el gobierno constitucional de España de buscar un acomodamiento pacífico. El comisionado, hombre de cortos alcances y poca discreción, desembarcó en Payta, llegó al campamento de Huaura el 25 de marzo (1821), donde fue recibido con todos los honores de embajador regio, y cordialmente obsequiado. En los cuatro días que permaneció allí, tuvo largas conversaciones con San Martín, y concibió por él una grande admiración. Trasladado a Lima, hizo sin rebozo los mayores elogios del general americano y de sus jefes, insinuando que los realistas del Perú tenían la culpa de la obstinada continuación de la guerra. Los realistas tomaron a mal estas expansiones; pero, obligado el Virrey a cumplir las órdenes de su gobierno para abrir negociaciones con

los insurrectos, hubo de suspender por el momento su resolución de evacuar Lima, y dio el primer paso, invitando confidencialmente a San Martín a fin de "nombrar comisionados y transar las diferencias pendientes entre los disidentes, y restituir a los países americanos su antigua tranquilidad, ganando en felicidad" (abril 9). San Martín contestó lacónicamente que "transigir las diferencias entre españoles y americanos, era un asunto de tanta gravedad, que debía proponerse oficialmente, sin cuyo requisito adolecería de nulidad la negociación que se entablase" (abril 15).

Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática, abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta sobre Lima con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna a cargo de Miller, que hizo embarcar en la escuadra, para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y a fin de salvar sus tropas de las fiebres que las devoraban, dispuso que otra fuerte columna, al mando de Arenales, recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto estrechó el asedio de Lima.

Seguiremos a San Martín en este nuevo avance, dejando para después ocuparnos de la expedición Miller y de la segunda campaña de Arenales sobre la sierra, a fin de no interrumpir la unidad del relato, y continuar con las negociaciones que se abrieron en consecuencia de la llegada del comisario regio.

El ejército independiente levantó su campo de Huaura (abril 27). Tres batallones con 6 piezas de artillería embarcáronse en una caleta cerca de Huacho, con San Martín a la cabeza. Dos batallones con un regimiento de caballería, se situaron a la defensiva a retaguardia de Huaura, entre los ríos Supe y Barranca, con los hospitales, el parque y la maestranza, fuera del alcance del ejército de Lima, con orden de replegarse a la sierra del norte caso de ser atacados por fuerzas superiores. Un regimiento de caballería cubrió las avanzadas ganando terreno. El general se presentó frente a Lima con los transportes que conducían su división, y después de practicar reconocimientos a lo largo de la costa, fondeó en Ancón, amagando un desembarco, en actitud de llevar un ataque combinado por el sur, por la cordillera, por la costa y por el pie de la sierra, sin dejar entrever el punto por donde pudiese emprenderlo. Dando libre vuelo a su caballería, engrosada con las bien organizadas partidas volantes de las guerrillas del país, dueñas de todas las quebradas inmediatas al oeste de Lima (a 30 kilómetros de distancia), encerró al enemigo dentro de sus murallas y lo redujo al pequeño triángulo comprendido entre la ciudad, el Callao y la posición de Asnapuquio. Con motivo de este despliegue fantasmagórico, que hirió la imaginación de los realistas, y le dio desde luego el predominio moral, dice un testigo presencial: "El general San

Martín poseía los más originales recursos para producir entre los enemigos cuantas ilusiones y cuidados quería, y es difícil explicar hasta qué punto llegaba su extraordinaria habilidad en esta parte."

Bajo estos auspicios se abrieron formalmente las negociaciones pacíficas iniciadas por el Virrey, de acuerdo con el comisionado Abreu.

IV

El envío del comisionado regio al Perú no es un hecho aislado: era la inauguración de una nueva política conciliatoria de la España para sus colonias insurreccionadas, impuesta a la España por su nueva situación después del movimiento liberal de 1820. Desde entonces, los rebeldes o insurgentes de ultramar, fueron calificados de meros disidentes y reconocidos como beligerantes, en nombre de un derecho solidario. Esta política fue inaugurada por la famosa proclamamanifiesto de Fernando VII a los americanos, dictada por los constitucionalistas triunfantes. "La triste experiencia de seis años —son las palabras del Rey—, y el clamor de sus demostraciones enérgicas (la insurrección en América y la revolución de la Península), habían convencido a todos de que el régimen incautamente reinstalado en 1814 (el absolutismo), acumulando los males, obligaba a retroceder en el camino tomado entonces." El soberano, así convencido por la triste experiencia y las demostraciones enérgicas de ambos hemisferios, declaró que "los americanos españoles, extraviados en la senda del bien, tenían al fin lo que buscaban por medio de la guerra, que no había producido sino desolación y lágrimas." En consecuencia, los invitaba a tratar de la paz con sus hermanos libres de la metrópoli, "como iguales suyos." Pero, al considerar en tales términos el absolutismo a los americanos en su resistencia y darles la razón, el Rey sólo les ofrecía el goce común de la constitución de 1812, rechazada por ellos, aun antes de declarar su independencia, "para que renaciesen —decía— las relaciones de tres siglos y las que reclamaban las luces del siglo." Terminaba con la amenaza de la indignación nacional y el sometimiento por la fuerza en caso de ser desoído este paternal llamamiento a la concordia. Este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo a la guerra.

Los liberales españoles, que desde 1810 a 1814 tan desacertadamente manejaron las relaciones de derecho entre la metrópoli y sus colonias, al tratarlas como rebeldes y declararles la guerra, cuando éstas aun no habían salido del terreno legal en que ellos mismos se colocaron, olvidaban, al inaugurar esta falsa política, las lecciones de la experiencia por ellos invocada y la filiación de los hechos de que eran autores, así como sus consecuencias fatales. En

1820 pretendían traer a los americanos a la obediencia bajo el imperio de la constitución española, cuando su mala aplicación y su abrogación antes, y su restablecimiento revolucionario después, al dar vuelo a su revolución, había colocado la cuestión en el terreno de la independencia o de la continuación de la guerra. Al proceder tan ilógicamente respecto de los americanos, desconocían que la revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del Rey absoluto, por ellos iniciada, había desarmado a la España respecto de sus colonias insurreccionadas, y que la separación entre ellas y la madre patria era, por consecuencia, un hecho a que habían concurrido. Así, esta nueva política, en apariencia pacífica, implicaba la continuación de la guerra en condiciones aun más desventajosas para la España, una vez destruido en 1820 el gran armamento de Cádiz, destinado a subyugar de nuevo la América.

En virtud de esta política artificial sin plan y sin alcance, se iniciaron las negociaciones de Miraflores entre el virrey Pezuela y el general San Martín al tiempo de la expedición libertadora del Perú, de cuyo fracaso hemos dado cuenta. Perseverando en ella, sin atinar a colocarse en equilibrio en un terreno firme, el gobierno español agravó la situación y provocó la crisis que procuraba evitar o retardar.

En su proclamamanifiesto, Fernando VII había anunciado a los americanos la próxima reunión de las cortes constitucionales, que "iban a salvar el estado y a fijar para siempre los destinos de ambos mundos". En ellas se dio una representación supletoria a las provincias americanas, menor aún que la que habían tenido en 1812, contra la cual reclamaron en vano los mismos designados para representar el papel de comparsa colonial. El primer acto de estas cortes así compuestas, fue una amnistía para la América rebelde o disidente, seguida de la negativa de la libertad comercial en las colonias, como lo había hecho la regencia liberal de 1811. (Capítulo I, párrafo XIII.) El envío de mensajeros de paz, para tratar de igual a igual con los insurrectos sobre la base de la unión constitucional de ambos mundos, fue el segundo acto de esta política incipiente, sin resolución y sin objetivos claros. Esta medida produjo los resultados más extraños y contradictorios. En unas partes, rompió las treguas pasajeras anteriormente ajustadas en virtud del llamamiento del Rey, rehuyendo la cuestión que debían resolver; en otras desautorizó a las autoridades coloniales encargadas de mantener el predominio real, y llegó el caso de que, los comisionados, que tenían por misión convertir a los rebeldes a la obediencia, se convirtieron a la causa de la independencia. Así se reabrió la guerra y se afirmó la revolución por la independencia, con el concurso indirecto o directo de los mismos pacificadores, como va a verse.

V

Un mes después de denunciado por San Martín el armisticio de Miraflores, y abierta la campaña libertadora del Perú, Bolívar firmaba en Colombia un armisticio con Morillo, como preliminar de paz entre los beligerantes (26 de noviembre de 1820). Provisto el general español de Costa Firme, de las mismas autorizaciones que el virrey del Perú al abrir las negociaciones de Miraflores con arreglo a la proclamamanifiesto del Rey, se dirigió al congreso independiente de Venezuela "proponiendo una suspensión de hostilidades a fin de realizar la paz y la reconciliación entre los hermanos libres de la opresión" (12 de junio de 1820). El congreso resolvió (julio 13) que estaba dispuesto a oír proposiciones de paz, siempre que ellas tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía e independencia de Colombia. Después de largas contestaciones, firmóse en Trujillo, en nombre de "los gobiernos de España y de Colombia", un armisticio por seis meses, prorrogable, con el objeto "de transigir las discordias existentes entre ambos pueblos", bajo el compromiso recíproco de "enviar y recibir comisionados para ocuparse de la negociación de la paz." (Julio 25 de 1820.) No se hizo declaración ni se formuló base previa para tratar, guardando ambas partes silencio, así sobre independencia como sobre unión a la monarquía, aunque estas condiciones estuviesen en el fondo de lo pactado. Limitóse el convenio a determinar los respectivos territorios de los beligerantes en las posiciones militares que ocupaban. Ajustóse poco después un tratado para poner fin a "la guerra de exterminio", que por confesión propia se habían hecho ambos beligerantes, y regularizarla según las leyes de la civilización, en que se estipuló, desde la inviolabilidad de la vida de los prisioneros hasta el respeto debido a las opiniones de los vivos y a los cadáveres de los muertos en el campo de batalla, siendo obligación del vencedor tributar a éstos los honores de la sepultura.

Los dos generales, que por el espacio de seis años se habían hecho una guerra sin cuartel, se abrazaron como hermanos en el pueblo de Santa Ana (27 de noviembre), entregándose a las más calurosas expansiones de mutuo afecto. Morillo propuso que se consagrara un monumento para conmemorar la regularización de la guerra. Bolívar adoptó con entusiasmo la idea. Ambos contendores condujeron al sitio del abrazo la piedra fundamental del monumento, renovando sus efusiones. En el banquete que se siguió, Bolívar brindó "por la heroica firmeza de los combatientes de ambos ejércitos", votando al odio a los que desearan sangre o la derramaran injustamente. El general español pidió el "castigo del cielo contra los que no estuviesen animados de los mismos sentimientos

de paz y amistad." En medio de estas escenas, que han sido objeto de ridículos encomios y de amargas burlas, los dos principales actores representaban un papel melodramático. Bolívar, que se entregaba a los transportes de su naturaleza impresionable, embriagándose con sus propias palabras, sabía que sólo celebraba una nueva tregua, contra la opinión de su pueblo y de sus principales jefes. Y tanto era así, que después de augurar la paz en una proclama a su ejército, anunciaba "la independencia", punto excluido por tácito acuerdo en las negociaciones. Morillo tenía la conciencia anticipada de la derrota, una vez abandonado a sus propias fuerzas después del desarme de la revolución liberal de España, y aprovechaba la ocasión para su renuncia y trasladarse a la Península, llevando oculto su odio contra Colombia y contra los colombianos que lo habían quebrado.

En el intervalo, habíanse designado los comisarios regios que debían proponer la paz a los disidentes de América. Abreu fue uno de los nombrados para el Perú. A fines de 1820, los destinados a Colombia arribaron a Costa Firme, con instrucciones reservadas de no celebrar ningún tratado fuera de la base de la jura de la constitución española. No obstante, hicieron protestas generales de paz, sin insinuar el punto capital de la cuestión, instando para que Colombia enviase sus diputados a la Península a fin de tratar de ella. Bolívar accedió, y sus comisionados pasaron a España "para llevar al pie del trono —según sus palabras— los votos del pueblo de Colombia"; pero con instrucciones a su vez de no ajustar nada fuera de la base de la independencia.

Mientras tanto, el armisticio fue mal observado, sobre todo por parte de los independientes. La opinión revolucionaria hacía progresos, dando la razón a la política de Bolívar, y enervaba a los sostenedores de la causa realista. La provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse a Colombia (28 de enero de 1821). El general español Miguel de la Torre, que había sucedido a Morillo, declaró que consideraría su ocupación como un acto hostil. Bolívar, a quien en aquel momento convenía romper las hostilidades, contestó en un tono que podría calificarse de sarcástico: que, no estando prohibido por el armisticio amparar a los que se acogiesen al gobierno de Colombia, y habiéndose eliminado en las negociaciones la entrega de desertores propuesta por Morillo, era lícito hacer lo que el tratado no prohibía, y que por lo tanto, desaprobando el acto de la ocupación, sostenía el derecho y mantenía el hecho consumado. El armisticio fue en consecuencia denunciado antes de fenecer, y las hostilidades se renovaron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática.

VI

En Méjico las mismas causas producían efectos opuestos, que tienen alguna analogía con el carácter que incidentalmente asumieron las negociaciones que iban a abrirse en Lima. Tanto en el Perú como en Colombia y Méjico, la base genérica era la paz y la conciliación, pero sin fórmula definida. En el fondo, estaba el duple dilema de la sumisión o la guerra y de la independencia o la guerra. Entre estos dos extremos oscilaban los destinos de la América, al menos en el papel.

Cuando estalló en España la revolución de 1820, la revolución de Méjico estaba vencida. Tan sólo el general Vicente Guerrero, con un puñado de hombres, mantenía alzada la bandera de la insurrección entre las escabrosidades del extremo sur del territorio. Los mismos criollos, que constituían el núcleo de su orden social, habían contribuido a este resultado directa o indirectamente. El alzamiento de Méjico, en que intervino principalmente el elemento indígena puro, fue verdaderamente popular en su origen, pero asumió el carácter de un movimiento del proletarismo contra las clases acomodadas de la sociedad, que degeneró a veces en bandolerismo. De aquí la resistencia activa o pasiva que encontró en el mismo país, por idiosincrasia, o por un instinto egoísta de conservación. Por esta causa la revolución mejicana no tuvo nervio civil y nunca pudo regularizarse política y militarmente, ni constituir un gobierno nacional, y al fin no pudo resistir el empuje de las tropas realistas, sostenidas por la opinión pasiva o conservadora de los nativos. El poder español de la colonia reposaba en esta amalgama de elementos, y faltándole uno de sus dos puntos de apoyo, perdía su equilibrio instable, y era impotente para sostenerse. En medio de este estado complejo de fuerzas y opiniones discordes, combinadas, equilibradas y neutralizadas, el sentimiento de la independencia estaba en la conciencia de los nativos, y sólo esperaba una oportunidad propicia para manifestarse. Esta fue, por una doble contradicción del destino, la misma derrota de la primera insurrección y la revolución liberal de España, que dio origen a una embrollada evolución pacífica, que sólo estos antecedentes del carácter de la revolución mejicana pueden explicar.

La proclamación del régimen liberal metropolitano en Méjico produjo una descomposición entre los partidos que de común acuerdo sostenían la situación colonial. Los españoles se dividieron entre absolutistas y constitucionalistas; los nativos, entre republicanos y monarquistas. Gobernaba a la sazón en Méjico el virrey Apodaca, hombre apocado, pero absolutista por devoción, el cual, aun cuando en un principio siguió el movimiento de la península, se puso al

fin al frente de una reacción, obedeciendo a sus gestiones soberanas y a las instigaciones de sus partidarios, a la vez que a sus propias convicciones. Se ha dicho —con visos de verdad—, que el mismo rey Fernando VII le escribió una carta comunicándole que se consideraba como preso bajo el dominio de los liberales, y que temiendo correr la suerte de Luis XVI, había resuelto trasladarse a Méjico, para usar libremente de la autoridad real que Dios había depositado en él, y que por lo tanto, le encargaba pusiese todo empeño en conservar a la Nueva España substraída a la constitución, para presentarse en este nuevo teatro investido de un poder absoluto cuando conviniese, dejando a su arbitrio los medios sigilosos que al efecto debían emplearse. Este plan reaccionario no podía realizarse sin el concurso de los nativos monarquistas, que constituían el nervio de la situación, únicos que podían propiciar la opinión del país convirtiendo a los republicanos, apoyar eficazmente a los absolutistas y neutralizar o vencer a los constitucionalistas españoles. Fué entonces cuando apareció en la escena histórica el hombre destinado a dar el último golpe de muerte a la dominación española en ambas Américas, a la vez que a reaccionar contra el orden republicano que estaba en su genialidad.

Existía por entonces en Méjico un personaje de carácter equívoco, que aunque criollo, militaba en las filas realistas, en las que se distinguió por sus crueldades contra sus compatriotas insurrectos. Llamábase Agustín Itúrbide y contaba treinta y siete años de edad. Sin escrúpulos para enriquecerse por todo género de medios abusando de su posición; de costumbres disolutas o ascético, según cuadraba a sus inclinaciones e intereses; de escasa instrucción, pero con talento natural; buen militar, feliz en sus empresas; arrogante y solapado a la vez y con maneras insinuantes, estaba poseído de una ambición secreta en que intervenía el patriotismo de raza. Los laureles de Bolívar y San Martín le quitaban el sueño, y sin las grandes cualidades de los libertadores de la América meridional, aspiraba a ser el libertador de la América septentrional reaccionando simultáneamente contra las pretensiones avasalladoras de la metrópoli y las tendencias republicanas de la revolución. Este fue el hombre que eligió Apodaca para apoyar su plan reaccionario con el concurso de los nativos, de acuerdo con su camarilla absolutista. Nombrado comandante general del sur y Acapulco con el mando de una división de tropas del país para combatir los restos de la insurrección acaudillada por Guerreros, se entendió con éste, y quitándose la máscara, brindó a la madre patria con una nueva fórmula de conciliación envuelta en un guante de desafío.

El 24 de febrero de 1820 publicó Itúrbide en el pueblo de Iguala, a 208 kilómetros de Méjico, el famoso "Plan de Iguala" que ha hecho célebre su nombre; proclamó la independencia, y enarboló la bandera simbólica de la nueva revolución, compuesta de

tres colores, que se llamaron "trigarantes": el blanco, símbolo de pureza religiosa, el rojo de conciliación con la España, y el verde como esperanza de emancipación. El plan contenía tres disposiciones fundamentales, de donde viene la denominación de plan de "las tres garantías" que tomó el ejército que lo apoyó. Por la primera se establecía la conservación de la religión católica, sin tolerancia de ninguna otra; por la segunda, se declaraba la independencia, bajo la forma de gobierno monárquico templado por una constitución análoga al país; y por la tercera, la unión entre americanos y europeos. El rey Fernando VII era reconocido emperador de Méjico, si se presentaba a jurar la constitución que el país se diese, y sucesivamente los infantes sus hermanos, nombrando el congreso nacional en su defecto un príncipe de las casas reinantes de Europa. La igualdad de todas las razas indígenas, africanas y europeas, sin más distinción que los méritos y las virtudes individuales, complementaba este plan bien calculado para condensar todos los elementos heterogéneos de la sociabilidad mejicana. Todos los caudillos de la insurrección, empezando por Guerrero, se pusieron a sus órdenes y abjuraron por el momento sus creencias republicanas en nombre de la independencia. Los nativos que en su origen habían repudiado la revolución, la aceptaron bajo los auspicios conciliadores de la moderación y el orden. El clero, poderoso en la colonia, lo adoptó en odio a las reformas de los liberales españoles; los españoles absolutistas, en odio a la constitución, y los mismos constitucionalistas en homenaje a la concordia proclamada. Todo el país se pronunció por el Plan de Iguala. Los realistas, despojados hasta de su bandera y vencidos sin combatir, quedaron reducidos al recinto de la capital de Méjico, al puerto de Veracruz y al castillo de San Juan de Ulúa. Itúrbide fue aclamado libertador de la patria (julio en 1821).

De este modo se operó pacíficamente y casi sin lucha esta transformación instantánea, que por medio de una solución conciliatoria suprimía el dilema de la sumisión o la independencia y la guerra, desatando el nudo entre la madre patria y la colonia sin romperlo. Así lo entendió el sucesor de Apodaca, el general Juan O'Donojú, al suscribir el plan de Iguala, por medio de un tratado (agosto de 1821). Esto sucedía, cuando en el Brasil se preparaba una evolución semejante a la imaginada por Itúrbide; cuando en Colombia se rompía el armisticio celebrado en nombre de la paz y la concordia, y en el Perú se interrumpían las negociaciones de Punchauca, iniciadas con una fórmula análoga a la del plan de Iguala.

Lo que siguió después en Méjico, no entra en este cuadro. Nuestro objeto ha sido únicamente presentar las diversas fases que la iniciativa de pacificación por parte de la España en 1820 asumió en las colonias insurreccionadas y establecer su filiación. Es sabido que, no habiendo aprobado el gobierno español el tratado de

O'Donojú, Méjico quedó por siempre perdido para la España, con su independencia asegurada, y con un trono vacante, que ocupó Itúrbide, coronado emperador, quien, desterrado y puesto fuera de la ley poco después, murió más tarde fusilado por sus compatriotas, al pretender recobrar su corona, reabriendo la nueva serie de los emperadores mejicanos muertos en el cadalso.

VII

El armisticio de Colombia, el Plan de Iguala y las negociaciones del Perú de que vamos a ocuparnos, marcan la última tentativa de acomodamiento de la España con sus colonias insurreccionadas, dentro del dilema de la sumisión o la independencia y la guerra. En los tres casos se resolvió la cuestión pendiente por la independencia o la guerra de parte de España. Empero, en Méjico y el Perú, asumió esta tentativa formas más conciliatorias, que marcan a su vez el último conato de implantación de la monarquía en América, que, dando el mismo resultado por el momento, debía conducir más tarde a sus iniciadores, el uno al cadalso, y el otro al ostracismo.

Las negociaciones iniciadas confidencialmente en el Perú por el virrey de Lima, se abrieron formalmente por invitación oficial de éste. El Virrey nombró como adjuntos al comisario Abreu, a los americanos Manuel de Llano y Nájera y Mariano Galdiano. San Martín nombró por su parte como diputados a Guido, García del Río y al antiguo teniente gobernador de San Juan, José Ignacio de la Rosa. Fijóse como punto de reunión la hacienda de Punchauca, a 25 kilómetros de Lima, que ha dado su nombre a estas negociaciones. En estos preliminares, ninguna de las partes se explicó sobre sus alcances, limitándose a expresar que tenían por objeto una transacción de las diferencias pendientes entre americanos y europeos, haciendo votos ambos por la paz y la unión.

Las instrucciones que reglaban los procedimientos de la comisión española, eran las mismas de que fueron provistos los comisarios regios en el resto de la América, y en suma se reducían a proponer la aceptación de la constitución española, con algunas concesiones de detalle, conforme al espíritu de la famosa proclamamanifiesto de Fernando VII, antes analizada. La instrucción de San Martín tenía, a la inversa, por precepto "el rechazo de la constitución española como símbolo de unión", y como objeto esencial de pacificación, el reconocimiento de la independencia de Chile, las provincias del Río de la Plata y el Perú", sin admitir armisticio preliminar que no se ajustase al espíritu de estas bases; y caso de tratarse "del envío de comisionados a España para sujetar a su decisión la cuestión principal de la emancipación, exigía como con-

dición previa la evacuación de Lima", excusándose de entrar en "tratados para la regularización de la guerra, por cuanto ella se había hecho hasta entonces con arreglo a la ley común de las naciones." (27 de abril de 1821).

Los comisionados españoles abrieron la discusión por medio de una nota, en que invocaban como precedente la última palabra de San Martín en las anteriores conferencias de Miraflores, de "que acaso no sería difícil de hallar un medio de avenimiento amistoso". Como se recordará (véase cap. XXVI, párrafo VII), esta apertura vaga envolvía la idea de la independencia sobre la base de la monarquía con un soberano de la casa reinante de España, enunciada entonces secretamente. Respecto de lo primero, declaraban no tener poderes; y respecto de lo segundo, esquivaban la cuestión, insinuando que "la constitución española era el testimonio más hermoso de los sentimientos liberales del gobierno español y de sus sinceros deseos de reconciliación, incitando por último a ajustar un armisticio y enviar a España comisionados por una y otra parte, conforme se había practicado en Colombia por Bolívar." (4 de mayo de 1821). Los comisionados americanos contestaron: que "no se podía iniciar negociación alguna, que no fuese sobre la base de la independencia; pero que, reconociendo la falta de poderes que para tal efecto se confesaba, estaban dispuestos a convenir en una suspensión de armas, siempre que se ampliase la proposición y determinasen condiciones con garantías, por cuanto el gobierno de Lima, en las circunstancias en que se encontraba, todo lo esperaba de la celebración de un armisticio dilatado, mientras que el general San Martín nada esperaba de él, en razón de que lo tenía todo dispuesto para la realización de sus combinaciones". Por último, declararon respecto de la constitución española, de antemano rechazada por San Martín en su proclama al tiempo de invadir el Perú, que "esperaban que en lo sucesivo no se volviese sobre este tópico, por cuanto el solo nombre de tal código era ominoso a la libertad del Nuevo Mundo." (5 de mayo de 1821.)

El arrogante lenguaje de los diputados de San Martín no tuvo réplica. Los comisionados españoles se limitaron a proponer, por su cuenta y sin garantía, un proyecto de armisticio por dieciséis meses, que no fue tomado en consideración, hasta que manifestaron terminantemente estar autorizados para ofrecerlo. Entonces, los independientes formularon sus exigencias, declarando que sólo admitirían como garantía la entrega del castillo del Real Felipe y las demás fortificaciones del Callao en calidad de depósito, artillados y dotados en el pie de guerra en que se encontraban, los que debían ser guarnecidos por las tropas independientes durante el armisticio, obligándose a entregarlos en el estado en que los recibieren, si se renovaban las hostilidades, con determinación de las líneas de los beligerantes en la costa y en la sierra. Como consi-

deración de mera forma, insinuaban al terminar su nota: "Si D. José de San Martín está resuelto a conquistar con las armas o a negociar en el silencio de ellas la independencia de América, no está menos deseoso de unir esta parte del Nuevo Mundo a su antigua metrópoli, por los lazos de la amistad y del comercio, que forman la prosperidad recíproca." (Mayo 17).

Con sorpresa de los mismos que tal exigencia hacían, el Virrey accedió a ella con la sola condición de extraer de las fortalezas del Callao 12 piezas de artillería de 18 a 24, sin objetar los límites militares propuestos (mayo 19). Desde este momento no fue difícil entenderse sobre las bases de un armisticio provisional, de común acuerdo ajustado por el término de veinte días, prorrogables si en este término no se llenasen los objetos que se buscaban. Las fuerzas conservarían las posiciones que ocupaban. Para allanar las dificultades que por una y otra parte pudieran presentarse para un armisticio definitivo, estipulaba que el general La Serna y el general San Martín, acompañados de sus respectivas diputaciones pacificadoras, celebraran una entrevista (23 de mayo). Tal fue el armisticio de Punchauca, de tanta resonancia en la historia.

¿Hasta qué punto los negociadores que tales bases preliminares otorgaban para preparar un arreglo definitivo, procedían de buena fe y creían en su posibilidad? Por su parte, La Serna, dos días antes de protestar a San Martín su anhelo por la paz (abril 7), escribía a sus generales que operaban en la sierra, que "iba a tratar sin creer en ningún avenimiento, y que por lo tanto era necesario prevenirse para sacar el mejor partido, ocupando Tarma, Jauja y Pasco, a fin de ganar posiciones ventajosas al suspenderse las hostilidades". Esto explica la facilidad con que se accedió a la condición de las fortalezas del Callao como depósito, en garantía del armisticio definitivo, que se consideraba una ulterioridad remota o imposible. En cuanto a San Martín, sin esperar que la España reconociese buenamente la independencia de las colonias insurreccionadas, procedía seriamente al buscar un arreglo con medios conciliatorios, conforme con las ideas de política convencional de que estaba imbuido. Empero, buscaba ventajas como La Serna. "Han seguido las negociaciones, demorándolas por mi parte —decía al tiempo de reabrirse por última vez las hostilidades—; 1º para que se repongan los hombres y caballos de la división de Arenales, que han sufrido en el paso de la cordillera; 2º para reponer mis enfermos, que no bajan de mil doscientos." Era un doble juego con dos naipes, a cartas vistas y ocultas. San Martín sabía bien que la España, en su arrogancia, nunca admitiría la independencia como imposición, y por eso quería pactarla previamente con los jefes españoles, que, por su parte, reatados más que por sus instrucciones, por el deber y el honor, no estaban dispuestos a seguir el ejemplo de O'Donojú, que aún no se conocía en el Perú.

VIII

La entrevista pactada por el armisticio de Punchauca, es el paso político más trascendental en la vida de San Martín, pues, aunque no produjera ningún hecho inmediato, determinó un rumbo en su carrera de libertador, que debía conducirlo a un camino sin salida. ¡Tan cierto es que los fenómenos invisibles que se producen en el drama fantasmagórico de la conciencia, son los que deciden de los destinos de los hombres, más que los hechos tangibles, de que a veces ellos mismos son autores! Tal es el caso de San Martín. La América española estaba independizada de hecho, y republicanizada de derecho. La independencia era cuestión de tiempo. La república estaba en el orden natural de las cosas. Las provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia, se habían constituido en repúblicas, obedeciendo a su genialidad, y esto es lo que daba razón de ser a su revolución en pro de su independencia. La monarquía era un plan artificial o violento de gobierno, que contrariaba la tendencia de los pueblos emancipados, y sólo podía ser posible en una distribución dinástica y un acuerdo doméstico entre la metrópoli y la colonia, como sucedió en el Brasil. Fue entonces cuando San Martín, que había contribuido a consolidar la independencia de una república en el Río de la Plata, fundado otra en Chile y echado las bases de una nueva en el Perú, anunció públicamente su pensamiento secreto de monarquizar el Perú, indicado confidencialmente al tiempo de las negociaciones de Miraflores (véase capítulo XXVI, párrafo VII) en momentos en que en Méjico se implantaba el mismo sistema por una combinación de circunstancias, pasadas las cuales, la ley revolucionaria recobraría su imperio. Antes de dar este campanazo, había hecho publicar por Monteagudo en *El Pacificador* (periódico que se imprimía en su campamento a manera de boletín), un artículo, que se decía tomado de un periódico extranjero, en que se preconizaba la forma monárquica, a fin de sondar o preparar la opinión. En él se decía: "Todo hombre que sepa leer y escribir, que conozca su país y que desee el orden, es natural prefiera una monarquía a la continuación de una inquietud y confusión. Que los enemigos de la paz del Estado sean enemigos de ese proyecto, parece indisputable." Cierto es que en la realización de este pensamiento, por nada entraba la ambición personal; que era una fórmula teórica de acomodamiento con la madre patria, que no perdía de vista la guerra; pero no por esto es menos grave la responsabilidad moral de San Martín ante la historia al reaccionar contra su propia obra, ni desconocerse la influencia que su plan monárquico de pacificación tuvo en su

destino de libertador, aun cuando por el momento no pasase de palabras.

En tales circunstancias para la América, tuvo lugar el 2 de junio de 1821 la entrevista convenida entre San Martín y La Serna en Punchauca. Asistió a ella el general americano de uniforme de campaña, en compañía de su comisión pacificadora, su jefe de estado mayor el general Las Heras y otros jefes de su ejército. El Virrey, con la banda carmesí, distintivo de su autoridad debajo de su sobrecasaca, se presentó acompañado del comisario regio y sus dos colegas, los generales La Mar, Canterac y Valdés, y varios jefes de su estado mayor. Al encontrarse ambos generales se abrazaron. San Martín dijo: "Venga acá mi viejo general: están cumplidos mis deseos. Entre los dos podremos hacer la felicidad de este país." La Serna correspondió en términos generales pero amistosos a esta franca abertura. Los dos entraron del brazo al salón, en que sus comitivas se confundieron, cambiándose recíprocas manifestaciones de estimación y respeto.

Reunidos los protagonistas de esta escena en conferencia secreta con asistencia de sus respectivos comisionados, y presentes los generales La Mar y Las Heras como segundos cabos de los ejércitos beligerantes, San Martín tomó la palabra, y con voz firme dijo al Virrey: "General, considero éste como uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la constitución del año 12, que V. E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes. Si en España se abjuró una vez esa constitución volviendo al régimen antiguo, no es de suponer que sus primeros cabos en América, que aceptaron el compromiso de sostenerla, abandonen nunca sus convicciones, renunciando a la noble aspiración de preparar en este hemisferio un asilo seguro para sus compañeros de creencias. Los comisarios de V. E., entendiéndose lealmente con los míos, han arribado a convenir en que la independencia del Perú no es inconciliable con los intereses de España, y que, al ceder a la opinión declarada de los pueblos de América, harían un señalado servicio, si evitan una guerra inútil y abren las puertas a una reconciliación decorosa. Pasó el tiempo en que el sistema colonial pudo ser sostenido por la España. Sus ejércitos se batirán con la bravura tradicional de su brillante historia militar; pero, aun cuando pudiera prolongarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de hombres dispuestos a ser independientes, y que servirán mejor a la humanidad y a su país, si en vez de ventajas efímeras, pueden ofrecer emporios de comercio, relaciones fecundas y de concordia permanente entre los hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua y sienten igualmente el generoso deseo de ser libres. Si

V. E. se presta a la cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, los dos ejércitos se abrazarán sobre el campo." En seguida, formuló netamente esta proposición: Que se nombrase una regencia que gobernara independientemente el Perú, de que debía ser presidente La Serna, designando cada una de las partes un corregente hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España que se reconocería por monarca constitucional, y ofrecióse él mismo a ir a solicitarlo, si era necesario, para demostrar ante el trono el alcance de esta resolución, en armonía con los intereses de la España y los dinásticos de su casa reinante, en cuanto era conciliable con el voto fundamental de la América independiente.

Esta proposición, que dejó atónitos a los realistas, y que acogieron con visibles señales de contentamiento, tuvo el apoyo caluroso del comisario regio y de sus colegas, no obstante contrariar abiertamente las instrucciones que los gobernaban. El Virrey, que había guardado silencio, pero que parecía inclinado a aceptarla, propuso consultar a las corporaciones del virreinato sobre asunto de tanta gravedad, prometiendo una contestación antes de dos días. "Transportes de gozo —dice un testigo presencial— siguieron a esta escena. Adelantándose la imaginación a los sucesos, se entró luego a discurrir sobre el día y la forma en que las tropas de los dos ejércitos reunidos en la plaza de Lima, deberían concurrir a solemnizar el acto de la independencia peruana." En el frugal banquete que se siguió y que presidieron los dos caudillos, uno al lado del otro, el Virrey brindó: "por el feliz éxito de la reunión en Punchauca", y San Martín: "por la prosperidad de la España y de la América"; pronunciándose otros brindis por la unión y la fraternidad entre europeos y americanos.

Si en todo esto no hubiese habido sino habilidad diplomática, el golpe del general americano era de mano maestra; pero había además un error fundamental. Ponía por una parte de su lado la moderación, anteponiendo el bien a la gloria; presentaba una fórmula concreta de conciliación bajo las condiciones recíprocas de la independencia y del sistema de gobierno, desatando sin violencia el vínculo entre la madre patria y la colonia; se captaba el concurso del comisario regio y de sus colegas, llevándose hasta violar las instrucciones de su corte; halagaba las tendencias de los jefes liberales, que disponían del ejército español; persuadía al Virrey, irresoluto y casi convencido, a deferir la cuestión al voto de las corporaciones del virreinato; introducía la división política en el campo enemigo, apareciendo magnánimo, y mientras tanto, ganaba fuerza moral y material. Esto es en el supuesto de avanzar una proposición, que no podía ser aceptada por los realistas, reatados por sus instrucciones y resueltos a sostener la guerra a todo trance. En el caso de ser aceptado su plan, era una victoria *sine sanguine,*

como la buscaba, aunque tuviese por símbolo una corona en vez de un gorro frigio. Obtenía desde luego el reconocimiento previo de la independencia del Perú; fundaba provisionalmente un gobierno mixto nacional; comprometía al ejército español en el sostén de ambos hechos preestablecidos, y la cuestión se resolvía de este modo de hecho, cualquiera que fuese la resolución del gobierno español, como lo había sido en Méjico por la adhesión anticipada de O'Donojú al plan de Itúrbide. Era hacer triunfar la revolución con el concurso de los mismos españoles. Esto es lo que San Martín buscaba de buena fe como solución definitiva, sin perder de vista las contingencias de la guerra. Por un momento, creyó haberlo alcanzado. El, tan frío y reservado habitualmente, al levantarse de la mesa del banquete llamó aparte a Guido, y le dio un estrecho y silencioso abrazo lleno de calor. Era que, arrastrado por sus ideas políticas de convención, fomentadas por sus consejeros, al anteponer al credo de la revolución americana — que era también su propia creencia —, la forma del gobierno de la monarquía constitucional para la América, pensaba hacer obra buena, garantizándole la estabilidad del orden a la par que la independencia y la libertad moderada. Se extraviaba como político que no veía claro ni preveía los obstáculos, y como guerrero, destemplaba sus propias armas de combate. Como libertador, se desautorizaba ante las nuevas naciones emancipadas; y al reaccionar contra sus tendencias espontáneas, nativamente democráticas, desconocía el carácter de su revolución y el principio esencial que le daba su razón de ser y de que sacaba su fuerza. Como diplomático, comprometía ante el mundo libre y ante el mundo reaccionario la causa de las instituciones que estaba encargado de hacer triunfar en el terreno de la política así como en el de las armas. Esta claudicación de los principios de la revolución sudamericana, fue un triunfo para los monarquistas europeos de la Santa Alianza, que miraban de reojo la republicanización del Nuevo Mundo, y podía enajenarle, a la par de las simpatías de los Estados Unidos que hacía frente a los reyes absolutos, el apoyo de la Inglaterra, que aceptaba el hecho como irresistible. Así, escribía Chateaubriand, al conocer la monarquización de Méjico y las bases de Punchauca: "El mismo resultado debieran esforzarse en obtener todas las colonias hispanoamericanas." Este aplauso ante la Europa monárquica, es una condenación ante la América republicana, que marca un comienzo de decadencia. Por eso hemos dicho que este paso fue el más trascendental en su vida política, pues determinó un rumbo en su carrera, que debía conducirlo a un camino sin salida.

IX

Si la aceptación del plan de San Martín hubiese dependido por parte de los realistas, tan sólo del voto de las corporaciones del virreinato, de seguro que habría sido aceptado. La opinión estaba bien preparada, y los mismos historiadores españoles reconocen que contaba con numerosos partidarios en Lima. Pero La Serna comprendió que esta opinión flotante sin el apoyo de la fuerza no tenía valor alguno, y que no podía proceder sin el acuerdo del ejército, con tanta más razón cuanto que la autoridad que investía, derivaba de una sublevación militar. Consultados sus jefes, declararon: que sin rechazar en su fondo la proposición, no podían aceptarla en su forma bajo la condición de hacerla desde luego efectiva en el hecho, por cuanto contravenía las reales órdenes, que si bien autorizaban ilimitadamente para poner coto a la efusión de sangre, prohibían expresamente tratar sobre la base de la independencia colonial. De su punto de vista tenían razón. Ellos comprendían que al pactar en tales condiciones, se exponían a ser desaprobados por su gobierno, dando en el primer caso la victoria al enemigo, y en el segundo teniendo que optar entre declararse rebeldes a su Rey y traidores a su patria o servidores de la revolución que combatían, como españoles y como soldados.

En vista de este pensamiento, que fue unánime, el Virrey, que bien apoyado habría pasado por todo, comunicó a San Martín dentro del plazo de los dos días: "Luego que llegué a ésta (Lima) creí necesario, antes de anunciar la proposición de usted a los diputados de las corporaciones, saber la voluntad del ejército; y al paso que hallé a los jefes convencidos de que lo que conviene a ambas partes es el contenido de dicha proposición, asegurándomelo así, he visto que de modo alguno se prestan a reconocer la independencia sin dar antes el paso preliminar de anunciarlo al gobierno nacional; por cuyo motivo he suspendido la convocatoria de la junta de corporaciones, en razón a que nada adelantaríamos faltando el consentimiento del ejército."

Al mismo tiempo que el Virrey se excusaba de someter la cuestión al voto de las corporaciones y se cubría con la deliberación del ejército, diputaba dos de los principales jefes que más oposición habían hecho a la condición del reconocimiento previo de la independencia. "He creído conveniente — escribía a San Martín — pasen a verse con V. el coronel Valdés y el comandante García Camba, pues estos jefes están al corriente del asunto, y manifestarán a V. todo lo que nos es dable hacer, según mi sentir, para lograr asegurar la mutua felicidad de ambos pueblos." La proposición del Virrey sólo difería en un punto de la de San Martín: Acordar una

suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de su Corte: mientras tanto, tirar una línea de oeste a este por el río Chancay, quedando bajo el gobierno de los independientes el país que ocupaban, y que el resto del Perú fuese regido por la constitución española, nombrándose al efecto una junta de gobierno: que el mismo Virrey se embarcaría para Europa, a fin de instruir al Rey de lo que pasaba, y que, si San Martín quería llevar a cabo su proyecto de pedir personalmente un príncipe de la familia real de España, podrían hacer el viaje juntos. El general americano recibió a los emisarios en la cámara de la goleta *Moctezuma*, donde había anunciado esperaría la resolución del Virrey, y uno de ellos ha relatado la escena que se siguió: "Esta proposición (la del Virrey) fue desechada por San Martín, no obstante las probables ventajas que ofrecía a los independientes, máxime si las Cortes con el Rey accedían a remitir al Perú un príncipe, como Valdés y Camba lo significaron. El caudillo enemigo se mostraba decidido por el establecimiento de una monarquía constitucional en los Andes con un príncipe de la familia real de España. Los delegados nada le objetaban en contrario sino que la resolución pertenecía exclusivamente al gobierno supremo de la nación. Los enemigos, engreídos con los sucesos que habían obtenido, miraban con indiferencia cuanto se les proponía. Así, al desechar San Martín la proposición del Virrey, dijo con harta ironía a los comisionados Valdés y Camba: «Siento tanta obstinación, pues veo con pesar que dentro de poco tiempo, no tendrán los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo»." Era un ultimátum: no quería tratar sino sobre la base de la aceptación previa de la independencia por parte de los jefes españoles, y si no, prefería la continuación de la guerra.

X

Después de este segundo fracaso, las conferencias pacíficas volvieron a reanudarse, reuniéndose los comisionados en el pueblo de Miraflores, en vez de Punchauca. La fórmula de San Martín flotaba inanimada en el aire: todas las combinaciones se referían a ella, y alrededor de ella giraban las proposiciones y contraproposiciones de los negociadores. Empero, ni unos ni otros esperaban a arribar a ningún acuerdo serio. Prolongaban las negociaciones, porque así convenía a ambos beligerantes, que a la sombra del armisticio preparaban el desarrollo de sus planes militares. Así, los diputados españoles, refiriéndose a la entrevista de Punchauca, renovaron oficialmente la proposición confidencial hecha por La Serna y rechazada por San Martín en la *Moctezuma*, con la variante de nombrar de común acuerdo una junta provisional de gobierno que

rigiese el Perú en nombre de la España durante la ausencia de los dos generales beligerantes, con la división del mando de dos ejércitos (junio 8). Los diputados independientes replicaron que en la entrevista a que se hacía referencia, "San Martín había propuesto un vasto y benéfico plan que conciliaba las miras e intereses de todos, el que había quedado frustrado por resoluciones ulteriores; pero que, quedando vigentes hasta aquel momento los principios y medios sobre que había girado la negociación, no debía esperarse que ellos aceptasen un nuevo plan de pacificación ingarantida", y terminaban prestándose a continuar y concluir la negociación pendiente sobre la base de la entrega en depósito de las fortalezas del Callao, como garantía de lo que se pactase (junio 11). Los españoles confirmaron su anterior aceptación a esta exigencia (junio 11). En consecuencia, el armisticio fue prorrogado por doce días más, y se estipuló que durante ese término el general independiente, por un sentimiento de humanidad, permitiría la introducción de víveres en la ciudad en las cantidades que se calculasen necesarias para su consumo diario (julio 12).

La concesión de San Martín para la introducción de víveres en la plaza sitiada ha sido severamente criticada por unos y calificada por otros de "política militar enigmática." Es sin embargo, uno de los hechos más claros y que más honor hace no sólo a sus sentimientos, sino también a su habilidad política. El sabía bien que el enemigo estaba decidido a abandonar la capital, por serle imposible mantenerse en ella. No era, pues, una falta militar ofrecer un cebo para incitar a los españoles a prolongar una situación en que agotaban sus últimas fuerzas, cuya aceptación importaba reconocer la condición de sitiados, y por tanto su impotencia para la ofensiva. En otro sentido esto le proporcionó la ocasión de alcanzar un triunfo moral ante la opinión, sin comprometer ninguna ventaja real. Los españoles, humillados de que el pueblo debiese su alivio a la generosidad de los sitiadores, anunciaron por su prensa oficial, que la concesión era condición puesta por ellos para la prórroga del armisticio. Los diputados independientes protestaron contra esta interpretación y pidieron explicaciones, lo que permitió a San Martín manifestar por su parte, que "no era a los pueblos a los que hacía la guerra, ni su intención que los habitantes inermes de la capital sufriesen los efectos de un mal que no habían causado." Con esta política dominaba moralmente el adversario armado y se propiciaba la opinión pública, a la que convertía en agente activo de hostilidades de otro género.

El general independiente no obraba movido tan sólo por los sentimientos de humanidad de que hacía alarde. Astuto como siempre, explotaba la miseria de la ciudad sitiada, promoviendo un antagonismo entre el Virrey y el pueblo, encabezado éste por la municipalidad. Los agentes secretos en Lima, de acuerdo con él,

dirigieron anónimos al Cabildo, incitándolo a tomar una actitud en representación del pueblo invocando el bien general. El Cabildo, estimulado por el clamor general, dirigió al Virrey una nota, que era una especie de grito de sedición en nombre de la paz: "En contorno de veinticinco leguas, no reina sino la más espantosa devastación. Los ganados, las sementeras, los frutos, todo ha perecido por el furor del soldado. Provincias las más ricas y opulentas han sucumbido a la fuerza preponderante del enemigo, otras se hallan amenazadas de igual fracaso; y esta capital sufre un bloqueo el más horroroso por el hambre, el latrocinio y la muerte. Entretanto, el soldado no respeta aun el último resto de las propiedades rurales, y acaba hasta con los bueyes que surcan la tierra y la fertilizan con su sudor en beneficio del hombre. Si continúa así esta plaga, ¿cuál será en breve nuestra suerte, cuál nuestra miserable condición? La paz es el voto general del pueblo. Los pueblos se reúnen a porfía bajo el pabellón de San Martín. Centenares de hombres desertan de nuestros muros para no perecer de necesidad. Un enjambre obstruye los canales de nuestra provincia, insulta y saquea nuestro hogar. El público increpa agriamente nuestro silencio, y ya son de temer males peores que la misma guerra." El Virrey contestó, esquivando la cuestión principal, y se contrajo al tópico de la paz, en términos triviales que revelaban quebranto: "Como filántropo amo y deseo la paz; pero como militar y hombre público no puedo prescindir de que sea honroso y preferiría la guerra, aun suponiendo la preponderancia que se dé a las fuerzas del general San Martín. La guerra es un juego donde se aventura más o menos según la pasión de los jugadores, que tan pronto se gana, tan pronto se pierde; y cuando se gana mucho, sucede comúnmente, que el que gana, continúa jugando para aumentar su bien, o que el que pierde no quiere dejar el juego, porque espera volver a ganar lo que ha perdido, y al fin la fortuna se vuelve, y el que ganaba no sólo pierde lo que ha ganado, sino también lo que tenía ganado cuando se puso a jugar. Es cuanto por ahora puedo contestar." Los jefes militares, ofendidos por los términos de esta representación, se quejaron amargamente al Virrey en nombre del ejército, calificándola de criminal y exigieron una reparación, con la amenaza de que, de no hacerse justicia, no en vano se atacaría su honor.

De este modo se creaba un nuevo antagonismo entre el pueblo, las autoridades y el ejército. Mientras tanto, el hambre apuraba en la ciudad. San Martín, asumiendo al parecer una actitud magnánima, exigía garantías y ponía condiciones, que eran otras tantas bombas explosivas, que reventaban en el campo enemigo aquejado por la miseria. "Estoy dispuesto —decía— a permitir la introducción de víveres para el consumo de Lima, siempre que el Virrey me responda como presidente de su ayuntamiento, que serán distribuidos por esta corporación entre el pueblo, y de que éste no

será defraudado por la autoridad militar, no haciendo dificultad en que el soldado ocurra al mercado como cualquier ciudadano, y mucho menos que se destinen las raciones necesarias de arroz y harina para los enfermos del ejército, porque al fin estos soldados en su estado dejan de ser mis enemigos." La Serna dio la explicación pedida, declaró que la concesión había sido solicitada por sus diputados y que el reparto de víveres se haría en beneficio del pueblo. San Martín se dio por satisfecho, y aceptó la palabra de honor de su adversario como suficiente garantía.

San Martín no se apresuraba a conquistar la capital del Perú: quería que cayese en sus manos como una espiga madura, según sus palabras. Un distinguido marino inglés, que lo visitó en una ocasión en la *Moctezuma,* al pintarlo al natural ha consignado en un libro las ideas de que estaba poseído. "Hacía poco que nos paseábamos por el puente de la goleta, cuando los marinos empezaron a lavar el puente «¡Qué fastidio! —exclamó San Martín—, que esta gente se empeñe en lavar su puente de ese modo. ¡Eh! amigo —exclamó dirigiéndose a uno de ellos—, ¿por qué no echa el agua del otro lado!» El marinero, que no entendió o estaba acostumbrado a los modos del general, continuó salpicándonos. «Me temo mucho —me dijo— tengamos que bajar a la cámara, que no es sino un miserable agujero, pues parece que no es posible convencer a estos diablos.» En el mismo día de mi visita (25 de junio de 1821), algunas personas vinieron de Lima a hablarle de negocios de Estado, y en el curso de la conversación dejó penetrar sus intenciones y los sentimientos que le animaban. «Se pregunta —fueron sus palabras— por qué no marcho inmediatamente sobre Lima. No me detendría un momento, si esto conviniese a mis miras. No aspiro a la fama de conquistador del Perú. Mi única ambición es libertar este país. ¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contrarios? ¿Qué ventaja sacaría la causa de la independencia en que ocupase militarmente a Lima, y aun todo el país? Mi plan es diferente. Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas, y no quiero dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública. Que la capital esté madura para declarar sus sentimientos, y yo le procuraré la ocasión de hacerlo con toda seguridad. A la espera de ese momento he suspendido hasta ahora avanzar. Los que conocen el alcance de los medios que han sido empleados, encuentran una explicación suficiente para mis retardos. He ganado cada día nuevos aliados en el corazón del pueblo. En cuanto a las fuerzas militares he conseguido aumentarlas y mejorar el ejército patriota; mientras el de los españoles se ha disminuido por la miseria y la deserción. Toca al país juzgar por sí mismo cuáles son sus verdaderos intereses, y es justo que sus habitantes hagan conocer lo que piensan. La opinión pública es un nuevo resorte introducido en los asuntos de estos países: los españoles, incapaces de dirigirla,

la han comprimido. Ha llegado el día en que va a manifestar su fuerza y su importancia.»"

Condensando su juicio con motivo de esta conversación, dice el viajero observador: "Sería temerario asegurar que las declaraciones del general patriota fuesen sinceras, y bien que nada pueda hacerme dudar de su lealtad, es difícil pronunciarse sobre la prudencia de sus combinaciones, aun sustrayéndose a la influencia de lo que sucedió más tarde. Muchos las encontraban muy juiciosas, porque habían sido coronadas por el éxito. En cuanto a mí, debo confesar con sinceridad que las medidas que tomó en las circunstancias de que fui testigo, me parecieron indicar mucha habilidad, circunspección y previsión. En aquel día estaba vestido con un largo levitón y una gorra de pieles. A primera vista no presentaba ningún rasgo notable que llamase la atención, pero cuando se ponía de pie y tomaba la palabra, reconocíase al hombre superior. Con mucha simplicidad en sus maneras, eran las de un hombre bien educado. Jamás noté en él la mejor afectación: lleno siempre del sentimiento de lo actual: todo indicaba su carácter agradable, y debo decir, que no he conocido ninguno cuyo acceso fuera más cautivador. En la conversación iba derecho a los puntos principales del asunto, prescindiendo de los menos interesantes. Escuchaba con atención y contestaba de una manera lúcida, en términos escogidos. En la controversia desplegaba admirables recursos y una prodigiosa fecundidad de vistas, y sabía demostrar a sus oyentes que se había poseído de su pensamiento. No había nada de brillante ni de rebuscado en sus palabras: hablaba con calma y gravedad, dominando la materia. Alguna vez le sucedía animarse insensiblemente: entonces sus ojos brillaban; sus expresiones eran vivas y enérgicas; llamaban la atención y convencía con sus argumentos; esta metamorfosis se producía, sobre todo, tratándose de política; y si hablaba con sangre fría, no era menos admirable que cuando se expresaba con fuego. Sabía ser igualmente chistoso y familiar, según lo exigían las circunstancias. En definitiva, cualquiera que sea la influencia que haya podido tener sobre él la posesión de un gran autoridad política, estoy convencido de que las cualidades de su alma eran blandas y benévolas, y lo considero como un hombre de temple poco común."

Es curioso observar que en su larga carrera nunca le faltó a San Martín un inglés observador por testigo, para comprobar el dicho, que allí donde sucede algo posible en el mundo, allí está presente un inglés; en España, lord Macduff; en San Lorenzo, el viajero Robertson; en Mendoza, Santiago y Maipú, Haigh, portador accidental del parte ensangrentado de la batalla; en Lima, el famoso marino Basil-Hall, que ha dejado este precioso medallón que lo representa bajo nuevo aspecto en un momento histórico, y Stevenson, secretario de Cochrane, que a la par de éste, lo ha difamado.

XI

Las negociaciones entabladas, continuaron por mera forma, bajo el pabellón neutral a bordo de la fragata *Cleopatra,* surta en el Callao. A la sombra de la bandera blanca del armisticio los beligerantes se preparaban a resolver la cuestión por las armas. Al expirar el término de la prórroga del armisticio de Punchauca, San Martín estaba decidido por la guerra. "Los enemigos —decía— como base preliminar, debían entregarme el castillo Real Felipe con las demás fortificaciones adyacentes; la fuerza marítima que viniese de la península, debía regresar a España al mes de su llegada a estas costas; toda la parte del norte desde Chancay (inclusa la península de Maynas), quedaba en mi poder. Para la independencia de América era ventajoso este partido, pues de mí no se exigía más que un armisticio por dieciséis meses, y que se enviasen diputados para tratar con el gobierno español la independencia del Perú, de Chile y Buenos Aires. Yo no ignoro que con el Callao y la opinión del país, en dieciséis meses el Perú era libre; que con los recursos del territorio que me quedaban, podía mantener con economía el ejército. Pero ¿y la escuadra? ¿Cómo se la remito a Chile cuando sé que no tiene un peso con que pagarla? Yo no podía sostenerla en este intervalo, y de consiguiente su disolución era positiva, perdiendo Chile por este motivo sus esfuerzos, y toda la América la respetabilidad y seguridad que le da esta fuerza naval. En este caso, me he decidido por la continuación de la guerra más feroz y destructora que han conocido los vivientes, no por las balas ni trabajos, sino por la insalubridad de estas infames costas, especialmente desde que llegó el ejército, pues no hay memoria de tantas enfermedades como en esta época. Además, me he decidido por la guerra por la situación del enemigo. El tiene igual o mayor número de enfermos que nuestro ejército, y aunque mejor medicinados, peor alimentados; la opinión, no sólo de la América, sino de la mayor parte de los europeos sensatos, está por nosotros; su ejército minado en favor de nuestra causa, pasándose a nuestras banderas; el hambre los acosa, y no les queda otro recurso que retirarse al Cuzco para prolongar la guerra, como tengo noticia de que se proponen hacerlo. Estas consideraciones me han hecho resolver a prolongar por un poco de tiempo más los males, para que luego gocen más tranquilamente los bienes." Ahora es el general y no el político el que habla; con un propósito deliberado, con su claridad de vistas y su perfecto conocimiento de los planes del enemigo, que pesa tranquilamente el pro y el contra con su juicio propio en el estilo conciso y preciso que le es peculiar; es el libertador del Sur llenando sus deberes militares para con la América; empero no previese

todas las contingencias, y de aquí que favoreciera en cierto modo los planes del enemigo.

En cuanto al general español, su resolución estaba tomada desde antes de ajustarse el armisticio: su idea era trasladar el teatro de la guerra al interior del país. La llegada del comisionado regio Abreu, y las negociaciones que fueron su consecuencia, retardaron esta operación. Sin comunicaciones marítimas con la metrópoli, bloqueado en Lima por las armas y por el hambre, en disidencia el Virrey y el ejército con el Cabildo y con el pueblo, invadida la sierra, amagados los puertos intermedios, obstruidos los caminos de las provincias del interior del sur y del este; en impotencia para tomar la ofensiva, la evacuación de Lima se imponía como una necesidad. "El estado de la capital del Perú —dice un historiador español que habla como testigo— había llegado a tal extremo, que no se alcanzaba medio alguno de poderla conservar por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy pronto todo el país." Era la resolución salvadora. Los españoles abandonaban a los independientes el territorio malsano de la costa del norte, dejando a éstos en presencia de un enemigo invisible que los diezmaría; se trasladaban al clima salubre de la tierra, donde sus enfermos se repondrían; ocupaban las provincias de mayores recursos en hombres, cabalgaduras y bastimentos; reemplazaban con nuevos reclutas sus bajas; consolidaban su base de operaciones asegurando sus comunicaciones con el Alto Perú y dominaban las costas del sur. De este modo, u obligaban a los independientes a ir a buscarlos en sus posiciones, o se ponían en actitud de abrir hostilidades sobre la costa cuando les conviniese. Esta resolución, que hace alto honor a la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongó por cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín, que no le dio por entonces la trascendencia que tenía, y pensó erradamente que la posesión de Lima le daba el triunfo definitivo.

En prevención de la próxima evacuación de Lima, el Virrey dispuso que Canterac, a la cabeza de la mayor y más saneada parte de su ejército (25 de junio), se dirigiese a Huancavelica, por el camino de Lanahuaná, ascendiendo la cordillera por el valle de Cañete. De este modo preparaba la operación meditada garantido por el armisticio y al emprender al parecer un movimiento de retroceso, detenía la internación de Arenales, a la vez que ocupaba posiciones más ventajosas para el tiempo en que se reabriesen las hostilidades. San Martín había hecho otro tanto replegándose de Ancón a Huacho en ese intervalo. De manera que, el Virrey, al quedarse en Lima con la menor parte de sus fuerzas, contaba con el tiempo y la distancia, y reposaba en la seguridad de que San Martín, debilitado también por la ausencia de sus mejores tropas en la sierra, no podía atacarlo, aun en el peor caso, con un ejército no mucho mayor, compuesto como el suyo de enfermos y conva-

lecientes. Además, tenía por punto de apoyo inmediato las fortificaciones inexpugnables del Callao con su fuerte guarnición.

Fenecido el armisticio y en marcha Canterac con el grueso del ejército de evacuación, La Serna anunció públicamente por medio de una proclama (4 de julio), la resolución de abandonar a Lima. "Me veo precisado —decía— a usar de medios extraordinarios y de planes más vastos que los que permite la mera defensa de una ciudad situada de un modo muy contrario a las operaciones militares... quedándome yo mismo sepultado entre sus ruinas y cadáveres." Delegó el mando político y militar en el marqués de Montemira, anciano pacífico de la ciudad, con el encargo de conservar el orden y entregar la plaza a discreción del enemigo. Ofició al general San Martín, "implorando su filantropía (5 de julio) en favor de más de 1.000 enfermos que dejaba en los hospitales", a la vez que le aseguraba que "esto en nada podía influir para que la negociación pendiente no tuviese la feliz terminación que positivamente deseaba." Dejó 2.000 hombres de guarnición en los castillos del Callao, con escasos bastimentos para sostenerse, pero prometiendo que oportunamente acudiría con víveres en su auxilio. Con el resto, que no alcanzaba a 2.000 hombres, se puso en retirada el 6 a las cinco de la mañana por el valle de Cañete en dirección hacia la quebrada de Yauyos al este de Lima.

La ciudad estaba consternada. Los españoles comprometidos huían a encerrarse con sus familias dentro de las murallas del Callao. El vecindario amedrentado, temía que la población fuese saqueada o por los invasores o por la plebe, y las mujeres se refugiaban en los monasterios. San Martín se apresuró a tranquilizar a todos y dirigióse al arzobispo como representante de las conciencias, y a la municipalidad como representante del pueblo, manifestándoles que sus acciones jamás habían desmentido sus promesas, y que al garantir el orden público, estaba dispuesto a correr un velo sobre lo pasado y prescindir de las opiniones políticas que antes hubiese profesado cada uno (julio 6).

XII

Fiel a la línea de conducta que se había trazado, San Martín no se apresuró a posesionarse de Lima. Quería que la ciudad se pronunciara, para presentarse él, no como conquistador, sino como auxiliador y protector. El capitán Basil-Hall, que continuaba observándolo cuenta que habiendo reiterado su visita a bordo de la goleta *Moctezuma,* curioso de explicarse esta conducta enigmática, le oyó decir: "He combatido durante diez años contra los españoles, más bien dicho, contra los enemigos de la causa de la emancipación americana. Mi único deseo es que este país se gobierne por sus

propias leyes. En cuanto al sistema político que adopte, no me toca intervenir. Mi intención es dar al pueblo los medios de proclamar su independencia y establecer el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré terminada mi misión, y me retiraré." Una diputación del cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación, mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, que por su composición eran miradas con temor por sus habitantes, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador civil para el mantenimiento del orden. Los habitantes, según el testimonio del testigo neutral antes citado, no podían persuadirse de que fuesen tratados con tanta generosidad por un hombre que consideraban enemigo. Algunos llegaron a pensar que era una burla del vencedor, que se disponía a entrar insolentemente por las calles al frente de sus tropas para humillarla con su triunfo. Uno propuso que se hiciese la prueba. En consecuencia el gobernador ordenó por escrito al comandante de un regimiento de caballería que campaba a dos kilómetros de la ciudad, que se situase en un punto más lejano. La orden fue obedecida, y el regimiento se situó cinco kilómetros más afuera. Esto bastó para dar autoridad al gobernador municipal. La comunicación entre las tropas y el pueblo no se estableció sino cuando el orden estuvo perfectamente asegurado, por medio de una policía civil bien organizada con el concurso de algunos pequeños destacamentos que penetraron modestamente en el recinto de las murallas. El 9 al anochecer entró silenciosamente una división, que fue recibida en medio de aplausos populares.

El 10 de julio de 1821, a las siete y media de la noche, entró San Martín de incógnito a Lima, según su costumbre después de sus grandes triunfos, acompañado tan sólo de un ayudante, y de allí se dirigió al palacio de los virreyes. Dos frailes descubrieron su presencia. Cada uno de ellos le dirigió un discurso comparándolo con Julio César y con Lúculo, que él oyó con su acostumbrada paciencia. Así que se hubieron retirado, exclamó: "¡Santo Dios, qué va a ser de nosotros! Esto no se acabará nunca." El ayudante le dijo: "¡Oh, mi general!, están esperando otros dos del mismo calibre". "¡Sí! —repuso San Martín—, pues que ensillen los caballos y en marcha." Pero la noticia de su entrada se había generalizado y todos querían conocer al libertador, y hombres, mujeres y niños acudieron en tropel a saludarlo. A una mujer que se precipitó a sus pies, presentándole tres hijos para que sirviesen a la patria, la hizo levantar con bondad y la abrazó. Cinco damas se presentaron inmediatamente, y todas querían abrazar sus rodillas, hablando al mismo tiempo; y las cinco pesaron tanto sobre él que hubieron de hacerle perder su equilibrio en medio del bullicioso tumulto, logrando al fin aquietarlas con buenas palabras. Por fortuna descubrió entre la concurrencia a una niña de doce años, que lo miraba tímidamente

y no se atrevía a acercársele: la levantó en sus brazos en medio de grandes aplausos. Uno gritó: ¡Viva nuestro general! No, no, prorrumpió él; griten: Viva la independencia del Perú. El Cabildo, apresuradamente reunido, se presentó en seguida. El contestó a sus felicitaciones gravemente, sin frialdad, sin muestras de suficiencia. Después de algunos discursos que le fueron dirigidos, y a que respondió con palabras apropiadas, otra dama se echó en sus brazos, lo tuvo estrechado por más de medio minuto, sollozando más que pronunciando las palabras: "¡Mi general! ¡Mi general!" Al querer retirarse, San Martín, impresionado por su entusiasmo y su belleza, la detuvo respetuosamente, y le dijo sonriendo: "Debiera ser permitido demostrar la gratitud con un beso"; pero se abstuvo, y encargó a un edecán que la acompañase del brazo hasta la puerta. A las diez y media de la noche, se retiró a Mirones —punto equidistante entre el Callao y Lima—, donde había hecho acampar el ejército con objeto de establecer el sitio del Callao. Así fue cómo el libertador del Perú entró a la ciudad de los Reyes.

Al día siguiente se publicaron varios bandos prohibiendo que se injuriase a los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocio, que los tribunales administrasen justicia conforme a las leyes preexistentes que no contrariasen el nuevo régimen, y se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazados por el escudo nacional inventado en Pisco, con la inscripción: "Lima independiente."

Una proclama de San Martín, que por su tono jactancioso contrastaba con su actitud modesta de vencedor, llamó a las armas a los habitantes de los departamentos libres, prometiendo terminar la campaña en cuarenta días, si los pueblos lo acompañaban en sus sacrificios. No era imposible del todo tan gran resultado, si la palabra hubiese sido acompañada por la acción; pero lejos de esto, no sólo no dio nuevo impulso a la guerra, sino que la paralizó cometiendo graves errores militares, que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones, o tan sólo un plan negativo. Había querido hacer una campaña pacífica, de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntades sin batallas, y el éxito coronaba sus designios en cuanto al objetivo inmediato: la posesión de Lima, centro aparente del movimiento reaccionario. Exagerándose la importancia de este hecho, pensaba que el enemigo quedaba inhabilitado para reaccionar y que gastaría sus últimas fuerzas en el aislamiento; que el país sublevado como elemento concurrente de las armas —que intervendría a su tiempo—, prepararía sin arriesgar nada el triunfo definitivo. Era un plan filosófico, que llevado a sus consecuencias lógicas, todo lo reducía a la fuerza de presión como medio de poner en movimiento las fuerzas activas por el simple efecto de su gravedad. Este sistema lento y expectante de hacer la guerra se fundaba en que las fuerzas populares no habían

hecho causa común con los libertadores, como sucediera en Chile; en que, mientras tanto, lo ganado aseguraba la independencia, reducida a cuestión de tiempo.

Verdad es que el país no había respondido aún al llamamiento de los libertadores: que, a excepción del pronunciamiento de Trujillo y el alistamiento de las guerrillas francas sobre Lima, ningún movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las altas clases de la sociedad ni en el común del pueblo; que la insurrección de los indígenas, débil y desordenada en sí, que sólo brindaba derrotas, no le prestaba ningún concurso eficiente; que la primera campaña de Arenales a la sierra demostraba la inercia de las masas, y cuando más, una adhesión pasiva. Todo esto le hacía considerarse como acampado y no como establecido, en un país cuyas fuerzas revolucionarias y militares no se habían asimilado con las del ejército de modo de darle un sólido punto de apoyo, fuese para acelerar la victoria o para afrontar una derrota pasajera, sin jugar a un albur el todo propio contra una parte ajena. De estas bases de raciocinio más que de observación profunda, partía para pensar, que el solo hecho de la conservación de su ejército, como reserva militar y núcleo de opinión, garantía las posiciones conquistadas y era un triunfo positivo, pues mientras él se robustecía, el enemigo se debilitaba y consumía. No se hacía cargo del desgaste de su propia máquina de guerra en un clima mortífero, ni preveía la acción opuesta, que consideraba eliminada, cuando por el contrario se retemplaba en un clima sano y en medio de abundantes recursos de todo género. De aquí que reincidiese en los mismos errores que después de Chacabuco y Maipú, al no perseguir y dejar tiempo para repararse al enemigo quebrantado, que le brindaba la ocasión propicia para jugar la gran partida con probabilidades de éxito, aunque arriesgase algo, pues sólo así podía terminar en "cuarenta días", como él lo decía, la campaña en que estaba empeñado. Cierto es que, como la mitad de sus mejores tropas estaba destacada en la sierra con Arenales, que su ejército no era mucho mayor que el del Virrey ni se hallaba en mejores condiciones, ni estaba preparado para una campaña a la cordillera. De todos modos, su persecución pudo ser más eficaz y dar mayores resultados. Pero el más grave error en que incurrió, fue abandonar al enemigo las provincias de la sierra, cuya posesión lo compensaba de la pérdida de Lima y equilibraba la guerra, cuando él se encerraba en un círculo vicioso.

Mientras tanto, los generales españoles, después de adoptar la resolución salvadora de evacuar a Lima, encontraban las inspiraciones que debían prolongar la guerra y salvar el honor de sus armas, poniendo varonilmente en práctica la máxima formulada por La Serna en términos triviales: "el que pierde no quiere dejar el juego, porque espera ganar lo que ha perdido." Canterac, con el

primer cuerpo de evacuación de Lima, trepaba penosamente la montaña experimentando graves quebrantos al cruzar la cordillera; pero contenía el avance de Arenales por el frente a la vez que cubría las provincias del sur, su base natural de operaciones, y de este modo neutralizaba la expedición a puertos intermedios.

El Virrey, a la cabeza del segundo cuerpo, después de cubrir con fuerzas inferiores el repliegue de Canterac, emprendió su retirada por el camino de la costa en dirección al valle de Cañete, sembrando su camino de desertores, muertos y moribundos, y penetró en la cordillera por la quebrada de Yauyos, al este de Lima, que lo conducía al paso de Yauly en la cumbre de la cordillera, rectamente a Jauja, de modo de concurrir al nuevo plan de campaña amagando el flanco o la retaguardia de la columna de Arenales en la sierra. El trayecto que tenía que recorrer, era difícil y peligroso, y los naturales insurreccionados lo esperaban en sus gargantas para cerrarle el paso. Luego se verá cómo, no pudiendo franquear este camino, tuvo que retroceder para buscar el itinerario seguido por Canterac. Durante su marcha por la costa, en un espacio de 100 kilómetros, sólo fue flojamente hostilizado a su retaguardia por un regimiento de caballería al mando de Necochea, que regresó a Lima así que le vio internarse en los primeros desfiladeros de la montaña, sin observar siquiera sus movimientos ulteriores, de manera que en su contramarcha encontró el terreno libre. Los historiadores americanos, admiradores del incontestable genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión, y los enemigos, que tenían la conciencia de su peligrosa situación, nunca pudieron explicarse su inactividad.

El desarrollo de las operaciones de Arenales en su segunda campaña de la sierra, y de Cochrane y Miller a lo largo de las costas de los puertos intermedios, pondrá en evidencia el alcance de los errores apuntados que, si bien tiene su explicación racional según las vistas del general independiente y dada su situación, no por eso comprometen menos su responsabilidad ante la historia como director de la guerra, en presencia de los hechos que fueron su consecuencia inmediata o ulterior.

Capítulo XXX

EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU (SEGUNDA CAMPAÑA DE LA SIERRA)

1821

Retrospecto. — Las quebradas centrales de la cordillera. — Explicaciones estratégicas. — La resistencia de Aldao en la Sierra. — Gamarra es nombrado comandante general de la Sierra. — Ricafort y Valdés expedicionan a la Sierra. — Resistencia de los indígenas. — Combate de Ataura. — Retirada desastrosa de Gamarra. — Repliegue de Ricafort y Valdés a Lima. — Combate de Quiapa. — San Martín resuelve posesionarse sólidamente de la Sierra. — Expedición de Arenales y sus objetos. — Atraviesa la cordillera y se posesiona del valle de Jauja. — El armisticio de Punchauca suspende sus operaciones. — Refriega de Huando. — Prórroga del armisticio y violación accidental de él en la Sierra. — Arenales reconcentra sus fuerzas en Jauja. — Pinceladas complementarias al retrato de Arenales. — Los realistas se disponen a evacuar Lima. — Planes de Arenales para batirlos en su retirada. — Marcha en busca de Canterac. — Conflicto en que se encuentra y contramarcha. — Correspondencia entre Arenales y San Martín sobre operaciones de guerra. — Situación lamentable de Canterac al cruzar la cordillera. — Retirada del virrey La Serna y su rechazo por las Yauyos. — Reunión de La Serna y Canterac. — Arenales se retira de la Sierra y repasa la cordillera. — San Martín le previene tardíamente permanezca en la Sierra. — Nuevos planes de Arenales. — La división de la Sierra se reconcentra a Lima. — Consecuencias de un error.

I

Hemos apuntado en el capítulo anterior que, al mismo tiempo que San Martín estrechaba el bloqueo de Lima e iniciaba las negociaciones de Punchauca, abría otras dos campañas, una sobre los puertos intermedios al mando de Miller y bajo la dirección de Cochrane, y otra a la sierra, al mando de Arenales. Nos ocuparemos de ésta, dejando para después la otra, que fue simultánea, y respondía al mismo plan combinado. Pero para la inteligencia de los complicados movimientos que seguirán, se hace necesario dar una idea de los caminos que, desde los campos de los dos ejércitos beligerantes —Huaura y Lima—, conducen a la cordillera y a las

provincias montañosas del interior que van a ser teatro de las nuevas operaciones.

Al dar una idea general del territorio del Perú, hemos dicho antes (véase capítulo XXVIII, párrafo I) que de la región de la costa a la de la sierra, sólo puede penetrarse por anfractuosidades o "quebradas", que son como brechas o portadas plutónicas abiertas en una muralla ciclópea, que conducen por caminos estrechos y laderas escarpadas a los pasos precisos de la cumbre de la cordillera, del otro lado de la cual se encuentran, al oriente, Pasco, Jauja, Tarma Huancayo, Huamanga y Huancavelica, de cuya posición central se ha dado ya noticia (véase capítulo citado). Los independientes, en las posiciones que ocupaban antes de la evacuación de Lima, entre Huaura y Chancay, dominaban dos quebradas por su flanco izquierdo: la del valle de Huaura, que conduce directamente a Pasco, por el paso de Oyón, y la de Canta, al noroeste de Lima, que lleva al mismo punto o a Jauja y Tarma. Por aquí descendió Arenales al cerrar su marcha de circunvalación en la primera campaña de la sierra. Al este de Lima está la quebrada de San Mateo, que va directamente a Jauja y Tarma, y más al sudeste se halla la de Yauyos, que por la quebrada intermedia de Huachirí comunica con el paso de Yanly en la cordillera y va a los dos preindicados puntos. Este fue el camino que siguió el Virrey en su retirada de Lima. Estas dos quebradas, aunque dominadas por los españoles, estaban ocupadas por las guerrillas patriotas que bloqueaban a Lima, así como la de Canta en la zona neutral, circunstancia que debe tenerse presente para darse cuenta de algunos hechos de armas de que fueron teatro. Siguiendo el camino de la costa hasta llegar al valle de Cañete, se penetra a la cordillera por el camino de Lanahuaná, cuyos desfiladeros conducen a Huancavelica y Huamanga al oriente de la cordillera, y éste fue el itinerario seguido por Canterac.

Con esta breve descripción a vuelo de pájaro, se comprenderá que las quebradas eran como caminos cubiertos o trincheras laterales para ambos beligerantes, y que Arenales, subiendo por la de Huaura, ocupase a Pasco libremente, al atacar a los españoles en el valle de Jauja por el frente, y que, al descender por la de Canta, se diese la mano con el ejército patriota avanzado en Retes hasta el valle de Chancay. Vese también cómo los españoles, subiendo por San Mateo y por Yauyos, podían comunicarse con Jauja y converger en un punto a la subida —Yauly—, al amagar el flanco o la retaguardia de la división de Arenales avanzada sobre Huancayo, y cómo, al subir o descender, podían encontrarse con las guerrillas que ocupaban los desfiladeros. Por último, que una división, retrocediendo desde Lima a lo largo de la costa al remontar la cordillera por el camino Lanahuaná hasta Huancavelica, podía encontrarse al frente de las fuerzas que, partiendo de Pasco a lo largo del valle

de Jauja, se avanzasen hacia el sur. Como precisamente fue todo esto lo que sucedió, trazamos las líneas y los puntos de interceptación, como se marcan sobre un mapa con alfileres de distintos colores las marchas de las diversas divisiones de un ejército.

En la posición estratégica que ocupaba San Martín con su ejército, tenía el dominio de Pasco, y por esto en la línea de demarcación de oeste a este de los armisticios se comprendía dentro de las posiciones de los patriotas. Al contrario, la comunicación por Canta con Jauja era contingente, a menos de estar en posesión de Lima. A su vez, los españoles podían ser simultáneamente amagados por el frente desde Huaura y por una fuerza que, dueña de la sierra, se desprendiese por las quebradas de Canta y San Mateo, y aun por Yauyos, aunque más difícilmente. Combinados estos movimientos con una expedición por los puertos intermedios, a la vez que avanzase la columna de Arenales hasta Huancayo, se interceptaban los caminos del sur, y por consecuencia el de Lima con Huancavelica. Este era el plan de San Martín. De aquí el empeño de ambos beligerantes por dominar la sierra, que además de ser un clima en que se reponían sus tropas, les proporcionaba el contingente de buenos y numerosos reclutas para remontar sus cuerpos, diezmados por las fiebres mortíferas de la costa.

Comprendiendo San Martín el error cometido al ordenar el retiro de Arenales de la sierra, la contraorden para enmendarlo no llegó a tiempo, según antes se explicó. Mientras tanto, Aldao, como queda relatado, mantenía el terreno conquistado por Arenales, y con el apoyo de las poblaciones indígenas sublevadas, reconquistaba el valle de Jauja hasta Iscuchaca y Huancayo. Ricafort, vencedor de los indios en Huamanga, se replegaba a Lima, al mismo tiempo que Arenales, vencedor en Pasco, se reconcentraba al ejército independiente en Huaura y Retes. Carratalá, con su división, quedaba al oeste del Río Grande, y en posesión de Huancavelina y Huamanga, hacía frente a la insurrección avivada por Aldao. (Véase capítulo XXVIII, párrafo V). Llegados a este punto, volvemos a tomar el hilo de la narración en las operaciones de la sierra.

II

La resistencia de Aldao, tan valerosa como era, carecía de consistencia y no llenaba los objetos de una campaña seria; empero él se empeñaba en darle una semblanza de organización militar, a que eran refractarios los elementos que acaudillaba. San Martín lo comprendía bien, y le escribía que no se alucinase con la idea de tener batallones y regimientos nominales, previniéndole que no comprometiese con ellos ninguna acción. Para enmendar el error cometido y reparar el contratiempo de la tardía contraorden, se propuso

sistemar la insurrección de la sierra y darle un carácter permanente, de manera de privar al enemigo de los recursos a la vez que de nacionalizar la guerra, haciendo intervenir el elemento peruano más directamente en ella, por medio de la creación de un ejército popular de reserva. Al efecto, nombró comandante general de las fuerzas de la sierra al coronel Agustín Gamarra, peruano, natural del Cuzco, que había militado en las filas españolas y pasándose a los independientes al tiempo del avance de San Martín sobre Retes. Este gozaba de gran crédito entre sus paisanos, y se le suponían aptitudes militares que no acreditó al servicio de la causa de su patria. Provisto de algunos elementos de guerra y con un cuadro de oficiales y clases, marchó a ocupar su puesto (20 de febrero de 1821), posesionándose tranquilamente de Jauja y de los depósitos de armas dejados por Arenales en Tarma. Aldao se puso a sus órdenes. Las tropas colecticias a que éste había dado una organización regimentaria, entraron a figurar en el cuadro del ejército: la caballería con la denominación de "Granaderos a caballo del Perú", y la infantería, con la de "Leales del Perú". Estos fueron los primeros cuerpos peruanos organizados que con las armas en la mano, sustentaron la independencia de la nueva nación.

Para los españoles, la posesión de la sierra era cuestión de vida, así por lo que respecta a las subsistencias como a las comunicaciones con el sur. Así fue que, inmediatamente después de la deposición de Pezuela, el virrey La Serna dispuso, por su parte, que una división de 1.200 hombres al mando de Valdés, marchase a Asnapuquio a refozar a Ricaforte, que había vuelto a Huancavelica y Jauja, y que unidos ambos con Carratalá, reconquistasen sólidamente y pacificasen las provincias centrales de la sierra (25 de marzo de 1821). En el intermedio, Ricafort había obtenido algunas ventajas parciales sobre Aldao, sorprendiendo una de sus avanzadas y tomándole una pieza de artillería, pero sólo pudo avanzar hasta Iscuchaca, sin poder franquear la línea del Río Grande. Su situación no dejaba de ser algo apurada. Valdés y Ricafort, reunidos, se hallaron al frente de 2.500 hombres, pero encontraron cortados todos los puentes de maromas del río, a la sazón muy crecido, y alzados los indios que dominaban su margen oriental. Ricafort vadeó atrevidamente el obstáculo con la caballería, obligó a los indios a retirarse, y restablecido el puente de Concepción, afluente del Jauja, todas las tropas expedicionarias ocuparon el oriente del valle. Los indios, que se habían replegado al puente de Ataura — otro afluente del mismo río por el oriente —, esperaron el ataque a pie firme, en número de 4.000 hombres, sin más armas que sus hondas y macanas. No fue un combate; fue una nueva carnicería. Los vencidos dejaron en el campo más de 400 cadáveres. Los vencedores sólo tuvieron algunos muertos y unos pocos heridos.

Mientras tanto, Gamarra, a los primeros rumores de que iba a ser atacado, antes de que nadie lo hostilizara, hizo desprender una descubierta sobre las fuerzas enemigas, evacuó Jauja y se replegó a Pasco con 6.000 hombres de las tres armas de las fuerzas organizadas por Aldao. San Martín, sabedor del movimiento de Valdés, le previno que no comprometiera acción formal (9 de abril) hasta ser reforzado por una división de línea que iría en su apoyo. Gamarra continuó su retirada y repasó la cordillera por Oyón, perdiendo, sin combatir, la mayor parte de sus tropas y los elementos de guerra que se le confiaron.

Los realistas, triunfantes, avanzaron por Tarma y Jauja, arrollando la insurrección, y se posesionaron de Pasco. Aquí cometió La Serna el mismo error de San Martín, ordenándoles que se replegasen a Lima. Carratalá, al frente de una división de infantería y caballería, quedó ocupando la sierra, en observación sobre el paso de la cordillera en Oyón, que era la llave de las comunicaciones del ejército independiente con las provincias centrales del interior. En consecuencia, Valdés y Ricafort se pusieron en marcha con dirección a la quebrada de Canta. Al descender las vertientes occidentales de la cordillera, se encontraron con las guerrillas volantes mandadas por Vidal, asistido por los partidarios, Quirós, Elguera y Navajas (2 de mayo 1821). Estas guerrillas, aunque colecticias, tenían a raya las tropas veteranas de Lima, estaban bien mandadas y regularmente armadas, poseían una organización apropiada a su objeto y una táctica especial que les daba grandes ventajas en las fragosidades del pie de la sierra que ocupaban. Posesionados de un angosto desfiladero al este de la villa de Canta, en el punto denominado la Quiapa, y coronadas sus alturas, la vanguardia de la columna española, compuesta de la compañía de cazadores de Alejandro, fue atacada y tomada prisionera con su capitán herido, después de un vivo fuego en que agotó sus municiones. Cuando la reserva acudió en su auxilio, ya era tarde. Dejando entonces su caballería a retaguardia, que no podía maniobrar por el terreno, Valdés y Ricafort pretendieron flanquear la posición con dos columnas de infantería, mandadas personalmente por ellos. Los guerrilleros se replegaron sobre Canta, por las alturas, y tomaron nuevas posiciones. Aquí se trabó nuevamente el combate, con pérdidas por una y otra parte, siendo Ricafort gravemente herido y las guerrillas se retiraron con su presa a las escabrosidades inaccesibles de la montaña. Más adelante se renovó el ataque al día siguiente (3 de mayo) en otro desfiladero, cuyo camino estaba cortado en tres puntos; pero la posición fue flanqueada como la anterior, y sus defensores se dispersaron con alguna pérdida. Los españoles se dieron el aire de triunfadores y entraron a Lima con Ricafort tendido en una camilla, mientras

las campanas se echaban a vuelo en su honor para cubrir este pequeño contraste, infligido por los "montoneros", como ellos los llamaban.

Tal era el estado de la guerra en las cordilleras al tiempo de que Arenales se dirigía nuevamente a la sierra, para abrir su segunda campaña.

III

La segunda campaña de la sierra, como concepción amplia relacionada con un plan general, corresponde, en sentido inverso, al atrevimiento y precisión de la primera. Como operación de guerra en sus objetivos inmediatos, estaba perfectamente calculada para llenar los dos fines que se buscaban: obligar al enemigo a la evacuación de Lima, y ocupar el punto de retirada en que podía rehacerse, ganando, durante las negociaciones pacíficas que iban a abrirse, posiciones ventajosas. Como ejecución, no correspondió a su concepción ni a los cálculos que la aconsejaron, pero obtuviéronse algunos de sus resultados, como más adelante se verá.

El objetivo principal de la expedición de la sierra era batir las divisiones de Ricafort y Valdés marchando decididamente sobre ellas. Logrado esto, posesionarse de Jauja y Tarma, avanzar hasta Huancayo y extender la insurrección hasta Huamanga y Huancavelica. Una vez obtenido el objeto principal, abrir comunicaciones por Ica con la expedición de puertos intermedios y cortar las comunicaciones del enemigo por el sur, o bien, las circunstancias lo aconsejasen, amenazar con toda su masa a Lima, cerrando todas sus avenidas a la sierra, a cuyo efecto las guerrillas que cubrían las quebradas, quedaban prevenidas para "obedecer ciegamente las órdenes de Arenales." Se preveía la eventualidad de que el ejército se trasladara a Ica, y entonces debían combinarse las operaciones para cortar la retirada al enemigo, encerrándolo en las gargantas áridas de la cordillera. En caso de contraste, debía la división expedicionaria replegarse a Catajambo (provincia de Huaylas, a retaguardia de la posición de Huaura), donde quedaba establecido el parque de reserva. Los objetos que serían la consecuencia de estas operaciones, eran privar a Lima de recursos, reparar la salud de los soldados inutilizados por el clima malsano de la costa y remontar los cuerpos, que se hallaban muy disminuidos, concurriendo a la vez a formar el plantel de un ejército nacional en la sierra sobre la base de la insurrección.

La división destinada a realizar este plan, constaba de 2.132 hombres, y se componía de los cuerpos siguientes: batallones números 1º y 7º de los Andes y el Numancia, regimiento de Granaderos a Caballo y 32 artilleros con cuatro piezas de montañas, sin con-

tar jefes y oficiales, o sea como 2.300 hombres que, reunidos a las fuerzas salvadas por Gamarra, alcanzarían 2.500 hombres. Como el ejército independiente constara a la sazón como de 5.800 hombres, y desprendiese al mismo tiempo 600 hombres para la expedición de puertos intermedios, el General en Jefe sólo quedaba con 3.000 enfermos y convalecientes, para hacer frente al ejército de más de 7.000 hombres que tenía arrinconados en Lima y el Callao y se proponía reducirlos a la última extremidad con sus combinaciones "sosteniendo, según la enérgica expresión de los peruanos contemporáneos, el cadáver de un ejército desaparecido al rigor del clima". Los soldados que componían la división destinada a la sierra, eran "espectros en lugar de hombres", según el testimonio de uno de sus generales. Ante estos hechos, hay que reconocer que, a pesar de sus errores y del sistema lento y expectante de conducir la guerra —impuesto por otra parte por la exigüidad de sus medios—, el genio del general de los Andes conservaba todavía su inspiración y fortaleza primitivas.

Arenales, tan resuelto en la acción como cauto en la preparación, situó su campamento en el pueblo de Oyón, sobre las vertientes occidentales de la sierra, a suficiente altura para aclimatar gradualmente a las tropas en la región en que iban a operar (26 de abril de 1821). Allí se contrajo a su organización y disciplina, y cuando todo estuvo pronto, atravesó la cordillera por el paso de Oyón (9 de mayo). Las alturas estaban cubiertas de nieve. Hacia la parte oriental, al descender la cuesta, el camino se extendía a lo largo de vastas llanuras cruzadas por numerosos arroyos, y las cadenas de montañas nevadas que se sucedían en lontananza, agradaban y embellecían este sorprendente espectáculo. El frío era intenso. Aldao, con los restos de su división, marchaba a la vanguardia. En este día tuvo Arenales noticia de que Ricafort y Valdés se habían replegado hacia Lima, y que sólo había quedado Carratalá con su división para hacerle frente en Pasco, y en consecuencia, se dirigió a este punto en su busca. Pocos momentos después, sintióse en la vanguardia un tiroteo. Era una partida de Aldao que se había encontrado con una avanzada realista, la que transmitió la alarma al campo de Carratalá, quien se puso luego en retirada. Arenales ocupó sin resistencia a Pasco el 11 de mayo a las 2 de la mañana, marchando sobre la nieve, y desprendió un destacamento sobre el pueblo de Reyes, a 62 kilómetros a vanguardia, con el objeto de sorprender al enemigo; pero éste lo había evacuado, incendiando el pueblo. Quince días después, la división de la sierra se hallaba en Tarma, e inmediatamente se posesionaba de Jauja, con un aumento de 600 soldados (20 a 23 de mayo). Carratalá, disputando el terreno, se retiró con serenidad a Concepción, con 400 hombres de infantería y 300 hombres de caballería. Arenales intentó por segunda vez sorprenderlo

en esta posición. Al efecto, destacó 200 cazadores de infantería montada y 500 hombres de caballería al mando de Gamarra. Este jefe peruano, de quien tanto se esperaba, llegó al amanecer del 25 de mayo a la margen derecha del río de Concepción, y esperó la salida del sol para cruzarlo, dando así tiempo a Carratalá a retirarse tranquilamente por la margen opuesta. Las fuerzas patriotas se extendieron a lo largo del valle hasta Huancayo.

Un vasto campo se abría a las operaciones de la división de la sierra. La división volante de Carratalá en retirada, sin más punto de apoyo que la débil guarnición de reserva de Arequipa, no podía oponerle resistencia hasta Huamanga y Huancavelica. Las fuerzas del general Ramírez en Puno eran de poca consideración, y además tenían la atención de la expedición a puertos intermedios. El ejército del Alto Perú, debilitado y fraccionado, y con otras atenciones, estaba lejos. Arenales, dándose cuenta de la situación, sometió al General en Jefe un nuevo plan de campaña. Previniendo la evacuación inmediata de Lima por el enemigo, y partiendo de la base de que, dominadas las aguas y ocupada la sierra por los independientes, los realistas quedaban sin teatro si se obstinaban en mantener sus posiciones en la costa, concibió la idea de trasladar el teatro de la guerra a la cordillera, donde debía decidirse la cuestión. En consecuencia, proponía en primer lugar que pasase inmediatamente a la sierra toda la parte del ejército independiente que había quedado en la costa —salvándolo así de la mortandad que lo diezmaba— con excepción de las fuerzas necesarias que con auxilio de las guerrillas entretuviesen el bloqueo de Lima; formar un ejército respetable en la sierra que les aseguraba la victoria, e insinuaba a San Martín la conveniencia de que se trasladase a la sierra para dirigir en persona las operaciones. En segundo lugar, proponía avanzar hasta el Cuzco con rapidez, penetrar hasta el Desaguadero y regresar a Lima por el mismo camino, o bien buscar los puertos intermedios en combinación con la expedición de Miller, respondiendo del éxito de esta operación con su cabeza, en tres semanas. Estos planes no tuvieron la aceptación de San Martín, cuya atención estaba concentrada sobre Lima y el Callao, a cuya posesión daba mayor importancia, no considerando la campaña de la sierra y la expedición a puertos intermedios sino como concurrentes al logro de este objetivo.

Situado Arenales en Huancayo, abrió comunicaciones con las guerrillas de Yauyos y Huarochirí, que cerraban el sudeste de Lima al paso de Yauly en la cordillera. Mientras tanto, Carratalá se había replegado a Huanta y posesionado del puente de Iscuchaca. El porfiado general se propuso atacarlo por tercera vez antes que fuese reforzado. Calculando que la atención del jefe español estaba sobre Iscuchaca, amagó un ataque por el frente, mientras Alvarado con la vanguardia cruzaba el río y atravesando ca-

minos que se reputaban inaccesibles, con el auxilio de buenos guías de la comarca, caía sobre su flanco izquierdo. Estaba a punto de realizarse la combinación, cuando Arenales recibió la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió el curso de sus operaciones. Esta tregua, si bien fue favorable para los realistas, fue más provechosa aún para los patriotas, según San Martín lo había calculado desde su cuartel general en Ancón, y lo reconoce el historiador de Arenales, quien pudo entregarse con desahogo y confianza a la remonta y organización metódica de sus tropas, a la reparación y aumento de sus medios de movilidad y al establecimiento de talleres y maestranzas para la recomposición de su material.

IV

Transcurrido el término del armisticio, Arenales volvió a su plan de destruir a Carratalá. Alvarado renovó el movimiento antes suspendido, y el 29 de junio cayó sobre el batallón Imperial Alejandro, que se hallaba en Huando, en el fondo de una quebrada, cubriendo el flanco izquierdo de la posición de Iscuchaca, y al frente del Numancia tomó prisionera una compañía de 120 plazas. Carratalá, que estaba más a retaguardia, hacia Huancavelica, recibió al batallón en fuga, formó su caballería y emprendió la retirada. La caballería patriota iba a dar alcance a su retaguardia, cuando se presentó un oficial parlamentario, haciendo saber la prórroga del armisticio por ocho días más. Esto ha dado lugar a acusar a los independientes de violación de las leyes de la guerra. En efecto, la prórroga del armisticio había sido antes notificada por Carratalá; pero por un cúmulo de circunstancias no llegó oportunamente a conocimiento de Arenales. A tiempo que Alvarado ejecutaba su movimiento de flanco, presentóse en el puente de Iscuchaca un oficial español parlamentario, exigiendo de Aldao, que lo vigilaba, se diese por notificado. El jefe patriota constó que no reconocía otras órdenes que las que recibiese de su General, y le negó el pase por no venir provisto de los documentos necesarios. En esos momentos tenía lugar el ataque sobre Huando. Irritado el oficial español, regresó al puente, y se dirigió por la ribera opuesta del río en dirección a Jauja, donde se hallaba Arenales. Al llegar al pueblo de Moya, por donde Alvarado había pasado poco antes, los naturales, al ver acercarse por un desfiladero un oficial con cinco húsares y un corneta, que reconocieron ser realistas, cayeron furiosos sobre ellos sin respetar la bandera blanca que llevaban. Dos de los soldados fueron muertos a pedradas, y el oficial habría corrido la misma suerte sin la interposición de unos artilleros que por acaso pasaban por allí conduciendo una carga de municiones.

Después de la refriega de Huando, Carratalá se retiró a Huamanga, y Arenales reconcentró todas sus fuerzas en Jauja, al mismo tiempo que San Martín, con el convoy naval, se replegaba de Ancón a Huacho y el Virrey se preparaba a evacuar la capital (principios de julio).

Había llegado el momento de prueba, el momento de los grandes y bien combinados esfuerzos para poder "terminar la campaña en cuarenta días", como lo había indicado San Martín en su proclama. Aquí es donde se puso de relieve la figura de Arenales, el segundo cabo del ejército libertador del Perú, y el único que, después de Cochrane, comparte con San Martín, como general, la gloria de esta campaña. Hemos trazado antes su retrato (véase capítulo V, párrafo VII). Es el caso de agregarle algunas pinceladas complementarias. Austero, estoico, adusto, tan precavido como audaz en sus concepciones militares, como metódico y tenaz en su ejecución, reunía a un carácter recto, un sentimiento profundo de la justicia y el deber. Era duro en el mando con sus subordinados, y todos le temían y respetaban; pero cuando cometía alguna injusticia, se apresuraba a darles una satisfacción. Cuidaba de los intereses públicos más que de los suyos propios, que se reducían a bien poca cosa. No tenía más escolta que un ordenanza para su servicio y custodia, ni más tren que un caballo de batalla y una mula de marcha, en que llevaba su ligero equipaje. El mismo ensillaba y desensillaba sus cabalgaduras, y no consentía que ninguno lo hiciera. Sabía herrar como un herrador de oficio. El mismo remendaba sus botas y su uniforme. Cuidaba muy poco de su vestido, y San Martín tenía cuidado de preguntar a uno de sus hijos en qué estado se hallaba el guardarropa de su padre, para hacérselo reponer sin que él lo notara. Jamás recibió regalos ni obsequios de nadie, ni siquiera un ramo de flores. El mismo conducía sus provisiones en una alforja, que se reducían a queso y un pedazo de carne fría. San Martín le llamaba "compañero" y respetaba mucho sus opiniones, permitiéndole franquezas que no toleraba en ninguno de sus subordinados. El, a su vez, le correspondía con la lealtad propia de su carácter, y no le escaseaba verdades en materia de operaciones de guerra, salvo obedecer estrictamente sus órdenes, bien que resguardando confidencialmente su responsabilidad moral cuando disentía de los planes de su General. De estas relaciones entre los dos generales van a verse algunas muestras características.

En Jauja tuvo noticia Arenales de que los enemigos se preparaban a evacuar a Lima para trasladarse a la sierra y que tenían el propósito de dividir su ejército, que computaba en 5.000 hombres, en dos divisiones iguales, con el objeto de atacarlo por el frente marchando por Huancavelica, para unirse a Carratalá, y a su vez por su flanco a retaguardia atravesando la cordillera por San Mateo o Guarochirí. Inmediatamente, y sin vacilar, escribió oficial y

confidencialmente a San Martín como hombre que tenía su resolución tomada y sus ideas hechas (7 de julio de 1821). "Ya se deja ver que La Serna, si logra la reunión de sus fuerzas con Carratalá, debe venir a ocupar en masa los puntos que yo ocupo. Si no se embaraza esta operación concentrada, las consecuencias son claras. Supuesto esto, resulta serme necesario abandonar la sierra o decidirme a batir esas fuerzas, con lo que menos se aventura un ataque. Evacuar yo la sierra y atravesar la cordillera trae el preciso resultado de perder la opinión, perder la caballería, estropear la tropa, perder 1.500 reclutas, todos los recursos, y por último esta división. Vamos claro. Ha llegado el caso en que es de extrema necesidad que obremos con todo nuestro poder sobre la sierra. Abandonada la capital por los enemigos, ya no se necesita fuerza para tomarla y poseerla. Basta tener una fuerza embarcada en la costa para protegerla en su caso. Toda la demás fuerza debe venir en masa a este país, para prevenir el cambio del teatro de la guerra meditado por los enemigos. De lo contrario, la guerra se va a dilatar mucho por un orden regular, y el resultado se pone en duda. Por todas estas razones, en fuerza de los intereses del país y del honor de esta división y de todo el ejército, debo decidirme a dar el golpe, cuyo éxito aparece más probable y menos aventurado. Una de dos: o yo emprendo mi retirada por Pasco o por Oyón o Canta, con la precisa condición de que venga a reunírseme toda la fuerza disponible del ejército, sin dilación y antes de que los enemigos reúnan aquí el suyo; o es inevitable que avance sobre Huancavelica, o tal vez hasta Huamanga, a batir las primeras fuerzas que vienen por allí a reunirse a Carratalá, y en caso apurado, pasar la cordillera por Castro-Virreina. El objeto más interesante en el día, es impedir la reunión de dos divisiones enemigas y cortar su comunicación, mientras no se pueda batir con éxito una de ellas. Para esto es indispensable también que sin pérdida de momentos se haga venir toda la fuerza del ejército de la costa a reunirse conmigo por Lanahuaná. Para entonces daría mis instrucciones para sus marchas, de tal manera, que aun en el caso de serme preciso ponerme por la parte de Huamanga entre el general Ramírez y todas las fuerzas de Lima, cortada la comunicación de aquél y éstos, quedarían aislados y nuestro término se hacía más probable y seguro." No hay una palabra perdida en este despacho militar, en que se establece el problema de la situación y se da una solución con tanta resolución como claridad de vistas.

El general de la sierra, a la espera de nuevas instrucciones y contando que sería apoyado, o por lo menos, que el General en Jefe maniobraría de modo de concurrir a sus operaciones, se aconsejó de sí mismo al resolverse seguir adelante así que tuvo noticias de que Canterac venía en su busca con el primer cuerpo de ejército de evacuación de Lima. Su propósito era atacar a Canterac al pa-

sar éste la cordillera y cuando descendiese su vertiente oriental hacia Huancavelica con sus tropas fatigadas y sus cabalgaduras postradas. En consecuencia se puso en marcha por la ruta de Huancayo e Iscuchaca, siguiéndole la reserva. El ejército de Arenales constaba a la sazón de cuatro batallones, seis escuadrones y cuatro piezas de montaña, que sumaban un total de 4.300 hombres, bien disciplinados y muy decididos, con suficientes medios de movilidad para la operación calculada. El 11 de julio estaba el cuerpo de reserva reunido en Huancayo, donde se hizo alto hasta tener noticias exactas del rumbo que traía el enemigo. A las 10 de la noche llegaron los baquianos y los espías avisaron que Canterac pasaba la cordillera con direccion fija hasta Huancavelica. A las 2 de la mañana se puso en movimiento la infantería para alcanzar a la vanguardia, llevando a retaguardia el parque y la artillería. El General habitualmente poco expansivo, aseguraba que antes de cuarenta y ocho horas la cuestión quedaría decidida. Todo prometía un triunfo, que se habría probablemente alcanzado, a haber seguido Arenales sus inspiraciones.

No había amanecido aún (12 de julio), cuando Arenales recibió la noticia de la evacuación de Lima por el Virrey, y juntamente una carta de San Martín en que le recomendaba que no comprometiese combate mientras no tuviera completa seguridad de vencer, y que si era buscado por el enemigo que se retirase hacia el Norte por Pasco o hacia Lima por San Mateo. Para mayor confusión, el General en Jefe no le daba noticia alguna de los movimientos del Virrey, y se limitaba a insinuarle que, dejando a los enemigos de su propia cuenta, privados de toda comunicación marítima y en el centro de un país que los rechazaba no tardarían en verse anulados. Esta comunicación paralizó los bien concertados planes del general de la sierra.

V

Dejemos hablar al mismo Arenales en este trance: "A las 5 de la mañana, con el pie en el estribo en el alcance de la vanguardia al punto de Iscuchaca, he recibido la de Vd., del 6, y con ella dos extremos opuestos. Me dice que los enemigos acabaron de abandonar Lima y se dirigían a la sierra. Ni siquiera me indica qué rumbo hayan tomado. En esta duda, si vienen a reunirse con Canterac, no puedo hacerles frente, arreglándome, como debo, a sus prevenciones. Si vienen a caer sobre mi flanco y retaguardia, debo retroceder, hasta el punto en que deje franca mi retirada. Siento este acontecimiento por las consecuencias que precisamente vamos a tocar, muy a costa nuestra y de los sacrificios del país. Hablo con franqueza. ¿Qué ganará nuestro ejército con entrar en Lima a apes-

tarse y acabar de destruirse, cuando con grande actividad podía estar ya convalecido en las inmediaciones de la sierra? ¿Qué sucederá de las tropas de esta división con mil quinientos reclutas, si tienen que hacer una deshonrosa retirada para donde los esperan los hospitales y el sepulcro? ¡Doloroso es tener que hablar en estos términos! Estas expresiones no tienen ningún espíritu de reconvención; y sólo son impulsadas por el sentimiento de que nuestra empresa va a postergarse incalculablemente o a poner en duda nuestro feliz éxito. Ya me parece que veo a ese nuestro ejército que, embelesado en Lima, no se acuerda, al menos por lo pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras, contentándose por ahora con calcular que la división de la sierra debe batir y acabar con los enemigos, para después decir, si tenemos contraste, que por qué abandonamos la sierra, como lo dijeron antes aun aquellos que votaron por que debía reunirse el ejército. Lo bueno es que estoy cubierto con mis comunicaciones y con sus preceptos que obedezco ciegamente. A otra cosa. Si en mi lenta retirada me encontrase con la fuerza de retaguardia, la batiré, y procuraré sostenerme lo que pueda, y si me viene refuerzo, que lo espero muy remotamente o nunca, tal vez podamos remediar algo; pero si no, la división va a perderse con su retirada a la costa. Sea lo que Dios quiera." Arenales veía más claro que San Martín.

Pocas horas después recibió Arenales otra carta de San Martín en que, al darle algunas explicaciones respecto de sus planes y de los movimientos del enemigo, le decía que su objetivo inmediato era la rendición del Callao, repitiéndole sus anteriores recomendaciones. Arenales repuso: "Su carta me da más luces que las que yo tenía. Aunque mis pensamientos son desemejantes con los que Vd. me inspira, podré acertar a obrar mejor en conformidad con los designios que nunca quisiera contrariar. Si los enemigos me fuerzan a retirarme, ha de ser en regla, sin que se burlen de esta división. Como pueda lograrles algún lance de los que busco en mis movimientos, unos ficticios y otros verdaderos; he de aprovechar la ocasión con fruto. Este es mi intento: procuraré siempre consultar con la prudencia: pero ni por falta de fibra ni por atolondramiento me la han de llevar. Supuestas las advertencias que me hace acerca del batallón número 11 (de refuerzo), sería conveniente que todas las partidas de guerrillas se recuesten sobre mí por Yauly. En tal caso, emprenderé una guerra distinta de la que en el día puedo hacer, para llamar la atención de los enemigos por diversas partes, y confundirlos para que se vayan destruyendo, sin poder reponerse."

En el conflicto en que se hallaba Arenales reunió una junta de guerra para aconsejarse. Hizo presente que tenía la probabilidad de vencer a Canterac forzando sus marchas, pero ante las instrucciones confidenciales del General y en la incertidumbre de la di-

rección que llevaba la columna del Virrey, no podía cargar con tan grave responsabilidad obrando por su propia inspiración. La discusión se entabló sobre dos bases conjeturales: o bien el Virrey se hallaba en aquel momento sobre alguno de los pasos de la cordillera, de San Mateo, Yaurochirí o Yauyos, o había seguido el movimiento de Canterac. En el primer caso, la división de la sierra podía ser cortada, dirigiéndose el Virrey a Jauja o Huancayo, y se encontraría entre dos fuertes cuerpos de ejército. En el segundo caso, Canterac, amargado, podía evitar el lance y replegar sobre el Virrey que lo seguía, afrontando así fuerzas igualmente superiores y reunidas. Acordóse al fin el regreso a Huancayo.

Mientras tanto, he aquí la situación en que se encontraban Canterac y De la Serna. Salido Canterac de Lima el 25 de junio, siguiendo el camino de Lanahuaná, atravesó la cordillera por Huancavelica casi al mismo tiempo que Arenales marchaba a su encuentro, sin noticia de la posición y fuerzas de éste, ni de la fuerza de Carratalá, que se había replegado a Huamanga, como antes se explicó. En el tránsito había experimentado considerables bajas por muertos, rezagados y desertores, y al transponer la cumbre, su tropa y sus cabalgaduras se hallaban en el más lamentable estado y sin víveres ni forrajes, a punto de no contar con 1.500 hombres en condiciones de batirse, y no poder esquivar el lance si era atacado. El mismo ha confesado que no sabe por qué Arenales no lo atacó en tan crítica situación, y se asombra de su retirada cuando tenía por cierta su derrota. Por lo que respecta a La Serna, salido el 6 de julio de Lima, penetró a la sierra por Yauyos, como queda dicho. Esta quebrada es la más fragosa de la cordillera occidental, y lo mismo que la contigua de Yaurochirí, conduce directamente a Jauja. Los naturales de estas dos quebradas estaban insurreccionados: retiraron los víveres y ocuparon en son de guerra los ásperos desfiladeros, rechazando por tres veces a los españoles con gruesos peñascos desprendidos de lo alto de las montañas inaccesibles. La Serna, ante esta resistencia, viose obligado a retroceder con bastantes pérdidas y echar al río algunas piezas de artillería y pertrechos que no le era posible salvar por falta de animales. Volvió a desandar su camino desde el promedio de la quebrada y tomó el de Lanahuaná antes seguido por Canterac, a quien se reunió el 4 de agosto. Las pérdidas en el paso de la cordillera fueron tan considerables, que ambos cuerpos de ejército, apenas alcanzaban a formar 4.000 hombres, incluso los enfermos.

VI

Simultáneamente Arenales se replegaba a Huancayo. Aquí le esperaba otra sorpresa. El general de la sierra había contado con la eficaz cooperación de las guerrillas que ocupaban las avenidas de Lima a la sierra y los pasos de la cumbre de la cordillera, que según el temor de sus instrucciones, debían "obedecerle ciegamente." Pocas horas después de la carta de San Martín que paralizaba sus planes, recibió un pliego del comandante Villar que dirigía esas guerrillas, en que le avisaba haber recibido orden directa del General en Jefe para acercarse a la capital, a fin de prevenir los desórdenes consiguientes a su desocupación, prescindiendo de hostilizar la columna del Virrey. No había ya nada que esperar de la costa; el enemigo se retiraría sin ser eficazmente perseguido, maniobrando libremente, y en combinación o reunido a Canterac, todo el ejército de Lima venía compacto sobre la sierra. Arenales se replegó hacia el norte, a tiempo que la vanguardia realista aparecía a las inmediaciones de Huancayo, Río Grande por medio, sobre los altos de Moya (17 de julio) y esperó al enemigo en Concepción en actitud de combate; pero Canterac no se decidió a avanzar. El 19 ocupó la villa de Jauja. Su resolución era mantenerse a todo trance en la sierra. En este día, dictó un informe motivado, en que recopilaba todas sus observaciones anteriores, y hacía presente: 1º que al abrirse la campaña de la sierra, habíase hecho entender a todos sus habitantes, que no serían abandonados, en consecuencia de lo cual se habían comprometido, y que la retirada de la división —salvo que fuese exigida por consideraciones de un orden más imperioso— produciría un desánimo de que los españoles sacarían partido; 2º Que si la división pasase al occidente de la cordillera, se pronunciaría la deserción de los naturales, que formaban la mitad de su fuerza en número de 2.000 soldados jóvenes, mientras que, manteniendo el terreno y auxiliado con los artículos de guerra necesarios, aumentaría inmediatamente las fuerzas a un número cosiderable; 3º Que el enemigo iba a quedar en el caso de la retirada, en pacífica posesión de un vasto territorio, de numerosas poblaciones y cuantiosos recursos, mientras la capital continuaría privada de éstos, y con poca diferencia, en no mejor situación que cuando estaba en poder de los españoles; 4º Que, reconcentrando todas las fuerzas en Lima, no tardarían en ser contagiadas por la laxitud; el espíritu nacional declinaría, la disciplina se relajaría, las tropas sucumbirían a las enfermedades provenientes del clima, y en definitiva, sería difícil sacar de la capital la mitad de los soldados que hubiesen entrado en ella. Arenales hablaba como un profeta.

En la noche del día en que dictaba este informe, recibió nuevas comunicaciones de San Martín, en que le daba noticia de la marcha de La Serna por Yauyos, y le reiteraba por tercera vez sus terminantes prevenciones de esquivar todo compromiso serio, indicándole los diversos caminos por donde podía ejecutar su retirada, lo que dejaba a su elección. Simultáneamente recibía comunicaciones de Necochea, en que le avisaba que La Serna se había internado por la quebrada de Yauyos, a la vez que recibía parte de haber sido rechazado y que retrogradaba hacia Cañete. Arenales suponía que Necochea se hubiese mantenido en observación de los movimientos de la columna enemiga que perseguía, o al menos permanecido en el valle de Cañete, y no podía persuadirse de que el Virrey retrogradara sin encontrarse con aquél, desde que nada le decía sobre el particular, por lo que se inclinaba a creer racionalmente que La Serna se hubiese recostado sobre su izquierda para tomar el camino del paso Yauly en la cordillera. Aquí se ve patente el error capital que cometió San Martín al no perseguir activamente a La Serna, y la falta de detalle de no observar siquiera sus movimientos al abandonar su caballería en el valle de Cañete. (Véase capítulo XXIX, párrafo XII.) Inducido Arenales en error por esta falta, arregló sus marchas y tomó sus medidas.

Conciliando las órdenes de retirada con su anhelo de hacer algo útil, resolvióse a tomar el camino de Yauly con el designio de buscar a La Serna y batirlo antes que se reuniese con Canterac, siempre en el supuesto de que el Virrey seguía esa dirección. Al efecto, se posesionó del puente de la Oroya, al norte de Jauja, y franqueando el Río Grande al occidente, se situó en el páramo de Cachicachi. El 23 estaba en el fondo de la quebrada de Yauly, que conduce igualmente a la quebrada de Yaurochirí y a la de San Mateo, según se explicó antes. Aquí recibió la noticia de que el Virrey había contramarchado y dirigídose a Huancavelica en pos de Canterac. Dirigióse entonces hacia el oriente de la cordillera para tomar la quebrada de San Mateo, a fin de establecerse en una posición más segura y dar descanso a sus tropas fatigadas, desnudas y descalzas, que habían marchado varios días por entre la nieve y bajo nevadas. Aquí le esperaba la última de las sorpresas. San Martín, reaccionando sobre sí mismo, comprendía, como en la primera campaña de Arenales, el error de abandonar la sierra, y le prevenía que era preciso se sostuviese en ella, aunque con la recomendación de no comprometer acción desventajosa, prometiéndole reforzarlo y auxiliarlo con todo lo necesario. Arenales contestaba con razón, con cierta ironía amarga: "No puedo dejar de admirar esta advertencia, y me es sensible no poder conciliar, como quisiera, mis operaciones con sus deseos. Dije con repetición, lo digo y lo diré siempre, que si esta fuerza salía una vez del centro de la sierra, llegaban a ocuparla los enemigos, no seríamos capa-

ces de recobrarla. Tengo bien presente que en una de sus comunicaciones me decía Vd. en contestación, que poco le importaba perder la sierra en comparación con otras meditadas medidas. Pero dejemos este punto: no me toca, ni trato de inculcar sobre las disposiciones de mi superior. Conozco que, rigurosamente y sin remedio, debemos adoptar otro sistema de guerra, por otros lugares y con distintos designios. Por mi parte, yo estoy bien desengañado de que, a pesar del empeño que he puesto en observar lo que se me prevenía, todo, todo recae contra mi opinión. Bien conozco, y le signifiqué antes a usted, que si me dejaba estar en la sierra, y sucedía algún infortunio o desventaja, lo había de pagar yo; y si me retiraba, del mismo modo. Convencido de que debo hacer lo que se me manda, prefiero no obstante consultar lo más conveniente al buen éxito de nuestra empresa, aunque mi opinión, mi crédito y mi persona padezcan."

La prevención de San Martín, que oportunamente habría decidido a Arenales a permanecer en la sierra, llegaba tarde, como la contraorden en la anterior campaña. No era posible reconquistar las posiciones perdidas sino abriendo una campaña formal de ejército contra ejército. La guerra divisionaria se había hecho imposible, o por lo menos muy difícil y sin resultados. Además, como lo había previsto Arenales, la mayor parte de los naturales de la sierra habían desertado en la retirada, y su división, desprovista de lo necesario para emprender operaciones, estaba reducida a poco más de la fuerza con que abriera su expedición. Esto mismo representó Arenales oficialmente. Empero, dando forma práctica a su insinuación de "sostener la guerra por otros caminos y con otros designios", propuso un nuevo plan: marchar con su división al puerto de Ancón, embarcarse allí en los transportes del ejército y dirigirse a Pisco o puertos intermedios, a fin de hostilizar las costas del Sur, con la mira de posesionarse de Arequipa y del Cuzco, y aun del Alto Perú, aunque fuese a costa de un combate, para tomar así por el flanco y la retaguardia al ejército enemigo situado en Jauja y Tarma, debiendo mientras tanto el grueso del ejército independiente operar de un modo análogo sobre Pasco y las alturas de la Oroya. Este plan que en su sentir podía dar la pronta terminación de la guerra, tenía por objeto preservar la fuerte división de la sierra de un desmembramiento y disminución sensibles; pero, por si esto no pareciese bien, pedía órdenes para ir con su división a tomar por asalto el Callao, las que cumpliría en el momento, para quitar ese estorbo al ejército. "Lo que importa, sobre todo, acababa diciendo, es no quedarnos quietos, porque los enemigos no lo estarán un instante." Volvía a hablar Arenales, como un general, como un profeta y como un héroe.

El ayudante de Arenales, portador de estos despachos, y encargado de dar informes verbales, encontró a San Martín en su ga-

binete de trabajo, rodeado de gran cantidad de mapas y papeles. El General informóse minuciosamente de todo, y se convenció de la imposibilidad de que la división volviera a la sierra. Al día siguiente ordenó a Arenales que se replegase a Lima, y le escribió confidencialmente que el Callao estaría pronto en su poder, y en cuanto a lo demás, discutirían sus planes y otros que tenía entre manos. En consecuencia, la división entró en triunfo, con más de mil hombres de baja de los que había sacado de Jauja. El general de la sierra se sustrajo modestamente a toda demostración pública, entrando de particular en Lima, en momentos en que se juraba la independencia del Perú.

Así terminó la segunda campaña de la sierra. "De este modo —como lo observa un testigo presencial que militaba en las filas independientes— los patriotas abandonaron las provincias del interior, de las que tomaron tranquila posesión los enemigos en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó a sus enemigos de la pérdida de Lima." Este error debía costar cuatro años más de guerra.

Capítulo XXXI

EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU (EXPEDICION DE PUERTOS INTERMEDIOS)

1821

Los puertos intermedios. — Planes de Cochrane. — Tentativas para tomar el Callao por sorpresa. — Conjuraciones tramadas al efecto. — Nuevos planes de Cochrane. — Filiación de la expedición de puertos intermedios. — Desembarco en Pisco. — Retrato de Miller. — Conjuración de Lavín en el Cuzco. — Las tercianas. —Reembarco en Pisco. — Ataque y toma de Arica y Tacna. — Landa y Portocarrero. — Miller toma la ofensiva. — Acción de Mirave. — Resultados de la campaña de Miller. — Repliegue de Miller sobre Tacna. — Suspensión de hostilidades. — Reembarco de Miller. — Actos caballerescos de los beligerantes. — Nueva toma de Pisco. — Derrota de Santalla. — Miller se posesiona de Ica. — Terminación de la campaña. — Examen de la expedición de puertos intermedios.

I

Simultáneamente con el avance del ejército de Huaura sobre Lima, de la apertura de la segunda campaña de la sierra y el armisticio de Punchauca, se desenvolvieron las operaciones de la expedición a puertos intermedios, de la que vamos a ocuparnos, para llevar de frente la narración de los sucesos hasta el momento de la ocupación de Lima por las armas independientes.

Lo que en el Perú se conoce bajo la denominación vaga de "puertos intermedios", son los que se hallan situados a lo largo de la costa del sur de Lima, escalas entre el Callao y Valparaíso, cuando el Pacífico era un mar cerrado y estos dos puntos extremos determinaban los lindes de su mundo comercial. Para nuestro objeto basta conocer los principales puertos de esta zona intermedia, que son Arica, puerto de Tacna, que ya conocemos; Ilo, puerto de los valles de Moquegua y Torata, al pie de la cordillera; Islay, que corresponde a Arequipa, y la rada de Pisco con su bahía de Paracas, célebre por el desembarco de San Martín y la primera internación de Arenales a la sierra. Tal fue el espacio comprendido por las operaciones que vamos a narrar.

Cochrane, no habiendo conseguido comprometer a San Martín en empresas aventuradas sobre Lima, tenía fijos sus ojos en el Callao y en los puertos intermedios, como puntos objetivos de ataque y teatro de las excursiones a lo largo de las costas dominadas por su escuadra. El Almirante en sus *Memorias* atribuye a emulación del General que no le confiara fuerzas de tierra adecuadas para realizar sus planes, y contradiciéndose, a la vez que olvida mencionar un hecho que consta de documentos originales que llevan su firma, dice que "por verse libre de sus importunidades", le confió una división con tal objeto. Este fue el punto de partida de la expedición a puertos intermedios, que formó parte de la combinación del avance sobre Lima y la apertura de la segunda campaña de la sierra al tiempo de iniciarse las negociaciones de Punchauca.

El Almirante había proyectado apoderarse de las fortificaciones del Callao por un golpe de mano de su invención. Al efecto, practicó personalmente un reconocimiento, y se persuadió de que su plan era practicable. No había empresa imposible para el genio audaz del vencedor de Valdivia y del captor de la *Esmeralda,* pero tal intento no era factible sin inteligencias en plaza, como él mismo lo comprendió. Esta es la parte de que San Martín se encargara, al continuar los trabajos de zapa iniciados en Pisco. A este fin respondía el alarde de sus fuerzas en la bahía del Callao antes de desembarcar en Huacho, así como su aparición en el mismo punto antes de recalar con su convoy por segunda vez en el puerto de Ancón.

Los patriotas peruanos de Lima, dirigidos por Rivera Agüero y López Aldana, provistos por San Martín de los fondos necesarios, habían iniciado de antemano trabajos secretos para poner en manos de los libertadores las fortalezas del Callao. Encontraron al parecer los hombres que necesitaban en un español llamado Juan Santalla, comandante del batallón Cantabria, que guarnecía la plaza, y el caraqueño Juan de la Cruz Cortinas, que mandaba uno de los castillos. Era Santalla un tipo singular que, a pesar de su reputación de cobarde, dominaba por su soberbia a cuantos le rodeaban: tenía las fuerzas de un Hércules, que doblaba con sus dedos un peso fuerte, rompía una baraja con tanta facilidad como una hoja de papel, y con una sola mano lanzaba al aire un hombre cual si fuese una pelota. De ideas liberales, su gran pasión era el juego, y estos dos móviles le hicieron entrar en el plan por inclinación y por sórdido interés. En cuanto a Cortinas, era un patriota que, con más inteligencia que Santalla, obraba movido por su sentimiento de americano. El primer proyecto concertado consistía en clavar los cañones de la cortina de las fortificaciones que cae a la mar brava, para facilitar el ataque de la escuadra. Al efecto, se fabricaron sigilosamente en Lima ochenta clavos arponados de los menas, de los calibres que debían utilizarse, y se distribuyó entre la tropa

una fuerte cantidad de dinero. El Virrey tuvo un conocimiento vago de esta conjuración (5 de diciembre de 1820) y cambió la guarnición de los castillos. Recomenzados los trabajos de zapa, se concertó un segundo plan que consistía en posesionarse de los baluartes con una parte de la nueva guarnición sobornada, y por los puntos de acceso al mar, abrir paso a las tropas de desembarco destinadas a proteger la operación. Cuando todo estuvo dispuesto para dar el golpe, San Martín hizo embarcar en la escuadra (30 de enero de 1821) una división de 550 hombres al mando de Miller. El Virrey tuvo noticia de este movimento de fuerzas, y receloso, reforzó la guarnición del Callao, tomando nuevas precauciones. Todavía se concertó un tercer plan ideado por Cortinas, que podría servir de argumento de melodrama, más bien que de base de una operación militar, y que refleja el acaloramiento de imaginación de los agentes revolucionarios que trabajaban en las sombras del misterio. Forjáronse llaves falsas de todas las puertas de los castillos —que se trabajaron en Lima como los clavos— y con esto, y contando con algunos individuos de tropa seducidos, pensaban apoderarse de una de las patrullas que hacían la ronda exterior, y dar acceso a las tropas de desembarco; pero, relevado Cortinas del mando del castillo que estaba a su cargo, todo quedó en proyecto.

Es interesante confrontar la correspondencia entre San Martín y Cochrane con relación a estos planes, que hasta hoy ha permanecido inédita, y en la que puede seguirse la filiación de la expedición a puertos intermedios, a la vez que completan y corrigen las *Memorias* del ilustre almirante.

En los primeros días de febrero, cuando todo estaba preparado para ejecutar el segundo plan respecto del Callao, San Martín despachó un emisario llamado Martín Guarnís, con instrucciones para sus agentes secretos y encargo de transmitir directamente los avisos convenientes a Cochrane, quien había entrado de lleno en el plan. "Por mis oficios —decía al General (10 de febrero)— verá que hasta ahora no he podido emprender el golpe mortal que Vd. había dispuesto contra el enemigo; pero, créame, que cuando llegue la tropa, ningún esfuerzo que pueda hacer, faltará para lograr este objeto importantísimo." Una semana después (16 de febrero), escribía a Monteagudo, que, habiéndose divulgado el secreto, el admirable plan fallaba totalmente, y le adjuntaba las cartas del emisario Guarnís. En el mismo día se dirigía al General diciéndole: "Hoy he visto que el enemigo ha sacado casi todos los cañones de las baterías de parte del mar, y los han vuelto hacia tierra, así como los de los torreones. Es, por ahora, impracticable hacer tentativa alguna sobre el Callao." Al día siguiente volvía sobre lo mismo, pero con otros objetivos: "Quisiera que pudiese a Vd. explicar en español como en inglés en lo que fundo mis opiniones acerca de nuestra situación militar y política; pero esto no es posible, y sien-

do así, permítame asegurarle que mis motivos son el interés público, la gloria de Vd. y mis propias esperanzas, tres objetos suficientes para no comunicarle sino lo que pienso. El golpe mortal al enemigo de la toma de los castillos, habiendo sido frustrado inicuamente a causa de algunos que han tenido noticia de sus acertadas intenciones, incapaces de callarse, espero que en ningún caso comunicará Vd. sus resoluciones sino a los que quiera confiar la ejecución de sus futuras empresas. El Virrey ha creído que el destino de la tropa embarcada era a Cerro Azul, según voz y proclamas que esparcimos y han salido para Chilca dos regimientos de infantería y tres escuadrones. Lo que me parece debe hacerse por ahora, y hasta que el ejército pueda moverse, es fatigar a los enemigos con marchas y contramarchas de Chorrillos a Cañete, de Cañete a Chilca, y de una parte a otra, para caer sobre ellos de improviso. Acuérdese, mi estimado general, cómo han obrado los atenienses con el poderoso Filipo y los romanos con los cartagineses. Si Vd. quiere volver los quinientos de tropa a mi disposición, responderé con mi cabeza, de ocupar a lo menos la mitad del ejército enemigo, sin riesgo ninguno. Digo si Vd. quiere volver la tropa, pues aunque está aquí, no quiero tomar sobre mi responsabilidad detener la que Vd. me ha confiado para un solo objeto, y así la envió a Huacho. A su llegada será bueno mandar preparar transportes para 3.000 hombres, a fin de distraer la atención del enemigo. Si esto se hace, yo respondo con los quinientos hombres de tener tan inquieto al enemigo, que pueda dar los recursos para la subvención de la causa patriótica. Sus tropas se fatigarán en buscarnos inútilmente, no les quedará ninguna parte del Norte, y no recibiendo recursos del interior, no tendrán más tierra que la que pisa su ejército." Y terminaba su carta protestando contra una imputación que le hacía el gobierno de Chile de haber permitido la introducción de víveres al Callao: "Ahora estoy sacrificándome sin provecho a la patria, y sin honor, en un bloqueo que unos pícaros por su ganancia inutilizan. ¡Lea Vd. el oficio que en copia incluyo! ¡El original es sin firma del excelentísimo señor Director! (O'Higgins.) Debería yo ser ahorcado si hubiese permitido tal entrada. ¿Y qué castigo menor es debido al que ha inutilizado por dos meses los esfuerzos de Vd., del ejército y de la escuadra?"

Como San Martín preparaba por este tiempo la segunda campaña a la sierra a cargo de Arenales, puso a disposición de Cochrane la división de Miller, fuerte de 600 infantes escogidos y 80 granaderos a caballo, con el objeto de concurrir a ella, haciendo una división, a la vez de interceptar la comunicación de las provincias del sur de Lima. Así fue acordada la expedición a puertos intermedios bajo la dirección de Cochrane.

II

La primera expedición a puertos intermedios está vinculada al nombre de Miller, y su figura en ella ha sido popularizada por el retrato de cuerpo entero que se encuentra al frente de sus *Memorias.* Esbelto, de rostro simpático, con patilla rubia a lo Wellington, con un anteojo de larga vista en una mano y apoyada la otra en una espada inglesa envainada, llevaba en la cabeza el sombrero elástico de ordenanza, y sobre su uniforme militar, el poncho americano, con grandes espuelas peruanas de plata en los pies: en lontananza vense los Andes, y a su pie una tropa que alista sus cabalgaduras para la marcha en la montaña. En medio de este paisaje, con ese traje y tales arreos, desembarcó Miller en Pisco y se posesionó de Chincha, ocupando el pueblo bajo la protección de los cañones del *San Martín,* la *O'Higgins* y la *Valdivia* (22 de marzo.) El coronel Loriga, que defendía el punto, pretendió sorprender la plaza cortando las avanzadas de caballería con 80 húsares, pero el capitán José Videla (argentino, de Mendoza), "hombre de pocas palabras, pero de muchos hechos", según Miller, salióles al encuentro con 43 infantes y algunos jinetes, y los derrotó, matando seis hombres en la persecución.

El mismo día y casi a las mismas horas en que Miller tomaba pie en Pisco, una tragedia tenía lugar en el Cuzco, donde se descubrió una conjuración militar, encabezada por un argentino, a quien hemos visto antes figurar en las filas realistas como un perseguidor encarnizado de los americanos, y luego pronunciarse por la causa de la independencia. Como se recordará, el coronel José Melchor Lavín (entrerriano), de acuerdo con los agentes secretos de San Martín al tiempo de emprender su expedición, había tramado una conspiración en Arequipa, a consecuencia de la cual fue trasladado preso al Cuzco, donde fraguó otra más seria. Descubierto en sus trabajos, precipitó su estallido y se apoderó por sorpresa y con unos pocos hombres de la guardia del cuartel de la guarnición.* Atacado, intentó resistirse, y fue muerto junto con sus compañeros. Así murió mártir de una causa que había odiado, como su compatriota el salteño Castro, tardíamente arrepentidos los dos, sin que su sacrificio aprovechase a la causa de la revolución que combatieron con tanto valor como pasión, pero que la posteridad ha tomado equitativamente en cuenta.

Echado Miller a tierra, el almirante se dirigió a Cerro Azul con el objeto de efectuar su desembarco, pero la fuerte marejada y la noticia de que una gruesa columna salida de Lima se dirigía sobre Pisco, le hizo desistir de su intento. Volvió entonces a insistir sobre su tema de tomar a Lima a viva fuerza, idea que no se ajus-

taba a los planes metódicos y a las miras políticas de San Martín, según en su lugar se explicó. "Ahora es tiempo —escribía al General (abril 8)— de dar al enemigo el golpe mortal. Con 4.000 hombres responderé con mi cabeza de que, desembarcando en Chorrillos, estará Vd. en Lima en cuatro horas. Si se resuelve Vd. sobre esta medida, bajaré mañana o un día después para acompañarlo en Chorrillo, o bien a la caballería por tierra, si se me permite. No se necesita más que presentarse para que la capital del Perú caiga en su poder. Los altos de Chorrillos son defendibles contra 40.000 de tropa, y el desembarco es excelente." Días después agregaba: "Si no puede poner en ejecución el plan indicado en mi última, y puede disponer de 500 hombres (o trescientos además), destruiré toda la división enemiga que se ha dirigido a Cerro Azul." Esta posición en la extremidad del valle de Cañete, era la llave de los caminos adyacentes de Lima, que comunicaban con la sierra y las provincias del Sur, y debió ser el objetivo de la expedición que el almirante había dirigido a Pisco, por considerar esta operación más provechosa.

San Martín, que había destacado 2.200 hombres a la sierra con Arenales y puesto 680 a disposición de Cochrane, que representaban como la mitad de su ejército, no podía desprenderse de más fuerzas sin quedar reducido a la impotencia para obrar sobre Lima. El Almirante, por su parte, que al principio había propuesto y aceptado una simple diversión, al verse al frente de una división regular, imaginó formar sobre esta base una nuevo ejército, proyectando un plan de operaciones más vasto por su cuenta. Su propósito era expedicionar hasta el Alto Perú. Al efecto, se dirigió directamente al gobierno de Chile pidiéndole le mandase 1.000 hombres a sus órdenes, y si esto no era posible, por lo menos 500 con 1.000 fusiles, para armar con ellos los reclutas que alistase en las provincias meridionales del Perú, que se proponía conquistar, sacando de ellas los recursos para su mantenimiento. Este pensamiento coincidía hasta cierto punto con el de San Martín, que comprendía la importancia de convertir la diversión en operación seria de guerra. "¡Qué ventajas se reportarían —escribía a O'Higgins— si Chile pudiese enviar a Miller, aunque no fuesen más que doscientos hombres y algún armamento a Intermedios! Este paso aseguraba la campaña de un modo positivo." El gobierno de Chile contestó a ambos que no le era posible hacer este nuevo esfuerzo, y era la verdad.

El Almirante, arrebatado por su genio impetuoso y movido por el anhelo de buscar botines de guerra, convirtió la diversión en una campaña de aventuras y en una especie de irrupción de merodeo, con grandes objetivos y pequeños medios, sin plan fijo y sin concierto. Empero, la habilidad de Miller salvó el honor de sus armas, alcanzando algunas ventajas considerables, pero sin trascendencia ulterior, como luego se verá. El desembarco en Pisco no respon-

día precisamente al objeto que se tenía en vista, a menos de tomar posesión permanente del punto para ejecutar correrías al interior, o bien para dar un punto de apoyo a la columna de Arenales por la sierra, obrando en combinación. Así la operación no produjo más resultado inmediato que apoderarse de algunas especies de particulares que existían en aquel puerto, con descrédito de la expedición.

Al norte de Pisco corren dos ríos paralelos, de cordillera a mar, a distancia de 26 kilómetros uno de otro, cuyos valles llevan la denominación de Chincha-Alta y Chincha-Baja. Miller se posesionó del segundo valle, y estableció su reserva en Pisco. Los españoles, que habían destacado desde Lima una división al mando de Camba en observación de los patriotas, se situaron en Chincha-Alta, a 41 kilómetros de distancia. Ambas fuerzas permanecieron como un mes a la estricta defensiva, haciendo sus descubiertas en el terreno intermedio, que es un arenal árido, donde solían trabarse pequeñas escaramuzas. Un tercer enemigo invisible, más poderoso que los dos, los atacó y venció. La fiebre maligna de la costa —las tercianas— los redujo a una total impotencia. A un mismo tiempo cayeron postrados los jefes de las dos divisiones, con casi todo el resto de su tropa. De los 600 hombres desembarcados murieron 28 en un mes, y 160 de los enfermos más graves pasaron al hospital, los que fueron reemplazados por 100 esclavos reclutados en las haciendas inmediatas. En tan deplorable situación, se determinó el reembarco (22 de abril). Miller fue conducido a bordo en una camilla, con pocas esperanzas de salvarle la vida. La tropa, al tomar los botes, apenas podía sostener el peso de sus armas ni tenerse en pie. A este precio se conquistó el botín tomado en Pisco, dejando los expedicionarios en pos de sí una ingrata memoria.

El Almirante se disculpaba de no haber llenado los primeros objetos de su expedición ni realizado su promesa de desembarcar en Cerro Azul, dando la preferencia a Pisco. "Era imposible efectuar cosa alguna en los caminos contiguos a Lima, con gente en tal estado, e imprudente permanecer por más tiempo en Pisco, después de embarcar el vino y aguardiente para la escuadra. Las causas para no desembarcar en Cerro Azul, las he comunicado, manifestando su imposibilidad. En lo tocante a obtener vino y aguardiente, son artículos, no solamente indispensables para la comodidad, sino para la salud de la marinería, especialmente la extranjera, que, por el conocimiento que tengo de sus costumbres, estoy persuadido de que no serviría sin sus acostumbradas raciones." Esta nota, en medio de su trivialidad, es característica y comparada con las anteriores promesas de Cochrane, en que respondía del éxito con su cabeza, aun con fuerzas menores que las que San Martín puso a sus órdenes, ofrece uno de esos contrastes propios de este héroe tan grande en su conjunto y tan pequeño en sus detalles.

III

Como el General diera al Almirante facultades discrecionales, resolvió dirigir la expedición al Sur. El 6 de mayo estaba sobre Arica. Este punto estaba defendido por 300 hombres y una batería de 6 piezas, que barrían el desembarcadero. Intimada rendición a la plaza, con la promesa de respetar las vidas y los intereses particulares, el jefe de ella contestóla con desprecio. La escuadra rompió sobre la ciudad un inútil bombardeo. La tropa conducida en dos goletillas, efectuó un desembarco sin resistencia, aunque con alguna dificultad, en el morro de Sama, 52 kilómetros al norte de Arica. La columna se componía de 250 hombres — a quienes temblaban las piernas al pisar en tierra, de resultas de las tercianas — y se dividió en dos destacamentos: uno al mando de Miller, que se dirigió atrevidamente a la ciudad de Tacna, 62 kilómetros al interior; el otro marchó sobre Arica siguiendo la costa del mar con el mayor Manuel José Soler, distinguido oficial argentino que mandaba los granaderos a caballo de la expedición de que era segundo jefe. Los enemigos, al observar este movimiento, abandonaron la posición. La batería fue tomada con sus cañones. Soler persiguió a los fugitivos que se retiraron en desbandada al contiguo valle de Azapa al sur, donde le tomó 100 presioneros, interceptando una arria de mulas con $ 120.000 que se dirigía a Lima. En el puerto se tomaron considerables bastimentos, por valor de $ 300.000 en mercaderías, pertenecientes a españoles residentes en Lima. Todos estos valores fueron trasladados a bordo de la escuadra y Cochrane dispuso de ellos.

Tacna, por la índole de sus habitantes y sus antecedentes revolucionarios (véase capítulo XXV, párrafo VII), era un pueblo con cuya opinión enérgica podían contar los expedicionarios. Miller fue recibido con entusiasmo, y se le presentaron inmediatamente numerosos voluntarios. La fuerza que guarnecía a Arica, compuesta en su mayor parte de tacneños, y la guarnición de la ciudad, pasóse a los patriotas, y con ellos se formó un nuevo batallón denominado "Leales del Perú", al que Cochrane entregó una bandera con un sol de oro en campo azul, símbolo del Perú y del elemento azulado de su inventor. Soler, con un destacamento y un piquete de 62 marineros con dos cohetes a la *congrève*, se reconcentró en Tacna.

El primer voluntario que se presentó a Miller, fue un peruano llamado Bernardo Landa, que había militado con los españoles y señalándose por sus persecuciones contra sus paisanos. Era un hombre decidido, de estatura gigantesca y conocedor de todas las personas y cosas y de todos los caminos de la provincia. "Usted necesita de un hombre — le dijo —; aquí me tiene. Le empeño mi palabra,

de que no tendrá por qué arrepentirse." Y en efecto, Landa fue el hombre de la expedición; sin él habría fracasado desde el principio, y Miller no hubiera obtenido las señaladas ventajas que alcanzó. Otro hombre que prestó importantes servicios en esta ocasión fue el coronel peruano Mariano Portocarrero, uno de los agentes secretos de San Martín antes de la invasión (véase capítulo XXV, párrafo VII). A él se debió el pronunciamiento de Monquegua más tarde, donde ocupaba el puesto de subdelegado, que continuó desempeñando para servir más eficazmente a los patriotas con sus trabajos secretos y sus oportunos avisos de los movimientos del enemigo. "Portocarrero —escribía Cochrane a San Martín— está poniendo todo en movimiento para levantar el interior. El efecto producido con el desembarco de 200 hombres es prodigioso. Estas provincias darán muchos recursos, porque son más ricas que las del Norte, y mucho más patriotas. Si tuviéramos armas, toda la provincia de Arequipa sería nuestra en pocos días. Todas las armas que teníamos y hemos recogido, están empleadas, pero no son suficientes para marchar en derechura a Arequipa, a menos que sus habitantes no se pronuncien, lo que, según estoy informado, es muy probable."

Miller llegó a tener bajo su bandera de guerrillero como 700 hombres, que sucesivamente aumentó a 900, pero el núcleo sólido de su tropa no pasaba de 400 hombres. Impulsado por Cochrane, animado por Landa y Portocarrero, llamado por los habitantes de Moquegua, y siguiendo sus propias inspiraciones, se decidió a tomar la ofensiva, insurreccionar el interior del país, y convertir la diversión en una campaña formal.

IV

A la noticia del desembarco de Miller, todo el Sur se puso en alarma exagerando el número de sus fuerzas. El general Ramírez para contrarrestar la invasión, dispuso desde Puno la marcha de 250 hombres del batallón Centro a órdenes del comandante Felipe Rivero, para que, unidos otros 200 veteranos que marcharían desde Oruro con el coronel Cayetano Ameller y 200 algo reclutas de Arequipa, a más de cien hombres de la guarnición de Moquegua, convergiesen al valle de Tacna bajo el mando superior del coronel José Santos la Hera, formando un total de 800 hombres. La Hera bajó de Arequipa por el valle de Locumba, punto intermedio entre Tacna y Moquegua, con el río y valle de Ilo interpuestos, y se sitió en Mirave sobre la margen derecha del río que riega la comarca, donde esperó la incorporación de la fuerza de Rivero.

Miller bien informado por Portocarrero de los movimientos del enemigo y con los datos topográficos que le suministró Landa, comprendió que antes que las tres columnas convergentes se reuniesen,

podía batir aisladamente a cada una de ellas, y no vaciló en tomar la ofensiva. Con 350 infantes y un piquete de marineros, dos coheteras, 70 granaderos a caballo y 60 paisanos voluntarios bien montados, se puso en marcha. Guiado por Landa, situóse en Buena Vista, sobre el río de Sama, a 78 kilómetros de Mirave (20 de mayo de 1821). Mediaba entre ambos puntos un desierto pedregoso sin agua ni vegetación, y un sendero escarpado y estrecho conducía al pie de la montaña. La columna patriota salvó esta distancia en una marcha forzada de dieciocho horas, y en la noche del 21 de mayo descendió el valle de Locumba por un despeñadero, por el cual sólo podía pasar un hombre de frente hasta llegar a la orilla izquierda del río.

La Hera había establecido su campamento en una hondonada al pie de la serranía sobre la margen derecha del mismo río que forma un pequeño valle lateral, y dormía tranquilo dentro de los cercos del pueblecillo allí situado que lleva el nombre de Mirave, considerando imposible todo ataque. Eran las doce de la noche, y reinaba profunda oscuridad; una descubierta de cinco hombres que precedía a la columna, encontróse en su camino con un piquete de caballería que pastaba unos caballos en un alfalfar cercado, de los que se tomaron tres prisioneros, pero los otros dieron la alarma en el campo realista. Miller, que no suponía a los enemigos tan cercanos, se encontró sorprendido a su vez, y sin conocer su exacta posición, mandó que los tambores y cornetas sonasen la carga, lanzando el alarido de guerra de los indios; pero se encontró con el obstáculo del río que en aquel punto se divide en dos brazos. Los capitanes Hill y Hunn (ingleses), al frente de dos partidas de coheteros de 10 hombres cada una, sostenidos por la caballería, atravesaron el río que es allí muy tormentoso, luchando contra la corriente que hubo de arrastrarlos. Mientras tanto, La Hera había formado su tropa y roto el fuego al abrigo de los cercos, rechazando la caballería patriota que se formó sobre el valle, mientras la reserva permanecía sobre la margen izquierda. Los dos valientes capitanes ingleses con sus coheteros tomaron posición en dos alturas a derecha e izquierda del valle, y llamaron la atención del enemigo, concentrado sobre ellos sus fuegos. Fue entonces cuando Miller pudo atravesar el torrente con su infantería, montada a la grupa de los voluntarios tacneños, cubriéndose con la boscosidad del terreno, y tendió su línea de combate en una meseta, con uno de sus flancos sobre el borde escarpado del valle y el otro sobre una cadena de cerros. En esta actitud se pasó la noche.

Al amanecer (21 de mayo de 1821) se encontraban las dos líneas a dos tiros de fusil una de otra, en un declive de la montaña como de 1.700 metros de anchura. Miller dispuso inmediatamente el ataque, que se llevó con impetuosidad, frustrando los esfuerzos de La Hera, que pretendió apoderarse de una loma dominante que

tenía sobre su izquierda, y cortóle así su retirada. Desalojados los realistas de su posición y estrechados en la extremidad de un monte cortado a pique a sus espaldas, combatieron con valor desesperado, pero al fin fueron vencidos. Cuarenta y cuatro muertos, cicuenta y nueve prisioneros, la mayor parte heridos, y 400 mulas, fueron los trofeos de esta victoria, escapando tan sólo sesenta infantes y 80 jinetes. La pérdida de los patriotas fue de 25 hombres entre muertos y heridos, siendo la más sensible la del joven Welsh (inglés), cirujano particular de Cochrane que acompañaba a la expedición como voluntario y murió gloriosamente.

No habían desaparecido aún los últimos fugitivos de La Hera, cuando se presentó por el sur el comandante Rivero, con el destacamento de Puni montado en mulas, que había dormido a poco más de cinco kilómetros del campo de batalla, que al atravesar el río, y recibido por algunos disparos de cohetes, vio que llegaba tarde, y se puso en precipitada retirada.

En la misma tarde continuó Miller la persecución y el 24 llegó a Moquegua. Landa, con una partida de paisanos armados, se había apoderado de antemano del único portezuelo de las alturas que rodean el sitio donde está situada la ciudad que toma su nombre del valle. Allí fue alcanzada la retaguardia de La Hera por el mayor Soler, y tomada casi en totalidad prisionera. Fue entonces cuando Portocarrero dio la cara y se incorporó a las filas independientes. Mientras tanto, el destacamento de Rivero, llegado a última hora de la acción de Mirave, se retira hacia Arequipa por las alturas del valle contiguo de Torata al norte, formado por el río Ilo, que desemboca en el mar y da su nombre al puerto. El 26 le dio alcance el activo Miller en un punto llamado la Calera, en las vertientes occidentales de la cordillera, a 312 kilómetros de Mirave, y casi todos fueron muertos o prisioneros, escapando muy pocos.

Con legítimo orgullo y con verdad, dice el héroe de esta campaña que en menos de quince días después de su desembarco, un puñado de patriotas había muerto, aprisionado o puesto fuera de combate, cerca de mil hombres, incluyendo la guarnición dispersada en Arica. El Almirante, entusiasmado por estos rápidos progresos, escribía a San Martín: "Los aletargados se despiertan; los cobardes se vuelven valientes, el enemigo, intimidado y abatido. Si siguen las cosas como hasta ahora, estaremos en Arequipa dentro de ocho días. La pluma de Monteagudo y una imprenta nos hacen mucha falta, como también armas para los jóvenes que se presentan." Pero aquí terminan los triunfos y empiezan los contratiempos, propios de toda operación sin objetivo fijo y sin base segura, por felices que sean sus comienzos.

V

Las disposiciones del general español Ramírez, contando, como contaba, con fuerzas superiores y de mejor calidad para contrarrestar la invasión, no correspondieron a su fama militar: a no ser así, aquélla no habría pasado de Tacna, y Miller hubiera tenido que reembarcarse. Afortunadamente para los españoles, las mismas fuerzas convergían espontáneamente hacia el punto de ataque. Muy luego La Hera se encontró con el aguerrido batallón Gerona que venía en su auxilio. Rivero, con sus restos, se incorporó con un destacamento de 100 hombres que llegaba de La Paz. El jefe realista hallóse así al frente de una fuerte columna de 800 veteranos, y volvió a tomar la ofensiva, con el objeto de cortar a Miller su retirada a Tacna. Noticioso éste de esta reacción y de este movimiento, adelantó sus partidas avanzadas hasta 75 kilómetros de Arequipa, para distraer la atención del enemigo, emprendió su retirada descendiendo el río Ilo (4 de junio), y se reconcentró en Tacna, cuando La Hera se hallaba como a 21 kilómetros de distancia (12 de junio). El jefe español, considerando superiores las fuerzas patriotas, y llamada su atención a retaguardia por los partidarios, retrocedió remontando el valle hasta el pie de la sierra. En estas circunstancias se recibió oficialmente la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió las hostilidades.

Durante el armisticio, Miller se ocupó en dar organización a sus fuerzas, que alcanzaron a cerca de 900 hombres, regularmente armados y equipados, pero de los cuales sólo 300 merecían el nombre de soldados. Lleno, empero, de ilusiones escribía en esta fecha a San Martín: "Estoy en comunicación con el Alto Perú. El semblante de las cosas es lisonjero. El general Ramírez sé positivamente está con un miedo increíble: me aseguran que tiene una porción de mulas gordas, pronto para escapar. La llegada de unas partidas mías, compuestas principalmente de milicianos, a 14 leguas de Arequipa, ha causado mucha fermentación entre los realistas, tanto, que el estado mayor y el general en jefe salieron a escoger mejor posición militar para el caso de ser atacado por nosotros. Todos los habitantes del país se hallan comprometidos, y aun cuando llegáramos a tener un suceso desgraciado, bastaría el auxilio de los pueblos para continuar la guerra. Sería fácil formar un batallón de 800 plazas en dos meses si hubiera armamento suficiente." Mientras tanto, Ramírez reunía como 2.000 hombres para caer sobre él así que se reabriesen las hostilidades. Por su parte Cochrane, considerando la campaña del Sur malograda, se dio a la vela con la escuadra hacia el Callao, y dejó a la columna invasora abandonada con sólo tres embarcaciones mercantes menores, para el caso pro-

bable de un reembarco, las que también abandonaron. A la expiración del armisticio, la situación de Miller era crítica: una tercera parte de su tropa se hallaba enferma y no podía resistir ni a los 800 hombres de La Hera. En consecuencia, se vio obligado a evacuar Tacna y replegarse a Arica (20 de julio). En este mismo día, la división de Arenales en la sierra evacuaba Jauja y se retiraba hacia Lima. En Arica encontró Miller cuatro buques mercantes, de que se apoderó de grado o de fuerza, y en ellos embarcó su división con los emigrados comprometidos que le seguían. Cuando llegó La Hera al puerto, ya la expedición estaba a bordo pronta a darse a la vela.

Entre los hechos de esta campaña tan brillante como aventurera, deben mencionarse algunos que hacen honor a la caballerosidad de los dos beligerantes. Durante el armisticio, los jefes españoles manifestaron a Miller su admiración por sus rápidas marchas y afortunados golpes. Entre los prisioneros realistas tomados de Moquegua, lo fue un capitán Suárez, herido gravemente: sus compañeros de armas solicitaron que pasara a curarse a Arequipa, bajo promesa de que volvería a entregarse luego que se restableciese, y el jefe patriota lo puso en libertad sin condiciones, proporcionándole lo necesario para su viaje, y los españoles, agradecidos, le enviaron en retribución un obsequio. El coronel Sierra y el alférez Ramírez, prisioneros en Moquegua, fueron puestos en libertad por orden del Almirante: el jefe español, por una comunicación especial, agradeció este acto de espontánea generosidad, manifestando, que "así como era tan estimable la liberalidad de sus procedimientos, así también correspondía con la reciprocidad y buena fe en nombre del gobierno español". Al evacuar Miller a Tacna, escribió a La Hera que, confiando en su generosidad, le recomendaba tratase con humanidad a los enfermos que dejaba, y La Hera le contestó que los soldados que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia a los suyos, haciendo el elogio de la disciplina de las tropas patriotas. Estos actos, que dignifican la especie, fueron frecuentes en la guerra de la independencia del Perú, y forman contraste con las crueldades de Ramírez, Ricafort y Carratalá que, por parte de los españoles, han dejado en aquel país sangrienta memoria.

VI

Miller, ascendido por sus recientes hazañas al empleo de coronel, levó anclas y puso la proa al norte con viento favorable (22 de julio). Su intención era desembarcar en la caleta de Quillca, cerca de Islay, y dirigirse a Arequipa, cuya ciudad estaba sin defensa por la reconcentración de las fuerzas españolas sobre Tacna; pero lo recio del viento que dificultaba el desembarco y la falta

de provisiones, le impidieron llevar a cabo esta nueva aventura. Entonces resolvió volver a Pisco bajo su responsabilidad y se apoderó del pueblo sin resistencia, haciendo huir a 50 hombres que lo guarnecían. A inmediaciones de Ica se hallaba acantonada una fuerza al mando de Santalla —el mismo de las conjuraciones para entregar el Callao—, quien intentó replegarse a Huancavelica; pero, hostigado por los indios de la sierra sublevados, se vio obligado a regresar a la costa y seguir en fuga el itinerario en que se había perdido Quimper. Tenazmente perseguido, fue alcanzado en el camino y deshechos sus últimos restos cerca de Nazca, tomándosele 180 prisioneros. En medio de estos sucesos, Miller tuvo la primera noticia de la ocupación de Lima, y posesionado de Ica, asumió el mando político y militar del distrito. En Ica comenzó y terminó la campaña de puertos intermedios.

Se ha dicho que la expedición a puertos intermedios, bien apoyada, habría producido resultados decisivos. Para esto fuera necesario que respondiese a un plan general, con otros medios y bajo una dirección combinada. Concebida como diversión para inquietar a los enemigos de Lima por uno de sus flancos e interceptar sus comunicaciones con el Sur, su teatro de operaciones eran las costas, y su objetivo ulterior, obrar en combinación con la expedición de la sierra, caso que ésta avanzase hasta Huancavelica. Entonces, unidas ambas, formaban un ejército de cerca de 5.000 hombres a retaguardia del enemigo, ligando los movimientos de todas las fuerzas disponibles. Este era el mejor apoyo, y el único que podía dárseles, dentro de lo posible y del radio estratégico de las operaciones generales. San Martín no podía disponer de más fuerzas que las que desprendió al lanzar 2.200 hombres sobre la sierra y 600 sobre las costas del Sur, quedándose tan sólo con 3.000 soldados convalecientes para obrar sobre Lima, contra un ejército superior en número. Es evidente que, a pesar de esto, debió reforzar a Arenales en la sierra, y aun pudo trasladar el teatro de la guerra a ella, o por lo menos maniobrar de modo de no perder las ventajosas posiciones reconquistadas en el interior del país, que prometían más ventajas que las del Sur. No haciéndose esto, la expedición del Sur, como movimiento excéntrico, no tenía objeto sino como mera diversión, tal como la propuso el mismo Cochrane, que fue su inventor, y tal como lo aceptó San Martín. Desnaturalizada como lo fue, exagerada en sus dimensiones con medios exiguos y lanzada en aventuras, debió dar los resultados que dio, y eso que, por un cúmulo de circunstancias felices y merced a la actividad de Miller, alcanzó ventajas que no eran de esperarse. La prueba está en que, a pesar de esas ventajas, tuvo al fin que reembarcarse en presencia del primer núcleo de fuerza sólida del enemigo que le hizo frente, aun después de una victoria considerable y de la de-

cisión de las poblaciones. Esto por lo que respecta a lo que se ha dicho, sin fundar el aserto.

Puede decirse, que habría sido de todos modos conveniente robustecer la columna de Miller, para convertir la diversión en operación formal de guerra, dadas las ventajas alcanzadas; pero, aparte de que esto no era posible por falta de tropas para reforzar a la vez a Arenales y a Miller, como numéricamente queda demostrado, tal operación no hubiera podido ajustarse al plan general de campaña, a menos de trasladar el teatro de la guerra al Sur con elementos poderosos, como lo propuso Arenales al retirarse de la sierra. Se requerían para ello tres a cuatro mil hombres bien organizados, y abandonar al enemigo las provincias del centro, a fin de tomarle la retaguardia ocupando Arequipa, el Cuzco y Puno, y aun esto mismo no daba el resultado de buscar una batalla decisiva. Se dividían las fuerzas que, unidas o combinadas, podían dar el último golpe; el ejército de Lima, quedaba sin papel, y la internación por esa parte reducida a una diversión en punto mayor. Suponiendo que hubiese sido posible elevar la columna de Miller hasta el número de 1.000 veteranos, esto era estrictamente lo necesario para hacer frente a la fuerza que podía oponerle el enemigo, mientras no se alejase de las costas; y como se ha visto, podía encontrarse con doble número al penetrar a la sierra. Elevada esa columna a 2.000 hombres de manera de bastarse a sí misma en sus primeras operaciones, desde que ella no hubiese de obrar en combinación con Arenales, en el caso de que ésta adelantase hasta Huamanga y Huancavelica era una operación eventual y aislada, que sólo prometía mayores ventajas a condición de formar un nuevo ejército sobre la base de las poblaciones insurreccionadas, como lo había hecho Arenales en la sierra, para que obrase en combinación con el de Lima y la expedición de puertos intermedios por Ica, cerrando el círculo de las operaciones dentro de sus límites, y decidir la cuestión en su punto estratégico, que eran las provincias centrales del interior. Dilatado el círculo de las operaciones fuera de los radios precisos, aun formando un nuevo ejército en el Sur, la internación no tenía objeto, o si lo tenía, no era decisivo, desde que le faltaba la base y objetivo determinado. Dos ejércitos, relativamente débiles, que, a tan largas distancias no podían combinar operaciones en presencia de un enemigo interpuesto y reconcentrado, con un ejército de reserva en el Alto Perú sobre la retaguardia de los invasores por el Sur, era lo mismo que renunciar a la ofensiva eficiente, y peor que correr dos liebres a la vez, disminuir las probabilidades de alcanzar una de ellas.

El plan más seguro para dar mayor consistencia a la expedición de puertos intermedios, sin alterar su carácter de diversión concurrente, era ocupar Arica, fortificándola, para proporcionar una base a la insurrección y a las operaciones en los valles de Tac-

na, Tarapacá, Moquegua y Torata, hasta el pie de la sierra y quitar al enemigo un puerto importante, amenazando a Arequipa, y aun atacándola, como lo intentó Miller a última hora. Para esto habría sido necesario que Chile hubiese auxiliado la expedición, como lo pedía Cochrane y lo indicaba San Martín, desde que en el Perú faltaban las fuerzas y el armamento suficientes. La ocupación de Pisco y de Ica no tenía objeto una vez retirado Arenales de la sierra o de no obrar en combinación con el ejército de Lima, caso que éste tomase la ofensiva avanzando al interior.

Vese en suma por este metódico examen fundado en cifras y hechos exactos, que la expedición a puertos intermedios, concebida como simple diversión para llamar la atención e interceptar los caminos del Sur, sacando ventaja del dominio de las costas, debió mantenerse dentro de sus límites, para lo cual tenía medios suficientes. Para convertirla en una diversión concurrente, era indispensable que la división de Arenales en la sierra, avanzase hasta Huancavelica. No era materialmente posible reforzarla, y aun siéndolo, no pasaba de una diversión en punto mayor. Para darle consistencia, como medio de promover la insurrección, se necesitaba el concurso de Chile, que faltó. Reforzada la expedición hasta el número de 2.000 hombres, de modo de bastarse a sí misma en sus primeros movimientos, era una operación aislada. Aun formando sobre esta base un nuevo ejército, no respondía a un plan serio de campaña que pudiese dar un resultado decisivo. Por consecuencia, ni mil ni dos mil hombres hubiesen alterado las condiciones de la lucha, tal como estaba empeñada, desde que, ensanchando el círculo de las operaciones fuera de sus radios estratégicos, las fuerzas se debilitaban al dividirse y desligarse, sin obrar en combinación, perdiéndose el poder de la ofensiva, uniforme y eficiente.

Todo esto no quita que la expedición fuese tan hábil como brillantemente conducida por Miller, aunque mal dirigida por el Almirante, que al fin la abandonó a su suerte, cuando dio los resultados que necesariamente debió dar, una vez desnaturalizada, no obstante sus primeras victorias. San Martín, comprendiendo las ventajas que de ella podrían reportarse, con las lecciones de la experiencia, pensó renovarla después de su entrada a Lima, pero sus disidencias con el Almirante, de que se dará cuenta después, le impidieron llevar a cabo este pensamiento.

Esta campaña terminó con un siniestro marítimo. El navío *San Martín*, depósito del botín de intermedios, que en violación del armisticio se había apoderado de un cargamento de trigo en el puerto de Mollendo, y al desembarcarlo en Chorrillos, se fue a pique, como augurando el naufragio del nombre que llevaba.

Capítulo XXXII

LA INDEPENDENCIA DEL PERU

1821

La toma de Lima y la batalla de Carabobo. — Corolario histórico. — Estado de la opinión de Lima al tiempo de la ocupación. — Situación compleja de San Martín. — Síntesis política. — Declaración de principios de San Martín. — Convocatoria de una asamblea de notables para declarar la independencia del Perú. — Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana. — Sitio del Callao. — Cochrane estrecha el bloqueo del Callao e insiste sobre el ataque. — Crosbie se apodera de los últimos buques españoles en el Callao. — Golpe de mano de los independientes sobre el Callao y sus resultados. — Negociación irregular de Cochrane con el gobernador del Callao. — Condiciones y objetos de esta negociación. — Síntomas de ruptura entre San Martín y Cochrane. — San Martín se declara Protector del Perú. — Examen de este acto. — Ministerio protectoral. — La Logia de Lautaro en el Perú. — Chile aplaude el acto de San Martín. — Primer acto del Protector. — Persecuciones a españoles. — Extrañamiento del arzobispo de Lima. — Apogeo de San Martín. — San Martín como hombre de gobierno. — Nueva fase de San Martín. — La obra reformadora de San Martín en el Perú. — El Estatuto Provisional. — El Consejo de Estado. — Primer síntoma aristocrático. — La Orden del Sol y la creación de una nueva nobleza. — La orden patriótica de las damas peruanas. — El delirio de las grandezas y modestias de San Martín. — Achicamiento de un gran hombre.

I

Al volver a tomar el hilo de la narración de los acontecimientos generales (véase cap. XXIX), nos encontramos en presencia de más vastos horizontes. La toma de posesión de Lima por los independientes (6 de julio de 1821), coincidió con la batalla de Carabobo (24 de julio de 1821), el Waterloo de los realistas en Colombia, que aseguró definitivamente la independencia de esta república. El gran plan de campaña continental soñado por el libertador del Sur, estaba realizado a hora fija y en la medida proporcional. El libertador del Norte, realizando los mismos planes y los mismos sueños en sentido opuesto, convergía hacia el centro de atracción común, donde las armas continentales se reunirían pa-

ra dar el golpe final al poder español. No quedaban sobre la faz de la América más tropas que mantuvieran alzado el estandarte del Rey, sino las que aun resistían en las montañas del Perú y en Quito, y una fortaleza aislada que pronto se rendiría. En los mares, tan sólo tres buques, últimos vestigios del poder marítimo de la metrópoli anonadado por Cochrane en el Pacífico, vagaban como buques fantasmas. El triunfo definitivo era cuestión de tiempo y del esfuerzo combinado de los dos libertadores. Jamás se realizó en tan vasta escala, en tan largo espacio de tiempo y con tanta precisión matemática, una empresa que al principio pareciera un sueño, y que obedecía, empero, a una idea preconcebida con unidad de acción, compacta y persistente en las fuerzas concurrentes, y a una atracción recíproca de las masas impulsadas por las fuerzas del destino. Es que, como lo ha dicho el primer capitán del siglo y lo observa un pensador americano, "todos los grandes capitanes que han emprendido grandes cosas, las han llevado a término de conformidad a las reglas del arte, proporcionando el esfuerzo al obstáculo, convencidos de que los acontecimientos no son la obra del acaso, sino de la tensión de las leyes que gobiernan los destinos humanos". A esto debieron su éxito los dos libertadores sudamericanos. El día que violaron esas leyes, extraviados en su camino o cegados por la ambición, ambos cayeron como caen los cuerpos muertos que pierden su velocidad inicial: el uno, deliberadamente, al sentir que le faltaban las fuerzas eficientes para cumplir su misión; el otro, precipitado de la altura por las fuerzas irresistibles que contrariaba.

La emancipación de la América estaba fuera de cuestión: la independencia del Perú estaba asegurada, cualesquiera que fueran los errores de los hombres y las vicisitudes de la lucha que aun se prolongaría por algunos años más. Pero esto, que veían claro los hombres de acción impulsiva o los espíritus superiores que dominaban el gran escenario, no lo percibían bien todavía las colectividades encerradas en campos circunscriptos de lucha, por más que estuviesen en la corriente de los acontecimientos en paralelismo con las leyes de la naturaleza. Y era en el Perú donde este fenómeno se producía, precisamente en el momento supremo en que sus destinos estaban fijados para siempre por la lógica de esas leyes. Un penetrante observador imparcial, que a la sazón se encontraba allí, ha fijado en rasgos concretos el trasunto de esta situación transitiva. "La ciudad de Lima se hallaba en un extraño estado de confusión, por efecto de los inesperados sucesos que estaban en la naturaleza de la revolución, y la heterogeneidad de los elementos que obstaculizaban el acuerdo. Nadie veía claro en su camino. Los españoles, todos estaban perplejos: constituían la clase pudiente, y su posición era delicada. Si se negaban a abrazar el partido de San Martín, corrían el riesgo de ver confiscados sus bienes; por otra

parte, debían temer la venganza del antiguo gobierno, que podía reconquistar el poder y castigar su defección. Los naturales del país, bien que confiados en la bondad de su causa, estaban alarmados por las consecuencias de su conducta: muchos dudaban de la sinceridad de San Martín, y muchos también dudaban que tuviese los medios para cumplir sus promesas. En general, las circunstancias eran nuevas para la mayoría de los habitantes de Lima. La alarma y la incertidumbre estaban en todos los corazones. En esta confusión de ideas y de intereses, el más embarazado quizá era el gran motor de este conjunto, de quien cada uno, cualquiera que fuera su partido esperaba protección y seguridad. En tales momentos se requería una mano experimentada para dirigir la nave del Estado." Es que el Perú no era todavía un país hondamente revolucionado, y por eso la opinión pública carecía del nervio y consistencia que sólo dan la posesión plena de la nacionalidad y la decisión de alcanzar el triunfo a toda costa. San Martín quiso imprimirle ese carácter, declarando solemnemente su independencia.

La situación de San Martín era compleja, como libertador ante la América, como árbitro de los destinos del Perú, como general de dos repúblicas cuyas armas le estaban confiadas, y como hombre público ante su propia conciencia. Estaba en el apogeo de su poder y de su gloria: el sueño de ocho años estaba realizado al entrar triunfante en la ciudad de los reyes. Sólo le faltaba un último esfuerzo para terminar su obra. El momento de prueba de la potencia de su genio y de su equilibrio moral había llegado. Como lo observaba el banquero Rothschild, se necesita diez veces más habilidad y prudencia para conservar una gran fortuna, que para ganarla. Los hombres que se elevan a las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio o el cansancio se apoderan de sus almas. Lo que pasó en ese momento en el alma de San Martín, nunca lo dejó entrever. Reconcentrado por temperamento, reservado por sistema, las palabras con que anunció en la intimidad su triunfo —en una carta que es, relativamente, la más enfática que de él se conozca—, son lacónicas y sencillas como de costumbre: "Al fin, con paciencia y movimientos, hemos reducido a los enemigos a que abandonen la capital de los Pizarros: al fin, nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. El Perú es libre. En conclusión, ya yo preveo el término de mi vida pública, y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras, y retirarme a un rincón, a vivir como hombre." Su actitud fue modesta, sin esa afectación con que se disfraza el orgullo; sus declaraciones públicas fueron graves y moderadas, y todos sus actos revistieron un carácter serio, como inspirados en el bien público, que revelaba el dominio de sí mismo, con ideas hechas y propósitos al parecer maduramente deliberados. Empero, notá-

base un síntoma de delirio pasivo en la exagerada importancia que daba a la posesión de Lima, y cierta inercia militar que era su consecuencia, aparte de dar ya la guerra casi por terminada, y hacerle abandonar la expedición de la sierra, donde únicamente podía decidirse; pero estos errores no afectaban sino su previsión como general.

El hombre político y moral era, como siempre, un enigma, así para él como para los que lo observaban. Tenía que resolver silenciosamente los arduos problemas de una situación compleja y complicada, y no los encaraba de hito en hito. Fiaba más en la acción del tiempo que en la acción propia. Tal vez llegó a considerar insuficientes las fuerzas de que disponían, al menos para terminar por sí solo su obra. De aquí ese optimismo y ese fatalismo, que se traducían en inacción y buscaba la solución por medios indirectos.

II

Al tiempo de la ocupación de Lima, San Martín hizo publicar en su campamento, a manera de boletín, un artículo doctrinario, escrito por Monteagudo en estilo sentencioso, que era una declaración anticipada de principios y pauta de su conducta política ulterior. "El 6 de julio de 1821 alcanzará a la posteridad de cien generaciones que se sucedan, si es que los hombres no vuelven atrás en la marcha que han emprendido, y pierden la experiencia y el poder intelectual que hoy poseen. —Vasto campo se presenta a los peruanos que desean empezar a ejercitar su energía, y hacer con menos peligros que otros pueblos el ensayo de sus aptitudes sociales para una nueva forma de gobierno que ponga los cimientos de una obra, que deben perfeccionar las costumbres y no las leyes. El vencimiento de los españoles ha entrado ya en la clase de los esfuerzos subalternos que exige la independencia, dirigiendo con método las operaciones militares y buscando al enemigo cuando convenga. Los españoles son impotentes para esclavizarnos. La obra verdaderamente difícil que es necesario emprender con valor, firmeza y circunspección, es corregir las ideas inexactas que ha dejado el gobierno antiguo impresas en la actual generación. La dificultad no consiste tanto en la ignorancia de los medios adecuados para conseguir tal fin, cuanto en la peligrosa precipitación con que de ordinario intentan los nuevos gobiernos reformar los abusos. Empezando por la libertad que es nuestro más ardiente anhelo, ella debe concederse con sobriedad, para que no sean inútiles los sacrificios que se han hecho para alcanzarla. Todo pueblo civilizado está en aptitud de ser libre; mas el grado de libertad de que goce, debe ser proporcionado a su civilización: si aquélla excede a ésta,

no hay poder que evite la anarquía, y si es inferior, es consiguiente la opresión. En todos los ramos de la prosperidad hay grandes reformas que hacer: en general puede decirse, que es preciso despojar nuestras instituciones y costumbres de todo lo que sea español, e infundir a nuestra constitución política una nueva salud, para que resista sus enfermedades, según la expresión de lord Chatham. Hacer todas las reformas sin discreción, es un defecto en que debemos precavernos de incurrir, y preparar las mejoras a que está dispuesto el país, y de que es tan susceptible por la docilidad y tendencia que trae el adelantamiento de su carácter social." Era un programa revolucionario conservador, en que, al dar casi por concluida la guerra, y perseverando en hacerla lentamente, se ofrecía una libertad moderada para fundar el orden y prevenir la anarquía. Estas fueron en todos los tiempos las ideas políticas de San Martín, ideas disciplinarias, a que Monteagudo daba forma dogmática. Pero este escrito, que llamó entonces la atención del mundo por la expectabilidad de su editor responsable, y que la historia ha recogido, no tenía profesión de fe política y bajo la forma de un "gobierno nuevo" envolvía una incógnita que podía acomodarse a todos los sistemas, desde el despotismo militar por el momento, hasta el establecimiento ulterior de una monarquía constitucional, sobre la base de la independencia, único punto que ponía fuera de cuestión.

El primer acto de San Martín al establecer su cuartel general en el palacio de los virreyes, fue disponer que el cabildo convocase "una junta general de vecinos de conocida probidad, patriotismo y luces, que, en representación de los habitantes de la capital, expresase si la opinión general se hallaba decidida por la independencia, cuyo voto le serviría de norte, para proceder a su proclamación o ejecutar lo que ella dictare" (14 de julio de 1821). Era con el mismo fin el mismo proceder empleado en Chile para constituir un gobierno: un cabildo abierto que estatuyese en nombre del común, con simple voto consultivo en un punto determinado, para evitar la convocatoria de un congreso deliberante, de elección popular. La junta, compuesta de notables de Lima designados por el cabildo, respondió a las veinticuatro horas: "La voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera." Tal fue la fórmula de la soberanía de una nación nueva, sancionada por aclamación dentro de los límites de un municipio. El pueblo confirmó la deliberación con su aplauso, suscribiendo el acta de su emancipación. Simple formalidad que registraba un hecho, este documento y esta fecha marcan una época: la declaratoria solemne de la independencia ante el mundo de la última colonia española en América, donde iba a librarse la batalla final, según las previsiones de su libertador.

La proclamación y la jura de la independencia peruana fue otra formalidad, pero no por eso menos memorable. El 28 de julio de 1821 una brillante cabalgata salía del palacio secular de los virreyes. Precedíanla la universidad de San Marcos con sus cuatro colegios, las corporaciones religiosas, los jefes militares, los oidores, el ayuntamiento y los principales representantes de la nobleza indígena. Seguía el libertador con su estado mayor, acompañado del gobernador, político de la ciudad. A su retaguardia marchaban la guardia cívica, los alabarderos de Lima y la escolta de húsares del General. Por último, el batallón número 8 de los Andes, vencedor en Chacabuco y Maipú, con las banderas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile, y más a retaguardia, la artillería con los cañones que debían saludar el advenimiento de la nueva nación.

San Martín subió a un tablado levantado en la plaza mayor, y desplegó por primera vez la bandera nacional del Perú inventada por él en Pisco. Fue saludado con un inmenso aplauso. Acallado por un momento el bullicio por el ademán del libertador, exclamó con voz sonora y firme: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y la justicia de su causa, que Dios defiende." Batió el pendón por tres veces, y prorrumpió en un: "¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!" que el pueblo repitió en medio del estampido de los cañones. La comitiva de la proclamación recorrió las calles en medio de una entusiasta ovación, bajo una lluvia de flores y de esencias aromáticas. De regreso a la plaza, saludó con estruendosas aclamaciones al almirante Cochrane, el héroe que compartió con San Martín la gloria de la redención del Perú, y que desde una de las galerías del palacio presenciaba aquel espectáculo, en que era uno de los primeros actores.

Un célebre testigo extraño, que por acaso asistió a esta ceremonia, la encontró imponente y pintoresca. "La actitud de San Martín, en este acto —dice—, fue correcta y sin afectación. Los rasgos de su fisonomía revelaban al principio ligeros movimientos de impaciencia: diríase que no se perdonaba a sí mismo prestarse a una escena de aparato. Si este embarazo fue real, pasó rápido como el relámpago. No tardó en recobrar su acostumbrada serenidad y paseó una mirada benévola por todos los que lo rodeaban." En seguida se distribuyeron al pueblo medallas conmemorativas: en el anverso un sol, símbolo tradicional del Perú, con esta inscripción al contorno: "Lima libre juró su independencia el 25 de julio de 1821"; en el reverso, al centro, en medio de laureles, esta leyenda: "Bajo la protección del ejército libertador del Perú mandado por San Martín."

Como homenaje a los dos pueblos que habían concurrido a este resultado con sus armas, su sangre y sus tesoros, y un recuerdo a la lejana patria, San Martín devolvió a Chile, con honores, las ban-

deras enlutadas de Rancagua, y envió a Buenos Aires cinco banderas y dos estandartes españoles conquistados por el ejército unido argentinochileno.

III

En medio de estas pomposas proclamaciones y ceremonias, se continuaba el sitio de las fortalezas del Callao, dirigido por el general Las Heras, en su calidad de segundo jefe del ejército unido. La posición era intomable a viva fuerza, dados los medios de ataque, pero su resistencia estaba tasada. San Martín, previendo este obstáculo en Mendoza, tres años antes (1818), había incluido en su plan de campaña un tren completo de sitio, que echó de menos en esta ocasión (véase cap. XIX, párrafo VI). El ejército independiente situó su reserva en la Legua, y sus puestos avanzados en Bella Vista, a 2.500 metros de los fosos. Los sitiados hicieron varios amagos de salida y el 25 de agosto intentaron una salida bastante formal, que fue rechazada. La plaza, bloqueada por mar y tierra, contaba apenas con víveres para dos meses.

Cochrane estrechaba el bloqueo por la parte del mar. Los defensores del Callao, desesperados de su salvación, se resolvieron a echar a pique los buques que tenían en el puerto, recelosos de que cayesen en manos de sus enemigos, y empezaron por la corbeta *San Sebastián*. "Son las 2 de la tarde (18 de julio) —escribía el Almirante al General—, y el enemigo empieza a echar a pique sus buques: temo que esta noche vuelen los castillos. Venga, mi general, con la tropa que tenga para salvar esta plaza, que importa más que Lima. Que no se pierda momento, a lo menos para cortar su retirada." Días después instaba a San Martín para que diese el ataque. "He recibido noticia de que los españoles han determinado enviar buques de guerra a estos mares. Mucho importa la rendición de los castillos antes que lleguen. Aquí donde está la escuadra, y con mar tan manso, se pueden desembarcar los cañones de a 24 para abrir una brecha. Si Vd. quiere, no tiene más que ordenar." Con la vista fija sobre los torreones, observó un día una abertura en las perchas y cadenas que rodeaban los buques enemigos, y resolvió apoderarse de ellos como de la *Esmeralda*. En la noche (24 de julio), el capitán Crosbie, con ocho botes tripulados con gente de pelea, se apoderó, bajo el fuego de los castillos y de la fusilería de la plaza, de la corbeta de guerra *Resolución*, de 34 cañones, el *San Fernando* y la *Milagro*, armadas en guerra, y de varios botes y lanchas, saliendo triunfante de la bahía con sus presas, sin pérdida alguna por su parte.

El 14 de agosto, el general Las Heras intentó apoderarse por un golpe de mano de la plaza del Callao. Habiendo observado que los rastrillos del Real Felipe permanecían con frecuencia abiertos

y bajados los puentes levadizos, reconcentró en Bella Vista, una división de 1.150 hombres de infantería y caballería, con el objeto de apoderarse por sorpresa de la entrada. La operación, aunque difícil, era posible. La distancia a recorrer — 2.500 a 2.600 metros —, podía ser salvada en 10 a 12 minutos por la caballería al galope marchando a vanguardia, y en menos de 20 minutos por la infantería en reserva a paso de trote. A pesar de la bizarría y la velocidad con que se llevó el ataque, los enemigos tuvieron tiempo para levantar el segundo puente que cerraba el recinto fortificado. La caballería se derramó por la población del Callao sableando dispersos, y causó al enemigo una pérdida de 41 hombres, de los cuales 5 oficiales, contándose entre los prisioneros el general Ricafort, herido, que a pesar de sus crueldades, fue asistido con todo cuidado. La infantería alcanzó hasta el glacis, y hubo de retroceder bajo el fuego de las murallas con pérdida de 10 muertos y 17 heridos. Las tropas que tomaron parte en este ataque, fueron los batallones Numancia, número 11 de los Andes y 4 y 5 de Chile, y el regimiento de Granaderos a caballo de los Andes, con la escolta de húsares del General.

En el mismo día en que este atrevido golpe se ponía en ejecución por las tropas de tierra, el Almirante preparaba una celada, sugerida por la codicia y el despecho, indigna de sus heroicas hazañas. Persuadido de que en el Callao estaban encerradas todas las las riquezas de los españoles de Lima, especialmente en plata labrada, cuyo valor estimaba en treinta millones de pesos, propuso a su gobernador La Mar hiciese entrega de los castillos y de una tercera parte de los caudales, ofreciéndole su protección y garantizando la extracción de los dos tercios restantes, previo pago anticipado de las cantidades que se embarcasen, con libre pase para las personas, fuera de Chile y del Perú, en buques que se comprometía a proporcionar, mediante justo precio.

Cochrane en sus manifiestos de la época y en sus *Memorias*, ha procurado cohonestar esta negociación irregular y sospechosa diciendo que era para atender a las necesidades de su escuadra, que carecía de lo necesario y pagar a los marineros con los diez millones de pesos en que estimaba el precio de rescate, y niega — contradiciéndose a sí mismo —, que su intención fuese apoderarse de las fortalezas por su autoridad bajo el nombre de Chile, para dictar leyes al Perú. "Si me hubiera posesionado de las fortalezas — ha declarado en dos ocasiones —, habría dictado una ley al general San Martín; le habría exigido el cumplimiento de sus compromisos, y persistido, sobre todo, en que ejecutara sus promesas para con los peruanos, de dejarlos libres de escoger su propio gobierno."

La desinteligencia latente entre Cochrane y San Martín, incubada desde Chile cuando el primero pretendió suplantar al segundo

en la expedición libertadora del Perú, y ahora acentuada por la elevación del uno y las exigencias del otro, había llegado a su período álgido. La ruptura no tardaría en producirse estrepitosamente entre los dos héroes, con depresión del carácter histórico de ambos, con escándalo del mundo y en menoscabo de la causa americana.

IV

La gloria de San Martín había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Propagador triunfante por la fuerza de su genio de los principios emancipadores de la revolución de la República Argentina, su patria; libertador de Chile y del Perú, y fundador de sus respectivas nacionalidades; era, por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del Nuevo Mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande, y el más genuinamente americano. Para ser más grande, sólo le faltaba completar su obra. La inmortalidad le estaba asegurada de todos modos. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos, únicamente podía compararse con la de Bolívar, libertador de Venezuela y Nueva Granada y fundador de la República de Colombia. Bolívar había sido aclamado libertador, y este título lo investía de la dictadura revolucionaria en su patria. San Martín, sin punto de apoyo en la patria propia, se nombró a sí mismo Protector del Perú. Ni antes ni después de Cromwell, nadie en el mundo había tomado ese título. La América, alarmada, creyó entrever en el Libertador del Sur, un ambicioso vulgar o un déspota en germen. No era ni lo uno ni lo otro; pero, al asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inoculó el principio de su decadencia militar y política.

La declaración de independencia del Perú traía por consecuencia lógica y necesaria el establecimiento de un gobierno propio; pero un gobierno, que a la vez de ser nacional, se subordinase a las exigencias de la guerra, y fuese una fuerza eficiente y no un estorbo o un peligro y era difícil, por no decir imposible, conciliar estas dos exigencias supremas.

San Martín, generalísimo de la República de Chile, bajo cuya bandera realizaba la expedición libertadora combinada; general en jefe del ejército de la República Argentina por aclamación de sus soldados sin patria y sin gobierno, representaba la antigua alianza argentinochilena que tenía en sus manos las últimas fuerzas emancipadoras de los dos pueblos. Era, además, un adepto de la Logia de Lautaro, llevada misteriosamente al Perú en los pliegues

de sus banderas, a cuyas reglas disciplinarias estaba subordinado. Su posición para con Chile, sin un gobierno regular con quien entenderse en el Perú, era la de un procónsul o la de un combatiente en palenque neutral, y esto era inconciliable con su carácter de libertador y anómalo respecto del derecho de gentes. El simple generalato en calidad de beligerante, sin más atributos que las armas, después de los actos soberanos, diplomáticos y gubernativos, a que había presidido a título de libertador, era mantener una situación oscilante entre el dominio extraño y el despotismo militar sin formas definidas. El Perú, no tenía personalidad política, y apenas una sombra de administración: su libertador no era ante él sino un conquistador en nombre de la independencia y la libertad prometida. Los recursos de que podía disponer para llevar a buen término su empresa, eran exiguos en proporción del obstáculo a remover, y tenían necesariamente que gastarse por la simple acción del tiempo. Ni de Chile, agotado, ni de la república argentina, de que estaba divorciado, podía esperar auxilio. Tenía que buscar nuevas fuerzas y retemplar las viejas dentro del país liberado, identificarlo con el ejército vinculado a su carrera y su fortuna, y dar a éste el mero carácter de auxiliar, como lo había hecho antes en Chile, fundando un gobierno nacional que le sirviese de punto de apoyo.

Pero el Perú no era Chile, ni sus condiciones eran las mismas. El Perú carecía de elementos de gobierno propio y no estaba en condiciones de fundarlo, ni aun provisionalmente todavía, como el desarrollo de su historia revolucionaria lo demostró. Apenas si la mitad de su territorio estaba redimido del dominio español, y dos ejércitos, superiores en número, mantenían todavía la lucha en nombre del Rey. Su opinión era inconsistente, y en medio de sus razas antagónicas y elementos heterogéneos, no existía un núcleo social, político ni militar, en torno del cual pudiera considerarse su nebulosa flotante. No tenía un solo hombre, ni como acción ni como pensamiento, que tuviese prestigio ni autoridad moral ante sus compatriotas. Unanue, el hombre más sabio y más puro del Perú, no era más que un sabio, de carácter indeciso y sin fortaleza para sobrellevar el peso del gobierno o para dominar ni aun dirigir la opinión. Torre-Tagle, el único peruano vinculado a la situación por un acto de iniciativa nacional, era un mero figurón desacreditado por sus disipaciones. El único hombre de guerra del país, Gamarra, que hubiese aparecido en la escena militar con algún crédito, había resultado una nulidad. El candidato que con cierta aureola de popularidad se diseñaba en la penumbra por sus aspiraciones personales más que por sus cualidades, era Riva Agüero, espíritu inquieto y taimado, que sin la virtud o el poder ni la ecuanimidad de O'Higgins en Chile, se presentaba más como una complicación, que como una solución, según el tiempo lo confirmó. El gobierno, pendiente

la cuestión del éxito de las armas, no podía fiarse a manos ineptas, inseguras o peligrosas, y el Perú no tenía en su cohesión, en sus hombres ni en su espíritu político, los elementos de un gobierno cooperador, siquiera fuese transitorio y de circunstancia. Pero debía tener un gobierno, y esta necesidad se imponía. Las reglas dictadas a San Martín por el gobierno argentino para constituir el gobierno nacional de Chile al tiempo de su reconquista, no eran aplicables al Perú en las condiciones en que se encontraba, y el Senado chileno, al copiarlas con espíritu liberal, organizaba inconscientemente la impotencia o la anarquía con una ficción que comprometía el éxito de la misma expedición libertadora. Un llamamiento al pueblo habría dado por resultado el nombramiento del mismo San Martín, y si no era él el que mandase, ninguno podría mandar, a menos de contrariar o neutralizar su acción eficiente. Los mismos peruanos le brindaban a porfía el poder.

En tal situación, se decidió a fundar una nueva nación, bosquejar su constitución y declarar su independencia; darle un gobierno civil a título de libertador y ponerse a su frente como Protector independiente; asumir con franqueza la dictadura, al constituirse moralmente responsable ante la América y políticamente ante el Perú, mientras durase la guerra y hasta tanto llegara el momento de entregar al pueblo libertado sus destinos asegurados.

V

Declarada la independencia, una diputación del cabildo se presentó a San Martín ofreciéndole el gobierno del Perú y rogándole lo aceptara en nombre del pueblo. El contestó con una sonrisa enigmática, pero seria y benévola que, hallándose en posesión del mando supremo por el imperio de la necesidad, lo conservaría si lo juzgase conveniente al bien público, evitando la convocatoria intempestiva de juntas y congresos, que no harían sino embarazar la expedición de los negocios públicos con vanas discusiones, retardando el triunfo de la independencia, que era ante todo.

La Logia Lautaro, trasplantada al Perú, que la componían en gran mayoría los jefes del ejército de Chile y las Provincias Unidas, le exigió, en nombre de la seguridad común, se pusiese a la cabeza de la administración general del país, como único medio de dar vigor y punto de apoyo sólido a las operaciones militares. Al someterse a esta exigencia, convencido de que el Perú se anarquizaba sin una autoridad fuerte, escribía confidencialmente a O'Higgins: "Los Amigos (la Logia), me han obligado terminantemente a encargarme de este gobierno: he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el país se envolvería en la anarquía. Espero que

mi permanencia no pasará de un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que vivir tranquilo y retirarme a mi casa a descansar."

Al reasumir públicamente por medio de un decreto suyo el mando político y militar de los departamentos libres del Perú, con el título de Protector, dirigió al pueblo la palabra en términos que la historia debe recoger íntegramente, para darse cuenta de su criterio político y confrontarlo con sus actos posteriores (3 de agosto de 1821). "Al encargarme de la empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de mis deseos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta, y mi corazón poco satisfecho, si yo no afianzara para siempre la seguridad y la prosperidad futura de esta región.

"Desde mi llegada a Pisco anuncié que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad, y que era responsable de su ejercicio. No han variado las circunstancias, puesto que aun hay en el Perú enemigos exteriores que combatir; y por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y militar.

"Espero que, al dar este paso, se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sino la conveniencia pública: Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida agitada; pero tengo sobre mí la responsabilidad moral, que exige el sacrifico de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos, cuando aun subsistían los enemigos en aquellos países. Primero es asegurar la independencia; después se pensará en establecer la libertad sólidamente.

"La religiosidad en que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública, me da derecho a ser creído, y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento en que sea libre su territorio, haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir. La franqueza con que hablo, debe servir como una nueva garantía de la sinceridad de mi intención. Yo pudiera haber dispuesto que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres, designasen la persona que había de gobernar hasta la reunión de los representantes de la nación peruana; mas, como por una parte, la simultánea y repetida invitación de gran número de personas de elevado carácter y decidido influjo en esta capital para que presidiese a la administración del Estado, me aseguraba un nombramiento popular; y por otra, había ya obtenido el asentimiento de los pueblos que estaban

bajo la protección del ejército libertador, he juzgado más decoroso y conveniente seguir esta conducta franca y leal, que debe tranquilizar a los ciudadanos celosos de su libertad.

"Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando, y dar cuenta de mis operaciones a los diputados del pueblo, estoy cierto de que no encontrarán en la época de mi gobierno rasgos de venalidad, despotismo ni corrupción. Administrar recta justicia a todos, recompensando la virtud y el patriotismo, y castigando el vicio y la sedición en donde quiera que se encuentre, tal es la norma que reglará mis acciones mientras esté colocado a la cabeza de esta nación."

Debe creerse racionalmente en la sinceridad de estas protestas, abonadas por sus antecedentes, y en la lealtad de estos propósitos, justificados por actos posteriores. Si hubo en ello ambición, fue legítima, porque era más digno que usurpar el poder de una nación informe para perpetuarse en él a título de conquistador apoyado en fuerzas extrañas, buscarlo en combinación con las fuerzas nativas. Si la prudencia y el éxito de la lucha empeñada imponían la dictadura que de hecho ejercía, hasta el instinto, cuando no la previsión y la aspiración a la gloria, aconsejaba la línea de conducta que se trazó.

El Protector nombró ministro de Hacienda al doctor Unanue, en homenaje a la nacionalidad que fundaba, y que sólo le llevaba por contingente su fama científica y su carácter moral, pero cuyas ideas económicas eran atrasadas. García del Río y Monteagudo, sus dos secretarios en la campaña, fueron nombrados ministros en los departamentos de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, animados ambos de principios liberales y anhelos de progreso, aunque con tendencias monarquistas. Monteagudo, de más voluntad y con más ideas teóricas en su cabeza, que revestía con un estilo lapidario y conceptuoso, se hizo el inspirador de la reforma y fue el nervio civil del nuevo gobierno. Como merecido premio de patrióticos servicios y para halagar el sentimiento local, Riva Agüero fue nombrado jefe político del departamento de Lima con el título de presidente, que era la más alta dignidad administrativa. Las Heras se encargó del mando inmediato del Ejército unido, a que se agregó la bandera del Perú sostenida por sus soldados nativos.

Restábale regularizar su posición para con Chile, de quien hasta entonces se declaraba dependiente, explicando y justificando este cambio fundamental en el orden político y militar de las relaciones internacionales, y lo hizo en términos explícitos. "Al confiárseme la dirección de las fuerzas para libertar al Perú —decía al gobierno de Chile—, se dejó a mi cuidado la elección de los medios para emprender, continuar y asegurar tan grande obra. En el estado en que se hallan mis operaciones militares, faltaría a mis

deberes, si, dejando lugar por ahora a la elección personal de la suprema autoridad del territorio que ocupa, abriese un campo para el combate de las opiniones y choque de los partidos, para que sembrase la discordia que ha precipitado a la anarquía a los pueblos más dignos del continente americano. Destruir para siempre el dominio español en el Perú, y poner a los pueblos en el ejercicio moderado de sus derechos, es el objeto de la expedición libertadora. Es necesario purgar esta tierra de la tiranía y ocupar a sus hijos en salvar a su patria antes que se consagren a bellas teorías y se dé tiempo a sus opresores para reparar sus quebrantos y dilatar la guerra. Tal sería la consecuencia necesaria de la convocación de asambleas populares. Apoyado en estas razones, he asumido la autoridad suprema del Perú con el título de Protector, hasta la reunión de un congreso soberano de todos los pueblos, en cuya representación depositaré el mando y me resignaré a residencia. Las tropas de ese Estado siguen con entusiasmo, y auxilian mi afán por la emancipación del Perú, y si la fortuna protege mis designios, mi mayor gloria será restituirlas a su patria cubiertas de laureles." El gobierno de Chile, en una nota laudatoria, abundando en sus vistas y haciendo honor a sus rectas intenciones al reasumir el mando, le decía: "No era bastante, para dar libertad al Perú, arrojar de su capital a los funcionarios del gobierno español, era indispensable poner a esos pueblos a cubierto de la anarquía, preservarlos de la guerra civil, y evitar el desenfreno de las pasiones al tratarse de elegir la autoridad suprema. Más difícil es conservar la libertad que adquirirla."

Por su parte, O'Higgins le escribía aplaudiendo efusivamente como amigo su resolución: "Millones de veces bendita la Eterna Providencia por ver los días 10 de julio y del primero de la libertad de la capital de los Pizarros. Toda la amargura y desconsuelo de una cansada administración que luchaba con la incertidumbre, los ha deshecho su carta del 19 del pasado. Transportado de gozo, he sentido los momentos más plausibles de mi vida. Quisiera estuviese usted presente para darle mil abrazos; pero recíbalos desde este asiento de miserias y trabajos, que ahora convierte en plácemes la resolución más grande y sabia, de encargarse usted del mando del Perú. Una nueva vida recibe la América meridional en el nuevo empeño que han de coronar las glorias a que la Providencia lo ha destinado. El bien más grande que usted hace a esos pueblos, es regirlos. Se va a economizar mucha sangre, que la anarquía no tardaría en derramar en gentes bisoñas y nuevas en la revolución. Asegúrole que más de una vez he temblado en la desconfianza de su resolución, pero desde ahora confío en que todo se ha de acertar."

El virrey La Serna, a quien San Martín comunicó la jura de la independencia y su reasunción del mando del Perú, le contestó

irónicamente: "Permítame le diga que el haberse elegido a V. E. mismo por suprema autoridad del país que llama libre, es en mi concepto un acto de aquellos que sólo en un sistema despótico puede ser admitido; que las mismas personas que en esa capital acaban de jurar la independencia, libre y espontáneamente, como dice V. E., puede ser que vuelvan dentro de poco tiempo a jurar la constitución de la monarquía española con más libertad y voluntad; en fin, que el tiempo hará reconocer si el nuevo título de Protector del Perú que ahora ha tomado V. E., es tan adecuado como el de Libertador."

VI

El primer acto oficial del Protector al día siguiente de asumir el mando fue un bando contra los españoles, riguroso en su parte dispositiva y violento en su forma, que acusaba el temperamento arrebatado de Monteagudo, quien lo aconsejó y redactó a la vez que la pasión y el cálculo de San Martín, según sus instintos de criollo americano y de enemigo de raza, toda vez que los intereses de la revolución se encontraban en pugna con los de aquéllos.

Desde Valparaíso, al tiempo de darse a la vela la expedición libertadora, San Martín se había dirigido en una proclama a "los españoles europeos residentes en el Perú", declarando que quería ser generoso antes de verse obligado a reclamar todo el rigor del derecho de la guerra, y que los convidaba a la paz y a la concordia, siempre que no se opusiesen a la independencia. "Vuestro destino está en vuestras manos —les decía—. No vengo a hacer la guerra a las fortunas y personas de los hombres. Sólo al enemigo de la libertad y de la independencia de la América será el objeto de la venganza de las armas de la patria. Haceos americanos: tiempo es ya de acabar esta contienda escandalosa de pocos contra todos. Yo os prometo del modo más positivo que vuestras propiedades y personas serán inviolables, y que seréis tratados como ciudadanos respetables, si cooperáis a esta grande obra. Pero, si, sordos a mi voz, os encapricháis en oponer una resistencia temeraria, yo tendré que ceder a la necesidad de ser un ministro riguroso de las leyes de la guerra." Durante las negociaciones de Miraflores y Punchauca, había procurado propiciarse el elemento civil español, en la esperanza de hacerle servir a sus planes y miras, y como se ha visto, no le faltaron cooperadores espontáneos; pero, rotas las hostilidades y dueño de Lima, en presencia de la actitud retobada de los españoles, que por su riqueza y posición social constituían una potencia, se decidió a darles un golpe de maza que los anonadase.

El Protector, al recordar sus promesas a los españoles, les manifestaba en un bando que sabía que "murmuraban en secreto,

difundiendo con malignidad la idea de que sus designios eran sorprender su confianza." En virtud de ese considerando trivial, "declaraba —para poner el sello a las garantías dadas"—: que serían amparados en sus personas y propiedades los españoles que permaneciesen en paz y jurasen la independencia. Los que no fiasen en esta promesa, debían presentarse a pedir sus pasaportes y salir del país con todos sus bienes muebles. Los que, sometiéndose al gobierno, trabajasen ocultamente contra el orden, experimentarían todo el rigor de las leyes y perderían sus propiedades." El bando terminaba con estas palabras: "Bien conocéis el estado de la opinión. Entre vosotros mismos hay un gran número que acecha y observa vuestra conducta. Yo sé cuanto pasa en lo más recóndito de vuestras casas. Temblad, si abusáis de mi indulgencia. Sea ésta la última vez que os recuerde que vuestro destino es irrevocable y que debéis someteros a él."

La seguridad pública no justificaba tanto rigor, y velaba moralmente la promesa dada, aunque de su letra pudiera deducirse una condición de sumisión absoluta como medida de guerra. Además, la oportunidad era mal elegida al inaugurar una época de reparación, y sobre todo, el tono airado y la sombra de espionaje de los hogares tan siniestramente evocada por el gobernante, empero fuera un dictador, deprimía su carácter moral. Pero en este decreto había algo más que excesiva severidad e intemperancia de lenguaje: era una medida de terrorismo, que respondía a un plan financiero. La guerra es la guerra, y la independencia sudamericana se había sostenido en gran parte pesando sobre las fortunas de los españoles, por medio de empréstitos forzosos y confiscaciones. Iniciado este sistema de expoliación bélica en las provincias del Río de la Plata, y practicado por San Martín en Cuyo, de donde lo trasplantó a Chile, el Perú no podía escapar al código draconiano que se escribe con la sangre mezclada al sudor de los vencidos. En el fondo del fulminante bando del Protector estaba la confiscación de las propiedades de los españoles enemigos de la independencia, como medida y recurso de guerra, revestido de las formas del terrorismo de la revolución francesa contra los sospechosos, de que estaba imbuido Monteagudo. No importa esto eximir a San Martín de su responsabilidad, pues, además de que, como criollo apasionado y calculador, respondía a sus instintos e intereses, era su regla sistemática hacer la guerra a todo lo que directa o indirectamente pudiese hacer daño a la causa de la independencia que sostenía. Según Cochrane, en uno de sus violentos panfletos contra San Martín, éste había dicho en Pisco que su intención era dejar a los españoles "sin camisa con qué mudarse". Cierta o no la especie, estaba en el temperamento y en el sistema del general de los Andes, y lo cumplió al pie de la letra como lo había hecho en Mendoza y aconsejado en Chile. No son los hombres sentimentales los que

hacen triunfar las grandes causas en la lucha por la vida; pero, aun cuando desde el punto de vista de la necesidad o la conveniencia, tuviese su razón de ser, debió armonizarse con los términos de la palabra empeñada, y en todo caso, no proceder al secuestro de los bienes de los españoles, sin que éstos hubiesen cometido un delito posterior violando una regla fija establecida, como se lo aconsejó Cochrane, bien inspirado en esta ocasión.

Hemos insistido sobre este punto, al parecer incidental, no sólo porque la historia debe poner de relieve como lección los errores y los lunares de los grandes hombres, sino también porque esta medida en sus consecuencias ejerció una influencia funesta sobre el destino de sus autores, como se verá a su tiempo.

Otro episodio que se liga con el sistema de persecuciones contra los españoles y el establecimiento del protectorado en el Perú, fue el extrañamiento del virtuoso arzobispo Las Heras, de edad de 80 años, que había cooperado con San Martín al aquietamiento de Lima al tiempo de la evacuación por los españoles, sin abandonar a su grey, y que autorizó con su presencia el congreso municipal en que se declaró la independencia, asistiendo al tedéum con que se solemnizara. Español de origen, con ideas liberales, era en el fondo realista. Aun cuando se doblegase ante el hecho que no podía contrarrestar, obedecía a los impulsos de su conciencia y a los mandatos del Papa, cuando "recomendaba la fidelidad al monarca español y desarraigar y destruir completamente la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo sembró en América, inspirando a su grey el justo y firme odio, sin perdonar esfuerzo." El clero peruano, en general, y especialmente los curas, eran decididos partidarios de la independencia. No así sus altos dignatarios. El obispo de Trujillo había pretendido reaccionar contra el movimiento patriótico allí iniciado, y San Martín, por respeto a sus canas, no ejerció contra él ningún acto de represión. El arzobispo de Charcas, los obispos del Cuzco, Maynas, Huamanga, y encubiertamente el de Arequipa, habíanse constituído en promotores de la reacción contra la independencia y en predicadores ardientes de la causa realista. El arzobispo de Lima no podía substraerse a las influencias que lo rodeaban y atraían. Un incidente produjo el estallido. El Protector, por medida de orden público, en momentos en que el enemigo al bajar de la sierra amagaba la capital, dispuso se cerraran temporariamente las casas de ejercicios de mujeres. El prelado se resistió a dar cumplimiento a la orden. Se le significó que la orden era irrevocable. El contestó: que sólo los decretos del Ser Supremo eran irrevocables; y reiteró su renuncia de la dignidad archiepiscopal, con solicitud de pasaporte para España, el que le fue otorgado, fijándose un plazo de 24 horas para salir del país. El arzobispo, por su parte, aunque realista de corazón y por deber, era un hombre de juicio sano. "Al dejar este país —escribió a

lord Cochrane agradeciendo sus buenos oficios —, estoy convencido de que su independencia está sellada para siempre. Yo manifestaré esta opinión al gobierno español y a la Santa Sede. Haré al mismo tiempo cuanto pueda para vencer su obstinación, mantener la tranquilidad y secundar los votos de los habitantes de la América que tanto aprecio."

Así se inauguró el protectorado del Perú, asumiendo el carácter de perseguidor implacable de los españoles y ejerciendo el Protector las prerrogativas del Papa, al aceptar la renuncia de un ministerio espiritual, al mismo tiempo que la más mansa de sus víctimas, al negar lo irrevocable de sus decretos temporales, reconocía como irrevocable la independencia de la América, que era en gran parte la obra de su perseguidor.

VII

Al presentar a San Martín bajo su nueva fase, en el apogeo del poder y de la gloria, y como libertador del sur del continente y árbitro de los destinos, hemos observado que había llegado el momento de prueba de la potencia de su genio y de su equilibrio moral, por cuanto los hombres que se elevan a las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio o el cansancio suele apoderarse de ellos. (Véase párrafo I de este capítulo.) Antes habíamos dicho al marcar los puntos de partida de su carrera en Cuyo, que debían tenerse presentes para comparar al hombre a sí mismo, cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, le veamos relativamente empequeñecerse como político y como gobernante, porque era un fenómeno que estaba en la naturaleza de su genio concreto, que su potencia individual se desenvolviese con más amplitud y eficacia unipersonalmente en un medio análogo, en esfera circunscripta, con un objetivo determinado, para llegar a resultados precisos, previstos en la medida de sus facultades. San Martín en Cuyo es un verdadero creador, que renueve y maneja hombres y cosas, y lo dispone todo según un plan preconcebido, que coordina elementos contados, disciplina voluntades subordinadas, realiza por instinto utopías y planes, y hace brotar legiones y tesoros del suelo erial que pisa, como un Hermes Trimegisto, para fundar nuevas naciones, haciendo dar a los hombres y a las cosas todo lo que podían dar de sí y a sus cualidades todo su temple y elasticidad como la hoja de una espada de Toledo. El secreto de su potencia como hombre de acción y pensamiento, según se apuntó entonces, consistía, más que en su inteligencia, en la fuerza de su voluntad concentrada y puesta en tensión, que le hacía ver claro su objetivo en su círculo de actividad,

sin vacilaciones ni desperdicio de fuerzas, obrando por cálculo más que por inspiración, más por instinto que por su escasa instrucción, porque sabía lo que quería y cómo lo quería y adónde iba. como el buen tirador práctico, que con el arma que sabe manejar, hiere el blanco en el punto de su visual (véase capítulo IX, párrafo V y VI).

No era San Martín un hombre de gobierno, propiamente hablando. No poseía los grandes talentos del administrador ni tenía las largas vistas del político en la curva trascendental. No estaba preparado para el manejo directo de los variados negocios públicos, que por otra parte le eran antipáticos, cuando no tenían un objeto determinado en que interviniera su pasión o la ejecución de sus planes. Era indiferente en cuanto a formas de gobierno, que subordinaba a la independencia y al orden, sin perder de vista la libertad. Por eso tal vez no tenía la ambición del mando en el gobierno, y con su temperamento de libertador, se adaptaba a la índole de todas las nacionalidades que fundaba, sin imprimirles un sello personal, dejando a su espontaneidad desenvolverse en su medio, sin violentarlas. Verdad que su escasa instrucción al servicio de sus raras dotes naturales, le bastaba como hombre de guerra y administrador militar. Era un político de instinto, un observador penetrante de los hombres y de los hechos, con ideas propias y criterio seguro, que se daba exacta cuenta de las situaciones y trazaba sin confusión sus líneas en el mapa intelectual de su cabeza cuando sus facultades, estimuladas por un fin más o menos inmediato, se aplicaban a un objeto determinado o a una situación dada. Un nuevo itinerario militar al través de un continente, el paso de los Andes combinando sus movimientos en la configuración de las montañas, la marcha estratégica de Chacabuco, las maniobras tácticas sobre el campo de batalla de Maipú, la dilatación de las armas independientes al través del mar Pacífico, las complicadas marchas y contramarchas en las costas y sierras del Perú, y sus proyecciones para determinar el punto de convergencia de las armas independientes en el centro de la América, cerrando el círculo de la lucha con la espada del libertador, he ahí las grandes líneas definidas en que su genio se dilata dentro de la medida de su compás, a que deben agregarse su ingenio fecundo en expedientes, su voluntad potente y su carácter equilibrado.

Llamado por la primera vez a presidir directamente un gobierno en su complicado mecanismo, en teatro más vasto que el de Cuyo, y con múltiples objetivos que dividen su atención y su actividad, ya no se bastaba a sí solo, y de aquí la necesidad de auxiliares que despojan su obra de su original unidad. San Martín, Protector del Perú, no se agranda, y se muestra inferior a su misión. Su genio militar no toma nuevo vuelo; sus planes expectantes y negativos parecen inspirarse en el fatalismo más bien que

en la previsión que pone los medios para alcanzar los fines que se buscan; y si se dilatan más allá en su esfera, es contando con otros elementos, otras fuerzas y otras combinaciones fuera de su alcance. Su voluntad parece que se destempla, y busca la solución de los arduos problemas de una situación por él creada, por medios y modos que contrarían la corriente de los acontecimientos, que ya no domina. Al ir a tocar el término de su gran jornada, hace un alto, y su cuerpo enfermo, que encierra un espíritu más inquieto que activo, se enerva en la inacción y comunica a la masa que debe dar impulso, la fuerza de inercia, que resiste, pero no obra. Por eso decíamos que su gloria había llegado a la culminación de los astros que declinan.

Al mismo tiempo que San Martín se elevaba al apogeo del poder, moría maldiciéndolo en Mendoza, cuna de su gloria, su antiguo enemigo José Miguel Carrera (4 de setiembre de 1821), ¡ejecutado como un bandolero en el mismo patíbulo de sus desgraciados hermanos!

Capítulo XXXIII

EL PROTECTORADO DEL PERU

1821-1822

Carácter del protectorado del Perú. — Enervación de las fuerzas libertadoras. — Situación política y militar. — Los realistas de la Sierra reabren las hostilidades. — Canterac con 4.000 hombres invade el valle del Rimac. — Alarma y entusiasmo en Lima. — San Martín con su ejército se pone en campaña cubriendo a Lima. — Hábiles maniobras tácticas de los dos ejércitos beligerantes. — Prudencia de San Martín. — Retirada de Canterac. — Rendición del Callao. — Examen de la conducta militar de San Martín en esta ocasión. — Duplo papel de Protector. — La obra reformadora de San Martín. — Nuevo estatuto provisional. — Creaciones aristocráticas. — La Orden del Sol. — Planes monarquistas. — Cuentas del Protector. — El rey José. — Bases del protectorado. — Constitución americana del ejército argentinochileno. — Conato de conjuración militar contra San Martín. — Plan monarquista de San Martín. — La Sociedad Patriótica de Lima. — Misión secreta de García del Río y Paroissien para buscar un rey en Europa. — Estado de la opinión en Chile contra San Martín. — Rechazo de la política monárquica de San Martín por O'Higgins. — García del Río aconseja a San Martín resignar el mando político y convocar un congreso. — Caducidad del protectorado. — Luces convergentes que explican un misterio histórico.

I

El protectorado de San Martín hace época en los anales del Perú. Declaró su independencia, fundó su primer gobierno nacional y bosquejó su constitución política. Pero la independencia era todavía una cuestión a resolver por las armas; el país no estaba preparado para el ejercicio de su propio gobierno; sus fuerzas no habían concurrido hasta entonces de una manera eficiente a este doble resultado, y su organización definitiva, en medio de las tendencias monarquistas del poder que lo regía y los instintos democráticos del pueblo, era un problema oscuro, complicado con los elementos que mantenían esta situación incierta. El Perú, como antes de la expedición de San Martín, se encontraba en las condiciones de no poder libertarse por sí solo por las causas ya señaladas, ni tampoco de reasumir su propio gobierno y necesitaba

por lo tanto del auxilio extraño para hacerse independiente y organizarse como nación, según los hechos lo demostrarán. Así, el poder del Protector era un hecho que dependía del concurso del país libertado y del apoyo de los dos ejércitos con que se había lanzado a su atrevida empresa, que hasta entonces sólo le daba el dominio disputado de la mitad del territorio, con la espina del Callao clavada en un pie del triunfador, como antes lo había sido Talcahuano en Chile. Algunas fuerzas morales y materiales del país se habían asimilado al protectorado, y las fuerzas militares que lo sostenían mostrábanse al parecer compactas; pero unas y otras empezaban a ser trabajadas por un espíritu de resistencia nacional latente y por un fermento de indisciplina sorda, que era la consecuencia de la desobediencia de San Martín para con su patria, del origen de su mando que tenía por título el acta revolucionaria de Rancagua y de su independización del gobierno de Chile, que lo constituía en entidad aislada, dependiente del concurso de voluntades difíciles de amalgamar, y sobre todo, del concurso eficiente del país mismo, cuyos elementos orgánicos aun no habían tomado la suficiente consistencia.

San Martín, al declararse Protector del Perú, abdicaba en cierto modo su gran papel de libertador americano, en el hecho de nacionalizarse como gobernante peruano, y se enajenaba la voluntad y el concurso directo de los pueblos y gobiernos cuyas armas mandaba, a la par que no satisfacía del todo las aspiraciones del pueblo libertado, y más bien las contrariaba con sus planes de tendencias monárquicas. Su punto de apoyo sólido era el ejército de los Andes y el de Chile, pues la organización del ejército peruano era todavía un embrión que apenas podía contarse como elemento auxiliar. Lo único que daba cierta cohesión política a estos elementos de fuerza, que tenían que hacer frente al enemigo dueño de la mitad de territorio, era la institución secreta de la Logia Lautaro, compuesta de los jefes de los mismos ejércitos y de algunos peruanos nuevamente afiliados, de la que San Martín dependía con arreglo a su ley disciplinaria. No era ya el libertador aquel general de los Andes, que reconquistaba a Chile, y asumía el papel de auxiliar y director de la guerra; ni el generalísimo de dos repúblicas que, aliadas, libertaban al Perú; ni tampoco el gobernante nacional con fuerzas propias del país libertado. No obstante que la reasunción del mando supremo en su persona fuese una necesidad y una conveniencia, y que en tal acto no interviniesen ni la ambición personal ni el desconocimiento absoluto de los derechos de los naturales, el Protector, al asumir esta actitud anormal, se presentaba al parecer ante el Perú como una imposición de fuerzas extrañas; ante éstas, como un general aventurero y un compañero de fortuna de sus comilitones, y ante las naciones a que pertenecían, como un desertor o un súbdito emancipado. Era una de esas

situaciones en la historia que no tienen sino tres salidas: o el triunfo sobre el enemigo, que todo lo resolvía, o la identificación con el país libertado por medio de la creación de nuevos elementos nacionales, o la conservación en el mando por medio de la violencia, quedando una cuarta salida, que era la abdicación del poder, o por la fuerza de las cosas y por la voluntad deliberada. Tales eran los complicados problemas que entrañaban el protectorado en medio de su aparente grandeza y de su real debilidad orgánica.

Lo más grave de esta situación era que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos concentrados en Lima sin más objetivo que el Callao, por efecto del abandono de la campaña de la sierra y de la expedición de puertos intermedios, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización, lo consumían. Lima se había convertido en la Capua de los libertadores, y el Aníbal de los Andes languidecía como el vencedor de Canes, bien que, como se ha dicho, no fuese el placer, sino sus dolencias físicas, lo que embotaba sus fuerzas. Todo parecía entregado a la acción lenta del tiempo, en el doble sentido de la acción eficiente y de la descomposición recíproca de los elementos que debían concurrir a ella. Mientras tanto, los jefes murmuraban y conspiraban, y Cochrane, al frente de la escuadra de Chile, se resistía a ser absorbido por la atracción que peruanizaba elementos militares de la expedición libertadora.

En esta situación, los realistas reabrieron las hostilidades, tomando decididamente la ofensiva sobre Lima.

II

Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la sierra con un tesón que hace grande honor a los jefes que los dirigían. Dueños de un país militarmente fuerte por la naturaleza del terreno, salubre y abundante en recursos; con una opinión a su favor, a que daban tono los escarmientos de que había sido teatro y la retirada de las armas independientes, así de la sierra como de la costa del sur, el general La Serna estaba en actitud de volver a tomar la ofensiva a los cincuenta días de haber evacuado, casi deshecho, la capital del Perú. La idea de volver a Lima no era popular en el ejército realista: el recuerdo de las pestes de la costa, de las miserias sufridas allí y del terrible paso de la cordillera en pleno invierno, lo amedrentaba, además de que la operación se consideraba muy arriesgada. Pero la plaza del Calloa contaba con una guarnición numerosa — 2.000 hombres —, que

interesaba salvar, y escasa de víveres, tendría necesariamente que rendirse por hambre si era abandonada, y el Virrey había prometido socorrerla. Por otra parte, existía allí un gran depósito de armamento, de que carecían las tropas del Rey, bloqueadas como estaban en medio del continente. Si la expedición lograba penetrar a la plaza sin combatir, podrían extraerse la guarnición y el armamento, e inutilizar las fortificaciones en último caso; y si la ocasión se presentaba propicia, era factible decidir la cuestión en una batalla con probabilidades de un buen éxito, aun cuando se arriesgase algo. Estas consideraciones prevalecieron y la expedición quedó decidida.

El general Canterac, llevando por jefe de estado mayor al coronel Valdés, fue encargado de ejecutar la difícil operación, con una columna selecta del ejército, de las mejores y más probadas tropas realistas, compuesta de 2.500 infantes, 900 jinetes y 9 piezas de artillería. El Virrey, con el resto de su ejército, debía permanecer en Jauja. El 25 de agosto (1821) movióse Canterac y atravesó en masa Los Andes de oriente a occidente, descendiendo por la quebrada de San Mateo con dirección a Lima, sin encontrar en su tránsito un solo enemigo. En Santiago de Tuna, a 83 kilómetros de la capital, dividió su fuerza en dos columnas, dándoles por punto de reunión la Cienaguilla sobre el río Lurín, como a 30 kilómetros al sur de Lima. La columna de la izquierda a órdenes de Loriga, con el grueso de la caballería, tomó la quebrada contigua del Espíritu Santo, que conduce al valle de Lurín, y en su tránsito batió un destacamento patriota, haciéndole 26 prisioneros y causándole como 50 muertos. La columna principal continuó su marcha durante el día hasta el promedio de la quebrada de San Mateo, con el objeto de persuadir al enemigo de que era su ruta para descender al valle del Rimac; pero en la noche se inclinó sobre su izquierda en busca de la del Espíritu Santo, que conduce a la Cienaguilla. Con ciega temeridad se lanzó a rumbo, sin conocimiento del terreno, por un camino hasta entonces nunca transitado, en que se despeñaban los jinetes con sus caballos y la infantería rodaba por sus ásperas pendientes hasta el fondo de los precipicios. La impopularidad de los españoles era tal, que, según confesión de uno de sus historiadores, no pudieron encontrar un solo guía en todo el país. Al amanecer el día 4 encontróse la columna en medio de las áridas fragosidades de la montaña, sin senda practicable, en un terreno arenoso, sin agua y bajo el sol abrasador de los 12º de la equinoccial. La sed empezó a acosar a hombres y bestias. Para mitigarla, algunos mascaban balas de plomo o la corteza de los arbustos que por acaso encontraban, y otros bebieron hasta sus propios orines. Llegó un momento en que la voz de mando de sus jefes fue desoída. Los soldados, exánimes unos, estropeados otros, se tendían en el suelo, prefiriendo la muerte a dar un paso más.

Al aproximarse al río de Lurín, cuando apenas faltaban dos kilómetros para llegar a él, se ofreció un grado a nombre del Rey al primero que encontrase agua, y no hubo uno solo que se moviese. Dos compañías habrían bastado en aquel momento para rendir toda la infantería expedicionaria. Canterac, que llevaba la cabeza de aquella dispersión producida por su imprudencia, fue el primero que descubrió el agua, después de una desesperada marcha de 50 kilómetros. Esta nueva reanimó los espíritus, y se estableció un servicio de cantimploras llenas de agua, que alcanzaban a los más postrados, llegando una de ellas a Valdés que cubría la retaguardia de la columna, en momentos en que iba a perecer de sed. El 5 estaban las dos columnas reunidas en la Cienaguilla, con algunas pérdidas de desertores, muertos o estropeados. Los soldados españoles en su enérgico lenguaje, bautizaron por antítesis a la quebrada del Espíritu Santo, con el nombre de la "Bajada de Arrastraculos".

III

San Martín, al recibir la noticia de la invasión, en la noche del 4 de setiembre, hallábase en el teatro, y la anunció desde su palco a los espectadores, llamando al pueblo a las armas, y pidióle orden y unión para triunfar en los momentos en que iba a decidirse la suerte del Perú. En medio de un gran entusiasmo, entonóse la nueva canción patriótica decretada por el Protector, por los jefes del ejército que se hallaban presentes, haciendo el pueblo coro, y todos prorrumpieron en vivas estruendosos. Mal preparado San Martín para la ofensiva y apenas para la defensiva aun contra fuerzas inferiores en número, pero de mejor calidad que las suyas, expidió al día siguiente una proclama sin bríos, que indicaba una resolución pasiva más bien que una decisión heroica o una confianza deliberada. Su ignorancia de los movimientos era tal, que el mismo día en que los españoles se concentraban en el valle inmediato de Lurín (5 de setiembre), él sólo anunciaba la presencia de dos avanzadas de 300 y 200 hombres en la quebrada de San Mateo. "Los bravos que libertaron a Lima —decía—, sabrán preservarla del furor del ejército español. Mis tropas no os abandonarán. Vamos a triunfar de ese ejército que viene sediento de sangre y de propiedades, o a perecer con honor. Nunca seremos testigos de nuestra desgracia. Unión, tranquilidad y eficaz cooperación, es lo que necesito para asegurar al Perú su felicidad y su esplendor."

Sus obras fueron mejores que sus palabras. Su actitud resuelta y serena y sus bien calculadas medidas militares infundieron confianza, y eficazmente ayudado por Riva Agüero, gobernador civil

y tribuno de la plebe, logró entusiasmar al pueblo, a fin de hacerle concurrir a la defensa de sus hogares amenazados. La milicia se reunió en sus cuarteles y acudió la de los alrededores, aunque sin armas; los sacerdotes arengaban a la multitud en las calles con el crucifijo en una mano y el puñal en la otra; las murallas de la ciudad fueron cubiertas por los voluntarios, confiando la guardia de las portadas a oficiales veteranos con los grupos mejor armados y organizados de la milicia cívica. "Todo lo demás era jarana", según la expresión de Monteagudo, y lo repite un historiador peruano. Era todo lo que se necesitaba para asegurar su base de operaciones contra un golpe de mano y producir efecto moral. Canterac, al saber la decisión de Lima, desistió de todo intento contra la población, y se limitó a maniobrar tomando por objetivo el Callao.

El núcleo sólido de los combatientes patriotas lo formaba el ejército chilenoargentino que, aunque disminuido por la deserción y las enfermedades, y llenadas sus bajas con reclutas, conservaba siempre su antiguo espíritu. Numéricamente era superior al ejército invasor, pero inferior en la calidad las tropas. En cuanto al mando, puede decirse que estaban equilibrados. Canterac, con su audacia y habilidad, se mostró digno émulo del genio militar de San Martín. El ejército independiente, sin contar las comparsas militares que sólo hacían bulto para el efecto teatral, e incluyendo la guardia cívica de la ciudad, regularmente armada y organizada y un cuerpo de línea peruano de reciente creación, constaba de 5.870 hombres, de los cuales 2.125 militaban bajo la bandera argentina, 1.595 bajo la chilena y 1.410 eran peruanos. El Protector concentró su ejército de operaciones argentinochilenoperuano, de 4.800 hombres, 3 kilómetros al sur de las murallas de la capital. Tendió su primera línea con frente al sudeste, cubierto por el río Surco, afluente del Rimac que, aunque de poca anchura, sólo era vadeable entonces por tres puentes, a causa de sus bordes escarpados y rápida corriente. En esta actitud cerraba los caminos del sur y del este de Lima y amagaba por el flanco el del Callao. Su flanco izquierdo se apoyaba en un recodo del mismo río, y el derecho en un relieve del terreno poblado de edificios fuertes en medio de una llanura llamada pampa de San Borja, que cruza el camino real. Su infantería estaba parapetada por tres órdenes de tapias, a que sólo daban acceso estrechos callejones, lo que impedía que pudiese obrar la caballería enemiga. A su retaguardia se extendían las alturas llamadas del Pino, que se ligaban con las defensas de la ciudad. La caballería se situó a retaguardia de la derecha, que era el único punto por donde el enemigo podía intentar un ataque o una marcha de flanco para dirigirse al Callao ocupando los campos de San Borja. Las guerrillas o montoneras estaban esparcidas en todos los caminos. Canterac reconoció la posición de San

Martín, y por confesión propia la consideró inatacable. El primer objeto del general independiente estaba llenado: que era cubrir la ciudad, contener al enemigo por el frente, cerrarle el acceso del este al pie de la sierra para impedirle contornear su posición, y obligarlo a maniobrar por su izquierda encerrándose sobre la faja árida de la costa en el pequeño triángulo que limita la corriente del Rimac, a menos de tentar un ataque sobre el flanco derecho de los patriotas, que era el más débil, una vez salvado el obstáculo del río Surco. Esto fue lo que hizo Canterac, porque era lo único posible.

El general español, desistiendo de todo ataque por el frente y la espalda, formó el día 9 a las 7 de la mañana en tres columnas paralelas; la de la derecha con su caballería, y la del centro con la infantería y artillería y la de la izquierda con los bagajes, cubriendo la retaguardia con un escuadrón. En esta disposición emprendió una marcha de flanco sobre su izquierda costeando a la distancia el río Surco. Al llegar a la altura del tercer puente situado a dos tiros de cañón de la derecha patriota, varió rápidamente a su derecha y desembocó en la espaciosa llanura de San Borja, que ocupó la caballería primero y sucesivamente la infantería, pasando por los claros de la primera para tomar la primera línea, que se estableció sólidamente parapetada de unos tapiales que flanqueaban el camino real. San Martín, que había previsto este movimiento, hizo un cambio de frente central, retirando su derecha, que apoyó en las alturas del Pino, y avanzó su izquierda, cubierta siempre por el río Surco, en un terreno que se desenvolvía en anfiteatro, a cuyo pie se extendían otros tres órdenes de tapias como las que anteriormente resguardaban su infantería. De este modo, ambos ejércitos volvieron a quedar formados en orden paralelo. En esta disposición permanecieron observándose, sin intentar ningún movimiento por una ni otra parte, hasta las 3 de la tarde. A esta hora, el ejército independiente empezó a desfilar por su derecha, y tendió una nueva línea, apoyando su izquierda en las alturas del Pino y su derecha sobre las murallas de Lima, amagando la izquierda enemiga para obligarlo a atacar con desventaja o encerrarse forzosamente en el triángulo del Callao. Canterac operó al anochecer un cambio de frente perpendicular, rehuyendo su derecha y avanzando su izquierda, y dio frente a Lima. Así se pasó la noche.

En la mañana del 10 apareció el ejército de San Martín con su derecha avanzada, flanqueando el camino de Lima al Callao. Canterac, temiendo que los caminos de su retaguardia fuesen interceptados, emprendió definitivamente su marcha hacia la costa, para situarse bajo el amparo de los fuegos de los castillos del Callao. San Martín, al ver moverse las columnas españolas hacia el triángulo estratégico previsto en su plan defensivoofensivo, restregóse las manos, como lo hacía toda vez que estaba satisfecho o decía

algo con marcada intención, y exclamó en su estilo cortado, dirigiéndose a Las Heras, que estaba a su lado, a caballo como él: "¡Están perdidos! ¡El Callao es nuestro! No tienen víveres para quince días. Los auxiliares de la sierra se los van a comer. Dentro de ocho días tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas." En ese momento se hizo sentir un murmullo en el campo, y poco después se presentaba Cochrane a caballo. Las Heras, que se adelantó a recibirlo, le pidió se esforzara en persuadir al general que atacase. El almirante, que estaba siempre por las resoluciones atrevidas y se avenía mal con el sistema expectante de San Martín, cogióle de la mano y le instó encarecidamente a tal sentido: pero recibió por única respuesta: "Mis medidas están tomadas." Un campesino se acercó al general poco después, trayéndole noticias de los movimientos del enemigo, y calculadamente, o porque le interesara, escuchaba con atención sus divagaciones. Cochrane, impacientado, increpó al campesino, diciéndole que el tiempo del general era muy precioso para emplearlo en escuchar tonterías. San Martín miró al almirante con ceño adusto; dio vuelta al caballo sin decir una palabra, y se dirigió a su alojamiento. Cochrane solicitó entonces una audiencia, y volvió a insistir en el ataque, rogándole no perdiese aquella oportunidad, y hasta se ofreció a ponerse personalmente a la cabeza de la caballería. La respuesta del Protector fue: "Yo solo soy responsable de la suerte del Perú." Esta fue la última vez que se vieron en la vida San Martín y Cochrane.

El general de los Andes jugaba su última partida de ajedrez militar sobre el tablero del Rimac, haciendo mover según sus cálculos las masas propias y ajenas. Y como quien mueve sucesivamente los peones, los caballos y las torres para dar jaque mate, adelantó su ejército hasta el promedio del camino de Lima al Callao, que era un verdadero desfiladero, cortándolo en el punto medio denominado La Legua o Tambo de Mirones, y apoyó su derecha sobre el Rimac. Allí levantó una batería, con dos parapetos laterales, que artilló con 6 cañones de batalla y 2 obuses. La operación de la sierra había fracasado, el Callao estaba perdido irremisiblemente por los realistas, y el ejército de Canterac en riesgo inminente de perderse totalmente.

IV

El éxito de la operación de Canterac dependía de abastecer de víveres las fortalezas del Callo, y éstos no podían sacarse sino de Lima apoderándose de la ciudad, o bien dominando sus alrededores del este y del norte para proveerse de ganados. Lo primero era imposible sin vencer el ejército de San Martín. Para lo segundo,

le estaban cerrados todos los caminos. Así lo comprendió Canterac, y desde entonces sólo pensó en la retirada, abandonando el Callao a su suerte.

En los primeros días de setiembre, el gobernador del Callao, La Mar, había celebrado una junta de guerra con el objeto de disminuir la ración, en vista de la escasez de víveres; pero se acordó no hacer innovación, a la espera del auxilio prometido por el Virrey. Así, al ver aparecer bajo sus muros el ejército expedicionario de la sierra, la esperanza renació en la guarnición. Pero pronto el júbilo se convirtió en desesperación al saber que los auxiliares no traían recurso alguno, y que eran otras tantas bocas hambrientas que iban a devorar en pocos días sus escasas provisiones. Para este caso, Canterac tenía instrucciones del Virrey de arrasar las fortificaciones y recoger su guarnición, extrayendo de los depósitos el mayor número de armamento posible. El general La Mar se opuso a tal medida, haciendo presente que esto equivalía a entregar a discreción a los españoles refugiados con sus familias en los fuertes, y se desistió del intento. Entonces se procuró abastecer la plaza por medio de una contrata con varios comerciantes ingleses que se ofrecieron a introducir víveres por agua, mediante el abono de 500.000 pesos, pagaderos 100.000 al contado y 400.000 en las cajas de Arequipa. Las cajas reales del Callao estaban casi exhaustas por efecto del riguroso bloqueo marítimo y terrestre, así es que fue necesario acudir al peculio particular de los refugiados y de los jefes y oficiales, y para llenar el cupo, la misma tropa de Canterac tuvo que devolver 2.000 onzas de oro que había recibido a cuenta de sus sueldos. Antes de abandonar el Callao a su suerte, discutióse en junta de guerra la idea de atacar al ejército independiente en sus posiciones, estableciendo baterías de grueso calibre sobre su línea; pero, excepto tres jefes, todos los demás opinaron por la retirada, y así quedó acordado. A principio se pensó que cada soldado, además de sus armas, condujese, colocado a la espalda, un fusil, a fin de extraer algún armamento; pero, no sólo se desistió de este propósito, sino que se resolvió que de las siete piezas de montaña que habían bajado de la sierra, se dejasen cinco en el Callao para aligerar la marcha. La posición de los realistas era crítica. La deserción empezaba a pronunciarse en sus filas: en dos días se pasaron a los independientes ocho oficiales y 200 soldados. Las cabalgaduras se iban consumiendo. El hambre era la única perspectiva que se les presentaba. Tres días más de inacción, y hasta la retirada era imposible, y tenían que capitular sin combatir. Canterac, tomando consejo de su resolución y confiado en la solidez de sus tropas, decidió retirarse por camino opuesto al que había traído, por una atrevida marcha de flanco, fiando la salvación a los pies de sus soldados, pero resuelto a combatir, si era necesario, para ganar la sierra.

El 16 a las 4 de la tarde el ejército expedicionario de la sierra, vestido de gala, se movió en masa del Callao, y avanzó sobre el camino de Lima en campo abierto dando vivas al Rey. Canterac, con una división ligera y sus dos piezas de montaña, hizo un amago de ataque sobre la posición de La Legua, para ocultar su movimiento retrógrado; pero se mantuvo fuera del tiro de cañón. Mientras tanto, el grueso de su ejército desfilaba a retaguardia por su izquierda a banderas replegadas, vadeaba el Rimac a inmediaciones de la playa en Bocanegra, y se ponía en salvo tomando la dirección del norte. Al ponerse el sol, la división destacada seguía el movimiento general, cubriendo la retirada. A esa hora se hizo sentir un cañoneo. Era un bergantín de la escuadra chilena, que barría el camino de la playa, y hacía fuego sobre la columna española, causándole algunos muertos.

Canterac, protegido por las sombras de la noche, viose obligado a seguir el camino de la costa del mar, por un terreno montuoso y pedregoso, en que se le inutilizaron sus cabalgaduras, maltratándose los soldados, que con el cansancio y el hambre, empezaron a perder sus bríos; pero tenía que esquivar su flanco derecho amenazado, y esto le hizo apresurar su marcha, dejando muchos rezagados. El 17 al amanecer se posesionó del valle de Carabaillo, como a 15 kilómetros al norte de Lima, por cuyo fondo corre el río Chillón que baja de Canta, y conduce al paso de la cordillera camino de Jauja. Aquí hizo alto y se proporcionó algunas reses para comer, descansando en tanto de sus fatigas.

V

San Martín había presenciado el desfile de Canterac desde la batería de Mirones. Impasible y silencioso, asistía a un nuevo triunfo sin combate, perseverando en su nuevo sistema de guerra de *victor sine sanguine*. Su ejército ardía en deseos de pelear, y creía segura la victoria; pero después de la escena con el almirante Cochrane, nadie se atrevía a darle consejos. Si obraba por exceso de prudencia, orgullo o desconfianza, al permanecer en esta actitud pasiva con las armas descansadas, lo examinaremos después; pero éste habría sido el momento de arriesgar algo, aprovechando la oportunidad para completar el triunfo, ya asegurado en gran parte. San Martín, fija su atención en la rendición del Callao, que de suyo se rendía, hizo las cosas a medias, y tardíamente desprendió a Las Heras (17 de setiembre) con el grueso del ejército en persecución de Canterac.

La persecución, no bien combinada, floja en un principio, e imprudente al fin, brindó al enemigo algunas ventajas en su retirada. El 18 se hallaba el ejército perseguidor a tres kilómetros de

Canterac, situado en Macas, en la prolongación ascendente de la quebrada de Carabillo. Los partes oficiales de Las Heras acusaban cierta irresolución. "Los enemigos (escribe el 18 a las 9 de la mañana) acamparon anoche en Pueblo Viejo. A las 7 de esta mañana, aun no se habían movido, y yo marcho sobre ellos consecuente a las órdenes de V. E." A las 3 de la tarde del mismo día decía: "Ha resultado que la verdadera posición del enemigo era la de San Lorenzo, sobre un cerro. Cargado por nuestras guerrillas por su derecha, hizo una salida con una columna de infantería y mucha parte de su caballería, rechazando todas nuestras guerrillas. Me vi en la necesidad de replegarme y proteger la dispersión con toda nuestra caballería. Nuestros montoneros se han rehecho. Pareciéndome sospechosa, como asimismo fuerte su posición, he determinado que el ejército permanezca en los puntos que ocupa hasta que decida completamente el enemigo su movimiento." A las 9 de la noche del mismo día: "Al fin decidió el enemigo un movimiento a las 4.30 de la tarde, corriéndose sobre su izquierda. En su consecuencia, la posición que ocupamos, es la mejor, como asimismo para perseguirlo, según pienso." Al día siguiente (19 de setiembre), Las Heras no había emprendido ningún movimiento decisivo, ni tenía un plan hecho de persecución. A la altura de Caballeros, a 47 kilómetros de Lima, desistió de continuarla en masa, y desprendió a vanguardia la división de Miller, compuesta de 700 infantes, 125 granaderos a caballo y 500 montoneros, que, después de un retardo de diez horas, sólo se movió a las 9 de la mañana del 20.

Un esfuerzo vigoroso habría dado en aquellos momentos un triunfo completo al ejército independiente; pero la inacción en Lima había relajado su fibra, y además estaba sordamente trabajado por causas que a su tiempo se explicarán. El ejército de Canterac se le deshacía entre sus manos. Precisamente el día 18, al tiempo de rechazar en San Lorenzo el ataque desconcertado de los independientes, se le desertaron 30 oficiales y 500 soldados de las tres armas. Los españoles, según confesión propia, habían perdido casi la mitad de su infantería. Al emprender Miller su marcha, se le presentaron 100 pasados más de los realistas. Alucinado, o como se ha creído generalmente, a causa de la grave enfermedad de tercianas contraída en la expedición de puertos, que por momentos le privaba de calcular con exactitud lo que convenía, se lanzó en una persecución temeraria, pretendiendo, no sólo hostilizar la retaguardia del enemigo, sino también contener su marcha hacia la sierra. Con tal objeto, en la madrugada del 22, trató de apoderarse de la altura de Porochuco; pero, al llegar a su cumbre, después de una fatigosa marcha de 10 kilómetros, le salió al encuentro una emboscada mandada por el brigadier Monet, que lo obligó a replegarse, con algunas pérdidas. El 23 se adelantó de nuevo Miller hasta Huamantanga, y tomando la izquierda del ene-

migo, pretendió cerrarle el camino de la montaña con 400 cazadores, sostenido por una columna de reserva. A las 11 de la mañana se trabó de nuevo un combate. Los españoles cargaron con denuedo. La división de Miller fue desalojada de la fuerte posición que ocupaba, dejando en el campo armas, muertos y prisioneros. Este fue el último zarpazo del león en retirada. Aquí terminó la persecución. Miller se limitó desde entonces a hostilizar la retaguardia del enemigo con partidas volantes de caballería, y acompañó a la columna fugitiva hasta pasar la cordillera, donde encontró el cadáver del famoso coronel Sánchez, el héroe de San Carlos y Chillán en Chile, abandonado en una choza por sus compañeros de armas (27 de setiembre).

Treinta y cinco días después de haber emprendido Canterac su expedición (1º de marzo), estaba de regreso en Jauja, deshecho, con un tercio menos de la fuerza que había sacado, y dejando perdida la plaza que había ido a salvar. Empero, el general español acreditó en esta ocasión las dotes de un consumado táctico, y de un general intrépido en medio de los grandes peligros que lo rodeaban, a que supo sobreponerse, salvando el honor de sus armas y sus últimos soldados.

VI

Aislado el Callao y abandonado a su suerte, con sólo tres días de víveres, San Martín le intimó rendición, ofreciendo respetar las personas y los equipajes. El general La Mar aceptó la proposición para tratar, proponiendo por su parte una suspensión de hostilidades; pero pidió cerciorarse del estado del ejército realista en retirada, antes de entrar a negociar. San Martín le contestó: "Como hombre público y privado he tenido siempre derecho a ser creído. Los jefes del ejército español se equivocaron en los cálculos y han tenido que retroceder a la sierra, desorganizada toda su fuerza y huyen perseguidos. Si esta explicación aun requiriese más autenticidad, un oficial de la guarnición del Callao puede venir a informarse de ella." La Mar replicó: "No me considero en el caso de haber ofendido su delicadeza dejando de dar crédito a sus aserciones, pero permítame manifestarle que en situación como la mía no es nueva toda detención de esta especie sin nota de agravio. Bajo este concepto y de la misma invitación que se sirve hacerme, pasa el brigadier D. Manuel Arredondo a hablar con algunos de los oficiales del ejército nacional." Cerciorado La Mar de que nada tenía que esperar, formuló sus capitulaciones de acuerdo con una junta de guerra, con arreglo a la intimación del vencedor, recomendando a su generosidad "la benemérita guarnición del Callao" y la población refugiada bajo su amparo.

Por parte del Protector fue comisionado para tratar, el coronel Tomás Guido, nombrando el gobernador de los castillos al brigadier Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares. Estipulóse en consecuencia una capitulación honrosa para vencidos y vencedores. La guarnición debía salir por la puerta principal de las fortalezas con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. La tropa veterana que voluntariamente lo quisiera, podría transportarse a uno de los puertos intermedios y reunirse al ejército de Arequipa, pero no a ningún otro punto. Los milicianos se restituirían a sus hogares. Los generales, jefes y oficiales, empleados de hacienda y marineros, serían tratados con dignidad, pudiendo usar de su uniforme y espada por el término de tres meses en que se restituirían a España si así lo prefiriesen, con facultad de disponer de sus bienes. Se pactó el olvido recíproco de las opiniones y servicios prestados a los distintos gobiernos. Bajo estas condiciones se convino que las fortalezas se entregarían por inventario, y que las capitulaciones se ejecutarían por una y otra parte a las dos horas de ratificadas. La Mar pretendió introducir un artículo permitiendo extraer del Callao 4.000 fusiles con bayonetas y fornituras, 200.000 cartuchos y 14 piezas de artillería de campaña con su correspondiente dotación de municiones; pero fue negado. Por un artículo secreto adicional estipulóse que los jefes y oficiales sueltos de la plaza podrían trasladarse al destino que tuviesen por conveniente, auxiliándolos el gobierno peruano con lo necesario para el transporte de sus familias y equipajes. El día 21 de setiembre (1821) se enarboló la bandera peruana en los castillos del Callao, perdiendo el rey de España su última almena al sur del continente americano. La Mar, que en su calidad de criollo simpatizaba en el fondo con la causa de la independencia, renunció en manos del Virrey su grado y honores, pero por el momento se retiró a la vida privada.

El general de los Andes, libertador de Chile y del Perú, triunfaba así sin combatir, y conservaba intacto su ejército, fiel al plan sistemático de campaña que se había propuesto; realizando, según la expresión que hace suya un historiador peruano, "el fenómeno más extraordinario en la guerra: derrotar un ejército poderoso con la fuerza sola de la opinión y de la táctica, sostenido con ardides bien manejados". La más formidable fortaleza de la América del Sur estaba en su poder, con centenares de piezas de artillería de plaza y campaña, millares de fusiles y grandes depósitos de municiones; una guarnición de cerca de dos mil hombres se había rendido y como mil hombres de la expedición de la sierra, que pretendió salvarla, habíanse dispersado o pasado a su bandera; los ejércitos realistas, enflaquecidos y sin armas, estaban aislados en las montañas del Alto y Bajo Perú, en impotencia absoluta para retomar la ofensiva: y, dueño de la mitad del territorio y de toda

la costa del Pacífico, sin temor de que nadie le disputase su dominio, podía dirigir libremente sus armas hacia el norte para libertar a Quito, respondiendo a la demanda de Bolívar, y volver con nuevos recursos a terminar la guerra continental en su último teatro. Una gran batalla campal no le habría dado más con menos pérdidas. Pero el papel de Fabio Cunctator impone al que lo ensaya la obligación de triunfar, y aun triunfando, la opinión suele negarle la gloria del vencedor, confundiendo la prudencia con la pusilanimidad. El general que toma por atributo de combate el escudo con preferencia a la espada, confiesa en el hecho su impotencia para cortar el nudo, y sus ventajas negativas humillan el orgullo de sus soldados, como sucedió al dictador romano cuando desde sus posiciones atrincheradas veía al enemigo a su frente dueño de un campo que no le disputaba.

El sistema de guerra adoptado por San Martín, dados los escasos elementos con que se lanzó a la atrevida empresa de libertar el Perú, había sido prudente y necesario y producido grandes resultados; pero sin obtener ninguna ventaja decisiva. El problema de la guerra quedaba siempre insoluble. Los medios triunfos y sobre todo, los que se alcanzan sin el concurso activo de los soldados, y dejan las cosas más o menos como estaban antes, no satisfacen a nadie, y con frecuencia se vuelven contra su autor, porque siempre se supone que pudieron ser más grandes peleando. Tal había sucedido a San Martín al tiempo de la ocupación de Lima, y tal le sucedía al rendirse las fortalezas del Callao y retirarse, deshecha la expedición de la sierra por sus hábiles maniobras sin disparar un tiro. Ganó la fama de gran táctico; pero comprometió su renombre de general resuelto, que sabe combinar sus cálculos metódicos con las inspiraciones del campo de la acción en los momentos decisivos en que la fortuna brinda la corona ensangrentada del triunfador al coraje de generales y soldados.

VII

Todos reconocían que jamás el general se había mostrado más hábil, más dueño de sí mismo y de las voluntades de sus subordinados, pero muchos le acusaban de exceso de prudencia, y aun de timidez, por no haber comprometido el ataque cuando las probabilidades del éxito parecían estar de su lado, o por no haber buscado más decididamente las ocasiones de obtener una victoria completa. Es un punto histórico que merece examinarse.

La responsabilidad de San Martín es grave por el estado de inacción en que dejó caer la guerra después de la ocupación de Lima y de la retirada de la sierra y puertos intermedios. Sus armas se habían destemplado y su inteligencia militar parecía ador-

mecida. Así, al descender la expedición realista de la sierra, no estaba preparado para la ofensiva, y malamente para la defensiva. Pero, desde que vuelve a sonar el primer toque de tambor anunciando la aproximación del enemigo, el general vuelve a ser dueño de sí; todo lo domina y todo lo prevé; infunde a todos entusiasmo y confianza y todos sus movimientos tácticos, perfectamente combinados para alcanzar un resultado preconcebido, revelan el genio del vencedor de Chacabuco y Maipú. Nada fía a la fortuna, y juega su gran partida moviendo con aplomo magistral, a la manera de piezas de ajedrez, las masas propias y las del contrario, según un plan que se desenvuelve matemáticamente. Sus tropas, aunque algo más numerosas, eran en su mayoría reclutas, y las del enemigo eran sólidas y selectas, mandadas por un general eximio, que podía medirse con él como lo mostró. Además, debe tenerse en cuenta que los realistas tan sólo arriesgaban una división, contando con fuertes reservas que les permitían rehacerse, mientras los independientes jugaban a un albur el único ejército de que dependía la suerte del Perú, y quizá de toda la América. Así, cuando se negó a las instancias de Cochrane para que atacase en el momento en que Canterac iba a encerrarse en el triángulo estratégico, obraba con acierto y veía claro, pues ese movimiento obligado le aseguraba la rendición del Callao, quedando a su elección, en todo caso, buscar el combate en mejores condiciones, si así lo quería. Cuando avanzaba hasta Mirones y cerraba el camino del Callao a Lima, procedía con igual acierto, en el supuesto de que el enemigo pretendiera mantener una posición insostenible o se rindiese al fin, o que, desesperado, se lanzara sobre sus fuertes posiciones, aceptando entonces el combate con la seguridad de triunfar. Hasta aquí la prudencia sanciona la conducta de San Martín, y lo reconoce como el primer táctico de la América del Sur en su tiempo.

Pero, una vez ejecutado el plan táctico, que daba por resultado determinado las últimas posiciones estratégicas en las situaciones extremas, había que prever el caso de la acción para la defensa o el ataque y debió y pudo prepararse todo en consecuencia. Encerrados los realistas bajo las murallas del Callao, sin víveres ni forrajes, San Martín debió prever que, con generales tan resueltos y avisados como Canterac y Valdés, no podía esperar ni una rendición cobarde ni un ataque a la loca antes de ensayar otras medidas de salvación. Debió prever además la retirada, ya fuese por el camino que había traído el enemigo, ya por el del norte de que era dueño, y que era el más probable. En este punto parece que fallaron las previsiones del gran capitán. Pudo haberse preparado a cerrar estratégicamente el camino de la retirada, previendo la salida como previó la entrada. Pudo prepararse a caer con toda su masa sobre el enemigo en retirada, cuando éste, hambriento y sin esperanzas, se lanzara en busca del camino de la sierra. Pudo, en fin,

organizar de antemano metódicamente la persecución, como había organizado la defensiva-ofensiva, hasta reducirlo a hacer lo que él quería y había previsto. Nada de esto se hizo, o al menos se hizo incompletamente. Cuando el enemigo amagó un ataque, que no podía engañar a un general tan experto como el de los Andes, y emprendió su retirada en desfilada vadeando el Rimac por su embocadura, era el caso de tener prevenida la escuadra sobre la costa para cañonearlo, o bien salir a batirlo por el flanco que le presentaba a descubierto. Si no quería comprometer batalla formal, pudo anticiparse al enemigo por caminos mejores y más cortos, cerrando la entrada de la quebrada de Carabailo, con más ventajas que la persecución por retaguardia, y obligado a un combate en las condiciones más ventajosas para él. Emprendía la persecución tardíamente y de mal modo, se hizo sin plan, y no dio sino los resultados que ofrecía la desmoralización espontánea del enemigo, brindándole ventajas parciales en los únicos combates en que se cambiaron balas. Si bien de la ejecución de algunas de estas operaciones son responsables sus subalternos, que no supieron responder a sus planes, la responsabilidad mayor recae sobre él, pues les ordenó perseguir y no pelear, cuando debió ordenarles pelear y vencer, y así como el honor de la jornada era todo suyo, así también debe ser la censura o el galardón que le toque en lote.

VIII

Estos triunfos, a pesar de no ser decisivos, consolidaban al parecer el protectorado de San Martín, aumentando su popularidad ostensible; pero los cimientos en que se apoyan, estaban minados por un trabajo subterráneo, y la política exterior, que empezó a desenvolver desde entonces, lo divorció de la opinión del país; a lo que se agregaba un fermento de espíritu nacional que conspiraba contra su autoridad moral. El papel de San Martín, como Protector del Perú, es duplo y complejo; hay una parte que es suya, otra que es de mero reflejo, y otra peruana; pero, en su conjunto, tiene la unidad del carácter del hombre, de sus ideas políticas y de sus vistas americanas.

La obra reformadora del Perú que lleva el nombre de San Martín, fue grande y fecunda; pero, mero adorno de su corona de libertador, es la obra de sus ministros — y principalmente de Monteagudo —, que concibieron las reformas y las plantearon. A él le corresponde su parte como hombre de progreso, animado del anhelo del bien público, con ideas liberales, aparte de lo que era de su especialidad en el orden militar, y además, la mayor responsabilidad ante la historia respecto de las instituciones o trabajos

políticos que respondían a un plan secreto de organización gubernamental, a cuyo servicio puso conscientemente su poder de acuerdo con sus ministros y con su consejo de estado.

El primer semestre del protectorado de San Martín en el Perú ha quedado como la base fundamental de su organización administrativa y de su constitución política. Por eso ha merecido el título de "Fundador de la libertad del Perú", que la gratitud póstuma le ha dado con justicia. Faltábale al Perú independiente el atributo de la fuerza. No tenía ejército, y los ejércitos extraños que lo libertaran lo defendían dominándolo. Uno de los primeros trabajos de San Martín fue darle un ejército nacional. Creó, con el nombre de Legión Peruana, una división de naturales del país, compuesta de un regimiento de infantería, al mando de Miller, otro de caballería, al de Brandzen, y una compañía con cuatro piezas. Se organizó la hacienda pública y se reformó el sistema colonial de comercio, pagando empero su tributo a las erróneas ideas económicas de la época, de que estaba imbuido Unanue. Aboliéronse el servicio personal de los indígenas, los tributos de capitación, las encomiendas, los repartimientos y las mitas, "como un atentado contra la naturaleza y la libertad". Se declaró la libertad de vientres, emancipando los esclavos (cuyo número llegaba a 40.000) que tomasen armas por la independencia. Los azotes en las escuelas quedaron suprimidos. Fundóse una biblioteca nacional, repitiendo San Martín el acto que ha vinculado su nombre en Chile y el Perú a la difusión de las luces por medio del libro. La libertad de imprenta fue organizada, aboliendo la censura previa, sin más restricciones que las que reclamaban las circunstancias, pero sometiendo en todo caso la calificación y el juicio a la deliberación del jurado. Se abolieron los tormentos y se prohibieron las penas trascendentales. La inviolabilidad del domicilio fue consagrada como "base de buen gobierno". Estas ideas, con sus fórmulas y fundamentos teóricos, eran importaciones de la revolución argentina de que Monteagudo había sido colaborador en el Río de la Plata.

Ensanchando el círculo de la vida pública, dictó un nuevo "Estatuto Provisional", que resumía todas las facultades, y derechos, en que el dictador se daba su propia regla, ofreciendo, según sus palabras, "lo que juzgaba conveniente cumplir, nivelando los deberes del gobierno con la ley de las circunstancias, para no exponerse a faltar a ellos". Consagrábanse en términos absolutos las garantías individuales; manteníase la institución de las municipalidades por elección popular; creaba un consejo de estado con voto consultivo; confirmaba la libertad de imprenta, siempre sobre la base del jurado, y fundaba la administración de la justicia independiente "como una de las garantías del orden social", protestando que el poder ejecutivo "se abstendría de mezclarse jamás en las

funciones judiciales, porque su independencia era la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo, pues nada importaban las máximas liberales, cuando el que hace la ley es el que la ejecuta y aplica". Reconocíanse, por justicia y equidad, todas las deudas del gobierno español que no hubiesen sido contraídas para esclavizar el Perú u hostilizar a los pueblos independientes de América, y quedaban en su fuerza y vigor las leyes preexistentes en cuanto no contrariasen la independencia del país y las formas del estatuto. Nadie podía ser privado de sus derechos garantidos sino por sentencia de autoridad competente conforme a las leyes, y es de notar que en una época de revolución, en que las pasiones de la lucha estaban encendidas, se declarase que "por traición, sólo se comprendía conspirar contra la independencia, y por sedición, reunir fuerza armada para resistir las órdenes del gobierno, conmover el pueblo o parte de él con igual fin, sin que nadie pudiese ser juzgado como sedicioso por opiniones políticas". El Protector juró públicamente el estatuto, empeñando su honor de cumplirlo fielmente, hasta que, declarada la independencia en todo el territorio, se convocara un congreso general que estableciese la constitución permanente según la voluntad de la nación. "Con estos sentimientos —decía en tal ocasión—, me atrevo a esperar que podré devolver en tiempo el depósito que se me ha encargado, con la conciencia de haberlo mantenido fielmente. Si después de libertar al Perú de sus opresores, puedo dejarlo en posesión de su destino, consagraré el resto de mis días a contemplar la beneficencia del grande Hacedor del universo, y renovar mis votos por la continuación de su próspero influjo sobre la suerte de las generaciones venideras." El protectorado entraba de este modo en el orden de los gobiernos regulares por la puerta de la dictadura.

Este plan elemental de organización política, sin forma de gobierno definida, ni más principio fundamental que la independencia como hecho, la división de los poderes como teoría y la proclamación de la soberanía popular como base del derecho constitucional, era el esbozo de una democracia en embrión, tal como existía, dentro de cuyos vagos lineamientos podía dibujarse, así una república como una monarquía liberal. Tal es el pensamiento oculto que entraña el estatuto al no proclamar francamente la república como forma definitiva de gobierno, dejando al porvenir la solución del problema bajo la invocación de la soberanía nacional. Este pensamiento ulterior empezó a diseñarse en los primeros actos orgánicos del protectorado.

El Consejo de Estado, quinta rueda de la nueva máquina improvisada, fue constituido teniendo en vista, no la capacidad administrativa de los nombrados sino su representación externa. Siendo miembros natos de él los ministros de Estado, el general y el jefe de estado mayor del ejército, el presidente de la cámara de justi-

cia y el deán de la catedral en ausencia del obispo, lo completaban tres condes y un marqués de la nobleza indígena. Era así, más bien que una institución republicana, una corporación jerárquica y aristocrática, propia para servir de coronamiento o adorno a una monarquía, y calculada para autorizar moralmente las medidas extraordinarias de una dictadura, sin profesión de fe política declarada en cuanto a la forma de gobierno. El elemento aristocrático le daba su colorido. San Martín pensaba que la nobleza peruana, si bien no era una institución social, era una influencia que debía utilizarse. Como general, al tiempo de emprender su expedición, habíase dirigido a ella por medio de una proclama, manifestándole que la revolución política de la América del Sur no se dirigía contra sus verdaderos privilegios. "El primer título de nobleza —le decía— fue siempre el de la protección dada al oprimido, y su dignidad jamás se ha conciliado con una oscura molicie o un servil abatimiento." "Separada del trono español por miles de leguas —agregaba— estaba reducida a una clase inerte y sin funciones en medio de un pueblo esclavo que obedecía; era una corporación sin los medios reales de la grandeza verdadera, sin base, sin funciones, ni lugar preciso en el cuerpo social, que sólo presentaba el escándalo de un sistema opresor, con exclusión de los demás hombres, siendo las frívolas condecoraciones, no recompensas a la virtud y al mérito, sino a la vanidad y al favoritismo." Como Protector, mandó hacer desaparecer las armas de la monarquía española y todos los signos de su dominación en América "como símbolos de esclavitud", autorizando a todos los ciudadanos para destruirlos, al mismo tiempo que declaraba subsistentes los títulos de Castilla en el Perú, con el derecho de lanzas y medias annatas, por cuanto, decía, "la nobleza peruana tiene sus timbres, y justo es que los conserve", con variación únicamente en sus blasones de los jeroglíficos opuestos a los principios proclamados.

IX

A la vez que así mantenía el aparato de la nobleza peruana y la nacionalizaba, propendía a crear en otra forma una aristocracia nacional, dándole por base los grandes servicios a la patria. En el mismo día en que juraba el estatuto, instituyó la "Orden del Sol", imitación de la de "Cincinnatus", repetición exagerada de la "Legión de Mérito de Chile", y de la de "Libertadores de Bolívar", imitación a su vez de la "Legión de Honor de Napoleón". Al fundar este nuevo patriarcado, con prerrogativas personales vitalicias, las hizo hereditarias hasta la tercera generación, copiando los primeros estatutos de la asociación de los Estados Unidos, que el mismo Wáshington borró con su mano ante la repugnancia que tal cláu-

sula despertó en el sentimiento público. "He contemplado — decía — fundando este privilegio, hacer hereditario el amor a la gloria, porque, después de derogar los derechos hereditarios, que traen su origen de la época de nuestra humillación, es justo subrogarlos con otros que, sin herir la igualdad ante la ley, sirvan de estímulo a los que se interesen en ella. La "Orden del Sol", patrimonio de los guerreros libertadores, y premio de los hombres beneméritos, durará así mientras haya quien recuerde los años heroicos, porque las instituciones que se forman al empezar una grande época, se perpetúan por las ideas que cada generación recibe, cuando pasa por la edad en que averigua con respeto el origen de lo que han venerado sus padres." Sobre esta base histórica, la orden se dividía en tres clases: "Fundadores", "Beneméritos" y "Asociados". En cada cuerpo del ejército se confería la condecoración a tres oficiales desde teniente coronel a alférez inclusive, excluyendo la clase de tropa, que la "Legión de Mérito" incluía en sus filas. Los "fundadores" gozaban del derecho de preferencia a las grandes dignidades del estado: los "beneméritos" serían preferidos para los empleos de segundo orden: los "asociados" serían atendidos en primer lugar en los empleos que ocuparon. La orden tenía su Gran Consejo, y además de sus funciones administrativas, la facultad de otorgar pensiones anuales a sus socias. Se aplicaban un fondo especial y una renta perpetua a su mantenimiento. Se instituía un colegio especial para la educación de los descendientes de esta raza privilegiada. Como complemento de tan extravagante creación, se declaraba patrona y tutelar de la Orden a Santa Rosa de Lima, instituyendo una fiesta anual en su honor. Jamás sobre bases más falsas se instituyó una asociación con objetos menos elevados. Su fundador consignaba empero en su decreto: "La «Orden del Sol» será en el Estado Peruano la primera en dignidad ilustre, y se espera de la imparcial posteridad, que la conservará con el religioso respeto que merece por su origen, y por la grande época que recordará a los siglos futuros." La Orden del Sol fue inaugurada en consecuencia con gran pompa, como una institución eterna. Sus contemporáneos la condenaron, y la posteridad sólo la recuerda como una triste lección.

San Martín, como general, había dirigido antes una proclama "a las limeñas", llamándolas a cooperar a la independencia con su atractiva influencia, al mismo tiempo que a los peruanos, a los españoles europeos y a la nobleza del Perú. Como complemento su plan de aristocracia indígena, hizo extensivos a la mujer sus honores y sus privilegios. Partiendo de la base de que "el sexo más sensible debe ser el más patriota", decretó más tarde una orden de otra especie, pero análoga. "Las patriotas que se hubiesen distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú, usarían el distintivo de una banda bicolor, blanca y encar-

nada, con una medalla de oro con las armas nacionales en el anverso y en el reverso una inscripción: «Al patriotismo de las más sensibles».” Los parientes inmediatos de las que obtuvieren esta distinción, serían preferidos para los empleos que pretendiesen en igualdad de circunstancias. Esta orden femenina se distribuyó con más galantería que discreción, haciéndola extensiva a las bellas y amables damas, lo que dio motivo a murmuraciones mujeriles que el tiempo no ha apagado todavía.

Estas invenciones, al parecer de mero aparato, incluso las que revestían carácter gubernativo, respondían a un plan: eran semillas estériles de una aristocracia, atributos de una monarquía quimérica, que se esparcían en la sociabilidad peruana y se depositaban en el seno del sexo fecundo. Hasta el mismo San Martín, no obstante su sencillez espartana, acusó en su representación externa esta influencia enfermiza. Su retrato reemplazó al de Fernando VII en el salón de gobierno. Para presentarse ante la multitud con no menos pompa que los antiguos virreyes, y deslumbrar a la nobleza peruana, que la consideraba poderosa en la opinión, se dejaba arrastrar en una carroza de gala tirada por seis caballos, rodeado por una guardia regia, y su severo uniforme de granaderos a caballo se recamó profusamente de palmas de oro. Empero, nada indica que el delirio de las grandezas se hubiese apoderado de su cabeza. En medio de este fausto de oropeles conservó su modestia y su ecuanimidad. Si buscaba la monarquía constitucional, era sin ambición personal, anteponiendo, como lo decía, a sus convicciones republicanas lo que consideraba relativamente mejor para coronar la independencia con un gobierno estable, que conciliase el orden con la libertad y corrigiese la anarquía. Al establecer jerarquías fundadas en títulos cívicos y viejos pergaminos renovados, lo guiaba un espíritu conservador para dar a la sociedad, según lo entendía, la garantía de una clase gobernante y responsable. El sueldo de 30.000 pesos que se hizo decretar —lo que en su tiempo fue muy criticado, y con razón—, lo empleaba en su mayor parte en regalos y gastos de representación. En su conjunto, todo esto indicaba un principio de descomposición.

A medida que la fortuna del libertador crecía, el grande hombre se achicaba, y en su escala se marcaba su decadencia militar y política, aun conservando su nivel moral.

X

Por este tiempo empezó a atribuirse a San Martín por la vulgaridad la ambición insensata de coronarse rey. El pueblo en sus canciones y yaravís lo aclamaba emperador, evocando los antiguos recuerdos incásicos, en circunstancias que los imperios de Méjico

y del Brasil se diseñaban en América. Los principales jefes de su ejército, miembros todos ellos de la Logia de Lautaro, ligados hasta entonces a su destino, empezaban a conspirar contra él y en sus conversaciones íntimas sólo lo designaban con la denominación burlesca de "El rey José". La descomposición se iniciaba.

Como lo hemos apuntado antes, los fundamentos en que se apoyaba el protectorado estaban minados por un trabajo subterráneo. La autoridad de San Martín como Protector del Perú reposaba sobre dos bases: una de fuerza, que era el ejército argentinochileno, que constituía el núcleo de su poder militar; la otra moral, que era la opinión del Perú, que hasta entonces sólo había intervenido como auxiliar de la acción revolucionaria, y que al tomar consistencia, empezaba a asumir formas definidas con marcadas tendencias nacionales. El ejército de los Andes con que San Martín libertara a Chile, impregnado del espíritu de la revolución argentina, se inoculó desde un principio la pasión americana de su creador, identificándose con sus planes y su fortuna, y le fue constantemente fiel desde Mendoza hasta Rancagua. El ejército de Chile, vaciado en el mismo molde del de los Andes, para servir a los mismos propósitos, recibió el mismo sello típico. Ambos ejércitos formaron el Ejército Unido, creación de carácter internacional con proyecciones americanas. Trasladados esos ejércitos al Perú, obedecieron a la impulsión inicial de la alianza chilenoargentina, y prevaleció en ellos el sentimiento internacional, y así, aunque desprendidos de la patria, de la que sólo tenían la bandera y la escarapela, continuaron como auxiliares a órdenes de un gobierno extraño presidido por un generalísimo, constituyendo el nervio del poder militar del libertador del Sur, y una de las bases de su poder político en el país libertado ocupado por sus armas. Como los soldados griegos y macedonios después de atravesar los Balkanes y el Helesponto, fatalmente destinados a esparcirse por la superficie del Asia sin volver a ver el humo de sus hogares, los soldados argentinos y chilenos, después de atravesar los Andes y el Pacífico, estaban destinados a marcar con sus huesos el itinerario de otra gran campaña al través de otro continente; y apenas si un puñado de sus últimos sobrevivientes encanecidos, después de asistir a las últimas batallas de la independencia, volvería a la patria con su bandera hecha jirones. Tal era la constitución americana que San Martín dio a sus ejércitos al inocularles una pasión para servir a un gran propósito, y esto explica su cohesión en países extraños, en la buena como en la mala fortuna. Como él mismo lo ha dicho, al indicar este fenómeno: "La política que me propuse seguir, fue mirar a todos los estados americanos en que las fuerzas de mi mando penetraran, como estados hermanos interesados en un mismo y sano fin. Consecuente a este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su indepen-

dencia y crearles un fuerza militar propia que la asegurase." Pero esta máquina de guerra calculada para la propaganda armada, se complicaba con otra máquina oculta, traída de los bagajes de la expedición, cuyo mecanismo secreto manejaban los mismo jefes de los ejércitos unidos en territorio extraño, y así su cohesión dependía de la buena voluntad y de la fidelidad con que los comilitones del nuevo Alejandro continuasen identificados con los planes y la fortuna de su gran caudillo, independiente de Chile y de la República Argentina en su calidad de Protector del Perú.

Hasta entonces habían bastado, para mantener la cohesión del ejército argentinochileno, la pasión por la independencia y el amor a la gloria, combinándose en ella el patriotismo con el americanismo. Jamás el oro entrara como liga en el metal heroico de sus armas. A ración escasa, medio sueldo por acaso y mal vestido, sufriendo pestes y miserias, jamás recibió ninguna recompensa pecuniaria. Sólo una vez, el gobierno de Chile prometió a los vencedores de Maipú el campo en que combatieron y triunfaron; pero esta promesa quedó sin efecto. La municipalidad de Lima, movida por Riva Agüero, arrogándose facultades soberanas, fue la primera en decretarle un premio de este género, que se hizo en parte efectivo. Dispuso que de las fincas del estado —confiscadas a los españoles— se distribuyese entre los jefes la cantidad de quinientos mil pesos, prometiendo a los oficiales y soldados que continuasen en servicio, las tierras vacantes en las provincias que se conquistaran. San Martín aceptó la oferta, y distribuyó el medio millón entre veinte de los principales jefes y empleados de la expedición libertadora, asignando a cada uno de ellos la cantidad de veinticinco mil pesos. Esta dádiva, que era entonces una fortuna, cuando el dinero tenía doble valor que al presente, en vez de vincular a los jefes argentinos y chilenos a la suerte del Protector, fue causa de que surgiesen resentimientos y rivalidades, como sucede cada vez que el interés interviene en las relaciones de los hombres. Una conjuración en que aparecían complicados varios jefes superiores del ejército de los Andes, hizo sentir a San Martín que ya la voluntad de sus antiguos compañeros de armas no le pertenecía, o que al menos empezaba a vacilar.

XI

En la noche del 15 de octubre el batallón Numancia se ponía silenciosamente sobre las armas. Al mismo tiempo, el coronel Francisco Antonio Pinto, jefe del número 5º de Chile, que guarnecía con su cuerpo las fortalezas del Callao, recibía un billete urgentísimo: "Estoy impaciente por hablar con usted sobre un asunto que nos es sumamente interesante. No conviene que vaya yo al

Callao. Véngase lo más pronto que pueda, y véngase a saber cosas desagradables; pero, cosas a que es menester oponer la razón, la justicia, la conveniencia y mil y mil muertes si son precisas. Véngase, véngase. Heres." Los coroneles Necochea y Gamarra, comandantes de granaderos a caballo de los Andes y del batallón número 1º de cazadores del Perú, recibían otro billete así concebido: "Conviene que nos veamos, porque interesa a nuestra felicidad y a la de toda la América. Tomás Heres." Reunidos en el cuartel del Numancia, Pinto, Gamarra y Necochea, el coronel Heres les informó de que tenía conocimiento de una conspiración que preparaban los principales jefes del ejército de los Andes (que nombró), con el objeto de deponer al Protector y aun de atentar contra su vida, la que debía estallar muy pronto, y que él estaba resuelto a contrarrestarla con la fuerza. Aunque Heres se negara a entrar en explicaciones, como asegurase que tenía datos positivos, todos fueron de opinión de participarlo al General, a fin de que tomase las medidas del caso. San Martín, que por otro conducto había recibido aviso de lo que pasaba, escuchó tranquilamente la denuncia y contestó: "¡No hay cuidado!" En vano el jefe del Numancia le instó para que le permitiese ocupar con su batallón el cuartel fortificado de Santa Catalina —la ciudadela de Lima— o que por lo menos hiciera relevar la guardia de palacio, que daba la tropa del número 11 de los Andes, que se decía complotado. No quiso tomar providencia alguna. Pocos momentos después, se presentaba el coronel Paroissien en nombre del general en jefe del ejército Unido, Las Heras, avisándole que el batallón Numancia estaba sobre las armas, y que se decía era con el objeto de deponerlo del mando. Contestóle lacónicamente como al primer denunciante, que no tuviese cuidado. Así se pasó la noche en medio de la doble alarma producida por la actitud, al parecer agresiva del Numancia, y la preventiva en consecuencia por los demás cuerpos de la guarnición.

Al día siguiente San Martín recibía a Las Heras con una sonrisa benévola, aunque algo enigmática, y tendiéndole la mano, díjole: "El coronel Heres me ha declarado que los jefes de los Andes conspiran contra mí." Las Heras protestó de su fidelidad en su nombre y en el de sus compañeros. El Protector pareció darse por satisfecho, no volvió a insistir más sobre el punto, y todo quedó en calma por el momento. Generalizada la noticia, con comentarios desfavorables para los jefes de los Andes, a quienes se acusaba de ingratitud e infidencia, Las Heras se presentó al Protector, manifestándole que estos rumores menoscababan su decoro, y solicitó, en representación de ellos, que los llamara a su presencia, para averiguar el origen de tan grave acusación. San Martín le contestó que lo pensaría. Dejó transcurrir diez días, y a fines de octubre convocó a todos los jefes en el palacio de gobierno. Reunidos todos en su despacho, a puerta cerrada, presentes el coro-

nel Heres y el ministro de guerra, Monteagudo, abrió la sesión, previniendo que todo lo que iba a pasar allí tenía un carácter de profundo secreto, que interesaba al bien de la América y al honor del Ejército Unido. En seguida interpeló a Heres —quien le había manifestado estar dispuesto a sostener su denuncia —exigiéndole exhibiese sus pruebas. El denunciante —que según algunos fue invitado indirectamente para que se mantuviera neutral— manifestó que había sido instruido de la conjuración por voz pública, y especialmente por el deán, gobernador del arzobispado, quien tenía la noticia por otro clérigo de diócesis, así como por el coronel Miguel Letamendi, segundo jefe del batallón número 5 de Chile. Llamados los dos testigos y careados con Heres, Letamendi negó el testimonio. El deán, que lo era el doctor Francisco Javier Echagüe (argentino), y en cuyo palacio se alojaba el estado mayor, comentó confusamente el suyo, transmitido oportunamente a San Martín, diciendo que tal noticia tenía por origen la misma actitud sospechosa asumida por el Numancia en la noche del 15. Increpado Heres por todos los jefes presentes y renegado por sus testigos, y hasta por los mismos Pinto, Gamarra y Necochea en quienes se había confiado, por considerarlos no complicados en la conjunción, guardó silencio.

A esta altura de la sesión, los jefes formularon la proposición de que el asunto se esclareciese por medio de un juicio formal, que decidiera de la conducta de cada uno. San Martín, tomando la palabra, les recomendó tratasen al coronel Heres con equidad y consideración, salvando sus leales intenciones, y les exigió arbitrasen un medio menos ruidoso, que no redundara en daño de la causa de la independencia que todos sostenían. Entonces todos convinieron unánimemente en que el Protector resolviese por sí solo la cuestión conforme a su alta prudencia y bondad.

XII

San Martín tenía su conciencia hecha antes del juicio contradictorio provocado por los jefes, y suficientemente edificado, no quiso llevar adelante la investigación, que lo conduciría a un camino sin salida. Su objeto estaba llenado. Había dominado la situación y hecho entrar a todos sin violencia en el camino del honor y del deber, y obrando con prudencia, decidióse a sacrificar a Heres. Para averiguar, tenía que comprometer públicamente su prestigio y deshonrar a sus compañeros. Para castigar, tenía que decapitar su ejército, y aun para esto sus manos estaban atadas, pues, siendo los acusados miembros de la logia lautarina, que era el nervio oculto de su autoridad, en cierto modo anormal, no po-

día hacerlo sin previo acuerdo de ella. Así, Heres fue intimado de dirigirse a Colombia, su patria, en el término de cuatro días, manifestándole, sin embargo, por medio de una nota oficial, que, si bien su presencia en el país no era conveniente a los intereses públicos, y a pesar de los sucesos desagradables ocurridos entre él y el resto de los jefes del ejército, como jefe del estado y como general en jefe, debía darle las gracias por sus servicios en favor de la libertad del Perú.

Después de esto, dejó pasar otros diez días, y el 10 de setiembre dirigió un oficio a Las Heras ordenándole que recabase de los jefes presentes en la junta de guerra un informe por escrito exponiendo cada uno de ellos lo que le constase sobre los antecedentes y ocurrencias de la denuncia del coronel Heres. Doce jefes de cuerpo informaron en consecuencia, y sus atestados suministran la prueba moral de que, en efecto, varios de los jefes superiores de los Andes conspiraron en aquella ocasión contra la autoridad de San Martín, o por lo menos estaban predispuestos a ello. El hecho es evidente; pero nada induce a creer que el plan estuviese maduro, ni acordada su ejecución, y mucho menos que se pensase atentar contra la vida del libertador, como lo insinuó Heres en su denuncia. Estaban en realidad descontentos o quejosos de él, precisamente por los favores que les había hecho o por faltas de que ellos eran también responsables; murmuraban en secreto, apellidándolo rey por burla; le atribuían algunas ambiciones egoístas o planes políticos que les repugnaban, y con razón, y algunos lo deprimían como General por su conducta en la invasión, y sobre todo, en la retirada de Canterac, calificándolo de incapaz y hasta de cobarde. La tremenda responsabilidad que asumirían con tal escándalo ante la América, el hecho de no contar con los segundos jefes ni con la tropa que permanecía fiel a su antiguo capitán, y la convicción de que no tenían con quién reemplazarlo, los habían contenido hasta entonces, no obstante estar sublevados moralmente. En cuanto a San Martín, con los documentos firmados por ellos que le garantían su desobediencia, adquirió la triste conciencia de que su ejército ya no estaba identificado con él, como lo estuviera en Rancagua. Desde entonces meditó separarse de la vida pública, porque, según lo manifestó, "Su corazón estaba dilacerado con tantas ingratitudes y desengaños". Algunos de los jefes superiores se retiraron del ejército con tal motivo; los más arrepentidos o avergonzados, permanecieron reunidos en torno de la bandera libertadora; y Alvarado, uno de ellos, según parece, fue nombrado General en Jefe del Ejército Unido en reemplazo de Las Heras. Empero, la indisciplina latente quedó inoculada, y más adelante se la verá brotar.

XIII

El acto más trascendental que decidió fatalmente del destino del protectorado y del Protector, fue el mahadado plan de monarquizar el Perú, que le enajenó hasta la opinión del mismo país libertado, y aflojó más los vínculos de la disciplina militar, ya relajados. Como se ha visto, este plan, iniciado confidencialmente en Miraflores, formulado diplomáticamente en Punchauca y preparado al tiempo de promulgar el nuevo estatuto, era una idea fija en San Martín, a la que atribuía la virtud de una solución interna y externa por el golpe mágico de un cetro prestado por los reyes del Viejo Mundo. Europeo por educación, criollo por instinto, libertador de pueblos de índole diversa, sin patriotismo exclusivo, sin doctrina política confesada, genio concreto y sistemático, como lo hemos definido tenía las preocupaciones del medio en que se criara, las pasiones de un revolucionario de raza, el método del gran capitán que todo lo subordina al cálculo, y así, su objetivo inmediato no iba más allá de la independencia como hecho, y su ideal era el orden regular como ley disciplinaria. Ambas cosas creía alcanzar por medio del establecimiento de una monarquía liberal, resolviendo a la vez los problemas de la guerra y la paz, o por el apoyo de una gran potencia europea, o por un acontecimiento dinástico con la madre patria. Su razón le enseñaba, y él lo declaraba, que la república, era la forma más lógica de gobierno; "pero sacrificaba sus principios" a lo que consideraba si no lo mejor, lo más práctico, y así decía: "Los males que afligen a los nuevos estados de América, no dependen de sus habitantes, y sí de las constituciones que los rigen. Creo que es necesario que las constituciones que se den a los pueblos, estén en armonía con su grado de instrucción, educación, hábitos y género de vida, y que no se les deben dar las mejores leyes, pero sí las más apropiadas a su carácter, manteniendo las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase instruida que tiene que perder." Como se ve, su ideal de legislador era, tomando por base una lección de Solón, aprendida en la lectura de los hombres de Plutarco, una oligarquía ilustrada ponderada por una plutocracia conservadora.

Al discurrir así, desertaba de su misión, renegaba de su obra, y se aislaba del movimiento revolucionario en América, que tan vigorosamente impulsaba por las armas, y que políticamente representaba al Sur del continente. Olvidaba que en un momento supremo para su propia patria no había visto la salvación sino en la reunión de un congreso, como la "última ancla de esperanza" echada en una tempestad, y que un congreso la había salvado. No

recordaba que los planes monarquistas que él había propiciado. aunque pasivamente, en el Río de la Plata, habían dado por resultado enardecer la anarquía que quería evitar, y que por salvar de su contagio, tuvo que desobedecer cuando fue llamado a sostener el monarca decretado en conciliábulo secreto por el mismo congreso, que, infiel a su origen, contrariaba las tendencias del pueblo inconsulto. No veía que al declarar la independencia de Chile, había fundado una república obedeciendo a las mismas leyes de adaptación natural que invocaba para hacer prevalecer un plan artificial, y que al organizar políticamente el Perú y bosquejar su constitución, fundaba otra república nativa, a la que daba por atributo la soberanía del pueblo en el hecho de entregar los destinos de un pueblo democrático a las deliberaciones de un congreso libre. No tomaba en cuenta un hecho capital, a que las formas convencionales se subordinaban: que toda la América, con excepción de Méjico (que era una combinación de circunstancias pasajeras), había adoptado la república democrática como sistema necesario de gobierno, y que después de diez años de revolución en nombre de su credo político, confesado ante el mundo, no se podía imponer a los pueblos una institución que las conciencias repugnaban, que sus pasiones abominaban, que sus instintos repudiaban, y que dar a la independencia hispanoamericana una monarquía, y una monarquía de estirpe colonial, era renegar de la misma revolución proclamada en nombre de la república democrática y esterilizar los sacrificios hechos en nombre de un gran principio nuevo, que en esos momentos triunfaba en el mundo, merced a esa revolución radical.

No era más abierto ni claro su horizonte externo. No veía que Bolívar, que disponía de una fuerza poderosa, con una base firme, había ya fundado la república constitucional de Colombia por el voto de los pueblos, y que tenía que proceder de acuerdo con el libertador del Norte, que venía a completar su obra como libertador del Sur, bajo la bandera republicana levantada por los dos.

No veía que se ponía en pugna con la gran potencia democrática de los Estados Unidos de América, que, al amparar la independencia de las colonias hispanoamericanas, en vísperas de proclamar la doctrina de Monroe ya enunciada, se había pronunciado por la republicanización del Nuevo Mundo haciendo frente a la Europa monárquica y absolutista, coaligada contra la libertad humana.

No veía que en esos momentos la Inglaterra reaccionaba contra la Santa Alianza de los reyes de acuerdo con los Estados Unidos y estaba dispuesta a reconocer la república preestablecida como hecho irresistible que se imponía y como forma inseparable del reconocimiento de la independencia sudamericana.

Su ministro Monteagudo, su inspirador, que de demagogo exal-

tado había pasado a ser conservador ultra y después monarquista de oportunismo; talento más brillante que sólido y de más superficie que fondo; con espíritu más bien sistemático que lógico, con ideas propias y teorías incoherentes asimiladas, que aplicaba esporádicamente según sus impresiones, sin tener en consideración los hechos superiores que las dominaban, Monteagudo no veía más claro que San Martín en el desenvolvimiento genial de la revolución sudamericana ni en las complicadas y trascendentales cuestiones que por este mismo tiempo (fines de 1821), trabajaban a la Europa y a la América asumiendo un carácter universal. Los dos estaban ciegos y sordos.

Para preparar el terreno que debía recibir la semilla monárquica, imaginó Monteagudo fundar una asociación literaria, a imitación de la que en 1812 había establecido en Buenos Aires para propagar los principios de la democracia, contra los que se proponía reaccionar. Denominóla "Sociedad patriótica de Lima", y le encomendó "discutir todas las cuestiones sobre interés público, en materias políticas, económicas o científicas, sin otra restricción que la de no atacar las leyes fundamentales del país". Compúsose de cuarenta miembros, como los inmortales de la Academia Francesa, elegidos por el gobierno, y cuidóse que la mayoría de ellos, incluso cuatro condes que recibieron por razón de nobleza título de sabios, perteneciesen a las ideas que formaban el programa secreto de protectorado en materia de forma de gobierno. Instalóse solemnemente en el aniversario de la batalla de Chacabuco, y como a la Orden del Sol, se le atribuyó la inmortalidad en la oración inaugural: "para que el pueblo peruano, en posesión de sus derechos, pudiese celebrar por más de cien siglos sus aniversarios, juntamente con el de la gran batalla en cuyo campo quedó trazada la unión perpetua entre los estados independientes del Perú, Chile y Provincias del Río de la Plata".

Monteagudo, que en su calidad de ministro de gobierno era el presidente, formuló y puso a discusión las siguientes cuestiones: "¿Cuál es la forma de gobierno más adaptable al estado peruano según el grado que ocupa en la escala de la civilización? ¿Qué causas han retardado la revolución, según comprobación de sucesos posteriores? Necesidad de mantener el orden público para terminar la guerra y perpetuar la paz." Uno de sus miembros, sacerdote de reputación literaria, dilucidando el primer punto, sostuvo que el sistema democrático no era adaptable al Perú, y desenvolvió el tema de Homero, de que "no es bueno que muchos manden, y sí que uno solo impere y haya un solo rey". San Martín y Monteagudo se manifestaron satisfechos; pero el discurso produjo desagradable impresión en muchos de los socios y en el auditorio, sublevando la opinión de los patriotas, que al refutar por la prensa sus

doctrinas, preconizaron el sistema democrático como el único adaptable al Perú y a la América, como consecuencia de su revolución. El autor viose obligado a dar una explicación, diciendo que era una simple teoría, lo que no impidió fuese recompensado con una alta dignidad de la Iglesia en premio de su iniciativa monárquica. Desde entonces todos pudieron ver los hilos secretos que movían aquellos títeres políticos.

XIV

En el vacío que el Protector se había hecho en la opinión patriótica del país, decididamente republicana; en suspenso la guerra con la España, de cuyo resultado dependía todo; ocupado por el enemigo la mitad del territorio que se pretendía monarquizar; en vísperas de celebrar una alianza ofensiva y defensiva con Bolívar, y acordar en una entrevista con él, según sus propias palabras, "la estabilidad del destino de la América del Sur"; pendiente el congreso nacional que había prometido, y al cual según el estatuto que se impusiera como ley, competía únicamente "establecer la constitución permanente y forma de gobierno del estado luego que se declarase la independencia en todo el territorio del Perú, San Martín resolvió por sí y ante sí, con el acuerdo secreto de los figurones políticos de que se rodeaba, que el Perú sería una monarquía. Aun cuando se haya dicho en su descargo, que tal resolución era un mero proyecto que debía ser sometido en todo caso al voto del congreso, ése es el hecho descarnado, según va a verse, que acusa tanta precipitación como falta de cordura.

El protectorado tenía por condición expresa de su fundador, al reasumir el mando supremo en su persona, "hacer lugar al gobierno que los pueblos del Perú tuviesen a bien elegir, cuya forma y modo determinarían los representantes de la nación peruana". Antes de cumplirse los cinco meses de su instalación, el Protector convocaba su consejo de estado, compuesto del modo aristocrático que antes se explicó, y acordóse enviar una misión a Europa para negociar la alianza o la protección de la Gran Bretaña, y aceptar un príncipe de la casa reinante de ella para ser coronado emperador de una monarquía limitada en el Perú, con la condición de aceptar la constitución que le diesen los representantes de la nación. En el caso de encontrar obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se haría la misma proposición al emperador de Rusia, como único capaz de rivalizar con la Inglaterra, aceptando un príncipe de su dinastía, o el candidato a quien el emperador asegurase su protección. En defecto de un príncipe de la casa de Brunswick, de Austria o de Rusia, se declaraba aceptable alguno de Francia o Portugal; y en último caso, al príncipe de Luca, antiguo

soberano imaginario del Río de la Plata, éste, con la condición de no ser acompañado de la menor fuerza armada.

Nombróse para desempeñar esta misión a García del Río y a Paroissien, con el encargo conjunto y ostensible de negociar el reconocimiento de la independencia del Perú y un empréstito en Londres. La redacción de las instrucciones se encomendó al mismo consejo de estado. Como si no bastasen los términos explícitos del acuerdo y para comprometer más a San Martín en el sostén del incipiente plan, Monteagudo dirigió un oficio a esta corporación, diciéndole: "El Protector me ha encargado manifieste al consejo no eche en olvido en las instrucciones de los comisionados, como punto esencial, el autorizarlos para que soliciten, de una de las casas reinantes, un príncipe de aptitud y prepotencia que rija los destinos del Perú, pues está altamente penetrado de que el gobierno conducente a su felicidad es el monárquico constitucional, sistema que él sostendrá en caso necesario con toda su fuerza física y moral."

Hay momentos de descreimiento o cansancio en la historia de los grandes hombres, en que, no encontrando inspiraciones dentro de sí mismos, se entregan al acaso de los acontecimientos o eligen ciegamente el peor de los caminos sin medir sus proyecciones. San Martín pasaba por uno de esos momentos. Estaba triste y enfermo, y pensaba en su muerte o en su abdicación. Los términos en que confidencialmente instruyó de su plan a su aliado y amigo el director de Chile, dan testimonio de ello. "Al fin (y por si acaso, o bien dejo de existir o dejo este empleo), he resuelto —escribía a O'Higgins— mandar a García del Río y a Paroissien a negociar, no sólo la independencia del Perú, sino también dejar puestas las bases del gobierno que debe regirlo: marcharán a Inglaterra, y desde allí, según el aspecto que tomen los negocios, procederán a la Península. A su paso, le instruirán verbalmente de mis deseos; si éstos convienen con los suyos y los intereses de Chile, podrían ir diputados por ese estado, que, unidos con los de éste, harían mucho mayor peso en la balanza política, e influirían mucho más en la felicidad de ambos estados. Estoy persuadido de que mis miras serán de su aprobación, convencido de la imposibilidad de erigir estos dos países en repúblicas. Al fin, yo no deseo otra cosa sino que el establecimiento del gobierno que se forme, sea análogo a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores de la anarquía." Aquí se siente, como se ha dicho al comentar estas palabras melancólicas, el vacío de una carrera que la conciencia y el espíritu daban ya por cumplida.

El almirante Cochrane se alzó en esos momentos con la escuadra, retirándole el concurso del poder marítimo de Chile. Los comisionados del Protector se encontraron en Chile en una atmósfera contraria, preparada por los oficiales de los Andes que se habían

separado del ejército y por los rumores que circulaban. Decíase —y la generalidad lo creía, tal era la mala predisposición— que los batallones expedicionarios de Chile en el Perú iban a ser disueltos para distribuirlos en el ejército de los Andes, y que se iba a hacer cambiar de bandera a la escuadra chilena. Así, cuando se recibió la noticia del alzamiento de Cochrane, todos aplaudían la decisión del Almirante, y murmuraban del Protector. Decíase —y esto era cierto— que en una conferencia diplomática del enviado chileno en Lima, que solicitaba algunos auxilios pecuniarios del Perú por vía de indemnización de los gastos de la expedición libertadora, San Martín le había contestado, que el "gobierno del Perú abonaría esos gastos cuando el de Chile hiciese otro tanto por los erogados por las Provincias del Río de la Plata en la expedición que libertó el país en 1817. Esto había herido a tal punto a los chilenos, en su sentimiento y sus intereses, que el mismo O'Higgins en el primer momento ordenó que se diese una contestación enérgica al Protector, y costó trabajo apaciguarlo. Bien se comprende que la negociación no podía iniciarse bajo más desfavorables auspicios.

García del Río y Paroissien, en cumplimiento de sus instrucciones, manifestaron al director O'Higgins el objeto de su misión, y le pidieron su apoyo en el sentido indicado por San Martín. O'Higgins, con su buen sentido, les contestó lo que les habría contestado el último patán americano que viera las cosas que pasaban a su alrededor: que "no dudaba que el plan pudiera ser ventajoso y adaptable al Perú; pero que, en cuanto a Chile, en donde no había opinión formada sobre el sistema de gobierno, en donde apenas uno u otro noble estaban por la forma monárquica, lo mejor era dejar las cosas en el estado en que estaban, pues quedaba tiempo para constituirse según mejor les pareciese, después de observar las medidas de los otros gobiernos de América y la marcha política de los gabinetes europeos". Los comisionados, al ver frustrado en su primer paso el éxito de su misión, atribuyeron la negativa indirecta del director al deseo de retener el mando de que estaba en posesión —que aun en este supuesto era un interés más legítimo que el de la monarquización de la América— y no insistieron, limitándose a pedir que la comunicación se considerase como puramente confidencial, reservándola de los ministros y del Senado, y así lo prometió y cumplió O'Higgins. Pero, como en 1818 hubiese entrado en el proyecto de monarquía fraguado en Buenos Aires cediendo a la influencia de San Martín, según se explicó antes (véase capítulo XIX, párrafos VI y VII), bien que luego se apartara de él, habíase anticipado a escribir al enviado chileno en Londres —que era el mismo Irisarri, encargado entonces de proceder de acuerdo en tal sentido con las provincias del Río de la Plata— que "aquel plan había quedado completamente deshecho, y que, no habiéndose desde entonces resuelto nada en materias tan difí-

ciles como espinosas, e ignorándose la forma de gobierno que adoptarían en definitiva los mejicanos, los de Colombia, las Provincias del Río de la Plata, y aun el Perú, era necesario considerar y conciliar la que Chile adoptase con las demás del continente americano, pues ésta era la opinión general, que distaba mucho del proyecto sugerizado por la cobardía que tanto detestan los pueblos". De este modo, el plan de que San Martín se prometía un milagro, era estigmatizado por su más fiel amigo al solo recibo de su carta, y le daba por primer resultado enajenarse la voluntad y la cooperación de su mejor aliado. El círculo se iba estrechando.

XV

Cuando el libertador del Sur parecía no creer en sí mismo, no era extraño que los que tomaban su temple de su fortaleza de ánimo, no creyeran ni en la estabilidad de su poderío. García del Río, uno de los inspiradores del plan monárquico y el encargado de propiciarlo en Europa, con todo su talento y habilidad, era un espíritu descreído y un carácter flexible, y parece que, después del primer contratiempo, ya no tomó a lo serio su misión diplomática. Consideraba casi caduco el poder del Protector, y presintiendo su desaparición, más o menos cercana, aconsejaba al mismo San Martín por este mismo tiempo anticiparse por una retirada voluntaria, a una retirada que podría ser forzosa. "Aquí llegan —le escribía— las noticias más interesantes y reservadas del Perú, y también las más triviales: unas exactas, otras exageradas y otras enteramente desfiguradas. Personas hay aquí que creen que Vd. se ha ido de puro aburrido, y que, en lugar de tener la entrevista con Bolívar, sólo ha sido éste un pretexto para marcharse a Europa. Otros creen que Vd. ha tenido que ceder a la necesidad y aparentar que renunciaba para evitar el golpe de una revolución. Como la causa perdería mucho con que esto se generalizase, y por otra parte, no hay que dar margen a que se alegren nuestros enemigos, me parece absolutamente indispensable que, cuando Vd. regrese de viaje, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible. En seguida proceda Vd. a la apertura del congreso, y allí puede renunciar el mando político, sin que entonces tenga nadie que morderle, ni quede lugar a creer que el paso ha sido forzado. Esta es mi opinión: Vd. resolverá sobre ella." Con estos presentimientos, y más literato que político, no veía más prospecto a su misión que la publicación de una revista pintoresca en Europa, para llenar el vacío diplomático. "Pienso publicar en Londres un periódico mensual, adornado con grabados; y al efecto, le suplico me envíe una copia de su mejor retrato, acompañándola con algunos detalles sobre su vida, para dar a luz un artículo biográfico. Que

la modestia no impida acceder a mis deseos: la patria y la amistad se interesan en que se ilustre su nombre." Diríase un marinero acobardado, desertando la maniobra de la nave empavesada, que cree próxima a naufragar.

La carta de García del Río, escrita en su calidad de consejero de estado del Protector y confidente de San Martín, encargado de una misión que debía cambiar según su ilusorio plan los destinos de la revolución sudamericana, y a la que el enviado no daba más valor que el de un viaje literario, aconsejando a su sostenedor entregase el poder en manos del congreso peruano, que debía tener conciencia lo repudiaría, prueba que el protectorado estaba moralmente perdido a los ocho meses de nacer, y que no le quedaba más salida que la abdicación o el despotismo, a menos de reaccionar contra su propia política. Esta carta, la conjuración latente de los jefes del ejército argentinochileno, la sublevación de la opinión patriótica del Perú con motivo de la propaganda monárquica de Monteagudo, el plan de monarquización propiciado por el Protector, agregado a esto el descrédito en Chile, el rechazo de su política por O'Higgins, su más constante amigo y aliado, son otras tantas luces convergentes que, unidas a otras, iluminan por su afocamiento, el gran misterio de la retirada de San Martín de la vida pública, que se ha explicado de tantos y tan diversos modos, cuando la explicación está en los hechos mismos una vez coordinados. El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra de Chile, que privó al libertador del Sur de un poderoso elemento militar, y los incidentes depresivos del carácter moral que con tal motivo mediaron, aun estando la razón de parte del Protector, acabaron de consumar el desprestigio del protectorado, como se verá en el capítulo siguiente.

Capítulo XXXIV

EL PROTECTORADO DEL PERU (SAN MARTIN Y COCHRANE)

1821-1822

El pugilato de dos hombres ilustres. — Antecedentes sobre las desavenencias entre San Martín y Cochrane. — Cochrane reclama el pago de los sueldos y gratificaciones debidas a la escuadra. — Tempestuosa conferencia entre San Martín y Cochrane. — Notables cartas cambiadas entre ambos. — Negociaciones oficiales sobre las disidencias entre San Martín y Cochrane. — Estado de las cosas al tiempo de la invasión de Canterac. — Ultima entrevista en la vida entre San Martín y Cochrane. — Cochrane se apodera de los caudales del gobierno y de los particulares de Lima. — Discusiones con este motivo. — Atentado de Cochrane. — Correspondencia entre San Martín y O'Higgins sobre estos incidentes. — Cochrane condenado por O'Higgins y aplaudido por el pueblo chileno. — Ultimo crucero de Cochrane en el Pacífico. — Rendición de los últimos buques de guerra españoles en el Pacífico. — Nuevo conflicto entre Cochrane y San Martín. — La escuadra del Perú.

I

La historia querría en vano borrar de sus páginas las invectivas con que los dos héroes de la expedición libertadora del Perú — el uno en tierra y el otro en los mares — se han vilipendiado recíprocamente, en su innoble pugilato, con escándalo de la América, con menoscabo de la causa que sostenían y depresión de su carácter moral. Pero como ellos mismos las han consignado en documentos ruidosos a que han dado la solemnidad de apelaciones a la opinión del mundo, y como sus reyertas, afuera de lo que tienen de personal, forman parte de la trama de los acontecimientos generales de una época, hay que tomarlas en cuenta al diseñar estas dos grandes figuras bajo la luz siniestra en que se presentaron a sus contemporáneos, para colocar a ambos en el verdadero punto de vista en que los contemplara la posteridad equitativa.

Cochrane ha insultado y calumniado a San Martín en vida y en muerte, llamándole ambicioso vulgar, tirano sanguinario, gene-

ral inepto, hipócrita, ladrón, borracho, embustero, egoísta y desertor de sus banderas, tan cobarde como fanfarrón. San Martín, Protector del Perú, apostrofó a Cochrane por medio de sus ministros, como un depredador asimilable en cierto modo a los piratas, un detentador de los intereses públicos, un traficante con la fuerza marítima de su mando, como un verdadero criminal deshonrado por sus hechos; y por el órgano autorizado de sus diplomáticos lo ha calificado ante el gobierno de Chile como el "hombre más perverso que existiera en la tierra".

El Almirante, para quien no había nada grande sino sus propias hazañas y sus pasiones rencorosas, extremado en todo, así en el heroísmo como en el desprecio, juzgaba a la Inglaterra de su tiempo (1818), su propia patria, como una nación degradada, gobernada por un parlamento de bribones y a sus primeros hombres de estado como una plaga de insectos dañinos, dignos de perpetuo destierro y prisión, como los más grandes tiranos de la tierra (véase capítulo XX, párrafo VI). No es extraño, pues, que en más pequeño escenario, con su intemperancia de lenguaje, exaltado por la emulación de gloria, la vanidad, la codicia y a veces el despecho, juzgase la revolución sudamericana —con sinceridad quizás— como la liquidación de una campaña mercantil, y pintase a sus actores como un hato de pillos, intrigantes, rateros, ineptos, cobardes y ladrones, aunque algunas veces se inclinase con altivez ante el ascendiente del genio y la voluntad de San Martín. Implacable en sus odios, con un pie en la tumba, ha reproducido sus invectivas y calumnias para reclamar el precio de sus glorias en oro, negando la gloria de sus compañeros de armas con hechos adulterados o con documentos comprobantes truncados por él mismo, como luego se verá.

San Martín, más frío y prudente, y también más modesto, excedió la medida de las recriminaciones, y devolvió por mano ajena dirigida por él, ultraje por ultraje; pero, si cargó de sombras el retrato de su antagonista, no lo calumnió ni se ensañó con su nombre. Pasado el momento de la exaltación del pugilato provocado, en que recibía y daba golpes, no volvió a ocuparse de él en el resto de sus días, y al morir, limitóse a dejar coleccionados los documentos cambiados entre ambos durante cuatro años de amistad y compañerismo hasta su ruptura, sin comentarios ni anotación alguna.

II

Los antecedentes de las desavenencias entre San Martín y Cochrane son conocidos ya, así como las causas y los móviles, que pusieron al fin en abierta pugna a uno y otro. Cochrane, como en su lugar se explicó, sediento de gloria y riqueza, aspiró a reempla-

zar a San Martín en la conquista de la tierra de los Incas, cuyos proverbiales tesoros le quitaban el sueño, y no pudo perdonarle jamás la defraudación de sus ambiciones, y que se sobrepusiera a él en el mando de la expedición libertadora del Perú. Desde entonces le profesó un odio concentrado, que sólo esperaba una ocasión para estallar. Más tarde, al ver desatendidos sus planes aventureros, juzgó que la prudencia de San Martín era timidez, y su sangre fría indolencia, llegando a menospreciarlo como general con su acostumbrada soberbia, y empeñóse por noble emulación en eclipsar su fama con hazañas portentosas como la de la *Esmeralda*. El Generalísimo, que en su ecuanimidad no se violentaba para hacer justicia al héroe y al consumado marino, empeñóse en vincularlo a su fortuna, fiel a la promesa que le había hecho en Valparaíso, de que la suerte de ambos sería la misma, cuando lo salvó del oprobio —según confesión del mismo Almirante— de una destitución por el gobierno de Chile, provocada por sus imprudencias. Empero, nególe siempre su plena confianza, y aun su estimación. Tenía pobre idea de él como cabeza militar en la guerra terrestre, y cuando, cediendo a sus instancias, le confió los elementos necesarios para una operación que requería método y atrevimiento, tuvo que arrepentirse de ello por los trastornos que le causó y por las exacciones que cometió. El Almirante, en su vanidad, creía que procedía así por mezquinos celos, y se atribuía una importancia exagerada, hasta el extremo —como ya se relató— de pretender apoderarse por sí solo de las fortalezas del Callao por una negociación, que era casi una infidencia, con el propósito codicioso de apropiarse de grandes caudales públicos y privados, y la mira ulterior de dictar la ley política a San Martín respecto del Perú, según él mismo lo ha declarado; y tal vez con la de poner a contribución al Perú mismo, acaparando sus rentas bajo la protección de su escuadra, una vez dueño de su único puerto (véase capítulo XXXII, párrafo III.)

Un incidente de carácter nacional, en que toda la razón estaba de parte del Almirante, contribuyó a hacer más tirantes las relaciones entre él y el Generalísimo. En la escuadra había dos partidos: uno que tenía por su Neptuno al héroe del mar Pacífico, y era el más fuerte; el otro, que caudillaban Guise y Spry, enemigo declarado del Almirante el primero, con quien estaba en constante pugna. Con motivo del nombre dado a la *Esmeralda*, Guise promovió una protesta subscripta por varios oficiales, con alusiones ofensivas al vencedor de Valdivia y en términos contrarios a la severidad de la disciplina. Los culpables fueron sometidos a juicio. Guise y Spry, nombrados para un servicio de guerra, desobedecieron. Sometidos a su vez a juicio con arreglo a la ordenanza, San Martín, que veía en Guise un futuro almirante, trató de mediar en el asunto, y lo amparó al fin con su autoridad, dejándolo en liber-

tad en tierra, y nombró a Spry su ayudante de campo. Arrestados nuevamente a bordo los dos oficiales por Cochrane, exigió éste se les expidieran pasaportes para Valparaíso. San Martín, sin tomar ninguna resolución, autorizó tácitamente la insubordinación con menoscabo del prestigio del jefe superior de la escuadra quien se consideró justamente agraviado. No obstante esto, las relaciones amistosas entre ambos no se alteraron, y al emprender lady Cochrane su viaje a Inglaterra, no vaciló el Almirante en dirigirse al General, pidiéndole la cantidad necesaria para sufragar los gastos.

En la ocasión de jurarse en Lima la independencia del Perú, el Almirante, al leer la incripción de la medalla conmemorativa, que atribuía toda la gloria de ese hecho a los esfuerzos del ejército de tierra, con olvido de la escuadra y sobre todo de su nombre —que juzgaba, y con razón, digno de perpetuarse en metal duro—, no pudo contener su disgusto, y reclamó en nombre de la marina que había abierto y enseñado el camino de la expedición libertadora. San Martín le dio la razón, en cuanto la tenía, y le manifestó que así debiera haberse grabado, explicando la involuntaria omisión; pero, herido en lo más vivo de su amor propio, no se dio por satisfecho. Desde entonces empezaron a acentuarse sus reclamaciones por los sueldos y gratificaciones que se adeudaban a la escuadra: al principio, en términos moderados, y luego en tono más alto, augurando sublevaciones de sus tripulaciones, como presagio de tempestad.

Al tiempo de equipar en Valparaíso la escuadra y el convoy de la expedición libertadora del Perú, tocóse con la dificultad de que los marineros extranjeros no querían reengancharse, disgustados de que no se les hubiesen cumplido las promesas hechas. El tesoro de Chile estaba exhausto, y su gobierno no tenía crédito. En tal situación, se arbitró que San Martín expidiese una proclama prometiendo pagar con puntualidad después de su entrada a Lima, los sueldos de los que se alistasen voluntariamente, y además la paga entera de un año por vía de recompensa. Así se hizo, y Cochrane firmó conjuntamente con él la proclama, allanándose de este modo la dificultad. Posteriormente, acordó cincuenta mil pesos de gratificación a los captores de la *Esmeralda*. Una vez en Lima, no atendió con la debida preferencia estos compromisos, aun cuando contase con dinero suficiente para atender a su ejército y a otros gastos extraordinarios. De esto se quejaba el Almirante, y no sin razón. En vísperas de fenecer los empeños de los marineros enganchados (junio 30) bajo la fe del General, el Almirante se lo recordó, y formuló su cuenta, incluyendo en ella, además de las gratificaciones oficiales, el valor de la *Esmeralda* estimada en 110.000 pesos, la cantidad de 150.000, por haberes atrasados durante un año y medio y dos años, lo que la hacía montar a 420.000 pesos fuertes. Un mes después (julio 30), reiteró sus exigencias, haciendo presente

que "sería imposible manejar la escuadra si no se pagaba en el Perú, o se enviaba a Chile para que allí se hiciera". A la vez se quejaba de escasez y miserias en la escuadra, pero, sin hacer mención del valor de las presas hechas ni de los artículos y caudales tomados en los puertos del Perú, que si bien no se los apropió, los empleó discrecionalmente en beneficio de la escuadra, y cuyo importe debía por lo menos figurar en el debe. San Martín se resistía al abono de los sueldos atrasados, fundándose en que era deuda que correspondía al gobierno de Chile y no al Perú, en lo que podía tener razón; pero su propia conveniencia y los deberes de la gratitud para con el país que costeara los gastos de la expedición, le aconsejaban reconocerla. De aquí una discusión agria y un sordo descontento, fomentado por el mismo Almirante, que empezó a sentirse en las tripulaciones, con síntomas de sublevación.

Tal era el estado de las relaciones entre San Martín y Cochrane al tiempo de declararse el primer Protector.

III

El 4 de agosto (1821), un día después de declararse San Martín Protector del Perú, se presentó el Almirante en el palacio de gobierno en Lima, con el objeto de renovar verbalmente sus reclamaciones, ignorando o afectando ignorar el nuevo carácter de que el General se había investido. La versión de la conferencia que entre ambos se siguió, dada por el secretario de Cochrane y que éste reproduce en sus *Memorias*, aparece confusa o contradictoria, cotejada con los documentos que él mismo transcribe, y no puede tomarse por guía, por lo que el historiador tiene que limitarse a mencionar lo que está fuera de cuestión o se deduce del propio contexto de los recíprocos testimonios no contradichos. Según el Almirante, San Martín contestó a su reclamación declarando que no reconocería los sueldos debidos a la escuadra, sino entrando como parte del precio de venta de ella al Perú. Los ministros Monteagudo y García del Río, que asistieron a la conferencia, calificaron de calumniosa esta aserción, y arguyen que, teniendo San Martín la escuadra a sus órdenes, no necesitaba comprarla. Según se deduce del tenor de la versión aceptada por Cochrane, es que los términos en que formuló su reclamación, ofendieron a San Martín, quien frunciendo el entrecejo, pidió a sus ministros que se retirasen. Alarmado el Almirante, hizo presente que "no hablando bien el español, deseaba quedasen los ministros como intérpretes, por temor de que pudiese considerarse ofensiva cualquier expresión mal entendida". San Martín volvióse entonces a él y le interrogó: "—¿Sabe Vd., milord, que soy el Protector de Perú? —No, señor, respondió. —Pues he ordenado a mis secretarios lo informen a Vd.

de ello. —Es inútil ahora, pues Vd. mismo me lo comunica personalmente; pero espero que la amistad que ha reinado entre San Martín y yo, continuará existiendo entre San Martín y mi persona." El General, según Cochrane, limitóse a contestar que no tenía nada que decir sino que era el Protector del Perú.

Cochrane, que desde este momento empezó a afectar un chilenismo exagerado, y que como almirante de Chile creía no deber ver en el Protector sino un general alzado del país a que servía, o un gobernante extranjero no reconocido por él, repuso: "Entonces, es a mí a quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar a la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas a Chile y a la escuadra; pero, ante todo, a la escuadra." A este discurso falta la intimación final, consecuente con la representación internacional que se atribuía, de acuerdo con su anterior insinuación de llevar la escuadra a Chile para pagarla y concordante con las palabras que pone en boca de San Martín, que era declararse desatado de toda obediencia y retirar al Perú el apoyo de su armamento naval.

San Martín repuso con reconcentrada irritación: "He ofrecido a la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación, y lo cumpliré. Reconozco también por deuda la gratificación de cincuenta mil pesos ofrecida a los marinos que apresaron la fragata *Esmeralda,* y no solamente estoy dispuesto a cubrir este crédito, sino a recompensar como es debido a los que han ayudado a libertar el país. Los sueldos de la tripulación no están en igual caso, y no habiendo respondido yo jamás de pagarlos, no existe de mi parte obligación alguna. Supongo justo, en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algún modo los gastos expedicionarios, lo que será para mí una agradable atención; pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos. En cuanto a la escuadra, puede usted llevársela adonde guste y marcharse cuando quiera: con un par de bergantines tengo lo bastante."

Al observar el giro tempestuoso que tomaba la conferencia, los dos ministros se retiraron discretamente. San Martín se levantó de su asiento, y paseándose con agitación por el salón, volvióse súbitamente al Almirante, y le dijo: "Olvide, milord, lo pasado. —Lo olvidaré cuando pueda." Así terminó la conferencia. El Protector acompañó al Almirante hasta la meseta de la escalera, y ofreciéndole francamente la mano, repitió lo que le había dicho en Valparaíso: que su suerte sería igual a la suya.

IV

El Almirante, al regresar a bordo, encontró un oficio del ministro de guerra del Protector, ordenándole "hacer reconocer el nuevo gobierno por las fuerzas navales de su mando, dependientes de la república de Chile." El Almirante se sometió, aunque aparentemente, en la esperanza de obtener algunas ventajas pecuniarias, pues él mismo confiesa que "su ánimo era no reconocer la autoridad usurpada del Protector." En seguida, tomó la pluma, que manejaba como espada de dos filos, y se dirigió privadamente en inglés a San Martín, aunque, esta vez, conteniendo sus ímpetus, acompañó sus golpes encubiertos con pérfidos saludos.

Llamábale por última vez, "mi querido General" y recordando la antigua amistad, reconocía que "San Martín lo había salvado en otro tiempo de ser expulsado del servicio de Chile". "En manos de usted está — le decía — ser el Napoleón de la América del Sur o uno de los hombres más grandes que en el día figuran en la escena del mundo. Tiene Vd. la facultad de elegir su carrera. Si los primeros pasos que dé son falsos, la altura a que se encuentra contribuirá a hacerle caer de una manera más violenta y segura, como del borde de un precipicio. Excepto Vd., no ha surgido un hombre capaz de elevarse sobre los demás y de abrazar con mirada de águila la extensión del horizonte político. Mas, si va fiado en las alas de la fortuna, cual otro Icaro con alas de cera, su caída pudiera aplastar la libertad naciente del Perú, y envolver a toda la América del Sur en anarquía, guerra civil y despotismo. La fuerza de los gobiernos está en la opinión pública. Nadie puede engañarse acerca de los sentimientos que abrigo en mi pecho; de los de los otros juzgo por los míos propios, y como hombre honrado, no tengo embarazo en expresarlos. Si los reyes y príncipes tuviesen en sus dominios un solo hombre que en todas las ocasiones les dijera la verdad desnuda, se habrían evitado errores frecuentes y menores habrían sido los males que experimenta la humanidad. Si yo fuera capaz de bajezas e interesado, con el paso que acabo de dar, bastaría para arruinar mi porvenir, pues al darlo, no he tenido otra seguridad que la buena opinión que tengo de su discernimiento y de su corazón."

San Martín sintió los golpes en medio de las fintas encomiásticas de su antagonista, y contestó con moderada dignidad: "Conozco, milord, que la buena fe del que preside a una nación, es el principio vital de su prosperidad. Un orden singular de sucesos me ha llamado a ocupar temporalmente la suprema magistratura de este país, y renunciaría a mis sentimientos, si una imprudente presunción o una servil deferencia a consejos ajenos me apartase de la base del nuevo edificio social del Perú, exponiéndolo a los

vaivenes que con razón teme Vd. en tal caso. Conozco que no se puede volar con alas de cera; distingo la carrera que tengo que emprender; y confieso que, por muy grandes que sean las ventajas adquiridas hasta ahora, restan escollos que, sin el auxilio de la justicia y de la buena fe, no podrán removerse. Nadie más que yo desea el acierto en la elección de medios para concluir la obra que he emprendido. Arrastrado por el imperio de las circunstancias a ocupar el gobierno, libre que sea el país de los enemigos, deseo volver con honor a la simple clase de ciudadano. Estoy pronto a recibir de Vd., milord, cuantos consejos quiera darme, porque acaso el resplandor que de intento se me presenta delante de los ojos, me deslumbre sin conocerlo."

Cochrane, que no quería romper del todo, no obstante estar resuelto a asestar a su rival un golpe mortal que lo desprestigiara y paralizase su carrera, replicó en tono sentimental, para reanudar con quejas la ya extinguida amistad y le llamó otra vez "mi querido General", invocando hasta los recuerdos de la esposa ausente. "Quisiera Dios que el sábado 5, de este mes, hubiese sido borrado de los días de mi vida, porque ha dejado tan profundas impresiones en mi alma, que desearía poder desarraigarlas. ¡Oh! las penosas impresiones que todavía vibran en mí, me hacen desgraciado. ¡Cómo San Martín, el justo y honorable, ha podido, aun en un momento de exasperación, expresar sentimientos que no debían haber tenido cabida en su espíritu liberal! ¿Y no lo han hecho así? San Martín, a quien creía mi amigo ¿no me ha dicho con fría indiferencia que mande la escuadra donde me plazca y vaya donde se me ocurra? ¿No me ha dicho: "Puede usted irse cuando guste?" ¡Ah! ¡General! ¡Ha sido un doloroso día para mí! No podré volver a verlo jamás mientras no sienta que pueda hacerlo sin una lágrima en los ojos. Siento deseos de evitar la sociedad de los hombres, porque todos hasta ahora me han hecho sufrir desengaños. Me retiraré adonde la amistad de lady Cochrane venga a agregarse al consuelo que siento, pues no he dañado ni pretendido dañar a hombre alguno, ni cometido acto que mi conciencia me reproche. ¡Que tenga Vd. éxito en todos sus esfuerzos por el bien de la humanidad; que sea usted tan grande como pueden hacerlo la justicia, el honor, la sabiduría y todas las virtudes!"

San Martín, refiriéndose a su vez a la intimación de retirarse, que provocaron las palabras duras de que su glorioso compañero se quejaba, decíale: "Nada tengo que añadir, si no es la protesta de que no he mirado ni miraré jamás con indiferencia cuanto tenga relación con Vd. Yo le dije en Valparaíso que su suerte sería igual a la mía, y creo haber dado prueba de que mis sentimientos no han variado ni pueden variar, por lo mismo que cada día es mayor la trascendencia de mis acciones. Si a pesar de todo, deliberase

tomar el partido que me intimó («retirarse con la escuadra») en la conferencia que tuvimos, este sería para mí un conflicto a que no podría substraerme. Mas yo espero que, entrando Vd. en mis sentimientos, consumará la obra que ha empezado, y de la que depende nuestro común destino."

Este duelo cortés de juego tan cerrado con puntas embotadas, entre los dos grandes antagonistas que cambiaban con enojos concentrados, pero con decoro, sus sentimientos y sus agravios, y que debía degenerar más tarde en un sangriento pugilato en que ambos quedarían mal parados, terminó con una cordial y encomiástica carta del Almirante, quien, llamando por última vez "mi caro general" a su futuro enemigo, refuta —como en la anterior—, con su propia pluma, todas las difamaciones y calumnias estampadas contra él en sus *Memorias:* "Volveré a escribir a Vd. en español, no siendo de importancia si («no») me expreso en términos propios, pues creo me entenderá cuando le aseguro de mi gratitud personal por sus cariñosas promesas. He apreciado sus intereses más que los míos propios. De esto se convencerá cuando reflexione sobre aquella línea recta que he creído ser un deber seguir, con el riesgo de incurrir en su desagrado para siempre. Esto habría sucedido inevitablemente, si el talento de Vd. no le hubiese hecho ver las cosas con sus verdaderos colores, cuyo conocimiento ha adquirido Vd., afortunadamente, no habiendo nacido rey, pero sí para gobernar. Creeré para siempre que ha sido una de las ocurrencias más felices de mi vida, si la franqueza con que le he hablado ha impedido que se ejecutasen consejos contrarios a su nombre y opinión universal, sin esperar por la astucia aquello que se debe adquirir de un modo franco y honorable: el único digno de un gobierno que debe servir de norma a todos los de América, y aun al mundo entero."

V

Simultáneamente con esta singular correspondencia íntima, seguíase otra oficial de carácter más agrio, en que se ventilaban los asuntos de la escuadra que motivaron las disidencias. Sería tan inútil como enojoso reproducir las disputas que ambas partes han consignado en sus panfletos y documentos, en que la razón y la sin razón de una y otra parte se confunden, y el encono, la imprudencia, los términos medios o las recíprocas desconfianzas precipitan el conflicto. El Almirante, a la vez que hacía alarde de chilenismo en sus reclamaciones, atribuyéndose una representación externa ante el gobierno del Perú, al dirigirse al director de Chile, le anunciaba que su escuadra estaba a merced del beligerante que le diera de comer "Me parece muy probable que antes que pueda recibir

los víveres que solicito, la escuadra estará a la disposición de cualquier gobierno que tenga en sus manos recursos del país, ya muy agotados con el doble consumo de las dos partes contendientes."

San Martín, con justicia y prudencia, reconoció al fin, aunque tardíamente, los haberes de la marinería por cuenta del gobierno de Chile, garantiendo su pago, además de las gratificaciones a que por su palabra empeñada estaba obligado, y aun cuando estas promesas no se hubiesen hecho efectivas, los ánimos estaban más apaciguados al tiempo de la bajada de Canterac de la sierra (1º de setiembre). Así, Cochrane escribía a Monteagudo, ministro de la Guerra, al presentarse los realistas frente a Lima: "Ojalá que las circunstancias me hubiesen permitido llevarles, no solamente la tropa de marina, sino también los marineros. El movimiento del enemigo parece dictado por la desesperación. Quisiera acompañar a ustedes a cosechar los laureles que les aguardan; pero, si esto no puede ser, es debido a lo que tanto tiempo he previsto y deseado evitar, cuando estaba en su poder remediarlo. El cuidado de los castillos del Callao, si su guarnición saliese a ayudar a sus compañeros, es importante, y yo haré todo lo que pueda en este caso, así como para pagar a los marineros con lo que hay aquí."

Después de la adusta escena entre San Martín y Cochrane antes relatada (10 de setiembre), en que estos dos personajes se vieron por la última vez, el Almirante retiróse airado a bordo, y su escuadra se puso en verdadero estado de motín. Dos días después escribía al Protector: "Permanezco a bordo con la mira de guiar la tempestad que está formándose contra Vd.", palabras que él explicó más tarde diciendo que era para evitar que las tripulaciones se alzasen con los buques y "cometiesen piraterías en alta mar, para aliviarse de sus necesidades y obtener un equivalente de lo que tan justamente se les debía."

El Protector, por precaución, al poner la ciudad en estado de guerra a la aproximación del enemigo, había hecho depositar los caudales de la tesorería y las pastas preciosas de la casa de moneda, en un buque surto en Ancón, permitiendo se trasladasen a los transportes de guerra y a otros con bandera neutral, dineros de los particulares. Cochrane, aprovechándose de los conflictos que rodeaban a San Martín, así que lo supo, se apoderó por la fuerza de toda la plata y oro pertenecientes al estado y a los particulares, como artículos de contrabando, limitándose por toda formalidad a dar un recibo en globo de los bultos secuestrados. Se le ordenó inmediatamente que restituyese las especies, que se hallaban en un puerto de la dependencia del gobierno del Perú, sin violar ninguna disposición aduanera, a cuyo efecto se le acompañó nota de sus procedencias y propietarios.

En la imposibilidad de sostener la ficción del comiso, escribió confidencialmente a San Martín, y le volvió a llamar "mi caro

amigo", diciéndole que después lo instruiría de todo por oficio, y en tanto, le declaraba que se apropiaba de las especies para la escuadra: "Me es sensible que la necesidad imperiosa me haya obligado, para impedir una sublevación y la pérdida total de la escuadra, a satisfacer a los marineros, quienes empezaban a considerarse como implicado en alucinarlos, tomando a bordo de esta fragata la plata piña y dinero que he encontrado en los transportes, de todo lo que soy responsable. El mal de la necesidad es grande, pero un motín y la pérdida de los buques hubiera sido mil veces peores. Las dudas que suscitó el envío del dinero a este puerto, añadido al prospecto de un largo bloqueo, quizá ha sido la causa de sus recelos de no ser jamás pagados. Usted ha tenido que pagar su ejército, sin duda porque conocía que las promesas no eran premio suficiente, y así, no puede Vd. esperar que la marina dejaría de esperar los sueldos que se les deben."

Al día siguiente (16 de setiembre), recargando la ironía, le escribía en la misma forma: "He tomado sobre mí una responsabilidad enorme, para cortar consecuencias fatales a Vd. y quizás a los demás gobiernos independientes de América que dependen principalmente del éxito de Vd. Si no hubiese dado este paso, el menor que podía esperarse hubiera sido levantar el bloqueo y la entrada de víveres en el Callao, que, como Vd. sabe, tiene dinero para pagarlos bien. Como he dicho antes soy responsable de hecho, ante todo el mundo y ante Vd. ¿Piensa usted que su ejército le hubiese servido con el entusiasmo que vi el otro día, si no hubiesen sido pagados sus sueldos? Esto no ha podido esperarlo, y por consiguiente, ha tomado las medidas sabias de seguir otro camino. Estoy cierto de que su deber público le hubiera hecho tomar el dinero de su mismo hermano, si hubiera visto en el ejército el espíritu de motín que existía en la escuadra, cuando los marineros veían que tenían una seguridad mayor que las promesas, que dicen ellos han sido tantas veces burladas. Dicen que Vd. y yo firmamos un papel en Valparaíso asegurándoles su paga y además una gratificación a su llegada a Lima, y que esto no se ha cumplido; que lo prometió para mes y medio después de la toma del Callao y que ya ven al Callao socorrido por el enemigo; y dicen que luego les prometieron pagarles para cuando no haya enemigos en la América. Así raciocinan y nada puede convencerlos de lo contrario. De los dos males mencionados y otros muchos, he escogido el menor, y no dudo de que al fin pensará Vd. que este hecho es el mejor que como amigo podía hacerle."

VI

Como el Callao aun resistía y su pronta rendición dependiese de la carencia de víveres de que el bloqueo marítimo le impedía surtirse, la cooperación de la escuadra chilena era indispensable, y San Martín hubo de contemporizar, limitándose a insistir en la devolución de los caudales de los particulares, lo que se verificó según el criterio y beneplácito del Almirante. Rendido el Callao, la discusión oficial se reabrió, asumiendo por parte de Cochrane un carácter más agresivo y sarcástico. El gobierno le indicó que, para salvar el mutuo decoro, se formasen presupuestos, a fin de pagar las tripulaciones en la bahía del Callao con intervención del intendente de guerra, a cuya caja pertenecían los fondos secuestrados. La contestación fue: "El honor del gobierno está mucho más comprometido, que en la detención del dinero hallado a bordo de los buques en Ancón sin ningún documento legal en su aplicación a pagar los marineros, cuando se ve que pertenecía a un gobierno que se había abstenido de darles pan que comer. La necesidad carece de ley. Por más penoso que me haya sido recurrir a una medida que sabe Dios hubiese querido evitar, es el gobierno quien tiene la culpa y no yo. La transferencia de ese dinero al intendente en nada contribuiría al objeto que se busca, y sólo serviría para renovar en la escuadra la insubordinación y la rebelión, de la que mi juramento de fidelidad al gobierno de Chile —en oposición de las opiniones y de los hechos de él del Perú—, me ha compelido a procurar salvarla."

Viendo el Protector que la resistencia del almirante de Chile a todo avenimiento, siquiera de forma —aun satisfaciendo sus exigencias—, asumía el carácter de una intimación y de una reprobación internacional de su política y de los actos de su administración, cortó la discusión, y expidió una proclama a los marineros, en que confirmaba la distribución de los dineros del gobierno extraídos en Ancón iba a hacerse. A Cochrane le escribió, que "podía emplear la plata del modo que le pareciera". El Almirante, solicitó la presencia de un comisionado que autorizara el pago, y no recibiendo contestación, procedió por sí al abono de un año de sueldo, y el resto lo reservó, según confesión propia, para necesidades de la escuadra.

Hasta aquí los procederes del Almirante, si bien irregulares y violentos, podían hasta cierto punto justificarse por la ley de la necesidad que invocaba. Al fin, los dineros del tesoro público se aplicaban, con más o menos formalidades, en beneficio de la escuadra que había prestado tan grandes servicios y merecía ser atendida, aprobando el mismo Protector la inversión. Pero, deprimida la

autoridad del gobierno del Perú, alterada la paz pública, desmoralizadas las tripulaciones de la escuadra que desertaban en grupos o promovían conflictos diarios en tierra, el Protector hizo ordenar a Cochrane por medio de su ministro de Marina, en virtud de las instrucciones de Chile que lo autorizaban a disponer de parte o el todo de la escuadra, que se retirase inmediatamente con ella de las aguas del Perú, para dar cuenta de su conducta a su gobierno, agregando, que deploraba tener que tomar esta resolución con quien había hecho célebre su nombre por acciones señaladas. Despechado Cochrane, cometió nuevos atentados, asumiendo una actitud abiertamente hostil. Formó su escuadra en línea como en actitud de combate frente a las baterías del Callao, intentó apoderarse bajo sus fuegos de un buque que estaba a las inmediatas órdenes del Protector, y puso el puerto en una especie de bloqueo, poniendo en consternación al pueblo. Por último, llegó hasta desconocer el derecho de San Martín como generalísimo para impartirle órdenes, fundándose en que había faltado a la fidelidad que debía a Chile, y que por lo tanto no le competía darlas a su escuadra. Reiterada que fue la orden (3 de octubre), se retiró cuando le pareció bien, pero no para dirigirse a Chile, sino para emprender de su cuenta un nuevo crucero, como más adelante se dirá.

El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra chilena fue un golpe para el Protector, que desprestigió considerablemente su autoridad ante propios y extraños, lo privó del concurso de un elemento poderoso de que necesitaba para terminar la guerra en el Perú, y cortó en parte su vuelo como libertador para adelantar sus planes hacia el norte en combinación con Bolívar, según después se verá. Puede, pues, considerarse como una de las causas concurrentes que determinaron más tarde el retiro de San Martín de la escena americana.

VII

La correspondencia confidencial de O'Higgins con San Martín esparce una nueva luz sobre las desavenencias del Protector con el Almirante. El director de Chile, presintiendo la ruptura, escribía en vísperas de producirse (6 de agosto de 1821): "Yo he tenido que humillarme ante los jefes británicos con tal de conciliar las locuras de Cochrane con la marcha de nuestra revolución. Le he escrito sobre la necesidad de guardar moderación y tino en lo que a él toca. ¡Ojalá tenga en consideración mis reconvenciones y ayude a Vd. en sus trabajos!" Producido el hecho, no lo tomó de nuevo. "No me sorprende —decía— la conducta de lord Cochrane. Debe Vd. acordarse muy bien que repetidas veces conferenciamos y fundadamente recelábamos se verificasen alguna vez los desgra-

ciados acontecimientos sucedidos con todo dolor nuestro y descrédito de la revolución, aunque esta parte no nos quepa a nosotros. ¡No nos quejemos de falta de previsión, y sí de resolución! Todos tenemos la culpa, y la Logia en la mayor parte. Lo más temible por último resultado será que ese mismo dinero que ha tomado y la escuadra no nos pongan en nuevos trabajos."

Como San Martín, irritado y mal aconsejado, indicase la medida de poner a Cochrane fuera de la ley, O'Higgins, no obstante creer a su Almirante hasta capaz de convertirse en merodeador, lo observaba con más serenidad: "De ningún modo conviene poner a Cochrane fuera de la ley, porque entonces, apoyándose en cualquiera provincia independiente, enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los puertos, destruiría el comercio estableciendo aduanas en las islas y situaciones más análogas, y últimamente, uniendo sus intereses a los de los comerciantes extranjeros, convendría en ideas. No debe esperarse ventaja alguna de las disposiciones de sir Thomas Hardy (el comodoro inglés en el Pacífico), que hoy corre muy bien con él, constándome hasta la evidencia que trabaja por ganarlo enteramente para afianzar la utilidad del comercio británico y darnos la ley en punto a derechos. Así, nuestra declaración fuera de la ley, además de no tener efecto alguno, aparecería desairada por no tener fuerza para ejecutar nuestra resolución, y en tal caso conviene más probar otros medios que alcancen a tan grave mal."

Pero, si el director condenaba a Cochrane, el pueblo chileno, cuyo sentimiento halagaba, aunque exagerándolo, no sólo lo absolvía, sino que lo aplaudía. Por otra parte, el Almirante, antes de lanzarse de su cuenta a un nuevo crucero, había regularizado su posición ante el gobierno de que dependía, de manera que ni aun la reprobación oficial de su conducta era posible. "Cochrane protesta volver a Valparaíso —escribía O'Higgins—, después de carenar la *O'Higgins* en Guayaquil, y destruir, si aún existen, las fragatas *Prueba* y *Venganza.* Estas promesas lisonjeras nos obligaban a variar nuestra política y esperar sucesos menos desagrables que los de Ancón. En Chile se ha aprobado generalmente el uso de los caudales en cuestión, para víveres y sueldos de los marineros, y las opiniones sobre esta materia se han avanzado más allá de los límites de la moderación. Hay lances en que es forzoso que el disimulo obre en el nivel de la ley y de las circunstancias. Creo, pues, que debe llamarse al orden al Almirante, tocando cuantos medios nos pueda sugerir la política. Al efecto, se le han remitido víveres y marineros, para que pueda navegar la escuadra de regreso a este estado. Su bajada a Guayaquil remueve los temores de Vd. acerca del embarazo que le oponía para la expedición a Pisco."

Cuando los enviados del Protector, García del Río y Paroissien, se presentaron a O'Higgins con el objeto de reclamar contra los procederes de Cochrane y pedir su desaprobación, encontráronse en presencia de esta situación compleja. El director de Chile les manifestó sin embozo, que "convenía con ellos en que Cochrane era el hombre más perverso de la tierra, y que estaba convencido de que era un criminal y un impostor que trataba de alucinar al gobierno y a los chilenos con gruesos paquetes de correspondencia llenos de calumnias contra el Protector, quien, contra sus consejos y dictamen, se había empeñado en llevarlo en la expedición; pero que era preciso contemporizar, por no ser conveniente la reprobación pública, ni posible dar una satisfacción al gobierno del Perú sino de una manera reservada, como se había hecho oficial y confidencialmente."

Los conflictos entre San Martín y Cochrane no habían terminado. El Almirante triunfaría al fin de la influencia del Protector ante su único aliado, y su conducta sería oficialmente aprobada por él, infligiéndole nuevas humillaciones.

VIII

Cochrane no era capaz de traicionar la causa que había adoptado, como llegó a sospecharlo O'Higgins, ni de convertirse en un merodeador marítimo como lo suponía el director de Chile. Naturaleza desequilibrada, intemperante y arbitrario, impulsado por sus pasiones impetuosas, ensimismado y valeroso a la par que codicioso, era siempre el mismo héroe con todos sus defectos y sus grandes cualidades. Había conquistado el predominio del mar Pacífico para la independencia sudamericana, y quería terminar su obra barriendo con su escoba vencedora las últimas naves españolas que aún flotaban errantes en sus aguas. Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, que formaron parte de la escuadra del Callao, unidas a la corbeta *Alejandro*, buque mercante de 22 cañones armado en guerra, aún mantenían alzado el pendón del rey de España, habiendo escapado hasta entonces a la persecución del Almirante. Era un trofeo que faltaba a su corona naval y una presa que prometía rico botín de guerra. Así, al dejar las playas del Perú (6 de octubre de 1821), el soplo de la gloria y del interés inflaba sus velas.

El Almirante despachó a Chile la *Lautaro* y el *Galvarino*, y con la *Valdivia*, comandante Cobbets; la *O'Higgins*, comandante Crosbie; la *Independencia*, comandante Wilkinson, y las presas *San Fernando* y *Mercedes*, puso rumbo al norte. En Guayaquil (18 de octubre), embonó y avitualló sus maltratadas naves, pagándose los gastos con los premios de presas, incluso el dinero tomado en Arica que permanecía a bordo en depósito. Al dejar Guayaquil (3 de

diciembre) la capitana hacía seis pies de agua por día. Empeñado en dar caza a las fragatas, continuó su navegación, registrando todas las bahías y caletas a lo largo de las costas hasta Panamá, Tehuantepec y California (enero de 1822). Nadie le daba noticia de las misteriosas naves españolas. De regreso, supo en Atacame (costa de Esmeraldas), que desde Panamá se habían dirigido a Guayaquil. y continuando a toda vela su rumbo al sur, se dirigió a este puerto.

Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, desprendidas de la escuadra del Callao, sirvieron para transportar las tropas españolas que del Alto Perú se embarcaron por Arica para reforzar el ejército de Lima. En diciembre de 1820 se avistaron por la última vez frente al Cerro Azul, al sur de Lima. En virtud de órdenes secretas del Virrey, dirigiéndose al sur y se refugiaron en los puertos de Méjico. Puestas a órdenes del capitán general de Nueva Granada en 1821. acudieron a Panamá, donde se reunieron con la corbeta *Alejandro*, en circunstancias que las provincias del Istmo —Panamá y Veraguas— se declaraban independientes (28 de noviembre de 1821), como partes integrantes de la República de Colombia. Los capitanes, viéndose aislados en medio de los mares, a lo largo de una costa enemiga, sin medios de proporcionarse ni siquiera víveres, celebraron con los independientes un convenio de suspensión de hostilidades (4 de diciembre de 1821), a trueque de algunos auxilios, y en seguida se dirigieron al sur, a buscar fortuna, y bloquearon el puerto de Guayaquil.

Hallábanse a la sazón en Guayaquil los generales Francisco Salazar y La Mar, el primero en calidad de agente diplomático del Perú, y el segundo, incorporado ya a las filas independientes como comandante de armas de la provincia. Ambos, de acuerdo con el gobierno, entraron en negociaciones con los capitanes españoles, y los convencieron de que estaban perdidos, pues si no perecían de hambre, caerían irremisiblemente en poder de Cochrane, que los perseguía. En consecuencia, las dos fragatas capitularon con el representante del Perú, obligándose a entregarlas en el Callao por sus mismos oficiales, mediante el abono de sus sueldos devengados y la garantía de ser trasladados a su país los que no prefiriesen alistarse en las filas independientes con un ascenso en sus respectivas clases (15 de febrero de 1822). La *Prueba* se hizo inmediatamente a la mar bajo la fe de las capitulaciones, y cumplió su compromiso. La *Venganza* quedó reparándose en Guayaquil. Estos fueron los últimos buques de guerra que con la bandera soberana del rey de España flotaron en las aguas territoriales del Pacífico. La independencia marítima de la América meridional estaba consumada.

De regreso Cochrane a la isla Puná, en el golfo de Guayaquil (13 de marzo), supo que las codiciadas presas que con tanto tesón perseguía, se habían entregado al Perú. Herido en su orgullo y

defraudado en sus intereses, entró en la ría con sus buques en son de guerra, y ordenó al capitán Crosbie que ocupara a mano armada la *Venganza*, izando en ella el pabellón chileno al lado del peruano que llevaba. Así se hizo. El gobierno de Guayaquil reclamó, invocando los respetos a la bandera peruana y al territorio en que se hallaba el buque bajo los fuegos de las baterías, y al interpelar sus sentimientos de confraternidad americana, le manifestó que cualquier procedimiento en contrario se tendría por acto hostil, de que lo hacía responsable (marzo 14). Cochrane contestó que de los asuntos navales del mar Pacífico él sólo era el encargado, en los que no tenía que mezclarse el gobierno de Guayaquil; y que, habiéndose rendido las fragatas refugiadas a consecuencia de la persecución de su escuadra, las presas le correspondían legítimamente. En precaución de mayores avances, el pueblo se armó, las baterías desmanteladas se guarnecieron y alistóse la flotilla de lanchas cañoneras de la ría. Al fin, Cochrane convino en que la *Venganza* quedara como propiedad de Guayaquil, con su bandera, la que sería saludada, juntamente con la de Chile, con prohibición de enajenarla, bajo la garantía de cuarenta mil pesos, mientras los gobiernos de Chile y del Perú decidían la cuestión, y que la corbeta *Alejandro* se entregase a sus primitivos dueños. El general Salazar protestó contra el convenio; pero el gobierno de Guayaquil contestó que, después de haber intimado a Cochrane, al anuncio de romper el fuego, las resolución en que estaba de destruir las fragatas antes de dejarlas arrebatar de la bahía y obtener con esta actitud salvar los derechos del Perú, había hecho cuanto era posible para evitar mayores males y escándalos, conciliando todos los intereses.

IX

La nueva odisea del almirante del Pacífico no debía terminar sin otra tempestad, promovida por su genio turbulento. Al tocar otra vez la costa norte del Perú (abril 12), le fue negado proveerse de víveres y hasta hacer aguada, con arreglo a las órdenes anticipadas que del Protector tenían sus autoridades. Irritado por esta negativa, dirigióse al Callao. Su aparición causó grande alarma (abril 25). La *Prueba* bautizada con el nombre de *Protector*, y mandada por el capitán Guise, se guarneció con tropas y púsose bajo el amparo de las baterías de los castillos. El Almirante dirigió un oficio al ministro de marina, quejándose del procedimiento hostil de negar víveres y aguada a su escuadra, después de ejecutar la última hazaña naval que daba a los independientes el dominio absoluto del Pacífico, y renovó sus reclamaciones sobre los premios y haberes que se le debían por el Perú, con la misma acritud

que antes. El gobierno del Perú declinó entrar con él en transacciones respecto de un punto que debía arreglarse amigablemente de gobierno a gobierno. El ministro se trasladó a bordo de la capitana chilena, con el objeto de traer a Cochrane a sentimientos de moderación y amistad; ofreciéndole una recepción honrosa en Lima, y encomendarle el mando de una expedición sobre las Filipinas, con las escuadras combinadas de Chile y el Perú. El Almirante, intransigente y altivo, contestó que: "No era su ánimo causar al Protector ningún perjuicio, porque no le temía ni odiaba, aunque desaprobase su conducta; y que no aceptaría honores ni recompensas de un gobierno constituído con menosprecio de solemnes promesas, ni pisaría un país gobernado contra toda ley."

No pararon en esto los arrogantes alardes del Almirante. Pocos días después, la goleta *Moctezuma*, buque que había pertenecido antes a la escuadra chilena, pasaba por su costado sin saludarle. Este desaire, que hería su vanidad de marino, puso el colmo a su irritación. Mandó hacer fuego sobre ella, la obligó a echar el ancla a su costado y abordándola con gente armada, arrió el pabellón peruano que llevaba, substituyéndolo con el de Chile. Las hostilidades estaban a punto de romperse, cuando Cochrane se dio a la vela (mayo 10). Recibido en triunfo por el pueblo chileno, su conducta fue aprobada por el gobierno. Poco después abandonó para siempre las aguas del Pacífico, cuyas ondas murmurarán eternamente su glorioso nombre.

Sobre la base de la *Prueba* empezó a organizarse la naciente escuadra peruana, de la que el almirante Blanco Encalada, el captor de la *María Isabel*, antecesor de Cochrane, fue nombrado almirante.

Capítulo XXXV

EL PROTECTORADO DEL PERU (PLANES CONTINENTALES. — DERROTA DE ICA)

1821-1822

Estado de la guerra de la independencia en el Perú. — La insurrección peruana. — Actitud de los realistas en la sierra del Perú. — Derrota de Pasco. — Incendio de Cangallo. — Situación de los beligerantes en el Alto y Bajo Perú. — Planes americanos políticos y militares de San Martín. — Nuevo plan de política peruana. — Síntesis de la situación militar del Perú. — Graves errores militares de San Martín. — Una división independiente ocupa el valle de Ica. — Es atacada por los realistas. — Derrota de la Macacona. — Triunfo de las armas independientes en Quito. — La conferencia entre San Martín y Bolívar postergada. — San Martín procura reparar el error de Ica. — Medidas que dicta al efecto. — Misiones diplomáticas a Chile y a la República Argentina. — Se prepara a abrir campaña formal sobre puertos intermedios. — Maniobras misteriosas de San Martín. — Terrorismo sistemático de Monteagudo. — Acuerdos con Bolívar, Chile y Colombia. — San Martín se dirige a Guayaquil a conferenciar con Bolívar. — Momento histórico de la América Meridional.

I

En el intervalo de los deplorables acontecimientos relatados en el capítulo anterior, que retardaban la marcha de la revolución sudamericana, habíanse desarrollado simultáneamente importantes sucesos que la encaminaban por vías nuevas y más seguras.

Después de la desastrosa retirada de Canterac, el virrey La Serna llegó a temer por su seguridad en Jauja al frente de un ejército debilitado, a 190 kilómetros de Lima. En consecuencia, decidió retirarse al Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, para establecer allí la sede del último gobierno colonial y dar a la administración militar y a la guerra dirección más conveniente. Hizo que el ejército del Alto Perú se concentrase en el Oruro y se pusiera en comunicación con el del Bajo Perú, encomendándole la defensa de la costa del sur. Reforzó la guarnición de Puno, Arequipa y Tacna, manteniendo su dominio sobre los puertos inter-

medios. Pidió reclutas para formar nuevos cuerpos y llenar los claros de los existentes, y se contrajo activamente a su organización y disciplina. El grueso del ejército a órdenes de Canterac, quedó ocupando el valle de Jauja, que como punto estratégico y centro de recursos, constituía la clave de toda combinación militar, la base de su seguridad y subsistencia en la sierra. En esta actitud se mantenía en una sólida defensiva para rechazar cualquiera invasión por la cordillera o por los puertos intermedios, y se preparaba a tomar oportunamente la ofensiva con ventaja (diciembre de 1821).

Canterac, para asegurar su posición y proporcionarse recursos de que carecía —hierro, municiones y medicinas—, desprendió sucesivamente al mando del coronel Loriga dos columnas ligeras sobre Pasco, donde aun ardía el no extinguido fuego de la insurrección. El presidente de la provincia, Otero, que después de la retirada de Arenales habíase mantenido en aquel punto al frente de 200 hombres de tropa veterana, reunió en torno suyo como 5.000 indios, y armándolos de hondas y palos se resolvió a salir al encuentro de Loriga en su segunda entrada. Los realistas habíanse establecido en el pueblo del Cerro, y se ocupaban en cargar 200 mulas con pertrechos de guerra, cuando inopinadamente fueron atacados a las 3.30 de la mañana, sublevándose contra ellos los indios de la población (diciembre 7). La confusión fue grande, una parte del parque hizo explosión, y el pánico cundió en sus filas al oír en la oscuridad de la noche el alarido de los asaltantes, y la dispersión iba a pronunciarse en la tropa, cuado el jefe español la contuvo con serenidad y energía. Se reconcentró sobre la iglesia, y ocupando las casas inmediatas, resolvióse a esperar el día a la defensiva. Con las primeras luces del alba, reconoció la posición de los independientes; los atacó con ímpetu, y casi sin resistencia los puso en completa derrota, matando más de 700 indios, con solo la pérdida de un muerte, nueve heridos y dos dispersos. Fue otra carnicería como las de Cangallo, Huancayo y Ataura.

En el Alto Perú, el famoso caudillo José Miguel Lanza se mantenía en armas en las inexpugnables montañas de Ayopaya —entre Cochabamba y La Paz—, rechazando triunfalmente las expediciones de los realistas dirigidas contra él. Durante la expedición de Miller a puertos intermedios, le había ofrecido su cooperación, y en la época a que hemos llegado, renovaba su decisión de concurrir activamente a la guerra de la independencia, maniobrando con su división a retaguardia del enemigo. En Potosí estalló por este mismo tiempo una sublevación (2 de enero de 1822). Sofocada prontamente por el brigadier Maroto, a la sazón presidente de Charcas, el país volvió a quedar en quietud.

La insurrección indígena, tan inconsistente como era militarmente, volvió a retoñar en la sierra en el centro del poder español.

El pueblo de Cangallo, unido a los indios de Huamanga, volvió a levantarse por tercera vez (diciembre de 1821). Carratalá acudió a sofocar la sublevación, señalando su trayecto con incendios y ejecuciones bárbaras. Cangallo, según sus propias palabras, "quedó reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos" en castigo de su rebeldía (17 de enero de 1821). El virrey La Serna aprobó esta sentencia, prohibiendo que nadie pudiese reedificar en el terreno que ocupaba. El gobierno del Perú decretó que se levantase un monumento en honor de la heroica villa, y la poesía vengó este ultraje contra las leyes de la humanidad, estigmatizándolo con marca de fuego.

Pero estas evoluciones dentro de los propios elementos, estas insurrecciones inconsistentes y estos triunfos sin trascendencia, en nada modificaban las condiciones de la lucha. La guerra se mantenía en balanza. La línea divisoria entre los beligerantes era insalvable para uno y otro. Ambos eran impotentes para destruirse en sus posiciones. Una victoria o una derrota parcial no decidía nada. Los independientes eran invencibles en el territorio del norte del Perú que ocupaban, sobre todo, después del rechazo de Canterac y de la rendición del Callao. Los realistas, dueños de toda la sierra y del litoral del sur del Perú, si bien no eran inexpugnables en sus montañas y eran por un punto vulnerables, nada tenían que temer por el momento de los independientes, sobre todo, después de la retirada de Arenales, y del retroceso de la expedición de puertos intermedios. Aunque las fuerzas no estaban numéricamente equilibradas, la superioridad de los realistas —más de dos contra uno—, estaba neutralizada por su diseminación en una vasta extensión de territorio, desde Pasco hasta Humahuaca en la frontera argentina. La de los independientes en su totalidad no era suficiente para emprender una campaña formal. Cualquiera de los dos que operase en masa sobre el territorio enemigo, no podía prometerse ventajas, y corría el peligro de tener que replegarse quebrado o ser vencido.

El problema de la guerra del Perú estaba en la sierra, pero su solución dependía del acuerdo militar de la América insurreccionada, y sobre todo del de sus libertadores del Sur y del Norte, que tenían en sus manos su espada y sus destinos y se acercaban el uno al otro con sus masas compactas para operar su conjunción.

II

El Protector, reaccionando sobre sí mismo y sobre los acontecimientos, encaró con fijeza los arduos problemas de la situación. Cuatro grandes cuestiones la dominaban: la de Guayaquil, que estaba en suspenso; la de la lucha continental por la emancipación,

que tocaba a su término; la guerra en el territorio del Perú, que se mantenía en estado crónico; y el sistema político a adoptarse, respecto del cual se había comprometido en vías extraviadas. Aquí el hombre de guerra y el político americano vuelve a reaparecer. La cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que había que desatar sin romper: la independencia que había proclamado, su incorporación al Perú y su agregación a Colombia. Podía dar origen a un conflicto entre el Perú y Colombia, y resolvió prudentemente aplazarla, preparando la solución por la diplomacia, a cuyo efecto acreditó como ministro cerca de su gobierno al general Francisco Salazar, con instrucciones expectantes (30 de noviembre de 1821). Las otras tres cuestiones eran irreductibles, y tenían que encararse y resolverse simultánea y armónicamente. La guerra americana tenía que terminarse en el Perú, y para terminarla, era necesario allegar todos los elementos activos de la América. Y para lo uno y lo otro, era indispensable uniformar el sistema político de todo el continente.

La guerra continental se había simplificado, y estaba circunscripta a dos focos: el Perú y Quito. Después de la batalla de Carabobo, la guerra por su independencia había terminado en Colombia, y sólo en un punto reducido de su territorio resistían aún los últimos restos de los ejércitos realistas derrotados en Costa Firme. El último ejército realista del Norte estaba aislado en Quito, Bolívar, a la vez que adelantaba sus marchas hacia el sur para tomar a Quito por la espalda, desprendía un cuerpo de ejército sobre las costas del Pacífico con el objeto de atacarlo por el frente sobre la base de Guayaquil, y escribía a San Martín (29 de octubre de 1821), buscando su acuerdo para terminar rápidamente la guerra continental en combinación con la escuadra del Pacífico. El alzamiento de Cochrane con la escuadra chilena hizo abandonar este proyecto.

San Martín, al darse cuenta exacta de la situación, aprovechó la abertura de Bolívar para buscar una conferencia, con el designio de fijar la suerte de la América del Sur en el orden militar y político (enero de 1822). Así lo anunció públicamente al delegar el mando en el marqués de Torre-Tagle, determinando netamente los objetos de la entrevista. Estos eran: el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación. Anticipándose a los acuerdos que debían sellar la alianza ofensiva y defensiva de las repúblicas americanas, resolvió prepararlos a fin de unir de hecho sus armas con las de Colombia para terminar la guerra de Quito, y con el concurso de todas las fuerzas triunfantes rematar la guerra de la

independencia en el Perú (enero de 1822). Más adelante se verá cómo se verificó este hecho preparatorio y los resultados que dio.

Sea que al proceder así meditase ya retirarse de la escena americana —como lo declaró poco después—, dejando organizado el triunfo final, sea que, mejor aconsejado, reaccionara contra sus propias ideas, y procurase retemplar las fuerzas de la revolución al entregar al pueblo sus propios destinos, cambió de rumbo político, y a pesar de su repugnancia por las asambleas populares, de sus teorías sobre la unidad del poder en tiempo de guerra y de los planes monárquicos que había iniciado diplomáticamente, decretó anticipadamente la convocatoria del congreso peruano (27 de diciembre de 1821), a fin de establecer la forma definitiva de gobierno y dar al país la constitución que mejor le conviniese. Al expedir este decreto, dijo: "El alto fin de todas mis empresas, después de dar la libertad al Perú, ha sido consolidarla. Los enemigos sólo son ya temibles donde no encuentran a quien combatir, porque sólo buscan pueblos indefensos que desolar. La opinión pública ha progresado rápidamente. Es tiempo de que se haga el primer ensayo de sobriedad y madurez de los principios sobre que se funda. En seguida al anunciar su conferencia con el libertador del Norte, decía: "Yo volveré a ponerme al frente de los negocios públicos en el tiempo señalado para la reunión del congreso: buscaré al lado de mis antiguos compañeros de armas, si es preciso que participe, los peligros y la gloria que ofrecen los combates; y en todas circunstancias seré el primero en obedecer la voluntad general y en sostenerla." Este programa constitucional, este prospecto militar y político, que despertaba nuevas esperanzas y aseguraba el triunfo, disipaba las últimas nubes que podían oscurecer el horizonte americano.

Quedaba la cuestión de la guerra peruana por resolver. Balanceadas las fuerzas, no obstante la desproporción numérica, inatacables los beligerantes en sus respectivas posiciones, mil o mil quinientos más o menos de parte de los independientes no alteraban el equilibrio, mientras podían ser decisivos en la guerra de Quito, para traer después al Perú el concurso de las fuerzas triunfantes en el resto del continente independiente ya. De aquí la decisión de San Martín de unir sus armas con las de Colombia, aun antes de formalizar el pacto de alianza ofensivo y defensivo con Bolívar.

III

San Martín comprendió que el sistema de guerra expectante que hasta entonces había adoptado por necesidad al invadir el Perú o seguido sistemáticamente después de su entrada en Lima, no le daría resultados, y que los realistas, posesionados de la sierra,

se rehacerían siempre en ella, y a pesar de sus derrotas, podrían tomar nuevamente la ofensiva, dada su superioridad numérica. Decidióse por lo tanto a iniciar por partes el plan de campaña que tenía estudiado y que por insuficiencia de medios no había puesto en práctica, preparando así la reapertura de las hostilidades en escala mayor. En la imposibilidad de abrir desde luego operaciones decisivas, pensó que llamar la atención de su enemigo por varios puntos distantes en su base y convergentes a uno solo, con la sierra por objetivo, era el mejor medio de debilitarlo y mantenerlo diseminado, mientras reunía mayores elementos para tomar la ofensiva y darle un golpe mortal, utilizando al efecto la ventaja de ser dueño de las costas. La insuficiencia de sus elementos no daba para más, y el genio no podía alterar la pesantez específica de las masas, que harto hacía en mantener relativamente ponderadas.

La guerra, como la lucha por la vida, es la combinación complicada y el choque simultáneo o alternativo de las fuerzas de la naturaleza, dirigidas por la voluntad humana dentro de la órbita circunscripta de sus facultades. Ningún hombre de acción ha triunfado contra las leyes inmutables del mundo físico, que así determinan la gravitación de los astros como deciden de la suerte de las batallas. Las fuerzas naturales son los polos magnéticos a que concurren todas las acciones subordinadas a ellas. Sin el concurso de las fuerzas de la naturaleza, combinadas con las fuerzas morales de las almas, jamás se alcanzó ninguna gran victoria. Lo que se llama la estrella o la buena o mala fortuna de los hombres de guerra, no es sino la combinación alternada de estos factores. El primer capitán del siglo fue vencido por la acción física de los fríos de Rusia y se estrelló contra la fuerza moral de la opinión popular de España. Una tempestad, lo mismo desgaja una selva secular que mata un insecto. Como se ha dicho, en las balanzas del destino en que se pesa una libra, se pesa un pueblo con otro pueblo, una masa con otra masa. Es cuestión de fuerza de percusión que equilibra los pesos, o de fuerza de inercia que no se deja penetrar ni por la percusión ni por el peso.

San Martín, en su expedición al Perú supo combinar las fuerzas físicas con las morales. Tocóle por base de operaciones un territorio malsano, escaso de recursos y pobre de hombres fuertes, en un país heterogéneo, dividido por el antagonismo de castas, con marcadas zonas étnicas que determinaban las de las operaciones de los beligerantes. La distribución de estos diversos elementos imprimió su carácter a la lucha. Debido al concurso de la opinión, San Martín no fue arrojado al mar con sus cuatro mil hombres cuando invadió las costas defendidas por veintitrés mil soldados. Merced a ella, Arenales efectuó su triunfante marcha de circunvalación por el interior del país. Con ella entró a la ciudad de los Reyes y la defendió contra la invasión de los realistas; consolidó

la ocupación del norte del país, y con menos hombres equilibró la fuerza respectiva de los ejércitos. Pero la peste de Huaura enflaqueció su ejército, hasta reducirlo a la impotencia para la ofensiva. Lima fue el sepulcro de la división vencedora en la segunda campaña de la sierra. Las fiebres redujeron a la mitad las tropas de la expedición de puertos intermedios. La molicie de la Capua americana y la enervación de la disciplina militar hicieron el resto. De aquí el sistema de guerra expectante de San Martín, que pudo ser una causa concurrente de la inacción, pero que era una consecuencia de la naturaleza del teatro de operaciones y de la distribución de los diversos elementos de acción del país.

El Perú no estaba militarmente revolucionado. Sus insurrecciones populares eran inconsistentes, como se ha visto. Sus alistamientos regulares, apenas formaban un embrión de ejército, sin generales nativos ni espíritu nacional. El levantamiento patriótico del norte, y la organización espontánea de las guerrillas que tan eficazmente contribuyeron a la rendición y defensa de Lima, y el concurso prestado a Arenales en la sierra en sus dos campañas, habían sido hasta entonces los únicos síntomas que revelasen la existencia de una nueva nacionalidad con fuerza propia. El nervio de la guerra la constituían los ejércitos auxiliares de Chile y la República Argentina, como queda dicho. Mientras tanto, los realistas, vencidos en el mar, expulsados de la costa, perdidas sus fortalezas, organizaban militarmente la parte del país que ocupaban con sus armas, llenaban y aumentaban sus filas con hombres más aptos para la guerra y más avezados a la fatiga, a los que inoculaban su espíritu en un clima más sano y en comarcas más abundantes; se rehacían por dos veces en la sierra, y por la tercera vez se preparaban en ella a tomar la ofensiva con dobles fuerzas físicas. Tal era la situación militar.

En tal situación San Martín se convenció de que el sistema de guerra expectante no daba resultados, y si los daba eran negativos. Era visto que el problema no estaba en la costa, sino en la sierra; pero, para resolverlo, era necesario mayor concurso de fuerzas combinadas. De aquí el empeño del general en dar consistencia política y militar a la nueva nacionalidad peruana, dotándola de todos los atributos de soberanía y de poder que la complementasen, y la hicieran concurrir más eficientemente a la acción conjunta de las demás secciones americanas que luchaban por su emancipación. Pero a la vez comprendía que el Perú no tenía en sí los elementos militares suficientes para robustecer más la acción de los ejércitos auxiliares, y que era necesario buscarlos fuera del país. Empero, mientras tanto era un deber y una necesidad que se imponían, desenvolver su acción con las fuerzas con que contaba, y se decidió a adoptar un sistema de guerra defensivo-ofensivo, iniciando a medias el plan general de campaña que tenía meditado,

y que más adelante se le verá trazar con todas sus líneas. De este modo, al consolidar su base de operaciones, se preparaban mejor para atraerse el concurso de los aliados bajo cuyas banderas había realizado la expedición, y propiciarse otros nuevos al norte del continente, prestando el concurso de sus armas a Bolívar, a condición de ser a su vez auxiliado en el Perú, para terminar de un golpe la guerra continental.

IV

El hombre de guerra reaparecía, pero sin las previsiones del general de los Andes en la distribución y manejo de las fuerzas que tenía bajo su mano. Al poner en práctica su sistema de guerra defensivo-ofensivo para entretener las operaciones mientras llegaba el momento de desenvolver en más vasta escala el plan de campaña ofensivo que tenía meditado, lo hizo cometiendo errores inconcebibles en un capitán tan experimentado, que había dado tan señaladas pruebas de su genio militar. Todo le aconsejaba adoptar una ofensiva sólida ligada a su reserva, que no lo comprometiese más allá de la expectativa que por necesidad y cálculo se imponía. A menos de no estar dispuesto a empeñar el todo de sus fuerzas en una operación decisiva que las circunstancias le brindasen, debió limitarse a una defensiva segura y a una ofensiva volante. Dueño de las costas y de todos los caminos al occidente de la cordillera desde Pasco hasta Huancavelica y Huancayo, y aun de Arequipa, podía elegir sus puntos de ataque para abrir hostilidades parciales, sin ensanchar demasiado el círculo de sus operaciones. Debió evitar la ocupación de posiciones avanzadas estables que no pudiera sostener, y en todo caso proveer a los medios de retirada de sus divisiones destacadas, o prever todas las eventualidades a que pudieran verse expuestas. Fue todo lo contrario lo que hizo, y lo que no previó, y agravó estos errores militares con otros no menos graves en la ordenación administrativa de las fuerzas.

San Martín decidió ocupar con una división destacada el valle de Ica, penetrando por Pisco, a 286 kilómetros de su reserva en Lima, y con un desierto intermedio en la región de la costa. Ica no era una posición militar, sino consideraba como punto de recursos para el avance ofensivo sobre la sierra de una columna que se bastase a sí misma, u obrase en combinación con otra que por distinto punto amagase al enemigo posesionado en ella. Por consecuencia, la división independiente situada en Ica, desde que no concurriese directa ni indirectamente en su apoyo la reserva, estaba expuesta a ser envuelta por los españoles que ocupaban Jauja, Huancavelica, Huamanga y Arequipa, y por consiguiente su posi-

ción era tan falsa como precaria. Agréguese a esto que la opinión del vecindario de Ica era contraria a la causa de los independientes, por las repetidas exacciones cometidas en sus propiedades por Cochrane y por el mismo San Martín, y se tendrá idea de la peligrosa situación de una columna así destacada.

La división destinada a ocupar a Ica, se compuso de los batallones números 1 y 3 del Perú y número 2 de Chile, con algunas compañías sueltas de infantería, y de los escuadrones de Lanceros y Granaderos a caballo del Perú, con 6 cañones de a 4, sumando un total de 2.111 hombres. En el empeño de San Martín de hacer surgir entidades peruanas, confió el mando de esta fuerza al ciudadano don Domingo Tristán y al coronel Gamarra, y éste fue el más craso de todos los errores. Era Tristán natural de Arequipa, perteneciente a una familia noble, circunstancia que tal vez lo hizo preferir. En los primeros años de la revolución en el Alto Perú habíase pronunciado por ella; posteriormente volvió a servir con los realistas en puestos civiles, y a la sazón estaba alistado en las filas independientes. Condecorado con el título de general, se le confió el mando superior de la expedición. Siendo evidente su incapacidad militar, pues carecía de experiencia y hasta de conocimientos teóricos, puso a su lado como jefe de estado mayor y en calidad de coadjutor de guerra al coronel Gamarra, otra nulidad reconocida en todo sentido, como lo había mostrado en la campaña de la sierra.

Las instrucciones que San Martín dio a Tristán se reducían a triviales preceptos de guerra, a máximas morales sobre la combinación de la fuerza militar y a la opinión y al estado social del Perú, prevenciones de cabo de escuadra sobre el orden disciplinario y mecánico de la tropa y armamento, y consejos más bien que órdenes sobre el sistema de hostilidades que debía seguirse. "Siendo el sistema de guerra que más conviene a la localidad del Perú — decía en ellas — el de sorpresas y posiciones, y aun más que éste, el de recursos, se tratará siempre de no comprometer ninguna acción, si no es con conocida ventaja. Se podrá subdividir la división en dos expediciones, si se creyese conveniente." A la vez, anunciaba que daría por separado el plan de campaña que debía observarse, el cual nunca dio, porque no había plan posible sobre estas bases y con jefes reconocidamente tan ineptos. Para colmo de tantos errores, al mismo tiempo que encarecía "la unidad de acción y de mando", confiaba la dirección a la "unión fraternal entre Tristán y Gamarra", obrando en el orden político el primero según su prudencia, y en lo militar de acuerdo con el segundo, según las prevenciones verbales hechas a éste. Las instrucciones verbales que el General dio a Gamarra se redujeron a la ocupación permanente de Ica, teniendo por objeto hostilizar a los españoles dueños de la sierra y contenerlos, en caso de que intentasen bajar a la costa,

y a la vez que impedir que el enemigo recibiera por los puertos auxilios de armas o de otro género, del exterior. Ninguno de estos objetivos podía llenarse. Una división, más débil que la que ocupaba la sierra, y no tenía acción eficaz sobre ella para hostilizarla, y no podía sostenerse, ni aun a la ofensiva en posición aislada. Atentar a la vigilancia de toda la costa, era debilitarse perdiendo de vista el otro objetivo, con el riesgo de ser batida fragmentariamente, cuando, por otra parte, quedaba libre a los realistas el puerto de Arica, que era por donde recibían sus auxilios del extranjero.

Todo en esta malhadada expedición, confiada a la ineptitud, lleva el sello de la imprevisión. Los más renombrados generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la campaña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun en el arma en que era maestro. ¡Pero verdaderamente no se concibe dónde el gran capitán tenía la cabeza cuando resolvió la expedición y dictó tan insubstanciales como mal calculadas instrucciones! La única explicación que tiene esta expedición, es que con elementos nacionales se proponía fomentar la insurreción popular de la sierra, a la que daba mayor importancia de la que tenía, para aumentar el ejército peruano y mantener al enemigo en alarma, en la persuasión de que con esta atención no le sería posible tomar la ofensiva sobre la costa. Así lo indica el hecho de dotar el parque de la división de Tristán de armamento para cuatro mil hombres y de una imprenta para propagar las ideas de la revolución. Pero para el caso de que el enemigo tomase la ofensiva con fuerzas superiores, nada serio había previsto.

V

Situado Tristán en Ica, permaneció en la inacción a que fatalmente estaba condenado. Limitóse a extender sus partidas hasta Nazca y a observar los caminos de la sierra, despachando espías y agentes al territorio enemigo, que le transmitían avisos equivocados, cuando no falsos, pues, como queda dicho, la opinión de la comarca le era contraria. Algunas guerrillas patriotas que por el valle de Cañete se habían acercado a Ica para cooperar en las imaginadas hostilidades de la columna de Ica, hicieron incursiones al oriente de la cordillera. Tal era su situación setenta días después de abierta esta singular campaña (principios de marzo de 1821). San Martín, mientras tanto, anunciaba desde Lima una irrupción de Arenales sobre Jauja, para mantener la alarma que se proponía; pero el tiempo se pasaba, y este vano alarde no podía engañar a los realistas, que tenían conocimientos exactos de su situación.

El Virrey, que conocía la supina ignorancia de Tristán y la incapacidad militar de Gamarra, por haber tenido a ambos a sus órdenes, supo aprovecharse de la falta cometida por San Martín.

El general Canterac, situado con el grueso del ejército en Jauja, y Valdés, ascendido a general, que guarnecía a Arequipa, recibieron órdenes para converger sobre Ica y destruir la división independiente allí situada.

El 4 de abril movióse Canterac resueltamente de Jauja a la cabeza de 1.400 infantes y 600 jinetes con 3 piezas de artillería, casi al mismo tiempo que Valdés se ponía en marcha desde Arequipa con 500 hombres, para converger al objetivo de Ica. Tristán, mientras tanto, suponía a Canterac en Huancayo, y según los informes falsos de sus espías, su fuerza no pasaba de 1.000 hombres. La división de Valdés fue la primera que se hizo sentir sobre la costa. Salióle Gamarra al encuentro, cuarenta kilómetros al este de la sierra de Nazca, y habría podido batirlo con ventaja, pero en esos momentos recibió orden de Tristán de replegarse a la reserva en Ica. Reunidos ambos jefes, que sumaban dos incapacidades antagónicas, supieron que Canterac avanzaba sobre ellos, pero según sus avisos, su fuerza no pasaba de 800 hombres. Convocada una junta de guerra, decidióse que la división debía retirarse al norte del río Chincha, que hubiera sido una medida prudente tomada en tiempo. Gamarra era de opinión de retirarse a un punto conveniente, 190 kilómetros al sur de Ica, donde podía batirse al enemigo si venía con fuerzas iguales, y en todo caso, replegarse más al sur alejándolo de su base de operaciones, mientras el ejército de Lima, prevenido, amagaba por su retaguardia cortarle la retirada de la sierra. Esto era lo más acertado en tan difícil trance. No se hizo ni lo uno ni lo otro, tal era la indecisión y el aturdimiento. Resolvióse a esperar al enemigo en Ica, y aun salirle al encuentro si su fuerza no pasaba de 1.500 hombres, a cuyo efecto atrincheróse la ciudad y se ocuparon los caminos de la sierra en un pequeño radio, para prevenir una sorpresa sobre la plaza. Tan escasos estaban los independientes de noticias, que ni aun sabían que Canterac se había establecido en el Carmen Alto, a poco más de doce kilómetros de la plaza, al frente de dos mil hombres. Un asustado trajo a Tristán la noticia de que la fuerza enemiga pasaba de cuatro mil hombres, y le hizo perder del todo la cabeza. En el acto reunió una junta de guerra y se acordó la retirada a Pisco, en la noche del sábado 7 de abril. Ya era tarde, aun para esto.

Canterac, que con toda su inteligencia militar no marchaba menos a ciegas que su inepto contendiente procedía en el concepto de que Tristán hubiese evacuado Ica, y temía que, tomándole la vuelta, invadiese a Jauja, por lo cual determinó con arreglo a sus instrucciones, retroceder a Huancayo con el grueso de su columna, avanzando un destacamento sobre Ica, para ocuparlo. Sus jefes, más avizores que él, lo persuadieron a efectuar un reconocimiento antes de emprender este movimiento retrógrado. El resultado fue darse cuenta exacta de la situación de los patriotas y

avanzar en consecuencia hasta el mencionado punto de Carmen Alto (6 de abril de 1821). Desde entonces, maniobró con seguridad y habilidad. En la persuasión de que los independientes se mantendrían en su posición atrincherada, situó sus tropas a ocho kilómetros de Ica, en un estrecho desfiladero de la hacienda denominada la Macacona, de manera de interceptar los caminos de Lima y de Pisco. Tristán y Gamarra ignoraban todos estos movimientos, y fue entonces cuando resolvieron retirarse a Pisco, cubiertos por las sombras de la noche que ocultaban su vergüenza, y que como era de luna, debía alumbrar con pálida luz su ignominiosa derrota. Llevaba la cabeza de la división independiente en retirada una vanguardia de tres compañías de cazadores. Al llegar a la altura del callejón de la Macacona, la infantería española situada tras de los cerros, emboscada y dueña de las alturas de la izquierda (sur del camino), rompió el fuego. Las tres compañías desaparecieron antes que se disipase el humo, esparciendo el pánico en la columna. El número 2 de Chile, mandado por Algunate, quiso sostener el combate; pero, acosado por los fuegos de flanco y atacado por la caballería que cerraba el camino, hubo de ceder. Desde este momento todo fue desorden y confusión. En menos de una hora, la división de Ica, al mando de Tristán, quedó destruida. No fue una batalla: fue una dispersión vergonzosa. A las tres de la mañana (7 de abril de 1821), el campo estaba sembrado de cadáveres de los derrotados, y los realistas eran dueños de 1.000 prisioneros, entres ellos 50 jefes y oficiales, 2 banderas, 4 piezas de artillería, 2.000 fusiles, todas las cajas de guerra, y hasta de la imprenta propagadora de las ideas revolucionarias. Un escuadrón de lanceros del Perú, que venía en marcha por tierra a reforzar a Tristán, fue sorprendido y deshecho al día siguiente en Chunchonga (2 de abril), dejando en poder del enemigo 80 prisioneros y en el campo 50 muertos. Los oficiales del batallón *Numancia* que cayeron prisioneros, fueron quintados y fusilados por Canterac, con violación del compromiso celebrado por los beligerantes para la regularización de la guerra (en 25 de noviembre de 1820). A consecuencia de estas derrotas, las partidas volantes de guerrilleros que se habían comprometido en la cordillera para cooperar a las imaginarias hostilidades de la división situada en Ica, fueron destruidas casi en su totalidad, fusilándose como bandoleros a los prisioneros. Después de esto, los realistas, triunfantes y cargados de trofeos, se replegaron a sus posiciones de la sierra.

Sometidos a un consejo de guerra Tristán y Gamarra, quedó evidenciado que el desastre era exclusivamente el resultado de la ineptitud y de la cobardía, y que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertaba tan mal sus planes y fiara a manos tan incompetentes como flojas las armas y la bandera de la revolución.

VI

La derrota de Ica, aunque severa, no decidía nada. Casi simultáneamente (mayo de 1822), las armas unidas de Colombia, Perú, Chile y República Argentina, triunfaban en Quito y terminaban la guerra del norte de la América meridional, según se relatará después. La guerra en el Perú permanecía balanceada.

San Martín, poco después de despachar la expedición de Ica, embarcóse en el Callao, a fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). En Huanchaco tuvo noticia de que el libertador, ocupado en terminar la guerra de Quito, no bajaría por entonces a Guayaquil, y regresó a Lima (3 de marzo), pero no asumió el mando político, ocupándose exclusivamente de la guerra. En esta situación indecisa lo encontró el suceso de Ica, que trastornaba sus planes. Había anunciado en la América que él y Bolívar eran los responsables de la estabilidad de sus destinos, fijando la victoria, y el libertador del Sur no podía presentarse ante el del Norte con un poder menguado, sin un plan hecho así en el orden político como en el militar y sin medios para concurrir eficientemente a su realización. Era necesario ante todo consolidar su propia base de poder, para responder a la expectativa que él mismo había creado, y de la que todos estaban pendientes. Todos sus actos indican que así lo comprendió. Sin desanimarse por el severo revés sufrido, encaró con serenidad su situación; dio nuevo temple a los resortes de su máquina guerrera, redobló su actividad administrativa, dictó medidas más acertadas, y en poco tiempo todo el mal estaba reparado hasta donde era posible.

En el fondo de todo esto había un pensamiento secreto: pensaba retirarse de la escena americana, pero no quería hacerlo sin dejar realizada su tarea. Asegurado el triunfo de la emancipación americana, quería dejar garantida la suerte del Perú, con medios propios para sostener la guerra y consolidar su orden interno, mientras le venían los auxilios que buscaba para terminarla de un solo golpe, y en seguida, eliminarse para facilitar este resultado, una vez organizados los elementos y encaminadas las cosas en ese sentido. Este pensamiento lo reveló públicamente por la primera vez al tiempo de anunciar la derrota y augurar el triunfo próximo. Al delegado le comunicó que "resolvía reasumir en su persona la suprema autoridad militar, dejándole en ejercicio del poder civil, por el tiempo que permaneciese en el territorio, con el exclusivo objeto de dar dirección a las operaciones de la guerra que debían acelerar su terminación, mientras alguna importante atención no lo llamase fuera de los límites del Perú por mar o por tierra." Al ejército le decía: "Vuestros hermanos de la división del Sur han

sido dispersados. A vosotros toca vengar el ultraje. Afilad vuestras bayonetas. La campaña del Perú debe terminarse este año." Al pueblo le hablaba este lenguaje: "en una larga campaña no todo puede ser prosperidad. No intento buscar consuelo en los mismos contrastes, pero me atrevo a asegurar que el imperio de los españoles terminará en Perú en el año 22. Voy a haceros una confesión ingenua: pensaba retirarme a buscar un reposo después de tantos años de agitación, porque creía asegurada vuestra independencia. Ahora asoma algún peligro, y mientras haya la menor apariencia de él no me separaré de vosotros hasta veros libres."

Antes de cumplirse dos meses del contraste de Ica, pasaba revista en el campo de San Borja, a inmediaciones de Lima, a un ejército peruanoargentinochileno perfectamente equipado, compuesto de 8 batallones de infantería, dos regimientos de caballería y 20 piezas de artillería, anunciándole que la campaña iba a abrirse (4 de junio de 1822). Su plan era atacar de frente a los realistas con este ejército por puertos intermedios, con la cooperación de Chile, mientras otro ejército de igual número, a órdenes de Arenales, se organizaba para invadir la sierra central y tomarlos por el flanco, contando para el efecto con las tropas que tenía en Quito y el auxilio que esperaba de Colombia. Al efecto, estaban listos en el Callao diez transportes convoyados por dos buques de guerra peruanos. Confirmando estas promesas y esperanzas, Bolívar la escribía: "Colombia desea prestar los más fuertes auxilios al gobierno del Perú, si ya las armas gloriosas del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación." San Martín le escribía a su vez: "El Perú es el único campo de batalla que queda en América. En él deben reunirse los que quieran obtener el honor del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente." En este acuerdo, más aparente que real, había sido precedido por un tratado firmado en Lima (6 de julio de 1822), entre el enviado del libertador don Joaquín Mosquera y el gobierno del Perú, por el cual se convino en "una liga de unión y confederación de paz y guerra, para poner prontamente término a la lucha americana con todos los recursos de fuerzas marítimas y terrestres de ambas partes, a fin de alcanzar la independencia y garantirla mutuamente." Empero, este tratado concebido en términos generales, dependía de otros acuerdos particulares, y ratificado por el gobierno del Perú, no lo fue por el de Colombia hasta el año siguiente.

El Protector, buscando puntos de apoyo en todas partes, procuró fortalecer su relajada alianza con Chile. Al efecto, acreditó cerca de su gobierno un ministro diplomático con instrucciones para proceder de acuerdo con el enviado de Colombia y obtener auxilios de tropas y víveres, para la expedición a puertos intermedios

que preparaba. O'Higgins se prestó con gran decisión, aunque por el momento no se formulase ningún acuerdo.

Al mismo tiempo despachó un comisionado a las provincias argentinas, con una circular para todos sus gobernadores, solicitando su concurso para organizar una división de 500 hombres por lo menos, que amagase el Alto Perú por la frontera de Jujuy en combinación con el guerrillero Lanza y el ejército que debía invadir por puertos intermedios en el Bajo Perú. Encomendó la organización y mando de esta columna al coronel José María Pérez de Urdininea (altoperuano), a la sazón gobernador de San Juan. En las instrucciones al comisionado le prevenía: "Procurará por todos los medios hacer presente a los respectivos gobiernos el interés general que va a reportar a todas las Provincias Unidas de una cooperación activa sobre el Alto Perú para obrar de acuerdo con el ejército que va a desembarcar en puertos intermedios, a fin de abrir su comunicación con aquéllas. Por este medio la campaña debe terminar en el presente año." A Urdininea le escribía: "La campaña es segura, si usted me ayuda con sólo 300 hombres de la provincia de Cuyo. Una división de 4.500 hombres de mi ejército debe embarcarse para puertos intermedios al mando del general Rudesindo Alvarado. Espero los mejores resultados. La patria así lo exige y el honor de nuestras armas lo reclama. La cooperación de todas esas fuerzas con las de Tucumán, Salta y Santiago del Estero, a las de Alvarado, va a decidir de la suerte de la América del Sur."

Era, como se ve, una coalición de las cuatro repúblicas americanas entonces existentes, con un plan combinado sobre la base de los ejércitos del Perú y de Colombia, con la cooperación de Chile por el Pacífico y de las provincias argentinas por su frontera Norte. A haberse entonces ejecutado este plan, que Bolívar juzgó admirable, con el auxilio eficiente de las fuerzas colombianas, es posible que la guerra americana hubiese terminado el año 1823, aun cuando la combinación no era tan segura como lo pensaba San Martín, y tenía algo de ilusoria. Los hechos nada prueban por sí solos cuando no se relacionan con sus causas y efectos racionales; pero ellos muestran en definitiva que el problema de la guerra estaba en la sierra central del Perú, y no en puertos intermedios. Ya llegará la ocasión de examinar el plan de San Martín puesto a prueba.

VII

San Martín tenía siempre dos cuerdas en surco: una visible y otra oculta. Por una tendencia de su naturaleza compleja —positiva y de pasión reconcentrada— a la vez que todas sus ideas se traducían en acciones, se entregaba a lucubraciones solitarias,

dando gran importancia a los manejos misteriosos. Su organización de la Logia de Lautaro, su plan de guerra de zapa antes de atravesar los Andes, sus trabajos secretos para preparar la revolución del Perú, sus tentativas de pacificación con los realistas haciendo intervenir las influencias de la masonería, y por último, sus planes secretos de monarquía, dan testimonio de esa propensión. Era, pues, natural que a sus trabajos públicos, acompañase algún trabajo subterráneo en la sombra del misterio.

Sea cálculo político, sea que en realidad esperase algo de los jefes del ejército español en el Perú vinculados al liberalismo por juramentos secretos, uno de los trabajos que persiguió con más persistencia fue un arreglo de paz con los realistas, sobre la base del reconocimiento previo de la independencia. En las conferencias confidenciales de Miraflores enunció por la primera vez esta idea, conciliándola con el establecimiento de una monarquía americana. En Punchauca la formuló netamente. Posteriormente, cuande O'Donojú reconoció el imperio mejicano y se entendió con Itúrbide, dirigióse a Canterac, confidencial y oficialmente, invitándolo a celebrar un armisticio y tratar sobre las mismas bases. La contestación fue que "los acontecimientos de Nueva España en nada podían influir para aceptar condiciones contrarias a la determinación de la nación española, en una contienda que las armas debían decidir, desde que no se había aceptado someterla a la decisión del gobierno español." Con motivo de la terminación de la guerra de Quito, que coincidió con una nueva resolución de las cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, renovó su tentativa, dirigiéndose al virrey La Serna. "El dominio español en América está limitado a las provincias que ocupan sus armas en el Perú. La España no puede ni quiere ya hacer la guerra a los americanos." Las proposiciones fueron: que el ejército realista, en nombre de la nación española, reconociese la independencia del Perú, ofreciendo a los españoles el reconocimiento de la deuda al tiempo de la ocupación de Lima, y algunas ventajas comerciales; una amnistía general con la devolución recíproca de bienes confiscados, y pago del armamento de los realistas por su justo valor, a cuyo efecto se estipularía un armisticio por sesenta días, nombrándose comisionados por ambas partes que ajustasen un tratado sobre estas bases, bajo la garantía del congreso constituyente peruano que iba a reunirse. La contestación de La Serna fue la misma de Canterac: "Aun cuando se suponga ser un bien la independencia para el Perú, ella no puede esperarse ni establecerse según el estado del mundo político, sin que la nación la decrete y consolide."

Esto sucedía en vísperas de ir a celebrar San Martín su conferencia con Bolívar, y precisamente en estos mismos días (julio de 1822), el libertador escribía al Protector, invitándolo a ponerse de acuerdo para tratar con los enviados españoles que en conse-

cuencia de la resolución de las cortes nombrase el rey. "No puedo dudar —le decía—, de que la independencia será la base de la negociación. Creo que no tendremos dificultad en hacer reconocer nuestros gobiernos. Mucho debe importar a la existencia de la América el manejo de este negocio que será probablemente una de las bases de nuestra existencia política. Si los plenipotenciarios del Perú, Chile y Colombia, se aúnan para entenderse con los enviados de España, nuestra negociación tendría un carácter más imponente, La política mía es hacer la paz con decoro y dignidad, y esperar el interés de las demás naciones y del curso de los acontecimientos la mejoría de nuestro primer tratado con la España." La proposición de San Martín era una mera ocurrencia sin ulterioridades. La idea de Bolívar entrañaba el plan político de un congreso de plenipotenciarios americanos, cuyo germen estaba ya en su cabeza.

Perseverando San Martín en su imaginario propósito, pensó que el mejor modo de forzar la mano a los españoles era llevarles la guerra a su territorio, y renovaba con variantes su plan de hostilidades marítimas, ideado en Mendoza en 1819. "El golpe feliz de la campaña de Quito —había escrito antes a O'Higgins— ha hecho tomar un nuevo aspecto a la guerra. Sin embargo, como las posiciones que ocupa el enemigo en la sierra del Perú, las puede disputar palmo a palmo, y por otra parte, la terquedad española es bien conocida, el modo de negociar la paz con ellos es llevarles la guerra a la misma España. Por lo tanto, estoy siempre resuelto a que las fragatas *Prueba* y *Venganza* y la goleta *Macedonia* salgan con destino a Europa a arruinar todo el comercio español. Sería muy del caso y por el honor de Chile, como por el interés general, que si pueden unirse a estas fuerzas algunas de ese estado, la expedición tendrá el mejor resultado. De la reserva en este negocio pende su buen éxito." Si seriamente pensó San Martín en esta empresa no tenía los elementos necesarios para llevarla a cabo, y no pasó de un tiento a la segunda cuerda oculta de su arco, ejercitando su propensión a lo misterioso.

Absorbido por estos trabajos públicos y secretos, el Protector había entregado ostensiblemente la dirección de la política interna al delegado Torre-Tagle, que no era sino un estafermo, siendo en realidad Monteagudo el árbitro del gobierno. Este ministro, sistemático por temperamento y terrorista por adaptación, pensaba que el más seguro medio de triunfar, era eliminar a los enemigos de raza, aunque no tomasen armas, por el hecho de no embanderarse contra la España. Ya se ha visto cómo San Martín, después de procurar propiciarse la opinión de los españoles europeos, inició un sistema de persecuciones contra sus personas y bienes, según el sistema adoptado por él en Mendoza y en Chile. (Véase capítulo XXII, párrafo VI.) Monteagudo exageró este sistema, hasta el punto de convertirlo en arma contra la revolución. Primeramente

se dispuso que salieran del país todos los españoles que no se hubiesen naturalizado (31 de diciembre de 1822). En seguida se decretó que los expulsados dejasen a beneficio del estado la mitad de sus bienes y los exceptuados no pudiesen ejercer el comercio ni aun por menor (20 de enero y 1º de febrero de 1822). Los que no cumplieron estas prescripciones, fueron desterrados y secuestrados sus bienes (23 de febrero de 1823). Con motivo del contraste de Ica, arreció la persecución hasta la barbarie. Quedóles prohibido salir a la calle con capa, bajo pena de destierro. Toda reunión de más de dos españoles era castigada con destierro y confiscación total de bienes. Todo español que saliese de su casa después de oraciones, incurría en la pena de muerte, y al que se le encontrase un arma que no fuera cuchillo de mesa, en la de confiscación y muerte (20 de abril de 1822). Establecióse una comisión de vigilancia que conociese breve y sumariamente de sus causas con arreglo a este código draconiano, debiendo pronunciarse y confirmarse las sentencias en un mismo día. "¡Esto es hacer revolución!", exclamaba Monteagudo al firmar estos crueles decretos.

VIII

Compensado el revés de Ica con los triunfos de Quito, preparada la alianza continental, consolidada la base del poder protectoral, reorganizado el ejército y arreglado un plan de campaña para poner pronto término a la guerra, San Martín se ocupó en verificar su postergada conferencia con Bolívar, para fijar la victoria final de acuerdo con él, como lo había anunciado públicamente, lisonjeándose de que ambos darían estabilidad a las cuatro repúblicas sudamericanas entonces existentes. Los resultados de la entrevista no debían dar inmediatamente estos frutos; pero la suerte de la América del Sur estaba asegurada por la solidaridad de sus destinos, en cumplimiento de las leyes de atracción y determinismo que gobernaba su revolución.

El momento histórico en el orden de los siglos, había llegado para la América del Sur, después de doce años de lucha por su emancipación. Nuevas naciones democráticas surgían del caos colonial. Su independencia era un hecho consumado. Los Estados Unidos la reconocía, saludándola como una nueva aurora republicana. La Inglaterra la anunciaría a la Europa monárquica como un acontecimiento que, al restablecer el equilibrio de ambos mundos, dominaría en adelante sus relaciones. El mapa político de las futuras repúblicas estaba bosquejado, y sus líneas fundamentales se diseñaban netamente por agrupaciones de tendencias y voluntades espontáneas. Los dos focos revolucionarios, que simultá-

neamente se formaran en los extremos, se confunden en uno solo como las corrientes magnéticas. Las dos fuerzas emancipadoras se dilatan y condensan, siguiendo una dirección constante que revela el principio generador de que fluyen. Las dos grandes masas batalladoras de las colonias insurreccionadas, como obedeciendo a una atracción, se adunan, por opuestos caminos, para producir la mayor suma de fuerzas vivas en acción. Resueltos los problemas parciales del sur y del norte de la América meridional, sus revoluciones, sus fuerzas y sus masas militares, convergen a un centro común, para resolver el problema general de la independencia. El suelo americano ha sido barrido de enemigos de sur a norte y de norte a sur, y la lucha está circunscripta a un solo punto en que va a darse la batalla final "contra los vencidos en todo el continente", según la expresión de San Martín. Este es el nudo de la revolución sudamericana, cuya síntesis hemos dado antes (véase capítulo I, párrafo I).

Los dos grandes libertadores, impulsados por estas fuerzas, van a operar su conjunción. Han medido la América de mar a mar, en un espacio que comprende la cuarta parte del globo, desde el Plata y el Cabo de Hornos hasta el Ecuador el uno, y desde Panamá y las bocas del Orinoco hasta Quito el otro. Cada uno de ellos ha llenado su tarea en su esfera de acción. El uno lleva en alto los pendones de la República Argentina, de Chile y del Perú, que representan la hegemonía americana de tres repúblicas independientes al sur del continente, que han concurrido a consolidar otras tantas repúblicas en el punto céntrico de la condensación de las fuerzas. El otro trae las banderas triunfantes de Venezuela y Nueva Granada, que simbolizan la hegemonía del Norte, y viene a completar la grande obra de la emancipación sudamericana. De esta conjunción vendrá un choque entre las dos hegemonías concurrentes; pero el principio superior a que obedecen los acontecimientos, prevalecerá al fin por su gravitación natural. El plan de campaña continental de San Martín está ejecutado matemáticamente, y se combina con otro plan análogo que la completa. El sueño épico de Bolívar está realizado. Los dos libertadores van a abrazarse repeliéndose, bajo el arco de triunfo del ecuador del Nuevo Mundo, en la región de los volcanes y de las palmas siempre verdes.

Cómo se produjeron estos complicados fenómenos, coherentes entre sí, en tan vasto espacio y con tan diversos elementos; cómo se operó la condensación de las masas redentoras del sur y del norte del continente y cómo coincidieron los planes militares de los dos grandes libertadores que las dirigían; cómo se desarrollaron en el norte de la América meridional los acontecimientos que respondían a los del sur y los completaban; a qué ley determinante obedecían estas evoluciones parciales y generales y estas conjunciones en líneas convergentes, tal será la materia de los capítulos

siguientes, para volver a tomar el hilo de la narración, después de establecer históricamente esta síntesis. De este modo, quedará completado el cuadro del movimiento multiforme de la emancipación de la América del Sur, coherente, colectivo y compacto, que forma el nudo de la historia de la independencia sudamericana y el fondo del asunto de este libro, en sus variados puntos de vista, su armonía de conjunto, sus lontananzas continentales y sus antagonismos también.

Capítulo XXXVI

REVOLUCION DE QUITO Y VENEZUELA. PRIMERA CAIDA DE VENEZUELA

1809-1812

Nuevo teatro de operaciones. — Enlaces étnicos y geográficos. — Los grandes valles del Magdalena, Cauca y Orinoco. — Quito, Nueva Granada y Venezuela. — Los llanos y los llaneros de Colombia. — Tipos de la caballería sudamericana. — Antecedentes revolucionarios. — Insurrección de Venezuela en 1810. — Política de la Gran Bretaña en Sud América. — Aparición y retrato de Bolívar. — Influencia de su maestro Simón Rodríguez en sus ideas políticas. — Misión de Bolívar cerca del gobierno de Inglaterra. — Reaparición de Miranda. — La regencia española declara rebeldes a los revolucionarios de Venezuela. — Actitud que asume Venezuela. — Primeras hostilidades entre insurgentes y realistas. — Papel de Miranda en la revolución de Venezuela. — Reunión del primer congreso venezolano. — Venezuela declara su independencia. — Contrarrevolución de los canarios en Caracas. — Reacción realista en Venezuela. — Miranda general en jefe de la revolución de Venezuela. — Venezuela se da una constitución federal. — Estado de la revolución venezolana en 1811. — Derrota de los independientes en la Guayana. — Progresos de la reacción al oriente de Venezuela. — Fenómenos revolucionarios y contrarrevolucionarios. — Aparición de Monteverde. — Terremoto de 1812 en Venezuela. — Contrastes de las armas independientes al oriente de Venezuela. — Miranda, generalísimo de la república venezolana. — Sistema defensivo que adopta. — La guerra a muerte recrudece. — Nuevos triunfos de la reacción. — Bolívar reaparece en la escena. — Los realistas se apoderan de Puerto Cabello. — Enervación de la opinión pública. — Capitulación de Miranda. — Desorganización de la república de Venezuela. — Miranda entregado a los españoles. — Siniestro papel de Bolívar en esta emergencia. — Los realistas ocupan Caracas. — Sistema terrorista de la reacción triunfante. — Miranda y Bolívar. — Examen de la conducta de Bolívar en la prisión de Miranda. — Caída de la república de Venezuela.

I

El nuevo teatro de operaciones que va a abrirse en el extremo norte de la América meridional, presenta similitudes y contrastes con la naturaleza del extremo sur, que determinan y explican los movimientos opuestos y concéntricos de las masas humanas agi-

tadas por la revolución y atraídas por sus afinidades. Son dos sistemas geográficos y dos centros sociales diferentes, pero análogos, ligados por la continuidad territorial, en que se desenvuelven fuerzas espontáneas, tendencias uniformes y proyecciones homólogas, que mancomunadas o asimiladas, convergen a un punto por gravitaciones recíprocas. El común origen, la lengua materna, la identidad de condiciones y el gran sacudimiento que simultáneamente experimentan, ponen en conmoción los diversos elementos de la embrionaria sociabilidad sudamericana que yacían adormecidos, dan su unidad a este movimiento multiforme, que se desenvuelve en virtud de una predisposición ingénita, y se subordina en definitiva a una ley físico-moral que rige hombres y cosas. Para mayor analogía y contraste entre la naturaleza física y la naturaleza humana, son dos hombres de carácter opuesto, pero con la misma intuición, los que se ponen al frente de las dos masas y se mueven impulsados por la fuerza de las cosas, modelan sus planes sobre el terreno en que operan y adunan las voluntades según la genialidad típica de las colectividades que representan. El uno es un calculador sin ambición personal, que al trazarse un plan de campaña liberta la mitad de la América. El otro es un alma ardiente, una ambición absorbente, que sueña con la gloria y el poder, y liberta la otra mitad de la América. Ambos están animados de la pasión de la emancipación de un nuevo mundo, como hijos de una misma raza y campeones de una misma causa. San Martín se llama el uno. Bolívar se llama el otro. El teatro de acción de San Martín es la República Argentina, Chile y el Perú y penetra con sus armas en la zona del libertador del Norte. El otro, representa la hegemonía colombiana de Venezuela, Nueva Granada y Quito, que dominará el Perú y coronará con el triunfo final las armas redentoras de la América del sur y del norte del continente, disciplinadas para la lucha. El equilibrio estable será el producto de esta conjunción. La ley del territorio y los elementos orgánicos de la sociabilidad de cada uno de los particularismos, prevalecerá al fin, y las nuevas naciones se constituirán automáticamente según su espontaneidad, determinando en el orden físico y político sus respectivas fronteras y su identidad democrática.

Una ojeada sobre el mapa de lo que se llamó Colombia, dará una idea de la configuración del territorio en que se desarrollarán los sucesos que van a relatarse; de la distribución geográfica de sus partes y de los particularismos étnicos, que al trazar las líneas estratégicas de la insurrección determinaron la amplitud de su potencia guerrera. Esta zona, que forma el extremo norte de la América meridional, se extiende como veinte grados a uno y otro lado del Ecuador, desde el istmo de Panamá y el mar Caribe hasta la frontera septentrional del Perú. En ella se comprendían en 1810, el virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela,

la presidencia de Quito dependiente de Nueva Granada. Estas tres divisiones políticas respondían a tres divisiones hidrogeológicas, en que los relieves del terreno y las grandes corrientes de agua con sus hondas cuencas cavadas por los fuegos volcánicos, dibujan otras tantas zonas de constitución física análoga, pero con caracteres distintos, pobladas por razas heterogéneas que un mismo espíritu o instinto animaba. Al tiempo de estallar la revolución, estas tres secciones tenían una población de 3.900.000 almas, de las cuales 1.400.000 correspondía a la Nueva Granada, 900.000 a Venezuela y 600.000 a Quito, que se descomponían por razas, en 1.234.000 blancos (criollos y europeos), 913.000 indígenas, 615.000 pardos libres y 138.000 negros esclavos. En Santa Fe de Bogotá y Caracas, capitales de Nueva Granada y Venezuela, estaban afocadas las luces de ambas colonias. La ciudad de Quito, centro de una antigua civilización precolombina, y satélite del Perú o de Nueva Granada en la época colonial, era otro foco excéntrico.

La gran cordillera de los Andes, como una cadena de granito, con sus gigantes vestidos de nieves eternas y sus volcanes encendidos, liga las regiones de lo que fue Colombia con el resto de la América meridional. Quito, llamado el Tibet del nuevo continente, por ser su punto más culminante, está enclavado entre las dos ramificaciones montañosas que forman la continuación del valle longitudinal de Chile, se unen en las fronteras del norte argentino, sepáranse en el Alto y Bajo Perú y se prolongan hasta el Ecuador.

Su litoral se abre sobre el mar del Sur, como el de Chile y el Perú, y su territorio se extiende al oriente por las vertientes superiores del valle del Amazonas. Hacia el Norte y bajo la línea, la doble cordillera ata otro nudo en el intermedio de Quito a Popayán, dentro del cual está la provincia de Pasto, límite de lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada, la que debía ser tan famosa como la Vendée, en la guerra de la independencia, por su porfiada fidelidad al rey de España. Siguiendo el mismo rumbo, la cordillera se divide en tres ramales, uno de los cuales forma la espina dorsal del itsmo de Panamá, y los otros terminan en el golfo de Méjico. Dentro de esta triple cadena se diseñan tres valles; pero es uno el que imprime su sello a la región. La Nueva Granada está encerrada en la cuenca del gran valle del río de la Magdalena, separado del valle del Atrato por la cadena central hasta el golfo del Darién, que después de recibir el tributo del caudaloso Cauca, derrama sus aguas en el mar de las Antillas frente a las islas de Sotavento. A lo largo de este litoral marítimo, que se prolonga hacia el oriente y dobla al Sur, conocido con el nombre genérico de Costa-Firme, están situados los emporios comerciales y los puertos fortificados de Portobelo, Cartagena de Indias (la primera plaza fuerte de América), Santa Marta y Río-Hacha. La cordillera oriental, que separa a una parte de la Nueva Grana-

da de Venezuela al Este, a la altura de Mérida, antes de tocar el litoral, traza con rasgos volcánicos las atormentadas costas venezolanas desde el golfo de Maracaibo hasta el de Paria y el delta del Orinoco, con las islas de Barlovento al largo del mar Caribe. Entre éstas, debe señalarse la isla Margarita, que por su posición geográfica y la índole de sus habitantes, debía influir poderosamente en el éxito de la lucha colombiana por la independencia. Entre estos extremos de la costa-firme venezolana, que son: Maracaibo y el Coro al occidente; Puerto Cabello, La Guayra, Barcelona y Cumaná al centro; y en la parte opuesta abierta al Sudeste el Güiria en el golfo de Paria y la bahía de los Navíos en las bocas del Orinoco. Dentro del trazado de estas líneas generales y de la serranía destacada de Parima al Sur, se asienta Venezuela en el extenso valle del Orinoco, con la Guayana española al oriente, limitada por impenetrables selvas seculares tan antiguas como el mundo orgánico.

En las nacientes del Orinoco y dentro de la red que forman sus caudalosos tributarios, el Portuguesa, el Apure, el Caroni, el Meta, el Arauca, el Guaiviara y el Caquetá, se desenvuelven al pie de la cordillera oriental las inmensas sabanas o llanos de las provincias de Casanare, de Barinas, del Apure y de Caracas, limitadas al Sur por las selvas de las Guayanas, y al Norte por las montañas que dibujan el litoral venezolano ya descripto. Esta llanura horizontal, que se divide en alta y baja, según sus respectivos niveles y declives, en un tiempo lecho de un mar, de confines monocromos y sin accidentes que la modifiquen, salvo sus dobles niveles, sus corrientes de agua y algunos grupos aislados de árboles —que los naturales llaman "matas"—, da su fisonomía al interior del país e imprime su sello al carácter de sus habitantes. En esta región, situada bajo el trópico de Cáncer, el invierno no se diferencia del verano, sino por las lluvias periódicas que hacen desbordar sus ríos, inundan sus praderas, dándole la apariencia de un mar sin horizontes. Cuando las aguas se retiran, el suelo se cubre de una rica alfombra de altas gramíneas, donde apacentan como en las pampas australes millones de ganado de la raza bovina y caballar. De la combinación de esta industria primitiva introducida por la colonización española, con el suelo y el hombre aclimatado, surgió una semicivilización pastoril y una nueva raza de centauros, hija del desierto: el llanero colombiano y el gaucho argentino, que dio su tipo a la caballería revolucionaria del Sur y del Norte. El llanero era, en 1810, una agrupación heterogénea de indígenas, negros, zambos, mulatos y mestizos mezclados con algunos pocos españoles, que la influencia del medio y las comunes ocupaciones habían refundido en un tipo característico. Esparcidos en una vasta superficie, viviendo en chozas aisladas o pobres caseríos, que los naturales llaman "hatos", en comunicación tan sólo con sus ga-

nados bravíos y las fieras, sin más medio de comunicación que el caballo, los llaneros, endurecidos a las fatigas y familiarizados con los peligros, eran resueltos y vigorosos, diestros en el manejo de la lanza, jinetes, nadadores y sobrios. Una silla de montar de cuero crudo y una manta constituían todo su arreo; un pedazo de carne de vaca sin sal o leche cuajada era todo su alimento; un calzón corto que no cubría la rodilla, y una camisa amplia que le llegaba hasta la mitad de los muslos, con un sombrero de paja de alas anchas, todo su vestido; y su arma se reducía a una lanza, compuesta de un rejón enastado en un gajo de bosques silvestres, construida por sus manos. Poseídos del fanatismo de los pueblos semicivilizados, unido al estoicismo y la astucia del salvaje, acaudillados por héroes de su estirpe mixta, eclipsarían las hazañas de los héroes épicos de la antigüedad.

Tal es el nuevo teatro de operaciones a que va a trasladarse la historia del movimiento simultáneo y convergente de la emancipación sudamericana.

II

La revolución que llamaremos colombiana, tuvo su origen en tres focos excéntricos: Quito, Venezuela y Nueva Granada, que, al fin, se refundieron política y militarmente en uno solo, comprendiendo el istmo de Panamá, que la ligaba con la de la América septentrional. Como antes se dijo, la primera revolución de Quito en el año 1809 (agosto), estalló casi simultáneamente con las primeras conmociones de Méjico al Norte (agosto de 1809), y con las revoluciones de Chuquisaca y La Paz al Sur (mayo y julio de 1809). Este movimiento inicial, con tendencias políticas, que se diseñaba por la proclamación de una doctrina fundada en la razón de las razas y en los derechos del hombre, depuso al presidente y capitán general del reino, el conde Ruiz de Castilla, anciano de 84 años, quien fue substituido por una junta popular de gobierno que se atribuyó el título de "soberana". Sofocada esta revolución por las fuerzas combinadas de los virreinatos contiguos de Santa Fe y del Perú, sus autores fueron asesinados en la cárcel (agosto de 1810), casi al mismo tiempo que los cabezas de los de La Paz morían en un cadalso (enero de 1810). —Fueron estos los primeros mártires de la emancipación sudamericana.— Estos estremecimientos sincrónicos en el centro y en los extremos del continente, con idénticas formas, iguales objetivos y análogos ideales, acusaban desde entonces —a pesar de las largas distancias y del aislamiento de las colonias—, una predisposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas, que sin previo acuerdo producían los mismos efectos, y que, por lo tanto tenían necesariamente que repetirse como un fenómeno natural.

Las revoluciones de La Paz y Quito, gemelas por la iniciativa simultánea y por el martirio, tuvieron inmediata repercusión en el norte y el sur de la América. El 25 de mayo de 1810, se insurrecciona Buenos Aires, destituye al Virrey, desconoce el consejo de regencia de España, y elige popularmente su gobierno propio, proclamando la autonomía de las Provincias del Río de la Plata, en ausencia del monarca cautivo. El 19 de abril del mismo año —día de jueves santo— la municipalidad de Caracas, asociada a los "diputados del pueblo", depuso al capitán general Vicente Emparán, desconoció la suprema autoridad que se atribuía a la regencia de Cádiz, asumió la soberanía del rey de España, y nombrando una junta suprema para regirse por sí, decretó la formación de "un plan de gobierno conforme a la voluntad general del pueblo", para las "Provincias Unidas de Venezuela". El tribuno de esta transformación política, destinado a representar un papel de agitador parlamentario fue el canónigo José Cortés Madariaga, natural de Chile, afiliado en la logia americana de Miranda, a quien había conocido en Londres, y del que era agente activo en Venezuela. Sus publicistas fueron: el doctor Juan Germán Roscio, jurisconsulto y escritor, y Martín Tobar Ponte, hombre de pensamiento y de acción, dos nobles caracteres, de alma abnegada, dotados ambos de gran valor cívico, con sanas ideas liberales, pero políticos abstractos, más teóricos que prácticos.

Las provincias venezolanas respondieron en su mayoría al llamado de Caracas, reconocieron su supremacía, y al deponer a sus gobernadores coloniales instituyeron juntas particulares de gobierno. De este modo, empezó a formarse de hecho una especie de confederación de provincias.

La junta, dando un paso más adelante en el camino de la propaganda revolucionaria, dirigió a las colonias hispanoamericanas un manifiesto de principios, en que las invitaba a formar una liga continental en resguardo de sus libertades. "Caracas debe encontrar imitadores en todos los habitantes de la América, en quienes el largo hábito de la esclavitud no haya relajado los muelles, y su resolución debe ser aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna estimación a la virtud y al patriotismo ilustrado para despertar su energía a fin de contribuir a la grande obra de la confederación americanoespañola. No se prostituya su voz y su carácter a los injustos designios de la arbitrariedad. Una es nuestra causa, una debe ser nuestra divisa. Fraternidad y constancia." Todas las secciones americanas proclamaban a la vez, como si se hubieran pasado la palabra de orden, la misma teoría política: la reasunción por el pueblo de la soberanía yaciente del monarca ausente, que se convertía en soberanía popular activa.

Consecuente con el principio político que daba su razón de ser al nuevo gobierno, convocó un congreso general de provincias

para dar unidad al poder y legitimarlo, a la vez que para establecer una constitución sobre la base del sistema representativo. "Sin una representación común, decía dirigiéndose a los ciudadanos, la concordia es precaria y la salud peligrosa. El ejercicio más importante de los derechos personales y reales del pueblo, que existieran originariamente en la masa común y que le ha restituido el actual interregno de la monarquía, llama a los hombres libres al primero de los goces del ciudadano, que es concurrir con su voto, para transmitirlo a un corto número de individuos, haciéndolos árbitros de la suerte de todos. El suelo que habitáis no ha visto desde su descubrimiento una ocurrencia más memorable ni de más trascendencia. Ella va a fijar la suerte de la generación actual, y acaso envuelve en su seno el destino de muchas edades. Ella va a ratificar, o las esperanzas de los buenos ciudadanos o el injurioso concepto de los bárbaros que os creían nacidos para la esclavitud." Según el plan de organización, la junta suprema de Caracas debía abdicar sus facultades supremas en el congreso, y reasumir éste la representación soberana de todas las provincias venezolanas. Luego se verá el resultado que dio esta convocatoria.

Mientras la revolución seguía esta marcha expansiva, la reacción trabajaba por su lado en contener sus progresos. Las provincias de Maracaibo y Coro sobre el litoral del Norte, con sus gobernadores los generales Fernando Miyares y José Ceballos a su frente, se pronunciaron decididamente contra el movimiento, siguiendo luego su ejemplo La Guayana. Para sostener su actitud, Miyares y Ceballos reunieron tropas, pidieron auxilios a Cuba y Puerto Rico, y se prepararon para resistir a los rebeldes o someterlos por la fuerza. De este modo se diseñaron desde los primeros días los focos de la acción y de la reacción revolucionaria, que debían mantener encendida la guerra civil por el espacio de doce años.

La junta, a su vez, se apercibió a la defensa en sostén de los fueros soberanos que había proclamado. Después de proveer a la seguridad interna, y establecer los fundamentos de la constitución política, cubriéndose siempre con el nombre y la representación del monarca, decidió poner en ejercicio su soberanía externa, y abrió relaciones diplomáticas con los Estados Unidos para propiciarse su opinión, pero principalmente con la Inglaterra, a fin de estipular con el gabinete de Saint James una alianza para el caso de una invasión francesa a Venezuela, y sobre todo, buscar su mediación con el consejo de regencia, que evitase una guerra con la metrópoli. La Gran Bretaña, a la sazón aliada a la España, al saber la revolución de Venezuela, había prevenido al gobernador de Curaçao que estaba decidida a sostener la integridad de la monarquía española y a oponerse a todo género de procedimientos que pudieran producir la menor separación de sus provincias de América; pero que, si la España fuese subyugada, la Inglaterra au-

xiliaría a las colonias hispanoamericanas que quisieran hacerse independientes de la España francesa, declarando que renunciaba a toda mira de apoderarse de territorio alguno. Partiendo de esta base y con las instrucciones antes indicadas, acordóse enviar una misión diplomática a Londres. Fueron nombrados para desempeñarla, don Luis López Méndez y don Andrés Bello, conjuntamente con el coronel de milicias Simón Bolívar.

En 1810, al hacer su primera aparición en el escenario americano, que debía llenar con su gran figura histórica, Bolívar contaba veintisiete años de edad. Nada en su estructura física prometía un héroe. Era de baja estatura —cinco pies, seis pulgadas inglesas—, de pecho angosto, delgado de cuerpo y de piernas cortas y flacas. Esta armazón desequilibrada tenía por coronamiento una cabeza enérgica y expresiva, de óvalo alongado y contornos irregulares, en que se modelaban incorrectamente facciones acentuadas, revestidas de una tez pálida, morena y áspera. Su extraña fisonomía producía impresión a primera vista, pero no despertaba la simpatía. Una cabellera renegrida crespa y fina, con bigotes y patilla que tiraban a rubio —en su primera época—; una frente alta, pero angosta por la depresión de los parietales, y con prematuras arrugas que la surcaban horizontalmente en forma de pliegues; los pómulos salientes, y las mejillas marchitas y hundidas, una boca de corte duro, con hermosos dientes y labios gruesos y sensuales; y en el fondo de cuencas profundas, unos ojos negros, grandes y rasgados, de brillo intermitente y de mirar inquieto y gacho, que tenían caricias y amenazas cuando no se cubrían con el velo del disimulo, tales eran los rasgos que, en sus contrastes, imprimían un carácter equívoco al conjunto. La nariz, bien dibujada en líneas rectas, destacábase en atrevido ángulo saliente, y su distancia al labio superior era notable, indicante de noble raza. Las orejas eran grandes, pero bien asentadas, y la barba tenía el signo agudo de la voluntad perseverante. Mirado de frente, sus marcadas antítesis fisionómicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno; en su movilidad compleja, acompañada de una inquietud constante con ademanes angulosos, reflejaban actividad febril, apetitos groseros y anhelos sublimes; una duplicidad vaga o terrible y una arrogancia, que a veces sabía revestirse de atracciones irresistibles que imponían o cautivaban. Mirado de perfil, tal cual lo ha modelado en bronce eterno el escultor David, con el cuello erguido como lo llevaba por configuración y por carácter, sus rasgos característicos delineaban el tipo heroico del varón fuerte de pensamiento y de acción deliberada, con la cabeza descarnada por los fuegos del alma y las fatigas de la vida, con la mirada fija en la línea de un vasto y vago horizonte, con una expresión de amargura en sus labios contraídos, y esparcido en todo su rostro iluminado por la gloria, un sen-

timiento de profunda y desesperada tristeza a la par de una resignación fatal impuesta por el destino. Bajo su doble aspecto, sus exageradas proyecciones imaginativas que preponderaban sobre las líneas simétricas del cráneo, le imprimían el sello de la inspiración sin el equilibrio del juicio reposado y metódico. Tal era el hombre físico en sus primeros años, y tal sería el hombre moral, político y guerrero.

Huérfano a la edad de tres años y heredero de un rico patrimonio con centenares de esclavos como los patricios antiguos, tuvo, como Alejandro, por ayo y maestro a un filósofo, pero un filósofo de la escuela cínica, revuelta con el estoicismo y el epicureísmo grecorromano. Según este mentor, el "Fin de la sociabilidad era hacer menos penosa la vida", apotegma que contenía en germen la futura doctrina sansimoniana. Bien que fuera hasta cierto punto un sabio para su país, y un pensador original, sus ideas eran tan extravagantes, que a veces rayaban en locura. "No quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, decía: sino al viento, al agua, al sol, a todas las cosas que marchan sin cesar." Su pasión eran los viajes. Tenía, como Platón, una república ideal en su cabeza, que sólo tendría en el mundo un adepto. Partiendo de la base, que sentaba como teorema, de que la América no podía ser monarquía ni república semejante a las conocidas, ni gobernarse por leyes o congresos. Todo su plan constitucional consistía en hacer vitalicios los empleos desde el de presidente de la república hasta el de alcalde de barrio "para evitar, decía, los trastornos de elecciones frecuentes, y no entregar los negocios públicos a aprendices." Este filósofo y pensador extravagante, llamábase Simón Carreño y era natural de Caracas. Hijo bastardo de un sacerdote y estigmatizado con la calificación de sacrílego, cambió su nombre en el de Simón Rodríguez, con el que ha pasado a la historia, unido al de su ilustre homónimo. El maestro depositó desde muy temprano en la cabeza de su joven discípulo estas ideas políticas, que debían germinar más tarde y esterilizarse como las suyas. Así su "novísima verba", después de ser disipados todos sus sueños, fue: "Murió Bolívar, y mi proyecto de república sepultóse con él. Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su naturaleza. Estoico en la adversidad, cínico a veces en sus costumbres, independiente y móvil, con más imaginación y no con mucha más prudencia que su inspirador, convirtió sus extravagancias en delirios de grandeza; su actividad, en acciones heroicas; sus sueños, en ambición de gloria y poderío; su república ideal, en monocracia vitalicia; y con él murieron las teorías políticas del reformador y los ensayos de gobierno del Libertador que, según la fórmula: "no era ni monarquía ni república."

El mismo Bolívar reconoció siempre la influencia de su mentor en la dirección de sus acciones, de sus ideas y de sus sentimien-

tos. "Las lecciones que me ha dado —decía catorce años después, en el apogeo de la gloria y el poder— se han grabado en mi corazón: no he podido borrar una sola coma de las grandes instrucciones que me ha regalado; siempre presente a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. Mis frutos son suyos." Pero Carreño-Rodríguez no sólo enseñó a pensar a Bolívar y formó sus sentimientos: le inoculó también una pasión generosa que debía convertirse en fuerza. Rebeldes ambos por temperamento, la noción de la independencia estaba en sus mentes, y desde los primeros años del siglo, era tildado Rodríguez en Caracas, de hombre sospechoso al poder. La ocasión en que maestro y discípulo se comunicaron su secreta aspiración, es dramática y ha sido relatada por el adepto en el lenguaje grandilocuente que es la antítesis del estilo algebraico de un mundo, que al fin fue verdadera república electiva en contradicción de su profecía.

No había cumplido aún los diecisiete años (1799), cuando Bolívar hizo un viaje a Europa. Era entonces teniente de un regimiento de milicias de que su padre había sido coronel a título de señor feudal. Visitó las Antillas y a Méjico; recorrió toda la España y viajó por Francia (1801), coincidiendo su permanencia en París, con la inauguración del glorioso consulado vitalicio de Napoleón Bonaparte, quien despertó en él gran entusiasmo. Formada su temprana razón por las impresiones que despertaba en su imaginación el espectáculo del mundo, más que por la observación y el estudio, regresó a su patria unido a la hija del marqués del Toro, nombre que figuraba en la alta nobleza de Caracas (1801). Antes de que transcurrieran tres años, era viudo. Emprendió entonces su segundo viaje a Europa (1803). Allí se encontró con su antiguo ayo, quien con su moral excéntrica, no era ciertamente el más severo mentor de una excursión de placer. En París, cultivó el estudio de algunas lenguas vivas; visitó Humboldt, que había hecho célebre su nombre ilustrando la geografía física y la historia natural del nuevo continente, que él ilustraría con otros descubrimientos no menos sorprendentes, en el orden de la geografía política y la historia universal; atravesó los Alpes a pie, con un bastón herrado en la mano, y se detuvo en Chambery (1804), visitando como peregrino de la libertad y del amor, las "Charmettes" inmortalizadas por Rousseau, de cuyo *Contrato Social* tenía idea, pero en quien admiraba, sobre todo, por su estilo enfático, su creación sentimental de la *Nueva Eloísa*, que fue siempre su lectura favorita, aun en medio de los trances más congojosos de su vida. En Milán presenció la coronación de Napoleón como rey de Italia y asistió a los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas, llegó Bolívar a Roma. Después de admirar las ruinas

del Coliseo, subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber, que corre a su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la Vía Apia, al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria: "Recuerdo —decía veinte años después— cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria. Aquel día de eterna gloria, anticipó un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener."

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó en ella Bolívar, no correspondió a sus entusiasmos juveniles, ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar. Después de su segundo regreso a Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternando la residencia en sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica —que le honra por un lado y sombrea por otro— de haber intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos a los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron a las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurrieron al cabildo abierto en que Emparán fue depuesto por el voto del pueblo. Consumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, a título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política; pero no como hombre de pensamiento o de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un *modus vivendi* pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año de 1810, en vísperas de su viaje a Inglaterra.

IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos solicitó una audiencia del ministro de Relaciones Exteriores, que lo era a la sazón el marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fue concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el

que mejor hablaba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas a la metrópoli española aliada de Inglaterra y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria, que era la idea que lo preocupaba. Para colmo de indiscreción, entregó al marqués, junto con sus credenciales, el pliego de sus instrucciones. El ministro británico que lo había escuchado con fría atención, después de recorrer los papeles que se le presentaban, contestóle ceremoniosamente: que las ideas por él expuestas se hallaban en abierta contradicción con los documentos que se le exhibían. En efecto, las credenciales estaban conferidas en nombre de una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, y en representación del soberano legítimo, y el objeto de la misión era buscar un acomodamiento con la regencia de Cádiz, para evitar una ruptura. Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, ni dádose cuenta de su papel diplomático; así es que quedó confundido ante aquella objeción perentoria. Al retirarse, confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino que el plan de la misión de que no se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría. Así sería siempre Bolívar, como político y como guerrero. Preocupado de una idea interna, personal; sin darse cuenta de los obstáculos externos, ni tomar en cuenta la opinión del medio en que se movía, iría siempre adelante, persiguiendo sus sueños o sus propósitos; y vencido o vencedor, perseveraría en ellos, cediendo a veces, para reaccionar después, sin leer "con sus ojos intelectuales", según su propia expresión, otros documentos que los escritos en su mente por su maestro Carreño-Rodríguez, ni ver otra cosa que "su alma pintada" en ellos. Por el momento, era la idea de la independencia lo que lo llenaba, y allá iba, por la línea recta.

A pesar de estos traspiés diplomáticos, la Inglaterra que tenía su plan hecho respecto de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, contestó a las proposiciones de los comisionados, redactadas en el sentido de sus instrucciones, que la Gran Bretaña no se consideraba ligada por ningún comprometimiento a sostener país alguno de la monarquía española contra otro, por razón de diferencias de opiniones sobre el modo con que debiera arreglarse un sistema de gobierno, con tal que convinieran en reconocer al soberano legítimo. Sobre esta base, ofrecía su mediación, para reconciliar a las colonias disidentes con su metrópoli. A la vez, renovaba con más amplitud la anterior circular de lord Liverpool a los gobernadores y jefes de las Antillas inglesas, recomendándoles proteger a los nuevos gobiernos sudamericanos contra toda agresión de la Francia y les encargaba muy especialmente promover con las colonias amigables relaciones mercantiles, sea que reconociesen o no la autoridad de la regencia de Cádiz. El resultado era satisfac-

torio y no podía esperarse más; pero como se ve, fue debido a los cálculos de la política inglesa más que a la habilidad de los noveles diplomáticos venezolanos.

Durante su permanencia en Londres, conoció por la primera vez al general Miranda, e iniciado en los misterios de su Logia, afilióse en ella, renovando el juramento del Monte Sagrado, de trabajar por la independencia y la libertad sudamericana. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, con un año de diferencia, Bolívar y San Martín, según antes se relató. Al contacto de la llama que ardía en el alma del precursor de la emancipación, la de Bolívar, encendida ya con las chispas de las ideas de Carreño-Rodríguez, se inflamó. Lleno siempre de su idea, volvió a olvidar sus instrucciones reservadas, que le prevenían no recibir inspiraciones de Miranda ni tomar en cuenta sus planes, que podían comprometer la aparente fidelidad de la Junta de Caracas. Pensando que la presencia de Miranda en Venezuela, daría impulso a la idea de independencia, invitóle a regresar juntos a la patria para trabajar de consuno por ella.

Bolívar regresó a Caracas al finalizar el año 1810 (5 de diciembre), conduciendo un armamento, y lo que creía más poderoso que las armas, al general Miranda, símbolo vivo de la redención del nuevo mundo meridional. Durante su ausencia la revolución había mudado de aspecto, y su horizonte empezaba a nublarse.

Al tomar conocimiento de la revolución de Venezuela, la regencia de Cádiz declaró rebeldes a sus autores; y esquivando la mediación de la Inglaterra, le declaró la guerra con la amenaza de severos castigos, decretando el bloqueo de sus costas. El consejero de Indias Antonio Ignacio Cortabarría, anciano respetable, con la investidura de comisario regio, fue encargado de intimar la sumisión y en caso de resistencia, someterlos por la fuerza. Miyares fué nombrado capitán general en reemplazo de Emparán. En las Antillas españolas se prepararon elementos de guerra para sostener el ultimátum. Esta provocación rompió el primer eslabón de la cadena colonial. La Junta de Caracas rechazó la intimación, reunió un ejército de 2.500 hombres para mantener su actitud y confió su mando al marqués Fernando del Toro, rico propietario, improvisado general, ordenándole atacase la plaza de Coro, baluarte de la reacción en la costa occidental de Tierra-Firme. Después de algunos combates parciales, el ataque sobre Coro fue rechazado (28 de noviembre de 1810). El ejército de la Junta emprendió en consecuencia su retirada. Interceptado en su marcha por una división de 800 hombres con un cañón y 4 pedreros, en el punto denominado la Sabaneta, la desalojó de su fuerte posición al cabo de dos horas de fuego, y continuó su marcha, perseguido de cerca por los corianos fanatizados, y hostilizado por la población del tránsito. El novel general, que había demostrado poseer pocas disposiciones milita-

res, efectuó su retirada hasta Caracas, con pérdidas considerables. Por entonces las hostilidades quedaron suspendidas de hecho, por una y otra parte. Tal fue el resultado de la primera campaña revolucionaria de Venezuela, en que se cambiaron las primeras balas entre insurgentes y realistas.

Este era el estado político y militar de la revolución cuando a fines de 1810, Bolívar y Miranda llegaban a Caracas.

V

Al pisar de nuevo la tierra americana, el precursor de su emancipación contaba sesenta años de edad. El pueblo lo recibió con grandes ovaciones. El gobierno le confirió el título de teniente general de su ejército. La juventud vio en él un oráculo, de cuyos labios iba a brotar la palabra reveladora del destino. Los soldados lo consideraron como un presagio de victoria. Todos cifraron en él sus esperanzas. Sin embargo, su influencia no se hizo por el momento sentir en la marcha de los negocios públicos. Grave, taciturno, de palabra dogmática y con opiniones intransigentes incubadas en la soledad, no admitía discusión, aunque buscaba prosélitos. Sus primeros actos no correspondieron a la expectativa pública. El gobierno, considerándolo un genio enciclopédico, le encomendó, en unión de Roscio y de don Francisco Javier Ustáriz, republicanos de la escuela norteamericana, la formación de un plan de constitución sobre la base de una federación de provincias, para ser presentado al primer congreso venezolano que iba a reunirse. El viejo soñador, imbuido en las ideas constitucionalistas que en su imaginación se había fraguado, amalgamaba las tradiciones precolombinas y las reminiscencias de la antigüedad clásica con las teorías norteamericanas mal aplicadas pretendiendo combinarlas con las vetustas instituciones de la colonia, sueño retrospectivo, que como el ideal reaccionario de Carreño-Rodríguez, debía dar por resultado la negación de la república y el retroceso de la democracia. Según su plan, el gobierno debía confiarse a dos incas (cónsules romanos) nombrados por diez años, y en lo demás modelarse la república según el tipo municipal de las colonias. Los sucesos revolucionarios estaban más adelantados que él en teorías políticas. Para propagar su doctrina y fomentar el espíritu de independencia, organizó de acuerdo con Bolívar un club, a imitación del de los girondinos, de que había sido miembro conspicuo durante la revolución francesa. Esta asociación se hizo el centro de la opinión avanzada de los patriotas, que querían romper definitivamente los vínculos de la colonia con su metrópoli.

Bajo estos auspicios se reunió el congreso venezolano convocado, en número de treinta diputados por las provincias de Caracas,

Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, y tomó la denominación de "Cuerpo conservador de los derechos de la Confederación americana de Venezuela y de los del rey Fernando VII" (2 de marzo de 1811). Miranda, elegido popularmente, formaba parte de él como diputado. El congreso encomendó el poder ejecutivo a una junta de tres miembros, creó una alta corte de justicia en substitución de la antigua audiencia, y nombró una comisión de su seno que redactara la constitución, compuesta de Ustáriz, Roscio y Tobar, las tres lumbreras parlamentarias de la revolución. La cuestión de independencia fue la primera que ocupó el Congreso. Miranda abogó resueltamente por ella en absoluto, apoyado por el pueblo, y arrastró tras sí la mayoría (5 de julio de 1811). En el mismo día se decretó que el pabellón nacional sería el amarillo azul y rojo, enarbolado por Miranda en 1806 en las costas de Venezuela descubiertas por Colón. Y para conmemorar estos tres grandes acontecimientos del nuevo mundo, se dispuso que a la era común se añadiese la colombiana. Fue así Venezuela la primera república independiente que se inauguró en Sud América, como sería también la primera que cayese vencida para resurgir al fin vencedora.

A los pocos días de declarada la independencia estalló un movimiento reaccionario, promovido por los agentes del comisario regio Cortabarría, y encabezado por los colonos de las islas Canarias, que eran numerosos en Caracas (11 de julio). Reuniéronse en número de setenta en una altura que dominaba uno de los cuarteles, con el propósito de apoderarse de él. Iban armados de sables y trabucos, con planchas de lata sobre el pecho por corazas, y llevaban una bandera con la imagen de la Virgen del Rosario y de Fernando VII. Su grito de guerra fue: "Viva el Rey y mueran los traidores." Atacados por el pueblo y una parte de la guarnición, hicieron algunos tiros; pero fueron prontamente cercados y rendidos. Condenados a muerte los que se consideraron más culpables y desterrados los otros, las cabezas de los ajusticiados fueron expuestas en los caminos. "Castigo demasiado severo de un proyecto extravagante y ridículo", dice el historiador más discreto de Venezuela, que un historiador universal señala como el fúnebre presagio de la guerra de exterminio que debía ensangrentar el suelo de Venezuela.

En el mismo día del tumulto de los canarios de Caracas, estalló una revolución más formal en Valencia, ciudad importante a inmediaciones de Caracas al norte, fronteriza a Puerto Cabello, ocupado por los patriotas. Promovida por los españoles reaccionarios, en obediencia a las instrucciones de Cortabarría, proclamó a Fernando VII, y desconoció la autoridad del congreso venezolano. Sus habitantes se armaron en defensa de la religión, según decían, y ocupando las posiciones que la dominan, se atrincheraron en su

recinto con impávida resolución. Alarmado el congreso, dio facultades extraordinarias al poder ejecutivo. Un cuerpo de ejército a las órdenes del marqués del Toro salió a sofocar la sublevación. En los primeros encuentros obtuvo algunas ventajas, pero fue al fin rechazado. Nombrado Miranda general en jefe del ejército, avanzó sobre la ciudad rebelada, y le intimó rendición. La contestación fue romper el fuego con cuatro piezas de artillería desde el morro fortificado de la ciudad, ocupado por una división. Reconocida la posición, fue asaltada y tomada por los patriotas, apoderándose de su artillería. Halagado Miranda por este triunfo, penetró en las calles de la ciudad, pero fue rechazado por los valencianos, atrincherados en la plaza mayor. Bolívar mandaba las fuerzas de las tres armas, que sufrieron este rechazo. Miranda hubo de retroceder como su antecesor el marqués del Toro, que también asistió a esta función de guerra.

Reforzado Miranda, volvió a tomar la ofensiva. Procediendo entonces con más prudencia, apoderóse sucesivamente de los barrios exteriores de la ciudad, a pesar de la tenaz resistencia de los enemigos. Reducidos al fin a la plaza mayor y faltos de agua, viéronse obligados a rendirse a discreción. Esta campaña costó al ejército patriota como 800 muertos, sin contar los heridos, que han sido computados en casi doble número, lo que parece exagerado. Miranda no quiso manchar con sangre su victoria. El congreso, abundando en el espíritu generoso del vencedor, dio un indulto que comprendía hasta a los sentenciados a muerte por el tribunal marcial, clemencia que fue generalmente reprobada, y que contrastaba con el exceso de severidad en la conjuración de los canarios.

Después de este sangriento paréntesis, abrióse el debate constitucional, que fue más laborioso que el de la independencia, aunque menos agitado. Las opiniones estaban divididas, entre federalistas y unionistas; pero la mayoría era decididamente federal. Todos tenían fijas las miradas en el gran modelo de la vecina república del norte de América. El proyecto, redactado por Ustáriz, fue calcado sobre la constitución de los Estados Unidos, y aprobado casi unánimemente. Miranda, o viendo más claro o lastimado de que no hubieran sido tomadas en cuenta sus peregrinas ideas de organización constitucional, le negó su voto como diputado, y al pronunciarse contra el sistema federalista a que parece se inclinaba antes al idear una confederación sudamericana, manifestó vagamente que no la consideraba adaptable a las exigencias de la época, ni al estado social del país. Esta vez tenía razón el gran soñador retrospectivo, que por acción refleja veía más claro en lo futuro. Era un código democrático muy adelantado en teoría, con su división de poderes coordinados, que consagraba todos los derechos humanos, y afirmaba todas las garantías de la libertad, pero mal calculado para las circunstancias, en realidad más ideal

que revolucionario. Confundiendo el valor de las palabras, sus autores daban el nombre de confederación a lo que debía ser una federación con arreglo al modelo que copiaban. Declaraban las provincias, soberanas, libres e independientes, en contradicción con su letra. Organizaban un poder ejecutivo de tres miembros, sin unidad de acción ni pensamiento. Era una máquina complicada y frágil, que no podía resistir a la prueba, como sucedió.

Valencia, la ciudad refractaria a la independencia, fue declarada capital de la nueva república.

VI

Un cataclismo de la naturaleza vino a poner fin a esta creación política, y producir una catástrofe, a que concurrieron más o menos directamente causas de otro orden.

La opinión revolucionaria empezaba a enervarse; la miseria cundía por todo el país; el papel moneda decretado por el congreso y casi desmonetizado, contribuía a fomentar el descontento entre los que viven del estado, y especialmente de los soldados; Cortabarría, con una escuadrilla de seis buques y 1.000 hombres reclutados en Puerto Rico, al mando del brigadier Juan Manuel Cajigal, había reforzado a los realistas que mantenían alzado el pendón del Rey, al occidente de Venezuela. La reacción cobraba nuevos bríos.

El levantamiento de la Guayana española sobre la margen derecha del Orinoco, era otro peligro que llamaba la atención del nuevo gobierno por la parte del oriente. Una expedición de 1.400 hombres, a cargo del coronel Francisco González Moreno, español de origen, pero decidido por la revolución, logró establecerse en la margen izquierda del río cerca de su embocadura, pero careciendo de buques para dominar las aguas nada serio podía emprender. Mientras tanto los realistas, dueños de las plazas de Guayana-Vieja y de Angostura, fortificadas ambas, y de la marina, eficazmente auxiliados por los naturales que excitaban los frailes capuchinos directores de las misiones de aquella región, habían establecido su preponderancia en todo el país. Con estas ventajas, abrieron hostilidades sobre los destacamentos patriotas diseminados en la margen izquierda, y derrotaron sucesivamente tres de ellos, apoderándose de tres cañones de sus baterías (setiembre de 1812). Los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, españoles como González Moreno, acudieron con nuevas tropas en auxilio de éste. Reunidas las tres divisiones amagaron Angostura por agua y por tierra, mientras una expedición de diecinueve lanchas cañoneras había logrado penetrar al Orinoco, las que unidas a las que navegaban el río, sumaban un total de veintiocho embarcaciones, se situaron

en observación de la plaza. Las fuerzas sutiles de los realistas, superiores en calidad, atacaron con nueve goletas, dos balandras y seis cañoneras a la escuadrilla independiente (25 de marzo de 1812) en la bahía de Sorondo, y después de un combate de dos días, la destrozaron completamente, con pérdida de todos sus buques, 32 piezas de artillería, 200 muertos y 150 heridos y todo su armamento portátil. Desanimado González Moreno y sus compañeros con este contraste, emprendieron la retirada (28 de marzo). Activamente perseguidos, intentaron fortificarse en el pueblo de Maturín, donde los restos de la expedición, abandonada por sus caudillos, se rindieron a discreción.

Al mismo tiempo que estos desastrosos sucesos tenían lugar en el oriente, la reacción avanzaba triunfante por el occidente. Como había sucedido en las secciones insurreccionadas del sur, la lucha tomaba el carácter de una guerra civil, alimentada por los mismos elementos del país. Las autoridades oficiales de la colonia y las tropas regladas de que disponían, no podían contrarrestar el impetuoso movimiento revolucionario. De aquí la necesidad de buscar el punto de apoyo en la opinión y de reclutar los combatientes en la masa de la población, revolucionada en un sentido o en otro. La reacción era una contrarrevolución con los mismos hombres y los mismos medios. Localizada la reacción española en la Guayana, en Coro y Maracaibo, sus habitantes se decidieron con verdadero fanatismo por la causa del Rey, y aparecieron nuevos caudillos, que como en Concepción de Chile y en el Alto y Bajo Perú, se pusieron a su frente, disciplinándolos y conduciéndolos al campo de batalla. Estos elementos, que así movidos robustecieron en un principio la reacción realista, al revelar las fuerzas propias que el país poseía, debían servir más tarde para engrosar y dar su temple a los ejércitos independientes, cuando se pusieran a su servicio. De este modo, hasta la misma reacción contribuía a desarrollar las fuerzas revolucionarias, en el hecho de ponerlas en actividad en nombre de la autoridad que las había mantenido comprimidas hasta entonces. En Venezuela se produjo este mismo fenómeno, y debía dar el mismo resultado, como sucede toda vez que una guerra se convierte en planta indígena, sujeta a las influencias atmosféricas del medio en que se desarrolla.

Inmovilizada la guerra en el occidente, después del rechazo del ejército de la Junta en Coro, y de una expedición marítima de los realistas frustrada sobre las costas de Cumaná, resolvió Miyares hacer una incursión al interior del país. Al efecto, alistó una columna de infantería de 230 hombres con 500 fusiles, 10.000 cartuchos y un obús, y confió su mando al capitán de fragata Domingo Monteverde, natural de las islas Canarias, que había militado con alguna distinción en la armada española, y se hallaba a la sazón de guarnición en Coro. Esta pequeña fuerza y este nuevo cau-

dillo, variando las condiciones de la lucha, darían en tierra con la república de Venezuela. Monteverde, eficazmente auxiliado por la propaganda de los curas, avanzó resueltamente hacia la frontera meridional de la insurrección, sublevó todo el país desde Coro hasta Barquisimeto, y batió una división patriota de 700 hombres en Carora, tomándole 90 prisioneros, 7 piezas de artillería, y lo que más necesitaba, fusiles y municiones. El pueblo de Carora fue entregado a saco y muertos varios patriotas sin forma de juicio (marzo de 1812). La guerra a muerte empezaba.

El 26 de marzo de 1813, día que correspondía al jueves Santo, conmemorativo de la revolución, y en la misma fecha en que la escuadrilla independiente era anonadada en el Orinoco, un gran trueno que salía de las profundidades de la tierra hizo estremecer toda la región de la tierra de la sierra Mérida. Eran las 4 y 7 minutos de la tarde. El cielo estaba sereno y una luz resplandeciente bañaba el horizonte. A esa hora el suelo empezó a oscilar de norte a sur y de este a oeste, con violentas sacudidas. En menos de un minuto, el espantoso terremoto arruinó las ciudades de Mérida, Barquisimeto, San Felipe, La Guayra y Caracas, sepultando bajo sus escombros cerca de 20.000 almas. En la capital pereció casi toda su guarnición. En Barquisimeto, quedó enterrada con sus depósitos de armamento, la mayor parte de una división de 1.000 hombres que había salido a contener el avance de Monteverde. Bajo estas ruinas quedaría también sepultada la primera república de Venezuela.

VII

Esta catástrofe, acompañada de tan severas derrotas, infundió el pavor en las almas de las poblaciones y desanimó a los independientes. La circunstancia de haberse hecho sentir el terremoto tan solo en el territorio ocupado por la revolución, y de no sufrir nada las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles al Rey, fue explotada por el clero, propicio a la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes. El viento de la opinión comenzó a soplar del lado de la reacción. Monteverde extrajo de las ruinas de Barquisimeto, siete cañones, fusiles y municiones y armó la población sublevada, con lo que elevó su fuerza hasta el número de 1.000 hombres. Una fuerte columna de 1.300 reclutas, a órdenes del comandante Miguel Ustáriz salió a su encuentro en el pueblo de San José, al norte de San Carlos. En medio de la pelea que se trabó, un escuadrón se pasó a los realistas. Los independientes fueron hechos pedazos (abril 25). Monteverde se apoderó de dos piezas de artillería y quinientos fusiles, reforzándose con 500 hombres más. Los rendidos fueron pasados a cuchillo,

y el pueblo de San Carlos entregado al saqueo y a las llamas. Desde este punto destacó a su segundo, el coronel Eusebio Antoñanzas, soldado grosero y tan cruel como él, a fin de sublevar los llanos de Caracas. Los pueblos de Mérida y Trujillo situados en la cordillera, se pronunciaron por el Rey, asegurando su flanco derecho. Las poblaciones y los soldados desertaban en todas partes de las banderas de la independencia. Monteverde, impelido y llamado por los pueblos, avanzaba sobre Valencia, adonde el congreso y el poder ejecutivo habían trasladado su residencia después de sancionada la constitución. A los cuarenta y cinco días de su salida de Coro (el 3 de abril de 1812) entraba Monteverde triunfante y sin oposición en la capital federal de Venezuela, vitoreado como un pacificador y un libertador.

En tan crítica situación, nombróse a Miranda dictador, con el título de generalísimo de mar y tierra, delegando en él todas las facultades necesarias para salvar la patria (26 de abril). El gobierno federal se estableció en Victoria, entre Caracas y Valencia. Miranda, comprendiendo la necesidad de sostener a Valencia como base de operaciones, para cubrir el flanco izquierdo de la importante plaza fuerte de Puerto Cabello, al tiempo de ponerse en campaña desde Caracas, ordenó al gobernador de Valencia, que lo era el comandante Ustáriz —antes derrotado en San Carlos—, que lo hacía responsable con su cabeza de la defensa de la capital. Al recibir esta orden, Ustáriz, desalentado por los reveses y las defecciones en masa, habíase retirado al simple amago de la invasión haciendo abandono de los depósitos militares que custodiaba (30 de abril). Obligado a reaccionar a impulsos del deber militar, atacó a Monteverde en Valencia, una hora después de su entrada; pero otra vez fue completamente batido.

Miranda avanzó con su ejército hasta las inmediaciones de Valencia, y situóse en Guácara, al oriente del lago a cuyas orillas se levanta aquella ciudad. Sus fuerzas se componían de dos batallones de línea, siete de milicias regladas, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de estas dos armas con 10 piezas de artillería, que con los restos de la división de Ustáriz, que se le incorporaron, alcanzaba a cerca de 4.000 hombres. Confiado en la superioridad numérica, el generalísimo adelantó hasta Guayos, a cinco kilómetros de Valencia, un destacamento de 500 hombres. El enemigo salió a su encuentro. Trabado el combate, una compañía patriota se pasó en masa a los realistas, y decidió la victoria en favor de estos. Descorazonado Miranda por este contraste, y con poca confianza en la lealtad de sus tropas, levantó su campo, y se replegó a la parte meridional del lago, donde éste y una serranía que corre al oriente, forman una estrechura fácil de defender llamada La Cabrera. En esta posición se fortificó el prudente general. Abrió fosos, clavó estacadas, estableció baterías y organizó en el

lago una flotilla, para mantener las comunicaciones de su campo atrincherado. Este sistema de inerte defensiva, que dejaba a Monteverde en libertad de sus movimientos, y nada prometía, empezó a minar el crédito del dictador en quien todos tenían cifradas sus esperanzas. Nadie reconocía en él al famoso guerrero de la república francesa, en Valmy y Jemmapes, cuyo nombre estaba inscripto en el arco de triunfo de La Estrella, y el general irresoluto de Maestrich y Nerwinde volvía a aparecer en nuevo teatro. Para dar mayor vigor a su autoridad, hízose investir por medio de una junta de notables, de las facultades políticas y militares de un dictador anulando todos los poderes públicos existentes. Publicó la ley marcial (mayo 20); ordenó que todos los ciudadanos en estado de llevarlas tomasen las armas; llamó al servicio a los esclavos, emancipando a los que se presentasen, medidas tardías e impolíticas, que produjeron más mal que bien.

Mientras tanto, la expedición de Antoñanzas a los llanos de oriente, había triunfado completamente. La villa de Calabozo fue tomada a viva fuerza, pereciendo en ella todos sus defensores. Unido Antoñanzas a un español llamado José Tomás Boves, destinado a alcanzar terrible celebridad, atacó a San Juan de los Morros, pasó a cuchillo su guarnición, y hasta los ancianos, las mujeres y los niños fueron sacrificados. La guerra a muerte recrudecía. Alentado Monteverde por estos triunfos, por el pronunciamiento en favor del Rey de la importante provincia de Barinas, que resguardaba su espalda, y sobre todo por la inacción de su contendor, atacó de frente por dos veces consecutivas las líneas atrincheradas de los patriotas; pero fue rechazado en ambas con pérdidas considerables (19 y 26 de mayo). No se desanimó empero el jefe español. Reforzado con tropas y municiones enviadas desde Coro, intentó un tercer ataque, en que nuevamente fue rechazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Concibió la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea del flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fue severamente criticado y aumentó el descrédito del generalísimo. Viose claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla a las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo a Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopina-

damente fue atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo a retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunióse al grueso de sus fuerzas, que alcanzaban a 3.100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro Grande frente a Victoria. Miranda, persistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 28 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos, triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fue un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones (29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluido quizás con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada a Valencia. Un consejero del jefe español, le persuadió a que aguardase tres días. Trascurridos los tres días la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles, al sudeste de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatiesen contra ella. La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella. Los negros, entregados a sus instintos y sin dirección, cometieron todo género de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas, indefensa, viéndose Miranda obligado a desprender alguna fuerza para protegerla. Pocos días después (30 de junio), el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter a los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. A los tres días (4 de julio), supo que Monteverde marchaba en sostén

de la sublevación. Desprendió a su encuentro los últimos 200 hombres que le quedaban, los que fueron completamente batidos, regresando a la plaza tan solo un jefe con 7 soldados. Bolívar tenía aún 40 hombres, que al saber este contraste lo abandonaron. Para salvar su vida, viose obligado a embarcarse en compañía de siete oficiales, y se dirigió a La Guayra. Desde Caracas escribió al generalísimo, dándole cuenta de este desastre: "Lleno de vergüenza, después de haber agotado todas mis fuerzas físicas y morales, ¿con qué valor me atrevería a escribirle habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón está destrozado, y mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me hallo en ánimo de mandar un solo soldado. Ruego se me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o se me den algunos días para recobrar la serenidad que he perdido. Después de haber perdido la primera plaza del estado ¿cómo no he de estar alocado? ¡Dé gracia, no me obligue a verle la cara! No soy culpable, pero soy desgraciado, y basta." Al recibir esta infausta nueva, Miranda exclamó: "¡Venezuela está herida en el corazón!"

Todo el occidente y los llanos de Venezuela estaban ocupados por las armas realistas, y al oriente, dominaban ambas márgenes del Orinoco, lo mismo que todas las costas marítimas. La insurrección de los negros esclavos había avanzado a sangre y fuego, y amenazaba a Caracas con el exterminio. La opinión, herida de pavor por la catástrofe del terremoto o quebrada por los contrastes o la miseria, era una fuerza inerte contraria a la revolución. Apenas si un tercio del territorio quedaba a los independientes. En tan angustiosa situación, la pérdida de Puerto Cabello fue un golpe mortal. Si bien el ejército constaba de más de 5.000 hombres, una gran parte eran reclutas forzados y la otra, gente acobardada, que desertaba diariamente en grupos al enemigo. El general no tenía confianza en sus tropas, ni sus subordinados en él. El desaliento o la irritación era general. Todos acusaban a Miranda de ser el causante de las calamidades que sufrían y algunos le llamaban traidor. El dictador desesperó de la causa de la república, y aconsejado por una junta de gobierno que convocó en su cuartel general, resolvió abrir negociaciones pacíficas con el enemigo.

A fin de obtener mejores condiciones, Miranda llevó un ataque parcial sobre la línea avanzada del enemigo, y consiguió sorprender y derrotar algunas grandes guardias. En seguida propuso una suspensión de hostilidades para tratar de la pacificación. Monteverde aceptó, pero bajo la condición de que las tropas reales pudiesen continuar avanzando hasta Caracas. Miranda formuló nuevas proposiciones, autorizando a sus comisionados a firmar una capitulación que garantiese la libertad y las propiedades de los comprometidos en la revolución. Algunos oficiales del ejército intentaron promover una protesta contra esta política, que tachaban de cobar-

de. Propalaron que debía deponerse al generalísimo para emprender la guerra con vigor. Con 6.000 hombres podía y debía atacarse al enemigo. La victoria salvaba la situación. En la derrota no se perdía más que lo que iba a perderse por la capitulación, que era la sumisión sin gloria y sin garantías. Los que así razonaban sobre una base numérica, sin tomar en cuenta las fuerzas morales, que era el factor que dominaba la situación, o eran excepciones de la desmoralización colectiva o se daban el aire de héroes a poca costa, con la conciencia de que todo estaba perdido, y que sus proclamas no encontrarían ecos. El generalísimo, que no había tenido inspiraciones para salvar una situación fatalmente perdida por complicaciones extraordinarias de que la historia presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmo y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fue al dictador dominar esta agitación ficticia de última hora, imponiendo a todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que, ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible a la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria a quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear o para morir. Venezuela pasaba por esos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación por que pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador ajustaron con Monteverde una capitulación, sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas y los bienes de los habitantes en el territorio no reconquistado; la concesión de pasaportes a los que quisiesen abandonar el país, y una amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad a todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monteverde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar o denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió a ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin, tuvo que autorizar a sus comisionados a pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de capitulaciones de San Mateo, con que han pasado a la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer a la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía más garantía que el beneplácito del vencedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de la Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó a Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la

ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocupaba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el resto se dispersó en la marcha hacia Caracas.

XI

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante en Caracas, y rompía de hecho la capitulación, imponiendo la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin misericordia. En el mismo día era entregado a sus verdugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos, el precursor de la emancipación del nuevo mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sur.

Era comandante militar de La Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abrumado de penas y fatigas, llegó Miranda a la Guayra, el 30 de julio a las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés *Zafiro,* que había ofrecido a Miranda recibirlo a su bordo, donde tenía ya su equipaje, invitóle para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba darse a la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la mañana, y lo persuadieron a que se quedase a dormir en tierra. El capitán inglés se retiró con un triste presentimiento, según lo manifestó después. Los cuatro camaradas sentáronse en seguida a la mesa, y juntos rompieron el pan de la hospitalidad. Después de la cena, que fue triste, y en que sólo Bolívar habló provocando explicaciones sobre la capitulación que Miranda esquivó, retiróse éste a dormir en una cama preparada por su huésped, quien había tenido la precaución de elegir un aposento cuya puerta no podía cerrarse por dentro.

Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo —el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes—, y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chitillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaeta y Juan José Valdés. Constituidos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en consideración la conducta política y militar del desgraciado ex dictador. Fue unánimemente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber

recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenérsele para dar cuenta de su conducta a sus compañeros y sincerarse ante ellos. Dijeron: que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos, su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado. Bolívar votó por la muerte de Miranda como traidor a la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto, en definitiva, reducir a prisión a Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto. Bolívar en compañía de Montilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente. No se atrevían a prenderlo a la luz del día, porque el ex dictador aún contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras de la noche. A las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fe de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente. "¿No es muy temprano?", preguntó la víctima. Pero al recibir la orden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado a sus carceleros, quienes lo condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fue a dar cuenta del hecho a Monteverde, portador de comunicaciones de Casas, para congraciarse con el vencedor.

Al día siguiente, el puerto de La Guayra estaba cerrado por orden de Monteverde, y Casas cañoneaba desde sus fuertes a las embarcaciones cargadas de emigrados que intentaban hacerse a la vela a favor de la brisa matinal, echando a pique un goleta, en que se dice perecieron algunos. Tres días después (2 de agosto), el jefe español, dueño de Caracas, expedía una proclama en que ratificaba la amnistía, al mismo tiempo que encerraba en un calabozo a los mismos que habían prendido a Miranda, menos a Casas y Peña, y a Bolívar que se ocultó. Sucesivamente, todos los comprometidos en la revolución que habían confiado en las falaces promesas de Monteverde corrían la misma suerte. La capitulación fue rota, imponiéndose la dura ley del vencedor, brutalmente y sin atenuaciones. Formáronse arbitrariamente listas de sospechosos; los bienes de los proscriptos fueron embargados; los domicilios villanamente violados; las cárceles se llenaron de presos, hasta el número de mil y quinientos ciudadanos, muriendo algunos de ellos, hacinados y atormentados en los calabozos. La persecución iba acompañada por el escarnio y la rapiña. Los presos eran despojados de su dinero y alhajas, que se repartían los captores y conducidos por las calles en bestias de albarda atados de pies y manos. Los canarios, que tenían sangre que vengar, eran los agentes de estas persecuciones,

constituidos en asociación espontánea con el título de "fieles servidores de Fernando VII."

Miranda, trasladado a los calabozos de Puerto Cabello, fue sometido a los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros. Desde el fondo de su prisión, oyó por última vez la América la voz del precursor de su redención. Con motivo de la reinstalación de la real Audiencia de Caracas, el pueblo concibió algunas esperanzas de caridad, ya que no de justicia. El desgraciado cautivo se hizo el eco de estas esperanzas, en un memorial que dirigió al supremo tribunal, abogando valientemente a costa de su propia seguridad, por la suerte de sus compatriotas perseguidos. Nada pidió para sí, de nadie se quejó, ni siquiera hizo la más remota alusión a su prisión ejecutada por sus mismos amigos. "He guardado el silencio más profundo —decía— sepultado en estrecha y oscura prisión y oprimido con grillos; he visto correr la propia suerte a un número considerable de personas de todas clases y condiciones, y ante mis propios ojos se han presentado las escenas más trágicas y funestas. Con inalterable sufrimiento he sofocado los sentimientos de mi espíritu. Estoy ya convencido de que por un efecto lamentable de la más notoria infracción, los pueblos de Venezuela gimen bajo el yugo de las más pesadas cadenas. Parece es tiempo ya de que por el honor de la nación española, por la salud de estas provincias y por el crédito y responsabilidad que en ellas tengo empeñados, tome la pluma en el único momento que se me ha permitido para reclamar ante la superior judicatura del país estos sagrados incontestables derechos."

Después de hacer Miranda una exposición de su conducta como generalísimo y dictador y de los móviles que le impulsaron a ajustar la paz, bosqueja con colores sombríos el cuadro del terrorismo implantado por Monteverde, que acentúa con estas palabras: "Yo vi entonces repetirse con espanto en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia." Y recordando que estos escándalos se perpetraban al mismo tiempo que se promulgaba la constitución española, sancionada por las cortes de Cádiz, que debía ser "iris de paz, áncora de libertad y escudo para todos", preguntaba con reconcentrada pasión y dolor al supremo tribunal a quien se dirigía: "¿El interés de la Península es por ventura sembrar en la América y la metrópoli las ruinas de un odio eterno y de una perpetua irreconciliación? ¿Es acaso la destrucción de los naturales del país, de sus hogares, familias y propiedades? ¿Es a lo menos obligarlos a vivir encorvados bajo de un yugo mucho más pesado que el que arrastraban en tiempo del favorito Godoy? ¿Es por último, que esta augusta, esta santa constitución sea un lazo tendido para encerrar a la buena fe y a la lealtad?" El mismo se contestaba: "La representación nacional de

España ha invitado con la paz a la América. Caracas después de haberla estipulado, es tratada como una plaza tomada por asalto en aquellos tiempos bárbaros en que no se respetaba el derecho de gentes. Venezuela es declarada de hecho proscripta de las leyes constitutivas y condenada a una degradación civil y absoluta, y lejos de disfrutar la igualdad que se le ofrece, es casi tenido por delito el haber nacido en este continente." Y terminaba: "La capitulación ha sido pública y evidentemente violada. La constitución ha sido infringida en uno de sus principales fundamentos: la suerte de los ciudadanos no está asegurada, y expuesta a todos los desastres que dictan las pasiones tumultuarias, el estado actual de estas provincias es la consecuencia de unos principios tan viciosos y opresores. Yo reclamo el imperio de la ley; invoco el juicio imparcial del mundo entero; dirijo por la primera vez mis clamores en defensa de los habitantes de Venezuela para que no se les trate como criminales. Así lo exige de seguro mi propio honor, lo enseña la sabia política, lo prescribe la moral y lo dicta la razón."

Este precursor de la emancipación de la América del Sur que así hablaba por la última vez, que tuvo la primitiva visión de los destinos del nuevo mundo republicano, y había sido entregado a sus verdugos por el adepto que debía realizar el pensamiento del Maestro, fue trasportado a Cádiz, donde pasó tres años de doloroso cautiverio y murió, solo y desnudo en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro Torres, el 14 de julio de 1816, a la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver envuelto por la inmunda ropa de cama en que expiró, fue sepultado en el fango de uno de los islotes de la Carraca de la playa gaditana, que la marea cubre o abandona todos los días. *¡Gloria victus victor!*

Mientras las persecuciones contra las que reclamaba Miranda afligían a Venezuela, Bolívar permanecía oculto en Caracas, según antes se apuntó. En tal situación, solicitó por intermedio de un español amigo suyo y de Monteverde, un salvoconducto para ausentarse del país, acogiéndose así a la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector lo presentó a Monteverde: "Aquí está don Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía. Si a él le toca alguna pena, yo la sufro." Monteverde contestó: "Está bien." Y volviéndose a su secretario "Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar), en recompensa del servicio que ha prestado al Rey con la prisión de Miranda." (26 de agosto). Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor. Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que "había preso a Miranda para castigar a un traidor y no por servir al Rey", palabras que no tienen sentido, pues si Miranda hubiese sido traidor habría merecido favores y no martirios de parte de los verdugos a quien él contribuyó a entregarlo. Sea que las pronunciase o no en aquella

ocasión, la única interpretación que puede dársele, es la que el mismo Bolívar ha dado, al sostener hasta el fin de sus días —confidencialmente— que su ánimo había sido fusilar a Miranda en la mañana siguiente, y no el entregarlo a sus enemigos, y que sin la oposición de Casas, lo habría ejecutado. La defensa es tan siniestra como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar —incluso sus panegiristas—, jamás han pretendido excusar el hecho, que ha quedado como una sombra sobre la frente del libertador, que todas las luces de gloria no han podido disipar.

Así nació y sucumbió Venezuela, acabó Miranda y apareció Bolívar.

Capítulo XXXVII

REVOLUCION DE NUEVA GRANADA Y QUITO

1809-1813

Marcha regular de la revolución sudamericana. — Centros regionales de insurrección. — Las dos hegemonías emancipadoras de la América del Sur. — Primera revolución de Quito. — Sus enlaces con la revolución de Nueva Granada. — Revoluciones de Cartagena, Casanare, Pamplona y del Socorro. — Carácter complicado de la revolución neo-granadina. — Revolución de Santa Fe de Bogotá. — Anarquía política. — Federalistas y unionistas. — Constitución republicanomonárquica de Cundinamarca. — Reaparición de Nariño. — Revolución interna de Santa Fe. — Nariño, dictador de Candinamarca. — Acta de federación de las provincias de Nueva Granada. — Cartagena y Santa Marta declaran su independencia de la metrópoli. — El federalismo y unitarismo conspiran contra la organización nacional. — El congreso federal se traslada a Mariquita. — Sombra de gobierno parlamentario. — Geografía de la reacción realista en Nueva Granada. — Guerra entre Cartagena y Santa Marta. — La reacción en el Itsmo de Panamá. — La reacción al sur de Nueva Granada. — Primer triunfo de la insurrección en Palacé. — Derrota de Tacón. — La guerra de Popayán contra Pasto y Patía. — Nueva revolución de Quito. — La guerra en Quito. — Quito declara su independencia. — Muerte de Ruiz de Castilla. — Campaña de Montes contra Quito. — Caída de la revolución quiteña. — Revolución interna de Nueva Granada. — Segunda guerra civil. — Situación política y militar de Nueva Granada a fines de 1812. — Los realistas de Quito invaden a Nueva Granada por el sur. — Nariño es nombrado general de la Unión. — Campaña de Nariño sobre Pasto. — Derrota del ejército de la Unión. — Nariño prisionero. — Reaparición de Bolívar. — Su campaña en el Alto Magdalena. — Segunda guerra de Cartagena y Santa Marta. — Bolívar concibe el proyecto de reconquistar a Venezuela. — Atraviesa los Andes. — Primera campaña de los valles de Cúcuta. — Memoria política y militar de Bolívar. — El presidente Camilo Torres apoya el pensamiento de Bolívar. — Nueva Granada resuelve la reconquista de Venezuela.

I

Lo más notable en los movimientos concéntricos y excéntricos de la revolución hispanoamericana, es la regularidad de su marcha convergente y la simetría de sus líneas generadoras. Podría ser una mera coincidencia que en 1809 se hiciesen sentir por la primera vez dos estremecimientos orgánicos y simultáneos en las extre-

midades del continente meridional — La Paz y Quito —, que parecerían indicar desde su origen una solidaridad de la masa viva. Podría ser otra coincidencia que en 1810 naciesen dos revoluciones gemelas en dos hemisferios — Buenos Aires y Caracas —, con idénticas formas, iguales propósitos, análogos objetivos y hasta con la misma doctrina política, como hijas de una madre común. Pero, cuando se observa que estos movimientos homólogos son espontáneos, que reconocen una misma causa, que tienden desde un principio a formar sistema y siguen por el espacio de quince años una dirección general en sus proyecciones iniciales, no es posible desconocer la existencia de una ley que la gobierna, y que la revolución sudamericana fue verdaderamente una revolución orgánica que tuvo su razón de ser. Y lo más notable aún en esta evolución uniforme es que, al insurreccionarse aislada y simultáneamente todas las colonias hispanoamericanas como movidas por un mismo resorte interno, se diseñan desde luego dos evoluciones concéntricas, que tienen sus núcleos regionales y un centro común que responden a un plan general de insurrección, determinando los dos teatros de la guerra continental, en que se mueven táctica y estratégicamente dos grandes masas que parcialmente se condensan y que recíprocamente se atraen.

Vese así claramente que las dos revoluciones simultáneas y gemelas que hemos señalado, se convierten cada una de ellas en centro de un sistema revolucionario, que en el orden internacional y nacional representan dos hegemonías emancipadoras, distintas en sus medios de acción, pero concurrentes en sus fines. Conocemos ya cómo se formó en el sur el gran grupo internacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Alto Perú, bajo la hegemonía argentina primero, y de la chilenoargentina después, con San Martín a su frente, y cómo su acción se extendió al Perú, penetrando en la región del norte. Va a verse ahora cómo se formó el grupo nacional del norte, que comprende a Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la hegemonía colombiana acaudillada por Bolívar, y cómo se extendió a su vez hasta el Perú, operándose en su centro la conjunción de las dos grandes masas revolucionarias, animadas de una misma vitalidad. Entonces se verá que los movimientos de los dos extremos en su afocamiento responden a un sistema general de insurrección y son el producto de las idénticas causas que los engendran. Las revoluciones del Norte siguen la misma ley que las del Sur en sus enlaces recíprocos y en sus agrupaciones respectivas.

La revolución de Quito en 1809 tuvo una sorda repercusión en Nueva Granada, conmovida ya profundamente por los sucesos de que era teatro la metrópoli. El virrey Antonio Amar, hombre sin cualidades de mando, que la gobernaba desde 1806 al tiempo de la expedición de Miranda, alarmado por tan ruidosa novedad,

reunió una asamblea de corporaciones y notables para aconsejarse (9 de setiembre de 1809). Los americanos que la integraron, no sólo apoyaban la creación de la junta quiteña, sino que también pidieron un gobierno análogo en la capital de Santa Fe de Bogotá, que rigiese todo el virreinato. Los españoles, en contrario, opinaron por la disolución del gobierno revolucionario. Amar se decidió por este partido. En consecuencia, despachó una expedición de 300 hombres de línea, con órdenes de disolver la junta a viva fuerza. Al mismo tiempo, el virrey del Perú desprendía desde Lima una columna de 800 hombres con el mismo encargo.

El nuevo gobierno de Quito, que había decretado la formación de tres batallones para sostener su autoridad, destacó hacia el norte dos compañías con tres cañones para hacer frente a las tropas del virrey Amar, las que fueron completamente derrotadas por los habitantes armados de la provincia de Pasto, que desde entonces se pronunciaron decididamente por la causa del Rey (16 de octubre de 1809). Este contraste amilanó a los revolucionarios. Aislados, atacados por dos fuerzas que no podían contrarrestar, pactaron con el depuesto capitán general Ruiz de Castilla devolverle el mando bajo la condición de una amnistía, la que se publicó solemnemente por bando. Reunidas en Quito las tropas expedicionarias de Nueva Granada y del Perú, empezaron las persecuciones contra los promotores de la revolución. Sometidos a juicio, fueron condenados a muerte unos y a presidio otros. Indignado el pueblo por esta violación de las capitulaciones, un pequeño grupo de hombres armados de cuchillos asaltó los cuarteles, y consiguió por un momento posesionarse de uno de ellos. Dominado este tumulto por la fuerza pública, la soldadesca —y especialmente la de Lima— asesinó en la cárcel a casi todos los presos políticos, en número de veinticinco, y se lanzó a las calles matando bárbaramente como ochenta personas, entre ellas tres niños y tres mujeres. El vecindario se armó de palos y piedras para defender sus vidas. La carnicería se habría prolongado sin la interposición del obispo, que consiguió apaciguar los ánimos de uno y otro lado (2 de agosto de 1810).

La noticia de los asesinatos de Quito se difundió en todos los pueblos del virreinato, en momentos en que estallaba la revolución de Venezuela, ya relatada, y prendía la primera chispa de la insurrección en Nueva Granada. Aterrado Ruiz de Castilla, convocó una junta de autoridades civiles y eclesiásticas y de notables de la ciudad. En ella se acordó, bajo la denominación de "Tratados", ajustados con intervención de la real audiencia, un indulto general y el sobreseimiento, en el proceso que se seguía a los revolucionarios sobrevivientes. Las tropas de Lima que se habían acarreado el odio general, fueron despedidas y el pueblo volvió a entrar en sosiego (4 de agosto de 1810).

Al mismo tiempo que Quito se pacificaba, la Nueva Granada se conmovía de un extremo a otro. El virrey Amar había hecho reconocer y jurar el consejo de regencia, a tiempo que arribaban a Cartagena, en calidad de comisarios regios, D. Antonio Villavicencio y D. Carlos Montufar, ambos hijos de Quito, y ligados por lazos de parentesco y afinidades políticas con los revolucionarios. Hallaron éstos la ciudad cartaginesa en gran efervescencia a consecuencia de la revolución de Caracas. El pueblo, encabezado por el cabildo, pedía a gritos la instalación de una junta provincial. Resolvió al fin, con acuerdo del comisario regio, Villavicencio —que era el encargado de arreglar la cuestión de Nueva Granada—, que, de conformidad a una ley de Indias, violentamente interpretada, el gobernador de la provincia ejerciese la autoridad, conjuntamente con el cabildo, quien nombró por su parte dos diputados al efecto. La municipalidad quedó preponderante en el gobierno. No aviniéndose el gobernador con este nuevo orden de cosas, pretendió reaccionar; pero, depuesto por el cabildo apoyado por el pueblo, fue deportado a La Habana (11 de junio de 1810). Así quedó consumada en Nueva Granada la primera revolución, que, como se verá después, entrañaba un principio de prematura desorganización.

Un levantamiento parcial en los llanos de Casanare respondió al movimiento de Cartagena. Dos jóvenes ardorosos, seguidos por algunos parciales, dieron el grito de insurrección al este de la cordillera oriental, y se apoderaron a viva fuerza de varios puntos. Atacados por tropas enviadas por el Virrey, fueron aprisionados y condenados sumariamente a muerte. Sus cabezas fueron conducidas a la capital para ser fijadas en escarpias en los lugares públicos. La agitación popular fue tal, que los mandatarios intimidados, mandaron enterrar furtivamente las cabezas. Casi simultáneamente, el corregidor de Pamplona fue depuesto por el cabildo, y se instaló una junta de gobierno (4 de julio de 1810). Pocos días después estallaba una verdadera revolución en la ciudad del Socorro, cuna de la formidable insurrección de los comuneros en 1781 (véase capítulo I, párrafo VIII).

Para mantener el orden alterado por el levantamiento de Casanare y las agitaciones de Pamplona, habíanse acantonado dos compañías de línea y de milicia en el Socorro, las que, en un momento de falsa alarma, hicieron fuego sobre el pueblo, encabezado por la municipalidad. Reunidos como ocho mil ciudadanos, sitiaron a la tropa en su cuartel, y la rindieron después de un combate. El gobierno se depositó en el cabildo, adjuntándole ocho diputados elegidos por el pueblo, los que se constituyeron en junta. Su manifiesto de paz o de guerra fue formulado en una enérgica solicitud a la audiencia, en la que, a la vez de protestar los revolucionarios sostener la nueva situación a todo trance, y declarar

que al efecto se aunaban todos sus habitantes, pedían que, para evitar mayores males, se autorizase la formación de juntas de gobierno, así en la capital como en las demás provincias (15 de junio de 1810). Cinco días después estallaba la revolución de Santa Fe de Bogotá, que sucesivamente se extendió por todas las provincias.

II

La revolución de la Nueva Granada es una de las más difíciles de caracterizar, por la complicación de sus evoluciones políticas en sus perturbaciones anárquicas, como consecuencia del orden administrativo de la colonia, de su estado social, de su constitución geográfica y de la índole de sus habitantes. Vaciada en el mismo molde municipal y popular de las que la precedieron en Sud América, con las mismas formas legales y los mismos objetivos inmediatos, mostró desde luego su carácter incoherente y civil, diseñándose muy tempranamente en ella dos tendencias opuestas y concurrentes: la autonomía elemental de las provincias y la centralización gubernamental, que envolvían los gérmenes de la unidad y de la federación. Estos dos principios existían latentes en el estado embrionario de la sociabilidad política, en los antecedentes históricos y en las leyes municipales, y puestos en actividad por la revolución, tenían necesariamente que intervenir como hechos preexistentes y elementos de organización y desorganización a la vez. Dentro de este círculo giraron todos sus movimientos. Estas mismas tendencias habíanse manifestado en el Río de la Plata con los mismos caracteres y por las mismas causas; en Chile con menos intensidad, y señaladamente en Venezuela; pero, confundidas en el movimiento general o tomadas en cuenta en la organización constitucional, no paralizaron la marcha revolucionaria, si bien la enervaron. En Nueva Granada asumieron el carácter de fenómenos permanentes y fuerzas antagónicas, que inmovilizaron la revolución dentro de sus propios elementos, gastando en un roce estéril toda la energía que encerraban en sí. De aquí su debilidad militar y su fracaso en el primer ensayo constitucional.

Lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada al tiempo de estallar la revolución de 1810 —sin incluir la presidencia de Quito—, contaba con una población de 1.600.000 habitantes. Estaba dividido en catorce o quince provincias, enclavadas en las tres cadenas de los Andes ecuatoriales, entre dos mares, con marcados rasgos étnicos y geográficos. Cuatro de ellas eran litorales, en la prolongación de la Costa Firme, sobre el golfo de Méjico: Cartagena, Santa Marta, Río Hacha, Panamá y Veraguas. En la parte superior del gran valle de la Magdalena estaba la extensa provincia central de Santa Fe. En su promedio se encontraban los

corregimientos de Tunja, Socorro y Pamplona, sobre las vertientes occidentales de la cordillera del este, con los llanos de Casanare y los valles de Cúcuta al oriente. Mariquita y Neiva hallábanse en las vertientes orientales de la cordillera del medio, sobre el río Magdalena; y aunque se consideraban como subdivisiones administrativas de Santa Fe, tenían la importancia de verdaderas provincias. En el Alto Cauca, al norte del nudo andino que determina los dos grandes valles de Nueva Granada —el Magadalena y el Cauca—, estaba enclavado Popayán comprendiendo los distritos de Pasto y Patía, limítrofes con Quito, y en el Bajo Cauca, la de Antioquía en contacto con las provincias del itsmo. Sobre el litoral marítimo del Pacífico, paralelamente a los territorios de Popayán y Antioquía, se desarrollaba la región del Chocó, dividida en dos provincias: Citará y Novitas. Las provincias de Quito eran cinco: la capital del mismo nombre en la montaña; Cuenca, Loja y Jaén, en su vertiente occidental, limítrofes con el Perú y Guayaquil sobre el mar del Sur. Eran pues —sin tomar por ahora en cuenta a Quito— tres sistemas geográficos marcados, ocupados por razas diversas y con diversas costumbres, ligados por un plan de centralización política y subdivididos en administraciones municipales autonómicas, que, si bien funcionaban con cierta regularidad bajo la dirección centralista de la metrópoli, encerraban en sí los gérmenes de la federación y de la disgregación, a la par de los antecedentes del unitarismo gubernativo.

Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato, y la más importante de las provincias, donde se había afocado la raza criolla en toda su pureza y con mayor energía, representaba en Nueva Granada el mismo papel complejo que Buenos Aires en el Río de la Plata. Como metrópoli colonial continuaba la tradición centralista histórica y tendía a la unidad gubernamental. Como provincia autonómica, centro de un particularismo coherente, podía ser, o el núcleo de una nación unitaria, o una unidad típica en un régimen federativo. Menos feliz, o con menos poder de atracción que Buenos Aires, no fue ni lo uno ni lo otro, aunque repitiendo sus mismas peripecias; y sí sólo el punto donde se chocaron las dos tendencias y el campo en que se trabó la discusión y la lucha, que dio por resultado final el anonadamiento de ambas. Pero lo singular en este movimiento complejo, es que son los pensadores, divididos por opiniones abstractas, los que le imprimen carácter y lo impulsan; son los congresos los que llevan la palabra y los que, juntamente con las municipalidades autonómicas, dirigen los ejércitos, que aparecen en el segundo plano, siendo sus generales hombres civiles, que se arman de la espada para sostener sus ideas.

Era la Nueva Granada, al tiempo de estallar la revolución, "una civilización mestiza, con elementos de semibarbarie, según la ha definido un escritor neogranadino, en que todas las razas del

globo se habían dado cita para mezclar sus sangres, sus tradiciones, sus fuerzas y caracteres, y concurrían simultáneamente a la obra de la civilización." Pero la raza blanca, o la criolla, factor principal de la revolución, como instinto, como fuerza y como idea encarnada, prevalecía sobre las razas mixtas. Para 313.000 indígenas, 140.000 pardos y 70.000 negros esclavos, había 877.000 blancos que, no sólo los superaban por su número y su inteligencia, sino que además estaban condensados en los centros de la civilización, donde residía la potencia gubernamental a que se subordinaba la fuerza bruta. De aquí el carácter civil de la revolución; pero, desgraciadamente, de aquí también su dispersión de fuerzas y su debilidad orgánica en la lucha por la independencia, que requería unidad de ideas y fuerzas compactas. Si a todo esto se agregan la disidencia profunda de los directores de la revolución en principios fundamentales de gobierno y las aspiraciones excéntricas o concéntricas de las provincias llamadas a una nueva vida autonómica, las rivalidades del litoral contra la capital y de las localidades según su situación geográfica, que determinaban otras tantas acciones y reacciones, y por último, el predominio y el aislamiento de la capital por consecuencia de estas complicadas emergencias, se tendrá en compendio la síntesis de la revolución neogranadina, que explica la desorganización de su primera república y da la clave de los sucesos que vamos a narrar.

III

Todo estaba preparado en Bogotá para una revolución. Era una mina cargada. Los patriotas, bien dirigidos y apoyados por la opinión criolla, habían hecho varias tentativas para realizarla, pero sin resultados hasta entonces. La noticia de la revolución de Venezuela, a que se siguieron los movimientos de Cartagena, Casanare, Pamplona y el Socorro, y sobre todo, el arribo de los comisarios regios, Villavicencio y Montufar, cuyas buenas disposiciones en favor de los americanos despertaron nuevas esperanzas, les decidieron a dar el grito de insurrección en el mismo día de la llegada de éstos a la capital. La agitación era tan grande, que un incidente imprevisto la precipitó antes de la hora prefijada. El 20 de julio (1810) por la mañana, un español profirió algunas palabras en menosprecio de los americanos. Esta fue la chispa que produjo el incendio. El pueblo se levantó en masa, se agolpó a la plaza, pidió un cabildo abierto y una junta de gobierno, apoyado en su exigencia por la municipalidad. Como el Virrey se negase a la petición intimada por dos diputados de vecinos, el pueblo mandó tocar a rebato en todas las iglesias, y seis a siete mil hombres armados se reunieron al pie de las casas consistoriales para soste-

ner la actitud del cabildo. La noche se acercaba, la fermentación crecía, el Virrey contaba con 1.000 hombres de tropa, que permanecían fieles, y se temía de un momento a otro un conflicto. El Virrey, intimidado, cedió al fin, y autorizó la reunión de un cabildo extraordinario.

La sesión del cabildo popular se abrió a las seis de la tarde en la sala del ayuntamiento, bajo la presidencia de un oidor. Siguióse un debate borrascoso, en que se distinguió por su varonil elocuencia el doctor Camilo Torres, hombre de gran carácter y poderosa inteligencia, destinado a representar un notable papel en la nueva república. Los patriotas exigían la formación inmediata de una junta de gobierno, nombrada por ellos. Los españoles resistían y procuraban ganar tiempo. Uno de los oradores populares de la asamblea declaró traidor al que se moviera de su puesto antes de instalarse la junta. Así se decidió. Comunicado este acuerdo al pueblo por un regidor, que salió a los balcones a proclamarlo, fue saludado con grandes aclamaciones. El Virrey, que por su prudencia se había captado la benevolencia general, fue nombrado presidente nominal de la junta, que se instaló a las tres de la mañana del día 21 de julio de 1810.

En el acta en el que se formuló el programa de la revolución se declaraba: que la junta investiría el carácter de gobierno general, para velar por la seguridad de la Nueva Granada y formar la constitución, mientras se pedían diputados a las provincias, sobre la base de la libertad e independencia respectiva de ellas ligadas por un vínculo federativo, cuya representación debía residir en la capital del virreinato, con mando de no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo en otra persona que en la del rey Fernando VII, siempre que éste fuese a reinar entre ellos, reconociéndose empero sujeto a la junta de regencia, con arreglo a la constitución que se diese, ínterin existiera aquella en la península. Con propósitos radicales en el fondo, era en la forma una transacción con el antiguo régimen, un acomodamiento provisional con el gobierno de la metrópoli y una concesión al espíritu federativo de las provincias, manteniendo de hecho la unidad del reino.

La junta empuñó con mano incierta las riendas del gobierno. Mal compuesta, colocada en una situación equívoca, bajo la presidencia del Virrey y el reconocimiento de sujeción a la regencia española, y dominada por la multitud movida por demagogos exaltados, careció en los primeros días de unidad de acción y pensamiento, y fue el instrumento pasivo de las exigencias de lo que se llamaba pueblo soberano que continuaba gobernando a gritos desde la plaza pública. Al fin, el Virrey fue depuesto, como debió serlo desde el primer momento; se anuló el juramento de obediencia prestado a la regencia española, y declaróse que la junta continuaría mandando a nombre del Rey durante su cautiverio, mante-

niendo el vínculo de unión con la nación española, aunque sin depender de los gobiernos y autoridades de la península. Dos días después de este acuerdo llegaban a Santa Fe los comisarios regios Villavicencio y Montufar, que sancionaron tácitamente lo hecho. Montufar, cuya comisión era especial para Quito, continuó su viaje, y luego lo veremos reaparecer representando el papel de revolucionario activo.

IV

La anarquía y la reacción no se hicieron esperar. Los antagonismos comprimidos por el centralismo colonial; las autonomías locales exageradas por la revolución; las disidencias profundas, teóricas y prácticas, de los pensadores llamados a dar forma y dirección al movimiento; los intereses encontrados de americanos y españoles; los instintos de las masas que se agrupaban según su distribución geográfica bajo las banderas opuestas, hicieron su aparición en la escena, y determinaron las complicaciones políticas y las luchas civiles de que la Nueva Granada fue teatro, gastando estérilmente sus fuerzas, sin llegar por entonces a ningún resultado.

La junta de Santa Fe, consecuente con su programa, dirigió a las provincias una circular, llena de prudencia y moderación, invitándolas a reunirse en congreso. Sin pretender la supremacía que de hecho y por necesidad estaba depositada en sus manos, se daba el simple carácter de provisional al solo efecto de mantener la unidad política y administrativa, reconociendo que debía ser subrogada por la autoridad que nombrasen los pueblos de común acuerdo. Dejaba a las provincias la libertad de dictar la regla para la elección de sus diputados. Protestaba renunciar a toda coacción para promover la unión y terminaba: "La capital se anticipa a precaver la desunión y la guerra civil. Si alguna de las provincias intentase substraerse a la liga general, tranquilos en la santidad de nuestros principios y firmes en nuestra resolución, la abandonaremos a su suerte, y las consecuencias de la desunión serán imputables a quien la promovió." Desgraciadamente, este plan de organización rudimental quedaría tan sólo consignado en el papel: la capital concurriría en definitiva a la desunión, tanto como las mismas provincias.

Casi todas las provincias del reino siguieron el ejemplo de Bogotá, instituyendo juntas de gobierno, y uniformaron en este sentido su política revolucionaria con ella. No así en el orden político. La mayor parte de ellas se manifestaron dispuestas a enviar sus diputados a Santa Fe, al reconocer dependencia; pero otras pretendieron erigirse en entidades supremas o republiquetas aisladas, y se resistieron a reunirse en congreso unionista. Car-

tagena, desligada del sistema geográfico del interior del país, que por su importancia comercial y su poder militar aspiraba a figurar como cabeza, fue la primera en dar la señal de la disgregación, rompiendo la tradición histórica. La junta cartaginesa, declarándose soberana e independiente, impugnó la convocatoria bogotana en un manifiesto, pronunciándose contra la institución de una junta central, que calificó de "gobierno monstruoso" a la vez que proclamaba la excelencia del sistema federal. En consecuencia, invitaba por sí a las provincias a reunirse en congreso con arreglo a esta base fundamental en Medellín, pueblo central del valle de Magdalena, nombrando un diputado por cada cincuenta mil almas, al que dejaba la decisión del reconocimiento o desconocimiento de la regencia de España, que por su parte continuaría reconociendo como lo había jurado (19 de setiembre de 1810). Sólo Antioquía respondió a la invitación de Cartagena; pero bastó esta disidencia para paralizar la reunión del congreso neogranadino promovido por Bogotá, y retardar la formación de un gobierno general, que era la necesidad suprema del momento.

Varias tentativas patrióticas se hicieron para organizar al menos un núcleo de congreso, pero todas abortaron. En la primera de ellas los diputados de sólo cinco provincias, reunidos en Bogotá, pretendieron reasumir el poder supremo en todas las ramas, dirigir la fuerza armada y centralizar la autoridad. La junta de Santa Fe le negó obediencia, y esta sombra de representación nacional desapareció. Así se formó un partido federal y separatista en el mismo centro unionista (fines de 1810). Los directores de la revolución, que habían establecido su base de operaciones en Bogotá, observando que todas las provincias concentraban su administración interior, y que la opinión estaba pronunciada por el sistema federativo, se decidieron a organizar la provincia de Santa Fe, que abrazaba la jurisdicción de la capital bajo la forma de estado federal, y crear la unidad que debía servir de tipo al conjunto. Reunida al efecto una asamblea popular con la denominación de "Colegio constituyente", en que figuraban los hombres más distinguidos de la Nueva Granada, y tomando por modelo la constitución de los Estados Unidos, crearon una república monárquica, bajo la denominación de "Estado de Cundinamarca" que era la que la provincia había tenido antiguamente. Según su constitución, se reconocía por rey a Fernando VII, quien sería admitido a ejercer el poder, toda vez que se trasladara al país. El poder legislativo se confiaba a una cámara popular y a un senado conservador. Durante el cautiverio del Rey, el poder ejecutivo sería desempeñado por un presidente y dos consejeros. Fue elegido para desempeñar el puesto de presidente de Cundinamarca el doctor Jorge Tadeo Lozano, un sabio de ideas adelantadas en política, aunque sin el temple de carácter que requerían las circunstancias (abril de 1811).

El presidente Lozano, animado de propósitos conciliadores, propuso a las provincias un nuevo plan de organización nacional, sobre la base de la formación de cuatro grandes departamentos que se agruparían por zonas geográficas, teniendo cada uno de ellos un río navegable, de manera que, en igualdad de condiciones, tuvieron todos y cada uno los suficientes medios y recursos para bastarse a sí mismos en su régimen interior (mayo de 1811). Este pensamiento, teóricamente bueno, fue un nuevo obstáculo para la instalación del proyectado congreso. Los diputados de ocho provincias —incluso las de Cartagena y Antioquía, antes disidentes— al reunirse en Bogotá, se encontraron con la doble novedad de la organización parcial de Cundinamarca y el nuevo proyecto. La proposición de Lozano no tuvo empero ulterioridad, y fue desechada por las provincias, declarando que "no tenían autoridad para hacer una variación tan substancial en el sistema adoptado, que pertenecía a los pueblos, y que sólo el congreso general podía decidir la cuestión." Coincidió con este plan otro análogo en más vasta escala, que encerraba el bosquejo de la futura república de Colombia. El famoso tribuno de la revolución de Caracas, Cortés Madariaga, había sido enviado por el gobierno de Venezuela cerca del de Nueva Granada, con el objeto de celebrar una alianza ofensiva y defensiva. En vez de esto, ajustóse un tratado de confederación, en que ambos estados se garantían mutuamente su integridad territorial y su seguridad, formando Cundinamarca y Venezuela dos grandes departamentos de ella, que admitirían a los demás en calidad de coestados con igualdad de derechos y representación, fijándose la capital de común acuerdo en un punto céntrico. Este proyecto tampoco tuvo efecto. Venezuela se constituyó federalmente, según se ha visto, como república soberana e independiente, y Nueva Granada siguió como antes.

V

Pensóse entonces seriamente en llevar adelante el propósito de reunir el congreso nacional, que todos los pueblos anhelaban, fatigados por la anarquía y por el absolutismo sin ley ni regla de sus juntas locales. Lozano, siempre conciliador, sin insistir en su plan departamental, se puso decididamente al frente de este movimiento patriótico, y el congreso abrió sus sesiones preparatorias, protegido por su autoridad. Fue precisamente éste el movimiento en que la anarquía hizo crisis. Su agente principal fue Antonio Nariño, el primer propagador de los derechos del hombre en Sudáméricoa y uno de los precursores de su emancipación a la par de Miranda, a consecuencia de lo cual había sufrido largas prisiones

y destierros. Restituido a la patria, considerábase como el patriarca de la revolución, y redactaba a la sazón un periódico en Bogotá, con la pasión de tribuno y el talento de escritor que siempre lo distinguió, y que el pueblo leía con avidez. Hombre de un fogoso patriotismo nativo, aunque moderado en la acción; poseído de ambición flotante, manso en cuanto a los medios, pero sin escrúpulos legales para alcanzar sus fines, era en teoría un secretario intransigente en materia de organización de gobierno, que sacrificaba lo relativo a lo absoluto. Agitador por temperamento, convirtió sus ideas abstractas y de aplicación en elementos de disociación política y guerra civil. Adversario del sistema federal, pensaba seriamente, aunque sin tomar en cuenta la opinión de los pueblos, que lo único que podía dar consistencia y vigor a la revolución, era el centralismo gubernativo. Por una contradicción, que estaba en su naturaleza y en la influencia de su teatro de acción, al mismo tiempo que se presentaba como el apóstol de la unión nacional, se constituía en campeón del localismo de la provincia de Santa Fe. La capital era el núcleo en torno del cual pretendía organizar la república, según un plan de agregación o de absorción, y supremacía metropolitana, que repugnaba así al patriotismo como al federalismo.

Los escritos de Nariño en oposición a la política constitucional del congreso, las rivalidades que se despertaban entre Santa Fe y las demás provincias, y las noticias alarmantes que les servían de corolario pintado a la Nueva Granada al borde de un abismo por falta de un vigoroso poder central, pusieron en conmoción la ciudad de Bogotá. La plebe, entre la cual era muy popular Nariño movida por sus parciales, pidió tumultuariamente medidas prontas y enérgicas para salvar la patria en peligro. Bajo la presión de la multitud, reuniéronse los miembros de los tres poderes, y se pronunciaron violentamente contra la administración del presidente Lozano, a quien obligaron a renunciar. Nariño fue elegido en su lugar, pero aceptó bajo la condición expresa de que se suspendiesen los artículos de la constitución que le impedían obrar con la fuerza y energía necesarias. Así se hizo, y Nariño quedó constituido en dictador de Cundinamarca (19 de setiembre de 1811).

El congreso nacional continuó sus sesiones preparatorias, y al constituirse en convención con los diputados de siete provincias, dio comienzo a su tarea constituyente. Después de maduras y tranquilas discusiones, resolvió adoptar el sistema federativo, bajo la denominación de "Provincias Unidas de la Nueva Granada", tomando por tipo el acta de confederación de los Estados Unidos en 1776. La forma que se dio a esta deliberación, fue la de un pacto constitutivo de las provincias representadas sujeto a su ratificación, invitando a las demás a adherirse a él, que fue formulado por la pluma magistral de Camilo Torres. Los diputados de Santa Fe y

de Chocó, obedeciendo a las sugestiones de Nariño, le negaron su aprobación, y declararon que sólo el sistema unitario podía salvar la revolución. Suscribiéndose solamente los diputados de Antioquía, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja (27 de noviembre de 1811).

El federalismo triunfaba en la discusión y era un hecho que estaba en los instintos; pero era otro hecho la anarquía, que conspiraba a la vez contra el federalismo y el unitarismo obstando a toda organización nacional compacta. Al mismo tiempo que se celebraba el pacto federativo, la provincia de Santa Fe declaraba que sólo entraría en la federación, reservándose las rentas que debían ser nacionales, y cuando formaron parte integrante de ellas los corregimientos de Tunja, Pamplona, Socorro, Mariquita y Neiva, que eran precisamente los que con el carácter de provincias habían suscripto el acta de unión. Cartagena, que hasta entonces reconocía el consejo de regencia de España y después de promover la reunión de un congreso disidente había concurrido al congreso, declaró su independencia absoluta de la España, y diose una constitución republicana como estado soberano (11 de noviembre de 1811). Casanare, Tunja y Pamplona trataron de unirse a la confederación venezolana. El congreso, coartado en Bogotá, y luchando con las resistencias que le oponía Nariño, se vio forzado a trasladar el sitio de sus deliberaciones al pequeño pueblo de Ibagué, en la provincia de Mariquita. Allí constituyó una sombra de gobierno parlamentario, a la manera del de los Estados Unidos en la primera época de la guerra por su independencia, pero sin autoridad real ni moral, y sin un Wháshington que diese cohesión a sus elementos dispersos.

VI

La reacción realista en Nueva Granada siguió el mismo movimiento que en Venezuela: desalojada del centro, se afocó en los extremos y en la parte occidental del país, para converger simultáneamente sobre el centro. Al sur de Santa Fe se organizó militarmente en el valle del Alto Cauca, en Popayán, con los distritos de Pasto y Patía a su retaguardia y la costa de Chocó sobre su flanco por punto de apoyo, y Quito por base de operaciones, con Guayaquil como puerto en el Pacífico. Al norte, sobre el litoral marítimo del golfo de Méjico, operóse el mismo movimiento de Costa Firme en Venezuela, con las Antillas españolas por base. Mientras la plaza fuerte de Cartagena en Nueva Granada, como Puerto Cabello en Venezuela, se pronunciaba por la revolución, Santa Marta reaccionó decididamente, y se convirtió como Coro, en cuartel general de los realistas, en comunicación con Maracaibo, al este de la cordillera oriental. Las provincias del istmo de Panamá, apo-

yadas en la plaza fuerte de Portobelo, dominaban el golfo de Darién y el bajo Cauca, en comunicación con las Antillas y la costa del Chocó. De este modo, la reacción realista, dueña de las costas del Atlántico y del Pacífico, envolvía la revolución neogranadina, por el sur, el norte y el occidente, y Cartagena quedaba amagada por sus dos flancos sobre el Magdalena y por su frente marítimo.

Santa Marta, situada como Cartagena en las bocas del Magdalena, que al principio había formado su junta de gobierno como las demás provincias, hizo su contrarrevolución apoyada por los españoles europeos, y especialmente por los catalanes preponderantes allí (diciembre de 1810). Río Hacha siguió su ejemplo. Para sostener su actitud, levantó un cuerpo de tropas de voluntarios españoles, y se fortificó en varios puntos sobre la margen derecha del Magdalena, interceptando el comercio de Cartagena con las provincias del interior, y extendió su línea militar desde la orilla del mar hasta Ocaña en los límites de Pamplona en las vertientes de la cordillera oriental. Todos los realistas del virreinato, así americanos como europeos, acudieron a Santa Marta como punto de reunión, la que, reforzada desde Cuba con un batallón español de línea (el *Albuera*) y tres buques de guerra, organizó un cuerpo de ejército de 1.500 hombres decididos, alistando bajo su bandera las milicias del país (año de 1811). Cartagena dirigió una expedición fluvial con tropas de desembarco, a fin de apoderarse de la villa de Tenerife, situada en el punto medio de la línea enemiga. Fue completamente batida por los realistas, que echaron a pique gran parte de su escuadrilla sutil, apresando el resto (marzo de 1812).

La convención constituyente de Cartagena, para hacer frente a los peligros de la situación, nombró dictador al doctor Manuel Rodríguez Torices, joven de 24 años, inteligente, activo y resuelto, pero inexperto y desprovisto de prudencia. Los de Santa Marta, por su parte, alentados por la victoria, tomaron la ofensiva y atravesaron el Magdalena, dominando las sábanas centrales del valle. Cartagena quedó aislada. El director Torices confió el mando de las tropas de la república a un aventurero francés llamado Pedro Labatut, hombre de empresa, pero duro y codicioso. Labatut, con una pequeña flotilla de lanchas cañoneras y una columna ligera, atacó sucesivamente las posiciones realistas tomándolas por asalto con toda su artillería, y se posesionó de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812). Después de destruir las fuerzas sutiles del enemigo, salió a la mar, y ocupó sin resistencia la capital de Santa Marta, evacuada por los defensores, que se refugiaron en Portobelo (enero de 1813).

Por la parte del istmo la reacción se había establecido sólidamente en las provincias de Veraguas y Panamá, fieles a la causa del Rey, y sostenidas por Méjico y la Habana. Su situación se vi-

gorizó con la llegada de un nuevo virrey de Nueva Granada, nombrado por la regencia de Cádiz, que fue don José Domingo Pérez, quien le trajo algunos elementos de guerra, con que auxilió a los de Santa Marta, y estableció el asiento de su gobierno en Portobelo. Las provincias neogranadinas, insurreccionadas, desconocieron su autoridad. Esto sucedía al mismo tiempo que la revolución venezolana sucumbía, y la reacción cerraba el círculo en contorno del virreinato (principios de 1813).

VII

Por la parte del sur la guerra se había encendido también entre patriotas y realistas, con los elementos del mismo país. Al tiempo de estallar la revolución, era gobernador de Popayán el coronel Miguel Tacón, que reunía a un carácter enérgico bastante inteligencia y larga experiencia en la guerra. Sostenido por una parte de la opinión de la provincia y contando con la decisión de los habitantes semibárbaros de Pasto y Patía, se opuso decididamente al establecimiento de una junta patriótica, que los cabildos promovieron de acuerdo con la revolución de Santa Fe. El regidor Joaquín Caicedo se puso al frente de los cabildos, formó una confederación de los pueblos del valle del alto Cauca, y reunió los diputados en el pueblo de Cali, donde se estableció la junta revolucionaria de gobierno. El gobernador mandó disolverla con tropa armada, declarándola rebelde al Rey. Los confederados del valle levantaron tropas para resistirse y pidieron auxilios a Santa Fe, de donde salieron 300 hombres al mando del coronel Antonio Baraya, con lo que se formó un ejército de 1.100 hombres, compuesto en su mayor parte de indígenas armados de lanza. Tacón formó otro ejército de 1.500 hombres, y se situó sobre el puente del río Palacé, entre Popayán y Cali. Baraya lo atacó en sus posiciones con las tropas confederadas, y después de una obstinada pelea, lo obligó a retirarse en desorden sobre el Cauca, dejando en el campo setenta muertos y treinta prisioneros (28 de marzo de 1811). Esta fue la primera victoria de la insurreción neogranadina. El jefe realista se replegó a Pasto con 700 hombres bien armados, donde se hizo fuerte en las gargantas que comunican a Quito con la Nueva Granada. Por este tiempo, había estallado de nuevo la revolución en Quito, de la que nos ocuparemos después, continuando por ahora con las operaciones de la guerra del Sur.

Dueño Tacón de las provincias de Pasto y Patía, cuyas poblaciones sublevó en masa, abrió hostilidades sobre Quito al frente de una columna de 600 hombres. El nuevo gobierno de Quito salió a su encuentro con 800 reclutas, al mando de D. Pedro Montufar, quien, después de un ligero combate, se estableció en un punto

fuerte, y abrió comunicaciones con Popayán para obrar en combinación con sus fuerzas. Tacón, colocado entre dos fuegos, intentó cubrir su retaguardia amagada. Las tropas patriotas de Popayán, al mando de Baraya y el regidor Caicedo, avanzaron resueltamente y dominaron a Patía. Tacón, desamparado por los suyos, emprendió con sus restos su retirada hacia la costa del Chocó, y se posesionó del distrito de Barbacoas y de la isla de Chumaco, donde auxiliado desde Guayaquil, organizó una división de 200 hombres, protegida por una escuadrilla de dos goletas y una lancha con algunas embarcaciones menores. Los patriotas de Popayán desprendieron una pequeña columna al mando del capitán José Ignacio Rodríguez, quien atacó decididamente a los realistas, dirigiendo personalmente una flotilla de canoas, sostenida por su tropa emboscada en los manglares de la playa. Tacó fue derrotado en las aguas y en tierra, con pérdida del bergantín y de la cañonera, y avergonzado de ser batido con canoas por fuerzas menores, se retiró al Perú, donde figuró en la guerra con distinción, aunque señalándose por su crueldad con los independientes.

Mientras tanto, la división de quiteños, mandada por Pedro Montufar, atravesó el río Guáitara, atacó a los pastusos en las márgenes del río Blanco y los dispersó completamente, entrando triunfante en su capital que encontró casi totalmente abandonada por sus habitantes. Caicedo, al frente de una columna de 600 hombres de Cauca, ocupó a su vez la ciudad de Pasto. Las tropas quiteñas se retiraron a su territorio. De este modo se abrieron las comunicaciones interceptadas entre Quito y Nueva Granada, y toda la provincia de Popayán quedó sometida a la ley de la revolución.

Aprovechándose los patianos de la dispersión de las tropas patriotas, volvieron a insurreccionarse desde Popayán hasta el río Juanambú, cometiendo horribles asesinatos, estimulados por frailes fanáticos, que predicaban el incendio de las habitaciones y el degüello de los revolucionarios herejes. Al frente de un ejército de 1.500 hombres atacaron a Popayán, y aunque fueron rechazados en el primer asalto, consiguieron sitiar la ciudad, cortando la retirada a sus defensores. Hallábase por acaso allí un joven norteamericano llamado Alejandro Macaulay, quien, al observar los movimientos de los sitiadores, y que sólo estaban armados de lanzas, propuso una salida nocturna con 400 fusileros, a cuyo frente se puso él mismo. Los patianos fueron sorprendidos y derrotados, viéndose obligados a emprender la retirada en desorden (abril 27 de 1811). La junta de Popayán desprendió en su persecución una columna de 600 hombres, y para vengar los asesinatos cometidos por los patianos, hizo fusilar a un cura que cayó prisionero, hecho que provocó nuevas y sangrientas represalias.

Los patianos, derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin

cureña. Pusieron sitio a la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados a capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo, pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar a los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guáitara para incorporarse a ella, y al efecto emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastutos, fue atacado en Catambuco (12 de agosto de 1810), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes para tomar la ofensiva. Al día siguiente celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos, Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros, regresó a la capital, a la sazón amagada al Sur por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió a quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neogranadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora a Quito, de nuevo revolucionado.

VIII

Dijimos antes que el comisario regio Carlos Montufar había continuado su viaje al Sur en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fue recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de setiembre de 1810). Esta transacción fue aprobada por un cabildo abierto, y acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fue jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó un ejército de 2.000 hombres para someterlas a la obediencia, y confió su mando a Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera del Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores

y el administrador de correos de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las matanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron huir por el Amazonas. Traídos a la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató a palos y arrastró sus cadáveres hasta el petril de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo mismo con el presidente Ruiz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el Sur y Oeste.

Poco después de instalada la junta de Quito, llegaba a Guayaquil el jefe de escuadra Joaquín Molina, nombrado presidente y capitán general en reemplazo de Ruiz de Castilla. Auxiliado por el virrey Abascal, reunió un ejército no menos fuerte que el de la junta, y cubrió con él las provincias amenazadas. Montufar, para ganar tiempo a fin de dar alguna consistencia a sus tropas colecticias, abrió negociaciones con el enemigo, quien, por su parte, poco confiado en las suyas, aceptó la invitación pacífica, que no dio ningún resultado. Rotas de nuevo las hostilidades, la campaña se redujo a pequeños encuentros y avances y retrocesos alternativos, quedando los beligerantes en las mismas posiciones. Por este tiempo se abrían las comunicaciones entre Quito y Nueva Granada con la fuga de Tacón y la derrota de los patianos y pastusos.

La junta de Quito, que sucesivamente había reconocido a la regencia y a las cortes españolas reunidas en Cádiz, y depuesto a su presidente nominal Ruiz de Castilla, convocó un congreso y proclamó su independencia absoluta de la España (11 de diciembre de 1811). El populacho, cada vez más embravecido, extrajo al ex presidente Ruiz de un convento en que se hallaba retirado, y como pretendiera resistirse, fue herido mortalmente a puñaladas. La discordia se introdujo en las filas de los revolucionarios. Mientras tanto los realistas avanzaban de nuevo por el oeste. Nombrado presidente de Quito el mariscal Toribio Montes, soldado de ímpetu y general entendido, abrió de nuevo la campaña al frente de 2.000 hombres, y batió al ejército quiteño en Mocha, pasando a cuchillo a todos los vencidos para infundir espanto (2 de setiembre de 1812).

El general quiteño Carlos Montufar, con un nuevo ejército, se fortificó en las posiciones inaccesibles de Jalupana, profunda quebrada de costados perpendiculares y cruzada de torrentes, que cubría el camino preciso de la capital, y fue coronada con artillería. Montes, por medio de una hábil y atrevida marcha de flanco, guiado por un práctico del país, tomó la ruta del pie de la cordillera occidental, de manera de envolver la izquierda patriota, evitando las fortificaciones. A la altura del nudo andino de Chisinche, que limita la meseta de Quito por el sur, trepó la montaña, y con los gigantescos picos del Chimborazo y del Cotopaxi a la vista, marchó durante nueve días por entre páramos y precipicios. Orilló el crá-

ter del volcán de Ninahuilca, contorneó el cerro nevado de Corazón, y amagando la retaguardia del enemigo, lo obligó a replegarse sobre la capital, ocupando él los altos de Belén, al pie del Pichincha.

Reconcentrados los independientes en la capital en número de seis mil hombres, se fortificaron con mucha artillería, ocupando todas las alturas del circuito. Montes intimó rendición. Los de la plaza contestaron que se defenderían hasta el último trance, y en señal de desafío hicieron ejecutar a un ciudadano notable de Quito, Pedro Calixto, juntamente con su hijo llamado Nicolás, prisioneros hechos fuera de combate. Los realistas atacaron la ciudad por tres puntos, y se apoderaron de ella después de un reñido combate de tres horas (3 de noviembre de 1812). El general español se mostró clemente con los habitantes de la vencida ciudad.

Montufar, con las últimas reliquias del ejército quiteño, se retiró al norte. Alcanzado por una división mandada por el coronel Juan Sámano, destinado a siniestra celebridad, fue batido y dispersado en dos acciones sucesivas con pérdida de toda su artillería y armamento, dejando en el campo 100 muertos. Sámano continuó su persecución, y con arreglo a sus instrucciones, pasó por las armas a los jefes que cayeron en sus manos. Al llegar a Pasto, recibió órdenes de Montes, para quintar a los oficiales y diezmar a los soldados, prisioneros de Popayán que allí se encontraban. Caicedo y Macaulay fueron fusilados junto con ellos. Así terminó a fines de 1812 la nueva revolución de Quito, domada por segunda vez, y cerróse el círculo de la reacción de la Nueva Granada por el norte, al mismo tiempo que la revolución de Venezuela sucumbía (principios de 1813).

IX

La revolución externa e interna de la Nueva Granada giraba en círculos concéntricos. A la par que el uno se estrechaba el otro se dilataba, hasta casi confundirse. El antagonismo entre el federalismo y el centralismo de Cundinamarca con las provincias, y de Nariño con el congreso nacional, había convertido el país en un caos político. Después de la retirada del congreso a Ibagué (véase párrafo V de este capítulo), Nariño, desarrollando su plan de absorción, agregó a lo que llamaba la "provincia legal" de Santa Fe, el corregimiento del Socorro, y los cantones de Tunja y Neiva, que ocupó militarmente, con amenaza de apoderarse de Pamplona. La provincia de Mariquita había sido absorbida ya por Cundinamarca. El congreso reclamó contra estos actos violentos, y aunque en un principio fue desatendido, como las resistencias locales arreciaban, Nariño, mejor aconsejado, se prestó a entrar en arreglos. Contribuyó a esto la noticia de la caída de la revolución de Vene-

zuela, que amenazaba a la Nueva Granada con una invasión por el oriente. En el curso de las negociaciones que se entablaron, las tropas cundinamarcanas que ocupaban Tunja, al mando del brigadier Baraya —el vencedor de Palacé—, se pronunciaron por la reunión del congreso. Nariño se puso inmediatamante en campaña al frente de 800 hombres y ocupó sin oposición la capital de Tunja; pero, al mismo tiempo, separóse de Cundinamarca la provincia del Socorro, sostenida por la columna de Baraya, que batió a las tropas centralistas que la ocupaban en dos encuentros sucesivos. Estos contrastes obligaron a Nariño a firmar un tratado con el gobierno de Tunja, en que se convino en la inmediata reunión del congreso, librar a su decisión la cuestión de las agregaciones territoriales de Cundinamarca, y poner sus armas y recursos a disposición del gobierno nacional contra los españoles. Nariño renunció en seguida la presidencia de Cundinamarca, y declaró que, aunque persistía en sus opiniones, no quería ser un obstáculo a la organización nacional.

Cuando todo parecía aquietado, alborotóse de nuevo la movible opinión santafecina, con motivo de esparcirse el rumor de que el gobierno general intentaba dominar militarmente a Cundinamarca. Nariño, que había ejercido su autoridad con gran moderación, y conservaba siempre su popularidad, fue aclamado de nuevo dictador con facultades absolutas (setiembre 11). Poco después, el congreso se instalaba en Leiva, punto intermedio entre Santa Fe y Tunja, con asistencia de once diputados en representación de siete provincias. Camilo Torres, antagonista de Nariño en ideas, y enemigo suyo, fue nombrado presidente y encargado del poder ejecutivo. El primer acto del nuevo gobierno general fue intimar a Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del Norte, previniéndole a la vez que la villa de Leiva, adscripta a Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión a una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Este lo declaró a su vez "usurpador y tirano de Cundinamarca". En consecuencia, el presidente de la Unión fue autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir a la provincia su libertad. La guerra civil quedó declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó a Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se puso al frente de una columna de 1.500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado

completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería replegóse a Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión, mandado por Baraya, puso sitio a la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner a su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera a discreción, entregándose a la clemencia del congreso, y diole para decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió a una defensa desesperada, a pesar de que sus fuerzas no alcanzaban a la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado a la plaza al frente de tres mil hombres, que fue rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor, mil prisioneros, trescientos fusiles y veintisiete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse a ajustar un convenio, en que, salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo natural de La Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fue desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo, enervado por la guerra civil, se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicanomonárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los trabajos ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del Sur y del Norte, amenazadas por los realistas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejército ni gobierno; no se había preparado a la defensa, y ni de armas siquiera se había provisto. Todas sus fuerzas

militares se reducían a 300 hombres en Popayán, 500 en Tunja, 300 en Pamplona, 1.000 en Cartagena y otros tantos en Santa Fe, y estas mismas, dispersas, desorganizadas y en guerra entre sí algunas de ellas. Tampoco había aparecido un hombre capaz de dar dirección a los acontecimientos o impulsar la acción revolucionaria. Lozano, la primera figura que apareció en su escena, con ideas conciliatorias, desapareció por su debilidad de carácter. Torices era un atolondrado de talento. Baraya como soldado ya se ha visto que era una nulidad. Camilo Torres, noble carácter y clara inteligencia, era un hombre aferrado a sus ideas teóricas de federalismo que anteponía a todos los principios. Nariño, el único que por sus cualidades y su influencia pudo haberse hecho el árbitro de la situación contemporizando con la opinión declarada de los pueblos, era la antítesis de Torres en punto a centralismo, y el papel contradictorio que representó, muestra que tampoco era el hombre que reclamaban las circunstancias; empero, era el único hombre, y lo probó como va a verse.

Montes, después de dominar a Quito, dispuso que el general Sámano, a la cabeza de una expedición de 2.000 hombres organizada en Pasto, invadiese la Nueva Granada. Popayán fue ocupado por los realistas del Sur, y dominado todo el valle del alto Cauca, amenazando ocupar la provincia de Antioquía (agosto 1813). Nariño, que hasta entonces se había mantenido en una inacción egoísta, después de su victoria, movido por un impulso de enérgico patriotismo, se ofreció a marchar en persona contra la invasión del sur con las tropas de Santa Fe, si el gobierno ponía a sus órdenes las de la Unión. El congreso aceptó su oferta y le proporcionó todos los auxilios necesarios al efecto. Nariño, sin innovar nada en el orden de la política nacional, abdicó la dictadura, y delegó el mando constitucional en su tío Manuel Bernardo Alvarez. Nombrado teniente general de la Unión, se puso en campaña en dirección al Sur. Las primeras operaciones fueron felices. Reconquistó el valle de Cauca, su vanguardia batió la columna principal del enemigo mandada por el mismo Sámano, y el 31 de diciembre de 1813 entró en Popayán. Sámano reconcentró todas sus fuerzas, y se estableció en la hacienda de Calibio, a inmediaciones del Bajo Palacé. El general de la Unión, al frente de 1.800 hombres, lo atacó en su posición por tres puntos. Empeñada la acción, y prolongándose por el espacio de tres horas, Nariño mandó a su infantería cargara a la bayoneta, y la victoria se decidió por los independientes. Los realistas dejaron en poder de sus contrarios ochenta prisioneros y ocho piezas de artillería (13 de enero de 1814). Sámano se retiró a Pasto en fuga. Si Nariño hubiese sido un general experimentado con la inspiración de la guerra, y sabido aprovechar su victoria, habría podido dominar fácilmente a Pasto, y probablemente llegar triunfante hasta Quito. Desgraciadamente, se de-

tuvo en Popayán más de dos meses. Este tiempo lo aprovecharon los enemigos para rehacerse.

El general Melchor Aymerich reemplazó a Sámano en el mando, quien reorganizó activamente el ejército, preparándose a contener el avance de los independientes. Cuando Nariño reabrió su campaña al frente de 1.400 hombres, tuvo que abrir paso por entre las guerrillas de Patía, que hostigaban día y noche sus flancos, y cortaron sus comunicaciones de retaguardia. Al llegar al Juanambú, encontró la margen opuesta fortificada en sus principales vados. Este río, que es la formidable barrera que defiende a Pasto por el norte, es un torrente impetuoso que se precipita de la cordillera oriental en rumbo al occidente, y corre entre inaccesibles rocas escarpadas, arrastrando peñascos enormes. Raras veces da vado, y por lo general, sólo puede ser atravesado en puentes de taravitas. A estas dificultades de la naturaleza agregó el general que las defendía, las del arte. Cerró con trincheras los principales vados y estableció en ellos fuertes baterías, distribuyendo convenientemente sus tropas para cubrir toda la línea. Nariño consiguió plantar una taravita diez y seis kilómetros más abajo del campo atrincherado, en un punto en que el camino era tan acantilado, que sólo 45 hombres pudieron treparlo durante la noche, haciendo escalas con los portafusiles. Descubiertos con las primeras luces del alba, se lanzaron sobre una batería y tomaron un cañón; pero, atacados por fuerzas superiores, perecieron casi todos ellos. Al fin, consiguió forzar uno de los vados bajo la protección de una batería, asaltando la trinchera enemiga artillada, y establecerse con una división en la margen meridional del río. Aymerich acudió con sus reservas al punto atacado y se trabó en pelea. Los independientes fueron rechazados, y repasaron el Juanambú, con 50 heridos, dejando en el campo como 100 muertos y algunos prisioneros. A pesar de esta ventaja, Aymerich resolvió levantar su campo y se replegó hacia Pasto.

El ejército independiente atravesó libremente el Juanambú por medio de taravitas, después de veinte días de demora, y adelantó sus marchas en busca del enemigo. Aymerich, al frente de 1.600 hombres, de los cuales 800 fusileros, lo esperaba en una fuerte posición llamada el cerro de las Cebollas o de Chacapamba. Al avistarse ambos ejércitos, los soldados realistas gritaron: "Este no es Calibio." El primer ataque sobre la posición, fue rechazado. El espíritu de los invasores desmayó, y muchos opinaban por la retirada. Sabiéndolo Nariño reunió a sus oficiales en junta de guerra, y los persuadió de que el más seguro modo de perderse y de perder el honor, era retirarse. El ataque inmediato quedó decidido. Los independientes se movieron en tres columnas, y protegidos por los fuegos de su artillería que batía la falda del cerro, treparon un tercio de la áspera cuesta. A esta altura, los realistas que estaban

cubiertos por un espeso bosque, rompieron un vivo fuego, que los asaltantes recibieron al descubierto. El combate se prolongó por espacio de cuatro horas. Los independientes comenzaban a cejar. Dos compañías del Cauca habían vuelto la espalda y huían en desorden. Nariño las contuvo; les enrostró su cobardía, y, espada en mano, las condujo de nuevo al fuego. Reanimados los patriotas con esta valerosa acción de su general, cargaron con ímpetu y arrebataron la posición (8 de mayo de 1814). Esta victoria fue caramente comprada. Los independientes tuvieron más de 140 muertos, mientras que los realistas, que combatían emboscados, sólo perdieron 12 hombres.

Considerándose Aymerich perdido, emprendió su retirada hacia Quito. Los pastusos, resueltos a defender sus hogares, se negaron a seguirle, estimulados por sus mujeres, que, cuchillo en mano, ofrecían sus vestidos femeninos a los cobardes que las abandonasen. Nariño, que pensaba entrar sin resistencia a la ciudad de Pasto, se adelantó con la vanguardia; pero, recibido en los arrabales a vivo fuego, fue rechazado y deshecho. Los dispersos llevaron al campamento la noticia de que todo estaba perdido y el General prisionero. Las tropas neogranadinas, poseídas de pánico, clavaron sus cañones y se pusieron en precipitada retirada. De los 1.400 soldados que invadieron a Pasto, sólo llegaron 900 hombres a Popayán. Nariño, al regresar fugitivo a su campamento, con sólo trece hombres, se encontró sin ejército. Abandonado por sus últimos compañeros, vagó solo por algunos días en la montaña, alimentándose con frutas silvestres. Desesperado y hambriento, resolvió presentarse a sus enemigos, con el intento de ver si podía negociar un armisticio. Entregado a Aymerich, fue remitido engrillado por segunda vez a España.

XI

Mientras estos graves sucesos ocurrían en el Sur, por la parte del Norte y del Occidente se desarrollaban otros que cambiarían la faz de la revolución, salvando por el momento a la Nueva Granada de una pérdida segura.

Queda explicado (párrafo VI, de este capítulo), cómo terminara a fines de 1813 la primera guerra entre Cartagena y Santa Marta después de la catástrofe de Venezuela. Fue en este momento cuando reapareció Bolívar en la escena revolucionaria, y se diseñaron los primeros perfiles de su gran figura. Emigrado de la patria, después de permanecer algún tiempo en Curaçao, ofreció sus servicios al gobierno de Cartagena. Fue nombrado comandante de armas del distrito de Barrancas sobre el alto Magdalena, y resolvió por sí abrir una campaña contra los samarios que aún ocupa-

ban la banda oriental del río obstruyendo su navegación. Aquí empezó a revelarse el genio emprendedor del futuro libertador sudamericano. A la cabeza de una pequeña columna de milicianos, atacó la villa fortificada de Tenerife y obligó a su guarnición a evacuarla, apoderándose de su artillería y de la flotilla que la sostenía. En seguida reconquistó el importante pueblo de Mompox, en la margen occidental, situado en el punto en que el Cauca se derrama en el Magdalena. Labatut, que como superior de las armas de Cartagena, operaba al mismo tiempo en las bocas del Magdalena contra Santa Marta, según antes se relató, encelado contra este intruso que se permitía triunfar sin órdenes, pidió que fuese sometido a juicio; pero, sostenido por el dictador Torices, y reforzado con alguna tropa reglada y quince embarcaciones armadas en guerra, abrió una nueva campaña, remontando el río con una columna de 500 hombres. Sucesivamente se posesionó de Banco, batió a su guarnición en Chiriguaná, avanzó hasta Tamalaneque y Puerto-Real, y entró triunfante en Ocaña, en medio de las aclamaciones de la población (enero de 1813).

Santa Marta fue tratada por los cartageneros como país conquistado. Exasperados los samarios por la dominación de Cartagena, expulsaron a Labatut que los tiranizaba cruelmente, y en combinación con Río-Hacha, auxiliados desde Maracaibo y Portobelo, alzaron de nuevo el pendón del Rey (marzo de 1813). Cartagena volvió a quedar flanqueada por el Este y por el Oeste. Eran dos cuñas metidas en la confederación neogranadina, que neutralizaban las fuerzas de uno de sus más poderosos estados. El dictador Torices lo comprendió así y preparó una expedición marítima, a cuyo frente se puso personalmente confiando el mando de las tropas de desembarco al coronel francés Luis Fernando Chatillón. La expedición cartagenera fue rechazada y vencida, dejando 400 muertos en el campo de batalla, entre ellos Chatillón, con pérdida de su artillería (11 de mayo de 1813). Torices, con su escuadrilla, se retiró desalentado, y desde entonces se limitó a cubrir la línea del Magdalena a la defensiva. Santa Marta quedó triunfante.

Antes de que este suceso se produjese, los realistas, dueños de Venezuela, que tan eficazmente cooperaron a la restauración de Santa Marta, habían proyectado reconquistar el Virreinato de Santa Fe. Con este objeto, aglomeróse un ejército de 2.600 hombres en la provincia de Barinas, al mando del capitán de fragata Antonio Tizcar, con una división como de mil hombres, a cargo del coronel Ramón Correa, en los valles de Cúcuta, amenazando a Pamplona, y 700 en el Guasdalito sobre el Arauca con el mismo objetivo sobre el otro flanco a la vez que el del Socorro y Tunga. Estas fuerzas habrían podido reconquistar fácilmente el Virreinato de Santa Fe, en el estado de desorganización en que se encontró durante el año de 1812; pero permanecieron en la inacción y en esta

actitud se mantenían cuando entró Bolívar en Ocaña. El futuro libertador había llegado al punto en que debía decidirse su destino en los comienzos y al final de su gloriosa carrera, y Santa Marta, como una nube negra en el horizonte, marcaba el sitio de su melancólica muerte.

Hallábase en la provincia limítrofe de Pamplona el coronel de la Unión, Manuel del Castillo Rada, que a la sazón organizaba allí un cuerpo de tropas para oponerse a la invasión con que el coronel realista Correa amenazaba a la Nueva Granada desde los valles de Cúcuta. Este jefe solicitó el auxilio de Bolívar a fin de cooperar a su empresa, y el gobierno de Cartagena le otorgó el permiso, poco antes de la derrota de su expedición contra Santa Marta.

XII

Bolívar concibió entonces el atrevido plan de reconquistar a Venezuela, y comunicó su idea al dictador Torices y al presidente de la Unión, Camilo Torres. "La suerte de Nueva Granada, les decía, está íntimamente ligada con la de Venezuela. Si Venezuela continúa en cadenas, Nueva Granada las llevará también. La esclavitud es una gangrena que empieza por una parte, y si no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo entero." Simultáneamente, comisionó a su compañero y amigo, el coronel José Félix Rivas, a fin de persuadir a Torres de la necesidad de su empresa, y para esforzar sus razones, puso desde luego en ejecución una parte de su plan. Con 400 hombres abrió la campaña, llevando los fusiles necesarios para armar un batallón que organizaba Castillo en Pamplona. Sin esperar este refuerzo, atravesó con celeridad el primer ramal de la cordillera oriental, frente a Ocaña, por un camino fragoso; sorprendió la primera gran guardia enemiga de 100 hombres en un desfiladero que, bien defendido, habría detenido su avance; obligó a retirarse a un destacamento de 200 hombres que servía de reserva a la gran guardia, y desparramando la voz de que iba al frente de un poderoso ejército, cayó sobre el coronel Correa, a tiempo que le llegaban dos compañías de infantería del batallón de Pamplona. Bolívar, aunque con fuerzas inferiores, atravesó el caudaloso río Zulia, en una sola canoa, y resolvió atacar al enemigo. El jefe español se encontraba con 800 hombres en San José de Cúcuta. En este punto se trabó el combate. Después de cuatro horas de fuego sostenido, una impetuosa carga a la bayoneta, ordenada por Bolívar decidió la victoria a su favor, quedando en su poder toda la artillería española (28 de febrero de 1813). Los independientes quedaron dueños de los valles de Cúcuta, amenazando las provincias de Barinas y Maracaibo. Poco después llegó Cas-

tillo con el contingente de Pamplona, y la columna invasora contó con más de 1.000 hombres y 1.200 fusiles de repuesto.

El pensamiento de Bolívar de reconquistar Venezuela era considerado por todos como una locura, como lo había sido el de San Martín de reconquistar a Chile cuando por la primera vez fue enunciado. Venezuela estaba defendida por un ejército de seis mil hombres, ensoberbecidos con sus recientes triunfos. La Unión neogranadina apenas podía disponer de mil hombres para acometer la empresa. Felizmente, Bolívar encontró su Pueyrredón en Nueva Granada, como el libertador del Sur lo encontrara en el Plata, según, va a verse. Bolívar había publicado una memoria que produjo profunda sensación en Nueva Granada. En ella expuso por la primera vez el futuro libertador sus ideas políticas y militares, respecto de la organización que debía darse al gobierno republicano para impulsar la revolución y del modo de conducir la guerra de la independencia americana, a la vez que desarrollaba el gran plan de campaña que desde entonces lo ocupaban. Explicando las causas de la caída de la república venezolana, condenaba el republicanismo teórico que la había precipitado. "Los códigos que consultaban nuestros gobernantes, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad humana. Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se conmovió, y el estado corrió a pasos agigantados a una disolución universal." Pronunciábase absolutamente, como San Martín en el Plata, contra el sistema federal de gobierno: "Bien que sea el más perfecto y el más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados. No es posible regirse por un gobierno tan complicado en medio de facciones intestinas y de una guerra exterior. Es preciso que el gobierno se identifique al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que los rodean. Si los tiempos son prósperos y serenos el gobierno debe ser dulce y protector; si son calamitosos y turbulentos, debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones, ínterin no se restablecen la felicidad y la paz. Mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas: seremos envueltos en disenciones civiles, y conquistados vilipendiosamente por un puñado de bandidos." Atacaba de frente la propensión revolucionaria de levantar inconsistentes ejércitos populares en vez de ejércitos reglados que diesen nervio a la lucha: "De aquí la oposición decidida, agregaba, a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, a defender

la libertad con suceso y gloria. El establecimiento de innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, además de agotar las cajas del erario y destruir la agricultura, alejando a los paisanos de sus hogares, hizo odioso el gobierno que los obligaba a tomar las armas y abandonar sus familias. Es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los infaustos sucesos de una campaña." Y, nuevo Escipión, terminaba con un "delenda Carthago": "La seguridad de Nueva Granada está en la reconquista de Venezuela. A primera vista parecerá este proyecto imposible. Una meditación profunda hace conocer su necesidad. Es un principio del arte de la guerra, que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa, pues debilita las fuerzas sin esperanzas de indemnización. Las hostilidades en territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta en mal del contrario. No debemos por ningún motivo emplear la defensiva. La naturaleza nos proporciona la ventaja de aproximarse a Maracaibo por Santa Marta y a Barinas por Cúcuta." Allí estuvo, movido por su idea, a los ochenta días de escrita esta memoria en Cartagena antes de abrir su campaña del Alto Magdalena.

El presidente Camilo Torres había leído con profunda atención la memoria de Bolívar. Espíritu abierto a las grandes cosas, y no obstante que en ella se impugnasen sus ideas radicales sobre el federalismo, comprendió que era la obra de un hombre de pensamiento y de acción, capaz de llevar a cabo grandes empresas. Vistas tan nuevas y reflexiones de tan largo alcance, expuestas en lenguaje tan viril como brillante, que hablaba al instinto, a la razón y al corazón, conquistaron al presidente de la Unión al atrevido plan de Bolívar. Cuando Rivas llegó a Tunja, ya el presidente estaba persuadido. Las recientes ventajas alcanzadas en la invasión parcial de Cúcuta, lo acabaron de decidir. La reconquista de Venezuela quedó resuelta.

Capítulo XXXVIII

RECONQUISTA DE VENEZUELA.— GUERRA A MUERTE. PRIMERAS GRANDES CAMPAÑAS DE BOLIVAR

1813

Retrospecto venezolano. — Terrorismo de Monteverde. — El golfo Triste y el islote Cachacachare. — Insurrección en Cumaná. — Aparición de Santiago Mariño, Piar y Bermúdez. — Atrocidades de Cerveris. — Combates de Maturín. — Derrota de Monteverde. — Aparición de Arismendi. — Sublevación de la isla Margarita. — Sitio y toma de Cumaná. — La guerra a muerte ley del vencedor. — Reconquista del oriente de Venezuela por los independientes. — Invasión de Bolívar por el Occidente. — Antecedentes sobre la guerra a muerte. — Nueva Granada decide la reconquista de Venezuela. — Combate de la Grita. — Desavenencias de Bolívar y Castillo. — Distribución del ejército realista de Venezuela. — Bolívar reconquista las provincias de Mérida y Trujillo. — Combate de Carache. — Bolívar declara la guerra a muerte. — Juicio sobre ella. — Continúa la campaña de Venezuela bajo su responsabilidad. — Atrevida marcha estratégica de Bolívar. — Batalla decisiva de Naquitao. — Disolución del ejército de Tizcar. — Ocupación de Barinas. — Batallas de los Horcones y de Taguanes. — Fuga de Monteverde. — Resultados de la campaña. — Juicio universal sobre ella. — Entrada triunfal de Bolívar en Caracas. — Dictadura de Bolívar. — Los dos dictadores de Venezuela. — Primer sitio de Puerto-Cabello. — Batallas de Bárbula y de las Trincheras. — El corazón de Girardot. — Bolívar declarado libertador. — La orden de los libertadores. — Sublevación realista de los Llanos. — Aparición de Boves y Morales. — El realista Yáñez. — Ocupación de los Llanos por los realistas. — Aparición de campo-Elías. — Batalla del Mosquitero. — Combates de Bobare, Yaritagua y Barquisimeto. — Ataques de Vigirima. — Batalla de Araure. — Asedio de Puerto Cabello. — Reacción de Boves y Yáñez. — Sublevación en masa del país contra la república. — Efectos de la guerra a muerte.

I

Habíamos dejado pendiente la crónica de la revolución venezolana, en el momento de la primera restauración realista por Monteverde, después de la capitulación de Miranda en San Mateo. Llegamos ahora al punto en que la insurrección independiente vuelve a aparecer por el oriente de Venezuela, y Bolívar va a emprender su reconquista por el occidente. Para ligar estos sucesos con los ante-

riores y dar su significación a los personajes que sucesivamente irán apareciendo en la escena histórica, se hace necesario volver a tomar el hilo de la narración en el punto en que la dejamos.

Arbitro absoluto Monteverde de Venezuela después de la capitulación de San Mateo, y nombrado posteriormente capitán general con el título de "Pacificador", dio comienzo a su obra de pacificación "con actos que hacen erizar los cabellos —según las palabras de un historiador imparcial— y de que hasta los más calurosos partidarios de la España apartan los ojos estremecidos de horror." Queda ya relatado cómo violó la capitulación, y cómo inició su sistema de terrorismo brutal, con prisiones en masa, confiscaciones, vejámenes y rapiñas, a punto de faltar cárceles para contener los presos y morir algunos de ellos de hambre y de sofocación en inmundas crujías. El fiscal de la audiencia real de Caracas decía con este motivo: "En el país de los cafres no pueden ser tratados los hombres con más desprecio y vilipendio." En las provincias el terrorismo asumió formas más bárbaras hasta degenerar en un bandolerismo desenfrenado. Al principio, las persecuciones se redujeron como en la capital, a prisión, saqueo, secuestro, azotes y algunos asesinatos aislados. Nombrado procónsul en la provincia de Cumaná el coronel Francisco Cerveris, uno de los seides de Monteverde, hizo gemir bajo su férula a los habitantes, con un lujo de insolencia que lo hacía más odioso. No satisfecho con esto, propuso a su jefe un plan de gobierno militar con suspensión de la constitución y disolución de los tribunales para pasar por las armas a todos los rebeldes, protestando que por su parte lo ponía en práctica. Tan inhumano fue, que reemplazado en el gobierno por Antoñanzas, el perpetrador de la matanza de San Juan de los Morros, fue considerado éste como un alivio al compararlo con su antecesor. La Real Audiencia de Venezuela, escandalizada por estos excesos, reclamó en vano, y abrió causa criminal a Cerveris, elevando su queja al gobierno de España con condenación de estos procedimientos inicuos, que calificó de "imprudentes e injustos." Y esto no era sino el preludio de la guerra atroz que iba a abrirse por una y otra parte, provocada por la de los realistas, con asesinatos, incendios, mutilaciones y tormentos espantosos, de que ni las tribus salvajes presentan ejemplo.

Esto sucedía cuando los desgraciados habitantes de Venezuela, quebrados por la derrota, herida su imaginación por las calamidades públicas y los trastornos de la naturaleza, estaban dispuestos a recibir de nuevo la dominación colonial como un descanso. Una política mansa los habría mantenido en paz, deteniendo por algún tiempo al menos el curso de la revolución. El terrorismo de la reacción hizo huir de las almas los pavores supersticiosos que las amedrentaban, y convirtió en fuerza real lo que era una debilidad moral. Las poblaciones se escondieron en los bosques y en las mon-

tañas, huyendo de sus verdugos. Los patriotas comprometidos y perseguidos, emigraron. La miseria, la desesperación, el odio a la tiranía y el sentimiento de la venganza, encendieron la rabia hasta en los indiferentes y los tímidos. Todos comprendieron por el exceso del dolor, que eran preferibles los sacrificios por la independencia al sufrimiento de todos los instantes bajo los golpes de un despotismo sin caridad siquiera, que ni el descanso los proporcionaba. La insurrección latente estalló en los corazones, provocada por el desenfreno de la reacción. Un puñado de proscriptos dio la primera señal desde un peñasco de las Antillas, y todo el oriente del país volvió a reunirse bajo la bandera revolucionaria.

II

Es famoso en la historia del Nuevo Mundo el golfo conocido con la denominación de Triste, descubierto por Colón en su tercer viaje, cuando tocó sin saberlo el continente prometido que buscaba. En su canal de entrada, situado entre la extremidad oriental de la península de Paria y la isla de La Trinidad, se levanta un islote que lleva el nombre de Chacachacare. Allí se refugiaron los proscriptos de Cumaná, huyendo de las persecuciones de Cerveris. Reunidos en número de 45 hombres, resolvieron renovar la guerra, invadiendo la costa de Cumaná, y levantar de nuevo el país contra la restauración española. Púsose a su cabeza un joven gallardo, natural de Margarita, llamado Santiago Mariño, acaudalado propietario, inclinado a la ostentación, poseído de una ambición inquieta que lo extraviaría en su camino. Formaban su estado mayor: el mulato Manuel Piar, nativo de Curaçao, hermoso de presencia, de temple heroico y de pasiones ardientes, destinado a una gloriosa y trágica carrera; los dos hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, valerosos ambos pero tan violento y brutal el uno, como era el otro juicioso y reposado, y el ingeniero venezolano José Francisco Azcue.

Los proscriptos, sin más armas que seis fusiles y pistolas de bolsillo, con unas pocas municiones adquiridas en La Trinidad, tomaron tierra en la punta de Paria, y sorprendieron un destacamento que vigilaba la costa, apoderándose de 23 fusiles. Sin dar tiempo para volver de su asombro a los realistas que ocupaban la península, se dirigieron resueltamente sobre la inmediata villa fortificada de Güiria. La guarnición, compuesta de 300 hombres naturales del país, se pasó en masa a los expedicionarios, quienes dueños de nueve cañones y cantidad de fusiles, pudieron organizar una columna de 200 hombres bien armados (13 a 16 de marzo de 1813). Bernardo Bermúdez se internó con una partida de 75 hombres, y ocupó el pueblo de Maturín, punto importante por su inmediación

al Orinoco y su comunicación con los llanos, sobre el río navegable del Guarapiche, donde existía un considerable depósito de pertrechos de guerra. José Francisco Bermúdez se fortificó en Irapa, en el fondo de la península sobre el golfo, donde Mariño estableció su cuartel general esperando ser allí atacado.

El golfo estaba dominado por una escuadrilla realista, y Cerveris disponía de 400 hombres, pero tan cruel como cobarde, permaneció a la distancia en observación en un punto medio entre Cumaná, Barcelona y Maturín. Reforzado con 300 hombres mandados por el vizcaíno Antonio Zuazola, en vez de abrir hostilidades contra los invasores de la península en combinación con su escuadrilla, le ordenó que se dirigiese sobre Maturín. Zuazola, monstruo destinado a adquirir siniestra celebridad, desde su salida de Cumaná, empezó a señalar su camino, incendiando las habitaciones y las cosechas, y matando y mutilando bárbaramente a los pacíficos habitantes de la comarca. Los expedicionarios de Maturín habían desprendido algunas partidas volantes para proporcionarse elementos de movilidad en los llanos y sublevar el interior del país. Reconcentradas en Magüeyes primero, y en Aragua después, resolvieron esperar a Zuazola, y fueron fácilmente derrotadas. Todos los vencidos fueron pasados a cuchillo. El vencedor remitió a Cumaná como trofeos de su victoria, varios cajones llenos de orejas cortadas a los vivos y a los muertos, que los realistas de la ciudad clavaron en sus puertas, y se asegura que adornaron con ellas sus sombreros a manera de escarapelas. En seguida Zuazola, y su segundo, José Tomás Boves, el compañero de Antoñanzas en las matanzas de Barinas, publicaron bandos ofreciendo garantías a los que habían huido espantados a los bosques. Los que se presentaron —hombres, mujeres, ancianos y niños— fueron todos o asesinados fríamente, o mutilados, o atormentados bárbaramente. Algunos fueron desollados vivos. A unos les cortaron las orejas y la nariz, o les desollaron la planta de los pies, o los desjarretaron como bestias de carnicería; otros fueron degollados, o cosidos de dos en dos con tiras de cuero fresco espalda con espalda, y arrojados en seguida a una laguna putrefacta por la descomposición de los cadáveres. Sucedió que un niño de 12 años se presentó ofreciendo su vida para salvar la vida de su padre, único sostén de una numerosa familia pobre. Zuazola hizo degollar a los dos ¡y al hijo primero que al padre!

Reunido el gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo Fernández de la Hoz, a la fuerza del bárbaro Zuazola, atacó a los patriotas en Maturín al frente de una columna de 1.500 hombres. Piar mandaba la plaza en ausencia de Bernardo Bermúdez, asistido por el ingeniero Azcue. Sólo contaba con 500 hombres para la defensa. Después de 24 horas de resistencia, hubo de emprender la retirada. Pero antes de ceder el terreno llevó un ataque de caballería a la

brusca, consiguiendo desordenar completamente al enemigo (marzo 20). Rehecho y reforzado Fernández de la Hoz, atacó de nuevo a Piar con 1.600 hombres, y fue otra vez batido completamente, replegándose en derrota sobre sus reservas (abril de 1813). Los patriotas, preponderantes, aunque todavía con cortas fuerzas, amenazaban a Cumaná, Barcelona y la Guayana. La expedición de Mariño, que al principio se consideró una calaverada por los realistas, alarmó seriamente a Monteverde, que por ese tiempo se ocupaba en preparar la invasión a Nueva Granada. Sus aduladores le habían hecho creer que era un gran guerrero y, lleno de vanidad, reunió un ejército de 2.000 hombres, y se puso en marcha sobre Maturín, intimando rendición en término de seis horas, pasadas las cuales "entregaría la población al furor de sus soldados." Piar, al frente de 150 infantes, 300 hombres de caballería y dos piezas de artillería, contestó que se defendería hasta la muerte en honor de la libertad. Emprendido el ataque de la posición, las tropas de Monteverde se desordenaron bajo los fuegos certeros de la infantería y artillería de la plaza. Una carga de caballería por el flanco, llevada por Piar en persona, completó la derrota. Monteverde escapó "de milagro" —según propia confesión oficial—, dejando en el campo más de 400 muertos, su artillería, armamento, municiones, bagajes y hasta la caja militar (mayo 25). La defensa del territorio invadido, quedó confiada al mariscal Cajigal, que limitó sus operaciones a la más estricta defensiva en Barcelona. Los proscriptos, triunfantes, tomaron la ofensiva y convergieron sobre Cumaná.

III

La isla de Margarita, frente a la extremidad de la península de Arayo, que ocupa al norte casi la misma posición que La Trinidad frente a la de Paria, al sur, efectuó su levantamiento por este mismo tiempo, exasperada por la tiranía de los mandones españoles y estimulado su patriotismo por los sucesos de Cumaná. Esta isla, hasta entonces oscura, con una escasa población en una superficie de 300 kilómetros cuadrados, estaba destinada a representar un gran papel en la historia de la lucha por la independencia. Separada del continente por un brazo de mar como de 50 kilómetros, a la altura del golfo de Cariaco, que es al norte la repetición del golfo Triste al sur, y dentro del cual está Cumaná, su dominio era de la mayor importancia para los expedicionarios de tierra firme, así por su posición como punto de ataque y de retirada en comunicación con el exterior, cuanto por la índole de sus habitantes, que avezados a los trabajos de la mar, podían cooperar a la insurrección con elementos navales, combinando operaciones a lo

largo de las costas. Esta isla está dividida en dos partes por una montaña, que la corta en dos valles, uno al sur, y otro al norte, que sólo comunican por un estrecho desfiladero fácil de defender. El principal puerto de la parte meridional, está defendido por el castillo de Pampatar, y en el centro, su capital La Asunción, dominada por la fortaleza de Santa Rosa. La parte norte lleva el nombre de Juan Griego, con un buen puerto sobre el Mar Caribe, tenía una casa fuerte para su defensa. Esta descripción necesaria para la inteligencia de los memorables sucesos de que fue teatro la Margarita, hará comprender la importancia de su posesión, así para los independientes como para los realistas.

Mandaba por entonces en Margarita en calidad de gobernador el coronel Pascual Martínez, un tiranuelo de la ralea de Cerveris, que había implantado allí el mismo sistema terrorista de prisiones, azotes, secuestros, destierros y muerte sin forma alguna de juicio y con lujo de vilipendios. La audiencia había reprobado sus tropelías, y mandado poner en libertad a los perseguidos por él. Enfurecido, declaró que fusilaría a los reos absueltos por la audiencia que se atrevieran a pisar su territorio. Entre sus víctimas, contábase un hombre de sangre mezclada, pescador en su origen y a la sazón uno de los principales propietarios de la isla, considerado por los isleños como su caudillo natural. Era el tipo grosero pero enérgico del héroe popular, de valor estoico y ferocidad nativa, con rasgos de generosidad, en quien las vehementes pasiones de su indómito carácter, se combinaban con una astucia fría y una ambición aventurera. Llamábase Juan Bautista Arismendi. Perseguido al tiempo de la restauración, habíase ocultado. El gobernador hizo prender a su mujer y a sus hijos, y amenazó fusilarlos si no declaraban su paradero. Arismendi se presentó. Sus bienes fueron secuestrados, su familia quedó en la miseria, y él fue enviado preso a la Guayra. Arismendi juró vengarse. Amnistiado, y de regreso a la tierra natal, fue nuevamente encerrado en un calabozo. Los margariteños se sublevaron en masa. Martínez tuvo que encerrarse con la guarnición en el castillo de Pampatar, donde fue sitiado y rendido. Nombrado Arismendi gobernador de la isla, cumplió su terrible juramento: el gobernador Martínez y 29 españoles que cayeron con él prisioneros, fueron pasados por las armas. La guerra a muerte por una y otra parte, empezaba a ser la ley del vencedor.

Inmediatamente se puso en comunicación Arismendi con los expedicionarios de tierra firme, y les ofreció todos los recursos de la isla para cooperar a su empresa. Mariño que había tomado la ofensiva resueltamente, y sitiaba a la sazón la plaza de Cumaná, le pidió una escuadrilla para dominar el golfo de Cariaco y bloquear el puerto. Arismendi, con gran actividad, y con la influencia que tenía entre la gente de mar, consiguió armar en breve tiempo tres goletas y once embarcaciones menores, que al mando del ita-

liano José Bianchi envió a Cumaná, juntamente con un cargamento de armas y municiones que puso a disposición del jefe de la insurrección de Oriente. La plaza de Cumaná quedó de este modo sitiada por tierra y bloqueada por mar.

IV

Después de la derrota de Monteverde en Maturín, los expedicionarios con el prestigio de la victoria, considerablemente engrosados y bien armados, convergieron, según queda dicho, sobre Cumaná. Los realistas, a órdenes del gobernador Antoñanzas, desmoralizados y sucesivamente quebrados en diez pequeños combates, se encerraron en número de 800 hombres en la capital de la provincia, bien fortificada y artillada con 40 cañones. Mariño estableció el asedio y lo estrechó progresivamente formando una línea de circunvalación como de 15 kilómetros. Empero, el sitio se habría prolongado indefinidamente, desde que los sitiados tenían libres sus comunicaciones por la parte de la marina. El oportuno y eficaz auxilio naval de los margariteños, hizo escasear los víveres en la plaza, y los sitiados desmayaron. Intimada la rendición a Antoñanzas, contestó con una baladronada; pero amilanado, no pensó ya sino en la fuga. Al efecto hizo embarcar a bordo de la escuadrilla que tenía en el golfo, cuanto pudo, con el pretexto de ir en busca de auxilios, pero en realidad para salvarse, aprovechando de algún descuido de la flotilla bloqueadora (31 de julio). Dejó encomendado el mando del punto a su segundo, quien, considerándose perdido, hizo otro tanto en las embarcaciones que aún había en el puerto, mientras negociaba una capitulación con los sitiadores a la vez que clavaba la artillería, y se reunió a Antoñanzas, que no había podido burlar la vigilancia de Bianchi. En tal situación. resolvieron a todo trance aprovechar una ventolina y salir a la mar con ocho velas. Atacados a la salida por la flotilla margariteña. fueron apresados cinco de los buques españoles, salvando sólo tres, y uno de ellos con Antoñanzas, herido en el combate, de cuyas resultas murió poco después en Curaçao.

Dueños los expedicionarios de Cumaná, marcharon sobre Cerveris, quien se replegó intimidado; pero antes de hacerlo, mandó fusilar al comandante Bernardo Bermúdez, que había caído prisionero en su poder, el que habiendo salvado moribundo de la ejecución, fue ultimado por su orden en el hospital. Piar, con una fuerte columna se apoderó de Barcelona. Cajigal, que la defendía, noticioso de que Bolívar invadía por el occidente, se retiró por tierra a la Guayana (agosto de 1813). Al pasar el Orinoco, Boves, y un canario llamado Francisco Tomás Morales, destinado a la celebridad, que lo compañaban, pidieron quedarse en los llanos para

hostilizar a los rebeldes. Dioles el general español 100 hombres y algunos recursos. Este fue después el núcleo de un ejército formidable que debía hacer desaparecer por segunda vez la República de Venezuela.

José Francisco Bermúdez, al frente de otra columna, ocupó Curiaco, Carúpano y Río Caribe sobre la costa de Paria. Poseído de la furia de la venganza por la muerte de su hermano, pasó a cuchillo a cuantos realistas cayeron en sus manos, como lo había jurado, adquiriendo desde entonces la fama de cruel y sanguinario a la par de valiente. Antes, al tiempo de ocupar la plaza de Cumaná los vencedores, estimulados por él, habían hecho pasar por las armas 25 prisioneros de los más señalados en represalia de los sufrimientos que habían hecho experimentar a los patriotas. La guerra a muerte tomaba así el carácter de una guerra de exterminio sin misericordia.

De este modo fue conquistado por los independientes, en menos de ocho meses, todo el oriente de Venezuela. Mariño fue reconocido como jefe supremo y dictador de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, y Piar por su segundo. Al mismo tiempo (agosto de 1813), Bolívar entraba triunfante en Caracas y era aclamado dictador en el occidente, después de libertar las provincias centrales de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, en una de las campañas más extraordinarias de la época, que puede, hasta cierto punto, parangonarse bajo algunos aspectos con la primera campaña de Bonaparte en Italia.

V

Al finalizar el anterior capítulo, dejamos a Bolívar, en los valles de Cúcuta, al frente de 1.000 hombres, triunfante de la división realista del coronel Correa que los ocupaba, y reunido a las fuerzas de Pamplona mandadas por Castillo. En esta posición, tomaba por la espalda a Santa Marta, por el flanco a Maracaibo y Coro, y amenazaba de frente a las provincias de Mérida y Trujillo, manteniendo en jaque a la de Barinas (marzo de 1813). Ocupábase en gestionar ante el gobierno de Nueva Granada la autorización correspondiente para invadir y llevar adelante la empresa de libertar a su patria, cuando se le presentó un joven venezolano, abogado y coronel, que había sido miembro del congreso de Caracas. Era un hombre instruido y de talento, pero de una exaltación patriótica que rayaba en el frenesí. Enfurecido por los excesos de Monteverde y sus seides, había publicado en Cartagena un plan de exterminio de la raza española, que firmaron con él algunos proscriptos y varios aventureros extranjeros. Consistía en la organización de un cuerpo juramentado de exterminadores "con el

principal fin de destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos y los isleños canarios, de manera que no quedase uno solo vivo", y adjudicarse la mitad de sus bienes, ofreciendo grados y premios a "los que presentasen de veinte cabezas de españoles para arriba." Bolívar y Castillo prestaron su aprobación a este plan, con la única salvedad de "matar por el momento a los que se tomasen con las armas en la mano", y someter a la aprobación del gobierno de la unión lo relativo a la distribución de caudales y cabezas cortadas. Briceño, con esta credencial de sangre, abrió de su cuenta campaña sobre los llanos de Casanare, con una gavilla de ciento cincuenta juramentados. Pocos días después, Bolívar y Castillo recibían una carta, cuyas primeras líneas estaban escritas con sangre, y las cabezas de dos españoles como primeros trofeos de guerra a muerte por ellos sancionada. Ambos rechazaron con indignación el horrible presente, sobre todo Castillo, que repudió enérgicamente toda solidaridad con el hecho. Derrotado Briceño por fuerzas superiores y tomado prisionero, fue juzgado por un consejo de guerra y fusilado en Barinas conforme a la ley de guerra. Este antecedente de la guerra a muerte que iba a abrirse, tiene su importancia histórica, porque precisamente la ejecución de Briceño fue una de las causales que dio a Bolívar para declararla después, cuando aún no había tenido lugar.

En el intervalo de este sangriento episodio, se habían formalizado los convenios para la reconquista de Venezuela entre el gobierno de la Unión y Bolívar. La República de Venezuela sería restaurada bajo los auspicios de la Nueva Granada en su primitiva forma federal, y sus antiguas autoridades repuestas. El ejército neogranadino conservaría simplemente el carácter de libertador, sin inmiscuirse en el orden interno. La República de Venezuela restablecida, pagaría los gastos de la expedición. Tales fueron las condiciones que subscribió Bolívar, y que juró cumplir fielmente.

Resuelta la invasión, Bolívar ordenó a Castillo avanzar con 800 hombres sobre Correa, fortificado con otros tantos en la angostura de La Grita. El jefe patriota atacó resueltamente la posición enemiga, flanqueándola, y después de un reñido combate obligó a sus sostenedores a retirarse en derrota hacia Trujillo, con abandono de su artillería desmontada, y a recostarse a Maracaibo. Envanecido Castillo con su victoria y celoso de su jefe, pretendió cruzar los planes de éste, representando al gobierno federal que la expedición tendría un mal éxito del modo que la llevaba. Retiróse luego con parte de sus tropas, y presentó su renuncia en la creencia tal vez de que sería preferido como neogranadino. El presidente Camilo Torres no vaciló. Optó por Bolívar, y con el grado de brigadier le confirió facultad para libertar las provincias venezolanas de Mérida y Trujillo, con la prevención de no pasar más adelante y esperar las instrucciones que le llevaría una comisión del con-

greso, la que representaría el papel de los convencionales militares en los ejércitos de la revolución francesa.

Las fuerzas con que contaba Bolívar para acometer su ardua empresa, muy disminuidas por la separación de Castillo, constaban de dos batallones en cuadro (como 100 hombres cada uno), otro casi completo y un piquete de artilleros, sumando un efectivo total que apenas alcanzaba a 600 soldados. Todo su material se reducía a 5 obuses y 4 piezas de campaña, 1.400 fusiles de repuesto y 140.000 cartuchos. Las fuerzas que tenía que vencer alcanzaban a cerca de seis mil hombres, distribuidos de tal manera que cualquiera de las divisiones enemigas podía batirlo con doble número. Sobre el litoral y en el valle de las vertientes occidentales de la cordillera en que operaba, aún le hacía frente Correa con los restos de su división, cubriendo a Maracaibo, donde mandaba Miyares, que contaba con una fuerte guarnición, sostenido por los partidarios armados de la comarca y en comunicación con Santa Marta. Otra división de 400 hombres ocupaba Trujillo. Coro estaba defendido por un cuerpo de tropas regladas de 400 hombres, al mando del inteligente general Ceballos. Una columna de 900 hombres situada en Barquisimeto, cubría a Coro y protegía a Valencia en el fondo del valle. En las vertientes orientales de la sierra y en los llanos centrales, estaba Tizcar, con un cuerpo de ejército como de 1.300 hombres, dominando la provincia de Barinas, sostenido por una columna de observación de 900 hombres al mando del canario José Yáñez en los llanos de Casanare. En San Carlos protegía a Tizcar, y cubría a la vez a Valencia y Caracas — que contaba con fuertes guarniciones — otra columna de 1.200 hombres. A retaguardia de todo, estaba Monteverde con la reserva que no bajaba de 700 hombres, con el apoyo de la plaza fuerte de Puerto Cabello. Empero, tres meses después, el centro de Venezuela estaba reconquistado, como ya lo estaba el oriente, y Bolívar entraba triunfante en Caracas.

VI

La primera marcha invasora de Bolívar por las vertientes occidentales de la cordillera oriental, que cruza el territorio de Venezuela, fue una serie de relámpagos, que terminó con un rayo. Apoderóse sin resistencia de Mérida, que le ofreció el contingente de un batallón de 500 plazas y un escuadrón de caballería (30 de mayo). Adelantó la vanguardia, fuerte de 500 hombres, a órdenes del comandante Atanasio Girardot, gallardo oficial neogranadino que se había distinguido en las primeras campañas de la revolución, y ocupó Trujillo. Desprendió con un grueso destacamento al comandante Luciano D'Eluyar, otro valeroso oficial granadino de la

escuela de Girardot, y obligó a Correa que se había atrincherado en Ponemesa, a refugiarse en Maracaibo. Una gruesa división enemiga de 400 infantes y 50 jinetes, que defendía Trujillo al mando del marino español Manuel Cañas, se replegó a Carache, pueblo decidido por la causa del Rey. Girardot con su vanguardia la atacó y la dispersó en una hora de combate, tomándole 70 prisioneros y un cañón (19 de junio). Los prisioneros españoles fueron pasados por las armas, y el pueblo de Carache declarado "infame" en una proclama del general en jefe. En cincuenta días, las provincias de Mérida y Trujillo fueron barridas de enemigos, cuyo número representaba el doble de los primitivos invasores. Desde este momento, el general expedicionario asumió una actitud independiente como representante de la soberanía de la República de Venezuela y se invistió de hecho del carácter de dictador. En contravención de las órdenes expresas del gobierno de que dependía y contrariando la política bélica de la república cuyas armas comandaba, fulminó por sí una ley de exterminio que comprendía a los beligerantes y a la población en masa del país invadido, a que dio el carácter de ley fundamental, como él mismo la calificó.

La aprobación dada por Bolívar, aunque condicionalmente, al plan de exterminio de Briceño, y las proclamas con que abriera su campaña, indicaba que iba poseído del delirio de la venganza, a consecuencia de las atrocidades cometidas por Monteverde y sus seides. Al ocupar a Mérida había dicho: "Las víctimas serán vengadas; los verdugos serán exterminados. Nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal. Ellos desaparecerán de la América. Nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte." En Trujillo, la declaró solemnemente por medio de un tremendo decretoproclama, con el acuerdo de una junta de guerra que le prestó su aprobación unánime. El documento en que se promulgó es célebre en los anales sangrientos de la humanidad. "La justicia — dice en su proclama — exige la vindicta y la necesidad nos obliga a tomarla." Y disponía en consecuencia: "Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas." La sentencia de muerte terminaba con estas amenazadoras palabras, que han tenido la sanción de la sangre: "Españoles y canarios: contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en favor de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida, aun cuando seáis culpables." Desde entonces fechó sus bandos dictatoriales abriendo una nueva era en los anales americanos: "Año III de la independencia y primero de la guerra a muerte."

La guerra a muerte declarada por Bolívar en Trujillo y ejecutada al pie de la letra como el terrorismo de la revolución francesa, ha sido contradictoriamente juzgada, bajo diversos aspectos. Preconizada como acto de fortaleza, explicada por la necesidad como cálculo de fría prudencia, justificada como medio de hostilidad, excusada por las perturbaciones morales de la época, nadie, con excepción de los españoles, la ha condenado en absoluto como acto de ferocidad personal, que no estaba en la naturaleza elevada y magnánima aunque soberbia del dictador. En medio de tan contradictorios juicios, inconsistentes unos y sofísticos otros, sólo dos hombres la han condenado francamente. Uno de ellos, es el mismo Bolívar. En sus últimos años, aleccionado por la experiencia, y después de haber defendido apasionadamente la guerra a muerte ante sus contemporáneos, confesó: que fué un "delirio", y un delirio estéril, pues que sin la guerra a muerte habría triunfado también; pudiendo agregar que hubiera triunfado mejor. Es que la guerra a muerte estaba en el corazón de los combatientes enconados en la lucha, y el dictador impregnado de las pasiones de su tiempo y de su medio, y con sus instintos de criollo americano, no fue sino su vehículo; pero al recibir la impresión de su alma fuerte y tomar forma definida bajo su pluma impetuosa, se magnificó trágicamente, y él la exageró como todo lo que caía en su cerebro, en que la imaginación predominaba. El otro que la ha condenado, y sin remisión, es un escritor venezolano, admirador de su genio, que apoyándose en la misma confesión, la estigmatizaba ante la moral y la justicia, ante la conveniencia y la necesidad; sienta al Libertador en el banco de los acusados en nombre de su propia posteridad, y calificándola de "crimen" condensa su severo fallo en esta conclusión: "La guerra a muerte, o llámase el «Terror» de los años 13 y 14, lejos de ser un medio de victoria, fue un obstáculo para conseguirla. Creó a la república millares de enemigos en lo interior y le arrebató las simpatías exteriores. Fue la rabia de una tempestad. Es una mancha de lodo y sangre en nuestra historia."

VII

La guerra a muerte no fue inventada por Bolívar. Desde los primeros días de la revolución, las provincias del Río de la Plata proclamaron la doctrina terrorista, de que eran reos de rebelión, sin remisión, los que encabezaran resistencias contra sus armas, y en nombre de ella, perecieron en un patíbulo el ex virrey Liniers y sus compañeros civiles y militares, del mismo modo que los generales y funcionarios españoles del Alto Perú que cayeron prisioneros. Chile siguió el ejemplo, proclamando la misma doctrina revolucionaria, y la ejecutó en el coronel Figueroa. Los españoles,

a su vez, hicieron la guerra a muerte en Méjico, en el Alto y Bajo Perú, tratando como a rebeldes, según sus leyes, a los que levantaran armas contra el Rey. Montes la practicó en Quito, aunque no sistemáticamente como se ha visto. La Nueva Granada fue una excepción, al reprobar los excesos de sus jefes en las primeras campañas de su revolución, como reprobó el plan de exterminio de Briceño, ordenando a Bolívar ajustarse a las instrucciones que le prescribían la observancia de las leyes regulares de la guerra.

En Venezuela, la lucha no tomó un carácter feroz hasta tanto que los elementos indígenas no entraron a intervenir en ella, asumiendo el carácter de contienda intestina. Y debe decirse, en honor de la verdad histórica, que la iniciativa de la guerra a muerte en nombre de la doctrina revolucionaria proclamada en el Plata, en Chile y el Alto Perú, corresponde a los patriotas en Venezuela y no a los realistas. Los jefes españoles Miyares, Ceballos y Cajigal, que encabezaron la reacción, hicieron la guerra con humanidad, reprimiendo o condenando los excesos de sus subordinados, y el comisionado de la regencia Cortabarría ejerció su alta representación con prudencia. Verdad es que la regencia, en el hecho de declarar rebeldes a los insurrectos de Venezuela, los condenaba de derecho a muerte como tales, con arreglo a las leyes de Indias, pero ni las aplicó ni las invocó siquiera. Fueron, por otra parte, los patriotas de Venezuela los primeros que declararon rebelde a la provincia de Coro por no reconocer la supremacía de la junta revolucionaria de la capital, como fueron ellos los primeros en dar el ejemplo de ejecuciones sangrientas y exposición de cabezas cortadas, según se dijo y comprobó antes. Hasta que apareció Monteverde en la escena, después del terremoto, y puso a saco el pueblo de Carora (marzo de 1812), las tropas españolas no habían cometido ningún exceso. Las horribles matanzas de San Juan de los Morros, Calabozo y Villa del Cura fueron la obra personal de Antoñanzas y Boves acaudillando a los llaneros venezolanos, y no se erigieron en sistema. Después de la capitulación de San Mateo, el terrorismo del mismo Monteverde en Caracas no fue sangriento, limitándose a vejámenes oprobiosos, a prisiones crueles y secuestros y alguno que otro asesinato aislado. Las violencias de Cerveris y las atrocidades de Zuazola fueron resistidas por el gobernador español Emeterio Urueña, que amparó a los perseguidos en Guayana y Cumaná; condenadas por el tribunal de la Real Audiencia en nombre de la ley común, y protestaron enérgicamente contra ellas con su voz autorizada los realistas más señalados, como Urquiniona, Montenegro, Costa Gali y los generales Miyares y Cajigal, haciendo escuchar las quejas de Miranda desde el fondo de su calabozo. Además, esas atrocidades fueron vengadas por Arismendi en Margarita, por Mariño en Cumaná y por Bermúdez en Paria, y la cuenta corriente de sangre estaba saldada en el oriente de Venezuela.

Cuando Bolívar, después de invadir a Venezuela por el occidente, declaró en Trujillo la guerra a muerte a los españoles, por razón de raza y no como beligerantes, comprendiendo hasta a los indiferentes, no había corrido más sangre que la de los combates, ningún exceso bélico había sido cometido por los realistas durante esa campaña en el teatro de sus operaciones. Faltaba, pues, la razón de hecho, aun para decretar la represalia. La primera transgresión a las leyes de la guerra y de la humanidad fue cometida por los patriotas acaudillados por Briceño, que iniciaron la invasión cortando las cabezas de dos españoles inermes en ejecución del plan de exterminio de raza que había merecido antes la aprobación, aunque condicional, de Bolívar. La razón de la represalia estaba más bien de parte de los españoles. Cuando Briceño fue hecho prisionero y ejecutado previo un consejo de guerra, los realistas usaron de un derecho. Briceño se había colocado hasta fuera del derecho de gentes como los bandidos y los piratas. Sin embargo, esta ejecución fue la única causal que pudo aducir Bolívar para justificar su declaración, lo que importaba hacerse solidario del injustificable crimen de la víctima, al dar a su plan de exterminio la fuerza de una ley. Y es de notarse por lo que respecta a la verdad histórica, que cuando Bolívar invocaba como única causal la muerte de Briceño, éste vivía aún, y su ejecución tuvo lugar en el mismo día en que firmaba su decretoproclama. Así, la declaración a muerte careció hasta de causal, y fue más bien provocación para ella, como en realidad lo fue. Y no sólo fue una medida de guerra injustificada aun como retaliación, sin razón de ser ni necesidad, sin lógica y sin filosofía política, como producto de un delirio según propia confesión, sino también la causa de las derrotas que le hicieron experimentar sus mismos compatriotas acaudillados por los jefes españoles armados con la misma arma de dos filos por él forjada, como lo enseña la historia, quedando así probada por el experimento su esterilidad, hasta como medio de victoria que pudiese darle la sanción del éxito.

En Carache empezó a ejecutarse el decreto de guerra sin cuartel, con el fusilamiento de los prisioneros, según se explicó antes.

VIII

En Trujillo terminaba la misión militar encomendada a Bolívar por el congreso de Nueva Granada; pero el general expedicionario, que al asumir el papel de dictador independiente se había puesto en contradicción con sus instrucciones, no vaciló en desobedecer la orden de detenerse en su invasión que le fue a la sazón comunicada. No podía renunciar al propósito preconcebido de redi-

mir el territorio esclavizado de Venezuela, y de ceñirse la corona cívica de libertador de su patria; ni debía permanecer en la inacción sin peligro de perder todas las ventajas adquiridas. Decidióse por lo tanto a continuar la campaña bajo su responsabilidad. Las razones que para ello dio al gobierno de la Unión, fueron bien fundadas, y se imponían hasta a la misma prudencia, revelando su gran penetración política a la par que su audacia como guerrero para acometer empresas heroicas. Sus victorias eran el resultado de la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus ataques, que habían desconcertado al enemigo magnificando sus fuerzas.

Detenerse, era perderse y abrir las fronteras desguarnecidas de la Nueva Granada a la invasión realista por él contenida, y al avanzar, las defendía mejor. "Si cometiese la debilidad —decía— de suspender mis marchas, sería perdido indefectiblemente junto con las tropas de la Unión. Los enemigos reconocerían el corto número de soldados invasores, reunirían sus tropas dispersas y darían un golpe seguro. Así, mi resolución es obrar con la última celeridad y vigor; volar a Barinas, destrozar allí las fuerzas del enemigo, y de este modo libertar a Nueva Granada de los enemigos que podían subyugarla." Como lo dijo, lo hizo. Pero otro móvil igualmente poderoso lo impulsaba a ir adelante. Desde Cúcuta, resonaba en sus oídos como un toque de clarín, el grito de los proscriptos que acaudillados por Mariño, Piar y Bermúdez, reconquistaban el oriente de Venezuela. "No me parece imposible —decía entonces— llegar hasta Caracas y libertar aquella capital, si ya no lo está por los patriotas del oriente." Y una vez lanzado a la empresa escribía poco después al presidente neogranadino, impulsado por la noble emulación: "Temo que nuestros ilustres compañeros de armas de Cumaná y Barcelona, liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos a dividir con ella esta gloria; pero nosotros volaremos y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo."

Tizcar, que queda dicho, ocupaba Barinas con un cuerpo de ejército de 1.300 hombres, ni sostuvo a Correa para defender a Mérida, ni apoyó a Cañas en Trujillo como pudo haberlo hecho, ni se atrevió a atacar a Bolívar que le presentaba el flanco. Decidióse al fin a operar por la retaguardia de los invasores, pero en vez de marchar en masa, cometió el error de dividir sus fuerzas. Destinó al coronel José Martí al frente de una columna de 700 hombres de las tres armas con el propósito de cortar las comunicaciones de los republicanos con la Nueva Granada, y atravesar al efecto la cordillera interpuesta entre ambos contendientes. Bolívar que lo supo y tenía la resolución hecha de invadir a Barinas, previno el movimiento de Tizcar, y tomó la ofensiva por una atrevida marcha estratégica, que fue la operación, si no la más bien combinada, la más feliz de su campaña. Sin perder momento, se

puso al frente de la vanguardia considerablemente engrosada, cruzó la cordillera frente a Trujillo y sorprendió un destacamento de 50 hombres que cubría el paso de Boconó. Su objeto era cortar a Tizcar sus comunicaciones con Caracas y alejarlo de sus reservas echándolo al interior de los llanos. Al emprender su marcha, ordenó a su mayor general Rafael Urdaneta (que sería uno de sus primeros generales), que le siguiera por otro camino más al sur, con la retaguardia a cargo del comandante José Félix Rivas, a quien ya conocemos y que sería el héroe de esta campaña. El punto de reunión era la llanura de Guanare en las nacientes del río Portuguesa. Al cruzar la cordillera, Rivas y Urdaneta al frente de 400 ó 500 hombres, en su mayor parte reclutas de Mérida, encontraron a su frente la fuerte columna de Martí, situada en las mesetas de Naquitao al pie de la sierra oriental, interpuesta entre ellos y su vanguardia, la que a su vez quedaba entre los dos cuerpos de ejército de Tizcar. Si Martí contramarchaba, noticioso de la marcha de Bolívar, éste estaba perdido, tomado entre dos fuegos por fuerzas superiores. De la decisión de este momento pendía el éxito de la campaña. Rivas, con gran resolución, de acuerdo con Urdaneta, se decidió por el ataque, y marchó en busca del enemigo a pesar de la superioridad de sus fuerzas. Los realistas estaban posesionados de una alta meseta, con hondos barrancos a su pie. Atacados a las 9 de la mañana (1º de julio) fueron desalojados de esta posición que parecía inexpugnable, y se replegaron a otra más fuerte aún. Atacados de nuevo por la espalda al día siguiente (julio 2), quedaron deshechos después de cinco horas de combate. Cuatrocientos prisioneros y un cañón fueron los trofeos de esta jornada decisiva. Los prisioneros fueron fusilados sobre el campo, conforme al decreto de guerra a muerte.

El 1º de julio, el mismo día en que triunfaba Rivas en Naquitao, Bolívar estaba en Guanare. Sabedor allí que Tizcar se hallaba tan sólo al frente de 500 hombres, determinó marchar sobre él, antes que pudiera reunírsele la columna de Yáñez. El general español, amedrentado, abandonó la posición que ocupaba en los llanos y se replegó en fuga a las Nutrias en la margen izquierda del Apure. Perseguido activamente por la vanguardia al mando de Girardot, quien se interpuso entre él y Yáñez, obligó a éste a retirarse, y determinó la sublevación de la columna de Tizcar, que se puso en fuga con sus restos hacia la Guayana (julio 13). Mientras tanto, Bolívar ocupaba la capital de Barinas y se apoderaba de 13 piezas de artillería y un considerable depósito de armas y municiones (julio 6). De este modo, en menos de cuarenta y cinco días, estaban reconquistadas las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, vencidas cinco divisiones que sumaban cerca de tres mil hombres, y tomados 600 prisioneros —tantos como fueron los invasores—, con 18 piezas de artillería.

IX

Dueño el general republicano de la provincia de Barinas, rica en recursos naturales y elementos de guerra, remontó sus fuerzas, disciplinó nuevos batallones y formó con los naturales de la comarca numerosos escuadrones de buena caballería, completando así la organización de su ejército, que dividió en tres cuerpos de operaciones, vanguardia, centro y retaguardia. Con la actividad que le era característica, formó un nuevo plan de campaña y lo puso inmediatamente en ejecución. Dispuso que Urdaneta con el centro, se situase en Araure, al pie oriental de la cordillera, en observación de la división española que en San Carlos cubría a Valencia y Caracas, ordenando a la retaguardia destacada de Girardot, se reconcentrara en el mismo punto. Adelantó sus partidas hasta los llanos de Calabozo, buscando ponerse en comunicación con los patriotas de Barcelona y Cumaná en el oriente. Rivas, con la división de vanguardia, repasó la cordillera, cubierto por el movimiento de avance del centro. El plan no podía ser más vicioso. Comprometía el núcleo de su ejército en una posición avanzada, hacía depender su seguridad del refuerzo contingente que podría prestarle la retaguardia comprometida en el interior de los llanos. Dividía sus fuerzas con la cordillera por medio, acercando a las masas enemigas una división débil a la que no podía proteger y se exponía a ser batido en detalle en todas partes. Si los enemigos hubiesen reconcentrado las dos gruesas divisiones que tenían al oriente y al occidente de la cordillera y que podían obrar en combinación, cayendo con cuádruples fuerzas sobre Rivas aislado y sin protección, otro habría sido el resultado. Pero cálculo atrevido, en que la imprudencia es prudencia contando con los errores del enemigo, o favores de la fortuna, el plan, tan vicioso como era, surtió todos sus efectos y fue coronado por el éxito más brillante.

El objeto del movimiento aventurado de Rivas, era destruir la columna situada en Barquisimeto, al mando del coronel español Francisco Oberto, considerablemente aumentada con los restos de la división de Cañas batida en Carache, y que a la sazón constaba de 800 infantes y 200 hombres de caballería. El jefe español, confiado en la superioridad numérica y la calidad de sus tropas, salió al encuentro de Rivas en el punto llamado de los Horcones. Rivas, cuya fuerza no alcanzaba a 600 hombres de infantería y de caballería, no vaciló en tomar la ofensiva. Rechazado en los dos primeros ataques, volvió por tercera vez a la carga hasta triunfar completamente (22 de julio). Cuatro piezas de artillería, cien muertos, el parque y los bagajes del enemigo fueron los trofeos de esta victoria, complemento de la de Naquitao, que aseguró el éxito de

la campaña. Los prisioneros españoles tomados en el campo fueron fusilados conforme el decreto de guerra a muerte de Trujillo.

Bolívar no se durmió sobre su verdes laureles: mostróse hábil y activo por regocer los frutos de su nueva victoria. Repitió sus órdenes a Girardot para que a marchas forzadas se le incorporase con la retaguardia, que acudió a tiempo. Llamó a sí la división triunfante de Rivas, que repasó por tercera vez la cordillera llanera, y al frente de 1.500 hombres más o menos, marchó sin pérdida de momento sobre la división realista situada en San Carlos. Era ésta la última esperanza de los españoles. Constaba de 700 infantes y poco más de 300 hombres de caballería, al mando del coronel Julián Izquierdo. El jefe español, tan valiente como poco cauto, cometió la imprudencia de presentar batalla en la llanura descubierta de Taguanes frente a San Carlos, siendo inferior en caballería. Atacados de frente los realistas por la infantería republicana, a la vez que la caballería llanera amenazaba cortarles la retirada hacia Valencia, pusiéronse en retirada, marchando y combatiendo en orden cerrado por el espacio de seis horas. Ya estaban próximos a alcanzar el pie de la inmediata serranía, que era la salvación, cuando cortada otra vez su retirada por la caballería y atacados de nuevo por la infantería republicana, sus escuadrones se desbandaron y sus batallones se desordenaron cayendo mortalmente herido el coronel Izquierdo. Fue una victoria completa. Los que no se dispersaron o fueron muertos, quedaron prisioneros. Los historiadores españoles confesaron una pérdida de 700 infantes. Bolívar dice, con tanta energía como concisión: "Todos sus batallones perecieron o se rindieron. No se salvó un infante, un fusil." Fue la batalla final de la campaña del occidente de Venezuela y de la primera gran campaña del libertador sudamericano.

X

Monteverde, confiando en que el ejército de Tizcar daría cuenta de la invasión del occidente, al saber la ocupación de Barinas, se trasladó a Valencia, con el objeto, según decía, de dar dirección a las operaciones. Dejó sacrificar, sin darle instrucciones, a la columna de Oberto de Barquisimeto, y dio órdenes y contraórdenes a la de Izquierdo en San Carlos para retroceder o avanzar, debilitándola en vez de auxiliarla oportunamente como pudo, sin acertar siquiera a reunir ambas, o reconcentrarlas a su reserva, o reforzar una de ellas, lo que le habría dado el triunfo. Aquí, como en Maturín, mostró que no tenía cabeza militar, y que sólo la fortuna ciega le había favorecido en su empresa de la restauración de Venezuela, que parecía anunciar, si no un genio, por lo menos un hombre de corazón o de cabeza. Las derrotas sucesivas de los Hor-

cones y de Taguanes, lo anonadaron moral y materialmente. Contaba aún con un cuerpo de tropas de 700 a 800 hombres. Había empezado a fortificarse en Valencia con el propósito de defenderse, cuando supo el avance de Bolívar sobre San Carlos. Tardíamente salió en apoyo de Izquierdo con algunas compañías de infantería y caballería; pero en el camino recibió la noticia de su derrota, retrocedió en fuga, abandonó cobardemente a Valencia y encerróse en Puerto Cabello. Bolívar ocupó Valencia sin resistencia, apoderándose allí de treinta piezas de artillería de grueso calibre y un gran parque de armas y municiones.

La ciudad de Caracas contaba todavía con una guarnición como de 1.500 urbanos y voluntarios; pero aterrada por los desastres y el anuncio de la marcha del vencedor sobre la capital, se disolvió en su mayor parte, y el jefe de la plaza, que lo era el general Manuel Fierro, se resolvió capitular, de acuerdo con una junta de guerra que reunió al efecto, en que sólo un oficial subalterno votó por la resistencia. Bolívar acordó generosamente una capitulación honrosa, prometiendo olvido de lo pasado y garantías a las personas y propiedades, bajo la condición de que se le entregaran todos los pueblos comprometidos en la provincia de Caracas ocupados por los españoles. Fierro, temeroso de que Bolívar observase la misma conducta que Monteverde después de la capitulación de San Mateo, se anticipó a evacuar la plaza embarcándose en La Guayra con lo que pudo. Monteverde, por su parte, se negó a ratificar la capitulación de Caracas, y con razón, pues ella le imponía la obligación de evacuar a Puerto Cabello, y dejó así entregados a merced del vencedor a más de quinientos españoles comprendidos en la ley de guerra a muerte, que no pudieron huir con Fierro.

La reconquista de la República de Venezuela quedó así operada. La revolución y la reacción volvían a ocupar las mismas posiciones de 1810 a 1812: todo el centro y el oriente, por los independientes, desde la cordillera al Orinoco; y en los dos extremos, el litoral de occidente y la Guayana por los realistas. Una nube que amenazaba otra reacción, aparecía en los llanos del oeste, pero aún no se había condensado. Sólo quedaba Puerto Cabello, por las armas del Rey en la provincia de Caracas. Si Bolívar, después de ocupar a Valencia hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado fácilmente, pues nada había previsto para su defensa, y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto, el Libertador, atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército a Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo a Monteverde (veinte días), para hacerse inexpugnable cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro a los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano.

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosa-

mente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez, que si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, a la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin vacilación; la fortaleza para sobreponerse a los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo e infundir confianza a los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que evidenció como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron: seis grandes combates que valen batallas, ganados en un trayecto de 1.200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4.500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros o rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera a mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la república independiente de Venezuela. Y todo esto, con seiscientos hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más, en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal a su respecto, ha dicho: "Esta rápida campaña, que los entendidos colocan al lado de las más atrevidas empresas militares de que la Europa era entonces teatro, ha sido el germen de la grandeza futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizá el más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal, cuya gloria no puede ser marchitada ni aun por el acto de triste memoria en que proclamó la guerra a muerte."

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscripto, oscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron a vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezas de la Guayra, el camino que recorría estaba sembrado de flores y las flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adornadas con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares

sonaban la marcha triunfal de la independencia y la libertad. El triunfador merecía esta ovación a doble título: había vencido y no manchó su victoria con ninguna venganza. A pesar de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de los españoles, y que sólo había ejecutado hasta entonces en los prisioneros tomados con las armas en la mano en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad, y se limitó a mantenerlos presos, secuestrando sus bienes. Las prisiones de los cautivos patriotas se abrieron. Los vencidos quedaron amparados por el contento general, según el testimonio de uno de los más acerbos enemigos del triunfador.

Dos días después anunciaba al pueblo el establecimiento de la República de Venezuela, bajo los auspicios auxiliadores de la Nueva Granada, que había ido, según sus palabras, "no a dictar leyes, sino a restablecer su independencia y su libertad, dejándolo dueño de sus destinos." Empero, guardóse bien de restaurar (con arreglo a las instrucciones neogranadinas que había jurado) la antigua república federal de Venezuela, a la que era radicalmente opuesto por principios y por instinto de la seguridad común. "Recórrase la presente campaña —decía sobre ese tópico, en una proclama posterior— y se hallará que un sistema muy opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos a las embarazosas y complicadas formas de administración que nos perdió." En consecuencia, se proclamó dictador y se dio a sí mismo el título de "Libertador". "La urgente necesidad de acudir a los enemigos, decía a sus conciudadanos, me obliga a tomar en el momento deliberaciones sobre las reformas que eran necesarias en la constitución. Una asamblea de hombres virtuosos y sabios debe convocarse y sancionar la naturaleza del gobierno en las circunstancias extraordinarias que rodean a la república. El libertador de Venezuela renuncia para siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzcan nuestros soldados a los peligros para la salvación de la patria." Esta fórmula que descubría la ambición de mando que desde entonces empezó a devorarlo, y que repetiría toda vez en que lo reclamase en el hecho como una propiedad suya, era, empero, la única que respondía a las necesidades de la situación. La república federal bajo su antigua forma, era la anarquía y la derrota segura, y Bolívar obró con previsión y patriotismo, al asumir la dictadura política y militar, como lo único que podía salvar, quizás, a Venezuela. Asimismo se perdió por segunda vez.

Venezuela tuvo así dos dictadores a la vez: uno en Oriente, otro en Occidente. Tan ambicioso el uno como el otro, ambos aspiraban al mando general. Mariño, que como se dijo antes se había hecho proclamar jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, envió comisionados a Bolívar, pa-

ra tratar de igual a igual respecto del sistema de gobierno que convendría adoptar para la república, lo que importaba la exigencia del reconocimiento previo de la autoridad independiente de que estaba en posesión. Bolívar, que temía que esta división rompiese la unidad de las provincias y debilitase el nervio de la guerra —además de la supremacía a que se consideraba con derecho— retardó por algún tiempo hacer tal reconocimiento. El patriotismo y la recíproca seguridad aconsejaban centralizar el mando, o por lo menos cambinar los esfuerzos contra el enemigo común. La autoridad de hecho del uno era tan legítima como la del otro a título del territorio por ellos ocupado, como igualmente ilegal del punto de vista de las formas; pero la de Bolívar se imponía como necesaria, porque era el alma de la revolución, representaba el sentimiento nacional y la alianza con Nueva Granada cuyas armas mandaba, mientras la de Mariño, sin plan político y sin ideales, sólo tenía por objeto inmediato el mantenimiento de una informe confederación militar de dos satrapías independientes, que entrañaba la disolución. Pero mientras su carácter de dictador de Oriente no fue expresamente reconocido por Bolívar, Mariño se mantuvo en inacción con un poderoso ejército, absteniéndose de concurrir a la guerra de Occidente, y hasta de hacer sentir su acción militar en los llanos intermedios donde a la sazón empezaban a reaccionar los realistas, sin abrir siquiera hostilidades sobre la Guayana, donde el enemigo resistía.

Bolívar, aunque tardíamente, había establecido el sitio de Puerto Cabello; pero los veinte días perdidos con su vana entrada triunfal en Caracas, nunca los pudo recuperar; y no sería esta la última vez en que llamado por la vanagloria, sacrificase a ella la verdadera gloria de una campaña, que es el triunfo definitivo. El 25 de agosto se presentó delante de la plaza, y se apoderó bajo el fuego, de las defensas exteriores, reduciendo a los sitiados al castillo y sus aproches, merced al valor de las tropas granadinas, que constituían el nervio del ejército unido, según el mismo General en Jefe. En seguida, con las piezas de artillería tomadas en Valencia, estableció contrabaterías, y apagó los fuegos de la escuadrilla del enemigo que hostilizaba uno de sus flancos, dominando el río adyacente con tres bergantines. El general sitiador intentó apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano nocturno. Al efecto hizo avanzar dos divisiones ligeras (31 de agosto) y atacó los fuertes destacados, obligando al enemigo a replegarse a las estacadas que protegían los aproches de sus murallas. El ataque fue rechazado. El único resultado de esta tentativa fue tomar prisionero al bárbaro Zuazola, que mandaba uno de los fuertes. Bolívar propuso canjearlo por uno de sus jefes prisioneros, pero Monteverde se negó. Zuazola fue suspendido en una horca delante de los muros de Puerto Cabello.

Mientras tanto, la reacción volvía a levantar la cabeza por todas partes: en los alrededores de Caracas, en las costas de sotavento, en la cordillera, en los valles, en los llanos altos y bajos del centro y en Barinas. El dictador fulminó entonces su último rayo de guerra a muerte, que debía ser seguido por una de las hecatombes más sangrientas que recuerde la historia. Decretó, en su forma habitual de proclama (6 de setiembre), que incurrirían en la pena de muerte todos los americanos antes exceptuados, y que los declarados traidores a la patria serían juzgados y condenados por simples sospechas vehementes. De este modo corregía y agravaba el error de lógica de la proclama-decreto de Trujillo, igualando ante la traición a españoles y americanos; pero lógicamente produjo efectos más desastrosos, y contribuyó, aunque indirectamente, a su final derrota en la nueva campaña que emprendía, no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de setiembre), arribó a Puerto Cabello una expedición salida de España, compuesta de la fragata *Venganza*, de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1.200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano, con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto Cabello, viose obligado a levantar el sitio, y se retiró a Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender a las provincias del interior convulsionadas a su espalda, a la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el Oriente así como su frente de los llanos del Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña al frente de 1.600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con esta fuerza bien dirigida, con el concurso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido domar por segunda vez la revolución de Venezuela; pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (setiembre 25).

Puerto Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el Oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro del valle de San Esteban, dominado a su en-

trada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, a distancia de 10 kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, a la espera del desarrollo del plan enemigo; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva, aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar, sostenida por una columna a órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo desalojándolo de ellas. Al coronar los neogranadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de setiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras, para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió; pero hízolas apoyar por una columna de 1.000 venezolanos, exaltando así el noble sentimiento de emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fue forzado en sus atrincheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre), volvió a encerrarse en Puerto Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió a restablecerse bajo la inmediata dirección de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo a la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela a las Cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores a la memoria de Girardot, cual no se habían tributado jamás a un general vencedor muerto en el campo de batalla. Hizo su elogio fúnebre en una proclama en que lo comparó a Leónidas por sus hazañas, declarando que a él debía muy principalmente la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada sus más importantes victorias. Los ciudadanos llevarían luto por su pérdida, durante un mes consecutivo; su corazón sería llevado en triunfo a Caracas, y depositado en un mausoleo erigido en la catedral; sus huesos se transportarían a Antioquía, su patria; su batallón llevaría por siempre su nombre, el cual se inscribiría en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, "como el primer bienhechor de la patria"; y por último, otorgaba el goce de sus sueldos a toda su posteridad, con las gracias y preeminencias de la gratitud pública empeñada. Después de esto, ya no quedaba más que un honor posible a los sobrevivientes, y es el que se reservaba él al dirigirse a la capital. "Yo no me aparto de vosotros —dijo en tal ocasión a su ejército— sino para ir a conducir en triunfo el gran corazón del inmortal Girardot." Este

viaje fúnebre, en momentos en que la reacción realista triunfaba en los llanos —del modo que luego se explicará— y una invasión lo amenazaba por occidente, ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América, y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación teatral. El único historiador nacional que lo excusa, tiene que asignarle otros motivos más serios que los dados por él mismo. El secreto del viaje fúnebre iba encerrado en la urna del corazón de Girardot.

En el mismo día en que se tributaron honores póstumos a Girardot (octubre 14), el gobernador político de Caracas nombrado por el dictador, convocó presurosamente a la municipalidad, con asistencia tan sólo de los corregidores de la ciudad, el prior del consulado y el administrador general de rentas, hasta completar con dificultad el número de veinte empleados. Constituidos por sí y ante sí en asamblea soberana, decretaron sobre tablas en nombre del pueblo, a propuesta del gobernador, que se invistiese a Bolívar del carácter de capitán general de los ejércitos de Venezuela, y le confirieron por aclamación y a perpetuidad el "sobrenombre" (palabra del acta) de "Libertador", que él mismo se había anticipado a darse en documentos públicos, y nunca dado por ninguna asamblea soberana a ningún hombre del mundo. Al mismo tiempo mandaron fijar en las portadas de todas las municipalidades una inscripción: "Bolívar, Libertador de Venezuela". He aquí el origen del glorioso título con que Bolívar ha pasado a la historia. La posteridad lo ha confirmado, olvidando los pobres medios porque fue alcanzado y la pequeñez moral de que lo aceptó en nombre de la soberanía popular, de quienes no podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, cuando había negado al pueblo, al proclamarse justificadamente dictador, la capacidad de instituir un gobierno propio. Era el primer síntoma del delirio de las vanas grandezas personales.

Bolívar aceptó el título como sometiéndose a la voluntad del pueblo, manifestando que era para él "más glorioso que el cetro de todos los imperios de la tierra". Al mismo tiempo declaró con modesta justicia, que el congreso de Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los verdaderos libertadores, que merecían más que él la recompensa de la gratitud pública. Para pagar esta deuda instituyó la Orden Militar de los Libertadores. Invocando la voluntad de los pueblos, decretó una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias de la república, condecoración que usarían los que hubiesen merecido el renombre de tales por una serie no interrumpida de victorias, los que serían denominados así y considerados como bienhechores de la patria, con derecho incontestable a ser preferidos a personas de igual mérito en los empleos. Esta fue la primera Orden de su género instituida en Sud América, menos aristocrática que la Cincinatus, creada antes por Wásh-

ington, y más democrática que la Legión de Mérito y la Orden del Sol, instituidas por O'Higgins y San Martín en Chile y Perú, no establecía desigualdades artificiales, y después de servir de noble estímulo, debía extinguirse con la vida de los libertadores sin transmitirse a título de herencia de la gloria.

XIII

Mientras el Libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciéndose otorgar o aceptando en vida honores póstumos, la reacción se aprovechaba para sublevar las poblaciones de las campañas en pro del Rey, haciendo a su vez la guerra a muerte.

Van a reaparecer ahora aquellos 100 hombres desprendidos en el Orinoco, de la columna dispersa de Cajigal, que según lo anunciamos, debía ser el núcleo de un ejército formidable que haría desaparecer por segunda vez la República de Venezuela. Como se recordará, estos 100 hombres eran mandados por dos oficiales oscuros llamados José Tomás Boves, peninsular, y Francisco Tomás Morales, canario, destinados ambos a adquirir una gran celebridad. El verdadero nombre de Boves, era José Tomás Rodríguez, natural de Gijón, en Asturias. Piloto en su mocedad, había sido condenado a 8 años de presidio en Puerto Cabello, por actos de piratería. Indultado, cambió su nombre por el de Boves, en gratitud a uno de sus benefactores, y se dedicó al comercio de mercerías. Al estallar la revolución, hallábase en la ciudad de Calabozo y se alistó bajo sus banderas; pero perseguido en su persona y en sus bienes como desafecto a ella, se hallaba en la cárcel del pueblo de Calabozo cuando Antoñanzas invadió por la primera vez los llanos bajos de Caracas, y fue uno de los verdugos de la matanza de San Juan de los Morros. Desde entonces abrazó con ardor la causa del Rey, como queda dicho, hizo la campaña del Oriente con los realistas, hasta que después de la pérdida de Barcelona, se retiró con ánimo de mantener en los llanos la guerra de partidarios. Francisco Tomás Morales, su compañero y su segundo, ordenanza de milicias en su origen y pulpero después, había hecho sus primeras armas al frente de una partida independiente en Barcelona, después de la capitulación de San Mateo, siendo entonces nombrado subteniente de artillería por Monteverde. Eran dos hombres del mismo temple, pero de diverso temperamento. Los dos eran tan valientes como feroces, y sin más luces que las naturales, tenían el instinto de la guerra y la astucia del salvaje, con una actividad infatigable y una terrible voluntad de hierro, que se imponía en el mando asimilándose a la naturaleza semibárbara de las tropas que acaudillaban, sin retroceder ante ningún medio de hostilidad, por horroroso

que fuera. Pero Boves, en medio de su ignorancia y su brutalidad, poseía cierta elevación moral: mataba y destruía sin complacencia hombres y cosas, como quien suprime obstáculos, pero era generoso a su manera, y buscaba el triunfo de su causa más que el provecho personal, abandonando el botín a sus soldados. Morales, por el contrario, rapaz y de una fría crueldad, sin retroceder ante ningún peligro y con la cabeza para combinar empresas atrevidas, se gozaba en presenciar la agonía de las víctimas que hacía sacrificar y se aprovechaba de los despojos de la guerra para enriquecerse. Estos dos hombres, que descubrieron el talón vulnerable de la revolución, son los que le dieron el conocimiento de las fuerzas populares, que más tarde supo ella asimilarse y poner en actividad para triunfar.

Hasta entonces el movimiento revolucionario de Venezuela estaba circunscripto a las ciudades. El mismo Bolívar con todas sus grandes cualidades de caudillo revolucionario, no había sospechado que existiese otra fuerza que pudiera contrarrestarlas. Boves y Morales, por instinto de la masa popular a que pertenecían, descubrieron esa gran fuerza latente, y la utilizaron en favor de la causa del Rey. Usando de la tremenda arma esgrimida por Bolívar como medio de guerra, proclamaron a su vez la guerra a muerte, exaltando las propensiones feroces de las multitudes de los llanos, y les ofrecieron la matanza y el saqueo. A su voz se levantaron todos los llaneros del centro de Caracas. Los que no obedecieron al primer llamado fueron compelidos por el temor de la muerte. Su sistema de alistamiento era tan elemental como su organización militar. En cada localidad publicaban un bando llamando a alistarse bajo su bandera a todos los hombres aptos para tomar las armas bajo pena de la vida, y la amenaza se cumplía sin remisión. Con los hombres así reunidos en cada localidad, cualquiera que fuera su número, formaban escuadrones con la denominación del distrito. Cada hombre acudía con su lanza, y los caballos, que abundaban en el llano, se tomaban donde se encontraban. La táctica no era mucho más complicada, consistía en marchar sobre el enemigo y acometer sin mirar para atrás. Boves, con lanza en mano a la par de ellos, los conducía a la pelea, enseñándoles el secreto de vencer, que era el desprecio de la muerte. Así consiguió formar un ejército de 2.500 hombres de intrépida caballería, cual hasta entonces no se había visto en América, que dominó los llanos de Caracas.

Otro hombre del temple de Boves y Morales, era el comandante realista José Yáñez, de quien hemos hecho mención antes, canario también, no menos atrevido y sagaz, pero más metódico en sus empresas militares. Replegado a San Fernando del Apure después de la disolución del cuerpo de ejército de Tizcar, había organizado allí, auxiliado desde la Guayana, una invasión compues-

ta de un batallón de 500 plazas, a que dio el nombre de *Numancia* y dos regimientos de caballería llanera de 4 escuadrones de 125 cada uno; en todo, como 1.500 hombres. Con esta fuerza invadió la provincia de Barinas, sin esperar a que las llanuras, a la sazón inundadas, se secaran (setiembre), y apoderóse de ella, abriendo comunicaciones con Maracaibo y Coro. De este modo Yáñez y Boves de dividieron el dominio de los llanos: el primero en los del Apure y llanos altos de Barinas, y el segundo en los llanos bajos de Calabozo, y demás de la provincia de Caracas.

Boves abrió su campaña derrotando una división de 1.000 hombres de las tres armas, salida a su encuentro al mando del comandante Tomás Montilla. Lo sorprendió cerca de Calabozo, en el hato de Santa Catalina (setiembre 20), y pasó a cuchillo a los prisioneros, en retaliación de la guerra a muerte; apoderóse de los depósitos de guerra allí existentes, e incorporando a sus filas la caballería republicana que se le pasó en masa, avanzó hasta la villa del Cura, que entregó al saqueo.

En este momento hizo su aparición en la escena de la guerra, un hombre singular del temple férreo de Boves, que con no menos valentía y ferocidad, puso a raya su terrible ímpetu. Nada se sabía de él sino que era español. Había pasado muy joven a América, donde casó. Al abrir Bolívar su campaña libertadora, encabezó el pronunciamiento de Mérida, levantó un batallón, abandonando esposa e hijos se embanderó en la causa de la independencia, y le entregó, con su vida y alma, su fortuna adquirida por el trabajo. Asistió a todas las batallas de la campaña libertadora desde la de Carache, hasta que las trincheras, donde fue ascendido a teniente coronel sobre el campo, señalándose siempre por su valor indomable y por su crueldad por los prisioneros, a quienes no daba cuartel. Se ignora la causa de su pasión dominante, que era un odio mortal a sus paisanos, de quienes decía: "Después que matara a todos los españoles, me degollaría yo mismo, y así no quedaría ninguno." Llamábase Vicente Campo Elías. Este fue el hombre del momento.

Destacado Campo Elías del ejército de Valencia, con una división de 1.000 fusileros, reunió bajo su bandera 1.500 hombres más de caballería, y marchó en busca de Boves, que a la entrada de los llanos le esperaba con 2.500 jinetes y 500 infantes mandados por Morales en el punto denominado El Mosquitero, que sería famoso. La batalla se empeñó en el mismo día en que Bolívar se hacía dar el título de Libertador en Caracas. Boves, con su audacia acostumbrada, envolvió con su impetuosa carga de caballería toda el ala izquierda de los republicanos, y se empeñó sin orden en la persecución. Campo Elías, sin desconcertarse, cargó en masa sobre el grueso del enemigo, con tal ímpetu, que en 15 minutos lo

dispersó completamente. La infantería rendida fue degollada casi en su totalidad sin misericordia, escapando Morales gravemente herido. La caballería llanera fue lanceada en su mayor parte. Boves y Morales, derrotados, se retiraron con 20 hombres a la margen izquierda del Apure. Los llanos inundados en esta estación del año, no permitieron que fuesen perseguidos. Pronto los veremos reaparecer al frente de un nuevo ejército más formidable. Mientras tanto, en el pueblo de Calabozo rescatado, sus vecinos indefensos, americanos todos ellos, fueron fusilados como traidores, por haber auxiliado a Boves. Esta conducta sanguinaria de Campo Elías, ajustada al segundo decreto de guerra a muerte de Bolívar, acabó por decidir los llaneros. Al ver que no se les daba cuartel, con armas o sin ellas, abandonaron sus hogares y buscaron en Boves un vengador. Este fue uno de los frutos de la guerra a muerte.

XIV

La victoria de El Mosquitero fue pagada con tres derrotas que se sucedieron casi simultáneamente. El general Ceballos, desde Coro, al anuncio de la llegada del refuerzo del regimiento de Granada, y de la sublevación de los llanos, se puso en campaña al frente de todas las fuerzas disponibles de su provincia, que no pasaban de 350 hombres, y llamando a sí todos los partidarios de la comarca, combinó un plan de invasión con la guarnición de Puerto Cabello, que constaban de 1.700 hombres, a la que debía concurrir Yáñez con su columna situada en Barinas (setiembre 24). Una división republicana avanzada en Bobare, al occidente de Barquisimeto, fue batida por él, dejando en su poder un cañón y varios muertos y prisioneros (17 de octubre). Ocho días después (23 de octubre), los dispersos de Bobare, reforzados por 300 hombres de caballería, eran nuevamente deshechos en Yaritagua, al oriente de Barquisimeto, dejando 126 muertos en el campo. Ceballos estableció su cuartel en Barquisimeto. Los restos de los independientes derrotados se replegaron a Valencia.

El general Urdaneta que al frente de 800 hombres había avanzado hacia el Occidente para abrir operaciones sobre Coro, viose obligado a detener sus marchas y dio parte a Bolívar de su apurada situación. El Libertador se puso inmediatamente en campaña, y reforzando la columna de Urdaneta marchó en busca de Ceballos a la cabeza de mil trescientos hombres. Ceballos tenía 500 hombres de infantería y 300 de caballería con un pedrero. Bolívar atacó con 200 jinetes por uno de los flancos la posición que ocupaban los realistas en Barquisimeto, que se halla situada en una alta meseta, y dispersando la caballería realista consiguió apoderarse con la infantería de una parte de la ciudad, donde hizo repicar las cam-

panas en señal de triunfo. La infantería realista, que había cejado en un principio, pero que se mantuvo hecha, dirigida por Ceballos cargó a los independientes por la espalda, y los puso en completa derrota, matándoles 350 hombres y les tomó 400 prisioneros, con dos piezas de artillería, 3 banderas y 700 fusiles. El general vencedor atravesó entonces la Cordillera, penetró a los valles de Caracas, y efectuó en Araure su reunión con la columna de Yáñez, fuerte de 1.500 hombres, formando así un respetable ejército, regularmente disciplinado. Al mismo tiempo invitó al coronel Salomón a reunírsele con la guarnición de Puerto Cabello, para operar de concierto y dar un golpe mortal a los independientes con una masa compacta de 3.500 hombres de las tres armas. Salomón, que como se ha visto, disponía de una fuerza de 1.700 hombres, en vez de seguir este acertado consejo se puso en campaña por su cuenta al frente de 800 infantes del Granada, y 200 jinetes del país, con 4 piezas de artillería ligera y de montaña, y situóse en las alturas de Virginia, al oriente de Valencia, amagando a Caracas por el Oeste. Allí se fortificó (noviembre 16).

Bolívar, que se hallaba a la sazón en Valencia con sólo las tropas granadinas, en observación del camino de Puerto Cabello, hizo acudir la guarnición de Caracas al mando de Rivas, quien le trajo el contingente de un nuevo batallón de 500 plazas, formado en su mayor parte con jóvenes estudiantes de la universidad, y 200 jinetes reclutados en los alrededores. Atacadas las fuertes posiciones enemigas, llevando a la cabeza las tropas granadinas, y no bien sostenidas éstas por la reserva, que era bisoña, los republicanos fueron rechazados. Al día siguiente se renovó el ataque, y los realistas fueron desalojados por los granadinos, abandonando 4 piezas de artillería (25 de octubre). Salomón, humillado, volvió a encerrarse en Puerto Cabello. El Libertador rescató el tiempo perdido y, aprovechando esta victoria, llamó a 1.500 hombres de la fuerte columna de Campo Elías, y dejó a Calabozo defendido con 1.000 hombres. Ocho días después (1º de diciembre), se hallaba en San Carlos, al frente de un ejército de 3.000 hombres, y se abría nueva campaña contra Ceballos, que por su parte contaba con 3.500 hombres y 10 piezas de artillería. Los dos ejércitos se encontraron frente a frente en la llanura de Araure, al pie de la Cordillera oriental, entre las nacientes de los ríos Cojedes y Turen.

El prudente general español se había posesionado de la villa de Araure, situada en un suave plano inclinado, apoyando su espalda en la montaña a fin de asegurar su retirada, cubiertas sus alas por espesos bosques. Un batallón independiente de 500 plazas, que se adelantó imprudentemente a reconocer la posición, recibido por los fuegos de infantería y de la artillería, y flanqueado por una columna de 1.000 caballos del enemigo, fue exterminado, salvándose únicamente el comandate con seis oficiales. Bolívar, a pesar

de este contraste, avanzó denodadamente, y formó su línea sobre el campo marcado por los cadáveres de su vanguardia. Roto el fuego y después de cambiar algunas descargas, mandó cargar a la bayoneta. Era su maniobra favorita. No era un general táctico; daba el impulso a las masas y encomendaba la victoria al valor de los soldados. La numerosa caballería de Yáñez, prolongando sus alas, pretendió envolver el centro atacante; pero cargada a su vez de flanco por la caballería republicana, se dispersó y fue acuchillada, abandonando a su infantería. La línea de Ceballos fue rota en una última carga, y se puso en derrota, dejando en el campo su artillería, 500 muertos, 300 prisioneros y 1.000 fusiles. Todos los prisioneros españoles fueron pasados por las armas (5 de octubre). Como 800 hombres de infantería de los derrotados se replegaron hacia el Oriente. Yáñez huyó hacia el Apure con 200 hombres. Ceballos se refugió en la Guayana. Esta fue la primera batalla ganada en persona por Bolívar. La musa de la revolución le saludó entonando el Himno del Libertador:

¡Gloria al héroe Bolívar!
¡Gloria al Libertador!
¡De Ceballos espanto,
De Araure vencedor!

Bolívar, que tenía rasgos a lo César, y procuraba imitar a Napoleón en ciertos golpes y proclamas de efecto, tuvo también su inspiración. Después de la derrota de Barquisimeto, había formado un batallón con los fugitivos del campo de batalla, y en castigo de su cobardía lo denominó "Batallón sin Nombre", imponiéndole que no tendría bandera mientras no la conquistase con su valor. Este cuerpo tuvo los honores de la jornada. Entre las banderas recogidas estaba la del Batallón *Numancia,* formado por Yáñez en el Apure. Bolívar se la dió al "Batallón sin Nombre", diciéndole: "Vuestro valor ha ganado en el campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo. En medio del fuego os vi triunfar, y lo proclamé «Vencedor de Araure». Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas. ¡Llevad, soldados, esta bandera de la república!"

Después de Araure, Bolívar se dirigió a Puerto Cabello, cuyo bloqueo terrestre había sido mantenido por D'Eluyar con las tropas granadinas. La ocasión era propicia para estrechar el sitio. La fragata *Venganza,* y los buques de guerra que condujeron al regimiento de Granada, habíanse retirado a La Habana. El coronel Salomón, que después del contraste de Vigirima, habíase puesto de nuevo en campaña con 1.300 hombres, buscando la incorporación concertada con Ceballos y Yáñez, supo en el camino la derrota de Araure, y hostilizado por las fuerzas independientes, viose obliga-

do a refugiarse en Coro, con pérdida de dos cañones y más de la mitad de su gente. La plaza sólo contaba con una guarnición de 600 hombres. El puerto estaba bloqueado por la escuadrilla margariteña que Mariño había enviado al mando de Piar, cediendo a las instancias de Bolívar, pendiente el arreglo de la división del mando supremo entre ambos dictadores. La escasez de víveres empezaba a afligir a los sitiados. Monteverde, desacreditado por sus derrotas y desaciertos, había sido depuesto ignominiosamente del mando, y despedido a Curaçao (diciembre 28). Ceballos, que debía sucederle en el gobierno, estaba derrotado y no podía auxiliar la plaza sitiada. Cajigal, nombrado por el gobierno de España capitán general de Venezuela, viejo y enfermo, aún permanecía en la Guayana, donde nada había hecho. Empero la plaza sitiada continuó resistiendo, y los independientes no pudieron enseñorearse de Puerto Cabello.

Mientras tanto, la doble dictadura daba sus frutos. Las victorias del Occidente eran estériles, sin el concurso del poderoso ejército de Oriente, que permanecía inactivo. Mariño se negaba a combinar operaciones con Bolívar, hasta tanto no fuese reconocido en el mando supremo de que estaba en posesión. El Libertador le rogaba modestamente que hiciese marchar sus tropas sobre la parte de los Llanos Bajos, donde a la sazón se rehacían Boves y Yáñez. Lejos de prestarse a esta operación, que la común seguridad indicaba, hubo un momento en que mandó retirar su escuadrilla y sin las instancias de Bolívar a Piar, así se había hecho. El resultado de esta desinteligencia fue que Bolívar, no pudiendo atender a la vez al sitio de Puerto Cabello, a la guerra de Occidente y a la de los llanos, Boves y Yáñez reaccionaron vigorosamente. Boves, sobre todo, con una actividad prodigiosa y una energía incontrastable, que no retrocedía ante ningún medio por terrible que fuese, se hallaba en aptitud de abrir una nueva campaña, antes de transcurrir dos meses de la derrota que le infligiera Campo Elías. Dictó un bando (1º de noviembre) llamado a las armas a todos los hombres en estado de llevarlas; ordenó perseguir y matar sin tregua a los traidores, o sea a los patriotas; dispuso que los bienes se distribuyesen entre su tropas, y finalmente dio libertad a todos los esclavos que se alistasen bajo la bandera del Rey. Los llaneros, embravecidos por la matanza de Calabozo, y atraídos por el cebo del botín, acudieron en masa con decisión. Auxiliado desde la Guayana con 100 veteranos de infantería, un cañón, 300 fusiles y 100.000 cartuchos, a mediados de diciembre contaba un atropamiento de 3.000 hombres de caballería, armados de lanzas con moharras, hechas de las rejas de las ventanas. Con esta turba invadió los Llanos Bajos, derrotó en San Marcos una división de 1.000 hombres que la guardaba (14 de diciembre) pasándola a cuchillo, ocupó Calabozo, donde continuó la matanza sin perdonar a nadie, y

distribuyó los bienes de los vencidos como lo había ofrecido. En seguida dominó todo el país llano desde la Cordillera que se extiende por la costa de barlovento de Venezuela hasta el golfo de Paria. Más adelante necesitaba infantería para proseguir la guerra con ventaja; y el indomable caudillo realista se ocupó en formarla. Al mismo tiempo, Yáñez que se había reorganizado en el Apure auxiliado como Boves desde Guayana, invadía a Barinas con 2.000 hombres de infantería y caballería, y ocupaba la capital de la provincia. Cajigal, ya posesionado del mando de capitán general, y Ceballos formaban en las costas de sotavento un nuevo ejército.

Los llanos y el Occidente estaban perdidos para la revolución. Bolívar quedaba reducido al litoral de Caracas, y los valles inmediatos, con la atención del sitio de Puerto Cabello, y bloqueado por las guerrillas realistas, con su reserva debilitada en Valencia. Una columna de 1.600 hombres, al mando de Urdaneta, que marchaba a apoderarse de Coro después de Araure, se detuvo en Barquisimeto, y acudió con un destacamento a asegurar su retaguardia amenazada. Mariño, en la inacción, permanecía con 3.500 hombres reconcentrado en las costas de Barcelona y Cumaná y sus valles adyacentes. Todo el resto del territorio estaba ocupado por la reacción realista, y todos sus habitantes sublevados en masa contra la república. Los patriotas tenían que refugiarse en las ciudades para salvarse de la persecución de las oblaciones en las campañas. Los ejércitos independientes andaban a ciegas; no podían encontrar ni un guía del país que los condujese, ni siquiera un vecino que les diera noticia de los movimientos del enemigo. Para comunicarse las divisiones entre sí, tenían que escoltar sus correos con fuertes destacamentos de compañías, y a veces no llegaban vivos sino cuatro de ellos. Tal era el estado de la guerra y de la opinión en Venezuela al terminar el año XIII. El mismo fenómeno que al tiempo del terremoto en 1812 se producía: las masas populares desertaron de las banderas de la independencia, movidas por el terror, animadas por la venganza y desesperadas por la espantosa miseria del país. Los historiadores colombianos atribuyeron esta insurrección popular al decreto de guerra a muerte de Bolívar, y a los excesos que autorizó. Por causas opuestas y por los mismos efectos, Bolívar caería esta vez como antes había caído Miranda. ¡Siempre la lógica del destino!

Capítulo XXXIX

SEGUNDA CAIDA DE VENEZUELA

1814

Síntesis cronológica. — Llamada de Bolívar a la opinión. — Papel duplo de Bolívar. — Es investido de la dictadura. — Acuerdo entre Bolívar y Mariño. — Crítica situación militar de los independientes. — Combate de Ospino. — Muerte de Yáñez. — Derrota de Campo-Elías en La Puerta. — Matanza de ochocientos prisioneros. — Defensa de Victoria por Rivas y Campo-Elías. — Combate de Charayave. — Atrocidades de Rosete. — Bolívar se pone en campaña. — Se atrinchera en San Mateo. — Invasión de Boves. — Defensa de las líneas de San Mateo. — Muerte de Campo-Elías. — Muerte heroica de Ricaurte. — Combate de Ocumare. — Reunión de Ceballos y Calzada. — Sitio de Valencia. — Avance del ejército de oriente. — Mariño bate a Boves en Bocachica. — Reunión de los ejércitos de oriente y de occidente. — Batalla del Arado. — Cajigal toma el mando del ejército realista. — Primera batalla de Carabobo. — Errores militares de Bolívar. — Nueva invasión de Boves. — Bolívar y Mariño son derrotados en La Puerta. — Capitulación de Valencia. — Se levanta el sitio de Puerto-Cabello. — Retirada de Bolívar al oriente. — Derrota de Aragua. — Deserción de Bolívar y Mariño. — El tesoro de Bolívar. — Bolívar y Mariño destituidos. — Reacción de los republicanos en el oriente. — Triunfo de los republicanos en Maturín. — Derrota de Piar en Cumaná. — Rivas y Bermúdez. — Derrota de los republicanos en Urica. — Muerte de Boves. — Morales, general en jefe de los realistas. — Toma de Maturín. — Muerte de Rivas. — La paz del sepulcro. — Guerrillas independientes. — Retirada de Urdaneta a Nueva Granada. — Ocupación de Casanare. — Aparición de José Antonio Páez. — La insurrección de Margarita.

I

El año XII había sido en Venezuela año de lucha sin tregua y de grandes cataclismos naturales, políticos y sociales. El año XIII fue de triunfos y de reveses, de guerra sin misericordia y de reacción violenta. Iniciado con el restablecimiento de la república, termina con la decadencia política y militar de su revolución, y se repiten en él los mismos fenómenos en el orden social determinantes de los acontecimientos. El año XIV será de evoluciones dentro del mismo círculo de acción, de peripecias y de matanzas inaudi-

tas, que terminará por dos catástrofes con la repetición de las escenas de 1812, señalando su segunda caída trágica.

Bolívar, en medio de los peligros que le rodeaban al terminar el año XIII, con su autoridad dictatorial no bien cimentada, sintió la necesidad de llamar en su auxilio la opinión para agregarse fuerzas morales, porque no hay poder por grande que sea, que pueda prescindir del concurso de las voluntades sin caer en el vacío. La dictadura era una necesidad de los tiempos, y él la había justificado con sus triunfos en pro de la independencia nacional, aunque haciéndola servir a su engrandecimiento personal y a su anhelo de vanagloria; pero no era reconocida en toda la extensión del territorio dominado por las armas libertadoras, y tenía que compartirla con su rival poderoso, sin más títulos que los de la fuerza uno y otro. De aquí la necesidad de darle una base legal, al menos en su forma. Todo se reducía a una simple evolución dentro de los elementos de fuerza que constituían la dictadura de hecho, para revestirla como tal, siquiera fuese del ropaje del derecho consentido. Bolívar, que había considerado funesta la restauración de la primitiva república federal y prematura e impracticable la convocación de un congreso, imaginó que podía hacer un llamamiento a la opinión, convocando una especie de asamblea política que legitimase su dictadura. Este momento señala en la vida del Libertador una nueva fase, que con modificaciones aparentes y cambiantes de colorido, se ha de repetir periódicamente en el curso de su gran carrera bajo faz dupla, con luces de reflejo y luces propias. Jamás ningún hombre público presentó mayores contradicciones entre la palabra y la acción. Poseído de una insaciable ambición en que se mezclaba lo sublime y lo impuro, como en los torrentes que arrastran el lodo del fondo en sus ondas impetuosas, buscaba con avidez la realidad del poder supremo sin contralor que repudiaba en teoría, y renunciaba teatralmente el mando absoluto de que estaba en posesión, y que tenía que ejercer por necesidad y por deber, protestando no aceptarlo jamás, para recibirlo después sin condiciones como lo buscaba. Es una escena de su gran comedia política, en que contradiciéndose a sí mismo, expondrá con sinceridad moral una doctrina, que prácticamente no podrá serle aplicada. De esta duplicidad proviene que él sea el inventor en Sud América de las repetidas renuncias de los que identificados con el poder, hacen falsa ostentación de desinterés, señalando los peligros de la perpetuidad de los gobernantes en una democracia, sin la sinceridad de Wáshington ni el ánimo deliberado de San Martín. Hay que tenérselo, empero, en cuenta. En medio de su grandeza, de su influencia preponderante, con un temperamento más que autoritario, monocrático, amando con toda su alma y sensualmente el poder como lo amaba y creyendo irreemplazable su persona, desde este día, en que hizo un llamamiento, aunque de mera forma a la

opinión, siempre invocó la alta autoridad de los congresos representantes de la opinión, cedió algunas veces ante sus deliberaciones libres, y aun para hacer prevalecer sus excéntricas teorías constitucionales o satisfacer su anhelo de vanagloria, buscó en todo tiempo su sanción y compartió con ellos su responsabilidad, hasta que al fin se inclinó ante el voto del último congreso que puso el sello del destino a su última renuncia impuesta forzosamente por la opinión a que apelara en 1814.

Para evitar la complicación de un congreso nacional —cuya elección y reunión era por otra parte imposible— y siguiendo la tradición municipal de los cabildos abiertos, a que la revolución diera representación popular y privilegios parlamentarios, y aun facultades constituyentes, convocó una asamblea de notables, compuesta de las corporaciones civiles y de los padres de familia de la capital, a la que atribuyó por una ficción convencional, la soberanía del pueblo y el poder de dictar la ley suprema. Diole cuenta de su administración dictatorial, que sometió a su fallo; abdicó en sus manos la potestad de que se había investido, y protestando no poder ni querer continuar en ella, cuando su espada era el único punto de apoyo de la república vacilante, la volvió a recibir incondicionalmente de las manos en que por ficción la entregaba, después de representar su doble papel. Era la renovación de la escena al recibir el título de Libertador, que se repetiría constantemente con cambio de palabras y sin variación de asunto, en circunstancias y condiciones análogas.

La peroración de Bolívar en esta ocasión —elocuente, difusa, declamatoria, personal, patriótica y espontánea como todas las suyas— es el único recuerdo que de la asamblea de Caracas en 1813 haya quedado, y sólo merece recordarse como manifestación compleja de la naturaleza de un grande hombre de acción y pensamiento en un momento solemne. Pronunció tres discursos: uno para abdicar la dictadura, haciendo el elogio de sus acciones; otro para excusarse de continuarla, al hacer su biografía; uno final, para consagrar su apoteosis en vida, confirmado por la asamblea, y aceptar incondicionalmente el poder dictatorial. Jamás héroe alguno fue más héroe de sus discursos que Bolívar. El dijo en tal ocasión: "Yo no os he dado la libertad. Yo no soy el soberano. Vuestros representantes deben hacer vuestras leyes. Anhelo por el momento de transmitir este poder a los representantes del pueblo, y espero me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente." Pero agregaba inmediatamente, al dar cuenta de sus actos: "Para salvaros de la monarquía y destruir los enemigos admití y conservé el poder soberano. Os he dado leyes, os he organizado una administración: os he dado un gobierno. Vuestro honor se ha repuesto; vuestras cadenas han sido despedazadas; he exterminado vuestros enemigos, y os he administrado con justi-

cia." Ante el voto de la asamblea de continuar ejerciendo la dictadura como una necesidad pública, después de "oír con rubor", según sus palabras, pronunciar su elogio, trazó él mismo el cuadro de su vida pública desde la proscripción hasta la reconquista, y al mezclar incidentalmente al propio encomio de sus acciones el de sus compañeros de trabajos, replicó con palabras elocuentes, bellas máximas y protestas ficticias subentendidas, en que reconociendo contradictoriamente la necesidad de la dictadura, insistió en abdicarla: "Yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras: he venido a traeros el imperio de las leyes. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede jamás convenir sino temporariamente a la república. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria; no es el árbitro de las leyes ni del gobierno: sus glorias deben confundirse con las del país. Yo os suplico me eximáis de una carga superior a mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno justo; y contad con las armas que han salvado la república." La asamblea lo proclamó unánimemente dictador, y le votó por aclamación una estatua en vida que perpetuase la memoria de su desinterés en los triunfos, El se sometió ante la insistencia, reconociendo la necesidad imperiosa de la dictadura, y declaró que no pretendía con supercherías, afectar una perfecto moderación para arrancar sufragios. "Los oradores han hablado por el pueblo. ¡Ciudadanos! en vano os esforzáis por que continúe ilimitadamente en ejercicio de la autoridad que poseo. Las asambleas populares no pueden reunirse en toda Venezuela sin peligro, lo conozco, y me someto a mi pesar a recibir la ley que las circunstancias me dictan. Confieso que ansío impacientemente el momento de renunciar a la autoridad. Entonces espero que me eximiréis de todo, excepto de combatir por vosotros. Os suplico no creáis que mi moderación es para alucionaros, y para llegar por este medio a la tiranía. No soy un Pisístrato."

Fuerte moralmente Bolívar con el voto de confianza de sus conciudadanos, que a pesar de sus formas artificiales era dictado por un sincero entusiasmo, él comprendía que la lucha era desesperada sin la concentración de todas las fuerzas independientes, y que esto no era posible sin un acuerdo franco y patriótico con Mariño. En uno de sus discursos a la asamblea había designado al "Libertador de Oriente como digno de regir los destinos de la república" para propiciarse su buena voluntad. Dando un paso más en este sentido, resolvióse al fin a reconocer como hecho que se imponía la doble dictadura, y se dirigió a su émulo al reclamar su cooperación en términos tan dignos y moderados como firmes: "Repetidas veces he implorado los auxilios de V. E. para que marchando a cubrir con sus tropas a Calabozo, se impidiera el que los enemigos la ocuparan; y para que destinándolas contra Boves co-

operasen con las de Caracas a su destrucción. Suplícole me revele las causas que han influido para unas determinaciones tan contrarias, en tanto que, a nombre de la libertad comprometida de la república, le pido instantáneamente todos sus socorros para sostenerla." Reconocido Mariño como jefe supremo del Oriente, firmóse entre ambos dictadores un tratado (mediados de enero), uniendo sus armas y esfuerzos contra el enemigo común. Ya era tarde. La lucha se prolongaría, pero la República de Venezuela estaba por segunda vez irremisiblemente perdida.

II

Como se explicó antes, los llanos estaban perdidos: Yáñez, ocupaba a Barinas y Boves a Calabozo. El Occidente reaccionaba y el ejército triunfante en Araure tenía que retroceder para cubrir su retaguardia amenazada, al mismo tiempo que Cajigal y Ceballos en el litoral de Sotavento reaccionaban, formando un nuevo ejército para tomar de nuevo la ofensiva. Evacuada la provincia de Barinas por las fuerzas republicanas que la defendían, Urdaneta que había suspendido su marcha hacia Coro, retrocedió para ampararla; pero ya era tarde. Yáñez, triunfante, avanzaba con 1.000 hombres por la falda oriental de la cordillera, con su fuerza dividida en dos columnas de maniobra. Urdaneta trasmontó la cordillera hacia el Oriente, y reunió como 700 hombres en Ospino, al oeste del campo de batalla de Araure. Puestos ambos cuerpos de ejército uno frente de otro, empeñóse la pelea con orden por una y otra parte. La caballería llanera, mandada por Yáñez en persona, cargó sobre la infantería patriota, y su jefe cayó muerto herido por dos balazos. La victoria quedó por los independientes. El cadáver de Yáñez fue dividido en trozos y sus miembros repartidos en varias localidades teatro de sus hazañas y de sus crueldades (febrero 2). Sucedióle en el mando su segundo Sebastián de la Calzada, que de soldado raso habíase elevado al rango de coronel, y que no menos bárbaro que su muerto jefe, vengó su muerte y los ultrajes a su cadáver incendiando el pueblo de Ospino, que abandonó después del combate.

Boves, mientras tanto, avanzaba hacia el corazón de Venezuela, al frente de un ejército de llaneros, que los historiadores hacen subir exageradamente al número de 8.000 hombres. Bolívar había dispuesto que saliese a su encuentro Campo Elías, con una columna de 1.500 hombres, que se situó en la villa del Cura a la entrada del Llano Bajo, donde tenían los republicanos un gran parque, destinado a armar un cuerpo de ejército del Oriente, que al mando de Mariño debía acudir a aquel punto según lo convenido entre los dictadores. El auxilio de Oriente no acudió, y el vencedor

del Mosquitero quedó solo para hacer frente a la tremenda invasión. Boves desprendió una columna de 1.200 hombres al mando del español Francisco Rosete, otro monstruo de la raza de Zuazola y Antoñanzas, que excedería a éstos en atrocidades. Esta columna, destacada penetró por los valles del Tuy y ocupó Ocumare a 83 kilómetros al oeste de Caracas (11 de febrero). A pesar de no haber encontrado sino una débil resistencia, pasó a cuchillo hombres, mujeres y niños, degollando hasta a los que se refugiaron en el templo, hecho inaudito hasta entonces en el transcurso de la guerra a muerte. La ciudad de Caracas, temerosa de ser atacada, se fortificó, preparándose a una defensa a todo trance.

Al anuncio de la invasión de Boves, que avanzaba degollando cuantas partidas caían en su poder, Campo Elías se adelantó como 12 kilómetros a su frente, hasta el lugar llamado La Puerta, por ser el sitio donde se reúnen los caminos que de los llanos conducen a varios puntos del Alto y Bajo llano. Varios ángulos salientes de la cordillera oriental se avanzan por el Norte, y hacia el Sur se desenvuelve una vasta llanura, marcándose con caracteres definidos los lindes de las dos zonas limítrofes. En este sitio se trabó la batalla (febrero 3). La formidable caballería de Boves, con su gran masa, aplastó la división de Campo Elías en dos horas de combate, haciendo pedazos su infantería que pasó a cuchillo. Boves fue gravemente herido en la pelea. Su segundo Morales, con 1.000 jinetes y 300 cazadores de infantería montada, penetró a los valles de Aragua, y avanzó sobre Victoria, punto inmediato al oeste de Caracas y Valencia. Campo Elías, con sus destrozados restos, se replegó y atrincheró en la Cabrera, la angostura cercana a Valencia tristemente famosa por la desgraciada defensa que en ella hiciera Miranda en 1812.

Rivas, el vencedor de Naquitao y Horcones que mandaba en la capital, acudió con 1.000 hombres y 5 piezas de artillería en defensa de Victoria, donde fue sitiado. Atacado allí por Morales y reducido al recinto de la ciudad, se defendió tenazmente, quedando la mitad de su tropa fuera de combate (10 de febrero). Iba ya a sucumbir, cuando se levantó en el horizonte una nube de polvo que hizo renacer la esperanza en los sitiados. Era el impertérrito vencedor de Mosquitero y el vencido en La Puerta, que al frente de 220 hombres acudía desde la Cabrera de Valencia en auxilio de la plaza. Protegido en su entrada a las trincheras por una vigorosa salida que hizo Rivas atacando por la espalda al enemigo que saliera a contener a Campo Elías, ambas fuerzas reunidas rechazaron un nuevo asalto que llevó Morales, aunque a costa de grandes pérdidas. El jefe realista viose obligado a levantar el sitio, y perseguido en su retirada hacia el Cura, perdió toda su artillería.

Triunfante Rivas de Morales, marchó a los valles de Tuy en persecución del feroz Rosete al frente de 800 hombres, y lo asaltó

en el pueblo de Charayave, deshaciéndolo completamente. No dio cuartel a los prisioneros. Desde Charayave, avanzó hasta el pueblo de la sabana de Ocumare, donde encontró desparramados en sus calles como trescientos cadáveres insepultados de niños, mujeres y hombres sacrificados bárbaramente por el feroz Rosete. Sobre ellos juró Rivas venganza, y exterminio de la raza española. El famoso caudillo margariteño Juan Bautista Arismendi, que mandaba en Caracas en ausencia de Rivas, hizo el mismo juramento. Estos juramentos eran precursores de una de las hecatombes más sangrientas que recuerda la historia.

III

Bolívar, que después de ser proclamado dictador habíase puesto en campaña, recibió en Puerto Cabello la infausta noticia de la derrota de Campo Elías en La Puerta. Una vez más se ponía a prueba la fortaleza de su alma en los contrastes. Trasladóse inmediatamente a Valencia, donde estableció su cuartel general, reconcentrando todos sus destacamentos dispersos, sin levantar el sitio de Puerto Cabello a cargo de D'Eluyar con las tropas granadinas, y llamó a sí el grueso de la división de Urdaneta, quien quedó en Barquisimeta con sólo 700 hombres haciendo frente a la invasión del Occidente En tan críticas circunstancias recibió una consulta del comandante de la Guayra. "Qué hago en estos momentos de peligro con la multitud de españoles que existen en las prisiones de esta plaza: ellos son numerosos y la guarnición muy poca." Bolívar tomó la pluma y contestó en el acto: "Ordeno que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en las bóvedas (de la Guayra) y en el hospital, sin excepción alguna" (febrero 8). En las instrucciones que le dio el dictador, preveníale empero: "con excepción de los españoles que tengan carta de naturalización." El feroz margariteño exclamó al leerla: "¡Este secretario del Libertador es un burro; ha escrito con *excepción,* en vez de poner con *inclusión!*"

Existían en aquella época como 1.000 españoles presos —no prisioneros de guerra— de los avecindados en la capital, que al tiempo de su ocupación por los independientes fueron encerrados en las cárceles de la Guayra, y sobre quienes pesaba la sentencia de muerte de Trujillo, por razón de su origen, aun siendo indiferentes. Bolívar propuso en varias ocasiones su canje por un pequeño número de prisioneros y presos patriotas que se hallaban en Puerto Cabello; pero Monteverde se había negado constantemente a ello. En la cabeza de estos desgraciados iba a cumplirse el terrible decreto de guerra a muerte del dictador. Arismendi, con un lujo de crueldad que espanta, lo cumplió como fiel ejecutor y como

verdugo. —Mandó formar con los condenados una gran pira, en que debían consumirse sus cadáveres, y a que ellos pusieran fuego con sus propias manos.— En seguida empezó la matanza: en Caracas y en la Guayra simultáneamente. Las víctimas eran extraídas en grupos de los calabozos, como reses destinadas al matadero. Al toque de degüello de una corneta, los soldados caían sobre ellos, y a bayoneta, hacha, sable, lanza, machete o puñal, eran sacrificados, y muertos o moribundos arrojados a la hoguera. —Poca pólvora se gastó en la ejecución. —Durante ocho días consecutivos se mató así sin misericordia en Caracas y en la Guayra. —Así perecieron ochocientos sesenta y seis españoles y canarios, entre ellos, según los mismos historiadores colombianos, "muchos hombres buenos", que habían amparado a los republicanos defendiéndolos contra la crueldad de sus compatriotas. —Esta hecatombe, una de las más sangrientas que recuerda la historia, ordenada en virtud de una bárbara ley de exterminio, puede ser explicada por la seguridad, y la disculparía la necesidad de vencer a todo trance; pero la conciencia la condena como derecho y como hecho, y con razón se ha dicho, que es "una mancha de lodo y sangre en la historia de Venezuela." Como represalia, fue el resultado de las matanzas que autorizó el decreto de guerra a muerte de Bolívar al abrir su campaña reconquistadora, que dos cabezas de españoles pacíficos degollados por sus guerrillas iniciaron. La necesidad fue creada por la absurda teoría en que se fundaba la guerra a muerte, que como absurdo tenía necesariamente que producir un hecho brutalmente lógico. Como medio de terror y como medio de victoria que pudiera justificarla, no tuvo ni la sanción del éxito: fue causa de derrota, la ensangrentó inútilmente sin impedirla, y la hizo más trágica y dolorosa. Empero, manifestación de un alma fuerte, no fue acto de ferocidad emanado de la naturaleza generosa de su ordenador, y esto le absuelve ante la moral de la historia. Y debe repetirse lo que en su descargo ha dicho un historiador imparcial: "poco tiempo antes, iguales monstruosidades habíanse cometido en medio de la misma Europa, con su refinada civilización, entre los pueblos del mediodía, en España y el reino de Nápoles. Los españoles habían engendrado, en el seno del obscurantismo, esta fuerza que se desencadenaba contra ellos. Según el código natural de todos los pueblos groseros, los criollos les aplicaban la ley que ellos les enseñaran como maestros, buscando su salvación en el mal, ya que no la encontraban en el bien. Al menos, Bolívar sintió la necesidad de justificar ante el mundo este terrible acto de represalias, mientras los españoles ni siquiera pensaron en disculpar sus atrocidades."

Bolívar sólo contaba a la sazón con 1.500 infantes y 600 jinetes para hacer frente a la irrupción de Boves con sus semibárbaras masas de llaneros, indisciplinadas, pero resueltas a todo y cuatro

veces más numerosas. En campo abierto no podían contrarrestarlas. Encerrarse en Caracas o permanecer concentrado en Valencia, era entregar todo el país al enemigo. Su resolución fue la más prudente y la más valerosa. Asegurada la capital de un golpe de mano, fortificó a Valencia, formando una flotilla en su lago; atrincheró el estrecho de Cabrera, y ocupó Victoria (20 de marzo). De este modo cubría todas las posiciones que constituían sus puntos de apoyo en el terreno montañoso de la cordillera del litoral; cerraba el camino que traía Boves, ya restablecido de su herida, y mantenía abiertas sus comunicaciones por el flanco izquierdo a la espera del ejército de Oriente que venía en su auxilio, mandado por Mariño en persona. La posición era estratégica.

La ciudad de Victoria se halla situada en el ameno valle de Aragua, río que derrama sus aguas en el lago Valencia por el Oriente y en el mar por el Occidente, envolviendo los valles del Tuy inmediatos a Caracas. A este punto convergen los caminos de la costa y de los llanos bajos. Desde las altas colinas en que está asentada la ciudad, se descubre un vasto y pintoresco panorama de campiñas cultivadas, dominando al Norte por una eminencia llamada del Calvario, a cuyo pie hacia el Oeste, se desenvuelve una llanura en que se encuentra el inmediato pueblo de San Mateo. Aquí estableció el Libertador su cuartel general. En el vértice de las alturas que rodean esta posición, encontrábase una casa de propiedad de Bolívar, y hacia el Oriente se extendía la hacienda llamada del Ingenio, uno de sus más ricos feudos patrimoniales. Iba a combatir "pro aris et focis". Hizo construir trincheras defendidas por fuertes estacadas, para cortar el camino principal de Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y se desenvuelve al pie de la casa del Ingenio y del Calvario, y situó el parque en el Ingenio. Por la primera vez iban a encontrarse Bolívar y Boves frente a frente.

IV

El 25 de febrero aparecieron sobre las alturas fronterizas de San Mateo las muchedumbres de Boves, compuestas de 5.000 jinetes, precedidos por 2.000 fusileros. Las avanzadas cambiaron los primeros tiros río Aragua por medio, replegándose unos y otros a sus reservas al anochecer. Al día siguiente cargó Boves sobre los atrincheramientos con grande algazara. Morales atacó la derecha de las líneas, donde estaba situada la casa de Bolívar y fue completamente rechazado. En la trinchera del centro, donde mandaba Bolívar en persona, el ataque dirigido por Boves fue tan impetuoso como tenaz la resistencia. Los fuegos de la infantería republicana hicieron estragos en las filas contrarias. Los enemigos cargaron entonces sobre el Calvario, para flanquear la derecha de

la línea apoderándose de unas casas fronterizas desde las cuales abrieron un fuego mortífero. El Libertador hizo reforzar la posición con tropas de reserva al mando del coronel Manuel Villapol y Campo Elías, ambos españoles de nacimiento, antiguo general el uno de los patriotas en la Guayana en 1812, y el segundo, vencedor del Mosquitero y salvador de Victoria. Los dos cayeron mortalmente heridos. El joven capitán Rafael Villapol, hijo de Venezuela, reemplaza a su padre, restablece el combate, arroja al enemigo de sus posiciones, y gravemente herido se replegó al anochecer al Calvario, manteniendo la posición, al mismo tiempo que Boves, gravemente herido también, era conducido en brazos de sus soldados. Dos horas y media había durado el combate. El campo estaba cubierto de cadáveres de una y otra parte. Bolívar extendió y perfeccionó sus defensas esperando un nuevo ataque. Morales tomó el mando del ejército llanero en reemplazo de Boves, herido.

Los realistas habían agotado sus municiones de infantería. Durante quince días permanecieron en inacción. El 11 de marzo repitieron el asalto, y fueron otra vez rechazados. Boves, algún tanto restablecido de su herida, se puso de nuevo al frente de su ejército que lo recibió con grandes aclamaciones (marzo 17). El 20, Boves atacó por tercera vez las líneas. Los fuegos de la infantería y de la artillería republicana hicieron estragos en sus filas, obligándolo a desistir de su intento por el momento. Empeñado en arrebatar la posición, costase lo que costase, combinó un nuevo plan de ataque. Una fuerte columna de fusileros tomaría por la espalda los cerros en que se apoyaba la izquierda de las líneas y descendiendo aceleradamente de las alturas se apoderaría del Ingenio donde estaba establecido el parque de Bolívar. Al mismo tiempo, él atacaría por el frente de la llanura de San Mateo con el grueso de sus fuerzas.

Al rayar el día 25 de marzo, rompióse simultáneamente el fuego en toda la línea. El ataque del centro es vigorosamente resistido por Bolívar en persona. En lo más recio del combate aparece la columna flanqueadora de Boves sobre las alturas que dominan el Ingenio, que custodiaban tan sólo cincuenta hombres, al mando del capitán Antonio Ricaurte, joven de veinte años de edad, natural de la villa Leiva en Nueva Granada. Perdido el parque, estaba perdida la batalla. La expectativa fue angustiosa. La columna flanqueadora avanza a paso de carga; llega a la casa del Ingenio, situada en lo alto del cerro, y dando alaridos de triunfo, su cabeza penetra por sus puertas sin resistencia. En aquel instante una estruendosa explosión hizo estremecer el campo y los corazones. El parque se había incendiado: la casa había desaparecido y gran parte de la columna al parecer triunfante volaba por los aires. Ricaurte había hecho volar el depósito de municiones. Sin medios ni esperanza de sostener la posición y comprendiendo que de él

dependía la salvación del ejército republicano, ordenó a su tropa evacuar el punto, y se pusiera en salvo. El quedó solo con una mecha en la mano. Al penetrar el enemigo en el recinto del parque, pone fuego al almacén de pólvora y vuela su alma inmortal junto con los miembros despedazados de los asaltantes. Despavoridos los restos del enemigo salvados de la explosión se ponen en precipitada fuga. La victoria estaba ganada por un hombre solo. Bolívar, al ver aparecer la columna flanqueadora por la espalda y desfilar la pequeña guarnición del Ingenio en retirada, lo dio todo por perdido si el parque se perdía: mandó desensillar su caballo y proclamó a sus soldados diciéndoles, que "sería el primero en morir entre sus filas." Para honrar aquel sublime sacrificio sólo tuvo después una frase retórica sin poder olvidarse de sí mismo: "¿Qué hay de semejante en la historia a la muerte de Ricaurte? ¡Este suicidio para salvar a la patria, a la independencia, y a mí, es digno de contarse por un ilustre genio como Alfieri!" Los sitiadores se retiraron con una pérdida de 800 hombres entre muertos y heridos en la jornada. Los sitiados quedaron triunfantes dentro de sus líneas con una pérdida menor que la del enemigo en los diversos asaltos que repelieron; pero por la retaguardia y el occidente amenazaba otra tempestad.

A la vez que atacaba las líneas de San Mateo, Boves había desprendido por el flanco derecho y retaguardia de los sitiados una fuerte columna al mando del feroz Rosete, con el objeto de apoderarse por segunda vez de los valles del Tuy y amagar la capital. Rivas, que mandaba en la plaza, estaba postrado en cama. Arismendi, su segundo, salió al frente de una columna de 800 hombres, compuesta de la flor de la juventud de la ciudad, y fue batido en la sabana de Ocumare, y todos sus soldados lanceados y degollados (11 de marzo). Bolívar, que tuvo anticipadamente noticias del movimiento de Rosete, había desprendido 300 hombres escogidos en auxilio de Caracas al mando del comandante don Mariano Montilla, nuevo personaje que veremos más adelante figurar en primera línea. Este oportuno auxilio salvó la capital. Sobre esta base, el animoso Rivas formó una nueva división de 900 hombres, se pone a su frente tendido en una camilla, ataca a Rosete en Ocumare y lo hace pedazos (20 de marzo). La población de Caracas salvada, lo recibió en triunfo.

Los peligros se multiplicaban. Cajigal, situado en Coro, y en posesión del cargo de capitán general, había formado una división de 1.000 hombres compuesta de las reliquias del batallón Granada y de las tropas regulares corianas, las que al mando del general Ceballos debían ponerse en campaña y obrar en combinación con el ejército del Apure mandado por Calzada después de la muerte de Yáñez. Todo el occidente de la cordillera estaba, como los llanos, pronunciado por los realistas, que dominaban con sus guerrillas

ambas zonas de la cordillera occidental. Urdaneta, que al frente de 700 hombres había quedado en Barquisimeto al tiempo de reconcentrarse Bolívar en San Mateo, fue batido y dispersado por Ceballos (9 de marzo). El jefe patriota se replegó con sus restos a San Carlos, donde fue sitiado por Calzada, viéndose obligado después de algunos recios combates a la defensiva, a evacuar la villa y retirarse a Valencia. Desde este punto avisó al Libertador que el occidente estaba perdido, y que esperaba ser atacado de un momento a otro por las fuerzas reunidas de Coro y del Apure. Bolívar le contestó que defendiese la ciudad hasta morir, pues allí estaban depositados todos los elementos de guerra de la república, ordenándole a la vez que reforzase con 200 hombres a D'Eluyar en la línea de Puerto Cabello, a fin de impedir que los sitiados auxiliasen a Boves con armas y municiones. Urdaneta quedó sólo con 280 fusileros para defender a Valencia.

Reunidos en San Carlos Ceballos y Calzada, en número de 3.000 hombres, se presentaron delante de Valencia (29 de marzo) y le intimaron rendirse a discreción. Urdaneta contestó que se defendería hasta la muerte, y se preparó a una vigorosa defensa. Al día siguiente la ciudad fue embestida. Felizmente los realistas no tenían artillería, y los republicanos pudieron resistir los diversos ataques que les llevó el enemigo durante cuatro días; pero al fin se vieron reducidos al recinto de las últimas trincheras centrales, con el agua cortada y expuestos a perecer de sed. Urdaneta, en junta de oficiales, acordó que, en el caso de ser forzada la plaza, la guarnición se replegaría al cuartel de artillería, incendiarían las municiones y volarían todos, cumpliendo la orden del Libertador. ¡El ejemplo de Ricaurte inflamaba las almas!

V

Rechazado Boves en sus repetidos ataques y quebrado el nervio de sus tropas, limitóse a mantener el sitio de las líneas de San Mateo. Los llaneros, fatigados y defraudados en sus esperanzas de botín, empezaron a desertarse. Empero, la situación de Bolívar era desesperada. Hacía un mes que duraba el sitio. Su ejército estaba en esqueleto. Oprimido a su frente por fuerzas superiores, su flanco y retaguardia por el norte estaba amenezado, y Valencia era la última esperanza en occidente. Sólo podía salvarlo el auxilio del ejército del oriente. Este avanzaba a marchas forzadas, en cuatro columnas de maniobra que sumaban 3.500 hombres barriendo de enemigos los llanos a espalda de Boves. Este hizo entonces un último y desesperado esfuerzo contra las líneas; pero fue rechazado una vez más, y hubo de emprender su retirada (30 de marzo), con el intento de atacar a Mariño antes de que penetrase a las tie-

rras altas, cerrándole al efecto la entrada de La Plata. El general de oriente maniobró de manera de penetrar en los valles de Aragua y situarse entre La Puerta y la villa del Cura, donde tomó fuertes posiciones en el punto denominado de Boca Chica. Buscado allí por el enemigo, empeñóse la batalla (31 de marzo). La fuerza de ambos ejércitos estaba equilibrada, preponderando en ellos el arma de caballería. Después de una reñida pelea a la defensiva, los independientes quedaron dueños del campo, con sólo la pérdida de 200 hombres entre muertos y heridos. Boves, rechazado en su ataque, y agotadas sus municiones, se retiró en orden, sin ser perseguido, dejando 500 cadáveres en el campo. La jornada no fue decisiva. Mariño se concentró en Victoria. Bolívar, en el mismo día de la batalla, se puso en movimiento con su mutilado ejército en persecución de Boves, que emprendió la marcha hacia el norte con el objeto de incorporarse a Ceballos. Reunidos en Valencia los cuerpos de ejército del Apure, los llanos bajos y de Coro, alcanzaban a 6.000 hombres. La plaza continuaba resistiendo heroicamente. La escasez de municiones y el temor de ser atacados por los ejércitos de Mariño y Bolívar reunidos, les aconsejó levantar el sitio (3 de abril). Boves volvió a los llanos, a reunir sus dispersos y levantar nuevas tropas, siendo seguido muy luego por todos sus llaneros. Ceballos se replegó a San Carlos, en busca de una nueva base de operaciones en los llanos y a la espera de los refuerzos que le traería Boves. El mismo día en que se levantaba el sitio llegó Bolívar a Valencia. El gran depósito de guerra de la república estaba salvado. Las tropas granadinas con D'Eluyar habían mantenido impertérritas el cerco de Puerto Cabello, sitiadas y sitiadoras a la vez. La nueva campaña iba a abrirse.

La reunión de los ejércitos de oriente y de occidente no produjo los resultados que eran de esperarse, sea por falta de concierto o por falta de plan. En vez de formar una sola masa y aplastar con ella al enemigo en retirada, Mariño, de acuerdo con Bolívar, se desprendió con un cuerpo de ejército de 2.000 infantes y 800 jinetes, compuesto de orientales y occidentales, con el objeto de atacar a Ceballos situado en San Carlos. El general de oriente, que no tenía experiencia de la guerra ni cabeza militar, comprometió imprudentemente una desordenada batalla paralela en la llanura del Arado que se extiende frente a San Carlos, donde Ceballos los esperó con 2.500 hombres. La línea independiente fue rota casi sin pelear, y la mayor parte de sus cuerpos se dispersaron o huyeron, con el general en jefe a la cabeza (abril 17). Afortunadamente estaba allí Urdaneta, quien con 600 infantes de occidente, se mantuvo firme en el campo: reunióse a una división de oriente mandada por Bermúdez, restableció la línea de batalla al anochecer, y emprendió la retirada hacia Valencia, salvando toda la infantería, sin dejar ningún trofeo al enemigo. Ceballos, general de la antigua

escuela española, apático y lento en sus movimientos, no supo sacar partido de su ventaja, y se mantuvo inmóvil en sus posiciones. La pérdida de los patriotas en este encuentro fue pequeña.

Cajigal, que como queda dicho habíase posesionado del cargo de capitán general, se puso en campaña desde Coro, al frente de una fuerte división, con la que se reunió a Ceballos en San Carlos, asumiendo el mando en jefe, después de hacer retroceder a los destacamentos republicanos que se habían adelantado hasta Carora. Reconcentrados los ejércitos beligerantes, el uno en San Carlos y el otro en Valencia, ambos evolucionaron durante algunos días, avanzando o retrocediendo, hasta que Cajigal se situó en posiciones ventajosas, en actitud de provocar una nueva batalla defensiva. Bolívar, reforzado con una columna de 800 hombres, que desde Caracas le llevó el infatigable Rivas, tomó decididamente la ofensiva al frente de 3.000 hombres. La fuerza del enemigo era superior a la de los independientes. La batalla se empeñó en la llanura de Carabobo, sitio que debía ser dos veces famoso. Después de algunas peripecias, y alternativos conatos de orden oblicuo por una y otra parte, la victoria se declaró por las armas del Libertador. La Tempestad de occidente estaba disipada por el momento. El enemigo dejó en el campo 300 cadáveres, su artillería, 500 fusiles y sus banderas (mayo 26). Los republicanos no tuvieron sino 12 muertos y 40 heridos.

Carabobo no fue, empero, una jornada decisiva, como tal vez pudo serlo. La República de Venezuela estaba destinada a sucumbir por segunda vez. La catástrofe estaba cercana. Bolívar había vencido a las tropas regulares de Cajigal y Ceballos, pero no había vencido la insurrección popular alimentada por los nativos que acaudillaba el indomable Boves, ni el espíritu de resistencia pasiva que ansiaba por el descanso, en medio de la espantosa miseria que afligía al país. El Libertador, tan determinado a veces, como Ceballos era tardío en sus resoluciones, y que como general no tenía cabeza estratégica, en vez de condensar sus masas y marchar atrevidamente a sofocar la reacción en los llanos con probabilidades de éxito aprovechando el prestigio de su victoria, desprendió a Mariño con un cuerpo de ejército de 2.300 hombres de las tres armas para hacer frente a Boves, que avanzaba a la cabeza de un numeroso ejército de cuatro a cinco mil jinetes y 2.000 a 3.000 infantes, bien pertrechado y municionado con los recursos obtenidos en la Guayana. Desparramó el resto de sus fuerzas, haciendo que dos divisiones, una de 700 infantes al mando de Urdaneta se dirigiese hacia el occidente, y otra de 400 infantes y 700 jinetes marchase en persecución de Cajigal y de Ceballos, alejándolas así del teatro de las operaciones donde estaba el verdadero peligro. Esta operación, según los historiadores, fue criticada en su tiempo, hasta por los oficiales del ejército, que con tan equivocada dirección

presintieron la derrota. Afortunadamente, o desgraciadamente, una de estas divisiones —la más numerosa de 1.100 hombres— se incorporó a Mariño, quien tan imprudente y poco experto como siempre, al verse al frente de 3.400 hombres, resolvió esperar a Boves en La Puerta, ignorando la fuerza que traía, pues la opinión del país estaba uniformada de tal modo, que los republicanos no podían contar con un solo habitante que les sirviese de espía o les diese noticias de los movimientos del enemigo. Bolívar se incorporó a Mariño en La Puerta cuando ya no era tiempo de retroceder. Boves cayó sobre ellos como un torrente, y en poco tiempo y con sólo dos cargas anonadó de un golpe todo el ejército republicano, pasando a cuchillo hasta a los que rendían armas sin pelear (junio 14). Pocos se escaparon del terrible desastre. Dos mil seiscientos cadáveres de republicanos quedaron tendidos en el campo, según Boves, y según otros, no menos de 1.200. Los oficiales patriotas prisioneros fueron ahorcados y mutilados.

Bolívar huyó a Caracas. En vez de reunir sus últimas fuerzas organizadas, que dispersas se perdían irremediablemente, o replegarse con tiempo hacia el oriente, ordenó al jefe de la plaza de Valencia que se sostuviese hasta el último extremo, y a D'Eluyar que mantuviese el sitio de Puerto Cabello a todo trance. La estrechura de la Cabrera en la zona fortificada, que defendía el camino de Valencia, fue forzada, y todos sus defensores en número de 250 hombres pasados a cuchillo. Valencia, después de una valerosa resistencia, viose obligada a capitular, y a pesar de la capitulación solemnemente jurada por Boves, toda su guarnición y parte de su población, en número de 450 individuos, fue bárbaramente degollada o lanceada. D'Eluyar, encerrado en su posición y cerrada su retirada por tierra, viose obligado a clavar su artillería, y afortunadamente pudo salvarse con su tropa en la escuadrilla que bloqueaba a Puerto Cabello. Urdaneta quedó interceptado al occidente con su columna destacada. Antes de sucederse estos desastres, que estaban al alcance de la más vulgar previsión, Bolívar, que había manifestado su resolución de hacer pie firme en Caracas, renunció a este propósito, y con el resto de sus rotas tropas emprendió la retirada hacia el oriente, llevando toda la plata y alhajas preciosas de las iglesias, con objeto de emplearlas en la prosecución de la lucha por la independencia. Una numerosa emigración que embarazaba su marcha, le siguió.

VI

Bolívar hizo pie firme en las nacientes del río Aragua, que de la cordillera del litoral de Cumaná se derrama en el llano meridional de Venezuela. Sobre su margen y en el pueblo del mismo nombre a 73 kilómetros de Barcelona, se fortificó con 2.000 hom-

bres, formando con los jóvenes caraqueños que le seguían un batallón de 800 plazas. Mariño lo auxilió desde Cumaná con dinero, armas y pertrechos, y lo reforzó con una división de 1.000 hombres al mando de Bermúdez. Dividió su ejército en tres cuerpos, situándolos de manera que pudiesen auxiliarse recíprocamente.

El 17 de agosto presentóse Morales en Aragua al frente de un ejército de cerca de 8.000 hombres, compuesto casi en su totalidad de negros, indios, zambos y mulatos, sedientos de sangre y de botín. Al día siguiente ordenó el ataque, que llevó a la vez de frente y por uno de los flancos, forzando el vado, cuyo camino cruza el pueblo. Replegado el centro independiente a las calles atrincheradas, sus alas siguieron el mismo movimiento. Los republicanos pelearon con desesperación, como hombres que no esperaban recibir cuartel. A las dos horas de combate en que sucumbieron batallones enteros entre ellos el de la juventud de Caracas, Bolívar, considerando inútil la resistencia, se retiró por el camino de Barcelona con parte de sus fuerzas. Bermúdez quedó solo en el campo sosteniendo tenazmente por dos horas más la pelea, hasta que obligado a retirarse lo efectuó por el camino de Maturín con los restos de su caballería. La carnicería que se siguió fue espantosa, y sin ejemplo en la guerra a muerte de Venezuela. No se dio a nadie cuartel. Todos los rendidos fueron pasados a cuchillo. Más de tres mil personas fueron bárbaramente degolladas hasta en la misma iglesia, donde se había refugiado la población aterrada. La pérdida de los realistas fue, según propia confesión, de 1.840 hombres, entre ellos más de 1.000 muertos.

Reunidos en Cumaná, Bolívar, Mariño, Rivas, Piar y D'Eluyar, resolvióse (25 de agosto) concentrar la resistencia de Güiría, posición fácil de defender y con comunicaciones francas con el exterior, teniendo los independientes el dominio de las aguas, merced a su escuadrilla, mandada siempre por Bianchi, desde el tiempo de la rendición de Barcelona. En sus buques había hecho embarcar Bolívar el tesoro de las iglesias de Caracas. Bianchi, al verse en posesión de tanta riqueza, resolvió apropiársela, y se iba a hacer ya a la vela, cuando Bolívar y Mariño, sabedores de su desvergonzada resolución, se trasladaron a su bordo, y a fin de rescatarla, siguieron viaje con él hasta Margarita, abandonando sus soldados en pos de la plata. El comodoro aventurero se prestó a devolverle dos tercios de la plata labrada y de las alhajas, apropiándose el resto en pago de lo que, según él, le debían por la parte de las presas que como corsario había hecho. Además, les cedió generosamente dos buques de la flotilla, para que continuasen la guerra por su cuenta. Los dos dictadores, que tan singular papel representaban, se dirigieron a Costa-Firme, con el resto de su malhadado tesoro. Al desembarcar en Carúpano, la población se amotinó contra ellos (3 de setiembre). Estaban proscriptos. Rivas y Piar se

habían apoderado del mando en jefe, declarándolos desertores cobardes que habían abandonado a sus compañeros en el peligro. Rivas trató con alguna consideración a su antiguo jefe Bolívar, y lo dejó en libertad, aunque degradado, arrestando a Mariño, a tiempo que llegaba Piar con la intención de hacer con Bolívar lo que éste había querido hacer con Miranda en 1812. Felizmente Bianchi, por una caprichosa generosidad de corsario, se presentó en el puerto y con amenazas logró rescatar las personas de los que tan desvergonzadamente había despojado. Bolívar entregó a Rivas la parte del tesoro de que era depositario, y se retiró humillado a Curaçao. Al reembarcarse dio un manifiesto, en el que las consideraciones político-filosóficas se combinaban con las preocupaciones personales. Declarábase instrumento de la fatalidad y de la Providencia para el bien y el mal, desdeñaba responder a las acusaciones que se le hacían, y al apelar al juicio de congreso de Nueva Granada, fiaba al porvenir su defensa. "Entonces sabréis —terminaba diciendo— si he sido indigno de vuestra confianza o si merezco el nombre de Libertador. Yo os juro que este augusto título, que vuestra gratitud me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que Libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir." Bolívar tenía la conciencia de su destino.

Rivas, hombre de acción impulsiva, ambicioso, enérgico y cruel, que había ensangrentado sus laureles exagerando la guerra a muerte, se apoderó del mando en jefe, dominando hasta cierto punto a Piar y Bermúdez; pero los tres juntos no podían reemplazar la acción reguladora de Bolívar. Su decisión fue heroica, pero tenían que sucumbir. Cumaná se pronunció por los realistas (26 de agosto). Morales, después de la batalla de Aragua, dirigióse con 6.500 hombres sobre Maturín, donde se había atrincherado Bermúdez con 18 piezas de artillería, 1.500 hombres de caballería y 250 de infantería. Intimada rendición a la plaza, los republicanos contestan que prefieren la muerte a la esclavitud, y el fuego se rompe por una y otra parte (7 de setiembre). Los sitiados, tomando consejo de la desesperación y fiados en el ímpetu de su caballería, resuelven adoptar la ofensiva, y hacer una vigorosa salida. Contra todas las probabilidades la victoria corona las armas republicanas. Morales fue hecho pedazos, y huyó dejando en el campo como dos mil muertos y otros tantos fusiles. Boves acudió con 2.000 hombres en auxilio de Morales.

El plan de Rivas era concentrarse en Maturín y obrar en masa sobre los realistas. Al efecto, se trasladó allí con una columna de 400 hombres, y en poco tiempo él y Bermúdez consiguieron formar un ejército de 2.200 infantes y 2.500 de caballería bien armados y municionados. Dispuso que Piar, que con 800 hombres manio-

braba sobre la costa, se concentrase también; pero éste, obrando por su cuenta, abrió operaciones aisladas, se dirigió sobre Cumaná, batió su guarnición, y reuniendo hasta 2.000 hombres, resolvió sostenerse allí (setiembre 29). Atacado por Boves en la inmediata sabana del Salado, fue deshecho después de un reñido combate, y todos sus soldados degollados. Boves entró en Cumaná a sangre y fuego, saqueó la población matando a cuantos hombres se encontraban en las calles, en las casas y en las iglesias. Se asegura que las víctimas sacrificadas en esta ocasión, pasaron de mil. Cumaná quedó desierta. Boves, con su ejército considerablemente aumentado, se reunió a Morales que había reorganizado el suyo, y después de algunos combates parciales provocados por los independientes, marcharon sobre Maturín al frente de 7.000 hombres. Los republicanos salieron a su encuentro con fuerzas muy inferiores mandadas por Rivas y Bermúdez. Los dos ejércitos se encontraron en Urica al oeste de Maturín (5 de diciembre). Boves, formado en dos líneas, esperó el ataque. Los republicanos, tomando la iniciativa, y con una impetuosa carga de caballería, rompieron el ala derecha realista. En esta carga, fue muerto Boves de una lanzada. Morales, con su ala izquierda triunfante y la reserva, restableció el combate, y el último ejército de la república quedó anonadado. A nadie se dio cuartel.

Morales fue aclamado general en jefe del "Ejército de Barlovento", nombre con que lo había bautizado su muerto caudillo. Sin pérdida de tiempo marchó sobre la plaza de Maturín, bien fortificada y artillada, pero defendida tan sólo por 600 hombres mal armados. La defensa fue valerosa, haciendo experimentar a los realistas pérdidas considerables; pero este último baluarte de la república cayó también (11 de diciembre). El implacable vencedor pasó a cuchillo hombres, mujeres y niños. Bermúdez pudo escapar con 200 hombres. José Félix Rivas, errante por los campos, cayó en poder de sus enemigos y fue muerto en el acto. Su cabeza, cubierta con el gorro frigio que Rivas usaba como símbolo de la libertad, se colocó en una jaula de hierro en el camino de la Guayra a Caracas, votada a los manes de la sangrienta hetacombe ejecutada en aquel sitio. Según memorias contemporáneas, pasaron de tres mil las víctimas sacrificadas por el feroz Morales en holocausto de su triunfo. La paz del sepulcro reinó en Venezuela.

Tres caudillos populares mantuvieron encendido el fuego de la insurrección en las nacientes y márgenes del Orinoco y sus afluentes. Llamábanse los principales: Pedro Zaraza, José Tadeo Monagas y Manuel Cedeño, nombres que repercutirían más tarde como guerrilleros famosos. En el occidente, todo quedó pacificado después de la derrota de La Puerta. La columna de Urdaneta destacada imprudentemente después de Carabobo, quedó interceptada al ocupar Boves a Valencia. Aunque engrosada hasta el número de

1.000 hombres viose obligada a refugiarse en la frontera de Nueva Granada, activamente perseguida por el cuerpo de ejército de Calzada. Urdaneta desprendió una división de 200 infantes y un cuadro de oficiales de caballería para defender la provincia de Casanare, perteneciente a la Nueva Granada. Este fue el núcleo del famoso ejército republicano del Apure, que debía cambiar los destinos de la revolución de Venezuela, asimilándose las fuerzas populares hasta entonces al servicio de la reacción. Entre los que componían el cuadro de la caballería, contábase un oficial oscuro llamado José Antonio Páez. Era el Aquiles venezolano, destinado a eclipsar las hazañas fabulosas de los héroes de Homero, que hacía su aparición. En Venezuela sólo quedó tremolando el pabellón republicano en la isla de Margarita. Allí se refugiaron Arismendi y Bermúdez con los restos de Maturín.

Capítulo XL

DISOLUCION DE NUEVA GRANADA. — EXPEDICION DE MORILLO. — TERRORISMO COLONIAL

1815-1817

Restablecimiento de la monarquía absoluta en España. — Regreso de Bolívar a Nueva Granada. — Es aprobada su conducta por el congreso de Tunja. — Retirada de Urdaneta. — Bolívar, general en jefe de las tropas de la Unión. — Sometimiento de Nueva Granada. — Expedición de Bolívar al Bajo Magdalena. — Su inacción en Mompox. — Rompe hostilidades con Cartagena. — Funestas consecuencias de la guerra intestina promovida por Bolívar. — Resistencia de Cartagena. — Bolívar entrega los restos de su ejército y se retira a Jamaica. — Publica un manifiesto intempestivo justificándose. — La raza de los silenciosos. — Memoria de Bolívar sobre la organización de la América Meridional. — Expedición de Morillo sobre Costa Firme. — Retrato de Morillo.— Instrucciones de Morillo. — Las tropas indígenas y españolas de los realistas. — Sometimiento de Margarita. — Primeros actos de la administración de Morillo. — Establece el despotismo militar en Venezuela. — Expedición de Morillo contra Cartagena. — Memorable sitio de Cartagena. — Campaña de Calzada contra Nueva Granada. — Desorganización política y militar de Nueva Granada. — Ultimos días de la primera república granadina. — Invasión de Sámano por el sur. — Plan de Pacificación de Morillo. — Pacificación de Bogotá por los realistas. — Sistema terrorista que establece Morillo. — Martirologio revolucionario. — Sueños de Morillo. — Nueva insurrección de Venezuela. — Morillo retorna a Venezuela. — Sámano le sucede en el mando de Bogotá imitando su crueldad. — El suplicio de La Pola. — Sámano virrey de Nueva Granada.

I

La segunda caída de la República de Venezuela coincidió con la del régimen constitucional en la metrópoli. El rey absoluto de España e Indias, después de someter a su autoridad sin ley ni regla a sus vasallos de la Península, ocupóse someter por la fuerza de las armas a sus colonos de ultramar insurreccionados. Con excepción de Nueva Granada y Venezuela, hasta entonces ninguna de las cocolonias panamericanas había declarado su independencia ni proclamado la forma republicana, que por una ficción se gobernaba en nombre del Rey ausente y cautivo, sin perjuicio de hacer

la guerra a los que sostenían su bandera. Natural era que esos dos estados rebeldes llamaran preferentemente la atención del monarca absoluto y de sus ministros. Cuadraba la circunstancia de que en el año anterior (1813), habíase hecho una variación substancial en el régimen administrativo de Costa Firme. Venezuela y Nueva Granada habían sido reunidas en un solo gobierno nominal, y el mando político y militar recayó en el mariscal de campo Francisco Montalvo, con la representación de un virrey. Fue entonces nombrado el bueno aunque poco activo Cajigal, capitán general interino de Venezuela, según antes se dijo, y puesta a sus órdenes la provincia de Maracaibo, pasó el general Miyares a ocupar la capitanía general de Guatemala. Las tropas peninsulares habían hecho un triste papel en la guerra de Venezuela. Las dos restauraciones fueron operadas por los naturales del país, acaudillados por Monteverde, Boves y Morales, quienes miraban con desprecio a los generales españoles que reprobaban sus excesos, y de hecho habíanse substraído a la obediencia de las autoridades legales de la colonia. De aquí que Montalvo mirase de mal ojo la preponderancia de los nativos, que consideraba un peligro y un deshonor, aun cuando estuviesen alistados bajo el pendón real, y por esto había representado a su gobierno la conveniencia y la necesidad de enviar refuerzos de la Península para pacificar ambos reinos. Mientras tanto, las tropas regulares realistas, en posesión de Puerto Cabello, Coro, Maracaibo y Santa Marta sobre la Costa Firme de Sotavento, a órdenes de Cajigal y Ceballos, dominaban el occidente de Venezuela, y en combinación con las fuerzas irregulares de Apure y Barinas, al mando de Calzada, amenazaban invadir la Nueva Granada, después de expulsar la columna de Urdaneta del territorio. En Nueva Granada iba a renovarse o continuarse la guerra, y allí acudió Bolívar con el objeto de tomar parte en ella o buscar nuevos auxilios para reconquistar otra vez a Venezuela.

El congreso de Nueva Granada reunido en Tunja, a quien se presentó para darle cuenta de su gloriosa y desgraciada campaña, aprobó su conducta como era de justicia. El presidente de la Unión, Camilo Torres, le dio las gracias por sus servicios, manifestándole que, aunque se hubiera perdido Venezuela, ella existía en Bolívar, y existía mientras él viviese. Confiósele inmediatamente el mando en jefe de un cuerpo de tropas, de que formaba parte la columna venezolana que Urdaneta había salvado en su retirada, y se le ordenó que al frente de 1.800 hombres marchase a someter a Cundinamarca, que aún mantenía alzado el pendón de la resistencia contra el gobierno federal. Como se recordará, Mariño, al emprender su campaña del sur, que tan desgraciado fin tuvo en Pasto, había delegado la dictadura en su tío Manuel Bernardo Alvarez, quien, tan centralista y localista como su sobrino, resultó ser más obstinado que él en su sistema de aislamiento. En presen-

cia de los peligros de la república, atacada al sur por la reacción de Quito triunfante, al oriente por los ejércitos realistas dueños de Venezuela, y con la amenaza de una nueva expedición española, el congreso había dado una nueva organización al gobierno de la Unión, constituyendo bajo el régimen federal una junta suprema, que fue reconocida por todas las provincias, con excepción de Cartagena que ofreció dificultades, y Cundinamarca que resistió abiertamente a someterse a ninguna autoridad que no fuese unitaria. Santa Fe de Bogotá era el centro de los recursos, y allí estaban los grandes depósitos de pertrechos de guerra de la república. Bolívar fue, pues, encargado de hacer entrar por la fuerza a Cundinamarca en la confederación.

La campaña contra Santa Fe fue activamente conducida por Bolívar. Todos los pueblos de Cundinamarca se pronunciaron por el congreso así que el Libertador pisó su territorio. El dictador Alvarez quedó reducido a la capital de Santa Fe, donde se fortificó, resuelto a resistir a todo trance. Intimado el sometimiento a nombre de las leyes supremas de la república, y desoído este llamamiento a la unión, Bolívar puso sitio a la ciudad, y después de algunos combates vigorosamente llevados, redujo a los sitiados al recinto de la plaza mayor, cortándoles el agua. El dictador Alvarez capituló. Cundinamarca se uniformó con las demás provincias (12 de diciembre de 1814). Bolívar fue nombrado capitán general de la confederación, título no dispensado hasta entonces a ningún otro. El congreso se trasladó a la ciudad de Santa Fe. La república tuvo por la primera vez una capital, y su gobierno adquirió más vigor y respetabilidad. El congreso, que había autorizado a Bolívar a conservar el título de Libertador, le otorgó el de "Ilustre Pacificador." El héroe no podía perder la ocasión de hacer un discurso para hablar de sí con jactancia y con entusiasmo de sus ideales, manifestando sus planes como libertador: "Por dos veces el desplome de la República de Venezuela, mi patria, me ha obligado a buscar un asilo en la Nueva Granada, que por dos veces he contribuido a salvar. Pagué con mis servicios su hospitalidad. La guerra civil ha terminado. Este ejército pasará con una mano bienhechora rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio a todos los americanos que haya en el norte y sur de la América Meridonal".

II

El nuevo plan de Bolívar consistía en abrir operaciones por la línea del Bajo Magdalena, atacar a Santa Marta y posesionarse de Coro, abriendo otra campaña por el occidente de Venezuela, para operar por segunda vez su reconquista. El gobierno de la Unión puso al efecto a sus órdenes tres batallones de infantería

y un escuadrón de caballería, que sumaban 2.000 hombres. Este ejército debía ser provisto de armas y municiones en Cartagena, donde existía el gran parque de la república. Dominaba en esta provincia confederada el coronel Castillo, quien, movido por sus antiguos resentimientos con el Libertador, y por los emigrados venezolanos que allí se habían refugiado (entre ellos Mariño y Mariano Montilla, quien desde esta época se declaró enemigo de Bolívar), se puso en pugna con el general expedicionario, negándole los auxilios que reclamaba. Bolívar estableció su cuartel general en el pintoresco pueblo de Mompox sobre la margen occidental del Alto Magdalena (principios de febrero). Allí permaneció en la inacción, disipando su tiempo en festines, en organizar una guardia de honor de las tres armas para custodia de su persona y en oscuras conspiraciones para cambiar la situación política de la provincia de Cartagena, movido a su vez por su enemistad con Castillo. La desmoralización se introdujo en sus filas, la deserción y las enfermedades redujeron sus tropas a la mitad, su caja militar se agotó y últimamente optó por el peor de los partidos.

Bolívar, en vez de extender su línea sobre el Magdalena, se decidió a abrir hostilidades sobre Cartagena, provocando la guerra civil. Fue un delito y una falta. El enemigo, que amagaba su flanco y su retaguardia, ocupó inmediatamente a Mompox, llave del gran valle. La comunicación fluvial entre el Alto y Bajo Magdalena quedó interceptada. Este movimiento ofensivo obligó a Cartagena a abandonar la defensa del Bajo Magdalena. Al llegar a Cartagena, estaba perdido. La población en masa habíase sublevado contra él y preparado a la defensa, infeccionando hasta los pozos de las cercanías en que podía proveerse de agua. Cartagena era la primera plaza de América, y estaba artillada con ochenta piezas de grueso calibre. No obstante, le puso sitio, y pretendió rendirla a viva fuerza, con sólo una pieza de artillería. ¡Había perdido la cabeza! Después de algunas negociaciones malogradas y criminales combates en presencia del enemigo común, las enfermedades acabaron de diezmar sus tropas y hacer insostenible su posición. En estos momentos precisamente una fuerte expedición española conducida por una poderosa escuadra, desembarcaba a Barlovento de Costa Firme y amenazaba a Nueva Granada por la espalda en toda su frontera oriental. El Libertador, afectando hacer un gran sacrificio en obsequio de la paz interna por él comprometida, firmó un convenio con su competidor Castillo, poniendo a su disposición las reliquias de su destruido ejército anarquizado, y despidióse de sus compañeros de armas en una proclama sentimental, en que deploraba no participar de los imaginarios triunfos que les esperaban (mayo 8). Al alejarse, lanzó su último dardo, que se volvió contra él: "Cartagena prefiere su propia destrucción al deber de obedecer al gobierno federal." El también había preferido su destrucción al

cumplimiento de su deber e inoculado un nuevo germen de disolución a la república granadina.

Bolívar tenía el talento de la palabra escrita y hablada, pero no pertenecía como San Martín a la raza de los grandes silenciosos, que sólo hablan para acompañar la verdad o reforzar la acción con la palabra, y que, como se ha dicho, son la sal de la tierra. Un grande hombre de acción y de palabra poderosa, desterrado a la sazón (1815), como él, en una isla, decía: "Nadie debe hablar ni quejarse, cuando no tenga en vista un resultado que conduzca a algo que pueda hacerse. Cuando nada se puede hacer, se calla." Emigrado en la Jamaica, escribió allí una exposición llena de recriminaciones, en que, sin justificarse de los graves cargos que sobre él pesaban, hizo su propio proceso. Mejor inspirado, publicó poco después bajo el pseudónimo de "Un americano meridional", una bien elaborada memoria sobre la revolución hispanoamericana, y sobre la organización futura de las nuevas repúblicas en germen, que es la refutación del quimérico plan de monocracia continental que pretendió ensayar más tarde. "La América computa —decía— la creación de diecisiete naciones, no puedo persuadirme de que el nuevo mundo sea por el momento regido por una gran república, y como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo monarquía universal de la América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al nuevo mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos, las luces y virtudes de todos los hombres. Sería un coloso deforme que su propio peso desplomaría a la menor convulsión." La única excepción que hacía en esta distribución de autonomías democráticas, era una idea que había enunciado antes y que lo ocupaba desde entonces: "La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llega a convenirse en forma una república central. Esta nación se llamará Colombia." Visión del destino.

III

La gran expedición española de que antes se hizo mención, avistó la costa de Cumaná en los primeros días de abril, precisamente en los días en que Bolívar declaraba de hecho la guerra a Cartagena. Componíanla una escuadra de veinticinco buques, de los cuales un navío y tres fragatas, que convoyaban sesenta transportes con 10.600 hombres de desembarco, y un tren de artillería de batir como para atacar una plaza de segundo orden. Era el más grande esfuerzo que hasta entonces hubiese hecho la metrópoli para dominar la insurrección sudamericana, y sería el último. El ejér-

cito expedicionario constaba de seis regimientos y un batallón de infantería, dos regimientos de caballería, un escuadrón de artillería volante, y algunas compañías de artilleros de a pie, zapadores y obreros, pertenecientes a los mejores cuerpos que habían hecho la guerra de la península contra las armas de Napoleón, y formádose en la escuela de Wéllington. A su frente estaba el mariscal de campo Pablo Morillo, el mejor general que tenía entonces la España. Desde la clase de sargento de marina habíase elevado por su valor hasta el puesto que ocupaba, desenvolviendo su energía nativa en la sangrienta escuela de las guerrillas españolas, y completado su educación práctica en los grandes ejércitos anglohispanos. No era ciertamente un genio militar, muy lejos de eso, ni tenía cultura; pero estaba dotado de un talento natural, era un buen peleador, popular entre los soldados, firme en el mando y tenaz en sus empresas. En lo moral era un hombre imperioso y frío, cruel por sistema más que por inclinación, con arranques espontáneos de franqueza y aun de generosidad intermitente, pero desconfiado y sujeto a accesos de ira que lo ponían fuera de sí. No conocía el país ni tenía más plan que el que le trazaban sus instrucciones, las que evidenciaban tanta ignorancia respecto del estado de la América Meridional, como desprecio encubierto por la canalla sudamericana, sentimiento de que él participaba.

Esta expedición había sido destinada en un principio al Río de la Plata, como se ha apuntado antes en esta historia, pero la noticia de la pérdida de Montevideo en 1814, que le privaba de un punto de apoyo indispensable en las costas hizo variar su destino, encaminándola a Costa Firme. La razón fundamental que aconsejó esta variación, fue pacificar la parte norte del continente meridional, considerando el istmo de Panamá como llave de ambas Américas y punto de más fácil comunicación entre los dos océanos, para combinar operaciones en las colonias y obrar con más eficacia sobre la parte sur insurreccionada. Al efecto, se dirigió simultáneamente otra expedición de 2.500 hombres al mando del general Miyares, que por este mismo tiempo desembarcó en Veracruz, y cuyo objeto era dominar todo el istmo hasta darse la mano con la de Costa Firme. La parte de este vasto plan encomendada a Morillo, era dominar toda la Costa Firme desde Guayana hasta el Darién, someter ante todo la isla de Margarita, apoderarse de la plaza de Cartagena, subyugar la Nueva Granada después de consolidar el orden en Venezuela, abriendo comunicaciones con Quito para obrar sobre el Perú. Tan fácil se consideraba la realización de este plan, que, dándolo todo por hecho, se prevenía al general enviar al Perú y a Méjico todas las tropas que resultasen sobrantes en el teatro de sus operaciones en el curso del año de 1815. Tan vasto como era este plan, que importaba la pacificación de toda la América Meridional desde Méjico hasta el cabo de Hornos, él se realizó en todos

sus puntos en el término señalado, quedando subyugadas de nuevo todas las colonias insurreccionadas, con excepción de las provincias del Río de la Plata, a donde se destinara en un principio la expedición.

En otro sentido, las instrucciones estaban concebidas en un espíritu benévolo hacia los americanos, aunque llenas de desconfianzas y revelando en el fondo un gran menosprecio hacia los criollos, fueran realistas o independientes. Las atrocidades cometidas bajo el pendón del Rey, eran condenadas sin recriminación, y se inspiraban en los informes de Cajigal más que en los bárbaros ejemplos de Boves y Morales. "La conducta que se ha de seguir —decíase en ellas— con los caudillos que tengan fuerza y opinión, no puede detallarse, y el general en jefe podrá aprovechar las circunstancias negociando el partido más ventajoso y decente a las armas del Rey; debiendo desaparecer toda idea que no contribuya a asegurar la felicidad de los vasallos de S. M. en aquellas regiones." Y agregaba en otro artículo: "En un país donde desgraciadamente están el asesinato y el pillaje organizados, conviene sacar las tropas y jefes que hayan hecho allí la guerra, y aquellos que, como algunos de nuestras partidas, han aprovechado los nombres del Rey y patria para sus fines particulares cometiendo horrores. Debe separarlos, etcétera." Pero estas prevenciones teóricas, que no eran sino una máscara como luego se vio, quedaban anuladas por el hecho de facultarlo ampliamente para alterar en todo o en parte sus instrucciones, y suprimir hasta los tribunales de justicia. De este modo queda todo librado a merced del pacificador.

El primer hombre del nuevo mundo con quien habló Morillo, fue Morales. Después de la destrucción de Maturín había quedado dueño de todo el oriente de Venezuela y dominaba con 5.000 hombres el interior del país y toda la costa de Cumaná. Para asegurar este dominio había formado una escuadrilla de 22 buquecillos armados en guerra, con que se proponía atacar la isla de Margarita, cuando la expedición llegó a Costa Firme. Al efecto, en tres de sus bergantines tenía embarcada una división de infantería con la que fue en persona a ponerse a órdenes del general expedicionario. Uno de los jefes que formaban parte de la expedición, y que sería más tarde el historiador de las armas españolas en la guerra sudamericana, ha pintado al natural el extraño aspecto de las tropas indígenas que habían hecho triunfar la causa del Rey, consignando sus impresiones con previsiones de largo alcance. "Cuando los soldados europeos vieron entre los buques de la expedición los pequeños barcos que conducían como 800 hombres de Morales, naturales todos de Costa Firme, muy morenos y sin otro vestuario los más que un sombrero redondo de paja y una canana pendiente de un taparrabo, no hay términos con qué pintar la sorpresa que recibieron a la vista de un espectáculo tan nuevo para ellos. Eran

aquellos los vencedores, y nuestros europeos, llevados de la apariencia, incidieron en el grave error de concebir por los vencidos la idea más despreciable, lo que no ha dejado de ser por desgracia harto general en otros puntos de América, y sin duda funesta en todo. Venezuela y Caracas se perdieron después que llegaron allí tropas europeas de la mejor calidad y bien mandadas."

IV

De conformidad con sus instrucciones, Morillo se dirigió a Margarita con todo su ejército, reforzado por 3.000 hombres de las tropas de Morales embarcados en la escuadrilla venezolana. La posesión de esta isla era de la mayor importancia para la pacificación de Costa Firme. Era el talón vulnerable de Venezuela. Asilo de los corsarios que hostilizaban el comercio español en el mar de las Antillas, en comunicación libre con el exterior, a inmediación de la costa de Paria y con una población insurreccionada apta para la guerra marítima y terrestre, la isla de Margarita era un peligro para los realistas y una esperanza para los independientes. Por uno de los buques del convoy apresado por los margariteños, los patriotas de la isla tenían conocimiento de la importancia de la expedición. Bermúdez, que con los restos escapados en Maturín se hallaba aún allí, fue de opinión de resistir a todo trance: pero, no siendo apoyado en su resolución se dirigió a Cartagena. Arismendi hizo su sumisión, y fue benévolamente tratado por el general español, quien le recibió a su mesa, pareciendo olvidar que había sido el verdugo de ochocientos españoles cruelmente ejecutados por él. El vencedor tomó pacífica posesión de la isla (9 de abril de 1815), y expidió una proclama ofreciendo amnistía a los insurgentes que se presentaran, promesa que fue cumplida, con excepción de quince que se presentaron a Morales, que fueron asesinados. La rendición de Margarita fue señalada por el incendio del navío *San Pedro,* el buque de más poder de la escuadra, en que se perdió la caja militar y considerables equipos y pertrechos de guerra. Era el primer triunfo y el primer contraste de la expedición.

Precedido por la fama de su generosa conducta en Margarita, llegó el pacificador a Caracas, donde fue recibido por una opinión que ansiaba por el descanso después de tantas y tan dolorosas agitaciones (11 de mayo de 1815). Su conducta posterior burló estas esperanzas. Su primer acto fue la imposición de un empréstito forzoso, bajo el pretexto de la pérdida de los caudales de la expedición en el navío *San Pedro.* Restableció el sistema del secuestro de las propiedades, que se hizo extensivo no sólo a los que habían tomado parte en la revolución, sino también a los ausentes y a los sospechosos, medida que se ejecutó con todo rigor, y dio por resul-

tado la ruina de los últimos restos de la fortuna particular de los venezolanos. Cajigal y Ceballos, hombres moderados que podían templar el rigor de estas medidas, fueron al fin alejados. Para mandar a Venezuela, nombróse al brigadier Salvador Moxó, hombre cruel y rapaz, que restablecería el régimen del terror de Monteverde, y aunque con menos crueldad, la guerra de exterminio de Boves y Morales. Suprimióse la audiencia y todos los tribunales civiles, estableciéndose consejos y comisiones de guerra para juzgar los delitos políticos y administrar todo lo concerniente al país conquistado. Venezuela quedó sometida al más crudo despotismo militar.

Morillo contaba a la sazón con un ejército de más de 16.000 hombres incluyendo las tropas indígenas, y ocupóse en dar a sus fuerzas una distribución conveniente. Remitió a Puerto Rico un batallón de cazadores. Despachó en auxilio del Perú, por el istmo de Panamá, la cuarta división del ejército expedicionario, fuerte de 1.700 hombres, compuesta del regimiento de infantería Extremadura, dos escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros y zapadores, de la que formaban parte el coronel Mariano Ricafort y los comandantes Baldomero Espartero, Vicente Sardina y Andrés García Camba, que se harían famosos en la guerra del Pacífico. El resto lo dividió en tres cuerpos de ejército. Destinó tres mil hombres a la ocupación de Venezuela, estableciendo guarniciones de 800 y 1.000 en Margarita, Cumaná, Barcelona, Caracas y Calabozo. Reorganizó y reforzó la división de Calzada en Barinas con contingentes europeos, a fin de concurrir por tierra a las operaciones que preparaba contra Nueva Granada. Con el resto de su ejército disponible, que alcanzaba a 5.000 europeos y 3.500 naturales de las fuerzas de Morales mandadas por éste, dirigióse por mar con cincuenta y seis velas a la costa de Sotavento, para emprender la restauración de Nueva Granada, empezando por el dominio de la plaza fuerte de Cartagena (12 de julio de 1815). La traslación de las tropas nativas que habían operado la restauración realista en Venezuela, respondía a la política prescripta al general en sus instrucciones. Esta medida y el desprecio con que fueron tratados por los europeos, introdujeron el descontento en sus filas. Más de mil llaneros desertaron al tiempo de embarcarse, y despertado en ellos el instinto nativo, se decidieron por la causa de la independencia, de que habían sido azote y de que serían los más esforzados campeones.

V

Morillo desembarcó en Santa Marta con la resolución de apoderarse de Cartagena, para cerrar así la única puerta de comunicación de Nueva Granada con el exterior. La plaza se había preparado a la defensa, aunque sumamente debilitada por la reciente guerra intestina. Carecía de armas, de numerario, de tropas suficientes para cubrir su vasto recinto, de los víveres necesarios para sostener un sitio, no podía contar con el apoyo del gobierno de la Unión y ni siquiera con la esperanza de un ejército de socorro. Estaba aislada por mar y por tierra. Sin embargo, decidióse por la resistencia a todo trance. Mandó talar los alrededores tres leguas a la redonda, dispuso que los habitantes de la campaña se refugiaran en los bosques, ordenó la reconcentración de las tropas regladas que se hallaban fuera de murallas, organizó una escuadrilla para defensa de la bahía, montó sesenta cañones a más de los ochenta y cuatro que tenía en batería, y se proclamó la ley marcial. Ordenóse un alistamiento general de todos los hombres en estado de llevar armas desde la edad de dieciséis a cincuenta años, reuniéndose 3.600 soldados, de los cuales 1.300 de línea, correspondiendo el pico de 300 a los restos del ejército que Bolívar había sacado de Santa Fe. Castillo era el jefe de las armas, y Mariano Montilla fue nombrado mayor general. En esta actitud esperó el ataque que le iba.

Cartagena era entonces la primera plaza fuerte de América. Tomada en 1697 por los franceses mandados por el almirante de Pointis, había rechazado triunfalmente el ataque de una poderosa escuadra inglesa con 9.000 hombres de desembarco a órdenes del almirante Vernon. La España había concentrado allí todo su poder ofensivo, combinando las obras de arte con los obstáculos naturales. Cartagena era una especie de Venecia militar. Edificada sobre un promontorio de arena batido por el mar, rodeada de canales y dividida de la tierra firme por pantanos, es una península que puede considerarse como una isla. La ciudad está dividida en dos partes: la que propiamente se llama Cartagena, sobre la orilla del mar que baten las aguas del golfo de Méjico por el noroeste, y el arrabal de Getzemaní al oeste. Ambos barrios se comunican por un puente fortificado, tendido sobre un ancho foso o canal, cuyas dos bocas están cerradas por fuertes estacadas. Getzemaní comunica a su vez por otro puente como el anterior, que lo liga con las posiciones dominantes de la tierra firme. Toda la ciudad estaba circundada por altas y fuertes murallas bastionadas. Al oriente de Getzemaní, sobre la tierra firme y como a 700 metros de distancia, hallábase situada una elevada colina coronada por un fuerte cas-

tillo llamado de San Lázaro que dominaba con sus fuegos los dos barrios, el cual a su vez estaba dominado al norte por el cerro fortificado de La Popa, que descubre todo el horizonte y defendía todos los aproches por la parte del campo. La isla o península de Cartagena, inabordable por la parte del mar y muy difícil de atacar por tierra, sólo era accesible por su bahía que se desarrolla de norte a sur en una extensión de 1.300 kilómetros, dentro de la cual las islas y costas que la circundan, dibujan varias ensenadas que comunican entre sí por bocas estrechas o canales. Hacia el sur y a lo largo de la costa exterior del golfo, se prolonga una gran isla que se llama Tierra Bomba, a que sigue otra isla fronteriza denominada de Barú, separada de la tierra firme por un canal — o "caño" como dicen en el país —, que lleva el nombre de Pasacaballos. Estas islas y el contorno de la costa interior, forman la gran bahía de Cartagena. La bahía sólo tiene dos entradas marítimas: la llamada Boca Grande, que da acceso a la parte norte de ella, por donde penetró el almirante Vernon en 1741 y que desde entonces mandó cerrar el gobierno español, y la Boca Chica al sur, defendida por dos castillos, y algunas baterías de costa. En su interior se subdivide en cuatro ensenadas: las dos que corresponden a las bocas Grande y Chica, y dos que yacen al pie de las fortificaciones del sur, cuyas estrechas gargantas estaban defendidas por fuertes que cruzaban sus fuegos combinados con los de las cortinas y bastiones de la plaza de Tescas, que comunica con la plaza por canales de bajo fondo. Una escuadrilla, compuesta de una corbeta, siete goletas y algunas balandras pertenecientes en su mayor parte a corsarios y tripuladas por ellos, dominaba las aguas de la bahía y defendía sus dos entradas, manteniendo la comunicación entre los castillos de Boca Chica y la plaza. La boca interior del canal o caño de Pasacaballos, así como la laguna de Tescas, estaban defendidas por una flotilla sutil de bongos armados en guerra, tripulados por los cartageneros, que son excelentes marinos formados en la escuela de la pesca. Tal era el antemural de la Nueva Granada que iba a atacar el ejército español.

El general español dispuso que Morales con sus 3.500 venezolanos, marchase por tierra, atravesase el Magdalena y estableciera el bloqueo terrestre, mientras él con el resto de su ejército, reforzado por las milicias de Santa Marta, se dirigía por mar, a fin de bloquear el puerto y estrechar el sitio, como lo verificó (18 de agosto). La división de Morales ocupó el circuito interior de la bahía hacia la parte norte, ocupando la isla Barú, y por varias veces intentó forzar una batería en Pasacaballos; pero la flotilla de bongos que defendía la boca del canal, se lo impidió, y le hizo desistir de su empeño. El grueso de las fuerzas se limitó a mantener el asedio. El plan de Morillo era rendir por hambre a la ciudad. Una comunicación (de 7 de setiembre) interceptada a los

sitiados, le había hecho saber positivamente, que la plaza no contaba con víveres ni aun para cuarenta días, incluyendo los caballos, mulas, burros y perro, y que las tropas de pelea para la defensa no pasaban de mil.

VI

Los cartageneros no desmayaban a pesar de todo. Descontentos con Castillo que conducía con debilidad la resistencia, lo depusieron, nombrando al general venezolano Bermúdez jefe de las armas, que no se mostró más capaz que su antecesor. A los sesenta días de sitio, la peste empezó a diezmar la población, y los víveres escasearon a tal punto que hubo que apelar a los ratones para alimentarse. A pesar de esto, nadie hablaba de rendirse. Morillo, que en sus *Memorias* hace alarde de generosidad por no haber bombardeado la ciudad, mientras esperaba reducirla por hambre, ensayó al fin este medio de hostilidad (25 de octubre), que no le dio más resultado que matar algunos niños y mujeres. Al mismo tiempo la disentería y las fiebres diezmaban el ejército sitiador, y más de tres mil seiscientos enfermos llenaban sus hospitales. Las copiosas lluvias de la estación hacían muy penosa la estancia de las tropas en el campo sitiador, y las tempestades del golfo, muy contingente el bloque por la escuadra española, a lo largo de una extensa costa, sin puerto de refugio, pues la bahía le estaba cerrada. En tal situación, Morillo proyectó apoderarse de la laguna Tescas, a fin de introducir artillería por la parte del norte y batir con más eficacia la plaza desde tierra; pero la flotilla de bongos que la defendía, había cerrado con una estacada la boca que comunica con el mar, y rechazó vigorosamente dos ataques sucesivos que le llevaron los realistas. En los primeros días de noviembre, sitiados y sitiadores mantenían con tesón sus respectivas posiciones.

El general español, sabedor de que la guarnición de la plaza había disminuido considerablemente, determinó estrechar el asedio. Al efecto ordenó un ataque simultáneo sobre La Popa y sobre Tierra Bomba. El ataque sobre La Popa, llevado por 800 hombres, fue rechazado por el comandante venezolano Carlos Soublette al frente de 130 soldados, marcando con este hecho su aparición en la historia (11 de noviembre de 1815). El ataque sobre Tierra Bomba, llevado por Morales con una división de bongos y barcas armados en guerra, fue rechazado en los primeros dos días por la flotilla de la plaza, pero en el tercero viose ésta obligada a replegarse a la ensenada interior al amparo de los fuegos de las murallas (13 de noviembre). Los enemigos, que habían establecido una batería sobre la costa interior de tierra firme, construyeron otras en Tierra Bomba, que cruzando sus fuegos, dominaban la gran

bahía. Con la pérdida del punto de Tierra Bomba quedaron aislados los castillos que defendían Boca Chica, y la plaza se halló privada del recurso de la pesca que se hacía por esta parte, que como antes se explicó, es la prolongación de la península en que está asentada Cartagena y separa las aguas de la bahía de las del golfo. Morales pretendió entonces apoderarse de uno de los castillos de Boca Chica, defendidos por poco más de 200 hombres, al mando del coronel francés Ducoudray-Holstein, pero fue rechazado con pérdida considerable. Los españoles quedaron así dominando con sus fuerzas sutiles la gran bahía, pero sin poder penetrar a ella su escuadra.

La resistencia había tocado los últimos límites. Se habían comido hasta los cueros que existían en la plaza. El hambre y la peste reinaban en la ciudad. Los centinelas al tiempo de ser relevados, se encontraban muertos en sus puestos. Empero, nadie hablaba de rendirse. Como último recurso resolvióse hacer salir dos mil bocas inútiles, inválidos, niños y mujeres. Los padres y los maridos se despidieron de sus hijos y sus esposas, que entregaban a la piedad del enemigo, permaneciendo en sus puestos de combate. Fue aquella una emigración de espectros ambulantes, de la que sólo una tercera parte —el resto murió en el camino— tuvo fuerzas para alcanzar hasta los puestos avanzados de los sitiadores. Los españoles trataron con generosidad a los expulsados. El general español dijo, y con razón, que, conforme a las leyes de la guerra, podía hacerlos retornar inmediatamente a la plaza, pero que, movido por sentimientos de humanidad, no lo hacía. Hasta entonces Morillo no había hecho derramar sangre sino en los combates, y podía creerse en la sinceridad de su palabra; empero, su proceder obedecía a un cálculo. Dirigióse a las autoridades de Cartagena, diciéndoles con tal motivo: "He preferido escuchar el grito de la humanidad, y he querido otorgar una tregua a esos desgraciados habitantes, como término a los males que los afligen. La defensa toca a su fin, y ni aun entre los bárbaros se sacrifica inútilmente a una población entera. Elija el gobierno de Cartagena: o recibir de nuevo las familias que la necesidad ha hecho salir de la plaza, o rendirse en el término de tres días, con la seguridad de que la clemencia del Rey no tiene límites."

Una vela que apareció en el horizonte, y que se creía portadora de víveres, alimentó por algunas horas la esperanza de los sitiados. La vela desapareció en el horizonte y con ella la última esperanza. El 4 de diciembre, día de la intimación de Morillo, murieron trescientas personas de hambre en las calles. Pero todavía los sitiados no hablaban de rendirse. Era empero humanamente imposible prolongar la resistencia. Pero nadie habló de entregarse. Resolvióse la evacuación de la plaza a todo evento, antes que rendirse o capitular. En la noche del 5 de diciembre se clavaron los

cañones de La Popa y el castillo de San Lázaro. Al amanecer del día siguiente estaban embarcados a bordo de la escuadrilla compuesta de trece buques, con dos mil emigrados, últimos restos de la heroica población de Cartagena. Los enemigos, observando sus movimientos, habían establecido cuatro baterías que cruzaban sus fuegos sobre la bahía y una línea de veintidós lanchas cañoneras que cerraban el paso. La escuadrilla rompió la línea bajo el fuego de las baterías, con alguna pérdida; tomó a su paso la guarnición de Boca Chica, después de clavar los cañones de los castillos, y en la noche del 7, cuando iba a cumplirse el plazo dado por Morillo, el convoy se hizo a la mar, y atravesó por en medio de la escuadra española bajo un recio temporal que lo dispersó.

Así terminó el sitio de Cartagena en 1815, uno de los hechos más memorables de la lucha por la independencia americana. Morillo, en vez de una ciudad, ocupó un hospital de moribundos y un cementerio con montones de cadáveres hacinados en sus calles (6 de diciembre). La atmósfera estaba corrompida. El sitio había durado ciento ocho días. Se calcula en seis mil almas el número de muertos en la plaza por el hambre y las enfermedades, sin contar los muertos en los combates. El ejército sitiador perdió cerca de tres mil quinientos hombres. El triunfo de los realistas fue coronado por un acto de barbarie. Morales ocupó los castillos de Boca Chica. Dio una proclama ofreciendo amnistía a los que se presentasen. Confiados en esta promesa, presentáronse, en número de cuatrocientos, los ancianos, las mujeres, los niños y algunos pescadores que habían quedado ocultos en los bosques de Tierra Bomba. El bárbaro Morales los hizo degollar a todos en la ribera del mar. Morillo fue relativamente más humano. Limitóse a hacer condenar a muerte y suspender de la horca al general Castillo, que había quedado oculto, y seis ciudadanos notables que confiaron en su decantada clemencia, entre los que se contaba el célebre José María García Toledo, principal promotor de la revolución de Cartagena en 1810, y que, al tiempo de establecerse el sitio, había incendiado él mismo sus propiedades en los alrededores para que no sirvieran al enemigo. Al mismo tiempo se restableció el tribunal de la inquisición en Cartagena.

VII

Mientras Morillo sitiaba Cartagena, la división de Calzada situada en Barinas, que debía obrar en combinación con su ejército para subyugar la Nueva Granada, había iniciado sus operaciones. Como los llanos de Casanare estuviesen a la sazón dominados por la caballería republicana, Calzada se dirigió allí, a fin de despejar su flanco y asegurar su retaguardia; pero fue batido en

un primer encuentro de vanguardia (31 de octubre). Desistiendo de esta empresa, dirigióse a Cúcuta y atravesó la cordillera, penetrando al territorio de Nueva Granada con 1.800 fusileros aguerridos y 500 jinetes. Las tropas de la Unión, que intentaron contener la marcha de Calzada, batidas en varios encuentros, fueron completamente deshechas en Balaga sobre el río Chitagá (25 de noviembre). Calzada ocupó Pamplona, donde encontró tendidos en sus calles los cadáveres de algunos españoles europeos que los patriotas mataron bárbaramente al tiempo de evacuarla.

Una división de 500 hombres que al mando del coronel Francisco de Paula Santander se hallaba en Ocaña y marchaba en auxilio de Cartagena, quedó cortada por la invasión de Calzada, y emprendió su retirada, reuniéndose con los derrotados de Chitagá al norte de Pamplona. De este modo, el jefe realista penetró en el corazón de la Nueva Granada, interceptó las comunicaciones entre Santa Fe y Cartagena y se dio la mano con el ejército de Morillo, recibiendo auxilios de Maracaibo.

En tan angustiosa situación, el congreso granadino dio nueva organización al poder ejecutivo de la Unión, a fin de hacer frente a los peligros que amenazaban a la república. Camilo Torres fue encargado de la presidencia con facultades extraordinarias, hasta para capitular con los españoles, adjuntándole como vicepresidente a Turices, quien como dictador de Cartagena había dado pruebas de energía. El nuevo presidente declaró que la república se encontraba expirante y que él no se hallaba con fuerzas para salvarla; pero aceptó al fin el sacrificio. Formóse entonces un ejército de 2.500 hombres bisoños, para hacer frente a Calzada, y éste se vio obligado a replegarse hacia Ocaña, sufriendo un contraste en su retaguardia (8 de febrero de 1816). Reforzado Calzada con 300 cazadores, reaccionó vigorosamente y atacó a los republicanos en la posición atrincherada del Páramo de Cacharí, a tres jornadas al sur de Ocaña, y después de dos días de combate los derrotó completamente, haciéndoles 300 muertos y tomando 300 prisioneros (22 de febrero). Calzada ocupó sin oposición todas las provincias de Pamplona, Socorro y Antioquía. La Capital estaba indefensa. La noticia de la derrota del último ejército de la Unión llegó a Bogotá justamente con la de la pérdida de Cartagena. Camilo Torres, a quien se hacía responsable de estos contrastes, sin esperanzas de poder salvar la república, renunció la presidencia. Fue nombrado para sucederle el doctor en medicina y leyes José Fernández Madrid, hombre de ciencia, poeta de algún mérito y publicista radical que se había señalado en los congresos por la exageración teórica de sus medidas revolucionarias. Puesto a prueba en la práctica, declaró como su predecesor, que no era el hombre que el congreso buscaba para salvar la república, pero que aceptaba por la fuerza la tarea que se le imponía, sin responder de sus resul-

tados. Llamó a los que voluntariamente quisiesen seguirle, y sólo seis hombres se presentaron.

Una reacción se había operado en la Nueva Granada. Los unionistas de Cundinamarca, sometidos por la fuerza de las armas, habíanse convertido por despecho en realistas. El resto del país, fatigado de la fuerza, aspiraba como en Venezuela al descanso y suspiraba por el antiguo régimen. Las fuerzas morales y militares de la nación estaban agotadas, y la república granadina estaba en plena disolución. En tal situación, Fernández Madrid, autorizado por el congreso, abrió negociaciones con Morillo. El congreso se disolvió poco después. El presidente se replegó al sur con los restos de las tropas de la Unión las que, reunidas con las que defendían el valle de Cauca de Popayán, fueron al fin completamente destruidas hasta el último hombre por los realistas que avanzaban desde Quito a órdenes del general Sámano.

Un sacrificio heroico, que salvó el honor de las armas republicanas, señaló la derrota final de Nueva Granada. La división de Popayán, en número de 700 veteranos probados, aclamó por su jefe al comandante Liborio Mejía, y en una junta de guerra intimaron al presidente que moriría el que hablase de capitular, a lo que Fernández Madrid, respondió presentando su pecho, que tal era también su dictamen. Reanimados los últimos soldados de la Unión por la energía de Mejía, resolvieron atacar la división de Quito, fuerte de 1.000 hombres de buenas tropas, que se habían fortificado en la cuchilla del Tambo, a 31 kilómetros al sur de Popayán. En el primer empuje la caballería realista fue derrotada, y Sámano viose obligado a encerrarse en sus trincheras. Los republicanos se empeñaron en arrebatar por asalto la posición, pero rechazados con pérdida de su artillería, dejaron en el campo 250 cadáveres y en poder del enemigo 300 prisioneros, escapando Mejía con sólo 40 heridos (21 de junio de 1816). Reunidas las últimas reliquias de la división del Sur con los restos del ejército de la capital que Fernández Madrid había sacado de Bogotá, que en su totalidad alcanzaban a 160 hombres, se atrincheraron sin esperanza de triunfar en el puente del río de la Plata, al norte de Popayán, ocupando su cabeza, bajo las órdenes del coronel Pedro Monsalve. Atacados por una columna de 400 hombres, pelearon desde las 12 del día hasta el anochecer. Rotos por el frente y tomados por la espalda, todos fueron muertos y prisioneros (10 de julio). Mejía fue de los últimos en abandonar el campo de batalla, y quedó prisionero. Así cayó la última bandera granadina con sus últimos soldados.

VIII

Rendido el antemural de Nueva Granada y ocupadas sus provincias centrales por Calzada, Morillo se movió de Cartagena, dejando la plaza guarnecida por 2.600 hombres a órdenes del virrey Montalvo. El resto de su disminuido ejército lo dividió en cuatro columnas ligeras, para tomar posesión del país. La principal de ellas, al mando del general Miguel de La Torre, ascendió el valle del Magdalena, y reunida con la de Calzada en Leyva, ocupó la capital de Santa Fe de Bogotá, al frente de 4.000 hombres. sin necesidad de disparar un tiro. Con la reserva situóse el general en jefe en Ocaña. Allí le alcanzó la noticia de que Venezuela se conmovía de nuevo, que la isla de Margarita se había insurreccionado por tercera vez, que las guerrillas que después de la catástrofe de Maturín se habían extendido por los llanos del oriente, hostilizaban la Guayana, y que los emigrados, encabezados por Bolívar, preparaban una expedición para hacer revivir la llama revolucionaria. Estas novedades alarmaron seriamente a Morillo en medio de sus triunfos. Dispuso, en consecuencia, que Morales se dirigiera a Venezuela con una división, a fin de asegurar su base de operaciones, mientras él terminaba la pacificación de Nueva Granada. Por la primera vez se dio cuenta Morillo de la magnitud y de las dificultades de su empresa, y con rara penetración previó su desenlace fatal. Daba la debida importancia al sostenimiento de Nueva Granada, cuya resistencia estimaba en menos, y pensó que Venezuela constituía el nervio militar de la revolución colombiana, pero que sus fuerzas eran insuficientes para dominar ni aun a los llaneros. Así decía desde Ocaña dirigiéndose a su gobierno: "Cuando se apareció la expedición de mi mando, todo plegó, y aparentemente todos reconocieron la clemencia del Rey, menos los llaneros. Sin duda, la suerte del virreinato de Santa Fe decide de la de Venezuela, pero reforzando la expedición. Las provincias de Venezuela están en un estado de insurrección total. La fuerza es poca y sólo lograré por algún tiempo contrarrestar a los rebeldes." Así, antes de cumplirse un año de haber abierto su campaña con 16.000 hombres, sin dar una sola batalla y alcanzando siempre triunfos, se encontraba impotente ante las solas guerrillas de los llaneros de Venezuela. Como hombre de acción, que no veía más allá del horizonte del campo de batalla, todo lo atribuía a la energía de los venezolanos. "En el virreinato de Santa Fe —agregaba— han escrito mucho, y los doctores han querido arreglar todo a su modo. En Caracas, al instante desenvainaron las espadas." Según él, no había más remedio que establecer un gobierno militar "despótico, tirano y destructor", y domar la rebelión, por las mismas

pérdidas que al principio de la conquista. Y reiterando su renuncia por lo quebrantado de su salud declaraba finalmente a su gobierno: "No hay remedio, es preciso que la corte se desengañe, pues no cortando la cabeza a los que han sido revolucionarios, siempre darán que hacer; así, que no debe haber clemencia con estos pícaros." Con un alcance que hace honor a su inteligencia militar, preveía que de la posesión de la Guayana pendía la suerte de la expedición, pues, una vez perdido este territorio por los realistas, Venezuela y Nueva Granada quedaban en peligro. Era un vencido en medio de sus triunfos, y esto explicará la política de terrorismo sangriento que empezó a inaugurar desde entonces.

En Ocaña publicó Morillo un indulto que comprendía a los oficiales de capitán abajo que depusieron las armas, a la vez que hacía ejecutar cruelmente a los jefes que caían en sus manos, colgando sus cadáveres de horcas o clavando en los caminos sus miembros despedazados y expuestas en jaulas sus cabezas. El general de La Torre expidió un indulto análogo para "todos los empleados civiles que depusiesen las armas y volviesen a sus pueblos." Morillo lo reprobó duramente, y ordenóle que aprehendiese y asegurase en estrechas prisiones a todos los que hubiesen figurado en la revolución, especialmente a los que llamaba "cabecillas". En vano de La Torre representó que la palabra del Rey estaba empeñada. El pacificador se mostró inflexible, y las cárceles de Santa Fe se llenaron de presos (22 de mayo de 1816). Morillo sin recibir los obsequios que el pueblo le había preparado, entró de noche en la ciudad, sombrío como una amenaza (26 de mayo). Reprendió severamente a La Torre y Calzada por haber aceptado agasajos de los rebeldes, y en castigo, destinó al primero a los llanos del Orinoco y al segundo a los valles de Cúcuta. Anuló públicamente el indulto de La Torre, y dio otro, calcado sobre el Ocaña, pero tan lleno de multiplicadas excepciones, que más parecía una bula que un acto de hipócrita benignidad, pues no alcanzaba a ninguno de los presos, y comprendía entre los delitos que llevaban aparejada pena capital, hasta los escritos y las conversaciones. Las mujeres de Bogotá se le presentaron en el día del cumpleaños del Rey (30 de mayo), implorando clemencia en favor de sus padres, sus hijos y sus esposos. El las recibió groseramente y las despidió con palabras duras y gritos destemplados. Las cárceles ordinarias no bastaron para contener los presos, y habilitáronse los claustros de los conventos para encerrarlos. El terrible pacificador se encerró en un silencio tétrico, y ocupóse en compulsar los archivos del gobierno revolucionario, buscando en ellos nuevos culpables que perseguir. El terrorismo colonial se inauguraba.

IX

Establecióse un tribunal de sangre con la denominación de "Consejo permanente de guerra", compuesto de oficiales españoles del ejército expedicionario y presidido por el gobernador militar de la plaza. Las sentencias debían ser confirmadas por el General asistido de un asesor, que era un granadino, cuchillo de sus hermanos. Ante él comparecían los reos señalados por el índice del pacificador, para ser juzgados con arreglo al texto de las ordenanzas militares, a las leyes de Partida, y a las recopiladas de Indias y de Castilla, aplicando a dos millones de almas las penas de asonadas y tumultos en las plazas de guerra. Un fiscal formaba el sumario, y con la confesión del reo careado con los testigos que deponían contra él, quedaba cerrado el proceso. Sin permitirle adelantar la prueba, se pronunciaba la sentencia en el término de 24 horas, previo el nombramiento de un defensor de oficio, que, según la amarga expresión de un historiador, no era muchas veces otra cosa que un verdadero acusador. Sucedió alguna vez que antes de pronunciarse la sentencia por el tribunal, Morillo anunció públicamente, por medio de proclamas, que los reos cuyos procesos estaban pendientes, morirían. Desde entonces todos tuvieron una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas.

La primera víctima que subió al patíbulo fue el comisionado de la regencia, Antonio Villavicencio, fusilado por la espalda como traidor, por haber simpatizado con la revolución (8 de junio de 1816). Siguióle muy luego su colega, Carlos Montufar, el general de los revolucionarios de Quito, José Tadeo Lozano, el primer presidente de Cundinamarca; Camilo Torres, el ilustre presidente de la república granadina, y Manuel Rodríguez Torices, el dictador de Cartagena, fueron fusilados por la espalda, sus cadáveres suspendidos de la horca, y sus miembros colgados en escarpias. El primer general de la Unión, Antonio Baraya, y el heroico Liborio Mejía, el último sostenedor de la bandera republicana de Nueva Granada en el puente de la Plata, fueron ejecutados del mismo modo, y sus cabezas expuestas en jaulas. El famoso geómetra, físico, astrónomo y naturalista Francisco José Caldas, hijo de Popayán, gloria de la América y honor del mundo sabio, que cual otro Pascal, descubrió un nuevo sistema para medir las alturas; el predecesor y el colaborador de Humboldt y Bompland en sus exploraciones en lo desconocido, también fue sacrificado el 29 de octubre de 1816, por haber servido como ingeniero en los ejércitos republicanos. El implacable pacificador contestó brutalmente a los que pidieron su vida, al menos mientras concluyese los trabajos de su última expedición botánica: "¡La España no necesita de sabios!" La víctima

subió al cadalso con serenidad y fortaleza, para enseñar a morir como había vivido, y ésta fue su última lección como filósofo animado por el espíritu de la sabiduría que lo ha inmortalizado en su martirio.

Para hacer más dolorosa la muerte y para difundir el terror en todos los ángulos del virreinato, los condenados eran trasladados a pie a largas distancias, al lugar de su nacimiento o a los lugares donde habían figurado, prolongando su agonía. Así desfilaron pos los cadalsos 125 víctimas, la flor de la sociedad granadina, de los que la quinta parte pertenecían al gremio de doctores. A pesar del desprecio que el pacificador afectaba por los sabios y los doctores, era lo que más temía, porque veía en ellos la luz que pretendía apagar con sangre. Así decía en una carta dirigida al rey Fernando VII: "He expurgado el virreinato de Nueva Granada de doctores que siempre son los promotores de rebeliones." Para reemplazarlos, pedía "teólogos y abogados de España", porque, según sus propias palabras, "la obra de subyugación y pacificación debía consumarse por las mismas medidas que al principio de la conquista". Derecho de conquista, ley de exterminio, extinción de las luces, terrorismo colonial con inquisición y tribunales militares de sangre, tal era el plan político del pacificador, en representación del absolutismo español, encarnado en el más bestial de sus reyes, "corazón de tigre y cabeza de mulo", retratado así ¡renegado por su propia madre!

Pero no bastaba al pacificador rodear la muerte de las víctimas de ultrajes y tormentos: era necesario destruir sus herencias y afrentar su posteridad despojándola hasta de los derechos civiles y sociales. Al efecto instituyó una junta de secuestros, embargó los bienes de todos los presos, confiscó los de los muertos y redujo a la miseria a todas las familias del país. A las viudas y huérfanos que reclamaban, les contestaba: "Los traidores al Rey deben perder sus vidas y sus bienes". Las familias así despojadas y enlutadas eran confinadas a los lugares más remotos, por impías, perversas y licenciosas, poniéndolas bajo la vigilancia de los curas y alcaldes, sujetas a una disciplina de esclavos, con prohibición de variar de domicilio o recibir visitas y prescribiéndoles hasta el traje que debían usar. Todos los habitantes fueron constituidos en prisión, bajo pena de la vida. Uno de los seides de Morillo que más se señaló por su crueldad, el coronel Francisco Warleta, publicó un bando, en que calificando la ausencia como acto de rebeldía, disponía por un "artículo único": "Toda persona sin excepción de sexo ni calidad, que, pasado el término de cuatro días, no se reuniese a su respectiva población, será fusilada en cualquier parte del campo o montaña, donde se halle, por los destacamentos y tropas que haré circular." Todos los hombres fueron reducidos a la condición de presidiarios. Bajo el pretexto de abrir nuevos cami-

nos públicos, de utilidad dudosa o evidentemente ruinosa para la prosperidad general, los naturales del país eran forzados a trabajar en ellos a ración y sin jornal, y alejados por meses de sus hogares en lugares desiertos y malsanos. Era el sistema de la primitiva conquista, armada no sólo de látigos sino también de escorpiones, según la expresión bíblica.

El mando absoluto había enorgullecido a Morillo, y la sangre lo embriagó. El, que poco antes se consideraba sin fuerzas suficientes aun para sujetar a Venezuela, soñaba marchar con su ejército hasta el Perú, destruir la República Argentina, y regresar triunfante a Méjico, para coronar su obra de pacificación del mismo modo que Cortés y Pizarro habían operado la conquista de América. El incremento que tomaba la insurrección popular de Venezuela en las campañas, disipó estos sueños, y viose obligado a volver a su punto de partida, para comenzar la obra de la pacificación. Dejó en Bogotá una guarnición de 3.800 hombres de tropas venezolanas, que quería mantener alejadas de su tierra, y de pastusos adictos a la causa del Rey, y con 4.000 hombres de sus mejores tropas europeas, atravesó la cordillera para sofocar la nueva insurrección que, según sus claras previsiones anteriores, ponía en peligro todas sus conquistas (16 de noviembre de 1816). Al despedirse de Nueva Granada —que ya no volvería a pisar— hizo alarde en una proclama de los beneficios que le había dispensado, entre ellos el de la sangre de sus hijos derramada en los cadalsos, y llevó consigo los últimos reos destinados a la muerte, ¡y los hizo juzgar y fusilar en su frontera! Al atravesar la cordillera y pisar los llanos de Barinas, pudo convencerse por segunda vez, de que era impotente aun para hacer la guerra regular; según confesión propia, no habría podido efectuar su marcha sin los auxilios de los escuadrones de llaneros que le acompañaban, que lo salvaron de morir de hambre o ahogarse en los ríos del tránsito.

X

El general Sámano sucedió a Morillo en el mando militar de Bogotá, permaneciendo el virrey Montalvo en Cartagena, anulada de hecho su autoridad. Era Sámano un soldado ignorante, de valor dudoso, terco e imbuido de la superioridad de raza de las españoles sobre los americanos, que, revestido del sayal de los capuchinos que gobernaban su conciencia, ostentaba una fanática devoción y consideraba acto meritorio para con Dios matar insurgentes o rebeldes. Su primer acto fue mandar levantar la horca permanente en la plaza mayor, frente a las ventanas de su palacio, y plantar "ad terrorem" cuatro banquillos en el paseo de la Alameda. Las cárceles volvieron a llenarse y las ejecuciones periódicas

continuaron como en tiempo de Morillo. Una de sus primeras víctimas fue una mujer. Llamábase Policarpa Salvarrieta, conocida en Bogotá con el nombre de la Pola, con que ha pasado a la historia, inmortalizada por su martirio. Era una joven bella, de 25 años de edad, de ojos azules y cabellos rubios, dotada de imaginación poética y corazón sensible, en quien las blandas virtudes de su sexo se hermanaban con la fortaleza de su alma varonil. Su primera pasión al estallar la revolución, fue la patria; su segunda pasión fue un joven, Alejo Savarán, oficial de los ejércitos republicanos, con quien debía desposarse, que había sido destinado a servir como soldado en las tropas realistas. Ella comunicó a su amante su pasión por la patria. Lo comprometió en una conspiración de cuartel que por este tiempo se tramaba en Santa Fe, y descubierta ésta, lo indujo a desertar de las banderas del Rey junto con otros compañeros, llevando comunicaciones para los guerrilleros que se mantenían en armas en los llanos de Casanare, y eran la última esperanza de la revolución granadina. Sorprendido Savarán en su fuga, y vendida la Pola por los papeles de que era portadora, entre los que se encontraban los estados de fuerza de la guarnición de Santa Fe, la joven fue reducida a prisión y sometida a un consejo de guerra. Condenada a muerte, oyó su sentencia con serenidad. Puesta en capilla, un fraile enviado por Sámano le ofreció el perdón, si confesaba quiénes le habían proporcionado los estados de fuerza. Se confesó cristianamente, y no comprometió a nadie en sus declaraciones. Marchó al suplicio con paso firme, encadenada con su amante. En el camino exclamó: "Tengo sed". Un soldado de la escolta del suplicio le alcanzó un vaso de agua. Ella lo rechazó diciendo: "Ni agua quiero de los verdugos de mi patria." Sus compañeros desfallecían, y ella los exhortó a morir como hombres, gritando en alta voz que su sangre sería vengada. Fue fusilada por la espalda, al lado de su amante, con quien se unió por siempre en la muerte (11 de noviembre de 1817). En ese día todos lloraron en Bogotá. Los granadinos consagraron a su memoria una canción fúnebre, que se convirtió en himno de guerra repetido por toda la América, y sus contemporáneos formaron de su nombre un anagrama simbólico: "Policarpa Salvarrieta: yace por salvar la patria", que es su epitafio histórico.

Morillo encontró que Sámano era un digno continuador de su política sangrienta, y le hizo nombrar virrey, en substitución de Montecalvo que, menos cruel, había manifestado tendencias a endulzar el terrorismo colonial implantado por el pacificador.

Capítulo XLI

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA

1815-1817

Carácter de la revolución venezolana. — Paralelo de la revolución argentina y venezolana. — La evolución sudamericana. — Segunda insurrección de Margarita. — La insurrección de Casanare. — Aparición de Páez. — Su retrato. — Combate de Mata de la miel. — Formación del ejército del Apure. — Condensación de las guerrillas independientes al oriente de Venezuela. — Odisea de Bolívar en las Antillas. — Alejandro Petión. — Luis — Brión. — Expedición de los Cayos de San Luis. — Bolívar es nombrado jefe supremo de Venezuela. — Desembarca con la expedición en Carúpano. — Se reembarca y dirígese a Ocumare. — Su fuga de Ocumar abandonando la expedición. — Los expedicionarios abandonados nombran por jefe a Mac Gregor. — Su célebre marcha al través de Venezuela. — Bolívar en Bonaire. — Su segunda deposición y proscripción. — Su genio superior. — Los ejércitos de la insurrección venezolana. — Batalla de Quebrada Honda. — Mac Gregor ocupa Barcelona. — Batalla del Playón de Juncal. — Páez sitia San Fernando. — Sitio de Cumaná por Mariño. — Los realistas evacuan Margarita. — Piar conquista la Guayana. — El Orinoco base natural de operaciones. — Pone sitio a Augostura. — Triste papel de Bolívar en esta campaña. — Planes al aire de Bolívar. — Derrota de Clarines. — Caída de Barcelona. — Bolívar toma el Orinoco como base de operaciones. — Nueva faz de la guerra. — Famosa acción de las Mucuritas. — Morillo marcha contra Margarita. — La Torre marcha en socorro de la Guayana. — Batalla de San Félix. — El "congresillo de Cariaco". — Reveses de Mariño en Paria. — Aparición de Sucre. — El capitán Antonio Díaz. — Brión penetra con la flotilla independiente en el Orinoco. — La Torre evacua la Guayana. — Conjuración de Piar. — Juicio y muerte de Piar. — Destierro de Marino. — Bolívar afirma su autoridad.

I

En ninguna de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, la guerra por su emancipación fue más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela. La primera en dar la señal de la revolución, en declarar su independencia y proclamar la república cayó dos veces, luchando con sus propios elementos y contra los más numerosos ejércitos de la metrópoli, y resurgió por la tercera vez, guerreando sin tregua, hasta alcanzar el triunfo final. Vene-

zuela representa en el hemisferio Norte el mismo papel que las Provincias del Río de la Plata en el Sur, con la diferencia de la doble caída que puso a prueba su fortaleza. Ella fue el núcleo que condensó los elementos revolucionarios del Norte y le dió su nervio militar, a la vez que su base política, creando una nueva fuerza expansiva que se haría sentir en toda la América del Sur por el vehículo de sus soldados. Libertó a Nueva Granada esclavizada, como las Provincias del Plata a Chile, sin lo cual ni en el Sur ni en el Norte la condensación de sus respectivas fuerzas era posible. Así como las armas argentinas dieron la señal de la guerra ofensiva atravesando los Andes meridionales, Venezuela la inició a trasmontar los Andes ecuatoriales, cruzando los ejércitos colombianos de mar a mar como los argentinos para converger al punto estratégico de la campaña libertadora del continente. Las Provincias del Plata formaron la liga guerrera de la República Argentina, Chile y el Perú. Venezuela le dio el genio de Bolívar. Los dos pueblos y los dos libertadores, núcleo, nervio y pensamiento de la condensación de sus elementos revolucionarios en los dos hemisferios, siguen opuestos caminos en dirección constante, se atraen, y concurren a la batalla final, efectuando su conjunción en el centro del continente. Tal es la grande evolución que va a iniciarse. Después de la derrota de Urica y de la catástrofe de Maturín, los últimos restos del ejército republicano del oriente se habían esparcido en guerrillas en las márgenes y nacientes del Orinoco y llanos de Barcelona, mientras la insurrección se mantenía indómita en los llanos de Casanare.

La Margarita fue la primera en dar la señal de la nueva insurrección general así que Morillo emprendió su campaña contra Nueva Granada. Nombrado gobernador de la isla, el teniente coronel Joaquín Urreistieta quiso dar un golpe de autoridad ordenando la prisión de Arismendi. Los isleños se levantaron como un solo hombre en número de 1.500. Despechado el gobernador, mandó que no se diera cuartel a los insurrectos y se permitiese el saqueo libre a la tropa, incendiando el pueblo de San Juan y la Villa del Norte, de conformidad a las indicaciones de Morillo y a las instrucciones de Moxó, que le prevenía "fusilar irremisiblemente, sin forma de proceso ni consideración humana alguna, a los que auxiliasen o siguiesen a los insurgentes con armas o sin ellas." Los insurgentes aceptaron el duelo a muerte. Arismendi tomó posesión de la parte septentrional de la isla, asaltó la casa fuerte de la Villa del Norte y pasó a cuchillo la guarnición de 200 hombres que la defendían. Tomó en seguida la ofensiva; atacó los castillos de Pampatar y Porlamar, y aunque rechazado, puso sitio al gobernador en La Asunción, capital de Margarita, encerrándolo en el castillo de Santa Rosa (noviembre de 1815). El ejército de la isla se elevó al número de 4.300 infantes y 200 de caballería, mal armados, pero

decididos a mantener alzada la bandera de la independencia, que ya no se abatiría jamás en su estrecho territorio.

En los llanos de Casanare la insurrección tomó cuerpo y consistencia, acaudillada por el famoso José Antonio Páez, cuya aparición hemos señalado, como la del Aquiles de la revolución venezolana. Era Páez natural de Barinas, contaba a la sazón 26 años de edad, y había hecho le campaña de la reconquista de Venezuela, señalándose por su valor como soldado de segunda fila. Trasladado a los llanos de Casanare, después de la derrota de La Puerta y la retirada de Urdaneta, se reveló el gran caudillo, y pronto ocupó el primer puesto, que sus mismos enemigos reconocieron a su costa ser el que le correspondía. Era un criollo genuino, de raza caucasiana con mezcla de sangre nativa. De fuerza hercúlea, domador de potros y nadador infatigable, diestro en el manejo de la lanza, la espada y el puñal, era el primero en los combates y se imponía a todos por su energía personal y por su elevación moral. Cuando alguno de sus soldados cometía alguna falta, o manifestaba disgusto por sus providencias, lo desafiaba a duelo singular, dejándole la elección de las armas, y aceptase o no, lo vencía física o moralmente. Sujeto a ataques epilépticos cuando se exaltaba su sistema nervioso, era un poseído en la pelea, y después de atravesar con su lanza hasta cuarenta enemigos, caía postrado en tierra como muerto. Audaz en sus empresas, y reflexivo en sus combinaciones originales, poseía, a la par del ardor del guerrero, el golpe de vista del general de caballería, y tan temerario en la acción como astuto en su preparación, siempre fue vencedor por sus propias inspiraciones. Era el ídolo de sus soldados, que le llamaban "el tío" o "el compadre" y se familiarizaba con ellos algunas veces, empinando la "tapara" o calabaza —el ánfora primitiva de los llaneros— colmada de agua o de aguardiente, o mezclándose en sus danzas populares, en que representaba el papel de un borracho, en medio de frenéticos aplausos. De cinco pies y nueve pulgadas inglesas de altura, ágil y musculoso aunque algo grueso, su rostro, de contornos redondeados, sombreado por cabellos negros y crespos, con un espeso bigote (sin patillas ni sotabarba) que lo acentuaba, era simpático y varonil. De temperamento sanguíneo, tenía un nativo instinto moral que gobernaba sus acciones. Hijo de la naturaleza, criado en medio de los feroces llaneros que dominaba con su fuerza física y su voluntad superior, su índole era generosa, su carácter caballeresco y humano, y su inteligencia muy superior a su instrucción, pues entonces no sabía leer ni escribir. Era, en suma, una pobre cabeza política, con iluminaciones heroicas, manso en la paz, terrible en el combate, que se dejaba gobernar en el triunfo y dominaba a todos en el peligro. Su traje era una blusa de paño azul, polainas de llanero, la manta echada a la espalda, sujeta con un broche de plata sobre el pecho, un chambergo a lo

mosquetero con el ala de adelante doblada con una cucarda venezolana prendida por una presilla de oro, al cinto una espada toledana y una larga lanza que nunca dejaba de la mano en campaña, y que era su estandarte al frente de su tienda de campaña, que era un toldo de cueros.

II

El primer combate que mandó Páez en jefe, siendo aún simple capitán, lo elevó de un golpe al rango de primer general de caballería de la América y le dio el dominio de los llanos del Apure.

Hallábase la división de Casanare acampada en el pueblo del Guadalito sobre la margen izquierda del Arauca, cuando se anunció la marcha del gobernador español de Barinas, el coronel Francisco López, a la cabeza de 1.100 jinetes y 300 infantes con un cañón. El jefe republicano, como intimidado, reunió una junta de guerra, y propuso la retirada. Como todos guardaran silencio, Páez manifestó que había ofrecido defender al pueblo de Guadalito, y que sin desobedecer las órdenes que se le diesen, suplicaba se le permitiese quedarse con un escuadrón para hacer frente al enemigo. Apoyado por todos los oficiales, el jefe, airado, les dijo: "Pues que los mande el comandante Páez, y síganme los que quieran a Casanare." Y se retiró al sur del Arauca con el estado mayor, una compañía de infantería y otra de dragones, dejando a Páez en Guadalito con sólo 500 hombres de caballería.

Páez salió en busca del enemigo, decidido a batirlo donde lo encontrase. A los 20 kilómetros, en el punto llamado Mata de la Miel, sobre las nacientes del Apure, avistó la división española, con la caballería apoyada sus alas en dos pequeños bosques y en éstos oculta su infantería (16 de febrero de 1816). En el reconocimiento que practicó Páez en persona, le mataron el caballo de un balazo. Iba ya anochecer, y algunos le indicaron que sería prudente suspender el ataque. Él contestó que la obscuridad sería tan grande para unos como para otros, y con voz de mando dirigió a su tropa la proclama más original, que, como él mismo lo decía, jamás se le ocurrió a general alguno: "Compañeros: me han matado mi caballo. Si no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo la vengaré solo y me lanzaré a perecer entre las filas enemigas." Sabían que era hombre de cumplir. Todos contestaron con entusiasmo, que irían con él a donde los llevase.

Formados los republicanos en dos líneas escalonadas, atacaron la posición española. Recibidos con fuego de cañón y fusilería, cargó a fondo la primera línea, y arrolló las dos terceras partes de la caballería enemiga, poniéndola en fuga. En la carga de la

segunda línea, fue herido el caballo de Páez; el animal, espantado, reventó las cinchas con sus corcovos y arrojó al suelo al jinete con la silla entre las piernas. Al levantarse, vio que su segunda línea había sido rechazada. Montó en el primer caballo que encontró, contuvo a los fugitivos, les hizo volver las caras, y reanimados con su presencia y su ejemplo, los llevó a revientacincha, hasta llevarse por delante los últimos 400 hombres de caballería enemiga que permanecían formados. Mientras los republicanos perseguían a los dispersos, la infantería española emprendió su retirada internándose en los bosques del Apure. Más de 400 muertos y 200 prisioneros fueron los trofeos de esta brillante jornada. El vencedor trató con generosidad a los vencidos, y todos ellos se alistaron voluntariamente bajo la bandera republicana. Esta victoria señaló al héroe.

Desde entonces, los llaneros que habían seguido a Antoñanzas, Boves y Morales, quedaron ganados para la causa de la independencia. Páez, su vínculo de unión, aclamado poco después jefe de los llanos, formó el famoso ejército del Oriente o del Apure, que es la denominación con que ha pasado a la historia. Al recibirse del mando, arengó a sus tropas, les aseguró que procuraría corresponder a la confianza que en él depositaban, y que fiasen ante todo en la Divina Providencia, pero que, mientras tanto, él iba a llevarlos aquel mismo día al encuentro del enemigo (setiembre de 1816). Invadió la provincia de Barinas.

Al mismo tiempo que el ejército del Apure se formaba, las guerrillas de Monaga, Saraza y Cedeño se condensaban en el alto Orinoco y los llanos bajos del Oriente, formando divisiones hasta de 1.500 hombres reunidos. Alarmado el gobernador de la Guayana, destacó una fuerte columna contra Cedeño, la que fue completamente derrotada (8 de marzo de 1816). Una segunda expedición de 1.500 hombres, embarcada en una escuadrilla que remontó el Orinoco, no tuvo mejor suerte, viéndose obligada al fin a reconcentrarse con sus restos a la ciudad de Angostura, capital de la Guayana.

Tales fueron las alarmantes noticias que obligaron a Morillo a abandonar el teatro de la Nueva Granada y trasladarse a Venezuela con el grueso de su ejército.

III

La insurrección que había resurgido en el Orinoco, el Apure y los llanos bajos se extendió por las costas de Barlovento, promovida por los emigrados del oriente de Venezuela, sobre la base de la isla de Margarita que le daba un sólido punto de apoyo. La tercera y última guerra a muerte de Venezuela iba a comenzar. Aquí comienza también la nueva odisea de Bolívar.

Después de su retirada de Cartagena, Bolívar habíase aislado en la Jamaica, donde se ocupó en escribir el manifiesto y la memoria de que hemos dado cuenta, buscando nuevos medios para volver a trabajar por la independencia de su patria. Esta sombra que vagaba por los contornos de Venezuela, perturbaba la tranquilidad de sus dominadores. Se dijo en aquella época que el capitán general Moxó, por medio de un español que se trasladara a Kingston, con el designio de asesinarlo, compró a un esclavo que acompañaba al Libertador en su destierro. El asesino penetró una noche en su habitación, que estaba a obscuras; se dirigió a su hamaca, y dio dos puñaladas a un hombre que allí dormía, dejándolo muerto. Era un pobre emigrado llamado Amestoy que, sabedor de que Bolívar no dormiría aquella noche en su posada, había ocupado su lugar. El esclavo confesó su intención y su delito, y fue ahorcado; pero no se adelantó nada respecto de sus cómplices.

De la Jamaica, trasladóse Bolívar a la isla de Santo Domingo, recibiendo en el tránsito la noticia de la caída de Cartagena, de donde tardíamente había sido llamado para tomar el mando de la plaza. Gobernaba en Haití, como presidente de la república de los negros americanos, el famoso mulato Alejandro Petión, quien ha sido comparado con Wáshington, hombre de un talento notable, fundador de la independencia y legislador de su tierra natal. Ardiente partidario de la emancipación hispanoamericana, simpatizó con Bolívar, y le suministró el armamento necesario para emprender una expedición, haciéndole abrir un crédito para los gastos por medio de la casa del acaudalado comerciante inglés, Roberto Southerland. Allí se encontró también con un holandés, rico armador de Curaçao, llamado Luis Brión, quien, apasionado por la persona y los proyectos del Libertador, puso a sus órdenes una escuadrilla de siete goletas armadas en guerra con 3.500 fusiles, ofreciéndole generosamente su vida y toda su fortuna para el logro de su empresa.

En el puerto de los Cayos de San Luis, que ha dado su nombre a esta famosa expedición, empezaron a hacerse sus primeros aprestos a principios de 1816. Habíanse reunido allí los salvados de Cartagena y porción de jefes y oficiales granadinos y venezolanos entre ellos Piar, Mariño, Bermúdez, Mariano Montilla, Carlos Soublette, el coronel inglés Gregorio Mac Gregor, que había servido con Miranda, Ducoudray-Holstein y el granadino Francisco Antonio Zea, notable hombre civil que tenía el merecido renombre de sabio. Reinaba una gran anarquía entre los emigrados: muchos no querían reconocer la autoridad de Bolívar. Fue necesario que Petión interpusiera su influencia y que Brión declarase que sólo al Libertador confiaría sus elementos de guerra, para que fuese aceptado como jefe de las fuerzas expedicionarias, hasta tanto que pisando territorio venezolano, se designase al que debía gober-

narlos. Montilla, que había provocado a un duelo a Bolívar, y Bermúdez, que encabezaba la oposición, fueron excluidos de la expedición.

El 30 de marzo de 1816 zarpó la escuadrilla, mandada por Brión con el título de almirante de Venezuela, llevando a su bordo como 300 hombres que el Libertador compararía luego con los 300 de Leónidas, como comparara con las Cruzadas de Jerusalén su reconquista de Venezuela. Al llegar a la Margarita, en los primeros días de mayo (1816), la escuadrilla se encontró con dos buques de guerra españoles, el bergantín *Intrépido* y la goleta *Rita*, que fueron tomados por Brión al abordaje, después de una resistencia vigorosa en que perecieron las tres cuartas partes de su tripulación. El comandante de la *Rita* murió en el combate, y el del *Intrépido*, Rafael Iglesias, se disparó dos pistoletazos cuando vio que la resistencia era inútil, para no caer vivo en manos de los independientes. La expedición desembarcó en el puerto de Juan Griego. Los españoles se reconcentraron en Pampatar y Porlamar, donde se resistieron a las tentativas que hizo Bolívar para rendirlos. De acuerdo el jefe expedicionario con Arismendi, reuniéronse los jefes y oficiales republicanos y los habitantes de la isla en la iglesia de la Villa del Norte con el objeto de nombrar, según lo convenido, jefe supremo de la república que iba a restaurarse. No podía faltar en tal ocasión una renuncia anticipada del único designado para ocupar este puesto, contando como contaba con el voto de sus compañeros y habiéndose propiciado el poderoso apoyo de Arismendi para asegurar la unanimidad. Declaró que "no aceptaría el mando porque el ejercicio de un poder absoluto en medio de rivalidades, era peligroso para la independencia en aquellas circunstancias, y que estaba dispuesto a obedecer al que se nombrara." Era lo mismo que pedir el poder que reclamaba, y de que fue revestido con el título de "Jefe supremo", sin limitación alguna, y sin más condición que hacer cuanto creyese conveniente para la salvación de la patria (7 de mayo). Mariño fue nombrado segundo jefe. En posesión del mando, dirigió una proclama a los venezolanos (8 de mayo) anunciando que "el congreso nacional sería nuevamente instalado, autorizando a los pueblos libres a nombrar sus diputados sin otra convocación, confiándoles las mismas facultades soberanas que en la primera época de la república."

La expedición, reforzada con cuatro buques margariteños, tomó tierra en el puerto de Carúpano en la costa de Paria. Se apoderó de los dos buques de guerra enemigos y del fuerte artillado que abandonaron los españoles, estableciendo allí Bolívar su cuartel general (1º de junio de 1816).

IV

La fama había abultado el número de los expedicionarios; decíase que formaban un ejército de tres mil hombres que el presidente Petión había puesto a disposición de Bolívar. En vez de aprovecharse del estupor que causó su atrevido desembarco, y ponerse en campaña para reunirse a las guerrillas del Oriente, que sólo necesitaban un jefe para sostener con sistema y unidad la guerra de partidarios, limitóse a desprender a Piar hacia Maturín, y a Mariño para que tomase posesión de Güiría en el promedio de la península. El permaneció en Carúpano, dando pomposos boletines, expidiendo decretos en que declaraba la libertad de los esclavos en cumplimiento de su promesa a Petión, y llamó a los habitantes del país a las armas, sin que nadie se le reuniese. En seguida convocó una asamblea popular de los habitantes del lugar, haciendo declarar por medio de ella y de la municipalidad, que el gobierno de la república era "uno y central". De este modo quedó abolido el sistema federativo en Venezuela. En esto perdió lastimosamente un mes de tiempo precioso. A los veinte días sus avanzadas eran sorprendidas, estaba sitiado por tierra por una división de 1.300 hombres, y la escuadrilla española, reforzada, amenazaba cortarle su retirada por agua. Pidió auxilio a Mariño que había aprovechado mejor su tiempo, quien le envió un grueso refuerzo, con lo que pudo reunir 600 hombres. Propuso a Brión saliese a batir la fuerza marítima del enemigo; pero los corsarios se negaron a arriesgar sus buques en un combate desigual y sin objeto. Desde entonces se vio que Bolívar no tenía plan ni resolución hecha. Entretanto las guerrillas de Cedeño, Monagas y Saraza lo proclamaban general en jefe, reclamando su presencia. Piar reunía una poderosa división en Maturín, y Mariño, con otra no menos fuerte, se atrincheraron en Güiría. Sólo el Libertador permanecía en la inacción y en la impotencia.

Bolívar, perdido en Carúpano, reembarcóse en su escuadrilla. En vez de adoptar el plan de campaña que aconsejaba Piar, que era tomar por base de operaciones el Orinoco, ocupando la Guayana, se dirigió al norte y desembarcó con su pequeña división en el puerto de Ocumare, entre Caracas y Puerto Cabello (5 de julio de 1816). Esta extraña resolución, que da una muestra de la inexperiencia estratégica del General, sólo tiene una explicación, y era su preocupación constante de ocupar a Caracas, su ciudad natal, que le haría perder tres campañas más, y que por entonces era su único objetivo militar. Aun ocupada Caracas, era la derrota segura, en un país agotado, no dispuesto a la insurrección, y ocupado por cinco mil enemigos, de manera que esto no le daba en el me-

jor caso sino la misma situación que había tenido después de la derrota de La Puerta. Su conducta, poco valerosa en esta ocasión, hizo más deplorable este grave error, con daño de su fama y de su causa.

En Ocumare como en Carúpano, malgastó su tiempo en vanas proclamas; llamando al pueblo de Caracas a las armas anunció que marchaba a la cabeza de un poderoso ejército de las tres armas para darle libertad, repitiendo lo que ya había dicho, aleccionado por la experiencia, que "había cesado la guerra a muerte". Los jefes que lo acompañaban eran de opinión de avanzar rápidamente hasta Valencia, y dominar los valles de Aragua, a fin de traer a sí las guerrillas patriotas de los llanos y formar un ejército. Bolívar, sin decidirse por la ofensiva franca, que era la única salvación posible, ni por la defensa inerte, que era la conservación estéril, adoptó un singular plan expectante, que era la perdición. Desprendió a Soublette con el grueso de su fuerza con orden de atravesar la cordillera de la costa, ocupar el desfiladero de la Cabrera, y fortificarse en este punto. Con otro destacamento se extendió por la costa hacia el Sur, para reclutar soldados. El permaneció mientras tanto en el puerto, con una corta guarnición, haciendo desembarcar el parque y una imprenta, regalo de Petión, que consideraba su arma más poderosa. El almirante Brión se hizo a la mar con parte de los corsarios, con el objeto de emprender un crucero, dejando a disposición de Bolívar un bergantín armado en guerra y dos goletas mercantes.

El mismo día en que Bolívar desembarcaba en Ocumare, llegaba Morales a Valencia con la división que en auxilio de Venezuela había desprendido Morillo después de la rendición de Cartagena. Atacado Soublette por las fuerzas superiores que mandaba Morales, al pie de la cuesta de Ocumare, los republicanos se replegaron a una posición más fuerte, a fin de mantener francas sus comunicaciones con el puerto (10 de julio). Aquí se reunió Bolívar a Soublette con 150 hombres recientemente reclutados. Atacado nuevamente por Morales, que trepó con singular arrojo las alturas, fue hecho pedazos después de tres horas de fuego, dejando en el campo 300 fusiles y como 200 muertos, heridos y prisioneros (13 de julio). ¡El General dispuso que Soublette sostuviese la retirada en los desfiladeros de la montaña con un grupo que había permanecido hecho, y que Mac Gregor, con el resto de la fuerza, se dirigiese a Choroni al sur de Ocumare, mientras él personalmente hacía reembarcar el parque en Ocumare!

V

La noche del 14 de julio (1816) sorprendió al Libertador en la ocupación de hacer reembarcar su armamento y municiones. En vez de hacerlo en el bergantín de guerra, que era de la república, lo verificó en las dos goletas mercantes. Aún quedaban 1.000 fusiles y la imprenta para reembarcar. En tal circunstancia, llegó un ayudante de campo de Bolívar, quien le informó de que la vanguardia de Soublette, sorprendida, se replegaba apresuradamente a Choroní y el enemigo entraba en Ocumare. El pavor se difundió en el puerto. Unos se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones, otros se dispersaron en los campos. Bolívar fue uno de los primeros en embarcarse, sin averiguar la verdad de la noticia, ni dictar disposición alguna, abandonando en la playa no sólo las armas y la imprenta, sino hasta a sus heridos y demás que le acompañaban. Poco después llegaba un emisario de Soublette participando que se sostenía firme en sus posiciones; pero ya el bergantín había picado amarras y hechóse a la vela, seguido de las dos goletas.

Toda la noche permanecieron las embarcaciones frente al puerto. Al día siguiente (16 de julio) observando que las goletas se dirigían a Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata a Curaçao, resolvió Bolívar seguir sus aguas en vez de buscar la incorporación con sus compañeros. Por segunda vez representaba el Libertador el triste papel de ir en seguimiento de un tesoro, abandonando a sus soldados en el peligro y con ellos el honor. Al arribar a Bonaire, los capitanes de los buques pretendieron despojarlo de las armas, como anteriormente Bianchi de su tesoro. Afortunadamente, llegó allí Brión con su escuadrilla, de regreso de su crucero, y juntos se dirigieron a Choroní. Allí supo que la división abandonada a su suerte, se había internado buscando su salvación en los valles de Aragua. De regreso nuevamente a Bonaire, se encontró con Bermúdez excluido de la expedición, y ambos jefes, aunque en desacuerdo, resolvieron dirigirse a Güiria en busca de Mariño que se sostenía en la península de Paria.

Reunidos Soublette y Mac Gregor en Choroní, infundieron aliento a sus soldados. Nombrado el intrépido Mac Gregor jefe de los restos de la expedición, permaneció dos días en descanso a la espera de su general (15 y 16 de julio). Entonces decidieron los jefes en junta de guerra lanzarse al interior del país, para buscar su salvación en los llanos. El 17 se puso en marcha la abandonada columna en número de 600 infantes y 30 dragones. Al atravesar la cordillera del litoral, derrotó un destacamento realista que intentó cerrarle el paso, entró en Victoria dispersando su guarnición, de-

rrotó más adelante otro destacamento mandado por el bárbaro Rosete, y atravesó el río Guarico a la salida de los llanos, donde la alcanzó un escuadrón de las guerrillas de Saraza que venía en su busca (1º de agosto de 1816). Reunidas ambas fuerzas, se encontraron con una división realista de 1.200 hombres en la Quebrada Honda (2 de agosto). Trabada la pelea, la victoria quedó por los republicanos. Al día siguiente (3 de agosto) los abandonados en Ocumare se incorporaban a las divisiones de Saraza y Monagas y eran dueños de los llanos de Barcelona, mientras Cedeño se sostenía en el alto Orinoco. Esta fue la base del ejército que se llamó después "Ejército del Centro", que, unido al de Apure, decidió de los destinos de Venezuela. Mac Gregor fue reconocido como general en jefe del ejército del centro.

¿Qué era del Libertador? Reunido con sus armas, como en la anterior campaña con su tesoro, arribó a Güiría en compañía de Bermúdez (16 de agosto). La población se amotinó contra él, la tropa de Mariño se negó a ponerse bajo sus órdenes, la isla de Margarita desconoció su autoridad, y apostrofado públicamente por Bermúdez de cobarde desertor, que había abandonado a sus soldados en peligro, quien llegó hasta desenvainar la espada contra él, viose obligado a reembarcarse en medio de amenazas y rechiflas. Bolívar regresó a Haití, como antes se retirara degradado de Carúpano, desprestigiado hasta ante su admirador el almirante Brión, y fue fríamente recibido por el presidente Petión. Los pueblos lo renegaban y dudaban de él. Empero, éste era el hombre, no sólo de la revolución colombiana, sino también de la emancipación sudamericana. A pesar de sus errores y de sus derrotas, de su inexperiencia militar como estratégico y como táctico, de su pueril vanidad teatral y de su ambición personal, era el único que poseía las cualidades del hombre superior para levantarse sobre el nivel ordinario domando la fortuna rebelde, dar unidad militar y política a Venezuela, dominar a sus groseros caudillos cautivando hasta a sus émulos, condensar los elementos revolucionarios del norte del continente, organizar un gobierno, fundar una nación guerrera que sería una fuerza americana eficiente y hacerla concurrir compacta al sur del ecuador, completando la gran campaña continental concebida e iniciada por San Martín en el hemisferio opuesto. Su preponderancia no es la obra del acaso. Su grandeza es real. Era, con todas sus deficiencias y flaquezas, el genio de la revolución del Norte, animado por el fuego sagrado de la libertad y el patriotismo, con grandes ideales americanos que se dilatarían. Aleccionado en la severa escuela de la adversidad, reaparecerá necesariamente en la escena, llamado por los mismos que en estos días tan tristes para él, lo ultrajaban y lo proscribían. Y como él lo había dicho y de él se ha dicho, mereciera el título de "Libertador", porque "sus servicios fueron los más grandes que un

ciudadano puede prestar a sus conciudadanos, y ante los ojos de un juez imparcial, sus proporciones son mayores, si se examinan el país en que figuraba y los recursos de que podía disponer." La historia le debe esta justicia, al pasar la esponja por esta ingloriosa página de su vida.

VI

Mariño fue nombrado general del ejército y Bermúdez segundo jefe; pero su autoridad no se extendía más allá de la península de Paria. La revolución tenía además otros tres ejércitos en campaña: el del Apure formado por Páez y el del Centro, formado por la división de Mac Gregor, unida a las guerrillas de Saraza y Moragas; y el de Maturín con Piar, que obraba de acuerdo con Cedeño sobre el Orinoco. Además, el ejército de Arismendi en Margarita. El ejército del centro, después del combate de Quebrada Honda, había alcanzado grandes ventajas. Una fuerte división al mando del comandante español López, que ocupaba la villa de Aragua, salió al encuentro del ejército de Mac Gregor, que se había puesto en marcha sobre Barcelona, después de ocupar los llanos (16 de setiembre). La batalla fue reñida. Las cargas de la caballería llanera de Saraza y Monagas y una impetuosa carga a la bayoneta por Mac Gregor en persona, la decidieron. Morales dejó en el campo un cañón, 500 muertos, 300 prisioneros y 300 fusiles y carabinas. Los independientes se posesionaron de Aragua y ocuparon Barcelona, evacuada por los realistas después de saquearla y degollar una parte de su población (setiembre 12). López, que después de los sucesos de Ocumare habíase trasladado al Oriente, ocupó casi simultáneamente la posición de Aragua, con 3.000 hombres de infantería y caballería. Mac Gregor se puso de acuerdo con Arismendi, Mariño y Piar, solicitando su auxilio para resistir el ataque. Piar, que había acudido con sus tropas al sitio de Cumaná, se trasladó inmediatamente a Barcelona y tomó el mando en jefe. Bajo su dirección se montaron cuatro piezas, se organizaron nuevos batallones, se completó el armamento de caballería, y se marchó en busca del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en el Playón del Juncal, a inmediaciones de Barcelona. Al cabo de dos horas, la victoria se declaró por los independientes con una formidable carga a la bayoneta conducida por Mac Gregor, y sostenida por el fuego de artillería, arma de que carecían los realistas (27 de setiembre). Morales dejó en el campo 300 muertos, 400 prisioneros y 500 fusiles. Después de esta victoria, Mac Gregor se retiró a Margarita, enfermo y fatigado, en desacuerdo con Piar, que era un carácter dominador y violento en el mando.

Páez, a quien dejamos antes en marcha sobre el enemigo, completaba la conquista de los llanos de Oriente entre el Orinoco y el Apure. El coronel Francisco López, gobernador de Barinas, vencido en Mata de la Miel, salió de nuevo a su encuentro con una columna de 1.700 jinetes y 400 infantes, y pretendió sostener la línea de Arauca. El general republicano, por medio de atrevidos y bien combinados golpes de mano y algunos combates parciales, le arrebató todas sus caballadas, obligándole a replegarse a la línea del Apure (octubre de 1816). Entonces Páez meditó apoderarse de San Fernando, llave de los llanos en la conjunción del Apure y el Portuguesa, con combinación fluvial con el Orinoco. Los realistas habían retirado todas las embarcaciones, y dominaban el río con cuatro flecheras y siete lanchas armadas en guerra, sostenidas por 400 hombres. Una partida de ocho hombres mandada por un oficial llamado Peña, a quien Páez como castigo de una falta le impuso ir a hacerse matar por el enemigo, atravesó el río en una canoa a las doce del día e introdujo el desorden en el campamento realista, muriendo el jefe español en los encuentros que se siguieron (6 y 7 de noviembre). Dueños los republicanos de siete lanchas, salvaron el obstáculo y pusieron sitio a San Fernando (diciembre de 1816). En tales circunstancias, supo Páez la marcha de La Torre y Morillo desde Nueva Granada en dirección a los llanos regados por el Aranca y el Apure.

Mientras el ejército del centro triunfaba en Barcelona y el de los altos llanos de Oriente en el Apure, el ejército de la costa, mandado por Mariño y Bermúdez, ponía sitio a Cumaná, en combinación con las fuerzas marítimas de Margarita (setiembre). La guarnición española estrechada, se disponía a evacuar la plaza. Las fuerzas realistas, que en número de 1.000 hombres se mantenían en Margarita, acudieron en su auxilio, evacuando la isla, y obligaron a Mariño a desistir del sitio (noviembre de 1816).

Tal era el estado de la guerra al finalizar el año de 1816, tres meses después de la deposición de Bolívar en Carúpano. A pesar de las ventajas alcanzadas, los independientes comprendían que sin una dirección que diese cohesión a sus elementos dispersos, todo era efímero. Así, el ejército del centro donde predominaban los partidarios del Libertador, fue el primero en reclamar su regreso, decididamente apoyado por Arismendi. Bolívar fue llamado otra vez a ponerse a la cabeza de los independientes. Ayudado por Brión y eficazmente auxiliado por Petión, organizó una tercera expedición (21 de diciembre de 1816) y tocando en Margarita de paso, arribó a Barcelona, a tiempo que llegaba allí Arismendi con su columna de auxilio.

VII

Al desembarcar Bolívar en Barcelona, la guerra había cambiado de aspecto. El ejército del centro ya no existía. Piar había tenido la grande inspiración de la campaña, que decidiría por acción directa de la suerte de Venezuela y Nueva Granada, y por acción refleja de la del resto de la América del Sur. El general negro había comprendido que las hostilidades a lo largo de la costa y las correrías de los llaneros en el interior, no tenían consistencia ni prometían resultados sin una sólida base de operaciones. Desde un principio había señalado el Orinoco como la línea que al efecto debían ocuparse, y la Guayana como base; pero el Libertador, sin plan de campaña fijo, no tenía más objetivo que la ciudad de Caracas, y revoloteaba alrededor de ella por el Sur y por el Norte, como una mariposa en torno de la luz, a riesgo de chamuscarse las alas, como sucedió. Piar, con más alcance estratégico que Bolívar, así que se vio dueño de un ejército regularmente organizado después del triunfo del Playón del Juncal, perseverando siempre en su idea, meditó trasladar la guerra al Orinoco y posesionarse de la Guayana, ocupada por los españoles desde la primera guerra de Venezuela.

El Orinoco y la Guayana eran la base natural de las operaciones de la revolución venezolana, o más bien dicho la única. Todos lo veían, menos Bolívar, ofuscado por la atracción fantasmagórica de Caracas. La había visto Cedeño con su grosero instinto de guerrillero, al sostenerse en el Alto Orinoco, derrotando las fuertes columnas realistas que intentaron desalojarlo de sus inexpugnables posiciones. La había visto claramente Morillo desde Nueva Granada al diseminarse las guerrillas en los llanos de Oriente. "Perdida la provincia de Guayana, decía, Caracas y Santa Fe de Bogotá están en peligro porque los ríos del Orinoco, Apure y Meta son mucho más navegables de lo que yo pensaba, y si los rebeldes nos cortan la comunicación con Margarita, interceptando la remisión de ganados, obligarán a su guarnición a rendirse sin batirse. Si Bolívar o algún otro jefe de estimación entre ellos, tomase el mando de las guerrillas, podrán obrar vigorosamente. Si la Guayana es tomada, las dificultades para retomarla serán mayores, y quedarán muy pocas esperanzas para las tropas del Rey." Esto es lo que había visto y vio claro Piar, y esto lo que hizo al salvar por inspiración la revolución venezolana, y hacer abandonar a Bolívar sus vueltas y revueltas estériles alrededor del fantasma de Caracas. Basta echar una ojeada sobre el mapa de Venezuela, comparándolo con la historia, seguir a lo largo de los ríos de Oriente las operaciones de los ejércitos republicanos durante la guerra de la inde-

pendencia, para que la demostración se imponga a los ojos. El Orinoco al Norte al fondo de Venezuela, es una base de operaciones inexpugnable, y es a la vez que una línea de operaciones y de defensa, una vía fluvial en comunicación con el exterior por el mar, que penetra al interior del país. Situado por consecuencia un ejército en la Guayana, con su frente, su espalda, sus flancos y sus comunicaciones aseguradas, la defensa de la isla de Margarita se liga con sus operaciones por mar, el ejército del Apure avanzado en su vanguardia, los llanos del centro quedan dominados por él, y el enemigo es vulnerable por todo su frente y sus dos flancos, amagando a la vez la Nueva Granada por su frontera, por lo que, razón tenía Morillo al decir, que perdida la Guayana, estaban en peligro de perderse Caracas y Bogotá, y una vez perdida, no había esperanza para las armas españolas.

Guiado por estas luces, Piar se puso en marcha desde Barcelona, a la cabeza de 1.500 hombres de las tres armas, dejando en la ciudad una corta guarnición y encomendó a las guerrillas de Monagas y Saraza la defensa de su campaña (8 de octubre de 1816). En el alto Orinoco al Norte, se reunió con la división de Cedeño, quien se sometió a su autoridad y acordaron conquistar la provincia de Guayana. Los realistas dominaban las aguas con una fuerte escuadrilla, y estaban fortificados en Angostura, capital de la provincia, y en la Guayana Vieja. Tenían ocupado el Cauca, río caudaloso que se derrama en el Orinoco por su margen derecha, y era por el sur la línea de defensa del enemigo dominada por tres flecheras y dos lanchas cañoneras, sostenidas por 500 infantes y 300 jinetes. El general republicano mandó construir ligeras embarcaciones de madera de ceibo cortada en los bosques; con una de ellas se apoderó de dos lanchas del enemigo, y efectuó el pasaje a viva fuerza. La artillería abrió sus fuegos para proteger la atrevida operación; dos compañías de infantería tomaron tierra en la margen opuesta, al mismo tiempo que un grueso destacamento desembarcado fuera de la vista del enemigo lo tomaba por el flanco, y Cedeño con sus escuadrones se lanzaba a nado acuchillando a caballo a las tripulaciones de las cañoneras y cargaba sobre su campamento, que puso en dispersión (31 de diciembre de 1816).

Piar avanzó sobre Angostura. La plaza estaba defendida, además de su guarnición y sus fortificaciones, por dos buques mayores de guerra, por tres goletas y cuatro cañoneras que combinaban sus fuegos con ella. Los republicanos fueron rechazados en el asalto que intentaron para tomarla. Este descalabro no desanimó a Piar, y le sugirió una idea salvadora, que sería decisiva en las futuras campañas por las consecuencias que tuvo. Resolvió apoderarse de las misiones de Coroní, país rico en hombres y recursos, y establecerse en ellas para amagar Angostura por la espalda privándola de sus subsistencias, a la vez que abría nuevas comunicaciones con

el Oriente por el bajo Orinoco. Los españoles que conocían la importancia de esta posición, habían guarnecido y fortificado la línea del río Coroní, sobre su margen derecha; pero estas dificultades fueron superadas. Los republicanos ocuparon las cuarenta y siete misiones que regían los frailes catalanes de la orden de Capuchinos, de los cuales veintidós fueron degollados por el oficial a quien se confió su custodia, hecho bárbaro no reprimido por el General, que sin embargo consolidó su popularidad, porque las víctimas eran muy odiadas por los neófitos indígenas. Piar estableció una administración regular en las misiones, que fue más tarde muy útil para la provisión de los ejércitos independientes en granos y ganados (febrero de 1817). En seguida, dio cuenta a Bolívar de las ventajas alcanzadas y de la posición que ocupaba. Estos hechos levantaron la fama de Piar sobre la de todos los generales venezolanos, eclipsando la del mismo Bolívar que tan triste papel había representado en el curso de la campaña.

VIII

Todos habían hecho algo, menos Bolívar. Arismendi había insurreccionado la Margarita, Mariño había dominado la península de Paria, formando un ejército y puesto sitio a Cumaná. Páez había organizado el ejército del Apure, y asegurado el dominio de los llanos altos. Cedeño se había sostenido en el alto Orinoco, y Monagas y Saraza mantenido el fuego de la insurrección en el centro del país. Mac Gregor y Soublette habían salvado la columna por él abandonada en Ocumare, y atravesando el territorio de Venezuela, conquistado Barcelona y el dominio de los llanos bajos. Piar había formado un ejército en Maturín, salvado a Barcelona y conquistado la Guayana, dando al ejército su base natural de operaciones. En ninguna de estas empresas tuvo participación directa ni indirecta Bolívar. Su mando en jefe, su dirección como general había sido no sólo nula, sino funesta. Cuando no vergonzosa. Al asumir por segunda vez el mando, era moralmente otro hombre, más grave, más reflexivo y más dueño de sí mismo; pero militarmente no había aprendido todavía lo bastante como general estratégico. Sin ideas maduradas ni propósito determinado, y pensando que la audacia, que fía el éxito al destino, era una inspiración, improvisaba planes al aire y acometía empresas sin proporcionar los medios a las resistencias, y le aconteció lo que al que se empeña en romper un muro de piedra con la cabeza: se rompió él mismo la cabeza.

Apenas desembarcado en Barcelona, anunció en una proclama que iba a invadir la provincia de Caracas para darle libertad (8 de enero de 1817). Con este propósito temerario, formó una co-

lumna de 600 hombres sobre la base de los auxiliadores margariteños conducidos por Arismendi, y veinticuatro horas después se puso en campaña. Una división avanzada se había establecido y fortificado sobre la línea del río Unare, al sur de Barcelona en observación de la plaza en el punto denominado Clarines, rodeado de bosques. Bolívar, sin practicar un reconocimiento, atacó de frente las trincheras. Empeñado el fuego, cuarenta jinetes cayeron de improviso por retaguardia de los asaltantes y los desbarataron totalmente. Todos perecieron.

Estaba otra vez perdido el Libertador, y más perdido que en Carúpano. En tal situación, lo único que se le ocurrió, fue dirigirse a Piar y Cedeño, indicándoles que abandonasen la empresa de la Guayana —que era su salvación— por cuanto no había llegado la oportunidad de tomarla, y ser por otra parte imposible dominar la navegación del Orinoco; y concluía, que Cumaná era la base natural de las operaciones. La consecuencia de esta maniobra —imposible por otra parte— era descubrir su flanco izquierdo. Escribió a Páez aconsejándole vagamente que se uniese a Saraza, lo que si algo significaba era perder el dominio de los llanos bajos o altos, según el punto donde operasen su reconcentración. A Monagas le prevenía que se reuniese a Saraza y Páez, y cubriese a Barcelona por ser el punto que más importaba sostener "donde estaba resuelto —son sus palabras— a sepultarse entre sus cenizas y escombros." Todo esto no tenía sentido militar, y si alguno tenía, sólo puede explicarse por su pueril preocupación de ocupar Caracas, que era una operación fantástica, dado caso fuese posible la soñada concentración de las fuerzas del norte de la Guayana, de las nacientes del Apure y de los llanos bajos en torno de Barcelona sitiada, cuando el enemigo condensaba sobre la plaza el grueso de sus fuerzas y Morillo ocupaba con 4.000 hombres la línea del Unare interceptando el camino de Caracas, y La Torre que en combinación con Calzada ocupaba los llanos altos.

Encerrado Bolívar en Barcelona con 600 hombres bisoños y con amenazas de ser atacado por fuerzas superiores, a la vez que la marina española preponderante en la costa de Barlovento bloqueaba el puerto, se fortificó en el convento de Franciscanos de la ciudad, que era una verdadera ciudadela. Aconsejado por la inminencia del peligro, asegurándole que él se sostendría a la espera a todo trance en el convento, Mariño no vaciló. En el acto se puso en marcha en auxilio del Libertador con toda su fuerza disponible, que alcanzaba a 1.200 hombres, dejando guarnecida la costa de Cumaná. Reunidos los dos rivales, se reconciliaron, y Mariño reconoció a Bolívar como jefe supremo. Las dos divisiones se pusieron en campaña, sumando un total como de 2.000 hombres, pero aun así reunidos, apenas si podían hacer frente al enemigo. Las operaciones giraban en el círculo vicioso, por no decir en el vacío,

por falta de una cabeza o de un plan, y sobre todo, por falta de una base. Bolívar improvisó entonces un nuevo plan, que no valía más que los anteriores. Resolvió trasladar el teatro de la guerra al interior, concentrando en los llanos bajos todas las partidas dispersas en la provincia, y les señaló Aragua —el sitio de su anterior derrota en 1812— como punto de reunión. Barcelona se sostendría con una guarnición como de 700 hombres.

Mientras tanto, el Libertador se dirigía a la Guayana a fin de persuadir a Piar de concurrir al plan, y marchar sobre Caracas, con todas las fuerzas independientes, reunidas en los llanos bajos. Era un plan expectante, que dependía de dos contingencias: que el enemigo, que estaba encima con fuerzas superiores, diese tiempo, y que Piar concurriese con su ejército desde el último extremo del territorio. En el mejor caso, era perder las comunicaciones de la costa, y con enemigos por los cuatro vientos, como nave batida por las olas y las velas aferradas, emprender una campaña sin rumbo fijo, cuyo objetivo lejano —Caracas— prometía menos por el momento que la permanencia en el oriente, y era en definitiva una derrota segura. Esto por lo que respecta a las probabilidades remotas. En el hecho, sucedió lo que necesariamente tenía que suceder, y estaba al alcance de la más vulgar previsión. Barcelona, atacada, fue rendida a viva fuerza (7 de abril de 1817). La guarnición en número de 700 hombres, fue degollada desde el primero hasta el último soldado, y a más, 300 enfermos, ancianos y mujeres, perdiendo 20 piezas de artillería y 1.000 fusiles. Mariño sin fuerzas para contrarrestar al enemigo en campo abierto, no pudo amparar la plaza, y desistió de internarse en los llanos, retrogradando a la península de Paria, donde había establecido su dominio. La anarquía se introdujo en el ejército. Mariño volvió a declararse independiente. Bermúdez, Saraza, Monagas y Arismendi, con sus respectivas divisiones, que reunidas alcanzaban a 500 hombres, resolvieron esperar en los llanos de Barcelona las órdenes de Bolívar.

El Libertador llegó a Guayana con sólo quince oficiales, y se encontró con Piar a inmediaciones de Angostura. El general negro era dueño de todo el país y tenía sitiadas sus dos plazas fuertes con esperanzas de rendirlas. Su comportamiento fue noble y patriótico. A pesar del escozor que debió sentir al verse arrebatar los laureles de una campaña que él sólo había llevado a cabo, contrariando al mismo Bolívar, que no alcanzaba a comprender su trascendencia, se puso a sus órdenes. Informóle de la situación preponderante del ejército de Páez en el Apure, y le demostró que la Guayana era la verdadera y única base de operaciones. Dominada la navegación del Orinoco —lo que no era difícil con la escuadrilla de Brión unida a la de Margarita—, quedaban expeditas las comunicaciones con las Antillas para recibir auxilios del exterior, y por medio de sus ríos tributarios que penetraban al

corazón del país, se ligaban todas las operaciones fluviales y terrestres, con una barrera por delante y una comarca poblada y bien establecida a la espalda, lo que daba una completa seguridad para organizar a la defensiva un ejército sin renunciar a la ofensiva en los altos llanos, apoyando el flanco derecho avanzado en la península de Paria con el dominio de su golfo y el izquierdo en el Apure con una puerta abierta en los Andes sobre las fronteras de Nueva Granada para invadirla por Casanare. Era, pues, la base ideal de la guerra. La venda que hasta entonces había cubierto los ojos de Bolívar, cayó. Por la primera vez, vio claro en el teatro de la guerra. Inmediatamente desistió de sus inconsistentes planes anteriores, y acordó con Piar tomar por base de operaciones la Guayana. En consecuencia, reconcentró en Angostura las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Saraza, y dejó a Monagas en los llanos de Barcelona, para que cubriese su frente, hostilizando al enemigo con incursiones frecuentes de guerrilla (abril de 1817). ¡La revolución venezolana estaba militarmente salvada, gracias a Piar!

IX

La guerra cambiaba de faz, y se metodizaba por una y otra parte. La base de operaciones de los realistas era al occidente, dueños de las costas de Sotavento, desde Coro hasta las de Barlovento en Cumaná, con el ejército de Caracas fuerte de cerca de 5.000 hombres avanzando sobre los llanos bajos de Barcelona. La zona de operaciones del ejército de Morillo eran los llanos altos, con las fronteras de Nueva Granada por base y su flanco izquierdo cubierto por el ejército de Caracas. Este era el teatro elegido por el general en jefe español para abrir la nueva campaña. Al efecto, las divisiones de La Torre y Calzada, fuertes de 4.000 hombres de tropas selectas, con 1.500 de caballería llanera, se habían reconcentrado en Guadalito, sobre el Apure, obligando a Páez a levantar el sitio de San Fernando (enero de 1817). El general republicano del Apure concibió el proyecto de atraer al invasor a su terreno, y derrotarlo sin combatir con su caballería irregular. Con tal objeto, desprendió una pequeña columna volante, con orden de hacerse perseguir hasta el punto por él elegido para librar la acción que meditaba. La Torre, que suponía a Páez muy débil, y le daba cuando más 300 hombres, cayó en el lazo. Púsose en marcha con todo su ejército, y el 28 de enero, al penetrar en una sabana extendida, llamada de las Mucuritas, se encontró con la división de Páez, fuerte de 1.100 hombres armados tan sólo de lanzas, de palos de albarico, cortados en los bosques de los llanos. El general español formó su infantería en columna cerrada, cubriendo las alas y la retaguardia con su caballería. Páez dividió su fuerza en dos

columnas ligeras de ataque y una más gruesa de reserva, con el propósito de separar a la caballería enemiga de la infantería, y cargó por los flancos, esquivando los fuegos de los batallones. La maniobra surtió el efecto calculado. Los escuadrones realistas, fiados en la superioridad numérica, se comprometieron desordenadamente en la persecución de los que al parecer huían. Repentinamente, los fugitivos volvieron caras, según sus instrucciones, y apoyados por su reserva, dispersaron toda la caballería enemiga. Páez, que tenía cincuenta hombres apostados en torno de la sabana mandó dar fuego a las altas pajas secas que la cubrían. El fuego cundió rápidamente en toda la llanura. En medio del humo del incendio, la caballería llanera llevó catorce cargas sucesivas sobre la infantería española, que formó cuadro para resistir. El círculo de fuego se estrechaba por momentos. La columna iba a perecer quemada. Por fortuna encontró un gran pantano donde se refugió con el fango hasta la cintura, y así pudo salvarse. Este famoso hecho de armas, que afirmó el crédito de Páez y el predominio militar de los llaneros en su terreno, lo hizo dueño de la zona entre el Arauca y el Apure, y lo puso en aptitud de invadir la provincia de Barinas amenazando la de Caracas. Páez completó su gloriosa campaña poniéndose voluntariamente a órdenes de Bolívar, con la sola condición de mantener con su ejército el territorio por él conquistado.

Morillo, que comprendía, como se ha visto, la importancia de la posesión de la Guayana, desprendió a La Torre con una fuerte división en su auxilio. En vez de apoyar este avance y dominar los llanos altos, mientras el ejército de Caracas dominaba los llanos bajos hasta Cumaná, el general en jefe español resolvió dirigirse con 3.000 hombres a la Margarita, volviendo a su punto de partida al tiempo de arribar con su expedición a las costas americanas. Desde este día, vese que ya Morillo no domina el teatro de la guerra, y en presencia de las primeras dificultades serias que lo rodean, se muestra lo que era, un general vulgar, que ha perdido las más elementales nociones militares.

La Torre se embarcó en San Fernando, descendió el Apure, penetró al Orinoco, dominado por la escuadrilla sutil de los españoles, y llegó sin obstáculos a Angostura. Piar, después de levantar el sitio de esta ciudad, habíase concentrado en las misiones de Coroní. La Torre se puso en campaña con el intento de quitárselas. Su plan era atraer a Piar a la margen izquierda del caudaloso Coroní, con falsas maniobras hacerle inutilizar sus caballos, contramarchar rápidamente a la Angostura, embarcar allí sus fuerzas e introducirse por la Guayana vieja a las misiones desguarnecidas, ocupándolas. El general negro penetró el intento del enemigo, y se propuso burlarlo. Se trasladó a la margen izquierda del río, dejando sus caballadas de refresco listas en la margen dere-

cha y se adelantó hasta cerca de Angostura. En la noche hizo encender grandes fogatas que dejó ardiendo y se replegó rápidamente a sus antiguas posiciones. La Torre, engañado, se lanzó a su empresa, según la había concebido, con 1.600 infantes y 200 jinetes bien armados y disciplinados. Piar lo esperó con 500 fusileros, 500 flecheros indígenas, 400 hombres de caballería y 800 indios de las misiones, armados de picas que colocó en segunda fila. Los dos ejércitos se encontraron en San Félix el 11 de abril de 1817. Los españoles, formados en tres columnas con las alas cubiertas por su caballería, avanzaron a paso de ataque y armas a discreción. Piar los recibió con una descarga de fusilería y una nube de flechas, y cerrando sus alas en semicírculo, envolvió su ala izquierda, inutilizando los fuegos de la infantería enemiga, que cargó cuerpo a cuerpo a pica y bayoneta. Fue un combate homérico al arma blanca. Los españoles fueron todos pasados a cuchillo. Sólo escaparon 17 hombres, entre ellos La Torre. El vencedor hizo matar 300 prisioneros tomados, perdonando a los criollos, que engrosaron sus filas. Cuando Bolívar regresó de los llanos con los últimos 500 hombres que le habían permanecido fieles, y que por el acuerdo anterior con Piar, se salvaron de ser destruidos por Morillo en su marcha sobre Margarita, encontróse dueño de la Guayana y al frente de una fuerza respetable. Este fue el núcleo del ejército que mantuvo la tercera guerra de Venezuela, y le dio el triunfo final, ¡gracias siempre a Piar!

X

La autoridad de Bolívar empezó a afirmarse. Piar y Bermúdez, sus antiguos enemigos, se le habían plegado. Las guerrillas de Saraza, Monagas y Cedeño, estaban a sus órdenes. Páez le prestaba obediencia. Sólo Mariño pretendía disputarle el mando supremo, comprometiendo la causa de la revolución en presencia del enemigo. Contaba con un ejército de 2.000 hombres y era dueño de la península de Paria, desde las bocas de Drago hasta Carúpano, y dominaba el Golfo Triste con una pequeña escuadrilla. Poseído de una ambición insana y mal aconsejado por el famoso tribuno Cortes Madariaga, demócrata exagerado, que pretendía dirigir la revolución con fórmulas legales y reminiscencias de Grecia y Roma, convocó un simulacro de congreso, conocido en la historia con la denominación de Congresillo de Cariaco, por su insignificancia y por el lugar en que se reuniera, el cual asumió la representación soberana de la nación y declaró reinstalada la república federal de Venezuela (8 de mayo de 1817). Componíanlo unos cuantos empleados, figurando entre los más caracterizados el intendente del ejército Francisco Antonio Zea y el almirante Luis Brión. Eli-

gieron una junta que desempeñase el poder ejecutivo, de la que formaba parte Bolívar, y Mariño fue nombrado "generalísimo". El objeto era anular la autoridad suprema de que estaba investido el Libertador. Morillo dio cuenta de esta farsa parlamentaria. En marcha a su expedición contra Margarita, atacó y tomó los puertos de Cariaco, Carúpano y Güiría, y echó a pique la escuadrilla patriota del Golfo Triste, apoderándose de nuevo de toda la península de Paria. Las fuerzas de Mariño fueron en gran parte destruidas, y sus prisioneros fusilados. Las divisiones que escaparon a la derrota, negaron obediencia al nuevo generalísimo, y resolvieron incorporarse al Libertador en Guayana, encabezadas por Urdaneta y por el coronel Antonio José Sucre, nombre que llenará la más gloriosa de las páginas de la emancipación sudamericana. Mariño se retiró a Maturín con el esqueleto de su ejército.

Empero, mientras los independientes no tuviesen el dominio absoluto de la navegación del Orinoco, la posesión de la Guayana era efímera. Bolívar intentó con tal objeto organizar una escuadrilla de flecheras; pero las fuerzas sutiles de los españoles eran muy superiores, y todos sus trabajos fueron vanos. Afortunadamente acudió en su auxilio Brión, que en Haití lo había puesto a flote y lo salvara en sus trances más apurados. El almirante puso a sus órdenes una flotilla, compuesta de cinco bergantines y algunas goletas, reforzada con cinco flecheras margariteñas al mando del capitán Antonio Díaz, mulato como Piar, hombre feroz y de un valor probado. Una parte de la escuadrilla española sostenía las dos plazas fuertes de la Guayana, a la sazón sitiadas —Angostura y la Guayana Vieja—, y la otra cerraba las bocas del Orinoco, al amparo de las fortalezas que las defendían. Brión hizo explorar las bocas del gran río con las cinco flecheras de Díaz. Sorprendidas en uno de sus canales por diecisiete flecheras realistas, éstas se apoderaron de dos de las embarcaciones republicanas. Díaz, con las tres flecheras restantes, empeñó un sangriento combate al abordaje, recuperó sus dos embarcaciones perdidas, tomó otras dos del enemigo, echando a pique cinco de ellas, obligó a los realistas a retirarse espantados ante tanto arrojo. Franqueado el paso, Brión forzó las fortificaciones a velas desplegadas, y remontó el Orinoco. Bolívar hizo construir una batería de costa, para proteger sus operaciones.

El general La Torre, al saber el avance de la flotilla de Brión, hallándose muy escaso de víveres, desesperó de sostenerse en Angostura, y se trasladó a la Guayana Vieja con 300 hombres útiles y los enfermos. Su situación no mejoró. Viose al fin obligado a evacuar también la Guayana Vieja, después de comer hasta los últimos cueros, embarcándose en su escuadrilla con los restos de su ejército, compuesto de 600 hombres y descender el río haciéndose a la mar con 32 velas. Los independientes quedaron de este

modo dueños de todo el territorio de la Guayana y de la navegación del Orinoco. Poco después, el héroe de la conquista de la Guayana moría en un patíbulo en el teatro de sus glorias.

Piar, que en el fondo de su alma altiva guardaba rencor contra Bolívar, por haberlo suplantado en la empresa de la Guayana, no obstante someterse a él, fue uno de los que más simpatizó con las tendencias del Congresillo de Cariaco, y conspiró, de acuerdo con Mariño, en el sentido de formar una junta de guerra que limitase la autoridad absoluta de Bolívar, con el objeto de apoderarse del mando en jefe, consiguiendo ganar a sus ideas a Arismendi, que era un ambicioso sin cabeza. El Libertador sofocó prudentemente esta tentativa de sedición, limitándose a consejos y amonestaciones privadas, que restablecieron su quietud. Piar, alarmado, solicitó una licencia para ausentarse, dando por pretexto sus enfermedades. Retirado en la villa de Upata, continuó sus trabajos disolventes. Bolívar le escribió amistosamente llamándole a la concordia. Piar no confió en estas seducciones, porque conocía el odio que Bolívar le profesaba, y fugó a Maturín, donde se puso de acuerdo con Mariño, para asumir una actitud independiente. La situación era peligrosa para el Libertador. Las tropas de la Guayana eran adictas a Piar, en su mayor parte, y compuestas de hombres de color, era de temerse una sublevación de raza, proyecto que se atribuía al general negro. Bolívar ordenó al general Cedeño, el compañero de Piar en la conquista de la Guayana, que lo prendiese. El hecho sólo de mandar prender a un general que se decía rebelado, prueba que, si el peligro era real, no era inminente. Piar, abandonado por sus compañeros, y seducido por las falaces promesas de Cedeño, según parece, no hizo resistencia, y fue arrestado. Conducido a la Angostura, fue procesado. Un consejo de guerra presidido por Brión, que de antemano tenía formulada la sentencia, lo condenó unánimemente a muerte (15 de octubre de 1817), y a ser degradado por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó el fallo, dispensando la degradación, que era un lujo de crueldad que deshonraba a los jueces y al sacrificador. Piar fue fusilado en la plaza mayor de Angostura, en presencia de todo el ejército formado (16 de octubre de 1817). El vencedor de San Félix murió con intrepidez como había vivido. Pidió por única gracia mandar su propia ejecución. No se le concedió. Al marchar al suplicio exclamó: "¡Conque no se me permite mandar mi ejecución!" Desde este momento se encerró en un sombrío silencio. Oyó leer su sentencia con desprecio, con una mano en el bolsillo, golpeando el suelo con el pie derecho, y mirando a su alrededor. Por dos veces se arrancó el pañuelo con que le vendaron los ojos. Se descubrió el pecho y recibió la descarga que puso fin a su gloriosa vida, con la serenidad que había mostrado en los combates. Su muerte afirmó la autoridad todavía vacilante

de Bolívar. Si no fue un acto justo, fue quizá un acto necesario, que sofocó la guerra civil en germen, que traía aparejada la disolución del ejército.

Quedaba todavía Mariño en armas. Este se mantenía distante a la cabeza de 400 hombres, en Cumaná. Bolívar comisionó a Bermúdez, el antiguo amigo de Mariño, para que le prendiese al frente de su cuerpo de tropas, como había encargado a Cedeño el arresto de Piar. Mariño, abandonado por los suyos, fue desterrado por empeños de Bermúdez. Bolívar quedó imperante y sin émulos. Su autoridad no estaba todavía bien consolidada, como luego se verá.

Capítulo XLII

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA (CONTINUACION). REORGANIZACION VENEZOLANA

1817-1819

Expedición de Morillo contra Margarita. — Resistencia de los margariteños. — Famosa acción del "Cerro de Matasiete". — Valerosa defensa de "Juan Griego". — Morillo desiste de la empresa de subyugar a Margarita. — Nueva política del pacificador. — Nuevo aspecto de la guerra. — Armas en balanza. — Los ejércitos beligerantes. — Bolívar apela a la opinión pública. — Bolívar y Pueyrredón, venezolanos y argentinos. — Principio de reforma política. — Bolívar abre la campaña. — Derrota de Saraza en la Hogaza. — Reunión del ejército de Angostura y del Apure. — Extraordinario pasaje del Apure por Páez. — — Morillo sorprendido en Calabozo. — Célebre retirada de Morillo. — Acción del Sombrero. — Invasión de Bolívar a los valles de Aragua. — Contrastes que sufre. — Se retira a los llanos. — Batalla de La Puerta o Semen. — Toma de San Fernando por Páez. — Bolívar al frente de un nuevo ejército. — Retirada de los realistas vencedores. — Acción de Ortiz. — Nuevo plan de Bolívar para invadir a Caracas por el occidente. — Derrota de Páez en Cojedes. — Aventura de Bolívar. — Sorpresa de Rincón de los Toros. — Derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos. — Derrota de Morales por Páez en el Guayabal. — Descrédito de Bolívar. — Crítica militar de la campaña. — Bolívar convoca un congreso constituyente. — Su plan constitucional. — Es nombrado presidente de la república. — Se pone en campaña.

I

Dejamos a Morillo en marcha al frente de tres mil hombres con el objetivo de subyugar la isla de Margarita. El gobierno español daba la mayor importancia a la posesión de esta isla, y como se ha visto, fue la primera operación que en sus instrucciones encargó al general expedicionario. La sumisión de Arismendi le había dado su dominio pacífico, pero la tercera insurrección de los isleños, a que se siguió la expedición de los Cayos y la invasión de la Guayana, le hicieron volver a su punto de partida, por considerar, según él mismo lo decía, que "en Margarita estaba la raíz del mal". El gobierno español, por su parte, perseverante siempre en su idea, despachó por este tiempo desde la península una expe-

dición de dos mil ochocientos hombres, al mando del general José Canterac —el mismo a quien hemos visto figurar en el Perú— destinada a diferentes puntos de América, con el encargo de apoderarse de paso de la isla rebelde. Canterac se encontró con Morillo en el puerto de Barcelona, a tiempo que Bolívar tomaba el Orinoco por base de operaciones. En vez de aprovechar este oportuno auxilio para dar el impulso continental que debía decidir la cuestión, persistió en su resolución, aconsejado por despecho más que por cálculo. Empero, antes de lanzarse a su empresa, se posesionó de la península de Paria, expulsando de ella al ejército de Mariño, que hasta entonces la dominaba, en cuya ocasión barrió con sus armas el Congresillo de Cariaco, según antes se explicó, con lo que prestó un doble servicio a la causa de la independencia, suprimiendo los obstáculos para la unidad del mando en la persona del Libertador Bolívar.

La estéril isla de Margarita, que hasta de agua potable carecía, estaba arruinada y despoblada y sus habitantes en esta época apenas alcanzaban a 13.000. La expedición destinada a subyugarla, se componía de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, con 3.000 hombres de desembarco de las mejores tropas españolas. Los margariteños sólo podían oponer a la invasión, 1.300 hombres mal armados, de los cuales 200 eran de caballería y unos pocos artilleros. Brión, que hasta entonces protegía la isla con su flotilla, habíase retirado de sus aguas con el intento de penetrar en el Orinoco de manera que la marina de la isla se reducía a tres grandes flecheras y una balandra. Mandaba los insurrectos isleños, en ausencia de Arismendi, el general Francisco Esteban Gómez, teniendo por jefe de estado mayor el coronel Joaquín Maneiro. Morillo efectuó su desembarco bajo fuego (17 de julio de 1817). El coronel Maneiro, con 450 hombres, favorecido por el terreno, opuso una vigorosa resistencia, causando gran daño a la división de Canterac, quien aseguraba que con sólo presentarse sus tropas vencerían a los insurrectos. El pacificador dirigió una proclama a los margariteños, ofreciéndoles perdón si deponían las armas, y que de lo contrario "no quedarían cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes, empeñados en su exterminio" (julio 17). El general Gómez rechazó el perdón, y apercibido a la resistencia fortificó los puntos más ventajosos de la isla, formando en las alturas grandes montones de piedra a falta de municiones.

Porlamar fue el primer punto atacado por el ejército expedicionario, reunido en combinación con su escuadra. Los independientes, imposibilitados de sostener el castillo, lo evacuaron combatiendo, después de clavar su artillería y ponerle fuego (22 de julio de 1817). En seguida se apoderó Morillo del castillo de Pampatar (24 de julio). Los insurrectos se encontraron en La Asun-

ción. Los españoles ocuparon el cerro de Matasiete, que domina la ciudad y sus cercanías, y maniobraron en el sentido de interponerse entre ella y la Villa del Norte. En este punto se trabó la acción que ha hecho famoso el nombre de Matasiete en los fastos venezolanos (31 de julio). Los independientes no alcanzaban a 500 hombres, mientras que los españoles eran 2.000 infantes y 600 de caballería; pero favorecidos por los bosques y lo escabroso del terreno que habían fortificado con reductos, fosos y parapetos, pelearon con obstinación por el espacio de más de siete horas, desde las 8.30 de la mañana hasta las 4 de la tarde, quebrando al enemigo y causándole grandes pérdidas. Morillo durmió sobre el campo de batalla, pero al día siguiente viose obligado a emprender su retirada a Pampatar.

Rechazado Morillo por el frente, propúsose atacar las posiciones enemigas por el norte, y se posesionó del pueblo de San Juan con el grueso de sus fuerzas, ocupando una garganta que interceptaba las comunicaciones entre la Asunción y el puerto de Juan Griego, donde los margariteños abrigaban su flotilla. Este punto estaba defendido tan sólo por 200 hombres, y fue tomado después de una heroica resistencia, volando en medio del combate el parque de los independientes por la explosión de una mina que tenían preparada para el último extremo (8 de agosto). Los dispersos se refugiaron en una laguna, y resistiendo rendirse, fueron todos pasados a cuchillo. El mismo Morillo presidió la matanza, atravesando 18 hombres con su espada. Este sitio fue bautizado con el nombre de Laguna de los Mártires Margariteños que conserva. El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte que Juan Griego. El general Gómez se reconcentró con sus restos a la Villa del Norte, sosteniéndose en la Asunción. Al fin hubieran sucumbido los margariteños, pero las noticias alarmantes que recibió Morillo, del estado de la guerra en el continente, lo obligaron a desistir de su empresa, al cabo de un mes de campaña, y se retiró, humillado, con mil hombres de pérdida y 700 enfermos. La isla, que el general español había dicho en su proclama de que "no quedarían ni cenizas, ni memoria de sus rebeldes", quedó triunfante, y el pabellón independiente quedó por siempre enarbolado en ella.

II

Morillo, de regreso al continente con los restos de su expedición (20 de agosto de 1817), se dirigió a Caracas, después de afirmar su dominio militar en la península de Paria. Desde entonces inició un nuevo plan político. Publicó un indulto general y una amnistía; abolió el tribunal de secuestros y los consejos de guerra permanentes; restableció las leyes de la monarquía española, sus-

pendida; entregó a la audiencia y a los tribunales civiles la administración de justicia, y en sus formas, al menos, desapareció el despotismo militar que él mismo había fundado. En seguida se contrajo a la guerra continental que había descuidado por su mal aconsejada expedición contra Margarita.

El aspecto de la guerra había cambiado con la ocupación de la Guayana, los progresos de Páez en los llanos altos, y la consolidación de la autoridad de Bolívar. El general republicano del Apure había invadido la provincia de Barinas y ocupado su capital, derrotada en San Carlos una gruesa división que la defendía, y fusilado los primeros europeos en retaliación, entregando a saco el pueblo. Los llanos estaban inundados, y no era posible abrir campaña por esta parte. Bolívar, sólidamente establecido en la línea del Orinoco, había engrosado la división de Saraza, con infantería, haciéndola avanzar hasta el linde de los llanos de Caracas, para apoyar el flanco derecho de Páez. Monagas ocupaba parte de la provincia de Barcelona. Bermúdez, situado con otra división en Maturín, dominaba el interior de la provincia de Cumaná. El Libertador, protegido por la barrera del Orinoco, y cubierto todo su frente, organizaba un ejército de reserva a retaguardia. Las armas estaban balanceadas, pero las cabezas de los generales que la dirigían oscilaban. Morillo, sin plan de campaña preconcebido esperaba ser atacado, sin atinar por dónde, aunque con la decisión de tomar la ofensiva, y lo mismo sucedía a Bolívar. Las operaciones de los beligerantes, comentadas por sus propios documentos, pondrán en evidencia este equilibrio dinámico y esta incertidumbre moral.

El ejército realista, que operaba en Venezuela, aparte de las fuerzas que ocupaban la Nueva Granada, e incluyendo las fuerzas conducidas por Canterac, que siguió su marcha al Perú con algunos cuadros, constaba de nueve batallones y doce escuadrones con su correspondiente artillería, organizado en cuatro divisiones de maniobra. Una división de tres batallones y un escuadrón guarnecía a Caracas y sus alrededores. El general La Torre, con dos regimientos de infantería y dos escuadrones peninsulares, ocupaba la posición del Sombrero, sobre el río Guarico, en defensa de los llanos bajos de Caracas. El general Juan Aldama, con dos batallones y tres escuadrones, cubría la línea del bajo Apure, sosteniendo a San Fernando por su derecha. Calzada, con una división de caballería, compuesta de un batallón y varios escuadrones organizados a la usanza del país, disputaba la provincia de Barinas no ocupada por Báez, a retaguardia de San Fernando. Ochocientos hombres defendían la península de Paria y las plazas de Cumaná y Barcelona. El resto de las fuerzas estaba distribuido en las fortalezas de las costas de Sotavento, desde Puerto Cabello hasta Coro y Maracaibo.

En el orden político, también el aspecto de las cosas había variado un tanto del lado de los republicanos. Bolívar, dueño del

poder, sintió la necesidad de regularizar su autoridad y de agregarle las fuerzas morales de la opinión, como lo había sentido antes en Caracas en medio de los triunfos de la reconquista. Era hasta entonces la única gran figura que llenaba la América. San Martín aparecía entonces en el escenario. En vista del paso de los Andes por el vencedor de Chacabuco, el director de las Provincias Unidas del Río de la Plata se dirigía a él como el representante de la revolución del norte, y a los venezolanos como a sus decididos sostenedores. "La América y el mundo —decía el director al Libertador— saben ya que bajo su influjo, renace de sus propias ruinas, siempre ilustre y gloriosa, y que sus opresores, uncidos al carro del triunfo de su libertador, expían los crímenes con que han manchado el suelo colombiano." Y dirigiéndose el director argentino a los venezolanos, les decía: "Llegará el día en que, coronadas de laureles, vayan a unirse nuestras armas triunfantes, llevando desde los extremos del continente austral al centro oscuro donde mora, como en sus últimas trincheras, el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad, la libertad, objeto de tantos anhelos y de tantos trabajos." Bolívar contestaba: "V. E. hace a mi patria el honor de contemplarla como un monumento solidario, que recordará a la América el precio de la libertad. Venezuela, consagrada toda a la santa causa de la independencia, ha considerado sus sacrificios como triunfos. La sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en aras de la patria. No he sido más que un instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. El pueblo argentino es la gloria del hemisferio de Colón, y el baluarte de la independencia americana. Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración." Y dirigiéndose a su vez al pueblo argentino, le decía: "Vuestros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa carrera que, desde 1810, ha hecho recobrar a la América la existencia política. En todo hemos sido iguales. Sólo la fatalidad, anexa a Venezuela, la ha hecho sucumbir. Ocho años de combates, de sacrificios y ruinas, han dado a nuestra patria el derecho de igualarse a la vuestra, aunque infinitamente más espléndida y dichosa. ¡Habitantes del Plata!: La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles, haya extinguido los últimos tiranos que profanan sus suelos, entonces os convidará a una sociedad, para que vuestra divisa sea UNIDAD, en la América meridional." Tenía que responder a esta espectabilidad y aceptar ante el mundo la responsabilidad que le correspondía, revistiéndose de formas regulares.

Como acto preparatorio de la convocación de un congreso y como medio de suplir a su ausencia, organizó, a la vez que una

alta corte con la plenitud del poder judicial, un consejo de estado, con carácter facultativo y legislativo. Manifestó en el acto de su instalación (30 de octubre de 1817), que la dictadura había sido una necesidad de las circunstancias, como la única posible en tiempos calamitosos; que la república había existido sin leyes y sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, ni más principio que la independencia; pero que el tercer período de Venezuela presentaba un momento favorable para poner al abrigo de las tempestades el arca santa de la constitución, y presentarse ante el mundo con un centro fijo de autoridad que diera garantías a los extraños y confianza a la nación. "El gobierno que, en medio de tantos escollos, no contaba antes con ningún apoyo, se hallará en lo futuro protegido, no sólo por una fuerza efectiva, sino sostenido por la primera de todas las fuerzas: la opinión pública."

La guerra y la política marchaban de frente, en líneas paralelas por una y otra parte.

III

Hechos estos arreglos políticos y administrativos, Bolívar remontó el Orinoco, y tomó tierra sobre su margen izquierda, a 156 kilómetros de Angostura. Era su plan reunirse a la división de Saraza, situada en los lindes de los llanos altos de Caracas, y atacar a Morillo donde lo encontrase, si no conseguía atraerlo a su terreno. Movido, más por su inspiración que por el cálculo, soñaba con marchar en triunfo hasta Caracas, que era siempre su objetivo. "Las tropas de Saraza —decía— pueden alcanzar a 2.500 hombres y 1.500 que yo llevo de tropas escogidas y disciplinadas, el suceso es infalible contra Morillo, si logramos la fortuna de alcanzarlo. Así, he determinado marchar en su busca yo mismo, para destruirlo. Todo nos promete una completa victoria. En el caso de que los enemigos sean superiores en número, me retiraré." Al mismo tiempo, Páez debía llamar la atención del enemigo por la parte de Barinas, y converger al punto estratégico, que era siemre Caracas. A Brión, le escribía: "Yo marcho a reunirme a Saraza, y espero participar bien pronto la destrucción del pequeño y miserable cuerpo, único que puede presentar el enemigo después de haber agotado sus esfuerzos y recursos." A Saraza le decía, refiriéndose a la división enemiga situada en el Sombrero: "La Torre viene buscando ver repetir la escena de San Félix. Sin embargo de que yo creo que su división es suficiente para destruir ese miserable cuerpo, será muy conveniente evite comprometer una batalla antes de reunirnos." Las divisiones de Bermúdez en Cumaná, y Monagas en Barcelona, debían, mientras tanto, cubrir el flanco derecho en

observación del enemigo sobre la costa hostilizada, y servir de punto de apoyo en caso de un contraste.

El plan no era mal concebido como irrupción sobre el centro de la línea realista, pero a condición de que los enemigos permaneciesen inactivos y sus divisiones diseminadas como se hallaban. Además, reposaba sobre un supuesto falso, cual era la debilidad numérica del ejército español, que una vez reconcentrado era invencible por la calidad de sus tropas. Por lo demás, tan ignorante se hallaba un general como otro de sus respectivas posiciones como de sus planes. Por lo que respecta a Morillo, no tenía plan ninguno, sino impedir la reunión de la caballería de Páez con el ejército de operaciones de Bolívar. En consecuencia, se situó en Calabozo como punto central del teatro de la guerra, defendiendo el llano y cubriendo los valles de Caracas, con la división de La Torre avanzada sobre el Sombrero, según antes se explicó. La Torre se hallaba ignorante de la posición y fuerzas de Saraza, como éste de las del enemigo; pero noticioso del movimiento de Bolívar, se propuso batir separadamente los dos cuerpos de ejército, antes que operasen su reunión. Con 1.100 infantes y 300 jinetes, se puso en marcha sobre Saraza, que era un guerrillero valiente, pero incapaz de combinar una operación ni dirigir un combate regular. Sorprendió la vanguardia independiente, se encontró con el grueso de la columna fuerte de más de 2.000 hombres, en el sitio llamado de la Hogaza, sobre la margen izquierda del río Monapire, afluente del Orinoco, y la batió ignominiosamente degollando toda su infantería y dispersando toda su caballería (2 de diciembre de 1817). Los republicanos dejaron en el campo tres cañones, 1.200 muertos, sus banderas y una imprenta. La pérdida de los realistas no alcanzó a 200 entre muertos y heridos, contándose entre éstos el general La Torre.

El plan de Bolívar había fracasado, y se vio obligado a repasar el Orinoco. En Angostura reforzó su columna, dispuso que Monagas se le incorporara, y embarcándose de nuevo, resolvió unir sus fuerzas con las de Páez, quien prudentemente se había retirado de San Fernando ante el avance de Morillo en Calabozo y el amago simultáneo de la división de La Torre. Este era el plan indicado, que el Libertador ejecutó en un principio con audacia y felicidad, pero cuyos resultados no correspondieron a sus esperanzas ni a las ventajas que alcanzó, por los grandes errores tácticos que cometiera, como se verá luego. Reunido Bolívar con Páez, encontróse al frente de 2.000 infantes y 2.000 soldados de caballería, y se puso en marcha sobre San Fernando. Tenía que atravesar el Apure, y Páez le había ofrecido embarcaciones para efectuar el pasaje. Llegados a la línea del río, Bolívar observó que todas las canoas estaban en la ribera opuesta, bajo la protección de una cañonera y tres flecheras artilladas. Estaba vestido con un dormán verde

ceñido con tres órdenes de botones y alamares rojos, polainas de llanero y un casco de dragón en la cabeza, que un comerciante de Trinidad le enviara como modelo. En la mano llevaba una lanza corta con banderola negra y en ella, debajo de una calavera y dos canillas cruzadas, el lema: "Libertad o muerte", —"¿Dónde tiene Vd. esas embarcaciones?, preguntó a Páez. —Ahí están, contestó éste, señalando las embarcaciones enemigas. —¿Y cómo las tomaremos? —Con caballería. —¿Y dónde está aquí esa caballería de agua?" Páez por toda respuesta se volvió a su guardia de honor, y separando cincuenta hombres mandados por el coronel Francisco Aramendi, se puso a la cabeza gritándoles: "—¡Al agua, muchachos! ¡Sigan a su tío!" Picando espuelas a su caballo se lanzó al agua seguido de sus soldados, nadando contra la corriente con lanza en mano, a la vez que daban gritos para ahuyentar los caimanes que los rodeaban. La escuadrilla rompió el fuego, pero al ser abordada, su tripulación se echó al agua llena de espanto. Páez condujo en triunfo catorce embarcaciones tomadas de este modo. El Libertador asombrado exclamó: —"¡De no haberlo visto, no lo creería!"

Bolívar se detuvo poco en San Fernando, donde continuaban sosteniéndose los realistas y se limitó a establecer el bloqueo. Su objeto era marchar rápidamente sobre Morillo sin pérdida de tiempo. El general español estaba a oscuras de los movimientos de los independientes, y al recibir aviso de su aparición en los llanos, reunió apresuradamente en Calabozo 1.600 infantes y 300 jinetes, con las tres piezas tomadas a Saraza en la Hogaza (10 de febrero de 1818). Disponíase a marchar en auxilio de San Fernando, cuando a las 8 de la mañana del 12 de febrero, se le presentó el ejército republicano y desplegó en batalla en orden de columnas formando un semicírculo en la llanura. Fue una sorpresa. A los primeros tiros de las avanzadas, Morillo montó a caballo, y formando su ejército en tres columnas sobre la villa, se adelantó a sostener sus escuadrones de vanguardias que huían acuchillados por la espalda, siendo envuelto él en su fuga. Una compañía de cazadores españoles del regimiento de Navarra, sostuvo valerosamente la retirada, pereciendo entera. Los republicanos no dieron cuartel. Morillo se encerró en Calabozo, fortificado con cuatro reductos angulares y una casa fuerte. Bolívar le intimó rendición, diciéndole que perdonaría hasta a Fernando VII, si se hallara en la plaza. En seguida se replegó quince leguas a retaguardia para dar descanso a sus tropas. Aquí terminan los sucesos felices de esta campaña, tan brillantemente iniciada, y empiezan los desaciertos.

El general español, en la difícil situación en que se encontraba, sin caballería y sin víveres, resolvió emprender la retirada fiado en la solidez de sus batallones. Enterró su artillería, hizo pedazos 800 fusiles, trofeos también de la Hogaza, y en la noche del 14 de

febrero se puso en marcha, con sus heridos, enfermos y bagajes en dirección al Sombrero sobre la margen del Guarico. Para llegar a ese punto tenía que atravesar ciento cuatro kilómetros de un campo quemado cubierto de cenizas y sin agua. Morillo marchaba a pie a la cabeza de las columnas. Bolívar se puso con su caballería en seguimiento del enemigo con ocho horas de retardo, ordenando a su infantería que le siguiera. El día 15 a las doce, dio alcance a la columna realista, que se había detenido a beber en el arroyo de Oriosa, que cruza el camino que llevaba. La caballería patriota dio varias cargas, que fueron rechazadas, y procuró entretener al enemigo a la espera de la infantería, que llegó al anochecer. Los españoles se formaron entonces en tres columnas cerradas y continuaron su marcha en actitud imponente. Al día siguiente llegaba Morillo al Sombrero. Allí empezaba el país montuoso. La caballería republicana estaba inutilizada por las rápidas marchas, y neutralizada por la naturaleza del terreno. El ejército español se estableció en la margen derecha del Guarico, cuyas barrancas escarpadas cubiertas de bosque hacían inexpugnable su posición. La pérdida de los españoles en esta célebre retirada de treinta horas, fue de cien rezagados, que fueron muertos por los patriotas.

En el Guarico cambió la escena. Las tropas republicanas sedientas, se precipitaron al río y fueron fusiladas por los realistas. Bolívar atacó la posición por el frente, y fue rechazado con pérdida de cien hombres. Intentó llevar el ataque por un flanco, y fue igualmente rechazado (16 de febrero). Morillo continuó en la noche su retirada hacia los valles de Aragua, desde donde dictó sus disposiciones para reconcentrar su ejército diseminado. La campaña estaba terminada sin ningún resultado decisivo, y se abría una nueva en condiciones más desventajosas para los republicanos.

IV

Después de ocupar momentáneamente la posición de Sombrero abandonada, Bolívar retrogradó a Calabozo. Empeñado siempre en su idea de marchar sobre Caracas, tuvo allí una conferencia borrascosa con Páez. El general llanero sostenía que no debían abrirse operaciones ofensivas, sin asegurar la base de operaciones, y que dejar a retaguardia una plaza fortificada como la de San Fernando, con acceso fluvial sobre la Guayana, era perder los llanos que ocupaban. Por último, que la caballería no podría operar con ventaja en los valles, hallándose por otra parte mal de elementos de movilidad. Que lo primero era tomar a San Fernando. Bolívar, aunque no convencido, condescendió con el plan de su teniente, dejándole marchar con su división; pero él, encaprichado siempre con su idea, convertida en manía, permaneció en Calabozo con tres

batallones bisoños que sumaban 1.000 hombres y 1.200 de caballería. Con esta fuerza invadió los valles de Aragua. La población lo recibió con entusiasmo, y levantó allí un nuevo batallón de 500 plazas. Estableció una reserva en Victoria a órdenes de Urdaneta, hizo adelantar toda la caballería con 200 infantes hasta la Cabrera, con orden de fortificarse allí, y con el grueso de sus fuerzas se propuso batir a La Torre, que aún no se había incorporado a Morillo con su cuerpo de ejército (marzo 12). Morillo, reconcentrado en Valencia, llamado a sí el cuerpo de La Torre y la división que operaba en Barinas, tomó la ofensiva. Sorprendió en la Cabrera a Saraza, cuyo flanco izquierdo había quedado descubierto; batió en Maracay la división de Monagas, que ocupaba el camino de Caracas, y avanzó sobre Victoria (14 de marzo). Bolívar estaba perdido. Viose obligado a emprender su retirada a los llanos que el enemigo amenazaba cortarle (marzo 15).

El ejército republicano hizo alto en La Puerta, lugar dos veces funesto para sus armas, y que debía serlo por tercera vez (marzo 16). El Libertador, en vez de continuar la retirada, que era su única salvación, se decidió a dar una batalla. Contaba sólo con 2.000 hombres, de ellos 1.000 de infantería. El terreno que eligió fue una extensa llanura rodeada de bosques y cubierta de paja, y limitada al sur y al norte por montes elevados, que forman una garganta que da salida a los llanos altos, razón por que se llama La Puerta, según antes se explicó. Tenía al frente una cañada barrancosa por la que corre el río Semen, que dio su nombre a la jornada. Morales, que se había avanzado con la vanguardia realista, inició el ataque a las 6 de la mañana del 16 de marzo, y aunque combatió valientemente, fue deshecho con pérdida de 600 hombres. Morillo al ruido de la fusilería, acudió presurosamente con dos batallones, y desplegando en la llanura contuvo con sus fuegos a la caballería republicana triunfante. Apoyado sucesivamente por su reserva, cargó al frente de un escuadrón de artillería volante, y aunque malamente herido de un balazo, hizo flamear una bandera tomada en la pelea, y exhortó a sus tropas a completar la victoria. El ejército republicano desapareció como el humo del combate, dejando en el campo más de 400 muertos y 600 heridos. Bolívar perdió en esta batalla hasta sus papeles, y parece que había perdido hasta la cabeza. Furioso y desesperado, había prodigado su persona en lo más recio del combate, como si buscase la muerte, comprendiendo tal vez la enorme responsabilidad que sobre él pesaba por las inmensas faltas cometidas persiguiendo una empresa insensata, sin poner siquiera los medios para evitar una catástrofe.

Afortunadamente Páez se había posesionado de la plaza de San Fernando, tenazmente defendida (6 de marzo), y apoderádose de 20 piezas de artillería, 18 buques de guerra y 63 flecheras con 400 prisioneros, matando o dispersando el resto de la guarnición,

que al principio constaba de 650 hombres. El general llanero, unido con la división de Cedeño, que había permanecido en el alto Orinoco, acudió en auxilio del Libertador, y se reunió con él a inmediaciones de Calabozo. La campaña estaba restablecida. La Torre, que había tomado el mando del ejército vencedor en Semen, al llegar a Calabozo se encontró con otro ejército tan fuerte como el suyo, con una caballería que dominaba el llano y que no podía contrarrestar. A la vez, viose obligado a replegarse a las montañas de Ortiz sobre el río Poga, cubriendo la entrada de los valles. Bolívar y Páez, con 2.000 jinetes y 800 infantes, marcharon en su busca. El jefe español, después de distribuir convenientemente sus fuerzas, habíase situado en unas alturas con 950 infantes y un escuadrón de caballería. Bolívar se empeñó en forzar la posición por el frente (26 de marzo). Al cabo de cuatro horas de fuego, consiguió ocupar una de las alturas; pero los españoles se replegaron en orden a otra más fuerte. Páez hizo echar pie a tierra a 200 hombres de caballería para reforzar la infantería; pero fue rechazado con grandes pérdidas. La Torre se retiró prudentemente a la villa del Cura. Dueño del terreno, Bolívar se encontró derrotado. Un simple movimiento de flanco ocupando con la caballería la espalda de la débil división realista, le habría dado probablemente el triunfo; pero estaba escrito que esta campaña, bien concebida y felizmente iniciada, debía terminar desastrosamente por una serie no interrumpida de errores.

V

Rechazado Bolívar por el oriente y por los valles y montañas del sur, no desistía de su empeño de penetrar en Caracas, y se propuso efectuarlo por el occidente, siguiendo el itinerario de la reconquista por la prolongación de la cordillera oriental que divide a Venezuela en dos zonas con las costas de sotavento a un lado y las de barlovento al otro. En consecuencia, después del rechazo de Ortiz, se replegó a Calabozo, y dispuso que Páez abriese operaciones ofensivas por la parte de San Carlos. En previsión de este movimiento, La Torre se había concentrado en San Carlos y sus alrededores con cerca de 4.000 hombres, interponiéndose entre las columnas de Bolívar y de Páez con sus reservas en Valencia. El general llanero, contagiado por la manía de las batallas, sin contar con más de dos batallones que apenas alcanzaban 350 plazas y cinco escuadrones, esperó en Cojedes el ataque que le traía el enemigo con fuerzas superiores y mejor disciplinadas. Concibió un racional plan de combate, pero como él mismo lo ha dicho refiriéndose a este momento, no hay hombre cuerdo a caballo. Arrebatado por la sangre, cargó impetuosamente a la cabeza de uno de

sus escuadrones, arrolló un ala del enemigo, pasó a retaguardia de la línea rompiendo un batallón que se hallaba en reserva; pero al volver sobre sus pasos, su ejército había desaparecido. La infantería republicana, que peleó valientemente rompiendo el fuego a tiro de pistola, fue deshecha y degollada, y la caballería que la acompañaba huyó cobardemente (2 de mayo de 1818). Páez quedó dueño del campo y derrotado, y se retiró a San Fernando del Apure con los restos que pudo reunir, que no alcanzaban a la mitad de las fuerzas con que había abierto su campaña.

Bolívar, mientras tanto, sin darse cuenta de las maniobras de La Torre o ignorándolas, y a fin de combinar sus operaciones con las de Páez, trasladóse al occidente de Calabozo a un lugar llamado Rincón de los Toros, entre los ríos Tizcano y Chiguas, afluentes del Portuguesa. En este punto estableció su campamento con 600 infantes y 700 jinetes, destacando la división de Cedeño para cubrir su retaguardia en los llanos que abandonaba. Allí se encontró rodeado de partidas enemigas, que eran dueñas de toda la campaña. Una columna destacada por Morillo a órdenes del comandante Rafael López, tenía por especial encargo impedir su reunión con Páez, y atacarlo donde lo encontrase. Al acercarse al Rincón de los Toros, cogió un prisionero que le informó del lugar donde se encontraba Bolívar a larga distancia de su campamento, dándole el santo y seña. El capitán español Javier Renovales se ofreció a penetrar con 30 hombres al campo republicano y matar a Bolívar, mientras López atacaba la descuidada división. La noche era de luna. La partida realista llegó a las 4 de la mañana hasta la inmediación de la mata o bosque donde se hallaba el Libertador con su estado mayor, que dormía en hamacas colgadas en los árboles. Renovales se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, jefe de estado mayor, a tiempo que la luna se ocultaba en el horizonte, y rindiendo santo y seña, siguió adelante. Al llegar a la mata, la partida hizo fuego sobre las hamacas. El Libertador, que estaba despierto, se incorporó, y las balas pasaron por encima de su cabeza. Corrió a tomar su caballo, que huyó espantado por los tiros. En la oscuridad no acertó a dirigirse a su campamento, y se internó en un espeso bosque, donde vagó toda la noche solo y a pie, despojándose de su gorra y dormán para no ser conocido (abril 17). Al día siguiente fue encontrado por los dispersos de su división, que había sido sorprendida y destrozada. Pidió un caballo, y todos se lo negaron, hasta que un soldado le dio el suyo, quedando a pie, sin dar su nombre, y sólo un año después pudo descubrir por casualidad quién había sido el que lo auxilió en tan duro trance. Procuró reunirse con Páez, y erró durante tres días por las márgenes del Portuguesa, con una escolta de cuarenta hombres. Al fin se dirigió a San Fernando, adonde llegó enfermo

y triste, pero no desalentado. Allí se encontró con Páez derrotado, y dictó medidas para levantar nuevos cuerpos.

No habían terminado aún los desastres de esta campaña, por consecuencia de los errores del general. Incurriendo en la misma falta que cuando dio a Saraza el mando de una fuerte división avanzada que era incapaz de manejar, confió a Cedeño, tan incapaz como el derrotado en la Hogaza, una columna de 1.000 jinetes y 300 infantes, con encargo de dominar los llanos de Calabozo. Morillo, que después de las ventajas alcanzadas, había dispuesto que Calzada con su división maniobrase sobre el Apure, dispuso al mismo tiempo que Morales con una gruesa columna ocupase los mismos llanos. Cedeño esperó al enemigo en el cerro de los Patos, a 10 kilómetros de Calabozo, y fue batido tan ignominiosamente como Saraza en la Hogaza, con pérdida de toda su infantería y dispersión de toda su caballería (20 de mayo). Apenas doscientos hombres se salvaron. Morales, ensoberbecido con su victoria, avanzó hasta el Guayabal, a 15 kilómetros de San Fernando. Páez atravesó el Apure al frente de su guardia de honor, y le sorprendió y derrotó completamente, obligándolo a replegarse a Calabozo (28 de mayo de 1818). Era la estación de las lluvias y los ríos salidos de madre habían inundado los llanos, convirtiéndolos en un inmenso lago. Los beligerantes se pusieron en cuarteles de invierno.

La campaña estaba terminada. El ejército con que se abriera no existía. Toda la infantería había desaparecido; el armamento estaba destruido y las municiones agotadas. De todas las conquistas del año anterior, los independientes sólo ocupaban la plaza de San Fernando. El Libertador había perdido, juntamente con su ejército, su crédito como general y su autoridad moral como gobernante. Sólo quedaba en pie el núcleo del ejército del Apure y la base de operaciones de la Guayana conquistada por Piar.

La situación del ejército realista no era mucho mejor, a pesar de sus triunfos. Morillo contaba todavía con doce mil hombres diseminados en Venezuela y Nueva Granada; pero sus fuerzas vivas estaban gastadas. El mismo lo reconocía. "Estamos entregados a la más espantosa miseria, sin dinero, sin armamento, sin víveres, y sin esperanza de poder variar la suerte. Doce batallas campales consecutivas en que han quedado muertos en el campo de batalla las mejores tropas y jefes enemigos, no han sido bastante para exterminar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la guerra."

La escuadra española estaba desmantelada en Puerto Cabello, y los corsarios argentinos y venezolanos dominaban el mar de las Antillas, con los puertos de Margarita por centro de operaciones. Bolívar había contribuido a este resultado, quebrando el nervio de la más poderosa expedición que la metrópoli hubiera hecho para sojuzgar a sus colonias rebeladas; pero la responsabilidad que sobre el Libertador pesaba por sus errores, era inmensa. Todos atri-

buían, y con razón, el desgraciado éxito de las operaciones a la mala dirección de la guerra. El tiempo, que ha agrandado su gloria, ha confirmado este juicio de sus contemporáneos.

Un juicioso historiador colombiano, admirador del genio de Bolívar, ha hecho la crítica de esta campaña con tanta justicia, como severidad. Prescindiendo de la derrota de Saraza en la Hogaza, de que es responsable por imprudencia, pero que fue reparada por su rapidez en reunirse con el ejército del Apure y la feliz sorpresa de Morillo en Calabozo, hechos que le hacen grande honor, todos los desastres que se siguieron son consecuencia de sus errores. Después de haber experimentado en la marcha hacia el Sombrero y en el paso del Guarico la superioridad de la infantería española, cuando 1.400 hombres en retirada no pudieron ser destruidos ni aun conmovidos por todo el ejército independiente en las llanuras con una caballería muy superior, no debió empeñarse en perseguir a Morillo en las montañas, donde aquella superioridad —aparte de la numérica— era mayor, y su arma principal se utilizaba. La situación falsa en que se colocó en los valles de Aregua, donde podía ser cortado y destruido enteramente por fuerzas muy superiores y de mejor calidad, agravada por el avance de su vanguardia sobre Valencia y camino de Caracas con su flanco y retaguardia descubiertos, son errores que no tienen explicación militar. La batalla de Semen o La Puerta, innecesariamente comprometida, cuando pudo retirarse a los llanos haciendo la guerra de posiciones a que se prestaba el terreno, es el hecho que ha merecido la más justa crítica de los militares. La batalla de Ortiz, consecuencia de otro error estratégico, fue mal empeñada y peor dirigida, cuando un simple movimiento de flanco le hubiese dado la victoria y salvádole de una derrota. Su plan de campaña de invadir a Caracas por el occidente, lanzando a Páez en aventuras sin darse cuenta de los movimientos del enemigo, que interceptaron sus columnas de maniobra, acusan una ciega obstinación sin objetivo claro. La sorpresa del Rincón de los Toros manifiesta tanto olvido como desprecio de las precauciones más ordinarias en campaña al frente del enemigo. La pérdida de la división de Cedeño, comprometida sin objeto, cuando pudo y debió hacerla retirar en tiempo repasando el Apure, fue el último grande error de la campaña, que acabó con los últimos restos del ejército republicano.

VI

La suerte de las armas republicanas no había sido más feliz en el oriente, y la autoridad del Libertador anulada en el Apure, era allí desconocida. Los partidarios de Mariño le había vuelto a llamar, y éste, apoyado por el gobernador Gómez de Margarita,

se puso de nuevo al frente de las tropas de Cumaná, asumiendo su antigua actitud disidente. Bermúdez, que con 800 hombres permaneció fiel, había sido completamente derrotado, con pérdida de su caballería, repasando deshecho el Orinoco. Monagas, que ocupaba con los restos de su división los llanos de Barcelona, estaba reducido a la impotencia. La opinión general era contraria al Libertador.

Tal era la situación política y militar con que se encontró Bolívar al regresar a Angostura, dejando a Páez el mando del ejército del Apure, donde apenas era él obedecido. Empero, con su inquebrantable constancia, con su genio creador en la desgracia se contrajo a formar un nuevo ejército y nuevo estado, revelando cualidades de flexibilidad y de métodos que no se le conocían. Creó nuevos batallones reclutados en las misiones de Coroní, reorganizó las divisiones de Saraza y Monagas, y encargó a Bermúdez levantar nuevas tropas en la Guayana. El oportuno auxilio de cinco mil fusiles y abundantes pertrechos de guerra conducidos por Brión desde las Antillas, le proporcionó el material de guerra de que carecía. En medio de estos trabajos, como la espada de acero de buen temple, que se dobla sin quebrarse, se amoldó a las circunstancias con una moderación y una prudencia que no estaban en su naturaleza soberbia. Se reconcilió con Mariño, y confirmó su autoridad, nombrándole comandante del ejército de Cumaná. El ejército del Apure, movido por el coronel inglés Wilson que mandaba un contingente de voluntarios de su nación enganchados en Europa, se había substraído a su comando, y proclamado a Páez general en jefe con el apoyo decidido de los llaneros que adoraban a su jefe y que lo consideraban superior a Bolívar. El, sin darse por entendido para sostener la guerra. La más acertada de sus medidas y que debía influir sobre su destino futuro fue enviar al general Francisco de Paula Santander con 1.200 fusiles y un cuadro de oficiales con el encargo de formar un cuerpo de ejército en la provincia de Casanare, reconcentrando todas las partidas dispersas y amagar la frontera de Nueva Granada. Santander era granadino y era el hombre de la empresa. Hombre de letras por vocación y soldado por elección, había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque no exento de una ambición legítima, era un hombre de acción y de pensamiento, llamado a figurar en la guerra y en la paz. El Libertador hizo preceder su marcha de una proclama profética dirigida a los granadinos: "El día de la América ha llegado. Ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. El sol no completará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad." La profecía se cumpliría. En su tránsito por el Apure, Santander fue

detenido por Páez, que se mantenía en un estado de disidencia pasiva. Bolívar allanó prudentemente esta dificultad. En seguida remontó el Orinoco con una escuadrilla de veinte embarcaciones, con algunos batallones para reforzar el ejército del Apure. Tuvo allí una entrevista amistosa con Páez, lo sometió sin violencia a su autoridad suprema, y confiándole el mando en jefe regresó a Angostura con el objeto de consolidar las bases vacilantes de su gobierno político.

Los hombres pensadores que acompañaban al Libertador en sus trabajos y aun militares de alta graduación que le eran más adictos, le manifestaron con energía que el país estaba descontento de ser gobernado por un solo hombre con facultades absolutas, sin freno alguno y sin rumbos políticos, y que era necesario que se estableciera por lo menos una forma de representación popular, que diese más solidez a su propio poder y más respetabilidad a la república en el interior y exterior. Bolívar, dándose cuenta de su situación, se dejó persuadir, sin manifestar displicencia. Reorganizó el consejo de estado que había caído en desuso, y lo incitó a que se ocupara de la convocación de un congreso constituyente, iniciando la reorganización de la república colombiana. Dictóse en consecuencia un reglamento electoral, apuntando en él la idea de que Venezuela debía formar una sola república con Nueva Granada, y que desde luego debía ser llamada la provincia de Casanare, a tener representación como parte integrante de la nación. El Libertador, al anunciar a los pueblos la próxima convocatoria, declaró que los ponía en posesión de sus derechos, "sin más condición que la de elegir para sus magistrados a los ciudadanos más virtuosos, olvidando, si podían, en las elecciones, a los que les habían dado libertad." Y como no podía faltar la renuncia anticipada de fórmula, terminaba con estas palabras: "Por mi parte, yo renuncio para siempre a la autoridad que me habéis conferido, y no admitiré jamás ninguna que no sea la de simple militar, mientras dure la guerra de Venezuela." Pero agregaba, contradiciéndose: "El primer día de la paz será el último de mi mando." (22 de octubre de 1818).

El escenario se magnificaba. Las corrientes magnéticas de la revolución sudamericana se tocaban. El mundo empezaba a intervenir indirectamente en el gran movimiento que se operaba en las colonias hispanoamericanas insurreccionadas. La figura de Bolívar se agrandaba. La revolución estaba triunfante en el sur del continente y se preparaba a dar el golpe de muerte al poder colonial en su centro. San Martín había triunfado en Maipú, y se preparaba a libertar al Perú. El director de Chile se dirigía al Libertador, como antes al de las Provincias del Río de la Plata, reconociendo la solidaridad de la causa continental en pro de la emancipación del Nuevo Mundo. En vez de proclamas se cambiaban ahora bole-

tines de victoria. O'Higgins se dirigía al pueblo de Venezuela, felicitándolo por los triunfos que hacían inmortales sus armas bajo las inspiraciones de su jefe supremo, y le invitaba a la alianza; "La causa que defiende Chile es la misma en que se hallan comprometidas Buenos Aires, Nueva Granada, Méjico y Venezuela; es la de todo el continente americano. Separados estos países unos de otros harían más difícil y retardarían el fin de la contienda de que pende la felicidad o la humillación de veinte millones de habitantes. Las armas de Chile y Buenos Aires, pronto darán la libertad al Perú, y la escuadra de este estado puede franquear las comunicaciones con la Nueva Granada y Venezuela y ayudar a las protestas de estos países." El campo de acción de Bolívar se ensanchaba y sus horizontes se dilataban. La España desesperanzada de someter por las armas a sus colonias rebeladas, solicitaba la mediación de las altas potencias de Europa a título de reconciliación. El Libertador, apoyándose en la autoridad de jefe de estado y de una asamblea de notables, declaró en un manifiesto solemne a la faz del mundo: "que la República de Venezuela, por derecho divino y humano, estaba emancipada de la nación española; que no había solicitado ni solicitaría mediación de las altas potencias europeas para reconciliarse con su antigua metrópoli; que no trataría jamás con la España sino de igual a igual en la paz y en la guerra, y por último, para mantener sus derechos soberanos, el pueblo venezolano estaba resuelto a sepultarse entero bajo sus ruinas, si la España, y la Europa, y el mundo entero se empeñasen en conservarlo bajo el poder español." Bajo estos auspicios se abrió el congreso convocado por el Libertador.

VII

El 15 de febrero de 1819 se instaló solemnemente en Angostura el segundo congreso venezolano. El dictador abdicó en sus manos el poder absoluto de que estaba investido, diciéndoles modestamente: "En medio de un piélago de angustias no he sido más que un juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como débil paja. No he podido hacer bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelas no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. Apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela. Yo deposito en vuestras manos el poder supremo. En vuestras manos está la balanza de vuestros destinos."

En un elocuente y meditado discurso, de su punto de vista el más lógico que haya brotado de su cabeza, expuso Bolívar por la primera vez su plan de organización constitucional, renovando la

idea de la unión de las repúblicas de Venezuela y Colombia en una sola nación, germen de la república colombiana. Proclamó la excelencia del gobierno democrático, que establecía la igualdad, y se pronunció abiertamente contra la federación, a que atribuía una debilidad orgánica; pero observó que ninguna democracia había tenido estabilidad, mientras que las monarquías y las aristocracias, y aun las tiranías, contaban siglos de existencia, de lo que deducía que era necesario buscar la solución del problema, combinando lo bueno de la república con lo estable de las monarquías. Como modelo, presentó la constitución de la Inglaterra, en cuanto tenía de republicana y de conservadora, proponiendo que se instituyese un senado hereditario como la cámara de los pares de la Gran Bretaña, y que sus descendientes fuesen educados especialmente en un colegio nacional como legisladores perpetuos por razón de legado. "Y que esto sería la base eterna y la traba del edificio constitucional, y el alma de la república, que pararía los rayos del gobierno y rechazaría como cuerpo neutro las olas populares; el iris que calmaría las tempestades y mantendría la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político." En cuanto al poder ejecutivo, la idea de la presidencia vitalicia estaba en su cabeza, inoculada desde muy temprano por su maestro Simón Rodríguez, y afirmada por el gobierno de Petión en Haití; pero no se atrevió a proponerla, porque sintió que no tendría apoyo, y se limitó a aconsejar que se le revistiese de todos los atributos de la Gran Bretaña, menos la corona, reuniendo en el mandatario electivo todas las facultades del monarca y del gabinete. Según su teoría, "el poder ejecutivo en una república, debía ser el más fuerte, porque todo conspira contra él, en tanto que en las monarquías debía serlo el legislativo porque todo conspira en favor del monarca." "Un magistrado republicano —decía— es un individuo aislado en medio de una sociedad. Es un atleta lanzado contra una multitud de atletas." No obstante proclamar la igualdad y repudiar las distinciones nobiliarias, los fueros y los privilegios, proponía la creación de una nueva nobleza indígena, por razón de los servicios de los causantes, y designaba como senadores y próceres perpetuos a los libertadores y a sus herederos legítimos de la gloria: "Es un oficio —decía— para el cual se deben preparar los candidatos, y un oficio que exige mucho saber. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura en las elecciones. El pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte. Los libertadores de Venezuela son acreedores a ocupar un alto rango en la república que le debe existencia. Es de interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con gloria hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados, que han fundado la república a costa de heroicos sacrificios. Si el pueblo de Venezuela no aplaude la eleva-

ción de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás." En su anterior proclama de convocatoria, había encargado a los pueblos que en las elecciones "se olvidasen de sus libertadores, si podían."

No podía faltar la tradicional renuncia de aparato, cuando él era el único candidato posible para el mando supremo, y lo había disputado y estaba resuelto a disputarlo a todos, en lo que hacía bien, aun cuando entrase por mucho en ello la ambición personal. "En este momento, el jefe supremo de la república no es más que un simple ciudadano, y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré, sin embargo, en la carrera de las armas, mientras haya enemigos en Venezuela. La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término en los gobiernos democráticos. Nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente. Meditad vuestra elección." El mando perpetuo fue, sin embargo, la gran pasión de su vida, y al iniciar la creación de un senado hereditario, preparaba la institución de la presidencia vitalicia, que estaba ya en su cabeza y que se apoderaría de su alma hasta la muerte. El congreso no tenía que meditar. Lo nombró presidente de la república (febrero 10). El congreso mandó publicar el nombramiento como un hecho consumado (febrero 17). El se sometió como violentado. Se ha disculpado su falta de seriedad comprometida con palabra de carácter irrevocable y argumentos contrarios a su propia conciencia, diciendo que tenía por objeto realzar la autoridad moral del congreso, dejándose forzar la mano para recibir el poder de sus manos como un depósito y una carga pública. La explicación es plausible, y debe equitativamente tenerse en cuenta, porque desde ese día gobernó siempre acompañándose con los congresos y respetó su libertad y sus opiniones, y aun en medio del gran poder, que le constituyó una dictadura de hecho, apeló a su voto en las grandes crisis. Cuando se divorció de los congresos, cayó en el vacío.

El congreso, al ocuparse del plan presentado por Bolívar, aceptó por transacción un senado vitalicio en vez de hereditario, adoptó la forma del gobierno unitario, fijó la duración del presidente en cuatro años, reelegible por otros cuatro solamente, y arregló los demás poderes públicos, vaciándolos en el molde consagrado del sistema republicano-representativo. Pero como esta constitución debía ser sometida al voto del pueblo, y esto no era posible, nunca estuvo en vigor, y sólo quedó planteada su armazón. Por un decreto legislativo, se declaró que el presidente en campaña, ejercería una autoridad ilimitada en las provincias que fuesen teatro de la guerra, y que el vicepresidente en ejercicio del mando político no tendría acción en ellas ni sobre los ejércitos que las ocupasen, donde imperaría únicamente la autoridad del jefe supremo de las

armas. Era en el hecho una dictadura militar, con carta blanca para conquistar y ocupar provincias substraídas a la potestad civil. —Más adelante se verán las consecuencias de esta disposición—. Mientras tanto, Bolívar delegó el mando político en el vice Francisco Antonio Zea, que como granadino representaba el vínculo de las dos repúblicas colombianas. El Libertador se puso en campaña, seguido de un batallón de 500 voluntarios ingleses al mando del coronel Elsom, enganchados en Inglaterra (27 de febrero de 1818).

VIII

Por varias veces hemos hecho mención de la presencia de jefes y soldados europeos, especialmente ingleses, en el ejército republicano, y ésta es la ocasión de explicarla, en el momento en que este elemento entra colectivamente a representar un papel histórico en la guerra de la independencia colombiana. Venezuela, no obstante la virilidad de sus hijos y los heroicos esfuerzos con que mantuvo sola la lucha por el espacio de ocho años contra los más numerosos y aguerridos ejércitos españoles, fue la única república sudamericana que apeló al recurso de voluntarios reclutados en el exterior para aumentar sus fuerzas, y tuvo a su servicio cuerpos enteros de soldados de otras nacionalidades, mandados por jefes y oficiales extranjeros con su denominación de origen. Bolívar, que como todo libertador internacional, tenía algo de cosmopolita, no participaba de las preocupaciones de sus compatriotas contra los extranjeros y procuró siempre atraerse su concurso, no sólo como fuerza material sino como elemento regenerador en la milicia. Sin educación militar él mismo, con más instinto guerrero que ciencia estratégica, con más ímpetu que táctica, era hasta entonces un montonero de genio, una especie de Sertorio, como le placía ser apellidado, pero que comprendía que la guerra para dar resultados, tenía que hacerse con método y disciplina, y que necesitaba formar una nueva escuela. Así decía al emprender su expedición de los Cayos, asimilándose algunos elementos extraños: "La guerra no se hace con correr y montar a caballo, que es lo único que nos suministran los llanos." Y al inaugurar el congreso de Angostura señalaba la concurrencia extranjera como el principal factor de la consistencia bélica del ejército venezolano.

Bolívar veía que por ese mismo tiempo San Martín en el hemisferio opuesto del continente, al frente de un pequeño ejército bien organizado y bien dirigido, alcanzaba triunfos decisivos sobre las mejores tropas españolas, cual nunca había presenciado la América insurreccionada, y que sus armas libertadoras se extendían por todo el continente del Sur. Comprendía que necesitaba un núcleo más

compacto que el de los llaneros, y una infantería mejor disciplinada para hacer la guerra con eficacia. Aleccionado por sus últimos descalabros, debidos tanto a su imprudencia cuanto a la poca consistencia de sus tropas de pelea en combates regulares, estaba penetrado de que sin un ejército sólido y regularmente organizado en la escuela de la táctica y la disciplina europea, todas las ventajas que obtuviese serían efímeras, y el triunfo definitivo, si no imposible, sería por lo menos desastroso, triunfando sobre ruinas. En esta escuela, el gran guerrero llegaría a ser un gran capitán con menos ciencia y precisión matemática que San Martín, pero con más atrevimiento y más laureles. Tomaría como el general de los Andes la ofensiva, atravesaría como él la Cordillera, libertando pueblos; se hará libertador, no sólo de Venezuela, sino también libertador americano, y más táctico que hasta entonces y con ejércitos más consistentes, ganará batallas decisivas, sin experimentar los repetidos reveses que habían neutralizado sus constantes esfuerzos y esterilizado sus mismas victorias hasta entonces.

Desde 1815 se habían inciado trabajos para alistar un cuerpo auxiliar de irlandeses, pero sólo en 1817 empezó a metodizarse en Inglaterra el alistamiento de voluntarios contratados, bajo la dirección del agente venezolano en Londres, Luis López Méndez, de quien decía Bolívar que sin los oportunos y eficaces auxilios de todo género que le prestó, nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819, que por este tiempo preparaba, y que le dio la preponderancia militar. Los soldados debían recibir 20 dólares como precio de enganche, gozar de un sueldo de 2 chelines diarios, raciones como en el ejército inglés, y al finalizar, un premio de 500 dólares y un terreno en propiedad. Varios oficiales ingleses y alemanes celebraron contratos con López Méndez, en 1817, para conducir a Venezuela cuerpos de tropas organizadas, de artillería, lanceros, húsares y rifleros. La primera expedición que salió de Inglaterra, fue el cuadro de un regimiento de "Húsares y lanceros (120 hombres) venezolanos", organizados por un coronel Hippisley, que resultó ser más una comparsa de teatro con brillante uniforme, pero que sin embargo sirvió de plantel a un cuerpo de caballería regular. El coronel Wilson —el mismo que hemos visto figurar en el Apure conspirando contra Bolívar— y el coronel Skeenen, organizaron el plantel de otro cuerpo de caballería. Una expedición de 300 hombres de la misma arma a cargo del mismo coronel Skeenen, naufragó en las costas de Francia. Campbell formó la base de un batallón de rifleros, famoso después en las guerras de la independencia de Colombia. Un oficial subalterno, con el título de coronel, llamado Gilmour, creó la base de una brigada de artillería de noventa plazas.

El alistamiento en favor de la independencia venezolana, se convirtió en una pasión, a pesar de las severas medidas del go-

bierno inglés que lo prohibía (Enlistament bill). La corriente de voluntarios se aumentó considerablemente en 1818 y 1819. El general English, que había hecho la guerra de la península española con Wéllington, contrató el envío de una división de 1.200 ingleses, que por este tiempo arribaron a Margarita, de la que salió el famoso batallón Carabobo, que tan gran papel representó en las batallas. El coronel Elsom, el mismo que acompañara a Bolívar al ir a tomar el mando del ejército del Apure, condujo a más de los 500 hombres que formaron el famoso batallón que sucesivamente se denominó Legión Británica y Batallón Albion, 300 alemanes contratados en Bruselas al mando del coronel Uzlar. El general Mac Gregor, a quien ya conocemos, llevó a las costas venezolanas una legión extranjera de 800 hombres, que tomó parte activa en las operaciones subsiguientes. Además de otros contingentes extranjeros de menos importancia, formóse una legión irlandesa por el general Devereux, el iniciador de la idea de reclutar tropas extranjeras en Europa. De ella formaba parte un hijo del gran tribuno de Irlanda, O'Connell, quien al ofrecerlo al Libertador le escribía protestando de su "adhesión a la santa causa de la libertad y de la independencia de Colombia, que tan gloriosamente sostenía", hacía votos por que viese a los enemigos de su patria confundidos y exterminados, y fuese al fin de su carrera tan venerado y amado como el "gran prototipo Wáshington".

Al tiempo de instalarse el congreso de Angostura y recibirse la noticia de que la expedición del general English y otros cuerpos extranjeros contratados habían arribado a Margarita, Bolívar dispuso que Urdaneta se trasladase a la isla para darles organización. Urdaneta encontró allí 1.200 ingleses y 300 alemanes. Esta fuerza debía operar por las costas de Cumaná y Caracas, mientras el Libertador abría su campaña por los llanos altos de Venezuela. El coronel Mariano Montilla, hasta entonces enemigo declarado de Bolívar, se reconcilió con él, y tomó el puesto de jefe de estado mayor de las tropas extranjeras que amenazaban sublevarse contra sus jefes. Montilla restableció la armonía y estableció el orden en este agrupamiento todavía informe. Había servido como guardia de corps en España y viajado mucho en Europa; hablaba varios idiomas extranjeros y conocía las costumbres de los nuevos auxiliares; era enérgico y activo y poseía buenos conocimientos militares. Era el último enemigo del Libertador que reconocía su autoridad suprema, y que cooperando eficazmente en sus empresas, le fue fiel hasta el fin.

Al mismo tiempo que la noticia del arribo de la expedición de English, llegó a Angostura el batallón inglés de 500 plazas mandado por el coronel Elsom, con que el Libertador remontó el Orinoco para unirse al ejército del Apure y abrir la campaña de los llanos altos de Venezuela.

IX

Morillo había abierto ya su campaña. El 30 de enero (1810) pasó revista a siete batallones y dieciséis escuadrones, perfectamente disciplinados y pertrechados, que alcanzaban en su totalidad a 6.500 hombres. Páez, que había abandonado la línea del Apure a su aproximación, incendiando a San Fernando, se trasladó al sur del Arauca con cuatro mil hombres, dos mil llaneros de caballería y cuatro batallones con un escuadrón de dragones ingleses, con abundante reserva de caballos de repuesto. El ejército español avanzó hasta el Arauca, llevando a la rastra de la cola de sus caballos algunas canoas, que surcaban el llano como trineos. Páez defendió el paso del río, en dos puntos, que los españoles al fin tomaron con intrepidez bajo el fuego (4 de febrero de 1810). El general llanero ensayó un nuevo sistema de guerra. Comprendiendo que su infantería bisoña y menos numerosa no podía competir con la del enemigo, la puso en seguridad a su retaguardia. El se quedó con 1.500 hombres bien montados. Morillo ignoraba la situación de los republicanos. Sólo algunas partidas sueltas se presentaban por sus flancos o su retaguardia, cambiaban algunos tiros y se perdían en el vasto horizonte de las sabanas. Desprendió a Morales con una vanguardia de 3.000 hombres con el objeto de explorar el campo y recoger ganados. Hallábase ocupado uno de sus escuadrones en esta faena, cuando se presentó Páez con 1.200 jinetes escogidos, lo acuchilló hasta su campamento, y cargó sobre la reserva, trabándose un recio combate. A la aparición de la reserva, la columna llanera se retiró al galope (14 de febrero). En la noche tomó la retaguardia de los invasores, y obligó a Morillo a retrogradar al día siguiente, haciéndolo vagar sin rumbo por la inmensa llanura, en persecución de un fantasma, que le retiraba los ganados, mataba a las partidas que se apartaban del grueso del ejército y hostigaba constantemente sus flancos de día y de noche, obligándole a marchar reconcentrado. Las enfermedades empezaron a hacerse sentir en las tropas españolas, por efecto de los pantanos y lo ardiente del clima. Al cabo de nueve días de campaña, el general español comprendió que tenía que habérselas con un adversario más hábil que él, que se proponía agotarlo en vanas marchas y contramarchas, desistió de su empresa y se replegó a la línea del Apure, sobre la base de San Fernando fortificado, con el grueso de sus fuerzas, situando algunas divisiones en Barinas, Calabozo y Sombrero.

Tal era el estado de la campaña cuando Bolívar se reunió a Páez al sur del Apure. El ejército republicano se componía entonces de 3.500 hombres disponibles de infantería y caballería. El General en Jefe, siempre inclinado a la ofensiva, considerando el ejér-

cito español muy debilitado en su primera línea, resolvió buscar una batalla. Su primera descubierta sufrió un serio contraste. La segunda tentativa sobre un punto avanzado de 400 hombres infantes y un escuadrón de carabineros al mando del coronel español José Pereyra, tuvo un éxito desgraciado. Pretendió sorprenderlo en persona con 800 infantes y 200 jinetes en un punto llamado Gamarra, y a pesar de su superioridad fue rechazado, con pérdida considerable de muertos y prisioneros y algunos dispersos (27 de marzo). Estos descalabros hicieron desistir a Bolívar de su plan ofensivo, y repasó prudentemente el Arauca. Con la presencia de Bolívar al frente del ejército volvían otra vez los contrastes.

Morillo avanzó en masa hasta las inmediaciones del Arauca. Páez quiso mostrarle que, si era el primer general de caballería irregular de la América, era también uno de los primeros héroes modernos. A la cabeza de 150 jinetes escogidos, atravesó el río a nado, y avanzó a galope sobre el campo enemigo. Atacado por una columna de caballería de 800 hombres, sostenida por el fuego de dos cañones volantes, se puso en retirada, amagando cargas, hasta traer a sus contrarios a la inmediación del río donde se hallaba un batallón de cazadores emboscado sobre la margen derecha. Páez, aprovechando la sorpresa, hizo volver caras en pelotones de 20 hombres, y cargó por todos los costados, obligando a los carabineros a echar pie a tierra para defenderse y echó el resto de los escuadrones intimidados por su infantería. La noche se acercaba, y Morillo, creyendo ser atacado por todo el ejército independiente, se reconcentró en un bosque inmediato. Páez repasó el río con dos muertos y algunos heridos, dejando el campo cubierto de cadáveres enemigos. Este combate fabuloso se llamó de Las Queseras del Medio, por el lugar en que se dio (3 de abril de 1819).

Después de estos combates, sin más resultados que hacerse respetar ambos ejércitos, Morillo se limitó a algunas correrías por la margen norte del Arauca, y a los pocos días se replegó al Apure. Bolívar quería invadir la provincia de Barinas. Páez le aconsejaba seguir el sistema de guerra que tan buenos resultados había dado, diciendo con calma y estilo sanchesco: "Paciencia, mi general, que tras un cerro está el llano. El que sabe esperar lo que desea, no toma el camino de perder la paciencia." El Libertador le replicaba: "¡Paciencia! ¡Si no me deserto es porque no sé para dónde ir!" Las lluvias de la estación pusieron fin a esta campaña, los llanos volvieron a anegarse, convirtiéndose en un mar, y ambos ejércitos entraron en cuarteles de invierno.

En este momento tuvo Bolívar la gran inspiración de la campaña, que debía asegurarle la inmortalidad y decidir de los destinos de la América, produciendo en el norte del continente la catástrofe de las armas españolas que ya se había operado en el Sur con el paso de los Andes por San Martín y la reconquista de Chi-

le en Chacabuco y Maipú con el dominio del mar Pacífico, que preparaba la conquista del Perú. Un oficial, que se retiraba disgustado de la provincia de Casanare, se la sugirió. Informado de que Santander tenía 1.200 infantes disciplinados y 600 hombres de caballería bien montados, y que con esta fuerza acababa de rechazar una invasión que desde Nueva Granada le había llevado el coronel José María Barreiro, con un ejército de 2.300 hombres (abril de 1815), empezó a ver más claro en el teatro de la guerra. Al mismo tiempo Santander lo llamaba a reunir sus fuerzas con las de Casanare, y emprender la reconquista de Nueva Granada. Bolívar, por intuición comprendió que el triunfo de Venezuela estaba en Nueva Granada, como antes había comprendido que la salvación de Nueva Granada estaba en Venezuela, atravesando las montañas como lo había hecho San Martín. Convocó una junta de guerra, le comunicó su atrevido proyecto, que fue acogido con entusiasmo por sus jefes. Quedó acordado que el Libertador invadiría la Nueva Granada, mientras Páez, al frente del resto del ejército del Apure mantenía la campaña de los llanos, llamando la atención por Barinas, así al ejército de Morillo como al que defendía Nueva Granada. Al mismo tiempo, Brión, con la escuadrilla republicana, tomando a su bordo las tropas auxiliares extranjeras que se hallaban en Margarita a órdenes de Urdaneta y Montilla, debía hostilizar las costas de Caracas, ocupando a los realistas por la espalda. Jamás Bolívar, después de su famosa reconquista de Venezuela, tan desastrosamente terminada, había concebido un plan de campaña más grandioso, más bien combinado, aun fallando en algunos de sus cálculos, ni de más trascendentales consecuencias. Aquí se revela la penetración y el alcance del genio. Los destinos de la América iban a cambiar en el Norte, al atravesar Bolívar los Andes ecuatoriales, como cuando San Martín atravesó en el Sur los Andes meridionales. Las dos grandes masas batalladoras y redentoras de las colonias hispanoamericanas se acercaban y los dos grandes libertadores del Sur y del Norte del continente iban a operar su conjunción.

Capítulo XLIII

BOYACA. — COLOMBIA. — CARABOBO

1819-1822

Bolívar emprende la reconquista de Nueva Granada. — Paso de los Andes ecuatoriales. — Maniobras estratégicas de Bolívar. — Acción del Pantano de Vargas. — Batalla de Boyacá. — Reconquista de Nueva Granada. — Renovación de la guerra a muerte. — Creación de la república de Colombia. — Expedición de los voluntarios británicos sobre las costas de Venezuela. — Actitud de Morillo. — Sublevación de la expedición de Cádiz. — Influencia de la revolución liberal de España en la guerra sudamericana. — Armisticio de Trujillo y regularización de la guerra. — Ruptura del armisticio de Trujillo. — Pronunciamiento de Maracaibo. — Preponderancia política y militar de los independientes. — Bolívar abre nueva campaña. — Segunda y última batalla de Carabobo. — El congreso de Cúcuta y su espíritu republicano. — Renuncia de Bolívar. — El congreso de Cúcuta dicta la constitución de Colombia. — Análisis de esta constitución. — Actitud de Bolívar en presencia del Congreso. — Rendición de Cartagena. — La independencia de Colombia asegurada. — Los realistas reaccionan. — Morales se apodera de Maracaibo, Santa Marta y Coro. — Capitulación de Morales. — Toma de Puerto-Cabello. — Triunfo final del norte de la América Meridional.

I

La inundación de los llanos, que facilitaba la ejecución del plan de Bolívar para invadir la Nueva Granada, por cuanto detenía a Morillo en sus acantonamientos, dificultaba su marcha para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión cubierta casi totalmente de agua, vadear siete caudalosos ríos a nado conduciendo su material de guerra, y le quedaría aún la mayor dificultad a vencer, que era el paso de la cordillera nevada en pleno invierno. Todo fue superado con constancia sufriendo las más grandes penalidades. El Libertador se reunió con Santander al pie de los Andes en las nacientes del río Casanare que se derrama en el Meta (11 de junio de 1819). Llevaba cuatro batallones de infantería: Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albión, este último compuesto totalmente de ingleses. La caballería componíase de dos escuadrones de Lanceros y uno de carabineros de

los altos llanos de Caracas, con un regimiento nombrado Guías del Apure, en que figuraban los contingentes británicos de esa arma. El total del ejército expedicionario ascendió a 2.500 hombres, regularmente armados, pero casi desnudos. Santander tomó la vanguardia con la división de Casanare y penetró en los desfiladeros de la montaña por el camino de Morcote con dirección al páramo de Pisba, que conduce al centro de la provincia de Tunja al occidente de los Andes (25 de junio). Este punto se halla defendido por un ejército disciplinado de 2.000 infantes y 400 jinetes al mando del coronel José María Barreiro, con sus avanzadas sobre la cordillera. En Bogotá se hallaba una reserva respetable, que aunque debilitada por la marcha del batallón Numancia en 1818 en auxilio del Perú amenazado por San Martín después de la batalla de Maipú, contaba todavía con más de 1.000 veteranos, además de las tropas que guarnecían Cartagena y el valle de Cauca, sin contar el ejército realista que ocupaba Quito. Bolívar a pesar de su inferioridad numérica, confiaba en el efecto que produciría la sorpresa y en el apoyo que esperaba encontrar en el país que iba a conquistar.

Al trasladarse el ejército invasor del llano a la montaña, el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban a la distancia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de la planicie, se sucedían grandes masas de agua que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical de árboles gigantescos que retiene las nubes en sus cimas, y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. A las cuatro jornadas, todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse a pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes formados con troncos de árboles o por medio de las áreas taravitas: cuando daban vado, eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello para vencer el ímpetu de la corriente, que arrastraba para siempre al que perdía su equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia a caballo estos torrentes, transportando a la grupa de una orilla a otra a los enfermos, a los más débiles o a las mujeres que acompañaban a sus soldados. Este era relativamente el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña. A medida que se asciende, el aspecto de la naturaleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve, forman el límite monótono del desierto escenario: las nubes que coronan las selvas de la falda, vense a los pies en las profundidades de los abismos; un viento glacial y silencioso cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de los torrentes lejanos y el grito del cóndor; la vegetación desaparece, y sólo crecen allí los líquenes, y una planta, que

por su tronco con hojas velludas a manera de gasa fúnebre y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada a una antorcha sepulcral. Para hacer más lúgubre el camino, todo su trayecto estaba señalado por cruces de los viajeros muertos a lo largo de él. Este es el páramo.

Al entrar el ejército expedicionario en la región glacial del páramo, los víveres se habían agotado: el ganado en pie, único recurso con que se contaba, no pudo acompañar a los soldados en sus fatigas. Al tocar la cumbre, se encontraba el desfiladero de Paya, que bien defendido, podía detener la marcha de un ejército con sólo un batallón. Estaba defendido por un destacamento de 300 hombres, que la vanguardia al mando de Santander desalojó fácilmente. El ejército empezaba a murmurar. Bolívar, para dominar moralmente este desaliento, convocó una junta de jefes, y después de manifestarles los obstáculos mayores que aún quedaban por vencer, les consultó sobre si debía perseverarse o no en la empresa. Todos fueron de opinión de seguir adelante. Esto infundió nuevo aliento a las tropas.

Al tramontar la gran cordillera, más de cien hombres habían muerto de frío, de ellos cincuenta ingleses. Ninguna cabalgadura había podido resistir a la fatiga. Fue necesario abandonar las armas de repuesto, y parte de las que los soldados llevaban en las manos. Al descender las pendientes occidentales de la cordillera, el ejército de Bolívar era un esqueleto. En tan deplorable estado ocupó el ameno valle de Sagamoso en el corazón de la provincia de Tunja (6 de julio de 1819). Desde este punto, el Libertador envió auxilios a los cuerpos retrasados, reunió caballos, desprendió partidas al interior, se puso en comunicación con algunas guerrillas que existían en el país. El enemigo sorprendido, que ignoraba el número de los invasores, se mantuvo a la defensiva en fuertes posiciones. Reconcentrado el ejército independiente, después de algunos reconocimientos recíprocos y combates de vanguardia, Bolívar, por una hábil marcha de flanco, tomó la retaguardia del enemigo y ocupando un país abundante en recursos, remontó sus fuerzas. Con poca diferencia, los movimientos estratégicos de San Martín al pasar los Andes meridionales, se repetían. Barreiro abandonó las posiciones que había ocupado por el frente, y se atrincheró en un punto llamado los Molinos de Bonza, cubriendo el camino de la capital de Bogotá amenazado. Bolívar ocupó a su frente una posición inexpugnable. Ambos ejércitos permanecieron así a la defensiva, observándose.

Era urgente para los invasores tomar la ofensiva, antes que la fuerte guarnición de Bogotá con que contaba el virrey Sámano, se pudiese unir con la división de Barreiro, y que Morillo acudiese en auxilio del país invadido. Bolívar, por una nueva y atrevida marcha de flanco, atravesó el río Sagomoso, se puso sobre su retaguar-

dia buscando una batalla, y obligó a los realistas a abandonar sus atrincheramientos, y a situarse en el Pantano de Vargas. La acción que se empeñó fue reñida, aunque indecisa (25 de julio). Al principio llevaron la ventaja los españoles, que tomaron la iniciativa, pero restablecido el combate, Bolívar se replegó a la posición que antes ocupara, imponiendo con su actitud al enemigo. En seguida hizo un movimiento general, trasladándose a la margen derecha del Sagomoso, y amagando un ataque, obligó a Barreiro a replegarse, a fin de cubrir el camino de Tunja y Socorro, que parecía ser el objetivo (3 de agosto). Para hacer creer al enemigo que volvía a su antigua posición, ejecutó una ostensible marcha retrógrada a la luz del día; pero en la noche, efectuó una contramarcha y ocupó la ciudad de Tunja, donde se apoderó de 600 fusiles y de los depósitos de guerra, sorprendiendo a su débil guarnición (5 de agosto). De este modo quedó interpuesto entre el ejército realista en campaña y Bogotá, cortando las dos fuerzas que defendían el valle del Alto Magdalena. Barreiro, comprendiendo la importancia decisiva de este movimiento, se apresuró a restablecer sus comunicaciones perdidas, y se puso resueltamente en marcha hacia Bogotá. Ya era tarde. No tenía sino dos caminos precisos a seguir, que el ejército republicano dominaba desde las alturas de Tunja. Bolívar, observando que tomaba el más directo que conducía a Boyacá, pequeño río que corre hacia el Oriente, ocupó sobre su margen derecha el puente por donde necesariamente tenía que atravesarlo el enemigo.

II

Simultáneamente aparecieron las cabezas de columnas de los dos ejércitos beligerantes sobre el puente de Boyacá. El ejército realista constaba de 2.500 hombres, de ellos 400 de caballería con tres piezas de artillería. El ejército republicano se componía de 2.000 hombres de infantería y caballería. La batalla se inició sobre el mismo puente por un combate de vanguardia, en que las guerrillas españolas fueron arrolladas. Contenido Barreiro en su marcha, formó su infantería en columnas sobre una altura con la caballería a sus costados y su reserva, desplegando por la derecha un batallón de cazadores para tomar con fuegos convergentes diagonales y de flanco a los republicanos que avanzaban en columna de ataque. Un batallón realista desplegado en cazadores por su izquierda a lo largo de una cañada, fue desalojado, y dejó descubierto el flanco. El centro y la derecha republicana cargaron por esta parte y envolvieron la posición enemiga, al mismo tiempo que la caballería realista huyó: la infantería en retirada, procuró en vano rehacerse en otra posición más a retaguardia; atacada de nuevo allí

rindió sus armas. La vanguardia al mando de Santander completó la derrota.

Fue una victoria completa. Dado el primer impulso por el general que tan hábilmente la preparó, el valor de las tropas y la inspiración de los jefes divisionarios José Antonio Anzuátegui, Santander y el coronel Juan José Rondón, hicieron lo demás. Anzuátegui y Rondón fueron los héroes de la batalla: el primero, dando la carga decisiva al frente de la infantería de la derecha y del centro, que envolvió al enemigo, y Rondón al dar la carga final con la caballería llanera. Los voluntarios ingleses se probaron por primera vez, acreditando la solidez británica que nunca desmintieron. Trofeos de esta gran jornada, fueron: 1.600 prisioneros, entre ellos el general en jefe enemigo, Barreiro, que tiró al suelo su espada por no rendirla, con 37 oficiales más, 100 muertos, la artillería y todo el armamento. Todo el ejército realista en campaña de la Nueva Granada, quedó completamente destruido. Boyacá es, después de Maipú, en el orden cronológico, la gran batalla sudamericana. Estas batallas cambiaron los destinos de la guerra. Boyacá determinó la preponderancia de las armas independientes al norte del continente, como la de Maipú la había establecido en el sur, tomando San Martín y Bolívar la ofensiva al atravesar los Andes, para converger ambos hacia el punto estratégico de la campaña continental iniciada por San Martín. La Nueva Granada quedó por siempre conquistada para las armas republicanas, el poder de Morillo en Venezuela empezó a quebrarse, los realistas quedaron aislados en tres puntos del continente —Venezuela, Quito y el Perú—, la República de Colombia se formó y las dos revoluciones del sur y del norte de la América empezaron a condensarse y sus masas batalladoras a operar su conjunción a la par de los dos grandes libertadores que las acaudillaban.

La derrota de Boyacá difundió el pánico en Bogotá. El virrey Sámano, aturdido, fugó con 200 hombres hacia Cartagena, abandonando los archivos y cerca de un millón de pesos depositados en las cajas reales. El resto de la guarnición, en número de 800 hombres, se retiró hacia el norte con el coronel Sebastían de la Calzada. El Libertador con una débil escolta, ocupó triunfante la capital en medio de bendiciones y aclamaciones populares (10 de agosto). La victoria esta vez no fue manchada con sangre derramada en holocausto de las furias de la guerra a muerte. No era ya el hombre de 1813 y 1814. Limitóse hacer fusilar a uno de los prisioneros que había encabezado la sublevación de Puerto Cabello en 1812. Con una asombrosa actividad dominó todo el país, que respondió con entusiasmo a su llamado. Las nueve provincias de la Nueva Granada, Socorro, Pamplona, Tunja, Antioquía, Neiva, Margarita y Chocó hasta Popayán, pobladas por un millón de almas, quedaron libres. Levantó nuevos batallones, formó un nuevo ejér-

cito para hacer frente a Morillo por el Occidente y dar impulso a la guerra por la parte del sur.

Donde triunfaba Bolívar, no podían faltar honores excesivos que desvirtuaban con pueriles ostentaciones su grandeza real, tanto más grande cuanto la actitud del triunfador es más modesta y se muestra más austera. Cuando Wáshington atravesó el Delaware y triunfó en Trenton, cambiando los destinos de la guerra norteamericana, nadie se habría atrevido a ofrecer al héroe ni siquiera una corona de encina del bosque por no ofender la seriedad de su carácter, y el congreso se limitó a investirlo con la dictadura militar por seis meses, en señal de merecida confianza por haber salvado la república. Cuando San Martín libertó a Chile y el Perú, se sustrajo a las vanas pompas del triunfo, y respetando su modestia, los pueblos se limitaron a simples votos de gratitud, que eran tan merecidos como los de Bolívar. La municipalidad de Bogotá, sabiendo que halagaba su avidez de honores pomposos, decretó, a más de una cruz de honor, que era de regla, una solemne entrada triunfal a la ciudad y una corona de laurel; un cuadro emblemático de la libertad sostenido por el brazo de Bolívar, que se colocaría en la sala capitular: una columna conmemorativa con su nombre en la parte superior, y la celebración perpetua de la gran batalla en cada aniversario por todos los años venideros. El Libertador recibió en aquel día por segunda vez la corona de laurel con que su efigie ha pasado inmortalizada a la posteridad, y aunque se excusó modestamente de ceñirla esta vez, ella sienta bien en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales. Una corona de laurel en la serena cabeza de Wáshington, haría caricatura.

Pero ideas más grandes que el viento de la vanagloria ocupaban la cabeza laureada del Libertador. Usando de las amplias facultades que le había conferido el congreso en los países adonde llevara las armas libertadoras de Venezuela, echó los primeros fundamentos de la República de Colombia, que era el gran sueño de su vida. Nombró a Santander vicepresidente de la Nueva Granada, delegando en él sus facultades, bajo su dirección suprema. Al anunciar a los granadinos esta nueva organización, les dijo: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una misma república, es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos. Pero este acto tan grande y sublime, debe ser libre. Espero la soberana determinación del congreso para convocar una asamblea nacional que decida la incorporación de Nueva Granada." Santander convirtió en hecho esta proclama por parte de la Nueva Granada, imponiéndolo a sus conciudadanos.

Una hecatombe, que reabrió por parte de los independientes, el período de la guerra a muerte, marcó esta época gloriosa con una mancha de sangre. El vicepresidente Santander, en ausencia

de Bolívar, hizo fusilar, con gran aparato militar, a los treinta y ocho oficiales prisioneros de Boyacá, con el general Barreiro a la cabeza, agregando al número de las víctimas un paisano que no había tomado armas, por haber protestado contra el bárbaro sacrificio en presencia de los banquillos ensangrentados (11 de octubre). Este acto de inútil crueldad, que contrariaba la nueva política militar del Libertador, ejecutado por un hombre culto como Santander, fue justificado públicamente por su autor en nombre de la venganza, recordando los fusilamientos hechos por los españoles y por el mismo Barreiro en el curso de la campaña, a la vez que alegaba el ridículo pretexto de falta de fuerzas para custodiar los prisioneros, resumiendo su teoría de diente por diente, con estas feroces palabras: "Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus garras ¿por qué no los podemos degollar nosotros, si caen en nuestras manos?" Otros han procurado explicar el hecho más humanamente que él, alegando que su alma estaba exasperada, a causa de que la madre de Santander había tenido que sepultarse en un subterráneo para librarse de las persecuciones de Sánamo, y que murió al volver a abrazar a su hijo, a consecuencia de las enfermedades contraídas en esta sombría reclusión.

III

Al regresar el Libertador a Angostura, encontróse con una nueva situación de que ya tenía noticia anticipada (diciembre de 1819). El vicepresidente Zea había sido depuesto por una revolución, substituyéndole Arismendi en el mando. Mariño era el general en jefe del ejército del Oriente. Bolívar había sido calificado de desertor por haber emprendido la reconquista de Nueva Granada sin autorización del congreso, esparciéndose luego la voz de haber sufrido una derrota con pérdida de todo su ejército. La noticia de Boyacá cayó como una bomba en Angostura. La imponente aparición de Bolívar, anonadó a los revolucionarios, y avergonzó a los cobardes. Su longanimidad dominó moralmente a todos. Sintiéndose fuerte por la victoria, por la adhesión de sus soldados, y por la opinión de los pueblos, borró generosamente el pasado, perdonó en silencio a sus enemigos impotentes y a los amigos débiles que dudaron de su genio y fortuna. Reasumió el mando, se presentó ante el congreso y le impuso con un *fiat* como hecho consumado, la reunión de Venezuela con Nueva Granada. "¡Legisladores! dijo: La unánime determinación de vivir libres y de no vivir esclavizados, ha dado a la Nueva Granada un derecho a nuestra admiración, y su anhelo por la reunión de sus provincias a las provincias de Venezuela, es unánime. Los granadinos están convencidos de la inmensa ventaja que resulta a uno y otro pueblo de la creación de esta nue-

va república compuesta de estas dos naciones. La reunión de Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur. El tiempo de dar una base fija a nuestra república ha llegado. A nuestra sabiduría corresponde decretar este gran acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a fundarse esta gran república. ¡Proclamadla a la faz del mundo!"

El congreso venezolano, con la asistencia de cinco diputados granadinos por la provincia de Casanare, decretó la "República de Colombia", reuniendo en una sola nación la antigua capitanía de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada, que comprendía el territorio de Quito, en una extensión de 115 mil leguas cuadradas, desde las bocas del Orinoco en el Atlándico y el golfo de Méjico, hasta el golfo de Tumbes y el istmo de Panamá en el Pacífico. La nueva república, constituida en unidad de régimen, se dividiría en tres grandes departamentos —Venezuela, Quito y Cundinamarca (Nueva Granada)— gobernado cada uno de ellos por un vicepresidente. Una nueva ciudad que llevaría el nombre de Bolívar, sería la capital de la república. La bandera sería la tricolor enarbolada por Miranda en 1806. Un congreso nacional constituyente se reuniría en San José de Cúcuta en la frontera de los dos Estados. Bolívar fue nombrado presidente interino de Colombia, Santander, vicepresidente de Cundinamarca y Roscio de Venezuela. La república colombiana así constituida, con el nombre del descubridor de América, sería proclamada y jurada en los pueblos y en los ejércitos, celebrándose su nacimiento el día del Salvador del mundo, y conmemorando cada uno de los aniversarios como en las olimpíadas griegas, con premios a la virtud y a las luces. Así se evocaban los grandes recuerdos de la historia bajo la advocación del cristianismo y las tradiciones del mundo antiguo, sintetizando la unidad simbólica del cosmopolitismo de la nueva creación (17 de diciembre de 1819).

Arreglado este gran asunto político, la guerra llamó la atención del Libertador. Los españoles, dueños de todo el occidente de Venezuela, ocupaban todas las plazas fuertes de las costas del Barlovento y Sotavento desde Cumaná hasta Cartagena, y de Panamá. Morillo contaba con doce mil hombres para sostener la guerra, y parte de la provincia de Poyán y la de Pasto al sur, estaban en poder de los realistas apoyados a su espalda por los ejércitos de Quito y el Perú. El virrey Sámano se sostenía con dos mil hombres en Cartagena y dominaba el bajo Magdalena; una expedición de veinte mil hombres, destinada al Río de la Plata, y de que se ha dado ya noticia, debía reforzar también el ejército de Morillo en costa Firme. Así, los ejércitos con que tenía que combatir Colombia por el sur y por el norte, alcanzaban a cerca de veinte mil

hombres sin contar los del Alto y Bajo Perú, que San Martín mantenía en jaque después de Maipú. Las tropas que podía oponer Colombia, no alcanzaban a la mitad de los realistas; su infantería era muy inferior a la española en número y calidad, y las fuerzas físicas del país estaban casi agotadas.

El contingente de los alistamientos extranjeros no había producido el efecto que se esperaba, que era remontar la infantería republicana y darle nuevo temple para reconcentrarla en una masa. La expedición de 1.500 ingleses y alemanes de que se hiciera cargo Urdaneta y Montilla al tiempo de abrir Bolívar su campaña de Boyacá, había sido desgraciada en sus empresas. Según el plan convenido, esta división debía operar con la escuadrilla de Brión sobre la costa de Caracas en unión con 500 margariteños, al mismo tiempo que Bolívar atravesara los Andes, y el ejército del Apure llamase la atención por Barinas, sosteniendo las divisiones de Bermúdez y Monagas la línea de operaciones en el Oriente. No habiendo podido realizar en su oportunidad esta operación, Urdaneta se dirigió a Barcelona y apoderóse de esta plaza a viva fuerza (17 de julio de 1819). Atacado por fuerzas superiores, antes de ponerse en comunicación con las divisiones republicanas que ocupaban los llanos, se retiró embarcado, a la costa de Paria, donde reforzada la expedición, intentó apoderarse de la plaza de Cumaná, siendo al fin rechazado (5 de agosto). Los restos, muy disminuidos y desmoralizados, se reconcentraron en Maturín. La primera expedición de Mac Gregor, no había sido más feliz. Después de apoderarse de Portobelo (10 de abril de 1819), fue derrotado con grandes pérdidas a los pocos días de ocuparlo (29 de abril). Con una segunda expedición preparada en Haití, tomó posesión de Río Hacha, rindiendo a su guarnición (5 de octubre), pero la conducta licenciosa de sus tropas sublevó contra ellos los moradores de la ciudad y lo obligó a reembarcarse. Desde este día Mac Gregor desapareció de la escena de la revolución venezolana, en que con tanto brillo había figurado. Felizmente, por este mismo tiempo arribó a Margarita la primera división de la legión irlandesa contratada con D'Evereuz, fuerte de 1.200 hombres, a la vez que se anunciaba la llegada de otros cuerpos extranjeros a Angostura. Bolívar puso a órdenes de Montilla a los irlandeses, con instrucciones de hostilizar con la escuadra de Brión las costas de Sotavento hasta Santa Marta, amagando a Cartagena a fin de ligar sus operaciones con las que él preparaba desde Nueva Granada en el Bajo Magdalena, a la vez que el ejército del Apure reforzado y las divisiones de éste convergían a Caracas para atacarla por el sur. Para ejecutar este plan, Bolívar se puso de nuevo en campaña a los trece días de su regreso a Angostura (24 de diciembre de 1819).

El ejército del Apure, durante la campaña de Nueva Granada, había concurrido indirectamente a su éxito. Páez, dejando a la

retaguardia su infantería, invadió la provincia de Barinas, y procuró llamar la atención del enemigo por la parte de Cúcuta. Obligado a replegarse en su primera entrada, no obstante algunas ventajas que alcanzó, hizo atacar con el margariteño Antonio Díaz la escuadrilla sutil que tenían los realistas en el Apure, compuesta de diez flecheras tripuladas por un batallón, la que fue rendida en combate, ocupando los independientes la plaza de San Fernando con el dominio de toda la navegación del río, desde el Orinoco hasta el corazón de los llanos (30 de setiembre). Morillo, sorprendido por la invasión de la Nueva Granada, permaneció en inacción en Calabozo. Limitóse a desprender a La Torre con una columna de 1.000 hombres sobre el valle de Cúcuta, la que fue obligada a retirarse por la división de Soublette situada en Pamplona, que se transportó al oriente de la cordillera. Unidos Páez y Soublette en los llanos, amenazaban a Caracas. Para dar consistencia a esta actitud, Bolívar reforzó el ejército del Apure con dos batallones —uno de ellos inglés— elevando su fuerza hasta el número de 3.000 hombres de las tres armas. A la vez dirigió una fuerte división venezolana en auxilio de Nueva Granada a cargo del coronel Manuel Valdez con el objeto de dar impulso a la guerra del Sur por la parte de Quito.

El general en jefe español, paralizado y sin inspiraciones, se limitó a una estricta defensiva, cuidando sólo de conservar su base de aperaciones al occidente de Venezuela, amenazada simultáneamente por el sur y por las costas marítimas a fines de 1819, al tiempo de ponerse el Libertador en Campaña.

IV

La contienda entre independientes y realistas, que debía decidirse por el choque de los elementos militares con que por este tiempo contaban los beligerantes en Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú, habría presentado otras fases y tal vez retardado el triunfo de la emancipación sudamericana de haberse realizado la poderosa expedición de veinte mil hombres que preparaba la España, para reabrir la lucha en el Río de la Plata y llevar a cabo la pacificación de Tierra Firme reforzando a Morillo. El resultado pudo ser definitivamente el mismo; pero con más grandes sacrificios estériles por una y otra parte. Felizmente para la América, y también para la España, la contienda se terminó en palenque cerrado con las mismas fuerzas que por este tiempo estaban en acción. Un acontecimiento extraordinario, que fue más decisivo que la conquista de Nueva Granada por Bolívar y la expedición del Perú por San Martín, vino a intervenir poderosamente en los destinos de ambos mundos. Nos referimos a la sublevación de la expe-

dición de Cádiz en 1820, y al alzamiento del liberalismo español en España, que al proclamar la constitución de 1812, modificó la monarquía absoluta, obligándola a seguir una nueva política respecto de las colonias insurreccionadas, y la desarmó militarmente ante ellas.

Ya hemos historiado los antecedentes y preparativos de la gran expedición de Cádiz, así como su disolución, y las consecuencias del alzamiento liberal en España en 1820, que inauguró la nueva política colonial con la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII, declarando a los rebeldes sudamericanos simples disidentes y convidándolos a la paz y la conciliación "como iguales". Esta variación se hizo sentir simultáneamente en el sur y en el norte del continente. Al mismo tiempo que San Martín invadía el Perú y denunciaba el armisticio de Miraflores, Bolívar firma un armisticio con Morillo para tratar de la paz, y regularizar la guerra. Reabiertas las negociaciones pacíficas en Punchauca, Bolívar las rompió por su parte en Venezuela, renovando las hostilidades como lo verificó poco después San Martín, combinando ambos desde entonces sus operaciones militares. Como se ha visto, este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo a la guerra. La revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto, desarmó a la España respecto de sus colonias rebeladas, y su separación fue un hecho a que ella concurrió indirectamente. En presencia de esta situación, y sin esperanzas de nuevos auxilios de la metrópoli, Morillo, después de firmar el armisticio de Trujillo con Bolívar (25 de noviembre de 1820), tuvo la conciencia anticipada de su derrota una vez abandonado a sus propias fuerzas, y aprovechó la ocasión para renunciar su espinoso cargo, y desaparecer por siempre de la escena americana, dejando la guerra en el estado en que se hallaba después de la reconquista de Nueva Granada (diciembre de 1820).

El armisticio fue mal observado, sobre todo por parte de los independientes. Vigente aún, y hallándose los comisionados colombianos en Madrid para tratar la paz con el gobierno español, la provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse a Colombia (28 de enero de 1821). El general La Torre declaró que consideraría tal ocupación como un acto hostil violatorio del compromiso celebrado entre los beligerantes. Bolívar le daba la razón desaprovando el acto, pero sostuvo que estaba en su derecho y lo mantuvo como hecho consumado. El armisticio fue en consecuencia denunciado antes de fenecer y las hostilidades se reabrieron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática sobre Lima, bajo la bandera blanca del armisticio de Punchauca.

La opinión revolucionaria y las armas independientes habían hecho grandes progresos, antes y después del armisticio. La guerra había cambiado de faz. Montilla, con la expedición embarcada en la escuadrilla de Brión, se había apoderado de Río Hacha y Santa Marta, y sitiaba a la sazón a Cartagena por mar y por tierra, con un ejército de 3.000 hombres y amenazaba el bajo Magdalena. Bolívar, dueño de las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, tenía en campaña al frente del enemigo dos ejércitos en el Occidente, uno de 5.000 hombres en Barinas, y el del Apure a órdenes de Páez, compuesto de 4.000 hombres de caballería a su retaguardia. Bermúdez, con otro ejército de más de 2.000 hombres, amenazaba por el Oriente la provincia de Caracas. El ejército de Nueva Granada apoyaba a Montilla en el valle del Magdalena y mantenía la guerra por la parte del sur. La Torre, reducido a la defensiva adoptada por Morillo, contaba todavía con 9.000 hombres en campaña, además de las guarniciones de las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento, y se sostenía en Cumaná, Barcelona, Guayra, Puerto Cabello y Cartagena que resistía. Perdido Maracaibo, sus comunicaciones quedaban cortadas, y los independientes podían combinar libremente las operaciones de los ejércitos de Nueva Granada y Quito. Por la parte del Sur, el ejército español que defendía el Perú, se encontraba completamente aislado, después de la invasión por San Martín y el pronunciamiento de la provincia de Guayaquil.

V

Bolívar abrió su nueva campaña haciendo invadir las provincias de Caracas por una división del ejército de Oriente al mando de Bermúdez, la que después de ocupar la capital, y algunos triunfos y derrotas sucesivos, viose obligada a evacuar el territorio conquistado, contribuyendo empero a distraer e inutilizar una parte considerable del ejército de La Torre. El Libertador, situado en San Carlos, llamó a sí la división de Urdaneta y parte del ejército de Apure, y al frente de 6.000 hombres de infantería y caballería, se puso en marcha sobre el enemigo. El general en jefe español se reconcentró a Vanguardia de Valencia con un ejército de cinco batallones, alguna artillería y una numerosa caballería mandada por Morales, que alcanzaba a poco más de 5.000 hombres. Esta inferioridad numérica se aumentó, por tener destacada La Torre una división de dos batallones y un escuadrón sobre su derecha en Barquisimeto, que amagaba por otra de Bolívar, fue reforzada con otros dos batallones y un escuadrón, privándose así del concurso de cuatro batallones y de dos escuadrones de sus mejores tropas.

Los dos ejércitos beligerantes maniobraban con los últimos ramales de la cordillera de por medio: el ejército realista, cubriendo las costas de Sotavento, que constituían su base de operaciones, y la ciudad de Valencia, llave de todo el valle que conduce a la capital y a las costas de Barlovento y Sotavento: el ejército independiente, procurando forzar el paso de la montaña. La Torre, en vez de disputar el paso de la cordillera, se limitó a cubrir sus gargantas con destacamentos, formando su línea en la extensa sabana de Carabobo, funesta a las armas realistas, y se atribuye a esta circunstancia la resolución del general español con el objeto de vengar en el mismo campo sus anteriores derrotas. Fue un error, que agregado a la división de sus fuerzas, presagiaba una nueva derrota.

Bolívar marchando en masa sorprendió el principal desfiladero que daba acceso al llano, y desde allí dominaba con la vista el campo de batalla; pero para descender a él tenía que marchar en desfilada por otra estrecha garganta boscosa de la parte alta de la sabana dominada por la artillería enemiga, a cuyo pie lo esperaban los batallones españoles formados en columnas con sus escuadrones sobre los flancos y retaguardia prontos a cargar en su apoyo. En estas condiciones el ataque no ofrecía probabilidades de buen éxito. Bolívar vaciló; pero sus generales eran de opinión de seguir adelante. Cuéntase por un contemporáneo, que un guía que escuchaba la discusión, manifestó que conocía un camino por el cual podía tomarse al enemigo por el flanco. Bolívar lo interrogó minuciosamente, y convencido de la posibilidad de la empresa, dispuso que Páez, con 1.500 jinetes, el batallón Apure y la Legión Británica, atacase al enemigo por su punto más débil, que era su derecha —izquierda republicana— mientras él permanecía en observación sobre la altura con el grueso del ejército. Un abra del bosque por esa parte, permitía esta operación arriesgada; pero a su pie había que atravesar en desfilada un riachuelo de la sabana dominado por una colina que ocupaban los realistas.

El batallón Apure llevaba la vanguardia conducida por Páez en persona. La Torre, que comprendió la importancia del movimiento, se puso al frente del segundo batallón Burgos —gemelo del primero rendido en Maipú— y seguido por dos batallones más, sostenidos por fuegos de artillería, rechazó y dispersó al Apure a tiempo de salvar el obstáculo. Acude en su auxilio la Legión Británica, mandada por el coronel John Farrier; despliega con sangre fría en batalla; clava la bandera en el suelo; la primera fila hinca rodilla en tierra, y al grito de "¡Viva América libre!" rompe un mortífero fuego que restablece el combate. La infantería patriota se rehace, su caballería amaga el flanco derecho de la posición española; Farrier, agotados sus cartuchos, carga la bayoneta con su intrépida legión; el enemigo pierde la altura que ocupaba, procura rehacerse más a retaguardia, pero la caballería realista se pone en

retirada, rindiéndose bajo la lanza de los escuadrones llaneros dirigidos por Páez. Un batallón, el Valencey, sostuvo valerosamente la retirada, y salvó el honor de las armas españolas en este día, rechazando las repetidas cargas en una marcha de más de 30 kilómetros, hasta reunirse con los restos de su derrotado ejército, que se encerraron en Puerto Cabello (24 de junio de 1821).

Esta batalla, complemento de la de Boyacá, que ha sido llamada el Waterloo colombiano, aseguró para siempre la independencia de Venezuela y Nueva Granada, como Maipú y la expedición del Perú la había asegurado ya al sur del continente, concurriendo las tres a preparar el triunfo definitivo de la emancipación sudamericana.

VI

Bolívar entró por segunda vez triunfante en Caracas, y dominó casi todo el territorio de Venezuela. Los realistas sólo ocupaban Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena. Era sin disputa dueño del poder y nadie podía negarle la gloria de Libertador de su patria. Su mando político y militar era una necesidad pública y un deber para él. Precisamente fue este momento para hacer una de sus acostumbradas renuncias, con carácter de indeclinable, que sería una farsa indigna de su grandeza, si no tuviese su explicación. Dirigióse al congreso nacional que se había instalado en Cúcuta en víspera de la batalla de Carabobo (6 de mayo) y manifestó, que habiendo sido nombrado por el congreso de Venezuela, no se consideraba presidente de Colombia, y que sin los talentos que el puesto requería, porque su oficio era de soldado, si el congreso persistía en que continuara en la presidencia, "como él temía, renunciaba desde ese momento para siempre hasta el glorioso título de ciudadano y abandonaba de hecho las riberas de su patria." Esta nueva renuncia era una imposición o era dictada por el orgullo. Era lo uno y lo otro.

El congreso de Cúcuta, compuesto de hombres civiles, en que predominaba el elemento legislativo, era radicalmente republicano, y repugnaba tanto los abusos del gobierno militar implantado de hecho como las antidemocráticas teorías constitucionales del Libertador. A oídos de éste llegaron las murmuraciones y sintió las resistencias cívicas que encontraban sus ideas de organización. Su renuncia era, pues, una protesta contra las acusaciones que le hacían y un medio indirecto de obrar sobre las opiniones dominantes en el congreso. Esto hace honor a Bolívar en medio de su poderío, porque prueba que las elecciones fueron libres, y que no pretendió ejercer presión sobre los diputados; pero hace más honor aún al congreso, que firme en sus creencias y resistiendo al imperio de la fuerza triunfante y al prestigio de la gloria, sostuvo con firmeza

los verdaderos principios de la revolución sudamericana, impidiendo que el Libertador hiciese sancionar la constitución republicano-monárquica, con senado hereditario como lo propuso en Angostura, y con presidencia vitalicia, como la impuso más tarde a Bolivia y el Perú, haciendo imposible así este bastardo sistema constitucional en Colombia. Esto prueba, como la resistencia de la República Argentina a los planes de monarquía, y la del Perú al plan de monarquización ideado por San Martín, que la revolución sudamericana era genuinamente republicana, y que sus libertadores no podían luchar contra esta irresistible corriente.

Firme en sus convicciones republicanas, el congreso de Cúcuta, no se dio por entendido ni de la protesta indirecta de Bolívar, ni de las resistencias armadas del pretorianismo. Tranquilamente, discutió y votó la constitución de Colombia. No sólo no consagró en ella el bello ideal de Bolívar, que era la presidencia vitalicia, con un senado hereditario, sino que borró de la ley fundamental de la unión de Venezuela y Nueva Granada, el senado vitalicio que el congreso de Angostura había aceptado por transacción. Consignó en ella que el gobierno sería por siempre popular y representativo, y que el presidente duraría sólo cuatro años, y no sería reelegible. Que el general en jefe de los ejércitos de la república no ejercería en campaña las facultades del poder ejecutivo, lo que importaba abolir la dictadura militar. Por último, que la constitución no podría ser reformada, sino pasados diez años. En lo único que coincidió con las ideas prácticas del Libertador, fue proclamar el sistema unitario y en instituir que la república se dividiese en seis o más departamentos administrativos, lo que fue un doble error, porque rompía la tradición histórica y violaba la ley orgánica, si bien montaba una poderosa máquina de guerra, violentando la espontaneidad de los pueblos. Bogotá fue declarada capital de la república, violando una ley geográfica, que introdujo un principio de disolución en la constitución de Colombia. En seguida nombró a Bolívar "como él lo temía", presidente de la república de Colombia, y a Santander vicepresidente.

Bolívar, que había declarado solemnemente, que renunciaría hasta el título de ciudadano y se ausentaría para siempre de su patria, si era nombrado presidente, reiteró su renuncia, vaciada en el molde artificial de las anteriores. Después de repetir que estaba profundamente penetrado de su incapacidad para el gobierno, que no era sino un soldado, y que el bufete era para él un suplicio, que le alejaba del ejercicio del mando, concluía diciendo: "Si el congreso general persiste, después de esta franca declaración, en encargarme del poder ejecutivo, yo cederé sólo por obediencia." Era borrar con el codo lo escrito con la mano y lo que todo el mundo sabía que haría al fin, porque ninguna otra cosa era posible. Al tomar posesión del cargo, obedeciendo al mandato del congreso,

pronunció las palabras más elocuentes de su vida, tan llenas de verdad como faltas de sinceridad. "El clamor de mi conciencia y de mi honor me impiden a grandes gritos que no sea más que ciudadano. Siento la necesidad de dejar el primer puesto de la república, al que el pueblo señale como jefe supremo de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra: el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. No son éstos los títulos consagrados por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia, no es la balanza de Astrea. Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un gobierno popular. Quiero ser ciudadano, para ser libre, y para que todos lo sean." Hermosas palabras, que convertidas en actos en su oportunidad, habrían hecho la grandeza política del Libertador, como hicieron con menos prosopopeya las de Wáshington, que llevadas por el viento del olvido no aprovecharon ni siquiera como lección a su mismo autor.

El dictador de Colombia, reducido —al menos teóricamente— a la condición de presidente constitucional de la república, y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigaba grandes ambiciones, no era un déspota ni quería ser tirano. Tuvo la moderación que cabía en su naturaleza autoritaria, adherida al poder personal. Juró y promulgó modestamente la constitución de Colombia, recomendó a los pueblos su fiel observancia, y asumió el papel de guerrero que le correspondía, renunciando al ejercicio del mando supremo, que delegó en el vicepresidente de la república.

Bolívar, a pesar de la moderación que ostentaba como soldado de la ley, no podía renunciar a la dictadura militar que ejercía de hecho, y que las necesidades de la época justificaban. Recabó y tuvo del congreso una ley, por la cual se le constituía en árbitro absoluto del departamento de la guerra, dejando a su discreción organizar como lo entendiese mejor, las provincias que sucesivamente fuesen libertadas —"las provincias de operaciones", como él las llamaba— promulgando o suspendiendo en ellas el imperio de la constitución, que sólo regiría en territorio no ocupado por las armas libertadoras (9 de octubre de 1821).

En el mismo día en que Bolívar se recibía de la presidencia de Colombia, Montilla entraba triunfante en Cartagena después de catorce meses de sitio, y le enviaba las llaves de las puertas de Nueva Granada (1º de octubre de 1821). Las provincias del istmo, Panamá y Veraguas, proclamaron casi inmediatamente su independencia, declarando su voluntad de unirse a Colombia, y las fortalezas de Chagres y Portobelo quedaron por los independientes (28 de noviembre de 1821). En Venezuela, los españoles sólo ocupaban las plazas fuertes de Cumaná y Puerto Cabello sobre la costa de

Barlovento con 5.000 hombres. Para cuadrar el territorio de la República de Colombia, sólo quedaba Quito por someter. Hacia allí convergían las armas libertadoras de Bolívar triunfantes en el Norte, y las de San Martín dueño de la mitad del Perú, con un pie en Guayaquil. La guerra del Sur llamaba al Libertador.

Para completar el cuadro de la heroica lucha sostenida por Venezuela y Nueva Granada en pro de su independencia (aunque sea anticipando el orden cronológico) relataremos rápidamente los últimos sucesos que le pusieron término glorioso, y fueron la consecuencia del triunfo de Carabobo.

Al trasladarse Bolívar al nuevo teatro de la guerra, dividió a Venezuela en tres departamentos militares, cuyo mando confirió a Mariño, Páez y Bermúdez, bajo la dirección superior de Soublette (1º de agosto de 1822). Poco después, la ciudad de Cumaná se rindió a Bermúdez (16 de octubre). Los españoles quedaron reducidos al estrecho recinto de Puerto Cabello, con una guarnición de 4.000 hombres. Morales, que sucedió por este tiempo en el mando a La Torre, desplegó una actividad y una energía asombrosas, cambiando momentáneamente el aspecto de la guerra. Con una expedición de 1.200 hombres, se trasladó por mar a la península de Guajira, se apoderó de Maracaibo (7 de setiembre), derrotó una división de 1.000 hombres que Montilla desprendió para hacerle frente (12 de noviembre), sublevó a la provincia de Santa Marta y aseguró la provincia de Coro (3 de diciembre). Los republicanos reaccionaron prontamente con no menos energía y actividad. Santa Marta fue recuperada por Montilla, y Coro por Soublette (enero de 1823). El coronel José Padilla, que al frente de la escuadrilla independiente había contribuido eficazmente a la rendición de Cartagena, forzó la entrada del lago de Maracaibo bajo el fuego de las fortalezas enemigas, y derrotó la escuadra española, que lo dominaba (24 de julio). Morales capituló (3 de agosto). La plaza de Puerto Cabello fue tomada por asalto por Páez (7 a 8 de noviembre de 1823). La guerra del norte de la América meridional estaba terminada.

Capítulo XLIV

LA GUERRA DE QUITO. — BOMBONA Y PICHINCHA

1821-1822

Movimientos convergentes de la revolución sudamericana. — Estado de la guerra del Sur en 1821. — Combate de Pitayó. — Derrota de Jenay. — Campaña sobre Patía. — Abandono de Popayán. — Carácter de la guerra de Pasto. — Marcha de Sucre a Guayaquil. — Retrato de Sucre por Bolívar y San Martín. — Situación de Guayaquil. — Conducta prudente de Sucre. — Reacción realista en Guayaquil. — Sucre, general en jefe de Guayaquil. — Combate de Yahuachi. — Sucre pasa la cordillera. — Desastre de Huachi. — Sucre se repliega a Guayaquil. — Decisión de los guayaquileños. — Expedición de Murgeón. — Planes de campaña de Bolívar. — Abre la campaña de Pasto y atraviesa el Juanambú. — Batalla de Bomboná. — Victoria estéril. — Retirada de Bolívar. — Sus incertidumbres. — Reunión de las fuerzas de la insurrección sudamericana. — San Martín envía una división auxiliar peruanoargentina a tomar parte en la guerra de Quito. — Sucre toma la ofensiva. — Combate de Río Bamba. — Hábiles maniobras estratégicas de Sucre. — Batalla de Pichincha. — Sometimiento de Pasto. — Deificación del pretorianismo. — Quito incorporado a Colombia. — Proclamación de la alianza continental por los dos libertadores sudamericanos. — Convergencia de las armas de la insurrección sudamericana hacia el Perú. — La gran combinación militar sudamericana ejecutada.

I

Hemos llegado al gran momento en que, después de historiar los movimientos convergentes de la revolución de la América meridional al Sur y al Norte, y explicar la ley que determinaba su unidad, sus armas triunfantes en ambos extremos van a concurrir a un centro común, y operar allí su conjunción los dos libertadores que las dirigían. Quito es el nudo de esta doble campaña continental, que se apretará en Guayaquil y se desatará en el Perú.

La guerra del sur de Colombia, emprendida después de la reconquista de Nueva Granada, con Quito por objetivo, no había sido tan feliz como la del norte. Los derrotados de Boyacá, eficazmente ayudados desde Quito por el capitán general Aymerich, hiciéronse fuertes en las provincias de Pasto y Patía, y disputaron tenazmente el dominio de Popayán y del Alto Cauca, haciendo experimentar a

los independientes serios reveses. Nombrado el general Manuel Valdés, jefe de la división de operaciones del Sur, abrió segunda campaña con tres batallones —entre ellos el Albión— y alguna caballería. Atacado por 1.100 infantes del ejército de Calzada en el pueblo de Pitayó, al noroeste de Popayán, su vanguardia fue arrollada en un principio. El batallón de Albión restableció el combate como en Carabobo, y decidió la victoria por una impetuosa carga a la bayoneta. Los realistas se replegaron a Patía, con una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos (6 de junio de 1820). Reforzado Valdés, ocupó a Popayán con un cuerpo de ejército de 2.300 hombres, que en poco tiempo quedó reducido a menos de mil por las enfermedades y la deserción. Con esta fuerza, insuficiente para la empresa, reabrió campaña sobre Pasto, en obediencia a órdenes terminantes de Bolívar (enero de 1821). Los habitantes de Patía, sublevados, al poner en práctica su acostumbrada táctica, le abrieron paso y le cerraron los caminos de retaguardia, cortando sus comunicaciones con Popayán. Al atravesar la barrera del Juanambú, encontróse rodeado de enemigos por todos lados. Desesperado, emprendió una marcha ofensiva sobre la ciudad de Pasto. El coronel Basilio García, que había sucedido a Calzada en el mando de los realistas, lo esperó con 850 hombres en la quebrada de Jenay, cerrándole el camino, y lo derrotó completamente, matándole 200 hombres y tomóle 100 prisioneros. Casi todo el batallón Albión murió peleando en esta acción (2 de febrero de 1821). El armisticio de Trujillo salvó los restos de Valdés de una pérdida total.

Reabiertas las hostilidades al romperse el armisticio, el general Pedro León Torres, que reemplazara a Valdés, fue atacado en Popayán por el activo coronel Basilio García, obligándolo a encerrarse en sus trincheras (15 de julio de 1821). A su vez, Torres, al frente de 1.800 hombres, en su mayor parte de infantería, tomó la ofensiva con el intento de avanzar hasta Pasto. Las hostilidades de las guerrillas realistas, las enfermedades y la deserción de sus tropas, lo derrotaron sin combatir, y viose obligado a emprender desde Patía una retirada desastrosa sufriendo considerables pérdidas (agosto 29). Popayán fue abandonado por los independientes, que dominaron los patianos.

La guerra del sur de Colombia se habría prolongado indefinidamente sostenida por las poblaciones de Patía y de Pasto fanatizadas por la causa del Rey, contando con el apoyo de Quito, sostenido a su vez por el virreinato del Perú, si la expedición de San Martín y el dominio del Pacífico no hubiesen aislado este foco de resistencia y permitido atacarlo en su base. Así lo reconoce el más imparcial y más patriota de los historiadores colombianos. Era la Vendée colombiana, como se ha dicho. Situada entre los ríos Guáitara y Juanambú, que se deslizan en cauces profundos por entre rocas escarpadas, estas posiciones eran suficientes para impedir el

paso de ejércitos numerosos, aun defendidas por fuerzas muy inferiores. Entre ambos ríos se levanta majestuoso el volcán de Pasto, como inmenso surcado por barrancos profundos, que son otras tantas posiciones militares inexpugnables que dominan los desfiladeros de Juanambú, barrera formidable donde habían sucumbido durante diez años todos los ejércitos invasores, y cuyo solo nombre infundía pavor a los soldados republicanos. Contra estos obstáculos naturales y la fuerza moral de sus semisalvajes habitantes, se habían estrellado los esfuerzos de los vencedores de Carabobo, y aun triunfando de ellos, habrían quedado en impotencia para adelantar sus operaciones como la experiencia lo mostró poco después. La expedición de San Martín al Perú y la revolución de Guayaquil, que fue su primera consecuencia, cortando las comunicaciones terrestres y marítimas entre el Perú y Quito, y aislando a Quito, hizo posible el triunfo de las armas de Colombia por esa parte, y aun así, fue necesaria la concurrencia directa de las tropas peruanoargentinas para asegurarlo, como luego se verá.

II

Convencido Bolívar de que la guerra del Sur no daba resultados llevada por los valles de Patía y de Pasto, resolvió atacar a Quito por el sur y por el norte a la vez, buscando el camino del Pacífico adonde lo llamaba su destino. Quito no había sido incluido en el armisticio de Trujillo, y podría abrir hostilidades sobre su territorio, ganando posiciones. La revolución de Guayaquil le proporcionó la base que necesitaba. Faltábale sólo un general capaz de ejecutar esta operación combinada. Por un momento pensó trasladarse él mismo a Guayaquil; pero luego se fijó en un oficial que hasta entonces no se había señalado por grandes acciones, pero que por sus cualidades estaba destinado a ser uno de los más grandes generales de la independencia sudamericana, ligando la acción militar de Sucre. Hemos señalado ya su modesta aparición. Natural de Cumaná, había recibido una educación científica, y hecho con distinción desde muy joven todas las campañas de la revolución con Miranda, Piar y Bolívar. Ocupaba por este tiempo el puesto de ministro de Guerra de Colombia.

Sucre era el general predestinado a ganar la primera y la última batalla de las armas sudamericanas coaligadas, y por una singular coincidencia, los dos libertadores que las organizaron y las condujeron por caminos opuestos al través del continente a su punto de conjunción, han hecho a la vez su retrato. Bolívar hacía de él este juicio: "Sucre es la cabeza mejor organizada de toda Colombia: es metódico y capaz de las más elevadas concepciones: es el mejor general de la república y el primer hombre de estado.

Sus principios son excelentes y fijos y su moralidad ejemplar. Tiene el alma grande y fuerte. Sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar, y si en política no es un defecto juzgarlos peores de lo que son en realidad, tiene el de manifestar demasiado el juicio desfavorable que hace de ellos. Es el valiente de los valientes, el leal de los leales, el amigo de las leyes y no del despotismo, el partidario del orden, el enemigo de la anarquía; finalmente es un verdadero liberal." San Martín, que no lo conoció personalmente, recordándolo en su ostracismo, decía de él: "Bravo y activo en alto grado, reunía a estas cualidades una prudencia consumada, y era un excelente administrador. Las tropas bajo su mando observaban una disciplina severa, lo que contribuía a hacerlo amar de los pueblos. No sólo poseía mucha instrucción, sino también conocimientos militares más extensos que los del general Bolívar. Si a esto se agrega una gran moderación, puede asegurarse que fue uno de los hombres más beneméritos que produjo la república de Colombia."

La misión confiada a Sucre era política y militar, y cuadraba a su carácter. Como Guayaquil al hacer su revolución se hubiese puesto bajo la protección de San Martín y de Bolívar, y Quito había sido declarado parte integrante de Colombia, llevaba encargo de negociar su incorporación a la república a la vez de prestarle el auxilio de sus armas. El general colombiano, con una columna de mil hombres reunida en Popayán, parte de los derrotados ejércitos del Sur, embarcóse en el puerto de Buenaventura — costa del Chocó —, y se dirigió a Guayaquil (mayo de 1821). A su arribo, encontró que esta provincia se había declarado independiente y había instituido en consecuencia un gobierno supremo; pero que existían dos partidos que se dividían la opinión: el uno — que era la mayoría — estaba por su incorporación al Perú; el otro, por la unión con Colombia. Las armas de esta inconsistente república habían sufrido un revés en su primer ensayo, en Ambato (20 de noviembre de 1820), y no podía mantenerse, ni aun a la defensiva sin el auxilio militar del Perú o de Colombia. Esta situación encerraba, a la vez que la unión de las armas de los dos libertadores, el primer fermento de su futura división. Sucre procedió prudentemente al no insistir sobre la inmediata incorporación, y asumió el papel de simple auxiliar, aparentando no mezclarse en la cuestión política, pues comprendía que la situación de Guayaquil independiente era imposible entre dos colosos, y que el mando de las armas le daría al fin la preponderancia. Una reacción realista que estalló por este tiempo, vino a servir a sus designios. El 17 de julio (1821) sublevóse la flotilla de la ría y un batallón guayaquileño proclamó al Rey, de acuerdo con una expedición de 1.200 hombres que en esos mismos momentos preparaba Aymerich. Sucre acudió

con sus tropas, sofocó el movimiento y quedó de hecho dueño de la situación militar como general en jefe de todas las fuerzas.

El general Sucre, al frente de las fuerzas de Guayaquil y Colombia, resolvió salir al encuentro de la invasión que traía Aymerich en dos fuertes columnas, la una mandada por éste, salida de Quito, y la otra, fuerte de 1.000 hombres, procedente de la provincia meridional de Cuenca, a órdenes de su segundo coronel Francisco González, quien, por una marcha de flanco faldeando las vertientes occidentales de las montañas, debía reunírsele en las nacientes del Babahoyos, al pie del Chimborazo. Hallábase Sucre precisamente a inmediaciones de este punto, que era la posición estratégica, y descendiendo rápidamente el río por su margen izquierda, salió al encuentro de González al que batió en Yahuachi, a la bajada de la cordillera, causándole una pérdida de 150 muertos y 500 prisioneros (19 de agosto de 1821). En seguida se volvió sobre Aymerich, quien esquivó el combate, perdiendo como 300 hombres en una retirada de 400 kilómetros hacia la capital. Situado de nuevo en Babahoyos, el general independiente destacó por sus flancos dos divisiones de 300 hombres cada una, con el objeto de atacar a Quito por el norte y sublevar la provincia de Cuenca por el sur. Con el grueso de sus fuerzas, que alcanzaban a 1.300 hombres, trepó la cordillera del Chimborazo y se situó en Huachi, sobre la meseta andina de Ambato, donde poco antes habían sido derrotadas las primeras tropas guayaquileñas. Aymerich, que buscaba el desquite de Yahuachi, hizo salir a su encuentro al coronel González con fuerzas superiores. En un reñido combate de tres horas, los independientes fueron hechos pedazos, con pérdida de 300 muertos y heridos, 40 oficiales y 600 soldados prisioneros. Casi simultáneamente, las fuerzas de Colombia que hostilizaban a Quito por el extremo opuesto, retrocedían vencidas de Patía y abandonaban Popayán (12 de setiembre de 1821). La campaña del Sur parecía perdida.

La derrota de Huachi o Ambato fue publicada en Guayaquil a son de cajas de guerra, llamando a sus hijos a las armas. Todos acudieron a ocupar sus puestos y formóse una reserva de 700 hombres. Sucre, que saliera de la derrota levemente herido, con algunos oficiales y 100 soldados, reunió en Babahoyos sus dispersos, y oportunamente reforzado por un batallón colombiano de 500 plazas, hizo pie firme en esta posición. Su plan era defender los ríos y los pasos difíciles de las montañas, aunque sin esperanzas de disputar el terreno, si no era socorrido por el Perú y Colombia; resuelto en último caso a encerrarse en Guayaquil y perecer allí. Aymerich no supo aprovecharse de su victoria: detuvo sus marchas en Río Bamba, al pie de las vertientes de la cordillera del Chimborazo, sobre el flanco sur de Sucre. Desde este punto dispuso que el coronel Carlos Tolrá invadiese a Guayaquil con mil infantes

y 300 jinetes; pero éste, considerando escasas sus fuerzas para la empresa, e intimidado por la fuerte posición que ocupaba Sucre, dentro de una red de ríos rodeada de esteros y pantanos, entró en negociaciones provocadas por el astuto general colombiano. Firmóse en consecuencia un armisticio por noventa días (noviembre 20 de 1821). La estación de las lluvias, que convierte la parte llana de la provincia de Guayaquil en un lago, cortando las comunicaciones terrestres, paralizó de hecho las operaciones.

Los realistas, que contaban con un ejército de 3.000 veteranos distribuidos entre Cuenca, Quito y Pasto, recibieron por este tiempo un auxilio, que mejoró su situación. Después de la batalla de Carabobo, arribó a Puerto Cabello el general Juan de la Cruz Murgeón —el compañero de San Martín en Arjonilla— nombrado virrey de Santa Fe por muerte de Sámano, título que debía adoptar así que hubiese reconquistado las dos terceras partes de la Nueva Granada. Con las cortas fuerzas que conducía y auxiliado por La Torre con algunas compañías, siguió al istmo y desembarcó en Chagres (agosto de 1821). Con una división de 800 hombres de las tres armas, embarcóse en Panamá, tomó tierra en Atacames, a inmediaciones de la embocadura del río Esmeralda, y después de una marcha prodigiosa al través de un bosque desierto de cien kilómetros, montando la cordillera, arribó a Quito con su expedición y tomó el mando superior con el título de capitán general (24 de diciembre de 1821).

III

Los planes militares de Bolívar después de Boyacá, tomaron un determinado rumbo americano; pero, como la aguja imantada, oscilaba en el Ecuador. Aseguraba la reconquista de Nueva Granada y en vísperas de realizarse la expedición libertadora del Perú, escribió a O'Higgins que el ejército de Colombia marchaba contra Quito, con órdenes de cooperar activamente a las operaciones del ejército chilenoargentino sobre Lima." Reabierta la expedición, Sucre, en nombre de Bolívar, renovaba este mismo anuncio. San Martín, al aceptar la solidaridad de causa, contestaba inculcando sobre la necesidad y conveniencia de aunar los comunes esfuerzos y combinar medidas para dar impulso y unidad a la guerra americana. Las atenciones de la guerra al llamar al Libertador al norte, le hicieron abandonar este plan, que no fue sino una ocurrencia pasajera, dando poca importancia a la resistencia de los realistas por la parte del Sur. Muy luego varió de idea, y resolvió reconcentrar sus fuerzas en Río Hacha y Santa Marta, para acelerar la rendición de Cartagena, dominar en seguida el istmo de Panamá, y acudir a Guayaquil, para emprender por el Pacífico la campaña contra

Quito. Rendida Cartagena, dirigióse a San Martín, proponiéndole conducir 4.000 hombres por el istmo, para aniquilar de un golpe el poder español en el Perú, aun antes de emprender la campaña de Quito, por cuanto, según él, nada importaba que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Andes del Ecuador, si eran vencidos en su centro. Al efecto dirigióse al Protector y a la Junta de Guayaquil pidiéndole transportes y víveres para las tropas colombianas que desde Maracaibo debían dirigirse a Guayaquil o al Callao, según mejor conviniese (21 de octubre de 1821). Luego, pensó embarcarse con un ejército en la costa de Chocó, por el puerto de Buenaventura y dirigirse a Guayaquil, dejando pendiente la guerra de Pasto. La derrota de Sucre en Huachi y el posterior arribo de la expedición de Murgeón lo decidieron al fin a emprender su campaña por el sur de Colombia. El gran rumbo estaba fijado.

Bajo la denominación de "Guardia Colombiana", imitación de la "Guardia" de Napoleón, Bolívar había organizado un verdadero ejército de las tres armas, que constituía el núcleo de sus ejércitos. Sobre esta base formó el que debía operar sobre Quito, y reunirse en la arruinada ciudad de Popayán con los restos de la división de Torres, alcanzando a un total como de 3.000 hombres. En su proclama al abrir la campaña indicó cuál era su objetivo: "¡Quiteños, la Guardia Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz! Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria" (17 de enero de 1822). En su marcha hasta el Juanambú, al través de un país enemigo, perdió como mil hombres, que dejó en los hospitales (24 de marzo de 1822). Con poco más de 2.000 hombres que le quedaban, atravesó inmediaciones de su confluencia con el Guáitara, el río que hasta entonces había sido la tumba de los ejércitos independientes en su encarnizada lucha contra la Vendée colombiana. Su plan, más de instinto que de cálculo, era esquivar la campaña en el territorio de Pasto, cuyas inexpugnables posiciones por la parte del norte y su resistencia popular temía, y con razón, inutilizaran su ejército, como el hecho lo demostró. En consecuencia, evitando atacar de frente las fortificaciones de los pastusos, que ocupaban todos los desfiladeros, se inclinó sobre su derecha, con ánimo de atravesar el Guáitara y penetrar al territorio de Quito. Era rodear la dificultad sin vencerla.

El Guáitara es un río torrentoso que corre de sur a norte entre empinadas rocas tajadas a pique, más escarpadas aun que las del Juanambú, y que sólo es vadeable por dos puentes suspendidos sobre un abismo. Al acercarse a su margen derecha, convencióse de que no podía vencer esta barrera natural, y buscó el primero de sus puentes, que encontró cortado por el enemigo y defendida su cabeza meridional. Inclinóse entonces sobre su izquierda en

busca del otro puente, con el propósito de tomar a Pasto por el sur, en caso de no poder pasar el río. En su marcha, encontróse con el ejército realista, fuerte como de 2.000 hombres —en su mayor parte voluntarios del país—, fortificado al pie del volcán de Pasto a las órdenes del coronel Basilio García. La posición de los pastusos era formidable. Apoyaba su derecha en la falda del volcán y su izquierda sobre el Guáitara: el centro era una eminencia cubierta por un espeso bosque con un barranco a su pie, defendida por una trinchera con grandes árboles abatidos. Entre ambas líneas se interponía una profunda cañada que sólo podía atravesarse por un puente dominado por los fuegos cruzados de los realistas. El plan de campaña de Bolívar, tan vago como era, estaba frustrado y se estrellaba al fin contra el obstáculo que había querido evitar. Según él mismo lo dijo en aquel momento, no podía permanecer allí, ni podía retroceder, y tenía que vencer a todo trance. Decidió atacar. Eran las dos de la tarde (7 de abril de 1822).

El ejército independiente estaba formado sobre el borde de la cañada, en la llanura de Bomboná que ha dado su nombre a la batalla que se siguió, y que los españoles llamaron de Cariaco. El ataque principal sobre el flanco cubierto por el Guáitara, que se consideraba el más accesible, fue rechazado, y la columna que lo llevara, convergió entonces hacia el centro, donde se estrelló contra las abatidas de árboles, quedando sus batallones en esqueleto. El ataque sobre la derecha enemiga por la falda del volcán, que era accesorio y se consideraba casi imposible, fue más feliz, consiguiendo un batallón que lo llevó, escalar la montaña, dispersar la infantería que la defendía, y establecerse sobre el flanco del enemigo, hasta dominarlo con sus fuegos. Faltaba media hora para ponerse el sol. Bolívar, que desde el llano presenciaba este combate al frente de la reserva, y se daba confusa cuenta de él, desprendió un batallón sobre las trincheras del frente con el objeto de impedir que el centro enemigo cargase sobre los asaltantes del volcán, lo que dio por resultado un tercer rechazo con pérdida de ochenta hombres en veinte minutos de fuego. En este estado de la batalla sobrevino la noche. Los republicanos, dueños de las altas faldas de las montañas, se encontraron vencedores y paralizados al borde de hondos precipicios alumbrados por la luz de la luna. El enemigo, una vez vencedor en su izquierda y dos veces en su centro, que había sufrido muchas menos pérdidas que los republicanos, como que combatía parapetado, al ver dominado el flanco derecho de su posición, emprendió desordenadamente la retirada con abandono de su artillería. Nadie sabía quién era el vencido o el vencedor, y la verdad era que ambos ejércitos estaban derrotados. Tal fue la famosa batalla de Bomboná. El campo de batalla quedó por los independientes, a costa de la tercera parte de su ejército. Fue una victoria a lo Pirro, y en peores condiciones que Napoleón después

de la sangrienta victoria de Tilsit, se encontró en impotencia hasta para conservar el campo de batalla. Así exclama un historiador colombiano: "Estéril triunfo que había costado tan caro." La pérdida de los republicanos pasó de 600 entre muertos y heridos; la de los realistas no llegó a doscientos cincuenta.

La batalla estaba ganada y destempló el nervio de la resistencia pastusa; pero la campaña estaba por el momento perdida. Ambos contendores quedaron impotentes para ofenderse; pero los pastusos estaban en su terreno y los republicanos no tenían más perspectiva que consumirse estérilmente en la inacción. El coronel García, conociendo su ventaja negativa, intimó a los republicanos repasaran el Juanambú. El Libertador, convencido de que forzosamente tendría que hacerlo, abrió una negociación con el objeto de ajustar un armisticio, a lo que se negó el jefe español. A los ocho días, la situación del ejército independiente era insostenible. Bolívar viose obligado a emprender su retirada con poco más de la mitad del ejército con que había invadido (1.300 hombres), abandonando a la generosidad del enemigo 300 heridos y enfermos que no podía conducir por falta de cabalgaduras (16 de abril de 1822). En su marcha retrógrada, que efectuó en masa bajo el fuego de las guerrillas de todo el país sublevado, experimentó la pérdida de varios destacamentos, 500 fusiles y su correspondencia oficial. En Patía hizo alto. Abiertas sus comunicaciones con Popayán, pidió refuerzos para formar un nuevo ejército, que le fueron inmediatamente enviados, consiguiendo reunir hasta 2.000 hombres de las tres armas, pero sin elementos de movilidad y experimentando nueva pérdidas por la insalubridad del clima.

La campaña combinada el sur de Colombia, operando simultáneamente por Pasto y por Guayaquil, estaba malograda. Sucre, vencedor en un principio, había sido derrotado, y estaba reducido a una precaria defensiva, sin que pudiera recibir refuerzos de Colombia, y sin más esperanza que los auxilios que pudiera prestarle San Martín desde el Perú. Bolívar había abierto sus operaciones para reparar el contraste de Sucre, perseverando en la combinación, pero, vencedor y vencido a la vez en Bomboná, habíase visto obligado a retrogradar a Patía. Podía reabrir una campaña sobre Pasto con fuerzas iguales a las que podía presentarle el enemigo; pero era seguro que se consumirían en este roce, en que el clima, la opinión y las armas estaban contra él. Aun triunfando, era difícil, si no imposible que pudiera llegar hasta Quito, donde lo esperaba otro ejército igual al suyo. Sucre, mientras tanto, encerrado en Guayaquil, no podía avanzar para darle la mano, removiendo el obstáculo intermedio, pues para ello necesitaba de un ejército que no tenía. O renunciar a someter a Pasto, trasladando la base de operaciones al Pacífico, o perseverar en la empresa, con

medios suficientes para dominar a Quito, tal era la alternativa que se imponía.

En esta situación incierta permaneció el Libertador los meses de abril y mayo (1822), sin ningún propósito deliberado. Hubo momentos en que, desesperado, volvió a su antigua idea de renunciar definitivamente a la campaña de Pasto, y emprender la de Quito por la costa del Pacífico. Un gran suceso que iniciaba la reunión de las armas de la insurrección sudamericana, vino a fijar sus irresoluciones. Sucre había vencido por el lado del Pacífico y entrado triunfante en Quito, con el auxilio de las tropas peruano-argentinas enviadas por San Martín. El momento señalado, al ligar históricamente las dos revoluciones del sur y del norte, había llegado (véase capítulo XXXV, párrafo VIII). El plan de campaña continental de San Martín está matemáticamente ejecutado y se combina con otro análogo que lo completa. El sueño de los dos libertadores de América está realizado. Este es el nudo de la revolución sudamericana, cuya síntesis hemos dado, determinando su ley y explicando sus atracciones recíprocas (véase capítulo I, párrafo I).

IV

Antes de su triunfo de Yahuachi y de su derrota de Huachi, Sucre había comprendido que con las escasas fuerzas colombianas de que disponía, aun unidas a las de Guayaquil, le sería difícil, si no imposible, abrir campaña formal contra Quito, y que, aun la defensiva se hacía dudosa, si no era eficazmente auxiliado por San Martín desde el Perú, combinando sus operaciones. Al tiempo de abrir su primera campaña (13 de mayo de 1821), escribió Sucre a San Martín: "Un cuerpo dependiente del ejército del Perú que se levante en Piura, puede cooperar muy eficazmente a la campaña sobre Quito, invadiendo por Cuenca y Loja, y penetrar hasta reunirse con la división de Colombia que marche de Guayaquil. Quito será libre en esta campaña, y me lisonjeo que tengan en ella una parte gloriosa los libertadores del Perú. Los colombianos verán, con una satisfacción orgullosa, marchar entre las filas a los libertadores del Sur, y estar a las órdenes de V. E." Después de su derrota en Huachi, en que perdió la mitad de su ejército, hubo de darlo todo por perdido, si prontamente no fuese sostenido con fuerzas del Perú. "La desgracia que sufrieron nuestras armas en Ambato (escribía el 26 de setiembre al ministro de la Guerra del Perú) ha vuelto a amenazar a Guayaquil de un peligro cierto, y estamos cerca de una invasión que hace vacilar la suerte del país. Se asegura que el enemigo hace ya sus aprestos para expedicionar sobre Guayaquil; pero, con los elementos que actualmente están a

su disposición, no me atrevo a garantizar el resultado. Intereso, pues, a V. E. por la remisión de socorro."

La oportuna llegada de un batallón colombiano de 500 plazas después del combate de Huachi, y la decisión de la provincia de Guayaquil, que permitió ajustar el armisticio de que antes se dio noticia (párrafo II), unido todo a la inundación del país, que paralizó de hecho las operaciones, permitieron a Sucre mantenerse a la defensiva (noviembre de 1821). Esperaba entonces que el Libertador se trasladara a las costas del Pacífico con 4.000 hombres para abrir campaña sobre Quito o el Perú, según conviniese, en combinación con San Martín; pero, abandonado este proyecto y decidida la campaña de Popayán sobre Pasto, la situación de Guayaquil era precaria, tanto más cuanto que ni Aymerich ni el capitán general Murgeón habían ratificado el armisticio ajustado con el coronel Tolrá. No esperando inmediatos auxilios de Colombia, Sucre previó que, a la reapertura de las hostilidades, su posición se haría muy difícil y que no le quedarían más esperanzas que encerrarse en Guayaquil, y sucumbir allí, según confesión propia. Concibió entonces el proyecto de no permanecer en inacción durante el invierno, y dirigióse por un camino de la costa que las inundaciones dejaban libre, a fin de ocupar las provincias de Cuenca y Loja, colindantes por el sur con el Perú, buscando una base más sólida de operaciones. A la vez instaba por los auxilios solicitados a San Martín: "El enemigo —escribía al Protector desde Babahoyo— ha concentrado sus fuerzas en Río Bamba, y según avisos iba a moverse con un cuerpo de dos mil hombres. Este punto (Babahoyo) no es susceptible de defensa. Aunque restablecida en cierto modo la moral, no se han aumentado los cuerpos, sino tan miserablemente, que una población de 70.000 habitantes apenas ha dado 200 reclutas, y la ley marcial publicada por el gobierno de la provincia ha dado por todo efecto la formación de algunas milicias, que no prestan otra esperanza que la de ver hombres que a la vista del enemigo desertarían, como siempre. Resuelto, sin embargo, como siempre a estorbar a todo trance que ocupe el enemigo a Guayaquil, por la tendencia que su posición daría a los estados fronterizos, he pensado defender algunos pasos que entretendrán el tiempo mientras vienen socorros del Perú o de Colombia, y en último caso, encerrarme en la capital para perecer con ella, pues no confío en sú existencia bajo los medios fríos que se ponen para salvarla. Las tropas de Colombia no aparecen, y acercándose ya el enemigo, he creído un deber reiterar mis reclamaciones por algún batallón que ponga a cubierto la provincia mientras, llegadas las fuerzas que vienen de Cauca, estemos en actitud de retornar a la ofensiva. Suplico una contestación que nos saque de la ansiedad en que nos hallamos de recibir algún auxilio de tropas del Perú,

para deliberar mis operaciones conforme a esta esperanza, o en la negativa, aceptar el mejor partido que nos ofrecen las circunstancias."

Pasaron más de dos meses (noviembre y diciembre de 1821), sin que apareciesen los esperados refuerzos de Colombia. El Libertador, ocupado en preparar la campaña contra Pasto, apenas había podido formar en Popayán un ejército de 2.000 hombres, de manera que sólo pudo enviar a Sucre algunos reclutas, con órdenes terminantes de que realizara su invasión por Cuenca, a fin de dividir la atención de las fuerzas españolas de Quito. Tal operación era imposible sin la cooperación militar del Perú; y de realizarse sin ella, habría quedado comprometida la débil división colombiana del Pacífico, después de la retirada de Bomboná. Sucre no contaba a la sazón sino con 1.300 hombres, incluso el contingente de Guayaquil, fuerza insuficiente, aun para tomar una ofensiva parcial. Fue en tales circunstancias cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito.

Sobre la frontera de Quito hallábase organizando una división de las tres armas el general Arenales, que ocupaba el puesto de presidente del departamento de Trujillo. El Protector dispuso que marchase en auxilio de Guayaquil. Arenales declinó el mando de la expedición, dando por causal sus enfermedades. Sucre, pensando que fuera por repugnancia de sujetarse a su mando, le ofreció modestamente ponerse bajo sus órdenes con la división colombiana porque "le gustaba más obedecer que mandar y le sería siempre lisonjero servir bajo tan acreditado general." Arenales persistió en su renuncia, y fue nombrado para reemplazarlo el coronel Andrés Santa Cruz, el dos veces prisionero en Tarija y en Pasco. Celebróse en consecuencia un convenio, por el cual los sueldos y las bajas de la división, bajo la bandera peruana durante la campaña, quedaban a cargo de Colombia (enero de 1822). La división auxiliar componíase de dos batallones y tres escuadrones, de nacionalidad peruana y argentina, que sumaban un total de 1.300 a 1.500 hombres. El batallón número 4 del Perú habíase formado sobre la base de la compañía de granaderos del número 8 de los Andes, glorioso resto de los libertos de Cuyo, diezmados en Chacabuco y Maipú, y lo mandaba el coronel argentino Félix Olazábal. El número 4 estaba compuesto de peruanos, a las órdenes del comandante argentino Francisco Villa. Dos escuadrones de cazadores a caballo del Perú iban a cargo del comandante Antonio Sánchez, argentino también. Por último, un escuadrón de Granaderos de los Andes, de noventa y seis plazas, argentinos todos, con su comandante Juan Lavalle a la cabeza.

V

La división peruanoargentina, siguiendo el plan de campaña, trazado por Sucre, que cambiaba su base de operaciones apoyándose en el Perú, pasó la frontera, y reunida a la colombiana, se apoderó sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca (9 de febrero de 1822). Este hecho iniciaba el afocamiento de la revolución sudamericana y la gran reunión de las armas de la insurrección continental bajo las inspiraciones de sus dos grandes caudillos. Por la primera vez se veían reunidos en un mismo campo los llaneros de Colombia y los gauchos de las pampas argentinas, los soldados independientes del Perú y de Chile, con los de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Panamá. Las dos divisiones así compuestas, formaban un total de 2.000 hombres. Sucre se detuvo en Cuenca durante los meses de febrero y marzo, dando tiempo al desarrollo de las operaciones que a la sazón abría Bolívar por Pasto, y a la espera de un batallón que le venía desde Panamá, el que, muy disminuido, alcanzó a incorporárseles antes de la terminación de la campaña, a órdenes del coronel José María Córdoba, que sería uno de los más valerosos generales de Colombia. Al fin, decidióse a tomar resueltamente la ofensiva, y se puso en marcha en busca del enemigo (marzo de 1822). Un singular incidente, que por mucho tiempo ha sido un misterio, hubo de poner término a la campaña al iniciarse, y dar a los realistas el triunfo sin combatir.

La división auxiliar había tomado el puesto de honor ocupando la vanguardia, y uno de sus batallones hallábase avanzado sobre el enemigo. En tales circunstancias, el coronel Santa Cruz recibió una nota del gobierno delegado del Perú, en que le prevenía ponerse inmediatamente en retirada con su fuerza en cualquier punto que se hallase, y concentrarse en Piura, dando por causal que los españoles de la sierra amenazaban a Lima. La verdadera causa era la cuestión de Guayaquil que hemos apuntado antes y sobre la que volveremos después. La orden era terminante, y así Santa Cruz lo comunicó por escrito a Sucre. El general colombiano se negó de oficio a autorizar la retirada, por cuanto, hallándose la división a sus órdenes, no tenía comunicación directa del Protector, y porque el servicio que ella prestaba, era en retribución del batallón colombiano Numancia que el Perú retenía a su servicio. En una conferencia privada manifestó a Santa Cruz que estaba resuelto a hacer uso de la fuerza para impedirlo, porque de permitirlo, la empresa contra Quito era perdida, y el honor de las armas colombianas se amenguaba dejando comprometido al Libertador en su campaña combinada.

La retirada de la división auxiliar importaba, en efecto, la pérdida de la campaña. Ella representaba por lo menos la mitad

de la fuerza del ejército independiente. Sucre con sólo mil hombres habría tenido que retrogradar, y hasta su salvación era dudosa. El resultado habría sido probablemente la pérdida de Guayaquil, pues en esos mismos días (principios de abril), Bolívar emprendía su retirada de Pasto después de su desastrosa victoria de Bomboná. Habría sido, no sólo una mengua para las armas de Colombia, sino también un oprobio para la causa de la independencia americana. Afortunadamente, la orden, aunque terminante, no autorizaba el empleo de la fuerza para cumplirla. Santa Cruz reunió una junta de guerra para aconsejarse en este conflicto, y todos sus jefes opinaron unánimemente que debía continuarse la campaña a la espera de órdenes más precisas. Todo quedó amistosamente arreglado entre Sucre y Santa Cruz, y cuando, pocos días después, llegó la contraorden de San Martín revocando la mal aconsejada resolución del gobierno peruano, ya la campaña estaba abierta y la bandera auxiliar comprometida en el fuego (11 de marzo se 1822).

VI

La situación de los realistas en Quito, si no desesperada, era dificilísima. Aislados en medio de las montañas, sólo contaban con 2.000 hombres, aunque de buenas tropas, para defender la capital, que, si bien podían disputar con ventaja los pasos de la cordillera occidental, eran impotentes para tomar la ofensiva. Pasto se sostenía siempre indomable, pero su nervio había sido quebrado en Bomboná, y Bolívar, reforzado con nuevos contingentes de Nueva Granada, se disponía a atravesar otra vez el Juanambú. El capitán general Murgeón había muerto de pesadumbre contemplando el triste estado de su causa. Aymerich había vuelto a reasumir el mando. La primitiva combinación de la campaña se rehacía en mejores condiciones, y Bolívar por Pasto, y Sucre, reforzado por el Pacífico, convergían sobre Quito. Para contrarrestar esta combinación, Aymerich echó a vanguardia 1.500 hombres de su ejército sobre las vertientes occidentales de la cordillera, al mando del coronel Nicolás López, pero con orden de ceder el terreno, no comprometer batalla y replegarse hacia la capital al amparo de las fuertes posiciones naturales y fortificadas que la rodean. En ejecución de este plan expectante, el grueso del ejército español se había situado en Río Bamba. Al moverse Sucre de Cuenca y dar dirección a sus divisiones diseminadas en su círculo estratégico, intentó el enemigo impedir su concentración; pero, verificada ésta metódicamente y con prudencia, limitóse a permanecer en observación en las alturas.

Sucre contaba con 2.500 hombres al abrir su campaña, incluyendo el batallón colombiano que conducía el coronel Córdoba. Desde Cuenca siguió faldeando la cordillera occidental, y descendió

al valle de Río Bamba, al pie del Chimborazo. Las comunicaciones con Guayaquil quedaron desde entonces abiertas, y su retaguardia y flancos asegurados. Los independientes provocaban con empeño una batalla; pero el enemigo iba cediendo el terreno y se mantenía a la estricta defensiva en posiciones inexpugnables. Observando Sucre que había descuidado cubrir sobre su izquierda una quebrada, único paso accesible, que defendido por 200 hombres, podía contener la marcha de un ejército, penetró por allí, mientras llamaba la atención por el frente, y amagando su retaguardia, desplegó su línea de batalla en el valle opuesto (21 de abril de 1822). Esta fue la ocasión de uno de los más brillantes combates de caballería de la guerra de la independencia americana.

Los realistas excusaron el combate a que eran provocados, y se pusieron en retirada, ocupando otra posición más a retaguardia de la villa de Río Bamba, con su caballería al frente. Sucre dispuso que un escuadrón de Dragones de Colombia y los Granaderos de los Andes practicasen un reconocimiento del terreno. El escuadrón argentino atravesó la valla, y formó detrás de un mamelón de sus arrabales del norte, a cuyo pie se extendía una llanura. La caballería enemiga, que constaba de cuatro escuadrones con 420 hombres, iniciaba en ese momento un avance en columnas paralelas. En esta formación, se introdujo en un ancho callejón, que le obligó a disminuir su frente, estrechando los intervalos. Lavalle, con su golpe de vista, se aprovechó de esta falsa maniobra y cargó a fondo, sable en mano, con sus noventa y seis granaderos, poniendo en completa derrota a los realistas y los acuchilló hasta el pie de las posiciones que ocupaban sus masas de infantería. Antes que los vencidos pudiesen reaccionar, emprendió su retirada al trote, para recibir la nueva carga que le venía, lo más distante posible de la infantería. En ese momento llegaban treinta dragones de Colombia que siguieron su movimiento retrógrado. La caballería realista, rehecha, volvió al ataque a gran galope. Los granaderos argentinos sostenidos por los treinta dragones colombianos formados en escalón sobre su izquierda, volvieron caras, y envolviendo a los escuadrones realistas, los acuchillaron por segunda vez por la espalda, hasta el fondo de la llanura. Cincuenta y dos muertos y cuarenta heridos del enemigo (con la pérdida tan sólo de un granadero argentino y un dragón colombiano muertos y veinte heridos), fueron los despojos de este famoso combate, que anuló toda la caballería española por todo el resto de la campaña.

VII

Después del combate de Río Bamba, el ejército español continuó su retirada y se hizo fuerte en las inaccesibles posiciones de Jalupana, donde en 1813 habíanse atrincherado los revolucionarios de Quito y que fueron flanqueadas por Montes en su famosa marcha antes relatada (véase capítulo XXXVIII, párrafo VIII). Sucre convocó una junta de guerra, y todos fueron de opinión de imitar la hábil maniobra del general español en aquella época, pero dentro de líneas más precisas y con objetivos más claros, a fin de rodear las posiciones inatacables por el frente, envolver uno de sus flancos, y tomar la retaguardia del enemigo; y en último caso, estrecharlo sobre la ciudad obligándolo a una batalla decisiva.

El 13 de mayo (1822) inició su movimiento estratégico el ejército independiente, por un camino que, ascendiendo del volcán del Cotopaxi conducía a retaguardia del enemigo y rodeaba su flanco izquierdo por el este. Después de una marcha de cuatro días al través de las heladas cimas de la montaña, descendió al valle de Chillo, a veinte kilómetros de Quito (17 de mayo). Los realistas, apercibidos, se habían replegado con anticipación sobre la ciudad, y la cubrían por el sur, situados en posiciones impenetrables esquivando el combate a que eran provocados fuera de ellas (22 y 23 de mayo). El general republicano se propuso entonces maniobrar por el flanco derecho del enemigo y trasladarse al norte de la ciudad, a fin de cortar sus comunicaciones con Pasto, de donde Aymerich esperaba una columna de refuerzo, que estaba en camino, según comunicaciones que se interceptaron. Para ejecutar esta operación, era necesario seguir un camino escabroso por la falda del volcán de Pichincha, coronado por cuatro picos nevados, en que las columnas tenían que marchar en desfilada. A las 8 de la noche del 23 de mayo, bajo una lluvia, emprendió su marcha por aquella estrecha ruta el ejército independiente. A las 8 de la mañana del siguiente, la vanguardia coronaba las alturas del volcán que domina a Quito, y a cuyo pie se desenvuelve una áspera cuesta cubierta de bosques y matorrales.

Antes que todo el ejército independiente hubiese operado su reunión, los españoles trepaban la cuesta cubiertos por el bosque, y atacaban al batallón número 2 del Perú que llevaba la cabeza y debía ocupar la derecha de la línea. Eran las 9.30 de la mañana. El coronel Olazábal, que lo mandaba, contuvo el ímpetu del ataque por el espacio de media hora, hasta agotar sus municiones. El batallón número 4 del Perú, que lo relevó en el fuego, recluta y sin el nervio de los soldados del número 8 de los Andes, se sobrecogió al encontrarse frente de todo el ejército enemigo, y cejó en el pri-

mer momento; pero luego reaccionó con brío. El terreno era estrecho para los despliegues, lo que favorecía a los independientes que, retardados en su marcha, tenían que entrar en pelea a medida que coronaban la cima de la montaña. Sucesivamente fueron entrando en línea los batallones colombianos, relevándose en el fuego hasta agotar sus municiones, pues el parque había quedado a gran distancia, a retaguardia. El enemigo ganaba terreno. Una carga a la bayoneta del batallón colombiano Paya equilibró el combate. Los realistas procuraron entonces flanquear la izquierda independiente a favor de la espesura del bosque, y ya alcanzaban la cima, cuando aparecieron tres compañías del famoso batallón inglés "Albión", y tomaron por el flanco a los flanqueadores, derrotándolos. El coronel Córdoba con el centro, sostenido por las compañías del "Albión", completó la victoria, echando cuesta abajo el resto del ejército enemigo, que se refugió en la ciudad al abrigo de sus fuertes. Eran las doce del día 24 de mayo de 1822.

La caballería española había presenciado el combate, formada en los suburbios de Quito, y era la reserva con que contaba Aymerich para retirarse a Pasto. La caballería independiente, que no tomó parte de la batalla, por no permitirlo el terreno, fue lanzada en su persecución, obligándola a ponerse en fuga y dispersarse más tarde. El general Sucre intimó rendición a la ciudad. Aymerich capituló, entregando las fortalezas, las tropas y el armamento (25 de mayo de 1822). Los realistas perdieron 1.100 prisioneros de tropa y 160 jefes y oficiales capitulados; 400 muertos, además de 190 heridos; 14 piezas de artillería; 1.700 fusiles y sus banderas. Los independientes tuvieron 200 muertos, de los cuales cerca de la mitad correspondían a los batallones peruanoargentinos, y 140 heridos de las dos divisiones aliadas.

Esta victoria, obtenida por el común esfuerzo de las armas de la insurrección del sur y del norte de la América meridional, reunidas por la primera vez, puso el sello a la alianza continental.

VIII

Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término a la guerra del norte de la América meridional, y cuadraron el territorio do Colombia según el plan geográfico de su constitución. Bolívar, que después de Bomboná se había replegado a Patía y reorganizado un nuevo ejército de 2.000 hombres, según queda relatado, propuso una capitulación a la provincia de Pasto, precisamente en el mismo día en que Sucre trepaba el volcán de Pichincha para dar la batalla que debía poner término a la campaña y dar fuerza a la intimación del Libertador paralizado en sus operaciones. La noticia de la derrota del ejército de Quito decidió al coronel

Basilio García a capitular. Pero los indomables pastusos, fanatizados, que aún contaban con 2.000 hombres armados, se resistían a abatir su bandera, y querían continuar, aunque fuese solos, su resistencia. "Guerra a los rebeldes y a los herejes", era su grito. Fue necesario que García llamase en su auxilio al obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que hasta entonces había inflamado a los realistas del valle de Cauca y a los pastusos con sus predicaciones, combatiendo a su cabeza con la cruz y con la espada, y los persuadiese de que debían deponer las armas. Merced a esta poderosa influencia espiritual, firmóse una capitulación en que se concedió sin restricciones a los pastusos todo lo que pidieron (8 de junio de 1822). Se reconoció a los capitulados el derecho de no tomar partido contra su voluntad en favor de Colombia, ni ser destinados en ningún tiempo a los cuerpos vivos del ejército de la república, manteniendo su organización de milicias urbanas en sus respectivos distritos, sin que jamás pudieran ser obligados a salir fuera de su territorio. Otras de las condiciones estipuladas fue que "no hubiese la más mínima alteración en cuanto a la sagrada religión C. A. R. y a lo inveterado de sus costumbres", que fue concedida por el Libertador, declarando: "que la república de Colombia se gloriaba de estar bajo la protección de la religión de Jesucristo y no cometería jamás el impío absurdo de alterarla." El Libertador entró triunfante en Pasto, y tuvo así la gloria de someter pacíficamente a la indomable provincia realista, que por el espacio de diez años había resistido a todos los ejércitos de Colombia, había hecho frente durante los últimos ocho meses de la campaña a no menos de nueve mil soldados aniquilando más de la mitad de ellos, y obligado al mismo Bolívar a retroceder quebrado ante sus armas, salvando al fin su autonomía bélica. Bolívar, embriagado por la gloria, se dirigía a los colombianos: "Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando de triunfo en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Participad del océano de gozo que inunda mi corazón y elevad en vuestros altares al ejército libertador, que ha dado gloria, paz y libertad" (8 de junio).

La deificación de los ejércitos de Colombia, levantados a los altares por su libertador, inauguraba el pretorianismo sudamericano, que debía pesar sobre la América hecha independiente y acabar con el libertador. Los soldados de Colombia, ensoberbecidos con sus triunfos, identificándose con la fortuna y el espíritu de su gran caudillo, empezaron a tratar a los pueblos libertados como pueblos conquistados. Los vencedores de Pichincha enarbolaron en Quito las banderas de Colombia, declarándolo incorporado de hecho a la gran república en presencia de las tropas auxiliares que habían concurrido a su libertad. La municipalidad de Quito protestó contra este avance, que contrariaba los votos de la mayoría

de los ciudadanos y ajaba la dignidad popular que representaba. Los municipales fueron desterrados militarmente en castigo de esta resistencia de mera forma. Sucre, no obstante trabajar en el mismo sentido, pero con habilidad y moderación, reparó esta inútil violencia, y desarmó la oposición, perfeccionando el acto con formas más regulares (29 de mayo). Cuando Bolívar llegó a Quito, todo estaba sometido a las bayonetas colombianas. Los libertados recibieron al Libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando los laureles, como la de Caracas y Bogotá (16 de junio de 1822).

Los dos libertadores del Norte y del Sur proclamaron entonces a la faz del mundo la gran alianza de las armas triunfantes de la insurrección sudamericana, sellada en Pichincha. Bolívar decía desde Quito a San Martín: "Los beneméritos libertadores del Perú han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia. No es nuestro tributo de gratitud el de un simple homenaje, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más fuertes auxilios, si es que ya las armas libertadoras del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse. El ejército de Colombia está pronto a marchar a dondequiera que sus hermanos lo llamen." San Martín contestaba que "los triunfos de Bombоná y Pichincha habían puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú, asegurando la libertad de ambos estados, y que consideraba bajo un doble aspecto estos sucesos, consumada con heroísmo la obra del Libertador siendo el Perú el único campo de batalla que quedaba en América."

Toda la América meridional estaba hecha independiente y barrida de enemigos desde Méjico hasta el Cabo de Hornos: sólo quedaba Puerto Cabello en Colombia y una parte del Perú por libertar. Hacia el Perú convergían los ejércitos triunfantes de la insurrección sudamericana, y sus dos grandes libertadores iban a encontrarse bajo la línea divisoria de sus campañas continentales y punto de reunión de sus armas aliadas. El plan de campaña continental de San Martín estaba ejecutado en el Sur y el de Bolívar en el Norte. La historia no presenta ejemplo de una combinación militar más vasta, que se desenvuelve con método al través de un mundo, se prosigue con perseverancia por el espacio de doce años, y da por resultado la concentración de las fuerzas revolucionarias en el punto estratégico de la victoria final, obedeciendo a la ley que las gobierna y a la inspiración sistemática de los generales que las dirigen.

Capítulo XLV

GUAYAQUIL

1822

Armonías de la revolución sudamericana. — Diverso carácter de las revoluciones del sur y del norte de la América Meridional. — Dos hegemonías y dos libertadores. — Conflictos y antagonismos. — La cuestión de Guayaquil. — Derrota de los guayaquileños. — Luzuriaga, jefe de las armas de Guayaquil. — Negociaciones de Guido con Guayaquil. — Intervención colombiana en Guayaquil. — Nudos de la cuestión de Guayaquil. — Acuerdos secretos entre San Martín y la junta de Guayaquil. — Actitud resuelta de Bolívar en la cuestión de Guayaquil. — Examen histórico-legal de la cuestión de límites de Guayaquil. — Desinteligencia de San Martín y Bolívar con este motivo. — Intervención de San Martín en Guayaquil. — Examen de esta actitud. — Prospecto siniestro.

I

Hasta aquí hemos seguido paralelamente la marcha de los acontecimientos y el desarrollo de los principios constitutivos de la emancipación sudamericana, en sus formas elementales, en sus evoluciones orgánicas y en sus fenómenos alternativos, dentro del círculo de atracción de sus armonías. Lo irreductible de la embrionaria masa animada, el sincronismo de sus vibraciones, sus gravitaciones mutuas, manifiestan una ley superior que se concreta en una insurrección articulada. Los enlaces étnicos, geográficos y sociológicos de los pueblos puestos en conmoción, la convergencia de sus marchas estratégicas, la dirección constante de las fuerzas vivas y su condensación en los puntos donde deben producir su efecto, dan su unidad al movimiento revolucionario. La genialidad democrática del conjunto de elementos, fuerzas y voluntades que se combinan; el equilibrio inalterable de los instintos populares; la adaptación de órganos apropiados para una vida nueva; la impotencia de las invenciones artificiales y de las influencias fuera del círculo vital para reaccionar contra las tendencias espontáneas; la ley del destino que se impone a despecho de todo, y la lógica de los hechos coherentes que prevalece en la organización republicana,

evidencian un determinismo político que está en el medio ambiente, en los hombres, en las cosas y responde a una necesidad vital de la revolución misma. Hasta aquí las armonías.

A medida que la lucha de la independencia se simplificaba por la concurrencia de los comunes esfuerzos, el movimiento revolucionario se hacía más complicado en su conjunto. Los antagonismos y sus conflictos aparecen simultáneamente con las armonías de la emancipación, por el efecto de las acciones y reacciones de sus elementos ingénitos en actividad y en conjunción. Hasta aquí la atracción física de las masas es la que por su gravedad determina su dirección y sus agrupaciones coherentes. En adelante empiezan a diseñarse los particularismos que derivan de su propia naturaleza; a intervenir los intereses y las pasiones de los hombres puestos en contacto; a despertarse las incompatibilidades, emulaciones y rivalidades nacionales y personales; y hasta el temperamento de los caudillos que presiden en sus partes el complicado movimiento colectivo, será un nuevo factor, que acelerará la crisis, y produciendo un choque, provocará colisiones y repulsiones. Empero, las líneas fundamentales del plan general de la revolución sudamericana no se alterarán por estos desvíos accidentales; los instintos, convertidos en ciencia y conciencia, prevalecerán y encontrarán su equilibrio, y la organización definitiva en sus partes y en su conjunto obedecerá a la misma ley que puso en movimiento las fuerzas, las condensó, y les hizo producir la mayor suma de trabajo útil en la lucha por la emancipación. Ni la confusión que acompaña a la concentración de las dos hegemonías continentales, ni la acción oficial de los gobiernos, ni la influencia misteriosa de las sociedades secretas, ni las conjuraciones de los poderes absolutos del mundo entero contra los principios de la democracia, ni la espada misma de los libertadores, echadas por una parte en el platillo de la monarquía y por la otra en el de la monocracia, podrán alterar el equilibrio estable del americanismo republicano y de las autonomías soberanas. San Martín y Bolívar, dos genios, dos fuerzas, los dos libertadores del sur y del norte de la América meridional, desaparecerán de la escena después del triunfo de sus armas, uno después del otro, quedando triunfante la república, sin dejar rastro, el uno de sus planes monarquistas, ni el otro de sus ambiciones y sueños de absorción continental, y se ordenarán por último los elementos orgánicos que la revolución entrañaba, según su naturaleza en la proyección de sus destinos finales.

Lo que más contribuía a hacer inminente el conflicto entre la revolución del Sur y del Norte —parte del carácter de sus caudillos— era la diversa organización de sus fuerzas políticas y el impulso a que respondían. De dos masas que se refunden, la acción inicial de la una tiene que preponderar sobre la otra, aunque al fin el equilibrio estático se establezca. Tal sucedió en la conden-

sación de las fuerzas batalladoras y redentoras de la América meridional, y en la conjunción de sus dos grandes caudillos en el momento de completar su evolución simultánea. Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistema diverso por sus medios, aunque no por sus fines. La una —la del Sur, acaudillada por San Martín— representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidaridad, entregándoles sus propios destinos una vez libertadas. La otra —la del Norte, representada por Bolívar— obedeciendo a la misma tendencia, respondía a un plan de absorción nacional, de grado o por fuerza, que, dada su impulsión, pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado por la acción de sus armas. Bolívar, libertador de Nueva Granada, le había impuesto, a título de vencedor, su incorporación a Venezuela. Libertador de Quito, pretendía imponerle su incorporación a Colombia, como más tarde impondría al Alto y Bajo Perú su constitución monocrática y sus presidentes vitalicios, contrariando los particularismos y falseando las leyes fundamentales de la democracia. De aquí la inminencia del conflicto de las fuerzas y el antagonismo de los principios constitutivos.

Guayaquil era el punto donde debía necesariamente manifestarse este antagonismo y producirse este conflicto por el encuentro de los dos caudillos del Sur y del Norte. Alrededor de Guayaquil giraban todos los movimientos concéntricos de los dos grandes libertadores al efectuar su conjunción y Guayaquil decidiría de sus destinos.

II

Dijimos antes que la provincia de Guayaquil, al efectuar su revolución y declarar su independencia, poniéndose a la vez bajo la protección de las tropas de San Martín y de Bolívar a manera de estado mediatizado, se convertiría en una manzana de discordia entre los dos libertadores (véase capítulo XXVIII, párrafo II). Uno y otro aceptaron el indefinido protectorado: el primero con el pensamiento de incorporarla al Perú, y poner un pie en el Norte; con la resolución del segundo de anexarla a Colombia y penetrar al Sur. San Martín envió cerca del nuevo gobierno revolucionario a sus edecanes, Guido y Luzuriaga, con la misión ostensible de saludarlo; pero su verdadero objeto era negociar una alianza que lo colocase bajo su dependencia militar (noviembre de 1820). A su arribo a Guayaquil, los comisionados encontraron la situación cambiada. Las armas guayaquileñas habían experimentado un serio revés en su primer ensayo. La primitiva junta de gobierno había caído y sido sustituida por otra que representaba por el momento la po-

lítica de la independencia de la provincia insurreccionada, aunque inclinándose del lado del Perú.

El gobierno de Guayaquil, al responder al llamamiento de sus partidarios del interior, y aprovechando la circunstancia de hallarse fraccionado el ejército realista por las atenciones de la guerra de Pasto, se propuso extender la insurrección en todo el territorio y apoderarse de la capital del reino. Al efecto, puso en campaña un cuerpo de ejército de 1.500 hombres, cuyo mando confió al oficial venezolano Luis Urdaneta, uno de los promotores de su movimiento. Urdaneta se apoderó fácilmente de la provincia de Cuenca y marchó sobre Quito. Una columna como de 600 hombres de tropas regulares, a órdenes del coronel Francisco González, salió a su encuentro, y a pesar de la notable inferioridad numérica, lo derrotó completamente en la llannura de Huachi (o Ambato), causándole una pérdida de 500 hombres entre muertos y heridos y prisioneros (20 de noviembre de 1820). Un animoso oficial argentino (de Tucumán), llamado José García, se puso al frente de las reliquias del ejército guayaquileño reforzado con algunos reclutas, y salió en busca del enemigo para vengar la derrota de Ambato. Fue igualmente derrotado en Tanizahua, al pie del Chimborazo, con la pérdida de casi toda su división (3 de enero de 1821). García cayó prisionero, fue pasado por las armas en el campo de batalla, y su cabeza, remitida a Quito como trofeo, colgóse para escarmiento en una jaula de hierro en el puente de Machángana, a la entrada de la ciudad.

A pesar de la consternación producida por el desastre de Ambato, los comisionados fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo y el gobierno, como precursores de un eficaz auxilio. Luzuriaga fue nombrado comandante en jefe de los restos del ejército guayaquileño, que reorganizó con inteligencia y actividad, situándose en Babahoyo, para hacer frente al enemigo triunfante, cuyo avance contuvo. Guido, por su parte, abrió con el gobierno las negociaciones que estaba especialmente encargado de conducir de acuerdo con su colega (diciembre de 1820). Las instrucciones le prevenían ajustar una convención militar, por la cual todas las tropas de la provincia quedaran exclusivamente a órdenes de San Martín, con facultad de removerlas, según las necesidades de la guerra. Su objeto inmediato, a la vez de establecer un principio de dependencia, era dominar mejor desde la frontera de Quito el territorio limítrofe de Trujillo, que aún no se había pronunciado, y que por este tiempo estaba ocupado por una división realista de 1.500 hombres, que amagaba por la espalda la posición que él ocupaba en Huaura. También tenía encargo de negociar un empréstito en dinero. La junta, llena de vacilaciones y desconfianzas y coartada por la insubordinación de sus tropas, únicamente se prestaba a recibir un cuerpo de 200 veteranos para formar sobre esa base un nuevo ejército,

con la promesa de enviar más adelante al Perú un contingente de 400 reclutas del país. Guido hubo de aceptar este convenio; pero bien aconsejado por Luzuriaga, a quien consultó, negóse a firmarlo, y asintió que se les comunicase en forma de propuesta *ad referendum*. Habiendo sobrevenido la estación de las inundaciones que paralizaban las operaciones militares, y a cubierto la provincia de una invasión de parte de Quito después de la derrota de García en Tanizahua, Luzuriaga renunció el mando de las armas (enero de 1821), de conformidad con nuevas instrucciones de San Martín y se retiró juntamente con Guido.

San Martín no se hallaba en aptitud de socorrer a Guayaquil ni de ejercer presión sobre su gobierno; sus fuerzas eran apenas suficientes para mantener en jaque al enemigo en Lima y atender a la campaña de la sierra. Por otra parte, habiendo proclamado Trujillo la independencia y dominado ya todo el norte del Perú hasta la frontera de Quito, la concurrencia de fuerzas auxiliares no le era tan necesaria, por lo que adoptó desde entonces una política prescindente respecto del nuevo estado que se había puesto bajo su protección. Fue entonces cuando Bolívar envió a Sucre al frente de una división a Guayaquil, con el doble objeto de preparar su anexión y de concurrir por el Pacífico a la campaña combinada del sur de Colombia (11 de mayo de 1821). La presencia de las tropas del libertador, que asumieron una actitud provocativa, trajo algunos disturbios, promovidos por los partidarios de la anexión a Colombia, que, aunque en minoría, contaban ser apoyados por las bayonetas auxiliares. Sucre, sin dejar de trabajar en el mismo sentido por medios cautelosos, aplazó prudentemente la cuestión, según se explicó antes, y consiguió al fin apoderarse del mando de las armas de la provincia, que le aseguraba el dominio de hecho (véase capítulo XLIV, párrafo II).

El triunfo de Sucre en Huachiri y su derrota posterior de Huachi, a que siguió la retirada de Bolívar de Pasto después de Bomboná, hizo perder a los colombianos en Guayaquil su preponderancia militar y política. Los guayaquileños, y hasta el mismo Sucre, volvieron sus ojos hacia el Protector del Perú, que, dueño ya de Lima al frente de un fuerte ejército y con el dominio de las aguas, era el único que podía prestarles un pronto y eficaz auxilio en la peligrosa situación que atravesaban. Fue entonces cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito, que ha sido ya relatada, y terminó con la victoria de Pichincha (véase capítulo XLIV, párrafo IV).

Pendientes los arreglos sobre el auxilio que el Perú prestaría para poner término a la guerra de Quito, sobrevino un incidente que hubo de interrumpirlos. El distrito de Puerto Viejo, encabezado por su cabildo, proclamó su incorporación a Colombia (16 de diciembre de 1821). El gobierno consideró este acto como una re-

belión, y trató de emplear las armas para reprimirlo. La oficialidad colombiana apoyó ruidosamente la actitud de los anexionistas, promovió asonadas, fomentó la deserción de las tropas del país y aun intentó apoderarse por sorpresa del parque y cuarteles de la ciudad (21 y 22 de diciembre). La junta, sostenida por el pueblo, estaba resuelta a mantener su autoridad. La guerra civil podía encenderse o producirse con escándalo al frente del enemigo. Felizmente Sucre, que ostensiblemente no había tomado participación en estos manejos, asumió al fin el papel de mediador entre los disidentes y el gobierno, moderando el ardor de sus subordinados, y todo volvió a entrar aparentemente en orden. El general colombiano, temiendo que estos incidentes pudieran interrumpir o retardar los auxilios de que necesitaba para abrir su campaña, se apresuró a dar explicaciones sobre ellos al gobierno del Perú: "La situación local de esta provincia —escribía al ministro Monteagudo— y la relación de sus intereses con el Perú, me determinan a hacer esta manifestación, para que el Protector no sea avisado siniestramente de los hechos; que creo S. E. aceptará como mi deseo de enterarlo en todo cuanto pueda concurrir al bien común de los americanos. Sin mezclarse en la cuestión (interna), yo pensé que la unidad de la provincia era necesaria, no sólo en las circunstancias en que debemos presentarnos en masa al enemigo, sino para evitar un ejemplo de disolución social en las provincias limítrofes que darían que hacer a sus gobiernos con pretensiones semejantes." Todo esto no pasaba de un remiendo en falso.

Como antes se apuntó, la cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que convenía desatar sin romper: la independencia que había proclamado la provincia; su incorporación al Perú o su anexión a Colombia. San Martín resolvió prudentemente aplazarla, proponiendo su solución por la vía diplomática, en el sentido de garantir el voto libre de Guayaquil, que en el estado de la opinión esperaba diese por resultado la incorporación al Perú. La junta, presidida por Olmedo, era partidaria de esta combinación, manteniendo, mientras tanto, su independencia. El Protector, al acreditar como ministro cerca del gobierno de Guayaquil al general Francisco Salazar (30 de noviembre de 1821), le dio en consecuencia instrucciones expectantes, que como todas las posiciones expectantes en presencia de un contendor resuelto debía dar por resultado una derrota segura desde que no se preveía la apelación a la fuerza. Las instrucciones prevenían a Salazar proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia o su incorporación al Perú o a Colombia, librando este punto a la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución. En el fondo de todo esto estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el au-

xilio prestado a Sucre, respondía a él a la vez que a la terminación de la guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la junta, arreglóse todo en el sentido del plan teórico del Protector.

Después de los abortados pronunciamientos relatados, la junta, resentida, y apoyada por el sentimiento público, cada vez más divorciado de la causa de los colombianos, se dirigió en queja al representante diplomático del Protector, manifestándole que estaban oprimidos por la violencia de los soldados del Libertador, a quienes temían más que a los del Rey. Para dar una base de fuerza a la opinión, fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas guayaquileñas el general La Mar, que también respondía al plan de incorporación al Perú. En un principio, se pensó en confiar el mando de la división auxiliar peruanoargentina al mismo general La Mar, para contrapesar la influencia de Sucre, pero ya el coronel Santa Cruz se había puesto en campaña con ella, y San Martín, bien aconsejado por el presidente Olmedo, desistió de esta combinación.

III

La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil era más resuelta y respondía a un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte a la fuerza y el derecho, aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar Colombia a toda costa. Era para él cuestión de poder nacional y de preponderancia americana, y como tal, la encaró sin vacilaciones, de hito en hito. Así, al mismo tiempo que enviaba a Sucre con fuerzas para concurrir por el Pacífico a la campaña combinada sobre Quito, acreditaba cerca del gobierno del Perú, en calidad de enviado diplomático, a don Joaquín Mosquera, con el objeto de ajustar una Liga americana y arreglar la cuestión de límites entre los dos estados colindantes. (Véase capítulo XXXV, párrafo VI.) En cuanto a lo primero, no fué difícil un acuerdo, aunque por el momento de mera forma, pues no tuvo inmediata ulterioridad. La negociación en lo referente a límites presentó mayores dificultades. Colombia pretendía tener derecho sobre las provincias limítrofes de Jaén, Maynas y Quijos, que por su parte, el Perú consideraba como suyas. No era posible resolver este punto litigioso, sin tocar la delicada cuestión de Guayaquil. El plenipotenciario Mosquera sostenía que esta provincia debía formar parte integrante de Colombia. El ministro Monteagudo, como representante del Perú, argüía que, habiendo reconocido su independencia, sería una contradicción consentir en tal estipulación, y propuso que se le dejara la libertad de agregarse a una y otra república, según fuese su voluntad. Las intrucciones de ambos negociadores eran terminantes, y les preve-

nían no ceder en este punto, así es que todo arreglo sobre estas bases opuestas se hizo imposible. Empero, para no embarazar los tratados pendientes con cuestiones secundarias, se acordó dejar indeciso el punto, reservándolo para un convenio particular por medios conciliadores y pacíficos, con el compromiso moral por parte del Perú, de que los habitantes de las provincias de Quijos y Maynas, situadas sobre la izquierda del Marañón, no fueran convocados para las elecciones de representantes al congreso peruano que iba a reunirse, el cual determinaría los límites definitivos.

Estos tratados, según la pintoresca expresión del presidente de la junta de Guayaquil, Olmedo, no eran "sino cenizas engañadoras, que tapaban el fuego, y que el menor viento esparciría, dejando el fuego a descubierto." La actitud de la junta de Guayaquil respecto de la cuestión pendiente fue el viento que hizo volar la ceniza y hubo de soplar un incendio.

La constitución colombiana había declarado que el territorio de la República sería el mismo que comprendían el virreinato de Nueva Granada y la capitanía de Venezuela, y por lo tanto, se consideraba comprendida en él la presidencia de Quito, como dependencia de Nueva Granada, incluso Guayaquil que era una de sus provincias. El libertador Bolívar no podía renunciar a este plan geográfico, que cuadraba su imperio republicano de mar a mar, y constituía a Colombia en la primera potencia sudamericana de la época, triunfante ya en su guerra con la España al norte de la América Meridional. Así, al emprender la campaña de Quito, se dirigió al presidente de Guayaquil, intimándole con amenazas olímpicas su incorporación a Colombia. "El gobierno de Guayaquil sabe (le escribía desde su cuartel general) que no puede ser un estado independiente y soberano: sabe que Colombia no puede ni debe exceder sus legítimos derechos: sabe, en fin, que no hay un poder humano que pueda hacer perder a Colombia un palmo de la integridad de su territorio. Tiempo es ya de obrar de un modo justo, racional y conveniente a los intereses de esa provincia, demasiado expuesta a variaciones, pero oportunamente auxiliada y protegida por las armas de Colombia." Era cortar el nudo con la espada vencedora de Colombia, y un reto dirigido indirectamente a las pretensiones territoriales del Perú.

Ante esta actitud imperativa, que no retrocedía ante nada ni ante nadie, San Martín oponía un plan meramente expectante y negativo, en sus reservas diplomáticas, en sus relaciones con la junta de Guayaquil y con Bolívar, en su combinación alternativa de que Guayaquil perteneciese a uno u otro Estado o permaneciese independiente, si tal era su libre voluntad y debilitaba más su acción, al prestar sin condiciones su concurso para la terminación de la guerra de Quito, introduciendo en sus propias tropas auxiliares un

elemento de desconfianza. En el choque de estas dos políticas, debía triunfar la que estuviese animada de mayor impulsión inicial, y estando además la razón y la fuerza de parte de Bolívar, no era dudoso cuál sería el resultado.

IV

La cuestión de Guayaquil entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú, representantes de las dos hegemonías continentales de la época, merece una atención especial, por ser la primera cuestión de límites que surgiera entre las repúblicas sudamericanas al declararse independientes; tiene además una doble significación histórica y política, así por sus consecuencias inmediatas, como porque ella envuelve el gran principio que al fin ha prevalecido y se ha incorporado al nuevo derecho público americano, como ley racional consentida de una nueva vida internacional.

Las nuevas repúblicas hispanoamericanas, al reasumir su soberanía territorial, adoptaron las demarcaciones coloniales en el orden político y administrativo, que respondían a la vez a sistemas geográficos y particularismos étnicos, derivando sus títulos de posesión y dominio de los del soberano español de que se emancipaban de hecho y al que se substituían de derecho. Es lo que se ha llamado el *uti possideti* anterior a la revolución. A este principio respondió, al sur del continente, la propaganda de la hegemonía argentina al libertar a Chile, y la hegemonía chilenoargentina al libertar el Perú, que, repudiando las conquistas y las anexiones, trazaban el mapa político de la América del Sur, con sus fronteras definidas por un plan histórico de hecho y de derecho sin violentar los particularismos, y entregaba a la espontaneidad de los pueblos sus propios destinos. La hegemonía colombiana representaba, por el contrario, las anexiones y las absorciones, con tendencias a refundir los particularismos en una nueva asociación que respondía a un plan de organización artificial, derivado de la victoria de las armas y basado en la fuerza. Empero, Bolívar, que representaba esta hegemonía absorbente, representaba esta vez, por acaso, el principio superior, según el cual se constituirían definitivamente las nuevas nacionalidades al trazar los límites de su soberanía territorial.

El antiguo virreinato de Nueva Granada había sido declarado constitucionalmente parte integrante de la república de Colombia, en unión con la capitanía general de Venezuela, comprendiendo la presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía a Colombia. Si, por el contrario, pertenecía al virreinato del Perú, era pe-

ruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza la resolvió de hecho; pero los documentos histórico-legales dan a Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispanoamericanas.

La provincia de Guayaquil fue en varias épocas dependencia del virreinato del Perú; pero, creado el virreinato de Nueva Granada, quedó definitivamente como parte integrante del reino de Quito. Empero, por su posición geográfica y por motivos accidentales, estuvo algunas veces sujeta en parte o en el todo al virrey del Perú, y lo estaba de hecho en lo político y militar al tiempo de invadir San Martín el territorio peruano. En 1803 habíase dispuesto, por razones de conveniencia militar, que la plaza y el puerto de Guayaquil dependiesen del virreinato del Perú y no del de Nueva Granada. Reclamada esta disposición por el presidente de la audiencia de Quito, declaróse, en 1807, que la autoridad conferida sólo se extendía a lo militar, sin intervención alguna en el gobierno político ni económico, reprobando los procederes del virrey del Perú, que había pretendido lo contrario. Con motivo de las revoluciones de Quito y Nueva Granada, en 1809 y 1810, el virrey Abascal agregó de hecho la provincia de Guayaquil a su gobierno, como lo hizo con las del Alto Perú que pertenecían al Río de la Plata, con el objeto de proveer a su defensa. En 1815, restaurada la autoridad real en Nueva Granada, los vecinos de Guayaquil solicitaron que las cosas volvieran a su antiguo estado, y así lo acordó el Rey en 1819, desaprobando nuevamente la intromisión del virrey del Perú en su orden interno. Desde entonces, la provincia de Guayaquil quedó como parte de la audiencia de Quito, y ésta como dependencia del virreinato de Nueva Granada. Tales eran los títulos legales que invocaba Colombia.

La declaratoria de la independencia de Guayaquil, reconocida por el Protector del Perú, y desconocida por el Libertador de Colombia, a la par de las pretensiones encontradas de ambos sobre su posesión, complicaba la cuestión. Agréguese que el mismo Protector no creía posible ni conveniente que Guayaquil se mantuviese en estado independiente, ni tampoco los mismos guayaquileños, y se tendrá idea de lo intrincado del problema a resolver. Para San Martín era una cuestión de decoro y de interés puramente peruano. Para Bolívar era una cuestión de poder, de vida nacional y de influencia americana. Quito, parte integrante de Colombia, sin el puerto de Guayaquil, era un territorio atrofiado, y el Libertador tenía razón, aun desde el punto de vista geográfico, en sostener la necesidad de su posesión como condición de existencia para su gran república. De aquí que el plan político del Protector del Perú fuese meramente expectante y reservado, y el del Libertador de Colombia, deliberado y franco.

V

Seguro Sucre del auxilio de San Martín en la campaña de Quito, y estimulado por la arrogante intimación del Libertador, dirigióse al ministro de la Guerra del Perú, evidenciando francamente las exigencias de Colombia con pretexto de adicionar su anterior explicación, redactada en términos tan equívocos: "Pienso que es del interés de los gobiernos limítrofes impedir las disenciones de la provincia de Guayaquil, que siendo el complemento natural del territorio de Colombia, pone al gobierno en el caso de no permitir jamás se corte de nuestro seno una parte por pretensiones infundadas. Tal consentimiento sería un ejemplo de disolución social para la República, y para los países limítrofes, en que este ejemplo fatal iba cundiendo el año anterior, si el gobierno de ese Estado no hubiese tenido la sabia energía de cortarlo. Persuadidos de los nobles sentimientos del gobierno del Perú, nos prometemos que empleará su poderoso influjo para ayudarnos a conciliar los partidos que agitan a Guayaquil, concentrar las opiniones y restablecer el orden, que desea la parte sana de la provincia, para evitar todo ejemplo de disolución que turbase nuestra tranquilidad."

Como la intimación de Bolívar llegase acompañada del anuncio de que sería inmediatamente seguida por su ejército, el gobierno de Guayaquil, intimidado, se dirigió al Protector del Perú manifestándole su apurada situación. San Martín, ofendido por la actitud arrogante de Bolívar, en circunstancias que con sus armas auxiliares concurría a asegurar la libertad del territorio de que se trataba de disponer a la baqueta y sin acuerdo suyo, cuando se hallaba bajo su protección declarada, resolvió intervenir directamente en la cuestión. Fue entonces cuando ordenó al coronel Santa Cruz, que en cualquier punto que se hallase con la división auxiliar, retrocediera inmediatamente a la frontera peruana (véase capítulo XLIV, párrafo V) y se pusiese a órdenes del general La Mar, comandante en jefe de las armas de Guayaquil (2 de marzo de 1822). Felizmente, según en su lugar se explicó (capítulo citado), esta orden quedó sin efecto, y las fuerzas auxiliares continuaron la campaña de Quito unidas a las de Colombia.

No obstante la contraorden para la retirada de la división auxiliar, San Martín persistió en su plan de intervención alternativa, a efecto de garantir la libertad del voto de Guayaquil. Dirigióse en este sentido a la junta, incitándola a expresar terminantemente si insistía o no en mantener su independencia; en el primer caso, le ofrecía sostener su voluntad con sus fuerzas; pero que, si quería ceder a las intimaciones de Bolívar y unirse a Colombia, esto en nada alteraría la liberalidad y circunspección de su política. A La

Mar se le previno procediese de conformidad con esta resolución: "Por las comunicaciones del Libertador de Colombia, no queda duda del plan abierto de hostilidad adoptado contra Guayaquil y del compromiso que queda al gobierno del Perú con el de aquella república. Aunque es muy notable que en tan difíciles circunstancias el gobierno de Guayaquil espere en una actitud pasiva el desenlace de las operaciones del Libertador, sin embargo, se previene que, siempre que el gobierno, de acuerdo con la mayoría de los habitantes de esta provincia, solicitase sinceramente la protección de las armas del Perú, por ser su voluntad conservar su independencia de Colombia, en tal caso, completadas las fuerzas que están puestas a sus órdenes (la división auxiliar), las emplee en apoyo de la espontánea voluntad del pueblo. Si por el contrario, el gobierno de Guayaquil y la generalidad de los habitantes de la provincia pronunciasen su opinión a favor de las miras de Colombia, sin demora vendrá el departamento de Trujillo a tomar el mando general de la costa Norte, reunir la división del coronel Santa Cruz en Piura, aumentar hasta donde alcancen los recursos del territorio, y obrar según lo exija la seguridad del departamento." Al Libertador Bolívar se dirigió directamente el Protector manifestándole que, "por comunicaciones del gobierno de Guayaquil tenía el sentimiento de ver la intimación hecha a esa provincia para que se agregara a Colombia, y pedíale la dejase consultar su propio interés, para agregarse libremente a la sección que le conviniera, porque tampoco podía quedar aislada con perjuicio de ambos estados colindantes."

La actitud de Bolívar era soberbia y provocativa: la de San Martín, si bien más correcta, era imprudente y sin sentido político ni militar, salvo en un punto: que Guayaquil no podía quedar aislado. Bolívar no podía ceder, a menos de mutilar la república de Colombia, que era su creación. Por lo tanto, la intervención directa de San Martín provocaba un conflicto que podía traer una ruptura, y esto para sostener una independencia vacilante, que era un estorbo para el desarrollo de los planes de ambos libertadores. ¿Estaba resuelto el Protector a llegar a una extremidad? No es probable. Bolívar, triunfante en el Norte y sin enemigos que combatir en su territorio, tenía de su parte la plena disposición de sus fuerzas, además de la razón, como se ha demostrado. San Martín tenía a su frente un enemigo poderoso que combatir, y en el mejor de los casos —independencia de Guayaquil o su anexión al Perú — complicaba su situación incierta, privándose del concurso de las armas triunfantes del norte de la América, que él mismo consideraba necesario para terminar prontamente la guerra de la independencia continental. No estando resuelto a la guerra, sólo de un modo podía neutralizar las exigencias de Bolívar, y era paralizar la guerra de Quito, retirando —como lo pensó— el concurso pres-

tado a Sucre; pero esto era hacerse la guerra a sí mismo, dando la ventaja a los realistas, como luego lo comprendió. Pasado ese momento, persistir en la intervención alternativa era prepararse una derrota segura, ya fuese porque las armas de Colombia, triunfantes en la guerra de Quito, podían dominar a Guayaquil mejor que él, ya porque de este modo convertía a un aliado natural en antagonista, si no en enemigo declarado. Preferible era entonces ceder y no provocar conflictos perjudiciales a la causa general de la emancipación sudamericana. Colombia, tal cual estaba geográficamente constituida, necesitaba del puerto de Guayaquil: el Perú, dueño de un vasto litoral, no lo necesitaba absolutamente. Y como Colombia era una fuerza y una máquina de guerra americana bien montada, mejor estaba Guayaquil en manos de Colombia, si su anexión le daba más nervio y la complementaba para concurrir más eficientemente a la redención definitiva de la América del Sur en el Perú.

El plan alternativo de San Martín, para garantir el voto libre de Guayaquil en oposición a la política interventora o invasora de Bolívar, no podía darle sino tres resultados: o el mantenimiento de la independencia de una provincia débil, que no podía ser nación, y que era un estorbo entre las armas redentoras del sur y del norte de América; o la agregación al Perú de una provincia aislada que provocaría un conflicto; o la anexión a Colombia, que era una derrota fácil de prever, después de Pichincha. Antes de Pichincha, pudo tal vez proponer como transacción hacer de Quito una nueva república independiente, que era el verdadero voto de sus habitantes, como los hechos lo han demostrado; pero para esto habría sido necesario que hubiese calculado mejor sus medidas antes de unir sin condición alguna sus armas con las de Colombia, pretendiendo retirarlas cuando ya estaban comprometidas en la campaña que iba a dar la preponderancia a Bolívar. Era muy difícil que el fundador de Colombia, que en su constitución había incluido a Quito en su plan geográfico, pasase por este advenimiento; pero al menos era un pensamiento digno del libertador del Sur, concordante con su política americana, de redimir a los pueblos y entregar a su posteridad sus propios destinos sin violentarlos y respetando los particularismos autonómicos; y bien que esto no fuese más que un plan uchrónico de muy dudoso éxito, era más racional que el plan alternativo de San Martín, que, de todos modos, era una dificultad, un conflicto o una derrota. Bien examinado todo, lo más acertado para el éxito, y lo más conveniente para la causa de la independencia americana, era no insistir sobre la independencia de Guayaquil, renunciar a la pretensión de agregarlo al Perú, y dejar de buena voluntad que se incorporase a la república de Colombia a que correspondía, como parte integrante de Quito, sobre cuya anexión en general no hacía cuestión.

Bajo estos siniestros auspicios, que nada lisonjero prometían, iba a abrirse la proyectada conferencia entre Bolívar y San Martín, "para fijar establemente la suerte de la América del Sur" —según las palabras del segundo— precisamente en el punto que era causa de una disidencia profunda entre los dos libertadores del Sur y del Norte, que, al unir sus banderas y darse un abrazo de hierro, separarían sus almas hasta entonces unidas en un gran propósito.

Capítulo XLVI

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

1822

El encuentro de los grandes hombres en la historia. — Los grandes hombres americanos. — Grandeza de Bolívar y San Martín. — Los paralelos históricos. — Grandeza intrínseca y relativa. — El culto de los héroes. — Acción dual y necesaria. — Prestigios de la entrevista de Guayaquil. — Los misterios de la entrevista. — Declaraciones públicas de San Martín sobre los objetos de la entrevista, comprobadas por los hechos y los documentos. — Correspondencia entre San Martín y Bolívar antes de la entrevista. — Seguridades dadas por San Martín de que en la conferencia de Guayaquil quedaría fijada la suerte de América de acuerdo con Bolívar. — Bolívar en Quito. — Empieza a diseñarse su política absorbente. — Su entrada triunfal en Guayaquil. — Incorpora violentamente Guayaquil a Colombia. — Carta que dirige en seguida a San Martín. — Llegada de San Martín a Guayaquil. — Recepción de San Martín por Bolívar en Guayaquil. — Entrevista de los dos libertadores. — Lo que pasó y lo que no pasó en la entrevista. — Revelaciones anunciadas por San Martín. — Carta de San Martín a Bolívar que aclara el misterio de la entrevista. — Lo que se sabe y lo que no se sabe de la entrevista. — Actitud de San Martín después de la entrevista. — Famosa carta de San Martín a Bolívar. — Testamento político.

I

El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de la intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la tierra rarísimas veces. La masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividirlo, lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sudamericanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del Nuevo Mundo, que, después de Wáshington, hayan entrado a figurar en el catálogo de los héroes univer-

sales, cuya gloria se agranda a medida que pasa el tiempo y la obra en que fueron artífices se completa. Wáshington dio al mundo la nueva medida del gobierno humano, según la vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado en la grandeza, que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolívar y San Martín fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político por efecto de la revolución que hicieron triunfar con sus armas. Su acción fue dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responden a su acción dupla, que se completa la una por la otra, aunque la más poderosa prevalezca incorporándose en una sola las respectivas fuerzas iniciales, sin que por esto se extinga la absorbida.

Los paralelos de los hombres ilustres a lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes aparentes para producir una antítesis literaria, sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos, que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. Se ha abusado por demás de este artificio respecto de San Martín y Bolívar, hasta hacerse una vulgaridad. Su paralelismo está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las etapas del caballo de Alejandro al través del continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes.

Se ha dicho con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos, sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos, y las estatuas históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como acostados en la tumba. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala, más por su obra común que por sí mismos, más como libertadores que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores o meros agentes, y vive y obra en su posteridad. Esta influencia póstuma es la que no ha sido medida aún, y la que determinará en definitiva la verdadera amplitud de sus proyecciones. Las historia planta los jalones de lo pasado, los presentes se guían por ellos, y lo futuro deducirá cuál de los dos tuvo más larga visual o acertó con mejor instinto. Hasta ahora, el tiempo que aquilata las acciones por sus resultados duraderos, dando a Bolívar más gloria y la corona del triunfo final, ha dado a San Martín la de primer capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó aunque no como lo imaginara; mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño, uniéndose, empero, las figuras de los dos libertadores en el espacio recorrido, y marcando en los lindes del porvenir la marcha triunfal de las repúbli-

cas sudamericanas hacia los grandes destinos que les están reservados. Si la conciencia sudamericana adoptase el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semidioses de la antigüedad, adoptaría por símbolos los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos, porque ellos son los héroes de su independencia y los fundadores de su emancipación: fueron sus libertadores y constituyen su binomio virtual.

En todos los acontecimientos en que intervienen hombres y cosas, puede concebirse y aun demostrarse, qué hombres pudieron reemplazar a otros, y cómo, con ellos o sin ellos, se hubiesen producido los hechos lógicos de que fueron autores o meros actores, sin que por esto se desconozca la acción eficiente de las individualidades conscientes con potencia propia.

Son sin duda las revoluciones las que engendran a los hombres, cuando ellas son el resultado de una evolución que tiene su origen en causas complejas; pero son los hombres los que las impulsan y las caracterizan, y a veces son factores indispensables en el enlace y en la dirección de los acontecimientos. Sin Colón, se habría descubierto más tarde la América, pero fue él quien conscientemente la descubrió. La revolución de Inglaterra habría estallado después de la resistencia cívica de Hampden; pero sin Cromwell no habría triunfado militarmente, inoculándose el principio disciplinado y religioso, que fue su fuerza y su debilidad. La emancipación de los Estados Unidos de la América del Norte habría hecho surgir de todos modos una gran república; pero sin Wáshington no tendría en el ejercicio del poder el carácter de grandeza moral que ha impreso sello típico a su democracia. La revolución francesa habría estallado, porque estaba en el orden y en el desorden de las cosas, y sin los hombres que alternativamente la dirigieran, se habría desarrollado, y tal vez mejor, porque ninguno supo fijarla.

Se concibe fácilmente con arreglo a este criterio, que la insurrección sudamericana se produjera como hecho espontáneo, resultado de antecedentes históricos y efecto inmediato de las circunstancias, si San Martín y Bolívar no hubiesen existido; pero tal como se produjo y se desenvolvió, no se alcanza cómo con menos recursos pudo hacerse más, ni organizarse mejor militarmente, ni triunfar en menos tiempo y con el menor desperdicio de fuerzas en la lucha por la independencia continental. Por eso son grandes intrínsecamente y por sí mismos Bolívar y San Martín, aparte de las cosas en cuyo medio obraron y de las fuerzas preexistentes a que dieron organización, impulso y dirección convenientes.

Si se compara la ecuación personal de los dos libertadores, vese que San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y

más imaginación que previsión y método. Sin embargo, no se puede concebir la acción concurrente del uno sin la recíproca del otro, y los dos, sin ser providenciales, pueden considerarse necesarios, tal como la insurrección se desenvolvió hasta alcanzar su máximum de efecto. Mientras siguen la corriente de la evolución colectiva, son meros agentes. Cuando se apoderan de las fuerzas vivas, las condensan, las distribuyen, les imprimen impulso y dirección, respondiendo a un plan general que está en ellos más que en la masa; entonces son verdaderos factores, y llegan en cierto modo a ser creadores. Es la idea de San Martín la que triunfa, y es la acción eficiente de Bolívar la que la convierte en hecho victorioso.

Hemos dicho ya que, sin exagerar la figura histórica de San Martín ni dar a su genio concreto un carácter místico, pocas veces la intervención de un hombre de acción deliberada con una idea en la cabeza, fue más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de sus consecuencias (véase capítulo II, párrafo I). Si alguno pudo tal vez entrever el camino de la victoria, fue él quien lo descubrió y lo impuso como itinerario contra la corriente de la opinión. Sólo él entre sus contemporáneos era capaz de crear con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un ejército compacto, animado de una pasión americana, traspasar los Andes y vencer matemáticamente como venció en Chacabuco y Maipú. Sin él, no se habría dominado el mar Pacífico, según las previsiones de su genio, ni se hubiese realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, de que fue autor, y la dilatación de la insurrección sudamericana es imposible: queda aislada en los extremos.

Por lo que respecta a Bolívar, puede decirse otro tanto; pero sin el concurso de San Martín, que ejecutó la mitad de la tarea, no habría llegado jamás al Pacífico y quizá hubiese quedado aislado en Venezuela, porque, dominado el Perú por los realistas y dueños del mar, de Quito y de Nueva Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en Boyacá y Pichincha. A su vez, si Bolívar no triunfa en el Norte y no viene a darle la mano, la expedición del Perú, si no fracasa, se convierte en una guerra crónica y el plan de insurrección y de campaña continental, que era condición necesaria de triunfo, no se realiza. Ni el uno ni el otro, con las fuerzas de que disponían, aun triunfando aisladamente, podía llevar a buen término la obra de la emancipación del continente. Así, sin la acción concurrente de ambos, el éxito militar de la independencia sudamericana era imposible, tal como se alcanzó por el efecto de la convergencia de sus ejércitos y la concentración de sus fuerzas en el último punto de resistencia del enemigo.

Todos estos rayos convergentes de la historia que se afocan en el punto céntrico en que los dos libertadores operaron su conjunción, son los que dan sus prestigios a la conferencia de San Mar-

tín y Bolívar en Guayaquil. El escenario es el arco iluminado del Ecuador del Nuevo Mundo, con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montañas en perspectivas, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes encendidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. El mundo que pone al oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desaparece silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras vacías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. El misterio dura veinte años, sin que uno ni otro de los interlocutores revelase lo que había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se descorre y vese, combinando las palabras escritas o habladas con los hechos contemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el misterio consistía, únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y que lo que en ella se trató, así como lo sucedido o dicho, es lo que estaba ya anunciado, lo que todos sabían poco más o menos, o podían deducir, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy todavía más que los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar hasta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito en ningún papel.

A pesar de todo esto, la curiosidad se ha empeñado y se empeña en descubrir algo más, fuera del círculo de acción de los actores, como los que divisan con un poderoso telescopio las montañas de la luna, y buscan sus habitantes, que la razón les dice no existen, o en un cuadro que pone de relieve sus grandes figuras en plena luz, se quiere penetrar en el claroscuro del fondo que las realza. Lo único misterioso, en este acto, que la imaginación se ha empeñado en rodear de accidentes fantásticos —después de los documentos publicados y de las versiones desautorizadas que se han hecho— son los móviles secretos que impulsaron al uno a ser intransigente e impusieron al otro su abdicación, los que no están consignados en ningún documento, como que tuvieron su origen en la propia conciencia en que los guardaron. El tiempo, que ha hecho caer las máscaras con que se cubrieron ambos en su primera y última entrevista, ha puesto sus almas de manifiesto, y podemos hoy leer en ellas mejor que ellos mismos.

II

Si el Protector del Perú, mejor aconsejado, hubiera obrado con más previsión y con arreglo a un plan fijo, habría puesto condiciones a su prestación de auxilios en la guerra de Quito, o por lo menos arreglado previamente bases de discusión en su proyectada conferencia con Bolívar. En vez de esto, antes de celebrar un pacto formal, unió de hecho sus armas con las de Colombia, perdiendo la preponderancia adquirida en Guayaquil. En seguida,

celebró un tratado de liga americana y paz y guerra, que dejaba pendiente la cuestión de límites, y especialmente la de Guayaquil, en que las posiciones antagónicas del Perú y Colombia se definieron como una amenaza en suspenso. Por último, toma como un hecho la oferta de Bolívar de concurrir a la terminación de la guerra del Perú con las fuerzas colombianas, y procede con más sentimentalismo que sentido práctico, cuando, terminada en Pichincha la campaña de Quito, y reducida la guerra de la independencia al territorio del Perú, piensa que ese auxilio le vendrá en las mismas condiciones en que él había prestado el suyo. (Véase capítulo XXV, párrafo VI y capítulo XLIV, párrafo IV.)

Antes de Pichincha, Bolívar, triunfante en el Norte, era el más fuerte: después de Pichincha, era el árbitro, y podía dictar sus condiciones de auxilio al Sur. San Martín se hacía ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de la América del Sur, y al contar con que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminadas por el común acuerdo la guerra del Perú, como había terminado la de Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó a la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino, paralizando su carrera. Si alguna vez un propósito internacional librado a eventualidades futuras, fue claramente formulado, ha sido ésta; y si alguna vez se comprometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sobre bases más vagas, fue también en ésta.

Aprovechando la abertura de Bolívar al tiempo de abrir éste su campaña de Pasto, y decidido ya a concurrir por su parte a la de Quito uniendo sus armas con las de Colombia en Guayaquil, buscó por sí una conferencia con el Libertador, con el designio declarado de fijar la suerte del continente hecho independiente, en el orden político y militar.

Así lo anunció públicamente, al determinar con precisión los objetos de la entrevista. "La causa del continente americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia; la enérgica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos han constituido en alto grado responsables ("árbitros") del éxito de esta sublime empresa." No se podía indicar más claramente que el objeto era el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación.

Al avanzar San Martín tan categóricas declaraciones sobre los objetos de la conferencia, aún no había unido de hecho sus armas con las de Colombia en el Ecuador. (Véase capítulo XXXV, párrafo II.) Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcóse en el Callao, a fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor a medio camino de que el Libertador, en vez de trasladarse con su ejército a Guayaquil, como había pensado, continuaría la campaña del sur de Colombia por Pasto, regresó a Lima (3 de marzo). En esta situación indecisa lo encontró la derrota de Ica, que trastornaba todos sus planes y amenguaba su influencia continental. Fue entonces cuando, al consolidar su base de poder, reorganizó un respetable ejército para responder a la expectativa que él mismo había creado y de que todos estaban pendientes. Y fue entonces, también, cuando cambiando de política, convocó el congreso peruano para entregar al pueblo sus propios destinos, pendiente el plan monarquista imaginado por él, al parecer abandonado, y manifestó por la primera vez públicamente su propósito de retirarse de la vida pública, así que desapareciesen los peligros de la situación. (Véase capítulo XXXVI, párrafo VI.) Terminada felizmente la guerra de Quito con el eficaz concurso de sus armas, que estableció la alianza americana de hecho, reanudó su postergada conferencia con Bolívar, con los mismos propósitos ya declarados y poseído de las mismas ilusiones (14 de julio de 1822.)

Al terminar la guerra de Quito, el Libertador se dirigía al Protector, y al agradecerle el auxilio prestado por "los libertadores del sur de América" (según sus propias palabras), le significa que las tres provincias de Quito libertadas, eran colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales: "El ejército de Colombia está pronto a marchar adonde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas." El Protector le contestaba: "Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión de Colombia y el Perú. El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas que V. E. pueda disponer, a fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor influjo a las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido a plantar el pabellón de la República del Sur de este vasto continente. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable

prosperidad les haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé a saludar a V. E. a Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos." ¡Y no lo ha olvidado!, pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del Sur al ir al encuentro del libertador del Norte, en la creencia de que éste lo reconocería a la par suya en calidad de árbitro, "para combinar en grande los intereses de los pueblos americanos", según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él: "En la conferencia quedarán arregladas cualesquiera diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de Guayaquil y arreglados todos los obstáculos para la terminación de la guerra de la independencia."

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase capítulo XLV, párrafo V), iba a celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que "la América no olvidaría."

III

Al llegar Bolívar a Quito (16 de junio de 1822), después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja, estaban incorporadas, de grado o por fuerza, a Colombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar a mar y poner su poderosa mano sobre el Perú, "único campo de batalla que quedaba en América", según la expresión gráfica de San Martín. El venía buscando los honores del triunfador, que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical, con imaginación poética ensoberbecida por el éxito y viciada por la lisonja, estas vanas ostentaciones eran una necesidad de su temperamento y de sus ambiciones en la vida. El pueblo libertado le tributó los honores, merecidos aunque exagerados, que nunca faltaban donde él triunfaba, sabedores todos de que así satisfacían sus propensiones. Como en Bogotá, después de Boyacá, tuvo entrada triunfal, coronas, monumentos, himnos y loores que perpetuasen su victoria. Era el hombre más poderoso de la América del Sur, y el verdadero árbitro de sus destinos, y esto, a la par de los honores, exaltaba su imaginación ardiente. Según sus palabras a propósito de la cuestión de Guayaquil, "en América no había poder humano que pudiera oponerse a Colombia." San Martín no podía ser un obstáculo a sus designios, y lo quebraría, si se atravesaba en su camino.

El delirio de las grandezas, que estaba en germen en su cabeza, empezaba a fermentar activamente en su alma inquieta. Su plan de política absorbente, impura liga de su ambición personal con sus grandes designios de emancipación continental, empezó a diseñarse. Antes que los sueños de unificación americana bajo su hegemonía, antes que las presidencias vitalicias y la monocracia en su persona como coronamiento de la obra revolucionaria hiciesen su aparición, ya los perfiles de su insaciable ambición, que era su fuerza y que sería su debilidad, se proyectaban sobre las líneas de las fronteras de los nuevos Estados, cerrándose en su glorioso punto de partida.

En Quito vio por la primera vez las tropas de San Martín y pudo compararlas con las suyas. Su porte y su correcta disciplina llamaron su atención, especialmente los granaderos a caballo, argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela, y a los que confirió, en recuerdo de su reciente hazaña el título de "Granaderos de Río Bamba." Tan valientes como fueran sus soldados, probados en veinte batallas ganadas o perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del Sur. Sea emulación de gloria, sea que considerase como un obstáculo a sus aspiraciones de engrandecimiento la influencia moral de la República Argentina alma de la hegemonía del sur de la América, desde entonces empezó a manifestarse su prevención contra los argentinos, que al fin haría su estallido.

Uno de los obsequios que el pueblo de Quito ofreció a sus libertadores, fue un espléndido banquete al que asistieron los jefes colombianos, peruanos, argentinos y chilenos de las divisiones vencedoras en Pichincha, que representaban la alianza de las armas americanas del Sur y del Norte. El Libertador, como de costumbre, pronunció varios brindis, o elocuentes o verbosos. En uno de ellos embriagado por sus palabras, llegó a decir: "No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino." Cinco jefes argentinos se hallaban presentes: el comandante de granaderos a caballo de los Andes, Juan Lavalle, pidió la palabra para aclarar un error, se puso de pie, y dijo con reconcentrada arrogancia: "La República Argentina se halla independiente y libre de la dominación española, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su territorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro himno nacional consagra sus triunfos." Y brindó por la independencia de América y de la República Argentina. No hubo más brindis.

A Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas: "A Simón Bolívar —Libertador de Colombia. —Al rayo de la guerra, al iris de la paz" (11 de julio). Al hacerse las salvas de honor las cañoneras de la ría arriaron el pabellón celeste y

blanco de Guayaquil, y enarbolaron el de Colombia. "¿Por qué tan pronto?", exclamó en alta voz algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el del estado mediatizado, resonó un grito unánime: "¡Viva Guayaquil independiente!" Miró de soslayo, se caló el elástico que tenía en la mano, y siguió su marcha triunfal. Este incidente fue muy comentado en el público, y especialmente en la legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador.

No eran un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1.500 hombres, que ocupara militarmente la ciudad en actitud amenazante. —Su actitud era agresiva—. Dos incidentes análogos al de Quito vinieron a poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo del aniversario de uno de sus triunfos, uno de los jefes brindó por que el Omnipotente lo conservase por siempre. Se levantó y dijo: "Sí, señores: hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces: para el mundo, mi gloria y la República." En otro banquete tocóle tener a su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la legación peruana. Rojas lo miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertador bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño: "—¿Quién es usted? —Manuel Rojas —contestó apaciblemente el interpelado. —¿Qué graduación tiene usted? —Coronel —replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera. —¿De qué país es usted? —Tengo el honor de ser de Buenos Aires —dijo poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba en el pecho. —Bien se conoce por el aire altanero que representa. —Es un aire propio de hombres libres —repuso por último el argentino, inclinándose." Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos "cambiarían de acuerdo y en grande los intereses de los pueblos", el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción: "La América del Sur, libre por la República de Colombia."

No habían pasado veinticuatro horas desde la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión a Colombia, sostenidos por sus bayonetas, dirigieron una representación al síndico-procurador de la Municipalidad, pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La Municipalidad se negó por

unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó a Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, se elevó otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró a Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó a la junta, por medio de su secretario, que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad a la asamblea popular. Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía a los guayaquileños: "Os veis reducidos a la situación más falsa, más ambigua, más absurda, para la política como para la guerra. Vuestra situación era un fenómeno que estaba amenazando la anarquía. Yo he venido a traeros el arca de la salvación." Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto, en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: "Sois colombianos: vuestros votos han sido por Colombia: habéis pertenecido por tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas, yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama sus sabias leyes." La junta se dio por notificada y declaró que "cesaba desde luego en el ejercicio de sus funciones gubernativas." Así quedó consumada de hecho la incorporación de Guayaquil a Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse, lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín, por su parte, se preparaba a ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que a la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruanoargentina, que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo a favor del Perú. Pensaba que a su llegada aún se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado a fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa: pero Bolívar "le ganó de mano", según él mismo lo declaró después. Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron a bordo de la escuadra peruana, a pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba a verlo en "el suelo de Colombia", o a esperarlo en cualquier otro punto, envolviendo en palabras lisonjeras el punto capital, que era "arreglar de común acuerdo la suerte de la América." Le decía: "Con suma satisfacción, dignísimo amigo, doy a usted por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo, y este nombre será el que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único título que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión. Tan sensible me será que no venga a esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que venga usted de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer, y si es posible tocar? No es posible. Yo espero a usted y también iré a encontrarlo donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, bastan para tratar entre militares; pero no serían bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que amaba sólo por la opinión, sólo por la fama."

Al firmar Bolívar esta carta, el 25 de julio de 1822, a las 7 de la mañana, se anunció que se avistaba en el horizonte una vela a la altura de un islote elevado a la boca del golfo llamado "El Muerto". Poco después, la goleta *Macedonia,* conduciendo al Protector, echaba anclas frente a la isla de Puná, y la insignia que flotaba en su mástil, señalaba la presencia del gran personaje que traía a su bordo. Anunciada la visita, el Libertador mandó saludarlo por medio de dos edecanes, ofreciéndole la hospitalidad. El pueblo, al divisar la falúa que lo conducía, lo aclamó con entusiasmo a lo largo del malecón de la ribera. Un batallón tendido en carrera le hizo honores. Al llegar a la suntuosa casa que se le tenía preparada, el Libertador lo esperaba de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió a su encuentro. Los dos grandes hombres de la América del Sur se abrazaron por la primera y por la última vez. "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín" —exclamó Bolívar—. San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al libertador del Norte. Ambos subieron del brazo las escaleras, saludados por grandes aclamaciones populares.

En el salón de honor, el Libertador presentó sus generales al Protector. En seguida empezaron a desfilar las corporaciones que iban a saludar al ilustre huésped, presente el que hacía los honores. Una diputación de matronas y señoritas se presentó a darle la bienvenida en una arenga, que él contestó agradeciendo. En seguida, una joven de dieciocho años, que era la más radiante belleza del Guayas, se adelantó del grupo y ciñó la frente del Libertador del Sur con una corona de laurel de oro esmaltado. San Martín, poco acostumbrado a estas manifestaciones teatrales y enemigo de ellas por temperamento, a la inversa de Bolívar, se ruborizó, y quitándose con amabilidad la corona de la cabeza, dijo que no merecía aquella demostración, a que otros eran más acreedores que él; pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraba y por las manos que lo ofrecían, como recuerdo de uno de sus días más felices. Luego que se hubo retirado la concurrencia, los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sur quedaron solos. Los dos permanecían de pie. Se pasearon algunos instantes por el salón, cambiando palabras que no llegaban a oídos de los edecanes que ocupaban la antesala. Bolívar parecía inquieto: San Martín estaba sereno y reconcentrado. Cerraron la puerta, y hablaron sin testigos por el espacio de más de hora y media. Abrióse luego la puerta: Bolívar se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín lo acompañó hasta el pie de la escalera con la misma expresión, despidiéndose ambos amistosamente. Más tarde, el Protector pagó al Libertador su visita, que fue de mero aparato y sólo duró media hora.

Al día siguiente (27 de junio), San Martín ordenó que se embarcase su equipaje a bordo de su goleta, anunciando que en esa misma noche pensaba hacerse a la vela, después de un gran baile a que estaba invitado. Señal que no esperaba ya nada de la entrevista. A la una del día se dirigió a la casa del Libertador, y encerrados ambos sin testigos, como la víspera, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta. Todo indica que éste fue el momento psicológico de la entrevista. A las 5 de la tarde, se sentaban, uno al lado del otro, a la mesa de un espléndido banquete. Al llegar el momento de los brindis, Bolívar se puso de pie, invitando a la concurrencia a imitar su ejemplo, y dijo: "Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo." San Martín, a su turno, contestó modestamente, pero con palabras conceptuosas que parecían responder a una preocupación secreta: "Por la pronta conclusión de la guerra; por la organización de las diferentes repúblicas del continente, y por la salud del libertador de Colombia." Del banquete pasaron al baile. Bolívar se entregó con juvenil ardor a los placeres del vals, que era una de sus pasiones. El baile fue asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Li-

bertador, que a veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían a la escena un carácter algo grotesco. San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observándolo todo con circunspección; pero parecía estar ocupado por pensamientos más serios. A la una de la mañana, llamó a su edecán, el coronel Rufino Guido, y le dijo: "Vamos: no puedo soportar este bullicio." Sin que nadie lo advirtiese, un ayudante de servicio le hizo salir por una puerta excusada —según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre—, y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta *Macedonia* se hacía a la vela conduciendo al Protector. Al día siguiente se levantó muy temprano. Parecía preocupado y permanecía silencioso. Después del almuerzo, paseándose por la cubierta del buque, exclamó: "¡El Libertador nos ha ganado de mano!" Y al llegar de regreso al Callao, encargaba al general Cruz escribiese a O'Higgins: ¡El Libertador no es el hombre que pensábamos!" Palabras de vencido y desengañado, que compendiaban los resultados de la entrevista.

V

¿Qué había pasado en las conferencias secretas? Lo que estaba en el orden de los hechos, en la atmósfera política, en las almas de los dos interlocutores. Antes de la entrevista ¿quién no sabía de lo único de que podían ocuparse San Martín y Bolívar? Después de la entrevista, ¿quién no sabe cuál fue el resultado de las conferencias? En el orden físico como en el orden político, son los mismos elementos los que constituyen la esencia de los fenómenos y forman la trama de los acontecimientos necesarios. Si, conociendo la historia de la emancipación hispanoamericana, sólo se supiese que San Martín y Bolívar habían celebrado una conferencia en 1822, podría determinarse a *priori* cuáles fueron los puntos que en ella se trataron y con más certidumbre pueden determinarse *a posteriori,* conociéndose los documentos correlativos que la precedieron y la siguieron, y los hechos que la explican.

Dos grandes cuestiones dominaban la época: la terminación de la guerra de la independencia, circunscripta al territorio del Perú, y la organización política de las nuevas naciones independientes ya. Las cuestiones de alianza militar para alcanzar lo primero, y de límites para definir las soberanías territoriales, estaban comprendidas, pero eran accesorias. No había en el mundo de la política sudamericana otros problemas que resolver, "para fijar la estabilidad del destino de la América", según las palabras de San Martín al buscar la entrevista. Por consecuencia, San Martín y Bolívar, las dos grandes influencias de la época que únicamente podían resol-

verlos con árbitros, debieron necesariamente ocuparse de ellos. El tiempo, que ha descorrido el velo del misterio, con exhibición del documento fundamental que esparce plena luz sobre la conferencia, ha venido, como un protocolo, a revelar que lo que se trató en ella, fue lo mismo que estaba públicamente anunciado, salvo la guerra de Quito ya terminada, la cuestión de Guayaquil eliminada de hecho, y la desaparición de una gran figura de la escena sudamericana, que fue su consecuencia. La famosa conferencia de Tilsit, que sólo se conoce por inducción y por sus resultados, ha sido rehecha en todas sus partes, como si el mundo entero hubiese sido testigo en ella. La de Guayaquil es más fácil de rehacer en sus partes integrantes, sin necesidad de apelar a conjeturas, con sólo ordenar los puntos y los incidentes fuera de cuestión, que son del dominio de la historia documentada, sin agregar una palabra ni un gesto que no puedan ser comprobados.

La conferencia se verificó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la partición de la influencia continental: el libertador del Norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento; el del Sur se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin base sólida de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual a igual. Así, los dos grandes protagonistas del drama revolucionario se presentaron enmascarados en esta escena que sólo tiene de dramático lo que pasó en el alma de cada uno de ellos. La impresión que a primera vista produjo Bolívar en San Martín, fue de repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido. Tal vez leyó su propio destino en la mirada encapotada de su émulo, al encontrarse con otro hombre distinto del que se imaginaba a la distancia, y al chocar con una ambición con que no había contado. Sin embargo, lo penetró a través de su máscara. Bolívar, más lleno de sí mismo, miró a San Martín de abajo arriba, y sólo vio la cabeza impasible que tenía delante de sus ojos, sin sospechar las ideas que su cráneo encerraba, ni los sentimientos de su corazón. Vio simplemente en él un hombre sin doblez, un buen capitán que debía sus victorias más a la fortuna que a su genio. Así se midieron mentalmente estos dos hombres en su primer encuentro.

Bolívar tenía en su cabeza un plan de consolidación americana, que, aunque confuso todavía, respondía a un propósito firme de dominación que se sentía llamado a ejecutar solo. San Martín, que no tenía el resorte de la ambición personal — y si la tuvo por acaso al provocar la conferencia, adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre, que lo consideraba como un obstáculo a la expansión de

su genio atrevido —, pudo estimar su temple al encontrarse con un antagonista en vez de un aliado. "Puede decirse — son palabras de San Martín —, que sus hechos militares le han merecido con razón ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del Sur. Lo que lo caracteriza sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello especial, es una constancia a toda prueba a que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros a que su alma ardiente lo arrastra." El círculo en que podía moverse la voluntad de San Martín, era muy limitado: iba de buena fe y sin ambición a buscar los medios de poner pronto término a la guerra de la independencia, circunscripta a un solo punto, y a tratar como "responsable del éxito de la empresa y del destino de la América", según sus propias palabras, las grandes cuestiones americanas de la organización futura, resolviendo de paso las del presente. Y no tuvo ni cuestiones que tratar, ni encontró siquiera hombre con quien discutir. Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar, a pesar de haberle insinuado antes, que "entre militares pocas horas bastaban para tratar."

La única cuestión de actualidad, la que afectaba "los intereses generales del Perú y de Colombia, que era la de Guayaquil, y que, según las seguridades oficiales dadas por San Martín "quedaría transigida en la conferencia", ni se tocó siquiera; estaba resuelta de hecho, y Bolívar, al ofrecerle su hospitalidad, le había notificado que Guayaquil estaba "en el suelo de Colombia", y él la había aceptado bajo el pabellón colombiano. La gran cuestión de actualidad, que era la pronta terminación de la guerra de la independencia, por el común acuerdo y la alianza de las armas del Perú y de Colombia, fue esquivada en parte por el Libertador, y en parte resuelta por él en términos equívocos que importaban no alterar la situación militar, dándose San Martín ostensiblemente por satisfecho a más no poder con este resultado parcial que nada resolvía. La cuestión menor de las bajas de la división auxiliar que había concurrido a Pichincha, que, según lo convenido, debía reemplazar Colombia, no se tocó, porque Bolívar la había detenido en Quito, adelantándose con sus batallones para dar el golpe de estado de Guayaquil, temeroso de que su presencia pudiese alentar a los guayaquileños a pronunciarse en sentido contrario a sus planes de anexión.

La otra cuestión fundamental de orden trascendental, la que se refería a la organización futura de los nuevos Estados, no podía dejar de ser tratada, y lo fue, aunque accidentalmente, según testimonio del mismo San Martín. Los documentos hablarán en cuanto al modo cómo fue considerada y medio resuelta la relativa a la alianza, en el orden de los hechos; en cuanto a ésta, que se rela-

ciona con las conciencias, a falta de ellos, la ilustrarán los antecedentes conocidos con que se liga, y las confidencias que esparcen una media luz sobre este punto, el único oscuro de la conferencia, aunque el más claro de la historia. Puede hasta fijarse la hora en que estas dos grandes cuestiones se trataron, y el momento preciso en que San Martín renunció, hasta en teoría, al proyecto quimérico del establecimiento de una monarquía americana. Cuando, después de la recepción oficial, los dos libertadores quedaron solos a puerta cerrada por el espacio de hora y media, era natural que no entrasen todavía en materia y se ocupasen de la situación general. Durante esta primera conferencia preliminar, el Libertador abrió la puerta y llamó a su ayudante de campo y secretario, el general T. C. Mosquera, y le ordenó trajese las últimas cartas del vicepresidente Santander, que instruían del estado en que se hallaba Colombia, lo que indica que se ocupaban de darse cuenta de la situación de todas y cada una de las partes de la América del Sur. En la visita de etiqueta que el Protector hizo al Libertador, que sólo duró media hora, no era la ocasión ni hubo tiempo para tratar tan graves cuestiones. Por consecuencia, fue el 27 de julio, de 1 a 5 de la tarde, que hemos señalado, cuando tuvo lugar la formal y definitiva entrevista (véase párrafo IV de este capítulo). A estas horas, los dados del destino estaban tirados.

VI

Salvo el orden en que se trataron los diversos puntos conexos con la inmediata terminación de la guerra de la independencia sudamericana, todos los tópicos son conocidos, y hasta los gestos que acentuaron la interesante discusión. San Martín manifestó que no abrigaba temor alguno respecto de la suerte futura del Perú en el orden militar. Sin embargo agregó que, aun cuando estuviese íntimamente convencido de que, cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de América era irrevocable, su prolongación causaría la ruina de las poblaciones, y era un deber sagrado de los hombres a quienes estaban confiados sus destinos, evitar tan grandes males. Bolívar ofreció el auxilio de tres batallones colombianos, pagando estrictamente la deuda de Pichincha; pero se reservó darles instrucciones secretas que anularan la cooperación que debían prestar, como se vio luego, complicando la oferta con la devolución del batallón Numancia, que debía agregarse a la columna colombiana. De este modo, Bolívar ponía un pie en el Perú, sin dar los medios eficientes para terminar prontamente la guerra, dejaba más o menos librado el Perú a sus propios recursos, y en el estado crónico de la lucha, o dado un suceso desgraciado, él era el árbitro, seguro de que el triunfo definitivo era

cuestión de tiempo. Si Bolívar, en vez de 1.400 hombres prestados a medias, hubiese puesto a disposición del Protector tres o cuatro mil colombianos o decidídose a entrar con su ejército al Perú, contando, como contaba, con la cooperación eficaz del general de los Andes, la guerra de la independencia habría terminado en tres meses. No quiso hacerlo, y la lucha se prolongó por tres años más. Para persuadirlo de esto, San Martín desenvolvió entonces el plan de campaña por puertos intermedios que tenía meditado, que para producir todas sus ventajas debía ser acompañado por una poderosa invasión a la sierra; y que esto no era posible sin el auxilio del ejército colombiano; pues los tres batallones colombianos ofrecidos (además del batallón Numancia) serían apenas suficientes para mantener el orden en Lima y guarnecer los castillos del Callao.

Parece que Bolívar dio poca importancia a las últimas fuerzas que resistían en el Perú, sea por cálculo o por estar mal informado. San Martín se encargó de poner ante sus ojos los estados de fuerza, diciéndole que, "no se hiciese la ilusión sobre las fuerzas realistas en el Alto y Bajo Perú, que ascendían al doble de las patriotas; que se trataba de poner término a la lucha que juntos habían emprendido y en que estaban empeñados, y que el honor del triunfo final correspondía al Libertador de Colombia, a su ejército y a la república que presidía."

El momento psicológico de la conferencia había llegado. Bolívar, estrechado en sus defensas artificiales, pero resuelto a mantenerse en ellas, contestó que el congreso de Colombia no lo autorizaría para ausentarse del territorio de la república. Esto decía el que había reconquistado a Nueva Granada sin autorización del congreso, y le había impuesto la república colombiana, y que al sancionarse la constitución, se había reservado fuera de ella el absoluto poder militar en los pueblos que fuese sucesivamente libertando, como lo acababa de hacer con Quito y Guayaquil. San Martín, sin darse por entendido de que era una evasiva, le repuso, que estaba persuadido de que la menor insinuación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación. El Libertador estaba sordo y no quería oír. San Martín tuvo la gran inspiración del momento. "Bien, general —le dijo—, yo combatiré bajo sus órdenes. Puede venir con seguridad al Perú, contando con mi cooperación. Yo seré su segundo." Bolívar, sorprendido, levantó la vista y miró por primera vez de frente a su abnegado interlocutor, dudando de la sinceridad de un ofrecimiento de que él no era capaz. Pareció vacilar un momento; pero luego volvió a encerrarse en su círculo de imposibilidades constitucionales, agregando que, aun estando resuelto a emprender formalmente la campaña del Perú, su delicadeza no le permitía jamás el mandarlo. Era significarle que, de ir él, con su ejército, iría mandando solo, como árbitro militar y político de la suerte de los pueblos, y que no aceptaba su coope-

ración. Si antes lo había considerado un obstáculo, ahora era más necesario suprimirlo, cuando se presentaba moralmente tan grande, que lo vencía con su abnegación. Fue sin duda entonces cuando formó de él el concepto de que era "un buen hombre", pero peligroso, aun como contraste de su ambición. San Martín comprendió que el Libertador no quería hacer causa común con él: desde ese momento, probablemente, decidió eliminarse poniendo los medios para que el Perú resolviese por sí solo, con los últimos restos de las tropas argentinas y chilenas, la lucha americana, y en todo caso, dejar la puerta abierta para que el Libertador avanzase con su poderoso ejército triunfante, y diese el golpe mortal a la dominación española en la América del Sur. No volvió a insistir sobre el punto en cuestión, sabiendo ya a qué atenerse.

VII

¿Se trató en la conferencia la cuestión capital de la organización futura de los nuevos estados sudamericanos? Es indudable. Todos los historiadores que han recibido más o menos directamente las vagas confidencias de los dos grandes protagonistas de la escena, coinciden en este punto, sin exceptuar uno solo; y aunque variando en las versiones, todos están contestes en que San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república. No podía ser de otro modo, después de la solemne declaración de San Martín de que iba a tratarse en la entrevista por él buscada, "de la estabilidad del destino a que con rapidez se acercaba la América, y de que él y el Libertador eran en alto grado responsables." Y necesariamente tenía que tratarla, dada la situación en que él se encontraba, con una negociación sobre monarquización del Perú, pendiente en Europa, que, aunque al parecer abandonada después de la convocatoria posterior del congreso peruano para entregar sus destinos al país libertado, podía todavía considerarla como un proyecto presentable, si Bolívar le presta su aprobación, o no le ponía obstáculo.

Sucede a este respecto lo mismo que en los demás tópicos de la conferencia. Conocidas las opiniones sobre forma de gobierno que profesaban ambos libertadores, públicamente declaradas en varias ocasiones, pueden ponerse en boca de los interlocutores los argumentos que hicieron valer en favor de ellos, y hasta las palabras de que se sirvieron. San Martín diría, como había dicho siempre, que, aunque republicano por convicción, y considerando la república como el gobierno más perfecto, posponía sus principios al bien público, al optar por lo que creía posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos estados evitando la anarquía, porque no consideraba a los pueblos de la América del Sur preparados para la democracia; y que respecto al Perú, pensaba que era la forma

de gobierno más adaptable a su estado social; siendo por otra parte éste un medio de alcanzar una solución que conciliaba la política del Nuevo y del Viejo Mundo, y aun de arribar a un arreglo con la España sobre la base del reconocimiento de la independencia. En este plan quimérico y absurdo, pero patriótico a su manera, no entraba por nada la ambición personal: él no aspiraba ni siquiera a ser presidente de la república. Bolívar era republicano, a su manera también. Como presidente de una gran república, que componía un verdadero imperio, era más que un rey, y soñaba ya con la monocracia americana, y con la presidencia vitalicia que le había inoculado su maestro Simón Rodríguez, y que sostuvo en sus escritos varias veces desde sus primeros hasta sus últimos días de vida pública, como la única institución capaz de dar estabilidad a los nuevos estados, combinando la constitución monárquica de la Inglaterra con la democracia embrionaria de la América del Sur, por la eliminación de sus dos principios fundamentales: ni democracia ni rey. Precisamente por este mismo tiempo se inauguraba el nuevo e inconsistente imperio mejicano, y Bolívar, tal vez por una asociación de ideas, que se ligaba a la reciente conferencia, después de emitir sobre San Martín, en la intimidad, el juicio que había formado de él, considerándolo como un hombre bueno, agregaba: "Itúrbide se hizo emperador por la gracia de Pío, primer sargento; sin duda será muy buen Emperador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, porque los derechos son legítimos, según Voltaire, por aquello que dice: «El primero que fue rey, fue un soldado feliz», aludiendo sin duda al buen Nemrod. Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas con carmesí, que llaman trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona, y que todos lo adoren; y yo creo que el tiempo de las monarquías fue, y que, hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a ser de moda en la opinión." En este manto de republicano se envolvía una ambición cesárea, incompatible con la verdadera democracia, como sus reaccionarias teorías confesadas lo manifiestan y el tiempo lo demostró. Era, pues, natural que, por principios y por instinto y hasta por interés propio, rechazase el plan monarquista de San Martín, y éste era otro motivo para eliminarlo. Era una idea muerta.

La tradición ha conservado algunas frases a propósito de monarquía, pronunciadas por los interlocutores, que uno de ellos ha confirmado. San Martín, en uno de los rarísimos momentos de expansión, comunicó en 1832 al enviado de Chile en París, don José J. Pérez, que Bolívar no creía posible la monarquía, sino a condición de que los reyes fuesen americanos. San Martín le contestó, según él, que no podían tomarse a lo serio monarcas "que habían

fumado juntos el mismo cigarro, y para sus súbditos serían naranjos", aludiendo a la monja que no podía reverenciar un Cristo tallado en el tronco de un naranjo que había visto crecer en el huerto de su convento. Algunas otras confidencias parece que se hicieron los dos libertadores. San Martín aseguraba que Bolívar le dijo que "depositaba su mayor confianza en los oficiales ingleses que servían en su ejército", y pudo cerciorarse por sí mismo de que se trataba a los oficiales colombianos más bien como esclavos que como compañeros, tolerando la mayor licencia en la tropa, en que era muy popular. Al despedirse para siempre del Libertador, al parecer amigablemente, le ofreció enviarle desde el Perú un caballo de paso, para las marchas de sus futuras campañas. En seguida se sentó a la mesa del banquete, y vencido, si no convencido, alzó la copa y brindó "Por la organización" de las diferentes "repúblicas del continente." Hasta entonces, el Libertador del Sur había fundado repúblicas de hecho, pero no había confesado una fe política, inclinándose en teoría a la monarquía, aunque sin pretender imponer sus opiniones. Por la primera vez reconocía que los nuevos estados sudamericanos eran "repúblicas", y debían "organizarse" como tales.

¿Hubo algo más? Tal vez. Así lo indica la reserva que uno y otro guardaron por el espacio de largos años, sin comunicar sus impresiones a sus más íntimos confidentes. San Martín, como vencido, quedó mortificado, y era un asunto de que no le era grato hablar, habiéndose impuesto por otra parte el silencio como un deber de patriotismo para no dar armas al enemigo, según lo dijo él mismo al Libertador después de la conferencia. Bolívar, por su parte, no debió quedar satisfecho de sí mismo: el Protector lo había vencido moralmente con su abnegación, y su silencio mismo constituye el mayor elogio que podía hacer a su elevación de sentimientos. Parece, empero, que Bolívar hubiera ido más allá, en algunos de esos momentos de indiscreción que le eran tan habituales, y que, si no se entendieron, fue porque los planes que podían acercarlos, le repugnaban. Así lo indicarían varias confidencias de San Martín llenas de reticencias, cuando desde su ostracismo observaba a Bolívar poseído del delirio de la monocracia. "Es preciso creer — escribía después (1827) — que todos los hombres que no han empuñado el clarín para desacreditar al ex general San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar. La emulación no puede entrar en parte. Los sucesos que yo he obtenido en la guerra de la independencia, son bien subalternos en comparación con los que ha prestado él a la causa general de la América. Usted tendrá presente que a mi regreso de Guayaquil le manifesté la opinión que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios, y una vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de un impostor."

Un año después (1827), cuando la fortuna de Bolívar declinaba, y el Perú y hasta su misma patria repudiaban al Libertador, volvía a insistir sobre el mismo tópico: "No me ha tomado de sorpresa la conducta que el general Bolívar ha observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le dije había formado de él a mi regreso de Guayaquil. Desgraciadamente para la América, no he tenido que rectificarlo. Estoy convencido de que la pasión del mando es, en lo general, la que más domina al hombre, y hay muy pocos capaces de dominarla. No me queda duda de las sanas intenciones de este general en atacar mi opinión; pero yo sería un mal caballero, si abusase de la situación en que se halla (que estoy seguro empeorarán aún más por su carácter), para publicar secretos que sólo verán la luz después que deje de existir."

Es posible que San Martín se llevase a la tumba alguno de los secretos de la entrevista respecto de los planes ambiciosos de Bolívar, entonces en germen, que hoy no son un misterio para nadie, pues él mismo se ha encargado de revelarlos al mundo con sus hechos y sus escritos. Todo induce, empero, a pensar que las revelaciones anunciadas se limitaban a la famosa carta que dirigió al Libertador después de la conferencia, que puede considerarse como el protocolo consentido de ella, y que entonces no era conocida ni sospechada siquiera. Si algún rasgo de detalle se ha perdido, la historia no necesita de él, porque posee los suficientes documentos para juzgar a ambos en el momento de prueba en que sus caracteres se contrastaron por la piedra de toque del mando supremo en el apogeo de su grandeza.

VIII

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: "Afirmóse en su tiempo, que ni el Protector había quedado contento de Bolívar, ni éste de aquél." San Martín, por su parte, se encargó de afirmar esto mismo, dando por motivo que "los resultados de la entrevista no habían correspondido a lo que prometía para la pronta terminación de la guerra." Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo a la terminación de la guerra, o si la situación que a su regreso encontró en Lima lo determinó a ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos, ésta fue una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían.

La primera palabra de San Martín de regreso al Perú, fue para abrir sus puertas a las armas auxiliares de Colombia, proclamando la alianza sudamericana, y de alto encomio para su feliz rival. "Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del sur de América. Fue uno

de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar." San Martín sabía bien que este auxilio era insuficiente, que su concurrencia no sería eficaz desde que no era dado con el propósito serio de poner de un golpe termino a la guerra, y que su persona era el único obstáculo para que Bolívar se decidiese a acudir con todo su ejército al Perú. Fue entonces cuando, hecha la resolución de eliminarse, dirigió al Libertador la famosa carta, que puede considerarse como su testamento político, y que la historia debe registrar íntegra en sus páginas.

"Le escribiré, no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido de que, o no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y que, aun en el caso de decidirse, estaba seguro de que el congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la república, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy persuadido de que, si manifestase su deseo, sería acogido con unánime aprobación, desde que se trata de finalizar en esta campaña, con su cooperación y la de su ejército, la lucha que hemos emprendido y en que estamos empeñados, y de que el honor de ponerle término refluiría sobre usted y sobre la república que preside.

"No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no puede poner en línea sino 8.500 hombres, en gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (que concurrió a Pichincha), cuyas bajas no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones, ha debido experimentar una pérdida considerable en su dilatada y penosa marcha por tierra y no podrá ser de utilidad en esta campaña. Los 1.400 colombianos que envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse, si fuerzas imponentes no llamasen la atención del enemigo por otra parte, y así, la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que, sean cuales sean las vicisitudes de la presente, la independencia de la América es irrevocable; pero la prolongación de la guerra

causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitarles tamaños males.

"En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. He convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. ¡El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!

"No dudo de que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca, reclamará su activa cooperación, y pienso que no podrá negarse a tan justa demanda.

"Le he hablado con franqueza, general, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia."

Por el portador de la carta le remitía una escopeta y un par de pistolas, juntamente con el caballo de paso que le había ofrecido para sus futuras campañas, acompañando el presente con estas palabras: "Admita, general, este recuerdo del primero de sus admiradores, con la expresión de mi sincero deseo de que tenga usted la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sur."

Esta carta, escrita con aquel estilo del General de los Andes, que era todo nervios, en que cada palabra parecía una pulsación de su poderosa voluntad, es el toque de retirada del hombre de acción —el documento más sincero que haya brotado de su pluma y de su alma—, es el protocolo motivado de la conferencia de Guayaquil, que explica una de las principales causas de su alejamiento de la vida pública, y puede considerarse como su testamento político. Es un triunfador vencido y consciente que, al tiempo de completar su obra, se resigna a entregar a un rival más afortunado, glorificándolo, el honor de coronarla: "Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia (aun bajo las órdenes de Bolívar). ¡El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!"

La historia no registra en sus páginas un acto de abnegación impuesto por el destino, ejecutado con más buen sentido, más conciencia y mayor modestia.

Capítulo XLVII

LA ABDICACION DE SAN MARTIN

1822

Pliego cerrado de San Martín al marchar a la conferencia de Guayaquil. — Sublevación en Lima contra Monteagudo. — Deposición violenta de Monteagudo. — Actitud del general Alvarado y del ejército durante la revolución. — Carácter del movimiento de Lima. — Destierro de Monteagudo. — Situación que encuentra San Martín a su regreso de la conferencia. — Su resolución de alejarse de la vida pública. — La consigna del silencio. — Trabajos militares que emprende. — Su último plan de campaña. — Instalación del primer congreso constituyente del Perú. — San Martín resigna el mando. — Honores que le votó el congreso. — Proclama de despedida a los peruanos. — Se aleja para siempre del Perú. — Su ostracismo en Chile. — Caída de O'Higgins. — San Martín chacarero en Mendoza. — Juicio sobre la retirada de San Martín del Perú.

I

Mientras San Martín conferenciaba con Bolívar en Guayaquil, tenía lugar un suceso extraordinario que debía afirmarlo en la resolución hecha de separarse por siempre de la vida pública. El pueblo de Lima se había sublevado en presencia del ejército inerte, contra el gobierno protectoral, y aunque sin afectar su persona, puso a descubierto las bases minadas de su poder político y militar. Al tiempo de marchar a la conferencia, el Consejo de Estado, a indicación suya, previendo el caso de acefalía del gobierno, por muerte o impedimento del delegado supremo Torre-Tagle. San Martín dejó en consecuencia un pliego cerrado, en que nombraba para ejercer el mando en tal caso a Alvarado, general en jefe del ejército unido, confiándole la conservación del orden durante su ausencia. Hasta este punto de apoyo había fallado.

El 25 de julio —el mismo día en que San Martín era aclamado en Guayaquil—, se reunían en Lima unos cincuenta vecinos, movidos secretamente por Riva Agüero, quien, mal avenido con la situación, se había constituido en representante del sentimiento indígena. Allí se acordó la caída del ministro Monteagudo, blanco

de todos los odios, como el hombre civil más espectable de la actualidad. El delegado supremo Torre-Tagle era generalmente despreciado, y se le consideraba como un pobre instrumento de voluntades ajenas. Monteagudo era el chivo emisario en cuya cabeza se amontonaban todos los pecados de la época. Su tirantez en el mando, que a veces rayaba en insolencia; sus tendencias monárquicas, en pugna con la opinión; sus gustos sibaríticos, que herían el sentimiento público; sus crueles persecuciones a los españoles, que recrudecieron durante la ausencia de San Martín, afectando las principales familias vinculadas con los perseguidos, y hasta sus mismas reformas adelantadas, que chocaban con las preocupaciones o excedían la medida en la represión de los vicios sociales inveterados, al autorizar hasta la delación de los criados para reprimir el juego en el seno de las familias, habían creado en torno suyo una atmósfera de impopularidad y malquerencia, que no era sino el síntoma de las resistencias latentes que la generalidad de los peruanos abrigaba contra el gobierno protectoral. No se atrevían a atacar de frente al Protector, y buscaban una víctima inmolatoria en quien herirlo. La encontraron en Monteagudo. En consecuencia, elevaron una petición al Delegado, solicitando su remoción, en que exponían que "El vecindario estaba en fermentación, hasta temerse una espantosa revolución por las tiránicas y arbitrarias providencias, que amenazaban al Perú con un despotismo que pretendía disponer a su antojo de la suerte del país." Al mismo tiempo, dirigieron una nota a la Municipalidad de la ciudad solicitando su apoyo "En vista de la opresión y despotismo que sufría, no sólo la ciudad, sino todo el Estado, por el influjo del odiado ministro." Uno de los notables fue comisionado para significar al jefe del gobierno, en nombre del pueblo, su resolución de convocar un cabildo abierto, si al terminar el día no se cumplían sus votos. La municipalidad, presidida por Riva Agüero en su calidad de presidente del departamento de la capital, apoyó decididamente la exigencia, pidiendo la inmediata prisión del ministro. El gobierno contestó por medio de dos consejeros de Estado, que al día siguiente se tomarían en consideración las peticiones.

Eran las diez y media de la noche. El pueblo se agolpaba a las puertas de la Municipalidad y alrededor del palacio de gobierno, pidiendo a grandes gritos la deposición del ministro. Monteagudo renunció. La Municipalidad exigió su prisión, a fin de responder al juicio de residencia a que debía ser sometido, y así se proveyó.

Al día siguiente la agitación acrecía, y tomaba las proporciones de una revolución. En ese mismo día aparecía un periódico con el título significativo de *El Republicano*, que se constituía en órgano del movimiento, enarbolando como bandera este epígrafe de Rousseau: "No hay negación tan completa como la que conserva las apariencias de la libertad, porque así está la misma voluntad cau-

tiva." Las exigencias populares se renovaron. El gobierno, para satisfacerlas, declaró públicamente que el ex ministro permanecía en su casa, bajo segura custodia responsable de su persona.

Mientras tanto, el ejército (en el cual los revolucionarios tenían algunos sostenes, propalando que contaban con su neutralidad), permanecía con las armas en descanso. El hermano del general en jefe D. Felipe Antonio Alvarado, era uno de los corifeos más caracterizados de la municipalidad, y sus relaciones íntimas con sus directores eran notorias. En el día anterior, la Municipalidad había dirigido un oficio al general, previniéndole que sólo se trataba del ejercicio legal y pacífico de los derechos de los ciudadanos, en que las armas no tenían para qué intervenir. Alvarado, después de dejar pasar veinticuatro horas, contestó: "Cuando recibí anoche el pliego que se me dirigió a nombre del pueblo, me persuadí de que sus reclamaciones no llegaran a hacerse reuniones tumultuosas, que, además de trastornar el orden, desmoralizan el ejército, único apoyo de la seguridad del país. Llevar tales movimientos al grado que hoy hemos visto, es precipitarse a la ruina, dividiendo la opinión y formando facciones cuyo resultado será la disolución de la fuerza armada y los horrores de la anarquía. Si el ejército, cuyo instituto es proteger al país y crearle su independencia y libertad, fuese en esta crisis un mero espectador de los desórdenes, se haría responsable de la pérdida de esta capital; pero los jefes del ejército y yo, que comprendemos bien las consecuencias de estas asonadas, estamos dispuestos a sostenerla a toda costa, tomando las providencias necesarias a la tranquilidad pública." A pesar de esta, al parecer categórica intimación, que le imponía por lo menos el deber de garantir el orden público y salvar el decoro del gobierno de que se hacía responsable, permaneció al frente del ejército, frío espectador del desorden, actitud que, según él mismo, "desmoralizaba la fuerza armada amenazando su disolución, y precipitaba al país a la anarquía y la ruina." Era, a la inversa del payo del centinela, una consigna bien aprendida y mal observada.

II

La agitación fue creciendo en los días subsiguientes. Según la expresión de los mismos agitadores, "los ciudadanos parecían más bien leones de Arabia, que pacíficos peruanos." El gobierno había desaparecido de hecho, la Municipalidad era un órgano automático y la revolución anónima dominaba en las calles. Era un movimiento complejo y confuso, sin objetivo claro ni plan fijo, pero que tenía su razón de ser. El sentimiento nacional contra los extraños que ejercían el poder, el sentimiento republicano contra los planes monarquistas del gobierno, la resistencia sorda contra el poder

protectoral, la oposición electoral que procuraba tener representación en el próximo congreso, eran otras tantas causas concurrentes que obraban para darle impulso y significación.

Las hojas sueltas que se publicaban a manera de boletines, traducían embozadamente estos diversos sentimientos y tendencias. "Este gran paso del pueblo anuncia —decía su órgano en la prensa— el primero majestuoso de su libertad, que puede asegurarse empieza a gozarla, porque con tal ministro al frente (Monteagudo), aunque se habían roto las cadenas de la España, se habían roto de un modo que se nos habían quebrado las manos." En otra hoja suelta de la misma procedencia se decía: "Un misántropo orgulloso consideraba esta capital (Lima) como una propiedad de conquista. Tiemblen los tiranos y desengáñense de intentar aherrojar a sus detestables cadenas a unos hombres que no ignoran que la ambición de los opresores es reinar sin trabas, franquear los límites de toda ficción legítima y erigir en ley los caprichos del poder arbitrario. La gloriosa carrera que habéis comenzado, será marcada por las generaciones futuras como la época más importante del ser político y existencia de la patria. Desde ella señalarán el principio de su libertad, y os bendecirán como fundadores de sus privilegios. Es indispensable caminar con firmeza y no desmayar un punto en aniquilar todo lo que se resienta del ominoso nombre de opresión. Un momento de resolución y energía evitará grandes desastres. Un descuido en sofocar la oposición más pequeña, hará derribar la obra comenzada, y se expondrá a que Mario vuelva sobre Roma respirando venganza, acordándose de las lagunas de Manturnio. Es imposible esperar bienes y honradez en la cueva de Caco." Estos tiros apuntados al ministro Monteagudo, herían de rebote al Protector.

El 29 volvió a reunirse la Municipalidad y exigió del gobierno que, "para hacer cesar la exaltación de los vecinos que podía inducirlos a abrazar medios violentos", era necesario el destierro del ministro depuesto. Así se hizo. El general Alvarado, en nombre de la fuerza armada, dio su sanción a la revolución en términos tan contradictorios como equívocos: "Las reuniones tumultuosas, compuestas en mucha parte de gente sin responsabilidad, me hicieron justamente recelar que su continuación produjese la anarquía en el pueblo y la desmoralización en el ejército. Sin contrariar las resoluciones del pueblo, me resolví a contener con la fuerza de las armas cualquier desorden que atacara violenta y perpetuamente los principios fundamentales de la actual administración. El ejército, destinado a la protección de los derechos de los ciudadanos, tiene también por objeto hacer respetar las autoridades establecidas, mientras que una legítima y suficiente representación no crea deber hacer innovaciones." La conclusión a que arriba el general en jefe, es sorprendente. "Enterada la Municipalidad de estos mis sentimientos, debía excu-

sar la insinuación sobre mi ascenso a que el ministro depuesto salga del territorio del Estado. Combatir el enemigo común y cimentar la libertad de los pueblos, he ahí el único blanco a que deben tender sus operaciones públicas y privadas. Trate, pues, la Municipalidad de considerarme muy ajeno de intervenir en estas materias. Conozco los deberes de los ciudadanos y me abstendré de disputar con la espada unos procedimientos que nazcan de la razón y de la justicia. Puede, por consiguiente, la Municipalidad hacer cuantas reclamaciones tenga a bien por el orden legal segura de que las armas no serán nunca una barrera que se oponga a sus justos clamores."

Tal era la situación que encontró San Martín a su regreso de la conferencia de Guayaquil (agosto 20). El pueblo lo recibió con demostraciones de simpatía, aclamándolo con entusiasmo. Riva Agüero y los principales revolucionarios se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. El no se alucinó respecto de su popularidad, ni se dejó arrastrar por el despecho al ver su autoridad moral ajada. Vio claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su dominación; que el ejército estaba desligado de él, que había cometido el error de confiar el gobierno a manos ineptas y débiles; que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado a los resortes de presión; que él no era ya un hombre necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado: que en tales circunstancias prestaba un servicio a la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente. Podía aún mantenerse en el poder. Tenía a sus órdenes un ejército acostumbrado a obedecerle, que le era fácil volver a dominar; contaba en el país con un partido poderoso, y con estos elementos de fuerza y de opinión, no le era difícil imponerse. Pero para esto tenía que retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad adoptando una política de represión, que le repugnaba; de todos modos, al fin chocaría con el congreso que había convocado, cuyo espíritu era oposicionista y podía producir un escándalo. Prefirió entregar a los hijos del Perú sus propios destinos políticos, para que se gobernasen por sí mismos, después de proveer a su defensa. Fue entonces cuando escribió a Bolívar: "Mi partido está irrevocablemente tomado: he convocado el congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile."

Fiel a la consigna del silencio que se había impuesto, para no divulgar las verdaderas causas de su retirada, escribió al mismo tiempo a su amigo O'Higgins, cubriéndola con su cansancio y mal estado de su salud: "Me reconvendrá usted por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada:

la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo derecho de disponer de mi vejez. Será la última carta que le escriba."

Veinticinco años más tarde, después de publicada su carta a Bolívar, en que daba el verdadero motivo de su retirada, explicando la lucha por que pasó su espíritu en aquel momento, decía: "Este costoso sacrificio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias), me obligaron a dar este paso que comprometía mi honor y mi reputación, con esfuerzos que no está al alcance de todos poder calcular." El sacrificio quedó así fríamente consumado, en nombre del deber y de la necesidad, en el silencio de la propia conciencia.

III

El Protector, al decidirse a entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer a su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí solo, si esto era posible; y por si acaso se quebraba en sus manos —como sucedió—, dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto, reasumió el mando y se ocupó con actividad en remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente, solo o con la concurrencia de las fuerzas colombianas.

A fines de agosto, las fuerzas peruanas, chilenas, argentinas y colombianas, reunidas en el Perú, ascendían a más de 11.000 hombres, según su cómputo. No era una situación militarmente perdida la que entregaba. Además, una expedición de 1.000 hombres, enviada por el gobierno de Chile, debía reforzar en Arica el ejército destinado a operar en puertos intermedios. Con estas fuerzas bien dirigidas, podían emprenderse operaciones decisivas con algunas probabilidades de triunfo, y San Martín confiaba en sus buenos resultados. "El resultado de la campaña que se va a emprender, no deja la menor duda de su éxito", escribía a O'Higgins al anunciarle su resolución de retirarse. Podrá echársele en cara que con esta confianza no emprendiese él mismo la campaña. La única explicación racional de este alejamiento es que comprendía que su presencia era el "único obstáculo" que se oponía a que Bolívar concurriese con todas sus fuerzas, y pensó que su ausencia aceleraba o facilitaba el auxilio de la poderosa reserva colombiana, que a todo evento aseguraba el triunfo final. Sabía, como lo había dicho, que sus elementos no eran suficientes para fijar la victoria, aunque bastantes para probar fortuna con probabilidades de éxito. En tal

situación, y en este sentido lo combinaba todo, prescindiendo de su persona. Sin duda que habría sido más heroico para San Martín ponerse al frente de su ejército y realizar por sí mismo el plan combinado en que tanto confiaba. Vencedor, tenía tiempo de retirarse legando la victoria; y vencido, cumpliría su último deber como general, corriendo la suerte de sus últimos soldados. Empero, había también su heroísmo moral, al renunciar al poder y a la gloria, exponiéndose a ser tachado de pusilánime. Por eso ha dicho él mismo, con plena conciencia de lo que hacía, que "sacrificaba su honor y su reputación por servir a la América."

El plan de San Martín, si no muy seguro, y tal vez ilusorio en algunas de sus partes, era racional y prometía ventajas positivas sin comprometer mucho, con sólo conducir las operaciones con precisión y actividad. Consistía en lanzar un ejército de 4.300 hombres por intermedios, dándole por nervio los veteranos de los Andes y de Chile, para obrar sobre la sierra del sur y el Alto Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza, que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando a sí una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja a Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno, hasta la frontera norte argentina. Al mismo tiempo, desprender otro ejército de igual fuerza sobre la sierra del centro, que penetraría por Pisco, para cortar la línea del enemigo, a la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de puertos intermedios y, ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos. Bolívar anticipadamente consultado, declaró excelente el plan, reservándose ponerle obstáculos y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Asimismo, tan mal ejecutado como fue el plan —y no pudo serlo peor—, viose que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, limitándose a llamar la atención de una manera seria, sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejércitos de igual fuerza, en que, perdiendo el uno, se inutilizaba el otro, o se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación a la idiosincrasia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció de que los planes de campaña, relativamente malos o buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo.

Después de proveer a la seguridad del Perú, y organizar la victoria a todo evento según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada; de nadie se aconsejó, a nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución a O'Higgins y Bolívar, pero antes que sus contestaciones llegaran el hecho estaría consumado. Debió ser un momento melancólico para el hombre que había sido durante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sur, y la suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda "esfuerzos que él sólo pudo calcular", al tomarla y ponerla en ejecución.

IV

El 20 de setiembre de 1822 instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. "Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú —dijo— no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesitan para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momento queda instalado el congreso soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes." En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro: "El placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos; mas, hasta afirmar la libertad del país, sus deseos no se hallan cumplidos, porque la fortuna varia de la guerra, muda con frecuencia el aspecto de las más encantadoras perspectivas. Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho ya indudable la suerte futura de la América; y la del pueblo peruano sólo necesita de la representación nacional para fijar su permanencia y prosperidad. Mi gloria está colmada cuando veo instalado el congreso constituyente: en él dimito el mando supremo que la necesidad me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de América merecen consideración al congreso, yo los represento hoy, sólo con el objeto de que no haya un solo sufragante que opine por mi continuación al frente del gobierno."

El congreso votó una acción de gracias al ex Protector "como al primer soldado de la libertad", y lo nombró generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la república, con una pensión vitalicia

de doce mil pesos anuales. San Martín aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, exponiendo sus razones: "Resuelto a no traicionar mis propios sentimientos y los grandes intereses públicos, séame permitido manifestar que la distinguida clase a que el congreso se ha dignado elevarme, lejos de ser útil a la nación, si la ejerciera, frustraría sus propios designios, alarmando el celo de los que anhelan por una positiva libertad; dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo puede inspirar el congreso con la absoluta independencia de sus decisiones. Mi presencia en el Perú, con las relaciones del poder que he dejado y con las de la fuerza, es inconsistente con la moral del cuerpo soberano, y con mi opinión propia, porque ninguna prescindencia personal, por mi parte, alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia. He cumplido la promesa que hice al Perú: he visto reunidos sus representantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto a marchar para terminar por siempre la guerra. Nada me resta sino tributar los votos de mi más sincero agradecimiento y de mi protesta de que, si algún día se viera atacada la libertad de los peruanos, disputaré la gloria de acompañarlos, para defenderla como un ciudadano." El congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extraordinaria, acordó que el general San Martín llevase el título de "Fundador de la libertad del Perú", con el uso de la banda bicolor de que se había despojado y el grado de capitán general — que se le asignase la misma pensión vitalicia que a Wáshington —; que se le erigiese una estatua sobre una columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios, y que, mientras tanto, se colocase su busto en la Biblioteca Nacional por él fundada; por último, que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la república los honores anexos al Poder Ejecutivo. Así cumplió el Perú su deuda de gratitud.

Desde su retiro de la Magdalena dirigió a los peruanos su última palabra de despedida, que ha quedado estereotipada en la memoria de los americanos por su estilo lapidario, cuyos conceptos la historia debe reproducir íntegros, para examinarlos a la luz de un criterio diverso del de sus contemporáneos.

"Presencié la declaración de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

"Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.

"La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible a los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

"En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo.

"Peruanos: os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar.

"Que el cielo presida a vuestros destinos, y que éstos os colmen de felicidad y de paz."

V

Retirado San Martín a su habitual residencia de campo en el pueblo de La Madgalena —bautizado por él con el nombre de "Pueblo Libre"—, se encontró solo con su antiguo confidente Guido, a quien había pedido lo acompañase. Paseábase en silencio por la galería de la casa, al parecer radiante de contento. De repente volvióse a su compañero, y exclamó en tono festivo: "Hoy es un día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar. Los pueblos que hemos libertado, se encargarán de sus propios destinos."

Interrumpido en su soledad por las diversas diputaciones del congreso que le ofrecían sus honores o insistían en que aceptase el puesto de generalísimo, agradeció lo primero; pero respecto a lo segundo, contestó con firmeza: "Mi tarea está terminada, y mi presencia en el poder, no sólo sería inútil sino perjudicial: a los peruanos toca completarla." Entrada ya la noche, prorrumpió con cierta impaciencia: "Ya que no puedo poner un cañón en la puerta para defenderme de otra incursión, por pacífica que sea, voy a encerrarme." Y se retiró a su aposento, donde se ocupó en arreglar sus papeles. Hasta entonces, a nadie había comunicado su resolución de separarse del territorio del Perú.

A las 9 de la noche hizo llamar al general Guido, invitándolo a tomar el té en su compañía. En la conversación amistosa que se siguió, le preguntó de improviso "— ¿Qué manda para su señora en Chile? El pasajero que conducirá las encomiendas, las entregará particularmente. — ¿Qué pasajero es ése? — preguntó su amigo. — El pasajero soy yo — repuso —. Ya están listos mis caballos para pasar a Ancón, y esta misma noche me embarcaré." Guido, sorpren-

dido y agitado, le observó: que cómo exponía su obra a los azares de una campaña no terminada aún, cuando nunca le había faltado el apoyo de la opinión y de las tropas; y libraba la suerte política del país a reacciones turbulentas que su ausencia provocaría sin duda; y cómo, sobre todo, dejaba en orfandad a los que le habían acompañado desde las orillas del Plata y desde Chile. "Todo lo he meditado detenidamente —replicó con emoción—. No desconozco ni los intereses de la América ni mis deberes. Abandono con pesar a camaradas que quiero como hijos, y que tan generosamente me han ayudado; pero no puedo demorar un solo día; ¡me marcho! Nadie me apeará de la convicción en que estoy, de que mi presencia en el Perú le traería más desgracias que mi separación. Por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones. Voy a decirlo: para sostener la disciplina del ejército, tendría necesidad de fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados."

Estrechado por Guido, rompió al fin la consigna del silencio que se había impuesto, y manifestó la principal de sus razones, consignada en su carta al Libertador, que ni al mismo O'Higgins había querido comunicar. "Existe una dificultad mayor —agregó— que no podría vencer sino a costa de la suerte del país y de mi propio crédito. Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras: he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. El no excusaría medios para penetrar al Perú, y tal vez no pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos. ¡Eso no! Que entre Bolívar al Perú; y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. No será San Martín el que dé un día de zambra al enemigo."

Eran las diez de la noche. En ese momento, su asistente le anunció que todo estaba pronto para la marcha. El general abrazó a su compañero, montó a caballo y tomando al trote, se perdió en la sombra. Al día siguiente Guido encontró a la cabecera de su cama una afectuosa carta, en que recordaba los trabajos que habían pasado juntos, y le agradecía, no sólo la cooperación que había prestado en ellos, sino, más que todo, "su amistad y cariño, que habían suavizado sus amarguras, haciéndole más llevadera la vida pública." Al mismo tiempo el general Alvarado recibía otra carta en que se despedía de sus antiguos campañeros de armas, asegurándoles el triunfo: "Voy a embarcarme. Queda usted para concluir la gran obra. ¡Cuánto suavizará el resto de mis días y el de las generaciones, si la finaliza (como estoy seguro) con felicidad! Tenga la bondad de decir a nuestros compañeros de armas cuál es mi

reconocimiento a lo que les debo. Por ellos tengo una existencia con honor; en fin, a ellos debo mi buen nombre."

En la misma noche del 20 embarcóse en el bergantín *Belgrano*, y se alejó para siempre de las playas del Perú. A su arribo a Chile encontró que su nombre era execrado allí como el de un verdugo, y que el gobierno de O'Higgins bamboleaba. Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses. Al separarse del Perú, cuyo tesoro le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal "Ciento veinte onzas de oro" en su bolsillo, y por únicos espolios, además del estandarte de Pizarro, la campanilla de oro de la inquisición de Lima. Contaba para subsistir en Chile con la chacra donada por el Estado y con un depósito de dinero que había confiado a un amigo, del que, según él mismo, sólo encontró "unos cuantos reales", sin insistir más sobre ese desfalco. El gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió "dos mil" pesos a cuenta de sus sueldos. Con esta plata y algunos recursos que se allegó, pudo pasar a Mendoza a principios de 1823, donde hizo la vida de un pobre chacarero. Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscripto, y una hija, fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando, ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó a O'Higgins por su caída. El ex dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: "Recibí los parabienes por mi separación del gobierno, como una prueba de su amistad, y del más grande don de la Providencia. ¡Después de tantos años de lucha, descanso! No puedo contar con otros fondos que los de la hacienda del Perú (Montalbán) que debo a su generosidad." En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía: "Se me asegura que el mismo día que usted dejó el mando, se envió una partida para mi aprehensión. No puedo creer semejante procedimiento; sin embargo, desearía saberlo para presentarme en Santiago, aunque después me muriese, y responder a los cargos que quisieran hacerme." Es el caso de exclamar como el poeta: "¡Oh, quanto è triste!"

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fue un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y a última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación a la manera de Wáshington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción

desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio, y habilitado a la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, a que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín con su claro buen sentido, y con su genial modestia, aunque violentándose a sí mismo, según confesión propia, se dio cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado: "¡El destino lo dispone así!" No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa a que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondear su conciencia, debió comprender que no era, como Macabeo, el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que no estaba en su mano detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino abriendo paso a una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sudamericana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo: Bolívar tenía en sus manos el rayo que a uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero a condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica. Al reconocer el temple de sus armas, vio que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista a los 11.000 soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión de un contraste, a fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estoicamente, como dijo, "hasta su honor militar." Previó que en término fatal, su gran personalidad chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá, y de Carabobo la espada de Chacabuco y Maipú, para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sudamericanas.

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. No fue un

acto espontáneo como el de Wáshington, al poner prudente término a su carrera cívica. No tuvo su origen, ni en su arranque generoso del corazón ni en una idea abstracta. Fue una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto impuesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande, es lo que tiene de forzado y de deliberado a la vez. Si no una abdicación voluntaria, fue una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar a la América sacrificios innecesarios, a costa del sacrificio de una ambición personal, que no era ya un factor necesario.

Aquí se ve lo falible que es el juicio y lo pobre del criterio de los pueblos, ofuscados por los hechos aparentes o las palabras vacías de sentido. Sólo el tiempo, gran clasificador de los hechos y revelador de las verdades más ocultas, enseña a comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia. ¡Ha sido necesario que transcurriese un cuarto de siglo, para que la famosa proclama de San Martín dejase de citarse a la letra, como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un gran hombre en un momento supremo!

Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería digno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera, que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, "porque estaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano", habría cedido a un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que "la presencia de un militar afortunado era un peligro para un Estado que de nuevo se constituía" —repetición de lo que había dicho Bolívar antes—, obrara en su ánimo, sería un héroe de papel, henchido de humo y de vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aún era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta a Bolívar, que explanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuido a extraviar el juicio de la posteridad, o fue un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel a la ley del silencio que se impuso, o un

manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento, es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad.

La vida pública de San Martín termina aquí: pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sudamericana hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército argentino de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

CAPÍTULO XLVIII

TORATA Y MOQUEGUA. — ZEPITA. — PRIMER ENSAYO DE GOBIERNO NACIONAL DEL PERU

1822-1823

Un salto en las tinieblas. — El congreso peruano. — Organización de un nuevo Poder Ejecutivo en el Perú. — Bolívar ofrece todos sus recursos al Perú y son rehusados. — Actitud de los auxiliares colombianos. — Manifestaciones del nacionalismo peruano. — Plan de campaña trazado por San Martín. — Expedición a puertos intermedios. — Presagios de mal éxito. — Distribución de las fuerzas españolas. — Operaciones preliminares. — Batalla de Torata. — Derrota de Moquegua. — Destrucción del ejército del Sur. — Fracaso de la expedición del centro al mando de Arenales. — Los auxiliares colombianos se retiran. — Desorganización y anarquía — Riva Agüero presidente del Perú. — Trabajos de la nueva administración. — Nueva expedición a puertos intermedios. — Designios secretos de Bolívar. — Ocupación de Lima por Canterac. — Desorganización política del Perú. — Sucre, dictador militar. — Expedición de Sucre al sur. — Campaña de Santa Cruz al Alto Perú. — Batalla de Zepita. — Derrota de la expedición de Santa Cruz. — San Martín es llamado al Perú. — Contestación de San Martín. — Bolívar en el Perú. — Es nombrado dictador del Perú. — Caída de Riva Agüero. — Bolívar, árbitro del Perú.

I

Uno de los más graves cargos que los contemporáneos hicieron a San Martín por su retirada del Perú, y que la historia ha repetido, es la manera precipitada en que la efectuó, al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio, y confiados los destinos del país que abandonaba, a un congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella, sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente. Es probable que, si el Protector hubiese postergado su retirada hasta arreglar todo esto a fin de coordinar voluntades dispersas, no lo habría efectuado jamás; pero el hecho es que dejó todo en verdadera acefalía, ejército y gobierno, sin rumbo y sin coherencia;

mientras él daba un gran salto en las tinieblas. Fue, más que una abdicación, un abandono del mando.

El congreso peruano se apoderó del poder abandonado en sus manos, y no sabiendo cómo organizarlo, reasumió en sí todas sus facultades y funciones, dando por razón que, "distribuir y separar los poderes, sería lo mismo que reformar la constitución, y no podía, por lo tanto, desprenderse de ellos." Con arreglo a esta teoría, en vez de constituir un Poder Ejecutivo eficaz, nombró una junta de gobierno, compuesta de tres individuos de su seno, para que, bajo su inmediata dirección, lo desempeñase. Recayó el nombramiento en dos extranjeros y un peruano: el general La Mar, con el título de presidente, quiteño (de Cuenca); D. Felipe Antonio Alvarado, argentino (de Salta) y hermano del general, que no tenía más título que éste y su participación en la pueblada contra Monteagudo; y D. Manuel Salazar y Baquijano, conde de Vista-Florida, natural de Lima, que no pasaba de ser un gran figurón de buen tono. Este triunvirato, forastero y a pupilo, no satisfizo a nadie. La opinión pública, que anhelaba un gobierno propio, fatigada del mando de los extraños, lo recibió con tibieza y desconfianza. El partido de Riva Agüero, que era el más activo y populachero, se consideró defraudado en sus aspiraciones, y empezó a conspirar. En realidad, el nuevo gobierno, sin títulos personales, sin autoridad en el país y sin punto de apoyo en la fuerza pública, no tenía más sostén que la mayoría del mismo congreso constituido desde su origen en camarilla política. El Perú no estaba todavía bien preparado para gobernarse a sí mismo, ni salvarse solo sin el auxilio extraño. Faltando el Protector, vendría el Libertador. Dos dictaduras sucesivas bajo hegemonía extraña.

Bolívar, que en su entrevista con San Martín, se había ya manifestado irresoluto para abrir campaña sobre el Perú, y declinado el ofrecimiento del mando en jefe, bajo el pretexto de que el congreso no lo autorizaría para ausentarse del territorio de Colombia, así que vio desaparecer al Protector de la escena, se apresuró a ofrecer, sin reserva, todos los recursos militares para poner término a la guerra de la independencia. Por medio de una nota, firmada por su secretario, significó al nuevo gobierno: "Aunque el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador se ha entregado desde entonces a la más constante meditación, aventurando conjeturas que mantienen en la mayor inquietud su ánimo. Ofrece desde luego todos los servicios de Colombia. Se propone mandar al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido, si el gobierno del Perú acepta este nuevo esfuerzo. En caso de remitirse esta fuerza el Libertador desearía que la campaña del Perú se dirigiese de un modo que no fuese decisivo y se esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia, para obrar inme-

diatamente, incorporados al ejército aliado. Son sus designios ulteriores (los del Libertador), en caso de que el ejército aliado no venga a ser vencedor, se retire hacia el norte, de modo que pueda recibir seis u ocho mil hombres de refuerzo que irían inmediatamente. De todos modos, es el ánimo del Libertador hacer los mayores esfuerzos para rescatar al Perú del imperio español."

Al negarse Bolívar por ambición a compartir su gloria con San Martín y declinar hasta la sumisión de su rival en el mando superior de las armas, no comprendió que éste le allanaba el camino. San Martín, al retirarse, para abrir a Bolívar las puertas del Perú, no previó que, al proveer a la seguridad militar del país y despertar el espíritu nacional, se las cerraba por el momento, y lo obligaría al fin a forzarlas, venciendo las resistencias de los mismos peruanos. El gobierno del Perú, poseído de un sentimiento de nacionalismo, que desconfiaba de las intenciones de Bolívar, que veía en el nuevo ofrecimiento una amenaza de dominio extraño sostenido por un poder militar sin contrapeso, lo declinó con frialdad y contestó tardíamente, que "haría uso oportunamente del auxilio, y que entre tanto, sólo necesitaba fusiles por su justo precio." El retardo de la contestación puso en alarma a Bolívar, impaciente por dominar en el Perú, y para hacerla forzosa a fin de que su ofrecimiento fuese aceptado, dictó órdenes preventivas, en el sentido de neutralizar el auxilio prestado "Parece —escribió al jefe de la división colombiana en el Perú— que el Perú, o tiene demasiadas fuerzas sobre qué contar, o quiere ver perecer su libertad; y pues parece que se duda de la rectitud de los deseos del Libertador, previene que la división colombiana no sea comprometida en ningún caso sin probabilidad de buen suceso, y en el de revés, o de no creer que deba comprometerse, se repliegue al territorio de Colombia." Al recibir la contestación retardada, el Libertador, ofendido, reiteró sus órdenes a fin de que la división prestada no "se comprometiese en ningún caso, sin la más absoluta probabilidad de buen suceso, y salvarla a todo trance, avisándolo así al gobierno del Perú." Esto, y negar todo concurso, era todo uno. La actitud del jefe de la división de Colombia —el general Juan Paz del Castillo— era, en consonancia de estas instrucciones, más bien la de un neutral hostil que la de un auxiliar, y la arrogancia de sus tropas irritaba la susceptibilidad peruana.

El congreso se hizo el órgano de todas estas desconfianzas y susceptibilidades a que dio la importancia de una cuestión nacional, y las convirtió en ley. ¿Hasta cuándo, exclamó un diputado, existirá el Perú bajo su tutela de sus tropas auxiliares? ¿Hasta cuándo carecerá de una fuerza propia? ¿Por qué han de ser alistados los peruanos para llenar el déficit de las tropas auxiliares? Otro diputado decía: "El Perú necesita levantar una fuerza armada capaz por sí sola de destruir las legiones enemigas que ocupan

parte de su suelo; necesita un ejército, suyo en todo sentido, para asegurar su independencia política." En armonía con estas inspiraciones se dispuso que todas las vacantes civiles se proveyeran de preferencia con peruanos, y las del ejército y marina con sólo oficiales peruanos (17 de noviembre de 1822). Esta ley fue votada con grandes aplausos. En seguida, dictó el congreso las bases de la constitución política, haciendo por la primera vez su confesión republicana. Dio a la nación la denominación de "República Peruana", sobre la base fundamental de que la soberanía residía esencialmente en el pueblo y que su gobierno sería popular representativo, sin que el Poder Ejecutivo pudiese ser nunca vitalicio ni hereditario (16 de diciembre de 1822). Esta cláusula iba contra la presidencia vitalicia de Bolívar, que, rechazada en Colombia, era una amenaza para la América.

Esta era la situación moral, política y militar del Perú, a los tres meses de la separación del ex Protector, en vísperas de abrirse la campaña por él preparada.

II

El plan de campaña de San Martín —último destello de su genio militar al apagarse—, bien que complicado en su desarrollo, reposaba sobre ideas muy sencillas, aun cuando adoleciese del defecto capital de no ser decisivo. Dada la extensión de la línea española desde Pasco hasta Potosí a lo largo de la cordillera central, y dueños los independientes del punto de ataque por agua o por tierra —circunstancia que equilibraba las fuerzas en acción—, la solución del problema consistía en atacar el punto más débil, y batir en detalle sus divisiones fraccionadas dentro de esta zona, antes de que pudiesen operar su reconcentración. Al efecto, un cuerpo de ejército debía amagar seriamente la derecha enemiga para impedir que reforzase su centro, y hacer una poderosa diversión por su izquierda mientras el cuerpo principal cortaba la línea de operaciones de los realistas, interceptando sus comunicaciones. En ejecución de este plan, el ejército del Sur, mandado por Alvarado, debía desembarcar en puertos intermedios, reforzarse allí con una división chilena, que le llevaría los caballos necesarios y penetrar al interior del país por una cuña. Su objetivo inmediato eran Arequipa y el Cuzco, y su objetivo ulterior el Alto Perú, contando con la cooperación del guerrillero Lanza, y una diversión que se verificaría al mismo tiempo desde el territorio argentino por la frontera de Salta. El ejército del centro, al mando del Arenales, debía marchar sobre Jauja, con poder suficiente para neutralizar las fuerzas que ocupasen el valle, o destruirlas si eran más débiles. En el caso de que el enemigo se replegase para operar

su reconcentración más a retaguardia, ocupar sólidamente la sierra del sur y del centro, promover la insurrección en toda la región andina y remontar el ejército invasor, obrando en combinación y simultáneamente ambos ejércitos.

Tal era el plan de campaña trazado por San Martín al retirarse del Perú, y que el gobierno que le sucediera se decidió a poner en ejecución. La combinación era relativamente buena, pero contingente; aun en el caso de buen éxito, no hería el poder enemigo en el corazón. Si bien cada uno de los dos cuerpos de ejército podía prometerse ventajas parciales, el éxito de la campaña dependía de la simultaneidad de sus movimientos, a fin de impedir la reconcentración del enemigo en un punto de ataque, y aun obrando en combinación en el punto de convergencia, la cuestión tenía que decidirse por una batalla ulterior en otras condiciones.

El grueso del ejército realista, al mando de Canterac, estaba establecido en la sierra del centro, desde Jauja a Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, en reemplazo del general Ramírez Orozco, que se había retirado a España, dando por perdida la América. El virrey La Serna tenía su cuartel general en el Cuzco con una reserva lejana en Puno. El ejército de Olañeta se hallaba en Potosí, y la división de Valdés estaba a la sazón ocupada en pacificar el norte del Alto Perú, conmovido por el guerrillero Lanza. Por consecuencia, el ataque simultáneo por el sur y el centro obligaba al ejército realista en la sierra del centro a cubrir su izquierda y proteger su retaguardia, y en caso de no hacerlo así, perder sus comunicaciones y quedar aislado en el valle de Jauja, contra dos ejércitos, uno sobre su frente y otro sobre su único flanco de retirada.

El núcleo sólido del ejército del Sur, que debía operar por puertos intermedios, lo componían los cuerpos veteranos vencedores de Chacabuco y Maipú: El regimiento Río de la Plata, el batallón número 11 y los Granaderos a caballo de los Andes; los batallones números 2, 4 y 5 de Chile, y el batallón número 1 de la Legión Peruana, en todo 4.490 hombres, de los cuales 1.900 soldados argentinos, 1.200 chilenos y el resto peruanos, con una dotación de 10 piezas de montaña. Embarcada la expedición en el Callao, en los transportes que había dejado preparados San Martín, demoróse su salida (fines de setiembre de 1822). El general dirigió con este motivo una especie de intimación al gobierno: "El ejército de los Andes y el de Chile están resueltos a expedicionar. Convencidos de lo ventajoso y necesario de esta marcha, desde el jefe hasta el último soldado no aspiran sino a marchar y buscar al enemigo por el sur. Yo aseguro que, si se le trastorna su salida, si se varía de plan, un descontento general va a tomar el lugar del entusiasmo; la desmoralización será el primer resultado, y un desorden total será el término. El ejército expedicionario se pierde, si no

se le deja marchar. Lo aseguro una y otra vez, y su pérdida va a ser el último golpe. Antes que suceda esta catástrofe, y si es que se resuelve no mandar o demorar siquiera la expedición, hago la renuncia de mi cargo de general en jefe del ejército expedicionario."

El general Alvarado, antes de embarcarse, llamó al jefe de la división colombiana, Juan Paz del Castillo —el mismo que, como se ha dicho, había servido en el ejército de los Andes— y le manifestó que, reunidos en las fuerzas bajo sus órdenes los pabellones del Perú, Chile y la República Argentina, le sería grato llevar por lo menos un cuerpo que uniese a ellas la bandera de Colombia. Paz del Castillo contestó que no estaba autorizado para ello. Alvarado le exhibió entonces una carta del Libertador, en que le recomendaba la división y la ponía en cierto modo bajo sus órdenes. El jefe colombiano se negó absolutamente a cooperar a la empresa de puertos intermedios.

Bajo estos desfavorables auspicios zarpó la expedición del puerto del Callao en la primera quincena de octubre (1º a 15 de octubre de 1822). Retrasada en su viaje por las calmas de la estación y algunos accidentes de los transportes, tardó cincuenta y siete días en avistar los puertos intermedios del sur. Aun era tiempo, obrando con actividad; pero por otras causas, la campaña se abrió tardíamente, bajo auspicios más desfavorables, sin plan fijo y sin resolución. Todo auguraba una catástrofe.

III

El general Alvarado se dirigió con el primer convoy de la expedición al puerto de Iquique, al sur de Arica, que comunica con los valles de Tarapacá, Azapa y Lluta, y también con Tacna y el Alto Perú. Allí echó a tierra el batallón número 2 de Chile que se hallaba muy bajo (160 plazas) con el objeto de que se remontase y promoviese la insurrección en los valles, a la vez de reunir elementos de movilidad de que carecía (7 de diciembre). Parece también que su objeto era abrir comunicaciones con la división de Lanza, y en efecto se dirigió oficialmente por esta vía, haciéndole saber su presencia sobre las costas, pero sin darle instrucción alguna respecto de ulteriores operaciones combinadas.

El 3 de diciembre hallábase reunido todo el convoy de la expedición en el puerto de Arica. Desde este momento, todos los movimientos del general en jefe independiente empiezan a resentirse de vacilación y lentitud. Parece que la responsabilidad le pesaba y que no encontraba dentro de sí mismo inspiraciones para dar impulso a la empresa que le estaba encomendada, en que la actividad y la resolución era la primera condición de éxito. "Emprenderé bien pronto la marcha que me indican el honor y la

necesidad —decía con desmayo—. El general San Martín cargó sobre mis hombros un peso que sólo él podía soportar. La empresa me parece demasiado penosa, y conozco debo llamar a mi favor toda la firmeza posible para arrostrar tamañas dificultades. Con todo, no desfallece mi espíritu, y tengo una esperanza del triunfo." Su primera idea fue desembarcar en Arica; pero después pensó en dirigirse más al norte, en la suposición de que un ataque de flanco sería más ventajoso que uno de frente. El itinerario de la expedición estaba sin embargo trazado histórica y geográficamente. Conocemos ya la comarca que iba a ser el teatro de la guerra, donde Miller, en la primera campaña a puertos intermedios, había ejecutado con tan pequeñas fuerzas operaciones tan notables, eficazmente auxiliado por los recursos del país y la decisión de sus habitantes por la causa de la independencia (véase capítulo XXXI, párrafos II y IV). Con un ejército muy superior al que el enemigo podía presentarle, Alvarado permaneció durante tres semanas en inacción en Arica, sin decidirse a tomar un partido. Llamó a Miller para aconsejarse, quien le manifestó francamente que, "estando esparcidas en puntos tan distantes las divisiones del enemigo, y siendo tan favorable la posición de los patriotas, cualquier plan que se adopte, sería bueno, con tal de que se tomase la ofensiva sin perder tiempo, ya con dirección a Arequipa, ya sobre La Paz o Potosí." El general convino en todo; pero luego encomendó a Miller una diversión más al norte, con 120 hombres, con el objeto de llamar la atención del enemigo por el flanco izquierdo.

El general Alvarado ha disculpado su inacción por la falta de elementos de movilidad, a causa de haberlos retirado con anticipación el enemigo, y porque, de los 700 caballos conducidos desde Chile sólo 400 llegaron, con retardo y en muy mal estado. La explicación podría ser atendible, si después de los dos meses perdidos en la navegación, las tres semanas de inacción no hubiesen sido de vida o muerte. En la ofensiva estaba la victoria probable. En la detención, por cualquier causa que fuese, estaba la derrota segura. No había que vacilar. Con caballos o sin ellos, debía abrirse la campaña. Cuando se recuerda el desembarco de San Martín en Huacho, con sólo 3.500 hombres, al frente de un ejército enemigo dos veces superior en número para ir a tomar la línea de Huaura con sólo 25 caballos, vese que lo que faltaba no eran elementos de movilidad, sino una cabeza y una voluntad firme que diese impulso vigoroso a las operaciones ofensivas (véase capítulo XXVII, párrafo V).

Las divisiones españolas posesionadas de la sierra, se hallaban diseminadas —según antes se apuntó— en una extensa línea de más de 2.000 kilómetros, desde Pasco hasta Potosí. El grueso de su ejército, al mando de Canterac, fuerte como de 5.000 hombres, hallábase situado en la sierra del centro desde Jauja hasta Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos

La Hera, según queda dicho. El Virrey estaba en el Cuzco, con una pequeña guarnición. La reserva, que no pasaba de 1.000 hombres, estaba en Puno al mando de Carratalá. Valdés, con su división se hallaba en La Paz, ocupado en la pacificación del sur del Desaguadero, después de haber obligado a Lanza a replegarse a las innaccesibles montañas de Ayopaya. Olañeta estaba en Potosí con poco más de 2.000 hombres. Pisco y el valle de Ica estaban defendidos por una pequeña división al mando de Rodil. Todos los puntos intermedios desde Quilca hasta Iquique estaban tan sólo ocupados por algunos destacamentos de mera observación. Entre las divisiones mediaban centenares de kilómetros, de camino escabrosos y desiertos al través de la montaña. Se necesitaba un mes, por lo menos, para reunir un ejército respetable en el punto de ataque. Para todo dio tiempo la lentitud con que se desarrolló la expedición a puertos intermedios y la inacción de ella en Arica.

Al anuncio de la invasión, el Virrey dispuso que una parte del ejército de Jauja se reconcentrase en el Cuzco, dejando el valle cubierto con el resto, y que Carratalá avanzase a su frente para cubrir la posición de Arequipa, permaneciendo a la expectativa hasta que los independientes señalaran decididamente su plan de internación a la sierra. Ordenó a Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección a los valles de Azapa y Tarapacá. Dispuso que Valdés, con su división, acudiera a marchas forzadas a cubrir a Arequipa, como el punto céntrico que debía recibir el primer ataque y avanzara sobre las vertientes occidentales de la cordillera en observación de los invasores. Canterac se movió en consecuencia de Huancayo con dos batallones y cuatro escuadrones que sumaban 2.400 hombres, dejando otros tantos en Jauja a cargo de Loriga. Valdés, poniendo alas en los pies de sus ágiles soldados serranos, fue el primero que se presentó a cubrir el punto amenazado. Cuando las primeras velas de la expedición se avistaron en Arica, ya el activo general español coronaba las alturas de Moquegua en la sierra, con 1.750 infantes, 750 hombres de caballería y 4 piezas de artillería. A pesar de la relativa inferioridad numérica, resolvióse a disputar el terreno, fiando en lo fuerte de sus posiciones —que conocía bien— y en el apoyo del ejército de Canterac, que avanzaba a marchas forzadas en su sostén.

IV

La primera señal de vida que dio el general invasor, fue la ocupación de Tacna, por el regimiento Río de la Plata y los Granaderos a caballo de los Andes, con 4 piezas de artillería (24 de diciembre). Ocho días después (1º de enero de 1823), esta vanguardia, destacada a 72 kilómetros de la reserva, con un desierto

intermedio, era reforzada con los batallones número 5 de Chile y número 11 de los Andes, a órdenes del general Enrique Martínez, segundo jefe del ejército. En el mismo día, señalóse la presencia del enemigo en Calana, a diez kilómetros al NE. Era el general Valdés, que suponiendo que la fuerza allí situada no pasaba de 1.000 hombres, había pensado sorprenderla con 400 infantes montados en mula, 400 hombres de caballería y 2 piezas de artillería. Con tal intento habíase movido desde Sama en la tarde del 31, al través de un árido arenal de 50 kilómetros sin agua. Extraviado por los guías en la oscuridad de la noche, al amanecer del día siguiente (1º de enero de 1823) no estaba ya a la vista de Tacna. Viendo que la sorpresa no era ya posible, inclinóse sobre su izquierda, y acampó en Calana, sitio abundante en agua y forrajes, a 17 kilómetros de la ciudad. Su situación era peligrosísima. No podía desandar el camino hecho (que sólo es transitable en la noche) sin exponer su tropa a perecer en la travesía. Sus cabalgaduras estaban fatigadísimas por una rápida y penosa marcha de doce horas. La fuerza de que disponía no alcanzaba ni a la mitad de la que tenía a su frente.

El general Enrique Martínez se hallaba a 10 kilómetros de Tacna con los batallones 4 de Chile y 11 de los Andes al amanecer del día 1º, después de una marcha de 50 kilómetros al través de otro arenal. Señalada la presencia del enemigo en Calana, dispuso que la fuerza que ocupaba la ciudad (1.200 hombres), eligiese una buena posición y esperase su incorporación. A las 11 de la mañana recibió parte de que los realistas avanzaban en son de ataque. Adelantóse personalmente para reconocer el campo. El enemigo ocupaba el camino que conduce a la cordillera, parapetado por su izquierda con zanjas y tapiales, y una altura sobre su derecha. Parecía dispuesto a la pelea. Era un ardid de Valdés, que, considerándose perdido —como lo confesó después— hacía cara fea al enemigo, para ganar tiempo y salvarse. Martínez no se decidió a atacarlo. Limitóse a hacer observar sus movimientos con un batallón del Río de la Plata y el regimiento de Granaderos a caballo, a la espera del resto de su fuerza. A la 1 del día estaba reunida toda la vanguardia argentinochilena en número de más de 2.000 hombres, de las tres armas, contra 800. En vez de ganar el tiempo perdido, el general independiente dispuso que un batallón y un escuadrón marchasen a tomar la altura de la derecha del enemigo con el objeto de flanquearlo, y avanzó algunas guerrillas a la vez que su artillería disparaba algunos tiros perdidos. Los realistas, al observar el lento movimiento envolvente, reconcentran sus fuerzas y se ponen en retirada. Entonces se adelanta toda la caballería independiente para comprometer el ataque. Ya era tarde. El sol se ponía en el horizonte. La columna de Valdés había ganado el día. Después de sostener algunas guerrillas de retaguardia y cambiar

algunos tiros de cañón, se replegó a Pachía, diez kilómetros más al NE., donde pasó la noche sin ser hostilizada. Al día siguiente, continuó la retirada por el pie de la sierra y volvió a ocupar su anterior posición de Moquegua.

El general Alvarado permanecía mientras tanto en Arica con el resto de sus fuerzas. Al fin se decidió a abrir la campaña. El 13 de enero ocupó el valle de Locumba, con la resolución de marchar sobre Moquegua. Era precisamente lo que Valdés se proponía; atraerlo al camino de antemano por él reconocido, donde le era fácil oponerle una eficaz resistencia por el frente y por donde esperaba a su retaguardia el apoyo de Canterac, que le aseguraba la victoria. Empero, tan ignorante del avance de Alvarado como éste lo estaba de sus movimientos, destacó al coronel Ameller con tres compañías de infantería y 125 caballos, con el objeto de sorprender la vanguardia independiente, que consideraba muy débil. Después de una larga y fatigosa marcha por caminos de travesía, se encontró Ameller, al amanecer del día 14, a tiro de cañón de todo el ejército independiente. El jefe español emprendió en orden su retirada hacia el norte de Locumba, disputando el terreno; y débilmente perseguido por el espacio de 15 kilómetros, consiguió reunirse a la división de Valdés, en Moquegua. También se malogró esta oportunidad brindada para dar un golpe al enemigo, que estableciese por lo menos el predominio moral al abrir la campaña. Todo indicaba que este predominio estaba del lado de los realistas, que no se economizaban y se movían, y cuando se veían en apuros, sabían hacer frente con serenidad a los peligros, y salvar intactas sus tropas de lances en que, vigorosamente atacadas, habrían seguramente sucumbido.

Después de este segundo fracaso negativo, que muy poco prometía, penetró Alvarado con su ejército en masa en la amena quebrada de Moquegua, por cuyo centro corre el río de Ilo. El 17 estaba en la Rinconada, a 25 kilómetros del pueblo de Moquegua, donde el río Torata se derrama en el Ilo, y empiezan los viñedos que constituyen la riqueza de la comarca. El mismo día, Valdés escribía a Canterac: "Hasta ahora todo ha salido a medida de mis deseos. El enemigo, sin advertirlo, marcha a su total destrucción." Efectivamente, la campaña de intermedios estaba perdida. El cuerpo de ejército de Canterac se hallaba a tres jornadas de Torata, y el de Valdés convergía al mismo punto, de antemano elegido para dar allí, a hora fija, la batalla decisiva con la ciencia y conciencia del triunfo.

V

El 18 ocupó sin resistencia el ejército independiente la ciudad de Moquegua, después de un ligero tiroteo de avanzadas. Esta ciudad, situada en una hondonada más abajo de la confluencia de los ríos Ilo y Torata, está dominada al este por una montaña cortada a pico que se levanta 300 metros sobre el nivel del valle y sólo tiene una salida accesible. Desde este punto resolvió Valdés disputar el terreno palmo a palmo. La naturaleza lo favorecía. Desde Moquegua, el terreno forma una serie de alturas sucesivas y encajonadas, fáciles de defender contra fuerzas muy superiores, y que se prolongan hasta los altos de Valdivia, a espaldas del pueblo de Torata. Los realistas coronaron de guerrillas todas las alturas, estableciendo emboscadas en las escabrosidades laterales. El ejército independiente marchó de frente en guerrillas y desalojó sucesivamente a los realistas de sus posiciones, que perdieron como 300 hombres en esta valerosa y bien conducida retirada. En Torata hizo pie firme y tendió Valdés su línea de batalla, en las faldas de los altos de Valdivia, sobre el camino de Puno, a la espera del cuerpo de ejército de Canterac, que se hallaba a poco más de una jornada de distancia. El 19, a las 4 de la tarde, los dos ejércitos estaban frente a frente. Los independientes llevaron sobre la marcha el ataque sobre la falda del cerro, empeñándose un vivo fuego de fusilería. En ese momento desplegó en tiradores un batallón español y cubrió el centro al grito de: "¡Aquí está Gerona!" Simultáneamente apareció coronando los altos de Valdivia una parte del refuerzo de Canterac, y lanzó otro estruendoso grito: "¡Viva el Rey!" que repercutió en todas las concavidades de la montaña. La batalla cambió de aspecto. La victoria se decidía por las armas del rey de España, merced a la pericia de sus esforzados generales y ágiles soldados. Canterac, que se había adelantado con un destacamento, dispuso reforzar su flanco derecho, por donde la izquierda independiente avanzaba en columna, sostenida por la caballería y ganando terreno. La derecha realista rechazó este "temible ataque", como lo llama Canterac. Inmediatamente toda la línea realista cargó de frente sobre la infantería de los independientes, que, agotadas sus municiones, volvió caras, y fué fusilada por la espalda, dejando el campo sembrado de cadáveres. El sol se ocultaba en esos momentos en el horizonte. El mismo día y en las mismas horas de esta triste derrota, el congreso del Perú decretaba un monumento en Arica, ¡en honor del ejército libertador del Sur!

Tal fue la batalla de Torata, en que se peleó con valor por una y otra parte, pero sin concierto por parte de los independientes; distinguiéndose por su firmeza y resistencia el primer batallón

de la Legión peruana, que por la primera vez entraba al fuego. La pérdida del ejército argentinochilenoperuano pasó de 500 hombres entre muertos y heridos. Los españoles confesaron una pérdida total de 250 hombres entre muertos y heridos, que se cree fue mayor.

Los derrotados batallones independientes se replegaron a su reserva, sostenidos por los certeros fuegos de su artillería, donde se rehicieron en una altura frente al pueblo de Torata. El enemigo se contuvo. El general Alvarado ordenó la retirada, protegida por las sombras de la noche. El 20 estaba otra vez en Moquegua, a 25 kilómetros del campo de batalla. Pasóse una revista de municiones, y se encontró que no se contaba sino con ocho tiros por plaza en las cartucheras. El general reunió una junta de guerra para aconsejarse. Unos fueron de opinión de replegarse a Arica por el camino de Tacna, y otros de reembarcarse por el puerto de Ilo. Parece que la mayoría estuvo por que se eligiese una posición ventajosa para resistir; que se mandasen traer municiones de Tacna, y que, si antes de recibirlas eran atacados, se llevase una carga brusca a la bayoneta al enemigo para vencer o morir. El general en jefe dijo que, si no contase más que con cincuenta soldados, con ellos se batiría contra los españoles. Después de tantos retardos y vacilaciones, esta resolución, inspirada por el despecho, era una temeridad sin esperanzas. La salvación estaba en una pronta retirada. No se supo o no se quiso aprovechar el tiempo, y el 21, al amanecer, cuando el ejército enemigo se presentó a la vista de Moquegua, todavía permanecían los independientes allí.

La posición elegida por Alvarado en Moquegua era fuerte y se prestaba a una batalla defensiva, que prometía ventajas con tropas resueltas, pero bien municionadas, y sobre todo, bien montadas. Apoyaba su izquierda en los suburbios de la ciudad sobre el cementerio. Extendía su línea sobre el perfil de una planicie en la prolongación de un barranco escarpado que cubría su frente, con un camino de herradura en el centro que barrían los fuegos de la artillería. Sobre la derecha se elevaba una árida altura formando una larga cuchilla. Observando el general español que se había descuidado este punto culminante, que podía considerarse la llave de la posición, ordenó que Valdés con dos batallones y dos escuadrones lo ocupase y llevase un ataque decidido sobre la derecha independiente, mientras él con el resto de su infantería cargaba por el frente, salvaba el barranco, apoyado por su artillería, y la caballería amagaba el flanco izquierdo de los independientes. Así se hizo, y la victoria coronó por segunda vez las armas realistas en el espacio de cuarenta y ocho horas. El ejército independiente, flanqueado y atacado de frente, formó martillo sobre su derecha, y después de una corta y valerosa resistencia a sable y bayoneta, se dispersó completamente, dejando en el campo 700 muertos y

heridos con 1.000 prisioneros, según los españoles, quienes por su parte declararon una pérdida de sólo 400 hombres en las dos jornadas, no obstante confesar que algunos de los cuerpos perdieron la mayor parte de su gente en Moquegua. Los granaderos a caballo de los Andes, mandados por Lavalle, dieron dos valientes cargas para cubrir la retirada de los dispersos; pero, cargados nuevamente por la caballería enemiga vencedora, se dispersaron a su vez. Las reliquias de los derrotados en Torata y Moquegua se embarcaron en Ilo. De los 4.000 hombres que componían el ejército expedicionario de puertos intermedios, poco más de 1.000 hombres regresaron a Lima a las órdenes del general E. Martínez.

El general Alvarado se dirigió a Iquique, para recoger el cuadro del número 2 de Chile, dejado allí con un transporte de refugio. Olañeta, que había acudido con parte de su ejército desde Potosí, ocupaba ya los valles de Lluta, Azapa y Tarapacá. Con tan poca previsión en lo pequeño como en lo grande, el general dispuso que un corto destacamento bajase a tierra con el objeto de practicar un reconocimiento (14 de febrero). Olañeta, que se hallaba emboscado en el pueblo, cayó sobre él con dos batallones, y todo el destacamento fue sacrificado peleando valientemente. En seguida, bajo el pretexto de hacer llegar algunos auxilios pecuniarios a sus prisioneros y recomendarlos a la humanidad del vencedor, Alvarado invitó a una entrevista al general español. Este le manifestó sin empacho que estaba muy lejos de entregar los prisioneros a una autoridad ilegítima creada por una revolución de jefes liberales; y exaltado por grados, los calificó de "traidores liberales", manifestando su resolución de separarse del Virrey, y limitarse a la defensa del territorio del Alto Perú en nombre del Rey absoluto. Esta declaración fue una de las ventajas más señaladas de la segunda expedición a puertos intermedios, de la que tanto se prometía San Martín en su plan póstumo. La otra fue la que alcanzó a Miller, quien, con sus 120 hombres, hizo más que todo el ejército expedicionario, al poner en alarma a todo el Sur, distrayendo la división de Carratalá.

VI

¿Qué era entretanto del cuerpo de ejército que, según el plan convenido, debía invadir por Jauja en combinación con el del Sur? Sin esta cooperación, la expedición era una aventura peligrosa. Arenales, encargado de la operación de la sierra, penetrado de su importancia, había urgido por la organización y apresto de su ejército; pero todos los empeños se escollaron contra la falta de concurrencia de los auxiliares colombianos. El ejército, a la sazón existente en Lima (diciembre de 1822), constaba de 460 artilleros, 4.900 infantes y 950 de caballería, de los cuales 280 chilenos, 2.000

colombianos y 4.000 peruanos; pero de estos últimos apenas 2.000 en estado de ponerse en campaña.

Contábase con los batallones de Colombia para completar el número de 4.000 hombres, necesario para emprender la marcha a la sierra. El jefe colombiano, Paz del Castillo, que antes se había negado a unir su bandera con el ejército del Sur, bajo el pretexto de no fraccionar su división, negóse igualmente a tomar parte en la operación, por no considerarla segura, invocando instrucciones de Bolívar. Instado a exponer sus planes, los ocultó con la pretensión de cooperar independientemente, según su criterio, lo que importaba negar de hecho su cooperación y reservarse la dirección de la guerra. En seguida, exigió que el jefe que mandase la expedición de la sierra, fuera un general, hijo del Perú, con el objeto de excluir a Arenales, único capaz de llevarla a cabo con éxito. Por último, hizo exigencias tales, formulando a la vez quejas tan sin fundamento, que el gobierno viose obligado a denegarlas. Paz del Castillo pidió entonces regresar a su país. El gobierno, por librarse de auxiliares tan incómodos, cuya mala voluntad era notoria, le proporcionó los transportes necesarios para trasladarse a Guayaquil. La división de Colombia se retiró del Perú, llevándose el batallón Numancia, fuerte de 600 plazas, que se había incorporado a ella después de causar al erario un gasto como de 190.000 pesos, de manera que este auxilio debilitó y empobreció al país sin prestarle en esta ocasión ningún servicio.

A pesar de estos contratiempos comprendiendo Arenales que el ejército del Sur podría ser sacrificado, si faltaba la combinación acordada, estaba resuelto a expedicionar con poco más de 2.000 hombres. Su plan consistía en dirigirse a Nazca por agua, desembarcar allí a fin de cubrir el flanco izquierdo de Alvarado, y cortar o flanquear las fuerzas que había dejado Canterac en Jauja. "Con tan débiles elementos — dice él mismo —, resolví mi embarco, para emprender una marcha cuyo triunfo consistía más en la celeridad que en la importancia de la fuerza, cuando llega la funesta nueva de la derrota de Moquegua, y aparecen los tristes restos que se salvaron, y a su cabeza el brigadier D. Enrique Martínez."

Las derrotas de Torata y Moquegua produjeron más irritación que desaliento en el pueblo. El triunfo definitivo de la independencia era un hecho que estaba en la conciencia de los peruanos. La opinión hizo responsable al gobierno del mal éxito de la campaña. El ejército de Lima, situado en Miraflores, se puso en verdadero estado de insurrección contra el congreso, y especialmente contra el triunvirato, movido por el partido de Riva Agüero. Arenales fue invitado a ponerse a la cabeza del movimiento; pero este austero general, que no tenía más ley que la ordenanza militar, prefirió entregar el mando a su segundo, el general Santa Cruz, y se alejó por siempre del Perú. Los jefes del ejército unido — in-

cluso los de los Andes y Chile, encabezados por el general E. Martínez —, dirigieron una representación al congreso, en que, protestando sus respetos y obediencia al cuerpo representativo, pedían que Riva Agüero fuera colocado a la cabeza del gobierno (26 de febrero de 1823). Las milicias de Lima apoyaron esta representación. El congreso tenía que optar entre su disolución o acceder a las exigencias de la fuerza armada, que era su único apoyo, faltándole hasta el de la opinión pública. Riva Agüero fue nombrado presidente pretoriano de la República Peruana (27 de febrero). El primer acto del congreso fue nombrar Gran Mariscal de los ejércitos del Perú a Riva Agüero, coronel nominal de milicias, que no había asistido ni siquiera a una guerrilla.

La organización del Poder Ejecutivo era una necesidad de la época. Riva Agüero, rodeado de la popularidad, representaba el sentimiento nacional, y en él estaban depositadas todas las esperanzas de los aliados. El nuevo presidente, favorecido por las circunstancias y por el desprestigio de la administración anterior, correspondió a la expectativa en los primeros momentos, por su actividad y por las acertadas medidas que el instinto de conservación indicaba. Su primer cuidado fue organizar el ejército, dándole una base nacional, según la idea de San Martín. Santa Cruz fue nombrado general en jefe, y Martínez de la división de los Andes y Chile. Reanudó las relaciones con Chile y se dirigió a Bolívar aceptando su auxilio antes rehusado por el congreso. Ajustóse en consecuencia un tratado por el cual el Libertador se comprometía a concurrir a la terminación de la guerra con 6.000 hombres que debían ser equipados y pagados por el Perú, quedando a su cargo el reemplazo de las bajas (12 de abril). El gobierno de Chile se prestó a dar un auxilio de 2.000 a 2.500 hombres equipados y listos y 1.500 fusiles además de la división chilena que existía en el Perú (abril 26). San Martín desde Mendoza activaba la organización de la división argentina, que debía operar en combinación por la frontera de Salta al mando de Urdininea. Al mismo tiempo llegaba la noticia de que los enviados del ex Protector, García del Río y Paroissien — abandonado el plan de monarquización — habían realizado en Londres un empréstito de "un millón doscientas mil libras esterlinas" (valor nominal), que fue aprobado por el congreso.

"El nuevo presidente — dice el más autorizado y bien informado historiador peruano — se encontraba, por sólo el natural desenlace de los planes de San Martín, en capacidad de disponer de dos ejércitos auxiliares, y con suficientes recursos para facilitar la marcha de los negocios. El lo atribuía todo a sus combinaciones y cálculos; y como el vulgo sólo ve los resultados, creía que a Riva Agüero se debía el mérito del buen aspecto que tomaban las cosas públicas. La vanidad dominaba a este mandatario y ésta lo derribó bien pronto."

VII

Antes de transcurrir dos meses, el Perú contaba con un ejército nacional de 5.000 hombres, pronto a entrar en campaña, además de las divisiones auxiliares de Chile y la República Argentina, que alcanzaban como a 2.500 hombres. Esto demuestra que la confianza de San Martín en los recursos del país para salvarse por sí, al tiempo de su retirada, no era ilusoria, y que, movidos oportunamente y con acierto, sobre la base de 11.000 hombres que dejó organizada, habrían bastado para cambiar el aspecto de las guerra; quedando además la reserva de Colombia para reparar cualquier contraste. Con igual confianza resolvió Riva Agüero repetir la operación de puertos intermedios con arreglo al mismo plan, pero en más grande escala, contando con la eficaz cooperación de Chile y de Colombia. El objeto era ocupar a Arequipa y Puno, para llamar el grueso de las fuerzas realistas hacia el ejército de operaciones unido, y batirlas en detalle, mientras otro ejército compuesto de las tropas de las cuatro naciones aliadas invadía por Jauja, y ocupaba Huamanga, con el triple propósito de posesionarse de la sierra del centro, destruir la fuerza enemiga que allí quedase o perseguirla en su retirada y obrar de este modo en combinación con el ejército expedicionario. Bolívar, consultado, aprobó el plan, y se comprometió a enviar los 6.000 hombres ofrecidos. Chile prometió poner en las costas del sur del Perú el contingente de 2.000 hombres convenido, facilitando el envío de los caballos necesarios para la expedición. Los realistas, que después de sus triunfos de Torata y Moquegua habían vuelto a sus anteriores acantonamientos, ignorantes de estos planes y de esta aglomeración de nuevos elementos, se preparaban mientras tanto a atacar a Lima.

La expedición de intermedios, fuerte de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, que sumaban más de 5.000 hombres, zarpó del Callao en los últimos días de mayo (14 al 25 de mayo). Componíase exclusivamente de elementos nacionales, para darle más cohesión, y evitar la rivalidad que se había despertado entre los cuerpos auxiliares y los del país. Su mando fue confiado al general Santa Cruz, llevando por jefe de estado mayor al coronel Gamarra. Por la primera vez el Perú tenía un ejército suyo, fuerte y compacto, mandado por generales peruanos. Esto exaltaba el sentimiento nacional, que era una nueva fuerza moral incorporada en sus filas. El general expedicionario, al tiempo de abrir su campaña, se presentó ante el congreso, y juró volver triunfante o morir en la demanda. Ni triunfó ni murió.

Las primeras operaciones de Santa Cruz fueron más activas y acertadas que las de Alvarado. No se perdió tiempo. A mediados

de junio (17 de junio), estaba dominada toda la costa de Iquique a Ilo, y el convoy expedicionario reunido en Arica. El mismo día, Canterac, con un ejército de 9.000 hombres, bajaba de la sierra y se apoderaba sin resistencia de la capital. Todas las combinaciones quedaron así trastornadas por una y otra parte. El ejército del Sur encontraría menor resistencia; pero tendría que obrar aisladamente como en la anterior campaña. La expedición a la sierra no era posible; pero en cambio, los realistas ejecutaban un movimiento falso que no les proporcionaba ninguna ventaja militar, y daba tiempo a los independientes para rehacer sus planes sobre la base de dos ejércitos dueños de las comunicaciones marítimas, que podían trasportarse rápidamente de un punto a otro a lo largo de las costas. Quedaba todavía el refuerzo de Colombia y el auxilio de Chile, que inclinaba la balanza del lado de los independientes.

Bolívar no participaba de la confianza general. Sea que se diese mejor cuenta de la situación militar o que no viese la victoria allí donde él no estaba presente el hecho es que veía más claro que todos, y que sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, si bien es verdad que preparando él los acontecimientos en el sentido de sus designios. Después de la desgraciada campaña de puertos intermedios, escribió a Alvarado —a quien procuraba atraerse por la importancia que le suponía: "La derrota de las tropas en Moquegua es una consecuencia del estado anterior de las cosas. No podía ser menos. Prueba de que yo había previsto este suceso, es que ofrecí anticipadamente 4.000 hombres, y mandé retirar nuestras tropas, porque las creía perdidas en Lima. La revolución es un elemento que no se puede manejar. Es más indócil que el viento. Usted ha sido víctima de ella." Combinada la nueva expedición, cuyo plan aprobó como el anterior formado por San Martín, dirigía a Sucre una de sus más notables cartas: "No son Canterac y Valdés los temibles; sus recursos, posiciones y victorias, les dan una superioridad decisiva, que no puede contrarrestarse de repente, sino lenta y progresivamente. La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe, y las víctimas Tristán (en Ilo), Alvarado (en Torata y Moquegua) y ahora Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos, y nadie cambia los elementos. No debemos contar más con la expedicón de Santa Cruz. La división de Santa Cruz no puede tomar el Perú, y la que está en Lima no puede batir a Canterac. Necesitamos reunir nuestras fuerzas para dar un golpe capaz de variar la suerte del país. Se me dirá que esto no puede ser, porque no hay recursos ni movilidad. Replicaré que, si no puede ser, no se haga nada. Conviene hacer un movimiento general con todas nuestras tropas reunidas, y yo a su cabeza; de otro modo, las disensiones intestinas serán nuestros vencedores. Este movimiento no deberá efectuarse sino después de saberse que los

españoles no reconocen la independencia del Perú; porque este caso único es el que debe imponerse la necesidad de arrancar con las armas una decisión ya dada por la política. Lo diré más claro: perdida la esperanza, debemos buscar la salud en la desesperación de un combate, que, perdido, no habrá añadido ni quitado nada al Perú; y ganado, le habrá dado la esperanza de ser independiente." Tenía la visión clara del provenir.

Guiado el Libertador por estas luces o precediendo en el sentido de la previsión de los sucesos que él mismo preparaba, seguro como estaba de triunfar al fin de cualquier modo, apenas tuvo noticias de las derrotas de Torata y Moquegua, que ponían en peligro la existencia del Perú, despachó desde Guayaquil una expedición de 3.000 hombres, que ya tenía lista, la que debía ser seguida por otra de igual número, aun antes de celebrar el tratado de auxilios de que ya se hizo mención. Su objeto era dominar militarmente el Perú y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia. Por eso había rehusado el concurso de San Martín y retirado antes sus fuerzas del Perú; y por eso permanecía en Guayaquil, reconcentrando allí su ejército. Las instrucciones secretas que dio en consecuencia, al jefe de la tropas auxiliares, estaban concebidas en este sentido. Poca importancia daba a la pérdida o a la posesión de Lima; pero consideraba que el Callao era la llave del Perú, y encargaba muy especialmente apoderarse a toda costa de sus fortalezas (ocupadas por los aliados), empleando en último caso cualquier estratagema militar, por ser base indispensable de todas las operaciones futuras, y el único medio de alejar la guerra del territorio de Colombia.

Para seguir de cerca el desarrollo de estos meditados planes, envió al Perú "su brazo derecho" —como él llamaba a Sucre— con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del Libertador, de acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados, le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Tal era la situación militar y la perspectiva general al tiempo de la ocupación de Lima por Canterac. La situación política era más aplicada aún.

VIII

La ocupación de Lima por los realistas fue un error, y no podía ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao o de la marina. Además, facilitaba el desarrollo del plan de campaña por puertos intermedios. Era, por otra parte, un hecho previsto, fácil de neutralizar, que precipitó la crisis política, y al centralizar el poder militar en una sola mano, dio nuevo temple a las armas independientes. El gobierno se refugió en los muros del Callao, y el ejército de Lima se situó al amparo de sus fuegos. Sucre fue nombrado general en jefe. El congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoría parlamentaria, hostil a Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó a Bolívar, con la investidura de generalísimo, confiriéndole amplias facultades para la salvación del país (19 de junio). Declaróse cesante, en consecuencia, la autoridad del presidente de la República en el teatro de la guerra, para facilitar la acción militar, y Riva Agüero fue relegado a Trujillo como un fantasma de poder. Bolívar aceptó el nombramiento, declarando que, "hacía mucho, su corazón lo llamaba al Perú". A la espera del Libertador. Sucre fue investido en su representación con las facultades políticas y militares que le eran atribuidas (20 de junio). Los anhelos secretos de Bolívar estaban cumplidos: era dueño del Perú.

Santa Cruz, mientras tanto, había iniciado sus operaciones por puertos intermedios. Advertido el Virrey del error cometido, mandó retrogradar el ejército que había ocupado Lima, y se puso personalmente en campaña para contrarrestar la invasión. En consecuencia, Canterac evacuó la capital y se retiró a la sierra sin ser hostilizado (16 de julio). Sucre, por su parte, se puso inmediatamente en campaña, en dirección al sur, con un ejército de las tres armas, compuesto de 3.000 colombianos y chilenos, con un escuadrón peruano (20 de julio). En Lima quedó un ejército compuesto de tropas peruanas, argentinas y colombianas, que debía ocupar Jauja y Huamanga, y dominar la línea del Apurimac. El plan de Sucre era combinar los movimientos de los tres ejércitos de operaciones, tomando por base a Arequipa, y avanzar en seguida hasta el Cuzco, para obrar con una masa de 12.000 hombres, o de 8.000 por lo menos; pero cuando arribó a los costas del Sur, ya Santa Cruz se había internado. Entonces resolvió desembarcar en Quilca y avanzar hasta Arequipa, buscando la incorporación del

ejército expedicionario, para salvarlo, pues consideraba que en la situación en que se había colocado, estaba expuesto a perderse.

El mismo día que Sucre se ponía en marcha sobre Arequipa, el ejército del Sur libraba en el alto Desaguadero, sobre el lago Titicaca, una batalla de dudoso resultado, que debía decidir del éxito de la expedición. Santa Cruz había variado el plan de campaña acordado. En vez de maniobrar con su ejército reunido, con arreglo a sus instrucciones, lo dividió en dos cuerpos, y les trazó itinerarios divergentes, que tenían por objetivo el Alto Perú. Con el primer cuerpo, desembarcó cerca de Ilo y avanzó hasta Moquegua. El segundo cuerpo, al mando de Gamarra, desembarcó en Arica y ocupó Tacna. En esta actitud permaneció en inacción hasta mediados de julio, a la espera de la división auxiliar chilena, que habría elevado su fuerza a 7.000 hombres; pero no pareciendo ésta, decidióse a abrir la campaña con los 5.000 hombres con que contaba (13 de julio). Santa Cruz, con la mitad de su ejército, trasmontó la cordillera, atravesó el Desaguadero por el puente del Inca sin encontrar resistencia, y se posesionó de La Paz (8 de agosto). Gamarra, con la otra mitad, marchó por el camino de Tacora, y atravesando más abajo el Desaguadero, ocupó casi simultáneamente, la ciudad de Oruro, a 250 kilómetros de La Paz.

El general Olañeta, que después de su expedición a Tarapacá se retiraba con 1.500 hombres hacia Potosí, quedó sorprendido por la aparición de la columna de Gamarra, cuya marcha ignoraba, y reconociéndose débil, se replegó hacia el sur. En Oruro se incorporó a Gamarra con 600 hombres el famoso guerrillero Lanza. Allí pudo saber también que la división argentina al mando de Urdininea, preparada ante por San Martín, se había hecho sentir por la frontera de Salta. El jefe independiente, inerte e incapaz, como siempre, al frente de más de 3.000 hombres, dejó escapar esta oportunidad de destruir a Olañeta, y permaneció en inacción en Oruro.

El plan de Santa Cruz —según el mismo— era interponerse entre las tropas realistas al norte del Desaguadero y el ejército de Olañeta, batir a éste y hacer frente en seguida al enemigo que dejaba a su espalda. No hizo sino robar la vuelta. Sabedor de que el Virrey reunía en Puno sus divisiones diseminadas, abandonó su estéril conquista, y retrogradó con el objeto de cubrir la línea del Desaguadero amenazada, estableciéndose en su margen izquierda sobre el puente del Inca. Las primeras divisiones españolas que se concentraron en Puno, fueron las de Valdés y Carratalá, que reunidas, alcanzaban a poco más de 2.000 hombres. Valdés tomó el mando en jefe, y avanzó sobre el puente; pero, hallándolo defendido con artillería, desistió del intento de forzarlo, y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz pasó el puente y tomó la ofensiva. Encontró a Valdés establecido en una fuerte

posición a cuyo pie se extiende un llano, limitado al oeste por la montaña y al este por el gran lago de Titicaca. El general republicano, por un amago de flanco sobre las alturas y una aparente fuga de su frente, consiguió hacer descender a Valdés al llano, donde únicamente podía obrar su caballería. Dos escuadrones peruanos pusieron en derrota toda la caballería española. Siguióse un encuentro de la infantería, de una y otra parte, sin resultado decisivo. La noche que sobrevino puso término al combate. Los dos generales se atribuyeron los honores del triunfo. Valdés emprendió su retirada. Santa Cruz quedó dueño del campo de batalla; pero, asustado de su semivictoria, se replegó de nuevo al Desaguadero. Esta jornada fue la primera y última de la expedición. La campaña —como lo había previsto Bolívar, y lo temía Sucre— estaba perdida, desde que los dos ejércitos del Sur no obrasen unidos o en combinación.

El Virrey, reunido a Valdés en Zepita, atravesó el Desaguadero al frente de 4.500 hombres. Santa Cruz, amedrentado, no pensó sino en buscar la incorporación con Gamarra. Reunidos ambos cuerpos de ejército al sur de Oruro, alcanzaban a cerca de 7.000 hombres (8 de setiembre). En esta situación ventajosa, en vez de hacer frente, intentó interponerse entre el Virrey y Olañeta, que, desde Potosí, se había movido con un ejército de 2.500 hombres. La Serna por una simple marcha lateral al oeste de Oruro por las alturas, con sólo 4.000 hombres, operó sin dificultad su conjunción con Olañeta (14 de setiembre). Santa Cruz se consideró perdido, y sin probar la suerte de las armas, en que las probabilidades estaban de su lado, se puso en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en desastrosa fuga, y al fin en dispersión total, con abandono de armas y bagajes. Así repasó el Desaguadero, derrotado sin combatir, ni ver la cara del enemigo. Confió la defensa del puente a una compañía de infantería con dos piezas de artillería, que a la aparición de la vanguardia española, capituló, poseídos sus oficiales del pavor que la timidez del General había infundido a sus tropas. De los 5.000 hombres de la expedición desembarcada en Ilo y Arica, apenas 1.000 regresaron a la costa. Al tiempo que esto sucedía, llegaba la división auxiliar de Chile compuesta de tres batallones y un regimiento de coraceros de caballería, que al tener noticia del desastre, regresó a su país sin tomar parte en la guerra.

Sucre en su empeño de buscar su reunión con Santa Cruz, para salvarlo y emprender junto con él operaciones decisivas con fuerzas superiores, había procedido en su peligrosa campaña con tanta prudencia como habilidad, evidenciando las cualidades de un eximio capitán, tan metódico como San Martín en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que éste. Al llegar a Arequipa, tuvo noticias de la

batalla de Zepita. Estaba en marcha en dirección a Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que éste mantendría el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergían sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación, emprendió su retirada, pero de modo de no proteger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del Sur. Reembarcóse en Quilca, y dio por terminada la campaña, que sería la última del Sur.

IX

El plan póstumo de campaña de San Martín por puertos intermedios quedó desde entonces abandonado y desacreditado, o por las faltas cometidas por sus ejecutores, o porque tal vez no era ése el camino de la victoria final, como el hecho pareció demostrarlo después. Pero por una de esas combinaciones caprichosas del acaso, en que intervienen más las impresiones individuales que el encadenamiento lógico de los hechos, al mismo tiempo que el último plan de campaña del gran capitán sudamericano, ejecutado por manos ajenas, era enterrado por dos derrotas sucesivas, el libro de su destino, para siempre sellado, pareció reabrirse ante sus ojos en la página interrumpida.

Poco después de separarse del Perú, los votos de Guayaquil, expresados por dos de sus hijos más expectables, lo llamaban a volver a la vida pública.

"Sólo la mano de San Martín puede perfeccionar la grande obra de la libertad del Perú —le decían— y los guayaquileños lo miramos también como el áncora de nuestra esperanza. No es posible que el Fundador y el Protector de la libertad deje de conmoverse, ni es honor del Libertador de Chile y del Perú que mire con indiferencia un pueblo que tiene fijos sus ojos en él. Ya es tiempo que, cubierto de la gloria que le ha dado su filantropía, vuelva en alas de nuestros deseos, a llenar los destinos de estos pueblos. Las resoluciones y planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad de los pueblos, deben sernos muy respetables; la convocación del cuerpo representativo del Perú y su voluntaria separación del manejo de los negocios elevan su persona al más alto punto de gloria; pero también es verdad que no puede desdeñarse de escuchar el clamor de los buenos patriotas que ansían por su presencia, y que la posteridad no hallaría tal vez disculpa, si su excesiva generosidad atrajese a estos pueblos desgracias que no están lejos de sobrevenirles. Los destinos de estos pueblos necesitan un genio que los impulse." El mismo Riva Agüero, que había conspirado contra el ex Protector, y que muy luego se puso en pugna

con el congreso, le escribía: "San Martín es necesario a la Améca, y sus verdaderos amigos no podrían más sobrellevar, sin continuas lágrimas, la pérdida de un héroe a quien se debe la independencia, y en quien tienen fijos los ojos las naciones civilizadas. Sea cuanto antes el día en que tenga el placer de darle un abrazo." Después de los desastres de Torata y Moquegua, todos los ojos se volvieron hacia él. Uno de sus amigos, al transmitirle en multitud de cartas los votos de los peruanos, le decía: "Es general el clamor de Lima por su regreso, y creen que si no lo haces, se pierde todo el Perú. Yo estoy tan aturdido por todo, que se me daría muy poco el que me tirasen un balazo." El gobierno de Chile, que había sucedido a O'Higgins, solicitaba oficialmente su cooperación impulsándolo a abrir nueva campaña: "El Libertador del Perú y de Chile se ha impuesto tan sagrados deberes con respecto al Perú, que el juicio severo de los hombres presentes y de la posteridad olvidaría sus inmensos servicios para no perdonarle si rehusara algún sacrificio dirigido a terminar su obra."

La destrucción de la segunda expedición a puertos intermedios y la resistencia de una parte de la opinión contra la intervención colombiana volvieron a hacer revivir la idea de llamar al ex Protector, como la última esperanza del Perú en las críticas circunstancias que atravesaba. Una junta de jefes de mar y tierra, presidida por el general Portocarrero y el almirante de la escuadra Guisse, con autorización de Riva Agüero, levantó un acta declarando: "Los votos del pueblo, como los del ejército; como los del presidente de la República; como los del último ciudadano; los de los jefes, como los del último defensor de la causa; en fin, los votos del Perú entero, llaman al Protector San Martín, para que vuele en auxilio del país, cuya existencia peligra." Esta resolución fue comunicada a San Martín en un oficio firmado por los jefes promotores del movimiento: "Hay ciertos hombres elegidos por el destino, cuyos nombres pertenecen a la historia, y cuya existencia consagrada a la felicidad de los pueblos, es reclamada por ellos, principalmente cuando cae en la desgracia. Entonces los hombres viles que en tiempo de prosperidad han insultado al genio y al valor, desaparecen de la escena, y todos los corazones llaman al héroe que sólo puede salvar al Estado. El Perú, que debe a San Martín sus esperanzas de independencia; que acaba de sufrir una dispersión en el ejército que había nacido de su seno, hoy reclama el regreso del fundador de su libertad, que ha cimentado, y a quien está reservado el acabar de consolidarla. El pueblo volverá con entusiasmo al héroe que ha roto sus cadenas. El ejército se reunirá con energía bajo los estandartes del vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, quien tendrá la gloria de haber asegurado la independencia de un Estado que siempre le estará reconocido, y de haber terminado una obra que tan gloriosamente ha principiado,

volviendo a fijar la fortuna bajo nuestras banderas y la prudencia en nuestros consejos." Riva Agüero, en pugna con el congreso y con la intervención boliviana, llegó hasta a ofrecerle, por medio de un comisionado especial entregarle el mando supremo del Perú. Guido le escribía al mismo tiempo: "Los patriotas que no especulan con el país y que sinceramente desean verlo libre, vuelven los ojos a usted. Una semana ha, circuló una representación en la que se recogían firmas, pidiendo su regreso como único mediador y término de todos los partidos. Su nombre renace en el seno de estas desgracias."

El ex Protector sentía repulsión hacia la personalidad de Riva Agüero y no fiaba en su lealtad: no quería prestarse a ser instrumento de ambiciones bastardas, ni caudillo de conjuraciones pretorianas; no podía provocar un conflicto estéril, pero no podía desoír estos llamamientos hechos en nombre del interés de la América. Sintió reanimarse en su alma el fuego sagrado de la acción continua que creía apagado, y entrevió, por un momento, la posibilidad de retornar al Perú.

Próximo a emprender viaje a Buenos Aires en busca de su hija, que había quedado huérfana de madre, contestó a Riva Agüero desde Mendoza: "El Perú se pierde irremediablemente y tal vez la causal general de América. Un solo arbitrio hay para salvarlo. Sin perder un momento, cedan de las quejas o resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del congreso, malo o bueno, o como sea, pues los pueblos lo han jurado. Unanse como es necesario, y con este paso desaparecen los españoles del Perú. Después, matémonos unos contra otros, si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos, que es lo que irremediablemente va a suceder. He dicho mi opinión. Si ella es aceptable, estoy pronto a sacrificar mi vida privada. Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso. La espero para decidir de mi destino."

Riva Agüero, en vez de seguir los consejos de San Martín, disolvió el congreso —como se verá después— y lo invitó nuevamente a trasladarse al Perú: "Si dentro de tres días no ha llegado el Libertador de Colombia, me pondré en camino para ponerme a la cabeza del ejército. Entraré en Lima el día que se me antoje. Ha llegado el caso de que se cumpla su oferta de venir a prestar sus servicios." El General, indignado, se olvidó de su dignidad, y le contestó en términos tan duros como insultantes: "Me invita usted a que me ponga en marcha, asegurándome que el horizonte público es el más halagüeño. Sin duda olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la libertad del Perú, que usted ha hecho desgraciado. Si ofrecí mis servicios con la precisa condición de estar bajo las órdenes de otro general, era en consecuencia

de cumplir con el Perú la promesa que le hice a mi despedida, de ayudarle con mis esfuerzos si se hallaba en peligro, como lo creí después de la desgracia de Moquegua. ¡Pero cómo ha podido persuadirse de que los ofrecimientos del general San Martín, fueran jamás dirigidos a emplear su sable en la guerra civil! ¡Y me invita a ello al mismo tiempo que proscribe al congreso y lo declara traidor! ¡Eh! ¡basta! Un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado."

El destino de San Martín estaba irrevocablemente decidido. Bolívar era el árbitro del Perú. El Libertador del Norte terminaría la tarea del Libertador del Sur y coronaría la obra de los dos.

X

Riva Agüero, relegado a Trujillo, como un mueble inútil, y despojado de los atributos del poder real por el voto del congreso, cuya mayoría le era hostil, no se conformó con su situación. Disolvió el congreso y nombró por sí un senado de amaño, compuesto de diez de los diputados, cesantes por su orden (19 de julio de 1823). Fue entonces cuando llamó por segunda vez a San Martín para apuntalar su vacilante autoridad. La opinión se pronunció contra el presidente usurpador. Un grupo de trece diputados se reunió en Lima, llamó a los suplentes, y aunque en minoría, reasumió la potestad legislativa, y constituyente (6 de julio); invistió a Torre-Tagle, delegado de Sucre, con la autoridad ejecutiva, y declaró a Riva Agüero reo de alta traición y fuera de la ley (8 de agosto). Riva Agüero, a su vez, calificó a los congresales de traidores y declaró nulos todos sus actos. Para sostener su actitud, ordenó a Santa Cruz que acudiera con todas sus fuerzas al Norte, abandonando las operaciones del Sur en cualquier estado en que se encontraran; pero ya el ejército del Sur no existía. Sin retroceder ante ningún medio ni ante la guerra civil para la conservación de un mando personal, formó en torno suyo un ejército, y procuró abrir negociaciones con los españoles sobre la base de un armisticio, comprometiéndose a hacer salir del país las tropas auxiliares. Los auxiliares, y sobre todo los colombianos, que hasta entonces habían reconocido la autoridad constitucional del presidente, se pronunciaron abiertamente contra él y le intimaron su cesación en el mando, para "no ocasionar con su obstinación males a la América."

En medio de esta situación agitada y confusa, apareció Bolívar en el Perú. Los castillos del Callao anunciaron su presencia en el puerto con una triple salva. Las banderas aliadas de las cuatro repúblicas independientes en que entonces estaba dividida la América del Sur, se izaron en todos los edificios, con leyendas en su honor. Al poner pie en tierra fue recibido en triunfo con gran-

des aclamaciones. Las tropas del Perú y las auxiliares de las Provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia, le hicieron los honores (1º de setiembre). Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida. Era la gloria y era la esperanza personificada de la América.

Bolívar al dirigirse al Perú, después de un año de espera en sus fronteras, negando, ofreciendo, retirando o prestando a medias sus auxilios, sabía que iba a ser investido con la suma del poder, que era lo que buscaba, y desgraciadamente lo que el país necesitaba en la revuelta y peligrosa situación que atravesaba. El congreso le consultó por mera forma el proyecto de ley que lo investía con la omnipotencia política y militar. El Libertador contestó, como de costumbre, como en Caracas, como en Angostura, como en Nueva Granada, como en Cúcuta, cuando renunciaba de antemano el poder que exigía implícitamente sin condiciones, y que él solo podía ejercer. "Mi repugnancia a emplearme en la administración supera con mucho toda exageración, y así, he renunciado para siempre el poder civil que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares; mejor diré, he conservado sólo aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón a la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuelvo a ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación a la salvación de su patria; pero esta oferta no puede extenderse a más que al empleo de mi espada." Era ésta una farsa que comprometía la gran expectabilidad del personaje, repetida con tanta frecuencia y tan inoportunamente con mengua de la dignidad de los pueblos ante quienes hablaba. Los diputados peruanos, sin darse por entendidos de estas protestas de aparente desinterés, y sabiendo a qué atenerse sobre su sinceridad, dictaron la ley en que, "bajo la denominación de Libertador, se depositaba en él la suprema autoridad militar con facultades ordinarias y extraordinarias, igualmente que la autoridad política dictatorial como conexa con las necesidades de la guerra, con la latitud de poder exigida por la salvación del país." Y para que su omnímoda autoridad no tuviese embarazo alguno, se sometía a ella la autoridad del presidente de la república del Perú, que lo era el comodín Torre-Tagle. Votóle además, un sueldo de "cincuenta mil" pesos anuales; que él rehusó con el noble desinterés que lo caracterizaba.

En un banquete dado en el palacio de gobierno en honor del nuevo dictador, todos los brindis fueron dirigidos a él, olvidando estudiadamente al fundador de la independencia y de la libertad del Perú. Bolívar, o para dar una lección que lo engrandecía moralmente, u obedeciendo a un sentimiento generoso de justicia, al contestar a todos los brindis, dijo, levantando en alto su copa: "Por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su ejército libertador, desde las márgenes del Río de la Plata hasta

las playas del Perú; por el general O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile." El sentimiento espontáneo estalló en dobles aplausos. confundiéndose por un momento la gloria de los dos libertadores: el uno en el ostracismo voluntario; el otro en la aurora de su grandeza continental. Su segundo brindis fue: "Por el campo en que reúna las banderas del Plata, Perú, Chile y Colombia, y sea testigo de la victoria de los americanos, o los sepulte a todos." Y al terminar el banquete, como complemento a su primer brindis y para declinar toda solidaridad con las opiniones monárquicas manifestadas por San Martín, dijo: "Por que los pueblos de la América no consientan jamás elevar un trono en su territorio, y que, así como el de Napoleón fue sumergido en la inmensidad del Océano, y el de Itúrbide derrocado en Méjico, caigan los usurpadores de los derechos americanos, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo. —La última parte de su sentencia se cumpliría en cabeza propia. —En la noche, al presentarse en el teatro, toda la concurrencia se puso de pie, y lo saludó con muestras de respeto y simpatía. El palco que ocupaba junto con el presidente de la República, estaba adornado con las banderas del Perú y de Colombia, unidas. Un viajero europeo que asistió al espectáculo, deseoso de conocer al héroe que llenaba un mundo con su fama, ha conservado las impresiones de este momento psicológico, reflejadas en la fisonomía del Libertador: "Es muy delgado; pero toda su persona evidencia gran actividad. Sus facciones son bien formadas, pero su rostro está surcado por la fatiga y la ansiedad. El fuego de sus ojos negros es muy notable. Después de observarlo, puedo decir que jamás un aspecto exterior podía dar más exacta idea de un hombre. Ensimismamiento, determinación, actividad, intriga, y un espíritu perseverante, son rasgos claramente marcados en su apostura y expresados en cada uno de los movimientos de su cuerpo."

Bolívar, especialmente autorizado por el congreso para resolver las cuestiones con Riva Agüero, ensayó los medios conciliatorios. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ciega obstinación del mal aconsejado gobernante. Después de largas y estériles negociaciones, en que uno proponía la cesación de todos los poderes en que reposaba la dictadura y otro sostenía su mantenimiento, Bolívar pronunció su ultimátum, por boca de sus negociadores, en términos intemperantes, nunca oídos en el lenguaje de la diplomacia, ni aun entre enemigos: "El Libertador ha concedido a Riva Agüero un perdón a que no es acreedor, en vista de su obcecada ceguedad en seguir las banderas de la traición, del crimen y de la maldad; sin embargo, repite de nuevo su generoso perdón, y no da más plazo para aceptarlo que el que gasten las tropas libertadoras en llegar a los campamentos de la facción. El Perú llorará siempre la perfidia de los cómplices de Riva Agüero, que han

entrado en infames relaciones con los tiranos españoles, para perseguir a los libertadores y entregar su patria a las cadenas. Si no fuese por la necia ceguedad de los tiranos, el Libertador estaría con el Ejército Unido de Huamanga. Pero cualesquiera que sean los resultados de la presente guerra, el Libertador protesta ante toda la América, que son sus compañeros de perfidia los responsables ante la sagrada causa de la humanidad y de las leyes, de la sangre, de la muerte y de la esclavitud del Perú." La guerra civil estaba próxima a estallar. La caída de Riva Agüero la previno felizmente. Una revolución pretoriana, como la que lo había levantado, lo derribó del poder. Así desapareció para siempre de la escena histórica este hombre, que en un tiempo prestó algunos servicios a su patria durante su esclavitud, fue el iniciador de la anarquía en los primeros días de su independencia, su esperanza por un momento como representante del sentimiento nacional, y por último, un fantasma de poder, que llegó hasta los límites de la traición a su causa, arrastrado por el viento de la vanidad, sin más objetivo que la satisfacción de una insensata y estéril ambición personal.

Bolívar quedó dueño absoluto del Perú. Pensó que toda la América era suya.

Capítulo XLIX

POLITICA SUDAMERICANA. — SUBLEVACION DEL CALLAO, JUNIN Y AYACUCHO

1823-1824

El sueño de un gran hombre. — Primera idea de confederación americana. — Bolívar y Rivadavia. — La nueva hegemonía argentina. — Tratado entre Colombia y Buenos Aires con los comisionados españoles en 1823. — Situación de la guerra en el Perú. — Sublevación de la guarnición del Callao. — Disolución del ejército de los Andes. — Traición de Torre Tagle. — Bolívar, dictador. — El sorteo de Matucana. — Fortaleza de Bolívar. — Se repliega a Trujillo. — Forma un ejército en Pativilca. — Organización y composición del ejército independiente. — Olañeta se subleva en el Alto Perú contra el Virrey. — Bolívar abre campaña sobre la sierra. — Su proclama en Pasco. — Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar. — Marchas estratégicas de los dos ejércitos. — Batalla de Junín. — Desastrosa retirada de Canterac. — Los independientes avanzan hasta la línea del Apurimac. — Bolívar se retira del ejército y delega el mando en Sucre. — Primer síntoma de resistencia contra la dictadura de Bolívar. — Situación general. — Iniciativa del congreso de Panamá. — Los realistas toman la ofensiva. — Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre. — Errores y hábiles maniobras de Sucre. — Marchas estratégicas de los dos ejércitos beligerantes. — Descalabro de Corpahuaico. — Batalla de Ayacucho. — Fin de la guerra de la independencia sudamericana.

I

Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fue la unificación de la América Meridional. De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar, y llevar sus armas triunfantes por todo el continente, como Alejandro al través del Asia. Su primera intuición fue la creación del imperio colombiano. La segunda visión fue el establecimiento de una confederación sudamericana, sobre la base de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciarios, a la manera de la liga aquea en la Grecia. La última sería la monocracia, bajo la protección de las

bayonetas de la hegemonía colombiana, cuando el sueño se convirtiese en delirio.

En 1815, errante de isla en isla en el mar de las Antillas, Bolívar personificaba como el héroe de la Odisea en los tiempos antiguos, la política, la guerra y la astucia del moderno mundo sudamericano. Por entonces, sólo soñaba con Colombia. "La formación de una sola nación de todo el Mundo Nuevo, con un solo vínculo que ligase las partes entre sí", lo atraía como una "idea grandiosa" de que apartaba los ojos, por considerarla imposible, y declaraba que en el continente había espacio para diez y siete naciones (véase capítulo XL, párrafo II). En 1817, al dirigir la palabra al pueblo argentino, diciendo de él, que "era la gloria del hemisferio de Colón y el baluarte de la independencia americana", le anunciaba que, "extinguidos los últimos tiranos, lo convidaría a formar una sociedad con la "Unidad" por divisa en toda la América Meridional" (véase capítulo XLII, párrafo II). En 1822, triunfante en Boyacá y Carabobo, y consolidada militarmente la gran república colombiana, organizaba diplomáticamente la confederación sudamericana y bosquejaba las bases aéreas de su futuro gobierno internacional. En los tratados ajustados con el Perú y con Chile, al convenir en una liga ofensiva y defensiva en paz y en guerra, para garantir la recíproca independencia y un pacto de unión perpetua, se estipuló "la reunión de una asamblea general de los Estados americanos compuesta de plenipotenciarios, con el encargo de cimentar de un modo sólido y estable las relaciones íntimas entre todos y cada uno de ellos, que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en sus tratados públicos, cuando ocurran dificultades, y de juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias." El istmo de Panamá, parte integrante de Colombia, era el punto designado para la reunión de esta nueva dieta republicana.

En este terreno diplomático se encontraron por la primera vez —y no sería la última— la gran figura guerrera y política del Libertador de Colombia, y el genio civil de don Bernardino Rivadavia, la más alta personificación del liberalismo sudamericano en la época de la emancipación, según el consenso universal. El uno era el árbitro de cuatro grandes pueblos. El otro era el ministro constitucional de una provincia. Bolívar aspiraba a la corona de laurel del César americano. Rivadavia quería alcanzar por una victoria incruenta (un Ayacucho diplomático, como se ha dicho), la corona del libertador pacífico. El era entonces el alma y el cerebro de las Provincias del Río de la Plata, dispersas como astillas después de un naufragio. La tempestad en que las dejó envueltas San Martín en 1820, se había apaciguado. La República Argentina, con sus fuerzas casi agotadas por sus grandes sacrificios

en pro de la independencia americana y postrada por la guerra civil, estaba desarmada en la lucha continental; pero sus últimos soldados peleaban por ella en lejanas tierras, llevando sus armas hasta el Ecuador. Sus partes integrantes, no obstante su aislamiento, conservaban su cohesión, y tendían a reunirse en cuerpo de nación, para fundar el orden interno. Faltaba un centro de atracción a esta constelación de catorce estrellas errantes, y Buenos Aires se lo dio. Rivadavia constituyó la provincia de Buenos Aires como Estado autonómico, y ésta es la célula orgánica de la futura vida nacional, el molde típico en que se vaciaron las instituciones, respondiendo al instinto de conservación a la vez que al progreso gradual en el orden político.

Por la primera vez se vio funcionar en el pequeño teatro de una provincia el sistema republicano representativo, armado con todas sus grandes piezas: con cuerpo electoral, poderes coordinados, emanación del voto público, tribuna parlamentaria, gobierno limitado y responsable, presupuesto votado anualmente, rendición de cuentas, sin facultades extraordinarias, sin secretos de Estado y sin camarillas. Esta era la nueva hegemonía que la República Argentina iniciaba con los elementos de una de sus provincias. El impulso de la propaganda no se detendría en los límites nacionales: con el vuelo de sus robustas alas, esas instituciones —que eran una novedad en el mundo con excepción de los Estados Unidos y parcialmente en Inglaterra—, después de crear un nuevo vínculo en la familia dispersa y reanimar su organismo rudimental, empezarían a enseñar a los pueblos y gobiernos sudamericanos lo que era el orden republicano representativo, demostrando con su ejemplo cómo se cierran las revoluciones bajo los mismos principios que las inauguran. Este era el complemento pacífico de la revolución americana, que tuvo por objeto fundar gobiernos justos y pueblos libres. Estas instituciones darían la vuelta a la América Meridional; irían más lejos que las armas redentoras de las Provincias Unidas del Río de la Plata: triunfarían moralmente de las dictaduras, de las oligarquías, de los planes de organización artificial fundados en la fuerza y el personalismo, en definitiva harían prevalecer los principios constitutivos de la hegemonía argentina, con el programa de organización con que San Martín pasó los Andes y fundó las repúblicas de Chile y del Perú, respetando los particularismos nacionales de los nuevos Estados, sin violentar sus tendencias espontáneas.

Esa actitud pacífica del Estado de Buenos Aires no excluía la fortaleza para encarar de hito en hito los problemas internacionales, sin retroceder ante la guerra en salvaguardia de los derechos argentinos y del predominio de los principios democráticos en la América del Sur. La República Argentina estaba amenazada de una guerra inminente que estalló dos años después, y se preparaba

a afrontarla. El imperio del Brasil, recientemente fundado, mantenía por este tiempo (mayo de 1823) la ocupación militar de la Banda Oriental, parte integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El gobierno de Buenos Aires, inspirado por Rivadavia, afrontaba la cuestión con todas sus consecuencias. "La emancipación del Brasil, decía a su legislatura, ha completado la independencia de nuestro continente; pero las ideas que parecen dominar en el gabinete de Río de Janeiro con respecto a la provincia de Montevideo, ponen obstáculos a la buena y cordial amistad que debiera existir entre naciones que, siendo vecinas, están empeñadas igualmente en la causa de su independencia. Un enviado está pronto a partir a la corte del Brasil, con el objeto de restablecer las relaciones entre ambos gobiernos, y salvar la integridad del territorio de estas provincias. De todos modos, la libertad de la provincia de Montevideo, tanto de la violencia extranjera como de la tiranía doméstica, será siempre un objeto de atención preferente."

II

Este era el estado político interno y externo de la República Argentina cuando el plenipotenciario de Colombia llegó a Buenos Aires para proponer el ajuste de un tratado de unión, liga y confederación perpetua, idéntico al celebrado ya con el Perú y Chile, sobre la base de un congreso supremo de plenipotenciarios. El negociador era el mismo don Joaquín Mosquera, a quien hemos visto figurar en el Pacífico (21 de enero de 1823). Rivadavia estaba encargado accidentalmente del gobierno, y tomó sobre sí dirigir la negociación. Desde luego rechazó *in limine* la idea de un congreso en cierto modo soberano, árbitro en las cuestiones internacionales, como una imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia. Esta idea quedó para siempre muerta, y no volvió a reaparecer en lo sucesivo. Redújose el tratado a un pacto de amistad y alianza defensiva en sostén de su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera, el que sería reglado por convenios especiales.

Interpelado el ministro en la Legislatura respecto de la supresión de algunos artículos que figuraban en los tratados análogos celebrados con el Perú y Chile, contestó con reserva diplomática, pero esparciendo bastante luz sobre la cuestión: "Un documento, en que por la primera vez los Estados de la América intervienen, dando la primera base de sus derechos, debe ser un documento del juicio con que penetran y calculan el porvenir. El proyecto de tratado de Colombia no llena las condiciones apetecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia de hecho de los gobiernos y no su legitimidad, sin acordarse de la libre representa-

ción de cada país. Los tratados de alianza, al aire, no reglados por un tratado especial, han sido siempre inutilizados de hecho por los *casus fœderes*. Es preciso detenerse en el régimen representativo, en los intereses generales y recíprocos de Estado a Estado, y no en alianzas de familia."

Esta actitud teórica y expectante del gobierno de Buenos Aires respondía al plan imaginado por Rivadavia, de hacer triunfar la revolución sudamericana por un acuerdo pacífico con la madre patria, uniformando la política internacional de los Estados independientes de la América española en este sentido. En cuanto a la política respecto de la España, ella estaba netamente definida por antecedentes diplomáticos, que determinaban sus rumbos. Cuando por la primera vez, en 1820, el rey Fernando VII envió una comisión regia al Río de la Plata, con el objeto de "poner término a las diferencias existentes entre individuos de la misma familia", el gobierno de Buenos Aires contestó que no podía oír proposiciones sino sobre la base preliminar del reconocimiento de la independencia. Esta negociación no tuvo ulterioridad; pero quedó establecido el precedente.

Casi simultáneamente con el enviado de Colombia, llegaron a Buenos Aires dos nuevos comisionados del rey de España, para abrir negociaciones pacíficas con los gobiernos sudamericanos, y fueron reconocidos en el carácter de tales (30 de enero de 1822). Las Cortes españolas, reinstaladas en Cádiz en 1820, en que predominaba el espíritu liberal de la metrópoli, convencidas de que no podrían ser sometidas por la fuerza sus antiguas colonias, encararon desde este punto de vista la cuestión hispanoamericana, y resolvieron enviar comisionados a los diversos Estados hechos independientes para tentar el terreno (13 de febrero y 18 de junio de 1822). Los nombrados para el Río de la Plata fueron: don Luis La Robla, hijo de Montevideo, y don Luis Antonio Pereira, conocedor de la América del Sur, que había hecho la guerra en ella bajo las banderas realistas en Chile y el Perú, y presentado en 1821 una Memoria a las Cortes abogando por la independencia absoluta de las colonias hispanoamericanas. Los comisionados no traían una credencial en debida forma, sino un simple nombramiento del Rey, expedido de mala gana, bajo la presión del ministerio liberal, por el cual se les autorizaba para oír proposiciones y celebrar tratados provisionales de comercio.

La comisión española, además de su encargo ostensible, tenía por objeto dividir las repúblicas que combatían contra la España, y como Buenos Aires era considerada como el centro del pensamiento revolucionario, los comisionados traían instrucciones reservadas para reconocer la independencia argentina, según ellos lo insinuaron, a fin de separarla de la lucha que sostenían el Perú y Colombia. Rivadavia, al saberlo, quiso definir netamente la si-

tuación, y presentó a la legislatura un proyecto de ley que fue sancionado por aclamación. "El gobierno no celebrará tratados de neutralidad —se declaró por esta ley—, de paz ni de comercio con la España, sino precedida la cesación de la guerra en todos los nuevos Estados del continente americano, y el reconocimiento de su independencia." Bajo estos auspicios se iniciaron las negociaciones entre los comisionados españoles y el gobierno de Buenos Aires.

La forma que se dio al arreglo entre las Provincias Unidas por una parte, y el rey de España por la otra, fue la de una convención preliminar de paz sobre la base, expresamente establecida por la ley argentina, de la previa cesación de la guerra y reconocimiento simultáneo de la independencia de los nuevos Estados americanos, y así se consignó en su preámbulo. Estipulóse una suspensión condicional de hostilidades por el tiempo de dieciocho meses, contados dos meses después de las ratificaciones, durante el cual la provincia de Buenos Aires negociaría la aquiescencia de los demás gobiernos americanos. Mientras tanto, las relaciones de comercio quedarían restablecidas entre la monarquía española y los Estados americanos, con la sola excepción del contrabando de guerra, y en consecuencia, los pabellones de unos y otros Estados serían recíprocamente respetados y admitidos en sus puertos. Estos preliminares, como lo observa un historiador español, "debían producir el reconocimiento sucesivo de la independencia americana, desde que se reconocía la independencia en la parte comercial, al estipular una perfecta armonía en esta clase de relaciones, y la admisión en los puertos de España de las banderas insurgentes." Pero era una ilusión de Rivadavia la esperanza de que la cuestión hispanoamericana pudiese resolverse de otro modo que por las armas.

La convención preliminar tuvo por complemento una ley, tendiente a identificar la causa del liberalismo español con la de la independencia sudamericana. Como la Francia hubiese votado veinte millones de pesos para auxiliar la restauración del rey absoluto en España, de conformidad con las decisiones de la Santa Alianza, de que se había separado la Inglaterra, el gobierno de Buenos Aires fue autorizado para negociar igual suma entre todos los Estados americanos, "para el sostén de la independencia de España bajo el sistema representativo". En consecuencia, fue nombrado don Félix Alzaga como plenipotenciario, para negociar con los gobiernos de Chile, Perú y Colombia, la aquiescencia a la convención y exhibir las leyes de su referencia. Designóse al mismo tiempo como comisionado cerca de las autoridades realistas del Perú al general Las Heras, con el objeto de arreglar lo concerniente al armisticio, y como jefe de línea militar divisoria de ocupación con aquéllas, al general Arenales.

Esta ruidosa negociación que no pasó del papel, fue en su época tan deprimida como ensalzada, así en Europa como en América, y produjo efectos tan extraños como contradictorios. Algunos historiadores la han interpretado después de una manera siniestra, así por parte de los independientes como de los ultrarrealistas, mientras otros piensan que deben consignarse en letras de oro las leyes complementarias que le dan su significación. La verdad es, que descartando del plan lo que tenía de ilusorio, la provincia de Buenos Aires hacía en su situación cuanto era posible y lo hacía bien y correctamente. Amenazada de una guerra inminente contra un vecino poderoso en nombre de la república contra la monarquía, guerra en que no contaba, ni contaría con aliados, cuando sus últimos veteranos combatían por la emancipación del continente, al lado de los soldados del Perú, Colombia y Chile, cumplía para con la América, haciendo solidaria su causa con la suya, al comprometerse espontáneamente, cuando se le brindaban ventajas parciales, a no tratar sino de común acuerdo con los demás pueblos, sobre la base de la cesación previa de la guerra y el reconocimiento de su independencia por España; y al ponerse sola frente a frente de la Santa Alianza de los reyes absolutos, cumplía sus deberes para con el mundo libre, con honor para el Nuevo Mundo. Bien que fuera una ilusión de Rivadavia esperar que la cuestión hispanoamericana pudiera resolverse de otro modo que por las armas —si es que no entró también por parte el cálculo, para propiciarse la opinión de la Inglaterra, como sucedió— la negociación en sí es una grande concepción ideal que honra al hombre de Estado y los propósitos elevados que la inspiraron.

En Europa la convención con sus leyes complementarias, produjo el efecto de propiciarse la buena voluntad de la Inglaterra. En América, presentada por el plenipotenciario de Buenos Aires al gobierno de Chile, fue rechazada de acuerdo con el ministro colombiano cerca de él. Alzaga pasó en seguida al Perú, y la comunicó a los presidentes Torre-Tagle y Riva Agüero. El primero la hizo servir a un plan de traición que tenía premeditado, abriendo con este motivo correspondencia en tal sentido con los realistas. El segundo se utilizó de ella para proponer a los realistas un armisticio, sobre la base de la expulsión de las tropas colombianas. Lo más singular es que Bolívar, por cuya influencia había sido rechazada en Chile, y la calificó después de acto imprevisor de política mezquina, la acogió con favor, como un medio de salvarse de la situación embarazosa en que se encontraba. El congreso peruano, que procedía bajo la influencia de la intervención colombiana, resolvió no se tomara ninguna determinación sin previo acuerdo de Bolívar. El Libertador, consultado, contestó por el órgano de su secretario, que podía tener lugar sobre esa base un armisticio de seis meses, que pusiera a cubierto a los independientes de ser in-

vadidos por el ejército español, cuya preponderancia numérica sobre el de Colombia era un hecho. "Al efecto, agregaba, el Libertador desea que la convención de Buenos Aires sea ratificada antes por los españoles, porque sería un medio de obtener un partido favorable, y opina que se dirija un parlamentario al Cuzco, que tenga por base el armisticio. Luego que lleguen los auxilios de Colombia, se disiparán los temores que al presente nos arredran. El presidente debe escribir al virrey La Serna, que ha llegado a su noticia que éste deseaba terminar la guerra de América por una negociación pacífica. Que el mundo liberal está escandalizado de una contienda fratricida. Que el gobierno peninsular, las Cortes y el Rey han reconocido la independencia de toda América. Que Buenos Aires ha concluido ya sus tratados, Méjico lo mismo, y Colombia ha entablado ya su negociación en Bogotá con los agentes españoles sobre un armisticio y preliminar de paz. Sólo el Perú no goza de paz por no haberse entendido aún las partes contendientes. Que con motivo de la negociación del señor Alzaga por el gobierno de Buenos Aires, y de haber propuesto la convención celebrada con los comisionados españoles, invita al general La Serna a que pronuncie explícitamente sus disposiciones, su avenimiento o su repulsa a estos tratados." Jamás se hizo un elogio más cumplido de la oportunidad y alcance del plan de Rivadavia en sus relaciones con la política general y los intereses americanos, por el mismo que más amargamente lo ha criticado.

III

La situación que en los comienzos del año de 1824 atravesaban los independientes en el Perú, era precaria. Apenas conjurado el peligro de la guerra intestina, la traición minaba sus elementos y los enemigos estaban militarmente preponderantes. El ejército realista constaba de 18.000 hombres disciplinados, poseídos del legítimo orgullo que les daban sus recientes triunfos — 4.000 hombres ocupaban con Olañeta el Alto Perú; 3.000 formaban el ejército del Sur acantonado en Puno y Arequipa; 8.000 el del Norte, situado en la sierra del centro y norte: 1.000 en el Cuzco y como 3.000 diseminados en diversas guarniciones. El ejército independiente de las cuatro naciones aliadas, apenas pasaba de 9.000 hombres; de los cuales, 3.000 peruanos, 4.000 colombianos, 1.100 chilenos y 1.300 argentinos. Bolívar urgía por nuevos refuerzos de Colombia y reconcentraba su ejército en Pativilca, a 187 kilómetros al norte de Lima, con ánimo de abrir campaña sobre la sierra del centro, buscando la victoria por el camino trazado por Arenales.

En medio de esta incierta situación tuvo lugar un acontecimiento desastroso que hubo de decidir —al menos por el momento— de la suerte del Perú. Los independientes perdieron las fortalezas del Callao, ganadas por el genio estratégico de San Martín, en momentos en que la España hacía esfuerzos por reconquistar su perdido dominio en el mar pacífico. Casi simultáneamente, el presidente titular del Perú, Torre-Tagle, se pasaba a los españoles, arrastrando tras sí una parte de las fuerzas nacionales, y los españoles ocupaban a Lima.

Guarnecía los castillos del Callao un batallón de Colombia. Queriendo reconcentrar en el norte todas las fuerzas colombianas que constituían el nervio del ejército aliado, dándole por base la frontera de Quito, de donde esperaba mayores auxilios, dispuso que fuesen cubiertos por los batallones argentinos que a la sazón guarnecían a Lima. La división de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno de la provincia de Buenos Aires, como representante de la Nación Argentina. "Nos hallamos en circunstancias dolorosas —decían sus jefes— al ejecutar este acto. Desde la disolución de las Provincias Unidas no tenemos un gobierno central que nos ampare y regle la conducta militar y política que debemos observar en la guerra que hacemos en el Perú a los enemigos de la libertad de la América, y que recomiende alguna vez a la posteridad los marcados y señalados servicios de nuestro ejército." Su situación era en verdad triste, como lo dice el acta. Lejos de la patria, después de diez años de campañas en tierras extranjeras; los soldados argentinos, desnudos, impagos y sufriendo hasta hambre; odiados por los peruanos, como lo eran los chilenos y colombianos, y lo son siempre los soldados libertadores que pesan sobre un país; huérfanos del gran general que los había conducido a la victoria, relegados a retaguardia con humillación, después de haber ocupado la cabeza de la columna revolucionaria, y sin un gobierno que los amparase, la división de los Andes en 1824 era un cuerpo sin alma. Además, sus bajas en este largo lapso de tiempo habían sido reemplazadas con negros libertos del Perú, lo que le había hecho perder su antiguo espíritu.

En cumplimiento de lo dispuesto por Bolívar, el regimiento Río de la Plata, el batallón número II de los Andes y una brigada de artillería de Chile pasaron a ocupar el Callao. El general Alvarado fue nombrado gobernador de los castillos. El jefe colombiano negó la entrada a la división como a tropa sospechosa, y tuvo que acampar durante seis días al raso, al pie de las murallas, hasta que una orden terminante de Bolívar la hizo penetrar al recinto fortificado para deshonor de ella y de su patria (11 de enero de 1824). Formaban parte de la guarnición, además de la artillería de Chile, una compañía colombiana y el cuadro de un batallón peruano.

En la noche del 4 al 5 de febrero se sublevó silenciosamente la guarnición del Callao, cuyo mayor número lo formaban las tropas argentinas, como queda dicho. La causa más inmediata del motín (además de las ya apuntadas) fue la falta de pago en más de cinco meses, a lo que se agrega, que en el día anterior habían sido abonados los sueldos de los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Operada la sublevación, aparecieron a la cabeza de ella los sargentos Dámaso Moyano y N. Oliva, pertenecientes ambos al regimiento Río de la Plata, que formaba su núcleo. Uno de ellos era natural de Mendoza y el otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del ejército de los Andes, distinguiéndose por su valor más que por su inteligencia. El primer paso de los sublevados fue apoderarse de la persona del gobernador Alvarado, y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, que fueron puestos presos. Los amotinados no tenían plan: no acertaban a dictar una medida, ni a dar dirección al movimiento. Una parte de la tropa, arrastrada por la sorpresa, y otra, arrepentida tal vez, volvía instintivamente sus ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada a obedecer. El motín no tenía un objetivo declarado que pudiese mantener unidos 1.500 soldados mandados por dos sargentos sin cabeza. Al principio se contentaban con recibir cien mil pesos a cuenta de sus haberes y regresar a su país. Más tarde pidieron plazo para resolver. El gobierno perdió mucho tiempo en satisfacer estas demandas, y cuando accedió a ellas, ya era tarde. La soldadesca, emancipada del freno de la disciplina, se entregaba a los mayores excesos, no bastando ya a contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. Moyano, que como más audaz, asumió el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que había desencadenado y tenía delante de sí la perspectiva del cadalso. Oliva, menos arrojado, pero más sagaz, tuvo en aquel momento la inspiración funesta que decidió la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las casamatas del Callao, el coronel José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu. Habíale conocido en Chile con el sargento Oliva, y persuadió a Moyano de que debían dirigirse a él para que los aconsejase en aquel difícil trance. Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio a los profundos calabozos donde descansaba Casariego, ajeno a la revolución que se operaba en su destino. Comprendió desde luego todo el partido que podía sacarse en favor de la causa del Rey de aquel suceso y de aquellos hombres ignorantes; pero se guardó de manifestarles todo su pensamiento. Limitóse a aconsejarles que trasladasen todos los prisioneros españoles, de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la Puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y encerraran en las casamatas a los oficiales

patriotas, aislando así la tropa para prevenir una reacción. Casariego fue desde entonces el verdadero jefe del movimiento.

La indisciplina y el desorden subían de punto. Mientras tanto, el astuto Casariego, que se había insinuado con Moyano y Oliva respecto de la necesidad de dar al movimiento un carácter reaccionario, y los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintóles con negros colores lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso que habían dado, presentándoles del modo más halagüeño las recompensas que debían esperar del Rey, si levantaban en los castillos la bandera de España. Persuadidos los dos caudillos, de que no tenían otro camino de salvación y encendida de súbito en sus almas la ambición de la grandeza, insinuaron artificiosamente a la tropa que éste era el único medio de regresar a Buenos Aires y a Chile. Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad. Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel en nombre del Rey. Oliva fue nombrado teniente coronel. Casariego quedó asociado al mando político y militar. Diose nueva forma a los dos cuerpos y los oficiales españoles se pusieron a su cabeza. Se hizo una promoción general de oficiales entre los cabos y sargentos y se ofició al general Canterac, poniendo a su disposición las fortalezas y la guarnición del Callao. La bandera española fue enarbolada en el torreón *Independencia,* con una salva de los castillos (7 de febrero). Un negro, soldado del regimiento Río de la Plata, nacido en Buenos Aires, llamado Antonio Ruiz (por sobrenombre "Falucho"), que se resistió a hacerle los honores, fue fusilado al pie de la bandera española. Murió gritando: "¡Viva Buenos Aires!", grito que repetirían todas las víctimas de esta catástrofe.

El regimiento de Granaderos a caballo de los Andes, que se hallaba en Lurín, en el valle de Cañete, contaminado por el ejemplo, se sublevó también y marchó a incorporarse al Callao, sin darse cuenta de la trascendencia del movimiento (14 de febrero). Al ver flotar el pabellón español en las murallas, los soldados volvieron sobre sus pasos, y pusieron en libertad a sus jefes depuestos. Los más comprometidos persistieron en su propósito, y volvieron las armas contra sus antiguos compañeros. Quedó, empero, un número de 120 granaderos fieles, que, en representación de la República Argentina, asistirían a las últimas batallas de la independencia sudamericana. Así quedó disuelto por el motín y la traición el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

IV

Canterac, inmediatamente de recibir la noticia de la sublevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet, la que, unida a la división de Rodil, que ocupaba el valle de Ica, sobre la costa, debía apoyarla y ocupar a Lima. La capital fué evacuada por los independientes. El presidente del Perú, Torre-Tagle, que, complotado con su ministro de guerra, había entablado correspondencia secreta con los españoles, para reaccionar contra la intervención colombiana, sirviéndole de pretexto la negociación del armisticio proyectado en Buenos Aires, se pasó a los realistas con algunas fuerzas peruanas que le obedecían y dio un manifiesto contra Bolívar.

Los españoles eran dueños de toda la sierra, y de todo el centro y sur del Perú, e iban a tener el dominio del mar. Una parte de la escuadra independiente se hallaba surta en el Callao. Guisse recibió orden de recuperarla a todo trance. El almirante peruano, con la fragata *Protector* y cuatro botes armados en guerra, penetró al puerto bajo los fuegos de los castillos y fuerzas sutiles de la bahía. Abordó la fragata *Guayas* (antes *Venganza*), y no pudiendo sacarla, la incendió. Lo mismo hizo con la *Santa Rosa,* y con los demás buques mercantes (25 de febrero). Salvóse tan sólo el bergantín de guerra *Balcarce.* Los españoles esperaban dos fragatas de guerra, que encontrarían un puerto de refugio, bajo el amparo de fortificaciones inexpugnables para los independientes.

Bolívar ordenó la evacuación de Lima, dictando órdenes terribles, que encontraron resistencias pasivas en los peruanos. "Imagínese —escribía el encargado de cumplirlas— perdido el país. Se han roto ya los vínculos de la sociedad. No hay autoridad, no hay nada que atender sino privar a los enemigos de una inmensidad de recursos de que van a apoderarse." En el mismo día en que Bolívar fulminaba esta orden, el congreso supremo lo investía con la dictadura absoluta, declarando cesante al presidente de la República, por "ser incompatible el régimen constitucional con la salud pública, y se disolvía hasta tanto el libertador lo estimase convocarlo para un caso extraordinario" (10 de febrero de 1824). Abandonada la capital, Monet la ocupó sin resistencia, y se hizo cargo de los prisioneros del Callao. No entraba en el plan de los españoles ocupar permanentemente la ciudad. Rodil tomó el mando del Callao, y Monet se replegó a la sierra.

Los oficiales patriotas prisioneros, en número de 160, fueron dirigidos a pie al valle de Jauja, custodiados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso a Jauja, por el camino de San Mateo (8 de marzo). En la primera jornada pernoctaron a 36 ki-

lómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba, y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, uno al lado del otro, y antes de entregarse al sueño, se concertaron para fugarse en la primera ocasión propicia, comunicando su proyecto al mayor Pedro José Díaz y a los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día de marcha (21 de marzo) llegaron a una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán. Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron a lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cerraron el claro, renunciando a la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al pueblo de San Juan de Matucana (19 de marzo), a 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fueran ejecutados a la suerte en reemplazo de los dos fugados. Presentóse al grupo el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, y haciéndolos formar en ala, les intimó la sentencia. El Dr. José López Aldana, auditor del ejército independiente protestó contra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía a la víctima en guardián de la víctima, bajo pena de la vida. "—Bastante se ha observado el derecho de gentes con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros" —fue la contestación del jefe español. El coronel José Videla Castillo (argentino), que por su elevada graduación formaba a la cabeza, dijo con tranquila entereza: "—Es inútil la suerte. Aquí estamos dos coroneles: elíjase cuál de los dos ha de ser fusilado, o los dos juntos si se quiere, y hemos concluido." "—¡No! ¡no! ¡La suerte!" —gritaron los prisioneros a una voz—. El general Pascual Vivero, anciano de 60 años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la causa sudamericana, por tener dos hijos sirviendo en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Espontáneamente se puso a la cabeza de la fila. "—Señor D. Pascual, con usted no reza la orden" —le dijo García Camba—. "¡Sí, reza!"— replicó el anciano con noble laconismo. En seguida se procedió al sorteo a muerte. Las cédulas, escritas por García Camba, sobre una caja de guerra que la tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano, y arrojadas en el morrión cónico de un soldado del regimiento de Cantabria, que daba la escolta del suplicio, y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

La primera cédula, que tomó Videla Castillo, era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto, en el orden de la fila, que lo era un mayor, Tenorio, exclamó: "—Yo no tomo la cédula. El señor —agregó señalando al capitán Ramón Lista— sabe quiénes protegieron la fuga." "—Yo no sé

nada —interrumpió Lista—. ¡Venga la suerte!" "—Usted me lo ha dicho!" "—¡Es usted un infame!" En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante: "—¡Yo soy uno!" "—¡Yo soy el otro!" —exclamó inmediatamente un oficial que imitó la acción de su compañero. "—¡Venga la suerte! —gritaron todos, con excepción de Tenorio. "—¡Es inútil" —contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas. Uno de ellos llamábase Manuel Prudán, era hijo de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú, y, prisionero en Vilcapujio, permaneció en las casamatas del Callao durante siete años. Contaba 24 años de edad. El otro, Domingo Millán, de edad proyecta, que era natural de Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de infortunio de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo: "—¡Es inútil! —interrumpió Millán—; en prueba de que soy yo quien debo morir, aquí está una carta de Estomba." "—En mi maleta se encontrará la casaca de Luna —agregó Prudán—. "—No hay que afligirse — dijeron a sus compañeros—; verán morir dos valientes." "—No hay para qué seguir la suerte —dijo entonces con frialdad García Camba—; habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados." "—Prefiero la muerte —prorrumpió Millán—, a ser presidiario de los españoles."

Puestas en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como última gracia, que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta, las colgó del pecho, y dijo: "—He combatido por la independencia desde joven; me he hallado en ocho batallas; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes que transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas vengarán este asesinato." Los ejecutores quisieron vendarles los ojos; pero ambos se resistieron. Millán, que era calvo, con una orla de cabellos negros que le circundaban el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, dijo: "—¡Compañeros, la venganza les encargo!" —y desabrochándose la casaca, gritó con voz firme: "—¡Al pecho! ¡al pecho! ¡Viva la Patria!" Prudán murió con la resignación de un mártir, gritando también: "¡Viva Buenos Aires!" ¡Los verdugos hicieron en seguida desfilar a los prisioneros por delante de los dos cadáveres!

V

Al tiempo de desarrollarse estos acontecimientos desastrosos, Bolívar se hallaba en su cuartel general de Pativilca. Devorado por la fiebre que trabajaba su cuerpo y su espíritu, fue acometido de una grave enfermedad que hizo temer por su existencia. Durante seis días permaneció sin conocimiento. En los templos se hacían rogativas por la vida del Libertador. Apenas convaleciente, le llegaron las primeras noticias de la sublevación del Callao, y sucesivamente la de la ocupación de Lima y la traición de Torre-Tagle. En tal ocasión, su amigo el ministro Joaquín Mosquera fue a visitarlo. Lo encontró en el huerto de la casa que habitaba, sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra una pared, atada la cabeza con un pañuelo blanco. Estaba meditabundo. Su faz era cadavérica, su boca cavernosa, su voz hueca y débil. Vestido con ropa ligera de dril, sus miembros enflaquecidos acusaban las aristas secas del esqueleto. "— ¿Qué piensa usted hacer ahora?" — le preguntó Mosquera. "— ¡Triunfar!" — repuso el Libertador. Su alma heroica se templaba en los contrastes.

En la impotencia de hacer frente a los realistas, se replegó con todas sus fuerzas a Trujillo, tomando por base de operaciones las provincias de Guayaquil, Jaén y Cuenca. Se hallaba en la misma situación que San Martín al tiempo de ocupar con 4.000 hombres la línea de Huaura, con la diferencia de que contaba con cerca de 7.000 hombres, y tenía a su espalda la poderosa reserva de Colombia, triunfante. Tocaba ahora a Colombia completar la obra de San Martín en el Sur, con el auxilio de los elementos del Perú, después de haber terminado gloriosamente la suya en el Norte. Las Provincias Unidas estaban fuera de combate. Chile, cuyo auxilio solicitó Bolívar, no podía o no quería tomar parte en la lucha. Los últimos restos de los ejércitos libertadores de estas dos repúblicas, incorporados a las divisiones peruanocolombianas, formaban parte del ejército que era la última esperanza de la América independiente. El Libertador no cesaba de exigir auxilios del gobierno de Colombia. "Si los intereses que van a decidirse en el Perú — le decía —, tuvieran sólo relación con este pueblo, el ejército que tenemos podría aventurarse contra el enemigo; pero, versando sobre la de toda la América, nada debe librarse a las probabilidades, y menos aún a la casualidad o a la fortuna." El vicepresidente Santander, al responder a este llamamiento, exageró la nota, recabando del congreso de Colombia autorización para hacer una leva de 50.000 hombres, además de las tropas existentes (11 de mayo de 1824). Sucesivamente fueron llegando los refuerzos pedidos a Colombia, hasta el número de 3.000 hombres. Con estos elementos formó Bo-

lívar un ejército de cerca de 10.000 hombres, en Pativilca (provincia de Huaras), al pie de la cordillera del Norte, sin que el enemigo lo sospechara. Lo dividió en cuatro grandes divisiones: dos colombianas, a órdenes de los generales José María Córdoba y Jacinto Lara, y una peruana, al mando de La Mar; las tres de infantería. La caballería, compuesta de los llaneros colombianos, mandada por el coronel Lucas Carvajal; los jinetes peruanos por Miller, asistido por los comandantes Manuel Isidoro Suárez y José Olavarría (ambos argentinos); los restos de los Granaderos a caballo de los Andes, compuestos de gauchos del Río de la Plata y algunos huasos de Chile, a órdenes del coronel Alejo Brueix (francés) — hermano del muerto en el Bío-Bío —, formaban la cuarta división, bajo el mando superior del general Mariano Necochea (argentino). Sucre era el jefe de estado mayor y la cabeza organizadora. Las cuatro repúblicas de la América Meridional, existentes entonces, estaban representadas (con excepción de Méjico), en un solo ejército continental.

Un acontecimiento extraordinario vino por este tiempo a equilibrar las fuerzas beligerantes y permitir a Bolívar emprender operaciones decisivas. El general Olañeta se sublevó en el Alto Perú con un ejército de 4.000 hombres, y sin separar su causa de la de los realistas, se sustrajo a la obediencia del Virrey, como lo había anunciado a Alvarado en 1823 en su conferencia de Iquique (véase cap. XLVIII, párrafo IV). Por su calidad de americano y por sus opiniones absolutistas, Olañeta era enemigo declarado de los generales españoles que profesaban ideas liberales y habían levantado a La Serna en Asnapuquio. En 1824 le llegó por la vía de Buenos Aires la noticia de que Fernando VII, sostenido por la intervención francesa, había abolido la constitución de 1820 y restablecido el antiguo régimen. Sin esperar órdenes, procedió por sí a hacer la proclamación del Rey absoluto. El Virrey desaprobó su conducta. El contestó despidiendo a los generales españoles La Hera y Maroto, que ocupaban altos puestos en el Alto Perú, reconcentró su ejército y se preparó a la resistencia armada. El general Jerónimo Valdés, con cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de artillería, fue encargado de someterlo a la obediencia. Después de algunos alardes militares y negociaciones confusas, no obstante que ambas partes conviniesen en reconocer al absolutismo español, se rompieron las hostilidades. Los realistas tuvieron también su guerra civil. Se libraron varios combates sangrientos, en que Valdés tuvo la ventaja, y habría acabado al fin por destruir a Olañeta, cuando recibió orden terminante del Virrey de abandonar el Alto Perú y reconcentrarse al Cuzco. Los independientes habían triunfado en Junín.

Bolívar, aprovechando la coyuntura de la sublevación de Olañeta y el alejamiento de la división de Valdés, que le quitaba de

encima como 7.000 enemigos, abrió su nueva campaña, sin plan determinado, pero con la resolución de buscar al enemigo, y posesionarse del valle de Jauja, siguiendo las huellas de Arenales, que había trazado dos veces el camino de la victoria. Su invasión a la sierra fue precedida por un movimiento general de las guerrillas peruanas, desde Yauly hasta Pasco, que estrecharon el círculo de los realistas en las montañas. Cubierto por esta cortina de partidarios, Sucre, con la previsión de San Martín, reconoció los caminos de la cordillera, cuyo croquis levantó él mismo como ingeniero; estableció depósitos de víveres, leña y forrajes a lo largo del trayecto que el ejército debía recorrer, y marcó punto por punto el itinerario, midiendo las distancias. Bolívar trasmontó los Andes por la parte más fragosa y elevada, con dirección a Pasco, a fin de ocultar su movimiento y sorprender al enemigo. Mientras tanto, Canterac permanecía en inacción en el valle de Jauja, con 8.000 infantes, 1.300 caballos y 8 piezas de artillería, ignorante del avance de los independientes.

El 2 de agosto (1824) el Libertador pasó revista a 9.000 hombres sobre las armas, formados en el llano Rancas, a 36 kilómetros de Pasco y les proclamó con su genial elocuencia: "Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de nosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo." O'Higgins, el héroe de Chile, proscripto de su patria, y Monteagudo, levantado de hecho su destierro, acompañaban a Bolívar en esta gran revista americana. Al día siguiente, 700 montoneros peruanos se reunieron a la caballería, después de haber explorado el país al oriente de la cordillera. El día 4 Miller, destacado con una vanguardia de caballería al oeste de Jauja, daba parte de que Canterac avanzaba sobre Pasco con su ejército en masa. El libertador aceleró su movimiento.

VI

Al sur de Pasco y en las nacientes del río Grande, comienza el gran lago de Reyes, situado entre la cordillera occidental y la oriental, que llena toda la depresión del terreno, hasta la entrada del valle de Jauja. El camino que desde Tarma conduce a Pasco, orillando su margen oriental, es el más llano: el del occidente, que va desde Pasco a Junín, es el más escabroso. En su extremidad meridional se encuentra el llano de Junín, quebrado por colinas, en medio de riachuelos y pantanos formados por los desagües del lago. Canterac, que se había reconcentrado en Jauja, informado tardía y vagamente del movimiento de los independientes, tomó con

su caballería el camino oriental del lago, con el objeto de practicar un reconocimiento (1º de agosto). En Carhuamayo, a 26 kilómetros de Pasco, supo con sorpresa que Bolívar se había movido por la margen opuesta en dirección a Jauja. Los ejércitos efectuaban alternativamente una marcha paralela, en sentido contrario, lago por medio, tan ignorante el uno como el otro de sus movimientos. El general español, con su retaguardia amenazada, temeroso de perder su base de operaciones y su línea de comunicaciones, emprendió inmediatamente su retirada por el camino que había llevado para reunirse con su infantería (5 de agosto). En veinticuatro horas anduvo 88 kilómetros, y el 6, a las 2 de la tarde, se hallaba en la extremidad austral del lago, en la pampa de Junín, y a su frente por la parte del Oeste, apareció al mismo tiempo el ejército independiente, con su infantería establecida en las alturas y su caballería que descendía al llano en aire de carga.

Bolívar había marchado por las faldas orientales de la cordillera occidental, con el lago a su pie sobre su izquierda, a fin de salir a la derecha del río Grande de Jauja, apoyándose siempre en posiciones inexpugnables, lo que indicaba una prudencia que no le era habitual. Al avistar frente a Junín al ejército realista, hizo avanzar su caballería al mando de Necochea, fuerte de 900 hombres, permaneciendo con su infantería en el terreno fragoso, como 8 kilómetros a retaguardia. La componían seis escuadrones de Granaderos montados y Húsares de Colombia, un escuadrón de Granaderos a caballo de Buenos Aires, y dos del Perú. La caballería española alcanzaba a 1.300 hombres, y se consideraba invencible.

La caballería republicana, formada en columna sucesiva por mitades, se comprometió en un terreno desventajoso, por un desfiladero entre un cerro y un pantano, cortado por un riachuelo, ramal del lago que obstruía sus despliegues antes de salir a la pampa. Sólo tuvo tiempo de presentar en batalla dos escuadrones de Granaderos montados de Colombia. Eran las 5 de la tarde. A Canterac le pareció propicia la oportunidad. Fiado en el número y calidad de su arma favorita, que creía saber manejar, no quiso hacer uso de la artillería ligera ni de las compañías de cazadores que tenía a la mano; se puso personalmente al frente de su caballería, desplegó su línea, reforzando las alas con escuadrones doblados, y ordenó la carga con aires violentos a una distancia desproporcionada, sin darse cuenta exacta del terreno, error reconocido por sus mismos compañeros de armas, y a que se atribuye en parte su merecido contraste. Su ánimo era flanquear con su derecha la izquierda de la columna republicana en marcha; pero antes de alcanzar su objetivo, se encontró embarazado por el pantano, y se detuvo en confusión. Su izquierda y parte de su centro se desordenaron un tanto por el largo trayecto recorrido a gran galope, chocaron con los dos escuadrones colombianos que con sus largas lanzas recibieron con firmeza la im-

petuosa carga; pero fueron éstos arrollados y perseguidos por la espalda, envolviendo en su fuga la cabeza de la columna independiente, que en ese momento salía del desfiladero.

Canterac, además del error técnico ya indicado, cometió otro más grave aún, y fue comprometer de golpe toda su fuerza, sin prevenir una reserva que acudiese a las partes débiles o completase el triunfo. De aquí resultó que, lanzados los escuadrones en desorden a la persecución, se comprometieron a su vez en el desfiladero, acuchillando a los fugitivos. Necochea, traspasado de siete heridas de lanza, fue pisoteado por los caballos de vencidos y vencedores, y quedó prisionero de los españoles. El acaso dio la victoria a los independientes. La reserva estaba emboscada a la orilla del pantano. El comandante Manuel Isidoro Suárez, que con el primer escuadrón Húsares del Perú se hallaba situado en uno de sus recodos, dejó pasar por su flanco el tropel de perseguidos y perseguidores, y despejado el terreno, cargó por retaguardia a los vencedores, que a su vez se pusieron en precipitada fuga. Los escuadrones patriotas reaccionan con Miller a su cabeza, vuelven caras y quedan dueños del campo. Canterac, que consideraba seguro su triunfo, no quería dar fe a sus propios ojos, al presenciar su derrota: "Sin poder imaginarme cuál fue la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dio a una fuga vergonzosa. Parecía imposible en lo humano que una caballería como la nuestra, tan bien armada, montada e instruida, con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos respectos, que ya estaba casi batido, echando un borrón a su reputación antigua y puesto en peligro al Perú todo." Todo fue obra de 45 minutos. Fue un combate al arma blanca; no se disparó un solo tiro. Quedaron en el campo 250 realistas muertos a sable y lanza. La pérdida de los republicanos no pasó de 150 entre muertos y heridos, entre ellos Necochea, gloriosamente rescatado. Los derrotados fueron perseguidos hasta guarecerse bajo los fuegos de su infantería que se puso inmediatamente en retirada. El nervio del ejército realista quedó para siempre quebrado en este memorable combate, precursor del triunfo definitivo.

Bolívar, que con su estado mayor presenciaba el combate desde lo alto de una colina, al ver doblados los escuadrones de Colombia y en fuga los que formaban la columna sucesiva, lo dio todo por perdido, y se replegó rápidamente a su infantería, donde lo alcanzó más tarde el parte de la victoria dado por Miller. Esto no ha impedido que la musa americana le haya consagrado el más inspirado de sus cantos, glorificándolo como a un héroe de Homero, en un combate decidido por el acaso y el valor de los soldados, en que no tomaron parte ni su inteligencia ni su persona, aun cuando el honor del triunfo le correspondía como general en jefe que dio la orden de pelear, y sea merecedor a sus encomios por otras batallas peleadas y ganadas por su genio militar. Sobre el campo de batalla sa-

ludó a los vencedores, y dio al primer escuadrón, mandado por el argentino Suárez, el glorioso nombre de "Húsares de Junín", con que ha pasado a la historia, como antes había dado a los Granaderos de los Andes, mandados por el argentino Lavalle, el de "Granaderos de Río Bamba".

VII

Canterac, desmoralizado por un contraste que consideraba "imposible en lo humano", emprendió una retirada que más se parecía a una fuga, sin más propósito que ponerse fuera del alcance de las armas libertadoras, para prevenir una derrota. Evacuó el valle de Jauja, y emprendió su marcha con tanta precipitación, que a los dos días se hallaba a 160 kilómetros del campo de batalla, destruyendo así por el cansancio su infantería, que era lo único que le quedaba. Abandonó sucesivamente los distritios de Tarma, Cajatambo, Huaylas, Huanuco, Huamanga, Huanvelica, Cangallo, Huanta, Pampas y Andahuailas, sin detenerse en las posiciones ventajosas a lo largo de su trayecto, ni cuidarse de los repuestos y convoyes que dejaba a su retaguardia; pidiendo con insistencia 5 ó 6.000 hombres para "no sucumbir y perder el Perú sin remedio", según sus propias palabras, y no paró hasta considerarse en salvo al oriente del Apurimac, a 750 kilómetros de su punto de partida. En esta retirada, perdió como 2.000 hombres, según unos, y 3.000 según otros, entre rezagados y desertores, más de lo que le habría costado una gran batalla. Se perdió algo más: el crédito del general en jefe español, la moral del ejército realista y hasta la esperanza de su victoria. El Virrey lo reforzó con 1.500 hombres del Cuzco, con lo que se estableció sólidamente en la línea inexpugnable del Apurimac. Fue entonces cuando La Serna ordenó que la división de Valdés, ocupada en la guerra con Olañeta al Sur, se concentrase al Cuzco. Sin embargo, nadie perseguía a Canterac, sino su propia sombra.

El ejército independiente descansó tres días en el campo de batalla, y sólo destacó alguna caballería con infantes montados para picar la retaguardia del enemigo. Empleó diez días en posesionarse de Jauja. Permaneció cerca de un mes en Huamanga. A mediados de setiembre atravesó el río Pampas, poderoso tributario del Apurimac, que corre en esta región de occidente a oriente, cuyo puente de maromas halló cortado. Se estableció en seguida en Andahuailas, y avanzó hasta Challhuanca al sur del Pachachaca (otro afluente del Apurimac), amagando el Cuzco sobre la línea del Apurimac a la altura de sus nacientes, con el flanco derecho cubierto por la cordillera de Huanzo, que forma el nudo andino en que las dos cordilleras se reúnen, y que lo separaba de Arequipa. En este punto,

Bolívar dio por terminada su campaña por el momento. No se consideraba con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva. Además, la estación de las lluvias iba a empezar, y no parecía probable que los realistas emprendiesen operaciones. Sabedor, por otra parte, de que el empréstito mandado negociar por San Martín en Londres se había realizado, y que debía recibirse inmediatamente un millón de pesos, delegó el mando del ejército en Sucre, con instrucciones de acantonarse en Andahuailas, entre el Pampas y el Pachachaca (ambos tributarios del Apurimac), prometiéndole enviarle inmediatos refuerzos desde la costa; y él se retiró a Lima por el camino de Jauja (fines de octubre). Aquí termina la carrera del Libertador como general, en la guerra de la independencia sudamericana.

En Huamanga recibió Bolívar una ley del congreso de Colombia (de 28 de julio de 1824), derogatoria de la que le había conferido facultades extraordinarias como presidente de la república en campaña, con el dominio absoluto en lo militar y fuera de la constitución en los países que libertase o fuesen el teatro de la guerra (9 de octubre de 1821). Por ella se disponía que tales facultades correspondían al encargado del Poder Ejecutivo, quien podía delegarlas, como ya lo había hecho, en los departamentos meridionales de Colombia (Patía, Pasto y Quito). En consecuencia, él no podía ya mandar directamente esos departamentos desde país extranjero, y debía solicitar del gobierno los auxilios que necesitase en ellos, y sólo en el caso de restituirse al territorio de la república, podía tener el mando de algunos de sus ejércitos. Era ésta la primera señal de la resistencia del parlamentarismo liberal de Colombia contra las tendencias dictatoriales de Bolívar. Ya los congresos de Angostura y de Cúcuta habían rechazado, en nombre de los principios, las teorías constitucionales del Libertador sobre gobierno oligárquico con presidencias vitalicias y senado hereditario, deplorable adaptación de las instituciones africanas de Haití y de la aristocracia inglesa, que eran un bastardeo de la república democrática. El sentimiento liberal se había encarnado en el congreso de Bogotá y constituía un poderoso partido político, a cuyo frente estaba el vicepresidente Santander, que además representaba el particularismo de Nueva Granada, centro del gobierno general. Esto da la filiación de la ley.

Bolívar sintió el golpe; pero lo recibió con dignidad. Aunque consideró como un ataque directo a su influencia la prohibición de mandar en persona el ejército colombiano en el Perú, comprendió que era la consecuencia de la posición anómala que se había hecho él mismo al encargarse del gobierno de un país extraño, no sometido a la ley de su patria. Nombró a Sucre general en jefe del ejército, en obediencia a la ley, previniéndole que en lo sucesivo no tendría más intervención en las operaciones militares que la que le

correspondía como jefe de la república peruana. Sucre, que aunque superior como general a Bolívar (y él lo sabía) no tenía ambición, y estaba identificado a su destino y a su gloria, le aconsejó prescindir de la ley, promovió una representación de los jefes al congreso para que fuese revocada, y aceptó al fin el cargo, pero declarando que no abriría relaciones directas con el gobierno de Colombia, y sólo obedecería las órdenes del Libertador. Los dos cumplieron con su compromiso: Bolívar, dejando completa libertad de acción a Sucre, y éste, ajustándose a las instrucciones del Libertador, en cuanto no comprometieran el éxito de sus operaciones.

A su llegada a la costa, Bolívar estableció su cuartel general en Pativilca. La situación había cambiado, empeorándose. La llegada del navío *Asia*, de 72 cañones, y del bergantín *Aquiles*, de 20, había dado la preponderancia marítima a los españoles. Reunidos estos buques a los que antes poseían bajo la protección de los puertos fortificados de Chiloé y del Callao, había formado una escuadra de un navío, una corbeta y tres bergantines que montaban 154 cañones. La escuadra peruanocolombiana, al mando de Guisse, la provocó al combate, y aunque el honor de la bandera se mantuvo, su inferioridad quedó evidenciada, y tuvo que refugiarse en Guayaquil. Una división de los independientes, destacada sobre Lima en observación del Callao, había experimentado un serio y vergonzoso revés. Chile no concurría ni con sus fuerzas marítimas ni de tierra a la guerra del Perú. Mientras tanto, Bolívar preparaba en Pativilca elementos para el caso posible de un contraste que temía, aunque sin desesperar del triunfo final, y pedía con exigencia un auxilio de 6.000 hombres a Colombia, para reforzar a Sucre, a quien consideraba comprometido, como en efecto lo estaba.

Bolívar, en Pativilca, como Napoleón en medio del incendio de Moscú dictando decretos sobre teatros, se ocupaba de la exhibición teatral de sus planes de engrandecimiento, para el día del triunfo final, que ya lo veía cercano. Volvió a ocuparse de su antiguo proyecto de congreso americano. Dirigió una circular a los gobiernos de América, invitándolos a enviar sus representantes al istmo de Panamá, en que encarecía la necesidad de la reunión de la gran dieta (7 de diciembre de 1824). "Es tiempo —decía— de que los intereses y relaciones que unen entre sí a las dos repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Las repúblicas americanas, de hecho, están ya confederadas. Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el Africa y la Europa. El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de

América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas que trazaran la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto con el de Panamá?"

En medio de estas contrariedades y grandiosos sueños, lo sorprendió la noticia de que los españoles habían abierto su campaña desde el Cuzco, y maniobraban en el sentido de cortar la retirada a Sucre. Al principio pensaron, tanto Sucre como Bolívar, que este movimiento tenía por objeto abrir operaciones sobre la costa, contando con la base del sur del Perú y con el apoyo del Callao. Después se hizo el silencio. Las comunicaciones entre Lima y el ejército independiente estaban interrumpidas. Bolívar, a oscuras, recomendaba a Sucre "no dividir su ejército y conservarlo a todo trance" (noviembre 24). Ultimamente, y con la conciencia de que Sucre sobre el terreno haría las cosas mejor que él, lo autorizó a no esquivar una batalla en el caso necesario, y en todo caso, mantenerse en la sierra. Ocho días después, la suerte de la América estaba decidida: Sucre triunfaba en Ayacucho.

VIII

Sólo en un punto estaban disconformes Bolívar y Sucre. El Libertador, así en las instrucciones que dejó, como en su correspondencia oficial y confidencial, prevenía acantonar el ejército en Andahuailas, sobre el Pampas, y mantenerlo reunido. El general en jefe, por el contrario, pensaba que esta posición era peligrosa o nada prometía, y diseminó sus divisiones en la comarca, con ánimo de ganar terreno. Bolívar tenía la razón, como el hecho lo demostró, pero Sucre tenía también la suya, y el éxito se la dio en definitiva. Según Miller, a los pocos días de la partida del Libertador, Sucre reunió una junta de guerra, y las opiniones se dividieron. Unos pensaban que la situación del ejército podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, y que en tal situación, no debía vacilarse en tomar la ofensiva antes de que la división de Valdés se concentrase en el Cuzco y diese la preponderancia a los realistas. Otros, aunque convenían en lo peligroso de la posición —que era una consecuencia del largo avance de Bolívar sin ánimo de tomar la ofensiva—, vacilaban ante la responsabilidad de obrar contra las precisas instrucciones del Libertador. Sucre tomó sobre sí avanzar y se adelantó en dirección al Cuzco con una división ligera hasta Mamará, al sur del río Oropesa. Desde este punto desprendió a Miller con los Granaderos de los Andes con el objeto de practicar un reconocimiento del país.

Así que Bolívar tomó conocimiento de este plan aventurado y sin alcance, lo reprobó con amistosa severidad. "Desde luego digo rotundamente, que no creo conveniente la operación. De las cosas más seguras, la más segura es dudar. Si la ha ejecutado, habrá obrado en un sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: la unión hace la fuerza. No divida nunca el ejército y procure conservarlo a todo trance. Rodee todo lo que quiera con tal de conservar el buen estado del ejército, que es objeto primario de todas nuestras operaciones, porque mientras lo conservemos, seremos invencibles. Dividiendo el ejército se exponía a un riesgo conocido y exponía los grandes intereses de la América por un bien comparativamente pequeño. Se exponía a ser inferior a sus enemigos y perder una batalla por ocupar algunas leguas más del país. La libertad del Perú no ha de venir por la ocupación material del terreno, sino que está en el mismo campo en que obtengamos una victoria contra los enemigos." Sucre le contestaba: "Queda sin efecto el movimiento que se iba a ejecutar. Yo creía que podíamos hacer algo útil; pero, puesto que usted lo considera peligroso, renunciaré a mi deseo y haré lo que me mande. No me atreví a decir que debemos continuar las operaciones. Dando tiempo al enemigo, puede organizarse. La cuestión más importante es si debemos o no pasar el Apurimac. A usted toca resolverlo. Aunque mi deseo es adelantar, me conformaré en acantonarnos en Andahuailas." Apenas despachada esta carta, Sucre recibió parte de Miller de que el enemigo se hallaba a 37 kilómetros de Mamará, y avanzaba en masa.

Sucre tenía su ejército diseminado en una extensión de 130 kilómetros, y antes de reunirlo, los realistas podían cortarle la retaguardia. Felizmente ya era tarde, para enmendar el error, de que el general republicano supo sacar partido maniobrando con la habilidad y precisión de un Turenne. "Está bien castigada mi culpa —decía Sucre al replegarse—, cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto" (7 de noviembre). Tres días después, escribía al Libertador: "Sentiré que me tomen la espalda; pero esto no me da cuidado, porque tengo tan absoluta confianza de este ejército, que me importa poco que los enemigos se pongan en cualquiera otra parte; en cualquiera parte debemos derrotarlo." En retirada, recibió la autorización de Bolívar para librar la batalla. Al día siguiente contestaba con el parte de la victoria.

Sucre estaba mal informado respecto de la verdadera fuerza de los realistas; no les daba sino 8.000 hombres desmoralizados, y de ellos 3.000 reclutas. Mientras tanto, el Virrey, concentradas las divisiones de Canterac y Valdés, atravesaba el Apurimac y abría resueltamente su campaña al frente de 10.000 hombres bien organizados (24 de octubre). El ejército español, que constaba de 14 bata-

llones y dos brigadas de caballería con 10 piezas de artillería, se repartió en cuatro divisiones: tres de infantería, a órdenes de los generales Canterac, Valdés y Monet, y una de caballería bajo el inmediato mando del Virrey. Valdés tomó la vanguardia, con su división compuesta de cuatro batallones. El ejército republicano no pasaba de 7.000 hombres, con dos piezas de artillería.

El virrey La Serna inició sus operaciones contorneando las posiciones de los independientes, apoyada su izquierda sobre la cordillera de Huanzo, y se situó sobre el flanco de Sucre, avanzando en masa. Al principio, el general republicano no atinó a explicarse este movimiento; pero bien pronto se dio cuenta de su objeto, cuando vio que el enemigo rebasaba su derecha y maniobraba para establecerse a su retaguardia, a fin de cortarle su línea de comunicaciones y dejarlo sin base de operaciones. Los enemigos describían un semicírculo, dentro de cuyos radios tenía él que moverse. Esto le daba algunas ventajas de que supo aprovecharse hábilmente con gran resolución y serenidad. Podía efectuar su reconcentración, por líneas rectas, dos veces más cortas que las curvas del enemigo, con economía de las fuerzas físicas de su tropa; prevenir el movimiento envolvente, anticipándose tal vez a él, y en todo caso, trazar su itinerario para marchar en posición y elegir su campo para provocar o aceptar una batalla en condiciones relativamente ventajosas. Para esto tendría que recoger su derecha, concentrarse sobre el promedio de la línea de Pachachaca, replegarse a Andahuailas y establecerse en la línea de Pampas, a fin de abrir sus comunicaciones, o recuperar su base de operaciones continuando su retirada en dirección a Huamanga. Esto fue lo que hizo; pero al llegar al Pampas, encontró al enemigo que a marchas forzadas se había anticipado a ocupar su margen izquierda, cortándole la retirada hacia el Norte (24 de noviembre). Por primera vez se avistaron los beligerantes. Lo fragoso del país permitía a los dos ejércitos maniobrar sobre ambas márgenes del río con seguridad, y durante tres días ejecutaron alternadas y simultáneas contramarchas, sin que ni uno ni otro se atreviera a atacar en las fuertes posiciones elegidas. Sucre atravesó definitivamente el Pampas en dirección a las fronterizas alturas de Matará: pero al llegar a su pie, las halló coronadas por el ejército español (2 de diciembre). Entonces se inclinó sobre su derecha (este), con el propósito de continuar su retirada, faldeando la cordillera oriental. Para efectuar esta operación, tenía que atravesar la inmediata quebrada de Corpahuaico, distante como seis kilómetros, que da acceso al valle de Acrocos en dirección a Huamanga. Esta era la zona peligrosa.

Los españoles, al observar el movimiento lateral de Sucre, se corrieron sobre su izquierda para cerrarle el camino; pero cuando llegaron a la boca meridional de la quebrada, ya las divisiones de vanguardia y centro del ejército unido habían franqueado el mal

paso. La retaguardia, compuesta de tres batallones colombianos al mando del general Lara, fue atacada en ese momento por la división de Valdés, a tiempo de ponerse el sol (3 de diciembre). Uno de los batallones fue en su mayor parte sacrificado, sosteniendo la retirada; los otros ganaron las alturas en dispersión, con abandono de parte del parque y una pieza de artillería que custodiaban; pero hicieron pie firme allí. Sucre se apresuró a tomar posiciones al norte de la profunda quebrada de Corpahuaico, y las sostuvo con los fuegos de su infantería hasta entrada la noche. Los beligerantes acamparon en las cimas de los dos lados de la quebrada, barranco de por medio. Sucre confesó en este descalabro parcial una pérdida de 300 hombres, una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este momento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon a la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera oriental; interceptados ambos por un abismo. Al desembocar al valle de Acrocos, Sucre presentó batalla; pero no fue aceptada (4 de diciembre). En este punto, los realistas se inclinaron sobre su izquierda (oeste) haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El Virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección a Huamanguilla (al sur de Huanta), contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarle por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros a su retaguardia, y empezó a maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado. Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar a Sucre, fue rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales degollados. La posición de Sucre era crítica: estaba entre la victoria o la muerte. En la retirada había perdido más de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba a 6.000 plazas. Los españoles peruanos contaban con más de 9.000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque desigual por colinas y barrancos profundos, podía ser atacado por su frente o por su izquierda. Este lugar se llamaba Ayacucho, y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas en la América del Sur.

IX

Los independientes en la posición que ocupaban, tenían a su frente la serranía de Huanta, detrás de la cual maniobraba el Virrey, y sobre su derecha las alturas de Condorkanqui, único punto accesible de la cordillera oriental, cuyo dominio tenían los realistas (6 de diciembre). En la tarde del 8 coronó el ejército español las alturas de Condorkanqui. Por allí venía el ataque. Sucre dio el frente a Condorkanqui. Dos horas después de ponerse el sol, se empeñaron las primeras guerrillas al pie de la cuesta. El ejército unido estaba formado en el llano, casi a tiro de cañón del enemigo.

El ejército unido se componía de 4.500 colombianos, que constituían su base y su nervio, 1.200 peruanos, cuyos cuerpos estaban mandados en parte por jefes argentinos, y 80 argentinos, último resto del ejército de los Andes. La derecha, mandada por Córdoba, general de 25 años, se componía de cuatro batallones colombianos. El centro, a cargo de Miller, lo formaban los escuadrones peruanos de Húsares de Junín, los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia y el escuadrón de Granaderos a Caballo de Buenos Aires. A la izquierda, a órdenes de La Mar, estaban la Legión peruana y los batallones números 1, 2 y 3 del Perú. La división de reserva, mandada por el general Lara, constaba de tres batallones colombianos. Una pieza de a cuatro era toda la artillería del ejército unido. El ejército realista estaba compuesto de españoles y peruanos. Valdés, con 4 batallones, 2 escuadrones y 4 piezas de artillería, ocupaba la derecha. Seguía la segunda división al mando del general Villalobos, fuerte de cinco batallones. La división Monet, con cinco batallones, cubría la izquierda. Diez escuadrones, con 7 piezas de artillería, escalonados en dos líneas a retaguardia, cerraban el flanco izquierdo.

Al amanecer el día jueves, 9 de diciembre de 1824, el sol se levantó radiante tras la gigantesca cumbre de los Andes orientales. Sucre recorrió a caballo la línea del ejército, proclamando a los soldados en alta voz. "¡De los esfuerzos de este día depende la suerte de la América del Sur!" En esos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condorkanqui, y agregó con acento inspirado "Otro día de gloria va a coronar vuestra constancia." Los fuegos de las guerrillas y algunos cañonazos disparados de parte a parte, dieron la primera señal del combate. Eran las 9 de la mañana. A las 10, los españoles situaban cinco piezas de artillería, protegidas por un batallón, al pie de la altura, y avanzaban de frente en masa con su izquierda y centro, ocultando el movimiento de su derecha, destinada a flanquear la izquierda republicana. El Virrey marchaba a pie a la cabeza del centro.

El campo de batalla en que se iban a medir los dos ejércitos, el valle o Pampa de Ayacucho. Su configuración es la de un cuadrado, y su extensión, como 600 kilómetros de sur a norte y de 350 de este a oeste. En su fondo occidental se eleva una loma de suave pendiente, que se desarrolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos estaban cubiertos por dos ásperas quebradas, siendo la del sur (derecha independiente) absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación de norte a sur, la atraviesa un barranco, que los españoles tenían que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sur. En este punto fue donde los españoles establecieron su primera batería.

La división de Valdés inició la batalla por su derecha, desalojando las compañías de cazadores de los independientes avanzadas sobre el barranco del frente. Al sonar los primeros tiros, una parte del centro realista comprometió a paso de carrera el ataque, con dos batallones seguidos por la línea de tiradores, con el propósito de flanquear la derecha opuesta. La división colombiana que defendía este punto, permaneció inmóvil a pie firme. Sucre reforzó su izquierda con un batallón y ordenó que Córdoba cargase rápidamente, protegido por la caballería de Miller. El joven general levantó en alto su sombrero, y dio la famosa voz de mando que ha dado relieve a su heroica figura: "¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas a discreción!" Y cargó con ímpetu irresistible, formado en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro. La infantería enemiga, que se había avanzado, fue atacada a bayoneta, y por algunos minutos, la victoria estuvo indecisa. Los españoles pretendieron decidir el combate lanzando ocho escuadrones a fondo, pero fueron arrollados por los regimientos de caballería de Colombia al mando del general Laurencio Silva. El campo quedó por los independientes. La artillería realista desde este flanco quedó inutilizada, antes de poder romper sus fuegos. La derecha del centro de los realistas (general Monet), que se hallaba intacta, acudió a restablecer el combate; pero, antes de pasar toda ella el barranco, fue atacada de firme por la división de reserva al mando de Lara, apoyada por la caballería colombiana, y retrocedió en desorden. Tres nuevos escuadrones salieron al encuentro. Los jinetes colombianos a pie firme, con sus enormes lanzas enristradas, les infundieron pavor, y fueron exterminados. El Virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero derribado de su caballo con seis heridas, fue hecho prisionero con más de 1.000 de sus soldados.

Mientras tanto, Valdés, con tres batallones y cuatro piezas de montaña, había penetrado por la izquierda republicana y abierto fuegos sobre el flanco de la división peruana al mando de La Mar, que ya empezaba a cejar, cuando acudió el batallón colombiano des-

tinado a reforzarla, y sucesivamente los Húsares peruanos de Junín mandados por Suárez, sostenidos por los Granaderos de Buenos Aires a órdenes de Brueix, con Miller a su cabeza, que decidieron el último combate. La batalla estaba ganada en toda la línea. Era la 1 del día. Valdés, desesperado al ver su tropa en fuga, se sentó sobre una piedra para esperar la muerte; pero sus oficiales lo obligaron a replegarse a la cumbre de la montaña, donde se reunieron todos los generales vencidos con sus últimos dispersos, huérfanos de su virrey y general en jefe. Canterac asumió el mando y capituló con el vencedor, que le concedió generosamente condiciones honrosas. La guerra de la independencia de la América Meridional estaba terminada, y su emancipación por siempre asegurada. Según la expresión del poeta, mil años transcurrieron en la hora de Ayacucho.

Ayacucho fue llamado en América la batalla de los generales, como la de los soberanos en Europa. Catorce generales españoles, con todos sus jefes y oficiales rindieron en ese día sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano. Del ejército realista quedaron en el campo 1.400 muertos y 700 heridos. La pérdida de los republicanos fue de 300 muertos y 600 heridos. ¡La cuarta parte de los combatientes fue muerta o herida!

En esta batalla final estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su ejército. Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del ejército de los Andes, su paso de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maipú; sin el dominio marítimo del Pacífico, según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito, que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho. Así también, sin la condensación de la revolución del norte de la América meridional por el genio de Bolívar y su paso de los Andes Ecuatoriales; sin Boyacá y Carabobo; sin la organización militar de Colombia, no habría habido tampoco Junín y Ayacucho. Los dos Libertadores triunfaban; pero Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término como vínculo de unión entre los dos vencedores de Chacabuco y Maipú, de Boyacá y Carabobo.

Capítulo L

APOGEO, DECADENCIA Y CAIDA DE BOLIVAR

1824-1830

Consecuencias de Ayacucho. — Ocupación del Alto Perú. — La América del Sur emancipada. — Apogeo de Bolívar. — Síntomas de decadencia. — Carácter dual de la revolución sudamericana. — El delirio de Bolívar. — Sus tres primeros actos en el apogeo. — Prorrogación de la dictadura de Bolívar en el Perú. — Muerte de Monteagudo. — Plan de confederación. — Congreso de Panamá. — Creación de la república de Bolivia. — Planes aventureros de Bolívar. — Legación argentina cerca del Libertador. — La política argentina y la boliviana frente a frente — Nueva hegemonía argentina — Constitución de Bolívar para el Alto Perú. — Las presidencias vitalicias de Bolívar. — Plan de confederación de los Andes. — La monocracia. — Anarquía de Colombia. — Disolución de la confederación boliviana. — Política reaccionaria del Libertador. — Disolución de Colombia. — Caída y ostracismo de Bolívar.

I

La capitulación de Ayacucho puso término a la guerra de la independencia de la América del Sur. Todas la fuerzas realistas del Bajo Perú se sometieron a ella, con excepción del Callao, donde Rodil continuó tenazmente la resistencia con 2.200 hombres un año más; pero que se rindió al fin (1825). Las ciudades de Cuzco, Arequipa y Puno abrieron sus puertas al vencedor, que atravesó el Desaguadero, y fue recibido en triunfo en La Paz, Oruro, Potosí y Chuquisaca. El ejército realista del Alto Perú se disolvió por una sublevación, muriendo en ella el general Francisco Antonio Olañeta. El general Sucre ocupó militarmente el país, y convocó una asamblea que deliberase sobre su suerte política. La escuadra española se alejó por siempre de las costas del Perú, y se disolvió desastrosamente en el mar Pacífico. La isla de Chiloé, último punto donde las armas españolas harían su última resistencia, mandadas por Quintanilla, sería también rendida como el Callao. El poeta del siglo, transportado por la imaginación a la cumbre del Chimborazo, extendía la vista por los ámbitos del Nuevo Mundo, y no descubría un esclavo.

Bolívar había alcanzado el apogeo de la gloria humana. Era uno de los hombres más grandes que hubiese producido el Nuevo Mundo, después de su descubrimiento. Ambos mundos lo admiraban. La América del Sur lo aclamaba su Libertador. Los exagerados honores oficiales que se le tributaron, eran nubes de incienso impuro que no alcanzaban a oscurecer las grandes líneas de su figura heroica, y que un leve soplo de buen sentido habría disipado. Representaba el término positivo en el binomio de los dos Libertadores sudamericanos, elevado a la más alta potencia en el orden de la acción coeficiente como nuevo factor. Estaba en su mano resolver el problema político por el problema mismo, dando la más alta medida del gobierno con relación a su medio y al individuo, igualándose tal vez a Washington. No estaba, empero, en su naturaleza producir este resultado, que era la aspiración de la conciencia colectiva y que una ambición sana le habría sugerido. Le faltaba la fuerza moral para mantenerse con serenidad en las alturas, y ese resorte de la abnegación que hace la grandeza moral de los genios benéficos en la plenitud del poderío. Como sucedió al Libertador del Sur, el momento de su apogeo marcó el de la decadencia política y moral del Libertador del Norte; pero con caracteres de caducidad más pronunciados, indicativos de una inevitable catástrofe, por efecto de la ley de dinámica histórica que regula el movimiento apropiado a las necesidades generales.

Uno de los fenómenos más notables de la revolución sudamericana, que la historia señala con rasgos prominentes, es el desnivel de las inteligencias superiores y de los instintos comunes, y el desequilibrio entre la potencia gubernamental y las fuerzas populares. La emancipación, como hecho material, estaba en el orden natural de las cosas; pero lo que propiamente se llama revolución, es decir, el desarrollo del organismo elemental, brotó de la esencia de las cosas mismas, surgió de las almas como hecho armónico y se hizo conciencia ingénita; fue no sólo un instinto y una gravitación mecánica, sino también una pasión y una idea colectiva, que se convirtió en fuerza eficiente e imprimió su sello típico al resultado general. La organización y dirección de esta fuerza fue la obra de los caudillos y los políticos, después que el hecho se produjo espontáneamente favorecido por las circunstancias. Sólo en un punto coincidieron las impulsiones y las voluntades: la independencia. En lo demás, la dirección y las fuerzas estuvieron casi siempre en desnivel y desequilibrio, y a veces en antagonismo. Los libertadores y los directores están más arriba del nivel común en el orden de la acción, pero en los movimientos complicados en que intervienen las fuerzas ocultas de las conciencias colectivas, están más abajo de la razón pública, así en las altas como en las bajas estradas sociales. Representantes los caudillos de la fuerza organizada, y los políticos de la potencia gubernamental, removieron más hechos que

ideas, y tuvieron más objetivos inmediatos que ideales. Hicieron funcionar los resortes mecánicos de la máquina militar y política, sin vivificar los órganos de la nueva sociabilidad embrionaria. No supieron manejar la masa viva, ni contar sus pulsaciones normales. De aquí ese desnivel alternativo y ese equilibrio casi constante entre las fuerzas militares y las fuerzas populares; entre los planes artificiales de los directores y las tendencias espontáneas de la colectividad.

La revolución sudamericana entraña dos revoluciones: una interna y otra externa: una que obra contra el enemigo común, y otra que reacciona dentro de sus propios elementos orgánicos. La América del Sur era genuinamente democrática, tenía que ser república y no podía ser otra cosa. Era anárquica por su naturaleza, pero de su misma anarquía tenía que surgir la nueva vida. Los primeros proyectos de monarquización con reyes extranjeros, que como remedio a esa anarquía se fraguaron en el Río de la Plata, repugnaban a los pueblos, y dieron por resultado la disgregación argentina. El plan de monarquizar al Perú despojó a San Martín de su fuerza moral. El establecimiento del imperio mejicano con un soberano indígena, fue la contraprueba del error del primer plan. La dictadura prolongada de O'Higgins, después de asegurada la independencia de Chile, dio con su héroe por tierra. Las teorías del gobierno oligárquico de Bolívar con presidencias vitalicias y senadores hereditarios, que llevaban en germen la monocracia sudamericana, fueron rechazadas por los congresos impregnados del espíritu republicano de la masa, y determinaron su caída, porque estaban en pugna con las necesidades de la época. Esto revela que, así como las fuerzas impulsivas de la revolución seguían una dirección constante en la línea de sus destinos, tenía también un alma, una conciencia ingénita, que al determinar el afocamiento de las masas batalladoras del continente, debían determinar igualmente el de las voluntades al asumir su forma definitiva. Los Libertadores con todo su poder y su gloria no podían desviar el curso natural de la revolución fuera de su esfera determinada de acción, sin embargo de ser tan eficiente, que sin San Martín en el Sur y sin Bolívar en el Norte, ni se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación continental de los ejércitos, que dio el triunfo final. El día que dejaron de acompañar el movimiento general, quedaron rezagados. Por esto se suprimió a sí mismo San Martín en la mitad de su carrera, cayó O'Higgins, fue fusilado Itúrbide y Bolívar fue suprimido. Eran obstáculos a la marcha expansiva de la revolución, que la necesidad del desarrollo y el instinto de la conservación aconsejaban u obligaban a remover. Por esto, el apogeo de Bolívar marca, no sólo su decadencia, sino también el divorcio entre la dictadura estacionaria o reaccionaria y la democracia progresiva, y determina fatalmente una trágica caída.

II

Tres actos iniciales y característicos señalaron el apogeo y la decadencia de Bolívar: la prosecución de un sueño tras un fantasma con apariencia de realidad; la repetición de una renuncia sin seriedad, indigna de su gran espectabilidad; la transformación del Libertador, convertido en conquistador y conspirador reaccionario contra la independencia de las naciones por él redimidas.

Después de Ayacucho, asegurada la independencia sudamericana, su misión de Libertador había terminado, y su deber, su honor y hasta su interés bien entendido, le aconsejaban retirarse del Perú, dejando a los pueblos redimidos dueños de sus destinos. Monteagudo fue el único que le aconsejó bien en este sentido. Pocos días después Monteagudo era asesinado una noche en una calle solitaria de Lima (28 de enero de 1825). Su muerte es un misterio, que unos han atribuido a venganza política y otros a venganza particular. Bolívar, que se avocó el papel de juez inquisitorial de instrucción, ha guardado el secreto.

Entre los papeles de Monteagudo se encontró un ensayo sobre la necesidad de una federación general de los Estados hispanoamericanos, calcado sobre el plan del congreso de Panamá. El antiguo demagogo, sostenedor más tarde de la idea monárquica con San Martín, se había convertido a los principios republicanos bajo los auspicios dictatoriales de Bolívar. "Este proyecto —decía— no puede ejecutarse por la voluntad presunta y simultánea de los que deben tomar parte en él. Es preciso que el impulso salga de una sola mano." Este escrito póstumo, que acusa decadencia en la forma y en el fondo reducido a reminiscencias diplomáticas y vagos perfiles de política internacional, se concretaba en una sola conclusión: "Un congreso que sea el depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados, y que las pueda emplear ambas sin demora, donde quiera que la independencia esté amenazada." Para justificar este nuevo poder, se evocaba el fantasma de la Santa Alianza de los reyes, a que se oponía la alianza de las repúblicas del Nuevo Mundo. A la vez que se apuntaban sospechas sobre las miras del nuevo imperio brasileño y sobre la mala voluntad de Chile y de la República Argentina, se propiciaba el congreso de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, que, por otra parte, alejaba por el carácter de liga guerrera contra la España y contra los reyes, que daba a la confederación, con un "contingente de tropas y un subsidio que debían prestar los confederados."

Sobre esta base aérea insistió Bolívar en su antiguo plan o sueño, y convocó el congreso americano de Panamá, en la esperanza de ser su regulador supremo. Los Estados Unidos lo aceptaron con

la condición de observar la neutralidad; la Inglaterra, como testigo; el Brasil, por mera forma; y la República Argentina y Chile, con reservas fundamentales. Sólo concurrieron los diputados del Perú, Méjico, Colombia y Guatemala. Cuando esta sombra de congreso escapó a su influencia, el mismo Bolívar lo comparaba "al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor."

Su segundo acto fue la cuarta renuncia de la presidencia de la república, fundada en que "su permanencia en Colombia no era ya necesaria, por haber él llegado al colmo de la gloria"; y protestaba de su "horror al mando supremo bajo cualquier aspecto o nombre que se le diese." El congreso colombiano se limitó a no aceptarla por unanimidad, pero guardando un digno silencio. Tan lejos estaba de su mente la idea de desprenderse del mando en su patria, que casi al mismo tiempo de formular su renuncia, enviaba dos comisionados cerca del vicepresidente Santander, con una comunicación en que le manifestaba su propósito de "pasar al territorio argentino con el objeto de afianzar la independencia en Sud América, auxiliando a los patriotas." Santander combatió este descabellado propósito, que a nada respondía, recordándole que el permiso acordado por el congreso para dirigir la guerra fuera del territorio de Colombia, tenía por "condición únicamente la seguridad de la república peruana."

Su tercer acto de solemnidad teatral fue la abdicación aparente de la dictadura del Perú y su aceptación inmediata, por las razones contrarias en que fundaba su renuncia. Reunido el congreso constituyente peruano, declaró Bolívar por escrito, que le restituía el "terrible poder depositado en sus manos poniendo fin al despotismo con su resignación." De viva voz dijo: "Hoy es el día del Perú, porque hoy no tiene un dictador. Nada me queda que hacer en esta república. Mi permanencia en ella es un absurdo: es el oprobio del Perú. Yo soy un extranjero; he venido a auxiliar como guerrero y no a mandar como político. Si aceptase el mando del Perú, vendría a ser una nación parásita ligada hacia Colombia. Yo no puedo admitir un poder que repugna mi conciencia. Tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha conferido para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración. Vosotros no tenéis facultad para librar un derecho de que no estáis investidos. Un forastero es un intruso en esta naciente república." Una hora después, el congreso, haciendo caso omiso de las vanas protestas del Libertador, renovaba los poderes dictatoriales con mayor amplitud de facultades discrecionales, y decretaba su próxima disolución como incompatible con su autoridad absoluta; lo autorizaba para suspender los artículos de la constitución que se opusiesen a su omnímodo ejercicio, y lo constituía en árbitro de la oportunidad de

la convocatoria del congreso ordinario. En seguida le votaba un millón de pesos en premio de sus servicios, que él rehusaba con desinterés; pero que aceptó al fin para obras de beneficencia, que nunca se realizaron. Aceptó, empero, lisa y llanamente la dictadura que le entregaba el manejo discrecional de todos sus tesoros. Puso tan sólo una condición a la aceptación del mando absoluto, que parecía una burla, y fue que no se pronunciase la "odiosa palabra dictadura." ¡Escrúpulo de orejas! El servilismo del congreso peruano llegó al grado de repugnar al mismo Bolívar. Los historiadores colombianos más adictos al Libertador, al explicar esta abyección por la gratitud, insinúan que "sólo el senado de Tiberio se mostró tan degenerado"; y los historiadores peruanos "quisieran poder borrar esta página vergonzosa de sus anales". Sería de desear que se borrase también de la vida política del Libertador sudamericano.

Después de estas renuncias de aparato, de estas contradicciones entre las palabras solemnes y los actos por él mismo condenados y ensalzados, y de estas trivialidades, hay que reconocer que el delirio de las grandezas, síntoma de la demencia del poder absoluto o de la depresión moral, estaba cercano. Por el momento se limitaba a aceptar contra su conciencia, según decía, lo que el congreso le daba sin derecho. ¡No tardaría en imponer a ese mismo congreso, con las bayonetas colombianas al pecho, su poder a perpetuidad, que declaraba absurdo y criminal y merecedor de la execración de las generaciones venideras, haciendo del Perú un parásito de Colombia! El poder, y el poder personal sin control durante la vida, era como la túnica de la fábula adherida a su ser, y de que sólo se desprendería con los últimos pedazos de su carne.

III

La asamblea general de las provincias del Alto Perú convocada por Sucre, fue más allá que el congreso peruano. Lo declaró "hijo primogénito del Nuevo Mundo; el Salvador de los Pueblos"; se puso bajo la protección de su espada y de los auspicios de su sabiduría (19 de julio de 1825). Declarada su independencia con el consentimiento del Bajo Perú y sin oposición de las Provincias del Río de la Plata a que había pertenecido en la época colonial dio a la nueva nación el nombre de "república de Bolívar", bajo la forma representativa, y decretó que el Libertador tenía el supremo poder ejecutivo de ella en todo tiempo, por todo el tiempo que residiese en su territorio (11 y 31 de agosto). En su ausencia, el mando de hecho recaía en Sucre (3 de octubre). En seguida, disolvióse, y convocó una asamblea constituyente, pidiendo a Bolívar le diese un proyecto de constitución (6 de octubre) y una guarnición

de 2.000 colombianos para su custodia (4 de octubre). ¡Para exceder al senado de Tiberio, sólo le faltó nombrar segundo libertador a su caballo!

Sus atracciones lo llamaban hacia el Sur. Ya se ha visto que, al mismo tiempo que aparentaba renunciar la presidencia de Colombia, meditaba trasladarse a territorio argentino, con el objeto, según decía, de consolidar la independencia de la América, teniendo en vista la guerra entre las Provincias Unidas y el mismo imperio del Brasil. Poco después (julio de 1825), ofrecía a Chile sus auxilios para expulsar a los españoles de la isla de Chiloé. Aceptado el ofrecimiento sólo en cuanto a subsidios, contestó evasivamente, pues lo que él quería era poner el pie en aquel territorio a la cabeza de sus soldados, para dominarlo. A la vez que con las tropas de Colombia sujetaba a los pueblos que estaban bajo su dictadura y hacía presión sobre los que estaban sustraídos a su influencia militar y política, se había hecho autorizar por el congreso para trasladar el ejército peruano de mar y tierra a Colombia, con el pretexto de una invasión francesa, lo que hizo atribuirle por sus mismos compatriotas el designio de oprimir a su patria con soldados extranjeros, como lo hacía en el Perú y Bolivia. En vez de propender a fundar gobiernos regulares sobre la base de la independencia de los pueblos y la verdad de las instituciones republicanas, para promover su prosperidad interna, todo su plan político se iba reduciendo a un imperio pretoriano y un presidente vitalicio, o sea un monarca ocioso sin corona, con ejércitos permanentes por todo sostén. La concepción no podía ser más grosera, y estaba, no sólo más abajo de la razón pública, sino también de su propio nivel moral. Era un doble oprobio, para los pueblos y para él, que los dos expiarían.

Deseoso de recorrer toda la extensión del territorio libertado por sus armas y tocar las soñadas fronteras argentinas, a la vez que ansioso de vanagloria, se trasladó al Alto Perú. Delegó el mando del Perú en un consejo de gobierno, con sus facultades dictatoriales sujetas a su beneplácito. Su viaje desde Lima hasta Potosí fue un paseo triunfal. Las ciudades salían a su encuentro para ofrecerle sus llaves forjadas en oro, y presentarle cada una de ellas caballos de batalla enjaezados con estribos, bocados y guarniciones de oro puro. Al pasar por Arequipa, se encontró allí con el general Alvarado, quien le ofreció un banquete rústico de una ternera asada con cuero, a estilo de las pampas argentinas y de los llanos de Colombia, invitación que aceptó, con la condición de que el asado fuera sin sal, pues así se usaba en su país. En la mesa, al advertir que los vinos eran de Burdeos, preguntó si había "champaña". El general Alvarado le mostró una fila de botellas con el letrero embriagador formadas a su espalda. "— De ése quiero — repuso —, porque este día es muy placentero para mí." Y se lanzó a brindar,

repitiendo sus libaciones contra su habitual sobriedad. La escena de los banquetes en Quito y Guayaquil se repitió, pero en caracteres más tempestuosos. En uno de los brindis, al hacer alusión a la unificación de Sud América, dijo que "en breve pisaría el territorio argentino." El coronel Dehesa, que se hallaba presente y estaba también acalorado por el vino, le dijo que "sus compatriotas no aceptaban dictadores en su territorio." Bolívar, de un salto, trepó delirante a la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella: "¡Así pisotearé a la República Argentina!" Este estallido de iras concentradas se explica por la tenaz oposición que hacía por entonces la prensa de Buenos Aires a sus planes absorbentes y antidemocráticos.

IV

En Potosí se encontró Bolívar con dos enviados argentinos, encargados de una misión diplomática cerca de su persona como gobernante, que venían a felicitarlo a la vez en nombre del congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por sus grandes triunfos en pro de la independencia de la América. Los enviados eran: el general Carlos María de Alvear y el Dr. José Miguel Díaz Vélez. Las escenas de la entrevista de Guayaquil volvieron a repetirse en punto menor. Oficialmente les significó por intermedio de su secretario, que los recibiría para agradecer sus felicitaciones, aunque no pudiese tratar con ellos, por hallarse su ministro de relaciones en Lima, que era el asiento del gobierno (8 de octubre de 1925). Pero sucedía que, al mismo tiempo que adoptaba esta actitud empacada, le llegaba la noticia de que los brasileños habían ocupado las provincias de Mojos y Chiquitos, pertenecientes a Bolivia, lo que lo constituía en aliado de hecho de la República Argentina en una guerra inminente con el Brasil. Los horizontes de Bolívar se dilataron más. El había dicho al general Alvarado en Arequipa: "Tengo 22.000 hombres que no sé en qué emplearlos, y cuando la República Argentina está amenazada por el Brasil, que es un poder irresistible para ella, se me brinda la oportunidad de ser el regulador de la América del Sur. Le ofrezco a usted un cuerpo de 6.000 hombres para que ocupe a Salta." El general argentino rehusó el ofrecimiento con paliativos propios de su carácter. Pocos días después le dijo: "El enviado que viene de Buenos Aires es el general Alvear; él aceptará con uñas y dientes la propuesta que usted ha desechado."

La primera conferencia confidencial del Libertador con los enviados argentinos en Potosí (18 de octubre), que ha permanecido hasta hoy desconocida, es característica, y revela lo que pasaba en aquel momento en el alma de Bolívar. Los enviados le hicieron

conocer el objeto diplomático de su misión, que era ponerse de acuerdo con él para hacer frente al imperio del Brasil, que, habiendo ocupado la Banda Oriental perteneciente a las Provincias Unidas, amenazaba la existencia de las repúblicas sudamericanas, y que, por lo tanto, era de interés común estrechar las relaciones de las cuatro repúblicas existentes de Colombia, Perú, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, a fin de hacer reconocer al emperador del Brasil sus deberes internacionales y reducirlo a sus límites. El Libertador, manifestándose conforme con las vistas generales de la política argentina, objetó que su posición era singular, pues, si bien era presidente de Colombia y encargado del mando supremo del Perú, se había desprendido de dirigir las relaciones exteriores. Los plenipotenciarios argentinos, con el objeto de sondar sus disposiciones, le pidieron quisiera darles un consejo respecto del modo cómo deberían proceder en tales circunstancias. Bolívar, dejándose arrebatar por su vanidad, que anteponía a toda su personalidad, les indicó que podían dirigirse oficialmente a los gobiernos de Chile y del Perú, y limitarse, por el momento, a felicitarlo a él como a un general vencedor. Se le demostró perentoriamente que su posición era inadmisible, pues un gobierno independiente y soberano como el de las Provincias Unidas, no podía enviar ministros plenipotenciarios para felicitar a un simple general, cualquiera que fuera la eminencia de sus servicios, y que por lo tanto, no podían hacerlo sino previamente reconocidos como tales por el Libertador en su carácter de jefe supremo de Colombia y de Perú. El Libertador, tratando enmendar su ligereza, declaró que su objeción no envolvía la negativa de reconocer a los enviados en su carácter, y dando un sesgo a la conferencia, se quejó amargamente de los ataques que le dirigía la prensa de Buenos Aires, especialmente *El Argos*, haciendo moralmente responsable de ellos al gobierno argentino. El Libertador no pudo mantenerse en este terreno, después de las francas y amistosas explicaciones que le dieron los plenipotenciarios.

Abordada de nuevo la cuestión del Brasil, el Libertador buscó una evasiva, que respondía a su plan de unificación continental. "En este asunto —dijo—, encuentro dificultades aun para ser tratado en Lima, y la principal es que las repúblicas del Perú y Colombia, ligadas por el pacto de confederación del congreso de Panamá, han renunciado a entrar en ningún convenio o tratado con otra nación." El general Alvear, tomando la palabra, observó que tenía conocimiento de tal compromiso, ni podía concebirse que las naciones independientes de la América hubieran renunciado a la facultad soberana de entrar en tratados con las demás naciones, delegándola en el congreso del Istmo, y que por lo que respectaba a su gobierno, consideraban tal proyecto absolutamente impracticable, por no estar comprendida semejante condición en la auto-

rización pedida al efecto al congreso argentino. —Aquí volvía a encontrarse en el terreno diplomático la hegemonía argentina con la colombiana—. El Libertador, reconociendo la fuerza de la objeción, declaró: que con respecto al Perú y Colombia, el compromiso estaba subsistente; agregando con tal motivo: que él había sido de opinión de no invitar a los Estados Unidos al congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del vicepresidente Santander, a quien manifestara que, dada tal participación, era más conveniente eludir la reunión de los plenipotenciarios americanos en el istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos Estados no concurrirían.

Los plenipotenciarios argentinos volvieron a la cuestión con el Brasil, insistieron en su proposición de una liga ofensiva de las cuatro repúblicas sudamericnaas, para poner a raya al imperio, ya fuese para prevenir la guerra, ya llevarle la guerra a su territorio, si no había otro medio de hacerle entrar en razón, y que tal empresa era digna del Libertador de Colombia y del Perú, a quien le estaba reservada su dirección. Bolívar, vivamente impresionado, se mostró dispuesto a entrar en el plan; pero descubrió sus temores de que la Inglaterra pudiese oponerse a él, por lo cual se necesitaba una razón ostensiblemente poderosa, que justificase la intervención del Perú y de Colombia en la cuestión. Los enviados, haciendo entonces uso de un artículo secreto de sus intrucciones, le sugirieron el medio de limitar el común concurso, sin necesidad de recurrir a las armas, enviando al efecto el Libertador un plenipotenciario a Río de Janeiro, el que, unido con otro de las Provincias Unidas, y de acuerdo ambos, exigiesen la restitución de la Banda Oriental en nombre de las dos repúblicas sudamericanas, y pidiesen a la vez una reparación por el insulto hecho al Perú y Colombia al ocupar los territorios de Mojos y Chiquitos, que se hallaban bajo la protección de sus armas. El Libertador, inclinado por un momento a aceptar este término medio, volvió a insistir en la participación que correspondía al congreso del Istmo, y que mientras tanto, enviaría un edecán suyo al gobierno imperial, que a la vez de significarle su desagrado, y "largar una que otra bravata militar", que lo alarmase, averiguara el modo de sentir de la Inglaterra al respecto. Los enviados le declararon que, a pesar del respeto que les merecían sus opiniones, no podían menos de manifestarle que tal concurso moral era bien poco, pues el Brasil no se alarmaría por amenazas indirectas, y mantendría mientras tanto la ocupación de la Banda Oriental, a cuyo efecto hacía grandes preparativos militares en su frontera.

En este estado de la conferencia, el Libertador, no obstante la reserva que se había impuesto, dio rienda suelta a su imaginación y descubrió sus propósitos secretos. "—Voy a proponerles una idea neutra —dijo—. He hecho reconocer el Pilcomayo y procurado

adquirir todos los conocimientos posibles para proporcionarme la mejor ruta al Paraguay, con el proyecto de irme a esa provincia, echar por tierra a su tirano y libertar a mi amigo Bompland." Alvear le preguntó qué pretexto daría para una invasión contra el Paraguay. "—Antes haré una protesta de que voy a libertar ese país para volverlo a las Provincias del Río de la Plata, y su gobierno podría incitarme para que fuese a aquel país a sacarlo de las garras de un alzado." A esto replicaron los enviados que, según los principios de liberalidad, adoptados por las Provincias Unidas, creían difícil que su gobierno se prestase a hacer tal invitación. "—Me bastaría solamente —dijo entonces— que los argentinos no gritasen mucho creyendo que quiero usurparle parte de su territorio; y yo protesto que se incorporará a las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el Paraguay podría aumentar mi ejército, y bajo cualquier pretexto, que nunca falta, socorrer al gobierno de las Provincias Unidas, si estuviese empeñado en la guerra con los brasileños."

En la segunda conferencia (9 de octubre) volvió a insistir sobre la misma proposición, pidiendo a los enviados la transmitiesen a su gobierno y recabaran de él la competente autorización para entrar a un territorio que reconocía ser una pertenencia argentina. "El objeto que me propongo —agregó— tiene mucho de romancesco, y hará ruido en Europa. Es una empresa digna de los tiempos heroicos." Los enviados, que habían recapacitado sobre el auxilio de un aliado tan peligroso, prestado en condiciones tan equívocas, presentaron algunas objeciones fundamentales. Aun en el caso que el gobierno quisiese acceder a ella, dijeron, era necesaria una ley del congreso, y sería dudoso que pudiera autorizar una expedición semejante, por haberse adoptado una línea de conducta que se fundaba en no obligar a entrar por la fuerza ningún territorio en la asociación nacional. A la vez le observaron, con cierta malicia, que, al transmitir la proposición a su gobierno, éste se vería en perplejidad, pues por una parte el Libertador aseguraba que no tenía dificultades para entender en negocios diplomáticos, y al mismo tiempo pedía autorización para invadir una provincia que ninguna ofensa había hecho ni a Colombia ni al Perú. A lo que satisfizo Bolívar, que el negocio del Brasil podía tener complicadas ulterioridades y era menester proceder con formalidad, mientras que con el Paraguay no era así, pues destruido su gobierno, todo estaba acabado.

La contestación del gobierno argentino fue en consonancia a las objeciones hechas de antemano por sus enviados: "El gobierno (argentino) no puede absolutamente alterar los principios que sirven de base a su política con respecto a los demás gobiernos existentes." Las dos políticas estaban frente a frente: la boliviana y la argentina.

V

Trasladado Bolívar a Chuquisaca, las negociaciones sobre alianza parcial o general en que intervino también Sucre, no dieron ningún resultado. Los enviados argentinos volvieron a inculcar sobre la necesidad de que el Libertador, poniendo en ejercicio las disposiciones que había manifestado, diera algunos pasos en el sentido de hacer concebir temores a la corte del Brasil, a fin de contribuir a mantenerla en la actitud que parecía haber tomado. El Libertador contestó: "He hecho recostar todo mi ejército sobre las fronteras del Brasil, y ahora voy a reforzarlo con un regimiento de caballería, y yo mismo pienso presentarme allí en persona. Esto no podrá menos que causar una grande alarma en el Janeiro, e indudablemente contribuirá al logro de vuestros deseos." Agregó que estaba dispuesto a enviar un ministro a Río de Janeiro, el que pasaría por Buenos Aires, a fin de ponerse de acuerdo con el gobierno argentino. Los enviados argentinos dieron las gracias al Libertador por las buenas disposiciones que manifestaba en favor de las Provincias Unidas; pero todo esto no pasó de sueños y palabras.

Las vidriosas relaciones entre el gobierno argentino y el boliviano se alteraron profundamente por este tiempo, con motivo de la ocupación de Tarija por tropas colombianas, que variaba los límites entre ambos países. Las negociaciones sobre alianza ofensiva y defensiva contra el Brasil, o de mero acuerdo diplomático, quedaron de hecho interrumpidas, y todo anunciaba más bien una ruptura entre las dos repúblicas. En tal estado, Bolívar entró en conferencias privadas con el general Alvear, y éste, como lo había previsto Bolívar, entró de lleno en sus miras. Nada menos soñaba el Libertador, que subordinar a su influencia las Provincias Unidas del Río de la Plata como regulador; llevar adelante en unión de ellas la guerra contra el Brasil; derribar el único trono levantado en América, y remontar de regreso la corriente del Amazonas en su marcha triunfal a través del continente subyugado por su genio. Se hallaba allí por acaso el coronel Manuel Dorrego, cuya aparición hemos señalado, que como uno de los caudillos del partido federal, en oposición al unitario que dominaba en Buenos Aires, entró también de lleno en los planes de una intervención boliviana, a fin de variar la situación argentina, conmovida ya por la sublevación parcial de algunas de sus provincias. Los tres quedaron de perfecto acuerdo.

Por este tiempo fue nombrado Rivadavia presidente de las Provincias Unidas. El consideró que Bolívar, lleno de gloria, de ambición y de soberbia, con su ejército triunfante acampado en la

frontera norte de la República Argentina, era un peligro. Los planes de intervención en la vida interna de los vencidos, encontraban eco simpático en el partido anárquico, cuyos jefes iban a pedirle sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre sonaba en los disturbios de Tarija y en los alborotos de las provincias, y principalmente en Córdoba. La prensa oposicionista a Rivadavia propiciaba su intervención armada, repitiendo, como Bolívar, que la República Argentina era impotente para triunfar por sí sola del emperador de Brasil, y aun para organizarse, sin la "asistencia del genio de la América", como por antonomasia le llamaba. Fue entonces cuando Rivadavia dijo: "Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada", y levantó la bandera pacífica de la nueva hegemonía argentina. Bolívar y Rivadavia volvieron a hallarse frente a frente como en 1823. (Véase capítulo XLIX, párrafo I.) El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del congreso de Panamá, compuesto de las repúblicas sometidas a la influencia de Bolívar, y el proyecto quedó desautorizado. La prensa liberal del Río de la Plata empezó a analizar simultáneamente las tendencias de aquella monocracia confusa, que era la negación del sistema representativo republicano, y estos escritos repercutieron en toda la América encontrando eco hasta en la opinión de Bolivia, el Perú y Colombia. Chile, donde los principios argentinos habían cundido, bajo una administración modelada por la de Rivadavia, fue la primera república que se unió a la resistencia de las Provincias Unidas.

Bolívar, perseverando siempre en sus planes absorbentes ya madurados, meditó abrir una campaña en sentido opuesto al que habían traído sus armas libertadoras de norte a sur, llevando sus principios reaccionarios de sur a norte hasta conquistar a su propia patria, y restablecer en el hecho el sistema colonial contra el cual había heroicamente combatido. Para realizarlo, regresó al Perú y delegó sus facultades dictatoriales en su teniente Sucre, como procónsul del imperio boliviano. Era ya el jefe supremo de tres repúblicas que abrazaban la tercera parte de la América del Sur, y de dos de ellas dictador absoluto con el título vago de Libertador. Esto no satisfacía aún su ambición: aspiraba a la monocracia vitalicia, sobre la base de la hegemonía militar de Colombia.

VI

Desde Lima envió Bolívar su proyecto de constitución para la república de Bolivia (25 de mayo de 1826). Es ésta la más original de sus obras, y puede considerarse, si no como el Evangelio, como el Korán del imaginario sistema político boliviano.

Todas las obras de Bolívar, así en el orden político como militar, son tan características, que ha sido necesario inventar palabras apropiadas para simbolizarlas. Su sistema de guerra, si tal puede llamarse, es una mezcla sin nombre de las nativas propensiones guerreras de los indígenas y de la disciplina europea, en que con poca táctica y menos estrategia, el instinto preside a los combates y la inspiración a los movimientos, alcanzando al fin la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses. Esta escuela sin nombre puede llamarse la escuela militar de Bolívar, que tiene, por lo arriesgado, algo de la de Carlos XII. Su predominio se simboliza con un nombre nuevo que lo inviste con la dictadura permanente: se llama "Libertador". Su plan político no es ni democrático, ni aristocrático, ni autocrático, y para caracterizarlo, un historiador universal ha tenido que inventar la palabra "monocracia", que es la única que le cuadra. Para bautizar la nueva república del Alto Perú, al ofrecerle su constitución, él inventó un nombre derivado, y la llamó "Bolivia". "Sólo Dios tenía potestad para llamar a esa tierra «Bolivia». ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la voluntad de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre, y dio el mío a todas vuestras generaciones." Esta definición en que la lascivia se confunde con la pasión sublime por la libertad humana, asociada al acto de la generación sucesiva, hace pensar en su amor desenfrenado del poder, a que le cuadraría también una palabra análoga para caracterizarlo.

La constitución de Bolivia, ideada por Bolívar, es una combinación ingeniosa por su mecanismo, una concepción de ideólogo por su propio comentario, una amalgama confusa de reminiscencias antiguas, prácticas modernas, teorías aristocráticas y formas democráticas, que tiene algo de la república griega y del cesarismo romano: un poco del monarquismo inglés y de la primera constitución consular de Napoleón, que procura alejarse y acercarse a todas ellas. En su fondo es una masa informe, en que talla la estatua de su poderío monocrático. Menos abnegado que los legisladores de Atenas y de Esparta, en vez de emprender viaje lejano después de imponer sus leyes, o pedir que sus miembros fueran despedazados y sus leyes se cumplieran hasta que ellos se reunieran, el legislador americano, amoldaba los miembros de los pueblos a su estatura, y los esclavizaba a su persona durante su vida, fundando un verdadero imperio inorgánico. El modelo que presenta, es la constitución de Haití, que califica como la primera república democrática del mundo; pero vese que ha tenido presente el proyecto de Sieyes, borroneado por Bonaparte, y que su ideal es el primer cónsul de la Francia, cuya exaltación presenció en su juventud y despertó en él un gran entusiasmo.

El punto céntrico de la atracción, la base de su sistema constitucional, es la presidencia vitalicia, con facultad de elegir su sucesor hereditario, como el Bajo-Imperio romano pintado por Tácito. "El presidente de la República —dice en su comentario— viene a ser como el sol, que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas de jerarquía se necesita más que en otros un punto fijo, alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas." "Dadme un punto fijo —decía un antiguo— y moveré el mundo." Para Bolívar este punto es el presidente vitalicio: "Un presidente con derecho de elegir su sucesor, es la expresión más sublime en el orden republicano." Y justificando la herencia como principio fundamental, agrega: "Siendo la herencia la que perpetúa el régimen monárquico, y lo hace casi general en el mundo, ¿cuánto más útil no es el método para la sucesión del vicepresidente? El presidente nombra al vicepresidente para que administre el Estado y le suceda en el mando. ¿Que fueran los príncipes hereditarios elegidos por el mérito y no por la suerte, y que en lugar de quedarse en la inacción se pusieran a la cabeza de la administración? La monarquía que gobierna la tierra, ha obtenido sus títulos de aprobación de la «herencia» que la hace estable, y de la unidad que la hace fuerte. Estas grandes ventajas se reúnen en el «presidente vitalicio y vicepresidente hereditario»." A pesar de declarar en seguida imposible la fundación de nuevas monarquías en América, lo que propone es una monarquía electiva en su origen, fundada sobre el principio hereditario.

La noción más nueva de este proyecto es la división de los poderes. El cuerpo electoral en su plan ideológico es una especie de asamblea popular permanente, periódicamente renovable por el voto pasivo, y constituye la base del edificio, como depositaria del ejercicio de la soberanía delegada en épocas fijas y con representación política en nombre de ella, combinación que daba a las localidades la autonomía de los Estados federados, según su carácter. Del cuerpo electoral nacía la representación nacional, que por la primera vez elegiría el presidente vitalicio, el cual a su vez crearía por la herencia, la sucesión de los presidentes perpetuos. Aleccionado con el rechazo del senado hereditario en el congreso de Cúcuta, no insistió en la idea; dividió el poder legislativo en tres cámaras, creando una de censura como en la república romana, con las funciones del areópago de Atenas, o sea un tercero en discordia, especie de entidad moral entre los poderes coordinados del Estado.

Con arreglo a esta constitución, sancionada con ligeras modificaciones y adiciones por el congreso de Bolivia, bajo la presión moral de Sucre y la material de las bayonetas colombianas, fue elegido el vencedor de Ayacucho casi por unanimidad presidente

vitalicio de Bolivia, con la supremacía de Bolívar, que ejercía el poder supremo toda vez que hiciese acto de presencia en su territorio. La ambición de Bolívar no podía encerrarse en el estrecho recinto de Bolivia. Su plan era más vasto. Bolivia no era sino la unidad de su sistema constitucional, con su monocracia por coronamiento. Era necesario, para realizarlo, imponer la misma constitución al Perú y hacerla aceptar de Colombia, confederando las tres repúblicas, atadas por el vínculo de su persona, con el nombre de Libertador.

No habían aún transcurrido cuarenta días después de la sanción de la constitución de Bolivia, y ya era ley fundamental del Perú. Al tiempo de reunirse el congreso ordinario, apareció un partido nacional, opuesto a la continuación de la dictadura y a la ocupación de las tropas colombianas. El gobierno delegado del dictador objetó las elecciones de los diputados, y cincuenta y dos de ellos, por servilismo o bajo la presión de amenazas y promesas, pidieron su propia disolución, a lo que concurrió en parte el descubrimiento de una conspiración contra el Libertador, que llevó al suplicio algunas víctimas y otras al destierro. Reunidos en estas circunstancias los colegios electorales, Bolívar amenazó abandonar a los peruanos a su destino. Todos los artificios oficiales y del personalismo se pusieron en juego, para hacerle desistir de su resolución, aun cuando la constitución boliviana fuese impopular a la gran mayoría y la gran dictadura universalmente odiada (agosto de 1826). Peticiones civiles y militares, diputaciones y manifestaciones de apariencia popular, se sucedieron, suplicando al Libertador no los desamparara. La abyección llegó a tal grado de vileza, que un dignatario del Estado se echó al suelo ante el ídolo, y le pidió que le pusiera un pie en el pescuezo, para poder decir que había sostenido al hombre más grande del siglo. No bastando todo esto para vencer la aparente resistencia del Libertador, acudió la reserva: las limeñas. Una diputación de damas lo rodeó, lo acarició, y al fin, de aquel grupo de gracias salió una voz armoniosa que fue cubierta de aplausos: "¡El Libertador se queda!" El dijo: "Cuando la beldad habla, ¡qué pecho puede resistirse! Yo he sido soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella y hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura, donde se abrigan las flores de la vida." Toda esta frase, estas presiones y ejecuciones sangrientas y esta retórica, no eran sino una exhibición teatral, para imponer brutalmente su presidencia vitalicia y realizar su sueño monocrático. Jamás un grande hombre descendió tanto, envileciendo a un pueblo. ¡Qué contraste con la sinceridad y el desprendimiento de San Martín en el mismo teatro!

El colegio electoral de Lima, rodeado de bayonetas colombianas, se reunió en la universidad de San Marcos (6 de agosto de 1826). Por unanimidad resolvió: que se derogase la constitución

republicana de 1823 y se aceptara la boliviana a libro cerrado, como "un código divino que convertiría la sociedad política en un paraíso de libertad." Los colegios electorales de las provincias se uniformaron con este voto; la nueva constitución fue jurada y Bolívar fue aclamado de este modo presidente perpetuo del Perú. Al anticiparse a aceptar el voto falsificado de los electores de Lima, les dijo: "Mi constitución es la obra de los dos siglos. Congratulo a los representantes de esta provincia que la hayan aceptado. Han conformado su opinión con la mía acerca de los intereses políticos, de la duración, ventura y tranquilidad de los pueblos." Como de costumbre, renunció de antemano la presidencia vitalicia que se le ofrecía, para admitirla inmediatamente después sin condiciones. Pero esto no bastaba aún a su ambición insaciable.

VII

Uniformado el sistema constitucional de Bolivia y el Perú, ocupóse Bolívar en llevar adelante sobre esta doble base su plan de confederación americana, de la que él sería múltiple presidente perpetuo y regulador supremo, con el título de Libertador o Protector. Sería entonces más que un monarca, y tendría la ubicuidad de un Dios, desde el mar de las Antillas y el Orinoco hasta el Pacífico y las montañas de plata de Potosí. Para realizar este sueño, sólo le faltaba hacer aceptar su constitución por Colombia. En este sentido escribió a Páez, que era el árbitro de Venezuela: "Se me ha escrito que muchos pensadores desean un príncipe, con una constitución federal; pero, ¿dónde está el príncipe, y qué división política produciría su anuncio? Todo es ideal y absurdo. Se dice que de menos utilidad es mi pobre delirio legislativo que contenga todos los males. Lo conozco; pero algo he de decir para no quedarme mudo en medio de este conflicto. Yo desearía que con algunas ligeras modificaciones se acomodara el código boliviano a Estados pequeños enclavados en una vasta confederación. Desde luego, lo que más conviene es mantener el poder público con vigor para emplear la fuerza en calmar las pasiones, reprimir los abusos, ya con la imprenta, ya con los púlpitos, y ya con las bayonetas. La teoría de los principos es buena en las épocas de calma."

La gran confederación se llamaría "De los Andes", y se formaría, manteniendo la integridad de Bolivia, dividiendo al Perú en dos Estados y a Colombia en cuatro, cada uno de ellos con su presidente vitalicio, satélites del gran presidente que, según la imagen de su creador, "vendría a ser como el sol firme en su centro, que da vida al universo." Sucre propiciaba decididamente el plan; Santander lo aceptaba, y los principales caudillos de Colombia, que eran los régulos de su departamento, lo apoyarían con

sus espadas. Simultáneamente, los partidarios personales de Bolívar hacían "pronunciamientos" populares en varios departamentos, empezando por Quito y Guayaquil que se hallaban bajo su inmediata influencia, y declaraban en sus actas, que "se rogase al Libertador se dignara recibirlos bajo su protección, y reasumir bajo la investidura de Dictador, además de las facultades extraordinarias, toda la soberanía nacional que reside en el pueblo; para que fijara definitivamente el sistema de la República."

Puestos de acuerdo sobre el plan monocrático los dos presidentes vitalicios de Bolivia y Perú, celebróse entre ambos países un tratado, con el objeto de formar una liga que se denominaría "Federación boliviana", cuyo jefe supremo sería a perpetuidad el mismo Bolívar. Por este pacto, quedaban las dos naciones consolidadas en una sola, y ligadas por un congreso federal de nueve diputados por cada parte. El tratado era en sí una verdadera constitución, que determinaba de antemano las facultades del congreso y del jefe supremo, reduciendo el mecanismo del gobierno general a su más simple expresión: un soberano en el hecho, con una dieta de electores por consejeros. Este era el bosquejo de la gran confederación. Para completarla en toda su extensión territorial, se disponía por uno de sus artículos que "los gobiernos del Perú y Bolivia nombrarían plenipotenciarios cerca del de Colombia, para negociar su adhesión al pacto de federación, con alteraciones o modificaciones que no variasen la esencia del tratado."

Bolívar debía tener una idea muy exagerada de la imbecilidad de los pueblos, cuando pretendía engañarlos con apariencias que no lo alucinaban a él mismo. El sabía y todos lo sabían, que su imperio sólo duraría lo que durase su vida, cuyos días estaban ya muy contados. Tan es así, que en el pacto entre Bolivia y el Perú, se agregó un artículo: "Muerto el Libertador, los cuerpos legislativos de las respectivas repúblicas federales, quedarán en libertad de continuar la federación o disolverla." El mismo auguraba el fin trágico y estéril de su gobierno personal, cuando exclamaba: "¡Mis funerales serán sangrientos como los de Alejandro!" Tenía la conciencia — y esto lo hace más responsable ante la historia — de que era un imperio asiático el que pretendía fundar, sin más títulos que la gloria del conquistador, ni más sostén que el pretorianismo.

Es Bolívar uno de aquellos grandes hombres de múltiples fases, llenas de luces resplandecientes y de sombras que la contrastan, a quien tiene que ser perdonado mucho malo por lo mucho bueno que hizo. Aun en medio de su ambición delirante, sus planes tienen grandiosidad, y no puede desconocerse su heroísmo y su elevación moral como representante de una causa de emancipación y libertad. No quería ser un tirano; pero fundaba el más estéril de los despotismos, sin comprender que los pueblos no pueden ser

semilibres ni semiesclavos. Así, en todo lo que se relaciona con la posesión del mando, sus vistas son cortas, sus apetitos son groseros, y hasta las acciones que revisten ostensiblemente el carácter de la abnegación, llevan el sello del personalismo, por no decir del egoísmo. Benjamín Constant, refutando al abate De Pradt, que sostenía la necesidad de la dictadura de Bolívar en nombre del orden, ha hecho la crítica de esta faz sombría de su carácter: "El lo dice; pero, ¿perderíase por ventura la América Meridional, si el poder de Bolívar no fuese ilimitado? ¿Hay ejemplo de que el despotismo haya dado a una nación, cualquiera que haya sido su situación moral, la educación necesaria para el goce de su libertad? Los dictadores no son culpables solamente de los males que hacen durante su vida; ellos son responsables de los males que preparan, y estallan después de su muerte. Envileciendo la generación que tienen bajo su imperio, la disponen a sobrellevar toda clase de yugo. No, la dictadura no es nunca un bien, no es jamás permitida. Ninguno se sobrepone bastante a su país y a su siglo, para tener el derecho de desheredar a sus conciudadanos, encorvarlos bajo su pretendida superioridad, de que él es el único juez, y que todo ambicioso puede invocar a su turno, aun siendo el más estúpido, cuando tiene la fuerza en la mano."

La constitución boliviana era el falseamiento de la democracia con tendencias monárquicas. El plan de la monocracia era una reacción contra la revolución misma, y contra la independencia territorial de las nuevas repúblicas, que violaba hasta las leyes físicas de la geografía. La insurrección americana había tenido por principal causa el absurdo de un mundo gobernado automáticamente desde otro mundo, bajo un régimen autoritario y personal, que violentaba los particularismos y no satisfacía las necesidades políticas ni sociales del propio gobierno. La unificación de la América bajo una monocracia personal era la vuelta a otro sistema colonial con otras formas, pero con inconvenientes más graves aún. Colombia sería la metrópoli y Bolívar el soberano de quien dependerían las partes. Para esto, no merecía la pena de haber hecho la revolución. El dominio del rey de España, fundado en la tradición y en la costumbre, era más tranquilo y paternal. Mejor se gobernaba a Bolivia y al Perú desde Madrid, que desde Bogotá, y al menos la estabilidad de la monarquía daba más garantías que la vida pasajera de un hombre, que no veía más allá de ella sino anarquía y sangre.

Bolívar había anatematizado varias veces la monarquía en América, no en nombre de la república precisamente como el gobierno más perfecto, sino fundándose en la razón de hecho de no poder establecerla sólidamente, y habría rechazado con ruidosa ostentación la corona que alguna vez se le ofreció. Después de Ayacucho, un francés le escribió desde Londres aconsejándole se

proclamase rey constitucional; proposición que recibió con desprecio y transmitió al vicepresidente Santander, para que la denunciase al congreso de Colombia. Más tarde, Páez le propuso hacerse coronar como Napoleón (10 de diciembre de 1826). El contestó: "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo: tampoco quiero imitar a César, y menos a Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo." Y le ofrecía en cambio la constitución boliviana, es decir, la cosa sin nombre; la realidad de la monarquía sin sus vanos atributos. Cuando así hablaba, había sido ya nombrado a perpetuidad jefe supremo de Bolivia y acababa de ser proclamado presidente vitalicio del Perú, siéndolo de Colombia con facultades extraordinarias. Con este poder real y absoluto durante su vida, bien podía despreciar las cuatro tablas cubiertas de terciopelo del trono de Itúrbide, cuando tenía o creía tener en sus manos, lo que valía más que un cetro de rey: el bastón de dictador perpetuo del Nuevo Mundo. César, con una corona de laurel, que aceptó para ocultar una calvicie como la suya, no necesitó hacerse emperador para serlo. Cromwell no se atrevió o no quiso declararse rey, y al investirse con el título de Lord Protector, hizo llevar delante de sí una biblia y su espada; Bolívar, como César y como Cromwell, era más que un rey, con su corona cívica llevada delante de sí por atributos de su monocracia, su espada de Libertador y su código boliviano, que era la biblia de su ambición personificada. Por eso ha dicho un historiador universal, admirador de su genio bajo otros aspectos, juzgándolo severamente en este momento histórico, en presencia del gran modelo de los gobernantes de un pueblo libre: "Wáshington ha dado a la historia una medida elevada para juzgar los caracteres públicos, medida que se había casi perdido en los siglos, ocupados por el reino del sable y de la violencia. Las brillantes hazañas de un Napoleón han podido desplazar por algún tiempo esta medida, pero no alterarla permanentemente. La aparición de Bolívar en la escena del mundo no ha podido desplazarla en el más breve espacio del tiempo."

VIII

En medio de la embriaguez de estos vastos planes de engrandecimiento personal, de un mando sensual sin ideales y de los deleites enervantes de la Capua sudamericana, donde Bolívar llevaba hacía dos años la existencia voluptuosa de un monarca oriental, como Salomón, pero sin su proverbial sabiduría, le llegaron tristes noticias de la patria lejana, que parecía haber olvidado. Colombia se disolvía. Al mismo tiempo que sus partidarios de

Guayaquil y Quito proclamaban su dictadura incondicional en las costas del Pacífico, Venezuela, con Páez a su cabeza, se sublevaba contra el gobierno general, proclamando la autonomía federal. El vicepresidente Santander, en pugna con ambos movimientos, los condenaba, levantando en alto la constitución de Colombia. La prensa liberal de Nueva Granada se pronunciaba enérgicamente contra su plan monocrático. Bolívar se trasladó por mar a Guayaquil (setiembre de 1826), precedido por los pronunciamientos que lo aclamaban árbitro absoluto, y reasumió inconstitucionalmente las facultades extraordinarias de presidente de la república en ejercicio, como dictador militar de hecho (setiembre), hasta el grado de casar sentencias judiciales y sentenciar procesos que no habían terminado, mandando ejecutar los reos por su orden. El pueblo y las autoridades de Bogotá salieron a su encuentro y le manifestaron "que podía contar con su obediencia bajo el imperio de la constitución y de las leyes que habían jurado respetar y sostener." Esta insinuación lo turbó, y sin oír el fin de la arenga, repuso airado, "que esperaba una felicitación y no consejos sobre obediencia a las leyes, ni de violación de ellas causada por su misma iniquidad." Este acto de intemperancia, que parecía el síntoma de una política anticonstitucional, le enajenó las voluntades, de los liberales granadinos principalmente. El Libertador asumió el mando con facultades extraordinarias, y se trasladó a Venezuela con el carácter de tal, delegando en el vicepresidente Santander su representación en la capital (noviembre). Venezuela se sosegó con su presencia (1º de enero de 1827). La rebelión venezolana fue ensalzada, su caudillo declarado "salvador de la patria" y sus autores premiados con menoscabo del gobierno general. Bolívar y Páez se entendieron: quedó acordada entre ambos la reforma de la constitución de Cúcuta, que el Libertador había jurado mantener por espacio de diez años en 1821. Desde este momento quedó sin punto de apoyo en la opinión del país. La prensa liberal de Bogotá, dirigida por Santander, empezó a atacar agriamente su política reaccionaria. Irritado por estos ataques, o para afirmar su autoridad con un golpe teatral, repitió una nueva e irrevocable renuncia que como todas las anteriores, se disiparía en vano ruido de palabras: "Yo gimo entre las agonías de mis compatriotas y los fallos que me esperan de la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición, y por tanto, me quiero arrancar de las garras de esta furia para librar a mis conciudadanos de inquietudes, y para asegurarme después de mi muerte una memoria que merezca de la libertad. Con tales sentimientos, renuncio una y mil millones de veces la presidencia de la república. El congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada sería capaz de obligarme a continuar en el servicio público. El congreso y el pueblo son justos: no querrán condenarme a la ignominia de la deserción" (6

de febrero). Santander hizo también la suya, presentándose como el sostenedor de la constitución. La votación del congreso fue un desastre para el prestigio de Bolívar. Un senador levantó su voz diciendo: "La constitución boliviana es el peor ultraje que ha podido hacerse a la razón humana en este siglo de luces y de libertad; es el conjunto de todas las tiranías, es un despotismo legal, es el oprobio y la degradación de los pueblos. Ella es el *mostrum horrendum* de que habla Virgilio. ¡No! Antes federación que esclavitud, primero destierro que ser vasallo de nadie. Concluyo diciendo que debe admitirse la renuncia del presidente Bolívar, y éste es mi voto." Veinticuatro votaron por la aceptación y cincuenta y seis en contra. La renuncia de Santander le infligió otra mortificación: su renuncia sólo tuvo cuatro votos por la aceptación y setenta en contra. Empero, continuó siendo presidente, y no desertó. Desde entonces sus renuncias quedaron desmonetizadas.

Al mismo tiempo que los cimientos constitucionales de Colombia se conmovían, el imperio boliviano se desplomaba. El Perú y Bolivia recobraban su autonomía, rompían la constitución impuesta y deponían sus presidentes vitalicios, amparados por las mismas tropas colombianas dejadas por el Libertador para su costodia.

La división colombiana en el Perú fue la primera que dio el ejemplo, deponiendo a sus jefes, y declarando los oficiales que promovieron el levantamiento: "que sostendrían a todo trance la constitución jurada de su patria", y protestaban enérgicamente "contra los pronunciamientos criminales de Guayaquil, Quito, Cuenca, Cartagena y Venezuela, que pretendían hollar el código de la nación" (26 de enero de 1827). Las campanas se echaron a vuelo en la capital de Colombia al recibirse la noticia, y el estruendo de los cohetes pobló los aires. Santander aprobó la conducta de los sublevados, y públicamente los ensalzó a los gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la constitución! Todos los colombianos, sin distinción de colores políticos, y hasta tropas de la capital con sus músicas a la cabeza, participaron del júbilo del vicepresidente. Estaban fatigados de la gloria y del poder personal de Bolívar, que quería imponerse, sin comprender que había hecho su tiempo o equivocado su camino. Desde este momento se pronunció la ruptura entre Bolívar y Santander.

Este es el momento de acabar de perfilar la figura de Santander, para fijar sus contornos. General de la escuela mixta de Nariño y de Mariño, sin la inspiración de Bolívar, era más bien un hombre civil. Su carrera militar, señalada por la preparación de la reconquista de Nueva Granada, fue manchada por la cruel ejecución de los prisioneros rendidos en Boyacá, que ensangrentó sus laureles. Vicepresidente de la República y encargado del mando en ausencia del Libertador, presidente, su administración fue desordenada y hundió al país en la bancarrota, aunque no se man-

chó con peculados. En política su papel fue duplo. A la vez que hacía profesión de fe de principios liberales, se adhirió al plan de confederación de los Andes, contra el cual se pronunció después, como sostenedor de la constitución. Más neogranadino que colombiano, aspiraba a suceder a Bolívar en el mando de su tierra, previendo la disolución de Colombia, y sostenido por un partido que, como se ha visto en el acto de la aceptación de las renuncias, era más poderoso en el parlamento que el del mismo Bolívar. Producida la ruptura, se lanzó en el camino de la oposición con estos propósitos, y perseverando en él, le veremos terminar su carrera, envuelto en oscuras conjuraciones contra el Libertador. Mientras tanto, su separación dejaba a Bolívar sin fuerzas políticas ni morales que lo apoyasen, y sin hombres de consejo que moderasen su ambición. En ese momento le faltó su último punto de apoyo en el exterior.

El ejemplo del Perú cundió en Bolivia. Las tropas colombianas, desmoralizadas por la misión pretoriana que les estaba encomendada, y odiadas por el país, llegaron a ser un peligro en vez de un sostén, a punto de pedir el mismo Sucre su retiro. Un escuadrón acantonado en Cochabamba se sublevó en masa y se refugió en territorio argentino. La guarnición de Chuquisaca se amotinó, y el vencedor de Ayacucho, al procurar contenerla con su presencia, recibió de sus propios soldados un balazo que le rompió un brazo. Otra división se sublevó en La Paz. Sucre, que había participado de las prevenciones de Bolívar contra los argentinos, no veía en tal situación más remedio para mantener, al menos por un año, la armazón constitucional de Bolivia —en cuya duración no creía—, que una alianza o confederación con la República Argentina y Chile, que la preservase de las asechanzas del Perú. Sucre, con su ascendiente moral, consiguió mantener por algún tiempo un aparente orden político y militar; pero, invadido el territorio boliviano por el ejército peruano al mando de Gamarra, resignó en la asamblea constituyente el mando vitalicio que le pesaba, y evacuó el país con sus tropas, declarando que Bolivia quedaba dueña de su soberanía (1º de octubre de 1827). El Perú y Bolivia quedaron desde entonces repúblicas independientes y soberanas, según el plan absorbente de la hegemonía colombiana sostenida por ejércitos de ocupación.

IX

A la vez que el imperio boliviano se desmoronaba, Colombia entraba en el período de la descomposición. Máquina de guerra montada por el genio de Bolívar para libertar a Venezuela con Nueva Granada, a Nueva Granada con Venezuela, a Quito con ambas, y asegurar el triunfo definitivo de la independencia sudame-

ricana con los tres pueblos, era un absurdo como nación. Sus intereses eran opuestos, sus antagonismos invencibles, y la organización militar que le dio su fundador, contribuyó más a inocularle los gérmenes de la disolución. Venezuela y Nueva Granada, por una tendencia natural y por una ley geográfica, aspiraban a ser naciones independientes, y no tenían un patriotismo colectivo que las identificase. Quito era como una colonia de Nueva Granada, que por sus antecedentes históricos aspiraba a la autonomía. Tal vez Bolívar pudiera haber consolidado su obra, si en vez de cambiar su papel de Libertador por el de conquistador y entregarse a delirios ambiciosos en países extraños mientras su patria se disolvía, se hubiera consagrado a regularizar su administración, promover su prosperidad interna, desarmar el militarismo, perfeccionar sus instituciones republicanas y satisfacer las legítimas aspiraciones del patriotismo ilustrado y conservador, con el prestigio de su poder y de su gloria, retirándose en tiempo para dejar una nación organizada, al menos bajo la forma federal que lo conciliaba todo. Habría sido en su medida moralmente tan grande como Wáshington, y legado a su posteridad una nación organizada y un alto ejemplo de virtud cívica que realzaría su gloria, inmortal de todos modos. Pero no estaba este esfuerzo en su naturaleza desequilibrada. Con ambiciones insaciables, fomentadas por la adulación y el orgullo, sin principios sólidos de moralidad política, con ideas convencionales cristalizadas que pretendía imponer a la razón pública en progreso, confundió su interés particular con el interés público, y como se lo decía a Benjamín Constant, llegó a creer que su dictadura ilimitada era una necesidad, que la América del Sur se perdía si no era patrimonio suyo. Así, cuando los pueblos se emanciparon de su monocracia, cuando Colombia se sublevó, cuando le faltó hasta el punto de apoyo de las bayonetas en que había fundado su imperio, llegó hasta desesperar de los destinos del Nuevo Mundo republicano que contribuyera a hacer surgir sobre la faz de la tierra, y fiar el porvenir del último fragmento de su patria despedazada a la protección de un rey extraño, ¡renegando del credo inscripto en sus banderas victoriosas de Libertador!

La gran catástrofe estaba cercana, y el Libertador la aceleró al hacer decretar la reforma de la constitución, y convocar la gran convención, que sólo podría reunirse después de transcurridos diez años (en 1831). Santander se prestó a propiciar este acto con sofismas, y lo promulgó, deseoso de reconciliarse con el Libertador (7 de agosto de 1827). La convención se reunió en Ocaña, y ha pasado a la historia con este nombre, tristemente famoso en los anales del despotismo boliviano (9 de abril de 1828). El partido santanderista resultó en mayoría. Después de vanas tentativas para convenir los dos partidos en un proyecto de reforma constitucional, sin que nadie se atreviese a pronunciar la palabra de presidencia vitalicia,

la convención se disolvió por la deserción de los partidarios de Bolívar en minoría, instigados indirectamente por él (10 de junio). La república se declaró acéfala de hecho. En tal situación, reunióse en Bogotá una junta popular convocada por el intendente de la ciudad (13 de junio). El general Córdoba, el de la proclama de "paso de vencedores" en Ayacucho, con un latiguillo en la mano, cruzado de piernas en una silla, dictó la siguiente resolución: "No obedecer a la convención de Ocaña; revocar los poderes de sus diputados, y que el Libertador, presidente, se encargase del mando supremo de la república, con plenitud de facultades en todos los ramos." Bolívar respondió a este llamamiento anárquico declarando que "se apresuraba a satisfacer los votos de la capital, que había tomado a su cargo para salvar a la patria de la anarquía". Desde entonces, según las palabras de un imparcial historiador europeo, "el Libertador se quitó la máscara de liberalismo con que se había cubierto por tanto tiempo el rostro, y mostró en toda su desnudez la fealdad de una ambición vulgar y repugnante."

Autorizado por los pronunciamientos que respondían al de Bogotá, asumió la dictadura, y suprimió al vicepresidente, que a última hora quiso reconciliarse otra vez con él. La jurisdicción militar prevaleció sobre la civil; los principales opositores fueron deportados como perturbadores del orden público; se prohibió en las universidades hasta la lectura de los escritos de la legislación de Jeremías Bentham, que había sido su numen, y se reemplazaron con tratados de teología, suprimiendo la enseñanza del derecho público, del derecho constitucional y administrativo. Por último, quedó restringida la libertad de la prensa. Prometió, empero, reunir un nuevo congreso constituyente en el plazo de un año, y respetar mientras tanto las garantías constitucionales. No era un tirano; pero era un déspota sin rumbo.

Exaltado el espíritu de la juventud liberal, extraviada por las reminiscencias de la antigüedad, vieron en el Libertador un César, y evocaron el puñal de Bruto. Santander, que participaba de lejos de los trabajos de los conjurados, nombrado por Bolívar para desempeñar una misión diplomática, se oponía al asesinato; pero el asesinato quedó resuelto, Bolívar dormía en brazos de una querida traída de Lima, a la que el pueblo llamaba "la Libertadora", cuando los conjurados golpearon su puerta a altas horas de la noche, después de sorprender la guardia de su palacio (25 de setiembre). Pudo evadirse a tiempo, y la conjuración falló. Los principales conjurados fueron juzgados militarmente y suspendidos en la horca, entre ellos el almirante Padilla, el héroe de Maracaibo, que había tomado una participación indirecta en el movimiento. Era mulato como Piar. Santander fue condenado a muerte, y Bolívar conmutó su sentencia en destierro. Así terminó su carrera este expectable personaje, de incontestable mérito, pero de carácter

equívoco. Desde este día Bolívar quedó civil y políticamente muerto y fue una sombra de sí mismo.

Las tropas colombianas sublevadas en el Perú, introdujeron la guerra civil en Guayaquil. La provincia de Pasto volvió a insurreccionarse. El Libertador declaró la guerra al Perú, para someterlo de nuevo, y fue ésta la primera guerra entre las repúblicas sudamericanas, provocada por el mismo que les dio la independencia. Los peruanos invadieron Guayaquil. Sucre, al frente de las sólidas tropas colombianas, venció al ejército peruano que le hizo frente en Guayaquil. Bolívar trató con los pastusos en condiciones humillantes, y después de abrir en persona hostilidades sobre Guayaquil, donde perdió sin pelear 3.000 hombres en sus pantanos, firmó al fin la paz con el Perú.

X

Durante la guerra con el Perú, y más aún después de terminada, Bolívar consideró perdida la América, desde que no estuviesen todas las repúblicas sometidas a su dominación reguladora. Desde su cuartel general de Quito, dirigióse oficialmente a su consejo de ministros en Bogotá: "El espantoso cuadro que ofrecen los nuevos Estados americanos, hace prever un porvenir muy funesto, si una nación poderosa no media entre ellos. No queda otro recurso (en el concepto del Libertador), que el que se hable privadamente a los ministros de los Estados Unidos y de Inglaterra, manifestándoles las pocas esperanzas que hay de consolidar los nuevos gobiernos americanos, si un Estado poderoso no interviene en sus diferencias o toma la América bajo su protección." Los ministros le objetaron que Colombia no tenía personería de los demás Estados americanos para someterlos a la protección de una potencia extranjera y disminuir así los derechos de su soberanía. El Libertador insistió en su idea, recargando las sombras del cuadro: "Desde que las diferentes secciones americanas han ensayado infructuosamente todas las formas de gobierno simples o mixtas, comprendidas entre la democracia pura y el completo absolutismo; después que los pueblos ineptos para gobernarse a sí mismos, son frecuentemente la presa del primer ambicioso; desde que la desmoralización ha penetrado en el corazón de los ejércitos; y cuando la antigua metrópoli hace preparativos para una nueva y fuerte expedición, es inevitable deplorar anticipadamente la suerte del Nuevo Mundo. La América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección o influencia, emanen de una nación poderosa del antiguo continente, y ejerza un poder bastante, que en caso de ser desatendida, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre." El Libertador no se adhiere a la palabra; busca la

cosa. "Busquemos una tabla de qué asirnos, o resignémonos a naufragar en el diluvio de males que invaden a la desgraciada América."

Antes de emprender su última campaña del Sur, el Libertador había manifestado confidencialmente a varios de sus amigos "que Colombia y toda la América española no tenía otro remedio para libertarse de la anarquía que la devoraba, que establecer monarquías constitucionales, y que, si Colombia se decidiera por este sistema de gobierno y llamase a reinar a un príncipe extranjero, él sería el primero que se sometería a su autoridad y lo apoyaría con su influjo. Fue más explícito aún con el encargado de negocios de la Gran Bretaña, coronel P. Campbell, al que se había dirigido sobre el proyecto de monarquía que se meditaba en Bogotá. Según él, "dadas las muy graves dificultades que había para organizar la república, acaso el único medio sería el establecimiento de la monarquía, llamando a un príncipe extranjero que profesase la religión católica; pero que para esto era necesario poder contar con los auxilios de una gran potencia como la Francia o la Inglaterra, que defendiese a Colombia de los ataques de las demás repúblicas americanas." El Libertador autorizó a Campbell a hacer el uso que quisiera de la carta.

Con estos antecedentes y afirmado por la declaración hecha a Campbell, el consejo de ministros empezó a trabajar en el sentido de propiciar la idea por medio de la prensa y exploró la opinión de los jefes del ejército, del clero y de los altos dignatarios del Estado, de quienes mereció general aprobación. Páez, que antes había aconsejado al Libertador que se coronase como Napoleón, exigió antes de prestarle su aquiescencia, que Bolívar se pronunciase categóricamente sobre el particular. Mientras tanto, los ministros del Libertador, en vez de negociar sobre la base de un protectorado europeo para toda la América, idea que consideraban, y con razón, no sería discutida por ningún diplomático serio, se consideraron autorizados para abrir una negociación confidencial con el enviado de la Francia, el conde de Bresson, acreditado cerca de la república, que había manifestado en su discurso de recepción, que "los votos de su gobierno eran por el restablecimiento de instituciones libres y fuertes, que dieran a la Europa garantías de que el orden público se conservaría, haciendo un grande elogio de las virtudes cívicas y de los talentos militares y políticos del Libertador." El plan no podía ser más peregrino. Llevaba el carácter de condicional, sin compromiso formal ulterior hasta que se perfeccionase, cuidando de prevenir que el consejo no contaba con el asentimiento del Libertador, ni era posible que lo diese en los términos en que se había concebido el proyecto, ni consentiría jamás en coronarse rey; pero que podía contarse con la seguridad de que se sometería a la decisión del congreso y aun la apoyaría. En la

hipótesis de transformar de este modo la república en una monarquía, Bolívar continuaría mandando la república durante su vida con el título de Libertador, y sólo después de su muerte entraría a reinar el príncipe de algunas de las dinastías de Europa que se eligiese; pero, siendo probable que los Estados Unidos del Norte y las demás repúblicas de la América se alarmaran y pretendiesen turbar el derecho perfecto de Colombia para cambiar su forma de gobierno, la intervención eficaz de la Gran Bretaña y de Francia era una condición indispensable. Los representantes de Inglaterra y Francia, Campbell y Bresson, convinieron en todo con los ministros del Libertador (15 de setiembre de 1829). Se expidieron en consecuencia los respectivos despachos e instrucciones a los gobiernos respectivos y a los agentes diplomáticos de Colombia en Europa.

Bolívar, que desde el mes de mayo (1829) estaba instruido por sus ministros de los trabajos que se hacían en favor del plan monárquico, y había sido directamente interpelado, dejó pasar más de tres meses sin contestar. Al fin lo hizo desechando la idea de una monarquía, no por mala en sí, sino por imposible, y reveló por la primera vez lo que llamaba su secreto (3 de setiembre). Este secreto consistía en la disolución de Colombia, separando a Nueva Granada de Venezuela, por no existir conexión entre ambos países, conservándose la primera íntegra con la anexión de Quito, regido el todo por "el mejor gobierno, que era un presidente vitalicio y un senado hereditario como el que en 1819 había propuesto en Guayana." Protestaba, como de costumbre, que él quería separarse del mando, para ser un mero mediador común entre ambos Estados.

Apenas trascendió el plan de la monarquía, sublevóse la opinión republicana de Venezuela y Nueva Granada. Atribuyeron al Libertador el intento de coronarse rey, y sus enemigos y aun los sostenedores de su dictadura, se pronunciaron públicamente contra él. Córdoba, el héroe de Ayacucho, que, con látigo en mano había presidido al pronunciamiento de Bogotá contra la convención de Ocaña, se levantó en Antioquía (14 de setiembre). Fue vencido, y cobardemente asesinado a sablazos después de rendido, cubierto de heridas recibidas en el combate. Estas fueron las novedades con que se encontró Bolívar en Popayán, de regreso de la campaña contra Guayaquil, después de ajustar la paz con el Perú. Estaba física y moralmente enfermo; padecía de insomnios, y su carácter se resentía de este estado espasmódico. Su naturaleza estaba gastada, y nadie le daba tres años de vida, que él alargaba hasta seis a lo sumo, con la conciencia de que su carrera estaba terminada, y tristemente. Había perdido la confianza en sí mismo, y sabía que no podía contar ya con el amor de sus conciudadanos. Fue entonces cuando, después de transcurridos seis meses de la iniciativa del proyecto de monarquía, lo condenó abiertamente y reprobó en tér-

minos ásperos la conducta de sus ministros y amigos (22 de noviembre). El historiador clásico de Colombia, Restrepo, que era uno de los ministros, admirador de Bolívar hasta después de muerto, ha descrito la escena que tuvo lugar con este motivo en el consejo de gobierno, con un rasgo a lo Tácito, raro en su estilo seco y descolorido, que ha impreso sobre su frente un tizne, cual sus más encarnizados enemigos no lo han estampado jamás. "Al terminarse la lectura de la nota del Libertador, fue uniforme el sentimiento de los miembros del consejo de ministros —la indignación—. Creyéndose sacrificados a la popularidad de Bolívar, y que sin consideración a sus largos y fieles servicios al gobierno de Colombia y a la independencia de su patria, se les había dejado deslizarse por un camino peligroso."

Los ministros renunciaron en masa; pero él no aceptó la renuncia, y les dio una satisfacción amistosa, considerándose moralmente solidario, y delegó en ellos la dictadura, delegación que no fue admitida. Así terminó el sueño monocrático de Bolívar.

XI

Al finalizar el año de 1829, Venezuela consumó su revolución con Páez a la cabeza, y se declaró república independiente, desconociendo la autoridad del Libertador, cuya política estigmatizó amargamente, y decretó su ostracismo. Colombia quedó disuelta. Este fue el golpe de muerte. Bolívar, reducido a la Nueva Granada, donde era un extranjero y un huésped incómodo, convocó el congreso constituyente prometido, que se reunió bajo estos tristes auspicios (20 de enero de 1830).

En el mensaje que el Libertador dirigió al congreso, repitió su acostumbrada renuncia: "Libradme del baldón que me espera si continúo ocupando un destino, que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Un nuevo magistrado es ya indispensable para la República. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los Estados americanos me consideran con cierta inquietud, que puede atraer sobre Colombia males semejantes a los de la guerra del Perú. Disponed de la presidencia de la república que abdico en vuestras manos. Desde hoy, no soy más que un ciudadano armado para defender la patria y obedecer al gobierno." Y terminó diciendo: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de todos los demás." Aun a este precio, la independencia era ganancia, porque era el bien de los bienes, y el establecimiento de la república democrática, tan embrionaria como fuese, valía todos los sacrificios en su honor. Y aun perdida la última esperanza, tal confesión sólo

podía hacerse por un hombre inmaculado en los comunes errores, para señalar el camino de la salvación.

Bolívar, fatigado y desesperanzado, depositó el ejercicio del mando en su consejo de ministros, cerró su secretaría, y se retiró a su pintoresca quinta de Fucha, presente de la munificencia pública, a inmediaciones de Bogotá. Desde ese día no volvió a reasumir el mando. Despidióse anticipadamente de sus compatriotas con palabras de profunda melancolía: "Colombianos: Hoy he dejado de mandaros. Veinte años os he servido en calidad de soldado y magistrado. He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios. Nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión. Escuchad mi última voz al terminar mi carrera política: os ruego que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos" (20 de enero de 1830).

En el seno del congreso se formaron dos partidos: uno por la reelección de Bolívar y otro por su separación absoluta de la vida pública. La opinión estaba decididamente contra él, y sólo lo sostenían el pretorianismo y los intereses personales de sus partidarios. García del Río, el consejero de San Martín en sus proyectos de monarquía, y el propagador en la prensa de Bogotá de la misma idea durante las negociaciones de protectorado con Inglaterra, era uno de los jefes del partido de la reelección, y escribía por este tiempo a San Martín: "Estoy tan comprometido, por la causa del Libertador y la del orden, que si ésta no triunfa, soy hombre perdido. Dios sabe cómo terminará la revolución de Venezuela: de su desenlace y del de la vida pública de Bolívar pende mi existencia. En todo este año puedo subir al patíbulo o al ministerio, ser desterrado o proscripto, o tener delante de mí un porvenir próspero. No hay medio para mí. En las revoluciones yo creo que es necesario tener banderas fijas; me he alistado en las de Colombia, Bolivia y el orden, y con ellas saldré avante, o encallaré. El congreso constituyente, del cual soy miembro por Cartagena, terminará sus trabajos en todo abril; será republicana, y aunque no muy buena lo mejor en las circunstancias actuales. Promulgada que sea, y si Bolívar continúa al frente de los negocios, es probable que la nueva administración sea buena y vigorosa. En este caso se tratará de someter a Venezuela; el resultado de esta tentativa, lo decidirá todo para Colombia, para Bolívar y para mí."

Bolívar se dejó llevar por la corriente que lo arrastraba en el sentido de sus moribundas ambiciones, y no obstante la solemnidad de su anterior renuncia y de su anticipado adiós a los colombianos, pensó reasumir el mando y trabajar decididamente por su

reelección. Un motín estalló en la capital a favor de esta idea a los gritos de ¡Viva la religión y el Libertador como presidente-dictador!, que inmediatamente se apaciguó, sofocado por la opinión. Los diputados reeleccionistas fueron amenazados de muerte por los republicanos liberales. Sus mejores amigos se declararon abiertamente en su contra, temiendo por su suerte y aun por su seguridad personal. "El, en un estado de inacción física y moral —según uno de sus confidentes en esta época—, fluctuaba de un extremo a otro, sin fijarse en ningún punto. La afrenta de presentarse ante el mundo como proscripto, lo entristecía." El gobierno delegado había invitado al congreso a disolverse, por considerar inútiles sus tareas constituyentes en el estado de desorganización del país (abril 15 de 1830). El congreso no se adhirió a esta invitación, que alarmó a Bolívar. Consultó entonces a sus amigos, y todos, unánimemente, fueron de opinión que debía retirarse por siempre de la vida pública. El presidente del consejo, en quien él había delegado el mando, se pronunció en este sentido en su presencia, encabezando una comisión de notables. El Libertador se inmutó y le insinuó que consideraba su opinión sospechosa, como aspirante a sucederle en la presidencia. "¿Cómo quedo yo, exclamó, siendo el ludibrio de mis enemigos, y apareciendo ante el mundo como un proscripto? ¿Por qué el congreso no me admitió mi renuncia desde los primeros días de su instalación, y así habría dejado yo el puesto con lucimiento?" Uno de los presentes le interrumpió, haciéndole sentir que era un extranjero en Nueva Granada, proscripto hasta por su propia patria: "General: en la "Nueva Granada" donde quiera que fijéis vuestra residencia, seréis el oráculo acatado por todos, seréis nuestro Wáshington." El doble ostracismo de Colombia quedó pronunciado. Bolívar se sometió a su destino.

Dictada la nueva constitución, calcada sobre la de Cúcuta, que fue rechazada por Venezuela, el Libertador presentó al congreso su última renuncia, esta vez, en términos nobles y sencillos, que evidenciaban una convicción impuesta por una triste necesidad: "La patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos" (abril 27). Esta vez la renuncia quedó aceptada. Fue nombrado presidente don Joaquín Mosquera, jefe del partido liberal, que le era opuesto. Su retrato fue despedazado por los liberales. El congreso, empero, le tributó los merecidos homenajes, declarándolo "el primero y mejor ciudadano de Colombia", y le acordó durante su vida una pensión de treinta mil pesos anuales (9 de mayo de 1830). Apenas contaba con medios de subsistencia y no tenía lo suficien-

te para vivir fuera de su país. Su gran patrimonio se había disipado en el curso de la revolución, sin que él lucrase con los tesoros de que pudo disponer a discreción.

El Libertador del Norte, Simón Bolívar, que afirmó la emancipación de la América Meridional, entró como el Libertador del Sur, José de San Martín, que había preparado su triunfo, en la región de las sombras del ostracismo, crepúsculo y aurora de la inmortalidad de los dos.

Capítulo LI

EPILOGO

Los dos libertadores. — Los dos ostracismos. — Resultados finales. — Juicio póstumo.

I

La posteridad ha pronunciado su juicio definitivo sobre los dos Libertadores de la América Meridional, cuya vida pública, envuelta en el movimiento revolucionario de su tiempo, hemos relatado: *San Martín y Bolívar.*

Los dos fueron grandes en su medida, los más grandes hombres que, después de Wáshington, la América haya producido, dignos de figurar en el panteón universal como colaboradores del progreso humano. Los dos cumplieron su misión redentora en el orden de los hechos, dando el uno la primera señal de la guerra continental, cuyo plan concibió, y terminándola gloriosamente el otro. Sin San Martín en el sur del continente, y sin Bolívar en el norte, no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias, que dio el triunfo final, ni cómo el uno sin el otro hubiesen podido llenar su tarea libertadora. Los dos erraron, empero, como políticos, y quedaron más abajo de la razón pública y aun de los instintos de las masas que removían, y no pudieron o no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución que acaudillaron militarmente. El tiempo, que disipa las falsas glorias y acrecienta las verdaderas, ha borrado las sombras que oscurecieron parcialmente en vida estas personalidades típicas, símbolos de una época, que señalan la aparición de un nuevo mundo republicano, que es el fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XX. Sus contornos se destacan netamente en el horizonte de la historia, y han merecido ambos la apoteosis de su posteridad, después de alcanzar su centenario, sometidos a la prueba del tiempo en presencia de su obra.

En el gran drama de la revolución hispanoamericana, que tiene por teatro un vasto territorio igual a la cuarta parte del globo, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son las de sus dos libertadores, que, partiendo de extremos opuestos, convergen a un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen. Su vida y su obra tienen la unidad de la epopeya de la emancipación de un mundo nuevo, con su genialidad, su acción heroica, su carácter trágico, sus desfallecimientos y sus delirios, y coinciden hasta en su melancólica catástrofe. Roto el destino del uno antes de terminar su obra, y roto el del otro en medio de su apogeo, la revolución sigue su marcha lógica, como en las carreras antiguas, caído el conductor en la arena, el carro triunfador llegaba a la meta, abandonados los corceles a su noble instinto.

Los dos libertadores representaron alternativamente la hegemonía de dos grandes grupos de pueblos que trabajaban en pro de su independencia; pero con diversas tendencias y opuestos objetivos internacionales, aunque con un mismo propósito inmediato.

Tocó a la República Argentina y a Chile, acaudilladas por San Martín, sostener y hacer triunfar la bandera de la insurrección en el sur del continente, y llevar sus armas libertadoras de mar a mar y desde la región templada hasta la línea del Ecuador, juntamente con el Perú. Allí se operó la conjunción de las fuerzas batalladoras de la América del Sur, y allí se abrazaron y se repelieron los dos libertadores. La hegemonía del Sur sólo pudo consolidar condicionalmente su propia independencia, dejando incompleta su obra en el Alto y Bajo Perú, aunque contribuyó eficazmente a completar la del Norte y hacer posible su dilatación.

Tocó a Colombia, acaudillada por Bolívar, la tarea de hacer triunfar la insurrección en el norte de la América Meridional, libertando a Venezuela y Nueva Granada, y a Quito en unión con las armas peruanoargentinochilenas; afirmar la independencia del Perú y Bolivia, y garantir indirectamente por siempre la de las demás repúblicas de la América del Sur, que se habían libertado por sus propios esfuerzos, y manteniendo alzada la bandera de la insurrección cuando estaba abatida en todo el resto de la América, incluso Colombia.

La lógica de la historia se cumplió en los dos libertadores, como caudillos de las dos hegemonías que representaban en acción y en conflicto. San Martín cedió el puesto a Bolívar, entregándole los destinos de la revolución sudamericana, que podía hacer triunfar en las batallas mejor que él. Con su abdicación, dio un alto ejemplo de virtud cívica, pero sobre todo de prudencia y buen sentido, por cuanto era un acto impuesto por el destino a que tuvo la fortaleza de conformarse. Bolívar coronó la obra, y los dos

triunfaron en definitiva. San Martín miró sin envidia que Bolívar, con quien compartía la gloria de libertar la mitad de medio mundo alcanzase y mereciese la corona del triunfo final, reconociéndose modestamente inferior a él en esfuerzos y hazañas, aunque fuera moral y militarmente más grande, y aun cuando en el orden de los principios elementales corresponda el triunfo póstumo a la hegemonía que representó. La fatalidad los iguala: los dos mueren en el ostracismo.

II

El destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América Meridional es trágico. Los precursores de la revolución en La Paz y Quito, murieron en los cadalsos. Miranda, el gran precursor de la emancipación sudamericana, murió solo y desnudo en un calabozo, entregado a sus enemigos por los suyos. Moreno, el numen de la revolución argentina, que propagó la doctrina de la democracia, murió expatriado en la soledad de los mares. Hidalgo, el caudillo popular de la revolución de Méjico, murió en un patíbulo. Belgrano, el precursor de la independencia argentina, que salvó su revolución en las batallas de Salta y Tucumán, murió en la oscuridad y la miseria, en medio de la guerra civil. O'Higgins, el héroe de Chile, acabó sus días en la proscripción, precedido por Carrera, su rival y su colaborador, a quien la fatalidad arrastró al cadalso en tierra extraña. Itúrbide, el verdadero libertador de Méjico, murió fusilado víctima de su ambición. Carlos Montufar, el jefe de la revolución de Quito, como su compañero Villavicencio, promotor de la de Cartagena, fueron ahorcados. Los primeros presidentes de Nueva Granada, que imprimieron carácter a su revolución, Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres, murieron sacrificados por la restauración del terrorismo colonial. Piar, el que dio la base militar de operaciones a la insurrección colombiana, murió ajusticiado por Bolívar, a quien enseñara el camino de la victoria final. Rivadavia, el genio civil de la América del Sur, que dio la fórmula de sus instituciones representativas, murió en el destierro. Sucre, el vencedor de Ayacucho, fue asesinado alevosamente por los suyos en un camino desierto. Bolívar y San Martín murieron en el ostracismo. El de San Martín fue acto deliberado de su voluntad, aunque impuesto por su destino. El de Bolívar, aunque pronunciado por él mismo al agotarse sus fuerzas vitales, empezó con su apogeo y terminó con su catástrofe.

Los ostracismos de los dos Libertadores participan del carácter de sus acciones en la vida contemporánea, y en la prolongación de su influencia póstuma. El del uno es estoico. El del otro es atormentado.

San Martín, después de ver cerrado por siempre el libro de su destino, que creyó entreabierto por un momento al ser llamado al Perú después de su abdicación, pasó desde Mendoza a Buenos Aires, donde fue recibido por el menosprecio y la indiferencia pública. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía dónde pasar revista en el ejército argentino. Tomó en sus brazos a su hija huérfana de madre, y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente a frente a la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados a la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la Bolsa de Londres. De este modo, sus manos quedaron puras del oro que se había aliado al bronce heroico del Libertador.

Cinco años después sintió la necesidad de respirar en el aire de la patria, y regresó a ella con la intención de acabar oscuramente sus días en la tierra natal. La guerra entre el Brasil y la República Argentina había terminado gloriosamente para ésta. Al llegar a la rada de Buenos Aires, el 12 de febrero de 1829, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, encontró en las puertas de la patria un letrero escrito por manos argentinas que decía: "Ambigüedades: El general San Martín ha vuelto a su país a los cinco años de ausencia; pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil". Como se ha dicho, la respuesta de San Martín había sido dada dos mil años antes por la boca de Escipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: "En un día como éste salvé a Roma. Vamos al templo a dar gracias a los dioses tutelares del Capitolio, para que siempre tenga generales que se me parezcan." Ni dio esta respuesta ni mandó grabar sobre su sepulcro: "Ingrata patria, no tendrás mis huesos". Volvió al eterno destierro, y dio modesta y generosamente su respuesta desde la tumba: "Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires".

III

Bolívar, despojado del mando supremo, se retiró a inmediaciones de Cartagena, sin conformarse con el poder perdido ni decidirse a abandonar las playas de la patria. Allí supo la muerte de Sucre, que le había escrito dos años antes, que si no se retiraban en tiempo, perderían la cabeza. Estaba moribundo, pero no perdía la esperanza de ser el hombre providencial de Colombia, ya que no había podido serlo de toda la América, según sus designios. Había augurado la anarquía, y ésta se produjo casi inmediatamente. El la vio estallar con complacencia, y la alentó indirecta-

mente con su actitud y sus palabras. Lo agrió más una comunicación del presidente Mosquera, su antiguo amigo, notificándole que Venezuela ponía por condición a la paz con Nueva Granada su alejamiento perpetuo. Entonces exclamó: "¡No me iré deshonrado!"

Los partidarios personales del Libertador propalaban que sólo él podía encadenar las furias de la fuerza armada, y que por esta razón principalmente consideraban necesaria la perpetuación de su influencia. Los hechos parecían darles la razón. Parte de Venezuela y de la Nueva Granada levantó las armas en favor de su dictadura. Quito y Guayaquil siguieron el ejemplo de Venezuela desligándose de Colombia y formaron un Estado independiente, bajo la denominación de República del Ecuador (mayo 1830). El gobierno de Mosquera fue derribado en Bogotá. La guerra civil se encendió. Los amigos triunfantes en la capital, encabezados por Urdaneta, lo llamaron a ponerse de nuevo al frente de la república, para restablecer la unidad colombiana. Envanecido y agriado, tuvo la debilidad de aceptar. "No debo excusarme de contribuir, contestó a los revolucionarios, en cuanto dependa de mis facultades al restablecimiento del orden, a la reconciliación de los hermanos enemigos, y a recuperar la integridad nacional. Para lograr tan vastos fines, ofrezco a la patria todos los sacrificios de que soy capaz. Desde luego me pondré en marcha para la capital a reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes del país y las autoridades legalmente constituidas."

La muerte lo salvó del oprobio de dar pábulo a la guerra intestina de Nueva Granada, y a la guerra de carácter internacional con Venezuela y el Ecuador. Su ambición moribunda connaturalizada con su ser, lo llevaba fatalmente, o a subir de nuevo al poder levantado por las bandas pretorianas que él había hecho prevalecer sobre las instituciones, enajenándose la confianza y la estimación públicas, o a ser vencido otra vez por las fuerzas morales de la opinión y la acción irresistible de los pueblos por él violentados. Agravada su enfermedad, se retiró a Santa Marta, buscando las brisas vivificantes del mar. Trasladado a la quinta de San Pedro de Alejandría, a 10 kilómetros de la ciudad, empezó allí su agonía. Sus últimas palabras fueron consignadas por escrito, en una alocución al pueblo de Colombia, dictada por él, que fue leída al tiempo de recibir la Eucaristía: "Mis votos son por la felicidad de mi patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro." El Libertador, que escuchaba la lectura, sentado en una butaca, agregó con voz ronca: "Sí, al sepulcro... Es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... ¡pero les perdono! Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos." Fue-

ron las últimas palabras acordes que de él se recuerdan. Expiró el 17 de diciembre de 1831, a la 1 de la tarde, a la edad de 47 años, cuatro meses y veintitrés días. Murió con la espada victoriosa de Colombia rota en sus manos, y Santa Marta presenció más tarde su apoteosis póstuma.

IV

Un año después de expirar Bolívar en Santa Marta, fue atacado San Martín por el cólera, que por aquel tiempo asoló la Europa (octubre de 1832). Vivía en el campo con su hija y sólo contaba con los pobres recursos que le había proporcionado la venta de la casa donada por el congreso argentino por la victoria de Maipú. Su destino, según sus propias palabras, era ir a morir en un hospital Un amigo, compañero de armas suyo en la guerra de la Península, un español, el opulento banquero Aguado, vino en su auxilio y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg, a orillas del Sena, a inmediaciones del olmo que, según tradición, plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban a París. Allí, en una sencilla habitación rodeada de árboles y flores, en que abundaban las plantas americanas, que él mismo cultivaba, vivió largos años, triste y concentrado, pero sereno, llevando el peso de su ostracismo voluntario, quejoso a veces de la ingratitud de los hombres y deplorando la triste suerte de los pueblos por cuya independencia tanto había trabajado, aunque sin desesperar de sus destinos. Sólo una vez se reanimó su antiguo entusiasmo, y fue cuando, por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, creyó ver amenazada la independencia y honor de su patria por las cuestiones de la Francia y la Inglaterra con el tirano Rosas (1845-1849), manifestando con la autoridad de su nombre y de su experiencia militar, que la América era inconquistable por la Europa. Sus instintos de criollo despertaban. Consecuente con este modo de ver, legó al tirano de su patria: "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur —son las palabras de su testamento— como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que el general Rosas ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla." En presencia de la muerte, como en el curso de su carrera heroica, él no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, que fue la pasión de su vida, a la que lo sacrificaba todo no obstante condenar los actos crueles del tirano a quien honraba más allá de sus días. No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir a su época, cuando no tienen una misión que llenar en

la tierra, y cuando, sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que la rodean.

Al fin llegó el término de su trabajada existencia. La muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, empezó a tejer su tela fúnebre. Cuando el famoso oculista Sichel le prohibió la lectura —otra de sus pasiones— su alma se sumergió en la oscuridad de una profunda tristeza. La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma que llevó siempre latente en su seno, amortiguó las palpitaciones de su gran corazón. Trasladóse a Boulogne-sur-Mer, en busca, como Bolívar, de las brisas vivificantes del mar, y allí tuvo la conciencia de su próximo fin. El 13 de agosto, hallándose de pie en la playa del canal de la Mancha, con la vista apagada perdida en el nebuloso horizonte, sintió el primer síntoma mortal. Llevó la mano al corazón, y dijo con una pálida sonrisa, a su hija que le acompañaba como una Antígona: "C'est l'orage, mi mène au port!" El 17 de agosto de 1850, empezó su agonía. "Esta es la fatiga de la muerte", exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, a las 3 de la tarde, a la edad de 72 años y seis meses, para renacer a la vida de la inmortalidad. Chile y la República Argentina le levantaron estatuas. El Perú le debe todavía la que le decretó. La nación argentina, unida y constituida, según sus votos, repatrió sus restos mortales, celebró su apoteosis, y le erigió su monumento fúnebre en la Catedral de su metrópoli, como al más grande de sus trascendentales hombres de acción consciente.

V

Hemos dicho que en el orden definitivo de las cosas, el triunfo final de los principios elementales de la revolución sudamericana corresponde a San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor; porque, si el uno es más colosal y llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente más grande y equilibrado, por su carácter, por su ciencia y conciencia, y por los resultados ulteriores que responden a su iniciativa.

En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y se distribuyen desigualmente los dos elementos de que se compone la historia: uno activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro pasivo y trascendental, que constituye la vida futura. De estos dos elementos surge uno nuevo, que se combina con ambos, y es la impresión en las almas contemporáneas y la influencia en la posteridad, que viven como idea abstracta o como efectos de causa anterior, cuyas vibraciones armónicas se prolongan en el tiempo. Bolívar representó una de estas fases, y San Martín la otra. La obra política de Bolívar en el orden nacional e internacional

ha muerto con él, y sólo queda su heroica epopeya libertadora al través del continente por él hecho independiente. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sur se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.

La revolución sudamericana, como queda indicado, está representada durante la lucha de la independencia, por dos hegemonías político-militares: la argentina primero, que asume el carácter de chilenoargentinoperuana después, acaudillada por San Martín; y la hegemonía guerrera de Colombia, acaudillada por Bolívar.

La República Argentina, al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817 y reconquistar a Chile, impuso a su general por regla de conducta infundir a los pueblos libertados por sus armas, que "ninguna idea de opresión o conquista, ni intento de conservar la posesión del país auxiliado, la llevaba fuera de su territorio, y que la consolidación de la independencia y de la gloria de las Provincias Unidas del Sur eran los únicos móviles a que debía atribuirse el impulso de la campaña" (véase capítulo XIII, párrafo VII). Libertado Chile por las armas argentinas, celebróse una alianza sobre la base de su recíproca independencia, a fin de garantir la de las demás secciones americanas, y llevar adelante su plan de propaganda armada con arreglo a un nuevo derecho internacional, que sólo admitía por excepción las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones como hechos perturbadores del equilibrio futuro; y como consecuencia de estos principios fundamentales, la formación del mapa político de la América Meridional, con sus fronteras definidas por la tradición histórica, sin violar los particularismos nacionales. Su fin era la emancipación con todas sus consecuencias lógicas y necesarias de hecho y de derecho, libertando pueblos para entregarles sus propios destinos, y determinar así la regla según la cual las nuevas nacionalidades debían constituirse en lo futuro en obediencia a su espontaneidad. Este programa, cumplido en todas sus partes, da la clave para explicar el movimiento alternado y progresivo de la revolución sudamericana en su desarrollo gradual y en sus resultados ulteriores y finales. Según él, se organizan las Provincias Unidas del Río de la Plata dentro de sus propios elementos coherentes; reasume Chile su soberanía y se declara la independencia del Perú bajo los auspicios de la hegemonía argentinochilena. El mapa político del sur de la América Meridional queda trazado. Esta es la obra que representa San Martín como libertador, y esta obra es el equilibrio internacional sudamericano, que la Europa no ha encontrado todavía.

La hegemonía colombiana, más guerrera que política, obedece a otros principios y a otros propósitos. Bajo la mano poderosa de Bolívar se condensa la revolución del norte de la América Meridional; los particularismos violentados se confunden, las fronteras se borran, y Venezuela, Nueva Granada y Quito forman un gigantesco cuerpo de nación, poderoso como máquina de guerra, pero débil por su falta de cohesión geográfica y social. Este es el tipo de la política colombianoboliviana; libertadora, conquistadora y absorbente. Bolívar liberta al Perú; pero lo convierte en nación parásita de Colombia; liberta al Alto Perú, y lo convierte en feudo de su personalidad. Pretende unificar artificiosamente los nuevos Estados autonómicos, fundando un imperio monocrático con presidencias vitalicias, en oposición a las leyes naturales y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la hegemonía argentina, y al reaccionar contra las mismas tendencias de la revolución, quiere hacerla retrogradar al régimen colonial en lo administrativo e imponer en el orden del derecho público instituciones que repugnan a la índole democrática de los pueblos.

Las dos políticas de estas dos hegemonías constituyen el último nudo internacional de la revolución sudamericana. En el choque de estas dos políticas continentales prevalece por sí mismo el principio superior a que obedecen los acontecimientos por gravitación natural. Militarmente operan su conjunción en el Ecuador, y sus armas se combinan para dar los golpes finales al enemigo común, en Quito y el Perú. En el Perú se opera su divorcio. En Bolivia se encuentran frente a frente. La República Argentina cede de sus derechos históricos y reconoce la independencia del Alto Perú, fiel a sus principios proclamados. Declara al mismo tiempo al Libertador, que pretende llevar sus armas hasta el Paraguay para someterlo, que el principio tradicional de su política respecto de las diversas secciones americanas se fundaba en la regla de no hacer entrar ningún territorio por la fuerza en la asociación nacional, ni intervenir en su orden interno.

En este contacto y en este choque la política boliviana se gasta y es vencida. El Perú se emancipa de su tutela y Bolivia se subleva contra su dominación, reasumiendo la integridad de su soberanía. Colombia se disuelve en manos de su creador. Venezuela, Nueva Granada y Quito se convierten en repúblicas independientes, obedeciendo a la ley orgánica de su naturaleza. Toda la América queda definitivamente organizada en el orden interno y en el orden internacional según el plan geográfico y político de la hegemonía argentinochilenoperuana, representada por San Martín. La gloria de Bolívar es imperecedera, y su acción como libertador más decisiva en su tiempo; pero su obra política muere con él, y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales,

porque estaban en pugna con las leyes naturales y perturbaban el dinamismo vital de las nuevas sociabilidades sudamericanas. La obra de San Martín le sobrevive en sus efectos inmediatos y en sus resultados ulteriores, y con ella, la acción eficiente a que responde como libertador del sur del continente.

VI

Los hombres de acción o de pensamiento que, como San Martín, realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones a la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos. Dirigirlos o servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores o generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente o se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los venideros como hecho durable o como pensamiento trascendental.

Así como cada pueblo tiene un rasgo principal, del que todos los demás se derivan, y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones. En San Martín, el rasgo primordial, el sentimiento generador de que se derivan y deducen las cualidades que constituyen su ser moral, es el genio del desinterés, de que es la más alta expresión en la revolución sudamericana, ya sea que medie en su limitada esfera intelectual, luche, destruya, edifique, según sus alcances; mande, obedezca, abdique y se condene al eterno silencio y al eterno ostracismo.

Según este criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida a sus proporciones naturales, ni dar a su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico, al reconocer que pocas veces la intervención de un hombre fue más decisiva que la suya en los destinos de un pueblo, explicando a la vez la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios guiadores en medio de la lucha, por la inflexible lógica del hombre de acción en presencia de lo pasado y de lo presente, bajo la luz en que le vieron los contemporáneos y lo contemplarán los venideros. Como lo hemos dicho ya, la grandeza de los que alcanzan la inmortalidad, no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre

la conciencia humana, haciéndola vibrar de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea, de un resultado o de un sentimiento trascendental. La de San Martín pertenece a este número. Es una acción y un resultado que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que las simboliza; más por la fuerza de las cosas que por la potencia del genio individual.

San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no a la sombra de la bandera pretoriana, ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de un alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fue conquistador y libertador, sin fatigar a los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición o su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios morales y en holocausto a su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fue pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente a la emancipación de la América del Sur. Es el primer capitán del Nuevo Mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos a la estrategia moderna, en un teatro nuevo de guerra, con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se transmite a su posteridad como hombre de acción consciente. El

germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma, y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chilenoargentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes, y equilibrio a sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y a pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regló su vida: "Fue lo que debía ser", y antes que ser lo que no debía, prefirió: "No ser nada". Por eso vivirá en la inmortalidad.

INDICE

		Pág.
Capítulo	I: La emancipación sudamericana	7
"	II: San Martín en Europa y América (1778-1812)	60
"	III: La Logia de Lautaro (1812-1813)	85
"	IV: San Lorenzo (1813-1814)	104
"	V: El Alto Perú (1814)	124
"	VI: La guerra del Norte (1814)	150
"	VII: Revolución chilenoargentina (1810-1811)	176
"	VIII: Desarrollo y caída de la revolución chilena (1811-1814)	206
"	IX: Cuyo (1814-1815)	244
"	X: La guerra de zapa de San Martín (1815-1816)	272
"	XI: La idea del paso de los Andes (1815-1816)	292
"	XII: El ejército de los Andes (1816-1817)	309
"	XIII: El paso de los Andes (1817)	332
"	XIV: Chacabuco (1817)	367
"	XV: Primera campaña del sur de Chile. — Batalla del Gavilán. — Asalto de Talcahuano (1817)	385

PÁG.

CAPÍTULO XVI: La alianza argentinochilena (1817) 411

" XVII: Cancharrayada (1817-1818) 441

" XVIII: Maipú (1818) 471

" XIX: San Martín después de Maipú (1818) 492

" XX: La escuadra chilena. — Primeras campañas navales del Pacífico (1818) 516

" XXI: El repaso de los Andes (1818-1819) 530

" XXII: Cochrane. — El Callao. — Valdivia (1819-1820) 566

" XXIII: La desobediencia de San Martín (1819-1820) 583

" XXIV: El acta de Rancagua (1820) 610

" XXV: El Perú (1820) 629

" XXVI: La expedición libertadora del Perú (Pisco. Negociaciones de Miraflores) (1820) 662

" XXVII: La expedición libertadora del Perú (Apertura de la campaña sobre Lima) (1820-1821) 679

" XXVIII: Expedición libertadora del Perú (Primera campaña de la Sierra) (1820-1821) 701

" XXIX: Armisticio de Punchauca (1821) 715

" XXX: Expedición libertadora del Perú (Segunda campaña de la Sierra) (1821) 749

" XXXI: Expedición libertadora del Perú (Expedición de puertos intermedios) (1821) 767

" XXXII: La independencia del Perú (1821) 783

" XXXIII: El protectorado del Perú (1821-1822) 803

" XXXIV: El protectorado del Perú (San Martín y Cochrane) (1821-1822) 837

" XXXV: El protectorado del Perú (Planes continentales. — Derrota de Ica) (1821-1822) 855

" XXXVI: Revolución de Quito y Venezuela. — Primera caída de Venezuela (1809-1812) 875

" XXXVII: Revolución de Nueva Granada y Quito (1809-1813) 904

PÁG.

CAPÍTULO XXXVIII: Reconquista de Venezuela. Guerra a muerte. — Primeras grandes campañas de Bolívar (1813) 932

„ XXXIX: Segunda caída de Venezuela (1814) 965

„ XL: Disolución de Nueva Granada. — Expedición de Morillo. — Terrorismo colonial (1815-1817) 984

„ XLI: La tercera guerra de Venezuela (1815-1817) 1006

„ XLII: La tercera guerra de Venezuela (Continuación). — Reorganización venezolana (1817-1819) 1030

„ XLIII: Boyacá. — Colombia. — Carabobo (1819-1822) 1055

„ XLIV: La guerra de Quito. — Bomboná y Pichincha (1821-1822) 1072

„ XLV: Guayaquil (1822) 1091

„ XLVI: La entrevista de Guayaquil (1822) 1105

„ XLVII: La abdicación de San Martín (1822) 1129

„ XLVIII: Torata y Moquegua. — Zepita. — Primer ensayo de gobierno nacional del Perú (1822-1823) 1144

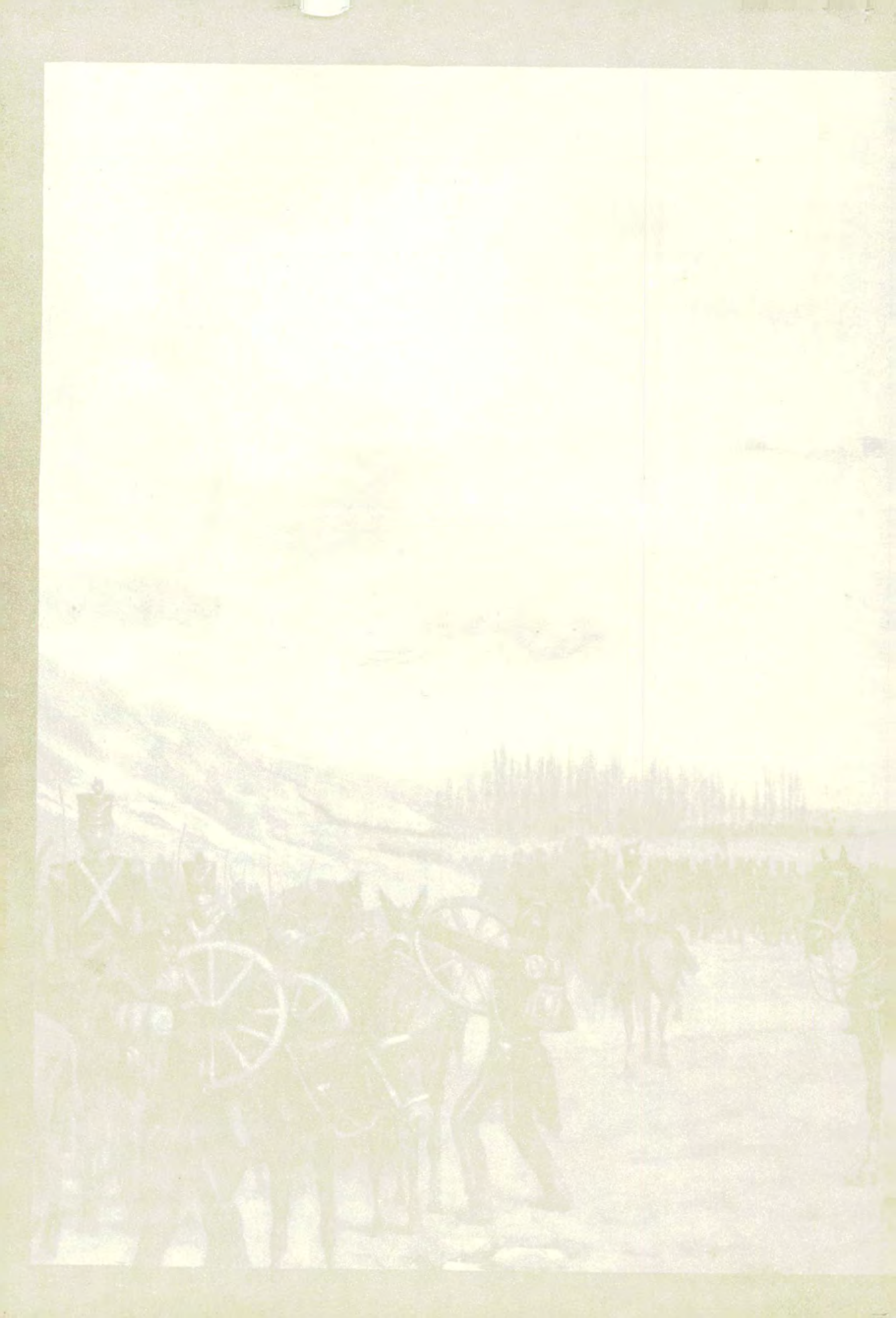
„ XLIX: Política sudamericana. — Sublevación del Callao, Junín y Ayacucho (1823-1824) 1172

„ L: Apogeo, decadencia y caída de Bolívar (1824-1830) ... 1201

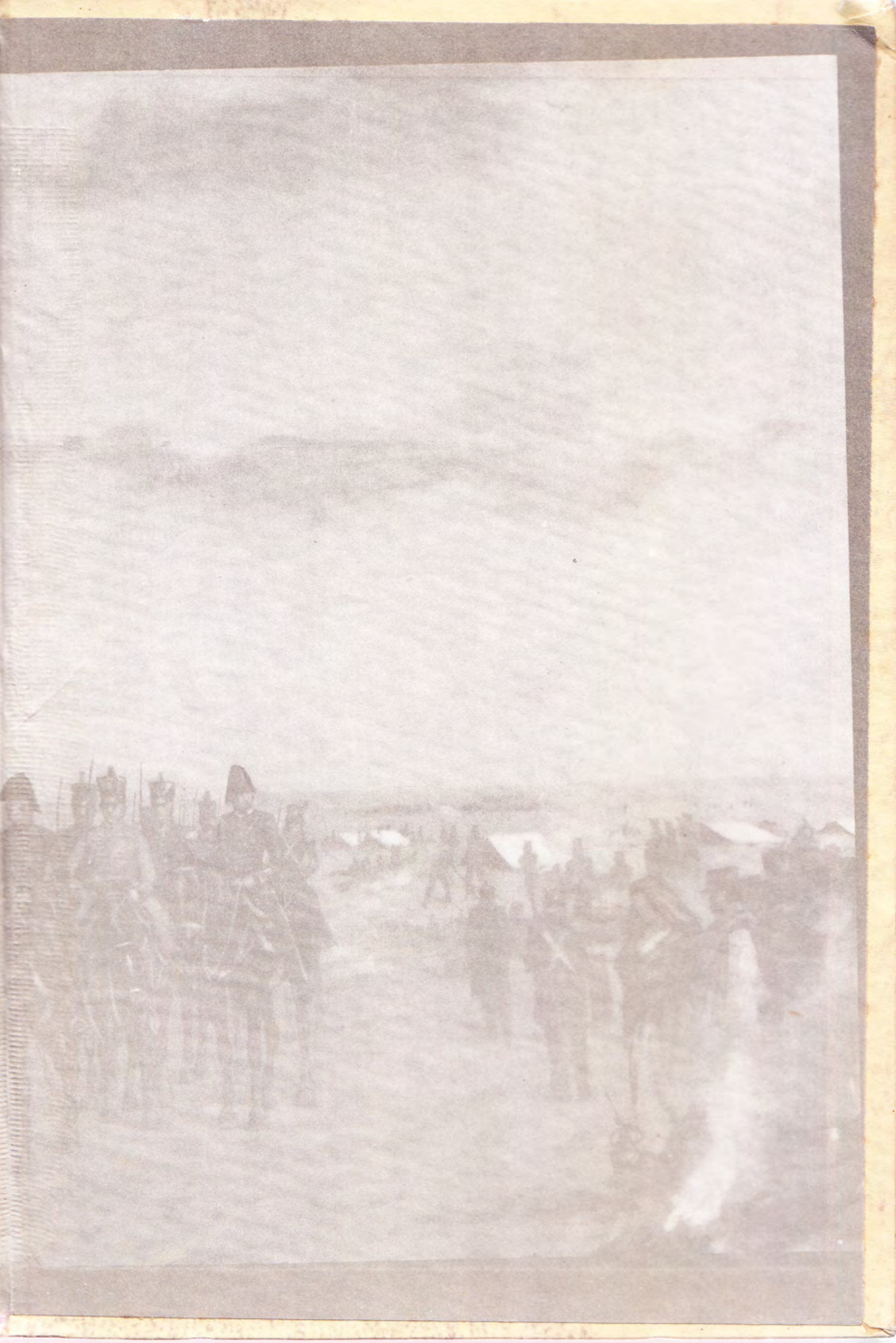
„ LI: Epílogo 1233

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LAS PRENSAS TIPOGRAFICAS DE
PEUSER,
PATRICIOS 567, BUENOS AIRES,
EN LA PRIMERA QUINCENA DE
DICIEMBRE DE 1963, EN EL
96º ANIVERSARIO









EDICIONES

PEUSER

LA ARGENTINA
SUMA DE GEOGRAFIA

Verdadero esfuerzo editorial y científico para el mejor conocimiento geográfico del país

Los más grandes especialistas del momento han colaborado en esta gran obra bajo la dirección de los profesores Francisco de Aparicio y Horacio A. Difrieri

CONTENIDO DE LA OBRA

TOMO I. — Historia del conocimiento geográfico del país. - El territorio y las fronteras. - Geología regional. - Las regiones naturales

TOMO II. — Clima. - Hidrografía. - El mar y las costas

TOMO III. — Orografía. - Fitogeografía. - Zoogeografía

TOMO IV. — Suelos. - Conservación de los suelos. - Historia de la agricultura, la ganadería y la industria. - Cría de animales. - Cultivos

TOMO V. — Recursos de la fauna. - El dominio acuático, los peces y las actividades económicas derivadas. - Entomología económica. - Bosques y maderas. - Parques nacionales

TOMO VI. — Minería. - Industria. - Comercio internacional

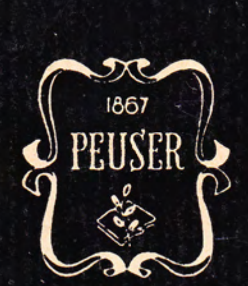
TOMO VII. — Población indígena y colonial. - La población entre 1810 y el primer censo nacional. - El poblamiento moderno. - Estructura y movimientos de la población. - Circulación. - Vivienda rural. - Las ciudades

TOMO VIII. — La formación del Estado Argentino. - Geografía médica y de la alimentación. - Toponimia. - Nomenclatura geográfica popular. - Cartografía

TOMO IX. — Los orígenes de la traza de la ciudad de Buenos Aires. - La conurbación de Buenos Aires. - Algunos tipos de áreas urbanas. - Cartografía magnética. - Atlas aerofotográfico. - Indice analítico.

Nueve volúmenes encuadernados en tela con 4.932 páginas. 450 mapas y cartogramas. 30 climatogramas. 50 histogramas. 45 diagramas. 50 láminas en colores. 650 fotografías. 70 fotos aéreas. 230 cuadros estadísticos y 34 listas bibliográficas con datos completos y ordenado su contenido por capítulos

E. 1485


1867
PEUSER